Boreal Róis I

TAN SUTIL COMO la brisa

Rosa Alcántara Menéndez

Boreal Róis I

TAN SUTIL COMO la brisa

Rosa Alcántara Menéndez

Tan sutil como la brisa

Boreal Róis I

Rosa Alcántara Menéndez

copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2015
Portada © R.A.M.
www.rosamenendez.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

SINOPSIS

Cualquier lugar es bueno para encontrar el amor y en cualquier lugar pueden ocultarse secretos. Gabriel Drake tiene treinta y cinco años, una situación económica desahogada, un matrimonio herido de muerte y un desafío: negociar en Terranova la inversión de una petrolera para el banco en el que trabaja.

El clima, la frustración y el azar jugarán un papel decisivo cuando se tope de frente con Claire Merritt, tan fascinante como misteriosa. A partir de ahí, su vida quedará atrapada por el pasado de la mujer, por saber qué secretos guarda en su interior y en su casa. Esa que todos llaman La Rosa de los Vientos, la mansión roja o el caserón de la esquina, pero nadie por su verdadero nombre: Boreal Róis.

Desde la más absoluta humildad,
en memoria de John Kennedy Toole,
por conseguir que ame tanto la literatura.

PRÓLOGO

Nueva York, 23-4-03
Estados Unidos

No puedo más; estoy acabada. Pienso en mi madre, pero sé que voy a abandonarla como las fuerzas se alejan de mí. Mientras, un peso sudoroso —que me asquea— taladra sin piedad, comprime y revienta todas mis esperanzas. Abro los párpados hinchados por el llanto y distingo unas largas sombras, con tenebrosos brazos agitándose, susurrando difuminadas en la oscuridad; por fin, vienen a socorrerme. Pero no llegan, me traicionan como él, y no puedo más; ya ni el dolor me mantiene consciente. En este frondoso rincón, rodeada de vida y mortecina calma, me despido: «Adiós, mami, gracias por permitirme soñar». Temblando, sin apenas respirar, palpo la tierra donde estoy tirada. En cuanto encuentro lo que busco, me aíslo de sus jadeos, de una invasión tan agresiva como deleznable, y hago un último esfuerzo; es ahora o nunca.

UNO

San Juan de Terranova, 30-1-12
Terranova y Labrador, Canadá

Unos zapatos italianos de piel marrón remataban unas largas piernas enfundadas en un elegante pantalón gris oscuro. Nada más tocar el hielo de la acera, fueron con rapidez al maletero del taxi que acababa de llegar del aeropuerto. Gabriel Drake agradeció al conductor la carrera con una ligera caída de párpados, que ocultó durante un breve segundo unos distantes ojos grisáceos, y agarró la maleta enorme donde guardaba una abundante selección de su vestuario más las fundas con varios trajes. Miró alrededor, ajustándose en el cuello una bufanda de lana negra, y se subió las solapas del abrigo oscuro que completaba una estudiada imagen. Tras él, bajo el pórtico del hotel Sheraton Terranova, esperaba un joven y uniformado botones que, en ese momento, se quitó de la cabeza una ridícula gorra azul marino observando una comitiva de vehículos encabezada por un coche fúnebre.

—Bienvenido, señor —saludó el chico con una expresión simpática, en un tono de voz que sugería una gentileza exquisita.

Sin corresponderle, Gabriel desvió la mirada de la carretera. Inclinó la cabeza apretando los labios mientras se desentendió del equipaje y entró en la recepción para registrarse. Absorto minutos después en los pensamientos negativos que no podía remediar, seguido de cerca por el botones acostumbrado a la altivez de algunos clientes, Gabriel se detuvo en la puerta del dormitorio. Del bolsillo interior de la chaqueta, sacó la cartera y un billete de veinte dólares.

—Muchas gracias por la ayuda —dijo Gabriel, dándole la propina—. Muy amable.

De repente, la resignación del chico mutó agradeciendo esa inesperada generosidad con una sonrisa enorme. Gabriel dejó la maleta en la cama y, admirando la vista del puerto, se quitó el abrigo y la bufanda. Acorde a un gusto excesivo por la moda, vestía un traje de lana inglesa hecho a medida que proyectaba una sobriedad tan elevada como el precio pagado al sastre que solía visitar en Londres cuando, por motivos laborales, viajaba a Europa varias veces al año. Apreciaba la calidad de los tejidos y el esmero del trabajo artesano. Se desnudó y colocó la ropa de manera cuidadosa en unas perchas de madera. Luego tomó una ducha y, más tarde, con las caderas rodeadas por una toalla blanca, repasó los datos de la reunión que tenía

programada para el día siguiente.

Durante varios minutos habló de finanzas con su padre, John, actual presidente y director ejecutivo del Nova Scotia Bank. Gabriel gestionaba la inversión del banco en empresas y la obtención de capital o crédito. Ahí debía asesorar a ExxonMobil, el accionista principal de la mayor petrolera canadiense, que bajo un consorcio de varias empresas explotaban en mar abierto el yacimiento *Hibernia.* Debido a que llevaban tiempo con una extracción limitada de crudo, pretendían construir otra plataforma a pocos kilómetros, con unas características similares pero optimizadas a los avances que la ingeniería actual podía ofrecer. Gabriel tenía que visitar *Hibernia* para hablar con los responsables en cuanto tomara posesión de su nuevo cargo como director financiero en la sucursal de esa pequeña ciudad apartada del mundo. Era un gran reto; no obstante, contaba con la ventaja de haber dedicado los últimos diez años a consolidar su carrera en el banco de forma brillante y también tenía una actitud resolutiva loable, aparte de las terribles ganas de aislamiento que sentía o la distancia que necesitaba para ordenar su vida y olvidar un matrimonio tan real como ficticio.

En el cementerio de San Francisco de Asís, una buena cantidad de amigos y vecinos se acercaron a Claire Merritt para darle el pésame. Su madre había fallecido a los cincuenta y cinco años después de una ardua lucha contra el Parkinson. Tras la misa en la Catedral de San Juan Bautista, solo quedaba despedirla por última vez. Entre árboles cubiertos de nieve, en ese instante, menos fría que su corazón, desfiló Claire sujetando el brazo del viejo Harry, andando al ritmo lento que marcaban el cansancio y la tristeza. Asumió que Grace estaba muerta y con ella desaparecía la única familia que le quedaba. No se percató de una figura masculina, encorvada, medio oculta a una distancia prudente. Aquel anciano no apartaba la vista de ella; vigilaba como un halcón. No salió de las sombras y nadie reparó en él. Y si alguien lo hizo, probablemente, lo pasó por alto, ya que la amistad entre Alec Barn, Charles y Chris Merritt, el abuelo y el padre de Claire, fue conocida por la mayoría de los asistentes al entierro.

Cuando llegó Claire a su casa, Boreal Róis, subiendo la escalera observó con detenimiento la impresionante fachada: una solidez a prueba de fuego por la piedra rojiza traída expresamente de una cantera inglesa, algunas columnas de hierro con formas ondulantes, tres cuerpos con tres plantas cada uno, dinteles en las ventanas grabados con ornamentaciones vegetales y unos tejados

verdes cerámicos a alturas diferentes coronados por una rosa de los vientos dorada, única, e inconfundible como punto de referencia muy usado por sus vecinos. El caserón sugería un opulento pasado; sin embargo, la decadencia visible clamaba por una renovación urgente. La misma que Claire debería realizar para aumentar el número de clientes que se hospedaban durante largas temporadas, casi siempre ejecutivos de empresas extranjeras. Llevaba varios meses sopesando los presupuestos de varios contratistas, pero con el empeoramiento de la enfermedad de Grace quedaron relegados. Pensó que ese era el momento para reformarlo o para dejar definitivamente el negocio; aunque desconocía a qué otra cosa podría dedicarse.

Cansada tras días agotadores, entró, colgó el abrigo en el perchero del vestíbulo y atravesó el pasillo hacia su dormitorio en la planta baja, donde dos ventanas con arcos dejaban pasar la claridad unas escasas horas en esa época. Encendió la luz, escuchando el crujir de sus andares en las viejas tablas de madera. Sentada en la cama, se quitó los zapatos de tacón y se masajeó los pies por encima de las tupidas medias negras. Del cajón superior de la cómoda antigua que había entre las ventanas, sacó un pijama de dos piezas de franela y se bajó la falda negra. Desabrochándose la camisa beige entró en el cuarto de baño para llenar la bañera.

En poco tiempo probó con la mano la temperatura. Satisfecha por el grado de calor, terminó de desnudarse y se metió dentro, sintiendo la piel arder conforme se sumergía. Aguantó un par de minutos la respiración con la cabeza bajo el agua, recordando su infancia; aquel tiempo feliz sin secretos ni temores; sin dolor ni pesadillas.

Once años atrás, Claire pudo sobrellevar la repentina muerte de su padre en un accidente aéreo gracias a Grace; en cambio, para asimilar su pérdida estaba sola. Pese a haber tenido tiempo por el lento deterioro de la enfermedad, lloró desconsolada por su madre, que fue un bastión contra la pena, un acicate constante para animarla y, sobre todo, una mujer luchadora que no se amilanó ante las desgracias. Claire se amargó en el espeso silencio que parecía perseguirla, que ya formaba parte de ella sin pretenderlo. Algunos la tildaban de seria o extraña cuando solo era una mujer decepcionada, sin esperanza de ser feliz; vetada irremediablemente. Solo una vez logró armarse de valor para intentar hacer realidad un sueño juvenil por la fotografía, pero topó con un impedimento insalvable que consiguió rendirla. Desde entonces ni siquiera volvió a planteárselo.

Acabó relajada, peinándose frente al espejo la media melena castaña. Observó las ojeras marcadas que restaban atractivo a sus ojos

verdes, oscurecidos por la misma aflicción que demacraba el resto de sus facciones; los labios sonrosados, que contrastaban con la palidez de la piel; y un cuerpo delgado, donde apreció las formas rígidas de los omoplatos más pronunciadas de lo habitual. En resumen, esa imagen reflejaba la mala racha que vivía. Se vistió con el pijama, ajustó el termostato de la calefacción en el pasillo —la única instalación renovada tras la muerte de su padre— y entró en el salón, donde fue guardando todas las fotografías en una caja de madera. Esbozó una sonrisa nostálgica viéndose con tres años en las rodillas de su padre, los dos riendo felices, e intentó controlar la humedad que volvía a anegarle los ojos mientras terminaba.

Luego, se sirvió un pedazo de pastel de carne en la inmensa cocina y se llenó un vaso de leche fría, pensando en encarar con valor su futuro inmediato. En cuanto dio por satisfecho el apetito, fregó el plato, los cubiertos y el vaso y cogió la tarjeta del abogado de Grace para llamarlo por teléfono. Al ser tarde, no respondió, pero le dejó un mensaje en el contestador pidiéndole cita.

Durante un buen rato se entretuvo sentada en un sillón orejero del salón comparando los presupuestos. Ajustó algunas partidas con intención de no sobrepasar la cifra del seguro de vida que desgraciadamente recibiría en breve, creyendo que con esa reforma de poca envergadura lavaría la cara del negocio para ofertarlo entre sus clientes habituales y algunas agencias turísticas cuando llegase la primavera. Boreal Róis llevaba quince días cerrada, pero si empezaba ya en pocas semanas estaría lista y siempre, como mínimo, revalorizaría la casa si optaba por venderla. Con ese pensamiento esperanzador, mientras la nieve congelaba las calles, Claire recogió los documentos y se metió en su cálido dormitorio para arrebujarse con un grueso edredón en la cama, sin sueño; aunque el agotamiento no tardó en vencerla.

Tras una frugal cena en el restaurante del hotel, Gabriel leía otra tanda de informes en la cama cuando sonó el móvil. Al ver la llamada de su hermano, supuso el motivo.

—Hola —saludó Gabriel seco—, ¿cómo estás?

—Bien —respondió Sean de manera automática—. Nos ha llamado Cora, ¿qué ha pasado?

—Lo de siempre. —Gabriel negó con la cabeza—. Pero he llegado a mi límite —dijo molesto por tener que dar explicaciones de su vida matrimonial y asqueado por pedir disculpas en nombre de Cora—. Siento que os haya metido por medio.

—Dice que le has pedido el divorcio. ¿Es cierto?

—Sí. Se acabó, Sean. No quiero vivir amargado, no la quiero y ella tampoco me quiere a mí; es absurdo seguir.

—Si lo tienes claro, es lo mejor.

—Por mi parte está clarísimo, es ella quien no quiere verlo. Espero que mientras esté aquí se dé cuenta de su error.

—No sé qué decirte. Le ha contado a Elaine que estás con otra.

Gabriel entrecerró los ojos y suspiró cansado.

—Es muy lista y sabe que se le termina el chollo. Intentará ir de víctima para sacar una buena tajada, pero tendrá que conformarse con lo justo, he dejado de ser su idiota personal.

—¿Habéis hablado del tema?

—Se puso histérica, llamé a papá y en menos de dos horas me fui y la dejé; no la soporto.

—Mientras no tengas prisa por conseguir el divorcio, será cuestión de aguantarle el pulso.

—Prisa ninguna.

—¿Estás solo? ¿En serio?

—Sí, muy solo, ¿contento?

—No. Me gustaría verte feliz y has dado un paso para conseguirlo. Con Cora lo tenías muy difícil.

—Lo sé —admitió resignado—. Cambiando de tema, ¿cómo está mi ahijada?, ¿sigue tan traviesa?

—Más —dijo riendo—. ¿Cuándo vas a venir a verla?

—No lo sé, acabo de llegar. Deja que me organice un poco. Tengo que visitar la plataforma dentro de unos días y quiero buscarme una casa de alquiler. En cuanto pueda os llamo y nos vemos.

—A ver si es antes del cumpleaños de Ophie, como padrino no puedes perdértelo.

—Faltan cinco meses —dijo paciente, conociendo la ilusión de Sean por ese primer año. Para abordar otro espinoso tema, trató de sonar casual—. ¿Sabes algo de papá?

—No, ¿por qué?

—No está bien, creo que Lilian lo tiene desquiciado.

—¿Solo a él?

Sean estaba hasta las narices de Lilian Drake, segunda esposa de su padre, veinticinco años más joven que él y, además de derrochadora, calienta braguetas compulsiva. Apenas la conocía y la tenía calada.

—¿Te ha entrado? —preguntó Gabriel sonriendo. La desvergüenza de esa mujer no tenía límites. Todavía no la había

sufrido en sus carnes, pero estaba convencido de que era por la actitud desdeñosa que siempre mantenía con ella—. Cuenta, Drako.

—Coincidimos en una cena, es un martirio. El problema es que Elaine se lo pasó bomba y me dejó más solo que la una.

—¿Hablaste con papá?

—Nos saludamos un momento.

—Me da pena, no quiere verlo.

—Que se joda. —Sean no pensaba compadecer a John. No tuvo reparos en liarse con su secretaria y dejar de la noche a la mañana a su madre, que tras muchos meses salió de la profunda depresión que le causaron—. Estaba advertido.

—Han pasado diez años, ¿no vas a perdonarlo? Piensa en Ophie, tiene derecho a conocer a su abuelo.

—Tampoco hace nada por verla, estoy muy tranquilo con mi conciencia.

—Tú verás, pero está mayor.

—No ha cumplido sesenta y su mujercita lo mantendrá activo, no te preocupes por él —dijo con un matiz cínico, hubo un breve silencio antes de que preguntase—. ¿Cuándo empiezas?

—Mañana.

—Hay previsión de mal tiempo dentro de unos días, ten cuidado.

—Lo sé, tranquilo. ¿Has visto a Jack?

—Quedamos con él la semana pasada, estuvimos cenando en un restaurante nuevo del East Village, pero nos dejó porque había quedado con uno de sus ligues, a ver cuánto le dura.

—Si se llama Sofía y es azafata ya no está con ella, me lo ha dicho mamá.

—Menudo tío, ha batido su propio récord. No sé cómo aguanta.

—¿No? —Gabriel admiraba el descaro de su hermano pequeño, igual que un ansia desmesurada por vivir o no inmutarse cada vez que cambiaba de pareja. Para él, John Drake, conocido por Jack para la familia y amigos, era un claro representante de vivir sin prejuicios y sin pensar en las apariencias; algo que empezaba a considerar bastante en serio—. Yo lo tengo claro.

—Y yo, el día que encuentre a su mujer dejará de buscar.

—¿Crees que buscando se encuentra? —preguntó Gabriel destilando ironía.

—No sé, Gabe, supongo que no hace falta buscar, simplemente aparecerá.

—Tú has tenido mucha suerte.

—Sí, pero no desesperes, seguro que tú también la encontrarás. Está claro que no era Cora.

—Estoy bien solo, no quiero más complicaciones. Me conformo con terminar de la mejor manera con ella, no tengo ganas de reproches ni gilipolleces.

—Ármate de paciencia, cuando quiere es un coñazo.

—Gracias por tu sinceridad, creía que nunca ibas a decírmelo.

—De nada. —Sean escuchó a Gabriel mientras Elaine se aproximaba sonriente con la niña en brazos—. Me reclaman mis chicas. Hablamos en unos días.

—Vale. Dile a Elaine que pase de Cora, como le sigáis el juego no va a dejaros tranquilos.

—De tu parte. Cuídate.

—Y vosotros. Dale un beso a Ophie.

Durante unos minutos, Gabriel pensó en su familia, dividida desde el divorcio de sus padres. Él y Jack tenían relación con John y Lilian, pero Sean, siempre de parte de su madre, no perdonaba esa traición por mucho que insistieran; ninguno había sido capaz de convencerlo para ceder. No los invitó cuando se casó con Elaine por no amargarle un día feliz a Elizabeth, pero John lo entendió y no pareció molestarse. En cambio, no tuvo el detalle de felicitarlos cuando nació la niña y eso Sean no podía justificarlo aunque vivieran en Nueva York y John en Quebec; la distancia no era motivo, ya que John viajaba con frecuencia a esa ciudad; ni tampoco la influencia de Lilian, por mucho que la rubia arpía malmetiera. Ophie era la única nieta de John y una muestra de acercamiento no le habría supuesto nada extraordinario para deponer esa indiferencia entre ellos prolongada demasiado tiempo. Si bien, en honor a la verdad, John hizo dos intentonas por ver a la niña, ambas infructuosas porque ellos estaban fuera de la ciudad; aunque hacía meses y desde entonces no había mostrado más interés. Sean tenía apuntalado su orgullo con él; igual que derrochaba simpatía y lealtad, podía ser una roca de hielo, inalterable y fría; pero jamás movería un dedo por su padre.

Al día siguiente, tras ducharse y afeitarse, Gabriel se vistió con un traje negro, una camisa blanca y una corbata rayada en varios colores. Su imagen transmitía lo que quería: formalidad.

Desayunó en la cafetería del hotel centrado en el periódico mientras escuchaba hablar a dos empleados del funeral de una mujer, pero falto de curiosidad y motivado por la sección financiera no prestó atención. En cuanto terminó, se anudó la bufanda al cuello y cogió el

abrigo y su maletín de piel marrón. Antes de salir recibió un mensaje que leyó haciendo malabares terminando de abrocharse los botones. En vista de la estupidez que había escrito Cora: *«¿Sigues enfadado?»,* no supo si era más tonta de lo que imaginaba o quería cabrearlo de verdad. Guardó el aparato en el bolsillo con los dedos agarrotados por el frío polar que impactó en todo su cuerpo y cruzó a grandes zancadas la calle, sin hielo por la sal pero llena de nieve amontonada en pilas a los lados de la acera.

En pocos minutos, anduvo rápido sin temer por su integridad física y entró en el edificio del banco. Apenas había nadie, recorrió a los empleados con la mirada y se fijó en dos que charlaban distraídos; los únicos que no trabajaban. El más alto tenía las sienes plateadas y unos ojos azules pequeños, aunque agrandados por el aumento de los cristales de unas gafas con montura metálica. Al de menor estatura se le veía con mejor complexión, tenía la piel bronceada y una expresión agradable. Vestían con trajes oscuros, y creyó que andaban por la treintena Se dirigió a ellos y esperó con el gesto torcido hasta despertar un interés lento que habría molestado a cualquier cliente.

—Buenos días —saludó antipático, a ninguno en concreto—. ¿Podrían decirle al señor Turabian que Gabriel Drake ha llegado?

Los hombres intercambiaron una mirada fugaz en cuanto reconocieron al nuevo director financiero.

—Buenos días —dijo el alto, tendiéndole la mano—, soy William Shields.

—Es un placer conocerlo —dijo el otro. Gabriel estrechó la mano que le ofreció, sin relajar la tensión del rostro. Al instante, Shields desapareció por la escalera que accedía a la primera planta—. Mi nombre es Jim Handley, me ocupo de la sección comercial.

—Espero que le dedique el mismo entusiasmo que ha mostrado con su compañero.

—Sí, señor —dijo Jim, clavando la vista en el suelo.

—¿Está el personal al completo?

—Faltan dos, una cajera y el interventor, están de vacaciones.

Con una mirada atenta, Gabriel repasó el interior de la sucursal, una de las más pequeñas que había visto, aunque la actividad siempre bullía en la zona reservada a los empleados. William volvió acompañado por el actual director. Al aproximarse, Gabriel advirtió el cansancio en sus pasos y gestos. Parecía enfermizo: la tez muy pálida, los ojos hundidos en un rostro anguloso y una delgadez que no auguraba nada bueno. Vestía un traje oscuro, que alguna vez se debió ajustar a su talla, una camisa de cuadros y unos zapatos de piel desgastados acordes a su apariencia; todo él acusaba

abandono. Pensó que quizá su padre conocía la situación real del director y por ello actuó con tanta eficacia preparando el traslado.

—Señor Drake, es un honor que haya aceptado venir.

—Encantado —dijo un poco confuso cuando Turabian estrechó su mano y mostró una sonrisa alegre—. ¿Me enseña mi despacho?

—Por supuesto, venga conmigo.

El silencio los acompañó hasta la primera planta. Pasaron por una sala de gestión administrativa, llena de mesas y personal al teléfono. Unos metros después, el señor Turabian metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una llave. Abrió una puerta de madera clara, se hizo a un lado y dejó entrar a Gabriel.

El despacho era amplio, neutro y se notaba que llevaba tiempo cerrado. Dejó el maletín encima de la mesa, con un ordenador no muy actual y un bote con lápices, se quitó el abrigo y la bufanda. Buscó dónde ponerlos y los colgó en un perchero de madera tan feo como el mobiliario. Se sentó en un sillón giratorio de piel negra e hizo un gesto con la mano invitándolo a sentarse frente a él.

—¿Cuánto tiempo llevan sin gestor financiero?

—Bastante —respondió Turabian, reclinando el cuerpo en el respaldo—. Nos gestionaba Toronto, pero desde hace unos meses estaba llevándonos Quebec.

—Mi competencia hasta ahora han sido las oficinas del Reino Unido e Irlanda, pero voy a hacerme cargo también de América del Norte. ¿Quién se ha reunido con los representantes de *Hibernia*?

—De momento solo hemos tenido una reunión y me encargué yo con uno de los ejecutivos senior que mandó su padre.

—Tengo que concertar una visita a la plataforma. El crédito que solicitan supera nuestro máximo, pero en función de los análisis decidiremos si invertimos algunos recursos y nos aseguramos un aprovechamiento eficiente de nuestro capital o lo desestimamos —comentó Gabriel serio—. También quiero una reunión con los ejecutivos. Debemos plantear una buena estrategia, empezar a optimizar la estructura y establecer el presupuesto para este año. Mi cometido es aumentar el valor del banco y maximizar los beneficios de los accionistas. En un principio tengo que decidir si la inversión con las petroleras es interesante en función de la rentabilidad y el riesgo, pero no podemos olvidar la asignación de fondos a otros proyectos más seguros con la rentabilidad garantizada.

—No se preocupe. A lo largo de la mañana los irá conociendo a todos. ¿Ha encontrado alojamiento?

—Voy a quedarme en el Sheraton hasta que encuentre algo.

Supongo que estaré por aquí como mínimo seis meses.

—Los directivos que vienen de manera temporal suelen quedarse en el Boreal Róis. Tenemos un concierto con ellos y es más acogedor que un hotel.

—Prefiero una casa alquilada. No me gusta andar entre extraños.

—Como quiera. No estaba seguro de que lo supiera. Aunque no sé si estará abierto, la dueña murió hace tres días.

—Déjelo, ya le he dicho que seguiré en el hotel. En cuanto pongamos en marcha la nueva política financiera me dedicaré a buscar casa.

Durante esa jornada habló tanto que ni él mismo recordaba cuando había sido tan locuaz. Pidió la contabilidad de todas las actividades: nóminas, impuestos, fondos, y la gestión de cobros, con pagos y listados de los clientes más importantes. Tenía trabajo para semanas y el aliciente perfecto para mantener la cabeza ocupada; su máxima.

Cuando esa tarde llegó al hotel exhausto, decidió pasar un rato en el gimnasio y ejercitar unos músculos que tras varios días de inactividad sentía doloridos. Luego se duchó y vistió con unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto. Dejó el móvil en el cargador y bajó al comedor para cenar.

Eligió una ensalada, pollo a la plancha y no pudo resistirse a un buen postre. Buscó una mesa de dos y, en cuanto dejó la comida, atendió al camarero que minutos después le sirvió una copa de vino tinto.

Mientras cenaba observó a otros clientes y sonrió a una mujer que no apartaba los ojos de él. Era una morena atractiva, con el pelo largo. Llevaba un vestido negro y unos tacones sugerentes.

La desconocida se levantó y se acercó sujetando un plato lleno de ensalada.

—¿Le importa si ceno con usted? —preguntó la mujer. Al ver una sonrisa tímida y una negación silenciosa, dijo—. Cybill Parker.

—Gabriel Drake —saludó estrechando su mano—. Encantado.

—¿Se aloja solo?

—Sí. ¿Y usted?

—También, suelo venir cada tres meses, llevo la representación de algunos productos farmacéuticos.

—Yo llegué ayer. Estaré varios meses por aquí.

—¿A qué se dedica?

—Finanzas. Trabajo en el Scotia.

—El invierno por aquí es muy duro. —Cybill relacionó el banco con su nombre y le dio un plus al interés que sin conocerlo ya tenía por el físico. Debía ser uno de los hijos del presidente o como poco algún pariente cercano—. Necesitará compañía.

Gabriel arqueó las cejas.

—¿Usted cree? —preguntó con una sonrisa seductora. Advirtió que flirteaba y se sintió halagado. Llevaba varios años sin relacionarse de manera casual con mujeres y quiso comprobar qué sentiría comportándose como Jack—. ¿Se ofrece voluntaria?

—Puede. —Cybill rió divertida—. No me gusta dormir sola.

—No tengo intención de dormir.

De pronto, Cybill tragó un poco nerviosa, todo su aplomo se esfumó ante la naturalidad con la que estaba sugiriéndole mantener un escarceo. Era un hombre extraordinario, quizá el más guapo que había conocido nunca; con el cabello castaño, algo largo y veteado de mechas doradas que incitaban al tacto; tenía la tez bronceada y unas facciones proporcionadas muy masculinas a la vez que parecían suaves; pómulos altos, nariz recta, unos labios sensuales que cuando la risa abría dejaba ver una dentadura blanca reluciente, y unas cejas casi rubias enmarcando unos ojos grisáceos que miraban con nitidez y arrogancia. Esa mirada emanaba confianza y autoridad; en cambio, sus exquisitos modales sugerían un carácter tranquilo y una educación esmerada. Se mentalizó sobre la brevedad de la estancia que tenía prevista y decidió disfrutar del sexo sin ataduras.

Pasaron un rato hablando y coqueteando hasta que Gabriel empezó a sentirse realmente cómodo. Cuando dieron por concluida la cena, los dos tenían claro cómo iban a terminar la noche, pero al llegar al vestíbulo, Cybill notó una inseguridad que compartía y lo cogió de la mano, algo que sorprendió a Gabriel pero aceptó con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—No quiero que pienses que hago esto con frecuencia —dijo Cybill, entrando en el ascensor, apretó el botón de su planta—. Es la primera vez que conozco a alguien en uno de mis viajes.

—No pienso nada.

Gabriel no mintió. Podía estar nervioso, pero quería verse en esa situación; necesitaba una inyección de moral y sin pretenderlo la tenía en la mano.

En el solitario corredor de la cuarta planta, Cybill sacó la tarjeta y abrió la puerta de la habitación. Era más pequeña que la de él y estaba bien ordenada. Trató de averiguar su orientación, aunque le fue imposible por la oscuridad reinante desde las cuatro de la tarde,

tampoco ayudó la nieve copiosa que seguía cayendo sin visos de parar en varios días.

—Ponte cómodo. —Cybill se quitó los zapatos—. ¿Te apetece tomar algo?

—Estoy bien.

Abrió el mini bar, sacó una botella de ginebra, la echó en un vaso y, después de añadirle un poco de zumo de naranja, metió el dedo índice y lo mezcló.

Gabriel la observó en silencio. No esperaba ver cómo se lamía el dedo mirándolo con deseo. Luego se sentó en sus piernas y le dio a probar la bebida. No quiso rechazarla, pero no pudo evitar contraer el gesto al percibir el sabor.

—¿No te gusta?

—No, lo siento.

Con una sonrisa, Cybill volvió a beber un trago largo. Dejó el vaso en el reposabrazos del sofá y, al estirarse, sus pechos rozaron el torso de Gabriel. Sintió la pulsación de su miembro bajo la tela del vestido y se inclinó hacia delante para besarlo despacio.

Más tarde dejaron el incómodo sofá y dieron buena cuenta de la utilidad de la cama. Gabriel tuvo un momento pueril cuando reconoció que no llevaba encima ningún preservativo. Afortunadamente, entre los obsequios del hotel encontraron una cajita que les permitió culminar ese «encuentro casual». Para Gabriel fue una revelación, sin explicaciones, sin compromiso; solo sexo; algo físico y necesario. Pasó la prueba con nota y dio por concluida una nueva experiencia. Ignorando una mirada decepcionada, salió de la cama y empezó a vestirse.

—¿Por qué no te quedas?

—Porque quiero dormir.

—No me gusta dormir sola, quédate.

—No. —Gabriel se mostró inflexible. El sexo había acabado y no iba a entrar en otra dinámica, por muy atractiva que fuera. No esperaba terminar el día así y tampoco quería empezar nada con nadie, primero debía solucionar su separación—. Tengo que irme.

En pocos minutos se dejó caer Gabriel en la cama de su dormitorio, se desnudó y, en cuanto se metió entre las sábanas, durmió mejor y más rápido que en los últimos meses, totalmente satisfecho por el buen inicio de su estancia en ese remoto lugar donde no esperaba encontrar tan rápido una ansiada terapia.

DOS

San Juan de Terranova, 31-1-12
Terranova y Labrador, Canadá

Con bastante optimismo salió Claire de la ducha la mañana siguiente, echó un vistazo al día gris que auguraba más nieve y se desanimó de inmediato. Desayunó antes de que llegaran Eloise y Ethel, las encargadas del funcionamiento de la casa, y volvió al dormitorio para vestirse con una falda recta, una camisa y unas botas altas de piel, todo en negro; le aportaron sobriedad durante unos minutos, hasta llegar al vestíbulo. Allí cogió un gorro de pelo rojo que, aparte de ser calentito, le encantaba por el aire ruso que veía en sí misma. Era una chorrada, pero siempre lo pensaba y siempre conseguía una sonrisa absurda. Tras colocárselo junto a un abrigo oscuro, salió hacia el banco.

Necesitaba el dinero del seguro para afrontar la reforma tras llegar a un acuerdo económico con una pequeña constructora local. Confiaba en el Scotia porque no era una cantidad desorbitada y estaba garantizada por el capital que durante años Charles, Chris y Grace Merrit religiosamente pagaron. En esa época, cuando debía abonar las nóminas y solo contaba con los ingresos de los dos pisos que tenía alquilados, su situación financiera atravesaba un momento delicado, pero se sentía con fuerzas para intentarlo; bastantes cosas había dejado sin hacer por el maldito miedo. Se lo debía a sí misma, a las hermanas Friars y a Luc, otro de sus fieles empleados que tampoco la dejó sola al pie del cañón.

Cuando William Shields la vio entrar, se aproximó con sus andares y desgarbo característicos.

—Hola, Claire. —La besó en las mejillas—. Siento mucho lo de tu madre ¿Cómo estás?

—Bien —respondió sosegada, sin resquemor; eran amigos desde el colegio—. Tengo que hablar contigo.

—Claro, vamos a mi mesa.

Después de una pequeña charla trivial, Claire explicó el motivo de la visita:

—Si no le hago ese mínimo, no podré ofertarlo para la primavera y el verano, y ahora es el momento apropiado.

—Hace mucho que no voy a tu casa, pero todo se debe mantener, si no, con el tiempo se deteriora y después ya no hay forma

de arreglar nada.

—Es solo pintura, el suelo y cambiar un poco el aspecto general. Es un embellecimiento, no una obra.

—No es una gran cantidad, pero estamos muy liados, ha venido un nuevo director financiero de Quebec y tardaré unos días en darte una respuesta.

—Willy, por favor, son cuarenta mil dólares, no millones.

—Lo sé, Claire, pero es nuevo y ha llegado con mano dura. Están revisando todos los préstamos con lupa.

—No es un préstamo —dijo con dureza—. Es mi dinero y lo necesito ya.

—Tendrás que esperar mínimo dos días. Antes va a ser imposible.

—Venga ya… ¿Estás diciéndome que debo esperar para tener mi dinero?

—Sí.

—Es increíble…, he quedado con el constructor, si no empieza mañana aceptará otro trabajo, ¿y, sabes qué significa? —preguntó enfadada—. Que no podré tener clientes y tendré que despedir a mis trabajadores.

—No exageres, Claire. Las Friars te conocen desde que naciste y Luc entenderá si te retrasas.

—Me da igual, quien no lo admite soy yo.

—Te entiendo, de verdad, pero no puedo tomar esa decisión.

—Muy bien. ¿Quién puede tomarla?

William la miró cansado y resopló.

—Voy a hablar con el señor Turabian, ahora vuelvo.

La dejó sola y subió a la primera planta. Claire cruzó las piernas, controló a las escasas cinco personas que hacían sus gestiones y balanceó un pie distraída centrada en la puerta automática, viendo cómo la nieve que arrastraba el viento de vez en cuando la abría. Sus ojos se detuvieron ante una figura masculina que la descolocó, no estaba acostumbrada a ese tipo de hombres. Traía el pelo alborotado, lleno de nieve; era de color castaño claro y parecía más oscuro al estar mojado. Se sacudió el abrigo y se lo quitó con un movimiento rápido de los hombros. En San Juan predominaban los rudos y sencillos pescadores, los trabajadores forestales o, incluso desde hacía unos años, los trabajadores de la refinería, pero ninguno tenía la apariencia de ese. El traje oscuro le sentaba a la perfección, con la chaqueta entallada en un torso ancho o un pantalón sin una arruga en unas piernas muy largas; era alto y delgado, parecía elegante además de excesivamente atractivo; aunque dejó la inspección cuando sus ojos

coincidieron y creyó detectar una mirada soberbia.

Gabriel, que apenas advirtió movimiento al entrar, reparó en una morena demasiado guapa, con unas facciones delicadas, grandes ojos verdes que sugerían una mirada sorprendida; nariz fina y pequeña, y unos labios carnosos que apretó cuando disimuló al coger un lápiz y un papel. Sonriendo inclinó la cabeza, la saludó y subió la escalera, pensando en que estaba casi seguro de que no había escrito nada. Pasó por el despacho del señor Turabian y se sorprendió al verlo hablar con William. Uno, sentado tras la mesa, negando con vehemencia la cabeza, mientras el otro gesticulaba con las manos.

En pocos minutos, Gabriel se reunió con el responsable de algunos proyectos: Robert Bishop. Igual que él desde el día quince de ese mismo mes, tenía treinta y cinco años; un aspecto vigoroso, con buenos músculos y la espalda ancha; el pelo oscuro, muy corto; un rostro sonrosado, donde destacaba una mandíbula acorde a su altura, enorme; y los ojos azules, tan vivos como la eficiencia que parecía sobrarle. Vestía siguiendo la política del banco: un traje oscuro, camisa blanca y una corbata, que en su caso tenía tanto color que a Gabriel le dolió mirarla, aunque supuso que a Robert le parecía divertida.

Después de una constructiva charla, decidieron combinar varias fuentes para decidir qué productos eran más interesantes entre la financiación ajena que plantearon. Cuando cada uno tuvo las cosas claras, dieron por finalizada la reunión. Gabriel salió con él ansioso por servirse un café.

—Mañana quiero que me acompañes a *Hibernia* —dijo Gabriel, parado delante de la máquina del café—. Nos recogerán en la azotea del hotel.

—De acuerdo. Echaré otro vistazo a los informes. ¿Volvemos por la tarde?

—Máximo dos días.

Asintiendo, Robert volvió a su despacho. Gabriel buscó los vasos, ajeno a una de las secretarias que se levantó para ayudarle.

—Si quiere ahora se lo llevo.

Concentrado en los botones, se sorprendió. Volvió la cabeza y reparó en una chica rubia, bajita, con una cara simpática. Por mucho que sintiera cómo sus ojos azules lo devoraban, estaba prohibida; tenía una regla básica: con empleadas no se acostaba.

—Gracias, no hace falta.

—No es molestia.

—Lo sé.

Con un tono severo no dio opciones, la chica bajó la vista y

regresó a su mesa. Gabriel echó un mini envase de crema y localizó los sobres del azúcar.

—¡No es justo! ¡Pienso retirar todo mi dinero de este banco!

Al escuchar aquella voz femenina alterada desde la zona de público, frunciendo el ceño, Gabriel dejó el vaso al lado de la máquina y bajó la escalera. Asombrado, abrió los ojos como platos. La belleza morena aficionada a garabatear de manera compulsiva también parecía tener querencia a no controlar el volumen de su tono. Con decisión, llegó a la mesa de William, que palideció y habló a la defensiva:

—Señor Drake, no pasa nada.

—¿Seguro? Creo que la señorita no opina lo mismo.

Claire apretó los labios y, sin saberlo, dispersó a Gabriel.

—Es usted muy listo. Por supuesto que no opino como este banco. Tienen secuestrado mi dinero. No hay derecho.

—¿Disculpe?

—No voy a trabajar más con ustedes. Me han dejado tirada cuando más lo necesitaba. En cuanto tengan disponibles los veinte mil millones de dólares que pretendía sacar, por favor, avísenme.

La expresión contrariada de Claire fue similar al sarcasmo de sus palabras.

—Claire… —dijo William.

—¿Qué? Si para cuarenta mil dólares hay que ponerse así, no sé qué harán con cantidades más elevadas.

—¿Puede acompañarme? —preguntó Gabriel serio, añadió con suavidad—, por favor.

Claire miró a Gabriel desprendiendo con los ojos una energía potente y rabiosa; en sus pupilas, dentro de un verde cautivador, vibraban chispas pardas enfurecidas que lo dejaron bloqueado, tragando nervioso.

—No, no puedo —respondió impertinente—. Tengo asuntos importantes que solucionar.

—Se lo ruego, no quiero que se vaya con una impresión tan negativa de nosotros. —Gabriel no se amedrentó por ese carácter, trató de apaciguarla, pero no parecía querer calmarse—. Deje que la ayude.

—Es tarde.

Claire apartó la vista de Gabriel y la clavó en William, abducido por el silencio. Con brusquedad se puso el abrigo y se colocó el gorro, que no hubiese llamado la atención de Gabriel en otro color, pero aquel rojo era tan fascinante como su dueña. Salió con la cabeza muy alta, moviendo las caderas con un balanceo que consiguió

atraparlo por completo.

—Discúlpela —dijo William, sonrió apurado—. Es Claire Merritt, la conozco de toda la vida y, normalmente, es una persona tranquila.

—Se le nota —comentó Gabriel, todavía observando la puerta —. Estaba fingiendo.

—Su madre murió hace unos días y no está pasando una buena racha.

Gabriel llegó a la conclusión de que debía ser la mujer de quien oyó comentarios en el hotel.

—¿Por qué no le ha dado el dinero?

—Porque es parte de la indemnización del seguro de vida de su madre. La compañía ha dado el visto bueno, pero no han firmado el cheque. He hablado con el señor Turabian y me ha dicho que debe esperar como cualquier otro cliente.

—¿Desde cuándo trabaja la señorita Merritt con nosotros?

—Muchos años. Es la dueña de Boreal Róis, una especie de residencia de larga estancia.

—Pues debería haberlo tenido en cuenta. A nosotros nos da igual esperar a que su compañía pague, pero ha conseguido cabrearla mucho, y los clientes descontentos son muy mala publicidad. Llámela y rectifique, por favor.

De bastante malhumor, escuchó Gabriel las explicaciones de Turabian y entendió su postura al instante. La decisión no fue por esperar al seguro, sino por estar él. La inquietud de los empleados sintiéndose examinados motivó que cumplieran con escrúpulo una política que no aplicaban por igual a todos los clientes.

Harta del zumbido constante del móvil, Claire lo apagó y siguió hablando con el contratista. Contó con la buena fortuna de que al hombre le cancelaron el otro trabajo pendiente y no paró hasta convencerlo de que en pocos días podría pagarle un adelanto. En ese momento se conformó con los diez mil dólares en efectivo que sacó de su fondo de emergencia.

Más tranquila, eligió los colores para pintar los dormitorios y trató de olvidar la nefasta reunión en el banco. Ya había decidido retirar su dinero en cuanto lo tuviera disponible, era la única pataleta que encontró para sentirse mejor. También retiraría las domiciliaciones; no quería saber nada del Scotia. No era una clienta destacada, obviamente, pero podían haber sido amables; al menos, por la lealtad que durante años su familia tuvo con ellos. Si ya despreciaba

al sector bancario, ese *detallito* se enconó de manera hiriente en su cerebro.

El viento consiguió mostrarles la pericia del piloto cuando aterrizó en el helipuerto de *Hibernia* tras recorrer los trescientos quince kilómetros que la separaban de la costa. Gabriel no pudo dejar de admirar una obra de ingeniería asombrosa de más de cincuenta metros de altura. Cuatro megapilares sobresalían del agua sosteniendo la estructura, un edificio blanco, que quedaba empequeñecido rodeado por una cantidad exagerada de hormigón y acero, dos torres de perforación y, como colofón, varias grúas desafiando al océano en mitad del camino de icebergs y huracanes.

En cuanto bajaron, les dieron un equipo de protección personal a cada uno. Consistía en un mono naranja, un casco y unas botas con las suelas de goma.

Los recibió el director del yacimiento. Era un hombre de cincuenta años, con la piel curtida, unas manos llenas de callos, y un cuerpo fuerte que parecía acostumbrado al esfuerzo físico. Se llamaba Steve James y trabajaba en *Hibernia* desde el inicio de la extracción en 1997. Los guió a su despacho a través del módulo M50, donde estaban los dormitorios, un comedor, varias oficinas y algunas zonas de ocio, y les enseñó el TSR, que era un refugio temporal seguro en caso de emergencia conectado a un barco salvavidas, al helipuerto y al sistema de evacuación. Cuando les explicó cómo, en ese espacio, tenían capacidad para suministrar oxígeno con un equipo autónomo y otras medidas que cumplían con celo, Gabriel prestó toda su atención porque un accidente allí podía suponer el mayor riesgo que corrían y no soportaba los espacios cerrados por mucho tiempo.

Más tarde comprobaron interesados en un proceso poco conocido el funcionamiento del módulo M10, donde se separaban el gas, que se comprimía para ser reinyectado a una reserva; el petróleo, que era conducido por un oleoducto submarino a la refinería; y el agua, que siempre se volvía a descargar en el océano. Una vez que dejaron a Steve en el módulo 20, el de control, se sentaron en el despacho con tanta información que Gabriel se bloqueó durante unos segundos.

—¿Está bien? —preguntó Robert.

—Sí —respondió, giró la cabeza varias veces y se masajeó el cuello—. Vamos a tener que emplearnos a fondo. Me interesan sobre todo los informes geotécnicos y las previsiones que tendrían.

—Al Gobierno va a interesarle más los beneficios para el país

y el desarrollo de la zona.

—No estoy de acuerdo. Un proyecto de esta magnitud debe aunar desarrollo y conservación. No somos filántropos, pero no vamos a apoyar algo que no garantice la seguridad medioambiental. Ten en cuenta que Canadá puede seguir sin esas nuevas toneladas de crudo y ya hay tres plataformas en menos de quinientos kilómetros. No sé si están sobreexplotando esta zona.

—Supone un gran ahorro si no tenemos que comprar petróleo.

—Sí, y también si usamos otras energías renovables.

—¿No está de acuerdo con este proyecto?

—No es eso. Me ha impresionado este coloso. No es lo mismo verlo de lejos que estar dentro. La base de hormigón que almacena el crudo está apoyada en el lecho marino, pesa más de 800 000 toneladas; es una barbaridad…

Robert asintió despacio y lo dejó tranquilo con sus reflexiones. De repente sonó una sirena y los dos salieron corriendo del despacho, nadie más se inmutó. Encontraron a varios trabajadores en el comedor comiendo tranquilos, aunque el ruido estridente y machacón era difícil de ignorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert.

—Tormenta —respondió uno de los hombres, encogió los hombros e hizo un gesto despreocupado con la cara—. No se preocupen.

—Parece que tendremos que quedarnos —dijo Robert—. Vamos a ser testigos del comportamiento de la estructura.

—Sí. —Gabriel bufó—. Según los informes, ha soportado huracanes y en primavera chocan constantemente icebergs, están bien preparados.

—A ver si es verdad.

—Espero que la tormenta no dure mucho —comentó Gabriel, mirando por las ventanas. El agua que caía a chorros por los cristales se dispersaba con fuerza por unas rachas de viento importantes, nada halagüeñas—. Había previsto volver mañana.

—Tendremos que adaptarnos hasta que amaine.

Volvieron al despacho, terminaron de recopilar datos y más tarde se reunieron en el comedor con Steve, que se despidió a los pocos minutos para regresar a la sala de control. Era cierto que dentro apenas se percibía nada, pero Gabriel cenó inquieto y casi no participó en la charla, tratando de apaciguar una ansiedad en aumento conforme la tormenta arreciaba.

En cuanto se sirvieron la cena en unas bandejas metálicas,

Robert y Gabriel se sentaron a la mesa y empezaron a comer en silencio, observando la nula importancia que todos daban al temporal entre risotadas y un murmullo constante. La comida no tenía mal aspecto, tampoco era el lugar adecuado para ser sibarita. Su madre siempre le inculcó que adaptarse a las situaciones era la diferencia entre ser educado o creer serlo. Tanto él como sus hermanos fueron a un colegio elitista en Quebec, donde se presuponía que todo era excelencia y nada más lejos de la realidad; había días que la comida estaba asquerosa, pero Elizabeth Drake no consintió en ceder ni un milímetro con ellos y su respuesta era siempre un bucle: «Tenéis que coméroslo todo, porque nunca se sabe a qué tendréis que enfrentaros. Viviréis situaciones con personas muy diferentes y no debe rechazarse la comida que a uno le ofrecen; es el peor desprecio que puede hacerse a un anfitrión».

—¿En qué piensa? —preguntó Robert.

—Eres mi compañero de cuchitril, tutéame, por favor —dijo Gabriel sonriendo—. Pensaba en mi madre.

—¿Estáis muy unidos?

—No sé, lo normal supongo.

—La mía vive en las afueras de San Juan, la veo una vez por semana.

—Mi madre vive desde hace años en Nueva York, mis hermanos también. Ellos la ven con más frecuencia. Yo intento ir todos los meses, pero es complicado. El año pasado cogí más de cien aviones.

—Viajando tanto es difícil tener una familia.

—Sí —dijo resignado. Se ahorró más datos de su vida privada, prefirió no recordar a Cora para evitar amargarse—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Dos —respondió risueño. Los ojos azules de Robert brillaron recordando a sus hijos—. Un niño de seis años y mi pequeña princesa de dos.

—Tengo una sobrina que en junio cumplirá uno, nos tiene locos.

—Los niños dan responsabilidad y trabajo, y también te compensan con un amor incondicional.

—Ni que lo jures, para mi sobrina mi hermano es Dios.

—A mi hija le pasa igual conmigo —reconoció con orgullo—. Mi mujer a veces se enfada.

—Me lo imagino.

—¿Estás casado?

—Sí, aunque por poco tiempo —afirmó con un gesto torcido,

añadió—: Le he pedido el divorcio.

—Lo siento.

—No te preocupes, está superado.

—Si aún no os habéis divorciado, te quedan unos meses difíciles.

—Espero que no. Ya veremos cómo va —dijo con una sonrisa breve. Se encontró cómodo con Robert, a pesar de que su apariencia ruda pudiera distanciarlos, era sensible y durante todo el día pudo comprobar que tenía una inteligencia brillante. Vislumbró en él a un buen amigo para desconectar del trabajo en un lugar donde no conocía a nadie—. ¿Qué sabes de Claire Merritt?

—¿Te gusta?

—No es eso —respondió, moviendo despacio la cabeza, sonrió al recrearse en las cualidades físicas de la señorita Merritt, un valor añadido nada desdeñable, pero no iba por ahí su curiosidad—. Me pareció bastante enfadada.

—La pobre no está pasándolo bien, su madre murió hace pocos días. Se ha quedado sola con una mansión impresionante, es una preciosidad, pero como negocio no sé hasta qué punto es rentable. William y Jim la conocen más que yo, fueron compañeros en el colegio.

—¿No tiene padre?

—Falleció en un accidente de helicóptero. Era un buen hombre, muy querido en San Juan. Son una familia conocida por el abuelo, tenían una factoría de bacalao. Claire se fue a Nueva York cuando murió su padre. Al tiempo volvió, pero había perdido la chispa. Desde entonces no la he visto salir ni relacionarse con nadie.

—Será rarita.

—Antes de morir su padre era una cría encantadora. Supongo que le desbordó la situación.

—Debe ser complicado afrontar la muerte de tus padres.

—Muy complicado.

—¿Sabes algo de la tormenta?

—He oído que mañana amainará, pero no apostaría mucho.

Gabriel resopló.

—Nunca podría trabajar en un submarino.

—¿Qué te pasa?

—Me agobia estar encerrado.

—Si esto es enorme —dijo sonriendo.

—Pero no puedes salir cuando quieras.

—No te preocupes, con la de cosas que debemos leer, el tiempo pasará volando.

La plataforma osciló ligeramente y deslizó unos centímetros los platos encima de la mesa. Los únicos que los miraron alejarse fueron Gabriel y Robert, a nadie más pareció importarle, al instante volvieron y siguieron como si nada.

—No voy a pegar ojo —dijo Gabriel.

—¿No duermes bien?

—No, desde hace semanas —comentó distraído, recordando su polvo casual. Disimuló porque no quiso que tuviera una impresión equivocada y no tenía intención de repetir, pero le vino de escándalo. Se demostró a sí mismo que no era tan difícil practicar sexo sin sentimientos y le ayudó a dormir de un tirón; solo encontró beneficios —. ¿Cuántos meses seguidos están aquí los trabajadores?

—Depende del cargo y del trabajo que se esté haciendo en ese momento, pero suelen ser turnos de doce horas seguidas y otras doce de descanso, mínimo un mes.

—Debe ser duro estar tanto tiempo alejados de sus familias.

—Para los que estén casados y tengan hijos, los solteros lo llevarán mejor.

—No sé qué decirte, el 95% son varones —comentó torciendo la boca. En *Hibernia* solo trabajaban nueve mujeres, de las cuales solo dos tenían puestos de responsabilidad; una, era químico y la otra ingeniero de minas; el resto se dedicaba a la cocina y limpieza—. No sé cómo andará por aquí la población gay.

Robert sonrió, dándole la razón. Poco después ocuparon el dormitorio compartido, donde a Gabriel le faltó tiempo para sacarse las botas a tirones. Los pies llevaban horas doliéndole por las rozaduras de los talones, hechas por una talla más pequeña que la suya. Luego, dándole una tregua al cuerpo, se desnudó y alejó de su vista el discreto mono naranja.

—Estoy agotado —dijo Robert, arropándose en la litera de abajo; lo más conveniente por la considerable diferencia de peso entre ellos—. Buenas noches, que descanses.

—Buenas noches, Robert.

Con una sonrisa amable Gabriel acortó los dos metros hasta el aseo. En unos minutos, dentro de una ducha minúscula, se sintió renacer con el agua muy caliente. Normalmente era más rápido, pero tenía la expectativa tan baja que perder el tiempo bajo ese chorro relajante fue inspirador para su cabeza y para recobrar el color en la piel.

En el caserón de la esquina, al día siguiente, dos hombres

acuchillaban el suelo del salón mientras otro protegía con plásticos varios muebles antiguos. Tenían trabajo para varias semanas, que se preveían llenas de polvo y ruido. Claire recogía cortinas y juegos de sábanas con Eloise Friars, la señora que trabajaba para ella como asistenta y fue íntima amiga de Grace. A sus años, cincuenta y cinco, se mantenía en buena forma, pese a un sobrepeso considerable. Tenía la cara siempre sonrosada, unos ojos azules que irradiaban bondad y unas ganas de vivir que sugerían un optimismo innato; era la alegría de la casa. Su hermana, Ethel, se encargaba de la cocina, pero echaba una mano si hacía falta, y Luc del mantenimiento general y el jardín. De los ocho dormitorios de la planta alta, solo quedaba uno por vaciar, los demás estaban preparados para la nueva pintura. Eligió un color neutro para las paredes y otro más oscuro para los zócalos de madera que se pondrían a un metro de altura e irían en diferentes colores por habitación. Todavía faltaban por comprar las nuevas cortinas y edredones, pero tenía intención de pedirlos por Internet y no solían tardar mucho en enviar los pedidos.

Sin ganas, se trasladó a la buhardilla, la habitación que ocupó casi toda su vida hasta que regresó de Nueva York y su madre acondicionó el dormitorio de la planta baja. Aquel tiempo fue tan negro que el único consuelo para Grace fue que Chris había muerto y no vio ni sufrió su hundimiento. Durante los dos años posteriores, Claire necesitó acudir a una psiquiatra semanalmente. A los diecinueve no quiso vivir, asediada noche tras noche por unas pesadillas que aún acudían a sus sueños para atraparla. Aunque en medio de esa habitación intentó no pensarlo, ese tonto traslado temporal avivó los recuerdos tristes que nunca se iban del todo y levantaban el muro que tan bien aprendió a construir para aislarse de unos crueles demonios.

Cuando Claire despidió al constructor, atendió una llamada del móvil que le recordó otra experiencia dañina, esta vez para su orgullo y bolsillo.

—Hola, Claire.

William la saludó contento.

—¿Qué pasa?

—Tengo buenas noticias. Puedes retirar el dinero cuando quieras.

—Qué amable.

—Vamos, no seas así. Siendo honestos, sabes que no tenías razón.

—¿Un empleado de un banco me habla de honestidad?

—Piensa lo que quieras. Aquí tienes el dinero.

—Muy bien. No sé si podré pasarme dentro de un rato.

—No te preocupes, el señor Drake ha dado la orden y cualquiera puede atenderte.

—Vaya detalle… Cuando lo vea le besaré los pies como al Papa.

—Anda, déjalo ya.

—Gracias, Willy.

—De nada, guapísima.

Regresó a la planta alta y encontró a Eloise subida en una escalera. Parecía mantener la estabilidad igual que el bambú frente a un tifón. Podía oscilar temeraria, doblegarse incluso, pero nunca llegaría al suelo.

—Bájate, ya lo hago yo.

—Estoy terminando. Espero que compres estores, son mucho más prácticos.

Eloise arrugó la tela con las manos, donde tenía incrustada una alianza entre dos pliegues de carne en el dedo anular, y bajó insegura pero constante. Con mucho nervio dejó la cortina en la cama y ayudó a Claire echando sábanas por encima de los muebles.

—Acaban de llamarme del banco, ya tengo el dinero.

—Qué bien ¿Estás más tranquila?

—Sí, claro, pero podía haberme ahorrado el disgusto.

—No hay mal que por bien no venga.

—No sé… —Claire hizo una mueca disconforme—. Me pasé bastante, deben pensar que estoy loca.

—¿Quién piensa eso? ¿Willy? ¿Jim? Sois amigos desde pequeños, seguro que no piensan nada más que te alteraste un poco. No te agobies.

—Estaba delante el nuevo director, no es de por aquí.

—¿Y qué?

—Willy me ha dicho que él ha dado la orden.

—Porque se daría cuenta de su error.

—O porque ha pensado que estoy como un cencerro.

—No digas tonterías, si pensara eso no te habrían dado nada, los bancos no se casan con nadie. ¿Por qué te preocupa lo que piense?

—No me preocupa.

Claire mostró un gesto de indiferencia con los labios.

—¿Es mayor?

—No, tendrá dos o tres años más que yo.

—¿Es guapo?

—Y yo qué sé —respondió nerviosa—. Preguntas cada cosa…

—Es fácil —dijo Eloise, elevó las cejas expectante—, ¿sí o no?

—No seas pesada —dijo paciente. No había pensado en él, pero por la insistencia de Eloise volvió a una imagen que la sorprendió y atrajo, aunque no llegara a más; los hombres y ella no jugaban en el mismo equipo y, probablemente, nunca lo harían; su cabeza limitaba cualquier acercamiento desde que uno la dejó inservible para los demás—. No me fijé mucho —habló y compuso un gesto displicente. Por la cara, Eloise no parecía conforme, pero no añadió nada para satisfacción de Claire, que dejó de recordar al director del Scotia en cuanto volvieron a su tema estrella: la nueva etapa como residencia de Boreal Róis—. Elo, el contratista me ha preguntado quién hizo la escalera, ¿lo sabes?

—No —respondió mintiendo. Trató de mantener a raya los pensamientos negativos que de pronto abarrotaron sus recuerdos. Pero si Grace vetó al ruso, o como se hacía llamar: Alec Barn, cuando Chris murió para protegerla, mantendría esa misma postura—. ¿Para qué lo quiere?

—Por si restaurando los peldaños tuvieran cualquier imprevisto con la barandilla. Dice que ellos no podrían arreglarla.

—En ese caso, será mejor que sean finos trabajando. Vete a saber dónde andará quien la hiciera.

Eloise escurrió el bulto con imprecisión, recordando al anciano que vivía a las afueras de la ciudad. Ese que llevaba años cumpliendo con la promesa que Grace le arrancó tras una desagradable discusión. Aquel día, estando Chris ausente, Grace no soportó la familiaridad de Alexei, o Liosha para Chris y Charles, que llegó con otro de sus obsequios para Claire; parecía obsesionado con ella. Se enfadó porque estaba fuera de lugar, por mucha amistad que hubiese tenido con su suegro y mantuviera con Chris; era un viejo y su hija una niña de diez años. Desde entonces, Alexei Barinov no había vuelto a poner los pies en esa casa y, seguramente, jamás lo haría.

Más tarde se quedó Claire sola, retiró la sábana de un sillón bajo de lectura en color wengué con las patas torneadas de madera y se sentó a contemplar el salón, consciente del azote de una tormenta que mientras estuvieron los trabajadores no notó entre el ruido de las herramientas y las voces. Sin dejarse llevar por el desasosiego que escuchaba fuera y sin querer agobiarse por la soledad que sentía más profunda por la desnudez interior que la rodeaba, se centró en los avances de un suelo que recobraba el brillo, en un techo donde ya no se veían grietas o en unas paredes vacías que pronto estarían pintadas y otra vez llenas de cuadros. Poco a poco resurgía la belleza de la casa que su abuelo construyó cuando llegó de Inglaterra buscando un futuro próspero, que consiguió gracias al bacalao. Fundó Atlantis Cod

Ltd., una factoría que dio grandes beneficios hasta que en el 96 la industria pesquera se desplomó y su padre se vio obligado a vender allá por el 2001. De aquella bonanza solo sobrevivieron esa casa y los dos pisos que Charles Merritt compró como inversión, uno en San Juan y otro en Toronto. Afortunadamente, desde su muerte siempre habían estado alquilados y, hasta ese momento, los inquilinos nunca habían fallado en los pagos mensuales. Tal rareza alivió la maltrecha economía de sus padres cuando estuvieron apurados. La misma que rogó se mantuviera como mínimo unos meses más.

TRES

San Juan de Terranova, 3-2-12
Terranova y Labrador, Canadá

La nieve se acumulaba en los pasillos metálicos que rodeaban el módulo M50 y apenas tenían visibilidad exterior. No podían realizar llamadas y la mayor parte de la energía iba destinaba a la sala de control. La moral de Gabriel andaba bajo mínimos, cansado de recorrer los mismos pasos. Llevaba menos de cuarenta y ocho horas y ya conocía a la mitad del personal, ayudaba tropezar con ellos cada pocos minutos. Admiró a aquellos hombres, se necesitaba fortaleza mental para estar confinado meses en un sitio así. Reflexionó sobre las relaciones que debían mantener; era imprescindible ser sociable y asumir que dependías de tus compañeros. Parecían un grupo unido, al menos en el comedor se sucedieron las bromas y pullas durante la comida. No siempre sería igual y surgirían roces, pero a Gabriel le dieron buena impresión; eran un conjunto bien avenido de profesionales.

Después de repasar durante toda la tarde con Robert decenas de documentos para el proyecto *Deep Ocean*, como se llamaría la nueva plataforma, decidieron jugar una partida de squash antes de otra cena movidita. Tuvo la esperanza de conciliar el sueño al acostarse agotado, sin embargo, empezó a dar vueltas mientras Robert dormía como un lirón.

Con el portátil, se sentó apoyando la espalda en la pared. Para su sorpresa encontró que tenía wi-fi y pudo actualizar el correo electrónico. Y, dada la hora, aunque habría preferido otro tipo de comunicación, escribió a Cora un mensaje.

De: *Gabriel Drake (gabriel.drake@scotiabank.com)*
Fecha*: viernes, 3 de febrero de 2012 00:15*
Para: *Cordelia Drake (Cora-dh@gmx.com)*
Asunto: *Nosotros*

Hola, Cora ¿Cómo estás?

Siento haberme ido, pero no tenía otra opción. No he hablado con mi abogado, pero me gustaría hacerlo dentro de poco. ¿Cuándo podríamos vernos?

Besos,
Gabe.

Cogió el libro que estaba leyendo y logró concentrarse un

rato en la historia de suspense, pese a notar de vez en cuando el impacto de las olas enfurecidas y el ruido ensordecedor del viento. No sintió nada de miedo hasta que la luz brillante de un rayo casi lo cegó y le puso los vellos de punta. A continuación, la noche espesa atronó en mar abierto y ya no pudo seguir, era una odisea mantener la cabeza en la lectura. Con ironía, pensó que para comprobar las medidas de seguridad no podían haber elegido mejor momento; presenciaron un simulacro de emergencia y el comportamiento de la plataforma azotada por un temporal muy hostil, también cómo el compañerismo y la solidaridad eran la base que facilitaba todo aquel funcionamiento. Durante el día se volcaron con ellos, conscientes de que impresionaba vivir en esas condiciones; era una cárcel flotante, incluso los monos naranjas reforzaban su apreciación. Escuchó el sonido de la bandeja de entrada y la abrió extrañado.

De: *Cordelia Drake (Cora-dh@gmx.com)*
Fecha*: viernes, 3 de febrero de 2012 00:45*
Para: *Gabriel Drake (gabriel.drake @scotiabank.com)*
Asunto: *RE: Nosotros*
Si tu abogado es tu hermano, ya he hablado con él.
Vete a la mierda.
C.

Otra vez Cora estaba agotando su paciencia. Quería sentarse con ella y hablar del divorcio, pero empezaba a admitir que sería imposible una salida elegante. Por suerte siempre contaba con Sean y era un gran consuelo saber que velaría por sus intereses de forma incondicional. Algunos de los rasgos que más destacaban en él eran la lealtad, la honradez y unas convicciones éticas bien arraigadas que solían inclinarlo hacia el lado de las injusticias. Y Gabriel tenía clarísimo que cualquier pretensión de Cora, con certeza, rozaría el límite de Sean.

Si al amanecer hubiera hecho bueno, el sol habría entrado en el dormitorio molestando a Claire, pero, como estuvo nevando sin parar, cuando se despertó comprobó que era más tarde de lo que imaginaba. Se asomó a la ventana y supo que hasta el sábado no podría salir. La nieve en la puerta no era problema, no así la falta intermitente de electricidad y el cierre de los establecimientos. Tenían alerta roja y el encierro hogareño era conocido por todos. Pensando en las inclemencias del tiempo, llamó a las Friars y a Luc para que no fueran hasta el lunes. Al contratista esa nimiedad no le importó y a las nueve envió a dos empleados que dieron la primera mano a las

paredes de los dormitorios.

Impaciente por ver el color, no era lo mismo varios metros que el centímetro cuadrado del abanico de la carta de muestras que le enseñaron, se quedó en el pasillo observándolos con una sonrisa satisfecha por un acierto pleno. El verde pálido resultaba femenino y quedaría muy bien con el oscuro de los zócalos de madera cuando estuvieran colocados. Dos dormitorios más irían igual; el resto en color visón y otros tonos más alegres. Y todos, con el mobiliario de colección, otra de las joyas de la casa, tendrían el equilibrio entre clásico y moderno que buscaba.

—¿Qué te parece? —preguntó un pintor.

Era un chico joven, rondando los veinticinco, se conocían de vista. Tenía una expresión agradable y sonreía con frecuencia.

—Me encanta.

—Con lo grandes que son los dormitorios, cualquier color quedaría bien.

—Supongo —admitió con una sonrisa ligera. Claire quiso darles una pequeña tregua, ya que desde que llegaban no descansaban en ningún momento, y preguntó amable—. ¿Hasta qué hora vais a quedaros?

El otro hombre, Larry, rondaría los sesenta, se veía ágil y fuerte, paró de pintar, se volvió hacia ella y dijo:

—Hasta las tres.

—¿Puedo traeros algo de beber? ¿Un refresco, agua?

—No te preocupes, estamos bien.

—Podríamos hacer un descansito —comentó el más joven.

Al ver al chico guiñarle el ojo, Claire dejó de sonreír y cambió el gesto por otro más serio; no podía dar pie a nada.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Qué me ofreces?

Inclinó la cabeza hacia abajo y levantó la vista despacio.

—Coca-cola, zumo o agua.

—Las cervezas nos las tendremos que tomar en otro sitio ¿no?

—No sé dónde te las tomarás tú.

La conversación que empezó en un tono cortés se convirtió en incómoda. Claire percibía un flirteo que no buscó y no pensaba corresponder.

—Brian, déjate de tonterías —dijo Larry severo—. Tenemos que terminar esta planta hoy.

—¿Hoy? No podremos darle otra mano, no se seca.

—Pues ve a la camioneta y trae el ventilador, aprovecharemos mientras la electricidad no vuelva a cortarse.

—Vale, jefe.

Brian pasó por delante de Claire, volvió a sonreírle seductor y bajó la escalera silbando contento. Tras unos segundos, ella salió y fue a la cocina; la habitación más grande de la planta baja después del salón. Abrió la nevera y sacó un *tupperware* con ensalada y otro con carne en salsa que olfateó antes de meter en el microondas. Distraída mirando el plato girar dentro del horno, no oyó a Brian entrar en la cocina.

—Qué bien huele.

En cuanto Claire escuchó esa voz grave tan cerca, dio un repullo y cruzó los brazos con rigidez; no soportaba estar a solas con un hombre si no era alguno de sus amigos de toda la vida.

—Me has asustado —dijo atenta a su cuerpo. Era por lo menos veinte centímetros más alto que ella, no valoró el peso, pero doblaba el suyo con seguridad, tampoco dejó de mirarle unas manos enormes que podían reducirla en un abrir y cerrar de ojos. No pudo mostrar mucha cordialidad, pero disimuló el miedo—. Dime qué te apetece y ahora te lo subo.

Sonriendo, Brian se acercó confiado e inclinó la cabeza para hablarle con demasiada intimidad; sin intuir el terror en unos ojos que no veían nada, paralizados por el miedo.

—¿Una cerveza conmigo?

—Lo siento —respondió murmurando. Parecía un chico agradable, tenía una sonrisa sincera y unos ojos oscuros alegres; aunque pedía un imposible—. No bebo.

—¿Nada? —preguntó sorprendido.

—Alguna copa de vino, poco más.

—No te veo nunca en la ciudad por la noche. ¿No sales?

—No.

Sonó la alarma del horno; una oportunidad de huida. Sacó el plato, ignorando el seguimiento de Brian, que creyó interrumpirla y se dirigió a la puerta.

—Que aproveche.

—Gracias —dijo más relajada. Esa distancia fue vital. Molesta consigo misma, viendo el comportamiento correcto de Brian, preguntó —. ¿Te llevo una coca-cola?

—No te preocupes, come tranquila. Hasta luego.

Sentada en la mesa, otra vez sola, contempló unos muebles bajos de madera blanca y unas molduras entre el techo y la pared con flores pintadas, todo era antiguo y confortable; se notaba el trabajo artesano del carpintero que la hizo; también, de día era luminosa, pese a que esa mañana apenas entrara claridad por las dos ventanas que

tenía con vistas al corredor lateral del jardín y la calle. Sin apetito, empezó a comer en su retiro mental, recordando ciertas cosas que aún atosigaban sus pensamientos para quemarla igual que cuando ardió en el infierno. Era inteligente y comprendía que no todos los hombres eran violadores o asesinos, pero su subconsciente le impedía relacionarse con ellos. El tratamiento psiquiátrico fue efectivo para la depresión y las pesadillas, que ya eran esporádicas, no así para mejorar su actitud; con veintisiete años no sabía qué era ni el amor ni el sexo.

El año anterior, animada por la doctora Stamps, salió con Patrick Hamilton, un médico del Centro de Ciencias para la Salud que había pegado a la Universidad Memorial de Terranova, se conocían y habían sido amigos en la adolescencia. La relación duró tres citas, el tiempo que necesitó Patrick para atreverse a darle un beso en la mejilla cuando se despidió. A Claire le costó otro montón de dólares la terapia y desde entonces renunció a los hombres de manera definitiva; sería imposible que su mente la dejara liberarse.

En el Sheraton, Cybill trató de comunicarse con Gabriel para no irse sin decirle adiós, aunque no le quedó más remedio. Estuvo tentada de llamarlo al banco, pero desechó la idea por no parecer atrevida. Cuando terminó de meter la ropa en la maleta, recibió un mensaje de su marido y volvió a la realidad de una vida aburrida en Toronto. Llevaba casada cinco años y los dos últimos estaban sobrando. Bajó a la calle y cogió un taxi, dejando atrás el primer viaje realmente excitante a Terranova con la esperanza de que tres meses pasarían rápido para regresar y repetir el sexo sin ataduras con Gabriel Drake; todo un aliciente inesperado que no había podido quitarse de la cabeza.

A más de trescientos kilómetros de San Juan, Gabriel llevaba dos días sin dormir y necesitaba descansar. El ruido constante de la lluvia y el viento llegó a desquiciarlo más que el ensordecedor de las perforadoras antes de que las detuvieran. Rezó para que el tiempo mejorase, harto de la litera, de ese traje del corredor de la muerte, de las botas; de todo.

Pasaba del mediodía y seguían en el dormitorio sin ninguna noticia de Steve. No aguantaba más la incertidumbre y, pensándolo bien, si tenía que estar otro día allí sufriría alguna clase de ataque. Se bajó de la litera con un salto ágil, salió del dormitorio y dejó a Robert

en el baño. A riesgo de que le llamasen la atención, prescindió del casco; no iría más lejos del M50; solo algunos trabajadores cumpliendo sus turnos tenían permiso para estar fuera.

Atravesó uno de los pasillos numerados y saludó a todos los que se cruzó con una sonrisa tibia o una ligera inclinación con la cabeza. Si el miércoles en pocas horas había controlado un montón de caras nuevas, en ese instante fueron ya viejos conocidos.

En el comedor la actividad era un hervidero con murmullos mezclados entre algunos saludos a gritos o risotadas exageradas. Cogió una bandeja y se sirvió la comida. Mientras esperaba que un cocinero terminara un filete a la plancha, notó una palmada en el hombro. Al girarse, se topó con la cara amistosa de Steve.

—Hola, ¿cómo lo lleva?

—Bien —respondió con un gesto incómodo—. Hemos tenido mala suerte.

—No es raro en esta época del año.

—¿Cree que hoy podremos irnos? —preguntó Gabriel, colocando una ensalada en el plato que acababa de entregarle el cocinero con la carne—. Por favor, no me diga que vamos a pasar aquí todo el fin de semana.

—¿Tiene planes?

—Sí, dormir.

—Relájese, hasta dentro de un rato no sabremos si puede venir el helicóptero a recogerles.

—Avíseme, por favor.

—Descuide —dijo, sirviéndose la comida. Gabriel puso un zumo en la bandeja y lo siguió hasta sentarse en una de las mesas, desplazados de los demás. Tras un momento, empezaron a comer y Steve preguntó—. ¿Pudieron ver los informes?

—Sí, aunque tenemos que estudiarlos más a fondo —dijo Gabriel amigable. No debía hablar con nadie hasta decidir si el banco aceptaba la operación y Steve era el director técnico de *Hibernia*, no su cliente, pero trató de corresponder una hospitalidad generosa—. La nueva plataforma supone dos años de construcción en Noruega y un despliegue de medios muy elevado.

—Lo sé y no me gustaría estar en su pellejo.

—Estoy acostumbrado.

Pasaron varios minutos charlando de corrientes marinas, pesca y rutas de navegación, sin mencionar yacimientos ni dinero. Los dos estuvieron de acuerdo en que salvaguardar el medio ambiente era primordial y Gabriel se convenció de que su impresión sobre Steve no podía haber sido más acertada, desde el minuto uno captó el interés

del hombre por cumplir a rajatabla todas las normas de seguridad; incluso, llegó a creer que estaba un poco obsesionado.

Terminaban de comer cuando apareció Robert con una bandeja repleta hasta arriba, sin privarse de nada.

—Hola, siento el retraso.

Saludó con una energía que Gabriel envidió.

—Parece que usted sí ha dormido —dijo Steve.

—¿Usted no?

—Por supuesto. Es el señor Drake quien no lo consigue.

Robert hizo una mueca de desaprobación y Gabriel encogió los hombros.

—No. He tenido mucho tiempo para pensar.

—Señores, hasta luego.

Steve se levantó, empezó a hablar por un *walkie* y varios hombres se acercaron para rodearlo.

—Voy a por un café —dijo Gabriel, observando con curiosidad las instrucciones que Steve daba—. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

De camino a la máquina, Gabriel quería constatar que podrían salir sin complicaciones, agudizó el oído intentando escuchar la conversación de Steve, pero no encontró ninguna pista del tiempo y sí un montón de palabras que no le dijeron nada. Cuando tuvo el café en el vaso, le pareció insuficiente y volvió a pulsar el botón. Con ese segundo chorro espeso y oscuro creyó que su cerebro empezaría a funcionar. No añadió leche ni azúcar, necesitaba cafeína en cantidad industrial.

—No sé cómo aguantas —dijo Robert al verlo, masticó y bebió un trago de refresco con la boca llena—. ¿Cuántos llevas?

—Con estos, tres.

—Vas a ponerte como una moto.

—Lo dudo —dijo antes de darle un buen sorbo al vaso—. Estoy hecho polvo, necesito salir.

—Dentro de poco estaremos fuera, seguro.

Gabriel sonrió, agradeciendo ese ánimo y el efecto estimulante que notó de inmediato en las neuronas.

—Le he dado muchas vueltas al proyecto y no sé si los beneficios nos compensarán. Estamos hablando de una extracción limitada a treinta años y aunque supone crear empleo y generar riqueza también es demasiado arriesgado.

—Piensas eso porque no eres de aquí. Cuando tuvimos el desastre del bacalao algunos pescadores cambiaron a otras especies, pero la gran mayoría se quedó sin trabajo y la construcción de esta

plataforma les ayudó a salir de la crisis. Como todo, tiene sus riesgos. Pero si el Gobierno les dio el visto bueno, y en quince años hemos dejado de ser la provincia más pobre del país, no creo que ahora haya otros problemas.

—No me gusta hablar de beneficios limitados a no ser que la inversión equilibre el riesgo, y saber que es temporal no ayuda a mis expectativas.

—Vamos a estudiarlo bien.

—Sí y también necesitamos informes geológicos independientes. No me valen los de la consultora estadounidense que nos han dado, tienen demasiados intereses de por medio.

—Nos han aportado lo bonito del proyecto.

—Por eso, vamos a sopesar lo bonito con lo feo. Hablamos de muchos millones que si el banco los destinara a otros proyectos no darían un beneficio tan alto a corto plazo, pero no estaríamos limitados a treinta años.

—¿Por qué te preocupa tanto ese límite? Todas las extracciones de hidrocarburos están igual de limitadas.

—Porque tengo intención de terminar mi carrera en esta empresa y si no veo futuro prefiero otras inversiones menos dañinas para el medio ambiente y más sostenibles.

—Pareces de Greenpeace.

Gabriel sonrió y negó con la cabeza.

—No lo soy, pero los admiro y creo que han concienciado a muchas personas sobre la importancia de cuidar nuestro planeta.

—Es verdad, pero necesitamos el petróleo para funcionar.

—Cierto, aunque van a tener que convencernos con números porque con necesidades no va a colar.

Steve entró en el comedor y se aproximó a ellos decidido.

—Tengo buenas noticias, a las cuatro llegará el helicóptero.

A Gabriel le cambió la cara, por fin algo bueno.

Volvieron al dormitorio e hicieron en silencio los exiguos equipajes. Gabriel fue feliz tras quitarse las malditas botas para calzarse unos botines negros de piel. Abrigados hasta las cejas, salieron al exterior. Se miraron preocupados al notar el fuerte viento. Ninguno era experto en pilotar nada, pero si habían tomado la decisión de recogerlos debía ser porque tenían claro que podría hacerse con seguridad. Ni llovía ni la nieve copaba las cubiertas, aunque las olas imponían un respeto absoluto moviéndose con una sincronización perfecta. Para Gabriel, adicto a los cálculos, fue difícil

suponerles la altura, pero, como llegaban hasta la mitad de los pilares que sostenían la plataforma, podían tener quince metros con tranquilidad.

Mientras el helicóptero aterrizaba, se despidieron de Steve James. Luego, se aproximaron a una pasarela y a la escalera metálica que debían subir para llegar al helipuerto. Pese a no salvar un desnivel considerable, inferior a tres metros, estaba demasiado expuesta.

Sujeto con fuerza a la barandilla, Robert frenó varias veces por algunas rachas agresivas hasta que consiguió llegar. En cuanto Gabriel agarró el metal en las manos e inició la subida, supo que tenía problemas. El viento lo manejaba como a una marioneta, totalmente a su merced. Respirando acelerado, resguardó unos segundos la cabeza entre los hombros. Tras mentalizarse, luchó con toda la energía que pudo varios peldaños, casi los últimos.

De repente, un azote descomunal le desestabilizó el cuerpo por completo, soltó una mano, solo con la otra no pudo mantener el equilibrio, y cayó al suelo impactando con la espalda. Se escuchó el golpe de la cabeza contra el hormigón, brusco y seco; sobresalió a un silbido implacable o al ruido de las hélices; el susto fue tremendo.

Gabriel no perdió el conocimiento, aunque hubiese sido preferible para ahorrarse el dolor agudo que sentía en el tobillo derecho.

—¡No te muevas!

El grito de Robert rugió en la cubierta cuando vio que intentaba incorporarse. Varios testigos del accidente se acercaron con rapidez. Al momento, sonó una alarma.

En pocos minutos llegó un médico y, tras quitarle el botín, comprobó que tenía roto el tobillo y debía colocarle el pie en su sitio. Gabriel aguantó la respiración y cerró los ojos con fuerza, sintiendo unas manos seguras sobre su dolorido pie. En cuanto notó el tirón, chilló medio trastornado; aquel alarido estremecedor mereció un respetuoso silencio por parte de todos.

—Traedme una férula —ordenó el médico. Tenía unos cuarenta años, complexión atlética, un rostro lleno de ángulos y una sombra negra de barba—. Tengo que inmovilizarlo y tardaré un rato.

Robert bajó al mismo tiempo que Gabriel vio desaparecer el helicóptero tumbado en el suelo. La cabeza empezó a martillearle y unas náuseas se apoderaron de su estómago.

—Voy a vomitar.

Uno de los obreros le dio una bolsa de papel con el gesto compungido.

—Soy nuevo. Siempre las llevo conmigo.

No tuvo voluntad para agradecérselo, Gabriel cogió la bolsa y expulsó con violencia el almuerzo, aderezado por un color oscuro sospechoso. En una camilla, dos hombres lo trasladaron a la enfermería, donde le hicieron dos radiografías del pie. Según el médico, al no tener lesionada la estructura entre el peroné y la tibia, podía tratarlo sin cirugía, pero ya se había inflamado y cada vez el dolor era más insoportable. Después de enyesarlo, examinó su coordinación y las señales visibles en el cuerpo.

—La cabeza parece estar bien —dijo el médico. Pidió ayuda a Robert, lo tumbaron en una de las dos camas, y preparó una inyección —. Voy a ponerle un calmante, es bastante fuerte. —Sin más explicaciones, bajó un poco el pantalón de Gabriel y le pinchó encima de los glúteos—. Lo tendré en observación veinticuatro horas.

—¿Qué? —susurró adormilado.

—Si pasa bien la noche, mañana podrá irse.

No contestó, seguía con los ojos abiertos, sin distinguir la realidad de alguna broma pesada.

—Menuda suerte —dijo Robert, dándole varias palmadas en el hombro, se inclinó para hablarle en el oído—. Al final vas a cumplir tu plan.

La respuesta de Gabriel llegó como murmullo grave e incomprensible con unos párpados que se cerraron para conseguirle un descanso ansiado. Robert salió al pasillo con el médico, donde le agradeció la atención prestada, y, después de llamar a su mujer para contarle el accidente, presintiendo que el carácter de su nuevo jefe tendría asegurado un brusco empeoramiento cuando despertase, preparó con Steve el traslado para que fuese cuanto antes, pero con las condiciones climatológicas óptimas y sin correr riesgos innecesarios.

CUATRO

San Juan de Terranova, 6-2-12
Terranova y Labrador, Canadá

Tras un amargo fin de semana dolorido en la enfermería sin moverse dependiendo de los demás, Gabriel cambió el ánimo al contemplar un sol radiante que brilló con una esperanza liberadora; necesitaba salir de esa cárcel, aunque solo fuese mental.

Sin sopesar las consecuencias de otra caída, se levantó cojeando para coger el neceser, un pantalón y una camisa, llegó satisfecho hasta el baño y se afeitó, agradeciendo que Robert hubiese traído sus pertenencias. Al recuperar la apariencia cuidada que tanto le gustaba, se sentó en el inodoro para ponerse los pantalones, pero no entraban con la escayola. Buscando unas tijeras volvió a la aséptica sala donde estaban las dos camas. Aliado con la desgracia, se topó de frente con la chapa de la puerta por el ímpetu brutal e involuntario de Robert. Para evitar el impacto en el pie escayolado, adelantó el hombro izquierdo.

—¡Joder…! —exclamó con un alarido, cerró los ojos.

—Lo siento, creía que estabas fuera.

Gabriel pasó por delante a la pata coja, se sentó en la cama en ropa interior y miró concentrado la pernera de los vaqueros, al momento, midió encima de la pierna el trozo que sobraba.

—¿Tienes unas tijeras?

—No —dijo Robert extrañado—. ¿Para qué?

—Para cortar una pierna, no me entran.

—¿Vas a destrozar el pantalón?

—Es mejor que salir en calzoncillos.

—Te puedo prestar un pantalón de chándal, traje dos.

—El mío está sucio.

Robert por un instante valoró qué consideraba Gabriel suciedad cuando solo lo usó durante la partida de squash y era la única prenda que podía ponerse.

—¿Te lo dejo?

—Sí, gracias.

Poco después, Gabriel disimuló su sorpresa por el tamaño, se lo colocó con facilidad y salieron con los equipajes al comedor. Andando con las muletas recibió un buen número de miradas piadosas y frases alentadoras. Robert se encargó de traerle el desayuno, al igual

que durante el fin de semana se preocupó por todas las comidas y pasó horas dándole un reconfortante apoyo moral. El sábado le llamó toda la familia y tuvo que armarse de paciencia con Elizabeth cuando insistió en que regresara a Quebec o iría a buscarlo. Al final de la conversación entendió la situación insostenible con Cora y la importancia del proyecto que realizaba para el banco.

—¿Vas a seguir en el hotel? —preguntó Robert.

—Sí, ¿por qué?

—Porque durante un mes vas a necesitar ayuda.

—Puedo manejarme bien solo.

—No lo dudo, pero en el Boreal estarías mejor y acompañado. Dan un buen servicio y es más acogedor que el Sheraton, al menos siempre son los mismos.

Gabriel pensó un momento.

—No creo que me quieran como cliente.

—Habla con Claire, seguro que llegáis a un acuerdo hasta que encuentres casa.

—¿Acuerdo con ella? Lo dudo.

—Tienes una opinión que no se corresponde con la realidad. Es muy educada y buena gente, aunque le guste estar sola. Todos los compañeros que se han quedado con ellos siempre han contado maravillas y la casa es espectacular.

Gabriel exhaló agobiado. No tenía ganas de hablar con la señorita Merritt, era tan desconcertante como atrayente, y no sería una buena idea plantearse nada con un divorcio por medio. Empezaba a valorar no dar explicaciones y tenía intención de repetir los polvos casuales alternando a las mujeres, a su aire. A la vez, verse rodeado a diario de un personal diferente tampoco sería una situación idílica, supuso que a los dos días estarían hartos de él, de sus peticiones o del malhumor que arrastraba al verse incapacitado.

—Lo pensaré.

—También va a salirte más barato.

—A mí no, al banco.

Un rato después, llegó el helicóptero. Gabriel mantuvo en vilo a Robert y al resto del personal mientras subía la escalera tirando de los brazos para apoyar solo el pie izquierdo, peldaño a peldaño, despacio. Tras varios minutos muy tensos, recibió la ayuda de dos hombres para entrar en el aparato y al poco despegaron, alejándose de una experiencia inolvidable que ni al tomar tierra acababa; debía ir al hospital y decidir dónde iba a alojarse. Preocupado, pasó el trayecto analizando pros y contras, sin saber qué hacer.

Nada más entrar en la elegante e impoluta habitación del Sheraton, Robert colocó el portátil de Gabriel en la mesa, la bolsa de viaje en una silla y se despidió hasta el día siguiente dándole algunos paternales consejos sobre seguridad.

Cuando se desnudó Gabriel en el baño, se colocó el albornoz del hotel y apiló la ropa sucia en un montón cerca de la puerta. Deshizo el equipaje entretenido lanzando la ropa a aquel montón que se elevó varios palmos del suelo. Luego, tumbado en la cama, se tomó un analgésico y llamó a recepción para que vinieran a recogerla y a traerle la comida. Media hora después, seguía esperando. Volvió a descolgar el teléfono y habló en un tono cordial:

—Hola, soy Gabriel Drake, llamo de la 320, aún no han venido a recoger la ropa ni me han traído la comida.

—Hola, señor Drake —dijo una recepcionista—. Disculpe el retraso, voy a volver a avisar. En unos minutos pasarán por la habitación.

—Muy bien, gracias.

Colgó y miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca, marcaba las dos y media. Cogió las muletas, fue a la mesa y, bastante cansado, se sentó en la silla a contemplar el puerto. Al rato, harto de ver los mismos barcos, volvió a la cama y comprobó la hora: tres y cuarto. Agarró el teléfono irritado para escuchar la misma voz aguda derrochando falsa amabilidad.

—Hola, soy Gabriel Drake, le llamo de la 320, sigo esperando.

—Disculpe el retraso, en unos minutos le atenderán.

Al oír la repetición, Gabriel explotó:

—Señorita, hace cuarenta y cinco minutos que espero. No quiero volver a escucharla decirme que espere. No tengo que esperar más y no es la mejor manera de mantener la calidad de un servicio de habitaciones. Tengo hambre, necesito que me laven la ropa y lo necesito ya.

—Disculpe, señor Drake, es la peor hora, pero le garantizo que en pocos minutos tendrá la comida y recogerán su ropa.

—Eso espero. Soy cliente de esta cadena desde hace muchos años y es la primera vez que me encuentro con un servicio de habitaciones tan malo.

—Siento su decepción. Nuestro servicio es de doce horas y tenemos algunas bajas, pero le repito que en breve será atendido.

—¿Doce horas? ¿No tienen servicio de habitaciones veinticuatro horas? Esto es increíble.

—Señor Drake, somos el mejor hotel de Terranova. Aunque la

mayoría de hoteles de nuestra cadena son de cinco estrellas, nosotros solo tenemos cuatro y no estamos obligados a disponer de servicio de habitaciones veinticuatro horas.

—Pues podrían avisarlo.

—Si lee las fichas sobre nuestros servicios, verá que sí se especifica.

—Sé leer —dijo con soberbia—, y no lo he visto.

—Le aseguro que está escrito.

—Perfecto, le doy cinco minutos.

Pensando en la escasa duración de ese servicio, Gabriel colgó de malos modos. No se tenía por muy exigente, pero si pedía algo contaba con tenerlo en un plazo razonable. Si encima no podía valerse por sí mismo, la impotencia aumentó ese enfado permanente que no conseguía alejar.

Pasó el tiempo y cuando oyó llamar a la puerta, con un tono cortante, dio el visto bueno a que abriesen. Gabriel supo por la sumisión del camarero que estaba advertido por su compañera. El hombre apenas levantó la vista, dejó el carro cerca de la mesa y salió de manera precipitada con otra disculpa.

En cuanto abrió Gabriel las campanas metálicas, olfateó la sopa de verduras y encogió la nariz. Probándola se acordó de su madre y renunció a aquellas enseñanzas tan encomiables; ahí pagaba, no era ninguna descortesía. Hizo el intento con la otra, pero no era proclive al pescado frío y colmó su límite; en ese mismo instante concluía su estancia en el Sheraton. Si los compañeros hablaban tan bien del Boreal Róis, lo probaría. Unos pocos minutos más tarde, el ayuno voluntario propició que mostrara su peor semblante a la chica que pasó a recoger la ropa. Nada más irse con las manos vacías, Gabriel volvió a descolgar el teléfono:

—Soy Gabriel Drake, prepáreme la cuenta.

—¿No ha llegado la comida?

—No sé de qué se alimentará usted, pero yo no como basura. Buenas tardes.

Colgó sin darle opción a réplica. Cojeando y acelerado por la mala leche fue al armario, se estiró en equilibrio y bajó la maleta. Guardó sus prendas sin orden, confiando en que la señorita Merritt tendría un servicio de lavandería mucho más eficiente para los clientes que ahí, metió los trajes en las fundas y llamó a Turabian para que hiciera la gestión por él, sin contemplar otra opción que alojarse en esa casa que tantas alabanzas recibía.

Con el fastidioso ruido del taladro como instrumento solista, Claire estaba comiendo en la cocina con Ethel mientras Luc ayudaba a subir duelas de madera a los dormitorios y Eloise quitaba del salón una fina capa de polvo que lo salpicó entero y le supondría varios días de limpieza a fondo. Hasta ese momento, la planta baja era la única zona terminada. Todavía faltaban los suelos de la primera planta, de la buhardilla y colocar todos los zócalos, pero se comprometieron en dejarlo listo a finales de la semana, incluidos los estores que llegaron esa misma mañana. El móvil de Claire empezó a vibrar encima de la mesa, miró el número y, al no reconocerlo, lo ignoró.

—¿Por qué no lo coges? —preguntó Ethel.

—Porque no sé quién es.

Siguieron comiendo en silencio hasta que volvió a sonar.

—Cógelo, puede ser importante.

Impasible, Claire hizo una mueca de fastidio. Ethel esperó a que dejara de masticar observándola a través de los cristales de las gafas con unos perspicaces ojos azules.

—Te he dicho que no conozco el número.

—Puede ser alguna agencia nueva.

Resoplando, Claire cogió el teléfono y respondió:

—Dígame.

—Hola, Claire, soy Samuel Turabian —saludó contento, quizá demasiado—. No he tenido ocasión de decírtelo, pero siento mucho el fallecimiento de tu madre.

Claire negó con la cabeza y Ethel se concentró en ella.

—Muchas gracias.

—¿Cómo estás?

—Muy bien ¿Y usted?

—Bien, gracias. No has pasado a retirar el dinero.

—No he tenido tiempo, intentaré ir mañana.

—No lo dejes mucho. ¿Cómo va la reforma?

—Perfecta —respondió seca—, gracias.

—Tengo un cliente para ti.

—Hasta dentro de unas semanas no podemos alojar a nadie.

—Es muy importante.

—¿No me diga?

Esa voz no evitó la ironía.

—Sé que estás disgustada con nosotros, pero debes comprendernos.

—No estoy disgustada y no podemos alojar a nadie, las habitaciones de la primera planta aún no están acabadas, lo siento.

—¿Y en otra planta?

—Señor Turabian —dijo paciente—, hay dos dormitorios más, uno en la planta baja, que es el mío, y otro en la buhardilla, que no está acabado. Lo siento, pero es imposible.

—Por favor, Claire, es muy urgente.

—Mándelo a un hotel.

—Viene de vuelta —comentó rápido.

—Perdone, no he entendido bien.

—Claire, por favor, el señor Drake se ha roto el tobillo y necesita encontrar alojamiento antes de esta noche —explicó agobiado. Al escuchar el nombre, Claire abrió los ojos como platos. Ajeno a la mezcolanza de cinismo e inquietud que la rondaba, Turabian siguió—. Sé que abuso de tu hospitalidad, pero llevamos mucho tiempo trabajando juntos y creo que el dormitorio de la planta baja sería ideal para él.

Con la última frase tocó la fibra más sensible de Claire.

—¿Disculpe? —dijo irritada—. ¿Está proponiéndome que le ceda mi dormitorio?

—Sí —afirmó rotundo—. Te pagaremos bien, y solo será un mes, por favor, te necesito.

—No quiero ser rencorosa con usted —dijo llena de sarcasmo —. ¿Recuerda cuando lo necesité? ¿Tuvo alguna consideración?

—De verdad que lo siento, pero según nuestra política no podemos dar el dinero de un cheque sin firma y, aun así, el señor Drake autorizó el pago.

—Tengo que estarle muy agradecida… —Sonrió apretando los labios. Ethel no le quitaba los ojos de encima, intentando averiguar qué pasaba. Claire procesó a toda prisa y llegó a la conclusión de pedir una cantidad excesiva para que desistiera—. Por ser un caso tan urgente y debido a los inconvenientes que va a ocasionarme, el precio por noche sería de quinientos dólares.

Ethel se llevó la mano a la boca.

—Es un abuso y lo sabes.

—Lo toma o lo deja —dijo seria—. Ya le he dicho que no estoy interesada.

—Muy bien, pero te lo advierto, trátalo acorde al precio que vas a percibir o dejamos de trabajar contigo.

—Por supuesto, usted sabe que por mucho menos siempre cuidamos a nuestros clientes, no vamos a hacer una excepción con él. ¿A qué hora llegará?

—Dentro de un rato.

—Estupendo, lo esperaremos ansiosos, buenas tardes.

En ese instante creyó haber hecho la operación del siglo y

sonrió encantada. Ethel movió la cabeza y preguntó:

—¿Quién viene?

—El nuevo director del Scotia. Se ha roto un tobillo y tengo que dejarle mi dormitorio. Tendré que irme a la buhardilla y tú a la habitación Sureste, está casi lista.

—¿Yo? —preguntó aturdida por la confusión—. ¿Por qué tengo que dormir aquí? No lo he hecho nunca.

—¿No pretenderás dejarme sola con él?

—Te has metido tu solita en este lío, así que te quedas solita con él.

—No.

—Sí. No puedes obligarme a dormir aquí.

—Vamos… —dijo con un puchero infantil—. Van a pagarnos mucho dinero.

—No, tú vas a ganar mucho dinero, yo voy a cobrar lo mismo.

—Te daré una gratificación.

—No seas pesada, no voy a dejar a mi familia porque a ti se te antoje.

—Ethel, por favor…, no es ningún antojo —dijo rayando la histeria—. Te lo suplico, no puedo quedarme sola con él.

—No seas tonta. Ahora no está tu madre, así que siempre estarás sola con los clientes. ¿Qué te preocupa? ¿No me dijiste que era de tu edad? Te vendrá bien tener algún amigo. Una de las cosas que más le gustaba a tu madre era conocer gente nueva y hablar con ellos. Tendrás que hacerlo igual.

—Yo… no… puedo…

El rostro desencajado de Claire iba a tono con una voz que se apagó en un hilo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, tocando con suavidad su mano. Claire bajó la cabeza negando despacio, unas tristes lágrimas inundaron sus ojos, incapaz de sincerarse. Era tan complicado explicarlo que empezó a llorar desconsolada. Sin tener una idea real de qué motivaba tanto desasosiego, Ethel preguntó—. ¿Has tenido algún problema con él?

—Por favor, Ethel, no me dejes sola, por favor.

—No llores —dijo Ethel preocupada por esa reacción, sujetó su barbilla y habló con suavidad—. Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Acabas de decirme que no puede andar bien, vas a alojarlo en tu habitación mientras tú estarás a dos plantas y supongo que será educado. —Ethel sonrió condescendiente—. No veo el problema, van a pagarte muy bien, trata de conocerlo; siempre es

bueno tener con quién hablar, pasas demasiado tiempo sola y a tu edad deberías estar todo el día con tus amigos, o con un novio o disfrutando de la vida, no siempre encerrada entre cuatro paredes.

Desde ese punto de vista, Ethel tenía razón. Claire sabía que era una distorsión suya de la realidad, pero no podía evitarlo. Si no quedaba más remedio, se encerraría en la buhardilla desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la mañana, la hora a la que ella, Eloise y Luc empezaban la jornada laboral; esa fue la solución que encontró. Pasados unos minutos, se convenció a sí misma. Habló con Eloise y, en poco tiempo, limpió el dormitorio del nuevo huésped. Era el mejor de toda la casa, el más amplio; con las paredes pintadas en un tono beige casi blanco y un zócalo marrón oscuro; tenía una chimenea recubierta de piedra; un secreter de caoba antiguo, con una puerta de acordeón y varios cajones; la cama de matrimonio con cuatro postes tallados, también valiosa; y su joya, la que usaba a diario: el rincón de la lectura, con un cómodo sillón negro de piel, un reposapiés y una lámpara art-déco.

—¿Has sacado todas mis cosas?

—Sí —respondió Eloise—. No te preocupes. Me voy arriba.

Claire la vio subir por la escalera con más agilidad que cualquiera con menos peso, la siguió cargada con un puñado de libros y entró tras ella en la buhardilla, que era un desastre. Se le cayó el alma a los pies cuando vio las duelas apiladas en un rincón, un plástico cubriendo el suelo, una caja de herramientas y un taladro por medio, indicando el carácter «ordenado» de los obreros.

Mientras Eloise guardó la ropa en el armario, Claire formó una torre con los libros a un lado de la cama, que después hizo con una sábana bajera de franela y un colorido edredón. Aún olía a pintura, pero se mentalizó de que en un par de días habría desaparecido y de que en un mes volvería a su dormitorio; no quiso darle más vueltas, conociéndose, la presencia del señor Drake insistiría en devolverle unas machaconas y agotadoras pesadillas mezcladas con todos sus temores.

Sonó el timbre y Ethel se apresuró en salir de la cocina. Se atusó el cabello, de color engañosamente oscuro comparándolo con el de su hermana, que era dos años menor, y abrió componiendo una sonrisa de bienvenida que se congeló cuando tuvo enfrente a Gabriel y a Turabian. De repente creyó entender la ansiedad de Claire, con su edad también estaría aterrada, el nuevo huésped era un peligro para los sentidos, y de los gordos. Vestía un chándal azul marino con una franja vertical blanca, una zapatilla deportiva en el pie indemne y un chaquetón oscuro, con una capucha de pelo largo y un gorro negro

que le destacaban el rostro; demasiado guapo para pasar inadvertido. Incluso con esa ropa informal, la mujer detectó una sutil sombra arrogante en sus ojos grisáceos; la cautivaron sin mediar palabra.

—Hola, Ethel —saludó Turabian sonriendo—. ¿Cómo estás?

Cuando bajó del limbo, Ethel habló:

—Hola, Sam, estoy bien. ¿Y tú?

—Ahí vamos. Te presento al señor Drake.

—Encantado —dijo, tendiéndole la mano, inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa agradable, le gustó la pinta maternal de Ethel—. Soy Gabriel.

—Pasen, por favor.

Con soltura, Samuel cogió la maleta y se cargó al hombro la bolsa del portátil después de que Ethel sujetara las fundas de los trajes y el maletín de piel; mientras, Gabriel se colocaba las muletas en los codos. Entraron en el vestíbulo y coincidieron con Brian y Larry, que pasaron por su lado despidiéndose de Ethel.

—Esta planta está acabada —comentó la mujer al advertir la curiosidad de Gabriel—. Aunque hasta que no terminen es inevitable que esté llena de pisadas. Le enseñaré su dormitorio y después, si quiere, le hago un recorrido por la planta.

—Estoy cansado, mejor mañana —dijo impresionado por el interior, pese a la buena opinión de Robert, le costó apartar la vista de la gran lámpara con forma de mariposa hecha con pequeños cristales de colores; pendía centrada en el hueco de una escalera circular de madera, con una hermosa ornamentación que bien merecía la pena dedicarle tiempo en un examen sin prisas; era otra maravilla—. No esperaba que fuera así.

—¿Le gusta?

Gabriel sonrió a Ethel.

—Sí, mucho.

—¿No está Claire? —preguntó Turabian.

—Sí, ahora bajará. Está con mi hermana arreglando la buhardilla.

Rodearon la escalera hasta un distribuidor que seguía la misma curva y Ethel abrió una puerta para dejar a Gabriel otra vez admirado. El dormitorio era enorme, decorado con mucho gusto, resultaba cálido, rezumaba el carácter de un trabajo artesanal exquisito. Dos ventanales enmarcaban las vistas nevadas del jardín trasero y eran en sí mismos una obra de arte, con unos cristales biselados que dejaban pasar la luz en diferentes ángulos para otorgar a aquel espacio un toque casi irreal.

—¿Qué le parece? —preguntó Ethel—. Todavía huele, pero

en pocos días el olor se habrá ido.

—Está muy bien —contestó asintiendo—. ¿Tiene baño?

—Sí —afirmó y señaló un panel decorado con unas flores pálidas, parecían suspendidas en el aire—. Ahí al fondo.

En cuanto Gabriel inspeccionó todos los rincones, Turabian consultó de reojo su viejo reloj Omega.

—Si no me necesita, debo irme.

—Claro, y muchas gracias por su ayuda.

—No hay de qué. Avíseme cuando haya ido al hospital.

—En cuanto me haga a la muleta volveré al banco.

—Como quiera —dijo Turabian, estrechándole la mano—. Hasta luego.

—Yo también me voy. —Ethel se dirigió a la puerta detrás de Samuel—. Estaré en la cocina, si le apetece comer o cualquier cosa, tiene un timbre en la mesita de noche para avisarme.

—Gracias, voy a deshacer el equipaje y, si no le importa, me gustaría comer algo.

—No me importa en absoluto —comentó con simpatía—. Está usted en su casa.

Al quedarse a solas, dando saltitos guardó la ropa interior en los cajones de la mesita de noche, colgó los trajes en el armario y colocó en su sitio los jerséis, zapatos y corbatas. Apartó varias camisas arrugadas, que dejó en el sillón con las prendas usadas en *Hibernia*, y llevó el neceser al cuarto de baño, donde se sorprendió admirando un antiguo tocador lleno de artículos femeninos. Creyendo que a Claire no le dio tiempo de retirarlos por la rapidez de su traslado, echó un vistazo a ese otro espacio para claudicar ante la elegancia de las paredes con azulejos claros y flores salpicadas, la porcelana blanca del inodoro, el lavabo con dos senos y la bañera, ambos con griferías doradas, o la ducha semicircular que ocupaba uno de los rincones. Después de colocar apretujado su arsenal de colonias, cremas y artículos de afeitado en dos pequeñas e insuficientes estanterías, sacó del maletín una botellita con un resto de agua y, apurándola, se tomó la única pastilla que conseguía mantener el dolor a raya varias horas seguidas.

Salió hacia la cocina en busca de algún alimento para apaciguar su feroz apetito y recorrió la pared curva del pasillo que formaba la escalera, sin reprimir la curiosidad de abrir la puerta doble del salón. Observó una habitación singularmente acogedora para aquel tamaño excesivo; un suelo lustroso de madera espigada; una chimenea bien abastecida de tarugos ordenados en un cesto de hierro, a juego con el atizador y su soporte, y enfrente dos sofás grandes y un

sillón; lámparas, adornos y cuadros, que sugerían un gusto entusiasta por el clasicismo; una mesa para doce personas; y entre dos ventanales iguales a los del dormitorio, aunque fuesen puertas, una librería de madera oscura que parecía otra obra de arte.

Fijándose en la barandilla retorcida a la perfección de la escalera, con una flor diferente tallada en la base de cada barrote, fue el distribuidor, donde había tres puertas. De la única abierta escapó un olor tan apetecible que ocasionó un ruidoso movimiento en su estómago. Entró en una cocina antigua, grande y muy limpia.

—Hola —dijo Ethel risueña—. ¿Ha terminado?

—Sí.

—¿No debería llevar dos? —preguntó mirando la muleta.

—Sí. —Gabriel gesticuló resignado—. Pero soy muy torpe con las dos y como el médico me dijo que podía apoyar un poco el pie…

—Siéntese —dijo, señalando la mesa. En cuanto Gabriel se dejó caer en la silla con la pierna derecha estirada, Ethel apoyó la muleta contra la pared y preguntó amable—. ¿Quiere que le prepare la cena?

—Suelo cenar más tarde, pero no he comido y estoy muerto de hambre.

—¿Por qué no ha comido?

—Porque lo que me han servido era incomestible —dijo despreocupado.

—¿Come de todo?

—Sí, pero la comida de hoy estaba mala y fría. No crea que soy complicado, porque no lo soy, pero tengo un límite.

—Ah, por un momento he creído que no comía de todo. Nosotras solemos hacer siempre un primero de cuchara y de segundo carne o pescado. No me importa hacerle algo a su gusto cuando me lo pida. Claire, por ejemplo, todas las semanas me pide crema de puerros y se la hago. De usted también aceptaré sugerencias, a veces es complicado pensar qué cocinar.

—Muchas gracias, pero no será necesario; soy de buen comer —dijo sonriendo. A Gabriel le gustó Ethel, tuvieron una química instantánea que aumentó cuando vio el plato de estofado que le puso por delante. Cogió la cuchara, probó la carne acompañada de patata y, cerrando los ojos, saboreó a conciencia la cantidad de aromas exquisitos que se fundieron en su boca para darle un placer enorme—. Es usted una cocinera maravillosa.

—Ethel y de tú, por favor, si no, me haces parecer demasiado vieja.

—No digas eso, todavía eres joven.

—Qué más quisiera yo. ¿Cómo te caíste?

—En una escalera metálica. Fui a *Hibernia* con un compañero y cuando íbamos a coger el helicóptero para volver me tiró una racha de viento.

—Que mala pata.

—Nunca mejor dicho.

Con una conversación amena, los dos pasaron un rato entretenido. Gabriel siguió los consejos de su madre, se acabó el plato entero y no rebañó porque apenas tenía confianza con Ethel y no era oportuno parecer grosero, aunque el guiso merecía su reconocimiento más alto.

—¿Quieres que te prepare algo más?

—No, me he quedado como un rey —respondió dándose unas palmadas satisfechas en la barriga—. ¿La señorita Merritt va a bajar?

—Sí. Estará liada. ¿Quieres que la llame?

—No —dijo rápido. Conocía por Turabian una versión suave de su reticencia a alojarlo, camuflada bajo el impedimento de la reforma; aunque no tenía ni idea de cuánto iba a costarle al banco esa estancia—. Me gustaría saludarla antes de irme a la habitación, pero no quiero interrumpirla.

—Bajará pronto. Nosotros solemos irnos a las cuatro. Hoy nos hemos quedado porque la pobre se ha visto superada.

—Turabian me ha dicho que trabajan aquí un hombre y tu hermana.

—Sí. Eloise se encarga de la limpieza, Luc del mantenimiento y yo de la cocina. Por las tardes nos vamos, pero siempre que hay clientes dejo la cena hecha.

—No tengo horario y almuerzo en el banco, así que la cena es mi mejor comida del día, y, por lo que acabo de comprobar, va a ser mi favorita.

Ethel sonrió agradecida, sin comprender el temor de Claire. Se veía un hombre tranquilo, estaba siendo muy correcto, aparte de ser un gusto para sus ojos. Escucharon varias voces y al momento entraron Eloise y Luc.

Ninguno permitió que Gabriel se levantase, lo saludaron con cortesía y se ofrecieron a ayudarle. El hombre, que rondaría la edad de las mujeres, tenía un aspecto saludable, las sienes plateadas y algunas arrugas en la cara que al sonreír se marcaron más, indicando que debía ejercitar esos músculos con frecuencia. La mujer, Eloise, con un rostro bonachón y un cuerpo redondo no muy alto, lo llevó a la conclusión de que sería, sin duda, aficionada a alimentarse con la comida de su hermana. Si con un plato él ya era un incondicional,

toda una vida al lado de alguien con un don así no dejaba otra opción que rendirse al placer de la buena mesa.

—Claire bajará en un momento —dijo Eloise—. Estaba duchándose.

—¿Habéis dejado la habitación medio decente? —preguntó Ethel.

—Más o menos. Claire les ha dicho que mañana tienen que acabar de poner las duelas. Son unos desordenados, se han dejado todas las herramientas por medio.

—Están trabajando —comentó Luc—. Es normal.

—De todas maneras, les ha dicho que mañana la quiere lista —dijo Eloise—. Cuando se pone firme ya sabéis el carácter que tiene.

Recordándola en el banco, Gabriel disimuló una sonrisa.

—Me voy —dijo Luc al terminar de ponerse un anorak, un gorro con orejeras y una bufanda—. Hasta mañana.

El hombre salió de la cocina con otra sonrisa correspondida por los tres. No pasaron ni cinco segundos cuando retumbó un portazo.

—Menuda noche —comentó Gabriel, pensó en la fuerza de ese viento agresivo, capaz de deslizar una pesada hoja de madera como una pluma etérea o de zarandearlo a él como un títere para descalabrarlo. Con un ligero remordimiento, preguntó—. ¿Está muy mal la buhardilla?

—Un poco —respondió Eloise, percibió preocupación en el gesto pensativo de Gabriel y añadió—: Pero está habitable y mañana seguro que la terminan.

—No me gustaría incomodar a la señorita Merritt, pero no podía seguir en el hotel.

—No es ninguna molestia tenerlo aquí —dijo Eloise.

—Por favor, no siga hablándome de usted. Su hermana y yo somos casi amigos.

Miró a Ethel, que afirmó con una sonrisa.

—Muy bien. Te he dejado toallas en el baño y creo que no he olvidado nada, pero si te falta algo dímelo —explicó Eloise. Movió los hombros risueña y gesticuló divertida—. Con las prisas se me ha podido pasar cualquier cosa.

—Está todo perfecto.

Gabriel se levantó. Diligente, Eloise le acercó la muleta y preguntó:

—¿Hasta cuando tienes que llevar la escayola?

—Un mes por lo menos. Mañana tengo que ir al hospital.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte por aquí? —preguntó Ethel.

—No lo sé seguro, pero varios meses. Cuando esté recuperado quiero alquilar una casa.

—Estar aquí te saldría más barato —dijo Eloise.

Con los ojos desorbitados, apretando los labios, Ethel giró la cabeza para que ninguno advirtiera en su cara ese tremendo error.

—Puede, aunque me gusta estar a mi aire.

—¿Estás casado? —preguntó Eloise casual.

—No —respondió de inmediato. Prefirió esa media verdad, ya que fue la primera palabra que acudió a su boca y la que mejor definía su situación sentimental—. ¿Y tú?

—Sí, desde hace veinticinco años.

—¿Tenéis hijos? —preguntó curioso.

—Dos —contestó Ethel—. Un chico de dieciocho y una niña de quince.

—Yo no —dijo Eloise.

Gabriel asintió sonriendo al notar tristeza en unos ojos azules alegres.

—Me imagino que si no estás casado no tendrás hijos ¿no? —preguntó Ethel.

—No. Lo más parecido es mi sobrina Ophie y no la puedo ver tanto como me gustaría. Vive en Nueva York con mi hermano mediano y mi cuñada —comentó Gabriel, extrañado por la poca reserva que el aspecto amigable de las dos mujeres provocaba en su hermetismo habitual—. Mi madre y mi hermano pequeño también viven allí.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Eloise.

—Treinta y cinco, los cumplí el quince de enero.

—Claire tiene veintisiete —dijo Eloise—, es un poco más joven.

Intuyendo adónde iba, Ethel miró a su hermana y entornó los ojos. Pensó que Gabriel tendría suerte si lograba mantener una conversación con Claire. Algo que únicamente hacía con sus amigos y nunca con huéspedes o desconocidos. De hecho, siempre fue Grace quien ejerció de anfitriona perfecta desde que empezaron con el negocio y ninguna tenía claro cómo Claire pretendía desempeñar el papel si no dejaba atrás su timidez. La misma que enmascaraba a la magnífica persona cariñosa oculta bajo esa fachada distante que ellas conocían. Las dos, tras el repentino regreso de Claire —abandonando la fotografía— sospecharon que debió sufrir un desengaño amoroso importante; sin embargo, ante el mutismo de madre e hija y al estar reciente la muerte de Chris, no les sorprendió demasiado porque siempre habían estado muy unidas y a Grace no le gustaba que Claire

viviera sola en Nueva York. Entendieron que, pese a no llevar abierto más que unos pocos meses, el Boreal cerrara sus puertas durante aquel año y el siguiente para estar un tiempo tranquilas.

De pronto, entró Claire. Desprendía un olor floral que provocó al olfato de Gabriel con matices sensuales mientras recorrió con una lenta mirada su cuerpo. Iba vestida con unos vaqueros que mostraban unas piernas esbeltas y una camiseta blanca, donde se insinuaban dos curvas excitantes suficientes para enmudecerlo absorto. Tenía la melena húmeda repeinada para atrás, despejando la gran belleza plástica de su rostro ovalado con los pómulos altos, la nariz recta, la boca con una sugerente forma de corazón en el labio superior o las cejas oscuras que delineaban dos arcos idénticos y resaltaban los ojos verdes más bellos que había contemplado nunca. Esos que al coincidir con los de él enfriaron un incipiente deseo y la amabilidad que pretendía mostrarle.

Con unas miradas expectantes, las Friars sonrieron delante de un hombre y una mujer bloqueados, observándose tan silenciosos que la tensión aspiró todo el oxígeno de la cocina en un instante.

—Hola, Claire —saludó con una sonrisa leve. Gabriel controló un enfado que aumentaba por segundos, ya que esperaba más cortesía y no esa rigidez; era un cliente y ella la propietaria; así y todo, trató de sonar amable sin olvidad la formalidad—. ¿Cómo está?

—Muy bien, señor Drake.

Claire quiso remarcar la palabra «señor», necesitaba mantener las distancias. Tampoco se acercó a estrecharle la mano, siguió a pocos metros con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sé que estoy ocasionándole un trastorno al alojarme con usted —comentó en un tono neutro, deferente, para no dar pie a confusión—. Y agradezco que haya aceptado.

—Dele las gracias a su banco —replicó cortante.

Gabriel contuvo el impulso de gruñirle para que hiciese uso de los buenos modales que intuyó tendría por el lujo observado en la casa y se dirigió a las complacientes Friars:

—Señoras, me voy a la habitación. —Andando despacio llegó a la puerta, se detuvo cerca de Claire, que de forma instintiva echó la espalda hacia atrás para apartarse, la ignoró y se centró en Eloise—. Necesito que me laves y planches algunas prendas. ¿Dónde las dejo?

Antes de que respondiera, Claire se adelantó:

—Ese servicio no está incluido en el precio.

Los ojos verdes volvieron a adquirir la cualidad del hielo, al tiempo que las mujeres la miraron con reproche sin comprender esa hostilidad.

—¿Ah, no? —preguntó cínico. Claire negó con la cabeza. Tragándose varios adjetivos nada recomendables delante de señoras mayores, añadió—: No hay problema, iré a la lavandería.

—Vamos, Gabriel, te acompaño y me das la ropa. —Eloise intentó compensar las palabras de Claire con amabilidad—. Mañana por la tarde la tendrás lista.

En cuanto salieron, Ethel no se reprimió:

—Estás abusando sin consideración.

—Me da igual. ¿Y vosotras? ¿Qué confianzas son esas?

—No sé qué te pasa, pero sabes que tu madre trataba a los clientes como si fueran de su familia; es lo que hace singular a este negocio; no lo estropees o nos quedamos sin clientes.

—No soy mi madre y no me gusta tenerlo aquí. No pienso ser amable cuando no lo siento.

—Pues deberías —replicó enfadada, mordiéndose la lengua no le dijo varias apreciaciones más. Se quitó el delantal y cogió el anorak negro, colgado detrás de la puerta—. Es un hombre encantador y va a resolverte el futuro durante algunos meses.

Cuando terminaba de abrocharse los botones, entró Eloise cargada con un montón de ropa que dejó en una habitación al fondo usada como lavandería.

—Nos vamos —dijo Ethel, esperando a que su hermana se abrigara, llena de malicia añadió—. Procura no espantarlo.

Claire torció la boca sin dignarse a hablar para despedirlas, considerando sus dos únicas opciones: compañía o soledad. Atenazada por un sinfín de emociones incontrolables y el resurgir de un temor irracional capaz de dominar su comportamiento, no le supuso una elección complicada y se preparó un sándwich para cenar recluida en un nuevo exilio. Agradecida por la desaparición del huésped, subió con una bandeja a la buhardilla en un reconfortante silencio. Aunque por precaución, sin tener en cuenta que estaba impedido ni que en ningún momento le molestó, cuando cerró la puerta también echó el pestillo interior. Luego, inapetente, tendida en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, observó las puertas blancas del armario empotrado llenas de filigranas talladas en las esquinas, torturada por los recuerdos de una noche lejana y oscura en el lugar equivocado. Al igual que su madre se llevó a la tumba aquellos trágicos minutos de la primavera del 2003 para evitar juicios gratuitos, compasión y rechazo, ella nunca compartiría con nadie el abominable secreto de Central Park que supuso la debacle en su vida.

De madrugada, el intenso dolor despertó a Gabriel. Adormilado buscó las pastillas en la mesita de noche y la botella de agua, vacía. Resoplando mientras se incorporaba, se levantó y cogió la muleta para atravesar despacio el vestíbulo. No reparó en que solo vestía unos bóxers negros.

—¡Nooo! ¡Suéltame!

A Gabriel se le erizó el vello al escuchar el miedo angustiante de esos gritos, imaginando la terrible pesadilla que debía estar soñando Claire. Asomado al hueco de la escalera prestó atención escudriñando entre sombras. Como subir le suponía un esfuerzo considerable, en esa calma inquietante esperó inmóvil durante unos minutos hasta que fijándose precavido por dónde andaba fue a la cocina para medio llenar un vaso con agua del grifo y tragarse la pastilla. Cuando estaba a punto de salir, entró decidida Claire, pálida y con la frente sudorosa, pero se detuvo en seco.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió en un murmullo, clavando los ojos en su torso, impresionada por un pecho ancho con poco vello y un movimiento rítmico que al respirar lo expandía para mostrarle músculos contundentes—. No se preocupe por mí.

Se observaron enfadados un instante eterno.

—No lo hago —dijo Gabriel serio—. Buenas noches.

Inclinó la cabeza, dio la vuelta y regresó al dormitorio a una velocidad mínima, pese a que trató de andar rápido. Mientras, Claire cerró los ojos, obligándose a sosegar una alteración diferente a la que traía; sin duda, motivada por la presencia de Gabriel Drake en la casa. Ese cuerpo masculino lleno de fuerza invocó viejos fantasmas e inició una sutil batalla ahondando en una herida sangrante mal cicatrizada.

CINCO

San Juan de Terranova, 8-2-12
Terranova y Labrador, Canadá

Los días siguientes Claire evitó a Gabriel tratándolo con fría cortesía; entraba en la cocina temprano, calentaba la cena y, tras dejarle una nota con instrucciones, huía a la buhardilla.

Mostrando la misma indiferencia, Gabriel sopesó que tuviera problemas de sociabilidad, aunque no lo parecía cuando bromeaba con los empleados, por supuesto, cambiaba el tono en cuanto veía que él se acercaba. Con mucha curiosidad, aquella noche estuvo pendiente del más mínimo movimiento para descubrir cómo conseguía pasar inadvertida. «Si la señorita Merritt intentaba darle esquinazo, se haría el encontradizo»; salió de la ducha con ese pensamiento. A ritmo pausado buscó unos bóxers. De repente, el choque de unos cubiertos provocó un ruido metálico que aceleró la intentona de espionaje.

Sigiloso, pasó por delante de la escalera tratando de amortiguar el sonido de la muleta en el suelo de madera cada vez que la apoyaba.

—Hola —saludó Gabriel desde la puerta de la cocina.

A Claire no le dio tiempo a huir sin parecer trastornada, se giró amagando una sonrisa, pero se le congeló harta de un exhibicionismo que le molestaba y excitaba por igual.

—Buenas noches —habló disimulando, intentó centrarse en sus ojos grisáceos—. ¿Cómo está?

—¿Nunca vas a tutearme? Parecemos ancianos.

—No sé qué parezco yo —dijo borde, mirando despectiva de arriba abajo un físico recio que atrapó su atención sin contemplaciones, pese a no reconocerlo ni querer recrear la vista en unas piernas definidas a base de potencia ni en una virilidad por la que pasó los ojos a la velocidad de la luz—. Tú, careces de modales.

—Siento que te impresione mi cuerpo —comentó con una sonrisa, ardiendo en su propio infierno al verle los pezones marcados en la tela de un camisón ligero—. No me mires.

—No seas tan engreído, y te ruego que no te pasees en calzoncillos; no estás solo.

—Había creído que sí, discúlpame.

Claire ignoró la indirecta, terminó de colocar la cena en la bandeja y fue hacia la puerta, donde Gabriel obstaculizaba el paso.

—¿Me permites?

—Por supuesto.

Se apartó, pero no mucho. La animadversión de esa mujer endurecía todas y cada una de sus fibras, se convertía en roca pura, y rozarla era un pequeño premio de consolación mejor que nada después de un montón de horas pensando en verla.

En cuanto se iba el personal, Claire no pisaba el salón, el silencio se adueñaba de la casa. Durante el fin de semana rozaron la paz absoluta. Preparó las comidas de los dos, pero no compartían ningún espacio.

Cansado, después de pasar toda la tarde leyendo informes financieros, esa fría noche de domingo tenía ganas de charlar sobre cualquier otro tema. Fue a la cocina, donde Claire estaba calentando algo en el microondas, y se acercó a la encimera, notando cómo se quedó inmóvil siguiendo sus pasos con la mirada.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó casual. Cogió una botella de vino tinto y se sirvió una copa. Extrañado por su incomodidad, preguntó—. ¿Estás molesta conmigo? Me he puesto un pijama.

—No, y ya lo he visto, gracias.

—De nada. —Bebió relajado mientras Claire buscaba en la nevera, observando un culo precioso y unas piernas largas ocultas por un horrendo pantalón de franela con cuadros escoceses, que no impidió un examen a conciencia hasta que recibió un disparo verde lleno de mudo desprecio. Desvió la vista y trató de suavizar una tensión que no comprendía—. ¿Por qué no cenas aquí?

—Porque no.

—¿Es por mí?

—No —dijo seca—. Estoy cómoda arriba —comentó en un tono más cordial, tratando de acortar las explicaciones violentas. No sabía qué le pasaba, pero con él no sentía ninguna intimidación, al contrario, se vio capaz de hacerle frente. Sin embargo, cuando estaban a solas se le aceleraba tanto el corazón que lo sentía palpitar en la garganta. Disimuladamente necesitó sujetarse las manos para que no viera unos inquietantes temblores no provocados por el miedo; eran unas sensaciones desconocidas que solo afloraban en su presencia. Terminó de colocar las cosas dentro de la bandeja, sin mirarlo, pasó por delante y murmuró—. Buenas noches.

—Podríamos hablar un rato.

Aunque Claire no se detuvo, dijo:

—Otro día.

—Que descanses, Claire.

Al escuchar su nombre en un susurro grave, cerró un instante los ojos y respiró aliviada camino del lugar más seguro de la casa: su refugio; el resto parecía dominarlo un hombre paciente que aceptaba su decisión sin querer imponerse ni perder el control.

Todavía con el dormitorio rodeado por una penumbra azulada que indicaba el comienzo de un nuevo día, Gabriel se duchó protegiendo el pie con un plástico, se afeitó y vistió con un traje gris oscuro, una camisa celeste y una corbata llena de cuadritos diminutos. Luego, se puso un calcetín negro encima de la escayola y salió siguiendo el rastro del aroma a café recién hecho. Encontró a Ethel sola en la cocina, dejó la muleta al lado de la silla y se sentó estirando la pierna derecha.

—Buenos días —saludó Ethel sonriente, con una mirada aprobatoria—, ¿cómo has dormido?

—Bien.

Gabriel asintió y sonrió ligeramente.

—¿Te pongo el desayuno?

—Sí, gracias.

No se molestó en preguntar en qué consistía, los olores fueron suficientes para seguir confiando. Unos minutos después, colocó delante de él un café y un plato con tres tostadas, dos huevos a la plancha y cuatro salchichas. Mientras comía, la observó trajinar con ollas hasta que sonó el timbre y salió diligente. Llegaron los obreros y, distraído escuchándolos bromear con ella, contempló las molduras del techo masticando, ajeno a la entrada de Claire.

—Buenos días.

Gabriel volvió rápido la cabeza y la miró con seriedad.

—Buenos días, Claire —dijo cuando tragó. Cuando la vio de espaldas sacando una taza del armario que había al lado del fregadero, admiró una apariencia femenina marcada con un pantalón pitillo negro y un jersey de cuello alto blanco, insinuando unos pechos apetecibles. Se removió nervioso, inseguro, algo extraño porque estaba acostumbrado a estar rodeado de mujeres atractivas. Cora era muy guapa, también Cybill y, por ser la más reciente, recordó que necesitó tocarla para excitarse; en cambio, esta, que no quería estar a menos de dos metros de él, disparaba sus hormonas y tenía una facilidad asombrosa para empalmarlo sin contemplaciones. Para relajarse intentó sonar amigable—. Te escucho por las noches ¿Tienes pesadillas?

—A veces —respondió, sirviéndose un café. De pie, apoyada en la encimera, mantuvo su distancia de seguridad. Tratando de no pensar en esos ojos grises que parecían desnudarla al observarla con una lentitud que endureció sus pezones y volvió a provocarle la palpitación en el cuello, Claire se giró a por el pan del tostador alargando el tiempo todo lo que pudo—. Siento si te despierto.

—No te preocupes, me despierta el dolor —dijo Gabriel, levantándose—. Me voy al banco. —Cogió la muleta, esperó unos segundos y, antes de salir, sin que se dignara mirarlo, añadió—: Hasta luego, Claire, que pases un buen día.

En cuanto salió Gabriel de la casa, Claire se sentó en su sitio habitual y untó una tostada con mantequilla. Imaginó unas manos grandes acariciándola, desnuda, y con las mismas un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo, y otra vez la sensación de deseo consiguió apabullarla consciente de que nunca resistiría ese contacto.

—Este chico cada día huele mejor —dijo Ethel, entrando.

—Sí.

Claire no levantó la vista de la taza de café.

—Me gustan los hombres así. —Ethel la miró con ojos soñadores y una sonrisa bobalicona—. Elegantes, bien afeitados, con un buen traje…

—Acabas de describir a tu marido.

El sarcasmo de Claire y una carcajada burlona no la desanimaron.

—Mi marido con su edad no tenía nada que envidiarle.

—No voy a discutírtelo, pero Mike no ha visto un traje desde que os casasteis.

—Estás equivocada —dijo Ethel sonriendo—. El último se lo puso en el bautizo de la niña. —Pensativa encogió el gesto y comentó —: Pero no se afeitó.

Claire chasqueó con la boca.

—Lástima… Estuviste cerca de conseguirlo.

—Y tú podrías conseguir a Gabriel si quisieras.

—¿Por qué dices eso? —preguntó incómoda. Una cosa era que ella sintiera esa atracción y otra que las Friars los tuvieran en el punto de mira—. Ni siquiera somos amigos.

—He visto cómo te observa, creo que le gustas.

—Voy a salir un rato —dijo zanjando la charla; no le interesó un imposible. Se levantó y colocó su servicio en el fregadero—. ¿Te hace falta algo?

—¿Estás bien?

—Sí —afirmó con una sonrisa tranquilizadora, dándole unas

palmadas en el brazo—. Voy al Avalon a comprar las lamparitas y los topes de las puertas, volveré sobre las doce.

—Recoge la carne y la fruta, y recuerda que debe darte la factura de la semana.

—Recuérdalo tú también. El mes pasado me volví loca con las cuentas.

—Organízate mejor. El despacho está hecho un desastre, así es muy difícil llevar bien la contabilidad.

—No empieces, ya lo haré.

Para Claire oír hablar de tareas administrativas era sinónimo de una despavorida huída, a lo loco, dónde fuera. Detestaba llevar la economía de la casa y el negocio; encabezaban un lugar de honor en su lista de tareas tediosas. Perdía el tiempo encantada en mil actividades, pero diez minutos entre pilas de papeles y números la desquiciaban de forma incomprensible, igual que el caos del despacho de su madre. Con la misma rapidez que de manera voluntariosa pensaba dedicarle varias horas, en cuanto entraba en aquella habitación deseaba salir; era una reacción automática en su cerebro.

Esa misma noche Gabriel cenó solo, llevó la copa de vino al salón y la apoyó en el reposabrazos de uno de los sofás. Se dejó caer de espaldas, estiró las piernas y se abstrajo contemplando el fuego. Una confortable calidez, un baile de brillantes amarillos y una sedación inmediata cerraron sus párpados en pocos minutos.

Un rato después, Claire bajó a por un libro nuevo y se extrañó al ver la luz encendida. Escuchó un ligero ronquido y se acercó viéndolo dormir profundamente. Sin pretenderlo, sumó otra excelente cualidad para la comparativa de Ethel; otro punto en común entre Mike y el señor Drake.

—Gabriel —susurró; nada—. Gabriel. —Elevó el tono y ni por esas. Con fuerza, sacudió su hombro y consiguió que gimiera con una sonrisilla pícara, parecía disfrutar de un buen sueño—. Menuda marmota. —Negando con la cabeza, los toques se volvieron más insistentes hasta que Gabriel abrió un ojo y murmuró algo incomprensible—. Te has dormido. Es muy tarde, vete a la cama.

—Ahora voy.

Se despertó, pero no pudo abandonar el sofá.

—No voy a esperar toda la noche —dijo Claire seria—. Si no te vas a la cama, te quedas aquí.

—Déjame, estaba soñando.

—Pues sigue en la cama.

Gabriel inclinó la cabeza, sonriendo con ironía; eso quisiera, salir con un mínimo de dignidad, pero aquella erección era mejor seguir ocultándola. No podía levantarse, notaba cómo presionaba y apuntaba hacia arriba con una intensidad que solo controlaba si tenía los ojos cerrados.

Bastante fastidiada por una actitud infantil, Claire salió y subió la escalera, dándole vueltas al reajuste que sufriría el precio de su alojamiento si dejaba toda la noche las luces encendidas. No había llegado a la buhardilla cuando escuchó el sonido cadente de la muleta. Luego, la oscuridad absoluta. Sonrió al meterse en la solitaria habitación inundada de silencio y se durmió con una mirada gris somnolienta acaparando un sueño placentero. Fue la primera vez desde su llegada que no se presentaron las pesadillas. Esa noche por fin un hombre ocupó su cabeza e inspiró una confianza que le habría sido más útil despierta, pero, incluso así, fue un comienzo para calmar viejos demonios.

Al día siguiente, vestida con un pantalón negro ajustado y un jersey rojo de pico, Claire entró con prisas en la cocina. No quiso fijarse en Gabriel y provocar la suspicacia de Ethel, con olerlo cuando pasó por su lado tuvo suficiente. Se sirvió un café que tomó de pie, a varios metros invariables, casi siempre los mismos, y preguntó centrando la atención en Ethel:

—¿Y Elo?

—Tenía que hacer unas gestiones, debe estar al llegar.

—¿Vas a salir? —preguntó Gabriel.

—Sí —respondió Claire—, llevo varios días queriendo ir a tu banco y no puedo dejarlo más.

—Si tienes algún problema ya sabes dónde encontrarme —dijo contento—. Primero debo ir al hospital, si no, podríamos ir juntos. Tengo que llamar a un taxi ¿Puedes darme el teléfono? Necesitaré que me lleven y traigan.

—¿A qué hospital vas?

—Al que hay al lado de la universidad. ¿Por qué?

—Por nada —respondió. Podía haberle dicho que conocía a Patrick, aunque no lo hizo. Buscó en la agenda de su móvil el número y, mientras lo encontraba, se le ocurrió ser amable siguiendo los consejos de Ethel—. Si quieres, te llevo.

—¿Me llevas al hospital? —preguntó asombrado.

—Si bromeara no lo habría dicho.

Esa réplica enturbió el ambiente hasta que terminaron y se

despidieron de Ethel, no sin un recordatorio para que apremiara a los obreros. Claire cogió el maletín de Gabriel y, tras ponerse un abrigo negro y el gorro rojo, esperó con la puerta abierta a que saliera a su paso de tortuga, ignorando una mirada atenta a su cabeza o una sonrisa feliz algo inquietante.

—Bonito gorro. Te sienta muy bien.

—Gracias. Ten cuidado con la escalera —comentó prudente. Luc todas las mañanas despejaba la entrada, pero Gabriel andaba inseguro y temió por su integridad—. Puede tener algo de hielo.

Ajena a la vigilancia rapaz de los pequeños ojos azules de Alexei, ese día desde su camioneta blanca aparcada frente a la catedral, Claire se adelantó y entró en el Ford Bronco negro con las ruedas enormes, puso la calefacción y se quitó el abrigo, contemplado la duda de Gabriel delante de los ocho escalones; parecía ir superándose poco a poco, aunque no le serviría de nada a ese ritmo; no llegarían a ningún sitio antes del anochecer.

Las miradas de los dos se cruzaron. Al ver que Claire empezó a impacientarse, perdió la concentración y resbaló cayéndose de culo. Se rió de sí mismo y arrancó una carcajada femenina que admitió encantado; si Claire ya era demasiado atractiva seria; alegre se convirtió en una diosa de la belleza. En cuanto se calmó, bajó del vehículo y corrió a ayudarlo sin cambiar el gesto divertido. Gabriel agarró con fuerza su mano sintiendo un contacto suave como la seda; pero en cuestión de segundos se transformó en rígido mármol para cortar de cuajo un humor inesperado y alertar una sospecha preocupante.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona por haberme reído —respondió Claire, tiró de él hacia atrás. En cuanto se levantó, le soltó la mano con brusquedad —. ¿Te has hecho daño?

—No, y no te disculpes por sonreír, te hace aun más guapa.

Sonrojada, notó otra vez aquel frío excitante recorrerle el cuerpo. Podía achacarlo a la temperatura de la calle, pero volvió a dudarlo; era él. Cuando Claire abrió la puerta del copiloto, Gabriel estuvo tan cerca que, aparte de notar una envergadura rotunda, un olor varonil invadió su olfato con una mezcla explosiva masculina y sutil. Aquel aroma a mandarinas frescas, vainilla y cuero tenía distinción y carácter, también una capacidad asombrosa para trastornarla acelerándole el pulso hasta un límite desconocido; la llevaba a un lugar donde nunca temía nada.

A la cauta distancia que solía mantener, Alexei arrancó la camioneta para regresar a su casa, cavilando en la torpeza del hombre

que la acompañaba. El nuevo director financiero del Scotia parecía interesado en ella, por lo que se interesó en él. Bajando la calle hacia el centro, la figura contundente de Eloise Friars captó su atención, levantó la mano saludándola, pero no fue correspondido, como siempre. Esas hermanas eran como perros guardianes para Claire, fieles a otra mujer: Grace Merritt. La misma que no quiso atender a razones y despegó a regañadientes de sus labios una promesa dolorosa bajo una cruel amenaza que no dudó cumpliría. Incluso así, él era un ruso de hierro acostumbrado a perder, a disfrutar de las alegrías ajenas como propias y, sobre todo, a no abandonar lo que consideraba suyo.

Dos horas después de que un médico examinara el tobillo de Gabriel para confirmar la evolución favorable de la fractura, entraron juntos en el Scotia. Durante todo ese tiempo conversaron relajados; prácticamente solo habló Gabriel, sin reparos en parecer un loro por mantener la complicidad. No se dejó casi nada en el tintero: su intención de buscar una casa, cómo se produjo el accidente, anécdotas de su sobrina, todo, excepto algo relevante que prefirió mantener en privado para no quedar por mentiroso.

Esperando a que William le diera el dinero, Claire volvió a sonreír atenta a Gabriel mientras subía la escalera. A ese paso no llegaría al despacho hasta la tarde, pero admiró una férrea voluntad que apuntaba hacia un rasgo esencial para ella: formalidad; parecía un hombre honesto, íntegro y sosegado.

Durante el resto de la mañana Robert estuvo pendiente de Gabriel, como venía haciendo desde la caída, y le facilitó con eficiencia cualquier cosa que necesitó. Sin embargo, en cuanto Robert salió del despacho, Gabriel intentó concentrarse en los gráficos; sin conseguirlo. No tenía la cabeza para datos sobre los daños catastróficos que un accidente en la nueva plataforma ocasionarían en el medio ambiente, solo recordaba unos ojos verdes impresionantes que si sonreían brillaban como esmeraldas bajo el sol. Pese a no querer complicaciones hasta obtener el divorcio, tenía un problema con su casera; empezaba a interferir en sus planes para debilitar una sólida defensa con golpes suaves e irresistibles. Desde la primera vez que la vio, le gustó; y vivir juntos no ayudaba; al contrario, cada día descubría algo nuevo en ella más atractivo, interesante y deseable; todo a más y a mejor.

A la hora del almuerzo se abrió la puerta y entró Robert con un sándwich envuelto en papel, que dejó a un lado de la mesa.

—Te lo he traído de jamón y queso.

—Gracias.

—¿Has visto el análisis de riesgo?

—Estoy en ello.

En cuanto se quedó solo, cogió el bocadillo y le dio un mordisco, ojeando la ubicación de la *Deep Ocean* en los Grandes Bancos. Era uno de los ecosistemas marinos más importantes del mundo, donde la transferencia del petróleo a los barcos podría ocasionar unas complicaciones irreversibles para esa zona oceánica. De repente, un regusto insípido se apoderó de su boca y, de manera inmediata, vislumbró una sonrisa bonachona que asociaba a manjares exquisitos. Levantó el teléfono, pidió un taxi y realizó otra vez la hazaña de la escalera inconsciente de las miradas extrañadas de algunos empleados.

Salió a la calle y regresó a una casa que por momentos se infiltraba bajo su piel con una potencia imposible de ignorar.

Sorprendida al verlo a esa hora, Eloise le ayudó a quitarse el abrigo y, camino de la cocina, se interesó por la visita al médico. Gabriel respondió amigable, inhalando un envolvente olor a comida casera que despertaba un apetito voraz un tanto vergonzante. Cuando asomaron por la puerta, Ethel y Claire dejaron los cubiertos en los platos y Luc inclinó la cabeza sonriendo.

—Hola —dijo Ethel con un gesto de asombro, levantándose—. No te esperábamos hasta más tarde.

—Siento no haberte avisado, pero no soportaba comer en mi despacho sabiendo que me perdía tu comida.

Vio a Claire arquear las cejas y aguantar una sonrisa apretando los labios.

—Pues no queda nada, llegas tarde. —Ethel habló despreocupada. La expresión feliz de Gabriel se esfumó. No así la de sus acompañantes, que se carcajearon sin pudor durante unos segundos hasta que Ethel se apiadó—. Es broma, anda, siéntate.

—Qué vergüenza.

—No digas tonterías —comentó Luc—, aquí nos reímos todos de todos, ¿quieres vino?

—Sí, por favor —respondió y se sentó junto a él, frente a las mujeres. El hombre le sirvió una copa de vino tinto y siguió comiendo el guiso de legumbres, carne y verduras con una pinta deliciosa que activó sus glándulas salivales. Centrado en Claire, preguntó—. ¿Cómo va la buhardilla?

—Casi, pero no sé si acabarán a tiempo.

—No les metas más prisa si no quieres que la terminen de manera chapucera —dijo Luc severo—. Déjalos tranquilos.

—Vale… —admitió—. Pero después no te quejes cuando te toque recoger sus cosas.

Ethel colocó un plato delante de Gabriel, servido en abundancia, y al instante empezó a comer disfrutando. Claire lo observó y cruzó una mirada divertida con Luc. No habían terminado cuando el teléfono de Gabriel empezó a sonar. Al ver la llamada de Cora, disimuló esbozando una sonrisa breve y se levantó. Luc le acercó la muleta.

—Hola —saludó Gabriel cuando estuvo en el vestíbulo—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió con los ánimos bajo mínimos después de enterarse por casualidad del accidente a los diez días—. ¿Y tú?

—Perfecto.

—¿Seguro? Me han dicho que estás lesionado.

—Sí, no te preocupes, no es grave.

—Menos mal. ¿Quieres que vaya a verte?

—No.

—¿Sigues enfadado?

—No. —Gabriel cerró los ojos y se mordió los labios con fuerza. «Calma, calma, calma»—. ¿Has pensado en lo que hablamos?

—Sí.

—¿Y?

—Nada.

—¿Cómo qué nada? No hay mucho que decidir.

—Para ti es fácil, pero yo estoy hundida.

—Seguro —murmuró.

—¿No me crees? —preguntó despacio—. Tengo que empezar de cero.

—Lo siento por ti.

La tranquilidad de Gabriel exasperó a Cora.

—¡¿Con quién coño estás?! —preguntó frustrada. No soportaba que hubiese encontrado a otra cuando el hombre a quien amaba tuvo que renunciar yéndose muy lejos para no hacerle daño a él—. ¡Soy tu mujer! ¿Entiendes? ¡Tu-mujer! Así que dile a la puta que esté contigo que se olvide, ¡Soy tu mujer!

—Ya no —dijo Gabriel controlando su furia—. Y no me amenaces porque vas a encontrarme.

—Y tú a mí.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, no seré yo quien te lo

niegue. Adiós, y no me llames más.

—Vete a la mierda.

—Pues compórtate —siseó—, no seas ordinaria.

—¡Ja! ¡A la mierda, Gabe!

Gabriel cortó la comunicación de un humor irascible y el apetito arruinado. De regreso en la cocina, usó el cansancio como excusa y se encerró en el dormitorio harto de Cora.

—No se ha terminado el plato —dijo Ethel confundida.

—No te preocupes. —Claire sonrió, cavilando en las pocas palabras que escuchó de esa llamada y no supo interpretar: «lo siento por ti», «amenaces» y «no me llames». Para quitarle importancia, añadió—: Se lo ha comido casi entero.

—¿Le habrán dado malas noticias? —preguntó Eloise.

—Seguro que alguna mujer —dijo Luc con picardía.

—Nos ha dicho que no está casado —comentó Ethel—. A lo mejor tiene novia.

—Es raro que esté solo —dijo Luc, torció una sonrisa—. Las mujeres no suelen dejar escapar a alguien como él.

—¿Desde cuándo eres un experto? —preguntó Claire irónica.

—No lo soy, pero os he escuchado hablar.

—¿A mí?

Claire frunció el ceño; eso era imposible.

—No.

Luc señaló con el índice a las hermanas Friars, que rieron satisfechas; habían pasado ese punto de madurez que les permitía expresarse libremente sin cortapisas.

—Claire, esta noche os voy a dejar una quiche de espinacas —dijo Ethel—. Pregúntale a Gabriel si le gusta. Si no, le haces otra cosa, por favor.

—Le gustará... Si ha dejado el trabajo por venir a deleitarse con tu maravillosa comida.

—Hazme caso y sé amable.

—Menos mal que la pesada soy yo.

—Sé por qué lo digo.

—Hoy hemos pasado juntos un rato y seguimos vivos.

—Por algo se empieza —dijo Eloise.

—No te hagas ilusiones con ella.

Cansada de oír lo mismo tantas veces, Claire compuso una mueca de fastidio. Luc se levantó, dejó el plato en el fregadero y retomó sus tareas, en ese momento, organizar los muebles de los dormitorios acabados.

—Voy a llevarle la colada a Gabriel —dijo Eloise—. ¿Cuánto

vamos a cobrarle? Han sido tres pantalones, tres camisas, dos jerséis, ropa interior, calcetines…

—Para. —Claire la observó elevando las cejas—. Es suficiente, no voy a cobrarle.

—Menos mal —dijo Ethel aliviada—, me muero si después de los quinientos dólares diarios también tiene que pagar la lavandería.

—¡¿Qué?! —Eloise se levantó de un salto—. ¡¿Está pagando quinientos dólares diarios?! Ahora mismo vas a decirle cuál es nuestra tarifa habitual.

—De eso nada —dijo Claire seria—. Le he dejado mi habitación.

—Da igual —replicó Eloise obstinada—. Le cobras un poco más, pero no más del triple. Tu madre jamás habría hecho algo así.

—Paga el banco y si ellos pueden te sacan hasta los ojos, por una vez que se los saquen a ellos, no va a pasar nada. Ten por seguro que no voy a llevarlos a la ruina.

—No es ético y no es profesional; es una vergüenza —dijo Eloise mientras Ethel se levantó para empezar a fregar los platos—. Estás aprovechándote de un hombre inválido. No esperaba eso de ti.

—No seas tan remilgada —dijo Claire irónica, cansada de ese sermón—. No es inválido, se ha roto el tobillo.

—Lo que sea, estás aprovechándote y eso no está bien.

Claire resopló.

—Llamaré a Turabian.

—Ahora.

Parada delante de Claire con los brazos cruzados, Eloise no tenía intención de permitir más demora en subsanar tal abuso. Esperó hasta que cogió el móvil y habló:

—Señor Turabian, hola, soy Claire.

—Hola, Claire, ¿algún problema con el señor Drake?

—No. Llamaba para decirle que hemos ajustado nuestras tarifas y por error le di el precio de temporada alta.

Las hermanas Friars negaron suavemente, satisfechas, y Claire sonrió.

—Siempre es una buena noticia que a uno le rebajen el precio. ¿Cuánto sería?

—Trescientos.

Otra vez las Friars volvieron a negar; aunque ya era una cifra más razonable si contaban con los inconvenientes. Algo después, Claire se sentó en su sillón del salón y pasó un rato con el portátil recabando información sobre cursos de fotografía a distancia. Sopesaba apuntarse en alguno para hacerlo a su ritmo.

Esperó en la cocina a Gabriel más de una hora; aunque vio una irreprochable justicia poética cuando no apareció. Antes de regresar a su exilio, oyó la muleta. Aguardó nerviosa hasta que Gabriel llegó. Al verle el aspecto fatigado, preguntó:

—¿Has estado trabajando?

—Un poco —respondió seco—. Me he dormido.

—¿Quieres cenar?

—No, gracias —contestó encogiendo la nariz.

—Muy bien.

—¿Te apetece una copa?

—No.

—No tengo sueño.

—Puedes coger algún libro.

Durante un instante se miraron a los ojos.

—Echaré un vistazo —dijo dando la vuelta.

—Me voy a la cama, buenas noches.

A Claire le extrañó esa inapetencia, el gesto derrotado al dejarse caer en el sofá y un bufido largo cuando cruzó las manos detrás de la nuca. La inquietud por ni siquiera haberse esforzado en conocerlo atrajo otro de sus pensamientos voluntariosos: ser más amable. Tumbada en la cama recordó el rato que habían pasado en el coche y en el hospital. Gabriel fue educado, no paró de darle conversación y tuvo algunos detalles gentiles que no la incomodaron; se sintió bien en su compañía, incluso creyó posible mantener una relación cordial sin temores ni amenazas.

SEIS

San Juan de Terranova, 24-2-12
Terranova y Labrador, Canadá

A finales de febrero el invierno azotaba con nevadas interminables, sin embargo, gracias a la calidez de la chimenea, el salón de la casa era acogedor y propiciaba largas charlas nocturnas para descubrirlos con montones de gustos parecidos; conocer historias de los miembros de sus familias, forjar una amistad beneficiosa para convivir y, sobre todo, Claire se acostumbraba a estar tranquila junto a un hombre.

Ethel y Eloise empezaron a notar el cambio de Claire cuando Gabriel estaba presente; ya no se apartaba evitando rozarlo; bromeaban con una complicidad que las llenó de esperanza; y, por fin, vieron resucitar al espíritu alegre que tanto echaban de menos. Las dos creyeron que Grace habría sido feliz con su hija de vuelta. Con un poco de suerte, Gabriel podría cumplir el favor que les pidió insistente en sus ratos de lucidez o intentarlo; por lo pronto, era el único candidato y, al menos, satisfacía con creces todos los requisitos que cualquier mujer exigiría.

Cuando aquella oscura tarde se sentó Claire en el sillón a leer, supuso que Gabriel trabajaba en el dormitorio. Viviendo una vez más las peripecias de Ignatius Reilly, reía metida en la novela sin advertir la observación desde la puerta de unos ojos plateados.

—Hola, ¿qué lees? —Gabriel se acercó descalzo, apoyado solo en una de las dos muletas que debía usar. Vestía el cómodo pantalón azul marino de chándal y una camiseta blanca de mangas cortas. Claire levantó la vista del libro y le enseñó la portada. Con los ojos de par en par, Gabriel preguntó—. ¿*La conjura de los necios*?

—Me encanta —dijo risueña—. Es una obra de arte.

—Lo leí hace unos años —comentó, sentándose en el sofá. Dejó la muleta en el reposabrazos, estiró la pierna y se centró en una cara bonita que sonriendo alegre podía iluminar la noche. Para Gabriel esa boca cada día suponía una tentación mayor que se prohibía por su situación, también porque no tenía claro qué sentía Claire y no pretendía dar un mal paso que echara al traste un buen ambiente muy grato. Con humor, añadió—: Es el tipo más hilarante que nunca nadie ha descrito, está como una cabra.

—Sí, pero tiene un punto de vista surrealista que te hace reflexionar sobre la sociedad. Está tan bien escrito que no me extraña

que sea una de las mejores novelas de todos los tiempos.

—Sí, aunque la tragedia de su autor es una pena. Vete a saber qué le pasaría por la cabeza para suicidarse.

Al acabar de hablar, Gabriel distinguió una ligera sombra dolorosa en esos ojos que empezaba a conocer bien y no pudieron aguantarle la mirada más de unos segundos.

—Voy a ponerme el pijama.

Claire se puso de pie, dejó el libro en la estantería y pasó por delante de él.

—¿Quedamos en la cocina?

—No es una cita, pero allá tú.

Con una mueca irónica en los labios, Gabriel movió los hombros y se levantó.

—¿Qué ha hecho Ethel de cena? —preguntó antes de entrar en su dormitorio.

—Tengo que hornear una lasaña. ¿Te gusta?

—Mucho.

—Estará lista en una hora.

En cuanto cerró Gabriel la puerta, recordando la cantidad de medias verdades que le había contado, Claire rodeó el magnífico distribuidor con la escalera al fondo, donde destacaba el reluciente suelo de madera oscura y las paredes claras con varios cuadros de diferentes tamaños, y entró en la cocina. Una vez que sacó el molde del frigorífico y tuvo el horno encendido, cogió la botella de vino que Luc abrió al mediodía para servirse una copa. Bebió abstraída entre tormentos y en el único hombre que removía sensaciones impensables en su cuerpo; imaginando cómo sería abrazarlo o besarlo, aun cuando sabía que nunca conseguiría ir más allá de una relación platónica.

Resignada, después de introducir la lasaña y programar el temporizador, apuró la copa y subió a la buhardilla para cambiarse.

Al mismo tiempo, Gabriel respondía un correo de Sean. Le pedía algunos documentos para iniciar el trámite del divorcio, advirtiéndole que no pintaba bien si Cora seguía obstinada en poner dificultades. Como quería cerrar ese capítulo cuanto antes, no dudó en enviarle de inmediato todo lo que necesitaba.

Tras ducharse, buscó desnudo en el armario unos calzoncillos. Al sacar los primeros que vio, entre las manos se le colaron unas braguitas blancas. Sonrió contemplando la sencillez del algodón, pensando otra vez en su dueña y en el despiste de Eloise al guardarle la ropa. Antes de salir prendió la chimenea; no era necesario porque la casa tenía una buena calefacción, pero le gustaba dormirse embelesado en el fuego. No olvidó doblar las braguitas ni metérselas

en el bolsillo de la chaqueta del pijama negro que siempre tenía colocado con primor bajo la almohada.

Llegó a la cocina olfateando un olor dulzón que le estimuló al instante el apetito. Para apaciguarlo en pos de la cortesía, decidió tomarse una copa del vino que encontró en la encimera. No dio con las copas limpias en los armarios y enjuagó una usada que había en el fregadero. Tras servirse, bebió sentado en la mesa disfrutando del intenso sabor.

Ni cinco minutos después, entró Claire en bata, con el horrendo pijama de franela.

—¿Todavía no ha terminado?

—Creo que no —respondió Gabriel, sonrió y bebió pausado un sorbo de vino—, no ha saltado la alarma. —Deslizó en la mesa su íntimo hallazgo, mirándola burlón—. Supongo que son tuyas, ¿no?

Claire no entendió qué quería decirle hasta que vio cómo levantaba la mano y sostenía sus bragas entre los dedos. De golpe, la sorpresa le dilató las pupilas. Empezó a respirar con dificultad de regreso a Central Park, otra vez paralizada por el pasado

—¿Qué te pasa? —preguntó Gabriel al ver la repentina palidez de su rostro.

Claire no medió palabra. Corrió subiendo la escalera para llegar a la buhardilla. Temblorosa, cerró el pestillo de la puerta y se derrumbó en la cama. «Qué poco le había durado la paz». Lloró lágrimas amargas por aquella época donde estuvo rodeada por una oscuridad que llamaba a la muerte como la salida más fácil para un injusto martirio; aunque no tuvo el valor de dejar sola a su madre. La fortaleza de Grace la sacó del pozo para, con el paso de los años, aprender a vivir con un fantasma imborrable. Ese que no podía olvidar y se presentaba a traición cuando se convencía de que estaba superándolo.

Sin comprender el porqué de una desmesurada reacción entre adultos por tal tontería, Gabriel se rellenó la copa de vino y puso la mesa. Sonó el temporizador y se asomó al hueco de la escalera.

—¡Claire, la cena está lista! —gritó—. No sé quién está peor si Ignatius o ella.

Con el apetito igual de escaso que el optimismo, Claire lo escuchó, cogió la almohada y se cubrió la cabeza; apretó fuerte, rezando para que la olvidara.

Harto de esperar, Gabriel sirvió una porción de lasaña en un plato y empezó a cenar. Por suerte, nada más probarla, la huida de Claire pasó a otro plano, centró la atención en los suculentos y penetrantes sabores de la comida, tan buenos como la experiencia de

vivir allí, donde era el amo y señor de la planta baja; igual de solo que en la habitación de cualquier otro hotel.

Al terminar, fregó el plato y la copa. Volvió al salón, se sentó en el sofá y se conformó con una de las películas que ponían en la televisión. Más atento a sus ideas que a otra cosa, poco después, escuchó entrar a Claire en la cocina. Al momento, apareció con los ojos enrojecidos.

—Hola —saludó en un murmullo y se sentó manteniendo la distancia. Gabriel la observó indiferente y volvió a centrarse en la pantalla—. ¿Te ha gustado?

—¿Qué? —Giró rápido la cabeza—. ¿Cenar solo o la comida?

—Lo siento, no me encontraba bien.

—¿Estás resfriada?

—No.

Siguieron en silencio hasta que Gabriel necesitó ir al baño.

—Ahora vuelvo. —Se incorporó, flexionó la rodilla y, con esfuerzo, trató de levantarse, pero estando casi de pie perdió el equilibrio y se dejó caer hacia atrás—. Mierda...

—¿Estás bien? —preguntó, creyendo que había bebido de más.

—No te preocupes por mí, gracias.

Gabriel volvió a intentarlo sin percibir la mirada herida que acababa de provocar con el tono soberbio de esas palabras.

—Espera —dijo Claire, le acercó la muleta, que él sujetó rozándole las manos, y la colocó debajo de su brazo—. ¿Mejor?

Una ligera sonrisa provocó otra tímida de ella. Tardó poco en regresar, pero Claire volvió a sorprenderlo al retirar las piernas que había subido en el sofá para dejarle sitio. Esa vez Gabriel se sentó más cerca, algo que Claire obvió disimulando concentrada en la película mientras luchaba por no bloquearse con el calor de una rotunda seguridad masculina, tan fuerte, tangible e inquietante como agradable, dócil y atrayente.

La apacible intimidad de la noche los envolvió hasta que Claire cerró agotada los ojos y se durmió sin pretenderlo. Gabriel no quiso molestarla, cómodo con su cabeza apoyada en el hombro. Aun así, suavemente le reclinó el cuerpo en su regazo para que descansara bien. Admiró un rostro turbador con un óvalo perfecto, los labios de un sugerente color rosado y unos ojos que, aun cerrados, eran preciosos por las espesas pestañas oscuras muy largas que se rizaban desordenadas. Robándole unas caricias se sintió como un ladrón; en cambio, no se detuvo y recorrió con las yemas de los dedos unas facciones proporcionadas llenas de altivez y sensualidad.

Un buen rato después, Claire se removió y de forma accidental le dio un codazo en los testículos. Apretando los ojos con fuerza, Gabriel echó el cuerpo hacia delante y contuvo la respiración. Pasaron un par de minutos hasta que pudo hablar:

—Joder… —susurró rechinando los dientes—. Claire… —Necesitaba moverse, pero no despertaba y le palmeó el brazo con toquecitos suaves. En cuanto empezó a reaccionar, contrajo el gesto a la espera de otro golpe involuntario, que no llegó—. Claire…

La voz profunda de Gabriel acabó con un sueño agradable.

—¿Qué…? —Abrió los ojos despacio y, al percatarse por la postura, pegó un bote brusco—. ¿Qué ha pasado?

—Te has quedado dormida —respondió calmado—. No ha pasado nada.

—Estaba encima de ti.

—No me has molestado —dijo con una sonrisa, ignoró sus partes íntimas al verla en tensión abrazándose el cuerpo—. No te preocupes.

—Lo siento, no volverá a ocurrir.

—Te repito que no me ha molestado, al contrario. Relájate.

—Vale —murmuró asintiendo, recobró la compostura y añadió sin mirarlo a los ojos—: Buenas noches.

—Buenas noches, Claire, que descanses —dijo Gabriel serio.

La escuchó correr escaleras arriba, dando por finalizada una velada extraña y excitante a partes iguales. Luego, se tumbó en la cama pensando en ella; sabía que algo se le escapaba; era una mujer adulta que a veces tenía reacciones infantiles o vergonzantes nada acordes a su edad. Caviló en las palabras de Robert, recordando el comentario sobre el cambio de Claire, achacado a la muerte de su padre. Sin embargo, no era normal después de tantos años no tenerlo superado.

En la buhardilla, a Claire le costó volver a conciliar el sueño. Fue la primera vez que bajaba la guardia con un hombre desde aquel fatídico encuentro sin que sucediera nada malo. Aliviada, notó caer los primeros barrotes de una cárcel imaginaria que no entendía la comunicación con el tacto entre las personas; un sentido que le aterraba pero nunca temía con Gabriel.

El jueves, después de pasar la tarde trabajando en el dormitorio, Gabriel entró en el salón, contento por la visita del día siguiente al traumatólogo, cuando esperaba deshacerse de la incómoda escayola. Si bien no quería irse de la casa; tampoco

compartir a Claire con otros huéspedes ni que al recuperarse perdieran la confianza que tanto esfuerzo le estaba costando conseguir. Apoyó la muleta en el reposabrazos del sofá y se lanzó de espaldas con una sonrisa radiante.

Empezó a leer los primeros párrafos de *La conjura de los necios* para desternillarse en pocos minutos con unas carcajadas que resonaron en todas las paredes. «¿Hasta qué punto podía alguien distorsionar la realidad de esa manera?» «¿Existirían muchos «Ignatius» en el mundo?» «¿Cómo podía parecerle divertido un tipo tan desagradable, egoísta y vago?». Creyendo que no estaba solo, Claire bajó sigilosa, pero en cuanto lo vio se acercó risueña.

—Hola, qué bien te lo estás pasando.

—Ni que lo digas, menudo elemento.

—¿Traigo el vino?

—Por supuesto —respondió rotundo. Ese era su mejor momento del día, el que ansiaba desde que llegaba del banco, el que estaba descentrándolo y ocupaba la mayoría de sus pensamientos. Cuando Claire dejó la botella en una mesa pequeña de madera y le entregó su copa de tinto, comentó casual—. Cuando me quiten la escayola iré a Nueva York para ver a mi familia.

—Es una ciudad impresionante —susurró con una mirada triste—. Diferente.

—Prefiero Quebec, me agota tanta inmensidad. No sé cómo Sean puede soportarlo.

—¿Y Jack?

—Él es Nueva York, la lleva en las venas. No he visto a nadie que se adapte mejor a las circunstancias que Jack.

Claire sonrió y dio un sorbito al vino.

—No creo que vuelva —comentó en voz alta, aunque no fue su intención.

—¿Por qué? Si hace diez años que no vas, seguro que te volverá a enamorar. O la amas o la odias, eso dicen ¿no?

—Yo la odio.

Sin gestos bruscos, Claire dejó la copa en la mesa y salió con rapidez ajena a las sospechas de Gabriel, que intuyó a Nueva York como la clave para entender esos giros en su comportamiento. Tenía claro que evitaba un contacto físico que él deseaba cada vez con más fuerza y también que debía ir con pies de plomo si quería seguir conociéndola. Desde la puerta de la cocina, Gabriel dijo:

—Tengo hambre.

—Hay ensalada de patatas y pescado al horno.

—Perfecto, me gustan las dos cosas.

Se sentó en la silla que ya se había adjudicado como suya y estiró la pierna mientras Claire ponía la mesa. Cuando sirvió el pescado, para esquivar el pie de Gabriel en mitad del paso, tuvo que dar un saltito con los platos. Con buenos reflejos, por evitarle una caída, Gabriel puso la mano en la cadera femenina. Ese contacto leve duró apenas unos segundos, pero envió a Claire una descarga de calor que no esperaba y lanzó su corazón a una carrera de latidos enloquecidos. Gabriel disimuló observándola, disfrutó viendo una tensión que sufría y camuflaba. Cogió la cuchara, el plato de Claire y, sin preguntar, sirvió una cantidad generosa de ensalada.

—No tengo mucha hambre.

—Estás muy delgada.

—Igual que tú.

—¿Yo? ¿Qué dices? Si viviera con Ethel podría volver a Quebec rodando. Desde el accidente no hago ejercicio y estoy atiborrándome. —Para avalar sus palabras, se levantó la camiseta—. Dentro de poco no me quedará bien la ropa.

Ella solo vio un estómago firme y un poco de vello, demasiado alejados de lo que pretendía mostrarle.

—Creo que quieres enseñarme tu cuerpo —dijo sonriendo.

—¿Estarías dispuesta a verlo?

La mirada de Gabriel llevaba escrita una promesa lujuriosa que le habría encantado aceptar.

—No.

—Tú te lo pierdes.

—Lo sé.

Gabriel advirtió la tristeza reflejada en sus ojos, esa que quería alejar cuando estuviese con él. Acarició con el índice su mano y consiguió la sonrisa preciosa que buscaba.

—Aunque solo nos conocemos desde hace un mes, estoy muy a gusto contigo. Sé que hay algo entre nosotros, puedo sentirlo y creo que a ti te pasa igual.

—Somos amigos.

Gabriel movió despacio la cabeza y negó en silencio.

—Con ninguna amiga me siento así. ¿Y tú?

—Ya no tengo amigos.

—Eso no es cierto. William y Jim te aprecian; Ethel, Eloise, Luc, todos son tus amigos.

Una lágrima recorrió la mejilla de Claire, cerró los párpados y cogió una bocanada de aire al sentir los dedos de Gabriel secándola. Abrió los ojos para topar con un gris brillante observándola con una sonrisa cariñosa.

—Shhh —susurró Gabriel—. No quiero verte así.

—Me gustaba la fotografía.

Por un momento no entendió qué quería decirle.

—¿Ahora no?

Claire encogió los hombros y siguió comiendo. Pasaron el resto de la cena en silencio, cada uno encerrado en sus pensamientos, intentando adivinar qué pasaba por la cabeza del otro. Gabriel deseó cogerla en brazos, acunarla para que se sintiera segura y afrontara lo que estuviese amargándole la vida, pero hasta que no confiara en él no podía ni planteárselo.

—Hay macedonia con zumo de naranja —dijo Claire—. ¿Te apetece?

—Sí —respondió mostrando unos dientes blancos alineados a la perfección. En cuanto tuvo el cuenco del postre delante, animado por la mirada atenta que le dedicó Claire a su boca, metió la cuchara para empezar su espectáculo. Dejando escapar adrede parte del jugo por la comisura de los labios, sin apartar los ojos de los suyos, masticó lentamente un pedazo de fruta, el más grande que encontró entre trozos de manzana, plátano, melocotón y piña en almíbar. Encantada por esa voracidad, Claire no dudó y le limpió con los dedos el rastro anaranjado que le chorreaba hasta el mentón. Gabriel no esperaba el gesto y para prolongarlo sujetó su muñeca—. Está buenísimo —dijo en voz baja, besó el dorso de su mano—, gracias.

—A ti.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas —comentó con una leve sonrisa.

—Dime dos.

—Por ser mi amigo y por hacerme reír.

—Creía que ibas a decir por mi cuerpo imperfecto.

—Hoy te has empeñado en él. Si te hace tanta ilusión, enséñamelo.

—¿Y tú me enseñas el tuyo? —preguntó, clavándole una mirada irónica. Claire rió negando con la cabeza—. Pues no hay exhibición.

—Qué pena…

Esa era una de las cualidades que Claire más admiraba de él, no se imponía y siempre procuraba divertirla, consiguiendo que olvidase un veintitrés de abril primaveral que nadie hubiese merecido vivir. En cambio, aquella noche del 2003 existió, formaba parte de ella y desde entonces la condicionaba. Ahí, casi diez años después, creyó seriamente que podía encarar el futuro sin ese lastre. Y todo gracias a Gabriel, su arcángel salvador; un mensajero celestial llegado

cuando menos lo esperaba y, quizá, cuando más compañía necesitaba. Mientras hablaba sereno, saltando con fluidez de un tema a otro para captar su atención, fantaseó con la posibilidad de que su madre tuviera algo que ver con esa inesperada aparición; era reconfortante creer que siempre velaría por su bienestar y que todos sus seres queridos estaban juntos protegiéndola. Sin ninguna duda, debía ser una señal divina o un gran golpe de suerte; «¿cómo si no Gabriel Drake estaría sentado en la mesa con ella?»

Por la mañana, Claire llevó y acompañó a Gabriel al traumatólogo. Durante el breve trayecto, él no dejó de recordar la discusión telefónica que mantuvo con su padre a primera hora. John se indignó al enterarse de la suma de dinero que Sean había ofrecido a Cora, sin querer comprender que no cediera en rebajar la cifra, confiando en la sensatez del abogado que la representaba e impaciente por finalizar de una vez. En otra circunstancia habría sido más comedido, sin embargo no midió el sarcasmo ni la prepotencia harto de escucharlo, ya que no era la persona más indicada para reprochar abusos cuando vivía con una derrochadora y le consentía caprichos que él y sus hermanos tachaban como disparatados.

En uno de los pasillos del hospital coincidieron con Patrick Hamilton. Tenía treinta y pocos años; era alto, con buena forma física; el cabello y la tez morenos; un rostro bien parecido; y con unos ojos azules grandes tan transparentes como el agua. Cuando les saludó pareció alegrarse de ver a Claire, hasta que rozó amigable su brazo y ella se apartó de manera automática en una reacción nada cordial. No pasó desapercibida para Patrick, que se despidió de inmediato con una expresión contrariada; ni para Gabriel, que a pesar de no querer admitirlo tampoco podía ignorarlo más: a Claire algún hombre le había hecho mucho daño. Seguir escudándola con el sufrimiento por la muerte de su padre era absurdo; si los demás preferían esa versión, allá ellos, él estaba convencido de que esas reacciones exageradas a contactos casuales, cariñosos o accidentales eran debidas a algo más físico y terrenal; un trauma devastador. Cuando pensaba en una tragedia que podía describirse con varias palabras, a cuál peor por inaceptable, solo deseaba compensarla con felicidad; por su sonrisa estaba perdiendo la razón.

Luego, se mostró conformista ante la noticia de llevar una semana más la escayola, consiguiendo desconcertar a Claire, que imaginaba ansiaría verse sin impedimentos. Tras un camino hacia el banco con poca charla, al llegar, la despedida rápida en la puerta fue

acorde al desánimo de Gabriel por los frentes abiertos y al prudente distanciamiento habitual de Claire.

Esa misma noche se sentaron después de cenar en el sofá frente a la chimenea, para contemplar el fuego mientras la nieve caía dejando en el jardín un abundante manto blanco. El sol de la mañana, cuando brillara con intensidad, obligaría a contemplarlo entornando los ojos; como un espejismo para distorsionar la realidad. Gabriel reclinó la cabeza en el respaldo y dobló los brazos detrás de la nuca, acompañando el gesto con un largo y ronco gruñido, ajeno a la mirada entre divertida y asombrada de Claire, que se levantó para buscar las bebidas.

Gabriel no supo que lo incitó a coger la muleta, pero lo hizo y la colocó como obstáculo; si quería pasar por delante debía seguir sus reglas absurdas e infantiles.

—Tienes mucha cara —dijo risueña—. Cuando te quiten la escayola te irás y no podré tomarme la revancha, pero si pudiera ibas a estar todo el día botando como un canguro.

—No me importaría —comentó impasible. Realmente era de una desfachatez bárbara porque en vez de estar pendiente de las piernas de Claire desvió la vista a otra parte de su anatomía con más movimiento—. Me encantaría estar todo el día botando contigo.

Claire abrió la boca y los ojos de par en par, alegre por las segundas intenciones de sus palabras; imposibles pero excitantes.

—¿Vino? —preguntó, cogiendo dos copas.

—¿Brandy?

Al momento, volvió con una botella de vino tinto y otra de Joseph Barry de 10 años, donde quedaba poco más de tres dedos. Cuando la vio Gabriel, compuso un gesto de admiración y dijo:

—Menudo nivel, menos mal que es viernes.

—¿Por qué?

Mientras Gabriel abrió el brandy, Claire se sentó a su lado para observar complacida cómo cerraba los ojos y aspiraba el aroma del tapón igual que hacía antes de dar el primer bocado a la comida de Ethel.

—Porque este *culillo* es mío —dijo satisfecho, echando un buen chorro en una copa ancha con una sonrisa maliciosa. Aunque se refería al licor, Gabriel la vio tragar un poco nerviosa. Cogió su barbilla con seguridad y la obligó a mirarlo—. Nunca te haré daño.

—Lo sé —afirmó consciente de que veía en su interior, aunque desconociera ese pasado atroz que la consumía. Gabriel varias veces había hecho alusión a su comportamiento con las mujeres, parecían justificaciones que escuchó en silencio sin confiarle el secreto

que ocultaba—. No me intimidas.

—Ni lo pretendo —comentó serio—. ¿Quieres salir conmigo mañana?

—Estoy siempre contigo.

—Fuera, a cenar y, si quieres, al cine.

—No puedes andar bien.

—Voy todos los días al banco. No pongas más excusas. Si no quieres, dímelo claramente.

—Sí quiero.

La sonrisa de Gabriel fue distorsionándose conforme acercó la cabeza a la suya.

—Shhh.

A Claire la respiración se le aceleró en el acto, jugándole otra mala pasada cuando esos labios que deseaba rozaron como una pluma la piel de su mejilla. Gabriel no intentó nada más, se retiró con la misma sonrisa que llegó. Cogió la copa, la rotó con suavidad y dio un trago; se le dilataron las aletas de la nariz y Claire vio con claridad cómo el líquido atravesó su garganta.

—¿Está bueno? —preguntó curiosa.

—Mucho. ¿Quieres probarlo?

—No —respondió negando rápido con la cabeza—. No estaba segura, lleva aquí por lo menos cinco años.

—¿Cuánto? —Gabriel fingió estar horrorizado con una mueca de asco—. ¿Quieres envenenarme?

—Acabas de decirme que te ha gustado —dijo tranquila. Bebió de su copa y comentó—. Aunque tengo una duda, si en la botella pone que es de diez años y ha estado aquí cinco, ¿ahora sería de quince años?

—¿Es una pregunta?

—Por supuesto.

La sonrisa de Gabriel se amplió hasta convertirse en una carcajada, cuando se calmó, a duras penas dijo:

—No, al contrario. —Intentó cerrar la boca y no reírse más, pero estaba haciendo un esfuerzo al verla reflexionar sobre sus palabras—. Los años de la etiqueta indican la maduración en los barriles, que es lo que da carácter a los licores.

—Qué bien te lo pasas a mi costa.

—Es que a veces me sorprendes, no puedo evitarlo.

—Pues nada, intentaré no bajar el listón para no decepcionarte.

—Desde que te conozco nunca lo has hecho.

—Gracias, tú a mí tampoco me has decepcionado.

Bebieron y charlaron de sus intereses. Gabriel contó cómo iban las negociaciones con la petrolera y Claire de la fiesta que pretendía organizar para celebrar la renovación de la casa. Pasaron varias horas hasta que decidieron acostarse para finalizar otra velada donde Claire dio un paso gigante sin venirse abajo.

Al entrar Gabriel en la habitación sintió que le hervía la sangre entre la excitación que llevaba horas soportando, el calor del brandy y el fuego de la chimenea, se desnudó acelerado a su ritmo lento y se metió en la cama sin taparse. Fue eso o morir por asfixia, y no quiso tentar al destino; prefirió dedicarse a la estrella rutilante de ojos verdes que pronto coparía un sueño profundo; no sin antes tener algún detalle consigo mismo, también merecía un pequeño premio de consolación.

SIETE

San Juan de Terranova, 3-3-12
Terranova y Labrador, Canadá

Claire preparó el desayuno como todos los fines de semana. Esos días eran especiales para ella por la convivencia con Gabriel; le resultaba deliciosa y hacía más por su recuperación que tantos años de infructuosa terapia. Ambos tenían sus espacios personales, aunque siempre terminaban en la cocina charlando contentos mientras bebían una copa de vino. En cuanto terminó, viendo la hora, fue al dormitorio para avisarlo. Llamó varias veces a la puerta, pero no escuchó ninguna respuesta y supuso que la marmota seguía hibernando. Abrió con suavidad sin imaginarse que la visión imponente de un cuerpo gloriosamente desnudo, profundamente dormido y completamente perfecto la dejaría inmóvil. Ese hombre era una obra maestra que admiró como si fuese una escultura masculina con proporciones simétricas acordes en todas sus formas: un torso ancho con vello en el pecho, unos músculos marcados en el abdomen y unos genitales bien dotados que no la asustaron; al contrario, lograron que apretara las piernas y se pasara la lengua por los labios deseando saborear algo descartado. Los muslos relajados se movieron para obsequiarla con un plano sugerente de sus firmes glúteos, que le dibujaron una sonrisa tonta en la cara sin darse cuenta de que Gabriel había abierto un ojo y sabía que estaba observándolo.

—Hola —dijo con voz ronca, se desperezó y bostezó somnoliento. Avergonzada, Claire giró la cabeza y dejó de mirarlo mientras se cubrió con el edredón, a pesar de que no le importó ser objeto de un deseo que llevaba semanas provocándole—. Buenos días.

—Hola, he venido a decirte que el desayuno está listo.

—Gracias, ahora voy.

Sin esperar que Claire saliese, apartó el edredón, cogió la muleta y se levantó tan tranquilo, dejándole observar una vez más su cuerpo; el pudor no entraba en sus planes. Cuando terminó el desfile de caracol, se encerró en el baño y, duchándose, pudo reírse a gusto de un encantador bochorno que, de haber durado unos segundos más, le habría causado otra erección con un resultado menos divertido para él.

Ni quince minutos después, apareció en la cocina, sin muletas, vistiendo el chándal que se ponía cuando estaban solos,

prescindiendo del afeitado, y oliendo a gel de baño. Claire dejó la taza en el plato y se levantó para buscar otro servicio, que le colocó delante.

—¿Dónde vas a llevarme esta noche? —preguntó Gabriel, echando un chorrito de leche en la taza. Cogió el cuchillo y untó un poco de mantequilla en una rebanada de pan recién tostada. En cuanto tuvo una superficie lisa con el grosor adecuado, añadió una cucharita de mermelada—. No sé si por aquí hay mucha oferta.

—¿Qué te apetece probar?

—Lo que tú quieras. —Gabriel paró de masticar, tragó sin apartar los ojos de los suyos y se relamió los labios—. Seguro que me gusta.

—Hay un restaurante español —comentó sonriendo, sin inmutarse por unas señales sexuales que cada vez con más frecuencia no perdía ocasión en mostrarle—. ¿Te gusta?

—¿Español? ¿Aquí hay españoles?

—No muchos, pero los hay, vascos, del norte de España. Fueron los primeros en llegar a estas costas.

—Interesante —dijo disimulando una sonrisa—. Creía que habían sido los vikingos. Al final va a resultar que los españoles fueron los primeros en llegar a todas partes.

—Probablemente. Lo cierto es que navegaron por el mundo entero. De hecho, hay cosas de la gastronomía japonesa que son españolas, las llevaron unos monjes, está confirmado.

—No lo dudo —comentó torciendo los labios hacia abajo—, pero ya me habías convencido. Sabes que gracias a la asistenta que tuvieron mis padres siempre ha sido mi comida favorita. ¿Te encargas tú de la reserva?

Un rato más tarde, Claire subió a la primera planta y pasó la mañana poniendo a punto los dormitorios. Luc había tallado unos pequeños rótulos de madera con una rosa de los vientos y el nombre de la habitación en cada uno. La escalera circular estaba rodeada por ocho dormitorios al igual que las puntas de una brújula y, como era el símbolo más característico de la casa, a Claire se le ocurrió llamarlos según la posición que tenían respecto a la escalera. En la habitación Noroeste el zócalo azul grisáceo resaltaba el color oscuro de los muebles y junto a los estores blancos formaba un conjunto sobrio y acogedor, colocó bien mullidos los cojines encima de la almohada y comprobó el cesto del baño con los obsequios. Antes de salir recorrió con ojos satisfechos todos los rincones, abstraída hasta que escuchó unos golpes rítmicos acompañados por ligeros gemidos. Creyendo que era Gabriel con alguno de los ejercicios de rehabilitación, se asomó al

hueco de la escalera. Pero, con gran sorpresa, resultó ser que subía a saltos, agarrado a la barandilla.

—¿Qué haces?

—Intento llegar arriba.

—¿Para qué?

Bajó con rapidez y Gabriel apoyó el brazo en su hombro.

—Llevas toda la mañana desaparecida. Quiero ver cómo han quedado.

—Está bien. —Claire le pasó el brazo por la cintura y a saltitos llegaron al distribuidor. Sin asustarse, sin alejarse, pudo abrazarlo relajada, sabiendo que estaba a salvo. Notaba cómo sus temores con él se alejaban tal y como su psiquiatra tantas veces le repitió—. Ten cuidado, por favor.

Para Gabriel esa perspectiva de la escalera fue extraordinaria; si desde abajo era impresionante, ahí enmudeció ante la belleza del círculo dominante perfecto, rodeado por un pasillo concéntrico, con el suelo de madera espigada oscura, pero colocado formando un patrón diferente al resto. Vio ocho puertas iguales con unos rótulos de tamaño folio en los lados donde, girando el cuerpo, leyó: «*NO*» «*N*» «*NE*» «*E*» «*SE*» «*S*» «*SO*» «*O*»

—Es precioso.

—¿Te gusta? —preguntó Claire expectante.

—Mucho. ¿Quien hizo la escalera?

—No lo sé. Y menos mal que no hemos tenido ningún problema, porque el contratista se negaba a tocarla.

—No me extraña, tiene pinta de haberla hecho un artista. La casa entera está llena de joyitas.

La miró con orgullo y sonrió feliz, ajeno a que alegraba un alma atormentada. Ese hombre educado, elegante y paciente estaba consiguiendo llenarla de esperanza en cada roce, palabra o gesto. Entraron en todos los dormitorios y Gabriel mostró curiosidad por algunos de los muebles antiguos. Claire le contó historias de su abuelo Charles y de su padre, despejando cualquier duda en él; si ya tenía claro que la muerte de Chris Merritt no era el motivo de su recelo, oyéndola lo confirmó. Sus palabras fueron cariñosas, propias de una hija que echaba de menos a su familia, no intuyó dolor o amargura.

Después de pasar casi todo el día juntos, a media tarde Claire subió a la buhardilla con intención de dedicarse un buen rato a sí misma, arreglándose para una cita que la ilusionó muchísimo. El viento soplaba con fuerza y lo más sensato habría sido elegir ropa

confortable, pero optó por un vestido entallado blanco de mangas cortas con un cinturón estrecho y el cuello *mao*. Se secó el pelo dejándolo con algunas puntas hacia afuera, que le daban un toque informal; se maquilló destacando los ojos, restó importancia a los labios con un poco de brillo; y, por último, se colocó los zapatos beige de tacón de aguja muy altos que le regaló Eloise en Navidad y no había estrenado.

Vestido con un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata burdeos, Gabriel esperaba en el vestíbulo con el abrigo puesto y una bufanda en la mano. Al escuchar los tacones, se acercó a la escalera, pero no estaba preparado para esa visión e, inmóvil, en vez de mostrar alegría, la siguió con los ojos y el semblante rígido. Un tanto incómoda, Claire apretó las cejas, pero de inmediato sonrió contenta.

—Estás muy guapo.

—¿Vamos? —preguntó brusco.

Ante la falta de cortesía o el mísero detalle de un piropo, cuando a diario yendo con ropa cómoda buscaba siempre alguna ocasión para halagarla, Claire se puso el abrigo en la puerta sin querer martirizarse por esa tensión imprevista.

La noche cerrada atrajo un frío polar que aceleró los pasos de Claire hasta el coche, con toda la rapidez que le permitieron aquellos tacones y el hielo de la acera. Esperó a su tortuga particular sin advertir al detective contratado por Cora, que los fotografió semioculto en un vehículo estacionado muy cerca. En ese momento, tampoco supieron que los siguió al centro, que aparcó a pocos metros del Bronco ni que volvió a centrarse en ellos mientras entraban en el restaurante.

Sentados en la mesa recobraron el calor. El ambiente era tranquilo, en un salón un poco oscuro decorado a la última moda. Pidieron una botella de vino tinto y después de empezar a degustar una variedad de tapas que Gabriel dudó si en España serían parecidas, comentó con un gesto despectivo:

—Por cierto, esto no tiene nada que ver con la comida española.

—Siento tu desilusión —dijo Claire, agobiada por una elección que llevaba fallando desde hacía muchos minutos—. No había venido nunca.

—No es desilusión, no esperaba mucho, pero es una pena que confundan a la gente así. La comida de Blanca era infinitamente mejor, y estoy convencido de que las tapas en España deben serlo

también.

—No están tan malas.

—No, pero no deberían usar los mismos nombres, que se inventen unos y así no confunden. —Gabriel no quiso ser borde, pero la comida no merecía mayor consideración. Advirtió el malestar de Claire creyéndose responsable y cambió de tema—: ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El doce de julio. ¿Por qué?

—Por nada.

Claire no salía de su asombro, estaba raro. Probó una vieira gratinada y la saboreó con una sonrisa.

—Eres demasiado exigente.

—Sí, si pago.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Asintió, decepcionada, cogió la copa de vino y bebió un sorbo con los ojos de Gabriel fijos en sus labios.

—No sé para qué querías salir. En casa eres mucho más agradable.

Gabriel frunció el ceño y dejó los cubiertos en el plato.

—¿Estoy siendo desagradable?

—Un poco.

—Explícate, por favor.

—No, vamos a dejarlo.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Eres tú quien está incómodo, no mientas.

—Ahora sí vamos a dejarlo. No vamos a hablar de mentiras.

—Muy bien.

En un silencio denso terminaron de cenar en su primera salida. Claire intuyó que sería también la última. Después de que Gabriel pagara la cuenta, salieron y se metieron en el coche otra vez ajenos al desconocido fotógrafo que los captó cuanto quiso.

—¿Vamos al cine? —preguntó Gabriel, abrochándose el cinturón de seguridad.

—Por mí, no.

—Estupendo.

Gabriel, que no asimilaba la falta de pretensiones de la mujer hermosa que lo acompañaba, se sintió herido y no volvió a abrir la boca.

Minutos después, Claire aparcó y entró sin esperarlo. En el

vestíbulo se quitó los zapatos y colgó el abrigo. Cuando Gabriel se desprendía de la bufanda, Claire cerró la puerta con llave y pasó por su lado, ignorándolo.

—Hasta mañana.

—Claire, espera —dijo molesto. Se acercó e inclinó el cuerpo hacia delante, pero desistió viendo su reacción al echar la cabeza para atrás—. Siento que no te lo hayas pasado bien.

—No pasa nada, que descanses.

Ni de lejos esperaba Claire ese comportamiento indiferente, pero forzó una sonrisa y subió a la buhardilla sin mirar atrás, consciente de que Gabriel seguía inmóvil y probablemente la observaba. Era cierto que tenía las expectativas muy altas; sin embargo, ni en un mal sueño imaginó que sería un desastre de cita.

Enfadado consigo mismo, consciente de que al verla inalcanzable desde que apareció en la escalera no actuó con su cortesía habitual y estropeó la velada que necesitaba para saber si eran capaces de salir y de seguir conociéndose fuera de la protección de esas cuatro paredes, se quitó la chaqueta, la corbata, y fue a la cocina, donde se sirvió una copa de vino que llevó con la botella al salón.

Luego, frente a la chimenea contempló pensativo unas llamas por momentos más pequeñas. Tras varias copas se decidió a avivar el fuego, pero al levantarse notó el efecto del alcohol y balanceó el cuerpo. Sin querer tiró al suelo las tres figuras de madera con siluetas indefinibles que había en la mesita rinconera junto al sofá. Comprobó que seguían intactas y las volvió a colocar en su sitio. Prescindió de la muleta y, apoyando el pie que ya apenas le dolía, cogió el atizador.

Claire escuchó el ruido y bajó rápido la escalera.

—¿Qué estás haciendo?

Gabriel se giró y la observó sin ocultar el malhumor.

—Lo que ves.

—No sé qué veo.

—¿Ah, no?

—No. —Claire se acercó, pero la mirada de Gabriel alertó su prudencia para mantener unos metros de seguridad—. No sé qué te pasa.

—Déjame tranquilo.

—¿Te he hecho algo?

Gabriel empezó a reírse, dejó caer el atizador al suelo y anduvo cojeando hacia ella.

—No. Ese es mi problema, nunca haces nada.

—No sé de qué hablas —susurró, sintiendo el peligro, incapaz

de moverse al verlo acortar una distancia escasa—. Es mejor que lo dejemos.

Aún más cerca.

—Sabes perfectamente de qué hablo.

Con un movimiento casi invisible, la pegó a su cuerpo más fuerte de lo que pretendía. El contacto arrancó la carrera desbocada del corazón de Claire y también enmudeció su garganta unos segundos hasta que pudo murmurar:

—Suéltame, por favor.

Gabriel inclinó la cabeza sobre ella. Moría por besar esos labios y no quería esperar. En cuanto se rozaron, cerró los ojos para disfrutar de un sabor que había soñado muchas noches.

Rígida como una tabla, Claire no correspondió, no podía permitirlo. Cuando sintió que frotaba una erección abultada contra su cuerpo, levantó con rapidez la rodilla golpeándole los testículos. La reacción fue automática, Gabriel la soltó y cayó de rodillas con el cuerpo hacia delante. Se llevó las manos a la entrepierna con la cabeza despejada de un plumazo por la intensidad del dolor mientras escuchó a Claire subir corriendo la escalera y dar un portazo al encerrarse en la buhardilla.

—Joder…

No pudo moverse durante varios minutos, luego, consiguió levantarse y llegar al dormitorio. Sacó la maleta del armario y empezó a guardar la ropa dando por finalizada su estancia allí. Cuando recogió, se tumbó en la cama con el propósito de esfumarse al día siguiente sin fuerzas para enfrentarse a Claire. Aunque creyera que compartían algo más que una simple amistad, acababa de dejarle bien claras las cosas; se había desengañado. Estaba enamorándose y, por desgracia, no era correspondido; y contra eso no podía luchar.

El día amaneció igual de gris que los pensamientos de Claire, con unas nubes oscuras anticipando otra nevada para enfriarle un poco más el corazón. No durmió saturada con Gabriel y su reacción violenta, convencida de que a esas alturas la odiaba, pero era preferible a explicarle que se asustó al percibir que descontrolaba su fuerza. Sin ganas de nada, solo quiso cobijarse bajo el calor del edredón, sentirse a salvo y seguir sin verlo; en cambio, después de una ducha, se vistió con unos vaqueros y una camisa, se preparó mentalmente y bajó a la cocina. Antes de llegar, suspiró hondo y entró decidida.

—Hola —saludó Claire con un vistazo rápido. Gabriel estaba

sentado tomando café, vestía un jersey negro de cuello alto, unos vaqueros, sin afeitar, con cara de pocos amigos y unas ojeras que sugerían poco o ningún sueño—. Buenos días.

—Buenos días.

Claire se sirvió un café y colocó dos tostadas en el grill sin saber que los ojos grisáceos no se apartaban de su espalda.

—Cuando puedas, prepárame la cuenta, por favor.

—Muy bien.

—Te pido disculpas por lo de anoche.

—Aceptadas.

La tristeza inundó de lágrimas los ojos de Claire porque volvía a quedarse sola, otra vez el destino la engañaba y no pudo más que poner el desayuno en una bandeja y salir hacia su refugio para llorar tranquila.

—Claire, no te vayas —dijo en un tono frío. Ella se detuvo, cerró los párpados un segundo y se giró limpiándose las lágrimas. En aquel preciso momento, la observó arrepentido mientras se levantaba despacio—. No quería asustarte, perdóname, por favor —susurró con ternura. Con la cabeza baja, Claire asintió y sorbió por la nariz. Gabriel percibió el miedo y le pateó el estómago, no podía consentir que tuviera esa impresión; dolía demasiado. Alzó con el pulgar su barbilla, obligándola a mirarlo, y susurró—. No volverá a ocurrir.

—Lo siento. Yo…

Con mucha suavidad Gabriel cogió la bandeja y la puso en la encimera. Colocó la mano en su cintura y la abrazó cariñoso, dejando que confiara en él. Acarició su sedoso cabello castaño, meciéndola despacio. Escuchaba su corazón descontrolado y trató de sosegarlo. Claire se sintió protegida, relajada, y le rodeó la cintura con los brazos, necesitó apretarlo contra ella. No fue un contacto lascivo, buscó el calor del único hombre que podía tocar sin temor. Durante unos minutos lloró abrazada a la suavidad de un cuerpo sólido que la sostenía con fuerza.

—Perdóname tú también —murmuró Claire levantando la cabeza—. No quería hacerte daño.

—No te preocupes —dijo sonriendo condescendiente. A pesar de que se propuso olvidarla, era verla y perdía el juicio. Se había metido en su mente, apoderándose de sus actos. Gabriel sabía que no sería una relación fácil, su divorcio estaba por resolver, vivían en ciudades diferentes y prácticamente lo tenían todo en contra; pero con ella era feliz, quería seguir siéndolo y que sintiera lo mismo por él. La besó en la frente y comentó—. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Gracias.

—No quiero que te vayas —dijo Claire.

—Por ahora no me iré, pero sabes que tengo intención de alquilarme algo.

—Ya, ¿pero estás buscando?

—No.

Poco después, se sentaron en la mesa y retomaron el desayuno en silencio hasta que Claire habló animada:

—¿Quieres ayudarme a organizar la fiesta?

—¿Qué día habías pensado hacerla?

—El viernes que viene. Tengo que invitar a algunos responsables comerciales de los bancos, a los de las petroleras, y a un par de empresas forestales; son quienes nos mandan a sus empleados. ¿Invito a alguien del Scotia?

«Gracias» pensó Gabriel, que la observó atentamente sin rastro de enfado, la complicidad había vuelto y era su mejor recompensa.

—Jim es el comercial, tú verás.

—No sé, al tener alojados al director financiero, supongo que su opinión será más importante que la de un simple comercial.

—Como sigas pegándole patadas en los huevos —dijo Gabriel disimulando una sonrisa—, no sé si va a recomendarte.

—¿Te hice mucho daño? —sonó preocupada—. Te prometo que no habrá una segunda.

—Dirás tercera.

—Segunda ¿no? —Claire se extrañó y frunció el ceño, mientras Gabriel elevó las cejas, negaba con la cabeza y aguantaba reír—. ¿Cuándo?

—La noche que te quedaste dormida encima de mí, me diste un buen codazo.

—Pero no cuenta, fue sin querer.

—No contará para ti, a mí vas a dejarme impotente.

—Hazte a la idea de que es un control de natalidad, es por tu bien. Seguro que no te faltan mujeres.

—Seguro… —dijo Gabriel, apuró una taza donde no quedaba café desde hacía minutos, agobiado por no haber sido capaz de hablarle de Cora. Se levantó, cogió la muleta y llevó al fregadero su servicio—. Voy a hacer unas llamadas, si me necesitas, avísame.

—Vale. —Claire sonrió—. Pero no te preocupes, no tengo intención de hacer mucho.

Gabriel volvió al dormitorio, sacó algunas prendas de la maleta, que colocó en el armario, y se sentó en el sillón a contemplar

pensativo la danza de los copos de nieve que el viento arremolinaba en las ramas de los árboles. Se escuchaba el ulular, silbando entrecortado, moviéndolo todo con poder y frialdad; lo mismo que él debía hacer con su matrimonio. Cogió el móvil, llamó a Sean y le ordenó otra cantidad. Teniendo en cuenta que Cora no había aportado nada cuando se casaron, no tenían hijos, nunca trabajó y tampoco lo intentó, con esa cifra debería conformarse; era generosa y solo buscaba acabar cuanto antes con esa situación. Quería a Claire en su vida, ya pensaría cómo, pero no iba a iniciar algo con ella sin haber aclarado esa parte; si supiera la verdad, probablemente sufriría otro duro revés que no tenía intención de provocar; bastante se flagelaba a sí mismo al ocultársela, incluso no sintiéndose casado desde mucho tiempo atrás.

Cuando llegó el viernes que Boreal Róis abría otra vez oficialmente sus puertas como residencia, Alexei no resistió la tentación de observar desde la distancia a los invitados que Claire iba recibiendo en la escalera de entrada. Admiró su belleza, destacada con un vestido negro de escote redondo sugerente y unos zapatos beige de tacón. Recordó a Charles y a Chris; se habrían sentido tan orgullosos como él en ese momento después de estar semanas inquieto por una renovación que podía haber supuesto el fin al secreto mejor guardado de su gran amigo. Aquel que le encomió suplicante en 1953 y acató como deferencia a la gratitud y lealtad que le debía; nadie lo supo jamás, y pretendía morir con él.

En el interior de la casa, las Friars y Luc de vez en cuando asumían el papel de Claire para que pudiera ir enseñando las habitaciones de manera individual.

Entrada la tarde, Gabriel todavía no había aparecido.

—¿A qué hora dijo que llegaría? —preguntó Ethel.

—Sobre las cinco —respondió Claire—, tenía que ir al hospital.

—Son las seis y tengo que sacar los canapés.

—¿A qué esperas?

Ethel asintió de manera repetitiva, parecía preocupada porque los invitados quedasen contentos, y entró en la cocina. Poco después, recorrió el salón con una bandeja llena de exquisiteces que todos alabaron con palabras, gestos amables y la bandeja agotada. Como buena cocinera, tenía previstas varias más que dosificó según su criterio, sin olvidar al cliente estrella. Ese que llamó al timbre justo en aquel instante y esperaba observándose los dos zapatos; un placer para

los ojos que fue superado en cuanto vio a Claire enfrente.

—Hola. —Claire sonrió feliz y lo besó en la mejilla—. Llegas tarde.

El contacto logró que tragara nervioso, no acostumbrado a esa naturalidad ni al roce de sus pechos suaves en el torso.

—Estás muy guapa.

—Tú también. —Recorrió con la mirada un traje negro, una camisa blanca, una corbata gris, y dos zapatos de piel marrón con hebillas en los lados y un punteado en las costuras. Con una expresión alegre, alzó la cabeza y le rodeó el cuello con los brazos, ignorando que, si Gabriel ya estaba bloqueado, acabó de noquearlo—. Enhorabuena. Qué bien ¿Te ha dolido?

—No.

Con mucha suavidad la despegó de su cuerpo y la besó en la mejilla. Debía controlarse tanto que cuando Claire entró en el salón, fue a la cocina para beber agua y dejar de tener la garganta inutilizada.

—Vaya. —Ethel sonrió al verlo y palmeó su brazo con cariño —. Creía que ibas a escaquearte, pero parece que el retraso ha sido por una buena causa.

—He tenido que esperar en el hospital un rato. ¿Hay mucha gente?

—No, unos veinte. Claire ya les ha enseñado la casa. Mira lo que te he guardado.

Ethel trajo un plato de la encimera, quitó la servilleta de papel que lo cubría y le enseñó la selección de canapés. Gabriel sonrió agradecido, cogió uno y, cerrando como siempre los ojos, lo saboreó con atención. En cuanto se lo tragó, se inclinó y la besó en la mejilla.

—Te superas por días, muchas gracias.

—Han sido un éxito.

—¿Lo dudabas? Estoy pensando en montar un restaurante y contratarte de cocinera.

—No podría dejar a Claire, lo siento, pero gracias.

—Un restaurante aquí no es tan descabellado, háblalo con Claire.

—Hazlo tú mejor, te hace más caso.

—Seguro —replicó con ironía.

Después de que Ethel le sirviera una copa de vino tinto, siguieron charlando mientras se terminaba uno tras otro todos los canapés; no tenía hambre, pero estaban tan buenos que era difícil rechazarlos.

—¿Qué haces aquí?

Extrañada Claire entró buscando a Gabriel.

—Estoy probando las delicias de Ethel.

De repente, iluminados por el mismo pensamiento, Gabriel y Ethel sonrieron divertidos.

—Sí —dijo Ethel contenta—. Me gusta, Gabriel, «Las delicias de Ethel». Suena muy bien.

—Pues sí.

—¿De qué habláis? —preguntó Claire intrigada.

—Voy a sacar otra bandeja.

Ethel observó un instante a Gabriel, de reojo a Claire y dio la vuelta para seguir mostrando sus dotes culinarias.

—Después te lo cuento —dijo Gabriel, gentil le ofreció el brazo, que ella sujetó sin reticencias, y se inclinó para hablarle susurrando en el oído—. Eres perfecta.

Al escucharlo, Claire sonrió con toda la piel erizada, bajó la vista y se centró en los invitados, pensando constantemente en él, consciente de que cada vez estaban más cerca. En pocos minutos se separaron; aunque se controlaron sin disimular mucho. Para Gabriel, acostumbrado a la indiferencia de Cora, no era un problema no mantener relaciones sexuales; o eso creía hasta empezar a dudar de su capacidad de aguante. El deseo que flotaba entre ellos o el impulso irracional, que debía dominar, empezaban a exigir más contacto y no sabía si Claire podría soportarlo.

Mientras hablaba con varios hombres, Claire lo buscó con la mirada; le gustó el papel de anfitrión encantador que asumió explicando detalles de la renovación y curiosidades de algunos muebles que ella había ido contándole. Dentro del salón, Gabriel brilló como una misteriosa aurora boreal, llenándolo todo de colores; resplandeció anulando un negro enquistado e hizo que solo deseara amarlo para olvidar.

Más tarde, agradeciendo el silencio, Claire se quitó los zapatos y se sentó en el sofá. Gabriel, que volvió del dormitorio sin la chaqueta ni la corbata, se dejó caer a su lado y cruzó la pierna derecha en la izquierda, balanceando el pie.

—Se han ido muy contentos —dijo Claire, ofreciéndole una copa de vino—. Gracias, has estado genial.

—De nada, pero tenían sus motivos. La casa ha quedado espectacular y la comida ha ayudado.

—¿Qué me ibas a contar luego?

—Se nos ha ocurrido que en los meses más flojos podíais explotar el salón como restaurante.

—¿A ti y a Ethel?

—Sí, se llamaría *Las Delicias de Ethel*.

—No sé, es mucho follón, pero gracias por la sugerencia.

—Piénsalo, no siempre vas a tener clientes que te paguen trescientos dólares diarios.

Claire abrió los ojos como platos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hoy. Imagínate mi cara cuando Samuel me lo ha dicho. Si me entero antes, tú y yo habríamos tenido unas palabras.

—Es la ley de la oferta y la demanda. Tú estabas desesperado y yo era tu única opción.

—Te has aprovechado de mí —dijo antes de beber.

Claire encogió los hombros y se rió sin pudor; no estaba arrepentida, había acertado de pleno. Contento, estiró las piernas y empezó a hacer círculos en el aire con el pie derecho.

—¿Italianos? —preguntó Claire

Dejó el movimiento e inclinó la cabeza mirándola.

—¿No te gustan? Son mis favoritos.

—Sí. Clásicos, elegantes, hechos por artesanos pacientes, muy tú; te pegan.

Gabriel se sintió abrumado, llevaba muchas horas deseando besarla y escucharla lo animó a intentarlo. Dejó la copa en la mesa, cogió la de Claire observándola atento, y también la quitó de en medio. No quiso tocarla, se limitó a inclinar la cabeza hacia ella acercando despacio sus bocas. Fue un beso inseguro tanteando el recibimiento. Esa caricia delicada detuvo a Claire en el tiempo, pero fue tan breve que la echó de menos en cuanto dejó de notarla. Gabriel se retiró para recorrer con la mirada un rostro bello expectante, se detuvo en unos labios voluptuosos, como hechos de un rojo coral salvaje, y volvió a besarla en otro roce indeciso. Al notar la tímida mano de Claire acariciando su mejilla, le abrió la boca y lentamente dejó que un sabor sublime para su paladar se apoderara de su lengua. Aceptando esa ternura, Claire rozó su cuello con las manos y movió poco a poco la lengua arrastrada por el mismo placer; Gabriel sabía bien y la llenaba de sensaciones agradables. Cuando Gabriel abrió los ojos se bañó en un mar esmeralda tan brillante que deslumbraba, se separó sin ganas, consciente de una creciente lujuria y del cuidado que quería tener.

—¿Estás bien? —susurró antes de darle un beso rápido.

—Sí —dijo tragando despacio. Gabriel la notó temblar, la abrazó compartiendo su emoción y le acarició el cabello con mimo—. Nunca me habían besado así.

—Siempre te besaré así, y si avanzamos siempre será porque

los dos lo deseemos, confía en mí.

La intimidad de otro beso y la soledad de la noche fueron testigos de una despedida en la puerta de la buhardilla, un templo que Claire aún no podía profanar, pero sí dejó con el pestillo abierto. Gabriel Drake era el hombre que la hacía sentirse preparada para el sexo; completándola como mujer. Con aquellos labios suaves borró cualquier temor, dejó únicamente un sabor excitante que soñó por todo su cuerpo, deseando y rezando para ser capaz de afrontarlo sin traumas que la frenasen.

OCHO

San Juan de Terranova, 16-3-12
Terranova y Labrador, Canadá

Una semana después, Gabriel salió del baño vestido con un traje gris oscuro, una camisa celeste y una corbata azul y negra. Se sentó en el sillón con los zapatos, sonó su móvil y respondió de manera automática:

—Gabriel Drake.

—Sé quién eres y sabía que me estabas engañando.

El rencor en la voz de Cora lo previno del tono de la conversación y cerró la puerta.

—Qué quieres —dijo con dureza.

—No vas a dejarme.

Gabriel bufó harto de esa voz.

—Firma el divorcio y olvídame.

—¿Por medio millón? Ni en sueños.

Ahí estaba. Llevaba preparado mucho tiempo.

—Tienes también la opción de irte como llegaste. No lo olvides.

—Si crees que me asustas, no sabes hasta dónde puedo llegar. Sé que estás con otra y seguro que tienes planes, o eres más generoso conmigo o sabrás quien soy.

—Hace mucho que tengo claro quién eres. Y no sé de dónde te has sacado que estoy con otra, no estoy con nadie y, si lo estuviera, no es tu problema. Preocúpate por buscarte un empleo porque como sigas en este plan no vas a ver ni el rastro del dinero.

—Eso está por ver. Y por cierto, tengo fotos de ti y tu nueva novia.

—Estás chiflada.

—¿Te suena Tapa´s Basque?

Gabriel apretó con fuerza las mandíbulas.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó despacio, no pudo contenerse y explotó—. ¡Contesta!

—Modera tu carácter, cada día estás más ordinario —dijo sonriendo, con el arsenal cargado para irritarlo—. ¿Cómo voy a seguirte? No digas tonterías. He contratado a un detective, me imagino que verás el cargo en la cuenta.

—Acabas de sentenciarte. No pienso pagarte nada, van a

tener que obligarme.

—Bueno… Si es lo que quieres…

Cora pasó la mano por una impecable melena rubia con mechas.

—Quiero olvidar que te he conocido, quiero no volver a saber nada de ti.

—Claro, claro, te comprendo. —Cora sonrió satisfecha—. ¿Te parecen bien dos millones?

—Sí, perfectos cuando me lo ordene un juez. Dile a tu abogado que te informe bien porque creo que andas un poco perdida. Es la última vez que voy a proponértelo, coge el medio millón, olvida que existo e intenta ser feliz. Es lo máximo que estoy dispuesto a negociar y, por supuesto, la casa ni se te ocurra pedirla. Lee bien nuestro acuerdo.

—Ponte en mi situación.

—No puedo, no sé qué es no tener escrúpulos.

—No seas arrogante, nos conocemos.

—Por eso, si tan bien me conoces sabes que no estoy mintiéndote.

—Sí lo has hecho. ¿Desde cuándo estás con ella?

—Eres ridícula. ¿Has visto las fotos? Si tu detective te hubiese informado mejor te habría dicho que es la dueña del hotel donde estoy alojado y que entre nosotros no hay nada. Enséñame solo una fotografía comprometida. —Elevando el tono, añadió—. Es imposible porque estaba allí y sé lo que hice.

—Relájate. No sé por qué te alteras.

—¿Por qué? Has estado espiándome. No es normal. —Gabriel suspiró, hizo una pausa y añadió más calmado—: No nos queremos. Joder, Cora, vamos a terminar de otra manera, no te empeñes en sangrarme. Piensa en cómo has vivido hasta ahora. ¿No es suficiente?

—¿Y si estoy embarazada?

—Entonces sí que no vas a ver la pasta.

—Tenía que intentarlo.

—Por favor, Cora, no terminemos así.

Cora sopesó durante unos segundos sus opciones antes de hablar:

—Búscame un empleo y acepto el medio millón.

—¿Qué te busque un empleo?

—No puedo comprar un apartamento y vivir del aire. En Nueva York, por favor.

—No sé qué podrías hacer.

—Invéntate un cargo, me da igual. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Hablaré con Jack.

—De acuerdo.

—Adiós, Cordelia.

Unos ojos azules risueños acompañaron el rostro más feliz de Cora en muchos meses. No sintió la despedida, el farol de los dos millones había dado resultado y las fotos lo pusieron de mala leche, pero sabía que sus cabreos eran pasajeros y siempre intentaría dialogar. Volvía a ser libre y en Nueva York sus posibilidades eran infinitas en comparación con Quebec. Fue al dormitorio y entró contenta al baño; con una renovadora ducha empezaba una nueva vida de soltera, una nueva oportunidad para estar más cerca de alguien a quien no había podido olvidar: Jack Drake, el hombre del que llevaba enamorada años; el mismo que no quiso traicionar a su hermano y eligió Nueva York para alejarse de ella.

La siguiente semana para Gabriel fue casi una maratón. Tras reunirse con los consejeros de las compañías que participaban en la explotación de *Hibernia* para concretar la inversión en la *Deep Ocean*, tuvo que cancelar una reunión con Sean en Quebec para terminar el acuerdo de divorcio; sumando a todo, el malhumor que lo acompañaba cada vez que se despedía de Claire en la puerta de su dormitorio y una negativa obstinada en acompañarlo a Nueva York.

Antes de salir hacia el aeropuerto el viernes, llamó a Claire desde el despacho en una última intentona.

—Hola —saludó contenta—. Creía que ya te habrías ido.

—¿De verdad no quieres venirte? —preguntó casi rogándole.

—No, pero gracias por invitarme.

—De acuerdo —replicó con frialdad—. Nos vemos el domingo.

—Hasta luego, que te diviertas.

—Seguro. Hasta luego.

Gabriel resopló enfadado y cansado. Compartían charlas, besos y dulces caricias, pero para él era importante que se enfrentara a sus miedos, con esconder la cabeza no iba a superarlos, llevaba haciéndolo tanto tiempo que le era difícil avanzar. Recordó una noche reciente, cuando Claire rozó con timidez su pene, no más de unos pocos segundos; sin embargo, estuvo tan cerca de arder perdiendo el control que saltó del sofá y se encerró en el baño a riesgo de parecer un perturbado mental; asumía que Claire estaba volviéndolo loco.

Llegó al aeropuerto en el coche de empresa y, después de una escala de dos horas en Toronto, aterrizó por la tarde en Nueva York. Jack estaba esperándolo, se le veía feliz con buena cara para su ritmo de vida despreocupado: unos ojos azules alegres aumentados por unas gafas con la montura de pasta negra, una barba de varios días, que solo se afeitaba si asistía a alguna reunión, y una sonrisa alegre que mostraba unos dientes blancos perfectos, su sello personal. Tenían la misma altura y todos decían que mucho parecido. Vestía vaqueros, un jersey de lana oscuro y una chaqueta sport. Se saludaron con un abrazo y se dirigieron al aparcamiento.

—¿Cómo estás? —preguntó Jack.

—Muy bien. ¿Y tú?

—De lujo. Ya sabes, a mi rollo. ¿Vas bien con el pie?

—Sí. He hecho bastante reposo, solo iba al banco por la mañana.

—¿Qué tal en la residencia? ¿Hay muchos ancianos?

—Te dije residencia porque es más parecido que un hotel, pero no es de ancianos, idiota. Es para clientes de larga estancia y soy el único. Tiene concertadas algunas plazas con empresas de la zona. Está muy bien y la casa es increíble, te gustaría.

—No sé cómo aguantas. —Jack activó el control remoto de su Aston Martin DB9 negro, uno de sus escasos caprichos que mantenía con mimo y del que se sentía orgulloso—. ¿Hay algún club?

—Y yo qué sé, no salgo.

—¿Y qué haces de noche?

—Dormir.

—Drako, ahora que vuelves a estar en circulación voy a tener que enseñarte un par de cosas, te ayudarán. La primera es saber dónde está la marcha, es básico. La otra depende de ti, pero no creo que tengas muchos problemas; mírame, con la ley del mínimo esfuerzo sobrevivo bastante bien.

Con la sabiduría adquirida en una vida dedicada al placer, llegaron al apartamento en TriBeCa. Estaba en un edificio de cristal y hormigón que había sido una fábrica de vidrio en los años cincuenta y ahora se había convertido en morada de gente adinerada, simplemente variopinta o artistas en potencia.

El salón era enorme, tenía las paredes llenas de cuadros a cual más impactante, por sorprendentes algunos y por incomprensibles otros. Se sentaron en un sofá de piel negra de seis plazas y compartieron unas cervezas que Jack sacó del frigorífico, en una cocina de diseño integrada en un rincón, con una barra de ladrillo y una encimera de acero que llamaba la atención por unas tuberías de

plomo que pendían del techo con cuatro pequeñas lámparas metálicas.

—Tienes que hacerme un favor —dijo Gabriel.

—Lo que quieras.

Jack hizo un gesto automático con los hombros y le dio un trago a la cerveza.

—Necesito que le des un trabajo a Cora aquí.

—¿Qué?

El rostro de Jack se tensó con rapidez.

—Es la única condición que me ha puesto. Búscale cualquier cosa en administración, sabrá hacer algo.

—¿Quiere trabajar aquí?

—Sí. Cuanto antes se lo des, antes firmamos, así que no tardes, por favor.

—Lo siento, Gabe, pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes? —preguntó empezando a irritarse —. Déjate de gilipolleces.

—No ha trabajado nunca. No insistas. ¿Tiene que ser en el banco?

—No, pero es lo más rápido y no quiero recurrir a papá. Vamos… ¿qué te pasa? —preguntó extrañado por una negativa totalmente inesperada—. Es diplomada en empresariales.

—No funcionaría y no quiero tener que aguantarla.

—No creo que te moleste, no te soporta.

Jack elevó las cejas.

—Ni yo a ella —comentó desdeñoso—. Por eso, cuanto más lejos estemos, mejor. Habla con Sean, a lo mejor la necesita en el despacho.

—No —dijo enfadado—. Estoy pidiéndote el favor a ti.

Tras unos segundos mirándolo incómodo, Jack dejó de apretar los labios y habló con frialdad:

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias —dijo sonriendo, dándole una palmada en el hombro—. Te debo una.

—Ya me lo cobraré.

Mientras Gabriel se puso cómodo en uno de los tres dormitorios que tenía a su disposición, Jack no dejó de pensar en la idea de ver a Cora a diario. Había cambiado de ciudad por ella y la había superado. No era justo que el viejo fantasma de un amor imposible se colara de nuevo en su vida; aunque en ese momento su mente se dividiera entre la curiosidad por verla después de varios años y el temor a no ser capaz de resistirse sabiendo que ahora no tenían obstáculos.

Al día siguiente Gabriel fue a la Avenida Ámsterdam en un taxi, donde esperó a su madre para cenar en casa de Sean. En cuanto lo tuvo cerca, Elizabeth Durham Drake intentó fundirse en sus brazos; echaba mucho de menos a su hijo y durante el último mes no pudo quitárselo de la cabeza sabiendo que estaba solo y que la ruptura con Cora no tenía solución.

Durante el trayecto, Gabriel observó una belleza madura, serena después de sufrir demasiado por su padre, se la veía bien, parecía haber recobrado la vitalidad con la niña. Tenía la piel bronceada gracias a los baños de sol que le gustaba tomar en la terraza de su ático, el pelo cortado por la nuca, plagado de unas canas que la distinguían con la elegancia de saber asumir el paso del tiempo, y unos modales suaves que rara vez cambiaba. Sus ojos grises, heredados por él y Sean, brillaban igual que la plata e, incluso vestida con vaqueros y un jersey blanco de cuello alto, destilaba una clase que la ropa informal no ahuyentaba. Sin ninguna duda, su madre era una señora y siempre se comportó como tal, siempre; pese a unos años en los que John Drake no se lo puso nada fácil.

Después de una cena casera donde Elaine se lució como otra consumada cocinera, mientras llevó a Ophie a la habitación acompañada por Elizabeth, Gabriel y Sean hablaron de Claire. Su hermano mediano, dos años menor, era su mejor amigo, un consejero sensato y un excepcional abogado. Compartían algunos rasgos, el color de ojos y el del cabello, aunque Sean era un pelín más bajo, más corpulento, más informal y mucho más sociable. Ni algunas opiniones diferentes sobre su padre, en la época más triste que vivieron, que los posicionó enfrentados, hicieron mella en una unión forjada a base de amor incondicional y compañerismo, también compartido con Jack; algo que los tres hermanos llevaban a gala.

—Me alegro mucho por ti —dijo Sean con una sonrisa ligera, cogió una botella de whisky y sirvió dos vasos. Gabriel bebió un sorbo cuando su hermano añadió reflexivo—: Es curioso, pero, a veces, donde menos espera uno encuentra lo que necesita.

—Te gustará.

—Tráela para el cumpleaños de Ophie.

—Vivió aquí hace tiempo. —Gabriel habló bajando el tono—. Pero no quiere volver.

—¿Por qué?, todo el mundo quiere volver.

—Tuvo una mala experiencia.

La frialdad de esa voz intrigó al curioso abogado en derecho penal.

—¿Quieres contármelo?

—La violaron —susurró.

De repente la conversación se convirtió en un murmullo que garantizaba la confidencia.

—¿Aquí?

—Sí, hace diez años más o menos. No sé más. Ella no quiere hablar del tema ni volver, claro.

—Tiene que ser una pesadilla pasar por una experiencia así.

—Aún lo es. Me ha costado varias patadas en los huevos acercarme un poco.

Gabriel intentó bromear y no incidir en un tema que envenenaba su sangre.

—¿No os acostáis?

—No. Soy el primer hombre que la toca después de aquello. No sabes lo mal que llego a pasarlo, a veces es insoportable. No sé cómo hacer para controlarme. Cada vez que estamos cerca me ve como el violador y me hundo. —Gabriel se detuvo y bufó agobiado—. Lo llevo fatal.

—Deja que se acostumbre a ti. Ponte en su lugar, eso es una tortura.

—Lo sé —admitió sonriendo ligeramente—. Quiero estar con ella, Sean, me siento tranquilo. Es hogareña, divertida y tenemos los mismos gustos, pero a veces no sé si avanzamos o retrocedemos.

—Te has vuelto a enamorar.

—No —dijo serio—. Me he enamorado. Esto no es comparable a lo que viví con Cora. Claire es inteligente, muy guapa, he conocido poco a poco a una mujer que me hace sentir vivo, y no hemos tenido sexo hasta hace dos semanas.

—¿No dices que no?

—Hablo de besos y caricias; es amor, Sean.

—Estás muy colgado.

—Hemos estado juntos muchas horas, nos han dado para conocernos bien, aunque no sabe que no estoy divorciado.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Porque no sabía que iba a enamorarme de ella. El día que llegué me preguntaron si estaba casado y, de manera automática, dije que no. Luego ya no he encontrado el momento de explicárselo.

—Supongo que no le sentará bien si se entera antes de que lo estés.

—Me siento mal por no habérselo dicho.

—Tengo curiosidad por conocerla. ¿Cómo se apellida?

—Merritt.

Sean pensó en consultar la causa y veredicto del juicio que supuso vivió. Tenía buena memoria y no quería dejar pasar la oportunidad de saber más sobre la mujer que había elegido su hermano. Elizabeth y Elaine llegaron hablando sonrientes y se sentaron frente a ellos. Su cuñada también vestía vaqueros, pero aparte de un físico estilizado, una cabellera morena y ondulada que acaparaba la atención, uno de los rasgos más destacados de su carácter era la capacidad de comunicación, sin distinción, con todo tipo de personas y, sobre todo, con Sean; al que tenía más calado que una sandía.

—¿Por qué cuchicheáis? —preguntó Elaine.

—No queríamos hacer ruido —replicó Sean.

Sonriente, Elaine lo miró alzando las cejas, escudriñándolo con aquellos ojos oscuros que parecían adivinarlo todo y advertían la intención de someterlo pronto a un interrogatorio.

—He pensado hacerte una visita cuando estés en tu nueva casa —dijo Elizabeth.

—Como quieras. —Gabriel compartió una mirada cómplice con Sean, y Elaine controló todos los ojos grises que vio, tenía el salón lleno; sin embargo, había dos que conocía y no sabían mentir. Ajeno a las pesquisas de su cuñada, habló centrado en su madre—. No hay mucho que hacer, te lo advierto.

—Haré lo mismo que tú, no te preocupes por mí.

El gesto burlón de Sean no pasó inadvertido para Elaine, manejaba más información que ella; lo sabía.

—Estás con alguien —dijo convencida, mirando a Gabriel.

No quiso ocultarlo y sonrió contento.

—He conocido a una mujer, estamos en ello.

—¿En Terranova? —preguntó Elizabeth confundida.

—Sí, es la dueña de la residencia —dijo tranquilo, bebió de su vaso—. Se llama Claire.

—Creía que ibas a estar un tiempo solo, por eso quería ir a visitarte. Será mejor que no vaya.

—Haz lo que quieras, pero ya te lo he dicho, no hay mucho que ver. Ven mejor en mayo, Claire dice que la primavera es un espectáculo.

—Claire… —repitió Elizabeth—. No sé si aguantaré hasta mayo.

—Déjalos en paz, mamá —dijo Sean, guiñó un ojo a Gabriel y otra vez su gesto incrementó la curiosidad de Elaine—. Aquí estás mejor.

En cuanto se quedaron a solas, todos los intentos de Elaine

cayeron en saco roto. Sean no salió de lo que ya sabía sobre la nueva novia de Gabriel, sin traicionar su confianza; era una tumba guardando secretos.

Tras salir de la catedral el domingo por la mañana, donde Alexei pasó varias horas sentado en un banco abstraído en la contemplación de una arquitectura gótica incomparable a la majestuosidad que vio durante su juventud en Europa, caminó por la acera del Boreal pendiente a cualquier movimiento en alguna de las ventanas. Las mismas que diseñó basándose en el gusto de Charles por el art-nouveau. Esa casa tenía tanto de él que llegaba a considerarla suya. Dobló la esquina sin dejar de pensar en que Claire estaría sola hasta el regreso del director del banco o hasta que sus guardianas entraran al día siguiente a trabajar. Se montó en la camioneta, pero no arrancó el motor. Detestaba que esa mujer joven y preciosa no tuviera la apacible vida que Charles pretendió para sus descendientes, sin contar con el odio visceral que sentía cuando recordaba la tragedia de Nueva York, que por fortuna no acabó en otra desgracia, aunque le supuso aceptar una condición con la capacidad de partirle el alma por tercera vez en sus más de ochenta años vividos.

Por la noche, en el sillón de su habitación en la planta baja, Claire leía, desconcentrada a menudo imaginando a Gabriel recorrer esos íntimos rincones. Lo vio trabajando en el secretaire, buscando ropa en el armario o durmiendo desnudo en su cama. Con ese pensamiento cerró el libro y subió las piernas al sillón. A esa hora no se veía el jardín por los ventanales, solo la magia blanca de unos copos que llegaban, se arremolinaban en sinuosas estelas y desaparecían por el fuerte viento que azotaba sin tregua. Esa observación, estando bajo el cálido cobijo del fuego de la chimenea, la adormeció relajada.

De repente, el sonido del timbre la sobresaltó, se colocó la bata y atravesó rápido el pasillo hasta el vestíbulo. Con el corazón latiendo acelerado, llegó impaciente a la puerta y, al abrirla, casi se le para delante del hombre que llenaba su vida de ilusión.

—Hola —dijo Gabriel con una sonrisa radiante, un gesto divertido y la cabeza llena de nieve. Estrechó en sus brazos a Claire, la besó despacio y, entusiasmado por el recibimiento, exploró con cautela una boca que parecía tener más apetito del que recordaba. Después de dejar la trolley en un rincón y colgar el abrigo en el perchero, fueron al salón de la mano—. Te he echado mucho de menos. Me he acostumbrado a nuestras charlas y no soy capaz de

dormir.

Sintiendo confianza, Claire le acarició el rostro y lo besó con más devoción que pericia. Saboreó a Gabriel, necesitaba ese aroma y a él.

—¿Quieres cenar?

—No.

—¿Una copa?

—Sí, por favor.

Se sentaron donde siempre, y, como era normal, Gabriel atizó el fuego antes de servir el vino. Claire cogió la copa y colocó las piernas bajo las nalgas.

—¿Cómo está tu familia?

—Muy bien, tienen ganas de conocerte.

—¿Les has hablado de mí?

—No mucho, pero saben que estamos saliendo. —Acarició su muslo, mirándola con la cabeza inclinada—. Mi madre quiere venir. No te extrañe que cualquier día se presente sin avisar, está intrigada y eso no es bueno.

—Seguro que me gustará. —Con una sonrisa tibia, Claire puso la mano encima de la suya—. Debió ser duro para ella el divorcio, ¿no? Supongo que ver a tu padre con una mujer mucho más joven sería un mal trago.

—Sí, lo pasó fatal.

—¿En estos años no ha conocido a nadie?

—No. A veces creo que no ha olvidado a mi padre.

—Es una lástima. ¿Cuándo quería venir?

—Ya, pero lo ha aplazado.

—Si quieres se puede alojar aquí, seguimos solos.

—¿Mi madre y tú juntas? Ni loco.

Gabriel bebió sonriendo, observándola, esperando.

—No seas mal pensado. ¿Qué va a contarme de ti que no sepa? Me has contado toda tu vida —comentó jocosa. Gabriel tensó las mandíbulas, incómodo con la incertidumbre rondando por su cabeza. Claire notó el cambio y preguntó—. ¿Qué pasa?

De pronto la cara de Gabriel se acercó a la suya y la besó abriéndole la boca con seguridad. Por instinto, Claire le devolvió el beso descubriendo y explorando para emborracharse en una adictiva fragancia. Llenó el olfato de ese olor masculino igual que las manos no se cansaban de calmar al tacto con su piel. Todo el cuerpo le pedía más fuerza e intensidad mientras el beso los consumía. Dejaron las sutilezas y abandonaron el tiempo; ahí eran las dos únicas personas del mundo; ahí no hubo terror ni gritos; ahí solo existió el mayor

placer que un hombre y una mujer podían compartir entre breves gemidos y unas caricias de todo menos dolorosas. Gabriel se volvió más audaz y exigente, le sujetó la cara y solo pensó en fundirse con ella hasta que regresó a la realidad.

—Tenemos que parar —susurró ronco—, y no me apetece…

Hipnotizada por sus ojos, que la conocían y la recorrían amorosamente, Claire parpadeó y sonrió al levantarse con la mano extendida.

—Vamos al dormitorio.

—¿Estás segura?

Un frenético hormigueo recorría su sangre para que ardiera; estaba muy segura. En cuanto Gabriel le cedió el paso y cerró la puerta, Claire entró en el baño con parte del arrojo perdido, en cambio, se mentalizó para intentarlo; si no era con él jamás conseguiría saber qué era el sexo consentido y con sentimientos; aunque se desnudó sin saber cómo comportarse, incluso se amargó por no tener experiencia; no quería que se arrepintiera.

Tras avivar la chimenea, pensando en no asustarla, Gabriel se quitó toda la ropa menos los bóxers. No pudo moverse cuando salió y la contempló iluminada solo por las tenues llamas.

—Ven —susurró Gabriel—. Eres lo más bonito que he visto nunca.

Avanzó nerviosa, muy despacio.

—Tú eres perfecto.

Gabriel le acarició la cara, el cuello y se detuvo en los senos con suavidad, sin apabullar. Para Claire era un dulce tormento incomparable con nada; la hacía feliz. Más viva que nunca respirando su aliento, le tocó el pecho salpicado de vello, contenta por fin al sentirlo bajo los dedos.

—Deja que te haga el amor.

Claire sintió el tono de esa voz grave resonando en la piel y se aferró a su cuello con ansia. En cuanto dejó libre la erección, que saltó vibrante para rozarse contra ella, solo quiso continuar; más, con Gabriel siempre a más. La tumbó en la mullida alfombra frente a un fuego cálido y abrasador, quemando por fin una sarta de nefastos recuerdos. Allí delante, Claire esparcía el dolor como cenizas diluidas por un viento huracanado. Eran deseo puro y se entrelazaron con violencia, sin miedo. Unas piernas largas se confundieron entre las suyas, sin dolor, unos brazos musculosos la apretaban y una lengua juguetona lamía sus pezones, sin prisas; todo llenándola de excitante masculinidad, deseable y, sobre todo, aceptada.

Gabriel deslizó la mano por el sexo de Claire, pero notó cómo

se paralizó conteniendo la respiración.

—Claire, cariño, mírame —susurró. No quería ni por un instante que reviviera aquella humillación—. Estoy temblando por ti. Te necesito, por favor.

El amor que sentía por él brotó instantáneo, abrió los ojos y se iluminó con esa magia invernal que la había enamorado noche tras noche. Se aferró a sus hombros, y Gabriel sucumbió en el acto intentando no dejarse arrastrar por la velocidad que necesitaba. La besó despacio, siendo tierno, pero los días de abstinencia y un deseo primitivo borraron su acostumbrado control. Acarició unos pechos voluptuosos con el tamaño apropiado a sus manos, los besó y amó rendido. Luego, sacó la lengua y volvió a saborear un pezón para soplarle encima y contemplarlo embelesado. Repartió besitos por toda la cara de Claire, despistándola mientras alineaba sus cuerpos. Le separó las piernas, sintió sus muslos rodeándole las caderas y dejó escapar un profundo gemido cuando la penetró despacio, empujó con suavidad.

—¿Estás bien?

No pudo responder, Claire se limitó a apretarle las nalgas, animándolo a continuar. Confiado, se movió sobre ella cada vez más profundo, con potentes embestidas que la mecían entre susurros entrecortados y apasionados besos. Fue una comunión perfecta, acoplados en una exhibición de ternura con unas sensaciones totalmente opuestas a la turbia agonía que la martirizó durante años.

Las lágrimas quemaron los párpados de Claire y chorrearon por sus mejillas tras un viaje desde el miedo a la fascinación. Ese hombre estaba llevándola al cielo; volando con ella, siendo generoso y murmurándole constantemente palabras cariñosas.

—Claire, te hago daño —dijo Gabriel preocupado por esas lágrimas—.Voy a parar.

—No, por favor —rogó entrecortada, sonrió—. Sigue, no me duele.

Con esa confirmación se abandonaron al placer, al éxtasis de una noche boreal donde estallaron entre verdes brillantes, violetas y unos azules pálidos que inundaron aquel cielo oscuro e infinito.

—¡Gabriel!

—Cariño, no llores —susurró mientras recorrió con la vista un rastro húmedo que se deslizaba hasta su boca y enjugó con la lengua. Claire cerró los ojos y notó sus labios en un roce suave. Gabriel se apartó, la movió girándola hacia él y acarició su espalda, indefenso ante la magnitud de una pasión desconocida—. No sabes lo que significa para mí, por favor, no más lágrimas.

—Gracias. —Claire levantó las cortinas oscuras que ocultaban dos esmeraldas relucientes, mirándolo satisfecha—. Ha sido maravilloso.

—Como tú. No te vayas a la buhardilla, duerme conmigo.

—¿Quieres que me quede?

Una sonrisa se abrió feliz en la cara de Gabriel y sus manos le hicieron cosquillas en la cintura, provocando unas sonoras carcajadas que amplificaron la alegría de un momento muy ansiado por los dos. Entre arrumacos juguetones pasaron varios minutos frente al fuego, llegaron a la cama y, sin timidez, Claire le recorrió el cuerpo hasta que Gabriel guió una mano aventurera a sus genitales. Le mostró con descaro cómo tocarlo, dándole seguridad con los movimientos. Se resarcieron del tiempo perdido convertidos en fantasía, practicando con fervor un acto que a ella la convertía en una curiosa hada que había encontrado el elixir mágico contra sus malditos temores.

Cuando se durmió Claire, Gabriel pasó un rato deslumbrado por su belleza, sintiendo que la amaba profundamente. Le recorrió un escalofrío imaginándola a merced de su agresor; no iba a permitir que nadie volviera a asustarla; merecía ese descanso relajado libre de pesadillas, cobijada entre sus brazos. Se encargaría de hacerla olvidar, estaría a su lado para verla soñar y amanecer junto a él. Si tenía que trasladarse ahí de manera definitiva, estaba dispuesto a hacerlo; todo por esa mujer que iba a formar parte de su vida.

El día siguiente amaneció celeste y despejado, igual que Claire cuando abrió los ojos con el aliento cálido de Gabriel en el cuello, empezaba otra etapa tan brillante y clara como las emociones que él consiguió destaparle. Se levantó cuidadosa, sin querer despertarlo. Aunque sabía que debía ir a trabajar; era más interesante verlo dormir con ese cuerpo desnudo y dominante que la sacó de un letargo al que no pensaba volver. Después de ponerse un camisón blanco, se sentó en el sillón y lo contempló sereno. Su pecho, que no se cansó de tocar por la noche, se movía con un ritmo sosegado, se giró y uno de sus brazos la buscó en sueños. Claire sonrió muy feliz, rodeándose las piernas con los brazos; amaba a ese hombre.

Gabriel abrió un ojo manteniéndolo entrecerrado, un molesto rayo de luz blanca no le dejó otra opción para ver delante del ventanal el cuerpo de una mujer acurrucada sobre las piernas, la misma persona con quien había pasado la mejor noche de su vida, esa que sonrió radiante al verlo y demostró con su presencia que no seguía soñando.

—Hola.

La voz de Gabriel fue un murmullo ronco, una invitación para Claire. Se levantó y el camisón filtró la claridad, dejando visible el contorno de unas curvas sinuosas que endurecieron a Gabriel de forma automática. Sentado en la cama mientras Claire miraba sonriendo una erección matutina nada desdeñable, cogió el edredón estirándolo entre las piernas para mantener algo de decoro; aunque de todos modos la elevación se veía.

—Buenos días.

—Acércate más.

Con un brillo alegre en la mirada, se subió en la cama y se arrodilló a su lado. Gabriel la recorrió con ojos adormilados y fue perdiendo nitidez cuando Claire inclinó la cabeza y lo besó en los labios. Tenían que comprobar si la magia seguía funcionando. Dos lenguas satisfechas se desearon e iniciaron un movimiento lento que los llevó a abrazarse con fuerza. Claire terminó sentada encima de él, recibiendo caricias y más ternura de la que podía imaginar.

—¿Estás bien? —preguntó Gabriel, sujetándole la barbilla.

—Sí —susurró sin apartar los ojos de los suyos—. Me gustaría estar todo el día así.

—Hecho.

Claire rió encantada.

—Me temo, señor Drake, que no va a ser posible. Eloise y Ethel han llegado.

—¿Salgo de aquí como si nada?

—Ni idea, pero va a ser difícil pasar inadvertidos.

Cómo si supiera que estaban hablando de ella, Eloise llamó a la puerta del dormitorio. Claire se mordió el labio mirando atentamente a Gabriel, que saltó de la cama y se encerró en el baño.

—Buenos días, ¿no piensas desayunar? —Eloise entró decidida, pero al instante se detuvo con los ojos abiertos de par en par; no supo mantener la boca cerrada para prevenir que las mandíbulas casi llegaran al suelo—. Tú por aquí… —dijo con sorna, sonriendo cruzó los brazos y se acercó a la cama—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿El usuario habitual de este dormitorio? —preguntó con ironía.

—Es el mío —admitió sonriendo—, no lo olvides, y creo que está en la ducha.

—¿Y va a volver a ponerse esa ropa?

Eloise giró la cabeza hacia un montón de prendas apiladas en el suelo y se fijó con atención en una camisa azul y unos vaqueros CK,

viejos conocidos suyos.

—Supongo.

—Tiene que estar muy mal.

Claire hizo un gesto despreocupado y Eloise salió del dormitorio con la impaciencia de llegar a la cocina y contarle a Ethel ese gran descubrimiento.

Minutos después, Gabriel reapareció con una toalla en las caderas y, cómo había adivinado Eloise, encogió la nariz mientras recogía la ropa.

Cuando estuvieron presentables fueron juntos a la cocina. Ethel mantuvo un discreto silencio, no acompañado por el seguimiento constante de sus ojos. Más tarde, Gabriel se fue al banco y las dos mujeres empezaron a alabarlo sin tregua, ignorando que a Claire ya nada podía influenciarla porque había claudicado a su amor.

NUEVE

San Juan de Terranova, 16-4-12
Terranova y Labrador, Canadá

A mediados de abril Gabriel atravesaba uno de los peores momentos desde que llegó por el estancamiento en las negociaciones a la espera de dos informes vitales para el banco; uno, sobre las conclusiones de una empresa especializada en geología marina que les había advertido de las consecuencias negativas para el entorno; y el otro, sobre la solvencia de los inversores extranjeros que participarían en la explotación. Pasó horas reunido con Robert atendiendo videoconferencias con los compañeros de Toronto y se vio obligado a volver a cancelar el divorcio, a pesar de que Jack le asignó a Cora un puesto como asesora junior en la sede del Scotia en Nueva York, y de que ella lo llamaba a diario apremiándolo; no imaginó en ningún momento que estaba tan desesperada como él por conseguir una soltería ansiada.

Aquella mañana de lunes, Ethel y Claire comprobaban en la cocina las facturas de la compra y Eloise estaba con Luc en el jardín cuando sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Ethel, poniéndose de pie.

—No.

Ethel fue hacia la puerta principal y abrió para encontrarse frente a frente con una mujer rubia de apariencia sofisticada y una edad parecida a la de Claire.

—Hola, estoy buscando a Gabriel Drake. Me han dicho que vive aquí.

—Sí, pero no está.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

Hablando con mucha corrección y una sonrisa amable, Cora aparentaba una seguridad que no tenía. Podía intuirse en unos ojos azules expectantes y unas manos que se reconfortaban animosas.

—Supongo que en su trabajo. Llámelo al móvil.

—Lo he intentado y no hay manera. He ido al banco antes de venir aquí.

Cora contrajo el gesto.

—Pues no sabría decirle. Estará en alguna reunión. ¿Quiere que le deje algún recado?

—Voy a seguir buscándolo, pero si lo ve, dígale que Cora ha

venido a verlo.

—Cora —repitió Ethel.

—Sí, Cordelia. Espero que se acuerde de mí —dijo sonriendo —, soy su mujer.

Inmóvil, Ethel palideció al escucharla. Reaccionó moviendo la cabeza con un mudo «sí» y, en cuanto Cora dio la vuelta, parpadeó varias veces muy despacio, controlando la respiración. Luego, se apoyó en el interior de la puerta para toparse con una imagen que habría preferido no ver nunca, al menos no tan pronto: la decepción inundando de lágrimas unos ojos verdes desolados.

Al momento, subió Claire corriendo a la buhardilla y se tiró en la cama sin latidos en el corazón mientras su castillo de cristal se desmoronaba encima de ella, en mil pedazos, destrozados en un solo segundo. Ethel entró detrás y se sentó en el borde, como hubiese hecho Grace. Le acarició el pelo y le dejó el desahogo de llorar unos minutos.

—Seguro que hay una explicación.

Claire tenía la respiración entrecortada, sorbió por la nariz y se incorporó dejando que la tristeza se convirtiera en furia.

—Ha llegado y ha querido vivir sin ataduras.

—No parece ese tipo de hombre.

—No sé qué parece, lo único que sé es que me ha mentido.

—Deja que se explique.

—Por supuesto. Me debe una gran explicación y va a tener que ser muy convincente porque no estoy predispuesta a creerlo.

—No te cierres en banda. A veces las personas decimos cosas sin tener en cuenta las consecuencias.

—Defiéndelo si quieres, pero creo que ha venido aquí a trabajar unos meses y estando soltero lo tenía más fácil para aprovechar la coyuntura.

—No creo que lo tenga difícil de ninguna manera. Habla con él antes de darle más vueltas.

—Claro, ¿qué vueltas voy a darle? —preguntó llena de ironía —. Soy la imbécil que se ha enamorado de un hombre casado. Imbécil no, gilipollas.

—No te calientes, por favor. No quiero verte así. No sé por qué nos dijo que no estaba casado y quiero confiar en él. Me extraña mucho, parece un hombre serio.

—Te lo he dicho muchas veces, no deberíamos habernos fiados de él; las apariencias engañan. Encima hemos sido idiotas, nos hemos volcado. Debe haberse reído a gusto.

—No empieces, Claire —dijo con paciencia y una mirada

seria—. Sabes que tratamos a todos los clientes igual, no íbamos a hacer una excepción con él; recuerda lo que está pagando.

—Yo sí he hecho una excepción.

—Lo sé. Anímate, seguro que tiene una buena explicación.

—¿Tú crees? Me da igual, no voy a confiar en él.

—Inténtalo, Claire, te he visto feliz. Me he acordado de tu madre, le habría gustado Gabriel.

Ante esa verdad, Claire volvió a sollozar desconsolada, pese a saber, al igual que Ethel, que Grace jamás habría tolerado una relación con un hombre casado. Mientras se compadecía de sí misma, Ethel revivió al matrimonio Merritt charlando en la cocina, bromeando, como hacían ellos. Comprendía que no era una situación justa para Claire, aunque confiaba en la explicación que necesitaban oír de Gabriel, ya que lo tenía en muy alta consideración y no contemplaba ese engaño.

Poco después, Gabriel llegó al banco tras una reunión con varios directivos de ExxonMobil, emocionados por los resultados halagüeños en los pozos efectuados para el proyecto de la *Deep Ocean*. No parecía importarles los sesenta millones de dólares que costó cada uno de los cinco pozos. Solo le bombardearon con cifras aún por confirmar para generarle interés. Al entrar en el despacho se vio abordado por Cora, que le colocó los papeles en la mesa, un bolígrafo en la mano y, esperando que leyera concentrado, impaciente, se mordió los labios a escasos segundos de acabar su calvario. Firmaron el acuerdo y luego la acompañó al Sheraton. La actitud cordial de Cora consiguió impresionarlo, pero no se dejó llevar por la felicidad y no le contó nada de Claire.

Entraron en la cafetería y se sentaron en una mesa apartada de los pocos clientes que esperaban el almuerzo. Pidieron dos cervezas y hablaron como nunca lo habían hecho durante los cinco años que estuvieron casados.

—Espero que seas feliz en Nueva York.

—Lo intentaré. Lo mismo te digo, donde decidas instalarte —comentó Cora radiante. Tenía un brillo azul en la mirada que no podía controlar desde la llamada de Jack para ofrecerle el trabajo. Escucharlo guardándole rencor dolió bastante, pero intuyó que tampoco la habría olvidado si aún no había perdonado que no dejara a su hermano por él. Cora necesitaba la oportunidad que por no herir a Gabriel ni ella ni Jack, por muy agraviado que se sintiera, quisieron afrontar; era su momento. Jack Drake iba a verse obligado a mentirle

en la cara, ya no valía huir. Manteniendo el tono amigable, intrigada por su vida en una ciudad pequeña con pocos alicientes, preguntó—. ¿No te aburres?

—No tengo tiempo.

—¿Hasta cuándo estarás aquí?

—No lo sé, a lo mejor me quedo.

—¿En serio? —Cora frunció el ceño y preguntó con ironía—. ¿Dónde vas a comprarte la ropa?

—Viajo, no es problema.

—Estás raro. Hacía tiempo que no te veía sonreír.

Recordando a Claire, Gabriel bajó la mirada, cogió la jarra y bebió.

—Tú también.

—Ahora, si llegas a verme antes de encontrarte te aseguro que no pensarías lo mismo. Por cierto, la casa es preciosa.

—¿La casa? —preguntó torciendo el gesto—. ¿Qué casa?

—Donde vives, es muy bonita.

—¿Cuándo has estado?

La mente analítica de Gabriel empezó a procesar y a evaluar riesgos.

—Después de ir a primera hora al banco.

—¿Quién te ha abierto?

—Una señora muy agradable.

—¿Ojos azules, con gafas?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. —El latido de Gabriel mejoró el ritmo y respiró aliviado; Ethel no se lo diría a Claire, estaba convencido, nunca le haría daño y esa visita tenía muchas probabilidades de hacérselo—. ¿Le dijiste quien eras?

—Claro.

Disimulando la inquietud, Gabriel preguntó:

—¿Qué hay en Nueva York?

—No lo sé. —Cora movió los hombros despreocupada, sin intención de decirle la verdad, sonrió—. Pero siento que debo ir.

—Prefiero esta calma. No sé cómo Jack soporta estar todo el día de fiesta y luego trabajar diez horas. No hay cuerpo que lo resista mucho tiempo.

—Él sabrá.

A Cora no le interesaba esa parte de la vida de Jack.

—Espero que no tengáis problemas. Recuerda que te ha dado un empleo. Mantén la boca cerrada porque no quería hacerme el favor.

—Descuida —dijo sonriendo un poco cínica—. No creo que estemos cerca.

—No sé por qué siempre os habéis llevado tan mal. Es algo que nunca entenderé.

Con una mueca indiferente, Cora trató de obviarlo y no añadió nada. ¿Qué podía decirle?, ¿que se enamoraron un año después de casarse con él?, no; era preferible que siguiera en la ignorancia. No se podía explicar que personas sin nada en común tuvieran una conexión tan inmediata. No entendería que esa animadversión escondía una pasión arrolladora que un día probaron para luego arder en un infierno de remordimientos. Jack huyó sin mirar atrás y la dejó viviendo una mentira que la convirtió en la persona frívola que todos veían, sin llegar a ver a la mujer frustrada que vivía con el hombre equivocado, igual de infeliz que ella.

De pronto el rostro de Gabriel se endureció cuando vio entrar a Cybill con un hombre, los dos con ropa formal y unos maletines en las manos, indicando el carácter laboral del encuentro. Cybill sonrió al verlo, intercambió unas palabras con el hombre y se acercó sola. Correspondió a la mano que Gabriel le tendió de pie, junto a la mesa, bajo la observadora mirada de Cora, que no perdía detalle de los movimientos coquetos de esa desconocida.

—Me alegro de verte —dijo Cybill—. Ya no estás alojado aquí, pregunté por ti cuando llegué.

—No, hace varios meses que me fui por mi cuenta.

—Estaré hasta el viernes. Si quieres, llámame.

—Disculpa —dijo Cora, se levantó y dejó la servilleta con parsimonia en la mesa—. Hola, soy Cordelia Drake, encantada.

Le dio la mano apretando con más fuerza de la necesaria.

—Igualmente, Cybill Parker.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Cora.

—No, de vez en cuando por motivos profesionales.

—Yo es la primera vez que vengo y si no es por mi marido, no creo que me hubiese planteado venir.

Cora cumplió su objetivo al ver la palidez repentina en la cara de Cybill Parker o la pérdida fulminante de una expresión demasiado alegre.

—Tengo que irme —dijo Cybill, impresionada y enfadada por la ilusión absurda que imaginó si volvían a encontrarse, encima, no podía reprocharle nada—. Ha sido un placer conocerte, Cordelia —Mostró una sonrisa tibia a Gabriel y añadió—: Cuídate, adiós.

En cuanto Cybill desapareció, Cora sonrió sin pizca de arrepentimiento.

—Creo que te he fastidiado el plan con esa.

—No, me has hecho un favor, gracias.

—¿Cómo lo aguantas?

—¿Qué?

—La soledad.

—¿Y tú? —preguntó risueño.

—¿Quién ha dicho que estoy sola? —dijo de buen humor.

—¿Estás con alguien?

—No —respondió rápido—. Tú sí. Y no lo niegues, te conozco —dijo Cora insinuando una sonrisa comprensiva. Gabriel alzó la vista con lentitud y no le hicieron falta palabras. La plata estaba apresando en una esfera brillante a unos azules oscuros tan profundos como el océano de esas costas alejadas y salvajes—. Vamos…, Gabe, ya estamos divorciados, podemos ser amigos.

—Estamos conociéndonos.

—¿Es la de las fotos?

—No. —Al ver una mirada incrédula, añadió—: Bueno, sí, pero cuando se hicieron las fotos no había nada entre nosotros.

—No me importa, tú y yo llevábamos separados mucho tiempo.

—Gracias por entrar en razón, no quería terminar odiándote.

—Ni yo. —Cora le tocó la mano con cariño. Tenía razón, merecían acabar con elegancia y tratar de mantener una relación cordial. Otra cosa sería su reacción si Jack y ella conseguían resolver sus diferencias o lo que hubiese entre ellos—. Tuvimos un año muy bueno. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Gracias por el empleo, intentaré hacerlo lo mejor posible.

—Más te vale.

Minutos más tarde, Gabriel cogió la trolley de Cora y salieron hacia el Mercedes todoterreno que el banco puso a su disposición cuando le quitaron la escayola. Guardando el equipaje en el maletero, vio aproximarse a Claire con Luc en el Bronco. Desconocía que ella salió de la casa para preservar una integridad mental bajo mínimos, para seguir con la rutina y concederle tiempo a un cabreo que si no controlaba mostraría la peor versión de un carácter tan volátil como un gas tóxico. Gabriel la saludó con la mano, pero Claire giró la cabeza al fijarse en Cora sentada en el asiento del copiloto; una pésima señal.

Aparcó junto a la entrada del banco y permaneció quieta en

la acera mientras ellos circularon por delante. Verlo con otra fue un revulsivo para la indignación que dominaba su mente; la misma que se cebó mandándole todas las imágenes que recordaba de los dos felices.

Cuando entró Claire en la sucursal con Luc, William los recibió con un entusiasmo incrementado por el jolgorio local ante el encuentro de hockey que podía posicionar al *St. John´s Team* en los lugares más altos de la liga.

—¿Vais a ir al partido?

—Si nos regalas las entradas, sí —replicó Claire.

—Estáis de suerte, nos han dado unas cuantas.

—Con dos tenemos suficiente —comentó Luc.

—¿Qué os trae por aquí?

—Tengo que hablar con Jim. Estoy pensando en crear una sociedad independiente de la residencia.

—El señor Drake te podría asesorar mejor.

William y todos conocían la relación que mantenían. Pese a su discreción, en San Juan ella era conocida por ser la nieta de Charles Merritt y Gabriel por ser la novedad que no pasaba desapercibida.

—Está muy liado para estas pequeñeces, dile a Jim que me llame cuando pueda.

—Vale. Nos vemos luego, a las seis en la puerta principal.

Antes de la hora, Claire y Luc aparcaron en los alrededores del estadio donde iban a jugar contra los *Electric Blades*, unas fieras difíciles de batir. Los minutos que tardaron en encontrar un hueco habrían sido inauditos en cualquier otro encuentro, pero ese evento deportivo nadie quiso perdérselo.

Sin éxito, Gabriel durante el transcurso del día la llamó varias veces. Luego, cuando se enteró por William de que iría al partido, le insistió a Robert para que lo acompañara.

Entraron tras un gol del SJT, con una muestra de euforia ensordecedora por parte del público, localizaron rápido a William sentado con Jim, Luc y Claire, pero Gabriel andaba concentrado en una mirada verde despectiva que sugería el descubrimiento de su matrimonio, y se dispersó sin reparar en que Cybill estaba en la misma fila.

—Gabriel, qué sorpresa —dijo Cybill alegre, se levantó bloqueándole el paso y le dio dos besos en las mejillas. Al verlo sin Cordelia, creyó que la visita conyugal había finalizado—. No me has llamado.

—He estado muy liado —dijo seco. Robert le tocó el hombro sonriendo y se hicieron a un lado para que pudiera sentarse con sus compañeros. Gabriel, que notaba varios pares de ojos clavados en ellos, se molestó porque Cybill llamaba demasiado la atención con un vestido negro ceñido y los labios pintados de rojo sangre, incluida la de Claire, que los vigilaba disimuladamente. No pretendía aumentar un enfado innegable y cortó por lo sano—. Nos vemos, adiós.

Cybill volvió a besarlo en la mejilla y susurró en su oído:

—No te arrepentirás.

Con una sonrisa forzada, Gabriel se alejó y se sentó en el asiento que Robert había dejado libre entre el suyo y el de Claire.

—Hola a todos —dijo Gabriel, giró la cabeza para besar a Claire en la mejilla, pero lo esquivó con un gesto brusco y una mirada tormentosa. Sin ninguna escena, obvió ese genio y preguntó casual—. ¿Cómo vais?

—Perdiendo —respondió Claire, atenta al juego—. Como siempre.

—Queda mucho —comentó pensativo, inclinó el cuerpo hacia delante y apoyó los codos en las piernas.

—¿Quién era esa?

—Una chica que conocí en el hotel. Cenamos juntos una noche.

—Es muy guapa.

—Tú más.

—¿Y la del coche?

—Una compañera. La he llevado al aeropuerto.

—Parecíais amigos —dijo con cinismo.

—Nos conocemos desde hace mucho.

—Mentiroso —murmuró.

Con las mandíbulas a punto de estallar, Gabriel, consciente de un público cercano más atento a esa conversación que al partido, fijó la vista en un vendedor de refrescos y se volvió hacia Claire:

—¿Quieres tomar algo?

—No.

—Después hablamos.

Apenas se esforzó Claire en concentrar los ojos en la pista cuando su mente empezó a martirizarla con unas ideas frustrantes. «Si estaba casado y no era capaz de reconocerlo, ¿quién era ella en su vida?» Le había dicho bonitas palabras, siempre en el momento adecuado, pero no la verdad y no podía hacer nada porque tampoco había sido del todo sincera. Supuso que las mujeres no le pondrían ningún obstáculo y con ella todo serían problemas, más si cabe

cuando supiera que aquel desastroso día fue la víctima, pero no quien más perdió.

Con los ánimos exaltados por la euforia del resultado, sus amigos trataron de arrastrarlos a una improvisada celebración sin entender las expresiones amargadas de sus rostros. Claire se despidió de Luc y no esperó a nadie para montarse en el coche. En cuanto llegó Gabriel corriendo, pisó el acelerador y lo dejó plantado en mitad del aparcamiento.

Pocos minutos después, la adelantó con el Mercedes y la esperó en la puerta de la casa, aguantando un humor de perros que intentó suavizar al verla otra vez.

—Tengo que decirte algo.

—No quiero hablar. —Introdujo la llave en la cerradura—. Estoy muy cansada.

—Me da igual —replicó obstinado, la sujetó de la mano y la guió a su sitio en el salón, el sillón que nunca le dejaba—. Vamos a hablar quieras o no —dijo rotundo. Gabriel se apartó y salió rápido para coger de la cocina una botella de vino tinto y dos copas limpias. De malos modos las sirvió al volver. Claire sujetó la suya, pero no bebió; a diferencia de él, que le dio un buen trago, se metió una mano en el bolsillo del pantalón y, mirándola de frente, dijo—: Cuando nos conocimos, te mentí, estaba casado —explicó observando la tristeza de unos ojos sin brillo. Claire se levantó dejando la copa en la mesa, pero Gabriel no quiso permitirle huir y la sujetó por la cintura sorteando unos manotazos agresivos para zafarse de sus brazos—. Escúchame, por favor, estaba.

Claire lo miró con rabia y levantó la mano con intención de abofetearlo, aunque no llegó a hacerlo gracias a los reflejos de Gabriel para agarrarle con fuerza la muñeca.

—¡Suéltame! —Volvió a moverse nerviosa—. ¡Ahora mismo!

Gabriel se limitó a contenerla.

—Escúchame primero.

Sin poder controlar el ritmo infernal de la respiración, Claire exclamó:

—¡Déjame!

—Vas a escucharme quieras o no.

Las palabras lentas de Gabriel sonaron a amenaza, sin gritos pero igual de atemorizantes. Tiró con brusquedad de su brazo y se sentó con ella en las piernas. Los ojos de Claire perdieron la visión, dejó de estar encima de Gabriel y jadeó buscando aire, necesitaba

llenar los pulmones, no podía respirar. Volvió a sentir aquel peso encima del cuerpo, el sudor bañándola y un olor repulsivo que creía haber olvidado. Escuchó susurros cada vez más lejanos mientras un telón negro le tapaba la visión hasta dejarla inconsciente sobre el pecho de Gabriel, que se levantó de un brinco y la llevó corriendo a la cama donde la tumbó, desesperado por ser el responsable de esa reacción. Cogió del baño una toalla y, después de empaparla en agua fría, se la pasó por la cara.

—Cariño, por favor, despierta —rogó nervioso, dándole rápidos toquecitos con la toalla. Claire movió la cabeza al sentir la incómoda humedad—. Cariño, ¿cómo estás?

—No sé qué me ha pasado.

—Te has desmayado, lo siento mucho —dijo lleno de amargura. Se tendió junto a ella y la abrazó con fuerza, percibiendo con claridad cómo tiritaba contra su cuerpo—. He firmado el divorcio esta mañana. La mujer del coche era Cora, mi exmujer, cuando llegué ya estábamos negociando el acuerdo.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque cada vez se me hacía más complicado. No quería que nos enfadásemos. Perdóname.

—He estado saliendo con un hombre casado…

—No.

—Sí, legalmente, sí.

—Me da igual. Ya no lo estoy y nunca me he sentido casado estando contigo. Solo estoy contigo ¿entiendes? No vuelvas a asustarme de esta manera.

—Me siento tonta. —A Claire le falló la voz, no el sostén firme de los brazos de Gabriel. Necesitaba creer en un futuro tranquilo, disfrutando de ese amor inesperado capaz de romper las cadenas que la habían atado a un árbol viejo, oscuro, que el tiempo no derribaba—. No sé qué pensar.

Viendo la lágrima solitaria que Claire no pudo reprimir, Gabriel tomó una decisión, creyendo que sería positivo para ella.

—Piensa en nosotros, por favor —dijo, secándole la cara con las manos—. No quiero agobiarte, me iré mañana.

—¿Adónde? —susurró.

—No lo sé, ya encontraré algo. Vamos a tomarnos las cosas con calma.

—Como quieras —admitió con docilidad.

Agotada por el cansancio, sintiendo unas ligeras caricias en la espalda que la tranquilizaron, Claire se durmió abrazada a Gabriel, que intentó protegerla de las pesadillas mientras contempló durante

horas el techo. El remolino de pensamientos que machacó su cerebro consiguió provocarle un dolor de cabeza punzante. Hasta que no se levantó para tomarse una pastilla no pudo conciliar un sueño tan plácido como el de su novia.

DIEZ

San Juan de Terranova, 17-4-12
Terranova y Labrador, Canadá

Gabriel se despertó al día siguiente tarde, sin compañía en la cama. Después de ducharse, sacó las prendas del armario, las colocó en la maleta y, al terminar, pasó un rato sentado en el sillón ensimismado en ese lugar acogedor y femenino, donde ya no se veía la nieve tras el ventanal, solo verde y los colores que traía la primavera. Se vistió con un traje oscuro, cogió el equipaje, que llevó al vestíbulo, y entró en la cocina. Echaría de menos las comidas de Ethel, los aromas que despertaban el placer de algunos de sus sentidos, pero, sobre todo, echaría de menos a las personas que lo acogieron, con quienes se sentía en familia. Con las manos en los bolsillos se apoyó en la mesa, observándola con una sonrisa.

Ethel, que sabía por su olor que estaba con ella, cogió una cuchara, la metió en la olla y, como solía hacer a veces, le dio a probar la sopa.

—Buenos días, ¿dónde está Claire? —dijo al verla acercarse con la cuchara de madera en una mano y la otra debajo como una barrera anti goteo. Abrió la boca y fue el primero en apreciar uno de los sabores que conseguía con maestría—. Perfecta.

Sonrió agradecida, se quitó las gafas y las limpió con la tela del delantal.

—Arriba con Elo, estaba esperándote para desayunar. ¿Dónde vas a comer ahora?

—En el banco.

—Vente aquí. Por lo que has pagado tienes comidas gratis durante años.

Gabriel esbozó una sonrisilla.

—Pensaríais que era imbécil.

—Más bien loco —dijo cariñosa, le tocó el brazo y añadió—, pero ha sido un placer tenerte aquí.

—Lo mismo digo, voy a echaros de menos.

Desde la puerta Claire los escuchó y entró de manera casual con el buen propósito de no hacer un drama de esa despedida.

—Buenos días.

Con Ethel delante, Claire no quiso saludar a Gabriel con otro beso de los muchos que soñó darle. Se dirigió a la cafetera, cogió una

taza y se giró hacia él:

—¿Café?

—Sí, por favor —dijo muy quieto sin quitar los ojos de un cuerpo lleno de vida con unas curvas que necesitaba tocar. Vestía unos leggins negros, una camiseta blanca y unas chanclas, sencilla y preciosa. Al momento, le colocó una taza delante y se sentó con la suya—. Gracias.

Desayunaron en un silencio que interrumpió Eloise cuando entró con dos camisas colgadas en perchas.

—Esto es lo último que quedaba.

—No te preocupes, me las llevaré otro día.

—¿Quién va a hacerte la colada?

Claire lo miró fijamente alzando las cejas.

—No sé —respondió despreocupado—. ¿Quieres seguir haciéndola tú? Un pajarito me ha dicho que debería tener la comida gratis, también se podría incluir la lavandería.

—¿Un pajarito? —preguntó Claire alternando una mirada burlona entre él y Ethel, que mantenía un gesto sorprendido mientras sonreía a su hermana—. Más bien será un búho curioso y metomentodo ¿verdad?

—No. —Gabriel sonrió con ironía—. Es alguien muy sensato a quien no le gustan los abusos.

—No sé de qué hablas —replicó torciendo los labios—. ¿Abusos?

—Sí —afirmó Gabriel, percibiendo el apoyo de las Friars, que no perdían compás del rifirrafe—. Y además con premeditación. ¿No vas a invitarme a la comida y a la lavandería?

—No, si te independizas tienes que hacerte cargo de tus cosas. ¿No te lo enseñó tu madre?

—Sí, claro, igual que me dijo que no me fiara nunca de una cara bonita.

—Gracias, pero no vas a convencerme. Si quieres comer y tener la ropa limpia, tendrás que pagar. Lo siento, son las normas de la casa.

—También podrías quedarte —añadió Eloise.

—No, prefiero el apartamento.

Claire endureció el rostro y no volvió a alzar los ojos hasta terminar, sin entender esa cabezonería por vivir solo; se sintió rechazada, aún sabiendo que era una decisión tomada antes de llegar y pospuesta por ella.

—Voy a ponerme el abrigo —dijo incómoda, levantándose—, y te acompaño.

Tras unos minutos, Gabriel guardó el equipaje en el maletero del coche y salieron hacia el centro del pueblo.

—Algún fin de semana podrías llevarme a hacer turismo, me han dicho que la zona de la Bahía Norte es muy bonita.

—En verano. Ahora es mejor no aventurarse mucho.

Gabriel la escuchó, pero no prestó atención concentrado en su próxima pregunta:

—El viernes tengo una reunión en Nueva York. Aprovecharé para ver a mi familia, estaré fuera una semana. ¿Quieres venirte conmigo?

—No.

Sonó dura; no volvería allí, era su límite infranqueable.

—Piénsatelo.

—De acuerdo.

No iba a empezar una discusión ni a entrar en aclaraciones dolorosas, su objetivo era olvidar y ahora que estaba haciéndolo no podía retroceder yendo al lugar testigo mudo de una vejación, humillación, violencia, agresión y…, su recuerdo seguía anulando la peor parte, pero pronto debería afrontar con Gabriel una explicación que no estaba preparada para dar. El día se vislumbraba largo y todavía quedaban muchas horas para que terminase; demasiado tiempo para la tristeza.

A pocos metros de la entrada del Scotia, Gabriel aparcó el todoterreno. Claire cogió las camisas y él acarreó el resto del equipaje. Se detuvo en la puerta del edificio Gainst, uno de los últimos que habían construido. Era moderno; tenía una sobria fachada de ladrillo, plagada de ventanas alineadas en varias plantas de apartamentos; y un bajo comercial, con un corredor entre una hilera de pilares circulares de hormigón, donde, pese a aportar colorida alegría, desentonaban unas macetas llenas de flores rojas colgadas a no mucha altura del suelo.

Subieron a la cuarta planta y atravesaron un corredor similar al de cualquier hotel. En cuanto Gabriel encontró la llave, abrió y le cedió el paso a Claire, que recorrió con ojos curiosos un salón amplio con cuatro ventanas, un rincón con dos sofás, una chimenea eléctrica, una barra americana y una cocina moderna equipada con lo básico; funcional.

—¿Qué te parece? —preguntó Gabriel.

—Está bien. Lo has encontrado muy pronto.

—Tenía enchufe —admitió sin decirle que era uno de los inmuebles embargados por el banco—. Ven, te enseñaré el resto. —Gabriel la cogió de la mano y tiró de ella hacia un pequeño pasillo

separado del salón por una puerta corredera. Vieron el baño, que también cumplía su expectativa, y entraron en el dormitorio. Tenía casi el mismo tamaño del salón, con un vestidor, otro baño completo y un mobiliario escaso; solo una cama grande y un escritorio con una silla giratoria; sin mesitas de noche, alfombras, cuadros ni cualquier otra cosa que le diera calidez—. ¿Te gusta?

—No mucho, no tiene nada especial —dijo con un mohín de desaprobación—. Estoy acostumbrada al mío.

Sonriendo feliz, Gabriel le acarició la mejilla.

—Es muy especial —susurró cerca de sus labios—: Estás en él conmigo.

La besó despacio, intentando frenar un impulso cavernícola. Claire se apretó a su cuerpo, igual que las otras veces buscaba su protección y también fundirse en ese sabor maravilloso que le había robado el sueño. Leves tanteos, pequeñas caricias y un gemido suave que desató a Gabriel. Inició un ataque despiadado con la lengua que la dejó sin respiración. Trató de apartarse, pero Gabriel no resistió dejarla. La agarró con seguridad por las nalgas moviendo las caderas para frotarse contra ella, olvidando la calma que se prometió a sí mismo.

—Para, por favor.

—No puedo.

Volvió a besarla enloquecido, buscando en cada rincón de una boca que adoraba, sin saciarse, cada vez necesitaba tocarla con más presión. Acarició un seno y Claire ya no pudo soportar ese arrebato apasionado; empezó a asustarse notando que no controlaba la fuerza de sus poderosos brazos; la mantenían presa sin darle la oportunidad de escapar; parecía una marioneta movida por tanto deseo que le dolían los pechos mientras se le clavaba en el estómago la punzante erección con ganas de guerra.

—Por favor, Gabriel.

Esa súplica devolvió la cordura a Gabriel. Con las pupilas dilatadas, sujetó su cara entre las manos. De inmediato se arrepintió al verle los ojos convertidos en lagos verdes desbordados por el pánico. Ese que se había propuesto evitar después de un incidente que aturdió sus pensamientos y le remordió la conciencia.

—Lo siento, no quería asustarte —dijo jadeando. Pegó la frente a la suya y relajó la respiración con el latido ensordecedor de su corazón igualando en velocidad al de Claire. Preocupado por el silencio, rogó susurrando—. Háblame. —Con suavidad se separó, mirándola con tristeza, sujetó unos brazos temblorosos—. No voy a hacerte daño, por favor, mírame. —Dos pares de ojos coincidieron,

reflejando un dolor que no sabían disimular. A partir de ese momento Gabriel fue todo ternura, ya había visto suficiente—. No es una justificación, pero me he dejado llevar, no quería asustarte. No quiero que estés asustada de mí, no puedo soportarlo. No quieres contármelo y no quiero saberlo, con imaginármelo tengo bastante. —Claire abrió más los ojos y fue a hablar, pero le colocó un dedo en los labios—. No me lo niegues, Claire, sé que te violaron.

En ese preciso instante, Claire bajó la cabeza y apretó los ojos con fuerza, sin poder articular ninguna palabra. Volvió a quedarse petrificada como aquel día que un chico se acercó a ella en Central Park cuando regresaba a su casa tras salir de la escuela de arte a la que asistía con ilusión, tras convencer a su madre de que era capaz de vivir sola. Confió en una apariencia agradable y en unos buenos modales hasta que perdió el control.

Unos brazos seguros le rodearon la cintura. Se dejó caer contra un pecho cálido que la arropó con un suave murmullo cariñoso mientras lloraba atormentada.

—Lo siento, yo…

—He sido yo, no tú —dijo bajito, la besó en la frente y le cogió la mano—. No te disculpes por algo que no has provocado.

Luego, más tranquila, Claire le ayudó a hacer una lista con algunos artículos que necesitaba comprar. No volvieron a hacer referencias al pasado, recobraron la complicidad y, unos minutos después, se despidieron en la puerta del banco con un casto beso en la mejilla.

—Que pases un buen día.

—Tú también. —Sin ganas de trabajar y deprimido ante el panorama que le esperaba a base de bocadillos y carreras a la tintorería, preguntó con una ligera sonrisa—. ¿Por cuánto me saldría la comida y la colada?

—¿Me lo preguntas en serio?

—Por supuesto; aunque espero que seas más competitiva.

—Déjame que piense. ¿Incluidas las cenas?

—Sí, menú completo.

Disimulando una sonrisa, Claire frunció los labios moviéndolos con burla.

—¿Doscientos?

—¿Al mes o a la semana?

—¿Estás loco? Al día.

—Estás pirada —dijo sonriendo—. Hasta luego.

Gabriel entró en el banco negando con la cabeza sin dejar de sonreír. Durante unos segundos, Claire se quedó en la puerta inundada

por un arcoíris de felicidad contemplándolo andar con decisión., sacó el móvil del bolso y le mandó un mensaje: «*Te invito a cenar y negociamos*», la respuesta, al minuto: «*A las 5, llevo el vino*»

Tras una semana sin verse, cuando Gabriel regresó de Nueva York retomaron el viejo hábito de pasar largas horas charlando en el salón sin echar de menos estar rodeados por nadie más. Sin embargo, ese primer sábado de mayo quisieron aprovechar una cálida noche y, como cualquier pareja joven, fueron al Club V; el que, según Jack, debió conocer Gabriel el primer día y era de las pocas alternativas en San Juan. Para la salida él eligió un elegante traje oscuro, una camisa beige y una corbata celeste rayada, y ella un vestido verde vaporoso que combinó con una fina rebeca de hilo y unos tacones negros. Esa vez no se privó Gabriel de piropearla a conciencia; siendo sincero ante una mujer hermosa que —agradecida por sus palabras— le dio la mano y un beso breve en los labios tan cariñoso como conmovedor.

El local estaba cerca de la zona portuaria y ocupaba entero un edificio antiguo de ladrillo oscuro, con el acceso protegido por un cordón de seguridad, que un amable portero abrió para dejarlos subir a la primera planta por una empinada escalera. Los peldaños eran de cemento, iluminados con luces azules de neón. Al llegar arriba, a Claire la engulló la música electrónica. Impresionada por el tamaño de la sala y un ambiente divertido, dejó a Gabriel para perderse en la pista de baile.

Apoyado en la barra, se tomaba un whisky con hielo sin quitarle los ojos de encima, disfrutando al verla feliz y encantado de que por fin lo pasara bien saliendo con él fuera de las cuatro paredes que siempre los protegían. Tras varias canciones, volvió risueña, con las mejillas sonrosadas y una vitalidad contagiosa. Gabriel quería tocarla y la cogió por la cintura.

—¿Qué quieres tomar?

Claire le rodeó el cuello con los brazos, despacio acarició su nuca y habló muy cerca de sus labios:

—A ti.

Satisfecho, emocionado y bastante excitado, Gabriel cedió de inmediato, se inclinó hacia delante y la besó en la boca.

—Cuando me digas, nos vamos.

Sonrió con picardía y apuró la copa. Claire se puso de puntillas y añadió en su oído:

—Ya, tenemos una noche muy larga por delante.

En cuanto llegaron al Boreal, donde Gabriel dormía a diario, entraron bromeando en el salón. Claire encendió una lámpara de pie y se sentó en el sofá con las piernas cruzadas para quitarse los zapatos. Ni vio la mirada metálica de Gabriel clavada en sus muslos, visibles por las sugerentes aberturas laterales de la falda, ni supo que el vestido lo traía de cabeza desde hacía un buen rato; aunque tenía intención de alargar la velada antes de desnudarla. Cuando se deshizo el nudo de la corbata, sirvió dos copas de vino y de propina puso a Edith Piaf a un volumen agradable.

—Me gusta esta casa —dijo después de sentarse a su lado.

—Y a mí. —Claire contempló el salón con un rastro de nostalgia en los ojos—. Pero es demasiado grande, por eso mi madre quiso hacerla residencia.

—Este es nuestro sitio.

—Sí. —Claire se volvió y le besó los labios—. Aquí me enamoré de ti.

—Vamos a bailar —dijo contento. No añadió que probablemente el primer día que la vio en el banco sintió un flechazo instantáneo—. Nunca lo hemos hecho.

Gabriel tiró de ella y bailaron abrazados *La vie en rose*, aumentando la intimidad de un momento romántico en su lugar favorito, donde se descubrieron poco a poco.

—Bailas muy bien —comentó Claire, moviéndose con una elegancia que desconocía poseer gracias al ritmo de su flamante banquero—. Eres casi Baryshnikov.

—Ya quisiera él. —Gabriel sonrió arrogante—. Menos rollo, solo siento la música.

—Me gusta bailar contigo.

Con confianza, Claire besó y recorrió una boca hambrienta. Explotó en esa humedad cuando Gabriel apretó sus nalgas, rozándola con la erección que le abultaba la entrepierna. Luego, la cogió de la mano y en pocas zancadas entraron en el dormitorio donde rayó la desesperación. Intentó no ser brusco, pero, al apresarla entre la pared y su cuerpo, Claire se sobresaltó. Siguió amasándole los pechos con fuerza y asediándole la boca sin contemplaciones ajeno a la tensión de Claire, que enfocó los ojos en los suyos para solo verlo a él, sin querer admitir otro cataclismo por una postura demasiado agresiva con unas connotaciones que atraían unos recuerdos muy desagradables.

No calibró la velocidad de sus movimientos; Gabriel no pensó en nada cuando metió una mano bajo el vestido y empezó a tirarle de las bragas. En cuanto Claire notó esos dedos buscando su sexo, se quedó paralizada y retrocedió en el tiempo; ya no tenía salvación. Se

vio andando por la tarde en Central Park, había oscurecido e iba rápido para coger el metro cuando aquel chico le preguntó dónde estaba la estación de Army Square. Se detuvo con cortesía, le explicó cómo llegar pero, de repente, le tapó la boca y la arrastró hasta una zona frondosa. Se vio inmovilizada entre un tronco enorme y un cuerpo alto, violento, que no admitió la negativa histérica que brotaba de su boca. Ahí empezó todo, de pie, aplastada contra aquel viejo árbol que le ensombreció la vida.

Rígida en los brazos de Gabriel, se negó a besarlo, hasta que él percibió el rechazo y se apartó.

—Cuando te quedas así, me pone tan furioso que lo mataría —dijo atento a la tristeza de sus ojos; fue otra dolorosa patada en los testículos—. Me tienes miedo.

—Lo siento.

La llevó a la cama y dejó que se desnudara sola mientras entró frustrado en el baño, abrió el grifo del lavabo y se mojó la cara tratando de calmarse. Se quitó la ropa con brusquedad, sintiéndose responsable al no ser capaz de controlar su instinto. Salió con unos bóxers negros, se sentó en el borde de la cama y, observándola vestida con un camisón, se tumbó junto a ella, de lado. Con una mano le acarició la cadera y ascendió hasta detenerse en la curva de un pecho pálido y suave.

—Sabes que nunca te haría daño.

Le dio un beso en el hombro tan ligero como el susurro de su voz.

—Estudiaba Fotografía en Nueva York —dijo con una sonrisa triste—. Mi madre no quería que fuera, pero era mi sueño y la convencí. Faltaban unos meses para que cumpliera diecinueve años —murmuró Claire, cogió aire y continuó con los ojos cerrados—. Me acorraló contra un árbol y me violó, muchas veces. Creo que a ratos perdí el conocimiento, solo recuerdo el miedo y la sangre. —Claire levantó despacio los párpados y lo miró atormentada—. Me hizo desgarros en los genitales. Necesité dos meses para curarme físicamente, años para volver a dormir con la luz apagada y hasta que te he conocido no he sido capaz de volver a estar con un hombre. Sé que para ti debe ser difícil soportarme, pero no doy más de sí —admitió resignada, suspiró y, emocionada, susurró—: Creo que nos estaba yendo bien.

—Nos va muy bien —dijo rotundo—. ¿Quieres hablar?

—He pasado tantas horas pensando por qué me pasó a mí, que ya me quedan pocas palabras. No quise vivir —dijo muy bajito, mirándolo ausente—. Me deprimí mucho. Tenía ansiedad si salía a la

calle. Mi madre me empujó y conseguí acostumbrarme a hacer las cosas de manera casi mecánica.

Ver otra vez esas lagunas verdes anegadas por el sufrimiento de viejos recuerdos imperecederos, cuando felices brillaban con magia, consiguió que Gabriel expusiera las cartas boca arriba; no le ocultaría más tiempo su verdad.

—Escúchame, estoy aquí contigo, porque quiero, porque te amo. —Le acarició la cara y se emocionó con ella—. No puedo cambiarlo; solo amarte. Eres la mujer más encantadora que he conocido y es un placer estar a tu lado. Nunca pienses que me molestas o creas que necesito más; tú eres a quien necesito y juntos haremos que esto funcione.

—Te quiero. Eres lo mejor que tengo.

Las lentas y delicadas manos de Gabriel empezaron a agitarla desde el interior. La habitación necesitaba calentarse, Claire temblaba, pero poco a poco se fundió en unas llamas de movimientos sensuales entre eróticos y serenos. No había prisa, esa noche Gabriel tenía todo el tiempo del mundo para amarla, conocía todos los rincones de su cuerpo, y sabía tocarla para excitarla hasta provocarle desearlo tanto como él la necesitaba a ella. Quería verla feliz, con la sonrisa radiante que le gustaba y alegraba su vida. Habló y bromeó, le contó tonterías para hacerla reír, cosquillas que la retorcieron en sus brazos; cualquier cosa por esa mujer; todo lo que quisiera se lo daría, incluido manejar su cuerpo como se le antojara.

—¿Quieres ponerte encima?

Tenían enredadas las piernas y con un giro rápido la cogió por la cintura para subirla encima de él. Claire echó la espalda hacia atrás cuando Gabriel se incorporó y le lamió los pezones.

—Tu sabor es lo mejor que he probado nunca.

—Si Ethel te escuchara, no sé qué pensaría.

—Que tengo un paladar exquisito.

Claire le empujó hasta que pegó la espalda al colchón, recorrió con las manos sus hombros, el pecho, los firmes músculos del estómago y se detuvo en el vello de los genitales.

—Cariño, móntame —jadeó Gabriel inmóvil cuando le acarició el pene.

Con un brillo lascivo en los ojos, Claire sonrió y se dejó caer lentamente sobre una columna sólida que resbaló en su interior acompañada por unos lamentos placenteros. Cuando cogió su ritmo, Gabriel pensó que no podía ser solo algo físico; aquella sensación era sublime. En unos minutos llenaron el dormitorio de gemidos roncos o escandalosos por momentos, hasta que un estallido del color más

vibrante que ninguno había sentido jamás lo superó todo; ni siquiera las auroras tenían esa intensidad. En esa cama resurgieron con la fuerza de la esperanzadora primavera, flotaron como estrellas detenidas en el tiempo, alejando el frío invierno de sus corazones para abrazar el futuro sin recuerdos horribles ni lastres pesados; solo ellos, un amor inmenso y un mutuo respeto.

ONCE

San Juan de Terranova, 10-5-12
Terranova y Labrador, Canadá

Poco después de detener el coche en su edificio y subir al apartamento para recoger la ropa del día siguiente, Gabriel regresó apurando el paso con una trolley que colocó en el maletero.

—Creo que deberías volver —dijo Claire paciente—. Esto es absurdo.

—La culpa la tienes tú.

Arrancó el coche y miró por el retrovisor antes de incorporarse al escaso tráfico.

—No seas ridículo. Llevas dos días sin querer venir a comer y sé que mandas a tu secretaria a la tintorería.

—No he ido porque no he tenido tiempo, y no es cierto que mi secretaria vaya a ningún sitio para mí, dile a William que te informe mejor.

—Me lo ha dicho Robert, es más fiable ¿verdad?

—Solo le he pedido el favor un par de veces, siempre voy yo.

—Porque quieres, lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Qué me ofreces?

—Tienes la cena a diario por tu cara bonita, no creo que por ampliarte los beneficios vaya a arruinarme; debo tener en cuenta que tienes hecho un pago adelantado por varios meses.

—Más bien, años —matizó irónico—. Estoy barajando la idea de que le des clases a Jim, contigo en el banco nos iría mejor.

—Eres el único con quien me ha funcionado.

—Gracias, es un honor ser el único imbécil que has conocido.

—Por algo se empieza, señor Drake, no protestes.

—No lo hago, ya te he dicho que es un honor.

Por la noche, con mucha voluntad, Gabriel ayudó en las pequeñas tareas que le encomendó en calidad de pinche forzoso. Cortó con precisión dados de patata, aros de cebolla, con los ojos entrecerrados, y ajos, en un tiempo récord de una hora. Al borde de la desesperación, Claire retiró varias veces el pollo de la cocina. El banquero no se dejó azuzar y le sirvió una copa de vino mientras estaba sentada observándolo.

—¿En serio crees que esto funcionaría cómo restaurante?

—Conmigo como chef, no, pero es cuestión de hacer números.

—¿Quieres ayudarme a hacerlos? Jim me ha explicado cómo crear otra sociedad.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Gabriel apretó el ceño.

—Porque sé que estás liado con cosas más urgentes.

—No me importa. Si quieres hacemos un estudio de mercado.

—No sé si es lo que quiero. No me gustaría ver mi casa llena de extraños diferentes todos los días, pero necesito una fuente de ingresos durante cuatro o cinco meses si no quiero cortar los contratos.

—Deja que piense algo. A mí tampoco me gustaría verla llena de gente, te lo he dicho ya.

—¿Estudiantes de intercambio?

—¿Estás loca? En dos días tendrías la casa hecha una pocilga, y no creo que haya mucho intercambio por aquí. Prefiero comprártela.

—¿Tú? ¿Y donde viviría yo? No está en venta.

—Aquí, conmigo.

—¿Estás bromeando?

Claire no quería hacerse ilusiones, era tarde, pero acababa de oír en palabras su mayor deseo.

—No. Me gusta esto, me impresionó desde el primer día la casa. —Gabriel sonrió y añadió confidencial—. Ya estaba enamorado de ti y ahora tengo muy claro que no podré irme.

—¿Hablas en serio? —Claire se levantó mirándolo emocionada. Cumplía con los sueños de cualquier mujer. Ese hombre alto, que la sostenía y amaba, atractivo, sin problemas, acababa de confesarle que se había enamorado antes de conocerla, mientras ella llevaba esperándolo toda su vida. La sorprendía con ternura, otras veces con caricias y siempre con palabras que la llenaban de esperanza. Se abrazó a él y apoyó la cabeza en un pecho donde latía un corazón sereno que daba estabilidad al suyo—. ¿No te irás cuando termines?

—No —respondió, acariciando su cabello—. Te quiero y necesito estar a tu lado más de lo que imaginas. ¿Quieres vivir conmigo?

Dos días después, Gabriel Drake volvió a tomar posesión de la casa. Esa vez ya no fue el amo y señor de la planta baja; asumía el

cargo de propietario honorífico consorte y empezó a interesarse por las cuentas del negocio. Le pidió a Claire todas las facturas mensuales, relaciones de gastos indirectos, balances anuales, cualquier entrada y salida de dinero; pretendía tomar el control financiero, sin comprender que ella funcionaba de una manera más prosaica.

Guardaba Claire la compra en la cocina cuando llegó el banquero inquisidor en busca de más datos. Entró en la despensa armándose de paciencia, se apoyó en la puerta con las manos en los bolsillos y los ojos entrecerrados.

—No encuentro las facturas de la luz ni del gas, ¿dónde las tienes?

—Ahora las busco.

—Dime donde están y las cojo.

—¿No puedes esperar cinco minutos?

—No. Llevo toda la mañana perdida y estoy cansado de tener que preguntártelo todo. Dame los papeles y te dejo en paz.

—Si supiera donde están, ya te los habría dado. Eres un poco pesadito con los gastos, y yo no llevo el control como tú, esto es una casa, no una multinacional.

—Es un negocio y tienes que saber con exactitud cómo, cuándo y en qué gastas el dinero.

—Lo sé —replicó con cinismo.

—No estoy muy seguro. No tienes ni idea de cuánto te cuesta esto al mes.

—Gracias por tu opinión, me es muy útil.

—Es la verdad. Estoy intentando ayudarte, pero en vez de agradecérmelo, estás enfadada como si yo fuera tu enemigo.

—Es que me cuesta encontrar algunas cosas que me pides, muchas las llevaba mi madre y todavía no he tenido oportunidad de ponerme al día.

—Tu madre falleció en enero, llevaba tiempo enferma, y estamos en mayo; no sé a qué estabas esperando.

—¿Lo haces adrede? Porque me están cabreando bastante.

—Me da igual. Búscame los papeles y te dejo tranquila.

—Búscalos tú, así te entretienes.

—Muy amable, pero debería estar guardando mis cosas, y no poniendo al día tus cuentas.

—Haz lo que quieras.

—¿Dónde están?

—Cariño, vamos…, no es tan importante.

Gabriel se acercó, le quitó de las manos unos paquetes de harina y sujetó su cara. Con una sonrisilla, inclinó la cabeza hacia

abajo y la besó en los labios; un roce rápido y una obstinación:

—¿Dónde crees que están?

Resopló cansada, negó despacio, pero lo cogió de la mano y lo llevó al pequeño despacho dos puertas más allá de la entrada de la cocina, la otra habitación era una biblioteca sin apenas uso. Claire sacó una llave y abrió con un gesto de agobio.

—Lo que busques debe estar por ahí.

Los ojos como platos de Gabriel no salían de su asombro.

—No me extraña que tengas urticaria al pensar en las facturas —comentó, echando un vistazo al caos encima de una mesa antigua, donde varias cajas de cartón rebosaban papeles desordenados, apiladas cerca de una estantería llena de libros y carpetas—. ¿Alguna vez ha estado bien organizado?

Encogió despreocupada los hombros.

—Suelo colocar las facturas fijas en aquella caja.

Fue una visión turbadora para Gabriel, arrugó el rostro entero, mientras, Claire apretó los labios disimulando su diversión.

—Deja de leer *La conjura de los necios*, por favor —comentó negando con la cabeza—. Ignatius lo tendría mejor organizado que tú.

Claire rió y lo miró muy contenta.

—Él habría terminado rápido, quizá pruebe su método en Levy Pants, me gusta, para lo que sirven…

—Es un punto de vista reaccionario.

—Más bien práctico.

—Mejor, anárquico.

—Es una manera de ahorrar costes —añadió burlona.

—Con alguien así colapsaría el mundo en dos días.

—Pero nos lo pasaríamos bomba.

Mirándola irónico, Gabriel le rodeó la cintura con los brazos y la besó despacio, para comprobar con qué facilidad mejoraba su humor con ese sabor que le privaba.

—Te prefiero a ti —susurró al apartarse.

—Hasta dentro de dos horas vas a tener que conformarte con buscar facturas, luego podemos ir al centro comercial; quiero comprarme ropa.

Después de otro beso, Claire lo dejó realizando una tarea que evitaba como la peste y con él había encontrado al aliado perfecto. Era un gran alivio saber que alguien sensato y equilibrado se encargaría de sus finanzas. La gran pregunta de todos los meses, por fin, encontraría respuesta tras decenas de intentos infructuosos para conseguir una cifra exacta; por mucho que intentaba calcularla con Ethel, siempre se le escapaba algo.

El Avalon Mall era el centro comercial de San Juan, lugar indicado para renovar el vestuario, encontrar muebles o curiosear sin más pretensión. De la mano pasearon viendo escaparates, pese al poco interés de Gabriel por las tiendas de ropa masculina; no parecían seducirle lo más mínimo. Paciente, esperó leyendo los carteles que decoraban las paredes de un establecimiento mientras Claire se probaba varios vestidos. Atrajo en especial su atención uno con la fotografía de una mujer embarazada de muchos meses, tenía un brazo tapándose los pechos y el otro colocado bajo el vientre.

—¿Qué haces? —preguntó Claire cuando salió del probador, lo miró sonriendo y se adelantó a la caja.

—Nada, pensaba en la publicidad subliminal.

—¿Qué?

Frunció el ceño, mirándolo sin comprender.

—Tonterías mías.

—Estás muy mal —dijo risueña. Colocó las prendas en el mostrador, sacó del bolso la cartera y, después de entregar una de sus tarjetas, volvió a centrarse en él—. Los números te están perjudicando.

—No sabes de qué manera.

—Tampoco quiero.

—No hace falta que lo jures.

—¿Por qué no te compras algo? Ayuda a relajarse.

Aguardando a que la cajera terminara la operación, Gabriel sujetó por detrás las caderas de Claire. Al sentirlo, se recostó contra su pecho.

—Me relajo más contigo —murmuró Gabriel, acariciando su cuello con la nariz—. Mucho más.

Ella se giró para darle un besito en los labios.

—¿Claire?

Escuchó la voz de la doctora Stamps, ese timbre suave que tantas horas la había reconfortado, y se asomó salvando el cuerpo de Gabriel para volver a ver a su psiquiatra. Era una señora que rondaba los cincuenta años, desprendía serenidad con un rostro armonioso, una sonrisa amable y unos ojos claros nada fríos.

—Poli, hola —saludó dándole dos besos en las mejillas—. ¿Cómo estás?

—Estupendamente —respondió sonriendo. Poline Stamps apreció el cambio de Claire, y no era la ropa colorida o una imagen más cuidada; fue por la alegría de una actitud y por la compañía, que no se apartó en ningún momento ni observó que ella rehuyera—. Te veo muy bien.

—Gracias. Poli, te presento a Gabriel, es…

—Su novio. —Con una sonrisa cortés, estrechó la mano de la mujer bajita, rubia, que vestía de manera informal un peto vaquero y una camiseta blanca—. Encantado de conocerla.

—Un placer, Gabriel —dijo asintiendo con la cabeza. La duda de Claire quedó anulada para ella viendo la reacción segura y rápida del hombre. Algo le dijo que era el responsable de ese brillo que irradiaba—. ¿De dónde eres?

Aunque Gabriel vestía ropa sport, su apariencia y acento indicaban que no era de la zona, también porque se conocían todos, los foráneos no pasaban inadvertidos y él, «por su trabajo», fue la comidilla desde que llegó.

—De Quebec.

—Siento la curiosidad, es deformación profesional. —Poli miró a Claire y tocó su brazo con cariño—. No quiero interrumpiros más, me he alegrado mucho de verte.

—Y yo también.

Poli aprovechó que Gabriel no la miraba, guiñó un ojo a Claire con complicidad y gesticuló un *guau* divertido antes de marcharse.

—Le has gustado —dijo Claire, dándole la mano—. Gracias.

—¿Por qué?

Gabriel cogió las bolsas y salieron de la tienda.

—Por ser mi novio.

La besó cariñoso en la mejilla y, poco después, sin un estímulo consumista que lo incitara, Claire se apiadó y regresaron a su casa; la que tenían infravalorada y aun así conseguía impactarles. Apareció majestuosa en la esquina, frente a la catedral, otra belleza que rezumaba carácter. Gabriel aparcó y sacaron las compras del maletero. Subió la escalera de piedra detrás de Claire, se detuvo e inclinó la cabeza hacia arriba, admirando la rosa de los vientos que, incluso de noche, con aquel brillo dorado, marcaba el camino como la estrella del Norte; invariable, sin equivocarse nunca orientaba los destinos; ese que él encontró en Terranova; el remoto lugar que le había cambiado la vida.

Tras una semana, Claire se adaptaba a la presencia masculina de Gabriel compartiendo dormitorio, pero no podía reprimir curiosear en unos objetos de aseo que abarrotaban el baño sin dejar de sorprenderla. Siempre descubría algo asombroso en Internet y, entre colonias, lociones, cremas o cualquier nuevo antojo, cada vez veía sus

cosas más arrinconadas siendo una habitación muy amplia. Cuando terminó de ducharse, se vistió con unos pantalones blancos de algodón muy anchos y una camiseta roja. Camino de la cocina para preparar la cena, lo vio trabajando en el salón con el portátil apoyado en las piernas y una lata de cerveza en el reposabrazos del sofá.

—Cariño, como sigas así vas a invadir la primera planta.

Parpadeó varias veces y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo? —preguntó, advirtiendo que no llevaba sujetador, concentrado en unos pezones marcados que le hicieron la boca agua —. ¿De qué hablas?

—No te hagas el tonto —replicó irónica, de pie frente a él—. Tienes más cremas que yo.

—Me gusta probar —comentó tranquilo, insinuando una sonrisa—. Puedes usarlas cuando quieras.

—Tengo las mías, gracias —dijo Claire suficiente—. Pero, si no te importa, vamos a definir los límites.

—¿Una frontera en el baño?

—Llámalo mejor espacios personales.

Gabriel sonrió con burla y dejó el portátil a un lado. En un instante tuvo a Claire en su regazo, dándole pequeños besos en el cuello.

—¿Te molestan mis cosas?

—No, me gusta verlas. Me gusta que estés aquí.

—¿De verdad? —Gabriel le sujetó la barbilla y no la soltó, unió sus labios a los de ella en un beso lento y romántico. Acarició a través de la tela la delicada redondez de unos pechos que lo dejaban sin neuronas y sentía perfectos bajo sus manos—. Te necesito. ¿Confías en mí?

Con una sonrisa, Claire movió la cabeza afirmando. Gabriel se levantó, se quitó la camiseta y la dejó admirada con unos abdominales sólidos esculpidos con firmes músculos y unos brazos potentes que la sostenían cuando la amaba o también la arropaban con sus temores. Le empujó los hombros y la tumbó boca arriba. Luego tiró de la camiseta por los lados y fue subiéndola con lentitud, haciendo que su piel se estremeciera bajo esas manos grandes y cálidas, hasta quitársela por la cabeza.

Consciente de que el sexo con Claire debía ser más pausado de lo que a veces preferiría, le abrió las piernas y se sentó sobre las rodillas. Echó el torso hacia delante y recorrió con las manos los pechos, muy despacio, observándola sonriendo cuando le pellizcó los pezones.

—¿Más?

Nunca avanzaba sin su consentimiento, aunque conocía su cuerpo y las reacciones que le provocaba. Claire sabía que era un hombre autoritario, acostumbrado a ordenar, pero con ella era generoso; igual que le concedía llevar las riendas en el sexo, dándole más confianza para tomarlo sin timidez ni vergüenza, la protegía entre cálidos abrazos y consoladoras palabras cuando necesitaba ternura.

Deslizó las manos por los costados, unas caricias ligeras y excitantes mientras sus ojos vagaban fotografiando con todo detalle un cuerpo femenino sedoso que se amoldaba al suyo formando una pieza perfecta. Se inclinó y le lamió los pechos. Bajó dejando una humedad eléctrica por el estómago y se detuvo en el ombligo, concentrado en movimientos sutiles, atacando y retirando sus armas con puntería. Tenía magia en esa boca, era su truco infalible para hacerla desearlo más que a nada en el mundo.

Gabriel levantó la vista, volvió a pedirle permiso y, al verla con los ojos dilatados por él, metió las manos bajo el elástico de los pantalones, los bajó y le dio dulces besos hasta llegar a su sexo. Una lengua que solo regalaba placer la lamió trazando círculos, adentrándose en un clítoris ansioso, devorándolo y penetrándolo; saboreó con la razón perdida, dándole un orgasmo lleno de gemidos carnales, latidos descontrolados y un grito gutural cuando explotó en mil pedazos.

—Me encanta verte así, es un placer —dijo atrayéndola por la cintura. Claire tenía el cuerpo tenso con los pechos a escasos centímetros de sus labios. En el acto lamió un pezón, jugó excitado, pero sin buscarla para liberarse. Las manos de Claire desabrocharon con torpeza su cinturón, consiguió bajarle los pantalones un poco; no suficiente—. Vamos a la cama.

—Estoy bien aquí, ¿tú no?

La miró con deseo, con un brillo claramente lascivo en los ojos, se levantó y terminó de desnudarse. Demasiado cerca de una boca que deseaba; aunque no podía con él. O eso creía. Claire tenía los ojos fijos en un glande lloroso y por instinto acercó la cabeza. Inmóvil, tan tenso que se podía rebotar en su cuerpo, cerró los ojos y tragó despacio al sentir un tímido beso. Luego, Claire alzó la cara y le mostró una sonrisa inocente que le partió el corazón. No fue la mirada de una mujer de casi treinta años, vio a una adolescente que nunca había experimentado porque alguien le quitó las ganas sin haber empezado a vivir.

Claire percibió el dolor y su inseguridad se disparó.

—No lo he hecho nunca —susurró despacio.

Gabriel se arrodilló delante y la abrazó intentando fundirse

para compartir su tragedia.

—No quiero que hagas nada que no te apetezca.

—No lo hago.

Se miraron, y vio al único hombre capaz de sostenerla y también de caer con ella; Gabriel la desalmaba con ternura, recogía sus pedazos y volvía a recomponerla como mujer. En el dormitorio la amó despacio, siempre cariñoso, sin dejar que lo dominara el deseo; no se cansaba de demostrárselo. Cuando llegó al orgasmo, tembló, eyaculó y derramó su cálido esperma; dejándola exhausta y chorreando de vida.

—Te amo —dijo Claire. Debía concentrar un valor bajo mínimos para lo siguiente. Cobijada en el hueco de un brazo cómodo que olía a hombre, a gel y a alguna de sus lociones, dejó pasar unos minutos hasta que se calmó y pudo hablar—. Necesito contarte qué pasó aquel día, hasta que no lo haga no estaré en paz contigo.

—No quiero saberlo, no quiero saber su nombre, por favor, cariño. Olvídalo y déjame demostrarte que no todos los hombres somos así.

—Lo sé —habló con los ojos húmedos y una caricia ligera en la cara de Gabriel. No conocería el final de la historia si se negaba a escucharla—. Pero pasó algo y necesito que lo sepas.

—Claire, otro día, no puedo pensarlo ahora.

—Como quieras —murmuró, suspiró y pospuso una conversación que llevaba diez años callando su conciencia, aunque sentía que no podía demorarla mucho más. Con una sonrisa breve, le besó el pecho y preguntó—. ¿Tienes hambre? Yo sí.

—Sí, pero estoy muy cómodo. —Para corroborarlo se echó el edredón por encima y se arrebujó satisfecho—. No quiero moverme.

—¿Eres capaz de no comer por no moverte?

—Y más cosas —respondió risueño—. Tengo mis prioridades.

Los dos rompieron a reír, Claire se puso la bata cuando pararon y salió de la habitación. Al ver el estado de sus ropas revueltas en el salón, las recogió y llevó al cuarto de la colada. En unos pocos minutos preparó una bandeja con sobras de la nevera: un cuenco con guiso de carne y un trozo de lasaña, que calentó en el microondas, y un plato con ensalada fría de patatas y atún. Cortó varios trozos de queso, colocó una panera con el pan francés que todos los días Ethel compraba para Gabriel; solía tomarlo con aceite de oliva —según él— costumbre inculcada por la asistenta española que tuvieron sus padres; y salió cargada hasta el dormitorio.

—Parezco un jeque —dijo, sentándose con la espalda apoyada en el cabecero de madera. Claire sonrió feliz, dejó la bandeja

en sus piernas y dio la vuelta decidida—. ¿Adónde vas?

—A traer el vino.

Poco después cenaron charlando en la cama, intercambiaron bocados con los cubiertos, bromeando sobre su discreción y, por encima de todo, aprendiendo a vivir juntos.

El lunes por la mañana Claire desayunaba en la cocina cuando entró Gabriel en todo su esplendor. Vestía un traje oscuro con unos pantalones muy bien planchados, camisa blanca y una corbata negra. Dejó la chaqueta tras la silla y se sentó ajeno a las miradas femeninas, admiradas por una apariencia cuidada enormemente atractiva. Aunque no supo qué había usado, inundó el olfato de Claire con un olor varonil mezclado con sutiles aromas orientales, buscando entrar en todos sus sentidos llenándola de fantasía, sueños y superación.

—Buenos días.

—Estás muy guapo —dijo Ethel, con ironía añadió—: Qué pena que esté casada.

—Tú también, y menos rollo.

—Hueles muy bien —comentó Claire cerrando unos segundos los ojos mientras aspiraba. Curiosa, preguntó—. ¿Qué colonia es?

—Descúbrelo tú solita, sigue indagando.

—¿Perdona? —dijo manteniendo la dignidad—. No sé de qué hablas.

—Lo que tú digas, pero acuérdate de cerrar algunas tapas. Admito que tengo muchas cosas, pero sé cómo las dejo. No te hagas la tonta.

—Desde luego… Menos mal que nunca me han gustado las matemáticas; no traen nada positivo.

Sin dar crédito a esa desfachatez, Gabriel desorbitó los ojos negando con la cabeza. De pronto sonó su móvil, miró la pantalla intrigado y respondió cambiando el gesto por otro más severo.

—Hola, Lilian ¿Qué pasa?

Claire frunció el ceño. Sabía que era la mujer de John Drake, y se sorprendió por la dureza que advirtió en esa voz profunda que conocía a la perfección.

—Hola, Gabe, tienes que venir, anoche tu padre tuvo un accidente de tráfico —explicó sin ninguna angustia—. No está muy bien.

El rostro de Gabriel palideció.

—¿Cómo está?

—Mal, avisa a tus hermanos. Estamos en el Royal Mercy.

—¿Cómo ha sido?

—Volvía de una cena, había bebido bastante.

—¿Ibas con él? —preguntó a sabiendas de la respuesta.

—No.

Lilian no reprimió su desprecio.

—¿Dónde estabas?

—No te debo ninguna explicación. Si quieres venir a ver a tu padre, hazlo, si no, déjame en paz.

—Has sido tú. Tú lo has provocado.

La frialdad de Lilian lo enfureció y atrajo las miradas preocupadas de Ethel y Claire.

—Conducía él, bebió él y tuvo el accidente él. Piensa lo que quieras. Nunca me habéis aceptado y ahora ya no me importa, voy a tener lo que quiero.

—Aún no está muerto. No vendas la piel antes que el oso.

—No va a salir de esta, estás avisado. Adiós.

Gabriel dejó caer la cabeza hacia atrás, respirando de manera forzosa. Claire se levantó y le sujetó la cara, obligándolo a mirarla.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre ha tenido un accidente. Me voy a Quebec.

Se levantó y saliendo por la puerta marcó el teléfono de Jack. Luego llamó a Sean, que no le aseguró su asistencia, y por último a su madre. Estaba recogiendo la ropa, mientras buscaba el cargador, cuando respondió:

—Hola, Gabe, ¿cómo estás?

—Bien, mamá, ¿y tú?

—Muy bien, ¿sigues con Claire?

—Sí. Te llamo porque papá ha tenido un accidente —dijo rápido. Ignoró que Elizabeth perdió la concentración a la vez que su garganta enmudeció—. Mamá, ven con nosotros, por favor. Jack saldrá dentro de un rato, ve con él.

—¿Tal mal está?

—Lilian dice que no va a salir.

Ese nombre provocó nauseas a Elizabeth.

—Iré con Jack. Gracias por llamarme.

Durante unos minutos Elizabeth no reaccionó, su mente volvió al pasado, recordando cómo caló a Lilian desde el primer día; lo intuyó. No era una secretaria, era una cazadora furtiva con cara de ángel y un corazón envenenado por la ostentación y avaricia. Elizabeth supo el momento exacto en el que John le fue infiel con ella: el día que Jack cumplió veinte años, ese también que ellos cumplían

veintiséis de casados. Discutieron por una tontería, suficiente para que Lilian aprovechara la debilidad de John en su beneficio. La humilló delante de todos, John lo consintió y sentenció un amor que había sido correspondido desde que se conocieron en la universidad; aquel día terminó el matrimonio y la relación con el padre de sus tres hijos.

DOCE

Quebec, 21-5-12
Canadá

La espera en el hospital debió agotar a Lilian, no había rastro de ella cuando llegaron por la tarde. Gabriel habló con uno de los médicos, que le advirtió de la gravedad de John. El estado de coma lo protegía del aumento de la presión intracraneal tras el fuerte impacto sufrido en el accidente, y los resultados del último examen indicaban unos valores delicados en la escala Glasgow, donde se medía la respuesta ocular, motora y verbal. Según el médico, si sobrevivía era posible que sufriera alguna alteración en el cerebro, pero hasta que no despertase no sabrían el alcance. Todo el golpe se lo llevó en la cabeza; no tenía ninguna otra lesión; sin embargo, esa era la única capaz de controlar todo el cuerpo.

—Voy a verlo.

—Te espero aquí.

Claire le dio un beso en los labios y lo vio entrar en la habitación. Fue a una máquina de café, sacó un vasito de plástico y apretó el botón de *cappuccino*. Echó un vistazo al pasillo blanco y silencioso, sin familiares, solo el sonido de un carro chirriando con las ruedas delanteras medio locas perturbó el ambiente sosegado. Se sentó en un banco, incómodo, observando una muda televisión. Luego, se distrajo con la enfermera que arrastraba el carro, ajena al ruido con unos auriculares en los oídos. Claire se levantó a tirar el vaso y escuchó murmullos de voces masculinas. Al doblar la esquina, conoció en persona a los hermanos Drake y a Elizabeth. Los dos se parecían a Gabriel. Sean era un poco más bajo, con los ojos de un azul grisáceo familiar, el pelo castaño un poco largo, y un estilo informal con vaqueros, camisa blanca, una chaqueta de piel negra y unas converse negras, corroborando la descripción que Gabriel varias veces hizo sobre él. Jack le impactó; era muy guapo, aunque se escondiera tras una barba descuidada. Tenía los ojos azules como turquesas, unas largas pestañas oscuras, las facciones varoniles pero suaves, en equilibrio con un cuerpo esbelto y fibroso embutido en un traje azul marino, con la chaqueta amoldada a su torso, resultando una apariencia demasiado atractiva.

Los dos la miraron cuando se pararon frente a la puerta mientras su madre los alcanzaba. Claire percibió con nitidez el estado

anímico de Elizabeth, parecía la más afectada. Tenía el rostro marcado por las lágrimas, unos labios curvados con seriedad, y unos andares pesarosos, quizá, sin ganas de vivir ese momento. Vestía vaqueros y un jersey beige de pico, una imagen sencilla en una mujer que no buscaba destacar.

—Hola, soy Claire Merritt, he venido con Gabriel.

Jack inclinó la cabeza y le tendió la mano con una ligera sonrisa.

—Hola, soy Jack.

Sean no esperaba conocerla allí y la observó muy serio.

—Hola, Sean, encantado.

—Hola, Claire —dijo Elizabeth en cuanto terminó de saludar a Sean. La besó en las mejillas y comentó con una sonrisa afligida—. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Lo mismo digo.

Gabriel cerró la puerta con cuidado y se secó las lágrimas antes de abrazar a su madre. Después a sus hermanos, que tras un instante entraron en silencio.

Elizabeth se sentó observando a Claire consolarlo. Un hombre adulto llorando como un niño abrazado a una figura que se perdía dentro de él.

—¿Estás mejor?

Claire secó esas lágrimas impotentes y tiró de su mano hasta las sillas contiguas a Elizabeth. Permanecieron en un largo silencio, ausentes, perdidos en sus pensamientos. Gabriel había visto a su padre desfigurado, apenas una sombra del hombre que era, pero necesitaba aferrarse a ese espíritu combativo que John siempre había mostrado. En cuanto salieron Jack y Sean, su madre entró suspirando profundamente.

—¿Dónde está Lilian? —preguntó Jack.

—Ni idea —murmuró Gabriel—. Cuando hemos llegado estaba solo.

—¿Qué te han dicho los médicos? —preguntó Sean, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—Está muy grave. Si sale, probablemente, le quedarán secuelas —explicó Gabriel apretando la mano de Claire.

—No creo que a su mujer le importe —comentó Sean despectivo.

—Me ha dicho que ella ya tiene lo que quiere. —Gabriel habló atento a Sean—. No tiene escrúpulos.

—Ya te dije lo que intentó.

—No sé si es mejor para él que no sobreviva —comentó Jack

pensativo—. Eso no es vivir.

—No lo mates tú también. —Gabriel advirtió a Jack con sus palabras y una mirada afilada como el acero—. Nunca se sabe. Los médicos no lo tienen claro.

—No quiero que muera, solo digo que vivir enchufado a una máquina no es vida.

—Vamos a dejarlo, Jack.

Los nervios angustiantes, el cansancio por los viajes y la confianza entre ellos no les dejaban medir la intensidad de unas emociones imprevisibles. Aquella tarde, tanto Gabriel como Jack atendieron y agradecieron con una paciencia infinita las numerosas llamadas de amigos y de todo el consejo del banco, mientras, Elizabeth no salió de la habitación en ningún momento, acompañada por Sean, que totalmente abatido por los remordimientos no quiso tampoco separarse de su padre.

Excepto Elizabeth, los demás pasaron la noche sentados en las incómodas sillas de plástico destroza riñones de la sala de espera. Claire tenía la cabeza en el hombro de Gabriel con el brazo de él apoyado en la espalda, abrió los ojos, pero los apretó varias veces con fuerza por la molesta claridad.

—Cariño, despierta.

Gabriel abrió despacio los párpados y bostezó, moviendo el cuerpo dolorido.

—¿Y mi madre?

—Supongo que sigue dentro.

Sus hermanos salieron también del letargo y se estiraron con igual soltura que minutos antes Gabriel, podía interpretarse como mimetismo filial. Elizabeth salió y esbozó una ligera sonrisa al verlos, por su semblante parecía más tranquila.

—Los médicos dicen que el peligro ha pasado.

—¿Va a salir de esta? —preguntó Sean.

—Es posible —dijo Elizabeth—. Es un hombre fuerte y obstinado, tengo fe en él.

Gabriel sonrió y le rodeó los hombros con un brazo.

—Y yo.

De repente se le desencajó la cara y miró con fijación el fondo del pasillo. Soltó a su madre y se dirigió con rapidez hacia una mujer, que Claire identificó como Lilian.

—Jack, ve con él —dijo Elizabeth de inmediato—. Como me vea, va a liarla.

—La va a liar de todas maneras, mamá.

Jack bufó y apresuró el paso hacia Gabriel y Lilian, sus voces empezaban a llamar la atención del personal sanitario.

—Claire, nos vemos luego. —Elizabeth la besó cariñosa en las mejillas—. Vete con Gabe y descansa un poco.

—Tú también.

Elizabeth desapareció con Sean por otro pasillo huyendo de la pandemia rubia que alzaba la voz. La misma que no había llamado en horas interesándose por su marido. Claire observó inquieta a Gabriel, se advertía la tensión en su espalda, en la forma de echarse hacia adelante con gestos agresivos.

Unos minutos después, Lilian Drake pasó a la habitación y miró con desdén a Claire, de arriba abajo, desaprobando unos vaqueros y una camiseta negra como antítesis a un vestido verde perfecto, con un pronunciado escote y unos tacones altos; un modelito de cóctel muy apropiado para esa visita.

—Vamos, Claire.

Gabriel le tendió la mano y salieron dejando a Jack en un turno que prometía ser de todo menos tranquilo. Cogieron un taxi en la puerta del hospital y, tras indicarle al conductor la dirección de su piso, realizaron el trayecto en un cómodo silencio.

Entraron directos al dormitorio y Gabriel se dejó caer en la cama, sin molestarse por los zapatos ni la ropa. Claire necesitaba desentumecer primero su dolorida espalda.

—Voy a ducharme. Desnúdate.

—No puedo.

Extendió los brazos abatido, con un punto de teatralidad.

—Dúchate conmigo.

Gabriel se incorporó apoyado en los codos.

—¿En serio?

—Soy buena dando masajes.

—Me has convencido.

Pasó por delante desabrochándose la camisa, el pantalón lo había tirado antes de llegar a la puerta, y antes de eso, los zapatos con dos movimientos llenos de práctica y efectividad. Poco después, Claire frotaba con delicadeza todo el cuerpo masculino.

Unas manos llenas de espuma, unos pechos clavados en su torso y unas nalgas excitantes reclamaban a gritos un contacto que Gabriel no podía evitar.

—Te estás lanzando —dijo, enjabonándole el pelo.

—Me gustan tus botecitos. —Gabriel mantenía la cabeza inclinada hacia abajo, esperando poder cazar con la boca unos pezones en movimiento que lo tenían aturdido—. Estás para comerte.

—Prefiero enjuagarme y dormir un rato, no te ofendas.

—No lo hago, por intentarlo no pierdo nada.

—¿No estás cansado?

—Estoy muerto, pero… —Le colocó las manos en los pechos y se los juntó con seguridad—. Para estas siempre tengo tiempo.

Si a su erección no le hacía falta mayor aliciente, con aquellas posesivas caricias consiguió hacerse daño a sí mismo. Claire le rozó la punta del pene con el pulgar y el gemido de Gabriel la animó a ser más atrevida para envolverlo con la mano y deslizarla adelante y atrás guiada por murmullos entrecortados y el movimiento constante de sus caderas mientras aumentaba la suave fricción. Satisfecha por el poder de su mano sobre un cuerpo mucho más pesado y fuerte que, en ese momento, estaba doblegado a su voluntad, Claire se creció aplicada hasta dejarlo exhausto apoyado en los azulejos. Tras unos minutos breves, sonriendo se envolvió el cuerpo en una toalla sin quitarle los ojos de encima al Inquisidor que resollaba buscando aire. En un visto y no visto, Gabriel estaba estirado en la cama. Intentó mantenerse despierto, pero no pudo esperar a que Claire terminara de secarse el cabello, cuando también cayó rendida a su lado y se durmió de inmediato.

Claire se despertó en una habitación desconocida hasta recordar que era el piso de Gabriel, también llegó a su mente la mirada compasiva de Sean y una actitud distante con ella que achacó a la tensión del momento. No podía ser por otra cosa; era imposible que conociera el desenlace de la lejana primavera del 2003. Dejó hibernando a la marmota, se levantó y, tras ducharse, se vistió con unos vaqueros, una camisa blanca y salió a preparar el desayuno. Camino de la cocina, se detuvo en el salón para contemplarlo por primera vez con la luz natural que entraba por un ventanal inmenso. El mobiliario concordaba a la perfección con sus gustos: clásicos sin renunciar a la modernidad del diseño; varias estanterías curvas en rojo oscuro que resaltaban entre la sobriedad de unas paredes y sofás de piel blancos; un suelo de madera clara; y una mesa de cristal con un pie en el centro de hierro.

Encontró la cafetera en una alacena de madera con unas tallas antiguas en las puertas, aprendió sobre la marcha cómo funcionaba y consiguió un café bastante decente en un tiempo breve.

Viendo que no había mucho donde elegir, bajó a la calle y, en un supermercado cercano, compró: leche, huevos, pan y mantequilla, pensando en hacer una compra más grande si alargaban mucho la estancia; algo que dependía de la evolución de John.

A los pocos minutos de regresar, Gabriel entró vestido con unos vaqueros y un jersey negro, recién duchado, con el rostro afeitado y esos olores penetrantes que ella no era capaz de resistir.

—Hola, dormilón.

—Buenos días, cariño —saludó dándole un beso en los labios —. ¿Has salido?

—Sí, no teníamos de nada. Luego deberíamos ir a comprar.

Mientras Gabriel puso la mesa y se encargó del pan, Claire preparó unos huevos revueltos y los sirvió en dos platos. Se sentaron, le colocó por delante una taza como hacía a diario y echó la cantidad justa de café y leche; tal y como solía tomarlo todas las mañanas.

—¿Has descansado? —preguntó Gabriel.

—Sí. ¿Y tú?

—También. Acabo de hablar con mi madre, sigue igual.

—¿Está sola con tu padre?

—No, está con Jack, se ha turnado con Sean, pero ella lleva demasiadas horas sin salir del hospital; quiero llegar pronto.

—No te preocupes, en cuanto terminemos, nos vamos ¿Y Lilian? ¿Dónde está?

—Supongo que durmiendo tranquila en su casa.

—No sé cómo puede ser tan insensible, es su marido quien está en coma.

—Claire, esa mujer no quiere a mi padre. Solo quería el dinero. Ya sabes lo que me dijo por teléfono. Tengo claro que está esperando a que muera.

—Es muy triste, sobre todo para tu madre. Creo que aún lo quiere.

—Lo ha querido siempre. Mi padre cuando comprendió su error intentó hacerse perdonar, pero ella no quiso volver. Supongo que le temía a la soledad, por eso se casó con Lilian.

—No debió ser fácil para ella, la comprendo.

—No lo fue, y menos, porque siempre pensó que Lilian estaba utilizándolo.

—¿Y se ha equivocado? —preguntó Claire, mirándolo atentamente.

—No. Se equivocó mi padre. Me imagino que le hubiese perdonado la infidelidad, pero no debió permitirle a Lilian pavonearse estando mi madre presente; eso fue lo peor. Lilian lo cazó en un

momento decisivo en su vida, y creo que le pudo la soberbia de sentirse amado por alguien mucho más joven. Durante estos años he intentando mantener una relación cordial con ella solo por mi padre, pero por mi parte se acabó, debería haber sido más cauta, como mínimo podía haber esperado para exigir nada, se le ha visto demasiado rápido el plumero.

—Evita los enfrentamientos con ella delante de tu madre, no os llevan a nada positivo. Tu padre sigue luchando por vivir, esperemos que lo consiga y él solo resuelva sus problemas personales.

—Ojalá, cariño.

Llegaron al hospital y encontraron a Jack hablando por el móvil en la sala de espera. Gabriel se asomó a la pequeña ventana que tenía la puerta de la habitación y vio a su madre con la mirada abstraída, sentada en una silla al lado de la cama. Abrió despacio y entró esbozando una ligera sonrisa.

—Hola, mamá. ¿Cómo sigue?

—Hola, Gabe, igual.

Elizabeth giró la cabeza hacia John.

—Ve a descansar un poco, Claire y yo nos quedamos con él.

—No quiero irme.

—Por favor, vete. Si hay cualquier cambio, te aviso. No te preocupes.

—No me gustaría que despertara y se viera solo.

—No va a estarlo. Estamos todos con él.

La mirada de Elizabeth a Gabriel fue una ráfaga envenenada. Todos no estaban ahí, faltaba la actual señora Drake, incumpliendo como siempre su palabra.

—Está bien —dijo asintiendo. Se levantó y le tocó a Gabriel el hombro—. Volveré en dos o tres horas, avísame si hay algún cambio.

—Sí, anda, vete ya.

Cuando cogió Elizabeth el bolso y la chaqueta, se acercó a la cama y, sin importarle la presencia de Gabriel, sostuvo entre las manos la que John tenía sin vías, la besó e inclinó la cabeza para hablarle al oído:

—No puedes irte sin despedirte de mí —susurró emocionada —. Sabes que nunca lo hicimos, no me falles ahora.

Salió con lágrimas en los ojos y recibió un afectuoso abrazo de Claire.

—¿Cómo estás? —preguntó Claire.

—Bien. Le he dicho a Gabe que me llame si pasa algo, por

favor, no lo dejéis. No le gusta estar solo.

—No vamos a ir a ningún sitio, vete tranquila.

Claire le acarició el brazo con una sonrisa animosa en los labios, la misma que se congeló de inmediato al ver aproximarse a Lilian. Unos tacones resonando de forma irritante, un cuerpo que se empeñaba en ser más joven, aunque para ello tuviera que martirizarlo, y unos ojos destilando furia hacia Elizabeth eran el saludo que les esperaba.

—Largo de aquí —dijo a unos metros de distancia. Casi encima, espetó centrada en Elizabeth—. ¡Fuera!

Elizabeth, que no vio la necesidad de rebajarse, no replicó, solo tenían en común a John y hasta eso era dudoso. Mientras Elizabeth Durham Drake compartió con él sus mejores años y sus hijos, Lilian se quedó con el maduro amargado que solo conseguía satisfacción matándose en el trabajo; en definitiva, nunca habían conocido al mismo hombre.

Jack dejó la conversación y se levantó muy serio.

—No vuelvas a hablarle así a mi madre.

—Déjalo, cariño —dijo Elizabeth, sujetándose al brazo de Jack—. Vamos.

—¡No aparezcas más por aquí! —exclamó Lilian—. ¡Yo soy su esposa! Métetelo en tu dura cabeza, asume de una puñetera vez que te dejó.

Claire, que no se movió del sitio cuando Jack se encaró con Lilian, detectó una sombra de celos acumulados en la mirada rabiosa de la rubia.

—Nunca has querido a mi padre —dijo Jack en un tono tan frío como el hielo, aguantado las ganas de rugir para no terminar de montar un circo—. No tienes ningún derecho a exigir quién viene a verlo. ¿Dónde coño has estado metida? —preguntó sonriendo cínico —. En vez de tanto grito pasa más tiempo a su lado, ya que como bien dices eres su esposa.

Tratando de suavizar la tensión de Jack, Lilian levantó la mano para acariciarle el rostro. De todos era el que mejor la aceptó en su día y el menos esquivo a unas constantes muestras de afecto que, pese a no ver nunca correspondidas, no se privaba en ofrecerle. Jack sujetó con brusquedad esa mano que le repugnó, y siseó muy despacio:

—Eres un pedazo de zorra.

—Piensa lo que quieras. ¡Todos sois como él!

Gabriel salió de la habitación alertado por las voces en el pasillo, imaginó la clase de encuentro entre su madre y Lilian, la

reacción de una y otra y la defensa feroz de su hermano.

—¿Qué ocurre aquí?

—No pasa nada —dijo Elizabeth, tirando del brazo de Jack. Gabriel desvió los ojos un instante hacia Claire y recordó sus palabras —. Llámame si hay cambios.

Asintiendo, sonrió a su madre. En cuanto se quedó a solas con Lilian, bajo la atenta mirada de Claire, habló con dureza:

—No sé qué ha pasado, pero déjate de tonterías y preocúpate por mi padre.

—Haré lo que crea conveniente, pero no quiero a tu madre cerca.

—¿A qué le tienes miedo?

—A nada —respondió prepotente.

—Entonces no veo el problema para que mi madre pueda estar también con nosotros. Fue su mujer muchos más años que tú y estoy seguro de que mi padre querría tenerla a su lado.

—Lo dudo…

—Yo no.

Con un gesto de indiferencia, la flamante señora Drake dio por finalizada la charla, entró en la habitación y, pocos minutos después, mientras Gabriel y Claire regresaban de servirse unos cafés, abandonó el hospital saliendo a escondidas por otro pasillo con la intención de no ser descubierta.

Durante los días siguientes John se mantuvo estable. Aunque los médicos eran muy cautos, les dejaban vislumbrar esperanza en sus palabras. Claire y Gabriel pasaron todas las tardes con él en la habitación siendo relevados por Sean o Jack y siempre por Elizabeth, que no había vuelto a coincidir con Lilian, igual que los demás.

Desde que la vida de John dejó de estar en peligro, el interés de Lilian decreció ante el futuro cercano que preveía. No tenía pensando cuidar a un sesentón en coma. Harta de frío, vació las únicas dos cuentas bancarias a las que pudo acceder y salió de Quebec rumbo a California buscando calor y vitalidad.

Cuando llegaron esa tarde al hospital, Sean se levantó al verlos y los saludó con una sonrisa forzada, también con un brillo piadoso en los ojos que a Claire le confirmó su sospecha: conocía el resultado de aquel día fatídico.

—¿Alguna novedad? —preguntó Gabriel.

—Respira solo y parece que está teniendo más reflejos —comentó sin mirar a Claire—. Mamá está con él.

—Es una gran noticia —añadió Claire con una sonrisa breve —. Se recuperará.

—Sí, eso parece.

Volvió a percibir la incomodidad de Sean, no quiso alargarla y dijo:

—Voy a entrar para decirle que hemos llegado.

Gabriel colocó el brazo en el hombro de Sean.

—¿Estás bien? —preguntó al no encontrarle el ánimo positivo que esperaba—. Te noto raro.

—¿Podemos hablar un momento?

—Es lo que hacemos ¿no?

Se sentaron en las sillas de plástico blanco, alejados de cualquier público curioso. Sean tardó unos segundos en decir:

—He estado investigando.

—¿Qué?

—A Claire.

—¿Cómo?

Los ojos de Gabriel dejaron de verse convertidos en mechas oscuras a punto de prender varios barriles de pólvora. Se levantó de golpe y fue hacia la habitación para no cabrearse más por la maldita curiosidad de su hermano.

—Gabe, escúchame.

—No —exclamó enfrentado a Sean—. Te conté algo horrible que le sucedió a mi novia y no quiero remover un pasado que nos hace daño a los dos. No sé por qué has investigado nada, lo que pasó es lo que pasó, no puede cambiarse.

—Solo quería decirte que lo siento mucho, tuvo que ser un drama para ella.

—Lo fue y me ha costado muchos meses que saliera de él; a ella años.

—Me lo imagino.

—No, Sean, no tienes ni idea de lo que es querer a alguien y que te tenga miedo porque un desgraciado la violó y la hundió como mujer. Te lo garantizo, no sabes qué es.

—No, tienes razón, no lo sé. Perdóname, no lo he hecho con mala intención.

—Ya lo sé —dijo Gabriel, bufó cansado y sonrió sin ganas—. No le des más vueltas, por favor, olvídalo.

—Vale, pero no te enfades. —Sean le palmeó el hombro y añadió bromista—: Tienes buen gusto, Drako.

—Como tú, hermanito.

Al entrar, Elizabeth los recibió sentada en un pequeño sofá, el

mismo que sostenía su cuerpo por las noches; esas horas silenciosas donde lloraba al hombre que la abandonó, aunque nunca dejó su corazón. Ambos la besaron en la mejilla, Gabriel miró a Claire y se sentó junto a ella, le sujetó cariñoso la mano apretándola; le gustaba verla relajada siendo su mejor apoyo.

Hablando con Elizabeth, Claire observó a Sean y a Gabriel. Los ojos del abogado sufrían insistentes desvíos para cazar a los suyos. La hora había llegado, no podía retrasar más una temida conversación esperando comprensión; algo imposible de suponer cuando ni ella misma a veces se la daba.

—Gabe, creo que tú y Claire deberíais volver. Sé que estás muy liado —dijo Elizabeth—. No sabemos cuánto puede durar esta situación.

—No te preocupes por nosotros. Puedo quedarme el tiempo que quiera. Si no soy yo el encargado de las negociaciones, lo hará cualquier otro.

—No seas cabezón. Sean tiene que volver a Nueva York para atender el bufete, Jack también vuelve y tú debes hacer lo mismo. Yo me quedaré aquí hasta que sepamos cómo tendremos que afrontar las cosas.

—¿Dónde? —preguntó intrigado. Aunque les ofreció alojarse en el piso cuando llegaron, los tres prefirieron un hotel cercano al hospital—. ¿En mi casa?

—¿Te importaría?

—Sabes que no. Pero a Lilian no va a gustarle.

—¿Me ves nerviosa por ella? —preguntó con una mirada soberbia—. Intenta controlar las cuentas de tu padre, me da mala espina que no haya vuelto a aparecer.

—No puedo tener acceso a sus cuentas, tendría que hablar con Bill Patterns para bloquearlas y no es legal sin una autorización judicial.

—Me da igual —dijo rígida—. Busca la manera, pero que no tenga acceso al dinero. Cuando tu padre se recupere que decida qué quiere hacer con su vida, pero estando así somos responsables de todo su patrimonio, incluido el dinero, lo más importante para ella.

—¿Somos? —preguntó Sean, arqueando una ceja.

—Sí, vosotros y yo —respondió sin titubear—. Somos su familia y vamos a comportarnos como tal.

—Me alegro de que lo veas así.

En silencio, Claire compartió ese punto de vista. Desde que se habían ido conociendo, la admiración entre ellas era recíproca y con esa actitud inflexible le recordó a su madre; otra luchadora que supo

estar a la altura de las circunstancias en los malos momentos.

Encontraron un vuelo el sábado por la tarde y llegaron a Terranova por la noche, casi a la semana del accidente. Dejaron a Elizabeth contagiados por el optimismo de los médicos ante las señales de un cuerpo hastiado de conformar a un cerebro que poco a poco quería recobrar la vida; dieron por hecho que en pocos días volvería a despertar, al menos, ese fue el pronóstico.

Cenaron en la cocina el guiso de carne favorito de Gabriel, otro detalle más de Ethel, que lo mimaba como a un niño; le consentía cualquier petición; igual que Eloise, otra que había caído en sus redes.

—Cómo te cuidan…

—No tengo queja. —La sonrisa burlona de Gabriel fue lo mejor que hizo por ella, aparte de degustar con su voracidad habitual una comida a la que no podía resistirse—. ¿Tienes envidia?

—No seas infantil, era una observación.

—Si quieres intercedo por ti, no me importa.

—Gracias, eres muy amable.

—A tu servicio.

—Aunque prefiero otra cosa de ti.

—Si está en mi mano, sabes que no tengo problemas.

—Lo sé —afirmó con una sonrisa tibia. Viendo que la conversación estaba conduciéndolos a otra situación más placentera, Claire decidió abordar el tema que no podía quitarse de la cabeza—. Tenemos que hablar.

Al notar el cambio en la voz, Gabriel endureció la mirada.

—¿Qué pasa?

—Necesito contarte algo.

—No sé por qué quieres recordarlo —espetó con más agresividad de la que pretendía, se levantó y no se movió durante unos segundos—. Yo no lo viví y no lo soporto, no quiero oírlo, lo siento. —Salió hacia el dormitorio, se cambió rápido de ropa con intención de salir a correr para despejar el malhumor. Al pasar otra vez por la cocina, dijo sin pararse—. Me voy un rato.

Sentada en la mesa, mareando la comida, Claire alzó los ojos y asintió despacio. Escuchó la puerta cerrarse y se tapó la cara con las manos sin fuerzas para enfrentarse a una parte de su pasado que Gabriel no estaba dispuesto a escuchar. Esa obstinación volvía a dilatar la explicación de las consecuencias de aquella noche; le gustase o no; tarde o temprano le afectarían de manera negativa.

Ni una hora después, entró Gabriel en el salón. No traía

síntomas de fatiga. Observó leyendo a Claire con una apariencia serena, aunque sus sigilosos demonios no quisieran alejarse. Cuando se aproximó, Claire apartó la vista del libro y lo dejó a un lado. Le costó un gran esfuerzo meterse en la lectura, pero lo consiguió; era su manera de evadirse; tenía la facultad de alejar la tristeza, de viajar a otros países o vivir experiencias inalcanzables sin salir de su casa, sin peligro y sin miedo.

Gabriel se sentó en el sofá, estiró las piernas despatarrado con naturalidad, dejándole apreciar una musculatura contundente y unos pantalones cortos que le marcaron los genitales.

—¿Estás cansado?

—No. Perdona por haberme ido así.

—No quiero hablar para recordar, pero es justo que sepas todo lo que ocurrió.

—No quiero saberlo. —Gabriel resopló—. Cariño, no me hagas esto.

—Debo decírtelo —dijo Claire con lágrimas en los ojos—. Es importante.

—No, no lo es. —Gabriel movió la cabeza—. Si no podemos tener hijos, me da igual, los adoptaremos, pero no te atormentes más porque no podré soportarlo.

Atenta a esas palabras y a una confusión sorpresiva, dejó de llorar; aliviada al comprobar que sus sospechas sobre Sean eran infundadas.

—Nunca te he dicho que no pudiera tener hijos —comentó Claire. Gabriel había malinterpretado la peor consecuencia de aquel desastre; que no fue esa, con esa podía vivir; su mente le jugaba malas pasadas con la verdad—. Es una conclusión que has sacado tú solo.

—Repítelo. —Gabriel apretó las cejas, sin comprender o asimilando que el malhumor al saber que nunca tendrían hijos había sido producto de sus propios miedos. Llevaba convenciéndose de que para él no eran necesarios desde que supo de sus lesiones, pero siempre le quedaba el resquemor de su propio engaño; sí deseaba ser padre—. ¿Puedes tener hijos?

—¿Y tú? —preguntó Claire irónica.

—Supongo, nunca me he hecho ninguna prueba.

—Yo sí, y no tengo ningún problema —dijo con una sonrisa que no le llegó a los ojos. Suficiente añadió—: Aunque viendo tu afición por ahorrar en preservativos no estaría tan segura de tu capacidad procreadora.

—¿No tomas anticonceptivos?

—Cariño, hasta este momento no te ha preocupado mucho ni

tu salud ni la mía, ¿qué más da ahora? —Sonrió y en voz alta comentó un deseo que, aparte de ser un imposible antes de conocerlo, cada vez sentía con más intensidad—. No me importaría quedarme embarazada, para mí será un placer porque quiero. Eres el único hombre al que voy a amar y con el único que tendré hijos. No sé si te parecerá bien, pero, como no me habías dicho nada, he asumido que no te importaría.

Unos ojos grisáceos con la mirada rebosante de alegría seguían a su amor, que sonreía radiante. Claire tenía la capacidad de arrastrarlo hasta el infierno para luego enseñarle el cielo azul más despejado que nadie pudiera soñar. Se levantó, extendió la palma de la mano y, en cuanto Claire la agarró, tiró con suavidad. Rodeó su cintura con los brazos y unieron los labios en un beso apasionado, dos lenguas por igual, dos personas comprometidas en una relación que se afianzaba con el paso del tiempo.

—Quiero tener un niño —susurró Claire—, pronto.

—Me has hecho muy feliz y quiero cumplir todos tus deseos.

—Se nota.

Motivado, con la autoestima por las nubes y una erección obediente, a Gabriel no le importó la burla de Claire. La llevó al dormitorio y le demostró una habilidad que cuanto más probaba más necesitaba. Volaron juntos entre tinieblas de lujuria, batieron sus alas elevados por fuertes vientos hasta acabar cayendo en picado, sin red ni fantasmas, totalmente expuestos a ese amor; ese que los salvó dejándolos en tierra, exhaustos, abrazados mientras sus cuerpos palpitaban unidos.

TRECE

San Juan de Terranova, 27-5-12
Terranova y Labrador, Canadá

Cuando el domingo por la mañana Claire entró en la cocina, sonrió viendo la mesa puesta para el desayuno y a Gabriel totalmente concentrado en el pan del tostador, parecía ausente.

—Buenos días —saludó Claire. En cuanto escuchó la voz, giró la cabeza—. Qué detalle, cariño.

Gabriel se acercó despacio y alargó los brazos para atrapar sus caderas.

—Tenía tiempo —dijo, inclinándose para besarle los labios con suavidad—. ¿Has descansado mejor?

—Mucho, echaba de menos nuestra cama —dijo al acariciarle la nuca, se apartó, dejando a Gabriel complacido, y se sentó en la mesa—. ¿Has podido bloquear las cuentas de tu padre?

—He llamado a Patterns y me ha dicho que Lilian ha retirado todo el dinero de dos conjuntas, las otras no puede tocarlas. —Trajo el pan a la panera de mimbre que había en el centro de la mesa y se sentó mientras Claire le servía su taza de café. Tras echarse el azúcar, comentó—. Parece que mi padre no se fiaba mucho y no hay nada más a su nombre. ¿Pero, sabes qué es lo más curioso? —preguntó sonriendo. Ante la negativa de Claire, añadió—: Aún tiene operativa una cuenta con mi madre.

—Qué raro después de diez años.

—Es peor. —Gabriel bebió un sorbo de café—. Es donde tiene la suma más grande de dinero.

—O sea, que si le pasara algo, tu madre podría disponer de él sin necesidad de testamento.

—Sí.

—¿Lo sabe?

—No lo sé, creo que no. Me extrañaría mucho, llevaban varios años sin verse.

—Tendrás que decírselo. Está claro que ella todavía lo quiere y dudo mucho que tu padre no lo haga. Supongo que el odio que le tiene Lilian es porque sabe lo que hay.

—Cuando la llame se lo comentaré. Qué complicadas son las cosas a veces.

Esa reflexión atrajo con la potencia de un rayo la tortura

silenciada por Claire. Lo miró un instante, pero no quiso volver a la carga. Continuó masticando, pensativa; apenas entendió algunas frases del discurso sobre la actitud hostil de Lilian con Elizabeth, dándole vueltas siempre a su condena.

En el cementerio de San Francisco de Asís se notaba más que en otros lugares la primavera por el verde luminoso que rodeaba las lápidas, el trasiego de personas con ramos de flores en el camino de tierra que lo rodeaba o por el sol radiante que acompañó a Alexei hasta la tumba de Charles Merritt.

Craig, el hombretón que había tenido de ayudante durante la última etapa de su carrera, le esperaba en la camioneta para ir a Deer Lake Manor, donde viviría a partir de ese momento.

Arrodillado ante la lápida del que fue su mejor amigo, pegada a las de Chris, Grace e Iris, la esposa de Charles; su querida Irina, la mujer que no dudó en sacrificarse por él, pero no tuvo suerte en Terranova; ninguna, falleció un año después de su llegada; Alexei cerró los ojos como despedida.

—Intentaré venir de vez en cuando, no es una residencia —comentó el ruso, recordando que tendría un bungaló propio y que podía salir sin impedimentos—, no la dejo sola. Creo que está en buenas manos, no parece mal tipo y está enamorado de la casa. —Sonrió por una escena que lo llenó de orgullo—. No es capaz de entrar en ella sin admirar la fachada durante unos minutos, lo tengo comprobado. —Se detuvo y echó un vistazo a la camioneta, bajando el tono de voz, dijo—. Me arrepiento de no haberlos quemado, hemos tenido una suerte increíble con la reforma que han hecho, no sé por qué me hiciste caso… —Afligido, se levantó. Pero no como Alec Barn, allí no fue la persona conocida por la mayoría, de aquella tumba se despidió con lágrimas en los ojos Alexei Barinov, Liosha, el hombre maldito por un arte que Charles descubrió en cuanto empezó a trabajar para él, ese amigo leal que nunca traicionaría su memoria, pese a soportar un ingrato olvido—. Cuídate, Charlie, y cuídalos a todos.

No pudo pararse en la tumba de Chris. Su nacimiento cambió la vida de varias personas, por supuesto sin pretenderlo; habían sido ellos quienes tomaron las decisiones. Esas que remordían su vieja conciencia, donde todavía destellaban ráfagas de genialidad para enfurecerlo por su cobardía o para hacerlo recapacitar alejándose del pasado.

La figura alta de Alexei, con el cabello blanco y todas las

arrugas que desgraciaron sus rasgos eslavos tras una vida intensa, anduvo medio encorvada hasta la camioneta. Se perdió en la distancia con la misma sensación que tuvo al salir de Europa en 1953; entonces supo que abandonaba para siempre a la mujer que aún amaba, y en esos pasos consternados, la soledad y el dolor eran exactamente iguales; estaba convencido de que jamás regresaría.

Pasados varios días esperaban que John pronto saliese del coma, ya que su estado mejoraba de forma constante. Gabriel tenía intención de volver a Quebec, pero varias matizaciones en las cláusulas de la propuesta final para la *Deep Ocean* le acarreaban numerosas horas extras sin ver el final.

El lunes llegó casi a medianoche tras otra jornada infame, sin apetito, solo con ganas de meterse en la cama. Era su objetivo desde hacía un buen rato y al tenerlo a mano no se lo pensó. Se desnudó en el baño e intentó no hacer ningún ruido para no despertar a Claire. Luego se tumbó en su lado y encajó el cuerpo a una espalda suave, con un olor calmante para los sentidos, unas nalgas sinuosas que se acoplaban a sus caderas a la perfección y unas piernas que en cada roce ahuyentaban el cansancio sustituyéndolo por deseo. De manera involuntaria, Claire se movió provocando en Gabriel una reacción instantánea, que podía controlar apartándose.

—Abrázame —susurró Claire.

—Lo siento, no quería despertarte.

Con un ronroneo muy sexy, Claire se giró, colocó la mano en su cintura y le recorrió con los labios el cuello hasta unir sus bocas en un beso pausado y tierno.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, estamos terminando.

Gabriel la volvió a besar, pero el sonido del móvil lo sacó de un dulce encuentro y saltó fuera de la cama. El corazón empezó a latirle con un ritmo enfurecido, intuyendo una desgracia si su madre llamaba tan tarde. Contestó mirando a Claire, que no apartó los ojos de los suyos.

—Hola, mamá.

—Gabe —dijo Elizabeth llorando—, papá acaba de despertarse.

—Gracias a Dios. —Aliviado, soltó con fuerza el aire que retenía en los pulmones y sonrió a Claire—. ¿Cómo está?

—No recuerda nada, pero los médicos me han dicho que va a recuperarse. Irá despacio, pero la previsión es buena.

—¿Le quedarán secuelas?

—No lo saben. Tienen que hacerle más pruebas, pero parece que su cuerpo responde.

—Qué bien. Me he asustado al ver tu llamada.

—Lo siento, cariño, pero tenía que avisaros.

—No te preocupes, mañana iré a verlo.

—Si no puedes, déjalo para el fin de semana. Yo no voy a moverme de aquí.

—Ya lo sé, pero quiero verlo.

—Muy bien —admitió feliz—. Dale un beso a Claire de mi parte.

—Otro de ella para ti. Un beso, mamá.

Colgó, volvió a la cama, y terminaron un día agotador con la mejor de las noticias, planeando salir hacia Quebec al día siguiente para recibir a John junto al resto de los Drake.

Aunque al día siguiente el vuelo no se prolongó más de cuatro horas, con la obligada escala en Montreal, les fue imposible asomar por el hospital hasta bien entrada la tarde. Saludaron a Sean y a Jack felices por verse con una noticia tan importante y positiva.

—¿Cómo está? —preguntó Gabriel.

—Bastante bien —dijo Jack risueño—. Me ha obligado a afeitarlo en cuanto mamá ha salido a hablar con el médico.

Al escucharlo, Claire disimuló una sonrisa apretando los labios. Creyó haber descubierto el origen presumido de su novio.

—¿Habéis hablado con él? —preguntó Gabriel.

—Sí —respondió Sean tan contento como todos—. Le cuesta encontrar las palabras, está confuso y no recuerda el accidente, pero va a salir de esta.

—¿Ve y oye bien? —preguntó Gabriel interesado.

—Sí. —Sean afirmó con la cabeza—. En diez minutos tenemos que ir a hablar con el médico.

—¿Has venido solo? —preguntó Claire.

—Sí —respondió amagando una sonrisa—. Elaine no quiere dejar a Ophie con nadie y este no es sitio para ella.

—Claro, es normal —admitió Claire atenta a su mirada. No lograba interpretarla. No entendía el porqué de esa actitud fría, cuando tenía descartado que supiera nada sobre ella y, según Gabriel, era un tío encantador. Trató de no darle importancia y añadió—: Es muy pequeñita.

—Cariño, voy a entrar —dijo Gabriel impaciente—. ¿Vienes?

—Entra tú primero, a mí no me conoce. —Claire se sentó acompañada por Jack mientras Sean lo acompañó—. ¿Cómo te va en Nueva York?

—Como siempre —respondió despreocupado. Era mejor no hablar de su pesadilla rubia. Hasta el momento no habían coincidido, también porque delegó en un compañero la dirección del departamento donde Cora trabajaba, pero era una cuestión de tiempo, inevitable; temía y ansiaba ese día por igual. Acostumbrado a ocultarse bajo una fachada divertida, compuso una sonrisa perfecta y preguntó—. ¿Y a ti?

—Muy bien, tranquila en el fin del mundo.

Durante unos minutos Jack se interesó por ella, aunque le pareció tan reacia a hablar de su vida como él.

—Gabe me ha contado maravillas de tu casa. Algún día me gustaría ir.

—Estás invitado. Tenemos espacio suficiente. Si te gusta la naturaleza, es tu sitio.

—Soy más de asfalto, pero cuando vivía aquí me gustaba salir a andar por el campo.

—Pues ya sabes, cuando te apetezca desconectar de la ciudad, llama a tu hermano y nos haces una visita.

—Me lo apunto, luego no te eches para atrás.

Claire rió encantada. Era muy agradable y, a pesar de no conocerse mucho, apreció ese esfuerzo por mantener una charla amistosa. Sus hermanos salieron para hablar con los médicos y Jack fue con ellos. Claire entró con cautela en la habitación, saludó a Elizabeth con dos besos y un abrazo cariñoso. Al instante centraron la atención en el hombre que copó los pensamientos de Elizabeth desde el accidente. Ya no presentaba los hematomas tan oscuros en los ojos ni la inflamación pronunciada de los primeros días; aunque sin la barba plateada se le veían magulladuras y rasguños repartidos por todo el rostro. Tenía un aspecto fatigado, con ojeras y la piel sin brillo; en cambio, aquellos ojos azules, iguales que los de Jack, resplandecieron mirando a Elizabeth.

—John, ella es la novia de Gabe, Claire.

—Hola —saludó suave, fijándose en las facciones del hombre. Tenía parecido con sus tres hijos; aunque claramente el pequeño era quien más había heredado de él—. ¿Cómo se encuentra?

—No sé. —John habló lento, con la voz ronca—. *Gracias* por *ve-nir*.

—No me las dé, lo he hecho con mucho gusto.

En el despacho del neurólogo, los hermanos Drake

escuchaban atentamente la explicación, ignorando la manía del médico, que se ponía y quitaba unas gafas de pasta oscura cada vez que leía algún dato correspondiente a los últimos resultados de las pruebas:

—Lleva casi una semana despertando, ha superado el coma y ahora tenemos que resolver los trastornos físicos, cognitivos y emocionales. Pueden ser meses de rehabilitación.

—¿Se recuperará por completo? —preguntó Jack.

—Depende de la gravedad de la lesión. Por lo que hemos observado en su padre, no tiene daños en las áreas prefrontales de la corteza cerebral y solo presenta una alteración de la memoria que normalmente se suele recobrar pasado el tiempo. El estado de coma le ha durado quince días y con una buena rehabilitación tiene muchas probabilidades de no presentar secuelas.

—¿Cómo podemos ayudarle? —preguntó Gabriel.

—La rehabilitación neurológica es primordial cogerla cuanto antes. Les aconsejo que lo lleven a un centro especializado, ya que los seis primeros meses son fundamentales para una buena recuperación.

—Haremos todo lo que sea necesario —afirmó Sean, añadió —: Si es tan amable, nos podría recomendar algún centro aquí.

En la habitación, John se vio vencido por el cansancio y se durmió, dejando a Claire y a Elizabeth hablando sin parar sentadas en el sofá.

—¿Cómo ha reaccionado cuando te ha visto?

—Tan normal —respondió Elizabeth—. Como si nos hubiésemos visto ayer.

—Me imagino que para ti no será fácil estar aquí, quería decirte que te admiro mucho.

—Gracias, Claire, pero he hecho lo que me ha dictado mi corazón. —Miró a John con una sonrisa triste—. Ha sido el amor de mi vida. Nos conocimos siendo muy jóvenes y tuvimos a los niños muy seguidos —dijo con los ojos vidriosos por la melancolía, movió los hombros en un gesto resignado—. Es difícil comprender que por un error, mal entendido o lo que sea, tu vida puede cambiar en un minuto.

Claire sonrió emocionada, la comprendía a la perfección.

—Lo sé. A veces las cosas se complican sin que podamos hacer nada.

—Me costó mucho aceptar que me dejó por otra —dijo aguantando las lágrimas—. Demasiado.

—*Nun-ca* te *de-jé*, Beth.

Al escuchar la voz susurrante de John se hizo el silencio,

Claire se levantó y salió para darles intimidad; la necesitaban si deseaban aclarar sus sentimientos. Pese a todo, esa pareja madura nunca separó sus vidas aunque las hubiesen vivido a kilómetros de distancia. Elizabeth y John tenían mucho en común, no solo a sus hijos y una nieta, perduraba aquel amor de juventud que los marcó para siempre y jamás quiso abandonarlos.

Con la firma del acuerdo para construir la nueva plataforma, la siguiente semana fue agotadora para Gabriel. El Scotia iba a invertir muchos millones de dólares que no empezarían a recuperar hasta dentro de dos años, cuando estuviese en funcionamiento, en unos meses se iniciaba la construcción y hasta entonces su cometido en Terranova había terminado, pero viajó a la sede central en Toronto y propuso su traslado definitivo bajo la promesa de realizar las acciones necesarias para fomentar el crecimiento de la entidad en Irlanda y el Reino Unido, usando los contactos que tenía de su anterior etapa. No le suponía ningún problema viajar a Europa; aunque decidió no hablarlo con Claire hasta que pasase el verano y evitarle así la inquietud de sentirse sola; algo que ocurrió durante los dos días que habían estado separados. En las largas conversaciones telefónicas que tuvieron a diario, trató de disimular con humor, pero se conocían y sabía que llevaba mal la soledad.

Cuando llegó del aeropuerto por la tarde, se sorprendió al ver a Eloise subiendo la escalera cargada con sábanas. Luego olfateó rastreando un olor delicioso y, sonriendo alegre, entró en la cocina, donde Claire ayudaba a Ethel pelando verduras.

—Hola, cariño —dijo Claire contenta, llevaba impaciente un rato. Rodeó su cuello con los brazos y, de forma discreta, lo besó en los labios con un público escaso y atento—. ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien. Estáis viendo al nuevo director ejecutivo del Scotia de San Juan.

—¿Cómo? —exclamó Claire—. Ese puesto no está a tu altura. ¿Estás loco?

—No estoy loco. Es tan válido como cualquier otro —dijo paciente, se acercó a Ethel y cogió la cuchara que le ofreció, después de probarla y darle el visto bueno, añadió—. Perfecto.

Apoyada en la mesa, Claire bebía una copa de vino, los observó elevando las cejas mientras negó despacio. «Ver para creer; sin dudas, era la estrella de la casa».

—¿Por qué? —preguntó seria, dejó la copa y cruzó los brazos.

Gabriel se plantó delante con las manos en los bolsillos.

—¿Qué ocurre?

—Nada, pero no sé en qué estabas pensando.

—Pienso en el futuro y, además, no he dejado el puesto de director financiero, seguiré supervisando las operaciones de América y Europa.

—¿Todo?

—¿En qué quedamos?

—En que estás loco —respondió Claire veloz, intranquila porque asumiera tanta responsabilidad—. Eso es demasiado trabajo y tendrás que estar todo el día viajando. Este acuerdo te ha supuesto meses, te pasará igual con otros, en otros países.

—No voy a estar fuera meses, un par de semanas a lo sumo, y ya veremos cómo lo hacemos. Puedes venirte conmigo y así haces turismo.

—Claro y dejo solos a los clientes.

—¿Qué clientes?

—Los míos —respondió sonriendo irónica.

Gabriel entornó los ojos por algo que Claire no había entendido e iba a tener que explicarle con mucha claridad. Prefirió mantener esa conversación cuando estuvieran a solas. En cuanto Eloise terminó de preparar dos habitaciones, se unió a ellos. Saludó con dos besos cariñosos a Gabriel y empezó a recoger con Ethel.

—Claire, acuérdate de llamar mañana a la agencia, si vienen con niños es mejor la Sur.

—Vale, no te preocupes. De entrada van a estar hasta agosto.

Batiendo las mandíbulas con fuerza, Gabriel las observó en silencio. Antes de calentarse más y saltar por los aires, abandonó la cocina para ir a ducharse.

—¿Qué le pasa? —preguntó Eloise.

—Me parece que no le ha hecho gracia que vayamos a tener clientes —dijo Ethel.

—Después hablaré con él. ¿Lo has dejado todo listo?

—Sí —respondió Eloise—. Sube a verlo si quieres.

—Ahora iré.

—Se te empiezan a acumular las tareas.

Ethel hizo una mueca burlona.

—No lo sabes tú bien.

Más tarde, Claire comprobó los dormitorios mientras escuchaba a Gabriel hablar con Elizabeth. Habían trasladado a John a una clínica en las afueras de Quebec, especializada en lesiones cerebrales, y desde hacía dos días estaban sometiéndolo a una técnica de estimulación transcraneal a base de energía electromagnética que

activaba las funciones de las células nerviosas. Todavía no podía andar, seguía esforzándose por hablar bien y, aunque le aconsejaron mucha paciencia, a veces mostraba cambios de humor repentinos causados por la frustración. Elizabeth soportaba esos arrebatos de ira sin inmutarse, siempre acompañándolo, sin ningún reproche y sin nombrar a Lilian, la gran ausente en el cerebro selectivo de John, que no tenía el recuerdo de haberla conocido; borró esos diez años y para él su esposa estaba a su lado, la única que había tenido.

Tal y como imaginaron, Elizabeth desconocía la existencia de la cuenta que compartían, pero no se sorprendió demasiado. Después del divorcio John intentó volver varias veces, e incluso unos días antes de casarse con Lilian le juró bastante enfadado que ciertas cosas jamás cambiarían.

Cuando se quedaron solos, Claire entró en el salón y vio a Gabriel reclinado en el sofá mirando el techo, vestido con unas bermudas negras y el torso descubierto.

—¿Has terminado ya? —preguntó Claire.

—Sí, ¿y tú?

—También —respondió, dejándose caer en el sillón.

—¿Podemos hablar? —preguntó incorporándose.

—Claro.

—¿Desde cuándo sabes que llegan esos clientes?

Claire suspiró hondo.

—Varios días.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No quería molestarte, con tus cosas tienes bastante.

—Te he dicho que no quiero extraños por aquí, deberías habérmelo consultado.

—¿Perdona? —preguntó con una mirada cínica—. Esto es un negocio como muy bien me has recordado muchas veces. Sabes que no me apasiona, pero no quiero despedir a Ethel ni a Eloise ni a Luc. Si tienes alguna idea de cómo hacerlo sin tener que alojar a nadie, dímelo, pero no te enfades porque haya admitido clientes, porque para eso renové las habitaciones.

—Eres increíble, teóricamente vivimos juntos, pero no eres capaz de informarme sobre algo que afecta a nuestra convivencia —comentó incómodo—. No pienso vivir rodeado de gente en mi propia casa.

—Es mi casa, y no vivimos juntos teóricamente; vivimos juntos físicamente.

—Muy bien, mañana te pagaré la mitad. Dime cuánto quieres y dejamos este problema resuelto.

—¿Vas a comprar la mitad de mi casa?

—Sí, te dije que lo haría —afirmó serio—. Y quiero que canceles las reservas, que se busquen otro sitio.

—Llegan en dos días, tendré que compensar el trastorno a la agencia.

—Me da igual —replicó, mirándola con dureza—. Piensa en una cifra.

—Imagina que te digo una cantidad y aceptas ¿Qué hacemos con los empleados? ¿Y con toda la primera planta?

—Por ellos no te preocupes, y por las habitaciones tampoco —comentó más relajado. Al oírlo, Claire alzó las cejas, pero Gabriel se creció y añadió impasible—: Vamos a llenarlas de niños.

—¿Ocho? —preguntó horrorizada—. Estás fatal. Intenta apuntar bien para el primero y con suerte un segundo, y no me despistes, ¿qué hago con los empleados?

—Nada, que sigan aquí, vamos a necesitarlos. La casa es muy grande y no voy a poder pasar sin la comida de Ethel. E imagino que Eloise y Luc para ti también serán de ayuda. Creo que podemos seguir así.

—¿Sabes cuánto me cuesta tenerlos contratados?

—Mejor que tú, seguro. —Gabriel sonrió prepotente.

—Por eso, ¿cómo vamos a pagarles?. Solo tendría los ingresos de los alquileres, y se van con los gastos fijos.

—Con mi sueldo —dijo cansado—. De ahí saldrá el dinero.

—No me parece justo. Aportarías más que yo.

—¿Y qué? Gano más que tú.

—Ya lo sé —dijo sonriendo cínica—. No hace falta que me lo recuerdes.

—¿Te molesta?

—Sí, porque me hace sentir dependiente de ti.

—Entonces es un acuerdo muy justo —dijo insinuando una sonrisa—. Porque yo dependo de ti.

—No estoy bromeando.

—¿Estoy riéndome?

La mirada de advertencia de Gabriel no dejó dudas; hablaba muy en serio.

—Cariño, es demasiado.

—No lo es. Voy a poner en venta el piso de Quebec y si voy a vivir contigo necesito saber que esto también es mío y no solo de manera figurada. En cuanto a los salarios de Ethel y Eloise no me importan porque siempre he tenido ayuda en mi casa y siempre la he pagado. Luc es el único más prescindible y quizá le busque algo en el

banco; tenemos personal de mantenimiento y podría acoplarlo con ellos. Así que, cómo verás, no necesitamos alojar a nadie para mantener nada.

—Has justificado los empleos, pero sigues siendo tú quien va a pagarlos.

—Dios —exclamó—. Eres una cabezona y pésima para las cuentas.

—Gracias, eres muy amable.

Claire se levantó y pasó por delante, pero Gabriel la cogió de la cintura y la sentó en su regazo.

—Vamos a ver, cariño —dijo condescendiente—. Cuando te compre la casa, será de los dos, ¿vale?, ¿vamos bien? —preguntó sonriendo, ignorando una mirada irritada que le pareció de lo más graciosa—. Si tú pagas los gastos fijos con el dinero de los alquileres y yo pago los sueldos de Ethel y Eloise, es más o menos lo mismo.

—Lo tuyo es más.

Gabriel ya no lo resistió y movió aburrido la cabeza.

—Te quiero, pero cuando te pones así eres insufrible.

—Y tú.

—¿Estamos de acuerdo o no?

—Me da vergüenza llamar a la agencia, voy a quedar fatal.

—Los llamaré yo. ¿Algo más?

Negando en silencio, Claire sonrió. En el fondo estaba aliviada al saber que otra vez volvía a tener un hogar, igual que cuando su padre vivía y todo era perfecto porque se encargaba de protegerla. Acercó los labios a los suyos y lo besó despacio. Ese sabor la hizo flotar, recorrerlo con la lengua mientras sentía su miembro endurecerse. Prolongó aquel contacto con tanta lentitud que Gabriel creyó morir de gusto. Metió la mano bajo las mallas de Claire y empezó a acariciarle el sexo con dulzura y toques acertados hasta encontrar su punto más placentero. Dejó el asedio y cambió de posición. La tumbó en el sofá y se colocó encima a horcajadas. Atento a su reacción, bajó unas braguitas blancas de algodón, se relamió, y le quitó la camiseta.

Igual que cualquier modelo de algún pintor, desnuda en un diván esperando que captara todos los matices de su cuerpo, Claire aguantó la mirada peligrosa de Gabriel, que se desvistió sin apartar los ojos de ella. Volvió a inclinarse hacia delante. Llegaron más besos en la boca, en el cuello, en los pechos, sin penetrarla, provocando. Sostuvo todo el peso del cuerpo con las manos, dejó que su pene rozara con ligereza el clítoris de Claire, empapado y deseoso de tenerlo. La tentó con embestidas cortas y suaves, como pinceladas

eróticas de un placer que se preveía extraordinario. Ansiosa, Claire le sujetó las nalgas y apretó fuerte.

—No tenemos prisa.

—Yo sí.

—De eso nada, hoy controlo yo. —Gabriel la miró a los ojos y sucumbió penetrándola de una sola vez. Se quedó inmóvil sintiendo la conexión de sus cuerpos, bajó la cabeza y pegó la frente a la suya—. Te amo.

Claire le acarició la nuca, pero no podía razonar con cordura; en su mundo, y en ese instante, no cabían palabras, solo física natural y el más grande de los deseos: él. Lo besó recorriéndolo como si el tiempo no existiera, hundió la lengua en su boca acompasándola a la elegante cadencia con la que empujaba, hasta que incrementó el ritmo y estuvo a punto de estallar. Gabriel volvió a los pezones, jugó con ellos entre sus labios a la vez que aumentaba la velocidad de sus caderas con esas últimas acometidas, llevándolos a un orgasmo potente entre gruñidos, suspiros o jadeos entrecortados. Claire deseó vivir así siempre, con aquel peso que no le molestaba, con aquella virilidad por encima de cualquier vejación y, sobre todo, con el amor que sentía por ese hombre.

Abrazados en la cama terminaron el día, Claire acariciaba con suavidad el pecho de Gabriel enredando los dedos en el vello masculino mientras sentía su corazón en la mano, latiendo sereno igual que el suyo; él era su paz.

—Te quiero, me haces muy feliz y ya no puedo imaginar mi vida sin ti.

—Yo tampoco.

Con la misma ternura que habló, Gabriel le besó el cabello. Estaba dispuesto a alejarse de todo lo que conocía, aislado del mundo en aquel remoto lugar, con la convicción de no estar cometiendo un error después de haber puesto patas arriba su vida por ella.

CATORCE

San Juan de Terranova, 7-6-12
Terranova y Labrador, Canadá

La mañana siguiente Gabriel habló con la agencia, canceló las reservas, y redactó una carta donde informaba del cese en la actividad de Boreal Róis como residencia, que envió al resto de empresas con las que habitualmente trabajaba. Cuando Claire se levantó, lo encontró en la cocina, reunido con Ethel, Eloise y Luc. Ninguno parecía descontento. Al contrario, la saludaron sonrientes ante la nueva perspectiva laboral que acababan de escuchar.

—Buenos días.

Tres sonrisas radiantes y una mirada atenta a su gesto preocupado.

—Buenos días —dijo Gabriel, se acercó y la besó en los labios. En voz baja añadió—: Me voy al trabajo. Relájate, está todo resuelto.

Sonriendo, afirmó con la cabeza y volvió a besarlo antes de que saliera.

—Gracias, Claire —dijo Luc. Para él fue un nuevo aliciente trabajar en un entorno más activo—. Menuda sorpresa.

—¿No te importa? ¿De verdad?

—No —respondió, tocó cariñoso su hombro—.Vendré cuando me necesitéis, pero me gusta la idea de ser el jefe de mantenimiento del banco y tener personal bajo mi responsabilidad. No esperaba terminar de esta manera y me ha emocionado, en serio.

—Siendo así me quedo más tranquila. El principal motivo para mantener esto abierto eráis vosotros, aunque entiendo que no es la mejor manera de empezar a vivir juntos, no encontraba otra salida.

—Por suerte, Gabriel sí —dijo Ethel.

—Claire. —La voz de Gabriel llegó desde el vestíbulo, esperándola a punto de irse, con una chaqueta oscura y el maletín de piel en la mano—. Se me ha olvidado comentártelo, me ha llamado Jack, quiere celebrar su cumpleaños en Quebec. Sean y Elaine también irán con Ophie.

—¿Cuándo es?

—El quince. He pensando que podríamos irnos el viernes por la mañana y volver el domingo por la tarde.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé, supongo que una comida. No creo que haya nada más. Pero si lo dices por la ropa, llévate algo más formal por si salimos tú y yo.

—Vale. ¿Tengo que llamar a las agencias?

—No —respondió severo—. Ya te lo he dicho, está todo resuelto. A partir de ahora es solo nuestra casa. Llámame después y dime cuánto dinero quieres.

—Estás muy mandón.

Gabriel dejó el maletín en el suelo, le rodeó la cintura con los brazos y la besó en los labios. Quiso despedirse con ternura, pero se vio arrastrado por el deseo y el beso fue apretándolos contra sus cuerpos hasta desconectarlos de la realidad. Luc salió de la cocina para reunirse con él. Al verlos tan entregados, sonrió y carraspeó haciéndose notar. Se soltaron sin ganas, pero se dieron un último beso rápido de compensación, y Claire regresó a la cocina al mismo tiempo que ellos iban al banco para hacer efectivo el nuevo cargo.

—Voy al supermercado —dijo Ethel—. Tengo que comprar algunas cosas.

—Dímelas, si quieres, y voy yo —comentó Claire. Se sentó en la mesa y se sirvió una taza de café—. Tengo que salir.

—Da igual, prefiero ir yo.

—¿Qué quieres comprar? —preguntó intrigada.

—Tonterías.

Claire apretó la frente y la observó concentrada.

—Procura que sea necesario, porque después llega la Inquisición bancaria y me acribilla a preguntas.

—No te preocupes, por esto seguro que no pone pegas.

—Es para él, ¿verdad?

—Más o menos.

—No sé qué os da —dijo con una sonrisilla—. Os maneja como le da la gana.

—Es una buena persona, te quiere, es cariñoso y amable con nosotros. Si puedo facilitarle la vida, voy a hacerlo —razonó convencida Ethel—. Es justo devolver lo que te dan.

—A mí me recuerda a Chris —dijo Eloise—. Se parecen mucho y te trata como él lo hacía con tu madre. Ha sido una bendición que llegara, en todos los sentidos. Nos ha dado ilusión y a ti te ha cambiado; no te enfades si estamos volcadas, lo apreciamos mucho.

—Ni mucho menos estoy enfadada, pero lo tenéis demasiado consentido. No sabe hacer nada y cada día va a peor.

—Cada uno debe dedicarse a lo suyo. Él hace bien su trabajo

en el banco, la casa es cosa nuestra, nos pagas por ello y no tiene por qué hacer nada, déjalo tranquilo.

Ethel comprendía a Claire, pero sentía debilidad por Gabriel. La salida era para comprarle el aceite de oliva y el pan francés, además de una sorpresa que le había costado mucho dinero y llevaba más de un mes esperando: jamón curado español, una añorada delicia para él que siempre les traía de España su asistenta cuando volvía de vacaciones.

A la hora del almuerzo, Gabriel apareció puntual cual reloj suizo de máxima precisión. No perdonaba una comida, aunque no esperaba el despliegue que sus ojos vieron en la mesa; un homenaje a Blanca, hecho con mucho cariño por alguien que jamás había cocinado lentejas ni tortilla de patatas. Sus papilas empezaron a segregar saliva a destajo como un animal hambriento.

Ethel sonrió contenta, era muy agradecido y la halagaba constantemente. Claire entró risueña y se sentó a la mesa con él.

—Hola, te noto feliz —dijo Claire.

—Mucho, es mi comida favorita.

—Otra más ¿no? Porque desde que nos conocemos cada día tienes una.

Gabriel hizo una mueca de indiferencia que cambió en cuanto vio el plato de jamón que Ethel colocó en el centro de la mesa.

—Estoy a punto de llorar. —Risueño, Gabriel cogió un trozo de jamón cortado con el grosor adecuado; pringoso como era necesario; con un sabor que no probaba desde hacía mucho y lo llevó al éxtasis con los ojos cerrados, paladeando unos aromas penetrantes sin comparación—. Buenísimo. Voy a tener que subirte el sueldo. ¿Cómo lo has conseguido?

—Después hablamos —dijo Ethel—. Te tomo la palabra.

Claire rió al verlo igual que un niño pequeño.

—Ya verás a final de mes de dónde ha salido —dijo Claire.

—Pruébalo. —Gabriel le ofreció un trozo—. Se le perdona todo.

Los cuatro alabaron el sabor del jamón, luego la tortilla, que no llegó al nivel de las de Blanca, pero con un poco de más práctica seguro lo alcanzaba.

—Claire me ha sacado las recetas de Internet, no sé si será lo que esperas.

—Está muy buena —dijo amable, sin ser del todo cierto. Cuando Ethel puso la olla encima de un salvamanteles y les sirvió el

potaje, vio con claridad que las legumbres fallaban, la textura pastosa indicaba que la cocción había sido excesiva, aunque apreció el esfuerzo y voluntad por complacerle sin tener ninguna referencia. Tras probarlo, comentó—. Perfecto.

—¿En serio? —preguntó Eloise.

—El sabor sí, pero tengo que localizarte las legumbres secas. Dos veces más y te haces una maestra. Qué pena que no hayas conocido a Blanca, a su lado aprenderías en un momento.

Saber incentivar a las personas era otra cualidad de Gabriel que Claire admiraba; siempre trataba de reforzar lo positivo sin ensañarse en los errores, consiguiendo motivarlos para mejorar.

—¿Nunca te enseñó? —preguntó Eloise.

—He sido un negado toda mi vida, pero me enseñó español.

—¿Cuántos años trabajó para vosotros?

—Casi veinte. Desde el 80 hasta que murió en el 97. Mi madre quería a alguien con experiencia y la encontró por casualidad comprando en una tienda. Apenas hablaba francés y el inglés le costaba la vida. En mi casa siempre hemos hablado inglés como lengua materna, mis padres en eso no han perdonado sus orígenes. Fue más fácil para nosotros aprender español. Mi hermano pequeño ni siquiera había nacido, yo tenía tres años —dijo un poco nostálgico—. Éramos unos niños y le cogimos el tranquillo con facilidad. Ten en cuenta que ella tenía más de cincuenta y con nosotros hablando español consiguió adaptarse algo mejor.

—Ahora sois trilingües sin esfuerzo —dijo Ethel.

—Casi, tengo muy desentrenado el español, solo hablaba con ella y hace quince años que murió.

—Pues para eso la solución es bien fácil —comentó Eloise—. Id de vacaciones a España.

Claire negó con la cabeza sonriendo. Esos tres veían la vida de color rosa, desatados por unos sabores agradables y un espíritu alegre contagioso.

—Lo tendré en cuenta.

Gabriel guiñó un ojo a Claire y siguió con la degustación, hablando animado, con confianza, como su estrella del Norte guiándola hacía una luz deslumbrante.

El día del cumpleaños de Jack, llegaron a Quebec casi al mediodía. Tras pasar por el piso de Gabriel para recoger del garaje su BMW negro, fueron directos a la clínica de rehabilitación. Donde empujó al salir la silla de ruedas y ayudó a John cuando intentó

montarse solo en el coche. Aunque andaba un poco y tenía una voluntad elogiable, necesitaba más fortaleza en las piernas para volver a caminar por sí mismo. En él se apreciaba con claridad la mejoría en el ánimo y el aspecto: la piel con buen color, algo más de peso y un brillo en los ojos que indicaba la felicidad de un espíritu agradecido por seguir con vida. En cambio, distaba del cansancio en el rostro de Elizabeth. A ella no solo estaban pasándole factura una largas jornadas llenas de frustración, sino también el nerviosismo ante el regreso al que fue su hogar durante más de veinticinco años.

Cuando Gabriel entró en la urbanización, Elizabeth viajó al pasado. Ni siquiera había nuevas construcciones, incluso los árboles parecían los mismos. Vio las residencias de antiguos vecinos, la solitaria carretera escoltada por arbustos alineados directa hacia la casa. Tal y como la recordaba, apareció; grande, con aquel estilo sencillo que exigieron al arquitecto, construida sin ostentación, solo calidad en una fachada blanca, inundada de luz por unos ventanales amplios, que ofrecían una panorámica preciosa de un extenso jardín bien cuidado, plagado de árboles, con una piscina sinuosa rodeada por un suelo de teca oscura y varias hamacas.

Nada más llegar, el resto de la familia los esperaba impacientes en la puerta. Pese a que Elizabeth trató de disimular con un cálido recibimiento, la tristeza de sus ojos no pasó inadvertida para nadie. Todo seguía igual, como si el tiempo estuviera suspendido, como si jamás hubieran existido los últimos diez años: los antiguos muebles de madera que compraron juntos, los objetos curiosos que ella coleccionaba de los lugares que visitaban durante sus vacaciones, los cuadros…, tampoco el personal había cambiado. No se vio con fuerzas y se encerró en la biblioteca con la excusa de realizar una llamada para ahorrarles verla angustiada por malgastar esa parte de su vida.

En el salón, John se emocionó cuando Sean le puso a Ophie en el regazo. La niña era un manojo de nervios, morena, regordeta, con los ojos plateados de los Durham. Se vio envuelto en una risa inocente capaz de transportarlo a otra época, buscó con la mirada a Elizabeth, pero no la encontró.

Cuando se notó recompuesta, regresó tratando de parecer animada. Al verlo con Ophie, desvió los ojos enrojecidos hacia Sean, sin reprimir más lágrimas goteando por sus mejillas. En ese instante, precisamente ahí, fue cuando John quiso levantarse y abrazarla con fuerza, intuyendo que tenía destrozado el corazón y con seguridad él había sido el causante. Con una tibia sonrisa, Elizabeth se acercó, y Ophie, como siempre, estiró los brazos para irse con ella. Después

cambió a los de su padrino que, a los pocos minutos, le dejó el movido honor a su novia, distraída hablando dicharachera con Elaine; no había rastro de incomodidad o temor en sus gestos.

En unos pocos minutos, Gabriel y Sean acompañaron a su padre al dormitorio de matrimonio, donde ni la impactante perspectiva del jardín ni la piscina con forma de ocho lograron distraer sus ojos de la misma foto, ni que obviaran cruzar una mirada rápida; era el momento de poner a cada uno en su sitio. Después de ayudarlo con la ropa que les pidió: un pantalón vaquero y una camisa blanca, se sentaron en los sillones del rincón sin intención de salir.

—¿Qué os pasa?

Sean se levantó, cogió el marco con la foto sin volver a mirar la cara demasiado alegre de Lilian junto a su padre el día de la boda y se lo entregó. A John se le aceleró la respiración al sostenerlo en las manos y cerró los ojos apretando fuerte; ahí tenía el error que le advertía el subconsciente con insistencia.

—Es tu mujer —dijo Gabriel.

—No, mi mujer es tu madre.

—No —dijo Sean con suavidad—. La dejaste por ella.

—No puede ser verdad.

Intentando recordar, John volvió a mirar la foto, pero sus ojos se enturbiaron impotentes.

—Sí lo es, papá —explicó Gabriel—. Ha sido tu mujer estos últimos diez años.

—¿Dónde está?

Observó serio a dos hombres que no iban a mentirle.

—No lo sabemos —comentó Sean en voz baja—. Ha sacado el dinero que teníais juntos y se ha largado. Coincidimos con ella en el hospital y se puso hecha una fiera cuando vio a mamá, después desapareció.

—Papá, deberías tomar una decisión. —Gabriel habló midiendo las palabras, igual que su hermano, siguiendo los consejos del médico para no alterarlo—. Seguís casados y no es justo para mamá.

—¿Qué he hecho?

—Eso ya da igual, divórciate. —Sean no pudo evitar el rencor en la voz—. Es mala y nunca te ha querido.

—Llama a mi abogado —dijo mirando severo a Gabriel—. Pídele cita y que lo tramite cuanto antes. No entiendo por qué vuestra madre, si la dejé por otra, está portándose así conmigo. No puedo mirarla a la cara, no la merezco.

Gabriel se levantó y se situó en cuclillas delante de él.

—Porque te quiere. Siempre te ha querido y tú a ella también. Es hora de que volvamos a ser una familia unida, nosotros, contigo y mamá juntos.

John cerró los párpados otra vez y sus hijos salieron, orgullosos al advertir un arrepentimiento obligado para honrar un poco más a Elizabeth. En el salón, un gesto casi imperceptible de Sean hacia ella para entenderse de inmediato.

Discretamente, Elizabeth los dejó. Antes de abrir la puerta de su viejo dormitorio, inspiró hondo. Entró sin llamar para toparse con la huella de otras manos y con lo más valioso: un amor inmenso. El mismo bien arraigado en su corazón con sólidas ramas, esas que lo protegieron de los sentimientos corrosivos que durante años intentaron cortarlas.

John no necesitó levantar la cabeza ni los párpados para saber que era ella; ese olor dulce con notas frescas permanecía clavado en lo más profundo de su alma, igual que unos ojos grises luminosos incapaces de disimular el profundo dolor que aquel infame error causó.

—Perdóname. Cuando te dije en el hospital que nunca te dejé, no tenía ni idea de que me había casado con otra —murmuró agobiado. Elizabeth se acercó con una ligera sonrisa, manteniendo el tipo como era habitual en ella. John le cogió la mano y la besó en el dorso, observándola mientras tragaba despacio. Durante unos segundos buscó las palabras para continuar—. No la recuerdo, en cambio de ti lo recuerdo todo. No sé cómo pasó ni qué relación hemos tenido tú y yo estos años, lo único que sé es que te quiero, no recuerdo haber querido a nadie más y no quiero que estemos separados. Ahora no es un buen momento para mí y entenderé que vuelvas a tu vida, pero, cuando esté recuperado, ten por seguro que te buscaré, te encontraré y volveremos a estar juntos. Tú eres mi esposa, lo has sido siempre y siempre lo serás.

—Antes tienes que ponerte bien —comentó Elizabeth. Consciente de que para continuar debía perdonar; era otra rehabilitación; y después del accidente tenía claro que era la única manera—. Mientras tanto, me gustaría seguir aquí contigo. Nueva York está muy lejos y estaré más tranquila.

John bajó la cabeza con una pregunta inquietante rondándole, apenas encontró la voz:

—¿En estos años no has conocido a otro?

—No, John —dijo en un murmullo. Negó despacio y le acarició el rostro, viendo al joven economista que la enamoró y, a pesar de todo, llevaba con ella desde entonces; cuando se amaron,

porque la pasión desmedida les concedió una inmensa felicidad; y cuando lo odió, porque ocupó todos los rincones de su mente durante años hasta claudicar en el desamor. Escarbando en dos turquesas que nunca supieron engañarla, percibió el brillo de una luz cegadora donde vibraron celos posesivos reclamando otra oportunidad. Aquella que le negó hundida en la mayor traición imaginable. Ahí, con esa punzada directa a su corazón, entendió que él tampoco la había olvidado. «¿Era el momento de volver para ellos?». Sin evitar el recuerdo agrio de la actual señora Drake, siempre bien presente; aunque John la tuviera anulada, Elizabeth se inclinó hacia abajo, le besó la mejilla y habló con el sosiego maduro de un carácter tan orgulloso como sensato—. Organiza tu vida y ya veremos qué pasa.

—No me trates como a un niño —habló herido—. No vuelvas a besarme así. No lo soporto.

—Pues ya sabes… —dijo con ironía. Ese genio Drake y esa fuerte autoestima le ayudarían solo por ahorrarle la compasión. Para terminar de darle donde sabía que aún lo incitaría más, añadió—, cuando quieras besarme como te apetezca, te levantas de esa silla y lo haces. Mientras tanto, te trataré como me dé la gana; no estás para exigencias conmigo.

—Muy bien —replicó serio, con unos azules brillando vanidosos—, lo haré.

—Estaré esperando.

—Gracias. —John volvió a besarle la mano, cansado por la cantidad de emociones que viajaban en una montaña rusa—. Hoy soy muy feliz, os tengo a todos juntos y he conocido a mi nieta. No sé por qué a ella es a la única que no recordaba.

—Porque realmente acabas de conocerla —dijo esbozando una sonrisa breve—. Sean y tú no teníais buena relación antes del accidente. Cuando nació la niña te esperó… —Elizabeth no pudo seguir. Si para Sean fue imperdonable, para ella significó soltar el último eslabón de una cadena rota por la indiferencia. Esa hiriente decepción echaba por tierra una de las virtudes que más admiraba de él, la única que siempre los uniría—. Es su hija y tú su abuelo, entiéndelo.

—¿No la conocía?

—No. —Elizabeth vio cómo se le humedecieron los ojos, le apretó la mano y dijo—. No te angusties, estoy segura de que no lo decidiste tú. Sé que un par de veces intentaste verla, supongo que estarías solo, pero no coincidisteis en Nueva York. Las cosas han ocurrido así; era vuestro destino conoceros hoy.

—Soy un adulto y no tiene justificación.

—Lo sé, pero debemos convencernos de que esto es un nuevo comienzo para todos. Él está aquí con su mujer y la niña, ha estado con Gabe y Jack todos los días en el hospital, te ha perdonado, haz tú lo mismo y perdónate.

—Lo intentaré, Beth —dijo asintiendo, bajó un segundo los párpados y añadió—. Tenemos unos hijos fantásticos.

En ese día importante, donde Jack entraba en la treintena con toda la familia reunida en el salón, comieron divertidos con las travesuras de Ophie o entretenidos con charlas que eludían temas espinosos.

—¿Con quién sales ahora? —preguntó Sean.

—Ahora mismo con nadie —respondió Jack—. Tengo mis rollos.

—Hasta que se cruce la persona indicada —comentó Sean con un guiño a Elaine—. Tú, espera y verás.

Jack se hizo el despistado. Esa persona ya se cruzó en su vida, y no pudo ser, no quería recordarla; sufrió demasiado al enamorarse como un tonto de la mujer de su hermano.

—Nos gustaría que vinieras con Gabe al cumpleaños de Ophie —dijo Elaine a Claire—. Es dentro de quince días.

—No sé si podré, pero lo intentaré.

Regresar a Nueva York, el último escollo. Gabriel sonrió y colocó una mano en la suya.

—Inténtalo, Claire —añadió Elizabeth—. Me gusta tener a mis hijos juntos, y cualquier ocasión es buena.

—Haré lo que pueda.

Al sentir vibrar el móvil en el bolsillo, Jack frunció el ceño. Cuando vio quién era, rechazó la llamada y trató de centrarse en la conversación con Gabriel y su padre. Poco después, otra vez. Volvió a ignorarlo. Así, tres veces más, hasta que se levantó con brusquedad de la mesa y se encerró en su habitación. Llamó a Cora, que respondió al primer toque.

—No vuelvas a llamarme —espetó Jack furioso—. Déjame en paz.

—Quería felicitarte y preguntarte por tu padre.

—Llama a Gabe y pregúntale a él.

—Quiero hablar contigo, te he echado mucho de menos.

—¿Crees que porque te has divorciado voy a volver a caer?

—No, solo quiero saber que entre tú y yo todo ha terminado.

—Sí, te lo confirmo, no hay nada entre tú y yo —dijo lleno de

rabia, para rematarla siguió—. Lo que hubo lo olvidé.

—¿De verdad? —preguntó con un hilo de voz—. No te creo. ¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Por qué? —exclamó indignado—. Estaba enamorado de ti, eras la mujer de mi hermano. Has esperado a que él te pidiera el divorcio porque por tú no has sido capaz. —Al decirlo, su cabreo se aceleró—. ¡¿Por qué crees que me fui?! ¡Por ti! Y no voy a consentir que vuelvas a entrar en mi vida, con una vez tuve bastante.

—He pasado mi propio calvario —murmuró, se tragó las lágrimas—. No podía decirle a Gabe que te amaba. Piensa qué habría pasado. No era justo para nadie.

—Lo habría entendido —habló entre dientes—, y los tres nos habríamos ahorrado vivir amargados.

—Jack, por favor, si es verdad que no me quieres, no te molestaré. Pero si hay una posibilidad para nosotros, no huyas porque esta vez estaré para ti.

—Es tarde, Cordelia, me gusta mi vida, sin ti.

—Me alegro —susurró—. Adiós, Jack.

Colgó destrozada por un rechazo inesperado y resentidas palabras. Tumbada de espaldas en la cama, todas las ilusiones soñadas durante años se disolvieron para hundirla en un océano de lágrimas y desgracias.

Pasados unos minutos, Jack se relajó para volver con los suyos. Compuso la versión divertida que nunca le fallaba; sin olvidar ni un instante la voz rota de Cora resonando en su cabeza. La cicatriz del amor que abandonó, mal curada con relaciones esporádicas, se abrió para sangrar otra vez por ella. Nadie había ocupado el lugar que dejó en su corazón, pero se equivocó al elegirla. El temor a la reacción de Gabriel provocó una huida repentina, no quería revivirlo; imaginarlo le ponía la piel de gallina.

Recibió varios regalos y una tarta que Ophie quiso probar la primera con un dedito intrépido arrasando con la nata. El gesto y la complicidad con la niña distrajeron esos pensamientos sombríos para que disfrutara de su día, donde primó el buen humor, una excelente comida y la alegría por la recuperación de John.

Gabriel salió con Claire al jardín y durante unos minutos anduvieron de la mano alejándose de la casa. Se pararon bajo un sauce llorón, espeso y viejo.

—El día después del cumpleaños de Ophie es la cena del banco. No te lo había dicho para no inquietarte más, pero me haría muy feliz que me acompañaras.

—Nunca he ido a un acto muy formal y no sé si sabré estar a

la altura.

—Siempre estás perfecta. —Gabriel le sostuvo las mejillas entre las manos y la besó pausado, escuchando unos gemidos suaves en su boca que lo llenaron de esperanza—: ¿Vendrás a Nueva York?

—Creo que sí. Es hora de intentarlo.

Animados por las copas que tomaron en la comida y la cena, Gabriel y Claire entraron bromeando en una habitación bastante grande, pintada en una tonalidad clara, el suelo de madera como el resto de la casa, una cama de matrimonio con un diseño moderno, una mesa de estudio y una silla giratoria. Tenía un vestidor, un baño completo y una puerta corredera, por donde se salía al jardín, con una sugerente vista de la piscina iluminada.

Claire se desnudó exhibiendo un conjunto de lencería provocativo que dejaba poco a la imaginación y puso como una piedra a Gabriel. Se aproximó sonriendo seductora, con el balanceo de caderas que convertía al banquero en un cavernícola, y preguntó casi rozándole la boca:

—¿Te gusta?

—Me has dejado muerto. —Gabriel colocó las manos en las caderas femeninas, inclinó la cabeza hacia abajo y la besó en los labios. Luego, recorrió con un dedo la tela casi transparente que cubría sus pechos, con la vista clavada en los pezones sonrosados que pedían a gritos atención, y murmuró—. Esto no tiene nada que ver con tus braguitas blancas.

—No es para diario. —Claire se retiró un poco, ajena a la tensión de Gabriel, que necesitaba empezar a saborearla—. Pero hoy es un día especial —dijo con un brillo lujurioso en los ojos. Empezó a desabrocharle los botones de la camisa, recorrió con las manos un abdomen lleno de músculos insinuados y subió hasta los hombros para quitársela. Besó su pecho y susurró—. Esta noche es para ti.

Después de bajarle los pantalones, acarició el pene por encima de los bóxers. Cuando lo dejó completamente desnudo, rodeó con una mano su miembro y con la otra los testículos.

—No voy a soportarlo —murmuró Gabriel pegando la frente a suya—. No tienes que hacerlo.

—Lo sé. —Claire se arrodilló—. Pero quiero probarte.

El simple roce de sus labios en el glande sobresaltó a Gabriel, que aguantó la respiración; había conseguido sorprenderlo de la mejor manera. Claire levantó la vista, buscó su aprobación. Encontró unos ojos plateados brillando tan excitados que no necesitó palabras. Dejó

aflorar su instinto y lamió despacio, satisfecha por unos gemidos que sugerían mucho placer. Se volvió más audaz y lo atrapó en la profundidad de la boca, una vez, otra, y otra más… El movimiento de las caderas masculinas la empujaba a acelerar el ritmo que los dos necesitaban demasiado. Gabriel solo podía sentir unas sensaciones maravillosas con la única opción de perderse en la lujuria.

—Voy a correrme —dijo jadeando.

Claire se retiró, impregnada de un aroma que formaba ya parte de ella mientras notaba cómo se tensaban los músculos de unas recias piernas.

—Joder —exclamó Gabriel resollando.

En cuanto volvió al mundo, se arrodilló y la abrazó con fuerza unos minutos. La llevó en brazos a la cama y le quitó la ropa interior de encaje, necesitando vía libre para otro asalto de pasión inagotable. Le besó los pálidos hombros, el sedoso cuello esbelto y acabó arrasando su boca con la lengua; directo al néctar, al éxtasis de una unión más profunda cuanto más se amaban, conocían y respetaban.

QUINCE

San Juan de Terranova, 23-6-12
Terranova y Labrador, Canadá

Aprovechando el buen tiempo decidieron visitar Spaniard´s Bay, una pequeña ciudad que fundaron pescadores vascos en el siglo XVI, situada a una hora de San Juan. Gabriel había alquilado un barco con la intención de navegar y comer por la bahía.

Antes de salir fueron al centro y aparcaron cerca del supermercado para comprar el pan, que por ser sábado les tocaba a ellos. Eloise y Ethel con los nuevos horarios tenían libres los fines de semana completos. Iban andando de la mano cuando Claire vio a la morena que saludó a Gabriel en el partido de hockey. La mujer cruzó la acera a paso rápido y llegó hasta ellos con una sonrisa, que se torció al bajar la vista hacia los dedos entrelazados.

—Hola, Gabriel.

Saludó ignorando por completo a Claire.

—Hola —dijo serio. No se alegró al verla, le molestó en abril, y que, en ese momento, lo besara en las mejillas sin quitarle la mano del pecho delante de Claire tampoco le gustó nada. Para una vez que había tenido un escarceo cada pocos meses la veía para recordárselo. Notó cómo Claire intentó zafarse, pero apretó la mano con más fuerza y no permitió que se moviera. Por cortesía preguntó—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Tenía ganas de verte y charlar un rato contigo.

Claire giró la cabeza más interesada en el tráfico.

—Lo siento, pero estoy muy liado.

—Siempre dices lo mismo.

—Será porque es cierto —dijo Gabriel cortante—. Bueno, que te vaya bien.

—Igualmente —dijo Cybill. Al percibir el despiste de Claire, guiñó un ojo y sin sonidos articuló—. «Llámame».

Gabriel, que se limitó a elevar las cejas, asumió que ese tipo de relaciones no eran lo suyo; llevaba bien sujeta la única que deseaba. Siguieron andando sin mediar palabra, cada uno atosigado por sus pensamientos. Los de Claire eran desalentadores porque concluyó que, aparte de la cena, Gabriel había mantenido relaciones sexuales con Cybill. Se amargó al suponer el número incontable de mujeres que conocería en sus constantes viajes laborales, todas sin reparos en satisfacerlo. El banquero intuyó por dónde iba la mente de

su novia, aunque prefirió no aclararle nada en la calle.

Dentro del supermercado la apatía invadió a Claire, no objetó nada a la compra y contestó con monosílabos todas las preguntas que le hizo; fue un abandono temporal del mundo, se encerró en sí misma y no quiso salir.

Pocos minutos después, Gabriel abrió el maletero del todoterreno y guardó las bolsas, a la vez, Claire se sentó y abrochó el cinturón de seguridad. En cuanto arrancó, por escuchar de nuevo su voz, sin contener la frustración, preguntó:

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Debería?

—No.

—Entonces no, no estoy enfadada contigo.

—La chica que me ha saludado es Cybill.

—No te he preguntado su nombre, no me interesa.

—Nos conocimos en el hotel, cenamos juntos.

Claire lo miró de forma suspicaz, con una sonrisa cínica.

—Es la segunda vez que la veo y la segunda vez que me cuentas lo mismo, y las dos veces has obviado que os habéis acostado. No me interesan los detalles, no quiero oírlos y no quiero saber nada de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Desde luego…

Resopló y se centró en el paisaje de la costa. Vio pequeñas bahías formando lagunas donde bandadas de patos anidaban, unas zonas de recreo para visitantes con paneles informativos sobre diferentes especies de flora y fauna, y una «uve» ruidosa en el cielo con una formación de gansos recién llegados al punto de reunificación anual antes de buscar sitios más cálidos para pasar el duro invierno.

—No nos conocíamos —dijo Gabriel, harto de silencio—. Fue solo una vez.

—Te lo he dicho, no me lo cuentes.

—Quiero aclararlo, nunca te he sido infiel.

—Muy bien. Ni yo.

Gabriel tenía muy presente esa negación. Tampoco pretendía ensombrecer con desconfianza su comportamiento. Si le había sido fiel a Cora aun sin amarla, con ella no se planteaba estar con otra; no lo necesitaba y, por supuesto, no lo deseaba.

—Te quiero mucho y me duele que dudes de mí.

—No lo hago, pero me es difícil aceptar que siempre tendrás mujeres a tu disposición sin problemas para darte lo que les pidas.

—Me estás ofendiendo porque das por hecho que para mí es

algo habitual, cuando no lo es.

—No soy idiota, he visto cómo te ha mirado. Si te ha puesto la mano en el pecho delante de mí, ¿qué no hará estando a solas contigo?

—No va a hacer nada porque no vamos a estar a solas.

—No con ella, pero habrá otras, en otras ciudades donde yo no estaré.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—En cierto modo, sí. Estarás solo y la soledad puede conllevar a cualquier situación.

—No va a pasar porque no quiero y puedes venirte conmigo para remediarlo. —Gabriel se enfadó y usó un tono más severo—. Pero si estuviera solo y no pudiera resistirlo, cosa que dudo, tengo manos para consolarme. —Sonrió irónico. Claire no esperaba esa declaración de intenciones y apretó los labios, aunque al imaginárselo acabó por soltar una carcajada. Todavía molesto, giró la cabeza y preguntó—. ¿De qué te ríes?

—De ti. Me ha hecho gracia tu confesión.

—Es la verdad. Contigo voy sobrado y no he necesitado masturbarme, pero no lo descarto en mis solitarias noches de hotel, aunque para tu información te diré que serías la protagonista de las tórridas imágenes de mi pervertida mente.

—No sabía que eras un pervertido, te tenía por un banquero educado.

—Puedo ser las dos cosas.

Bromeando se relajaron y volvieron a centrarse en ellos, dejando a un lado presencias inútiles que no les aportaban nada. Cuando llegaron a Spaniard´s Bay se dirigieron al pequeño puerto donde los esperaba el patrón del barco. Con un saludo cordial, el hombre los guió por el muelle hasta un velero blanco de veinte metros de eslora, antiguo pero reluciente.

El viento no se presentó y no quedó otro remedio que navegar con el ruido estridente y artificial del motor, compensado con un sol agradable, acompañado de una temperatura cálida. Conocieron la historia de Bernard Drake, un capitán de la reina Isabel I que llegó a esas costas y quizá fue pariente de *sir* Francis Drake, posiblemente uno de los mejores marinos del mundo, comparable a Colón o Magallanes. De hecho, llevaba su apellido el paso más tormentoso del planeta, entre Tierra del Fuego y la Antártida, limitando al este con el mar del Scotia. Fueron solo nombres, pero producían vértigo por tanta coincidencia. Escucharon con curiosidad las explicaciones del patrón, ya que ambos navegantes procedían de Devon, al igual que la familia

de John, pero como los recuerdos de Gabriel se perdían en sus bisabuelos se conformó con sentirse orgullo por llamarse como ellos.

Después de observar a pocos metros algunos icebergs vagando arrastrados por las corrientes, fondearon en una cala rodeada de una playa con una colonia de focas. El patrón se despidió con la promesa de regresar en unas horas, se subió en la moto acuática que había sobre una plataforma en la popa y volvió al pequeño puerto pesquero de Spaniard´s Bay.

Sin darse cuenta, cuando Claire dejó visible un biquini negro minúsculo y se colocó un sombrero de paja, provocó un ligero traspiés en Gabriel, que preparaba la mesa para comer en la cubierta.

—¿No has traído el bañador?

—Sí, lo llevo puesto.

—¿Y a qué esperas?

Carraspeó y bajó la vista hacia la bragueta de sus vaqueros.

—Vamos a comer primero.

Atenta a ese punto, Claire sonrió al notar un abultamiento excesivo.

—No tienes aguante.

—Eres muy observadora, después te demuestro lo que resisto.

—¿Aquí? ¿Y si vuelve y no lo oímos?

—Viene en moto, seguro que nos damos cuenta.

—No apostaría, pero tú verás.

—Vamos a comer. —Gabriel sirvió el vino y abordó el tema que más le preocupaba e intuía Claire trataba de ignorar: el viaje a Nueva York, del que no había vuelto a mencionar nada—. He estado mirando vuelos, hay uno el viernes a las doce y otro el sábado a las ocho, ¿cuál prefieres?

Claire cogió la copa y bebió mirándolo a los ojos. Quería ir con él; en cambio, era incapaz de controlar la ansiedad.

—El viernes.

—Vale —admitió, percibiendo sus nervios—. Todo va a ir bien, no le des muchas vueltas. ¿Quieres que reserve hotel o nos quedamos en casa de mi madre?

—Me da igual.

—Recuerda llevarte un vestido de noche, la cena es de etiqueta.

—Lo tenía presente, no te preocupes. ¿Irá tu exmujer?

—Supongo. Vienen ejecutivos de todos los países donde tenemos sucursales. Será el primer año que mi padre no asista desde que fue nombrado presidente.

—Tiene un motivo de peso —comentó seria.

—Claire, quiero que vengas porque te necesito a mi lado y porque sé que necesitas volver; es la única manera de olvidar. Tienes que enfrentarte a tus miedos.

—Es fácil decirlo, pero cada vez que lo pienso se me paraliza el cuerpo —comentó sin conseguir alejar los gritos y el dolor de su recuerdo. No solo regresó allí, también empezó a machacarse con los remordimientos y la parte de aquel día que Gabriel todavía no conocía. Pensó en sacar otra vez el tema, pero estaban tranquilos y solo conseguiría arruinarle una salida planeada con mucha ilusión. Claire sonrió despacio—. Lo siento, cariño, pero me aterra esa ciudad, no puedo evitarlo.

—Lo sé. Te prometo que no voy a dejarte sola en ningún momento.

Asintió con una mirada ausente, sopesando acudir a Poline para que le diera algunas pautas que la ayudasen antes de volver. Ajeno a ese lío mental, Gabriel se explayó hablando de compras o con anécdotas divertidas de la infancia, nunca se cansaba de hacerla reír; era una máxima que procuraba cumplir a rajatabla.

Luego, cuando terminaron, buscó en una de las bolsas las copas de plástico y sacó una botella de champán, que dentro de la limitada oferta del supermercado fue la menos mala.

—No esperes mucho —dijo, descorchándola—. A ver si en Nueva York me acuerdo y compro algunas para tenerlas en casa, porque si no voy a morirme de asco.

—Tienes unos gustos muy exquisitos.

—No es eso, pero para dos veces al año que bebo champán me gusta que esté en condiciones.

—Haz lo mismo que con el vino y tus chorradas, cómpralo por Internet.

Claire lo observó sonriendo y bebió; llegados a un punto no distinguía esa excelencia tan importante para él.

—Ríete, pero bien que las usas.

—Porque me gusta el olor y es una forma de tenerte conmigo todo el día.

El ego de Gabriel alcanzó una altura que indicaba un gran golpe que no deseaba darse solo, con ese biquini llevaba mucho rato empalmado y había llegado el momento de ver qué ocultaba. Se levantó y se bajó el pantalón, enseñando un bañador azul marino con rayas blancas que disparó las ganas de Claire por acariciar ese abultamiento. Se mojó los labios con la lengua e intentó disimular bebiendo, pero al levantar los ojos vio la lujuria brillando impaciente en Gabriel.

—Ven.

Le tendió la mano y la llevó a una de las dos hamacas de lona que había en la proa, donde se confundían los azules en unas vistas frías aunque el sol calentase. Gabriel se sentó en el borde, con Claire en el regazo, la besó en los labios despacio, lleno de ternura y sensualidad hasta detener el tiempo en otro instante precioso que los desconectó del mundo. Deslizó las manos con unas palmas seguras por su vientre, bajándole las braguitas del biquini para poder acariciarla con comodidad.

—Espero que no vuelva antes de la hora que nos ha dicho.

Claire habló tensa.

—No lo pienses.

Mientras volvió a besarla, le desabrochó el sujetador e introdujo una mano entre sus muslos; con la otra apresó un seno, alternando fuerza con suavidad; siempre con el toque adecuado para que anhelara el miembro rígido que empujaba bajo sus nalgas.

En unos minutos, Claire se encontró aislada en un gélido océano, rodeada por la excitación de un cuerpo ardiente igual de necesitado que el de ella.

—Por favor, cariño —susurró respirando alterada—, bájate el bañador.

—Primero quiero probarte —dijo, dándole besos cortos en la barbilla, moviendo la mano con precisión en el núcleo nervioso que conocía y adoraba—. Me pierde tu sabor. —Gabriel la bajó de su regazo, a sabiendas que estaba dejándola a medias. Sonrió de forma perversa al verla pudorosa cubrirse los pechos y la entrepierna—. No hay nadie, relájate.

—Tú estás con el bañador.

—Y tú estás preciosa.

La abrazó, colocó las manos en sus nalgas y se frotó con descaro. Le besó la boca, el cuello y acabó turnándose los senos con una lengua que la devoraba inagotable y mordía con suavidad los pezones tirando de ellos. Tras saciarse unos minutos, la tumbó en la hamaca y, arrodillado delante sentado en los talones, la deslizó hasta colocarla a pocos centímetros de él. Inclinó el cuerpo hacia delante y hundió la cabeza en su sexo, dejando una oleada de humedad que aturdió a Claire entre gemidos involuntarios. Allí expuesta, olvidó molestas interrupciones y todo quedó relegado al hombre que, dedicado a darle un orgasmo en aquella cubierta y con todo en contra, había conseguido revivirla.

—Te quiero —jadeó Claire.

Gabriel apenas la escuchó, sabía que estaba muy cerca. Poco

después, en cuanto sintió vibrar el anillo de músculos que quería apresarlo, se retiró para contemplar inmóvil el arco perfecto entre la cabeza y los pies que había esculpido en su novia. La admiró, sin palabras; no hacían falta cuando uno tenía delante la belleza de una obra de arte.

Con la respiración acelerada, cayó Claire abatida en la hamaca, no notó la mirada cargada de sensualidad de unos ojos plateados fijos en sus pezones porque todo su campo de visión quedó colapsado por el cuerpo grande y viril de Gabriel. Se deslizó sobre ella, recorriendo sosegado sus costados; otra vez usando la magia de unas manos tan grandes como sutiles. Impaciente, Claire le tiró hacia abajo del bañador para acariciar las curvas firmes de unas nalgas que incitaban la urgencia por tenerlo dentro. En un segundo la solidez entre ellos; dulces roces y embates constantes en una lenta cadencia, que volvió a enseñarles la satisfacción de un placer inmenso envueltos en el ruido disperso de las olas, susurros y una brisa fresca. En aquel barco, traspasó Claire otro límite imposible: hacer el amor a plena luz del día, pudiendo ser descubiertos, poniendo toda su confianza en Gabriel mientras empujaba con fuerza. Aparte de sentirse más viva que nunca, le dio el coraje necesario para enfrentarse a su última gran barrera. Volvería a la ciudad que odiaba y temía a partes iguales, siempre presente en esas horribles pesadillas que gracias a él parecían olvidarse de sus sueños.

Dos días después acordaron el precio por la casa. Gabriel pagó un millón y medio de dólares a Claire ante el notario de San Juan que solía trabajar con el banco y Boreal Róis pasó oficialmente a ser de los dos. La alegría de Claire quedó eclipsada por el desasosiego irracional que conforme se acercaba el fin de semana se apoderó de su mente. Pese a que durante algunos días creyó que no la necesitaría, concertó una cita con la doctora Stamps sin comentárselo a nadie.

Por la tarde llegó Gabriel del trabajo y no sospechó nada cuando Ethel y Eloise le dijeron que estaba comprando un vestido para la fiesta. Tras una ducha revitalizante, se vistió con el chándal azul. Reapareció en la cocina, abrió la nevera y sacó uno de los envases al vacío con jamón serrano. Formando una espiral, colocó un buen número de lonchas. Satisfecho con su creación artística, lo llevó a la mesa. Ethel, que sacó una botella de vino tinto, cortó varias rebanadas de pan para agilizarle un momento de gloria que no perdonaba ningún día. Relajado, masticando un bocado exquisito, preguntó:

—¿Ha ido al Avalon?

—Supongo —dijo Ethel—, aquí no hay más oferta.

—¿La veis bien?

—Está un poco nerviosa. —Eloise habló llevando al cuarto de la colada la tabla de planchar, que sacaba a la cocina para realizar la tarea viendo la televisión o charlando con su hermana—. Hoy ha salido corriendo y ha vuelto dos veces; creo que esa cena la tiene desquiciada.

—Espero que haya encontrado algo —dijo Ethel con una sonrisilla—. Porque como se ponga exigente y vuelva con las manos vacías no va haber quien la aguante, y tú serás el damnificado.

Gabriel afirmó con la boca impregnada de un sabor agradable que le ayudó a no pensar; las dos creían que la gala anual era el motivo de esa ansiedad y no las sacó del error.

Una vez se quedó solo, trabajó durante un par de horas en la habitación urticante de Claire, un lugar cómodo desde que él empezó a llevar la contabilidad, y, luego, mientras la esperaba, subió a la primera planta, donde se entretuvo soñando con una biblioteca dentro de un gran despacho, una habitación de juegos, una sala de estar, y una sorpresa: un estudio de fotografía. Hizo fotos con el móvil a todos los dormitorios para enviárselas al equipo de diseño que remodelaba las sucursales del banco. Tenía amistad con Daniel Larson, uno de los arquitectos, y quería encargarle un proyecto para adaptar la casa al nuevo y exclusivo uso que querían darle. Aunque debía hablarlo con Claire, escribió un e-mail adjuntando las fotografías para que tuviera una idea de los espacios.

Extrañado por la hora, echó un vistazo al reloj y volvió a la cocina. El comportamiento de Claire no animaba a la confianza. La llamó al móvil, pero desistió al tercer intento. Se sentó en la mesa y rellenó la copa de vino, pensando en el dolor que los actos de algunas personas podían acarrear a otras e incluso condicionarlas de por vida. Cuando escuchó la puerta unos minutos más tarde, se levantó veloz y salió al vestíbulo.

Claire mostró una débil sonrisa acercándose, pero sus ojos no le engañaron; sabía cuando aquellos verdes brillaban de alegría y también, como en ese instante, de tristeza.

—Hola, cariño. —Gabriel la besó en los labios y la rodeó en un abrazo protector—. ¿Dónde estabas?

Claire apoyó la cabeza en su pecho.

—He ido a ver a Poli.

—¿Estás bien? —preguntó separándola de su cuerpo. La sujetó por los hombros y, mirándola con ternura, dijo—. ¿Quieres que

hablemos?

—¿Me invitas a tu jamón?

—Por supuesto, vamos a tener que destinar un gasto fijo para tener siempre.

Claire sonrió, entró en la cocina cogida a su mano y esperó sentada en la mesa que le sirviera una copa de vino.

—La verdad es que está muy bueno —comentó tras comer jamón.

—Dímelo a mí. —Risueño, Gabriel se tocó el estómago, se sentó enfrente y más serio preguntó—. ¿Qué te ha dicho?

—Bueno, sobre todo que no lo vea como un regreso. Cree que debo enfocarlo como si fuese la primera vez. Dice que me centre en ti.

Gabriel bebió sonriente, aprobando las palabras de la doctora Stamps.

—Esa mujer sabe de qué habla. —Con una sonrisa seductora, añadió—: Podías empezar a centrarte en mí ahora, no me importa.

—Lo imagino. —Claire rió contenta, él tenía el poder de alejar el miedo, no así el cansancio por la falta de sueño—. Pero necesito tomar un baño caliente, estoy agotada.

—Intenta no agobiarte. No voy a dejar que te suceda nada malo ¿de acuerdo? —Gabriel levantó su mano, besó el dorso y amable comentó—. Prepararé la cena. Ethel ha dejado pescado en salsa. Si quieres, hago también una ensalada.

—Perfecto —dijo, bromeó—. Ten cuidado al calentarlo si vas a usar el microondas.

—Gracias por la advertencia —replicó sonriendo, sin molestarse—. ¿Has encontrado algún vestido?

—Sí, tienen que arreglármelo, pero se han comprometido a tenerlo listo mañana por la tarde. Espero haber elegido bien.

—Confío plenamente en ti.

Con una conversación amena terminaron entero el plato y las copas de vino. Claire fue al dormitorio, entró en el baño y abrió el grifo de la bañera ajustando la temperatura. Se quitó la falda, la camisa y los zapatos. En ropa interior, se sentó en el borde de la bañera y metió con suavidad una mano en el agua, un leve movimiento, sintiendo cómo se escapaba entre los dedos.

Gabriel, que necesitaba una tirita, abrió la puerta y se quedó inmóvil delante de un cuerpo semidesnudo precioso incluso con esas sencillas prendas de algodón blanco. Una visión perfecta con una reacción automática.

—¿Aún no has empezado?

—No. ¿Qué te ha pasado?

Ocultaba la mano izquierda de manera sospechosa.

—Nada, no te preocupes.

—Enséñamela.

—No. —Gabriel tenía un orgullo marcado, pero, aun así admitía su torpeza en la cocina; aunque reconocer casi a diario un percance estaba haciendo mella en una autoestima casera que no ofrecía garantías—. Es una chorrada.

—¿Quieres meterte conmigo?

Sin apartar los ojos de los suyos, Claire se levantó, acarició los músculos de un torso que nunca se cansaba de tocar y unió sus labios en un beso suave. Lentas incursiones de dos lenguas mientras unas manos grandes y posesivas aferraban sus cuerpos; encajándolos con naturalidad. Minutos después, Gabriel se sentó en la bañera con Claire entre las piernas. Ella dejó caer la cabeza en el pecho masculino, relajada por el sinuoso camino mojado de espuma que trazaban las yemas de unos dedos suaves en sus brazos, costados o cualquier otro rincón de su cuerpo; los conocía todos. Sin prisas, tomándose su tiempo, Gabriel la enjabonó distrayéndose con unos senos que lavó a conciencia. Con tiernas caricias consiguió que olvidara inquietudes bajo la calma de unas manos que sabían confortarla con mimos igual que excitarla con pasión.

Salieron cuando el agua empezó a enfriarse. Gabriel se vistió con la parte baja de un pijama negro y Claire con un camisón corto de color blanco. Luego cenaron, sin volver a hablar del viaje, comentando las nuevas reformas que significaban un despilfarro de dinero y también el principio de la creación del hogar que los dos soñaban. Tendrían sus espacios individuales, otros que llenarían con las visitas de los Drake y el que más ilusión les hacía: la habitación Sur, la que sería de su hijo; ese proyecto en común deseado y buscado con entusiasmo que estaba haciéndose de rogar.

El viernes por la tarde aterrizaron en Nueva York rodeados por un tumulto de personas perfecto para distraer la mente de Claire, que percibió más reservado de lo que acostumbraba a Jack cuando los saludó al recogerlos en el aeropuerto. En el trayecto hasta el ático, atendió a la conversación de Jack con Gabriel. No se fijó en la ciudad; había sido una larga ausencia y era el incumplimiento de una promesa. ¿Sería un error?, ¿o al fin se liberaría de su culpa?

Al llegar a la Avenida Ámsterdam, sacaron el equipaje y se despidieron hasta el día siguiente. Atravesaron un vestíbulo lujoso con un suelo impoluto de mármol blanco, dos lámparas de cristal en unos

techos altísimos con luces indirectas, unas plantas naturales en los rincones, y un mostrador de madera donde había dos conserjes uniformados. Tras un breve saludo, anunciaron a Gabriel la llegada unas horas antes de sus padres. A los pocos minutos subieron en el ascensor.

—Qué raro, mi madre me dijo que no iban a venir.

—Mírale el lado positivo, si están aquí es porque tu padre se encuentra mucho mejor.

—Supongo, ya te dije que nunca se había perdido esta cena.

—La verdad es que está recuperándose muy rápido. Creo que estar con tu madre es su mejor incentivo. Me da que pronto os van a dar una sorpresa.

—¿Otro hermanito? —preguntó risueño.

—Lo dudo, pero nunca se sabe. Cosas más increíbles se han visto.

—Mírate a ti, estás aquí.

—Gracias. —Claire se acercó y le dio un besito en los labios—. Sin ti no habría vuelto jamás. Aunque he de reconocer que apenas he mirado por la ventanilla.

—Poco a poco. —Gabriel sujetó su cara entre las manos y volvió a besarla, en la frente—. Luego podemos dar una vuelta.

—Estoy segura de que serías capaz de convencerme para ir al fin del mundo.

—Cariño, vivimos en él.

—¿Echas de menos Quebec?

—Algunas cosas —respondió sonriendo, Gabriel dejó los brazos en la cintura de Claire y balanceó las caderas—, pero soy muy feliz contigo y me encanta nuestra casa.

—Y a mí —dijo risueña—. Además, el contratista va a hacernos la ola, somos sus mejores clientes, y la pena es que nadie ha podido disfrutar de ese trabajo.

—No te preocupes, mis padres tienen ganas de venir, y Sean también, como mínimo tres de los dormitorios sí van a usarse.

En el rellano del ático solo había otra puerta aparte de la de Elizabeth. Al momento de tocar al timbre, una señora de mediana edad abrió. Tenía unas marcadas facciones latinas, llevaba el pelo recogido en un moño y un uniforme rosa pálido con un delantal blanco. Gabriel no la conocía, se presentó, e inmediatamente la mujer se apartó, y entraron.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

Claire abrió los ojos de par en par al escucharlo.

—Dos semanas —dijo con una sonrisa simpática—. Habla

muy bien español.

—Me alegro de tener a alguien con quien poder practicar.

—Será un placer para mí —reconoció contenta—. A su madre también le gusta.

—¿Cómo te llamas?

—Amelia Medina, señor.

—Por favor, llámame Gabriel y de tú. ¿De dónde eres?

—De Medellín, Colombia.

—No he estado, pero creo que es un país precioso.

—Sí, muy bonito, tenemos de todo.

Claire no entendía una palabra y los dejó para buscar a Elizabeth. El salón era grande, tenía el suelo de madera oscura, las altas paredes pintadas en un tono claro, unos muebles clásicos, y unos ventanales, que daban a la terraza, por donde se colaba la luz anaranjada de la tarde con diferentes ángulos, creando un circuito de rayos luminosos como si fuera un bosque mágico.

En el dormitorio de matrimonio, después de que Elizabeth lo ayudó a vestirse, John esperaba sentado en la cama que terminara de ducharse. Solo le dejó la tarea de abrocharse los cordones de los zapatos. Fue un gran esfuerzo inclinarse y llegar a los pies; pero lo consiguió y recibió una punzada de satisfacción por sus progresos. Se levantó y, tras un instante de duda, se dirigió inseguro al baño. Quería compartirlo con ella, aun sabiendo que se enfadaría por no estar presente y arriesgarse a una caída.

—Beth —dijo John, abriendo la puerta. De repente olvidó la facultad del habla, se quedó parado sin entrar mientras Elizabeth, envuelta en una toalla ocultando una pequeña porción de su cuerpo, se peinaba frente al espejo. A los cincuenta y seis años seguía siendo muy bella, estaba en tan buena forma física que parecía mucho más joven. Tenía los muslos delgados, la piel bronceada, y un cuello esbelto que, acorde a su edad, mostraba el paso del tiempo; ese que para él se había detenido contemplando por primera vez la madurez real de una mujer: Elizabeth Drake, su esposa—. Eres preciosa. Siempre lo has sido, pero ahora estás insuperable.

—Estoy terminando —dijo echándole un vistazo rápido, disimulando al peinarse. También seguía siendo muy atractivo, tenía el pelo plagado de canas, pocas arrugas gracias a una buena genética, y recuperaba por días la musculatura, que con el polo negro que vestía marcaba bíceps, insinuando que pronto volvería a tener la robustez heredada por sus hijos. Ahí estaban. Había llegado andando, conocía esos ojos que la recorrieron con lentitud, y la nitidez que vio en ellos era tan clara como las intenciones que traía. Era ridículo, ya que

estuvieron casados más de veinticinco años, pero en ese momento retrocedió a la primera vez con él, el único hombre que la había visto desnuda, con quien perdió la virginidad siendo muy joven y el único que había amado con locura, sin complejos ni límites. Trató de sonar severa para no dar pie a una situación que la intimidaba—. Hazme el favor de no volver a andar si no hay nadie contigo.

John no se dejó influenciar por esas palabras, le sujetó por detrás las caderas y la miró a través del espejo, percibiendo el escalofrío de su piel supo que estaba nerviosa; la conocía; de los dos, siempre fue él quien llevó la iniciativa en el sexo y al parecer debía seguir haciéndolo.

—Mi amor —susurró besándole el hombro—. Vuelve conmigo.

—Divórciate primero.

—Firmaré los papeles la semana que viene.

Ascendió con sus caricias hasta el borde de la toalla.

—Por favor, John, no.

Elizabeth se sentía insegura, no podía competir con el cuerpo de Lilian, no quería decepcionarlo y no contaba con su impaciencia.

—¿Qué te preocupa?

—Todo. Ha pasado mucho tiempo y no sé si será lo que esperas.

John la cogió de la mano y se sentó en una silla antigua que formaba parte de un tocador del siglo XVIII. Tuvo que tirar de ella; estaba peor de lo que supuso. Volver a sentirla en el regazo, olerla y abrazarla, hizo más por su cuerpo que las semanas de rehabilitación; siempre tuvo la cualidad de empujarlo para que mejorara y no se detuviera ante los retos, cuando alcanzaba uno, lo motivaba para buscar el siguiente; gracias a ella consiguió sobresalir en el banco, por ella tenía la presidencia y a ella le debía ser quien era. Esa mujer que conoció a los veintidós, que abandonó una carrera brillante para tener a Gabriel y con quien lo había compartido todo, temblaba en sus brazos sin ser consciente del poder que tenía sobre él—. Me dijiste que cuando quisiera besarte como me apeteciera estarías esperando.

—Lo sé.

Tragó despacio, como una quinceañera ante un primer beso.

—¿Puedo?

John recorrió con un dedo el perfil de sus labios, sin apartar los ojos de los suyos.

—Nunca me habías pedido permiso.

—He cambiado, ahora soy infinitamente mejor.

Elizabeth sonrió por esa arrogancia, que derrochaba cuando

estaban a solas con la única intención de hacerla reír; nunca había sido soberbio; al contrario, con ella y sus hijos siempre fue cariñoso, sin demostrar la autoridad que exhibía en el trabajo.

Cuando sus labios volvieron a rozarse, los dos cerraron los ojos dejando que las sensaciones que nunca olvidaron recordaran de inmediato el placer de sentir sus lenguas; sin edad ni pasado; otra vez John y Beth, una pareja que unía sus destinos. Con ternura se impregnó de su mujer, aumentando las ganas de ella, haciéndolo reaccionar como nadie; nunca tuvo rival, y ahí, cobijada entre sus brazos, John deseó terminar la vida a su lado; no podía ser de otra manera; sin ella dejaba de existir.

En la sala de estar, Gabriel encontró a Claire con un marco de fotos en la mano.

—¿Y mis padres?

—Ni idea —respondió con un gesto despreocupado—. Me encanta esta foto —dijo mostrándole la foto donde estaban él y sus hermanos de niños, con unos monos de esquiar amarillos tumbados en la nieve, los tres reían felices formando una estrella con los cuerpos—. Voy a decirle a tu madre que me haga una copia.

—Nos la hizo mi padre en Stoneham, íbamos todos los fines de semana, yo tendría nueve o diez años.

—Estáis muy graciosos, menudas caras de pillos.

—Nosotros y mi padre sí —comentó sonriendo—, pero mi madre tenía un cabreo enorme porque llevábamos tirados en la nieve más de una hora.

Gabriel la agarró de la mano y la guió hacia el dormitorio de Elizabeth. Llamó a la puerta, pero al no obtener ninguna respuesta, con un gesto extrañado, abrió y entraron. Un ligero gemido los dejó inmóviles a unos metros de la puerta entreabierta del baño, cruzaron unas miradas risueñas viendo lo mismo. Dos sonrisas avergonzadas acompañaron sus pasos hacia atrás sin hacer ruido. No quisieron interrumpir un apasionado beso que no esperaban presenciar, aunque a ninguno sorprendió; sabían que seguían amándose.

—¿Nos habrán visto? —preguntó Claire al entrar en el dormitorio de invitados.

—Imposible. —Gabriel imitó a su padre y se sentó en la cama con Claire en las piernas—. Estaban demasiado ocupados.

—¿Te alegras?

—Sí —dijo Gabriel con un beso en los labios—. Mucho.

—A ver si resuelven sus problemas y Lilian no se entromete entre ellos.

—Mi padre firma el acuerdo la semana que viene. Lilian se

conforma con un millón de dólares. Le exigió la mitad de su patrimonio, pero la maniobra de sacar el dinero del banco le ha hecho perder cualquier opción para negociar algo más beneficioso.

—¿Vendrá a firmar?

—Si quiere el dinero, lo hará. No te preocupes, ese día será puntual.

—Me dan pena las personas así. No sé cómo alguien puede estar con otra solo por un interés económico, es denigrante.

—Cariño, no todas las mujeres piensan como tú.

—Lo sé, pero por suerte sí la mayoría.

—Menos mal —replicó con un beso más largo, más lento y excitante—. Si no paramos ahora no vamos a salir de aquí.

—No creo que a tus padres les importe mucho —añadió con ironía.

—Déjalos que disfruten. ¿Quieres que vayamos de compras?

—¿Para mí o para ti?

Claire no reprimió la burla, sabía que Nueva York era un paraíso de consumo para él.

—Para los dos.

Pasaron el resto de la tarde recorriendo zapaterías. Aunque Gabriel se probó varios pares de zapatos solo compró unos mocasines negros y unas deportivas para correr. Sin embargo, renovó todo el calzado de Claire. Unos modelos le gustaron, otros los aceptó para darle el gusto, viendo el entusiasmo que mostró cuando se los fue probando, también porque gracias a él disfrutaba de una situación económica desahogada y no le pesaron los miles de dólares que se esfumaron como ceniza en el aire después de quemar la tarjeta de crédito.

Entraron también en una tienda infantil y eligieron una osa de peluche con las pestañas larguísimas y una sonrisa contagiosa. Ellos mismos rellenaron el cuerpo con unas perlitas blancas como copos de nieve en una máquina de aire mientras rieron divertidos, le añadieron en el interior un pequeño corazón rojo que latía al apretar un botón colocado en su pecho y la vistieron con un traje de ballet en color rosa. También le compraron varios collares con olor a fresa y, por último, la bautizaron con el nombre de Sophie antes de introducirla en su nueva casa de cartón. Todo quedó avalado en un certificado colorido donde se acreditaba a Ophelia Drake como su propietaria.

Esa noche cenaron con Elizabeth y John, que no pudieron ocultar ciertas miradas cómplices, comportándose amigables, sin dar

más muestras de afecto; aunque Gabriel las buscó constantemente, mientras Claire se limitó a responder cuando alguno se dirigió a ella; el resto del tiempo que compartieron, estuvo inmersa en sus cavilaciones.

Con la ilusión del primer cumpleaños de Ophie, Sean y Elaine decoraron la casa con globos de colores, corazones brillantes y golosinas enormes colgando de largas cintas rosas de lámparas y paredes. En cuanto Gabriel y Claire entraron con Elizabeth y John, los padres de Elaine se aproximaron para saludarlos. Derrochando buenos modales, al ver a John apoyado en el bastón, que sostenía por la obstinación de Elizabeth a cambio de la silla de ruedas, durante unos minutos se interesaron por su salud, sin rastro de rencor, siendo la primera vez que coincidían después de los años que Elaine y Sean llevaban casados.

Mientras esperaban a Jack, un «abu» balbuceado por Ophelia emocionó a John. Atenta a él, sentada a su lado en el reposabrazos del sofá, Elizabeth le acarició el cuello con suavidad y, sin pretenderlo, provocó un poco más el genio que John intentaba mantener cabizbajo, cansado de condescendencia cuando aspiraba a sentirla bajo su cuerpo sin caricias leves, en un amor más carnal y apasionado.

En su condición de padrino, Gabriel sostuvo en brazos a la niña y la ayudó a soplar la vela de la tarta cuando Jack hizo acto de presencia. Alrededor de una mesa rectangular, Ophelia Drake tenía a sus cuatro abuelos y a sus familiares más directos cantando felices; aunque uno de ellos sonriera disimulando y delatara amargura en sus preciosos ojos; esas turquesas donde Elizabeth interpretaba todos los matices sin equivocarse. Rauda, en cuanto vio la soledad temporal de su hijo menor, se acercó ofreciéndole una copa de champán.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondió incómodo—: No me des la paliza.

El tono indiferente no convenció a Elizabeth.

—¿Quién es?

—Nadie. —Jack tensó las mandíbulas y apuró la copa entera —. Déjame tranquilo.

Hablando de tonterías con sus hermanos, se escabulló de su perceptiva madre. Intentaba no dejarse llevar por el desasosiego, pero faltaban horas para volver a verla. No podría evitarla más y la gran mentira que no dudó en decirle por teléfono le explotaría en la cara si no era capaz de enmascarar unos sentimientos que lo agobiaban; volvería a caer y estaría perdido, algo que anhelaba y rechazaba con

la misma intensidad; Cordelia era su castigo, capaz de arrasar con todo.

DIECISÉIS

Nueva York, 1-7-12
Estados Unidos

A diferencia de San Juan, Nueva York nunca descansaba, y Gabriel aprovechó esa ventaja al coger un taxi hasta la Avenida Madison mientras Claire y su madre fueron a un salón de belleza. El destino era una conocida joyería para elegir el anillo de compromiso que tenía previsto regalarle el día de su veintiocho cumpleaños, en la celebración sorpresa que empezó a organizarle. Llegaba con el tiempo justo, pero al pasar por el escaparate de Oscar de la Renta se detuvo unos segundos contemplando un vestido espectacular, sonrió al dejarlo atrás y apuró el paso.

A muchas calles de allí Cora estaba hecha un flan por el cúmulo de sensaciones amargas que la martirizaban. Siempre había acudido a esa gala con Gabriel, tendría oportunidad de ver a Jack con libertad y sabía que la evitaba rehuyendo las reuniones, delegando en otro compañero la supervisión de su departamento a raíz de que ella se incorporó. Sin embargo, a pesar de que Gabriel estaría presente con su novia y de que Jack iría acompañado de alguna de sus muchas amigas, quería despejar su duda de una maldita vez. Si después de esa noche se desengañaba, intentaría olvidar a Jack para rehacer su vida. No podía culparlo, ella metió la pata; aunque no terminara corriendo despavorida. Lo que sí hizo, fue rechazar el ofrecimiento a ser la pareja de Andrew Bassler, uno de sus compañeros, amigo de Jack. No quiso implicarlo en un acto donde los Drake eran el centro de atención; iría sola, el estado que tanto había ansiado y tanto sufrimiento estaba ocasionándole.

En cuanto regresó Gabriel, dejó el portatrajes encima de la cama y fue a la cocina, donde encontró a John sentado en la mesa leyendo unos documentos con unas gafas de elegante montura de pasta negra similares a las que usaba Jack, aumentando el parecido entre los dos.

—Hola, ¿mamá y Claire no han vuelto?

—No —respondió, quitándose las gafas—, comen fuera.

Gabriel se sirvió una copa de vino tinto y se sentó enfrente.

—¿Hasta cuando tienes que ir a la rehabilitación?

—En un principio hasta noviembre, pero depende de la próxima revisión.

—En pocas semanas has mejorado mucho.

—Sí —afirmó con un vistazo rápido—. Estoy pensando en que cuando me den el alta también voy a pedir la jubilación.

—Aún no has cumplido sesenta, pero, si es lo que quieres, lo veo bien. Puedes dedicarte a viajar con mamá.

—Estoy harto de viajar, quiero estar tranquilo, no madrugar, no hacer nada. Me estoy acostumbrando muy rápido a la buena vida y no quiero dejarla.

—Si es así, felicidades. Te quedan un montón de años para disfrutar.

—Eso espero —dijo con tristeza.

—¿Cómo te va con mamá? Supongo que no te pierde de vista un segundo.

John se rió con una sonrisa sincera.

—Nos va bien.

—Me alegro. ¿Quieres que me quede hasta que firmes el divorcio?

—¿Puedes?

—Sí. Quiero pasar unos días aquí con Claire.

—¿Cuándo os vais?

—El próximo fin de semana. ¿Vais a venir al cumpleaños?

—Supongo que sí, mamá manda. Pero me apetece mucho ir a Terranova, hace años que no voy y, por lo que me ha contado, ella también tiene ganas de conocer la casa que le has comprado a Claire.

—Era suya —matizó rápido—. He comprado la mitad.

—Ahora es de los dos. —John entornó los ojos—. ¿Has encontrado el anillo?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañado, al instante, se respondió—. No me lo digas, mamá.

—¿Era un secreto?

—No, pero al final vais a estropearme la sorpresa.

—¿Y qué quieres?, estamos juntos todo el día, de algo tendremos que hablar.

—Haced otras cosas.

Gabriel apretó los labios y lo miró con un destello burlón que desorientó a John.

—Qué más quisiera yo —admitió resignado.

—¿Tienes problemas?

—No —dijo con rotundidad y una mirada asesina que hizo a su hijo desorbitar los ojos—. Tengo que estar divorciado y estoy hasta

las narices.

Sin poder resistir más, Gabriel se rió con ganas, contagiándolo. Hablaron sin tapujos de mujeres, de sexo y de sueños, hasta que viendo la hora John se duchó mientras Gabriel se quedó esperando en el dormitorio de matrimonio por precaución, desoyendo su reiterada protesta alegando una mejoría visible que no solo se reflejaba en un aspecto saludable y el vigor recuperado en los movimientos, sino también afectaba a los trozos de una vida, a esos pequeños retazos que se recomponían para confirmarle la corazonada que tuvo cuando vio aquella foto de boda tras el accidente: fue su gran error. Aquel polvo rápido en el despacho, después de una discusión absurda con Elizabeth, tras muchas copas de whisky, de escuchar y sentir a su joven secretaria ofreciéndole consuelo, definió los siguientes diez años, acabó con un matrimonio que siempre fue feliz y comenzó un calvario al darse cuenta de que no amaba ni amaría a Lilian. Elizabeth abandonó Quebec para no volver a verlo; no quiso perdonarlo ni enfrentarse a un agravio que se le fue de las manos sin darse cuenta. Nunca más cometería otro error de ese calibre; jamás ofendería un amor incondicional que no debió terminar de esa manera. Ansiaba que llegara la siguiente semana para cerrar por completo esa página de su vida. Desde el beso del viernes no habían repetido, solo tibias caricias que resultaban insuficientes tras volver a saborear unos labios añorados demasiado tiempo. Estar junto a ella sin poder demostrarle la profundidad de sus sentimientos era una prueba demasiado dura que agotaba por minutos una escasa resistencia mal camuflada con cortesía.

Después de que Gabriel terminó de vestirse, dejó la chaqueta en el salón y ayudó a su padre con el esmoquin. Ajustándole la pajarita, las escucharon llegar. Al momento, se abrió la puerta del dormitorio y los cuatro enmudecieron contemplándose. Unas no esperaban encontrarlos ya vestidos y ambos tenían percha suficiente para lucir los trajes con elegancia y naturalidad; los otros, sencillamente, porque no estaban acostumbrados a verlas maquilladas y peinadas por profesionales; tras diez años con una *Barbie*, John se bloqueó delante de una mujer real. La belleza madura de Elizabeth y esos ojos grisáceos que siempre lo desalmaron con una mirada turbadora volvieron a cautivarlo, sin darle más opción que acercarse imantado a la intensidad misteriosa que irradiaban. Con una sonrisa de oreja a oreja, Gabriel miró a su padre y salió detrás de Claire. Al entrar en la habitación que compartían, susurró en su oído:

—Estás guapísima.

—Tú también.

Se puso de puntillas y le dio un beso rápido en los labios; solo llevaba brillo, pero si empezaban no pararían.

—Te he comprado un regalo —dijo Gabriel, añadió—: Sé que has perdido mucho tiempo. —Hizo una mueca de disgusto sonriendo, no parecía afectado—. Pero no he podido resistirme.

Claire siguió un rápido desvío de sus ojos hacia la cama. En cuanto topó con el vestido, abrió la boca y se acercó despacio, admirando la seda negra que lo cubría todo con una lluvia de detalles blancos, un escote palabra de honor y una falda con varias capas superpuestas más corta por delante, formando una elegante y llamativa cola.

—Es precioso.

—Póntelo, estoy impaciente por vértelo desde que lo he visto.

—Dame un minuto.

—Los que quieras.

Gabriel se sentó en un sillón cerca de la cama, presenció un desnudo sugerente y se quedó como una estatua de mármol, apenas pudo mover los brazos para cruzarlos y protegerse de esa mujer que no tenía ni idea del estrago en su cuerpo, colapsado, mirándola en un obligado silencio.

—¿Tan feo era mi vestido? —Claire se giró, ofreciéndole la espalda, pero Gabriel no se movió—. ¿Qué te pasa?

Tardó unos segundos en reaccionar hasta asimilar que debía levantarse para abrocharle la cremallera. Carraspeó, buscando las palabras; aunque no encontró más de una.

—Nada.

—Estás un poco raro.

—¿Tú crees? —preguntó poniéndose detrás. Subió la cremallera muy despacio, dándole suaves besitos antes de ocultarle la espalda—. Me encanta tu olor.

—Y a mí el tuyo. —Claire notó cómo contenía la excitación al enmascararla con ternura. Ese esfuerzo la llenó de calidez y le traspasó la piel para llegar hasta los rincones más íntimos. Se giró y le rodeó el cuello con los brazos. Aspiró profundamente con los ojos cerrados y habló sonriendo, a escasos milímetros de su boca—. Te amo.

—Y yo, mi amor.

Con un besito en la punta de la nariz Gabriel concluyó el romanticismo, se reunieron con John y Elizabeth en el vestíbulo, notando una tensión inesperada que los descuadró. No imaginaron que unos minutos antes habían tenido unas palabras agriadas, ya que Elizabeth no comprendió la cabezonería de John en asistir sin muleta

ni bastón.

—Estás muy guapa, mamá —comentó Gabriel admirando un vestido negro, largo y elegante, que solo aumentaba la distinción y la belleza de Elizabeth—. ¿Verdad, papá?

—Sí, como siempre. —Pese a que John ya había observado el cuerpo de Elizabeth, no se privó en volver a repasarlo, ignorando una mirada altiva que no se apartó de él mientras duró el examen—. Es un placer recrear la vista en una mujer bella.

Realizaron el trayecto en silencio, roto varias veces por Gabriel y Claire que intentaron sacarlos del mutismo, sin lograrlo. Llegaron al vestíbulo del hotel Plaza y, al momento, los rodearon algunos compañeros y accionistas, interesados por la salud de John. Claire, que se mantuvo en un discreto segundo plano, creyó percibir satisfacción en casi todos cuando vieron a Elizabeth del brazo de su exmarido. Tras los saludos, ella y Elizabeth los dejaron solos para entrar en el salón engalanado de fiesta, con mesas redondas para diez comensales, pequeñas lámparas y flores en los centros. Cogieron unas copas de vino blanco mientras hablaban con varias mujeres cuando Elizabeth siguió con los ojos los pasos de Cora, acercándose a ellas, con un sobrio vestido rojo oscuro entallado.

Cora sonrió, la besó en las mejillas y preguntó interesada por John. Saludó con amabilidad al resto hasta llegar a Claire, le recorrió el cuerpo de arriba abajo e hizo un gesto de aprobación con los labios.

—Hola, soy Cordelia Hosborn, Cora. No nos conocíamos, pero supongo que habrás escuchado hablar de mí. —Le tendió la mano y añadió—: De la Renta, es precioso.

—Gracias, Claire Merritt. El tuyo también.

—Estuve en tu casa, me gustó mucho —comentó con una sonrisa—. Al menos, la fachada llama la atención.

—Sí, es impactante. Algunos la llaman la casa roja, otros la casa de la rosa de los vientos, pero casi nadie por su nombre.

—¿Tienes muchos clientes?

—Hemos dejado la residencia.

—Bueno, otra etapa, ¿no?

—Sí, es tiempo de cambios para todos.

—Casi para todos —dijo Cora con un gesto triste.

Claire no notó ningún rencor y sí ganas de mantener una conversación cordial, algo que agradeció con una ligera sonrisa. Las mujeres que las acompañaban se retiraron discretamente, Claire bebió un sorbito de vino y se atrevió a decir:

—Para ti habrá supuesto un gran cambio.

—Sí —afirmó Cora desviando la vista hacia Elizabeth, hizo una breve pausa y continuó—. Pero nuestro matrimonio no existía, ha sido la mejor decisión que hemos tomado. A veces no se hacen las cosas por comodidad y, ahora, viéndolo con distancia, creo que nos equivocamos; ni Gabe ni yo éramos felices. Deseo de corazón que os vaya bien.

Elizabeth las observó expectante, no esperaba esa deferencia de Cora, sabía por Gabriel que tenían buena relación, pero, de todas formas, no es plato de gusto encontrar a tu sustituta en un acto público al que es la primera vez que asistes sin tu marido.

—¿Estás bien aquí? —preguntó Elizabeth.

—Sí, es lo que quería.

—Me alegro.

Cariñosa, Elizabeth le tocó el brazo. Por alguna razón que se escapaba a su entendimiento, el carácter simpático de la chica que conoció cuando se casó con Gabriel fue cambiando y distanciándola. Si el divorcio y el traslado de ciudad ayudaban a recuperar aquella alegría solo podía desearle lo mejor.

Entre un grupo de personas, Cora descubrió unos ojos azules mirándola con un rastro de desprecio que se le clavó en el corazón. Esa visión empezó a retirar el telón de sus sueños. No iba a aguantar ahí, no le era posible mantener la compostura a la vez que era asesinada sin piedad. Fue al cuarto de baño y pasó cerca del grupo de Jack, no lo miró ni una sola vez; ya había visto el odio y no quiso repetir. Se encerró durante minutos hasta escuchar el aviso del comienzo de la cena. Se retocó los labios y se infundió confianza para las dos o tres horas siguientes. No pensaba quedarse más tiempo, cenaría y, a la mínima ocasión, volvería a su casa, esa vez con el propósito de no volver a pensar jamás en Jack Drake.

De regreso coincidió con Gabriel y John. La saludaron con afecto, halagaron el vestido y se preocuparon por su incorporación laboral.

—Si tienes algún problema háblalo con Jack —dijo John.

—No te preocupes, estoy bien. Me gusta el trabajo.

—Me alegro, pero recuerda que Jack puede echarte una mano.

Cora asintió, pese a que no entraba dentro de sus planes pedirle nada, antes hablaría con cualquiera, y no tuvo intención de que John o Gabriel la notaran incómoda.

A pocos metros, las personas que hablaban con Jack se dispersaron para sentarse en las mesas, miró a su padre rogándole

para que abreviase la conversación, pero no quiso entenderlo y le hizo un gesto con la mano, apremiándolo a reunirse con ellos. «Había llegado la hora». Desde que entró no pudo apartar los ojos de la imagen sofisticada de Cora más de dos minutos seguidos, lo dejó sin opciones. Con la mirada reflejando el ánimo pesimista que era incapaz de disimular, sonriendo sin ganas, Jack se acercó. No hizo ningún esfuerzo por saludarla y casi anuló el impacto de Cora al estar otra vez delante de una presencia masculina imposible de ignorar. Vestido de manera impecable con un esmoquin negro, una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo una copa de vino, tenía un porte que causaba estragos en las mujeres; algo que él descubrió muy joven y no tenía reparos en explotar. Para ella siempre había sido el más atractivo de los tres hermanos, sus ojos brillaban tan azules que alegraban a quien los mirase y su sonrisa, blanca y limpia, captaba la atención en unos labios sensuales que una vez probó y no había podido alejar de su recuerdo; fueron su perdición.

—Hola, Jack.

Cora se limitó a hablar en voz baja

—Hola —dijo rápido, al instante se centró en John—. ¿Vamos?

A Gabriel no le extrañó la frialdad de Jack, teniendo en cuenta la hostilidad que siempre mostró hacia su exmujer, y agradeció que cortase el encuentro antes de que ninguno volviese a las andadas.

—¿Has venido acompañada? —preguntó Gabriel cuando se fueron.

—No. —Movió la cabeza con una ligera sonrisa—. Tú sí.

—Sí, he venido con Claire.

—¿Eres feliz? —preguntó sonriendo. El gesto de Gabriel no admitía dudas; aquella apariencia no podía ocultar que estaba enamorado. Cora le acarició el rostro, palpó la suavidad de su piel y le dio un beso en la mejilla—. Me alegro por ti. Antes la he saludado, me parece un encanto de mujer.

—Gracias, tú también lo eres. Supongo que algún día encontrarás a alguien.

—Supongo.

—¿En qué mesa estás?

—No lo sé, es la primera vez que vengo sola.

—Seguro que por eso hoy te lo pasarás bien.

—No seas tonto, siempre me lo he pasado bien contigo.

—Anda, vamos —dijo Gabriel, la cogió del codo y se dirigieron a las mesas.

Convenciéndose de que era normal y saludable que hablasen

con cordialidad, Claire llevaba un rato observándolos, sin poder reprimir que un extraño escalofrío la recorriera. En cuanto Gabriel llegó a la mesa, saludó amable al resto de personas que la componían y se sentó junto a Claire.

—A Cora le has gustado —dijo Gabriel hablando casi en un susurro.

—Y ella a mí —murmuró Claire más tranquila, reflexionando añadió—. Si para mí es un poco violento estar aquí, imagino que para ella tampoco debe ser fácil.

—No te preocupes, cuando quiere es muy sociable.

—No estoy preocupada por ella.

—Lo sé, cariño. Estoy muy orgulloso de ti —dijo Gabriel, apretándole con ternura la mano—. Mañana me gustaría ir a comprar algunas cosas para Ethel.

—¿Para Ethel? —Claire enarcó una ceja—. ¿Seguro?

Gabriel no pudo contestar al atender otra pregunta del hombre sentado a su izquierda, pero a ella no le hizo falta, sabía que cualquier cosa que comprase luego la disfrutaban juntos. Minutos después, empezaron a cenar entre conversaciones triviales y un menú creativo que hizo las delicias de muchos asistentes, no así del banquero incondicional de la comida casera.

En la mesa principal John se encontró con los compañeros de siempre, ni uno solo preguntó por Lilian dando por sentado que quien lo acompañaba era su esposa, aunque seguía enfadada y mantenía una actitud distante con él, ignorándolo mientras charlaba animada con los demás.

En cuanto finalizaron las intervenciones del vicepresidente y dos consejeros internacionales, algunos siguieron la velada sentados, otros de pie hablando en corrillos y el resto ocupando la pista de baile. Una orquesta había empezado a tocar suaves melodías y la voz del cantante los transportó muchos años atrás con canciones tan tristes como románticas.

—Liz, ¿quieres bailar?

Al escuchar a James Atkins, uno de sus mejores amigos y también el peor de sus azotes cuando se casó con Lilian, John sintió una hiriente punzada de celos y concentró la atención en la respuesta de Elizabeth.

—Claro.

El gesto de John se tensó por completo, los vio alejarse, siguiéndolos con una mirada enfurecida. En ese mismo momento, en la barra, Jack se tomaba un whisky con dos compañeros y una amiga, que, no siendo una de sus habituales, podría servirle si quería

mantenerse alejado de Cora. Cuando la vio pasar del brazo de Andrew Bassler, se le revolvió el estómago sabiendo cómo terminarían la noche. Iba a tener que tragarse toda la frustración si no quería arder otra vez por ella; y no tenía claro si lo conseguiría. Había compartido salidas con Andy, conocía sus gustos y Cora cumplía con todos sus requisitos.

Sobrado de orgullo, Gabriel atravesó el salón con Claire sujeta del brazo, dejando que se apreciase una belleza espectacular que lo tenía absorto y, con ese vestido, era una fiesta para la libido de cualquier hombre. Prefirió disfrutarla en solitario y salieron a la terraza. Se impresionaron por las vistas brillantes de las luces que dibujaban la silueta de la ciudad entre edificios y sombras, reveladoras para Claire. Se sintió ridícula por los años que pasó odiándola, quizá porque estaba con Gabriel, quizá porque se había perdonado, no sabía el porqué, pero no sentía el pánico que siempre imaginó. No estaba cómoda, aunque podía sobrellevarlo sin temer al pasado y al remordimiento de un accidente que salvó su vida y se atrevió a recordar, pese a dejarle una cicatriz demasiado profunda.

Gabriel sacó el móvil, no podía dejar escapar la mejor de las visiones después de cruzar un arduo camino hasta encontrarla; Claire sería su esposa, la última y definitiva.

—Ponte ahí.

Un rostro altivo, una sonrisa seductora y un vistazo rápido a su bragueta mientras posaba delante de las jardineras que recorrían el borde de la terraza fueron más que suficientes para reafirmar la decisión de repetir con el matrimonio. Esa bella mujer había conquistado todas y cada una de sus células. Gabriel rió feliz cuando divertida lanzó un beso al aire, captado con nitidez por la cámara. Se hicieron varias juntos, bailaron en solitario las débiles notas de *Something Changed* de Pulp, sintiéndola propia, y más tarde dejaron la fiesta para regresar al piso de Elizabeth y sucumbir al deseo que el roce constante desató en sus cuerpos.

La orquesta recibió una petición inusual, que alegró al cantante, y de manera perfecta empezó a sonar *Jealous Guy*. John se acercó a James y a Elizabeth consciente de una mirada plateada desafiante fija en sus ojos, bajando hacia las piernas para mantenerse ahí, hasta que estuvieron a pocos centímetros y ascendió lentamente.

—¿Te importa?

James negó con la cabeza esbozando una sonrisa.

—Sé feliz —susurró, se inclinó y la besó a en la mejilla.

—Y tú —dijo agradecida. Elizabeth sonrió a su buen amigo, de los pocos que reprochó el comportamiento de John y la apoyó en

los momentos difíciles. Era un hombre solitario, casado con el trabajo y amigo de ambos desde que se conocieron en la universidad—. Cuídate.

Los sólidos brazos de John la rodearon y se movieron despacio al ritmo de John Lennon, acompasando dos cuerpos en un suave vaivén como tantas veces habían hecho cuando estuvieron casados.

—Háblame, Beth, por favor.

—No me haces caso, no estás bien y sigues forzándote. No sabemos cuáles pueden ser las consecuencias, no voy a perder el tiempo con explicaciones, somos adultos, John.

—Me encuentro bien y no quiero una enfermera.

—Sé lo que quieres —comentó molesta con la vista clavada en la chaqueta del esmoquin, incapaz de enfocarla en unos ojos que contenían olas rabiosas. Seguía creyendo que su rechazo era por no tener todavía el divorcio de Lilian, ajeno al verdadero terremoto que sentía Elizabeth cuando volvía a la vida en sus brazos y asaltaban su mente realista toda la variedad de inseguridades que se pueden acumular durante diez años sin sexo con ningún hombre—. No me lo repitas más, por favor.

John no volvió a abrir la boca, le haría caso. Al acabar la canción, la cogió con decisión de la mano y habló muy serio:

—Nos vamos.

—No nos hemos despedido de los niños.

—Lo entenderán.

Sonrió cínico. Podía nombrar a quien se le antojara; no tenía escapatoria, esa noche era de ellos y en poco tiempo se lo demostraría. Saliendo, John saludó a varias personas sin detenerse, luego, hizo una señal a un taxi. Tras abrir la puerta para que Elizabeth entrara, se sentó junto a ella y le dio al chófer la dirección del ático.

Cansada de charlas tontas, de medir las palabras, de no poder reírse a gusto de algunos modelitos y, sobre todo, de aguantar entre las mismas paredes que Jack viéndolo flirtear con una rubia atractiva que no se separó de él en toda la velada y lo manoseaba descarada, Cora dejó su copa medio vacía en una esquina de la barra y salió sin perder ni un minuto más.

Esperó impaciente que trajesen su nuevo coche, un Volvo C30 blanco y negro, y le faltó tiempo para sacar un billete del bolso, entregárselo al chico en cuanto se sentó y perderse en una noche donde tenía que dejar atrás el pasado, por muy doloroso que resultase.

Cuando Cora llegó a su modesto piso, no quiso mirarse en el espejo del vestíbulo, probablemente se asustaría. Le bastó con sentir las lágrimas y desnudarse impotente en el dormitorio; necesitaba huir un rato y descansar de sus pensamientos. Se ajustó una bata de raso y se dejó caer en el sofá del salón para mirar durante unos segundos al vacío. Localizó una botella de tequila, que encontró al hacer la mudanza y había colocado en un rincón de la barra de la cocina, y se levantó con el objetivo bien claro: hacer reventar la cabeza con el alcohol.

En el ático de Elizabeth la tensión fue palpable desde que se bajaron del taxi. John no la soltó, sujetándola con firmeza de la cintura, apuntando sus intenciones.

Entraron en el dormitorio, cerró la puerta y, mientras Elizabeth se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos, John dejó la chaqueta encima de un sillón, se giró con las manos en los bolsillos del pantalón y habló en un tono frío:

—Quiero verte desnuda.

Elizabeth levantó la vista y toda la inseguridad llegó alta y clara a su exmarido. John frunció los labios y sonrió con los ojos, aliviado al comprender que no era rechazo, sino timidez por mostrarle el cuerpo.

—Ha pasado mucho tiempo.

Esa voz sedosa, el movimiento de la garganta cuando tragó despacio, el endurecimiento de los pezones cuando estuvo frente a ella y la piel de gallina en los brazos cuando la cogió de las manos y la obligó a levantarse fueron excitantes para él; parecía una adolescente encantadora y la mujer más deseable que había conocido.

—Mi amor, nunca me decepcionas —dijo con la cabeza inclinada hacia delante, acarició con ternura su cara—. Te quiero, conozco tu cuerpo, lo he amado toda mi vida y necesito seguir haciéndolo, sé mi mujer, Beth, para siempre.

—Tengo cincuenta y seis años, no soy una niña, y estás acostumbrado a algo que no puedo darte.

John estaba perdiendo la paciencia.

—No estoy acostumbrado a nada —dijo con un matiz irónico—. Eres tres años más joven que yo, no espero a la chica que conocí, quiero a la mujer que amo, no hagas que te lo repita.

Se vio obligado a moderarse cuando le vio una triste lágrima en el rostro, se la secó con la mano y la besó en los labios despacio. Los dos se necesitaban y se recibieron con la pasión de los viejos

conocidos que al instante de un reencuentro inesperado retoman su relación en el mismo punto donde la dejaron.

Aunque Cora solo recordaba haber tomado un chupito, perdió la noción del tiempo. Pudo cerrar los ojos en un sueño nada placentero. Distinguió el sonido distorsionado del *riff* de Billy Corgan en *Behold! The Nightmare* y trató de recordar cuándo había puesto a los Smashing Pumpkins. Todo se movía descontrolado, un insistente ruido le hizo abrir los ojos. Movió aturdida la cabeza, intentando prestar atención a su pesadilla. Debería haberla abandonado ya, en cambio, ese ruido invadió sus tímpanos molestándola hasta comprender que alguien aporreaba la puerta. Atosigada por un eco machacón se dirigió al vestíbulo y abrió decidida. Unas horas atrás ver a Jack en su casa habría sido un deseo, pero ahí, frente a ella, se convirtió en un revulsivo con toda la ira que le fluía alcoholizada por las venas. Ese hombre estaba castigándola con una presencia demoledora, recién salido de un polvo rapidito con la rubia de turno, sin la pajarita ni la chaqueta, con la camisa entreabierta y el pelo revuelto.

Sin embargo, Cora no dio una. Jack dudó durante muchos minutos, pero se desvió de la dirección que debía tomar para aparcar en ese edificio tras dejar a sus acompañantes en un club del Bronx. Pasó otro rato decidiendo si subir o no. Su pelo ya no aguantaba más tirones cuando se bajó del coche. A los pocos minutos llamó al timbre y perdió los papeles y las escasas ideas que aún le quedaban en la cabeza a punto de estallarle. No estaba preparado para ese abatimiento; pudo con toda la frustración que lo había carcomido durante los años que llevaba sin verla. Unos ríos cristalinos de aguas bravas brotaban de esos ojos azules que ya no lucían perfilados con unas líneas negras continuas, surcaban un rostro delicado con turbias sombras y se derramaban en un camino sinuoso donde no existía un final.

—Necesito hablar contigo —murmuró Jack.

—Déjame. No sé qué haces aquí.

—Tenía que verte.

—No has querido verme en toda la noche. —Cora rió con amargura—. Vete, por favor.

—Déjame entrar.

—No —exclamó rotunda, haciendo el esfuerzo por mantener el cuerpo erguido; si no se iba pronto, le notaría la embriaguez—. Largo. No soy una marioneta, vete con alguna de tus amigas.

Jack se anticipó a una intención clara de cerrar la puerta y la

sujetó con la palma de la mano.

—Estoy aquí y quiero entrar.

—Me da igual, me desprecias y no quiero volver a verte.

—No tienes ni idea —siseó muy serio, inclinándose sobre ella. Cora perdió el equilibrio y se balanceó. Jack entrecerró los ojos y la miró atentamente: las lágrimas no le dilataron los ojos, tampoco le sonrojaron las mejillas ni la tambalearon—. ¿Has estado bebiendo sola?

—Déjame. Tengo sueño.

—No. Borracha eres un peligro. Recuerdo palabra por palabra todo lo que me decías cuando le dabas al tequila.

—A lo mejor bebía para no tener que soportarte. Largo de mi casa. —Cora se limpió la cara a manotazos, hasta las narices de unos ojos despiadados que parecían ver en su interior. Sin esfuerzo, Jack empujó la puerta y entró. Sujetándola del brazo, cerró de una patada y la arrastró por el pasillo. La casa tenía dos dormitorios, acababa de abrir un pequeño despacho y solo quedaba el suyo; donde no quería estar con él—. ¿Dónde crees que vas?

—A darte una ducha.

De un codazo, Cora se soltó y se encaró.

—Si crees que vas a ponerme una mano encima estás muy equivocado.

Para no cabrearla más, Jack intentó disimular una sonrisa, pero cada minuto era más difícil contenerse. Un pelo rubio oscuro, espeso y veteado de mechas más claras, unos ojos celestes asombrosos y un cuerpo que echó de menos cada puñetero día desde que huyó de Quebec volvían a tener el poder de la locura irracional que ocupaba todos los rincones de su cabeza, con un ímpetu indeleble al paso del tiempo o la distancia. Fue su primer amor, la única mujer de la que se había enamorado y ese lugar era demasiado importante como para negarlo más. Necesitaba sentirla sin preocuparse por las consecuencias. La sujetó por la cintura con una mano, le levantó la barbilla con la otra y aplastó los labios contra los suyos. Abrió la boca y las compuertas del deseo, movió la lengua buscando la de Cora, acariciándola como húmedo terciopelo mientras sus cuerpos se pegaban y volvían a amoldarse los valles contra las escarpadas montañas. Regresó el torbellino de sensaciones y volvieron a ser amantes sin trabas para afrontar un futuro; podían ser quienes realmente eran.

—Sabía que si te veía no podría resistirme.

Con una caricia suave en el cuello, Cora sonrió y, palpando un rostro atractivo, le besó los labios controlando la intensidad.

—Voy a ducharme —dijo Cora bajito, al ver un brillo malicioso en los ojos de Jack, añadió—: Sola. Prepara algo de comer. Tenemos que hablar.

Jack no tenía ganas de hablar, pero reconoció que era necesario y solo aumentaba la expectación ante un sexo que lo volvió medio loco la única vez que sucumbieron.

—No tardes.

De vuelta en el salón, Jack abrió la nevera de la pequeña cocina que tenía integrada y buscó algo comestible. Cora siempre había sentido predilección por la comida vegetariana y la japonesa, y sus gustos seguían intactos. Sacó una bandeja de sushi y una ensalada con diferentes tipos de lechugas. Cogió dos vasos de un armario, dos botellas de cerveza y lo llevó a una mesita de cristal frente al sofá, donde la esperó bebiendo contemplando el salón. Sonrió ante varios cuadros de pintura abstracta, viendo el espacio de Cordelia Hosborn sin artificios.

No la escuchó entrar con los pies descalzos, se deslizaron con el mismo sigilo que tuvo cuando llegó a su vida. Jack la observó arrepentido, quería tener esa oportunidad que le suplicó y por orgullo no quiso intentar; era el momento para aclararse y saber adónde querían ir juntos.

—¿Estás más despejada?

—Sí —dijo al sentarse a su lado. Notó esos penetrantes ojos inmóviles en sus muslos y tiró de la tela de la bata ocultándolos—. Veo que no has tenido problemas para encontrar la comida.

—Ninguno, lo tienes todo a mano.

—Es pequeño, pero no tengo deudas y para mí está bien.

—Es bonito y es tuyo, me gusta.

Jack sonrió complaciente, había esperado mucho para estar así con ella; tranquilo, sin sentirse como un vulgar delincuente traicionando a una persona muy importante para los dos.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Verte. Por eso desde que has llegado te he evitado como la peste. Perdóname, me jodió mucho saber que Gabe te había pedido el divorcio. Esperé como un gilipollas a que lo hicieras tú.

—Lo siento —susurró—. Cuando te fuiste me quedé perdida, creí que te olvidaría y que podría volver a amarlo, pero me equivoqué. Luego solo escuchaba hablar de lo bien que te iba aquí, de lo feliz que eras, y pensé que ya daba igual. Tenía que resignarme y aceptar que había sido algo pasajero, pero hay cosas que se escapan de nuestro control.

—Tú siempre has estado fuera del mío. Si estás cerca me

quedo sin voluntad. He estado un rato en el coche convenciéndome para no subir —dijo con una sonrisa apagada—. Cuando te he visto con Andy me ha tocado los huevos, creía que ibais a terminar juntos.

—¿Por eso has venido?

—Sabía que estabas sola, lo he visto salir con una chica de recursos humanos.

—¿Quieres quedarte esta noche?

—No —dijo moviendo la cabeza—. Voy a quedarme todas las noches, vamos a hacer el amor todos los días e iremos poco a poco porque no tenemos prisa, no tenemos ningún impedimento ni estamos engañando a nadie.

Embrujada por el mar de unos ojos felices, al oírlo admitir que deseaban lo mismo, le falló la voz; muy cerca de cumplir un sueño. Jack pensó que se la veía preciosa al natural; una mujer totalmente desnuda cubierta por una tela fina que marcaba la silueta de un cuerpo añorado por sus manos, con una boca que besaría hasta hincharle los labios, y una piel sedosa invitándolo a acariciarla. Inclinó la cabeza, la besó en la sien y susurró:

—Nena, quiero intentarlo.

—Y yo, aunque tengo miedo.

Vagó con la boca por el cuello de Cora, sonriendo para sus adentros al sentirla estremecerse.

—¿De qué?

—De la reacción de tu familia. —Cora bajó la vista y cerró los ojos mientras negaba lentamente—. No va a gustarles.

—Lo aceptarán —dijo Jack, besó con suavidad sus párpados —. Gabe es el único que puede tomárselo peor y no creo que ya le importe mucho; no te preocupes, yo me encargo de él.

Olvidó la comida con hambre atrasada de unos labios que oprimió a los suyos. La besó explorando tranquilo con la lengua, estrechándola más contra su cuerpo tenso. En cuanto Cora apretó los senos contra él, perdió la poca cordura que todavía controlaba. Respirando agitado, la sujetó por las mejillas con las manos y pegó sus frentes. Tiró despacio del cinturón de la bata, consciente de que recordaba todos los recodos de ese cuerpo esbelto, sedoso y tierno que llegó a asombrarlo en una noche épica. Ansioso por recorrerlos, se levantó y fueron al dormitorio con los dedos entrelazados.

Por esa mujer estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier obstáculo, se llamase como se llamase. Después de cuatro años, desde que se vieron por última vez en la boda de Sean, iban a hacer el amor sabiendo que los unía un sentimiento profundo que podía salir y ver la luz, que era libre para poder expresarse sin disimulos o falsa

hostilidad enmascarando una frustración dolorosa.

Jack quería sentirla sin prisas, la desnudó tomándose su tiempo, deteniéndolo. Luego, en la cama, movía la lengua dentro de la boca femenina que sabía a dulce fruta fresca y a fuego vibrante, con un calor arrollador. Sudorosos, acompasaron sus cuerpos. Rozó con los nudillos unos pechos tentadores, que cubrió en un gesto posesivo con las palmas de las manos abiertas, y sucumbió a la lucha que mantenía contra sí mismo.

—Esto es una locura —susurró ronco.

DIECISIETE

Nueva York, 2-7-12
Estados Unidos

El lunes Cora llegó a la oficina con unos minutos de retraso. No solía pasar, pero ese día tenían en su departamento una reunión a primera hora con su jefe; un tipo agradable a quien evitaba motivos de queja debido a la suspicacia que despertó su contratación en algunos compañeros. Entró en la sala de reuniones, esperando verlos sirviéndose café, sin embargo, se encontró a Jack recorriéndola con los ojos de arriba abajo, poniéndola nerviosa, al lado de Trevor Kennet, uno de sus íntimos amigos, el tipo agradable.

Cora saludó sin querer detenerse en la apariencia cuidada de Jack. Afeitado, vestía un traje gris con una camisa azul y una corbata rayada en tonos marrones, alejando de su mente el cuerpo fibroso acoplado al de ella durante horas hasta que se despidieron de madrugada. Cuando pasó por delante, Jack se impregnó de su olor. Se sentó tras la mesa y no perdió detalle observando una imagen pletórica en una camisa blanca, insinuando unos pechos que él definía como perfectos, una falda oscura entallada en las caderas dejándole los movimientos apropiados para andar con sensualidad y unos zapatos negros de tacón que remataban con feminidad unas piernas torneadas suaves y pálidas, que se amoldaban a su cuerpo con firmeza mientras la penetraba. Esos pensamientos lo dispersaron, pero se controló y observó uno a uno al equipo: cinco hombres y tres mujeres. Le preocupaban Bassler y Michael Lumis. De Andy ya había advertido el interés por Cora, y estaba ahí para no dejarle la más remota opción. De Michael el afán de progreso, tenía el objetivo bien claro y trataba de alcanzarlo acaparando unos méritos que no siempre eran suyos.

—Si estamos todos, vamos a empezar, por favor —dijo Trevor con seriedad. Las ocho personas cruzaron las miradas y prestaron atención a la figura regordeta de Trevor, que se ajustó las gafas de pasta negra, se peinó algún cabello invisible solo detectable a su mano y carraspeó antes de hablar—. Buenos días a todos, aparte de tratar los temas semanales, tengo que comunicaros que el señor Drake vuelve a hacerse cargo de este departamento. Ha sido un placer trabajar estas semanas con vosotros.

Si era duro para Cora seguir el ritmo de los compañeros, tener a Jack alrededor aumentaría sin ninguna duda su

desconcentración, pese a ser un aliciente en otro aspecto.

—Me gustaría hablar de los proyectos pendientes —dijo Jack—. Andy, Jake y Louise, estáis con hogar y vida ¿no?

—Sí —respondió Andy, actuando de portavoz, le entregó dos portafolios—. Hemos ajustado algunos baremos, pero teníamos que hablarlo contigo.

—Vamos a hacer una cosa, venid a mi despacho y vemos los informes. Luego veo con July, Tim y Philip los planes de pensiones, y por último, Michael y Cordelia, supongo que estáis con las tarjetas, ¿no?

—Sí, Jack —dijo Michael—. Pero tengo otra reunión en Nueva Jersey a las doce, si no te importa, lo vemos mañana.

Cora frunció los labios, sin mirar a su compañero. Se concentró en el tapón de un bolígrafo que giraba entre los dedos. No podía igualarlo en experiencia, pero tampoco era de recibo ignorar el trabajo que hacía y subestimar su capacidad para informar al director comercial.

—Cordelia, en cuanto termine con los planes de pensiones, tráeme el proyecto de las tarjetas, como lo tengáis.

—Jack, prefiero exponerlo yo —comentó Michael—. Es mi proyecto.

—Es un proyecto del banco y Cordelia debe controlarlo igual que tú, no puedo esperar a mañana.

Podía esperar años, pero no quiso aumentar la soberbia de Michael, eran un equipo y no iba a relegar a Cora a una posición segundona porque estaba convencido de su capacidad intelectual y, sobre todo, porque no quería volver a verla con una mirada ausente tragándose su orgullo.

La alarma chillona del móvil sesgó de golpe el sueño placentero de Claire. Navegaba bajo un sol radiante con unas manos seguras extendiéndole un aceitoso bronceador. Perezosa, remoloneó por la cama. Supuso que Gabriel estaría corriendo o desayunando, aunque se decantó por el deporte al entrar en el cuarto de baño y comprobar el orden. Después de ducharse se vistió con una falda vaquera, una camiseta roja y unas cómodas deportivas de lona, que facilitarían las caminatas, asumiendo que Gabriel no había acabado con un afán consumista agotador.

Se sentó en la mesa de la cocina y, siguiendo su petición, Amelia le sirvió una taza de café y dos tostadas, sin una ínfima parte de la charla que solía compartir con Gabriel; no hablar español fue

determinante.

En otra zona de la casa, John amaneció abrazado a una espalda cálida y a unas nalgas que lo rozaban para despertar otra vez un deseo insaciable. No contemplaba agotarse; tampoco su cuerpo, que respondía de forma sorprendente inflando más un ego ya de por sí bastante grande. Elizabeth Durham Drake había vuelto con honores a un lugar del que nunca debió salir, ese que iba a proponerle por segunda vez en cuanto firmase el divorcio.

—Hola —susurró John, le besó un hombro y recorrió su cuello acariciándolo con una rasposa mejilla gris. A base de excitantes cosquillas, Elizabeth se giró y rió contoneándose contra él—, buenos días. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió a la voz profunda que amó desde el primer día, junto a unos labios suaves pero firmes en sus embates que dispararon su deseo. Alucinada, no creyó posible tal aguante a su edad sin ayuda química—. ¿Y tú?

—Esperándote.

—¿No estás cansado?

—No —afirmó con una sonrisa—. ¿Tú sí?

—Un poco. Anoche me hiciste muy feliz.

—Siempre intentaré hacerte feliz —dijo, acariciándole un pecho—. He perdido diez años y voy a recuperarlos, día a día, minuto a minuto.

—¿No quieres volver al banco? —preguntó asombrada.

—No —respondió con un beso en la boca—, te prefiero a ti. Estoy harto de trabajo. Me gustaría disfrutar de la niña.

—¿En serio? No sé si serás capaz de desligarte con tanta facilidad.

—Te lo demostraré.

—Tenemos tiempo —dijo contenta. John podía tener muchos defectos, pero su mejor virtud era una voluntad que se crecía ante los retos. Elizabeth acarició un pecho teñido de madurez, atenta a la pulsación acelerada de su corazón—. Demuéstrame otra cosa.

—Las que quieras. —John se dejó convencer rápido; fascinado consigo mismo. Mientras sus piernas se confundieron, deleitaron sus bocas en besos pausados, hasta desesperarse en otro arrebato por no dejar nunca de pertenecerse. Un excitado miembro se abrió paso por un conocido sendero—. Hemos ganado con los años.

—No abuses de las pastillas. —Elizabeth no podía aislarse si creía que estaba haciendo alguna tontería para no defraudarla. Lo frenó sosteniéndole la cara entre las manos—. Por mí no tienes que tomarlas.

—Solo son tres al día —dijo sonriendo.

—¿Tres? —exclamó dándole un empujón en el pecho, se incorporó acelerada sujetando la sábana por encima de los senos—. ¿Estás loco? Así no vamos a llegar al mes que viene.

—¿De qué pastillas hablas? —John alzó las cejas, percibió burla plateada y comprendió al instante la advertencia; sonrió engreído y, con ese poderío que aún le sobraba, comentó—. Siento decepcionarte, no estoy dopado. Si lo estuviera, no saldrías de la cama en semanas.

—¿En serio?

—Totalmente.

Atravesando el pasillo, Claire escuchó las voces de John y Elizabeth en lo que creyó eran gemidos y risas; pasándolo en grande. Apretando los labios con la alegría y la vergüenza a la par, entró en el baño del dormitorio. Después de cepillarse los dientes, se contempló durante unos minutos en el espejo, observando el brillo alegre en unos verdes esperanzados, el bronceado de su piel, por el sol que no rehuía encerrada, y las curvas más pronunciadas en su silueta, donde la escualidez dio paso a una esplendorosa sensualidad femenina. A gusto, estando en Nueva York; algo inimaginable unos meses atrás, se preocupó por el responsable de ese cambio. Como caído del cielo, dio un pequeño repullo al verlo.

—¿De dónde sales?

—Vengo del despacho del abogado de mi padre —mintió tan tranquilo con un beso en los labios. Perdió varias horas entre ir a correr, volver, ducharse, recoger, visitar la joyería y regresar antes de que se despertara—. ¿Has desayunado?

—Sí. Creía que estabas corriendo.

—Ya he ido. ¿Nos vamos?

—Espero que no me marees mucho con tus exigencias.

—No seas mala, bien que las disfrutas. Voy a llevarte a un paraíso español para el paladar, te va a encantar, llevan más de cuarenta años aquí; son a quienes compro por Internet.

—No lo dudo.

Minutos después cogieron un taxi que los llevó al Nothern Boulevard. Los trataron con una exagerada y cálida amabilidad latina, probaron algunos productos de cerdo ibérico y Gabriel habló en español, decidiendo con un empleado qué jamón era mejor en función

de la procedencia. Como buen canadiense, no quiso arriesgar con otro que no fuese su conocido del sur de España. Hizo un pedido que Claire supuso duraría varios meses o tendrían una seria conversación sobre los conceptos de gastos que el Inquisidor no veía según su conveniencia.

—¿Dónde quieres comer? —preguntó contento al salir.

—Me da igual, elige tú. Eres el entendido.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Seguro. No me subestimes.

—Por supuesto. Pero recuerda guardar todos los tickets, porque contigo llevarás el mismo control que conmigo, ¿no?

—¿Te has enfadado porque he comprado comida?

Gabriel intentó no sonreír mucho, pero se quedó en eso; un intento.

—No has comprado comida. Yo compro comida.

—¿Ah, no? ¿Y qué he comprado?

—Aperitivos —dijo remarcando la palabra—. Eso es lo que has comprado; otra de tus chorradas.

—Llamar aperitivo al jamón ibérico de bellota es igual a decir que un Ferrari es un coche; por supuesto lo es, pero es también mucho más; es sublime.

—¿De bellota? —preguntó, apretando la frente—. ¿Sabes qué es eso?

—Mejor que tú, seguro.

—Yo no lo sé, pero debe ser importantísimo.

—Lo que más —afirmó con suficiencia—. Decide donde quieres comer y te lo cuento.

Durante el tiempo que estuvieron sentados solos en el despacho, Jack confirmó que era brillante para llenarlo de orgullo y que lo volvía loco. Se recordó un ciento de veces que debía mantener la bragueta cerrada aunque muriera en el intento y se sintiera como un cavernícola en celo; era profesional, no se liaba con compañeras, nunca; o serían la comidilla de toda la oficina o, mejor dicho, del banco entero. Sin embargo, rozó varias veces el delirio imaginando a Cora desnuda encima de la mesa a su merced, ¿estaba enfermo?

En esa reunión Cora no descubrió nada nuevo, estaba enamorada de él, incluso así, verlo trabajar sin comprender la mediocridad, igual de exigente con los demás como consigo mismo, con un carácter perfeccionista, impaciente y obsesivo, fue instructivo

y excitante. Prudente ante una avalancha de imágenes poco recomendables en aquel momento formal, se levantó y recogió los documentos de la mesa, impaciente pero sabiendo que más tarde podría resarcirse cuando apareciera por su apartamento. Al inclinarse, los ojos de Jack quedaron hipnotizados en un escote profundo, más ruina para su control. Tragó inmóvil sin apartar la vista de un suave cuello, de unas solapas blancas y de la tela de su camisa rozándole los pechos.

—Si no necesitas nada más, me voy.

Jack parpadeó varias veces, movió la cabeza y se quitó las gafas de manera descuidada. Cora dio la vuelta y un dolor en los testículos se adueñó de su razón. Había estado a punto de conseguirlo, pero esa maldita falda marcándole el culo y unas caderas excitantes, provocaron un salto de sus piernas, atrapándola antes de salir. Le sujetó un brazo, la giró y aplastó la boca contra la suya.

—Casi —jadeó en sus labios. Se inclinó hacia delante y cerró la puerta con llave—. ¿Mesa, sofá o pared?

Cora tardó unos segundos en procesar la pregunta, sonrió apretándose a su cuerpo y le acarició la mejilla, pensando en que era un hombre guapísimo, más con la cara bien afeitada como ese día. Incapaz de negarle nada; era su momento; solo tenía una respuesta—. Tú.

Un murmullo lleno de matices sexuales, una sílaba y Jack entró en combustión. La pegó contra la pared y de un tirón le arrancó los botones de la camisa. Cora abrió los ojos como platos, pero perdió el enfoque a medida que el rostro de Jack invadía su campo de visión. Con las manos en todas partes, le subió la falda y metió dos dedos bajo las braguitas. Los mismos que movía con suavidad mientras libraba en su boca una encarnizada lucha con la lengua; conquistaba y se rendía equilibrando el ataque. Resollaban al apartarse. Cora le desabrochó el cinturón de los pantalones, acarició su acerado pene bien dotado y, sonriendo, fue bajándole los calzoncillos. Jack no era capaz de resistir ni un minuto tras levantarla a pulso. Se hundió en ella con la mejor de las sensaciones. Unos besos, despiadados, y la fuerza de sus potentes músculos para mover las caderas hacia un orgasmo maravilloso, olvidando que podían escucharlos.

De varios golpes certeros, Jack se convirtió en un preso incondicional.

Cuando se dejaron caer en el sofá, Cora tenía el pelo hecho un desastre, el maquillaje corrido y los labios hinchados sin opción de mejorar en breve. Jack la miró sonriendo; estaba preciosa y no podía salir de ahí.

—¿Te apetece japonés?

—No puedo pensar.

Bajándose la falda, buscó con la mirada los botones de la camisa.

—Lo siento, me he dejado llevar.

—No sé cómo voy a volver a mi despacho.

—Por eso te decía lo de la comida, no vas a salir.

—¿Qué? —preguntó agobiada.

—Nena, estás para comerte, pero con esa pinta de recién follada no va a verte nadie. No te preocupes, comemos tranquilos y cuando se hayan ido nos vamos.

—No he traído chaqueta.

—Tengo algunas camisas para cambiarme, te presto la que quieras.

—Vale, pero no me gustaría que aquí sepan que estamos liados. Llevo poco tiempo y todos saben quién soy. Vamos a ir despacio, por favor.

—Vamos a ir a nuestro ritmo —dijo incómodo.

Cora se sentó en sus piernas y le peinó unos mechones castaños un poco largos y rebeldes, igual que una mirada turquesa tan limpia como sincera.

—¿Por qué te has enfadado?

—No estoy enfadado, más bien jodido.

—Si es porque he dicho que prefiero que no lo sepan, no ha sido para molestarte. —Cora habló con ternura, por nada del mundo quería que volviera a sufrir por ella, no se lo merecía y no iba a permitirlo—. Es porque van a hablar de nosotros y no quiero que nos hagan daño.

—Hablarán. Tú eres quien eres y yo quien soy, es inevitable.

—Lo sé, pero antes debemos hablar con Gabe. No es justo tampoco para él, no va a salir muy bien parado.

—No sé qué decirte, lo verán como la víctima.

—Ya. Y yo seré la zorra que se tira al hermano.

Jack tensó el rostro y le alzó la barbilla.

—Que yo sepa las zorras no siguen con sus maridos para no hacerles daño, y no te has tirado a su hermano; su hermano se enamoró de ti y no supo mantenerse alejado. No vuelvas a hablar así de ti misma delante de mí, nunca más, por favor.

—Te quiero. —Cora apoyó la cabeza en el hueco de su hombro y lloró por los años perdidos, por su cobardía, por su perdón. Haría frente a cualquier obstáculo, aunque el miedo a perderlo otra vez le reclamase una cautela que a él le dolía—. Más de lo que

imaginas.

Gabriel paró un taxi en la puerta del restaurante de Queens donde comieron en aquella calurosa tarde de verano, aunque dentro del vehículo sopesó dar un paseo con Claire por el parque y llegar caminando al ático.

—¿Te apetece andar un poco?

—Sí, me encanta mi bronceado. He pensando poner unas hamacas en el jardín, hasta septiembre puedo aprovechar para tomar el sol, si no, voy a echar de menos la terraza de tu madre.

—Por mí perfecto, pero vete haciendo a la idea de que vas a tomar el sol desnuda —dijo convencido, hizo una pausa y comentó pensativo—. Voy a tener que poner algo en la verja, hablaré con Luc.

—No van a dejarte. La casa tiene protección arquitectónica del Ayuntamiento.

—Entonces olvida tomar el sol. Además, es malo para la piel.

—Pero me gusta. —Se levantó un poco la falda y le enseñó parte de los muslos—. ¿A ti no?

Miró una piel tersa con un atractivo color dorado.

—Perfecta —susurró Gabriel en su oído.

Desvió con rapidez los ojos hacia el retrovisor interior del coche y pescó al taxista admirando también esas piernas. Elevó las cejas con una mirada severa y el hombre apartó la vista de inmediato. Gabriel apretó los labios, cogió el borde de la falda y se la colocó bien para evitar distracciones innecesarias.

—¿A dónde quieres ir?

—Central Park nos viene de camino.

Gabriel habló de manera despreocupada, sin intención de presionarla, pero expectante ante la respuesta. Claire respiró hondo, volvió la cabeza hacia la ventanilla y fue asumiendo la cercanía del parque. Estaban en una intersección, ahí empezaba el carril bici, los deportistas corriendo, el sendero bordeando la carretera, todo igual. Solo cambiaba la luz, en ese momento era cegadora con un sol radiante alejando la oscuridad.

—¿Puede parar por favor? Queremos seguir a pie.

Al escucharla, Gabriel inclinó la cabeza, esbozó una sonrisa breve y le dio un beso rápido en la mejilla. Sacó la cartera, pagó al taxista y la cogió de la mano.

—No voy a soltarte.

—Lo sé.

Más que un paseo fue un viaje a través del tiempo. Salieron

de la carretera y bajaron al camino peatonal para dirigirse a uno de los lagos: *The Pool*. Claire se sentó en un banco y admitió de buen grado la fotografía que Gabriel le hizo con el móvil.

—Así cuando la veas te acordarás de tu bronceado.

—Muy gracioso. Ya veremos cómo tomo el sol en casa.

—Me gusta saber que es nuestra casa. —Gabriel se sentó y entrelazó una mano con la suya—. Cuando lleguemos podríamos poner en marcha la reforma, si quieres quedamos con el arquitecto.

—No me apetece empezar ya, no tenemos prisa.

—Es una pena tener esa planta así. Cuando venga mi familia solo ocuparán cuatro dormitorios.

—¿Ophie dormiría sola? —preguntó extrañada.

—No, ¿por qué?

—Por nada, no había entendido tus cálculos —comentó sonriendo—. Acabo de darme cuenta de que no estás al tanto de las andanzas de tus padres.

—¿Qué me he perdido?

—No lo tengo del todo claro porque no he visto nada, pero apostaría el cuello a que estaban pasándoselo bastante bien.

—¿Qué hacían?

—Imagínatelo.

La miró con la boca abierta y acabaron a carcajadas.

—Tengo ganas de que firme el divorcio y se jubile. Está muy ilusionado.

—Se les ve bien juntos, y se ha recuperado de una forma rapidísima.

—Aún tiene pequeñas lagunas y la rehabilitación no termina hasta noviembre, pero, es verdad, a los dos se les ve felices. Había perdido la esperanza para ellos. Tenía claro que Lilian tarde o temprano lo dejaría, pero ni en mis mejores sueños imaginaba que mis padres volverían, te lo prometo.

—No sé cómo lo vivisteis tus hermanos y tú, pero al menos no erais unos críos cuando se divorciaron.

—Fue un palo muy gordo. Desde entonces no habíamos vuelto a estar los cinco juntos. Para mi madre la boda de Sean fue uno de los peores momentos, me dolió mucho verla sola. Y encima, Jack al día siguiente se vino aquí y me quedé solo en Quebec con Cora.

—¿Por qué la boda de Sean? Cora y tú os casasteis antes que él.

—Porque a nuestra boda no vino Lilian. Le pedí a mi padre que viniera solo y lo hizo. Creo que la mandó a París, no me interesé mucho; cumplió conmigo y se mantuvo correcto con mi madre. En esa

época no le dirigía la palabra y él aguantó el tipo como pudo sin amilanarse, ahí me di cuenta de que aún la quería y hace cinco años.

—Con él no he hablado, pero tu madre nunca ha dejado de quererlo.

—Él tampoco. Se dio cuenta de su error antes de casarse.

—¿Por qué lo haría?

—No lo sé, pero no me extrañaría que Lilian le dijera que se había quedado embarazada; por engancharlo estoy seguro de que lo pondría contra la espada y la pared.

—¿Lo veías mucho?

—Trabajábamos juntos, si no estaba fuera, todos los días.

—Dentro de lo que cabe has tenido suerte, te has podido relacionar con los dos. Supongo que para Sean ha sido más difícil.

—Bastante, no quiso comprenderlo. Y ya sabes qué pasó cuando nació Ophie. Pero a pesar de todo si coincidían siempre se ha mantenido correcto y nunca ha intentado influenciarnos ni a Jack ni a mí. Al contrario, nosotros hemos tratado durante años de convencerlo para que se acercara a él.

—Al final el accidente ha puesto las cosas en su sitio. Ante situaciones trágicas afloran los verdaderos sentimientos de las personas, y tu madre ha demostrado ser una señora. La admiré desde que la vi en el hospital por primera vez, me recordó la misma fortaleza que tenía la mía.

—He echado mucho de menos estar reunido con mi familia. Cuando conozcas más a mi madre, lo entenderás. —Gabriel inclinó la cabeza y sonriendo le dio un beso corto en la cara—. Nuestra casa era un hogar. Ni mi padre con Lilian, ni Cora conmigo nos acercamos de lejos a lo que mis hermanos y yo vivimos de niños con ellos; eso es lo que quiero conseguir contigo.

—Es lo que vamos a tener porque los míos fueron la pareja perfecta y solo he tenido ese referente. Tú eres lo mejor de mí y algún día lo tendremos, estoy segura.

—Y yo.

—Me lo he pensado mejor —dijo risueña—. Habla con Daniel.

—¿En serio?

—¿Estoy riéndome?

Al verla cambiar el gesto, Gabriel enarcó una ceja y la observó divertido. Poco después siguieron con el paseo por un camino de tierra, recorrieron los bosques del *Loch* plagado de rincones ocultos, con un pequeño arroyo circulando paralelo a arbustos, matorrales y muchos árboles.

Pasaban bajo un puente de piedra cuando de repente los adelantaron un grupo de ciclistas. Sobresaltaron a Claire, que regresó de una dispersión opresiva por los malditos árboles, siempre presentes en las pesadillas; engañándola en la mortecina realidad.

—Falta poco —dijo Gabriel. Sintió el nerviosismo, palpó el sudor de su mano, y le rodeó el hombro con el brazo. Intuyendo que podían perderse, y no sería adecuado tentar a Claire, buscó con la mirada posibles rutas de escape, pero no confiaba en su sentido de la orientación—. Creo que deberíamos salir por la calle 100 Oeste, es lo más corto.

—No tienes ni idea ¿verdad?

Encogió los hombros con una sonrisilla.

—Cuando vengo a correr siempre cojo los caminos asfaltados. Pero no tiene pérdida, como mucho unos minutos más.

—Es mejor la 97, hazme caso.

Con un punto de suficiencia que aumentó su autoestima, Claire giró a la izquierda. A unos cientos de metros divisaron varios carriles rodeados de montículos verdes con diferentes árboles, algunos doblados con una violencia dramática y otra vez esas detestables ramas. Inspiró tratando de relajarse, sintiendo el calor de Gabriel en el cuerpo y también una firme protección. En ese momento lo tenía todo para borrar sus recuerdos, hasta que apareció majestuoso un tronco robusto, mucho más grande que el resto, con miles de hojas copando las ramas, dando la mejor sombra; la más fría y oscura. Claire detuvo los pies incapaz de continuar, el negro estaba adueñándose de la luz y su equilibrio falló. Gabriel la sostuvo por la cintura, ya había pasado por otro episodio parecido y no perdió la calma, pese a verse impotente porque estaban muy cerca de la salida. Se arrepintió al haberla metido de lleno en una situación tan delicada. Le cogió la barbilla y empezó a soplarle un hilo fresco de brisa cariñosa en la cara, meciéndola en sus brazos. Acarició su cabello; comprendiendo el trauma que debía olvidar para alejar ese fantasma invisible, si no lo hacía, podría interrumpir sus vidas cuando quisiera. La sintió temblar y suplicó:

—Cariño, vamos…, estoy contigo...

«Por favor, abre los ojos, déjame verlos»

—Me he mareado. —Claire abrió los párpados despacio.

—Sí —dijo tratando de parecer tranquilo; aunque esas pérdidas de conocimiento eran exageradas—. ¿Estás mejor?

—Te he asustado otra vez.

—No te preocupes por mí.

Gabriel la besó en la cabeza y con el brazo en su cintura

retomaron el camino.

—Algún día me gustaría que hablásemos para poder descargar mi conciencia.

—Tú no tuviste la culpa. —Se situó delante y le sujetó los hombros—. Tu conciencia debe estar tan limpia como la de un niño. No pienses en ningún momento que fuiste responsable porque no es así.

—No es solo eso y es lo que más pesa.

—No, Claire, lo peor es que no puedes dejarlo atrás y no sé qué hacer. Creía que viniendo aquí te ayudaría, pero me he equivocado.

—Eres quien más y mejor me ha ayudado —dijo con tristeza. Empezó a pensar que quizá lo mejor para ellos era enterrar de una vez algo que a cualquier persona hubiese enloquecido. Gabriel no quería saberlo, incluso ella creyó que intuía la gravedad de un hecho involuntario, que tenía más presente que la propia violación. Su instinto de supervivencia la protegió de un hombre con unos ojos marrones mentirosos y un nombre que jamás había vuelto a pronunciar: Stanley Goldener. Acercó los labios a los suyos, lo besó y al separarse tocó su mejilla—: Gracias por devolverme a la vida. Te quiero.

Gabriel, que sucumbía a cualquier muestra de ternura, amagando una sonrisa, entrelazó sus manos e inició el paso con intención de encontrar rápido la salida más cercana y también en consultar con un psiquiatra la manera de poner fin a ese pánico que no quería abandonarla; Claire tenía derecho a una vida sin temores en Nueva York, Quebec o en cualquier otra ciudad, de hecho, en todas, con la misma libertad que alguien sin un trauma tan execrable; ya se había perdido demasiadas cosas y no perdería más si él podía remediarlo.

DIECIOCHO

San Juan de Terranova, 9-7-12
Terranova y Labrador, Canadá

Gabriel llegó a su casa con un dolor de cabeza considerable, entre la preocupación por John, la organización del cumpleaños, la venta del piso, los constantes cambios en las reformas de la primera planta, que le suponían conversaciones diarias con el arquitecto para luego discutirlo con Claire, los proyectos internacionales que supervisaba y la gestión propia de la sucursal, tenía encima un cúmulo de obligaciones cargantes como sacos de oscuro plomo. Dejó las llaves en un mueble antiguo en la entrada, el maletín en el suelo y fue a la cocina siguiendo el aroma de un guiso apetecible. Se extrañó por la ausencia de Ethel y, para saciar la curiosidad, abrió la olla e inclinó la cabeza, aspiró un olor penetrante que lo alivió de inmediato.

—Hola, cariño ¿qué haces? —Claire sonrió al verlo. Notó un gesto cansado, un abrazo demasiado suave, sin apenas presión, y unos gemidos involuntarios mientras hundió la cabeza entre su cabello. Se apartó y le sujetó la cara con las manos—. ¿Te encuentras mal?

—Me va a reventar la cabeza. He tenido una mañana de locos. Quiero comer, tomarme una pastilla y dormir un rato.

—¿Te duele mucho?

—Sí. No puedo oír más palabras por hoy.

—Lo siento, si puedo hacer algo por ti, dímelo.

—No te preocupes. ¿Dónde está Ethel?

—Ha terminado y le he dado el resto del día libre. Se fue a las doce con Eloise. Por cierto, las dos me han dicho que te agradeciera la compra y te preguntara cuando llegará.

—Supongo que mañana o pasado. Antes de tu cumpleaños, seguro. Diles que no desesperen.

—De tu parte. —Cuando salió Gabriel hacia el dormitorio, Claire recordó la llamada de Elizabeth y la inquietud que advirtió en su voz al hablarle de John—. Cariño, tu madre llamó esta mañana. Está preocupada por tu padre.

—Luego la llamaré —dijo resignado. No quiso darle vueltas a la reunión en el despacho del abogado ni la llegada apoteósica de Lilian, que en cuanto fue conociendo los pormenores del divorcio no tuvo escrúpulos al intentar que su padre volviera con ella; sin defraudarlo. Intentó sonreír, pero torció la boca—. Voy a cambiarme.

Minutos después comían en silencio. Gabriel agradeció esa tranquilidad o pequeña tregua. Al terminar, buscó en el baño la caja con las pastillas y, tras tomarse una, se tumbó en el sofá, mientras Claire puso música clásica a un volumen muy bajo, se sentó en su sillón y cogió un libro. Ni dos minutos de paz con el sonido del móvil irrumpiendo. Cuando Gabriel se incorporó tratando de ver la pantalla, Claire entrecerró los ojos observándolo preocupada; tenía fotofobia y, si no descansaba un rato, no podría levantar la cabeza.

—Hola, mamá.

—Hola, Gabe, ¿cómo estás?

—Hoy regular, pero dime, ¿qué te pasa?

—Ayer volvimos a Quebec, fuimos a la clínica para una revisión y tramitar el traslado al Monte Sinaí. Mañana por la tarde regresamos a Nueva York otra vez para llevarle los informes médicos al neurólogo, pero estoy preocupada por papá y no sé si tanto viaje es bueno para él. No sé qué ha podido ocurrir, pero está muy deprimido. No ha querido contarme cómo os fue en la firma. ¿Qué pasó?

—No pasó nada que no esperásemos. Hablaré con él.

—Estaba ilusionado con el cumpleaños de Claire y ha perdido las ganas de ir; creo que hay algo que no sabemos.

Gabriel cerró los ojos un momento y se frotó las sienes.

—Voy a llamarlo.

—Gracias, nos vemos el jueves.

En cuanto colgó, inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Le pasa algo? —preguntó Claire interesada.

—Está preocupada por mi padre. Voy a llamarlo y ahora hablamos.

—¿Estás mejor? No has descansado nada.

—Un poco.

La tranquilizó con una sonrisa mientras esperó que su padre cogiera el móvil.

—Hola, Gabe.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Qué tal la rehabilitación?

—Bien.

—¿Qué te pasa?, mamá está preocupada por ti.

—Nada —dijo brusco. No se atrevía a contarle el contenido de la conversación que mantuvo con su nueva exmujer cuando, aprovechando el despiste de Elizabeth, apareció por la casa para recoger la poca ropa que todavía tenía allí y algunos objetos personales; lo único que podía llevarse; aunque una vez más estaba dispuesta a amargarle la vida, algo que no quería tolerar—. No me apetece hablar.

—Déjate de gilipolleces —replicó enfadado, despacio, en un tono autoritario, dijo—. Qué pasa.

—No me hables así. —John no se amilanó—. Y ya te lo he dicho, nada.

—Muy bien, pero has pasado de estar eufórico a depresivo, mamá está pasándolo mal, solo quiere ayudarte.

—¡¿Crees que no lo sé?!

Gabriel apartó el móvil de la oreja; el rugido fue atronador.

—Papá, como no me cuentes qué pasa, llamo a Lilian. Estoy seguro de que ella tiene algo que ver. ¿Qué quiere ahora? Estuvo de acuerdo en todo.

—Está embarazada.

—¡¿Qué?! ¡Eso no puede ser! ¡Dime que no es verdad!

Los gritos de Gabriel desesperaron a Claire; nunca lo había visto tan irritado.

—¡No lo sé! ¡No sé si es verdad o no! ¡No lo recuerdo!

—Está bien, vamos a tranquilizarnos. Sabemos que es capaz de cualquier cosa y está claro que su objetivo es sacarte la mayor cantidad de dinero posible. Con el acuerdo ha tenido que conformarse con una pequeña parte de lo que quería, estoy convencido de que es mentira. ¿Papá?

—No lo sé, Gabe. No recuerdo si manteníamos relaciones, solo sé que va a ser un palo para mamá y no puedo soportarlo; ya no. Se lo debo todo y no tengo ni idea de cómo decírselo.

—No te agobies, quizá no es tuyo.

—No estoy agobiado por mí. Es fácil demostrarlo, pero me supera contárselo a tu madre. En este momento no tengo valor, no puedo.

—Nunca te lo he preguntado porque me parecía de muy mal gusto, pero a veces pensé que cuando te casaste con ella no la querías y lo habías hecho por algún motivo que no nos contaste.

—Me gustaba, pero no estaba enamorado de ella. Me dijo que estaba embarazada, y luego resultó una falsa alarma.

—Si entonces te pilló, ahora está intentando hacer lo mismo.

—No quiero decírselo a mamá sin saber qué voy a hacer.

—No sé qué tienes que decidir. Habla con tu abogado, dile que exija alguna medida probatoria o esperarás a que haya nacido para llegar a otro acuerdo con ella. Pero yo que tú la investigaría. Sean puede aconsejarte.

—Lo había pensado.

—Hazlo, quizá encuentres una solución antes de que se complique más.

—Gracias, Gabe.

—Intenta tranquilizar a mamá.

Cortó la comunicación y dejó caer la cabeza en el reposabrazos del sofá. Atenta a un gesto abatido, Claire se sentó en el filo para masajearle el cabello.

—No estoy segura de lo que he escuchado.

—No íbamos descaminados con lo del hermanito —respondió irónico—. Pero nos equivocamos de madre.

—¿Es cierto?

—¿Sinceramente? No. Dudo mucho que sea el padre, pero lo ha desquiciado.

—No me extraña, pobrecillo.

—¿Pobrecillo? Con sesenta años iba a tener su cuarto hijo, a mí me habría dado un subidón —afirmó sonriendo. La actitud de Gabriel mejoró igual que el dolor de cabeza se disipaba. Romántico y relajado, la besó en los labios hasta terminar encajando sus cuerpos en una postura que rebeló osado a un miembro con ganas de iniciar otra guerra apasionada—. Espero tenerlos antes, por practicar que no quede.

Cuando regresó Gabriel al día siguiente del banco, aparcó en la puerta de la casa y miró alrededor buscando el coche de Claire. Al no encontrarlo, vio la oportunidad idónea para comentarle a Ethel el aumento en la lista de invitados, gracias a la inclusión por parte de William de varios compañeros del instituto, o la organización de los detalles para conseguir la noche inolvidable que deseaba antes de la petición de mano.

Impaciente, entró lanzando hasta la cocina.

—Hola, tenemos que hablar. —Gabriel se acercó, probó el guiso de lentejas y tuvo que reconocer la maestría de la mujer; había igualado a Blanca—. Eres la mejor.

—Gracias. —Ethel distinguía cuando hablaba con el corazón o con cortesía, y supo que esas palabras eran sinceras—. He controlado el tiempo y tenías razón, no tienen nada que ver con las que usábamos.

—Tu facilidad para aprender me llena de orgullo.

—Y de algo más.

Ethel le dio una palmada cariñosa en el estómago.

—No me lo recuerdes. Tengo que proponerme salir a correr todos los días, me estás cebando.

—No lo niego, aunque a ti no te hace falta mucho más. Todo

lo que has comprado en Nueva York está buenísimo, pero engorda bastante.

—Hablando de eso, ¿han llegado unas botellas de champán?

—No. El vino sí. Elo y yo hemos estado aquí toda la mañana y no ha venido nadie.

—No sé si esperar o comprar alguna alternativa.

Gabriel se sentó en la mesa y soltó cansado el aire de los pulmones.

—Si quieres, mañana la mando a comprar el que le digas.

—La oferta del supermercado es una mierda, llamaré a mi madre para que lo traiga ella, pero no sé si podrá venir con tantas botellas.

—Ya te he dicho que el vino sí ha llegado. ¿Cuántas botellas quieres comprar?

—Unas diez. Seremos casi treinta.

—¿Tantos?

—Sí, lo siento. Se me ha ido un poco de las manos. Vendrán algunos compañeros de Claire, mi familia y vosotros.

—Vale, solo tengo que aumentar los ingredientes —añadió Ethel, cavilando en una nueva lista de la compra—. ¿Quieres algo en particular?

—No. Haz una selección parecida a la que hiciste en la inauguración.

—Iba a hacerlos, también la tarta; a Claire le gusta la de chocolate y nueces. He pensado que como estará tu familia debería preparar algo más consistente para cenar.

—Vale y si haces alguna comida española te los ganas seguro.

—Lo tendré en cuenta.

—Por cierto —dijo Gabriel, extrañado miró el reloj redondo colgado en la pared—, ¿a qué hora llegará Claire para comer?

—No lo sé.

Mientras, Claire llegó sonriente al Scotia, con ganas de sorprender a su novio. Se sentó en la mesa de William y esperó a que terminara una conversación telefónica observando entretenida al público. La relajación en su gesto sufrió un cambio brusco cuando entró Cybill repiqueteando con unas sandalias de tacón. Llevaba la melena oscura suelta y vestía una falda corta de color blanco con una camisa roja sin mangas, captando de inmediato la atención de algunas miradas masculinas nadando en deseo. Durante unos segundos las dos se observaron. Claire no expresó ninguna tensión, aunque su mente

libraba una batalla contra la suspicacia; volvió la cara hacia William e intentó alejar la inquietud que vio en los ojos de Cybill.

—He venido a buscar a Gabriel, pero primero quería pedirte un favor.

—Tú dirás —dijo William, desviando un momento la vista hacia Cybill—. Y no está, hace un rato salió corriendo.

—Ah, creía que cerrabais a las dos.

—Claire, es el jefe, entra y sale cuando le da la gana.

Asintió con un ojo entrecerrado, no le hizo falta suponer mucho para concluir dónde estaría.

—Me he acordado de que tu hermana trabaja en las cabañas de Port-aux-Basques y como el jueves es mi cumpleaños había pensando ir con Gabriel el fin de semana. ¿Sigue allí?

—Sí, claro. —William debía disuadirla, sabía que la fiesta era una sorpresa. Conociendo su carácter tranquilo, excepto cuando solicitaba dinero al banco, decidió usar la excusa de aludir al exceso de turismo; con ella funcionaba, al menos hasta que el señor Drake estuviera al corriente de esos planes y la piedra estuviese en su tejado —. No sé si habrá algo libre, es temporada alta y se pone a reventar de gente —comentó con una mueca despectiva—; es un agobio.

—No te preocupes, dame el teléfono de tu hermana.

—No lo tengo aquí.

—¿Y el móvil? —preguntó irónica, señalándoselo encima de la mesa.

Mostrando un asombro exagerado, William sonrió y cogió el teléfono. Alteró el orden de los dos últimos números dictándoselos; no fue algo que lo enorgulleciera, rozó la ruindad, pero sería fácil admitir un error involuntario.

Se despidieron hasta otra indefinida próxima vez y Claire salió ignorando a Cybill. Se montó en el Bronco y marcó el número. Al darse cuenta del error y, estar aún en la puerta, se bajó y volvió a entrar.

Sin entender la cara de idiota que tenía William por muy sexy que la morena pudiera parecerle, de reojo Claire los observó, hablando a unos metros de la zona de cajas.

Con la intención de entretenerse dándole tiempo a Gabriel para inventar una excusa tras una breve llamada suya de advertencia, con una ligera reverencia, sonriente, William pasó por delante de Claire con Cybill. A modo de saludo, Cybill inclinó la cabeza consciente de la hostilidad de unos rayos verdes que empezaron a acribillarla.

Harta de verlos sentados en la mesa presenciando un

despliegue de seducción nada creíble; aunque William parecía encantado, Claire se centró en buscar el móvil dentro del bolso para llamar a Gabriel, sin intención de moderarse y a costa de que la tildara de loca.

—Hola, mi amor —dijo Claire en cuanto Gabriel respondió.

—Hola, cariño.

—Gabe, cielo, he venido a buscarte, pero no sabía que estabas tan ansioso.

Nada más oírla, una alarma interior puso en guardia al Inquisidor.

—¿Qué?

—Nada, tonterías mías —dijo con una sonrisa coqueta—. En cuanto llegue te compenso.

—Por mí perfecto. —Gabriel no salía de su asombro y empezó a cavilar en la discreción de William; un concepto que no terminaba de captar—. ¿Te ocurre algo? Nunca me llamas Gabe.

—Sí, llegaré en cinco minutos. Espérame con el vino —dijo mirando a William y a Cybill, en un tono más bajo, añadió—: Desnudo, por favor.

En ese punto, Gabriel se bloqueó; pasaba algo raro. Siempre era lo mismo, perdía la facultad del habla cuando se mostraba tan explícita.

Colgando con una alegría que paralizó la cara de Cybill, Claire guiñó un ojo a William y salió hacia su casa sin saber qué encontraría, pero con la satisfacción de haberle aclarado de manera indirecta la clase de relación que mantenía con Gabriel; por si le quedaban dudas.

Gabriel escuchó la puerta y se asomó desde la cocina con una botella de vino en la mano, un abridor y el torso desnudo.

—Hola, cariño, de haber sabido que ibas a buscarme, te habría esperado.

—Pasaba por allí —dijo Claire con una sonrisa seductora. Se acercó con los ojos fijos en su pecho y, frunciendo los labios, bajó la vista y le recorrió el resto del cuerpo, vestido con unas bermudas de color camel, eso era todo. Sujetó su cintura y, en cuanto la atraparon unos aromas que no saciaban el hambre, lo besó en la boca. Acarició subiendo las manos por unos abdominales muy duros, también suaves; el vello corto con un tacto excitante y unos pezones pequeños que reaccionaron convirtiéndose en piedras de hielo—. No has cumplido.

Claire se apartó, le dio la mano y entraron en la cocina,

donde un plato de jamón y dos copas vacías los esperaban. Gabriel abrió la botella, sirvió el vino y se quedó apoyado en la encimera observándola beber con las expectativas algo confusas.

—¿Te gusta?

—Sí, muy bueno —dijo Claire, relamiéndose—. Estarás contento.

—Sí, pero tenía pensado estarlo más.

—Me lo imagino. —Sonrió—. Pero estaba bromeando. Además, no estás desnudo.

—Menos mal, porque no me gusta que me vaciles.

—Lo siento; no me ha quedado más remedio.

Gabriel estiró la frente, procesando esa información.

—¿Por?

—Porque me he encontrado a tu amiguita y me ha tocado la moral.

—¿Perdona? —Gabriel intuyó la identidad de esa «amiguita», pero preguntó—. ¿De quién hablas?

—No recuerdo el nombre —mintió y bebió tranquila.

—¿Te ha dicho algo?

—No, pero no me gusta y estoy convencida de que ha ido a verte.

—¿Al banco?

—Sí, allí mismo. Quizá está buscando la soledad de la que hablamos.

—No ha venido nunca.

—Siempre hay una primera vez —replicó con sarcasmo.

Gabriel sonrió al dejar la copa en la encimera, se aproximó y la sujetó por la cintura.

—¿Estás celosa?

—Puede.

—No te doy motivos.

—Lo sé, pero me ha molestado verla. Quería darme ese gustazo.

—Me alegro de que lo hayas hecho, pero, si no te importa, vamos a darnos juntos el gustazo.

La besó pausado en una cálida bienvenida. Esos besos tiernos y cariñosos les sabían a gloria y los conducían a desear amarse sin más demora, olvidando la comida por otro tipo de alimento que saciaba el hambre con lujuria.

—Estaría todo el día así —dijo Claire, acariciándole el pecho.

—Podemos comer más tarde —añadió con picardía—. Me has dicho que ibas a compensarme.

Claire no tuvo mucho que decidir, aunque el sonido del teléfono de Gabriel ayudó a que regresaran a una realidad que posponía otro apasionado encuentro. Empezó a poner la mesa, mientras Gabriel salió buscando intimidad, entró en el despacho pequeño y cerró la puerta.

—Hola —saludó Sean—. ¿Cómo estás?

—Hola, bien —respondió, sentándose en una silla giratoria que parecía tener muchos años encima—. ¿Y vosotros?

—Bien, con ganas de salir ya de aquí. Elaine quería preguntarle algo a Claire, no sé qué.

—Ni idea. ¿Has hablado con papá?

—Sí, y también con el abogado de Lilian. Creo que vamos a tener suerte, porque en cuanto le he dicho que es la segunda vez que hace lo mismo se ha indignado con ella. Es el primer interesado en no dilatarlo mucho y menos en hacer el tonto.

—Yo había pensado en ponerle un detective.

—No va a hacer falta. Vamos a esperar unos días, estoy seguro de que el abogado va a ponerle las cosas claras.

—Eso espero, porque papá está hecho polvo.

—Ya —afirmó Sean, suspiró—. Es una putada para él.

—Más que para él, para mamá. Como se entere no sé cuál va a ser su reacción.

—Imagínatelo, asumir que después de todo vuelves con tu marido y que va a tener un hijo con otra. No sé, Gabe, mamá está en su derecho de hacer con su vida lo que quiera, pero no me gustaría volverla a ver sufrir por papá. Con diez años ha tenido suficiente.

—Lo sé, aunque los dos han aprendido la lección, vamos a darles un voto de confianza.

—Claro. Cambiando de tema, ¿te ha dicho Jack cuando llegará?

—El doce, sobre las cinco. Mamá y papá tienen que volver a Nueva York y viene con ellos ¿Por qué?

—Porque lo he llamado varias veces y siempre está muy liado. La última vez, hace dos días, me dio la impresión de que estaba con una mujer. Creo que sale con alguien.

—No lo sé, pero si quiere traer pareja sabe que no hay problema.

—Si consigo hablar con él se lo diré. Nosotros llegaremos más tarde, no he podido cancelar las reuniones que tenía por la mañana, supongo que os dará igual ¿no?

—Sí, no te preocupes. Ethel está preparándolo todo y Claire sigue sin saberlo.

—Perfecto, nos vemos en dos días.

Una vez finalizaron la conversación, fue al dormitorio y, tras ponerse una camiseta, volvió a la cocina, donde Claire estaba sirviendo los platos. Aunque la cabeza de Gabriel bullía otra vez por la actividad, comió tranquilo, reflexionando en esa segunda petición de matrimonio responsable de su nerviosismo.

Solo en la cocina, con el ánimo tan enérgico como el sol brillante de aquella mañana, después de dedicarle una hora a sus músculos corriendo por San Juan, Gabriel desayunó famélico. Luego, llegó al banco con el propósito de resolver el último fleco suelto de la fiesta sorpresa. Comprobó el correo electrónico, despachó con una de las secretarias algunos temas laborales y llamó a su padre.

—Hola, ¿estás más tranquilo?

—Mucho —dijo John alegre—. Gracias por tu apoyo.

—De nada. Sean me ha dicho que el abogado de Lilian no quiere verse envuelto en sus trapicheos, menos mal que le ha parado los pies. Olvídala, es lo mejor que puedes hacer.

—Eso es lo triste, que apenas la recuerdo.

—¿Triste? Que se joda, bastante daño nos ha hecho ya.

John pasó unos segundos pensativo.

—Siento mucho todo el dolor que os he causado; no tengo palabras para pediros disculpas.

—Déjate de tonterías ahora, termina de recuperarte y sé feliz con mamá; eso es lo que puedes hacer por nosotros, por ti y por ella; no vuelvas a disculparte, al menos, conmigo.

—Gracias, lo intentaré, es lo que me motiva.

—Puedo imaginármelo —dijo con sorna—. Aparte de saber cómo te va, quería pediros un favor a mamá y a ti. Necesito varias botellas de champán, que esté bien, pero sin pasarte, aquí la oferta es nula. ¿Sabes cuántas podíais traer?

El trasiego de gente era habitual en Nueva York a esa temprana hora. Como en la sede del Scotia, donde el bullicio en uno de los ascensores ocultaba a un ensimismado ejecutivo en un rincón. Vestía un traje oscuro, siempre con una imagen impecable; aunque, cuando se despertó, relegó un buen afeitado por una visión estupenda; ahí se le fue el tiempo.

Saludó a su secretaría, concertó varias reuniones y mantuvo una charla informal con Andy. Más tarde recibió una llamada de

Gabriel y esos remordimientos que tanto le habían costado alejar volvieron sin piedad al escucharlo hablarle confiado.

—Vamos, Jack, no seas así… Si estás saliendo con alguien tráela.

—No —replicó rotundo—. Llevamos poco tiempo y no quiero darle esperanzas. Cuando le presentas a una tía a la familia ya creen que vas en serio.

—Algún día tendrás que presentarnos a alguna.

—Sí, claro, tú lo has dicho, algún día.

—Haz lo que te dé la gana, pero el día que caigas me voy a revolcar por el suelo de la risa.

Jack movió la cabeza negando, sabiendo que si llegaba ese día y Cora era esa mujer, cualquier reacción de su hermano sería posible excepto morirse de risa, en ese punto estaba seguro.

—Mamá me ha pedido que te guarde dos botellas de champán ¿En el fin del mundo no hay?

—Sí, pero no destacan por calidad. Bueno, hermanito, nos vemos mañana y, ya sabes, piénsate lo de tu chica, nos harías muy felices a todos, además de darnos motivo de conversación.

—No tengo claro el tono de esa conversación —comentó con frialdad.

—No tienes mucha fe en nosotros.

—Ninguna.

—Gracias, eres muy amable.

—De nada, a tu servicio. ¿Le has dicho a Claire que vamos?

—No me ha quedado más remedio, pretendía alquilar una cabaña para que nos fuésemos los dos solos. Cree que será una celebración familiar.

—¿Le ha parecido bien?

—Sí, está encantada. ¿Qué te pasa? Pareces preocupado por lo que piense.

—No es eso, pero vamos a invadir su casa.

—Es de los dos, y se ha alegrado mucho.

—Está bien, nos vemos mañana si no nos detienen en el aeropuerto.

—No creo, solo traéis mamá y tú.

—Siempre es bueno que quede alguien para pagar la fianza.

—No te quejes, piensa en lo tranquilo que vas a estar estos días.

—Sí, estoy a punto de llorar por la emoción, pero antes de hacerlo debo trabajar un rato, siempre que el pelmazo del director de una sucursal minúscula deje de contarme tonterías.

—No importa la cantidad, sino la calidad. Adiós, señor ejecutivo neoyorquino.

En cuanto colgó Jack, respiró aliviado, comprobó la siguiente reunión (faltaba una hora) y llamó a su secretaria, Martha. Una atractiva morena, casada con un médico argentino con la que a veces bromeaba en español y tenía mucha confianza. Ella actualizaba la agenda mientras Jack entró en el baño, se quitó la camisa y empezó a afeitarse. Terminando escuchó varios golpes seguidos en la puerta y salió metiéndose los faldones de la camisa en el pantalón.

—Adelante.

Cora se quedó parada en el umbral, paseando la mirada entre ellos; advirtió que Jack se había afeitado y no quiso llegar a una conclusión errónea.

—Lo siento, no quería molestar.

—Hemos acabado —dijo Martha. Se levantó, sonrió a Jack y le habló en español—. Si te hace falta algo más, dímelo.

—Gracias, por ahora vamos bien.

Pasó por delante y salió despreocupada; sin advertir la falsedad en la sonrisa de Cora.

—Te voy a interrumpir solo un momento —dijo Cora.

Jack se acercó lentamente y mantuvo la distancia; un paso más y tendría que enterrarse en ella, sin medida, hasta el fondo; uno de sus mayores placeres.

—Dime.

—Michael no puede ir mañana a la reunión de Nueva Jersey. A ese cliente siempre lo ha llevado él, pero me ha dejado hacerme cargo, siempre y cuando tú lo aprobases.

—Si a él no le importa, a mí tampoco.

—Gracias.

—Vente conmigo a Terranova —dijo en un susurro, cerca de su boca.

—No, por favor, cariño, no me lo pidas más.

—Quiero que vengas. Hoy Gabe me ha dicho que lleve a mi pareja, y eres tú.

—Sabes que no espera que sea yo. Es el cumpleaños de su novia, es mejor no ir para no amargarle la fiesta a nadie.

—Creo que lo entenderá.

—Yo también, pero no de sopetón.

Jack comprendía esa inquietud, incluso la compartía, pero estaba harto de ir con pies de plomo con su familia; cansándose de disimular cuando la veía allí y hasta las narices de no poder gritar con libertad que la mujer de la que sus hermanos se empeñaban en

hablarle era Cordelia Hosborn Drake.

DIECINUEVE

Nueva York, 12-7-12
Estados Unidos

John salió del Monte Sinaí acompañado por uno de los neurólogos que llevaba su rehabilitación, se despidió del médico con un apretón de manos y, recorriendo con la mirada a las personas que andaban por la calle, buscó a Elizabeth. Se extrañó al no encontrarla. A punto de llamarla, la vio llegar apurada. Traía las mejillas sonrosadas, la respiración entrecortada y el chándal blanco y rojo que usaba para las marchas por el parque.

—Hola, ¿llevas esperando mucho?

—No. —John inclinó la cabeza y la besó en los labios—. ¿Has venido corriendo?

—Sí, voy a estar una semana sin hacer ejercicio y lo necesito. ¿Qué te han dicho?

—Nada que no supiera, pero me ha sorprendido que me aconsejen hacer mucho el amor con mi mujer.

Elizabeth sonrió al percibir la mejoría en su humor, aunque llevaba varios días navegando en un mar de incertidumbre. Salieron del complejo hospitalario de la mano, doblaron la esquina hacia la parte oeste del parque y atravesaron la carretera para pasear hasta el ático en un agradable recorrido por senderos tapizados de color.

—Te noto raro. ¿Es por el viaje?

—No —respondió rápido. De inmediato se retractó. No sabía si con la verdad conseguiría algo beneficioso, pero nunca tuvieron secretos estando casados y para evitar posibles sorpresas desagradables debía seguir esa línea—. No te lo he dicho porque estaba enfadado y no he querido preocuparte.

—Sabía que te pasaba algo, he hablado con los niños.

—Me han llamado los tres —dijo sonriendo, siempre serían sus niños—. Menuda presión me han hecho.

—Nos preocupamos por ti.

—Ya lo sé…

Pasaban por las pistas de tenis, con pocos jugadores, mientras Elizabeth seguía esperando una explicación. Cuando percibió la ausencia mental de John, decidió apremiarlo:

—¿Por qué no querías preocuparme?

John se detuvo y suspiró cansado.

—¿Tenemos tiempo?

—No mucho, Jack nos espera a las diez, pero podemos perder unos minutos.

Se sentaron en un banco frente a la valla de las pistas, mirando a dos mujeres que jugaban o lo intentaban riendo divertidas.

—Firmé el divorcio el día cuatro y no hubo ningún problema. Tenía un acuerdo prematrimonial y me ha facilitado mucho las cosas. Cuando estuvimos en Quebec, la mañana que fuiste de compras, Lilian vino a casa. —John notó cómo la sola mención del nombre agrió el rostro de Elizabeth—. Me contó algo que podía cambiarlo todo —dijo bajando la voz. Con la vista en un punto fijo al frente, Elizabeth alzó la cabeza, incapaz de mirarlo. Pero John quería ver un metal precioso, con un color indefinido que necesitaba luz para mostrar una gama tan amplia como reveladora, colocó la mano en su barbilla y la obligó a girarse antes de continuar—. Me dijo que está embarazada —comentó en un murmullo, sin dejar la sujeción de su cara, con una ligera sonrisa que la desorientó—. No es verdad. O, si lo está, no soy el padre. Cuando me lo dijo no estaba seguro de nada y no podía hablar contigo hasta resolverlo.

—¿No sabías si eras el padre?

—No. Apenas tengo recuerdos de ella.

—¿Cómo lo has resuelto?

—Con ayuda de Sean. Habló con su abogado; el hombre parece que tiene algo de ética, y no ha jugado a su favor intentar lo mismo dos veces.

—¿Qué quieres decir con dos veces? —preguntó seria.

John inspiró hondo, expulsó el aire de los pulmones con lentitud y la miró con un azul rabioso, tanto como la intensidad de su arrepentimiento.

—Es la segunda vez que intenta usar un embarazo para engancharme. Lo hizo hace diez años y lo intentó hace una semana.

—¿Me estás diciendo que te casaste con ella porque te engañó? —preguntó lentamente, conteniendo una frustración que asustó a John. Elizabeth no pudo con la furia y se levantó indignada. Por esa mentirosa sufrió una solitaria condena, se sintió insegura, cambió su vida y, en ese momento, ser consciente de que por la maldad, avaricia y egoísmo de quien le producía repulsión había perdido diez años, y que la ingenuidad de su marido contribuyó, y mucho, abrió las compuertas de una mala leche que corrió enloquecida por su sangre—. ¿Me estás diciendo eso?

Llena de desprecio salió andando con rapidez.

—¡Espérame!

—No.

No hizo caso al rugido de John; no era ninguna sumisa jovencita que se amedrentara por un tono autoritario. Si quería estar a su lado, era tan simple como aligerar el paso, incluso correr un poco; las dos cosas podía hacerlas sin impedimentos, no los tenía para realizar otro tipo de esfuerzos.

—Te he dicho que me esperes —dijo, alcanzándola al sujetarla por el brazo con firmeza.

—Déjame en paz. —Se zafó de su agarre y volvió a acelerarse —. No me toques.

—No sé por qué te has puesto así. Te he contado la verdad.

—¿La verdad? —repitió cínica. No se detuvo con el objetivo de llegar al ático, terminar la maleta y esperar a Jack—. Yo no miento. Me parece que no estás acostumbrado a eso.

—Déjalo, Beth, por favor.

—¡No, John! —exclamó delante de él, frenándolo—. Esa mujer te manipuló, a mí me ha hecho mucho daño. Has vuelto a dudar, y eso no puede ser. No entiendo cómo eres tan inocente cuando se la ve venir de lejos. Ese tipo de mujeres me asquean, pero más me asquean los hombres que están con ellas.

La rigidez en el rostro de John fue comparable a las piedras que bordeaban el camino, también se dio asco durante años, pero escucharla era una humillación que no estaba dispuesto a admitir.

Elizabeth sabía que Jack los esperaba en una hora, reanudó unos andares rápidos y no se preocupó porque John la siguiera; volvía a dejar en sus manos la elección del camino que quería tomar.

En cuanto entró en la casa, fue directa al dormitorio que compartían, cogió tres botellas de champán guardadas en un envase cilíndrico de cartón y las metió en los laterales de la maleta. Se abrió la puerta y John, sin mirarla ni hablarle, desapareció en el baño. Al momento se metió bajo la ducha para despejarse, luego se afeitó y salió con una toalla en las caderas. Siguiendo con la actitud distante, la ignoró mientras se vestía con un traje azul marino y, en cuanto terminó el equipaje, salió del dormitorio. En la cocina Amelia le sirvió un café y tuvo unos minutos para reflexionar sobre la tensión con la que iban a llegar a Terranova.

Un rato después, Jack avisó desde un taxi en doble fila, esperándolos en la puerta. Nada más verlos aparecer, notó la tirantez en un gesto brusco de Elizabeth rechazando la galantería de John, que tensó las mandíbulas sin privarse de enviarle a él una mirada

envenenada cuando cogió las maletas. Hasta el aeropuerto, Jack estuvo en medio de un fuego cruzado. Aprovechó esa guerra silenciosa mandándole tonterías con el móvil a Cora.

Facturaron las maletas sin ningún problema y se dirigieron a la cafetería, aliviados por la ligera duda que sobrevoló sus mentes cuando al pasarlas por el scanner una azafata preguntó qué tipo de alcohol contenían los envases. Jack y John se sentaron en una mesa y Elizabeth, yendo hacia el pasillo de los aseos, llamó a Elaine.

—¿Qué coño os pasa? —preguntó Jack harto de una actitud absurda.

—Hemos discutido.

—¿Por qué?

—Soy tu padre, no voy a darte explicaciones.

—Haz lo que te dé la gana.

Jack ignoró que todavía lo tratara como al pequeño, pidió una cerveza y volvió a centrar su interés en el teléfono. John se sintió culpable, pero no estaba cómodo hablando con él de ciertos temas que sí tocaba con más naturalidad con sus hermanos.

—Tu madre me ha dicho que le doy asco.

—¿Qué? —Jack inclinó la cabeza y apretó tanto las cejas que ocultó los ojos detrás del aumento de las gafas—. ¿Qué coño dices?

—Lo que has oído.

—No será literal.

—No sé qué decirte.

Jack se carcajeó en su cara.

—Venga, papá, que no soy gilipollas, ya será menos asco. ¿Por qué te lo ha dicho?

—Porque estábamos hablando de Lilian y su comportamiento.

—Debes entender que a mamá no le haga mucha gracia. No te lo tomes a la tremenda.

—Entiendo el enfado, pero me ha dolido el desprecio; con recordármelo a mí mismo tengo bastante.

—Mamá te quiere, se le pasará.

—Y yo a ella, pero a veces será inevitable hacer referencia al tiempo que hemos estado separados y no tengo aguante para ciertas apreciaciones.

—Todos tenemos que aguantar cosas que no quisiéramos.

—¿Tú también? —Se vio en el espejo de Jack y percibió una rabia que no esperaba—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Puedes confiar en mí. Si yo lo he hecho, haz lo mismo. ¿Es por la mujer con la que sales?

—Más o menos.

—¿Qué te preocupa? —John sonrió con lentitud, lo conocía, era el que más se parecía a él, físicamente y en el carácter—. Nunca te las tomas a pecho.

—No es lo mismo.

—¿En serio? —preguntó sonriendo—. ¿*Habemus Papam*?

—Estoy enamorado de ella. Nos conocemos desde hace cinco años.

—Lo has disimulado muy bien.

Jack sonrió con amargura.

—Es Cora.

—¿Cora? —preguntó conmocionado—. ¿Cora? ¿Cora?

—Joder, sí —dijo a la defensiva—. Deja de repetirlo.

Se miraron, sintiéndose los tíos más desgraciados del planeta; hasta eso tenían en común.

—¿Desde cuándo estáis juntos?

—Quince días. Eres el único que lo sabe.

—¿Por qué te preocupa? Si ha ocurrido hace nada. —A John le sobraron las palabras en cuanto Jack tragó nervioso, lo fulminó y empezó a irritarse—. No puedo creérmelo. Era la mujer de tu hermano.

—¿Por qué coño crees que me largué?

—Menudo lío, Jack, tendrás que hablar con él.

—Gracias, eres muy perspicaz. Pero que te quede clara una cosa, solo nos acostamos una vez mientras estuvo casada con Gabe.

—Si os consuela pensar que por ser solo una vez es más justificable una infidelidad, allá vosotros. A mí una puñetera vez me fastidió diez años y lo que queda.

—Tengo que hablar con él, pero no sé cómo enfocarlo.

—Tu hermano es razonable, está enamorado de otra persona, pero no le sentará bien; ponte en su situación.

—Lo sé, y también me gustaría que se pusiera en la mía.

—Tendrás que darle tiempo.

—No tengo mucho tiempo, trabajamos juntos.

—Es lo único que te faltaba. Procura mantener la bragueta cerrada en el trabajo, te lo digo por experiencia.

—Eres un pesado.

Tras un trayecto que para Jack fue mejor olvidar, llegaron al pequeño aeropuerto de Terranova donde los esperaba Gabriel. Fijándose en el desvío rápido que hizo Jack con los ojos mirando a sus

padres, entendió que el ambiente estaba otra vez cargado.

—¿Y Claire? —preguntó Elizabeth.

—Organizando vuestros dormitorios, está un poco nerviosa.

—No me extraña —dijo Jack—. ¿No sospecha nada?

—No lo sé, apenas nos estamos viendo. Llevo unos días de locos, necesito terminar ya, esto me está superando.

—A todos nos superan a veces las cosas —sentenció John.

No vio la mirada de reojo de Elizabeth, la percibió; era la destinataria de esas palabras. Gabriel colocó una mano en el hombro de Jack mientras se dirigieron al coche y dijo:

—Al final no ha habido manera ¿no?

—¿De qué hablas?

—Vamos… ¿cuándo vas a presentárnosla?

El tono bromista de Gabriel molestó a Jack, que presionó todos los dientes para mantener la boca cerrada.

—Seguro que cuando lo hayan dejado. —John trató de echarle un cable—. No sé tú —dijo enfocado en Gabriel—, pero yo no le he conocido ninguna más de tres veces.

—¿Tres veces? —dudó Gabriel riendo.

—¿Por qué no habláis de vosotros? —preguntó Jack con ironía.

—Tu vida es infinitamente más interesante —dijo Gabriel.

—No lo digas muy alto —comentó Elizabeth—, más de uno puede escribir varios libros.

Al oír esa voz, John frunció los labios. Regresó a su estado pensativo, centrando la atención en el pueblo, en un parque lleno de árboles con grandes sombras resguardando del sol veraniego a grupitos de jóvenes, en las casas que dejaban atrás, que no eran especiales; aunque se veían similares y flamantes por la cuidada madera de las fachadas y por los ventanales que sobresalían en todas, con tejadillos rojos, azules y verdes, hasta que llegaron a un cruce. A partir de ahí admiró la catedral de enfrente. Era una estructura gótica con poco más de cien años, formada por miles de piedras oscuras en una nave y dos torres; resplandecían bajo unos arcos apuntados una fila de elegantes vidrieras; un rosetón; y la rodeaba una legión de contrafuertes para darle robustez. Delante tenía un recinto de aparcamiento y una plazoleta con jardines, donde vio dos estatuas de mármol blanco; una, de San Juan Bautista, encima de un arco de granito; la otra, de la Inmaculada Concepción, sobre un pedestal. No acabó con el gratificante repaso, cuando Gabriel maniobró y detuvo el coche.

—Es esa.

Señaló la casa de la esquina y fue cuando varios pares de ojos maravillados se abrieron de par en par. Ninguna palabra escuchada para describirla le hizo justicia. Era impactante por el rojo del ladrillo y el verde que adornaba todos los detalles de la madera; también porque insinuaba un pasado que, posiblemente, compartió en soledad con la Iglesia, alrededor tenía un muro de piedra para compensar el desnivel pronunciado de la calle, y la elevaban varios tramos cortos de escaleras sin darle la posibilidad de pasar desapercibida. Acercándose a la puerta, Gabriel levantó la cabeza y, mirando la rosa de los vientos, sonrió con orgullo. Ese caserón inspiraba una oleada de emociones contradictorias: romanticismo por la profusa decoración de la carpintería en las ventanas, extravagancia en la inconfundible influencia art-déco de las formas geométricas de los tejados escalonados, atrevimiento con tintes de vanguardia en la arriesgada elección del material de la fachada o, en definitiva, exigencia y rendición ante una arquitectura perfectamente ejecutada.

—Me he quedado mudo —dijo John—. Es preciosa.

—Me encanta, Gabe —dijo Elizabeth, tocándole cariñosa el brazo mientras subían las escaleras—. Te has quedado corto describiéndola.

—No me extraña que la hayas comprado —comentó Jack.

—No ha sido por la casa.

Cuando dejaron las maletas en el vestíbulo, repitieron halagos. Ethel salió de la cocina, saludó cordial, incluso comedida, y al momento se les unieron Claire y Eloise, tan sonrientes como Gabriel ejerciendo de anfitrión.

—Hola, Claire. —Elizabeth la abrazó y la besó en las mejillas con cariño—. Felicidades.

—Muchas gracias por venir. Me he llevado una sorpresa muy agradable.

Luego, Jack y su padre también la saludaron antes de acompañarlos a la primera planta. Por supuesto, la escalera y la lámpara del hueco volvieron a impresionarlos.

Tras dejar a Jack en la habitación Suroeste, pintada de azul grisáceo, abrieron la Norte para Elizabeth y John.

—Espero que os guste —dijo Claire confiada.

—Es muy bonita —dijo John—. Pero prefiero la otra parte. ¿Te importa?

—No. —Claire los miró a los tres, sin saber cómo interpretar esos gestos. Elizabeth tenía una máscara fría que no inmutó, Gabriel miraba hacia el suelo con las manos en los bolsillos del pantalón, y John disimulaba con una sonrisa incómoda—. Lo siento, creía que...

—No te preocupes —comentó Elizabeth—. También yo me he equivocado alguna vez.

Claire se apresuró a quitarse de en medio con Gabriel, y fueron a la Sureste. A John le gustó la sobriedad gris de las paredes, un calco al derrotismo que sentía, la calidez de la luz blanca atrapada en el estor y la cama antigua, parecía poco usada. No tardó en bajar a la cocina, donde comprobó que tampoco fue exacta la información sobre las dotes culinarias de Ethel. Aquel aroma que no olía desde hacía años atrajo nostalgia en John y un flechazo instantáneo; hubo química entre el hombre mundano y la simpática mujer de pueblo. Elizabeth no se sorprendió al escucharlos hablar divertidos, el humor era otro rasgo notable de la sociabilidad e inteligencia de John; en cambio, no supo interpretar una punzada de celos. ¿Por qué no podía quitarse del pensamiento la soberbia de sus palabras? ¿Sería porque, a pesar de todo, soñaba con su amor incondicional?

Un par de horas después, cuando Gabriel recogió del aeropuerto a Sean, Elaine y Ophie, contó con la complicidad de su cuñada y su madre, que se llevaron de compras a Claire, para terminar de organizar el jardín con tiempo necesario y recibir a los invitados. Colocaron una mesa larga y pusieron un bufet con todos los platos que Ethel había preparado en su casa, unas guirnaldas de colores en los árboles, y velas flotando en cuencos con agua alineadas a los lados del camino que rodeaba la parte trasera del Boreal. Los integrantes del complot, durante unos minutos, admiraron el escenario antes de huir en estampida para cambiarse de ropa.

Al regresar charlando, Claire no reparó en los coches de sus amigos aparcados en las inmediaciones ni en el nerviosismo de Gabriel. La recibió sin dejarla ir al dormitorio, donde la extensa panorámica del jardín ahuyentaría el perseguido factor sorpresa.

—Quiero cambiarme para cenar. —Claire no salía de su asombro, guiada por una mano firme en la cintura a través del pasillo —. ¿Qué te pasa?

—No hace falta que te cambies, todos vamos informales.

—Es verdad, Claire —dijo Elaine. Acusó una falta de credibilidad evidente en la justificación de su cuñado, ya que precisamente él vestía un traje oscuro clásico, e intentó ayudarle—. No hace falta, nosotras tampoco vamos a cambiarnos.

—¿En serio?

—Muy en serio —dijo Gabriel, moviéndose incómodo.

Claire buscó con la mirada la opinión de Elizabeth. Observando cómo asintió, admitía ese nuevo capricho del consentido. El Inquisidor aquella mañana consiguió sorprenderla con un tórrido

despertar y un regalo fantasioso para complacerse a sí mismo, que pensaba usar más tarde; siempre y cuando no tuviera que chantajearlo para saber qué le preocupaba.

Ajeno a la noche que se jugaba, Gabriel sujetó su mano y entraron en el salón. Siguiendo el plan, los Drake al completo volvieron a saludarla y aguardaron a que saliese al jardín con la excusa de que viera el menú.

—¡Sorpresa!

La cara de Claire se desencajó ante algunos de sus compañeros del instituto y las familias de Eloise, Ethel y Luc. Al instante, miró emocionada a Gabriel; no pudo articular ninguna palabra.

—Felicidades —susurró Gabriel, secó las lágrimas de sus ojos y la besó en los labios—. Te quiero.

Un rato después, Claire charlaba contenta con amigos a los que no veía desde hacía demasiado mientras disfrutaron de una comida hecha con cariño y bailaron exaltados canciones de todos los tiempos sin reparos ni vergüenza. La fiesta estaba en su apogeo cuando Claire, apremiada por Jim, empezó a abrir regalos. La imaginación de algunos no tuvo límites con ciertos objetos de uso dudoso, la de otros fue más conservadora con prendas de ropa, libros, colonias o, incluso, los tres cárteles negros de chapa con unas divertidas frases lapidarias de Jack.

Con otra música se animó Gabriel a bailar. Pegado a Claire al ritmo lánguido de *When I look in your eyes* de Diana Krall, no vio a su padre acercándose a su madre, en ese momento entretenida con Ethel.

—¿Quieres bailar? —preguntó John serio.

—No, gracias —respondió Elizabeth, sonrió incómoda.

John elevó una ceja.

—Ethel, ¿nos disculpas un momento?, por favor.

Ese tono seguro dejó la sutileza, derrochando autoridad no dio opciones. Sujetó el codo de Elizabeth y la llevó hasta la parte menos concurrida del jardín.

—Te he dicho que no quería bailar.

—Me has dicho demasiadas cosas en las últimas horas, pero no soporto que me ignores.

—Me da igual. Creía que algo había cambiado entre nosotros, pero me temo que no ha sido así. Has estado a punto de volver a dejarte manipular por una persona que detesto y yo tampoco lo soporto. Siento que te hayas molestado, ponte en mi situación y me comprenderás.

—No quieres olvidar y no puedo luchar contra eso. —John la

observó y negó levemente con la cabeza, no quería entenderla, solo necesitaba su perdón—. Sabes lo que siento por ti, te lo he dicho con palabras y te lo he demostrado, pero todavía sigues echándomelo en cara. No sé cómo podríamos seguir si no dejamos atrás el pasado.

—Eres increíble —murmuró, hizo acopio de dignidad para no ceder ni un milímetro y continuó hablando—. Eres tú quien se mezcla con indeseables dando pasos hacia atrás. Lo siento, pero no puedo admitir que alguien como esa mujer maneje mi vida. No lo consentí hace diez años y no pienso hacerlo ahora. Te quiero, siempre te he querido, y siempre lo haré, pero prefiero vivir sin ti a arriesgarme contigo para que nos tenga a su merced. Lo siento, John.

A Elizabeth le pareció abatido cuando lo dejó. Volvió al centro de la fiesta unos pocos minutos, se despidió de sus hijos y corrió para encerrarse en el dormitorio. Tras un llanto liberador, se durmió. No escuchó ni la puerta ni a John entrar.

A las dos de la madrugada los invitados abandonaron la casa y llegó la hora de despejar la incógnita de Gabriel. En la habitación dejó que Claire se tomara su tiempo en el baño, se sirvió un whisky y la esperó sentado en el sillón delante del ventanal. Cuando la vio salir con su regalo puesto, estuvo a punto de atragantarse o romperse por la tensión de algunos músculos. Se levantó y la recorrió con una mirada lenta llena de deseo, anticipando el placer. El pequeño camisón de seda translucía su cuerpo con una sensualidad que le robó la respiración: unas curvas proporcionadas se pegaban suavemente a la tela, unos pezones que tenía intención de besar mucho se marcaban en una invitación innecesaria y, por encima de todo, la sonrisa con el poder de alegrarle el alma. La cogió de la mano, la estrechó a su cuerpo, que sintió cálido, y la besó despacio recorriéndole la boca con una lengua anhelante de un sabor sublime.

Con Claire en las piernas, Gabriel volvió a sentarse en el sillón. Vagó con los pulgares por sus costados y frotó unos pezones sólidos antes de inclinarse y besarle la punta de la nariz.

—Te amo.

—Y yo. Gracias por hacer de este día algo inolvidable para mí. Me ha hecho mucha ilusión tener a mis amigos reunidos.

—De nada. Sabes que por ti haría cualquier cosa. —Le dio un besito casto en los labios, ordenando sus ideas; incluso se arrepintió por no haber preparado ninguna declaración; debía improvisar—. Conocerte ha sido una sorpresa que me ha cambiado la vida —dijo, acariciándole la cara—. Quiero estar siempre a tu lado, que seas mi mujer, la madre de mis hijos, mi todo. Cásate conmigo.

A Gabriel no le dio tiempo a sacar el anillo cuando Claire,

conteniendo el llanto, asintió sonriendo. Otra vez vio a la aurora, brillando dentro de unos ojos metálicos que ya formaban parte de su vida. Gabriel la movió de las piernas y buscó en el bolsillo del pantalón. Con una alegría amplificada al saber de antemano la respuesta, le ofreció un anillo de compromiso que rebasó cualquier expectativa de Claire. Era un diamante con una talla ovalada, rodeado por veinticuatro pequeños brillantes y otros tantos en un aro donde no se apreciaba el oro blanco, únicamente la luz transparente que las piedras reflejaban.

—Es demasiado —confesó Claire con timidez.

—No, cariño. Nada será nunca suficiente para demostrarte cuánto te amo.

La versión más tierna y romántica de Gabriel fue para ella en ese instante. Detuvo el tiempo y la acarició con la suavidad de unas palabras que definían sus mismos sentimientos hacia él.

—Me casaré contigo. No podría ser con otra persona. Te quiero.

Gabriel le colocó el anillo en el dedo anular, besó su mano y la llevó a la cama para dedicarse lentamente a amarla. Merecía toda la calma que consiguiera darle antes de que la brisa amorosa se convirtiera en un violento ciclón donde no se cansaban de girar enredados, siempre arrastrados por un deseo turbulento y un placer absoluto.

VEINTE

San Juan de Terranova, 13-7-12
Terranova y Labrador, Canadá

Mientras el calor veraniego despertaba los cuerpos que amanecían abrazados, dos hombres parecidos se sentían más solos que nunca. Jack remoloneó en la cama y su padre no apartó los ojos de quien no admitía separarse de nuevo. Cuando Elizabeth abrió los párpados, se quedó petrificada al verlo sentado en el sillón con la misma ropa de la noche anterior. No le gustó saber que la anteponía a su propia salud. Otra vez el carácter de John le jugaba malas pasadas y no quería sentirse responsable, pese a que le partiera el corazón la tristeza de sus ojos.

—¿Qué haces ahí sentado?

—Esperándote. —John se levantó y contrajo el gesto echando los hombros hacia atrás. Se sentó en el borde de la cama, tragó despacio y empezó a hablar—. El mismo día que me lié con Lilian me arrepentí, y aunque te asquee estar a mi lado no voy a dejarte más. Entiéndelo y asúmelo porque es lo que hay te guste o no. Si no quieres mantener relaciones conmigo lo aceptaré, si no quieres volver a hablarme también. Lo aceptaré todo, pero a tu lado. Eres mi mujer y vas a serlo hasta que me muera.

Elizabeth no pudo aguantar con los ojos abiertos. Quiso herirlo cuando opinó de ciertos hombres, pero no calibró la profundidad del dolor que causaría.

Despacio, John se puso de pie. La observó durante unos segundos y dio la vuelta para marcharse.

—John —murmuró. Al escuchar su voz, John se detuvo. Elizabeth salió de la cama y fue a su encuentro, tendiéndole la mano, trató de esbozar una sonrisa—. No te vayas.

Todas las lágrimas que John Drake se había tragado brotaron libres y corrieron por sus mejillas al abrazarla con fuerza; necesitaba ese perdón y a ella. Elizabeth acarició su rostro áspero por la espesa barba y unió sus labios en un beso lento, disipando nombres malignos para sellar un nuevo principio al amor imperecedero que los unió siendo jóvenes. Ahí los dos compartieron la convicción de que nada los detendría, cumplirían hasta que la muerte los separase los votos que se prometieron.

A las diez de la mañana, Jack terminó de ducharse en la

habitación Suroeste. No se afeitó, por andar con la moral escasa, y se vistió con unos vaqueros, una camiseta blanca y unas deportivas de lona. Se sirvió un café en la solitaria cocina, donde no había ni rastro de la celebración, y leyó un mensaje recién llegado de Cora preguntándole por la fiesta. La llamó y contestó de inmediato.

—Hola, cariño —saludó contenta—. ¿Cómo estás?

—Hola, nena, bien, ¿y tú?

—Echándote de menos. ¿Le ha gustado a Claire la sorpresa?

—Sí, se quedó alucinada cuando vio a tanta gente.

—Qué bien.

—No soporto estar sin ti —confesó Jack tristón—. He pasado una noche horrible.

—Y yo, pero piensa que en tres días estaremos juntos.

—Lo sé. Me gustaría hablar con mi hermano antes de volver, no quiero seguir así. Me siento como un gusano que está traicionándolo.

Justo es ese momento, al escuchar esas palabras, Gabriel, que había bajado a desayunar, se detuvo en la puerta y centró la atención con el ceño fruncido.

—No estamos haciendo nada malo —dijo Cora.

—Lo sé, Cora, pero necesito hablar con él.

La cara de Gabriel perdió el color.

—No te agobies, busca el momento adecuado, si no, lo haré yo cuando pueda.

—No. Hablaré con él. Supongo que lo entenderá.

—Vale. Avísame antes de salir para que vaya al aeropuerto a recogerte. Te quiero.

—Te quiero, cuídate.

Jack colgó, cogió otra vez la taza de café y sonrió sorprendido cuando Gabriel entró en la cocina.

—Hola, ¿le has dado el anillo? —preguntó casual.

Intentando dominarse, Gabriel se movió despacio.

—Espero que esa Cora no sea quien creo que es —siseó con el rostro tenso por la rabia.

Jack se levantó sin apartar los ojos de los suyos.

—Estamos saliendo.

La sonrisa amargada de Gabriel distrajo a Jack, que no advirtió las dos zancadas de su hermano hasta que lo tuvo encima.

—¿Desde cuándo?

—Desde la fiesta anual.

—¿De no soportaros habéis pasado a salir juntos en quince días? ¡¿En serio?! ¡Contéstame!

Jack apretó las mandíbulas, pero no se amilanó por esa ira desatada.

—Sí.

Gabriel no se lo pensó y le lanzó un puñetazo en la barbilla que le giró la cabeza.

—¡Eres un cabronazo! ¡¿Crees que soy gilipollas?! ¡¿Desde cuándo te la tiras?!

—No hables así de Cora.

—¿Por qué? Hablaré como me dé la gana. Tú eres un cabrón y ella es un pedazo de zorra.

Con la misma mala leche de esas palabras, terminó el control de Jack. Se desató con un golpe certero en la mejilla de Gabriel, con una sucesión de insultos, zarandeos y más golpes, acompañados por el ruido estrepitoso de los objetos que se estampaban contra el suelo. Sean y John coincidieron en la escalera y bajaron alarmados. Claire se anudó la bata a la cintura y llegó corriendo cuando Sean trataba de separarlos.

—¡Basta! —El rugido de John los frenó en seco—. ¿Qué estáis haciendo?

—Pregúntale a tu hijo —dijo Gabriel con el labio ensangrentado.

Claire intentó tocarle la cara, pero Gabriel se escabulló con malos modales. Lo siguió hasta que entró en el baño de su dormitorio y se inclinó sobre el lavabo para limpiarse la sangre.

—¿Qué ha pasado?

—Mi hermano y Cora están juntos.

Claire desorbitó los ojos y no supo qué decir. Pasados unos segundos, preguntó:

—¿Desde cuándo?

—No lo sé, pero me los han puesto bien.

Sean no salía de su asombro, jamás se habían pegado, ni de niños. Observó a Jack mientras su padre le ponía hielo en la cara y preguntó:

—¿Qué hemos visto?

John alzó las cejas e intercambió una mirada rápida con Jack, esperando que hablara.

—Cora y yo somos pareja.

De nuevo, el impacto de la noticia palideció el rostro de otra persona. Jack debía armarse de paciencia hasta que lo asimilaran y aceptaran.

—Eres un capullo. —Sean, como siempre, se puso del lado de quien creyó merecía la razón—. Nunca pensé que me decepcionarías

tanto.

Salió a paso rápido, se cruzó en la escalera con su madre, que lo miró extrañada, y con Elaine y Ophie, a quienes arrastró con él sin mediar una palabra. No fue necesario para la astuta morena. Así como Elizabeth tampoco las usó cuando entró en la cocina y vio a John intentando aliviar las heridas de su hijo pequeño. Se acercó incrédula para sentarse en la mesa. Escuchó una explicación de John, tan breve como confusa, tratando de entender el alcance del encontronazo.

—Pero si no os soportabais —dijo Elizabeth en un murmullo, escondió el rostro entre las manos. John bufó cansado y sirvió dos tazas de café. Le colocó una delante y tocó cariñoso su hombro—. No lo entiendo, Jack.

—Estoy enamorado de ella desde que nos conocimos. Me fui por ella. Solo nos acostamos una vez cuando estaban casados.

—Debes entender a tu hermano.

—Me fui por él, pero no sé por qué se ha puesto así. No la quería, no la quiere, ¿por qué no es capaz de comprender que no se puede elegir a quien uno ama?

—Dale tiempo. —Elizabeth sonrió apenada y acarició su mano, hilando flecos sueltos de él que siempre le intrigaron—. Ha sido una sorpresa tremenda.

—Me voy a mi casa. —Jack se levantó, recibió una palmada en el hombro de John—. No puedo seguir aquí.

Salió rápido, en cambio, sus padres se tomaron aquellos cafés pensando sosegados en el nuevo escollo que su familia debía salvar.

En pocos minutos recogió Jack el equipaje, llamó a un taxi y dejó el Boreal Róis sin despedirse de nadie. Prefirió ocultar las contusiones en soledad, aunque por momentos —aparte de la inflamación— el dolor le invadía toda la cara.

Gabriel consiguió disipar la nube de furia de su cabeza metido un rato en la ducha, ignorando que Claire esperaba sentada en la cama con una duda rondándole; no podía ser cierta, pero fue inevitable. Cuando salió, la observó serio. Ya tenía varios hematomas en el rostro y el puño de la mano derecha inflamado. Se quitó la toalla, se colocó unos calzoncillos, un pantalón corto, y buscó una camiseta, que se puso en el acto.

—¿Estás mejor?

—Siento el espectáculo —dijo sentándose a su lado.

Inclinó el cuerpo hacia delante para calzarse las nuevas zapatillas deportivas.

—¿Ahora vas a correr?

—No tengo ganas de hablar, discúlpame.

—Cariño —dijo Claire, le puso una mano en la pierna. Gabriel no se movió—, sé que estás enfadado y te entiendo, pero no sabes qué ha pasado entre ellos y estás dando por hecho algo que desconoces.

—Claire, mi hermano y Cora se odiaban. No podían estar juntos en la misma habitación y ahora empiezo a ver claro que no era odio. Me han engañado como a un gilipollas. He estado casado con ella cinco años, de los cuales cuatro han sido una tortura, si hubiesen sido más valientes podría habérmelos ahorrado, y ellos podrían haberse dedicado a lo que les diera la gana sin joderme a mí y sin hacerme quedar como un cornudo cuando estaba hasta las narices de mi matrimonio.

—No te martirices. Piensa que sin esos años quizá no nos habríamos conocido. Mírale el lado bueno.

—Ahora mismo no puedo.

—Inténtalo, por favor. No creo que para ellos haya sido fácil. No sé, cariño, pero a veces las cosas no son lo que parecen y tampoco tan simples. Si Jack lleva años viviendo en Nueva York, no pueden haber mantenido ninguna relación. Piénsalo, pero no te encabezones con que te han traicionado, a lo mejor no lo han hecho.

—Eres muy inocente. Si los hubieras visto juntos entenderías por qué pienso que sí llevan liados mucho más tiempo del que Jack me ha dicho. Es imposible que en quince días, él, precisamente, admita que son pareja cuando las ha tenido cómo ha querido y jamás las ha considerado sus parejas. ¿Voy a creerme que de la noche a la mañana a Cora sí? Ni de coña. Lo siento, pero no.

—No sé cómo se comportaban mientras Cora y tú estabais casados, solo te digo que quizá no es que no se soportaran, quizá es que no sabían soportarse porque estaban frustrados o asustados, y de eso sí que puedo hablarte sabiendo lo que me digo.

—No es lo mismo. —Gabriel suspiró con fuerza—. Tú no elegiste lo que te ocurrió; ellos sí.

—A lo mejor tampoco tuvieron opción de elegir. Hay cosas que están por encima de nosotros. Tú a mí no me dejaste otra opción que amarte, y te prometo que intenté resistirme todo lo que pude.

En ese instante, Claire seguía mostrando tristeza en la mirada, Gabriel esbozó una sonrisa lenta y con una caricia llena de ternura le recorrió el perfil de los labios.

—Yo tampoco tuve ninguna opción contigo.

Le dio un beso en la boca para dejarse seducir por una calma que solo Claire sabía transmitirle. Ella también le acarició la cara, pero se apartó en cuanto sintió en las yemas las heridas.

Desalmándolo con la suavidad de unos verdes que brillaban cálidos, habló:

—No vas a salir así y no deberías ir a trabajar hasta que se te quiten las marcas. Os habéis destrozado la cara —comentó afligida—. ¿En qué estabais pensando?

—He empezado yo. —Bajó la cabeza y cerró los ojos—. Nunca le había puesto una mano encima.

—Pídele disculpas —dijo, alzándole la barbilla—. No lo dejes mucho.

—Ahora hablaré con él. No piensen ni por un instante que puedo comportarme así contigo.

—No lo he pensado, pero, ya que lo dices, espero no volver a verte así nunca. No justifico la violencia bajo ningún concepto.

—Yo tampoco, lo siento.

Claire se levantó, le tendió la mano y lo instó a sentarse en el baño. Sacó un botiquín, untó una crema antiinflamatoria en los nudillos, yodo en los arañazos que tenía repartidos por las mejillas y, para finalizar, igual que a un niño le besó los ojos, donde se apreciaban dos sombras oscuras hinchadas. Poco después, salió con Elizabeth y Elaine para enseñarles el mercado ambulante de pescado del puerto y de paso dar algunas horas a la facción masculina para que se aclarasen; aunque Gabriel, con la nueva deserción de Jack, no podría disculparse, añadiendo un tiempo que a ninguno beneficiaría.

Una vez que John le contó la conversación con Jack del aeropuerto, en una tensa cena familiar, con mucho tacto, Elizabeth intentó que Gabriel viera las cosas desde otro punto de vista:

—No voy a defender a tu hermano porque sabes lo que opino de la infidelidad. —Al decir esto, advirtió que John dejó de comer y la miró apretando la mandíbula; aunque se sintiera aludido, no era el destinatario de esas palabras. Sonrió, le acarició la mano y continuó centrada en su hijo mayor—. Pero a veces las cosas surgen y uno no puede controlarlo. Cora cambió cuando Jack se fue. Sabes que antes era una chica encantadora, y él desde que llegó a Nueva York no ha mantenido ninguna relación estable. Ahora he entendido el porqué. Supongo que te dolerá oírlo, pero me da pena tu hermano. Se fue para no enfrentarse contigo. Perdónalo, Gabe, inténtalo, por favor.

—Me disculparía si no hubiese salido huyendo otra vez.

—No le has dejado otra —comentó seria.

—Espero que no se repita más. —John lo miró enfadado—. Y espero que habléis y solucionéis este problema. Tu madre tiene razón,

deja que se explique y mantén las manos quietas.

—No me lo digas más, lo he entendido a la primera.

Tanto él como Sean ya le reprocharon la agresividad sin cortarse. Tras esa charla, Gabriel sopesó el temor de Jack a su reacción y que se escondiera en Nueva York; sin embargo, aparte de los cuernos, no digería los años perdidos soportando un matrimonio roto, viviendo amargado en una mentira creyendo que con el tiempo podía mejorar engañándose a sí mismo.

Esa noche Jack cogió un taxi nada más aterrizar. Llegó a TriBeCa sin decirle a Cora que había vuelto con intención de pasar el resto del fin de semana solo, atiborrado a pastillas, en la cama. Ignorando el sonido insistente del móvil, consiguió dormir hasta el domingo. No se preocupó por cargarlo cuando se quedó sin batería, no tenía ningún plan mejor que seguir encerrado.

El lunes por la mañana Cora se vistió con una falda gris, una camiseta roja y unas sandalias de tacón, desayunó un café de pie en la barra del apartamento, pensando en el silencio de Jack desde el viernes. Llegó puntual a la oficina, organizó el trabajo de ese día y, en cuanto se sirvió otro café, marcó el número sin muchas esperanzas; en cambio, tras varios tonos, respondió:

—Hola, Cora —saludó en un tono apagado, con pocas ganas de verla para ahorrarse la explicación que no pensaba darle por teléfono—. Estaba dormido. Hoy no voy a ir a la oficina.

—¿Por qué no me has llamado? Te dije que iría a buscarte.

—He llegado de madrugada —dijo para evitar suspicacias—. No te preocupes, mañana nos vemos.

—Puedo ir cuando termine.

—No —replicó rotundo—. Estoy muy cansado. Hasta luego, nena.

—Jack, ¿te encuentras bien?

—Quiero descansar, estoy muerto.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—Vamos, cariño, no mientas. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, no seas más pesada. Hasta luego.

—Jack…

La velocidad por colgar todavía mosqueó más a Cora, que decidió averiguar qué estaba ocultando sin intención de volver a pasar

la noche en vela preocupada por él.

Tras una jornada agobiante, antes de salir, Cora llamó a un restaurante para encargarles la cena, repasó la agenda y anotó la nueva cita acordada con un cliente después de hablarlo con Michael. Luego cogió el bolso y salió del edificio, impaciente por llegar al aparcamiento, montarse en el coche y despejar la incertidumbre. En cuanto llegó a TriBeCa el ambiente alegre animó su humor con vivos colores. Casi todos los comercios tenían maceteros en las entradas, los cafés y restaurantes los ponían entre las mesas y la acera y, justo debajo del edificio de Jack, una floristería plagaba de verde toda la esquina, de tal manera que parecía una jungla tropical. Cora entró en el portal sin llamar, aprovechando la salida de un vecino. Atravesó el vestíbulo y cogió el montacargas hasta la tercera planta. Llamó al timbre. Nada. Otra vez. Controlando la ansiedad, incrementada por una tardanza alarmante, volvió a tocar el timbre, sin quitar el dedo. Escuchó un golpe, seguido por una sucesión de tacos. De pronto, Jack abrió la puerta con una cara que consiguió asustarla; no pudo cerrar la boca viéndole los ojos y la nariz hinchados.

—¿Qué te ha pasado?

—Te he dicho que no vinieras —espetó molesto. Cora dejó la bolsa en el suelo y le tocó la mejilla. Jack bufó agobiado, se apartó y regresó al dormitorio. Sentado en la cama, con los brazos en las rodillas, la observó rígido—. Gabe y yo nos hemos peleado.

—¿Qué? —exclamó nerviosa. Se arrodilló delante y le sujetó el mentón—. ¿Esto te lo ha hecho él?

—Sí.

—No puede ser… —susurró, reteniendo unas lágrimas indeseadas—. Hablaré con él, lo entenderá. Tú y yo vamos a estar juntos, le guste o no. —Cora acarició las piernas fuertes de Jack, vestido con unos bóxers blancos—. Nos ha costado mucho llegar aquí, te prometo que Gabe lo entenderá.

—No —dijo inflexible—. No vamos a darle más explicaciones. Estoy hasta las narices. Cuando quiera entenderlo, que lo haga; mientras tanto, que se olvide de nosotros; igual que Sean o mi madre; paso de todos.

—Cariño, no puedes renunciar a tu familia. Estáis muy unidos y ahora con la reconciliación de tus padres es cuando deberíais estarlo más.

—No he sido yo quien ha pegado primero. Que Gabe me pida disculpas y me lo pensaré.

—Nunca creí que llegaríais a las manos.

—Los cuernos no le sientan bien. Cree que hemos estado enrollados todos estos años.

—¿Por qué? Si solo fue una vez.

—No me dejó hablar.

—A mí me escuchará. También él se ha liado con su novia mientras hemos estado casados, no es el más indicado para indignarse, y dudo mucho que en sus viajes nunca me haya sido infiel.

—No sé qué habrá hecho, pero esto es algo entre él y yo.

—De eso nada, es entre los tres.

—No —añadió Jack con dureza—. No te metas.

—De acuerdo —dijo seria. No quiso discutir. Cuando se obstinaba, era preferible seguirle la corriente. Se levantó y al salir, añadió—: He traído la cena.

En pocos minutos, Jack entró en el salón. Olía muy bien y aspiró con un apetito canino. Cora tenía encima de la mesa una botella de agua, otra de zumo, una lasaña, queso y dos platos. Se sentó junto a ella en el sofá, cogió los cubiertos que le ofreció y durante unos segundos sintió una repentina emoción. Hubo algo en ese detalle que atrapó su atención, pero no supo definir claramente qué era. Cenaron en silencio, terminaron y fueron al dormitorio, donde Cora se desnudó despacio sin que desde la cama unos ojos tristes se apartaran de su cuerpo. Luego, se tumbó. Unas caricias suaves fueron convirtiendo el aire fresco en una brisa densa; unos besos cuidadosos y tiernos en una profunda tormenta de gemidos, jadeos o palabras incomprensibles murmuradas por unos labios buscándose para respirar. Los dos necesitaban ese amor que no merecía seguir en secreto por más tiempo. En aquella cama decidieron que no volverían a ocultarlo, rebajándolo de forma humillante; gritarían con orgullo que estaban enamorados; nunca más esconderían la magnitud que los unió hacía cuatro años.

En Terranova, la estancia para los Drake finalizó la tarde del martes sin que la sucursal del Scotia se librara de la visita de John acompañado por Gabriel, camuflando la hinchazón del rostro con una barba semiespesa y las ojeras con un resfriado oportuno para que nadie imaginara una trifulca filial.

Cuando regresó Gabriel de dejarlos en el aeropuerto, entró cansado en la cocina por la conversación que no podía posponer más con Claire, se sorprendió al ver a Ethel y preguntó:

—¿No te vas?

—Estoy esperando a Mike.

Gabriel sirvió una copa de vino y se la ofreció a Claire, que la rechazó con una sonrisa. Tenía un retraso en el periodo y una cita el viernes con su ginecóloga; pero no quiso darle esperanzas hasta confirmar una noticia que los dos deseaban.

—¿Podemos hablar?

—Claro —respondió Claire intrigada.

Se dirigieron al salón y cada uno ocupó sus sitios: Gabriel el sofá de tres plazas y Claire el sillón junto a la lámpara de pie.

—Mañana por la tarde tengo que ir a Quebec, volveré el viernes por la noche.

—¿Tienes alguna reunión?

—Sí, un par. ¿Quieres venirte conmigo?

—Mejor, no. Me gustaría ir viendo el diseño de los dormitorios antes de que venga el arquitecto.

—No viene hasta el próximo lunes.

—Pero si me voy no tendré tiempo para hacer nada. ¿De verdad quieres que te acompañe?

—Si vas a quedarte aquí bien, no.

—No te preocupes —dijo Claire sonriendo—. Solo son dos días. Creo que podré resistirlo.

—Como quieras.

Durante un rato charlaron haciendo balance de la visita de los Drake, hasta volver al tema espinoso.

—Deberías llamarlo.

—Prefiero hablar con él cara a cara. Debo ir a Nueva York a final de mes —comentó, atento al ceño fruncido de su novia, para ampliarle la información, dijo—. Vienen los representantes del astillero noruego para estudiar los pormenores de los contratos, es indispensable que asista.

—Lo entiendo, has llevado tú la operación de la plataforma.

—Desde la sucursal. Tengo un buen equipo —comentó satisfecho, era totalmente verdad; no podía haber congeniado mejor con todos—. Espero que esa semana sí te vengas conmigo. Si quieres, nos vamos a un hotel para estar más cómodos.

—Por mí no lo digas —comentó irónica, sabiendo que el amor desmedido de John y Elizabeth era el responsable de esa otra opción—. No me uses de excusa, eres tú quien se ruboriza. ¿Qué día nos iríamos?

—El veinticuatro. Y no exageres —dijo sonriendo—, pero podrían reprimirse un poco.

—Aplícate el consejo —comentó burlona—. Te gusta la fiesta

más que a tu padre.

—Qué vamos a hacerle… —Gabriel encogió los hombros divertido—. Será genético. —Bebió un sorbo de vino y preguntó entrecerrando los ojos, con la cabeza un poco inclinada—. ¿Has pensado en una fecha?

—Sí. Me gusta el otoño, por aquí es una época muy bonita. El tres de noviembre es sábado, podríamos casarnos aquí y organizar la celebración en el jardín.

—Faltan poco más de tres meses. ¿Será suficiente para organizarlo todo?

—Sí —respondió rápido, un tanto inquieta, preguntó—. ¿Por qué lo dices? No quiero una boda con mucha gente. Para ti es la segunda vez y yo prefiero algo íntimo.

—¿No prefieres la catedral? —preguntó asombrado, con una sonrisilla comentó—. Nos pilla cerca.

—No. —Claire negó con la cabeza—. Tenemos el sitio perfecto. —Le hacía ilusión casarse en su casa. Nunca había visto una boda entre esos muros y la de ellos era la historia de amor más bonita que sumarían a su leyenda—. Hazme una lista con tus invitados y encárgate solo del viaje. He estado mirando por Internet, y en noviembre en el sur de España la temperatura es ideal. Podríamos hacer una ruta por Andalucía. Me conformo con visitar Sevilla, Granada y Málaga, y, si me apuras, podemos estar también unos días en Barcelona y Madrid.

—¿De cuantos días hablamos? Solo en ir y venir se nos van dos, y mínimo otros dos o tres en cada ciudad. Necesito más de quince, y Madrid o Barcelona son demasiado grandes para dos o tres días. Mejor nos quedamos en el Sur. Si quieres, cuando vayamos en septiembre a Londres organizamos otro minitour por España.

—No me habías dicho que tendrías que ir a Londres. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Algunos días. Y no te lo he dicho porque aún no sé con exactitud cuándo iré. Las fechas no están fijadas, pero supongo que será en septiembre o a finales de agosto.

—¿Cuánto tiempo?

—Mínimo quince días —dijo Gabriel. Advirtiendo el cambio en la expresión de Claire, añadió con una mirada fija—. No lo pienses y vente conmigo. Ya no es necesario que te quedes aquí.

—Lo sé. —Claire trató de sonreír—. No estoy enfadada, es solo que me he bloqueado un poco, perdóname.

—Cariño, tengo ir —comentó serio—. Tienes varias semanas para decidirte.

—Vale —admitió ausente—. Lo pensaré.

—¿Quieres que prepare la cena?

—Mejor la hacemos entre los dos. —Claire respondió animada—. No quiero pasar la noche en urgencias.

—Veo que te has recobrado con rapidez.

—Tienes esa habilidad, me haces feliz.

Ese reconocimiento creció a Gabriel. Fueron de la mano a la cocina, que Ethel dejó impoluta, y siguió al pie de la letra todas sus instrucciones. Incluso recibió elogios ante la nueva soltura que exhibió manejando los cuchillos al trocear la verdura de la ensalada. Sin sufrir ningún percance, batió una marca personal que entraba dentro de lo razonable y no rayó la desesperación de Claire. Después de sentarse en la mesa, hicieron planes para la boda y comentaron entretenidos los monumentos y museos que querían visitar. Pasaron un rato agradable; otra noche en esa casa envuelta en secretos, con una solidez a prueba del tiempo; otro momento más donde escucharon los muebles antiguos que todos los días crujían, parecían lamentos de la madera, como gritos en el silencio de unos árboles negándose a morir en el olvido.

VEINTIUNO

San Juan de Terranova, 20-7-12
Terranova y Labrador, Canadá

El viernes por la mañana Claire acudió a la cita con su ginecóloga, la doctora Julia Mills, que era una señora de cincuenta y cinco años con el aspecto rejuvenecido gracias a una ropa informal, el cabello corto de color rubio platino, y tres aros pequeños colocados en orden en el lóbulo derecho de la oreja. Tras la exploración, descartó un embarazo y realizó una citología. Luego, bastante decepcionada, Claire suspiró y comentó:

—Es que no entiendo por qué no me quedo embarazada.

—Ya te lo he dicho, no tienes ningún problema, es mejor que no te obsesiones. Habla con tu novio, sería conveniente que se hiciese alguna prueba. Al menos descartaríamos cualquier problema físico.

—¿Podrías recomendarme algún urólogo?

—Hay uno muy competente en el Centro de Ciencias para la Salud. Pregúntale a Patrick, él lo conoce mejor que yo.

—Primero hablaré con Gabriel. No sé si va a hacerle mucha gracia tener que hacerse pruebas.

—Depende de cuánto quiera tener un hijo, tú estás haciéndotelas.

—Ya, pero él no lo sabe.

—Claire, nos conocemos desde hace quince años, me has dado la alegría del día —dijo Julia con una sonrisa sincera—. Deja de agobiarte y tómate las cosas con calma. Habla con él.

Mientras Claire revolvía el interior del bolso grande que llevaba colgado en el hombro, buscando las llaves del coche, sonó el móvil y respondió aliviada la llamada de Gabriel:

—Hola, cariño —saludó alegre—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien —respondió, entrando en el edificio donde atendía el doctor Leopold Barnes, el psiquiatra con quien tenía cita, aunque la consulta no era para él—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿A qué hora llegas?

—Por eso te llamo, voy a quedarme el fin de semana aquí. La inmobiliaria tiene unos posibles compradores para el piso, vienen esta tarde. Es el único día que podían. ¿Por qué no te vienes?

—Me has pillado en la calle. En cuanto llegue a casa, busco algún vuelo.

—Perfecto. —Gabriel sonrió feliz, agradecido por esa rápida admisión—. Podemos ir a Stoneham.

—Estamos en verano —dijo apretando las cejas—. Cariño, no hay nieve.

—Da igual. Si quieres, reservo dos noches.

—Miro el vuelo y te llamo.

Un rato después, Gabriel comprendió mejor la reacción del cuerpo de Claire cuando revivía el episodio de la violación. El doctor Barnes describió con exactitud todos los síntomas de un estrés traumático que no terminaba de superar: las reacciones físicas involuntarias, el contacto que no toleraba, los recuerdos reiterados angustiantes, las pesadillas, y unos desmayos que la defendían cuando su mente no era capaz de superar un episodio imborrable en el cerebro. Le explicó que esa duración tan exagerada podía deberse a un sentimiento de culpa que persistía en su subconsciente y, por alguna razón, no dejaba que olvidase. Aparte de volver a Nueva York, también le aconsejó que la escuchara cuando quisiera hablar del tema. Pese a su reticencia en conocer detalles escabrosos, convencido de que era mejor ni nombrarlos, Gabriel decidió encarar el futuro que necesitaba tener junto a ella sin sombras del pasado, por mucho que le doliera; debía conocer ese remordimiento que enturbiaba la mente de Claire. Hasta entonces, no podría ayudarla.

Gabriel recibió a Claire en el aeropuerto de Quebec con un beso ardiente en los labios, ajenos a un público escaso y despistado. Al salir hacia el coche una brisa fresca sorprendió a Claire, que viendo a las seis un día soleado se vistió con una camiseta de mangas cortas, y no le quedó más remedio que pegarse a su prometido como una lapa.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo, cariño —dijo Gabriel—. ¿Todo bien estos días?

—Sí —respondió sonriendo—. Tranquila en casita.

A los pocos minutos Gabriel guardó el equipaje en el maletero, abrió la puerta del copiloto y la besó en la sien antes de que se sentara. Atravesaron la ciudad camino de Stoneham, donde tenían reservadas dos noches en Le Manoir du Lac Delage, un resort en la estación de esquí, junto al lago. Claire se comprometió a jugar al golf en el inmenso campo que rodeaba el edificio, no era buena ni la seducía; sin embargo, por no quitarle la ilusión, no mencionó que el spa o algún deporte acuático gozaban de una mejor posición en su

escalafón ocioso.

—¿Les ha gustado el piso?

—Sí, en unos días me contestarán.

—¿No te da pena venderlo?

—No, prefiero invertir en otro sitio, por ejemplo: Londres.

—No sé qué decirte, mejor España. Siempre estás contando maravillas.

—Lo he pensado, aunque no me planteaba comprar nada allí, pero si quieres…

—¿Por qué no? Si de todas maneras vas a invertir el dinero.

—¿Desde cuándo te interesan las finanzas?

—Desde que convivo con la Inquisición española.

—Tendrás quejas…

—Ninguna.

Claire le dedicó una sonrisa divertida, inclinó el cuerpo hacia el lado y lo besó en la mejilla, alegrando con ese desparpajo al banquero nada inquisidor que perdió la concentración distraído por un olor fresco familiar.

En media hora se cambiaron de ropa y disfrutaron en solitario de un jacuzzi al aire libre, parapetados por unas piedras enormes. Tenía una pequeña cascada que relajó sus sentidos con un agradable sonido rítmico.

Comieron en el restaurante, que al ser fin de semana estaba más concurrido de lo normal, degustando un menú francés delicioso. Luego, pasearon por uno de los caminos del campo de golf hasta el lago. Tumbados en unas hamacas cerca de la orilla, contemplaron el atardecer, pensativos en un cómodo silencio que interrumpió un diligente camarero. En cuanto sirvió las copas de champán que Gabriel pidió en francés, se alejó. Claire esbozó una sonrisa amplia concentrada en sus gestos, observando la misma parsimonia que hacía antes de comer.

—¿Te gusta?

—Mucho —respondió Gabriel levantando la vista despacio—. Disfruto con el paladar y el olfato. ¿Sabes la de emociones olfativas que pueden acumularse si se presta atención a los miles de olores que nos rodean?

—No me fijo tanto como tú, pero sé la sensación que me provoca tu olor.

Gabriel sonrió.

—Me hago una idea —dijo antes de volver a beber—. El de tu cumpleaños tampoco estuvo mal.

—No. Nadie se quejó, pero creo que eras el único que

apreciaba lo que te costó tenerlo.

—¿Hablas de esfuerzo o de dinero? —preguntó con burla—. Ya no sé a qué atenerme.

—De lo que quieras. Nadie apreció ni una cosa ni la otra.

—No estaría tan seguro, no sobró nada.

—Cariño, la bebida gratis es para eso. Además, así hacemos otra visita a tu tienda neoyorquina favorita. Tómatelo como un aliciente.

—Prefiero otro tipo de alicientes.

Esa sonrisa perversa, un entorno precioso, y unas manos juguetonas tiraron de su cuerpo para colocarla más cerca y poder recorrerla sin esfuerzo. Con un suspiro, Claire dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyada en un pecho firme que siempre resultaba confortable. Las elegantes manos de Gabriel acariciaron sus pezones, provocando un deseo que quiso controlar.

—Pueden vernos.

—Déjate llevar.

Al bajar el tono de voz, también recorrió posesivo el vientre de Claire, buscó su sexo y no se cortó en acariciarla hasta que una ráfaga ardiente le atravesó el cuerpo y explotó entre sus piernas. El rostro de Gabriel insinuó una expresión victoriosa envuelto por alentadores jadeos. Claire estaba a punto de no poder soportar más estímulos, al borde de perder el control otra vez en un lugar público; reducida a una necesidad que no podía negar; siempre sucumbiendo bajo ese hombre seguro que la conocía mejor que nadie y sabía cómo hacerla desaparecer del mundo en una noche oscura, donde no había auroras boreales, pero la iluminó con el brillo del deseo en sus ojos.

—Gabriel —jadeó Claire.

El temblor en la voz indicaba que el orgasmo era inminente, sonrió y retiró las manos para darle unos segundos de tregua.

—Qué.

Claire escuchó el susurro que le acarició la cara, ahogó un grito al sentir la rápida penetración de sus dedos y cerró los ojos guiada por el placer. Gabriel se recreó en una visión arrebatadora que se le grabaría en el cerebro de por vida. Lleno de satisfacción al amarla cobijados bajo miles de estrellas, le dejó un reguero de húmedos besos en el cuello y le metió la lengua en el oído. Con esa nueva punzada eléctrica, desató a Claire; la sintió en sus dedos; vibrando como el temblor que lo sacudió impaciente hasta casi bajarse los pantalones y enterrarse allí mismo en ella.

Después de abandonar el jardín apresurando el paso, hicieron el amor en la habitación. Gracias a la eficacia del hotel, cenaron en la

cama una selección de delicatesen. Cómodos, Claire habló de la visita a la ginecóloga, abordando otro tema que no podía olvidar.

—Me dijiste que nunca te habías hecho ninguna prueba para saber si podías tener hijos.

—¿Quieres que me haga una prueba?

Esa anticipación le ahorró a Claire una petición incómoda.

—Sí. Al menos sabríamos si depende de nosotros.

—Dirás de mí —dijo a la defensiva—. Tú sabes que estás bien.

—Si no quieres, no te la hagas.

—Pediré cita con un especialista. —Gabriel intentó suavizar el tono de sus palabras. Acercó la cabeza a la suya y le besó la punta de la nariz—. Tienes razón.

El día siguiente desayunaron temprano en el restaurante y fueron al campo de golf. Gabriel durante los primeros minutos tuvo una paciencia infinita con su novia. Al cabo de un rato, desistió. Era imposible intentar explicarle cómo debía sujetar el palo. En cuanto Claire notaba detrás el cuerpo de Gabriel rodeándola con los brazos y sus pezones rozándolos, entraba en un estado de desconcentración con una risa contagiosa que lo llevó a dejarla a su aire, aunque enlazó dos tiros que casi matan a otros dos jugadores y se vio obligado a pedir disculpas —de manera bochornosa para él— si no querían ser expulsados del campo por no llegar al par mínimo para jugar.

Regresó a paso rápido, mirándola con seriedad.

—Apunta un poco mejor, por favor, o nos van a echar.

—No ha sido para tanto. Eres un quisquilloso.

—Procura no cepillarte a nadie, no me apetece visitarte en la cárcel.

Toda la alegría del rostro de Claire se esfumó a una velocidad vertiginosa. Apretó los labios y tragó despacio. Disimulando el temblor de las manos, sujetó con fuerza el mango del palo. Gabriel se concentró en el siguiente hoyo, sin advertir el desasosiego de Claire con la culpabilidad que el psiquiatra le había comentado bien visible; no estuvo atento para descubrirla en ese instante. Tras realizar un buen lanzamiento, se volvió hacia ella con una sonrisa orgullosa.

—Vamos, te toca. Y ya sabes, al hoyo, no a matar.

—No tengo ganas de seguir. Tira tú por mí.

—Estoy bromeando. —Gabriel se acercó al percibir su angustia—. No seas tonta.

—Lo sé, pero tengo mucho calor, prefiero ir al lago.

—¿Alquilamos una canoa?

—Por mí bien, pero tienes que remar tú, quiero broncearme.

—Lo tenía clarísimo.

—A ti está sentándote muy bien el bronceado —comentó admirando su piel morena, reparó en la barba y añadió—. No sé cuando te afeites..., vas a tener media cara blanca.

—En la canoa puedes hacer top-less.

Le guiñó un ojo, colocó el brazo en su hombro y tiraron de los carritos hasta el control. Luego, consiguieron dilatar la salida del dormitorio cuando se pusieron los bañadores y cada uno untó bronceador al otro.

Entre chapuzones en un agua fresca y arrumacos tumbados al sol pasaron unas horas divertidas. Claire consiguió disfrutar sin volver a recordar nada relacionado con homicidios o situaciones dramáticas; se centró en el presente, el que respondía al nombre de Gabriel; el hombre que seguía recogiendo sus pedazos cuando menos falta le hacía romperse.

En Nueva York, esa noche calurosa, Jack cogió un taxi y fue al ático para cenar con sus padres. Insistieron en que Cora lo acompañase, pero se quedó en su apartamento por los síntomas del resfriado que volvía a arrastrar. Con varias palmadas fuertes en el hombro, John lo recibió en el vestíbulo rezumando vitalidad. En los diez días que llevaban sin verse había ganado peso, recobrado por completo la musculatura, derrochaba optimismo y en su rostro destacaba el azul de unos ojos alegres.

—¿Cómo estás? —preguntó John.

—Bien. —Lo siguió a la terraza y se sentó frente a él. Amelia les trajo unas cervezas, que empezaron a tomarse directamente de los botellines—. Te veo estupendo.

—Gracias, tenía ganas de hablar contigo —dijo John, interesado preguntó—. ¿Cómo te van las cosas?

—Estamos cumpliendo los objetivos.

—No me refería al trabajo. ¿Has hablado con tu hermano?

—No. Supongo que nos veremos el miércoles. Tenemos una reunión con los representantes del astillero noruego.

—Solucionadlo de una vez, por favor.

—No depende de mí.

—De los dos, Jack, no dejes que Gabe asuma toda la responsabilidad cuando tú también debes poner de tu parte. No olvides que era su mujer.

—No he venido a escuchar otro sermón. Si lo llego a saber no vengo.

—No seas impertinente. Me está tocando defenderte cada dos por tres con tu madre y no creas que son conversaciones agradables, siempre salgo perjudicado. Así que si te molesta que te pida un poco de consideración, te aguantas.

—Muy bien. ¿Qué era eso que ibas a contarme?

—El viernes queremos que vengáis todos a cenar. Tenemos que daros una noticia.

—Espero que no sea otro hermanito. Me tienes el cupo un poco saturado.

—Tu sentido del humor me mata de la risa.

—Venga, papá, ¿qué pasa?

—Vamos a casarnos otra vez.

—¿Para qué? —preguntó sonriendo y una mueca de incomprensión.

—¿Cómo que para qué? Porque nos queremos y es lo que hacen las parejas.

—Estupendo, enhorabuena. Pero no pienso ser vuestro paje, me ha pillado un poco mayor.

—Déjate de tonterías. ¿Por qué estás tan borde?

—No lo sé, supongo que también me gustaría casarme con Cora. Es con la única mujer que me lo he planteado.

—Entonces, con mayor razón Gabe y tú debéis arreglar vuestras diferencias.

—Te lo he dicho, es él quien no quiere aceptarlo.

—Eso no es así. Me dijo que le había molestado sobre todo el tiempo que los tres habíais perdido.

—Ya —dijo sonriendo cínico—. Y por eso me pegó.

—Tú tampoco te quedaste atrás.

—Hola, cariño.

Elizabeth entró en la terraza y lo besó en las mejillas. Al momento se sentó y se incorporó a la charla-paliza que Jack tenía claro iba a empezar a darle. Sincronizados, John y Elizabeth desempeñaron sus papeles igual que cuando eran niños, aunando fuerzas para reunir otra vez a su familia.

Un par de días después, tras varias horas dentro de un avión consensuando opiniones sobre la reforma de su casa, Gabriel y Claire volvieron a aterrizar en Nueva York. Ninguno comprendía las propuestas del otro, alejadas por algunas excentricidades que Gabriel

se cansó de justificar con tal de no levantar sospechas.

Durante la cena en el ático, ante la inminencia del reencuentro con Jack, John habló a Gabriel en un tono severo:

—Cuando veas mañana a tu hermano, recuerda quien eres y dónde estás. No quiero más escenas.

Gabriel dejó de comer, se tomó su tiempo para comentar:

—Es una reunión laboral, papá —habló tranquilo. Si Cora era tan importante para Jack, aceptaría la relación; pese a sentirse humillado—. Cuando terminemos, le pediré disculpas.

La nobleza de su carácter se vio recompensada con una caricia alentadora de Claire en la mano.

—El domingo estuvo aquí —dijo Elizabeth—. Vino solo, pero invitamos también a Cora. —Miró a Gabriel apenada—. No paro de pensar que el cambio de Cora fue a raíz de que Jack dejó Quebec. Piénsalo, Gabe, era un encanto y de la noche a la mañana se convirtió en otra persona.

—Podía haberme pedido el divorcio y haberse ido con él. No sé por qué siguió conmigo.

—Para no hacerte daño. No es lo mismo enamorarse de otro que de tu cuñado, no era fácil explicarlo, por eso Jack prefirió alejarse. Intenta perdonarlos.

—Ya te lo he dicho, entiendo que estén enamorados, entiendo que él se fuera, puedo entenderlo todo, pero no entiendo por qué ella no me dejó.

—A lo mejor creyó que Jack la había dejado a ella —comentó Claire—, y decidió continuar con la vida cómoda que llevaba contigo.

—No le des más vueltas —dijo John—, piensa en el presente y en el futuro. —Miró a Elizabeth, levantó la mano y le besó el dorso —. El pasado no va a traerte nada bueno.

—¿Cómo lleváis los preparativos de la boda? —preguntó Claire al verlos sonrientes.

—Vamos a celebrarla en la casa de Quebec —dijo Elizabeth —. Solo vendrán los más íntimos, pero aún no hemos fijado la fecha.

—¿Y vosotros la vuestra? —preguntó John.

—El tres de noviembre —respondió Gabriel desviando un instante la vista hacia Claire—. En casa, también algo íntimo.

—A este paso, de aquí a que termine el año vamos a tener que ponernos en lista de espera —añadió John con humor.

—¿Quién más quiere casarse? —preguntó Claire intrigada.

—Jack.

Esa fue la gran noticia de la noche para Gabriel. Con ella comprendió la envergadura de los sentimientos de Jack por Cora;

ciertamente profundos si barajaba el matrimonio. El estado civil más denostado por su hermano, el que todos habían descartado para él.

Cansada por el viaje, Claire se despidió de Elizabeth mientras Gabriel se tomó un whisky con John. Puso música clásica en el dormitorio, encendió unas velas y preparó la bañera para uno de sus momentos relajantes. Se metió en el agua, cerró los ojos y, echando la cabeza hacia atrás, sintió aturdidos todos los músculos.

Al terminar la conversación, Gabriel creyó que la encontraría en la cama. Extrañado abrió la puerta del baño, y durante unos segundos no reaccionó.

—¿Estás cansada?

—Mucho. —Claire abrió los ojos—. No voy a ser capaz de moverme.

—Si quieres uso mi magia contigo.

Se sentó en el borde de la bañera, remangándose la camisa, y cruzó las piernas. Colocó las manos en sus hombros y empezó a masajearlos. Claire estiró el cuello, emitiendo un ronroneo sensual que despistó a Gabriel de una noble acción. Centrado en unos pechos mojados, encontró el contacto perfecto para concluir el día con la mejor calidez entre sus dedos.

El sol despertó a Claire con una luz brillante, bostezando, la cegó. Entrecerró los ojos para enfocarlos en la figura borrosa que entraba y salía del baño. Gabriel, vestido con un traje oscuro entallado, se acercó, pero mantuvo una distancia segura.

—Me encanta cómo hueles —dijo Claire sonriendo.

—Tengo que irme. Volveré sobre las dos. ¿Qué vas a hacer?

—Echarte de menos e ir con tu madre de compras.

—Dudo que te dé tiempo a echarme de menos, a mí seguro que se me va a hacer más pesada la mañana.

Claire cogió su mano, tiró hasta que se sentó en la cama y le acarició la cara, aún con la práctica barba que seguía disimulando unas heridas casi imperceptibles.

—No va a pasar nada, sé que eres un caballero —dijo, tratando de infundirle ánimo, besó sus labios y al apartarse añadió—: Te amo.

Cora intentó centrarse en el trabajo, pero cada segundo miraba de reojo la hora en el ordenador. Resultaba imposible no pensar en la reacción de Gabriel. Dejándose llevar por sus temores,

salió y atravesó rápido el pasillo hacia el despacho de Jack. Llamó dos veces en la puerta y entró con una sonrisa que no borró la preocupación de sus ojos.

—Lo siento, necesitaba verte.

—Estoy bien. —Jack se levantó y rodeó la mesa para situarse frente a ella—. No te agobies más.

—No puedo evitarlo.

Jack levantó una mano y acarició su mejilla.

—Lo entenderá —susurró.

Se besaron tranquilos, con una suavidad que rozó la reverencia; sus labios, esa vez, no se convirtieron en furiosas llamas, fueron un despliegue de sutil ternura. Luego, Jack cogió una carpeta de la mesa.

—Nos vemos cuando acabéis —dijo Cora, abrió la puerta, pero no se movió. Se dio cuenta de que tenía torcido el nudo de la corbata y se lo colocó bien—. Te espero en mi despacho.

En ese momento, Gabriel, que pasaba cerca con varios hombres camino de la sala de juntas, fue incapaz de disimular el golpe bajo que bloqueó con rabia su mente. Excepto él, todos los demás saludaron amables a Jack.

La inexpresividad de un rostro bien parecido o la dureza de una mirada menos fría que el acero paralizaron a Cora, percibiendo con claridad el desprecio que alejaría la comprensión de un diálogo necesario.

Armado de paciencia hasta los dientes, Jack forzó una sonrisa y se incorporó al grupito, saludando con un apretón de manos a Bill Patterns. Era amigo de su padre y de Gabriel; uno de los veteranos. El hombre rondaba los cincuenta; con un sobrepeso prominente, sobre todo en la barriga que no disimulaba un traje oscuro; tenía los ojos azules y usaba gafas con montura metálica, bien encajadas en una nariz tan ancha como corta. A la vez, ese aspecto bonachón escondía una capacidad analítica para los números portentosa.

—Tus padres me han invitado a la boda —dijo Bill, sonrió atusándose un ondulado flequillo plateado—. Menuda noticia.

—Sí, después de todo, el accidente ha traído algo bueno.

—De lo malo siempre sale algo positivo —replicó risueño, le palmeó un hombro en plan paternal y continuó hablando—. Gabe me ha dicho que en noviembre también se casa. ¿Y tú? ¿Piensas casarte con Cora?

—Es pronto, ya veremos.

—¿Pronto? Desde que os vi juntos en la primera cena a la que asistió con Gabe, sabía que entre vosotros había algo. Y de eso, hace

cinco años.

—Te equivocas. Hemos empezado a salir cuando se han divorciado.

—No te lo discuto, Jack —Bill le dedicó un guiño suficiente—. Pero te garantizo que no ha sido un flechazo; soy infalible.

Gabriel y James Atkins hablaban apartados del resto cuando Jack entró en la gran sala, dominada por luz y testosterona. Los ojos Drake coincidieron unos breves segundos. Aunque lucía una imagen pulcra con el cabello engominado hacia atrás, el rostro bien afeitado, un impecable traje negro italiano y unos relucientes zapatos, Gabriel distinguió el agotamiento de su hermano al quitarse las gafas para frotarse los ojos con los codos apoyados en la larga mesa de cristal.

Después, se expusieron los argumentos concernientes al contrato. Los dos disimularon tomando notas cuando habló el otro. Tras dos intensas horas, llegaron a un acuerdo con los últimos implicados en el *Deep Ocean* y se levantaron para despedirse en corrillos. Fingiendo atención por el noruego que en ese instante halagaba al banco, Jack ignoró a Gabriel, acercándose a ellos.

—Cuando hayas terminado —dijo Gabriel en un tono neutro—, me gustaría hablar contigo.

—Ya lo he hecho.

Anduvieron hacia el despacho de Jack sin romper un silencio agrio, hasta que Gabriel cerró la puerta con suavidad. Jack quiso seguir con esa relajación y sacó de la pequeña nevera que tenía detrás de la mesa dos botellas de cerveza. Al ofrecerle una, Gabriel habló:

—Siento mucho haberte pegado, perdóname.

Jack bebió un trago largo y se sentó en el sofá frente a él, con las piernas abiertas, en un murmullo comentó:

—Nunca he querido hacerte daño.

—No es daño, es humillación —matizó Gabriel—. ¿Crees que no lo habría entendido? —preguntó, clavándole una mirada penetrante. Jack movió la cabeza sin despegar los ojos de los suyos—. Cuando te oí hablar con Cora creí que estabais liados desde hacía mucho. Me tocó las narices porque no entendí por qué no me dejó si estaba contigo. Nos habríamos ahorrado unos años desastrosos.

—Ya no voy a pensarlo. Ella y yo tenemos claro qué queremos. Nos gustaría dejar de parecer delincuentes cuando no estamos haciendo nada malo.

—Por mí no hay problema, pero pasará un tiempo hasta que pueda verla como tu pareja; ha sido mi mujer cinco años, lo siento.

—No espero que quedemos para salir, pero sí una relación cordial.

—Lo intentaremos —dijo Gabriel serio. Durante unos segundos recapacitó viendo la determinación en los ojos de su hermano y añadió—: No quiero renunciar a ti, y menos ahora que papá y mamá vuelven a estar juntos.

Jack compartió ese propósito. Siempre se habían llevado muy bien; se admiraban y se querían; infinidad de situaciones familiares los unieron más; y ninguno pretendía alejar ese afecto por una mujer que significaba pasado para uno y un futuro incierto para el otro; aunque no tuviera alternativa.

Poco después llamaron a la puerta. Cora apareció impaciente, pero se bloqueó al verlos sentados en el sofá. Los miró buscando en sus ojos una respuesta a la inquietud que llevaba horas apaciguando. Gabriel se levantó y se acercó a ella. Conociéndolo, supo que no estaba enfadado. Mientras la besó en la mejilla, desvió Cora la vista un segundo hacia Jack. La sonrisa más bonita brilló feliz en un rostro que conseguía llenarla de esperanza; acababan de salvar el obstáculo que más les corroía.

No hubo reproches durante el rato que pasaron hablando. Para Gabriel, y su mente lógica, era una necesidad comprender la razón de Cora para vivir amargada. También tuvo que admitir la percepción de Claire, que había clavado lo ocurrido sin conocerlos. En cuanto se dio por satisfecho, fueron tres amigos recordando momentos felices, olvidando los malos recuerdos. Luego, comieron en un restaurante cercano hasta despedirse al cabo de unas horas con la promesa de quedar con Sean y Elaine para salir los seis a cenar mientras estuviesen en Nueva York.

Pasaban las cinco de la tarde cuando Gabriel llegó al ático. Abrió Amelia y le informó de la ausencia de sus padres y Claire, y supuso que seguirían de compras. Durante la comida la llamó, pero desistió al tercer intento infructuoso. Fue directo al baño y a una ducha refrescante. Ni media hora después, se vistió con una camiseta negra y, antes de terminar de ponerse un pantalón vaquero, escuchó la voz animada de John y las risas de Elizabeth. Sonrió agudizando el oído. Apenas entendió una palabra, pero el tono divertido transmitía el buen momento sentimental que atravesaban; increíble unos años atrás, pero cierto. Igual que le ocurría a él o a Jack, en pocos meses todos habían encontrado o redescubierto el amor. Salió del dormitorio y coincidió con su madre en la terraza.

—Hola, ¿dónde está Claire?

—Ha ido al banco —respondió sonriente. Al momento, entró John con dos copas de vino, le ofreció una a Elizabeth y se sentó a su lado—. Quería darte una sorpresa.

—Cuando ha terminado la reunión, he salido a comer con Jack y Cora.

—¿Todo bien? —preguntó John.

—Sí, todo aclarado. ¿A qué hora dejasteis sola a Claire?

—Antes de las dos. Hemos ido a varias tiendas, ha comprado algunas lámparas y un par de esculturas. A la vuelta ha querido dar un paseo por el parque, pero nosotros teníamos mesa reservada y no podíamos entretenernos. ¿No te ha llamado?

Como un alma poseída por el diablo, Gabriel salió del piso sin decir adiós; Central Park y Claire dispararon una alarma comprensible que rozó el histerismo al atravesar a paso rápido la calle 90. Con un presentimiento asfixiante cruzó la avenida Columbus y se metió en el parque. Intentó recordar el sitio donde Claire sufrió el desmayo, pero aquel día se perdieron varias veces y no se fiaba de su sentido de la orientación. Insistió con el teléfono, esperanzado en encontrarla antes de que anocheciese. No podía imaginársela otra vez allí sola, debía dar con ella o todo el esfuerzo de los dos podía irse al garete en un abrir y cerrar de ojos.

Empezó a correr hasta llegar a *The Pool,* se paró jadeando para llenar los pulmones de aire mientras recorrió con la mirada todo el campo de visión a su alcance. Creyó ver el árbol, dudó un instante. De repente, vio una figura acurrucada en el tronco; sin duda, debía ser ella.

—¡Claire!

Gabriel se dejó caer de rodillas y la sostuvo entre los brazos. No podía seguir así, no quería verla así. Comprobó que se había desmayado, jurándose que esa sería la última vez que Claire sufriría por el pasado. Para Gabriel, ahí terminaban, jamás volvería a entrar en el parque; y si las cosas no cambiaban, no volverían a Nueva York.

—Claire, cariño —susurró. Con una paciencia infinita, esperó que recobrara la conciencia—. Estoy contigo. Despierta, por favor.

Abrió despacio los ojos y lo miró confundida.

—Hola.

—Hola, ¿estás mejor?

—No sé qué me ha pasado —respondió con un hilo de voz—. ¿Qué haces aquí?

—Llevo un rato buscándote. Te he llamado varias veces.

—Tus padres se han ido y he visto mi oportunidad para venir sola —dijo a punto de llorar—. No sé por qué pierdo el conocimiento, hacía años que no me pasaba.

—Hablé con un psiquiatra en Quebec. Me dijo que era un mecanismo de defensa por un trauma psicológico grave. Supongo que no te había pasado porque evitabas venir, y ahora es cuando tu cerebro no es capaz de afrontar lo que te sucedió. Siento haberte arrastrado, lo siento mucho.

—¿Has hablado con un psiquiatra de mí?

—Sí, estoy preocupado por estos episodios. No te lo he dicho porque tenía intención de ayudarte sin que te dieras cuenta. Debes hablar y asumir lo que pasó. No puede cambiarse y no tiene por qué repetirse.

Claire bajó la cabeza, no estaba en condiciones de contarle nada sobre el calvario de un golpe certero, necesitaba salir y volver a la seguridad fuera del parque. Regresaron de la mano dando un paseo. En cuanto salieron de la penumbra, una ráfaga de aire cálido agitó alegremente las densas ramas de los árboles, sonando vibrantes aleteos de hojas, al tiempo que las pestañas de Claire ocultaban un brillo verde feliz mientras aspiraba el aroma puro de la naturaleza.

—¿Cómo te ha ido en la reunión?

—Bien. He hablado con Jack y después hemos comido con Cora.

—Me alegro por vosotros.

—Y yo —admitió con una sonrisa breve. Comprobó que dialogando se conseguía más que con buenas intenciones. Esas que siempre había tenido con ella y siempre fallaban—. Sé que he sido reacio a escucharte, pero cuando creas oportuno estaré a tu lado para oír lo que quieras contarme.

Claire se detuvo, bien sujeta por Gabriel.

—Después de la violación no recuerdo con exactitud qué pasó. —Claire suspiró—. No sé si fueron horas, minutos o segundos, solo recuerdo el dolor y la angustia. Sentía un miedo que me hacía temblar cada vez que lo escuchaba totalmente fuera de control insultarme y amenazarme; creí que ahí terminaba… —Claire necesitó apaciguar su respiración entrecortada—. Recuerdo que era incapaz de mantener las manos quietas, me vi sangre por todo el cuerpo y me costaba respirar. Me pegó…, me preguntó si había tenido suficiente o quería un poco más... No podía resistirlo otra vez, no podía…

Claire se perdió en las sombras de unos recuerdos malditos, y Gabriel, que no había retirado el brazo de su hombro, le besó el cabello respetando un silencio que también necesitaba.

Sonó el móvil de Gabriel y atendió la llamada de su madre. Para Claire fue la interrupción perfecta, no quería seguir pensando; ese día estaba saturada y el resultado no tenía solución, por mucho

que hablasen. Posponerlo solo les perjudicaba a ellos y ninguno estaba preparado para conocerlo o revivirlo. Claire tenía la seguridad de que a Gabriel le costaría aceptar una tragedia de esa envergadura. Conocía sus ideas, cómo se comportaba y la inquietud que le causaban las opiniones de los demás; esa incertidumbre era la causante de su inseguridad para contarle toda la historia, incluido el abrupto final el 23 de abril del 2003 de Stanley Goldener; el estudiante de periodismo de veinticinco años —con varias denuncias de compañeras por acoso— que se dejó arrastrar por unos demonios criminales que jugaron en su contra y se lo llevaron por delante.

VEINTIDÓS

Nueva York, 27-7-12
Estados Unidos

Cuando llegó Jack al ático el viernes por la tarde, encontró a John en la cocina abriendo una botella de vino. Vestía unos vaqueros y una camisa celeste, casi igual que él; los diferenciaban los zapatos y el color del cabello; por lo demás eran clones. El aspecto relajado de John consiguió amansar la irritación que tenía por culpa de Cora y la borrachera que trató de camuflar con otro resfriado. No sabía qué creer. Durante el trayecto, en una de las teorías que barajó, pensó que quizá en el tiempo que llevaban sin verse cierto mal hábito podía haberse convertido en adictivo; en cambio, la obstinación de Cora negándolo, por otro lado, le creaba una duda bastante inquietante.

—Hola, ¿y mamá?

—Arreglándose. Gabriel y Claire deben estar a punto de volver y Sean llegará tarde, como siempre. ¿Has venido solo?

—Sí. ¿Has vuelto a saber algo de Lilian?

—Sí —afirmó sonriendo—. Ya ha cobrado.

—Menos mal. Era gilipollas, papá. No sabes lo que te has quitado de encima.

—Lo tengo clarísimo. Solo espero que cuando me den el alta definitiva podamos vivir en Quebec. Me gusta aquella casa, pero no sé si mamá querrá dejar esta ciudad, le gusta demasiado.

—También le gusta nuestra casa. Seguro que acepta.

Poco después todos los Drake hicieron acto de presencia. Gabriel saludó a Jack con absoluta normalidad y Sean, que se acercó muy serio, lo abrazó cariñoso. Al momento recobraron su actitud de camaradería. Claire prefirió seguir con sus elucubraciones, tentada por preguntarle a Sean cuando percibió compasión en sus ojos. Se concentró en Ophie y disfrutó jugando con ella, sin advertir a Gabriel mirándola con melancolía mientras charlaba con Sean y Jack. No era lo mismo para él conformarse sin hijos cuando pensaba que Claire no podía tenerlos que asumir una infertilidad no contemplada en su horizonte. Tenía cita con un urólogo del Monte Sinaí y la esperanza de volver a Terranova con un diagnostico que no enturbiara el proyecto familiar que tanto los ilusionaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sean, notándole la tristeza.

—Nada, estoy cansado —dijo moviendo indiferente los

hombros—. El fin de semana pasado estuvimos en Stoneham, hacía mucho tiempo que no iba.

—Yo hace años que no voy —dijo Jack.

—¿No ibas a venir con Cora? —preguntó Gabriel.

—Sí, pero no se encontraba bien —respondió casual. Aprovechando el despiste de Sean, que se alejó hablando con su padre, Jack preguntó—. Gabe, ¿recuerdas si Cora solía beber mucho?

—Lo normal. No salíamos juntos con frecuencia, no te podría decir, ¿por qué?

—Desde que está aquí ha descontrolado varias veces, y no siempre cuando ha salido.

—¿Crees que tiene un problema con el alcohol?

—No lo sé, por eso te preguntaba.

—Si lo tiene, nunca lo he notado, siempre he pensado que no tenía ningún aguante.

Sean volvió con ellos y solo escuchó parte de la explicación de Gabriel.

—¿Quién no tiene aguante? —preguntó curioso.

—Tu hermano pequeño —dijo Gabriel, dándole una palmada a Jack en el brazo—. Se deja dar palizas sin rechistar.

—Menos lobos, te dejé como un Cristo.

—Me parece muy bien que os lo toméis a broma. —Sean sonrió lleno de cinismo—. Pero si alguna vez lo repetís vais a saber quién no tiene aguante, y no soy yo.

—Uuuu, qué miedo.

Jack se burló, aun sabiendo que no bromeaba. El desprecio de Sean cuando los vio en la cocina no dejaba lugar a dudas.

—Eres muy mala —dijo Claire, haciéndole cosquillas a Ophie.

—*Má.*

—¿Más?

—*Ci.*

Ophie empezó otra vez a retorcerse entre los brazos de Claire. Un cuerpo regordete, un cabello oscuro con unos rizos imposibles moviéndose alocados y una risa contagiosa que llamó la atención de todos los adultos. Su padrino dejó la copa y extendió los brazos a modo de invitación forzosa.

—¿Te vas con él?

Claire hizo un puchero cuando Ophie se lanzó contra Gabriel.

—Compártela un poco.

—Contigo prefiero compartir mi cuerpo —susurró Claire con descaro.

Pasó risueña por su lado, se sirvió otra copa de vino e

inmediatamente empezó a charlar con Elaine. Más tarde cenaron en la terraza, en una templada noche veraniega, donde John y Elizabeth les anunciaron el día elegido para repetir sus votos matrimoniales: el próximo doce de octubre.

En una sala contigua a la consulta del doctor Anthony Starling, el urólogo recomendado por el médico de John que mantenía el índice de éxito más alto en el tratamiento de la infertilidad masculina desde hacía unos años, Claire esperó mientras realizaron las pruebas a Gabriel, entre ellas: una extracción de sangre y otra de esperma, para la última no necesitó ayuda, la pudo hacer en soledad. Después, el doctor Starling los recibió con un apretón de manos y se sentaron en la mesa. Tenía alrededor de sesenta años, un cuerpo delgado, facciones marcadas, y una sombra de barba igual de plateada que el escaso cabello de su cabeza.

—En febrero le inyectaron nadroparina cálcica y fenilbutazona —comentó Starling, manoseándose las sienes leyendo el breve historial clínico de Gabriel—; los dos pueden haber influido en la producción de esperma. El examen físico no muestra ninguna anomalía.

—¿Tanto dura el efecto en el cuerpo?

—Algunos pueden permanecer en la corriente sanguínea varios días y si la dosis se repite, como es su caso, el producto se acumula y la concentración en la sangre puede llegar a ser muy alta. Con el análisis de sangre veremos si usted todavía tiene residuos en el cuerpo.

—¿Cuándo debería volver?

—Dentro de un par de días tendré los resultados.

Cuando salieron de la consulta, cruzaron la Quinta Avenida y entraron en el parque de manera automática para volver al piso de Elizabeth. Era un paseo agradable si se mantenía el sol, pero el aspecto nuboso del cielo auguraba lo contrario.

Hasta que no recorrieron varios cientos de metros Gabriel no advirtió la locuacidad de Claire, imparable, sin signos de inquietud.

—Nos diga lo que nos diga, vamos a aceptarlo. —Sonrió y añadió optimista—. No te preocupes, tenemos muchas alternativas.

—No me preocupo.

—Podemos intentar la inseminación artificial —dijo Claire, añadió burlona—: Con la tontería te estás haciendo un experto solitario.

Gabriel se paró, sin mover el brazo del hombro femenino.

—¿Experto y solitario? —preguntó sonriendo.

—¿No?

—No, me gusta menos experto y más acompañado.

El matiz sexual y una mirada arrogante advertían el comienzo de un intercambio dialéctico; sin embargo, un rayo inoportuno precedió un ensordecedor ruido y una sinfonía aterradora. Echaron a correr, mojados por los goterones violentos de la tormenta. Gabriel sujetó con fuerza la mano de Claire y tiró de ella. Con un aspecto deplorable, pasaron por delante del edificio del centro de tenis.

—No puedo más —dijo asfixiada. Seguir las largas piernas de Gabriel no era fácil, incluso con su buena forma física—. Me da igual mojarme, estamos chorreando.

—Vamos a ponernos como pollos.

—No me importa.

—¿Piensas mojarte? —Rió divertido—. No seas vaga, nos queda poco para salir.

—Corre tú, yo paso.

Gabriel miró hacia arriba, luego a ella, que sonreía feliz, y dejó de importarle el agua, es más, disfrutó. La temperatura era cálida y si su novia, en mitad de Central Park, prefería andar sin acordarse de otra cosa, esa tormenta fue una bendición que ahuyentó la intranquilidad.

Llegando a la 92 Oeste, solo intrépidos como ellos se aventuraban en las calles desiertas cuando la lluvia arreció vehemente. Para no ahogarse en la escasa distancia hasta la avenida Ámsterdam, se resguardaron bajo el toldo verde de un portal.

—Te quiero, gracias.

Gabriel tardó unos segundos en reaccionar.

—Y yo. —La abrazó y le besó los labios—. ¿Te has dado cuenta de que hemos atravesado el parque?

—Sí, y lo he hecho sin ningún temor gracias a ti.

—Has sido tú sola.

—No, tú has hecho posible que vuelva a vivir. —Claire dejó caer la cabeza en su pecho, sin importarle la humedad, con escuchar el latido de su corazón tenía más que suficiente—. Hoy has conseguido hacerme olvidar y darme una de las mejores mañanas que recuerdo.

—Te conformas con muy poco.

—No lo sé. —Levantó la cabeza y volvió a besarlo con suavidad, pero bien apretada a él, absorbiendo el aroma masculino de Gabriel, que formaba una parte esencial de ella—. Tengo lo que quiero.

En el ático, después de ducharse juntos y ponerse ropa cómoda, con intención de no salir y descansar, comieron con John y Elizabeth, entusiasmados contando maravillas sobre la obra de teatro que verían más tarde con unos amigos.

Nada más verse a solas, Claire cogió un cuaderno de la cocina y se sentó en el salón junto a Gabriel, que la esperaba con una mirada recelosa tomándose una copa de brandy.

—¿Qué vas a hacer?

—Terminar el diseño de los dormitorios. Hay algunas cosas que deberíamos discutir. Por ejemplo: la sala de cine; creo que se te ha ido la cabeza.

«Mierda». La tarde relajada para Gabriel se estaba yendo al traste. Como empezara a darle la paliza con la reforma, al final su sorpresa se quedaría en un intento. Casi se arrepintió por esa buena voluntad, cada sorpresa con Claire le costaba un esfuerzo mental agotador.

—No sé qué te extraña tanto —dijo con indiferencia.

—¿No? ¿Desperdiciar cincuenta metros cuadrados no es raro para ti?

—Es una inversión en cultura.

Otra chorrada más y él solo se cortaría las venas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —dijo apretando los labios.

—Pues tú dirás, no quiero meterme en tu terreno porque después te molestas, pero no me salen las cuentas, es un despilfarro.

—Vaya, si llego a saber de tu preocupación por nuestra economía te habría dejado el honor de organizar el cuchitril al que llamas despacho, ese que te da alergia solo al pasar cerca.

Era la única manera que se le ocurrió para que desistiera de unos planes lógicos, que compartía, aunque en ese instante lo tachara de loco.

—¿Perdona? Te ofreciste voluntario. Ahora bien, si quieres que vuelva a mi método, no tengo ningún problema, pero el chollo español se te acaba, que conste.

—Ni lo sueñes.

—¿Vas a considerar desistir de ese dormitorio?

—Me lo pensaré. ¿Qué me ofreces a cambio?

Claire dejó el lápiz y lo observó frunciendo los labios.

—No sé, ¿vale todo?

—Depende del empeño que pongas.

—¿De qué hablas?

Gabriel encogió los hombros.

—¿No vas a enseñarme tu cuerpo?

—No —respondió disimulando una risa alegre—. Pero, por favor, no te cortes —dijo haciendo una leve reverencia con la mano—. Sé que te gusta exhibir el tuyo.

—¿Ah, sí…?

Con un movimiento rápido, tuvo el cuerpo de Claire encima de las piernas. Dejaron a un lado proyectos y se enredaron en un presente lleno de besos, caricias, y la velocidad de sus manos desnudándolos para terminar ese día esclarecedor en el dormitorio de una forma espléndida.

El arquitecto encargado de la nueva reforma del Boreal se llamaba Daniel Larson, tenía cuarenta años, una estatura un poco más alta que la de Gabriel, el cabello moreno y, gracias a unas recientes vacaciones playeras, la tez bronceada, donde unos ojos claros resaltaban más que una nariz larga pero armónica en su aspecto de hidalgo famélico, o los labios finos que ocultaban unos cuidados dientes blancos y cuando sonreían completaban con humor un atractivo físico equiparable a una inteligencia aguda. Gabriel se vistió informal con unos pantalones vaqueros y una camiseta negra para recibirlo, con un atuendo similar al que llevaba Daniel.

Entraron en la biblioteca de la planta baja, examinaron visualmente la conservación de la estructura de madera y cotejaron la distribución con los planos originales. Pasaron al «despacho preferido» de Claire y analizaron la pared que debían derribar para unir las dos habitaciones. Daniel no destacaba por el clasicismo en sus diseños, pero desde el principio se mostró predispuesto a un trabajo que rompía su línea y suponía un reto en el que pensaba integrar elementos vanguardistas sin sacrificar la evocación a la naturaleza que contempló maravillado en la escalera o en los ornamentos de las ventanas.

—Lo más importante es encontrar por la zona buenos artesanos. Necesitaremos un ceramista, un cristalero y es fundamental un ebanista experimentado —dijo Daniel, tomando notas en un cuaderno—, también, un herrero, para las columnas de forja que compensarán los muros de carga —explicó levantando la cabeza, señaló el techo y habló visionando el resultado; sería magnífico—. Unas ramificaciones serpenteantes le darían más expresión a la estructura y encajarían con la tendencia art-nouveau de toda la casa.

—Creo que a Claire le gustará; admira mucho a Gaudí.

—La escalera es art-nouveau en todos los detalles, la forma

geométrica piramidal de los tejados sería más art-déco, otras partes siguen un estilo propio, pero se mezcló muy bien —dijo, echando un vistazo al pequeño despacho—. Te aseguro que quien la construyó estaba interesado en el arte y en los oficios artísticos.

—Fue el abuelo de Claire en 1945. Por lo que me ha contado, le gustaba la arquitectura y el arte en general; la mayoría de muebles son a medida.

—Diría que algo más… —Daniel pasó las yemas de los dedos por la oscura madera de la estantería que había pegada en la pared del fondo—. Esto es caoba, aparte de cara, está tallada por un artista. Sería un lujo contar con él y encargarle algunos muebles.

—No sabemos quién es.

—Es raro —comentó Daniel, se agachó y siguió con la mirada los surcos de las hojas, tallos y flores que decoraban la parte inferior de esa librería—, alguien con un talento así no pasa desapercibido en una ciudad como esta.

—Claire ha tratado de encontrarlo, pero no ha tenido suerte.

—Será cuestión de buscar en el lugar adecuado.

—Puede que esté jubilado, o muerto…

Escucharon llegar a Claire y salieron al vestíbulo. Gabriel se acercó para besarla en la mejilla; la vio fantástica, tan contenta y atractiva que no evitó recorrerla de abajo arriba con un brillo libidinoso en los ojos. Llevaba un vestido estampado de tirantes; muy corto, exhibiendo sin timidez sus torneadas pantorrillas o parte de los tersos muslos; con un escote amplio, sin ridículos parches en la piel, dorada a base de horas usando la tumbona con el nuevo seto que Luc instaló alrededor de la verja.

Amigable, Claire estrechó la mano de Daniel. Entre los dos explicaron sus ideas subiendo a la primera planta. Entraron en la habitación Norte, donde pretendían hacer un despacho con otra biblioteca más pequeña que la de abajo, de ahí fueron a la Noroeste, que sería una habitación de juegos, y por fin llegaron a la Noreste: la incomprendida de Claire.

—Deberíamos poner en esas ventanas unas persianas interiores automáticas para la luz —dijo Daniel.

—¿Por qué? —Claire frunció el ceño—. No me gustaría perder las vidrieras.

En cuanto la escuchó protestar, Gabriel decidió poner fin a su martirio:

—Cariño, en este momento puedes elegir —dijo andando hacia ella. Daniel tuvo la deferencia de salir para darles algo de intimidad. Cuando la tuvo a tiro, sujetó sus caderas y preguntó con los

ojos imantados a los suyos—. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí. Pero una cosa es admitir una sala de cine y otra cargarnos unas ventanas preciosas; por ahí no paso.

—Eres imposible para las sorpresas.

—¿De qué hablas?

—No puedo más, esta es mi sorpresa. —Apoyó la frente en la de ella—. Si vuelvo a escuchar *cine* o *sala* en la misma frase me hago el haraquiri.

—¿Ya te has arrepentido? —dijo con un suspiro de alivio—. Menos mal.

—Es lo primero que se me ocurrió, pero si llego a saberlo te prometo que te lo habría dicho desde primera hora.

—¿Decirme qué?

—Esta habitación será para ti, para que retomes la fotografía. Y ten por seguro que no va a hacerse nada que afecte al exterior de la casa.

Claire tardó unos segundos en asimilar la noticia. Su silencio confundió a Gabriel que esperaba más entusiasmo.

—No sé qué decir. Tenía pensando hacer algo a distancia, pero no me lo había planteado en serio.

—Una vez me dijiste que era tu sueño. Nunca es tarde para intentarlo.

—No sé si podré. No terminé el curso y tendría que comprar un montón de cosas. Hace diez años que desistí y todo ha cambiado mucho.

—Busca las excusas que quieras; tienes tiempo para hacer cien cursos, dinero para comprar lo que necesites y el espacio perfecto; tú decides.

La cara de Claire pasó del desconcierto a la emoción. Con el sostén incondicional de Gabriel de nuevo tenía al alcance de la mano el sueño que casi la mata, casi tangible y real. Por él debía intentarlo. Ese hombre maravilloso le daba una oportunidad tras otra, retirando uno a uno los barrotes de una prisión invisible para sacar de las sombras al espíritu acobardado que siempre quiso volar por su cuenta.

—No tendré días suficientes para agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Espero que me dediques el resto de tu vida —dijo rozando con la boca sus labios—. Pienso cobrarme todo tu agradecimiento.

A partir de ahí Claire no soltó a Gabriel. Recorrieron de la mano la habitación de su futuro hijo y las dos de invitados. Bromearon con Daniel, aportaron buenas y malísimas ideas, pero todas con el mismo proyecto en sus cabezas: convertir esa enorme

casa en un hogar acogedor.

A mediados de agosto Gabriel recibió en el banco la noticia de la venta del piso. Cuando llegó al Boreal ya tenía las reservas del vuelo a Quebec impaciente por firmar para terminar con el traslado. Como siempre, un olor delicioso lo transportó a otra época; esa cualidad de los aromas para despertar sensaciones desde que conoció a Ethel empezaba a subirlo a la categoría de experto en adivinar sabores.

—Hola —saludó entrando en la cocina con una sonrisa exclusiva para Ethel—. Huele a cocido madrileño. ¿Es cierto?

—Tu madre me dijo que cuando eras niño te gustaba mucho, y hoy me he lanzado.

—Eres la mejor —dijo, abriendo la olla—. Qué buenos recuerdos. —Cogió una cuchara de madera, probó el caldo extasiado y asintió sonriendo—. Perfecto.

—Gracias. Me ha costado encontrar los huesos, pero ya he sobornado al carnicero —afirmó con un guiño—. No te preocupes por Claire, no creo que le importe.

—Me da igual. —Gabriel llenó un vaso de agua—. No sé cómo no llevó esto a la ruina —comentó riendo—. Por cierto, ¿dónde está?

—No va a venir a comer. Ha ido a encargar algunas cosas y creo que tenía intención de apuntarse a un curso de algo para el ordenador.

—¿Aquí?

—Sí, en el Instituto de Arte y Diseño.

En cuanto se quedó solo, se cambió la ropa por un bañador y colocó el portátil en la mesa del jardín. Trabajó durante un rato y más tarde se tumbó aburrido en una de las hamacas.

Cuando llegó Claire, salió al jardín y sonrió moviendo la cabeza ante un bello y dormido camarón del Atlántico, asegurándose un bronceado que prometía despellejarle la piel. Se sentó a su lado, recorrió con un dedo el centro de su cuerpo y subió con lentitud desde el estómago hasta la base del cuello. El miembro del Inquisidor reaccionó con una erección incipiente que la impulsó a meter la mano bajo la cintura del bañador y acariciarlo. A Gabriel se le formó en la cara una ligera sonrisa, aunque no abrió los ojos. Por no bajarle el bañador y devorarlo sin contemplaciones, Claire se levantó. De pronto, una mano fuerte le apresó la muñeca.

—¿Adónde vas?

—Creía que estabas dormido.

—Si te motiva más, me lo hago.

—Te prefiero despierto. Voy a cambiarme.

—No, quédate conmigo.

—Vuelvo en dos minutos.

Gabriel negó con la cabeza, se incorporó con un brillo endemoniado en los ojos y tiró hacia abajo de la falda corta que vestía. La sentó encima de él para recrear la vista en la tela de un top rojo; el mismo donde se escondían las dos delicadas elevaciones que reclamaban su incansable tacto.

—Vamos a comprobar si funciona el seto —dijo Gabriel, desabrochando con unos dedos eficaces el sujetador. Se lo quitó con cuidado, le pasó los pulgares por los pezones y los vio endurecerse al mismo ritmo que su pene empezaba a rebelarse—. El otro día era de noche.

Claire giró un poco el cuello y le dejó besárselo sin trabas.

—¿Estás haciendo alguna estadística?

—Por supuesto, estoy viendo qué horario me convence más.

—¿Sí? —preguntó, apretando las piernas. Deslizó las manos por unos firmes abdominales y tampoco perdió el tiempo para bajarle el bañador. Con una visión excitante, se pasó la lengua por los labios anticipando un placer que preveía cercano—. A mí me convence otra cosa.

Claire movió la yema del pulgar por la cabeza de un pene llorica, incapaz de mantenerse quieto, loco porque empezara la fiesta. Gabriel la sentó a horcajadas y no pudo esperar para penetrarla y moverla con fuerza dando el mismo placer que recibía. Fundieron sus pieles a pleno sol mezclando esencias con jadeos incontrolados; ansiando un embarazo que no llegaba ni tampoco les suponía un esfuerzo; esa pasión arrolladora que los consumía tenía suficiente poder para intentarlo las veces que hicieran falta.

Tras una ducha refrescante, se vistieron con ropa cómoda y, para sorpresa de Claire, antes de volver a las hamacas, Gabriel preparó unos granizados de limón sin incidencias y en pocos minutos.

—Pasado mañana tengo que volver a Quebec, el piso está vendido.

—Qué bien. ¿Te han pagado lo que pedías?

—Sí —afirmó suficiente—. Les he rebajado cinco mil dólares, pero hemos negociado los gastos notariales.

—Vamos, que no les has rebajado nada.

—Puedes verlo así —dijo risueño—. Traeré algunas cosas que no quiero perder. Tengo que buscar alguna empresa de mudanzas para

que se encarguen de todo.

—¿Qué quieres traer?

—Un par de cuadros, algunos recuerdos, la poca ropa que aún tengo allí, la bici, las pesas, los palos del golf y el coche.

—¿Eso son algunas cosas?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Menos mal que no tenemos problemas de espacio.

—Me habrías hecho hueco, ¿a que sí? —preguntó con ironía—. He sacado los billetes de avión para mañana por la noche. Tengo la firma el jueves.

—No puedo ir. He empezado hoy en la Escuela de Arte Koning un curso de Fotografía y Photoshop.

—Solo será hasta el viernes. Mis padres y Sean también van a pasar unos días allí —comentó molesto; le apetecía esa improvisada reunión familiar. John estaba pletórico por haber convencido a Elizabeth para instalarse varios meses al año en el que fue su hogar, a cambio de algunos en Nueva York y una única condición: redecorarlo. Y Sean parecía ansioso por contarle algo, aunque no lo hizo—. Si me hubieses dicho lo del curso no habría sacado tu billete.

—Tampoco sabía nada del viaje. ¿Puedes devolverlo?

—Supongo, si no, le cambiaré la fecha. ¿Cuánto tiempo dura el curso?

—Seis meses. De tres a cinco de la tarde —dijo Claire, que apenas tuvo tiempo de comer, pero no quiso desaprovechar el primer día de clase por algo prescindible como alimentarse. Se enteró por la mañana, se inscribió y empezó ese mismo día—. Si lo apruebo me darán un certificado, pero con aprender me conformo. Tengo que comprarme otra cámara y algunos objetivos. Después miraré por Internet.

—Si quieres hazme una lista y veo si puedo comprártelos en Quebec.

—No te preocupes, prefiero verlo yo.

—Como quieras. ¿Estás contenta?

—Muchísimo. En cuanto me he enterado, he vuelto a por la documentación que exigían y me he matriculado. No tenía ni idea de que habían puesto una escuela de arte. Me han dicho que lleva dos años. Tendrías que verme —comentó sonriendo divertida—, algunos compañeros han creído que era una profesora, soy la mayor de la clase. Voy a estar rodeada de críos de dieciocho.

—¿Y qué? —Gabriel encogió los hombros—. ¿Sois muchos?

—No. Hoy éramos unos diez, pero era el primer día. No sé si

mañana vendrá más gente.

—Tú a lo tuyo. Ya verás como dentro de poco serás la mejor fotógrafa de Terranova, o del mundo, quién sabe…

Claire sonrió y lo besó en los labios.

—Tú sí eres el mejor.

VEINTITRÉS

Quebec, 17-8-12
Canadá

Tal y como tenía previsto, Gabriel firmó la venta del piso y contactó con la empresa de transportes que se encargaría de embalar y llevar sus objetos personales a Terranova; incluido el BMW, que pensaba vender, ya que usaba el todoterreno del banco y, al no tener aparcamiento, para ese coche permanecer a la intemperie cuando azotase el invierno sería su ruina. De repente una idea le cruzó por la mente y llamó a Elizabeth.

—Hola, mamá.

—Hola, Gabe. ¿Vienes a cenar?

—Sí, pero quería preguntarte algo porque en función de lo que me respondas tengo que decidirme.

—¿Qué ocurre?

—Iba a llevarme el coche a San Juan, aunque pensándolo bien es una locura, ¿por qué no te lo quedas? En el garaje tenéis sitio de sobra y sufriría menos que llevándomelo.

—No me hace falta, aquí tengo el de papá, pero tráelo.

—¿Papá sigue sin querer conducir?

—Sí. Estoy convencida de que le ha cogido miedo. Creo que debería ver a algún psiquiatra.

—Si quieres te doy el teléfono del doctor Leopold Barnes, tiene la consulta aquí, cerca del banco, es muy bueno.

—¿Cuándo has ido a un psiquiatra?

—El mes pasado, pero no fue para una consulta.

—¿Para qué fuiste?

—Tonterías mías. ¿A qué hora voy?

—Ven pronto, la niña se acuesta a las ocho.

—De acuerdo, voy a hacer unas llamadas y salgo.

Comunicó el cambio a la empresa de transporte, guardó en dos maletas el resto de ropa y pasó un rato hablando con Claire. Parecía una cotorra. Gabriel creyó que ese entusiasmo se aplacaría con dos clases más, en cambio, durante el tiempo que duró la conversación escuchó otra clase de fotografía en diferido.

Llegó a la urbanización de sus padres y los encontró sentados

en el jardín jugando con Ophie. La pequeña era igual de inquieta que divertida, no tenía fin con los juegos que la hacían reír y había descubierto al perfecto aliado en su abuelo. John la sostenía en las piernas e iba acelerando el paso mientras le cantaba una canción repetitiva que ella intentaba seguir, aunque a carcajadas su media lengua no dejaba nada claro qué decía.

Sean salió de la casa con una botella de vino y varias copas. Estaba bronceado, relajado y se le veía contento: una sonrisa muy amplia, unos ojos con chispas de alegría, y unos andares confiados en un cuerpo robusto vestido con unas bermudas, una camiseta y unas chanclas negras, que Gabriel supuso le habrían costado una pasta por la de años que estaban durándole. Elaine dejó en la mesa un surtido de aperitivos y la comida de Ophie, que le dieron entre los abuelos, luego la acostó y cenaron charlando tranquilos.

A medianoche Sean y Gabriel se quedaron solos en el jardín, recordando las vueltas que daba la vida, compartiendo unos vasos de Lagavulin de dieciséis años; el whisky escocés favorito de todos y en especial de John, que lo pagaba.

—Reconozco que me has sorprendido —dijo Gabriel—. Creía que Elaine estaba embarazada.

—Con Ophie por ahora estamos bien.

—Me lo puedo imaginar. ¿Por qué quieres dejar Nueva York?

—El despacho ya te he dicho que vamos a mantenerlo. Es por comodidad. Aquí lo tenemos todo más a mano y, si papá y mamá van a estar casi todo el año, nos ha parecido que es el momento adecuado para empezar a crecer. En Nueva York tenemos una cartera estable de clientes y, con Elaine trabajando conmigo, no será igual que empezar de cero.

—¿Todo el día juntos? Vas a acabar saturado.

—Lo dudo. ¿Te saturas tú de Claire?

—No, pero si la tuviera todo el día a mi lado me volvería tarumba. No veas con las ganas que ha cogido el curso, no calla.

—Quéjate, aún me acuerdo cuando me dijiste que era la mujer de tu vida.

—Y lo es, pero cuando quiere es insufrible.

—Pobrecilla…, me pongo en su piel y no soy capaz de mirarla sin compadecerla.

—Pues deja de hacerlo porque está un poco molesta contigo; odia dar pena.

—No puedo evitarlo. Pasar por una situación como la que ella vivió y que encima te veas en un tribunal acusado de asesinato, no solo es para volverse loco, sino también para desconfiar de la Justicia,

y te lo dice un abogado.

Al oír la palabra «asesinato», Gabriel frunció el ceño, se concentró en Sean y preguntó:

—¿Qué sabes de Claire?

—Lo mismo que tú, supongo.

—No supongas por mí. Cuéntame lo que sepas y dime cómo lo has averiguado.

—Intenté contártelo y te enfadaste —explicó Sean nervioso—. Busqué su nombre y lo encontré asociado a dos procesos judiciales diferentes que se unieron dado el resultado de uno que conllevó al otro.

—Sigue.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —afirmó muy serio.

—Creía que lo sabías.

—Y lo sé, pero tengo la versión de Claire —dijo Gabriel, sin reconocerle la parte que desconocía—. Habla.

—Leí la transcripción del juicio. —Sean bebió un trago de whisky antes de continuar, igual que Gabriel—. Stanley Goldener estudiaba Periodismo en Columbia, tenía veinticinco años. Varias compañeras lo habían denunciado por acoso y le abrieron un expediente disciplinario, pero no pasó de ahí. El 23 de abril de 2003, por la tarde Claire salió de la Escuela de Arte Rossmoore y Goldener de Columbia, los dos entraron al parque cada uno por un camino diferente. Según la declaración de Claire, él se acercó a ella y le preguntó una dirección, luego la llevó a una zona apartada, la violó varias veces y lo mató. El juicio se celebró en junio, dos meses después. El fiscal la acusó de un homicidio involuntario, pero su abogado fue muy hábil y presentó la defensa como un homicidio justificable para proteger su integridad física. Se aportaron los informes forenses y no había ninguna duda razonable, el asalto sexual quedó probado. —Sean hizo una pausa viendo la tensión en el rostro de su hermano—. Claire tuvo algunas lagunas en el juicio y hubo preguntas del fiscal que no pudo contestar —dijo con una expresión ausente, tardó unos segundos en seguir—. Según la autopsia, Goldener murió en el acto por el impacto de una piedra en la sien. Supongo que aterrorizada cogió lo primero que pilló y le golpeó con todas sus fuerzas. Probablemente salvó su vida, pero debió ser un trauma muy difícil de asumir.

—¿Cuál fue el veredicto?

—La absolvieron sin cargos.

Gabriel miraba a Sean aunque no lo veía.

—Los cargos los ha tenido en la conciencia todos estos años —dijo pensativo.

—¿Te extraña? Un hecho así es imposible que no te marque. Imagínate pasar por un tribunal que te está acusando a ti cuando has sido la víctima. Tener que recordarlo todo estando traumatizada. Es una putada muy gorda. No me extraña que no quisiera volver a saber nada de los hombres.

—Fue a Nueva York a estudiar Fotografía. —A Gabriel no le importó que Sean viera sus lágrimas—. Le costó mucho convencer a su madre, solo tenía diecinueve años y su padre había muerto en un accidente el año anterior. Quiso morirse. Tuvo una depresión muy grave, seguramente, si no me hubiese roto el tobillo se lo habría guardado de por vida como hizo su madre.

Gabriel se vino abajo y Sean le acarició con mucha ternura la espalda.

—No pienses en eso. Quédate con la mujer que amas. Contigo lo ha superado y tenéis una vida por delante. Olvídalo, Gabe, es lo mejor.

—Lo intento —dijo, limpiándose las lágrimas—. Pero hasta el mes pasado no podía entrar en Central Park. Se ha desmayado varias veces cuando lo revive. Tan solo el otro día conseguimos atravesar el parque sin problemas, y fue porque estaba preocupada por mí.

—No sabías lo del homicidio, ¿verdad?

Gabriel negó con la cabeza.

—No. Pero tampoco me ha sorprendido, sabía que había algo más. Hablé con un psiquiatra porque no me parecía normal que en tanto tiempo no lo hubiese superado. Fue en defensa propia, si no llega a matarlo él la habría matado a ella.

—Es posible, pero no lo pienses; fue un accidente que la salvó.

—Solo espero que ahora consiga olvidarlo.

—Para olvidar algo así tienes que ser un asesino y Claire no lo es. Estoy harto de ver gente de todas las condiciones sociales y los únicos que no muestran remordimientos son los asesinos, el resto, aunque comprendan que fue un hecho involuntario, siempre se arrepienten y creen que podrían haber sobrevivido sin matar.

—Creo que en San Juan nadie conoce lo que pasó para evitar prejuicios morales. Sus amigos intuyen que le ocurrió algo, pero no tienen ni idea.

—Es una manera de protegerse. Siento mucho si la he molestado, pero desde que la conocí no he dejado de pensarlo. Era una niña… —Sean perdió la voz—. Si a mi hija le pasara algo

parecido no sé qué haría. La madre debió pasarlo bastante mal.

—Hazte una idea. Viuda desde hacía poco, deja que su única hija se vaya y casi vuelve muerta. Ese hombre no solo la violó, le quitó sus sueños y la ha privado durante años de ser feliz.

—Ahora te tiene a ti —dijo Sean, dándole unas palmadas en el hombro—. Has dicho que la única vez que habéis atravesado el parque sin que recordara ese día fue porque estaba preocupada por ti, ¿qué te pasa?

—Queremos tener un hijo —afirmó con una sonrisa tristona. Sean hizo una mueca divertida—. Claire no toma anticonceptivos, se hizo unas pruebas y está bien, pero no se queda embarazada —comentó ampliando la sonrisa, más relajado, y añadió—: Y practicamos bastante.

—Me lo imagino.

—Fui a un urólogo del Monte Sinaí. Tampoco tengo ningún problema físico, solo los espermatozoides vagos y me he puesto las pilas.

—Me parece que las pilas las llevamos de serie.

—No sé, papá es el experto.

—Y tanto, menos mal que la niña no se entera, porque a Ellie y a mí no nos dejan dormir hasta bien entrada la noche. Si lo sé me voy a tu casa o a un hotel. No nos dan una sorpresa porque mamá no puede —comentó Sean irónico—, y aun así no lo descarto; este es capaz de sacar petróleo de cualquier sitio.

El buen humor de Sean contagió a Gabriel.

—Voy a tener que pedirle asesoramiento.

—O la marca de sus pastillitas.

—¿En serio? ¿Crees que toma algo?

—Vamos, Gabe, tiene sesenta años, no se lo cree ni él.

—Conociendo a mamá me cuesta imaginar que lo admita, todavía no tiene el alta y no debería hacer el idiota.

—No, si el idiota no lo hace —comentó riendo—. Los gilipollas somos nosotros que nos quedamos sin pegar ojo escuchándolos.

—Antes de ir a Nueva York le dije a Claire que si quería nos alojábamos en un hotel, por lo mismo.

Terminaron muertos de risa. A pesar del bochorno que a veces sentían por un apasionado amor, perdonaban todo por verlos atravesar ese dulce momento después de tantas cosas vividas. También compartían una felicidad añorada y deseada durante demasiados años; era su momento y ninguno tenía intención de cohibirlos; John y Elizabeth gozaban del beneplácito de sus tres hijos.

VEINTICUATRO

San Juan de Terranova, 20-8-12
Terranova y Labrador, Canadá

Aunque a Claire le molestó que Gabriel alargara la estancia en Quebec comprendió que debía organizar la entrega del piso. Aprovechó la soledad del fin de semana para buscar el material que quería por Internet, practicando ejercicios con el ordenador, o desviando la concentración cada poco tiempo en adivinar qué no supo interpretar en la última conversación telefónica que mantuvieron. Hubo algo inquietante en aquellos monosílabos, en sus evasivas respuestas o en la sensación de notarlo ausente.

Con un dolor de cabeza considerable, el mismo lunes Gabriel ni siquiera paró en la sucursal, entró en la casa y atravesó el corredor directo hasta el dormitorio. Necesitaba descansar los músculos de todo el cuerpo. Dejó el equipaje sin deshacer y se duchó apoyado en la pared, aturdido por el calor y el agotamiento. Nada más terminar, se tomó un analgésico y cayó fulminado en uno de sus sueños profundos rodeado de paz. Cuando llegó Claire, al verlo dormido, dedicó el resto del día y parte de la noche a realizar las tareas que más se le resistían para estar al mismo nivel que sus jóvenes compañeros.

La mañana siguiente un sol espléndido despertó a Claire. Salió de la cama, pensando en que debía ser bastante tarde por la intensidad de la luz, vio la maleta de Gabriel junto al armario, y entró en el baño. Donde se sorprendió al encontrar todos los artículos de Gabriel recogidos en dos cestas de mimbre, que no recordaba haber visto nunca. Después de ducharse, se vistió con unos vaqueros y una camiseta blanca y se hizo un moño. Entró distraída en la cocina y casi tropezó con Ethel, que acarreaba patatas con las manos a rebosar, y dio un brinco.

—Buenos días o, mejor, buenas tardes —saludó Ethel sonriendo, dejó las patatas en la encimera y la observó con la frente apretada—. ¿Te encuentras bien?

—Hola, me he quedado dormida. ¿Hace mucho que se ha ido Gabriel?

—Sí, desayunó a primera hora. Me ha dicho que no lo esperes para comer.

—¿Por qué?

—No lo sé, tendrá trabajo pendiente. ¿Te preparo el desayuno?

—No, no tengo hambre, me conformo con un zumo de naranja.

Creyendo que Gabriel estaba evitándola, llegó inquieta al dormitorio. Cogió el móvil, lo llamó, y respondió de inmediato.

—Hola, cariño —saludó Claire—. ¿Cómo estás?

—Bien. Siento lo de ayer, llegué con la cabeza a punto de estallar.

—No quise despertarte, aproveché para adelantar algunos deberes. ¿Estás mejor?

—Sí, aún me duele un poco, pero estoy mejor. ¿Te ha dicho Ethel que no puedo ir a comer? Estoy bastante liado.

—Sí, no te preocupes, pero intenta esperarme despierto, llevamos casi una semana sin vernos.

—¿Querías decirme algo?

—No —respondió razonable, tratando de distinguir amabilidad en ese tono frío—. Hasta luego, que pases un buen día.

Durante un buen rato Claire no dejó de pensar en él. Terminó los ejercicios insatisfecha por los resultados, si bien, tampoco estaban tan mal teniendo en cuenta el esfuerzo que le supusieron. Después de tomarse una crema de puerros sumida en un pesimismo tristón, mientras conducía camino de la escuela, se obligó a respirar hondo varias veces con la firme intención de aliviar la opresión que sentía en el pecho. Parecía como si su sexto sentido le advirtiera de un grave peligro; era una sensación de miedo desconcertante y abrumadora.

Gabriel regresó pronto del banco, se puso un bañador y volvió a tomarse otra pastilla para mitigar el zumbido cansino que se repetía en su cabeza desde hacía unas horas. Medio grogui, apretó los párpados cegado por el sol que caía a plomo aquella tarde en el jardín y se tumbó en una de las hamacas. No pasaron ni diez minutos cuando el sonido de la puerta principal cerrándose lo alertó de la llegada de Claire, se incorporó entornando los ojos con la vista enfocada en la casa.

—¡Hola! —saludó saliendo por el salón y se acercó risueña, muy contenta por verlo antes de lo esperado—. ¡Por fin coincidimos!

—Hola, cariño. —Gabriel extendió el brazo y tiró con suavidad para abrazar a la dueña de su corazón. Ese que llevaba días sangrando al imaginar el drama al que se enfrentó siendo muy joven,

con el único apoyo de su madre, delante del tribunal que la juzgaba como una homicida, después de ser impunemente violada … Si continuaba por esos derroteros conseguía amargarse más, compuso una sonrisa y, a riesgo de terminar saturado, preguntó—. ¿Cómo te ha ido en clase?

Claire frunció las cejas y le sujetó la cara, contemplando la plata a punto de fundirse.

—¿Qué te pasa?

—Me duele otra vez la cabeza.

—Me estás preocupando. ¿Te duele mucho?

—Sí, supongo que es por los nervios. Desde hace un tiempo cuando me estreso empieza a dolerme.

—¿Me pongo el biquini? —susurró Claire, le besó los labios y sonrió con picardía—. Para relajarte un poco.

—Me relajas siempre —habló despacio y acarició su mejilla —, pero, si no te importa, prefiero estar un rato tranquilo.

—No —dijo rápido—. Tengo que hacer más ejercicios. Estoy un poco agobiada con el nivel de mi clase, son unas fieras con la informática y a veces creo que flipan conmigo.

—Ve a tu ritmo. No son matemáticas —dijo Gabriel indulgente—. Es una profesión donde lo más importante es la sensibilidad y la originalidad, y tú vas sobrada. Además, siempre podrás contratar a alguien para que te haga el trabajo sucio.

—No alucines, dame algo de tiempo. Para llegar al nivel de poder contratar a gente tendría que irme de escándalo y no sé si algún día lo conseguiré.

—Conseguirás lo que te propongas, inténtalo. Tengo fe en ti.

—Gracias —afirmó con una sonrisa radiante.

—No me las des. Estoy impaciente por ver algunas de tus fotografías.

—Vas a tener que esperar, aún no me ha llegado el material, pero en Port-aux-Basques podría practicar con mi vieja cámara; te haría unas fotos increíbles… —Claire echó un vistazo al cuerpo de Gabriel—. Eres el modelo perfecto. Me apetece ir, si quieres llamo a la hermana de Willy para reservar un par de noches.

—Podemos dejarlo para mediados de septiembre —dijo Gabriel animado—. ¿Qué vas a hacer con el viaje a Londres? ¿Vas a venir o no?

Claire dudó un instante.

—No, lo siento —respondió torciendo la boca—, no puedo perder quince días.

—Muy bien —admitió Gabriel serio.

Al advertir un enfado instantáneo, Claire se levantó para no calentarse y aceleró el paso hasta encerrarse en el despacho de la planta baja. Pensándolo con frialdad, entendió su decepción, pero solo llevaba una semana de curso; no era el mejor momento para ella. Tras unas horas, cuando la luz del atardecer se ensombreció rendida a la noche, escuchó en la cocina el ruido estrepitoso de algunos cubiertos al aterrizar en el suelo. Con cierta cautela, Claire recorrió los escasos metros de distancia entre las dos habitaciones.

—¿Estás mejor? —preguntó Claire.

—Sí, hace un rato me he tomado otra pastilla —respondió sin mirarla. Se había duchado, vestía un pantalón corto negro y una camiseta roja desteñida—. Voy a calentar la cena. ¿Quieres una copa?

—No. Y tú no deberías beber si estás tomando pastillas.

—No iba a beber —contestó molesto.

—¿Te pasa algo conmigo?

—No.

—Vale —susurró Claire, anduvo para salir, pero no tenía intención de seguir dándole vueltas al mal presagio que le rondaba y se giró para despejar sus dudas. Gabriel cortaba embutido dándole la espalda—. Comprendo que estés enfadado por el viaje, pero estoy muy ilusionada con el curso y no me gustaría faltar.

—No estoy enfadado —replicó despacio.

—Te conozco. —Claire escuchó como bufaba con fuerza. Lo vio dejar el cuchillo en la tabla, coger un trapo y limpiarse las manos antes de volverse para mirarla. Mejor que no lo hubiese hecho. La tensión en su rostro fue evidente, la compasión en sus ojos la puso a la defensiva y, sabiendo la respuesta, preguntó sin apenas mover los labios—. ¿Qué te pasa?

—Stanley Goldener.

—Sean, ¿verdad?

—Sí.

Claire movió la cabeza, frunció los labios y no controló el nivel de adrenalina que fluyó alocada por sus venas.

—No tenía ningún derecho a contarte nada de mí. Ninguno. Nadie puede hablar de él. ¿Lo entiendes?. ¡Nadie!

—Es mi hermano, es abogado y estaba preocupado por ti.

—¡Y una mierda! ¡Es un cotilla! ¡Igual que todos!

—Por favor, no hables así.

—¡Hablaré cómo quiera! —exclamó con lágrimas de impotencia en los ojos.

—No —dijo, mirándola con tristeza y una sonrisa amargada —. Tú no hablas. Te has callado durante demasiados años.

—¿Y qué?, ¡fue a mí a quien violaron!, ¡fui yo quien lo mató!, ¡no le importa a nadie!

—No es verdad. —Gabriel habló acercándose despacio. Colocó una mano en el brazo de Claire, que se zafó con brusquedad y mantuvo una distancia peligrosa para la contención escasa que él todavía manejaba, y comentó tranquilo—. A mí me importa.

—No querías oírlo.

—Lo sé —murmuró Gabriel—, me arrepiento y lo siento mucho.

Por un instante eterno, Claire observó aquellos ojos metálicos tratando de ver en sus entrañas, tan profundo que Gabriel muy incómodo apartó la vista. Luego, llegó la carrera hasta la buhardilla y el portazo airado. Con el ruido, Gabriel cayó sentado en una silla y se sujetó la cabeza entre las manos, sin comprender el genio obstinado de Claire ni el mal concepto que tenía de Sean y sin la remota intención de ceder. No estaba pidiéndole explicaciones, tampoco que gritara a todos para hacerlo público, simplemente era una cuestión de confianza en él; y, por supuesto, en su hermano, por quien daría siempre la cara.

Harto de esperarla Gabriel recogió la mesa una hora después tal y como la puso, apagó la luz y fue al dormitorio. Se metió en la cama con un cabreo enorme; suficiente para aguantarlo despierto hasta la madrugada, cuando aceptó vencido por la frustración que Claire no dormiría con él.

Al despertarse a la mañana siguiente, la tranquilidad duró los pocos segundos que necesitó para saber que había pasado la noche solo. Se levantó y, después de ducharse y vestirse con un traje oscuro, subió a la buhardilla. En la primera planta se detuvo en la habitación Sur, entró y se dirigió al ventanal.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, contempló el jardín lleno de espesos árboles, los parterres con rosales pegados a la puerta del salón, el seto recorriendo la verja, y las hamacas donde habían pasado unos momentos imborrables.

—Solo nos ata la casa y puedo volver a comprártela.

La voz fría de Claire sacó a Gabriel de unas cavilaciones nostálgicas para revolver el malhumor no apaciguado por el nulo descanso. Cuando se giró, vio la tristeza en una imagen engañosamente sosegada.

—No está en venta y no creo que pudieras pagar lo que vale para mí.

—No sé por qué significa tanto para ti, no hay nada que te una a ella.

—Estás muy equivocada.

—No. Sé que no soportas la verdad. Apenas podías hacerlo con la violación, esto ha terminado de desbordarte.

—Puedo decidir solo qué aguanto y qué no. Entiendo que fue un acto involuntario, justifico tu reacción, y no estoy juzgándote, no soy quien, solo te pido que no me presiones.

—No es presión, es percibir el rechazo. Esa es la razón por la que mi madre y yo decidimos no contárselo a nadie. Aunque todo el mundo sienta compasión por mí, no es lo mismo ver a una víctima que a una asesina, por mucho que digan.

—No sé qué verían los demás si lo supieran, yo solo te veo a ti y, desde luego, no veo a ninguna asesina porque no lo eres. Mataste a un hombre de manera accidental, ni qué decir las circunstancias que te rodearon. Tuviste un juicio, te absolvieron y has cumplido una penitencia muy injusta durante muchos años. Aunque sea lo que esperas, no pienso dejarte.

—Ya lo has hecho.

—No —dijo elevando la voz—. Me voy porque debo irme. Sabes que el viaje está programado desde hace varias semanas, ibas a venir conmigo; ¿quién deja a quién?

—Has estado en Quebec un montón de días, desde que has vuelto me has evitado y apenas me has hablado; no digas que no me has dejado porque el hombre que salió por esa puerta no ha entrado contigo.

—No funciono por impulsos y sabes que no me encuentro muy bien. No te he evitado, no quieras ver cosas que no son verdad.

—Te preocupa demasiado qué pensará la gente.

—No eres la más indicada para decirme eso cuando no has sido capaz de hablar con nadie desde que ocurrió.

—Aquí nos conocemos todos y mi madre regentaba un negocio; fue lo mejor para seguir con nuestras vidas.

—No fue lo mejor —dijo Gabriel andando hacia ella, negó con la cabeza y continuó en un tono cortante—. Fue la mejor manera de meter la mierda bajo el felpudo, pero no ha sido ni de lejos lo mejor para ti.

—Es mi mierda y haré con ella lo que me plazca. —Claire no podía darle la razón; esos diez años se quedaban para ella. Con una mirada altiva, dijo—. Que pases un buen día.

—Me voy esta tarde —comentó Gabriel antes de que saliera —. Vente conmigo.

—No. —Claire se volvió y habló calmada, trató de sonreír, aunque sus ojos brillaban demasiado—. Deberías pensar bien qué vas a hacer.

—¿Cómo? —preguntó sin contenerse más—: No vuelvas a suponer que esto termina aquí porque no voy a dejarte; me da igual tu opinión.

—Para mantener una relación los dos debemos estar de acuerdo, por ahora no lo estamos, y tengo la esperanza bajo mínimos.

—Pues recupérala —replicó severo—. Vamos a casarnos el tres de noviembre, te guste o no.

—Por ahora la boda está cancelada —dijo en un tono neutro, se quitó el anillo y se lo dio—. Toma.

Abstraído, Gabriel siguió con la palma de la mano abierta durante unos segundos, la cerró con fuerza y salió de la habitación como un torbellino silencioso.

El resto de la mañana Claire rozó un suplicio aterrador, sin concentrarse en ninguna de las tareas que empezaba. Claramente necesitaba a Gabriel, con sus luces, sus sombras y, sobre todo, con esa voz que le permitió conocerlo en interminables conversaciones.

Organizando el trabajo en el banco, Gabriel trató de no pensar en Claire, bajó la escalera para buscar a William y no vio a Cybill sentada en la mesa de Jim. A los dos minutos de regresar al despacho, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo de forma mecánica. Disimuló el malestar por la sorpresa con una tibia sonrisa, recordando las palabras de Claire sobre las intenciones de la guapa comercial farmacéutica. Ese día vestía un sobrio vestido negro, que conjuntó con unas sandalias de tacón alto de color rojo, como las uñas de los pies. Gabriel no reprimió una voz dura al preguntar—: ¿Qué haces aquí?

—Hola, ¿puedo pasar?

Sin tomarse la molestia de esbozar una sonrisa, hizo un gesto con la mano y entró Cybill, ajena a una tormenta de rayos eléctricos asolando la mente de Gabriel con un único pensamiento: deshacerse rápido de ella.

—¿En qué puedo ayudarte?

—He venido a renovar la Visa.

—¿Te han atendido ya?

—Sí, Jim ha sido muy amable —comentó sonriendo, cruzó las piernas y balanceó el pie—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Gabriel asintió con una línea rígida en los labios.

Tenía un montón de trabajo pendiente y no podía perder el tiempo en una conversación social sin interés—. Bastante liado.

—No quiero interrumpir —dijo Cybill, percibiendo un rechazo incómodo. Consciente de que era indigno rebajarse, se levantó y trató de sonar cortés—. He subido a saludarte porque hacía tiempo que no nos veíamos, pero no quiero entretenerte. Tengo que irme. Hasta luego, Gabriel.

Deponiendo una actitud casi grosera, Gabriel creyó que merecía alguna deferencia por la intimidad que compartieron, rodeó la mesa y, esbozando una sonrisa, dijo:

—Te acompaño.

Claire, que no pretendía pasar los próximos quince días con los nervios de punta, dejó la casa y cogió el coche. Durante el trayecto hacia el Scotia se fustigó para ignorar sus fantasmas; esos que otra vez le jugaban una mala pasada, los mismos que la habían mantenido años en un limbo solitario. Pero no podía permitir que se interpusieran entre ella y el motor de su vida; necesitaba mantener a su lado al mejor compañero que el imprevisible destino pudo cruzar en su camino; el ángel guardián de sus sueños.

Aparcó en la puerta y ni siquiera se molestó en cerrar el Bronco con el mando a distancia, entró rápido, saludó con una sonrisa a William, que no le devolvió, y subió al despacho de Gabriel. No llegó muy lejos. En el pasillo contempló inmóvil cómo besaba a Cybill en las mejillas y se bloqueó unos segundos, pensando en la mala espina que le dio cuando se encontró con ella allí mismo antes del cumpleaños. Aquel día intuyó o, más bien, supo —sin posibilidad de error— que fue a buscarlo y a falta del original se conformó con William. Al parecer, justo en ese momento, cuando su relación atravesaba la primera crisis seria, contaba con la atención del señor Drake, que no ocultó una mirada sorprendida al verla. Grises y verdes enfrentados en una huida anunciada en el rostro agriado de Claire.

—Espera —dijo Gabriel ignorando a Cybill, que pasó por delante con muchas ganas de quitarse de en medio, sujetó de manera suave el codo de Claire y con un tono neutro pero firme, reparando en los ojos curiosos de varios empleados, añadió—: Vamos al despacho, por favor.

—No tengo tiempo.

—Me da igual —replicó sin elevar la voz, con lentitud y una mirada de advertencia; no admitía negociaciones—. Hasta dentro de dos horas no tengo que estar en el aeropuerto, y tú y yo vamos a dejar

las cosas bien claritas.

—Te acabo de decir que no puedo.

Gabriel insinuó una sonrisa cínica. No cedió ante la nitidez de una voz que sugería decepción, prefirió seguir su instinto y hacer caso a unos ojos que no lloraban, pero reflejaban claramente un estado de ánimo belicoso. Abrió la puerta del despacho, con una ligera reverencia pasó Claire por delante y cerró con llave. El espacio era amplio y luminoso, tenía una mesa rectangular con un iMac de veintisiete pulgadas, supuso que una de sus últimas adquisiciones, un sillón giratorio de piel oscura, tres sillas confidentes del mismo estilo moderno y, en un rincón, de donde colgaban cuatro láminas con fotografías de Robert Doisneau, de Londres en los años 50, había un sofá de dos plazas y un pequeño sillón tipo club. Pese a que todo era bonito, a Claire no le resultó un sitio acogedor, apoyó las nalgas en la mesa y cruzó los brazos a la defensiva. Llena de desprecio, frenando el afán dialogante de Gabriel, espetó:

—¿Qué hacía esa aquí?

—Siéntate en el sofá.

—Estoy bien. Contesta.

—Ha venido a renovar la tarjeta, ha subido a saludarme.

—Claro —dijo sonriendo, añadió con ironía—. Debiste dejarla impresionada con un solo polvo.

—Siéntate y escúchame con mucha atención —ordenó impasible. Gabriel siempre había intentado controlarse con ella, pero llevaba muchas horas aguantándose, estaba en su terreno, era el jefe y, como tal, desplegó sus alas de autoridad. Recorriéndola con la vista, elevó las cejas y organizó las palabras que acudían en tropel a su cerebro. En cuanto se sentó Claire, metió las manos en el bolsillo del pantalón. Permaneció de pie, aumentando la superioridad que le daba la estatura y el poder de tenerla donde quería—. Olvida a Cybill, no es nadie, nunca lo ha sido y ten por seguro que nunca lo será. Tú y yo nos conocemos desde hace ocho meses, estamos comprometidos y no hay ninguna razón para no continuar con nuestros planes. Te lo he dicho esta mañana y voy a repetírtelo porque creo que no lo has entendido: vas a ser mi mujer, te guste o no.

—Eso habrá que verlo.

—No me interrumpas cuando estoy hablando.

—Pues no me hables como si fuera uno de tus empleados porque no lo soy.

—No lo eres, pero no me entiendes. Si no te gusta mi tono, lo siento. Yo me he jodido durante meses a mí mismo intentando saber qué te había ocurrido. Te fastidias y te callas.

Claire sonrió, se levantó y se encaró con él.

—No me impresionas.

—Me alegro —dijo sin apartar los ojos de los suyos, amagó un gesto suficiente—. Piénsalo. —Gabriel cernió ligeramente el cuerpo sobre ella, imponiendo una envergadura intimidatoria—. Tienes delante a un hombre, fuerte, más alto que tú, enfadado y a punto de perder el control. ¿Te suena?

—No te tengo miedo. Tú no me harías daño.

—No —dijo negando ligeramente con la cabeza—. Jamás. Sin embargo, tú a mí estás destrozándome sin golpes. Crees que no soy capaz de asumir que mataste a un cabrón que no merecía vivir y te equivocas. —Gabriel la observó con la determinación brillando en los ojos—. Si tú no lo hubieses hecho, habría sido feliz matándolo con mis propias manos. No tienes ni idea del dolor y la frustración que he sufrido cuando lo veías a él en mí. Lo he odiado con todas mis fuerzas. Desprecio a esa clase de animales, no los he soportado nunca y haberte conocido ha terminado con cualquier mísera consideración que en otro momento de mi vida hubiera podido tener. Te quiero y sé que tú también me quieres, no voy a renunciar a ti por él. Hemos terminado con esa parte de tu vida, tú y yo.

—Siempre te ha preocupado el qué dirán los demás. Mira cómo te pusiste cuando te enteraste de la relación entre Cora y Jack. —Claire sonrió y entornó los ojos—. Lo único que te preocupó fue pensar que la gente lo sabía y tú habías sido el último en enterarte; y esto no es comparable. Si Sean lo sabe, se lo habrá contado a Elaine y, probablemente, a tus padres; tarde o temprano cualquiera podrá saberlo, y vivimos en una ciudad donde todos nos conocemos; ¿lo soportarías?

—Para empezar no tiene nada que ver la relación entre Cora y Jack. Ellos me traicionaron voluntariamente, sin coacción, sin violencia y sin delito. No es lo mismo y sabes que hemos aclarado nuestras diferencias.

—Sí, a hostias.

—Sí, y también sabes que me avergüenzo. Le pedí disculpas y lo solucionamos, y te garantizo que nunca más volverás a verme levantarle la mano a nadie —dijo muy serio—. En cuanto a Sean, aparte de ser mi hermano, es junto a ti la persona que mejor me conoce, mi amigo, y no es ningún cotilla. Es un hombre preocupado por mí, y por ti. Me dijo que te aprecia y que lo disculpes si te ha molestado. Se sentía abrumado al pensar en tu drama. No se lo ha dicho a nadie, está acostumbrado a mantener la boca cerrada y tengo la garantía de su palabra porque desde que me quitaron la escayola

sabe que te violaron —comentó. Claire bajó la cabeza y se frotó los ojos. Gabriel suspiró, pero quiso que no dudara de su hermano, una de las personas más leales que conocía—. Cuando fui a Nueva York aquel fin de semana, se lo conté. Tú no me lo habías dicho, pero para mí era obvio. Después intentó hablar conmigo cuando mi padre tuvo el accidente, pero le dije que lo olvidara y no habíamos vuelto a nombrar el tema. El viernes me contó la transcripción del juicio porque se lo pedí. Él creía que yo conocía toda la historia. —Gabriel la sujetó por los brazos—. No tengo intención de dejarte, he cambiado mi vida por ti, porque te quiero y te necesito. Tenemos un proyecto de futuro juntos y nada de lo que pasó hace diez años va a cambiarlo; nada.

—¿Estás seguro?

—¿Tienes que contarme algo más? —preguntó sin relajar los músculos de la cara, cansado de que no lo creyera. Claire negó en silencio. Gabriel intentó suavizar el tono, pero todavía molesto comentó—. Como quieras, me voy a las cuatro. Estaré en el aeropuerto y espero verte allí. Entiendo que no sea conveniente para ti perder quince días de clases, a pesar de los planes que teníamos para este viaje —habló sin filtrar un reproche lastimero—, pero porque faltes una hora no va a pasarte nada.

—Podemos despedirnos aquí.

—Sí —afirmó sonriendo irónico, necesitaba que lo antepusiera a todo y, con una pizca de soberbia, continuó—. Podríamos, pero no vamos a hacerlo.

—¿No? —preguntó al apretar el ceño. A Claire no le gustaban las órdenes y él estaba cruzando el límite empeñado en mandar—. ¿Qué pretendes? ¿Quieres obligarme a ir al aeropuerto? Acabas de decirme que no te importa mi opinión sobre nuestra boda. ¿Qué es esto? ¿Una especie de desafío? ¿Es eso?

—No, es una cuestión de amor. Necesito a mi novia abrazándome en el aeropuerto antes de estar dos semanas sin vernos.

—¿Y si no voy?

Gabriel enfrío la plata de golpe, pero trató de sonreír.

—Me iré sabiendo lo que significo para ti.

—No te haces una idea —dijo esbozando una sonrisa lenta. Quiso besarlo y dejarse caer en sus brazos; en cambio, no lo hizo—. Allí estaré.

Con la fortaleza de Gabriel que fue también la suya, Claire salió del Scotia con la autoestima por las nubes. Si en invierno las auroras boreales guiaron la magia de su amor, en pleno verano, ese hombre se convirtió en el sol y ella en un minúsculo planeta girando

alocado a su alrededor por un calor que deseaba. Se casaría con él y cumpliría su exigencia, incluso siendo reacia a las despedidas; ese capricho añadió un punto más a favor del banquero que cuando quería era un romántico inquisidor.

A muchos kilómetros de San Juan, en la residencia de Deer Lake Manor, Alexei Barinov se sorprendió ante la llegada de Craig. El hombretón debía tener algún problema en el taller para trasladarse hasta allí entre semana. Recorrió el camino adoquinado por delante del lago que había frente al edificio principal y lo saludó con un apretón de manos; era agradable ver una cara conocida de vez en cuando. Tras unas frases cordiales, siempre manteniendo un respeto que rayaba el temor por parte de Craig, que había sufrido en más de una ocasión las ráfagas furiosas de una genialidad explosiva, se sentaron en un banco mirando el embarcadero.

—He oído que andan buscándote —comentó Craig casual. Alexei no pestañeó. Para saciar esa curiosidad que jamás le mostraría el anciano ruso, Craig añadió—: Claire Merritt y su prometido van a reformar el Boreal Róis, el arquitecto ha preguntado por ti en el aserradero de Tipps, me enteré cuando fui a llevarles los tableros. Y, por cierto, no los quieren, los he dejado otra vez en la nave.

—No te preocupes —dijo sin interés en un trato económico del que podía prescindir—, si te surge hacer cualquier reparación, úsalos. —Alexei comprendía que le faltaba carácter y mucha imaginación para seguir con el taller, por eso Craig prefería la estabilidad de un trabajo por cuenta ajena. Preocupado por la otra noticia, comentó—. Es un poco extraño que vayan a reformar otra vez el Boreal. ¿La casa tiene algún problema?

—No que yo sepa. Parece que van a quitar la residencia. Es una obra grande, hasta están buscando un herrero. —Craig soltó una risotada—. ¡Ni que en San Juan todavía fuésemos a caballo!

—Charles trajo uno de Francia —dijo en un murmullo—. Si quieren preservar el espíritu de la casa, es normal que traten de ejecutar los oficios en la misma línea.

—¿Vas a ponerte en contacto con ese arquitecto?

—No —respondió rotundo. Correría el riesgo de que encontrara el compartimento oculto en la estantería del despacho. Si así ocurría, que Claire Merritt y él volviesen a cruzarse sería una cuestión de tiempo, o de suerte; si el crudo invierno le perdonaba otra primavera—. Soy un viejo, muchacho, estoy jubilado; tendrá que apañárselas sin mí, no le será difícil.

—¡Estás loco, Alec! —exclamó Craig, sonriendo a sus bondadosos treinta años—. Eres el mejor carpintero de San Juan, no va a encontrar a nadie para sustituirte.

—Claro que sí. Y te lo diré por última vez: ¡Soy ebanista!

Con el móvil sin batería, Gabriel no pudo llamar a Claire desde el pequeño aeropuerto cuando un rato antes de la hora prevista para embarcar un policía lo apremió a que cruzara el Control de Seguridad. Una vez dentro, era imposible ver a Claire si aparecía. Nervioso, recorrió con la mirada las puertas automáticas sin contemplar la posibilidad de que no acudiese, hasta llegar a Europa estaría incomunicado y, con seguridad, saturado de pensamientos negativos.

—Por favor, señor —dijo el policía en un tono que sonó duro al que añadió una mirada exigente—. No voy a repetírselo, debe pasar ya.

Resopló por la nariz, la buscó por última vez entre un limitado grupo de gente y colocó el maletín de piel en la cinta transportadora. Para exasperación del policía, se quitó a paso de tortuga el cinturón y los zapatos, sacó los objetos de los bolsillos de la chaqueta, que colocó de manera cuidadosa en la cinta, y luego los del pantalón, uno a uno, con suavidad…, despacito…

Como una broma cruel del destino, Claire no daba crédito a la visión dantesca que contemplaba el único día que tenía prisa y salió del curso con tiempo de sobra. Llevaba más de quince minutos detrás de un accidente múltiple que había colapsado la carretera. Miró impaciente la hora cuando empezaron a retirar los vehículos, llamó a Gabriel, pero volvió a saltar el buzón de voz. Desesperada, en cuanto uno de los policías dio paso, adelantó a otros coches y salió disparada hacia el aeropuerto.

Entró corriendo, se dirigió a una pantalla digital y comprobó que el vuelo ya había despegado.

De nuevo en el Bronco, sin otra cosa en la cabeza que cambiar de sentido, volver a su casa y hacer la maleta para coger el próximo avión hacia Londres, giró el volante bruscamente. De repente, un coche oscuro que circulaba por el carril contrario la embistió. Y de manera accidental, aquel hombre desconocido del Volvo atravesado en la carretera, colocó otro obstáculo en una vida con ya demasiados salvados; en una vida con demasiadas pérdidas, pocas despedidas e

ínfimas alegrías.

Continúa en *Con la fuerza del oleaje*.
En la segunda parte de Boreal Rois descubrirás el secreto mejor guardado en la casa y las razones para mantenerlo oculto sesenta años; el destino de Claire y Gabriel, marcado por coincidencias; y confesiones del miembro más independiente de la familia Drake, Jack, que compartirá con Cora momentos trascendentales, felices y emotivos. Todos sufrirán el inexorable resultado de unos caminos cruzados donde las sombras, alegrías, luces y penas revelarán verdades tan buscadas como insoportables.

Boreal Rois II

CON LA FUERZA del oleaje

Rosa Alcántara Menéndez

Con la fuerza del oleaje

Boreal Róis II

copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2015
Portada © R.A.M.
www.rosamenendez.com
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

SINOPSIS

Durante la ansiada reforma del Boreal Róis, el hallazgo de una misteriosa carpeta oculta en la biblioteca saca a la luz otro secreto de la familia Merritt que animará a Claire para esclarecerlo con la ayuda de Sean Drake. Sin embargo, conforme avanzan solo logran más incógnitas, un humo para enmarañar el pasado y desmentir la vida de un hombre hasta ese momento con una reputación intachable. Mientras tanto, Claire seguirá persiguiendo su sueño de ser fotógrafa, Gabriel se enfrentará a una realidad que no esperaba para el futuro que tiene previsto y el afortunado Jack Drake, al que todo parece sonreírle, no podrá escapar de un destino que lo pondrá a prueba y cambiará su vida.

UNO

Londres, 24-8-12
Reino Unido

Dentro de un avión que sobrevoló un océano azul profundo para llegar a Europa, Claire se durmió a las dos horas de despegar recordando los insultos del propietario del Volvo. Fue una fiera hasta que llegó la policía y rellenó el atestado del accidente. Por fortuna ninguno sufrió lesiones; sin embargo, el impacto del Bronco había dejado inservible la parte delantera del otro vehículo. Tras dar cada uno su versión, Claire pudo irse gracias a que los agentes la conocían, aunque no la libraron de una multa de 1500 dólares y un posible cargo de imprudencia temeraria que ya vería cómo solucionaba; en ese momento, no quería pensarlo, su prioridad era otra.

Agotada tras el viaje, sin hablar con Gabriel desde que se vieron en el banco, supuso que fiel a sus costumbres se alojaría en el Sheraton The Park Lane.

Claire entró en el vestíbulo y se obligó a cerrar la boca llegando al mostrador de mármol verde con unas tallas verticales difíciles de ignorar. Las asimetrías curvas para complacer la vista de la decoración art-nouveau habrían hecho las delicias de su abuelo con las flores enormes de las sinuosas molduras de los techos, los apliques de cristal como abanicos, las líneas sobrias en las paredes, columnas de hierro o la elegante moqueta de aquel espacio enorme, con pocos clientes para pasar desapercibida. Un chico uniformado de azul se acercó diligente a ella antes de que llegara a pisar el impoluto suelo claro que rodeaba el mostrador.

—Disculpe, señorita, ¿puedo ayudarla?

—Hola. —Claire sonrió ligeramente, soltando tranquila el asa de la maleta—. Estoy buscando a mi novio. No estoy segura de que esté alojado aquí.

—No podemos dar información de nuestros clientes. ¿No puede hablar con él?

—Lo he intentado, pero me ha sido imposible, tenía algunas reuniones importantes. No le pido que me deje entrar en su habitación, con saber que está alojado aquí me basta.

—Lo siento, de verdad, es imposible.

—Está bien, iré a registrarme.

—¿Tiene reserva?

—No, claro que no.

—Entonces, no creo que pueda alojarse con nosotros. Estamos en temporada alta, y no hay habitaciones libres.

—¿En serio? —preguntó al límite de explotar—. Como mínimo podré esperar a mi novio en el bar ¿no?

—Me temo que no.

—Es increíble —espetó, mirando la identificación del chico—. Simon, mi novio se aloja aquí, probablemente, dentro de un rato me alojaré con él y, cuando lo haga, pienso poner una queja por el trato que estoy recibiendo por su parte.

—No olvide mencionar mis apellidos, ni que cumplía con celo la política del hotel. Si es tan amable de acompañarme, por favor.

Incrédula, Claire movió la cabeza y lo acompañó a la salida. Estaba empezando su primera andadura por Europa con gloria, menuda suerte la suya; llevaba una semana fuera del radar de la diosa fortuna; se había desentendido totalmente de ella.

Para rematarla, no solo había oscurecido, sino también empezaba una fina lluvia que solo le dejó la opción de resguardarse en una típica cabina londinense, justo en la puerta del hotel. Ni sopesó cruzar la transitada carretera hasta Green Park, aguantaría mientras encontraba a Gabriel o se veía pasando la noche en la calle.

Gabriel salió del salón de té del hotel acompañado por dos ejecutivos americanos. Había quedado con Brian Lennox, uno de ellos, para cenar en la city más tarde. Eran amigos desde que estudiaron juntos en Harvard. Brian tenía una altura similar a la de él, un rostro anguloso con unos pequeños ojos oscuros y un cuerpo desgarbado que no ayudaba a aumentar su atractivo. En cambio, suplía esas carencias físicas con un desparpajo gracioso que gustaba tanto a hombres como a mujeres; a ellos les hacía pasar momentos memorables y a ellas las encandilaba a base de risas divertidas.

Después de despedirse, llegó a la habitación en la quinta planta, no muy grande pero acogedora gracias a dos cómodos sofás tapizados en azul intenso, una cama de matrimonio antigua en la misma línea que el resto de muebles y un escritorio de madera, además de unas vistas relajantes a través de dos ventanales a Green Park.

Se quitó el traje oscuro y fue directo al baño, decorado con mármol original desde la primera apertura del hotel a principios del siglo XX. Pasó al lado de la bañera, separada de la ducha, y pensó que haría las delicias de Claire. Necesitaba estar bajo el agua y relajar la

mente de las interminables charlas laborales, aunque significara tenerla otra vez presente de forma constante.

Repasando las últimas horas que estuvieron juntos, cuando terminó cogió el móvil de la mesita de noche y comprobó que, tras todo el día cargándose, por fin tenía batería. Empezó a sonar la alerta de llamadas perdidas, leyó los números y marcó el último; también podía haber sido el primero; todas las llamadas eran de Claire; pero en ese intento tampoco estaba disponible.

Sacó del armario un traje camel y una camisa celeste, que dejó en la cama, y unos zapatos marrones. Luego se afeitó, vistió y antes de salir volvió a insistir con el teléfono, sin obtener respuesta.

Se reunió con Brian en el vestíbulo y decidieron coger un taxi hasta el restaurante español dónde iban a ir muy cerca del banco de Inglaterra. Saliendo por la puerta giratoria corroboraron el empeoramiento del tiempo, que no perdonaba ni durante el verano. El intermitente día plomizo conforme avanzó la tarde fue cerrándose y en aquel instante una persistente lluvia caía con fuerza.

—Menudo coñazo de clima —dijo Brian.

—Están acostumbrados. Igual que donde vivo ahora; la gente se hace a todo.

—Menuda desgracia.

Gabriel divisó un taxi y alzó la mano. Ninguno se percató de la mujer despistada con la batería del móvil dentro de la cabina. En una carrera se montaron en el vehículo, le dieron la dirección al conductor y pusieron rumbo al restaurante.

En Nueva York todavía brillaba el sol cuando Jack dio algunas instrucciones a Martha para la semana siguiente, en cuanto terminó, recogió la mesa con pulcritud y se dirigió al despacho de Cora, donde dio con los nudillos varios toques suaves en la puerta.

—Adelante.

—Hola.

Al escucharlo, levantó la vista de los documentos que leía. Jack sonrió melancólico y difuminó la alegría de Cora, incapaz de verlo sin ponerse nerviosa. Él tenía esa cualidad; no solo por su físico, que vistiendo ropa informal —como ese día, vaqueros y camisa blanca— era igual de atractivo que yendo más clásico, sino también por su actitud; la tenía rendida con una ternura en perfecto equilibrio con la agresividad justa.

—¿Cómo te ha ido en la reunión?

Jack se sentó frente a ella, se quitó las gafas y cruzó las

piernas.

—Muy bien. Gracias por confiar en mí.

—De nada. ¿Qué planes tienes para este fin de semana?

—No tengo —respondió Cora con una sonrisa—. ¿Y tú?

Se levantó y ella también lo hizo a la misma vez. Le cogió una mano, entrelazando sus dedos como símbolo de la unión que sentía. Cora le acarició la cara y unieron sus labios en un beso cariñoso que los ausentó de la habitación sin notar la presencia inmóvil de Michael Lumis, que había abierto la puerta para comentarle a su compañera algunos detalles sobre un cliente. Los observó con un ojo entrecerrado y un montón de ideas a cada una más retorcida cruzando su mente a una velocidad aterradora. Empezó a comprender la confianza ciega de Jack en Cora y a vislumbrar de donde procedía, ese lugar en el cuerpo centrado pero alejado del cerebro. Carraspeó con dureza y esbozó una sonrisa cínica cuando su mirada se encontró con la de Cora, que intentó soltar a Jack; aunque este no se lo permitió.

Con la mano bien sujeta a la de ella y un gesto de suficiencia, Jack giró la cabeza y preguntó:

—¿No sabes llamar a la puerta?

—Lo siento.

Michael no estaba arrepentido y la ironía que Jack percibió consiguió cabrearlo.

—¿Qué quieres?

—Tengo que hablar con Cordelia, pero puedo esperar.

Estaba adoptando una actitud más sumisa, pero Jack lo conocía y no lo engañó; intentaría usarlo a su favor y, quizá, perjudicaría a Cora.

—No te preocupes, yo me iba ya. Hablad tranquilos —comentó, se llevó la mano de Cora a los labios y la besó con una sonrisa—. Hasta luego, cariño.

La inquietud de Cora se transformó en confianza; lo amaba sin condiciones, sin condicionantes.

—Llámame luego.

Jack había dado por finalizada la despedida, pero necesitaba un último beso, daba igual que fuese fugaz. Ignorando la rigidez de Michael, sujetó la cara de Cora y rozó los labios con los suyos. Ahí sintió otra vez la suavidad de un aliento que pronto oficialmente tendría a su disposición sin asombrar a nadie.

En cuanto Jack salió, Michael, que traía una carpeta en la mano, se acercó con cara de pocos amigos a la mesa y dijo:

—Tenemos que hablar sobre algunos puntos que no le

explicaste bien a nuestro cliente.

Lo siguió con la mirada hasta que se sentó frente a ella y dejó caer varios papeles en la mesa.

—¿Qué no le he explicado bien, según tú?

—No es según yo, es según cómo actuamos siempre. Si tienes la capacidad para convencer al director me alegro por ti, pero como mínimo haz bien tu trabajo porque también me afecta a mí, y me dejo la piel para hacerlo perfecto.

La hostilidad que no se molestó en encubrir puso a la defensiva a Cora.

—No mezcles las cosas. La relación que el director y yo mantengamos es privada y no afecta a mi trabajo. Si crees que he hecho algo mal, dímelo sin hacer alusión a nada más por mucho que te moleste.

—No seas prepotente conmigo. Si te lo tiras mejor para ti, aunque no sé qué pensarán los demás. A mí solo me preocupa mi trabajo y si estás en mi equipo o lo haces bien o te largas, te tires a quien te tires.

—Tú sí eres prepotente y no vuelvas a hablarme así.

—¿O qué? —preguntó con chulería.

—O vas a saber hasta dónde puedo llegar como me amenaces o intentes hacernos daño. No me busques porque no me conoces. Admito que estoy aprendiendo mucho a tu lado, no me pesa reconocerlo, pero mi vida privada y Jack son sagrados y hasta el momento no lo he utilizado para progresar aquí, así que, mantén conmigo una relación laboral aceptable y no me veré obligada a contarle a nuestro jefe esta conversación. De los dos, tú perderías más.

—¿Ves cómo eres prepotente?

—No lo soy. Estoy defendiendo algo que me ha costado mucho conseguir.

—Al menos tenemos eso en común, los dos luchamos por lo que queremos.

—Correcto. Espero haber aclarado las cosas.

—Eso espero y si no te importa vamos a hablar sobre tus fallos y cómo podemos arreglarlo.

—Muy bien, soy toda oídos.

Michael no relajó el gesto contrariado, pero vio en ella un punto de soberbia que lo llevó a admirarla. No era mala trabajando; aunque debía mejorar, y con esa actitud podían formar un gran equipo; y él conseguiría un ascenso ansiado, mientras que dejándose llevar por sus miedos podría salir perjudicado habiendo desperdiciado mucho tiempo. Con su pragmatismo tuvo muy fácil la elección; la

asociación con Cordelia Hosborn solo tenía aspectos positivos para explotar un potencial que cada día le sorprendía con ideas brillantes o una férrea voluntad.

Esa tarde, Cora no era capaz de dar dos pasos sin marearse. Llevaba un par de días raros y decidió no demorar más la visita al médico. En cuanto llegó a su casa, se dejó caer en el sofá y se tomó un antihistamínico. Cerró los ojos intentando aliviar la congestión nasal y un dolor de cabeza que empeoraba por momentos. Cada vez le ocurría con más frecuencia y no podía justificarlos al alcohol porque no había bebido nada.

Poco después apareció Jack en el apartamento.

—Hola, nena —saludó contento—. ¿Te apetece cenar fuera? —Dejó las llaves del coche en la mesa y la observó atentamente: un brillo sospechoso en los ojos, un color demasiado sonrosado en las mejillas, y una inestabilidad que sugería otra vez un consumo abusivo de alcohol que lo puso de mala leche de inmediato—. ¿Qué te pasa?

—No me encuentro bien.

—Espero que esto no sea un hábito para ti —dijo despacio.

—¿El qué?

—No me mientas, sabes perfectamente de qué estoy hablando.

Cora frunció el ceño e hizo un gesto de dolor; su cabeza no aguantaba un pequeño esfuerzo.

—No sé de qué hablas.

—Si no quieres que nos vean juntos puedes decírmelo en la cara. No hace falta que empines el codo sola.

—No he bebido.

—Mentirosa.

Jack se volvió de malos modos y recogió las llaves.

—No he bebido —susurró Cora.

Bajó la cabeza y se la sujetó con las manos, la voz indignada de Jack le retumbó como martillazos en el cerebro.

—Cuéntale ese rollo a otro. Hasta luego.

Salió hecho una furia y pegó un portazo que volvió a martirizar a Cora. Se reclinó en el reposabrazos y trató de olvidar un malentendido que ya resolvería con él, en ese instante solo le importó el dolor de cabeza machacón que en vez de mejorar parecía empeorar con la medicina.

Unas horas después, la salida de tono que Jack no supo reprimir le pesaba demasiado, necesitaba verla para hacerse perdonar. Llegó, cerca del portal encontró aparcamiento y el restaurante japonés de la esquina abierto. Era un poco temprano para cenar, pero sabía que Cora nunca le hacía ascos a un buen sushi. Compró un surtido variado y subió al apartamento en el que escaseaban las medidas de seguridad. Aporreó la puerta con insistencia y (harto del ruido) la llamó por teléfono, esperando no despertarla, aunque tardó en contestar.

—Hola —dijo Cora con la voz apagada.

—Hola, nena, ¿cómo estás?

—Mejor.

Jack percibió el tono cortante y lo ignoró.

—Estoy en la puerta con la cena.

—Ya he cenado.

—¿No vas a abrirme?

—Estoy enfadada contigo.

Prácticamente no les hacía falta el móvil, los separaba la puerta y los dos sentían la presencia del otro.

—He venido a disculparme.

—Me ha dolido mucho que no me creyeras.

—Lo siento. Abre, por favor.

Cora no resistía esa voz grave rogándole, la tenía grabada en la mente. Jack no tenía ni idea de la impotencia que sentía en cuanto notaba su rechazo; nunca había creído que para ella todo su mundo se redujera a él. Debilitada por un cúmulo de altibajos emocionales ya no sabía cómo decírselo, parecía una sombra solo capaz de seguirlo. Llenó los pulmones de aire, abrió la puerta y se quedó inmóvil frente al único hombre que podía mostrarle la intensidad de un amor tan adictivo como destructor. Los ojos turquesas y un amago de sonrisa en su rostro poblado de barba confundían una imagen informal con un atractivo suficientes para olvidar el montón de horas imaginando la vida que soñaba sin él, desalentada y deprimida por su incomprensión.

—Hola. —Jack se inclinó y la besó en la mejilla. Su aspecto había mejorado, aunque sus ojos brillaban con lágrimas que no querían salir al apartarse de la puerta y bajar la cabeza cuando él pasó por su lado. Jack fue a la mesa pequeña y dejó la bandeja de sushi mientras Cora se sentó en el sofá—. Te he llamado varias veces, estaba preocupado.

—Apagué el móvil, necesitaba dormir.

—Siento cómo me he puesto. Creía que habías vuelto a beber.

—No sé qué me pasa, pero te juro que no he bebido. Estoy

preocupada porque no me encuentro bien. Me mareo, tengo náuseas y me duele mucho la cabeza.

—Me estás asustando.

—Tengo que ir al médico, llevo así varias semanas.

Jack empezó a hacer conjeturas, pensando en una situación inesperada que encendió una chispa alegre en su mente. Retiró el papel de la bandeja y de manera casual le preguntó:

—¿Sería posible que estés embarazada?

—No. —Cora tenía descartada esa posibilidad—. Tomo anticonceptivos desde hace diez años, es imposible.

—¿Te has hecho alguna prueba?

—No, pero no me hace falta —respondió, se sirvió un vaso de agua y bebió—. Además, llevamos juntos un mes, tendrías una puntería infalible si me hubieses dejado embarazada tomando las pastillas, y lo dudo.

—Nunca se sabe —dijo con suficiencia.

—¿Quieres tener niños? —preguntó, cogiendo una porción de sushi de salmón con aguacate.

—No por ahora, pero sí me gustaría tenerlos dentro de unos años.

—A mí no me importaría tener un hijo pronto. Cumplo treinta y dos el domingo, no puedo dejarlo muchos años, no tengo la misma suerte que tú.

—Tú y yo tenemos la misma suerte porque cuando tengamos hijos lo haremos juntos. Te parecerá una locura, pero hace un momento casi me muero de felicidad. Nunca me lo había planteado, y me ha hecho ilusión pensar que íbamos a ser padres.

—¿En serio?

—Totalmente.

Los dos rieron durante un instante y zanjaron el tema de los hijos entre suculentos bocados y una conversación amena repasando las anécdotas que Jack le contó. Más tarde, él comprobó que tenía ropa para el día siguiente, se duchó y se metió en la cama. Cora acababa de recoger el salón y gratamente sorprendida entró en el dormitorio.

—¿Te quedas?

—Sí. ¿Te molesta?

—Sabes que no, aunque me sigue doliendo la cabeza.

—Podemos dormir.

—¿Estás seguro?

Cora se quitó la bata y ahí Jack comprendió que iba a serle difícil mantener las manos quietas. Ese camisón tan fino, corto, que

apenas le cubría el cuerpo, pedía a gritos ser arrancado sin demora.

Jack tragó saliva concentrado en dos pezones.

—Lo intentaré.

Ella se tumbó a su lado y le dio un beso en los labios.

—Buenas noches.

—Que descanses.

Cora sabía que estaba desnudo, y disimulando una sonrisa se giró esperando un contacto que intuía no tardaría en llegar. Unos pocos segundos y Jack le dejó el primer beso en el hombro con una mano posesiva recorriendo lentamente su vientre. Luego, más besos en la espalda y la mano más abajo asediando con cautela y eficacia.

—Si no te encuentras bien, lo dejamos.

Fueron palabras vanas sin intención de detener un movimiento sutil que a ella la hizo gemir despejando su cabeza de dolor para sustituirlo por placer. No hubo réplica. Jack continuó tocándola, admirando cómo el cuerpo de Cora respondía a sus caricias, sintiendo con ella otro momento que los volvía a conducir a ese universo íntimo al que los dos se estaban acostumbrando. Él ya no resistía pasar solo las noches y después de amarla no fue capaz de retirarse extasiado en su interior.

—Vente a vivir conmigo.

Sonrió y lo besó en la barbilla.

—Me gusta mi casa. Pero gracias por la invitación.

—No es una invitación, es una proposición.

Jack le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Qué me ofreces? —bromeó Cora.

—Vivir juntos, ser mi mujer… —Los ojos de Jack resplandecieron en la habitación mientras le acarició la mejilla mirándola hipnotizado—. Tener a mis hijos, envejecer a mi lado; siempre amándote.

Sorprendida por esa declaración de intenciones, se emocionó respirando de manera entrecortada. Jack le secó las lágrimas con sus labios y le besó la cara con una infinidad de besitos tiernos y cariñosos.

—Sí —susurró Cora—. Siempre amándote.

Jack cerró los ojos y esbozó una sonrisa pletórica fundiéndola en su cuerpo. Había sido su primer y único amor, por ella tomó la decisión más dura de su vida y con ella solucionaba un error que estuvo a punto de costarle la cordura.

DOS

Londres, 25-8-12
Reino Unido

Era más de medianoche cuando Claire volvió a entrar en el hotel con aspecto abatido, consciente de que su *amigo* Simon ya no estaba. Se acercó al mostrador bajo la piadosa sonrisa de una empleada.

—Hola, estoy buscando a Gabriel Drake. ¿Me puede decir si está alojado aquí?

—Lo siento, no puedo darle esa información.

—Por favor. —Claire percibió la empatía de la recepcionista, una mujer bajita, con una expresión agradable. No quiso desaprovecharla y exageró la tristeza, mentalizada para rogarle—. Llevo un día viajando para verlo. Es mi prometido, pero no sabe que he venido, es su cumpleaños y quería darle una sorpresa. Me conformo con que lo avise y, aunque no sirva para nada el esfuerzo que he hecho, le diga que Claire ha llegado.

La mujer movió la cabeza en un gesto afirmativo y buscó en el ordenador la habitación de Gabriel. Marcó el número, no respondió y se alejó unos metros de Claire para hablar con otra compañera que trabajaba en silencio de espaldas al mostrador. Poco después volvió con una sonrisa animosa.

—El señor Drake ha salido. Si quiere cuando vuelva le digo que se ponga en contacto con usted.

—Muchas gracias. ¿Podría esperarlo aquí? Voy a alojarme con él y no puedo estar en la calle con la noche que hace.

—Claro que sí, cerca de los ascensores hay varios sillones donde puede esperarlo. Si quiere, déjeme el equipaje.

—Se lo agradezco.

—No hay de qué. Espero contribuir a su sorpresa —añadió simpática.

—No lo dude, ha sido la persona más amable que he encontrado desde que llegué. De hecho, un compañero suyo, Simon, prácticamente me ha echado después de decirle que quería alojarme.

—¿Simon? —preguntó extrañada.

—Sí. Me dijo que no había habitaciones disponibles al ser temporada alta.

—Disculpe el malentendido, pero el Simon que conozco es uno de los botones y no está autorizado a otra cosa que no sea recoger

equipajes y acompañar a los clientes a las habitaciones.

—Pues en su placa de identificación ponía Simon, y estoy segura de la conversación.

Tras un momento de duda, Claire le describió al chico. El rostro de la recepcionista se contrajo e inmediatamente llamó por teléfono a su superior. En poco tiempo apareció un señor mayor con cara de pocos amigos y una actitud severa. Tras hablar susurrando con la mujer, se dirigió a Claire con amabilidad y le ofreció cambiar la habitación para ejecutivos de Gabriel por una suite. Por supuesto, aceptó encantada, incluso tuvo el placer de pasar sonriendo con la cabeza muy alta delante del botones, que seguía a su compañera con el gesto contrariado.

El jefe de relaciones públicas la acompañó a una suite de la sexta planta. Durante el breve recorrido le explicó la estrecha relación de la familia Drake con la cadena y los acuerdos que tenían en varios países para alojar a sus ejecutivos. Con una amabilidad exquisita, ordenó a otro botones dónde tenía que colocar el equipaje de Claire, también el que subieron de Gabriel, le enseñó por encima la habitación y se despidió disculpándose por enésima vez.

En cuanto se quedó sola, recorrió con ojos admirados la zona de estar independiente, con dos sillones orejeros junto a una chimenea de hierro negro, todo resaltaba en una pared verde agua. Entró en el baño e imaginó su antigüedad por el mármol rosa que recubría todas las paredes, una encimera con dos lavabos ovalados, una ducha semicircular, y una bañera lacada, que tuvo claro sería el lugar donde iba a pasar el tiempo hasta que llegase Gabriel.

Más de dos horas después desistió del agua, el agotamiento del viaje hizo mella en su relajado cuerpo. Se vistió con un camisón y salió a una pequeña terraza agradeciendo el cese de la lluvia y la brisa fresca que la alertó mientras contemplaba un cielo plagado de rápidas nubes blancas roto por las siluetas de cientos de tejados.

Gabriel y Brian entraron en la recepción divertidos comentando tonterías y apenas prestaron atención a una de las recepcionistas creyendo que les pedía moderasen el volumen de las risas. La sorpresa de Gabriel fue mayúscula al no estar muy conforme con la justificación que le dieron para realizar el cambio de habitación sin su consentimiento. Con más intriga que otra cosa, entró en la suite, donde un olor familiar captó su atención. Se quitó la chaqueta y la dejó en el sofá, intuyendo quien estaba en la terraza. Insinuando una sonrisa, Claire se aproximó observándolo atentamente, a pocos

centímetros de él susurró:

—Hola.

—Hola. —El primer impulso de Gabriel fue besarla, pero se contuvo inmóvil—. ¿Has cambiado tú la habitación?

—No de forma voluntaria. —Claire acarició su rostro y lo besó en los labios con una tranquilidad que suavizó la tristeza de los dos. Segura de sus próximas palabras, sujetó las mejillas de Gabriel sin apartar los ojos de los suyos—. Te quiero y necesito estar a tu lado, siempre.

—¿Y el curso?

—¿Me lo preguntas?

Serio, asintió, esperando una declaración de intenciones como alguna de las muchas que le había hecho.

—Eres lo más importante para mí —dijo Claire, levantó la mano de Gabriel y la besó—. Siento mucho todo lo que te dije, y si me dices que no te importa mi pasado, si crees que no influirá en nosotros, que serás capaz de sobrellevarlo sin reproches, te juro que aquí y ahora lo entierro —afirmó convencida. Lo miró emocionada y continuó—: No quiero vivir con esa sombra constante y solo lo conseguiré si tú estás a mi lado. Eres con diferencia la persona más importante en mi vida, te quiero, quiero la vida que tenemos planeada, y siempre serás mi prioridad, ningún sueño va a alejarme de ti porque tú los cumples todos.

Esa era su chica en esencia, con la nitidez que brotaba de unos labios sugerentes mientras hablaba con el corazón. La amaba, y en pocos segundos barrió cualquiera de las insistentes dudas que no lo dejaron tranquilo desde que despegó de Terranova. Gabriel inclinó la cabeza hacia delante y buscó la boca de Claire. Le sujetó la cara con las manos, inmovilizándola para saciar su lengua del sabor que más le gustaba.

—Llevo dos días sin verte y han sido como dos años.

Le recorrió con la mano la piel desnuda de los muslos y ascendió despacio hasta apretarle las nalgas. Como siempre el deseo se apoderó de ellos. Llegaron más besos, más contacto y más humedad.

En unos minutos estaban en la cama dando rienda suelta a esa pasión arrolladora. Gabriel hundió los dedos en unos pliegues cálidos con una cadencia suave que se volvió rítmica, luego enloquecedora, sintiendo la reacción de Claire tensando la espalda para darle acceso total a su cuerpo. Todo era para él. Le quitó el camisón y lamió sus pechos, dándole un orgasmo con la mano, dejándola volar entre sus brazos agitada por violentos embates, siempre confiando en él, amándolo y borrando el miedo a la intimidad

del sexo.

—Te amo —jadeó Claire.

Necesitó sentirlo dentro, su complemento respondía a un nombre y lo gritó enardecida cuando un potente orgasmo la estremeció abierta de piernas con el causante arrodillado entre ellas sonriendo satisfecho.

—Estás guapísima.

Con una sonrisa preciosa, Claire le desabrochó los botones de la camisa, se pegó a él mientras se la quitaba y lo besó en el cuello cuando deslizó la mano lentamente por la cintura del pantalón, lo bajó acariciando unas caderas que no podía mantener quietas y le traspasó un calor ardiente hasta el último nervio. Metió la mano bajo los bóxers, sintió la erección dura dispuesta y los bajó con una suavidad demasiado parsimoniosa, ineficaz para Gabriel, que deseoso no pudo controlar embestirla para consolarse. Empujó con fuerza al penetrarla profundamente. Se retiró y de inmediato volvió a hundirse hasta el fondo, notaba la tensión de Claire por retenerlo cuando estaba a punto de correrse.

—Cada día me gusta más —susurró Gabriel, mordiéndole la barbilla.

Inició un movimiento rotando las caderas que los impulsó a una caída al vacío más alta de lo que acostumbraban. El temor de los dos a un futuro sin el otro los condujo a una unión donde se fundieron en uno solo. Gabriel explotó con una violenta descarga de semen que la empapó, le chorreó la cara interna de los muslos, llenándola de ardiente vida.

Luego se cobijaron bajo una fina sábana de algodón blanco, dejando que sus manos aplacaran con suaves caricias el estremecimiento que acababan de experimentar. Si Gabriel había confesado que para él cada día el sexo entre ellos era mejor, para Claire simplemente encontrar una palabra que definiera las emociones que Gabriel le despertaba era complicado y solo encontró una: todo.

—Te quiero mucho —dijo Claire, besándole el pecho.

—Y yo, cariño. Me has hecho muy feliz viniendo.

—¿Habías hecho algún plan para el fin de semana?

—No. ¿Quieres que vayamos a España?

—Me da igual. Si estás liado, podemos dejarlo.

—Podemos alquilar un coche y salir de Londres. Busca algún sitio interesante, y España lo dejamos para la boda.

—Vale. Cuando puedas, devuélveme el anillo, por favor.

Gabriel frunció los labios y sonrió contento.

—¿Estás segura? ¿No lo querrás por el viaje?

—Nunca he deseado nada hasta que te conocí.

—¿No voy a tener que obligarte a casarnos?

—No.

Tras dormir como ángeles y amanecer con agujetas en todo el cuerpo, Gabriel y Claire se ducharon, vistieron con ropa informal y bajaron para desayunar en uno de los restaurantes del hotel. Antes de entrar, Gabriel la guió en un recorrido a través del Salón de Té, con una vidriera en el techo, y la Galería de la Plata, con unos estucos a los lados manteniendo el estilo elegante que se palpaba en cualquier rincón.

—¿De verdad quieres quedarte aquí?

—Sí. No he venido nunca, y si el lunes vas a estar trabajando me gustaría que me enseñaras el centro.

Un camarero les sirvió café y tomó nota de sus platos.

—¿Quieres ir de compras? —preguntó Gabriel.

—No, turismo.

—¿Cultural o natural?

Gabriel solo pretendía saber a qué atenerse.

—Los dos —admitió Claire, sonriendo—. Te dejo elegir.

—De acuerdo, te enseñaré todos los puentes.

Un sol tímido los acompañó mientras pasearon hacia Westminster, donde Claire se hartó a hacer fotos. Gabriel descubrió que siempre le interesaba más captar expresiones en las personas que monumentos, esos solo eran escenarios que prefería desenfocar. Cogieron el paseo peatonal del río. Gabriel la observó absorta en imágenes y luces que solo ella veía, siempre buscando las perspectivas que se perdían en el horizonte.

—Me encanta.

Habían llegado al puente Millenium, que al ser temprano no era la pasarela habitual en la que se convertiría en un rato, Claire se situó en el centro, pero no encontraba el enfoque. Apoyado en la baranda, Gabriel esperaba distraído con los barcos. Cuando se cansó, buscó a Claire, que sin él notarlo le había hecho algunas fotografías.

—¿Has terminado?

—Sí. ¿Seguimos?

—Estoy cansado.

Claire se acercó sonriendo y lo abrazó por la cintura.

—¿Quién es ahora el vago?

—No es eso, cariño, es que hasta el puente de la Torre queda un paseo.

—Podemos llegar y comemos por allí. Y si quieres esta tarde nos quedamos tranquilos en el hotel.

—Esta noche me gustaría ir al teatro.

—Vale, pero toda la tarde es nuestra.

Con los brazos entrelazados dieron una caminata más distraída para Gabriel, que le explicó curiosidades sobre la construcción de la prisión y, sentado en el muro, la sujetó en sus piernas mientras un turista les hizo una foto. Después, eligió un restaurante en la otra orilla, donde comieron cerca del muelle de los ferris, ignorando por completo el acontecimiento que estaba a punto de trastocar la historia de los Merritt.

Cuando Alexei terminó de desayunar en su bungaló, una súbita sensación rarísima se adueñó de su estómago hasta terminar palpitándole en el corazón. El ritmo infernal de aquellos sordos latidos consiguió asustarlo. Se acostó en la cama apretándose el pecho con las manos, consciente de que había llegado la hora. Sin embargo, no recibió la visita esperada, no pasó nada. Tumbado boca arriba se observó las manos llenas de cicatrices, de señales del esfuerzo, de esa entrega por el arte que nunca escatimó riesgos. Recordó los años vividos en Rusia, la injusta muerte de sus padres en una guerra que no era la de ellos pero fue inevitable y la esperanza que compartió con su hermana cuando decidieron vender lo poco que tenían para buscar un futuro algo más cómodo en Inglaterra. Les costó un mes llegar a París, siempre atemorizados por todos los bandos que luchaban sin criterio. Ni él ni Irina creían en los motivos que unos u otros justificaban; aquello fue infame, todo valía para masacrar en nombre de la libertad.

Conforme la respiración de Alexei se regulaba, entendía que no era la muerte quien venía a por él, sino el pasado. El mismo que Charles no tuvo arrojo de hacer público, que mató el sueño de su hermana y casi acaba con el suyo. Siempre volvía como un fantasma para torturarlo. Ese era su demonio, y tenía nombre de mujer. Una maldita que arruinó su vida con destellos de deseo, aunque no logró más que su cuerpo sin alma. El odio, la rabia y la venganza todavía pesaban demasiado, tanto como un olvido que su mente inquieta jamás le concedió y nunca conseguiría.

Con todo el pesar de más de ocho décadas en la espalda, Alexei se incorporó y enterró la cabeza entre sus grandes manos, pensando en el único amor verdadero que tuvo el honor de conocer y

la gran desgracia de abandonar cuando se precipitó la debacle y cambió de continente para enfrentarse a la realidad que le quedaba: la inspiración de su arte.

A cientos de kilómetros de Deer Lake, el arquitecto Daniel Larson sujetó la carpeta de piel que uno de los obreros acababa de descubrir en un compartimento oculto entre dos planchas de madera en la biblioteca de la planta baja. La guardó en el salón con sus planos, sin abrirla pero muy intrigado. «¿Qué contendría?» «¿Por qué estaba escondida?» Por desgracia, hasta que Claire y Gabriel regresaran de Londres no tendría respuestas, siendo también posible que ni así las tuviera al comprender que nadie se habría tomado tantas molestias en ocultar algo bueno; la felicidad se proclamaba al viento; pero las miserias se encerraban en silencio.

En Queens, Cora recibió un ramo de rosas rojas, una tarjeta y una caja de regalo muy grande a primera hora del día siguiente, el bochornoso domingo de su treinta y dos cumpleaños. En la tarjeta leyó: «*Felicidades. Luego te mostraré mis mejores deseos. Espero que te guste el regalo y me dejes quitártelo después de cenar en mi casa, que es la tuya. Siempre amándote, Jack*»

En ese preciso momento fue más verdad que nunca que Jack Drake era el gran amor de su vida y que siempre lo amaría. Con su apariencia despreocupada, derrochaba romanticismo con ella, cada día se lo demostraba. Y con las flores, con sus palabras excitantes y cariñosas y el vestido largo de seda blanca que sacó de la caja, sutil y resistente como él, confirmaba que aceptar su proposición sería una apuesta segura, posiblemente la mejor elección que había hecho nunca.

Durante varias horas guardó la mayor parte de su ropa en dos maletas, los zapatos en una bolsa de tela, unos marcos de fotografías y otros objetos personales. Después de bajar a la calle y meterlo todo en el maletero del coche, le dedicó a su cuerpo un merecido y añorado homenaje. Más tarde se secó el cabello con unas ondas que aun le dieron más volumen, se maquilló acorde al vestido de noche y, antes de ir a casa de Jack, se puso unas sandalias plateadas de tacón alto.

El cambio en la arquitectura fue evidente desde la calle Canal hasta el 400 de la calle Greenwich, donde estaba su nueva casa. Los almacenes reconvertidos en apartamentos y una cantidad considerable de negocios, galerías de arte y servicios comunitarios llenaban de

vitalidad un barrio industrial favorito de gente moderna, adinerada o una mezcla variopinta menos definible.

Jack no se hizo de rogar para abrir, aunque la visión blanca que admiró le paralizó todos los músculos unos segundos. También se esmeró con su imagen, afeitado a la perfección, vistiendo un pantalón oscuro y una camisa negra. No lo advirtió demasiado preocupado con su propia reacción, pero Cora consiguió disimular el efecto parecido que sintió al verlo.

—Me has dejado sin palabras —afirmó al salir del mundo silencioso.

—Tú estás muy atractivo.

Cora le besó rápido los labios y entró en el salón. Se sentó en el sofá de piel negra contemplando los cuadros variopintos que decoraban las paredes, la funcionalidad de la cocina con la barra de ladrillo rojizo y las cuatro lamparitas metálicas colgadas de una tubería de plomo. Jack tenía preparada la mesa que había cerca de la puerta que separaba el salón de los dormitorios con un surtido de sushi, un plato de *tataki* de atún, algunos canapés con una presentación impecable y dos botellas de vino blanco.

—He comprado cerveza sin alcohol. ¿Te apetece una?

—No, prefiero agua —dijo Cora concentrada en uno de los cuadros—. Cariño, ¿en serio te gusta ese cuadro?, porque mira que intento abrir la mente para comprenderlo, pero no hay por donde agarrarlo.

—A mí me gusta, es impactante.

—Sí, duelen los ojos.

—En vez de criticar mi gusto por el arte, múdate conmigo y podrás elegir tú misma los cuadros que quieras. No me importa quitar alguno, pero para admitir tus gustos debes tener más peso en la casa.

—Ve a mi coche y comprueba el maletero, por favor —replicó. Ante esa seguridad, Jack entrecerró los ojos y se acercó a ella con las manos en los bolsillos, esbozando una lenta sonrisa. A pocos centímetros de él, Cora le quitó las gafas y rodeó su cuello con los brazos—. Ese cuadro tiene los minutos contados. Cuando quieras, vamos de compras.

—A tu disposición —susurró Jack—, veré qué podemos hacer.

—¿Estás contento?

—No tengo claro que sea real.

—Bésame y desengáñate. Desde ahora vivimos juntos.

—Me acabas de regalar mi sueño.

Jack tierno era irresistible para Cora, y con sus labios unidos los dos dejaban de razonar. Rezongando se apartaron para no acabar

en la cama antes de tiempo y se sentaron a cenar, ilusionados por tener esa oportunidad descartada que había llegado en el momento idóneo.

Unos minutos antes de salir el día siguiente de la oficina, Cora recibió un mensaje bastante intrigante de Jack «*Tengo una sorpresa para ti. Te espero en el aparcamiento, no tardes, J.*». Cuando llegó, estaba apoyado en el capó de brazos cruzados, sonrió contento y le abrió la puerta.

—Gracias por ser puntual —dijo, la besó en los labios—. ¿Todo bien?

—Sí ¿Y tu día?

—Como siempre.

Se sentó tras el volante, puso la radio en cuanto arrancó y salieron con un destino desconocido para Cora.

—¿No piensas decirme donde me llevas?

—Cerca. Hoy inauguran una exposición de un artista neoyorquino que me gusta mucho y creo que te va a encantar.

—¿Quién?

—Janssen, creo que tiene ascendencia holandesa.

—Espero que no sea el mismo autor de la estrella de tu salón —comentó escéptica.

—No —dijo risueño—. Y es nuestro salón. Janssen tiene un estilo abstracto que se parece un poco a los cuadros que tenías en tu apartamento. Por cierto, ¿has hablado con la inmobiliaria?

—Sí, pero por ahora no voy a alquilarlo. Me he gastado mucho dinero en él y me estoy planteando venderlo.

—¿En serio?

—Sí —contestó convencida, pese a no compartir la idea que tenía de devolverle el dinero a Gabriel hasta tener un comprador, mientras, otro tema más importante ocupaba su pensamiento. Cora sonrió, mirándolo feliz—. Me gustaría que hablásemos sobre algo que he dado por sentado.

—¿Qué?

—No me he tomado las pastillas —dijo Cora atenta a los ojos de Jack, brillaron con unos destellos tan azules que solo pudo desearlos para sus hijos—. Debía haber empezado ayer.

—¿Los anticonceptivos?

—Sí. ¿Te parece bien?

—Te lo dije, prefiero esperar. Pero si tú quieres me hará muy feliz tener un hijo contigo. Si fuera un niño mejor.

—¿No preferirías una niñita como Ophie?

—También, pero antes quiero un varón. Luego podemos tener todas las niñas que quieras.

Cora le acarició la pierna y lo besó con ternura en la mejilla. Poco después, aparcó Jack en una calle paralela a su apartamento y guardó los maletines en el maletero.

Llegaron a la galería de arte de la mano. En el interior un público considerable admiraba una obra que, sin Jack equivocarse, sedujo a su chica de inmediato; quedó atrapada por un caos de trazos llenos de colores retorcidos entre ellos. Sus ojos no pudieron apartarse de una marea azul de diferentes tonos con sinuosos trazos verticales, luchando con una fuerza que traspasaba aquel lienzo de más de dos metros cuadrados.

—Qué maravilla —murmuró Cora hipnotizada por la pintura.

El precio del *Untitled* también ayudó a que no saliera del trance, costaba treinta mil dólares.

—¿Lo compramos? —preguntó Jack.

Le ofreció una copa con un refresco y cogió una cerveza para él.

—Aún no he vendido la casa para poder pagarlo.

—Es un regalo de cumpleaños.

—¿Otro? ¿Estás loco? Me regalaste flores, un vestido precioso y una noche inolvidable. No necesito más cosas.

—Nena, no es una cosa; es arte —dijo sobrado—, y quién sabe, quizá dentro de unos años no tenga precio.

—Puede que tengas razón, tiene pinta de ir en aumento.

—Hazme caso, es una inversión muy interesante. Si te gusta ese, hablo con la galerista.

—Cariño, es mucho dinero.

—¿Lo quieres o no?

Cora lo miró fijamente y poco a poco una sonrisa se adueñó de su cara. Jack no necesitó palabras, la sujetó del codo y se acercaron a una señora mayor con apariencia sofisticada, un rostro bien tratado por los años y una actitud extremadamente cordial, no solo porque conocía a Jack, sino también por la comisión espléndida que su galería iba a ganar con ellos.

Pasados un par de días, para ir a la consulta de su médico, Cora salió temprano del trabajo. Tras explicarle los síntomas, recibió como posible diagnóstico una alergia al alcohol o alguno de sus componentes.

—No entiendo que me haya pasado ahora.

El médico se quitó las gafas e hizo una mueca de desconcierto.

—Las alergias pueden aparecer a cualquier edad. No sabemos por qué el sistema inmune identifica algo como peligroso en un determinado periodo y en otro no. Pero por lo que me has contado siempre has tenido problemas con el alcohol. Para una mujer de tu estatura y peso una bebida alcohólica al día es un consumo moderado, y no es cantidad para emborracharse.

—¿Podría ser otra cosa? Llevo sin beber muchos días.

—Haz una lista con los vinos y cervezas que sueles tomar para descartar cuales pueden contener alérgenos ofensivos. Te haré unas pruebas para el estómago, la semana que viene te daré los resultados de los análisis. Mientras tanto, no te automediques. Algunos antigripales tienen histamina igual que las cervezas y el efecto puede ser muy peligroso si antes no sabemos qué te causa la alergia.

—Me tendrá que recetar algo para la cabeza, llevo una semana con un dolor horrible.

—Intenta recordar si has hecho algún cambio en esta semana. No solo con el alcohol. Puede ser algún alimento, los anticonceptivos, incluso, la colonia o cualquier producto que uses para lavar la ropa.

—Me he mudado hace poco, el abanico es demasiado amplio; podría ser cualquier cosa.

—No te inquietes, Cordelia, cuando tenga los resultados de la analítica podré decirte algo más concreto.

Salió de la consulta y vio un coche aparcado que le resultó familiar. Al momento, el propietario del DB9 se bajó y fue a su encuentro. Cora dedujo que venía directo del trabajo por el cansancio que aparentaba y por el traje oscuro que vestía, el mismo que le vio esa mañana, aunque se había quitado la corbata.

—Hola —saludó Cora sonriente—, ¿cómo sabías dónde estaba?

—Tengo mis contactos —Se aproximó y la besó en la mejilla —. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que puede ser una alergia al alcohol o a cualquier cosa que haya en la casa; algún alimento, detergente o incluso las pastillas para la cabeza.

—Para resumir, no tiene ni idea.

—Básicamente.

Con un gesto torcido, Jack colocó el brazo en el hombro de Cora y la guió hacia el coche para regresar a TriBeCa, pensando en su poco tacto cuando creía que esos síntomas eran consecuencia del

alcohol. Se propuso velar por su salud, hablar con la mujer que hacía la limpieza varias veces a la semana en el apartamento y también no perderla de vista en la oficina para evitarle cualquier situación que pudiera perjudicarla.

TRES

Londres, 29-8-12
Inglaterra, Reino Unido

Después de un masaje en el hotel, Claire volvió a Hyde Park para hacer todas las fotografías que todavía no había hecho dedicada por entero a compartir con Gabriel paseos y compras por la capital inglesa. Se sentó en un banco, ajustó la cámara y buscó a su siguiente objetivo. Por el visor contempló a un *golden retriever* con el pelo canela jugando incansable con un disco volador, lo atrapaba en el aire y lo llevaba corriendo a su amo. La elasticidad del animal con sus músculos en tensión al servicio del placer, aparte de hacerla sonreír, le proporcionó varias imágenes bonitas.

—¿Si te doy mi móvil, me enviarías algunas fotos?

Claire no advirtió al dueño del perro sentarse junto a ella.

—Por supuesto —respondió al hombre moreno, con un rostro agradable y una imagen informal que no le inspiró ningún temor. Acariciando la cabeza del perro, dijo—. Es precioso y parece muy noble.

—Lo es. ¿Cómo te llamas?

—Claire, ¿y tú?

—Enzo, encantado.

Tendió su mano y estrechó la de Claire, que detectó un acento italiano inconfundible.

—¿Cómo se llama? —preguntó curiosa.

—*Orion*. ¿Tienes perro?

—No, pero estoy pensando en comprarme uno, me encantan.

—¿De dónde eres?

—De Canadá. ¿Y tú?

—Venecia. Llevo aquí un año. ¿Vives cerca?

—No, estoy de vacaciones.

Claire echó un vistazo a su reloj, supuso que Gabriel estaría a punto de llegar, se levantó y empezó a guardar los accesorios de la cámara en una mochila negra.

—¿Te vas?

—Sí. Me alojo aquí al lado, en el Park Lane. —Se colocó la mochila en el hombro—. Hasta otro día.

—*Ciao*.

Sonriendo, Claire se despidió. No se había alejado mucho

cuando vio acercarse a *Orion* con la velocidad de un rayo.

—Hola. —Se inclinó hacia abajo y le acarició el lomo mientras el perro movía la cola alegremente. La suavidad del pelo, unos colores claros brillantes y una actitud confiada acabaron inclinando su decisión por esa raza; aunaba todo lo que buscaba en un animal—. Eres un bruto, pero me gustas.

Enzo los alcanzó, sujetó al perro del collar que llevaba en el cuello y le colocó una correa roja corta.

—¿Podemos acompañarte al hotel?, nos viene de camino.

—Claro —respondió cordial.

Poco después, *Orion*, que de vez en cuando daba algún tirón para olisquear los troncos de los árboles, iba entre ellos a un ritmo relajado. Hablaron de Italia, de gastronomía y del trabajo como informático que Enzo realizaba allí para una multinacional.

Distraída con el italiano, Claire no se dio cuenta de un corrillo en la puerta del hotel con varios hombres y mujeres donde Gabriel charlaba después de una de las pocas reuniones que aún tenía pendientes. Sin embargo, ella no pasó inadvertida.

—No te he dado mi número —dijo Enzo risueño, ajeno por completo a las dos balas de plata que refulgieron en un arrebato posesivo con unos disparos disuasorios—. Sería un detalle por mi parte…

—Es verdad, espera un momento.

Claire se quitó la mochila del hombro, buscó el teléfono y anotó el de Enzo. Luego se agachó, tocó la cabeza de *Orion* y, viendo lo guapo que era, le apretó la cara con fuerza cariñosa.

—Eres muy bueno —dijo contenta.

—Te veo loca por uno.

—Sí. He pasado un rato muy divertido con vosotros, gracias.

—Nosotros también. ¿Nos vemos mañana? Suelo ir todos los días a la misma hora.

—No lo sé, si puedo iré un rato.

—Vale. *Ciao, bella*.

—*Ciao*, Enzo. *Ciao, Orion*.

En cuanto terminó la despedida, Claire volvió a colocarse la mochila y dio la vuelta hacia la puerta giratoria, pensando en la tarde tan agradable que había pasado, ajena al Inquisidor, bloqueado por una escena inimaginable en su cabeza.

No llevaba ni diez minutos en la suite cuando un portazo súbito la sorprendió, se asomó y vio a Gabriel con las manos en los

bolsillos del pantalón, una ligera sonrisa enmascarando la tensión en sus mandíbulas y una mirada severa para terminar de confundirla.

—Hola —saludó Claire, yendo a su encuentro—, hemos llegado casi a la vez.

—Hola. —Gabriel se movió despacio—. ¿Qué has hecho?

—He ido al parque. ¿Estás cansado?

—Estoy bien.

La sujetó por las caderas, inclinó el cuerpo hacia abajo y le dio un beso muy corto en los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Claire.

—Nada.

Se apartó de ella, fue al vestidor y se quitó la chaqueta, corbata y zapatos. Salió en unos minutos, sonrió al mirarla, pero Claire vio más cinismo que otra cosa, y se encerró en el baño.

Escuchando el agua de la ducha, Claire sacó resuelta la cámara para inmortalizar el cuerpo de su novio. Entró sigilosa en el baño. Gabriel, apoyado en la pared con las palmas de las manos, no la oyó, siguió con los ojos cerrados tratando de olvidar los celos que aún persistían. Claire enfocó un torso ancho y musculoso, percibiendo contención; la curva del cuello, equilibrada con la espalda en un ángulo adecuado; y el chorro potente del agua, empapándolo para crear un efecto móvil muy atrayente; le gustó tanto que lo quiso como su sello personal. De la misma manera que entró, salió. Buscó en la maleta el cable de la cámara y la conectó al portátil. Repasó las fotos del parque, entre todas, solo podría trabajar con dos; en ellas, *Orion* estaba en el aire con un movimiento imposible sosteniendo el cuerpo elevado y una lengua exagerada soltando baba. Llegó a las que le interesaban y se concentró en una; acababa de elegir la foto para su proyecto en la escuela; uno de los muchos que debía realizar. Concretamente en este, el tema era libre y tenían que aplicar cinco comandos de *Photoshop* como máximo. Si bien, Claire pensó que solo despojándola del color sería bastante; «¿para qué cambiar algo perfecto?». Jugando con la luz realzaría la fuerza de una postura muy masculina, el blanco haría vibrar la explosión del agua en el cuerpo mientras las sombras protegerían la identidad del pudoroso modelo.

Gabriel terminó la sesión relajante y se sujetó una toalla en las caderas. Sin mirarla, atravesó la habitación para encerrarse en el vestidor. Cuando pasó por delante en pocos minutos vestido con unos vaqueros, un polo negro y unos zapatos oscuros, harta de no saber qué ocurría, Claire cerró el ordenador prestando atención a una sucesión de gestos rápidos. Por aliviar la tirantez innegable, preguntó casual:

—¿Dónde vas a llevarme a cenar?

—Donde quieras —respondió al entrar en el baño.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. He quedado con Brian en el bar, te espero dentro de media hora.

—No me mientas. Sé que estás molesto por algo.

Esa percepción de Claire avivó un apaciguado mal humor.

—Muy bien —dijo Gabriel en un tono soberbio. Habría preferido salir con Brian sin dar explicaciones, pero ante la insistencia…—. Ya que quieres saberlo, te lo contaré.

Viéndolo acercarse despacio, Claire entrecerró un ojo.

—¿Por qué me hablas así?

—Porque me toca la moral verte flirtear con un tío en mis narices y que encima le des tu número de teléfono; por eso estoy así. ¿Contenta?

—¿Flirtear? ¿De qué hablas?

Una sonrisa cínica precedió la salida acelerada de Gabriel. Dejó en la cama a Claire aturdida, hasta que decidió aclararle qué era flirtear en sus narices. Tras ducharse con la moral rozando el cielo, se secó el pelo alisándolo, usó un esmalte rojo para pintarse las uñas de los pies, se maquilló tomándose su tiempo y, por último, eligió para vestirse una falda roja recta, entallada con el largo por las rodillas, un top negro ajustado y unas sandalias romanas negras de tacón alto.

Salió contoneando el cuerpo hasta el bar de la planta baja; bajó los cuatro escalones del acceso y entró en otro escenario elegante pisando un tablero de ajedrez entre paredes de un verde pálido, unas mesas redondas oscuras con sillones de mimbre tapizados de terciopelo azul, y una barra de madera con varios taburetes donde Gabriel y Brian bebían unos cócteles.

—¿Esa no es tu novia? —preguntó Brian.

Gabriel giró la cabeza para quedarse petrificado, esforzándose en mantener el líquido dulzón dentro de la boca; fue toda una hazaña.

—Sí —respondió concentrado en Claire y en los hombres sentados en las mesas—. Ahora vuelvo. —Salió disparado tras ella antes de que recorriera todo el salón y despertara más curiosidad que miradas lascivas. La sujetó del codo y preguntó susurrando—. ¿Por qué te has vestido así?

—Suéltame —dijo Claire vocalizando, con los ojos chispeando desafiantes—. Y me visto como quiero.

—Si lo estás haciendo para cabrearme, estás muy cerca de conseguirlo.

—Llevas cabreado desde que has llegado. Si te avergüenza estar conmigo, dímelo —habló y sonrió al enarcar una ceja—. No creo

que vaya a tener problemas para encontrar compañía.

Gabriel perdió la paciencia y le agarró la mano con firmeza. Al pasar por la barra, se despidió de Brian inclinando la cabeza y siguió lanzado hasta los ascensores. En unos minutos, tiró de ella hacia el fondo de la solitaria cabina y la apresó con su cuerpo.

—Esto es para mí.

El tono bajo de Gabriel llegó con sus posesivas manos recorriendo unos muslos calientes que las guiaron hacia las bragas para bajarlas, arrastrado por la brevedad del trayecto mientras la besaba a un ritmo frenético. En cuanto se abrió la puerta automática, los dos supieron que no estaban solos. Claire bajó con suavidad la pierna que rodeaba una cadera de Gabriel, sintiendo su mano en la entrepierna cada vez con menos presión. Oculta aún tras su cuerpo inclinado sobre ella, disimuló al bajarse la falda y, con un suspiró hondo, aceptó su mano para salir sonriendo ligeramente. De forma educada saludaron a una pareja madura, vestida de etiqueta, que no entendió esa pasión en un lugar público y refinado, y volvieron a pegarse como lapas impacientes, tanto que no pasaron del vestíbulo. Otra vez, sin ningún mal recuerdo, Gabriel la sostuvo a pulso, acorralándola contra la puerta siendo muy consciente del inmenso placer que le daba, comparable al que recibía.

Al día siguiente Cora no quiso seguir con una machacona incertidumbre y a la hora del almuerzo compró un test de embarazo para descartarlo antes de tener los resultados definitivos de las pruebas de la alergia. Cuando regresó al despacho, se quedó muerta por la bomba de relojería que tenía para Jack, cavilando en su eficacia —tras diez años tomando anticonceptivos— y en la admisión de esa paternidad que preveía todavía lejana.

Necesitó maniobrar con su pequeño Volvo varias veces para aparcarlo frente al portal. Poco afectada por el ángulo demasiado inclinado del morro, salió deprisa con el bolso en la mano, esperanzada en que Jack hubiese terminado la reunión donde lo dejó antes de saber su nuevo estado.

Subió a la tercera planta en el montacargas reconvertido en ascensor, enorme, pese a que nunca coincidía con ninguno de los doce vecinos. Un movimiento lento y un sonido chirriante no lograron aplacar su nerviosismo. De un buen tirón, abrió la puerta metálica; ese ruido al topar la hoja con la pared siempre resonaba en la planta. Metió su llave en la cerradura y entró confiada en el salón. Se quedó inmóvil por la mirada de Jack, que mostró sorpresa e incluso creyó

detectar miedo, pero no felicidad al verla.

—Hola —saludó Jack, acercándose—. Has salido temprano de la consulta

—Sí, tenemos que hablar.

—Vale. Tengo que decirte…

Jack no terminó la frase. Por el pasillo apareció una morena, con un aire mediterráneo saludable y atractivo, vistiendo un uniforme oscuro de azafata. Hasta ese momento, Cora había olvidado a las mujeres de esa parte díscola de su vida que nunca le interesó.

—Hola —habló sonriendo—, soy Sofía. Debes ser Cora, ¿no?

—Sí —susurró paralizada, tragando despacio.

Sofía le estrechó la mano.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

Sin reparar en la tensión de Jack, Cora mantuvo el tipo.

—Tengo que irme —dijo Sofía. —Se aproximó a Jack y lo besó en los labios—. Cuídate.

—Y tú, hasta luego.

Sofía cogió una trolley con el símbolo de una compañía aérea europea y al salir hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo a Cora.

—No pienses mal porque no es lo que parece —dijo Jack, intuyendo qué conclusión había sacado, con pocas ganas de contarle que un rato antes se encontró a Sofía esperándolo en la puerta, que solían verse aprovechando las escalas que ella realizaba en Nueva York cada cierto tiempo, sin ataduras ni reproches, que acababa de finalizar esa relación y que por su cara estaba metido en un lío—. No ha pasado nada.

Cora no sabía qué estaba pensando, ni tampoco qué hacer, solo sentía decepción y la profunda tristeza que ocultó de golpe una feliz noticia y llenó su mente de dudas sobre la implicación que Jack asumiría.

—¿Quién es?

—Una amiga —dijo Jack, guardando las distancias—. Nos veíamos de vez en cuando.

Asintiendo, Cora lo miró durante un largo instante.

—Voy a recoger algunas cosas. Me voy unos días a mi apartamento.

—No. Por favor, Cora, no te vayas porque pienses que te he engañado, no ha sido así.

—Necesito pensar tranquila, y aquí me va a ser imposible.

—Pensar en qué. En esto no, por favor.

Si Jack empezaba a rogar, la escasa fuerza que empujaba a Cora para salir de ahí quedaría barrida en segundos.

—En muchas cosas, esto es solo una.

—¿En qué más?

—Ahora no, Jack, por favor. No tengo ganas de nada.

Jack le sujetó la barbilla con firmeza y la obligó a mirarlo.

—No me dejes por algo que no he provocado.

—No te estoy dejando, solo te pido unos días para poder decidir qué hago con mi vida.

—Ya lo tenías decidido. No me mientas, ha sido por ella.

—Es verdad. Me ha dejado aturdida y he entendido que durante estos años has estado rodeado de mujeres y no sé si seré capaz de aguantar que te las encuentres o vengan a buscarte aquí. Supuestamente es nuestra casa, al menos eso es lo que dijiste.

—Y lo mantengo. Es nuestra casa, de los dos. Y te prometo que nadie más va a venir. Si es necesario las llamaré una a una, pero nadie va a interferir entre nosotros.

Esa afirmación de Jack fue bastante relativa para Cora; un hijo era una gran interferencia.

—Déjame que esté sola unos días. A los dos nos vendrá bien saber qué queremos. No nos veíamos desde hacía mucho tiempo y en menos de dos meses estamos viviendo juntos. Vamos a tomarnos las cosas con más calma.

—No quiero tener calma. Me gusta vivir contigo. Si quieres estar sola unos días lo aceptaré, pero no me pidas que vayamos más despacio porque te necesito a mi lado y no voy a esperar otros cuatro años para vivir contigo. Además, mañana tendrás que verme en la oficina.

—Lo sé. Pero allí eres mi jefe y no tengo problemas contigo. Aquí eres mi pareja y sí tenemos problemas.

—Si tú lo dices…

—Vamos a dejarlo. —Cora quería salir sin alterarse, pero estaba cansada y Jack no se lo ponía fácil—. No quiero discutir.

—Ni yo. Voy a comprar, hasta luego.

El plan de Jack era sencillo, huir para no verla salir. Cogió las llaves del coche y, dando un portazo, se fue murmurando sin mirarla ni una sola vez. Cora suspiró aliviada, guardó varias prendas en una bolsa de deporte y volvió a su casa.

Tras un fin de semana tormentoso, Jack pudo concentrarse el domingo por la noche más de cinco minutos seguidos repasando uno

de los documentos que se llevó para lidiar con la ausencia de Cora, o eso pensó hasta escuchar el móvil y ver una llamada de Andy; esa hora no vaticinaba nada bueno.

—Hola, ¿qué pasa?

—Hola, Jack. Estoy con las chicas y Cordelia no está muy bien.

—¿Qué le pasa?

—Imagínatelo. No ha controlado mucho con la bebida.

—¿Dónde estáis?

—En el Heasley. Le he dicho que la llevo a su casa, pero no quiere. Te llamo porque no sé qué hacer y no soporto otra escenita, está desatada. Apáñatelas tú con ella, la conoces mejor que yo.

—Voy a buscarla. Tardo media hora.

Jack se vistió con unos vaqueros azules, una camisa blanca y unas zapatillas deportivas; y cogió las llaves del coche.

A toda velocidad atravesó algunas calles desiertas, sin entender la actitud de Cora cuando sabía que el alcohol y ella no eran buenos compañeros. Paró en la puerta del club, en doble fila, y no le hizo falta entrar a buscarla; Andy, que la sujetaba por la cintura, lo miró de reojo mientras Cora enfocaba la vista en el grupo de personas que estaba a unos metros de ellos.

—Hola.

Esa única palabra le bastó para buscar la voz grave de Jack, cambiando el gesto abatido de su rostro por una sonrisa blanca y feliz.

—Hola.

Cora notó la tensión en Jack y no se atrevió a demostrarle su alegría.

—Jack, me voy. Toda tuya.

—Gracias, Andy.

Se quedaron solos y ninguno se movió durante unos segundos que a ella le parecieron eternos. Avergonzada por su lamentable estado cuando solo había tomado dos cócteles y fue muy clara al pedirlos sin alcohol, recompuso algo su dignidad y dio la vuelta para esfumarse, pero no contó con imprevistos enemigos de tacón.

—¿Dónde crees que vas?

Jack la sujetó del brazo. Su mente vagaba a toda prisa entre el enfado al verla borracha y la necesidad de protegerla, de sí misma y de unos zapatos muy sexis que ella lucía como nadie.

—A mi casa. No sé qué haces aquí.

—He venido a buscarte. Me ha llamado Andy, te vienes conmigo.

—No. Prefiero estar sola, hoy no soy buena compañía.

—Te vienes conmigo —dijo inflexible. La cogió de la mano y añadió—: Y para mí siempre eres mi mejor compañía; aunque te prefiero sobria.

—No quiero que mes veas así.

—Yo tampoco, pero qué remedio si no sabes beber.

—Te juro que no he bebido. —Cora no quiso decirle en ese momento que no se le ocurriría probar el alcohol por el embarazo. Percibiendo su incredulidad, repitió—. No he bebido.

—Claro, claro, lo que tú digas.

Jack abrió la puerta del copiloto y la ayudó a subir; rodeó el coche y arrancó. Antes de salir intentó suavizar la frialdad del encuentro, colocó una mano en su rodilla y con la otra le sujetó la cara.

—No me ha molestado venir.

Cora esbozó una línea tristona al reconocer cortesía en sus palabras.

—Gracias. —Lo miró emocionada y recibió un beso lleno de ternura que consiguió hacerla derramar unas lágrimas furiosas con ella misma.

—No llores, por favor. No quería ser tan borde, pero no me gusta verte así.

Cora aplacó unas repentinas náuseas y durante el resto del camino fue mirando adormilada por la ventanilla, repasando los intermitentes recuerdos de esa noche para caer en un sueño agitado. Dentro del garaje del edificio, Jack comprobó que Cora seguía dormida. Usando poca fuerza, la cogió en brazos y llegó al solitario montacargas. Luego, cuando la tumbó en la cama, le quitó el vestido, atento a la escasa tela plateada que por desgracia no pudo disfrutar, y a los zapatos tan sexis que imaginó con su dueña en un striptease privado. Tampoco perdió el tiempo, en unos breves minutos se desnudó, llevó su ropa a la lavadora y colocó la de ella encima de un sillón. Se acostó acalorado, sin embargo, abrazó a Cora por la espalda y se durmió de forma instantánea, nada que ver con las horas muertas de las pasadas noches en vela.

El mes de noviembre de 1952 acaparó el sueño profundo de Alexei durante la siniestra oscuridad. Indefenso y esposado, volvió a responder las preguntas de un policía en Wandsworth, la prisión donde esperaba el juicio por un crimen que nunca sucedió más allá que en el mancillado honor de los poderosos Clainston.

«—Abusaste de ella —dijo el policía encargado de sonsacarle la

confesión. Era un tipo alto como él, con muchos más años, kilos de peso y oficio—. Es menor de edad.

—No abusé de ella y no sabía su edad.

—¿No le preguntaste la edad? —El policía sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo—. Es muy guapa —comentó después de dar una calada y echar el humo en la cara de Alexei—. Puedo entenderte… —Sonrió, mirándolo fijamente—. Pero en este país los violadores van a prisión. Podemos pasarnos aquí todo el día, no tengo nada mejor que hacer, pero, como vas a terminar confesando, estaría bien que nos ahorraras la espera.

—No he hecho nada —dijo Alexei murmurando—. Fue ella quien quiso que tuviéramos relaciones sexuales.

—Nada… —repitió el policía, se carcajeó con desprecio—. Para no hacer nada, has dejado algunas evidencias irrefutables. —Se levantó para situarse detrás de él, colocó las manos en sus hombros e inclinó la cabeza. Muy cerca del oído, dijo—. Has cabreado a personas muy influyentes. ¿Por eso habías comprado los pasajes a Canadá? ¿Pensabas librarte?

—Los pasajes los tenía comprados desde hacía varios meses. Puede comprobarlo.

El policía le pegó la cabeza en la mesa con un golpe seco.

—¿Vas a decirme cómo debo hacer mi trabajo? —preguntó antes de agarrarlo del cabello y propinarle tres golpes seguidos contra la mesa—. ¿Tú? ¿Un ruso muerto de hambre? —Volvió a reírse—. ¡Confiesa de una puñetera vez! Porque estás consiguiendo cabrearme también a mí y no tengo paciencia con escoria como tú.

—No admitiré algo que no es cierto.

—¿Estás seguro?

El policía se dirigió a la puerta y salió. Cuando regresó en unos minutos, comprendió Alexei que no iban a dejarlo hasta escuchar lo que querían. Le bastó ver al nuevo encargado del interrogatorio para saberlo, se podía intuir una paliza inminente en la fuerza de sus brazos, visible con la camisa remangada. De pronto sintió el frío y la humedad, el fin de su libertad en Europa y el abrupto término de una carrera sin iniciar.

—Bueno, bueno… ¿A quién tenemos por aquí?»

Sudoroso se incorporó. Empezó a palparse la cicatriz de la cabeza y el costado. Tras sesenta años todavía dolían aquellos impunes golpes; aquel castigo por dejarse llevar sin pensar en las consecuencias. Se vistió con la ropa deportiva que usaba en el gimnasio del complejo y salió hacia el embarcadero para sentarse en el banco frente al lago donde la tranquilidad del agua conseguía relajarlo.

Paseando por los caminos adoquinados fue incapaz de alejar a los Clainston de la memoria. ¡Cuánta inquina puede acumular un ser humano contra otro! Esa familia, incluida Margaret, fueron vengativos, egoístas y, sobre todo, aborrecibles. Los odió a los veintisiete y, en ese momento, en el ocaso de una vida tan intensa como solitaria, solo sentía asco por ellos.

Cuando la mañana siguiente Jack colgó el teléfono, sonrió abriendo un archivo con parte del proyecto «Hogar y Vida» mientras escuchaba unos pasos detrás de la puerta. De pronto logró confundirse por la cara de pocos amigos de Cora y sus tentadoras curvas insinuadas por un estrecho vestido claro. Entró como un ciclón y cerró de un portazo que retumbó para aumentar su excitación, si bien no tenía intención de consentirlo.

—¿Por qué no me has despertado? —preguntó plantada frente a la mesa, mirando fijamente un azul frío que contenía un mar tan rabioso como el suyo.

—No vuelvas a entrar así en mi despacho —dijo serio, en un tono cortante—. Aquí soy tu jefe, no lo olvides.

—Me da igual, has hecho que llegue tarde adrede.

—No, tú no te has despertado durmiendo la mona. No me eches la culpa por haber seguido con mi rutina. Si no has oído el despertador, es tu problema.

—Muy bien. Me gustaría que vinieras esta tarde a mi apartamento, tenemos que hablar. —Cora sopesó replicar, pero no tenía razón y él estaba dejándole claro el lugar que ocupaban cada uno—. Estaré en mi despacho. Que pases un buen día.

—Tú igual. Dentro de media hora vendrá Michael, prepara la reunión con él.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo está programada?

—Porque quiero ver cómo lo lleváis —dijo Jack al borde del colapso, le dolía la entrepierna y el corazón, pero necesitaba frenarla para quedarse con el único poder que aún tenía—, porque no te debo explicaciones y porque se ha concertado esta mañana a primera hora.

Cora lo fulminó con unos hostiles rayos invisibles tan destructores como desafiantes sin molestarse en cerrar la puerta cuando salió resoplando por la nariz y, por supuesto, ignorando que Jack sonreía al colocarse bien la bragueta para atenuar su propia incomodidad.

El resto de la mañana Jack consiguió relajarse y despejar su cabeza de Cora, al menos, hasta que regresó con Michael. Ahí volvió a

imponerse con la sensualidad de una mariposa, llena de colores hermosos, belleza y un veneno letal para él. Se mantuvo correcta y aportó algunas ideas, pero parecía ausente mientras Michael llevaba el peso de la exposición; a Jack esa suavidad le recordó la calma tras la tempestad, toda educación y buenos modales.

En cuanto llegó Jack al apartamento de Queens, llamó al portero electrónico y esperó apoyado en el coche, pensando en terminar con esa absurda separación para empezar de cero sin intromisiones de nadie ni disimulos frustrantes.

—Sube —dijo Cordelia a través del portero electrónico.

—¿Por qué? Tengo el coche mal aparcado.

—Pues aparca bien. Te espero arriba.

Con alguna palabra malsonante y unos bufidos impacientes, se montó en el coche para ir a un parking público cercano. Cuando entró quince minutos después en el apartamento, besó a Cora en los labios, algo extrañado por la inquietud que le sugirió encontrarla con una sonrisa forzada.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar —respondió, fijándose en que se había cambiado el traje que le vio en la oficina por unos vaqueros, una camiseta desgastada, y unas deportivas negras de lona—. Es importante.

—¿No puedes esperar a que estemos en casa?

—No.

—Me estás poniendo nervioso —dijo Jack. Intentó interpretar la seriedad del rostro de Cora; pasaba algo y no pintaba bien. Sentada en el sofá, cruzó las piernas y balanceó el pie, consiguiendo transmitirle su angustia—. ¿Has vuelto a hablar con el médico?

—Sí, pero no te preocupes.

—¿Entonces?

Los ojos azules de Cora lo miraron fijamente, tragó muy despacio y habló:

—Estoy embarazada.

Entendió las palabras porque leyó sus labios, apenas murmuró. Jack inclinó la cabeza hacia abajo y se pasó las dos manos por el pelo mientras sus ojos permanecían totalmente impactados por la noticia. Luego, una sonrisa inesperada, un tirón rápido en la cintura de Cora y la relajación con un beso cariñoso al asimilarlo.

—¿Estás bien?

—Sí. Tengo que ir al ginecólogo la semana que viene, si

quieres ven conmigo.

—¿No decías que era imposible?

—Sí, pero está claro que contigo no vale. ¿Estás contento?

—No lo sé —respondió sincero. Cora apoyó la cabeza en su pecho y le acarició con una mano la nuca. Sin poder ocultar su alegría, Jack sonrió y dijo—. Sí, mucho. Al final he cumplido tu deseo.

—Los cumples todos. —Cora lo besó en el cuello, encendiendo una pasión que la ternura había adormecido—. Te quiero. He pasado unos días horrible.

—Y yo. No vuelvas a dejarme —dijo, besándole el pelo—. Te lo prohíbo.

—Me molestó encontrar a esa chica en tu apartamento.

—Lo sé —dijo serio—. Te amo. Durante el tiempo que hemos estado separados nadie ha ocupado tu sitio y creo que nadie lo hará nunca. No dudes de mí, por favor.

Unieron sus bocas aceptando la partida que el destino quisiera jugar con ellos, la admitían; conscientes de la velocidad infernal que llevaban, tan deseada como aterradora. Poco después, distinguiendo que el deseo aumentaba visiblemente, Jack se incorporó escogiendo la comodidad de la cama. En el dormitorio se amaron perdidos en ese sexo primitivo capaz de dejarles rozar la eternidad; insaciable con débiles lamentos o enardecido entre gritos liberadores.

Para terminar el día, unas caricias sosegadas entre la magia del veraniego atardecer neoyorquino y el oro de la luz creando sombras. Esas que cobijaron el sueño vertiginoso de Cora y mecieron un rato la imaginación de Jack con una buena dosis de sensatas reflexiones sobre su próxima paternidad. Las mismas que antes de dormirse lograron motivarlo con ilusión para afrontar un cambio definitivo junto a la mujer que le había traído estabilidad y un profundo amor cuando menos lo esperaba.

CUATRO

Londres, 4-9-12
Inglaterra, Reino Unido

Durante el almuerzo en el Salón de Té del Park Lane, Gabriel recibió una llamada de su urólogo para confirmarle por segunda vez una fertilidad normal aunque perezosa. No tuvo tiempo de compartirlo con Claire cuando volvió a sonar el teléfono. Respondió a Jack, mirándola divertido.

—Hola —saludó Jack—, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Estoy a punto de salir para la oficina —dijo Jack, inquieto—. Quería hablar contigo antes de irme.

—¿Te pasa algo?

—Algo.

—Si me has llamado para contármelo, habla; estamos comiendo.

—Cora y yo estamos viviendo juntos.

—Felicidades. ¿Y?

—Vamos a tener un hijo.

Con los ojos fijos en Claire, Gabriel, que ansiaba esa noticia para sí mismo, tardó un poco más en reaccionar.

—¿Te doy la enhorabuena? —preguntó incómodo.

—Por supuesto. Ha sido inesperado, pero estamos muy contentos.

—Me alegro por vosotros.

—Gracias, Gabe. Para mí es importante que esto no cambie nada entre nosotros.

—Qué de vueltas da la vida —dijo con un ligero reproche, recordando los años que Cora por tozudez mantuvo su matrimonio y él había desperdiciado—. ¿Vais a casaros?

—No lo sé. Creo que para Cora no es importante.

—Felicítala de mi parte.

—Gabe, sé que tú y Claire estáis intentándolo, no te lo tomes mal.

—Eres tú quien debe tenerlo claro. No te preocupes por mí.

—Quería que lo supieses el primero.

—Gracias, es un detalle. Me alegro por vosotros, de verdad. ¿De cuánto está?

—De un mes —comentó feliz—. En unos días vamos al ginecólogo.

—Eres mi ídolo. —Gabriel sonrió al recordar una conversación con Sean, aunque se equivocaron de John Drake. Echaron mano de la experiencia de su padre, cuando el experto era el que tenía la lista de conquistas más larga—. Al final los consejos vas a tener que dármelos tú.

—¿Qué consejos?

—No te lo preguntaré sin la presencia de mi abogado.

—Espero que no sea el mismo que el mío. Lo vi hace unos días y está histérico con la mudanza.

—Sé que la casa está cerca de la nuestra —comentó Gabriel refiriéndose a la urbanización dónde vivían sus padres—. Mamá me ha dicho que van a reformarla.

—Eso parece. ¿Nos vemos en Quebec?

—Creo que sí. Teníamos planes para ir unos días a Port-aux-Basques, pero podemos ir el siguiente fin de semana.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí. Estoy con Brian, al menos de momento todo va como la seda.

—Mejor para vosotros, los noruegos cuando quieren son un coñazo.

—Están comportándose. —Gabriel observó a Claire, distraída con la decoración mientras masticaba—. Te dejo, enhorabuena otra vez.

—Gracias, Gabe, cuidaos mucho.

En cuanto finalizó la comunicación, pensativo, Gabriel llenó las copas de vino, feliz por la próxima paternidad de Jack y también envidiando su puntería.

—Jack y Cora van a tener un hijo.

—Me lo he imaginado. Qué bien.

—Dice que no lo buscaban.

—Suele ocurrir. ¿Te molesta?

—No. Me ha impactado.

—Nosotros pronto tendremos uno.

—Claro que sí. Seguiremos practicando —dijo más animado—. El fin de semana del quince hemos quedado en Quebec.

—¿Cuándo se muda Sean?

—En cuanto hayan reformado la casa. Por cierto, me ha llamado Daniel, quería comentarnos algunas cosillas.

—¿Tuyas o mías?

Para Jack no pasaron las horas el día de la concertada visita con el ginecólogo, hasta salir del despacho fueron eternas. E incluso así, no logró centrarse en la conversación de Martha esperando a Cora en el mostrador de recepción, desviaba los ojos con frecuencia hacia el pasillo. A falta de pocos minutos para ver por primera vez a su proyecto de hijo, era prácticamente imposible que camuflara una dispersión mental proclive a arrancarle una sonrisa soñadora.

Cora cerró la puerta y atravesó diligente el pasillo atenta al brillo burlón en unos ojos magnéticos que la repasaban, causando un hormigueo sobrecogedor en su piel como el roce del hielo, inmediato para endurecerle los pezones y erizarle el vello. Jack detuvo la observación en el movimiento de sus caderas, con una falda negra; en la blusa estampada, insinuando unos pechos que amasó en otra imagen calenturienta; y en una boca apretada, incitante para mandarle un ramalazo lujurioso al recordarla mimándolo delicada.

—Hola —saludó Jack. La besó en los labios delante de su secretaria, sin lengua; un roce tierno después de muchas horas sin catarla—. ¿Nos vamos? —preguntó en un murmullo. Cora asintió, la cogió de la mano y añadió andando—: Hasta luego, Martha.

En soledad, aprovechando la espera del ascensor, volvió a besarla cómo deseaba.

—Quédate quieto.

—Lo intento.

Las manos sujetas a la cintura de Cora y los labios en su cuello desmentían esas palabras.

—¿Estás nervioso?

Jack se quitó las gafas, las guardó en el bolsillo de la chaqueta de otro elegante traje oscuro y dejó caer con suavidad la cabeza hacia delante.

—Si esto va a ser así todos los meses, no sé qué será de mí. Llevo todo el día como un flan.

—Relájate. Para mí también es la primera vez.

—Me estoy obsesionando, y ya sabes que me pongo insoportable.

—Por eso, si quieres que acabemos el día en paz, haz el favor de tranquilizarte.

Tras derrapar al salir del garaje, Jack conducía de rallye por Manhattan. En varias ocasiones Cora se sobresaltó hasta gritar asustada, creyendo que atropellaba a una señora mayor; aunque tuvo la deferencia de parar con el semáforo en ámbar.

—Vamos bien de tiempo, por favor, no corras.

—No sé por qué tienes el médico tan lejos.

—Vivía en Queens, por eso.

—Utiliza el seguro médico del banco. El Monte Sinaí nos viene más cerca.

—Olvidas que es solo para ejecutivos sénior.

—¿Solo? —preguntó confuso—. Creía que lo tenían todos los empleados.

—No.

—Mañana te daré de alta conmigo.

—Prefiero mi médico.

—¿Cuántas veces te ha visto? No creo que tengas un gran historial con él.

—No, pero me gusta, y no voy a cambiar porque para ti sea más cómodo ir a otro.

—Si vamos a empezar a discutir, me lo dices. Pero mi opinión también cuenta. Vivimos juntos y vas a tener a mi hijo; voy a incluirte en mi póliza te guste o no.

—Te recuerdo que no estamos en el despacho.

—Lo tengo claro.

—No estoy muy segura.

—Piensa lo que quieras, pero no vamos a volver a este médico.

—Ya lo veremos.

—Como te encabezones vamos a discutir y no quiero amargarme el día.

—Aplícatelo tú también.

—¿Me puedes decir qué coño te pasa? —preguntó, explotando—. Estoy harto de que rechaces todo lo que quiero. Me tengo que joder porque pasas de casarte conmigo, lo acepto. Me sigo jodiendo cuando te largas porque quieres estar unos días sola. ¿Qué tengo que hacer para que aceptes algo de mí? —preguntó frustrado—. Solo pretendía que estuvieseis conmigo en mi maldito seguro, solo eso, Cora, nada más. ¿Quieres seguir viniendo a esta mierda de consulta? —Aparcó con brusquedad detrás de una furgoneta de reparto, en una zona de carga y descarga—. Muy bien, vendremos. ¿Algo más?

Impasible desde que empezó a gritar, Cora no cambió la rigidez de su postura, sin intención de ceder a la presión de ese amor irracional capaz de aniquilarla o revivirla. El carácter de Jack podía destrozarle el corazón; era un riesgo aterrante; pero también conseguía fortalecerla a base de una protección exagerada.

En el edificio donde el doctor Duncan Shawyer tenía la consulta, las pintadas de la fachada gris lograron hundir un poco más las míseras expectativas de Jack. Sobre todo, una; con una caligrafía abombada y negra, leyó: «*No fear*». Resopló cuando Cora pasó por delante al entrar, pero se calló su impresión sobre las paredes sucias con desconchones, la oscuridad o el insalubre olor que se adueñó de su olfato conforme subieron a la tercera planta por una destartalada y estrecha escalera de madera.

Una señora enjuta con más posibilidades de estar jubilada que aún en activo abrió la puerta después de varios minutos. Tenía el rostro surcado por una infinidad de arrugas profundas, unos minúsculos ojos azules parapetados tras los cristales de aumento de unas gafas prehistóricas, y un remilgado moño de ralo cabello gris peinado en un sospechoso zigzag, simulando un campo arado en plena borrachera.

—Hola, soy Cordelia Hosborn. Tengo cita con el doctor.

—Un momento, les avisaré en unos minutos. Pueden esperar en esa sala.

Con un índice huesudo, la señora apuntó hacia un rincón de la habitación y se sentó en su mesa sin ordenador pero abarrotada de papeles, revistas, y una colección de pequeñas figuras de porcelana que captaron la curiosa atención de Jack.

Tan decadente como todo lo visto, la sala de espera encajaba por el tono lúgubre de las paredes, un sofá marrón oscuro, cuatro sillas de madera y una mesita rectangular con revistas de salud, moda, cotilleos y periódicos atrasados. Para ignorar la tensión con Jack, antes de sentarse a su lado, Cora cogió un ejemplar de *Vogue*, de enero del 2005, y empezó a darle la razón; aquello era un desastre.

Mientras, Jack se resistía en apartar los ojos de la mujer. Había sacado un archivador, una caja de cartón verde con un asa metálica, y revisaba las fichas con tanto detenimiento que caviló si no estaría leyendo los historiales completos de todas las pacientes, en ese tiempo él habría leído dos libros. Reparó otra vez en las figuras de porcelana, incrédulo ante la información que distinguía, y se levantó para salir de dudas.

—Disculpe. —Jack habló a pocos centímetros de la señora, concentrada en su tarea—. ¿Cree que tardará mucho? —preguntó amable. La mujer no se inmutó. Para dar más énfasis a su voz, repicó los dedos en la mesa—. Disculpe.

—Sí —contestó, echando el cuerpo hacia atrás de forma violenta.

—¿Cuándo nos toca?

—En cuanto salga la paciente que hay dentro van ustedes.

Jack inclinó ligeramente la cabeza y desvió la mirada a las figuras, «¡Dios! Es cierto». Volvió a sentarse junto a Cora y, conteniendo una sonrisa, apoyó los codos en las rodillas.

—¿Qué pasa?

—A la vieja le va la marcha. Tiene una minicolección del Kamasutra en porcelana. A lo mejor practica con el médico.

Recibió una palmada en la pierna.

—No seas malo. A lo mejor es un regalo de alguna clienta.

—¿Quién regala algo así?

Cora encogió los hombros.

—Vete a saber.

El doctor Shawyer abrió la puerta de la consulta y despidió a un matrimonio, ella con un embarazo bastante avanzado. Después de soltar unos documentos en la mesa, les invitó a entrar en un tono firme para estrecharles las manos con seguridad. Se le veía muy saludable en comparación con su enfermera: un cuerpo alto, delgado, cara alargada con una perilla añadiéndole una expresión quijotesca, y un pendiente en el lóbulo izquierdo más propio de un rockero que de un respetable ginecólogo con una fama precedida por excelentes referencias.

Se sentaron frente a él aguantando una inquisitiva observación, alterna entre los dos y el reloj con forma de labios que colgaba en la pared junto a la puerta.

—Bueno, Cor, cuéntame ¿qué te trae por aquí?

Jack cruzó los brazos en el pecho, asombrado por una confianza fuera de lugar.

—Estoy embarazada.

—Enhorabuena —dijo Sawyer divertido—. Entonces, debería examinarte.

Después de una revisión profesional que sorprendió gratamente a Jack, bajaron emocionados a la calle. En aquel momento, no hubo suficiente humedad, penumbra ni aromas pestilentes que enturbiasen la enorme alegría de los dos sabiendo que el embarazo de cinco semanas se desarrollaba de forma normal. De golpe se detuvieron, el hueco que veían sus pasmados ojos no podía ser real.

—¿Y el coche? —preguntó Cora.

Jack le soltó la mano, cruzó la calle y recogió del suelo el recuerdo que la policía le había dejado por aparcar en una zona prohibida. Sonaron con claridad una sucesión de tacos y se vieron aspavientos incontrolados con tirones de pelo incluidos. Ese festival

sensorial atrajo la atención incómoda de las pocas personas que transitaban la acera a la vez que Cora imaginaba una aciaga noche donde solo jugaba a su favor la competencia de Shawyer.

—Es la última vez —sentenció Jack, buscando con la mirada en el tráfico.

Paró un taxi y, después de indicarle la dirección del depósito de vehículos que leyó en la multa, mantuvo una actitud comedida, pensando en el hijo que la próxima primavera estaría con ellos y en la tranquilidad que necesitaba; algo imposible con un especialista solo bien cualificado, como mínimo debía disponer de una consulta preparada con todos los medios higiénicos y sanitarios para prestarles un servicio confiable hasta ese ansiado día.

Pasaban las once del viernes cuando salió Jack del despacho tras hablar con Andy durante más de una hora. Con intención de tomarse un café, enfiló el pasillo sin quitarse a Cora de la cabeza, tal y como venía haciendo de noche y de día en la última semana. Frente a la máquina, vio llegar a Michael. Por el parco saludo y la cara de pocos amigos, dedujo que no andaba atravesando un buen momento; otro más. En cuanto se sirvió Jack un vaso bien lleno, se acercó a la mesa de Martha, donde varias personas esperaban mientras ella hablaba por teléfono. De inmediato, la eficiente secretaria tapó con una mano el auricular para atenderlo.

—Lo siento, Jack —dijo Martha al confirmar que Cora seguía incomunicada—, no lo coge.

—No te preocupes. —Jack sonrió disimulando—. Inténtalo más tarde.

Jack volvió al despacho tratando de alejar la intranquilidad por la ausencia de Cora. Desde que llegaron al banco le perdió la pista y la entrada de Michael no mitigó su preocupación, tuvo el efecto contrario. Cada cierto tiempo interrumpía el trabajo y la llamaba, siempre sin respuesta. Durante el descanso para almorzar salió del edificio con Trevor y James Atkins, uno de los mejores amigos de sus padres, para comer en un restaurante italiano a solo tres calles de allí. Logró distraerse hablando de la inversión que Gabriel había gestionado, en cambio, al regresar y ver que Cora todavía estaba desaparecida fue al despacho de Michael. Llamó a la puerta, pero no esperó ninguna invitación.

—Hola, Michael.

Jack entró, se sentó frente a él y cruzó una pierna sobre la otra. La mesa de Michael tenía una pantalla de ordenador plana,

varias pilas de documentos perfectamente alineados y otros esparcidos sobre la mesa, que él recogió con tranquilidad para despejarla.

—Hola, Jack. ¿Necesitas algo?

—¿Cómo lleváis el proyecto?

—Muy bien. Creemos que fijando una promoción del 10% de descuento en las estaciones de servicio e incluyendo operaciones de compra en periodos determinados, cumpliríamos el objetivo de incentivar el uso de las tarjetas —explicó serio—. El lunes tenemos una reunión con Bill Patterns. Creemos que ajustando uno de los puntos del acuerdo con ExxonMobil para realizar ofertas no tendríamos competencia.

—¿A qué hora tenéis la reunión?

—A las nueve. Íbamos a hablar contigo cuando tuviéramos los datos exactos de Bill.

—Intentaré pasarme. ¿Dónde está Cordelia?

—Tenía concertada una cita con el tío de Nueva Jersey, no recuerdo a qué hora ¿Por qué?

—¿Va todo bien?

—Perfecto. Es un pesado que quiere sacarnos los ojos, pero hoy en teoría firmaba con ella. Ha llevado la negociación sola y, excepto por un par de cosas que vimos antes de cerrar el acuerdo, lo está haciendo bastante bien. No había trabajado antes con nadie y la experiencia para mí es positiva.

—Me alegro de que os entendáis. —Jack se sorprendió por esas palabras amables, viniendo de él eran un gran halago hacia Cora —. Reconozco que tuve mis dudas con los dos.

—No sé si te ha comentado algo sobre mí, pero aclaramos nuestras posturas y desde entonces creo que formamos un buen equipo; tú eres quien debe valorarlo.

—No me ha dicho nada y de entrada estáis cumpliendo con el objetivo, cuando vea la campaña de las tarjetas hablaremos.

Michael asintió, cavilando en su compañera, y Jack lo dejó solo. Para un competidor nato como él rozaba la justicia reconocer el esfuerzo y la valía. Esas cualidades que la honraban también contribuían a enriquecerlo e incitar que mejorase, y rodearse de competentes profesionales siempre había sido una de sus máximas.

Caminando hacia su despacho, Jack se sentía inflamado de orgullo y presa de un impulsivo histerismo que solo instigaba pensamientos negativos. La humildad de Michael y el aprecio por Cora fueron desconcertantes, pero lo que de verdad le carcomía era la nula consideración de ella al no haber sido capaz de llamarlo en todo el día. Oyó su voz alegre saludando a Martha y regresó corriendo al

mostrador para ver de refilón la puerta de su despacho cerrándose. Al instante, llamó varias veces con los nudillos.

—Hola —dijo Jack entrando. El alivio al saber que estaba bien quedó patente con una sonrisa amplia y una mirada gratamente sorprendida. Tras la mesa, Cora lucía unas gafas con la montura roja que le aportaban un aire intelectual muy sexi—. ¿Gafas?

—Sí. Parece que los dolores de cabeza eran por la hipermetropía. ¿Cómo me quedan?

Jack se acercó con lentitud, se paró y apoyó las manos en el respaldo de una silla, de las dos que había delante de la mesa.

—Como todo, perfectas —dijo al sentarse.

—¿Tienes que ver algo conmigo?

—Quizá.

Cora se quitó las gafas, mordió seductora una patilla y preguntó:

—¿Vas a decírmelo?

—Prefiero que lo veas.

—¿Qué es?

—Te va a gustar —dijo manteniendo la sorpresa que le tenía preparada para esa noche. No era otra que asistir a la exposición de arte abstracto al lado del apartamento, para que eligiera algún cuadro a su gusto con el que tapar otra vacante en la pared del salón y, por encima de todo, porque deseaba que sintiera propia su casa—. Te espero a las seis en el vestíbulo, sé puntual.

La sonrisa alegre de Jack podía interpretarse de varias maneras y ella optó por la más motivadora: su cuerpo amándola.

Satisfecho por la expectación creada, salió sin remordimientos, convencido de que Cora había malinterpretado su intención.

Cuando un par de horas más tarde llegó Cora impaciente al hall, vio a Jack con una camisa diferente, su sonrisa devastadora y los ojos fijos en sus labios, retocados de rojo. La saludó con un beso casto en la mejilla y mantuvo una distancia prudente en el ascensor cuando bajaron con algunos compañeros, hasta el aparcamiento del edificio donde él tenía una plaza fija. Allí, entre una dura columna de hormigón y la rotundidad de su cuerpo, atrapó a Cora para saciarse besándola como un cavernícola; ni se frenaba ni pensaba hacerlo. Por eso, en la soledad de aquella geometría de rectas siluetas, la explosión apasionada que no midieron anuló la buena intención de Jack, la reserva en un restaurante japonés y la asistencia confirmada en la galería MaiSa a la nueva exposición de Janssen.

El Aston Martin fue escenario y mudo testigo de un subidón

hormonal propio de una mujer embarazada y la dosis habitual de testosterona de su propietario. Ni siquiera dos pulpos enamorados habrían sido más hábiles para amoldarse a la estrechez de los asientos; ni más lentos en desliarse cuando acabaron sudorosos dentro de la burbuja caliente que empañaba los cristales y de manera natural les brindó una privacidad poco codiciada hasta ese preciso momento.

Afortunadamente para Claire y Gabriel, cuando ese mismo día aterrizaron en Terranova y llegaron a su casa, a pesar de haber oscurecido, encontraron a Daniel inspeccionando la obra. Contento por los progresos, el arquitecto se explayó comentando incidencias y curiosidades, ajeno a la admiración que su entusiasmo transmitía.

De entrada, la biblioteca de la planta baja ya estaba unida al despacho y, aun con barras de acero apuntalando las vigas, pudieron hacerse una idea precisa del espacio.

—Me encanta la espiral, Daniel —dijo Claire sonriendo. Pequeños trozos de cerámica turquesa, verde, blanca y amarilla, formaban en el suelo una espiral enorme mezclada con cortes de madera clara y oscura; faltaba la mitad de la figura, pero se intuía la belleza—, es impactante. Estoy segura de que en cuanto esté acabada será una maravilla.

—Me alegro —dijo Daniel, echando un vistazo alrededor, continuó hablando—. Creo que esta habitación será mi homenaje a Gaudí, entre el suelo, los pilares de forja y la nueva estantería tallada, va a ser la más modernista de toda la casa.

—Me gusta. —Gabriel se agachó y tocó algunas piezas con una textura lisa, fría y deslizante—. ¿Encontraste al carpintero?

—No, tenías razón, está jubilado —respondió Daniel casual—, pero hemos tenido suerte, el que tenemos trabaja muy bien, lo conoce y está siguiendo la misma línea. —Daniel recordó el misterioso hallazgo y se dirigió a un rincón de la habitación. Buscó entre varias cajas apiladas y sacó una carpeta de piel atada con dos lazos desgastados—. Cuando retiraron la biblioteca, oculto en el panel trasero, encontraron un compartimento con esto.

Nadando en aguas confusas, Claire cogió la carpeta que algún miembro de su familia había guardado con afán. Estaba bien conservada y pesaba. No fue consciente de su mala educación al salir omitiendo una despedida, solo podía mantener los ojos fijos en la caligrafía inclinada hacia la derecha, estirada y poco legible que hacía años no veía; esa letra era de su abuelo.

Sentada en el sillón del salón, inclinó la cabeza y pegó la

nariz al cuero viejo aspirando su aroma fundido con el intenso del tabaco que Charles fumaba. Sacó algunos sobres con diferentes matasellos, todos con el mismo remitente: Alexei Barinov; también, unos papeles amarillentos que parecían oficiales. Leyó rápido, apenas dando crédito al contenido; si era verdad, y por el celo puesto en guardarlos debía serlo, su padre fue adoptado en Inglaterra. Ojeó otros documentos y llegó al certificado de matrimonio entre sus abuelos Charles e Iris; ella, muerta por pulmonía al año de la boda. Curiosamente, celebrada en abril de 1953 en Liverpool, donde Chris había nacido un mes antes. Aturdida por la información, no escuchó la puerta principal al cerrarse cuando Daniel dejó la casa ni tampoco los pasos de Gabriel al entrar en el salón.

—¿Qué son? —preguntó, se sentó en el sofá mirando con preocupación la palidez de su cara.

—Los papeles de la adopción de mi padre.

—¿Era adoptado?

—Parece que sí. Sé lo mismo que tú.

Claire tendió el brazo y le dio los más importantes. Tras una lectura concentrada, Gabriel dijo sonriendo:

—Qué le gusta un secreto a tu familia.

—No tiene gracia. No sé por qué lo ocultó, o ¿cómo pudo ocultarlo a todos?

—Podía tener varios motivos de peso. ¿Quieres investigarlo?

—No lo sé. Lo leeré todo y en función de lo que encuentre decidiré. Pero no entiendo cómo la gente no se extrañó con mi padre.

—¿Qué quieres decir? Antes de que te enredes en hipótesis, ten presente quien era tu abuelo en esta ciudad en esa época. Nadie cuestionaría nada de lo que hiciese. ¿Criticarías a tu patrón?

—Claro que no —replicó molesta—, hasta ahí llego. Pero cuando vino de Inglaterra con la abuela y mi padre es imposible que no hubiese rumores. Por favor, cariño…

—Siento no estar de acuerdo contigo —comentó Gabriel, sirvió dos copas de vino y le dio una a Claire—. Tu abuelo era un hombre rico, con credibilidad, parto de esa base. Imagino que viajaría con cierta frecuencia, tanto los empleados como los vecinos lo verían, ¿por qué no podía tener una esposa en Europa? ¿Quién te ha dicho que nadie de aquí supo nada de la boda en Liverpool? Si lo piensas, tiene hasta su lógica. Pudieron decir que ella se quedó embarazada muy pronto, o que ya lo estaba cuando se casaron, y esperaron a que el niño tuviera unos meses para hacer un viaje tan largo en barco. Era normal que tu abuelo volviera aquí sin ella para llevar la factoría y que viajara de nuevo para traerlos.

—Sería un matrimonio acordado —dijo pensativa—. Me ha dejado bloqueada. Siempre me había preguntado por qué el abuelo tardó tanto tiempo en casarse y tener a mi padre. Recuerdo que me contaba la historia de la fábrica, los años tan duros de sacrificio hasta convertirla en la factoría que fue, el poco tiempo libre que tenía. —Claire se perdió en sus recuerdos, un instante después, añadió—: Nunca hablaba de la abuela, solo eran él y mi padre. Me da mucha pena que se casaran sin amor.

—Eso tampoco lo sabes —dijo Gabriel severo. Claire enarcó una ceja, en un gesto irónico que no le desanimó—. Tu abuelo dedicó su vida a la fábrica, a su hijo y a esta casa, no intentes comprenderlo ni buscar respuestas donde no vas a encontrarlas. Si llegó a un punto en su vida en el que prefirió ser viudo y criar solo a un hijo, que no siendo suyo debió desear profundamente, tendría sus motivos.

—Seguro. Aunque abre una incertidumbre en mi vida que no tenía y no sé si seré capaz de ignorar.

—Eso debes decidirlo tú. Probablemente la familia que le pudiera quedar a tu padre en Inglaterra no tendrá ni idea de nada. Solo tienes el nombre de la madre, por lo que me imagino sería soltera, y si después se casó, a no ser que contrates a un detective, será complicado seguirle el rastro.

—Gracias, Sherlock.

—Ríete, pero sabes que tengo razón. Te conllevaría un tiempo que no tienes.

—Ya pensaré cómo lo hago. ¿Y quién es Alexei Barinov? —preguntó intrigada. Viendo a Gabriel apretar la frente, cayó en que él no había visto las cartas; las buscó y se las enseñó—. No sé quién es, pero debió ser importante cuando estaban guardadas entre los documentos de la adopción.

—Sí —admitió tras unos segundos admirando los sellos antiguos de los sobres amarillentos—. Es curioso que haya algunas dirigidas a tu abuelo y otras a tu abuela.

—Mucho —dijo reflexiva. Tardó unos minutos en recoger los papeles, que guardó en la carpeta, sin querer pensar más en el rompecabezas secreto de su familia, intuyendo que el juego acababa de empezar. Ya tendría tiempo de sobra para encajar las piezas, en ese instante, le importaron más sus obligaciones presentes—. Me voy a la buhardilla, tengo que terminar unos ejercicios.

—¿No puedes dejarlos? —preguntó Gabriel, andando rápido detrás—. Vente al jardín —dijo animado, la cogió por la cintura y bajó la cabeza para besarla—. Un ratito, un vinito…

—Suena tentador. —Lo besó en los labios—. Pero quiero

aprovechar hasta que nos acostemos, voy retrasada.

—Aprovéchate de mí —susurró Gabriel.

—No insistas, cariño. He perdido más de quince días, luego te compenso.

—Espero que valga la pena lo que estés haciendo.

—Por supuesto. Es un trabajo de clase, y va a dar de qué hablar en la ciudad.

—¿De qué va?

—Es una sorpresa. Ya te lo enseñaré. Tu opinión me interesa.

—¿Desde cuándo?

—De siempre. Ya te dije que eres el mejor modelo que podría tener.

—¿Es una de las fotos de Londres?

—Sí, pero no posabas.

—Saldré bien ¿no?

Claire no disimuló una sonrisa sarcástica.

—No tengo palabras.

Gracias a sus horarios, Claire no colapsó ni Gabriel volvió a ostentar el primer puesto como daño colateral mientras los obreros avanzaban la remodelación de la casa, y de paso evitaron un ruido constante, un polvo invadiéndolo todo y los nervios de Eloise no dando abasto.

Desde la biblioteca de la Escuela de Arte Koning, al lado del campus universitario, Claire continuó su trabajo alejada de la curiosidad de Gabriel, que husmeaba en sus cosas con total impunidad sabiendo que era el protagonista de la foto y no se había visto, también contaba con un ordenador más potente que su portátil y, sobre todo, por el apoyo de su tutora: Virginia Rodhein. Era una mujer de cuarenta y pocos años, alta y delgada, con aspecto bohemio y juvenil, y un rostro simpático y bronceado, marcado por pocas arrugas insinuadas alrededor de unos inquietos ojos castaños, que parecían buscar indicios de genialidad en sus alumnos.

—Me gusta mucho. —Virginia se situó detrás de Claire, concentrada en la imagen de la pantalla—. El impacto agresivo del agua en el cuello es muy visual y el contraste del color me parece original.

—Gracias. Quiero cortarla en tres partes horizontales y ampliarlas a un tamaño natural. Espero tenerla lista dentro de un rato.

—Dan ganas de acariciarlo —murmuró sonriendo—. Menudo cuerpo. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Tienes cuenta en el Scotia?

—Sí, ¿por qué?

—Porque habrá cola cuando se sepa quién es —dijo divertida. Quizá porque era la alumna más mayor, a Claire le caía bien Virginia y sentía que era recíproco. Durante el tiempo que llevaban conociéndose había surgido entre ellas una complicidad amistosa grata para las dos—. Me estoy jugando mucho…

Virginia abrió los ojos como platos.

—¿Has usado a tu chico sin pedirle permiso? —preguntó incrédula.

—Siempre me dice que me aproveche de él. —Claire habló conteniendo la risa—. Aunque va a alucinar bastante.

—Él y todas las mujeres de San Juan.

Hablando con algunos compañeros en el hall de la escuela de arte donde se exponían todas las obras del proyecto de la profesora Rodhein, Claire esperaba en pocos minutos a su novio después de imprimir la fotografía, colocarla en la pared sin ayuda y correr como una loca regresando a su casa para vestirse y llegar puntual a la primera inauguración de su vida. Por fin, otro sueño se dejaba acariciar; el más perseguido, el anhelado con más entusiasmo y el repudiado hasta la saturación. Aquel que estuvo a punto de aniquilarla resurgía poderoso para canalizar esa creatividad inquieta que lograba hacerla feliz.

En cuanto Gabriel entró, Virginia sonrió al verlo absorto delante de su propia imagen. Incluso con el traje negro a medida que vestía, su cuerpo marcaba los mismos músculos que en la sala atraían miradas inconscientes hacia *Natural*, como Claire llamó a esa fotografía. Se acercó a él, y extendiendo el brazo, lo saludó con una expresión afable:

—Hola, señor Drake, no esperaba verlo por aquí.

—Hola —saludó Gabriel insinuando una sonrisa. Creyó conocer a la mujer, pero no la ubicó exactamente—. ¿Es clienta del Scotia?

—Sí, desde hace muchos años —respondió con calma—. Y también soy profesora aquí.

—Disculpe, no lo sabía —dijo Gabriel incómodo por la mirada atenta de la mujer; sin pudor le recorría de arriba abajo, muy despacio—. Mi novia es una de las alumnas que expone hoy.

—Claire, ¿verdad?

—Sí —respondió, la buscó con la mirada, sin encontrarla—.

Estaba un poco nerviosa.

—No será por el modelo que ha elegido, tiene un cuerpo perfecto. Fíjese en la sensualidad de las curvas en las nalgas —dijo divertida. Al notarlo abochornado, añadió—. Ufff, menudo cañón.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. Bromas aparte, la imagen es espectacular. Ha captado la frustración y la rabia con mucha fuerza.

—Sí. —Gabriel prefirió encubrir el impacto que lo había tensado viéndose desnudo, contemplado con avidez por montones de ojos—. Tiene un don para ver dentro de las personas.

—Eso es importante, transmitir. —Virginia descubrió a unos conocidos y se despidió de Gabriel dándole un apretón en el brazo—. No se avergüence, ha salido espléndido.

Gabriel movió la cabeza sonriendo y dedicó los siguientes minutos a recorrer el resto de la exposición. No supo si fue porque no era objetivo, pero ninguna de las otras obras le dijeron nada especial. Sin embargo, con Claire realmente sintió la grandeza de una carrera iniciándose. Tenía valentía, era la única que arriesgó con un desnudo de ese tamaño; innovaba en una presentación con tres partes, mostrando una pequeña porción de su culo, dando protagonismo a la musculatura del torso y las piernas; la composición del espacio tenía equilibrio; y el movimiento del agua guiaba la mirada al punto de atención que ella buscaba: la curva entre la espalda y el cuello, donde las gotas de agua rompían abruptamente saliendo disparadas en todas direcciones.

Claire lo sorprendió con un beso en la mejilla, ajeno al murmullo que tenía alrededor.

—Hola, cariño. Llegas tarde.

—Hola —saludó observando una camisa blanca, un pantalón beige y las sandalias negras de tacón alto que tanto lo aceleraban—, menuda sorpresita.

—¿No te gusta? —preguntó, intentando no sonreír.

Gabriel se inclinó sobre ella y le habló en el oído:

—Es increíble, pero que sepa no tienes derecho a usar mi imagen sin mi consentimiento.

—Cuando lo venda te pago los derechos que quieras.

—¿Está en venta? —preguntó asustado.

—Por supuesto, es una manera de recaudar fondos para una organización que ayuda a niños sin recursos.

—¿Cuánto cuesta?

—¿Vas a comprarlo? —preguntó sorprendida.

—No me apetece pensar que mi culo estará colgado en casa

de algún extraño.

—Pensándolo bien, podríamos ponerlo en la biblioteca de abajo.

—Mejor en la de arriba —añadió Gabriel con ironía.

—¿Vas a comprarlo en serio?

—Muy en serio. Me ha gustado mucho.

La sonrisa de Claire fue ensanchándose mientras tiraba de la mano de Gabriel hasta el mostrador para formalizar la compra. De manera inesperada, su modelo, de quien albergó serias dudas, estaba entendiendo el trabajo y pagando mil dólares por la primera obra que vendía; siempre animándola, llevándola a otras metas, alentándola a conseguir el más huidizo de sus sueños.

Mientras contemplaba el reflejo de la luna en el lago, sintiendo el aire fresco en el rostro, escuchó Alexei un leve maullido. Poco a poco surgieron de las sombras dos pequeñas bolas esmeraldas, parecían suspendidas en la nada. Con el sigilo de los felinos, una gatita negra se acercó a él y se restregó en sus piernas.

—Hola, *Noiret* —susurró.

El animal no huyó cuando lo alzó perdido en sus manos. Era una mimosa, igual a otra que conoció, con unos ojos muy parecidos y una actitud casi igual. Aunque siempre prefirió los perros, esa gata le gustó. Tal y como ocurrió con Maggie. Recordó a Léonore Bouchaud, los años en Nancy y la traición imperdonable que sentenció su amor. La gata inglesa arruinó sus vidas y marcó sus destinos. Como siempre, apareció el fantasma, las amenazas y la huida sin dejar rastro. Recordaba palabra por palabra su último encuentro con el viejo Clainston antes de salir de la cárcel.

«*—Has tenido suerte, pero no te librarás de mí. Voy a hacer todo lo posible para acabar contigo. Serás un desgraciado el resto de tu vida y, por descontado, no podrás volver jamás.*

—No volveré, de momento. Tengo otros planes —comentó con el mismo odio que destilaba el viejo. En aquellos días ya contaba con el apoyo de Charles Merritt, con su lealtad y con la garantía de que su familia estaría a salvo en Terranova. Se levantó y no dudó en intimidarlo con la envergadura de su cuerpo—. Pero le juro que regresaré a Inglaterra, a Essex. —Sonrió para seguir hablando en un tono frío—. Y cuando llegue ese día todo el mundo sabrá quién soy, y todas sus posesiones serán Barinov; todas y cada de una de ellas. Pienso arrebatárselo todo, absolutamente todo.

—Eres un sucio pordiosero, sigue soñando.

—Es lo que me mantiene vivo, mis sueños. —Alexei arrastró esas palabras, sin nombrar a su hijo todavía en el vientre de Margaret, protegiéndolo de un hombre sin corazón, consciente de que su amigo y su hermana tendrían amor de sobra para él en un lugar remoto pero lleno de posibilidades—. Se arrepentirá de esto. Por mí, su hija puede pudrirse en el infierno. Maldigo a todos los Clainston, y me vengaré todos y cada uno de los días que viva.»

En cuanto volvió al presente, acarició el pelaje oscuro de la gatita acurrucada en su regazo. Podía asumir que nunca cumplió aquella promesa, sin embargo, no sabía interpretar la sensación premonitoria que desde hacía unos días era incapaz de alejar de su corazón; algo crucial se le escapaba y solo había una posibilidad: se acercaba la hora de su venganza.

CINCO

Quebec, 15-9-12
Canadá

En la residencia de John y Elizabeth aún parecía pleno verano por una ola inusual de calor que azotaba Quebec. Aquellos veinticinco grados les concedían un merecido premio para mantenerse bronceados o para almorzar en la mesa de hierro y cristal del jardín debajo de una sombrilla. Solo faltaban Gabriel y Claire, y llegarían en breve.

Mientras unos tomaban unas bebidas sentados en las hamacas alrededor de la piscina en forma de ocho, dentro del agua, Ophie reía alocada jugando con su padre y su tío Jack.

Cora, que bebía un granizado de limón manteniendo una conversación relajada con sus exsuegros, contemplaba risueña la piscina. La actitud cariñosa ante el recibimiento del embarazo, sin que ninguno ocultara una alegría desbordante, animó su satisfacción al percibir la naturalidad de las cosas en el sitio correcto.

—¿Cuándo será el parto? —preguntó Elaine.

—A finales de abril o principios de mayo —respondió Cora, observando a Ophie sobrevolar la cabeza de Jack. La cara de Elaine se encontraba a escasos centímetros de la suya, y la estudió con detenimiento, parecía feliz. Tenía un cutis moreno perfecto y unas pestañas oscuras como las cejas. Sus ojos eran negros, vivarachos y grandes, y pudo apreciar las finas arrugas que los empequeñecían al reír con las tonterías a voz en grito de Sean—. ¿Cuándo os mudáis?

—Estaremos aquí hasta después de la boda. No creo que terminen antes —dijo Elaine resignada—. Sean ha encontrado una oficina en el centro y la semana que viene apuntaré a Ophie a una guardería que está cerca.

—La puedes dejar con nosotros —comentó John.

—Ya, pero es bueno que esté con otros niños.

Elaine bebió un sorbo de té helado, sin dar importancia a la insistencia de sus suegros.

—Ten otro —dijo Elizabeth, guiñando un ojo a John.

—Por ahora va a conformarse con un primito.

—Qué pena que os vengáis, Ellie —dijo Cora—, si

estuviésemos juntos en Nueva York se podrían ver a menudo.

Elaine suspiró mientras se recogía la melena en un moño, cruzándose un lápiz, con una maña increíble.

—Convence a Jack y mudaros también vosotros —dijo Elizabeth en plan sonda, para alentarla añadió—: Además, tus padres también se alegrarían.

—No sé. A Jack le gusta demasiado Nueva York.

—Y a mí —añadió Elaine—. Pero…

—Habla con él.

A John también le hizo ilusión poder disfrutar de sus nietos con Elizabeth, otra vez todos juntos en esa casa que los había visto crecer; el marco perfecto para completar el círculo que para él empezaba y terminaba con ellos.

Al bajarse del taxi que los trajo del aeropuerto, el alboroto alegre de Ophie encaminó a Gabriel y Claire rodeando la casa hasta la piscina. Tras unos saludos efusivos e interesarse por el embarazo de Cora, Gabriel se cambió la ropa por un bañador negro para unirse a sus hermanos. Cuando salió por la puerta acristalada de su antiguo dormitorio, ese y el de sus padres comunicaba con el jardín y la piscina, mirando a John, preguntó:

—¿Por qué no vienes?

Ante la opción de una guerra con sus hijos o cuatro mujeres hablando sin parar, no tuvo una elección difícil; siempre sería más divertido aliarse con Sean y Ophie contra la fuerza despiadada de Gabriel y Jack.

—¿Cómo te va en el curso? —preguntó Elizabeth.

—Muy bien —contestó Claire mientras Elaine le servía un vaso de granizado—, Gabriel ha comprado la primera foto que he expuesto.

—¿Has traído la cámara? —preguntó Elaine.

—Claro. ¿Quieres que te haga alguna?

—A Ophie. Es algo que siempre he querido hacer, que algún fotógrafo profesional le hiciera fotos bonitas.

—No soy profesional, pero gracias —dijo Claire, sonriendo. Cogió la cámara y vio una imagen que le gustó—. Si os ponéis las tres debajo del sauce os hago una.

Pasaron por el borde de la piscina sin llamar la atención de los aguerridos combatientes, llegaron al gran sauce llorón y les pidió que se sentaran cerca del tronco y hablasen olvidando que las enfocaba. En unos minutos, las mujeres, indiferentes a los ajustes que realizaba en la cámara, retomaron la charla. Claire se alejó del árbol, se agachó y dejó que las expresiones de unos rostros relajados

impulsaran sus dedos para atrapar en una décima de segundo el gesto de cada una que perduraría por siempre.

Más tarde, se centró en la diversión enérgica de la piscina: unos torsos bronceados tensos, otros flexionados, risas, gritos extasiados, y unos rizos negros que pasaban volando entre fuertes brazos masculinos. Jack emergió después de una ahogadilla de su padre y movió la cabeza salpicando miles de gotas brillantes en el rostro risueño de John. Fotografió a Ophie catapultada por Gabriel con los ojos oscuros más expresivos que Claire había conseguido detener hasta ese momento. Ninguno se quedó sin su imagen congelada, estaban siendo una inspiración llena de felicidad y —como solía ocurrirle a veces— de golpe encontró el tema de su siguiente trabajo: una serie sobre los sentimientos; un viaje con los mismos modelos en diferentes situaciones de sus vidas.

Tras finalizar un día agotador para Ophie, que cayó rendida en la habitación que compartía con sus padres, cenaron en el jardín entre animadas conversaciones con los proyectos de Sean, las bodas, nuevas perspectivas laborales y mucha ilusión. Aunque habían estado con sus hijos tras el accidente, para John y Elizabeth, tenerlos ahí con sus parejas a poco menos de un mes de su segunda boda, fue muy especial.

—Queríamos pediros a los tres que seáis nuestros testigos —dijo John.

Hubo un silencio compartiendo radiantes miradas.

—Acepto —dijo Jack sonriendo.

—Aceptamos los tres, idiota.

Sean acompañó sus palabras con una colleja.

—¿Dónde vais a ir de viaje? —preguntó Cora.

—No lo hemos decidido —respondió Elizabeth—. Por mí, me perdería en una isla desierta.

—Sí, con palmeras, un sol de lujo… —A Cora la embobó su fantasía—, aguas turquesas, templadas… Qué envidia.

—Si te casaras —dijo Jack, mirándola fijamente—, podrías elegir el destino para tu viaje de novios.

—No, gracias —dijo suficiente, sonrió y añadió—: No ha colado.

—Por intentarlo… —murmuró.

—¿Por qué no te quieres casar? —preguntó Elaine.

—Estamos bien así, para qué cambiar.

Jack movió los hombros fingiendo una sonrisa, cogió una

botella de whisky y se sirvió un vaso, aprovechó el recorrido para rellenar los de sus hermanos.

—Cada uno es libre de hacer lo que quiera —dijo Elizabeth.

—Está claro, no pretendía molestar.

Elaine no tenía intención de incordiar a nadie, y menos a su cuñado, que empezaba a mostrar signos de contención.

—¿Cuándo termina la reforma? —preguntó John a Claire, cambiando de tema.

—En quince días. ¿Vais a venir?

—Sí, el fin de semana.

—Perfecto —dijo Claire contenta—. Os va a encantar, tenemos las expectativas muy altas.

—¿Tienes ya el vestido? —preguntó Cora.

—No —respondió Claire poco inquieta—. Tenía pensado ir a Nueva York para comprármelo.

Gabriel orientó el radar e intentó no perder ninguna palabra de su novia.

—No deberías dejarlo mucho más —comentó Elaine.

—Quiero algo sencillo, no creo que tenga problemas.

—Llámame cuando vayas, me gustaría ir contigo —dijo Cora —. Si quieres puedo ir pidiendo cita en algunas tiendas.

—Gracias, ¿es necesario?

—Sí —afirmó Cora convencida—. Muy necesario.

Al escuchar a su exmujer, sonrió divertido; su novia no sabía a qué se enfrentaba; con Elaine azuzando y Cora como asesora de imagen, le quedaban días inciertos por delante.

—Acabo de tener una idea —comentó Elizabeth—. ¿Por qué no os quedáis ese fin de semana en el ático? Sería una especie de despedida de soltera.

Su madre estaba rematándolo de manera rápida, «¿solas en Nueva York de fiesta?».

—¿Con tu suegra? —preguntó Elaine con sarcasmo.

—¿Disculpa? ¿Tienes alguna queja?

—Puede —admitió irónica.

Como le tirara de la lengua iban a saber las noches en vela que disfrutaban ella y Sean escuchando las actividades tan apasionadas que se traía con John.

—Ya hablaremos tú y yo —dijo Elizabeth.

—En privado, por favor.

Elizabeth frunció el ceño y miró a Sean que movió rápido los hombros, apresando sus labios con fuerza.

—¿Qué era aquello que debía aconsejarte? —preguntó Jack

—. Dijiste que me lo contarías en presencia de tu abogado.

—Tonterías nuestras —respondió Gabriel, indiferente—. Luego te pido ayuda.

Gabriel y Sean sonrieron, los dos sabían a qué se refería.

—¿Ayuda para qué? —preguntó John.

—El otro… —murmuró Sean.

—¿Qué os pasa? —preguntó Claire.

—Nada.

Al decirlo, Gabriel no pudo contener un estallido de risa bajo un montón de ojos intrigados que Sean secundó. Viendo el ambiente distendido, Claire sacó la cámara e hizo algunas fotos entrañables. Una le gustó en especial porque representaba tal cual la buena racha que todos vivían. Gabriel quedó inmortalizado con el cuerpo inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas y la mirada atenta en Elizabeth, que hablaba con Sean sin percatarse de que John no le quitaba los ojos de encima mientras Jack bromeaba con Cora y Elaine, las dos risueñas.

Un buen rato después, aunque la noche era extremadamente cálida e invitaba al baño, los tres focos subacuáticos de la piscina iluminaban a Gabriel tumbado en una de las hamacas, pensativo mirando las estrellas, poco animado a refrescarse. El sonido de la puerta corredera del dormitorio captó su atención, se incorporó y a punto estuvo de caer de espaldas noqueado por el cuerpo de Claire con un pequeño bikini blanco en una estimulante visión soñadora.

—Hola, ¿has probado el agua?

Claire metió los pies en el primer escalón, no parecía desagradarle la temperatura.

—No —dijo cuando encontró la voz.

—¿No vienes? —preguntó, alejándose nadando.

El matiz sexual en esas palabras lo endurecieron más que unos pezones marcados bajo una tela llamándolo a gritos. Observándola, se levantó para sentarse en el borde, sin ganas de enfriar una impaciente erección; mejor dicho, ningunas ganas.

—Creo que no.

—¿Por qué?

—Estoy bien aquí.

Claire colocó las manos mojadas en los muslos de Gabriel sofocando el calor de una piel deseosa de más contacto. Luego, llegaron las suaves caricias a su abultada entrepierna para que perdiera la noción del espacio y el tiempo.

—¿Te gusta?

—Demasiado —respondió susurrando, con la mente

empujándolo a bajarse el bañador y meterse de lleno en esa boca provocativa que se acercaba con una lengua cautelosa a su estómago —. Cariño, no puedo más.

Siempre la sonrisa de Claire lo desalmaba, pero cuando era ella quien tomaba la iniciativa en el sexo con picardía, sin complejos, alejada de cualquier mal recuerdo; cuando veía claramente que solo pensaba en él, entonces, se inflamaba de orgullo dispuesto a saciarla para colmar su vida igual que ella lo llenaba a él. De pronto, Gabriel cambió de estrategia y se zambulló de cabeza en el agua, no era ningún sacrificio apaciguarse para jugar un rato; su viril esplendor no tardaría en volver, pero en la intimidad del dormitorio; ahí le daría el preámbulo perfecto.

Para Jack las cosas sucedían a otro tempo después de otro encuentro amoroso. Navegaba en la sensualidad de las tiernas caricias de Cora que recorrían con la mano un erizado y sensible costado.

—¿Sería posible trasladarnos aquí? —preguntó Cora muy bajito.

—¿Qué?

Cora levantó la cabeza y lo besó en el pecho.

—Tus padres me lo han insinuado.

—¿Quieren que vivamos aquí?

—Eso creo. Supongo que les hace ilusión, y por otro lado, a mis padres también les gustará la idea.

—¿Tú quieres vivir aquí? —preguntó serio.

—Me da igual, donde tú estés.

—No quiero dejar Nueva York. Tendría que empezar con un equipo nuevo y no me apetece. No es un buen momento para nosotros. Tú no llevas ni tres meses… Vamos a darnos algo de tiempo.

—Como quieras. Ya te he dicho que me daba igual.

—Sé que con el bebé estaremos solos, pero no me preocupa, ya veremos cómo nos organizamos —comentó confiado. La besó en los labios—. ¿Estás preocupada por eso?

—No, sé que todo va a ir bien.

—Y yo, nena. Todo nos irá de maravilla.

—Seguro —dijo melancólica.

Jack le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No te lo he dicho porque no hablamos de trabajo en casa, pero sé de buena tinta que tienes unas perspectivas excelentes.

—¿Qué información manejas?

Una mano deslizándose perezosa hacia unos genitales

masculinos advertían que pronto su dueña iba a tener un informe detallado de esas noticias.

—Más abajo —susurró excitado. Obtuvo su recompensa y añadió—: Ejecutiva sénior.

Cora detuvo el movimiento y se subió a horcajas sobre él.

—¿Me estás ayudando?

—No.

—¿Seguro?

Otra vez la maldita mano poniéndolo en jaque; su reina se había empeñado en matarlo.

—Mucho —jadeó.

Cora se movió para atrás, inclinó el cuerpo hacia abajo y respiró muy cerca del miembro rígido de Jack. Otra caricia y vibró ansioso. Poco a poco sus labios lo rodearon; fue degustándolo con la húmeda suavidad de la lengua en el interior de una boca complaciente; la misma que los sincronizó encadenando gemidos hasta la gloria de un adictivo placer.

El Club de Golf Royal Quebec, establecido en 1874, era uno de los más antiguos de Canadá, el favorito de Gabriel y John desde su reciente renovación y, durante la dominical mañana soleada, también lo fue para Jack. Calibrando los golpes por la brisa fresca que anunciaba con ímpetu el final de un extraño verano tan largo como cálido, jugaban un partido entre ellos. Ese ligero silbido soplaba locamente las doradas hojas de los árboles mutando verdes por cobrizos otoñales, apenas les molestaba al andar a lo largo del campo, pero agitaba las ramas en una danza de destellos luminosos y podía desviar un tiro certero.

—Te noto ausente —dijo Gabriel.

—Estoy un poco cansado. —Jack apoyó el cuerpo en la mano que sostenía su palo y John se preparaba para lanzar a unos metros—. No duermo muy bien.

—A Cora se la ve feliz.

—Sí, aunque es una cabezona.

—¿No me digas? —preguntó Gabriel irónico.

—Excepto porque vivimos juntos, en todo lo demás quiere ser totalmente independiente. A veces me pone como una moto.

—Relájate, o no vas a vivir para contarlo.

—Eso quiero, pero me cuesta controlarme.

—Tendrás que adaptarte. Cuando nazca el bebé olvida la vida que llevas.

—Me da igual, no la echo de menos, pero me gustaría casarme y sentir que tengo mi propia familia.

—Aunque no estéis casados, la tenéis.

—Tú podrías decir lo mismo; en cambio, vas a casarte con Claire, y es tu segunda vez; papá y mamá, igual —comentó más irritado de lo que pretendía—. Joder, para mí sería la primera y me tengo que aguantar con un rechazo permanente.

—No sabía que te preocupaba tanto estar casado.

—Ni yo —admitió entornando los ojos, insinuó su sonrisa alegre, y siguió—. Estaré madurando. —Jack no se inmutó ante el gesto sorprendido de su hermano, ni de la carcajada ruidosa que descentró a John—. Puedes tomártelo a broma, pero me jode, Gabe, en serio.

—¿Qué te jode?

John se aproximó a la vez que Gabriel se alejó para seguir el turno.

—Nada —soltó Jack con brusquedad—. No empieces a calentarme.

—No he hablado —replicó John—. Y eres tú el que me calienta a mí, siempre estás con algo. A ver si con el niño sientas la cabeza.

—Solo por fastidiarte, soy capaz de dejártelo para que me lo críes tú. ¿Creías que ibas a jubilarte sin nada a cambio?

—Lo que tú digas, pero procura mantenerte alejado de mí —habló siguiéndole la corriente, atento al tiro de Gabriel; el ganador hasta el momento—. Anda, bocazas, te toca.

El silencio roto por el canto de unos pájaros dicharacheros apremió el tardío despertar de Claire. Notando una tremenda ausencia a su lado y deslumbrada por la intensa luz que bañaba la habitación, descubrió la nota en la almohada: «*Estoy jugando al golf. Nos vemos en la comida. Te quiero, G.*». Poco motivada se levantó y fue al baño, donde consiguió activarse después de una ducha.

Con un vestido estampado corto y unas sandalias sin tacón, salió del dormitorio en unos minutos. Sorprendida al encontrar en la terraza a Sean, solo, leyendo concentrado el periódico mientras desayunaba, disimuló la incomodidad provocada por la información que conocía de ella y lo saludó sonriendo.

—Buenos días.

Sean, al oírla, levantó la vista y dobló el periódico.

—Hola, Claire, buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Bien. ¿Y las chicas?

—De compras, te han esperado un rato.

—Lo siento, estoy acostumbrada a acostarme tarde y siempre me cuesta madrugar.

—Qué suerte.

La señora que realizaba las tareas domésticas la saludó amable y colocó en la mesa otra taza de café, una cafetera recién hecha y una panera con pan tostado.

—¿Cómo has dormido tú? —preguntó Claire, bromista añadió —: Gabriel me ha contado lo bien que lo pasáis en vela.

—No se lo digas a nadie, pero estoy loco por estar en mi casa —comentó riendo. Se colocó un mechón castaño detrás de la oreja, pensando en la aclaración que necesitaba darle. Ignoró que Claire tenía la misma inquietud cuando habló serio—. Quiero pedirte disculpas porque sé que te he molestado.

—Aceptadas —dijo, mirándolo a los ojos—. Me enfadé mucho contigo, no me gusta que se hable de eso. Gabriel me dijo que no se lo habías comentado a nadie, y espero que sigas cumpliéndolo.

—Por supuesto. Nunca he tenido la intención de husmear en tu vida, créeme. Me intrigó la historia y luego me sobrepasó.

—Lo sé. Notaba la compasión en tus ojos y la odio; no lo soporto.

—Por mí no tienes que preocuparte.

—Te lo agradezco.

—Soy yo quien está en deuda contigo. Ver a mi hermano feliz, después de lo mal que lo estaba pasando, es suficiente para que respete tu opción. Si alguna vez necesitas contar conmigo para lo que sea, no dudes en decírmelo —comentó rotundo, risueño y suficiente añadió—: Soy el abogado de la familia.

—Por cierto, abogado de la familia Drake, ¿para qué necesita ayuda tu hermano?

—Es secreto profesional. Ahí me pillas, represento a todos los implicados.

Sean frunció los labios divertido, sin intención de soltar prenda, que se las apañara su hermano con ella, al fin y al cabo era la beneficiaria de los consejos.

—¿Te ha dicho que queremos tener hijos?

—Algo me ha contado. No os agobiéis.

—No sé qué decirte. El otro día, cuando supo que Cora estaba embarazada, me dio la impresión de que le molestó.

—No me ha dicho nada. Supongo que le impresionaría, a mí me dejó aturdido. Es normal que necesite más tiempo que los demás

para asimilarlo. Pero, por lo que he visto, no parece que lo lleve mal.

—No sé, seguramente son tonterías mías.

—Gabe no es rencoroso, estoy seguro de que se alegra.

—Sí, si también lo creo, pero me da que está frustrado porque cree que es culpa suya.

—El urólogo le dijo que no tenía problemas.

—Ya. —Claire encogió los hombros conformista—. No me hagas caso, estoy un poco descentrada.

—Creo que has triunfado en la exposición.

—Qué exagerado —dijo sonriendo—. Ha sido un trabajo de clase expuesto en el hall de la escuela, estoy lejos de galerías de arte o un círculo profesional.

—Poco a poco. Por lo que he oído, has tenido buena acogida, por algo se empieza.

—Desde luego. Os he estado haciendo fotos sin que lo supieseis. Vais a formar parte de mi nuevo proyecto. Le he hecho a Ophie unas increíbles, es muy fotogénica.

—Gracias, es mérito de Elaine.

—Os haré alguna a los tres juntos, Elaine quiere ponerlas en la nueva casa.

—Me lo ha dicho. ¿Cómo vais con la vuestra?

—Bien, pero nos ha pasado algo muy curioso. El otro día, en la biblioteca, encontraron una carpeta con documentos. Estaba escondida en un compartimento secreto de la estantería. —Con esas palabras, el instinto sabueso de Sean se puso en alerta—. Eran los certificados de adopción de mi padre. No tenía ni idea de que era adoptado, ni sé por qué mi abuelo los escondió, solo tengo el nombre de su madre biológica. ¿Te gustaría ayudarme a encontrar a la familia inglesa de mi padre?

—¿En serio? No sabes lo que me estás pidiendo. ¿Cuándo fue?

—En 1953. ¿Te interesa?

La sonrisa feliz de Sean respondió sin palabras a un reto que le apasionaba.

—Cuando llegue a casa lo escanearé todo y te lo envío. No tenía claro qué hacer, pero siempre estaré a tiempo de conocerlos o no.

—No te hagas ilusiones. Es posible que no encontremos nada. Entiendo que tu padre no sabía tampoco que era adoptado.

—No. Al menos, a mí jamás me lo dijo.

—Si tu abuelo lo tenía oculto es porque no quiso que nadie lo supiera. ¿Tenía algo que ver con *Atlantis Cod Fish Ltd.*?

—Sí. La fundó en 1941. Al principio solo transportaba el bacalao directamente de los barcos a los restaurantes. Él y pocos trabajadores lo limpiaban, salaban o secaban. Luego, fue creciendo. Hasta que en los noventa el sector se vino abajo. Aguantaron hasta 1996, cuando mi padre tuvo que vender la fábrica para pagar todas las deudas que habían acumulado durante los años de pérdidas.

—Sería una tragedia para ellos.

—Mi abuelo murió tres años antes. Vio el declive del negocio, pero no creo que imaginase que acabaría perdiéndolo. Para mi padre fue un fracaso que no superó. Gracias a algunas inversiones salimos adelante, pero se vio impotente al ser él quien perdiera el negocio.

—Sería muy duro —admitió pensativo—. Me has convencido. Mándame los papeles cuando puedas y empezamos a investigar.

—En cuanto llegue, no lo dudes. Me intriga saber qué pasó. Era una niña y no me enteré de casi nada.

—La pérdida de la fábrica es independiente a la adopción, pero me gustaría echar un vistazo si no te importa. No entiendo por qué aguantaron si estaban viendo que el negocio se arruinaba.

—Por lo que sé, fue una combinación de factores. La mala gestión y la sobreexplotación fueron decisivas. Hubo muchas factorías que tuvieron que cerrar en los setenta. Dentro de lo que cabe, fueron los últimos en rendirse.

—Recuerdo haber leído algo sobre varias compañías de pesca que se fusionaron con subvenciones estatales. Les tuvo que ocurrir algo para no salvarse.

—Empezaron a inundar las costas con barcos factoría de altura. No pudieron competir. Ellos se abastecían de los pescadores del litoral. Ni con la regulación que solicitaron al Departamento de Pesca consiguieron aumentar sus capturas.

—Y me imagino que con la implantación de la moratoria de las doscientas millas terminaron de hundirlos.

—Sí. La extendieron hasta 1999. Para nosotros fue demasiado tarde.

Claire suspiró hondo, sonriendo sin ganas.

—Mírale el aspecto positivo, construyeron las plataformas y el inútil de mi hermano se rompió el tobillo, el resto es vuestra historia.

—Y menuda historia.

Ese tiempo Claire tuvo la ocasión de descubrir al hombre sereno que bajo una apariencia informal, incluso a veces descuidada, encubría una sólida personalidad con unos valores algo idealizados. Opuesto a sus hermanos, sin el ímpetu de Jack ni la imagen distante

de Gabriel, aparte de brillante, parecía divertido y leal a sus convicciones; en Sean Drake encontró a un amigo inesperado que destiló lealtad con la gentileza de un caballero; y entendió por qué Gabriel lo admiraba tanto; contaba con su respeto absoluto.

Tal y como predijo Daniel Larson, a finales de mes terminaron la obra en Boreal Róis. La casa, de por sí majestuosa, consiguió convertirse en el hogar moderno que soñaron, lleno de detalles artesanales para causar sensación en pocos ojos privilegiados.

Después de dedicarle varias horas a la colocación de sus cosas en el nuevo despacho de la primera planta, Gabriel entró en el estudio sin que Claire notara su presencia; se aislaba con las imágenes olvidándose de todo; incluso de comer. Durante el tiempo que estaban juntos coincidían pocos minutos en la cocina, y porque insistía él.

—Hola —dijo Gabriel.

De forma automática, Claire activó el salvapantallas.

—Hola. ¿No te he oído llegar?

—Como siempre.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué hacías?

—Un trabajo.

—Enséñamelo. Al menos hablaremos de algo.

—Es una sorpresa para tus padres. No sabía qué regalarles y he pensado que una foto con vosotros les gustará.

Claire puso la imagen en la pantalla y atrapó a Gabriel.

—Deberías hacerte un book, o hablar con Jack, conoce a varios galeristas que podrían estar interesados. —Giró la cabeza y la besó en la mejilla—. Eres muy buena.

—¿Te gustan siendo objetivo?

—Creo que sí, en la exposición intenté verlas todas con distancia y te prometo que la única que me gustó fue la tuya.

—Porque veías tu cuerpo. Ya sabemos cómo lo cuidas.

—No digas chorradas —comentó indiferente—, fue la foto. —Miró una de las paredes blancas—. La misma que voy a colgar aquí.

—Creía que ibas a ponerla en el vestíbulo del banco.

—Muy graciosa. —Gabriel torció la boca, volvió a la mesa e inclinó el cuerpo hasta casi unir sus cabezas—. Bastante tengo con saber que medio pueblo me ha visto el culo.

—No saben que es tuyo. Si lo supieran seguro que aumentabais las clientas en poco tiempo.

—Tu profesora lo sabe. ¿Quién se lo habrá dicho?

—Ni idea. A lo mejor lo dedujo.

—Seguro —afirmó, le besó los labios y preguntó—. ¿Te queda mucho?

—No. Mira qué ha dejado Ethel para cenar, caliéntalo y me avisas.

—¿Algo más, mi general?

—No, soldado, puede retirarse.

—A sus órdenes.

Gabriel no podía enfadarse. Se molestaba, pero era incapaz de alejarla de un sueño que a él por días le parecía más real; no era experto, por eso quería que algún amigo de Jack viera su trabajo; aunque estaba convencido de un talento que no dejaba indiferente y tenía la capacidad de conmover; las únicas dos premisas que conocía con el arte.

Mientras calentaba en el microondas una crema de verduras, en un alarde de confianza, batió unos huevos, les incluyó una pizca de sal y una lata de atún. Cogió una sartén, echó en ella un chorrito de aceite de oliva y, después de ponerla en el fuego, con mucho cuidado vertió dentro el proyecto de tortilla.

Olía muy bien y precavido bajó la intensidad del fuego. Se llenó una copa de vino y —contento por la sorpresa que iba a darle a Claire— esperó relajado con un aroma delicioso en la cocina, y un gusto excelente en su paladar gracias al vino tinto español que tenía la suerte de catar a diario. Sonó el móvil, vio el nombre de su hermano y respondió alegre:

—Hola, Sean, ¿cómo estáis?

—Bien, por fin tenemos ya la casa.

—Enhorabuena. Te diría que os vinieseis con papá y mamá, pero me imagino que estaréis ocupados.

—Sí, hasta Navidad no contéis con nosotros. Antes de que se me olvide, ¿está Claire contigo?

—Sí.

—¿Le puedes decir que quiero hablar con ella?

—Claro. ¿Pasa algo?

—No. Es sobre un asuntillo que llevamos entre los dos.

—¿Qué asuntillo?

Gabriel salió de la cocina hacia el estudio.

—Cosas nuestras.

—Déjate de tonterías —dijo cortante—. ¿Qué asuntillo tienes con mi novia?

—Pregúntale a ella, y de paso explícale también qué necesitas de Jack, estoy cansado de guardar vuestros secretos.

—Tendrás morro…, si vives para eso. —Llegó al estudio, abrió decidido y le entregó el móvil a Claire, que extrañada frunció el ceño—. Es Sean, tú sabrás qué tenéis que hablar. Te espero abajo.

A Gabriel ni siquiera le dio tiempo de llegar a la escalera cuando saltó la alarma de incendios. Bajó de dos en dos los escalones, pero fue tarde para darle la vuelta a la tortilla; se había carbonizado envuelta en un humo desagradable que activó un solitario detector hasta ese instante inoperativo, nadie jamás lo había escuchado; ese honor estaba reservado para el único privilegiado que osó desafiarlo: él. Parecía un topo asfixiado mientras abría la ventana. No lloró por pena, aun mereciendo la irritación de sus ojos unas lágrimas patéticas por el picor del maldito humo que invadió toda la casa.

—¿Qué has hecho? —preguntó Claire, tosió de manera compulsiva y se tapó la cara con la camiseta.

—No he hecho nada, ha sido un accidente. Ha saltado el detector.

—¿No me digas? —Claire entró haciendo aspavientos con las manos, vio la sartén calcinada y empezó a reírse como una lunática—. Eres un inútil.

Perturbada sin contención, cogió la sartén y la metió en el fregadero bajo un potente chorro de agua. Inmediatamente se elevó hasta el techo una columna rancia como un geiser blanco surgido de un manantial.

Gabriel se encerró de malos modos en la biblioteca contigua al desastre. Acto seguido comprendió que inhalar la niebla tóxica acumulada en esa habitación podía acarrearle un suicidio involuntario; pero no le importó y resistió valiente. Perder otra batalla no era perder la guerra; y él, tarde o temprano, conseguiría hacer algo por sí mismo en la cocina saliendo indemne. Poco después, dos suaves toques en la puerta precedieron la entrada de Claire.

—Hola. Lo siento, no te enfades.

—No pasa nada. —Gabriel levantó la cabeza, apoyada en los brazos, y la miró entrecerrando los ojos—. Estoy acostumbrado.

—Las tortillas se hacen muy rápido.

—¿No me digas? —preguntó, frunciendo los labios—. Lo he notado.

—Ha sido un fallo tonto.

Claire se acercó sonriendo se sentó en la mesa y le acarició el cuello.

—¿Quieres que lo intentemos juntos?

—¿Tienes tiempo? —preguntó serio.

—Sí. —Inclinó el cuerpo hacia delante y buscó sus labios—.

¿Me perdonas?

El suave movimiento de la mano de Claire en su cabeza, la calidez de sus labios y una voz aterciopelada lo animaron para intentar otra cosa juntos. La cogió de la cintura y la expuso abierta de piernas para él. A continuación, besos lentos y ronroneos apremiantes. Luego, caricias más exigentes y un instinto de preservación compartido, marcado por el olor provocador del deseo, siempre excitante y sobrado para anularlo todo.

Tras más de media hora dedicada al placer, se vistieron y fueron a la cocina, donde ya se podía respirar pese a la ventilación constante que necesitaría los próximos días. Claire sacó cuatro huevos de la nevera y cogió un plato para que Gabriel los batiera. Antes de verterlos en la sartén, les echó sal. Al momento se cuadró delante como un portero de seguridad, ojo avizor a cualquier contratiempo.

—Puedes hablar mientras los contemplas —dijo Claire con burla.

—¿Qué te traes entre manos con Sean?

—No es ningún misterio. Le he pedido ayuda para encontrar a la familia de mi padre.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque lo decidí sobre la marcha cuando desayuné con él. Y con todo lo que tengo en la cabeza, se me ha olvidado comentártelo. ¿Te molesta?

—No. Supongo que te habrá costado horrores convencerlo.

—Horas y horas.

Sonriendo, Claire agarró el mango de la sartén y con una espátula dobló la tortilla.

—Prueba tú. —Le dio la espátula—. Dobla la otra esquina. —Gabriel puso empeño y con varios toquecitos consiguió una forma muy parecida a la que había hecho ella—. Perfecto, cariño.

SEIS

San Juan de Terranova, 28-9-12
Terranova y Labrador, Canadá

De manera estoica, Gabriel soportaba al día siguiente el chaparrón de Ethel cuando vio la sartén en el fregadero mientras desayunaba tranquilo. No escatimó una oración mental para continuar sin la intromisión en la cocina de Claire o Eloise. Con las tres en su contra, el pitorreo estaba garantizado hasta que saliese por la puerta hacia el banco.

—De menuda nos hemos librado —repitió cansina—. Con la casa recién terminada, llena de madera barnizada, inflamable…

—Por favor, no ha pasado nada, deja el catastrofismo.

—Desde luego, sería una catástrofe quemar el trabajo que ha hecho el primo de Mike.

—Está a salvo, descuida.

—Ha quedado precioso —comentó satisfecha—. Me gusta la idea que ha tenido al camuflar esos insectos entre las flores.

—Seguro. ¿No será que Daniel le dio dibujos exactos?

—No creo.

Claire entró en la cocina, besó de pasada a Gabriel en los labios y colocó la cafetera en la mesa. Con prisa, sacó una taza del mueble, pan de una bolsa y paté del frigorífico.

—¿De qué habláis? —preguntó, sentándose frente a Gabriel.

—Ethel dice que el primo de Mike tuvo la idea de los insectos tallados.

—¿Los de esta estantería?

—Sí, la mariposa, el escarabajo y la libélula.

—Siento decirte que estás equivocada —dijo Claire, mirándola. Gabriel hizo una mueca irónica—. Son elementos habituales en el art-nouveau. Daniel me dio a elegir y nos decidimos por esos para que pasaran inadvertidos entre las hojas.

—Te lo he dicho. —Gabriel sonrió y apostilló—: Era demasiado sutil.

—¿Me estás diciendo algo? —preguntó Ethel belicosa.

—No, pero el creativo en esta casa no es el primo de Mike, lo siento.

—Hablando de crear —dijo Claire—. ¿A qué hora llegan tus padres?

—Por la noche. Les dije que iríamos al aeropuerto.

—No sé si me dará tiempo de recoger la foto.

—Si quieres, dime dónde es y me paso cuando termine.

Cuando Gabriel las dejó a solas, Claire preguntó casual:

—¿Te suena el nombre de Alexei Barinov?

Ethel tardó unos segundos en darse la vuelta, aunque estaba pálida y eso era complicado disimularlo.

—No —respondió. Siendo sincera consigo misma, no mentía; al ruso nadie lo llamaba así. Tanto ella como Eloise conocían al innombrable, al repudiado por Grace y misteriosamente con un nombre inglés bastante similar a ese—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

En ese preciso instante, supo Claire que Ethel le ocultaba algo. Con las mismas, no quiso compartir el hallazgo de los documentos. Molesta, terminó de desayunar, aunque se preocupó por hablar del curso para alejar una sensación inquietante de traición. «¿Quién fue Alexei Barinov?» «¿Por qué su querida Ethel mentía?» «¿Sabrían ella y Eloise el secreto de Charles Merritt?»

En cuanto salió del banco Gabriel, se subió en el todoterreno de Claire y se dirigió al polígono industrial cercano al Avalon Mall, pensando en el Mercedes, que estaba en el taller, y en el mes escaso que faltaba para la boda. Conduciendo se agobió por la cantidad de tareas aún pendientes de las que no habían hablado, y el tiempo apremiaba implacable. Debían ir a Nueva York porque los dos querían comprarse allí los trajes; alquilar el mobiliario del jardín, sin contar con inclemencias meteorológicas inesperadas durante la media hora que duraría el enlace; saber cómo quería Claire organizar los muebles del salón para la comida; encargarse de abastecer a Ethel; y reservar el viaje de novios. Todo eso en cuanto a su vida íntima.

También, en el plano laboral se le complicaron las cosas. Entre los permisos para la construcción de la nueva plataforma, que afectaban al banco con innecesarios y costosos retrasos siendo responsabilidad de la empresa noruega, y los objetivos que se había fijado en la sucursal, donde pretendía ofrecer productos financieros de utilidad para San Juan, adaptados al entorno, Gabriel no daba abasto. Creía que si el Scotia funcionaba como una gestora de los ahorros de muchos inversores que, por sorprendente que pareciera, aparte de los beneficios generados por su dinero esperaban otra rentabilidad, como realizar labores de apoyo social, podría repercutir beneficios totalmente compatibles con la ética y responsabilidad moral que esos

inversores pedían, conociendo cómo y dónde se usaba su dinero o a qué empresas o proyectos financiaba. Para lograrlo, habían sacado libretas de ahorro solidario, fondos de inversión, microcréditos, que eran relevantes para el desarrollo a personas carentes de garantías reales pero conllevaban un estudio minucioso, y trabajaban en otros productos, como bonos y préstamos; todo ello sin descuidar la gestión diaria o el asesoramiento en las operaciones europeas; esto último con fecha de caducidad si se cumplían sus planes. Y por si no estaba bien saturado, cuando detuvo el Bronco en una calle solitaria y lo rodeó, acudió a su cabeza el accidente de Claire para añadirle más presión. En esa cuenta todavía por saldar, las únicas bazas a favor de Claire eran la afortunada ausencia de víctimas y su abogado; por supuesto, Sean; una garantía que posiblemente no iba a librarla de cumplir alguna sentencia si el propietario del Volvo seguía, como hasta ese momento, negándose a ningún acuerdo.

Andando hacia la nave donde enmarcaban cuadros, pasó distraído por delante del escaparate de una tienda de animales. Al ver los cachorros, esbozó una sonrisa nostálgica. Nunca olvidaría el nombre que Jack le puso al último perro que tuvieron en casa de sus padres: *Drako*, en honor al apodo que uno de sus compañeros le puso en el colegio, extendido con orgullo a los tres hermanos durante aquella etapa, e incluso usado actualmente cuando bromeaban entre ellos.

Recordó la conversación de Claire en Londres con el desconocido en la puerta del Park Lane y decidió entrar en la tienda, al menos, probaría suerte preguntando. Entre dos *Golden retriever* color canela, en unos minutos, eligió a la hembra. Compró todos los accesorios que el vendedor consideró necesarios: una cama acolchada, un *transportín* apropiado para volar ajustable a su futuro tamaño, una correa larga, otra más corta, un saco de pienso y dos comederos metálicos. Salió cargado, guardó la compra en el maletero y volvió a la tienda para recoger a la perrita, nada dispuesta a abandonar una breve vida aburrida pero cómodamente conocida.

Al meter en el coche la fotografía de dos metros de ancho por otros dos de largo, caviló sobre cómo tendría pensado Claire transportarla; a él, allí mismo, con el maletero a tope, la perrita temblando en el asiento trasero después de orinarse en la tapicería y el tiempo justo de llegar a la escuela, le sobrepasó; no tenía el cerebro para *Tetris*.

—Voy a ponerte delante. —Agarró al asustado animal y lo colocó en el suelo del copiloto—. Como vuelvas a mearte, te enteras —dijo irritado, metió el cuadro entre los asientos y arrancó a toda

velocidad. Después de recorrer una breve distancia, un olor nauseabundo inundó el coche. Gabriel giró la cabeza mirando hacia abajo y exclamó—: ¡Joder, hoy me mata!

Esperando en la puerta de la escuela de arte con un nuevo profesor —un atractivo norteamericano parlanchín— Claire oyó un derrape y giró el cuello molesta. Agrandó los ojos impresionada y abrevió la despedida. Cuando se acercó al coche, de repente, una silueta clara dio un salto compulsivo en el interior. Asustada, reculó varios pasos.

—Hola —saludó Gabriel, bajándose con una sonrisa culpable que no expresaba muchos remordimientos, la besó discretamente en la mejilla—. Siento el retraso.

—Hola. —Claire se acercó otra vez a la ventanilla y otra vez la perrita defendió su territorio con insistentes ladridos agudos—. ¿Has comprado un perro?

—Sí. ¿Te gusta?

—Sí, pero no parece muy sociable.

—Tiene dos meses, tendremos que educarla. Se ha meado y ha vomitado. El coche está hecho un asco.

—Menudo recibimiento para tus padres.

—A ver cómo llegamos a casa. Por cierto, tendrás que llevarla en brazos, no hay un hueco libre.

—Si se deja coger…

En cuanto la despavorida perrita notó el movimiento de la puerta, salió disparada corriendo por un rectángulo de césped hacia la fuente circular que había en la entrada de la escuela. Gabriel empezó a sisear, pero no pudo ordenarle nada ante la falta de un nombre. Desesperado, generando una indeseada expectación, gritó:

—¡*Shu*!

Claire bajó la cabeza para disimular la risa «¿*Shu*?», su chico iba de mal en peor. Tras varias carreras consiguió placarla justo entrando a la fuente. Volvió con cara de pocos amigos, el traje chorreando y la perrita sostenida a varios centímetros de su cuerpo.

—Ahórrate la bronca. Admito todo lo que estás pensando.

Si Claire aflojaba la presión de sus labios lo más probable es que estallara una sonora carcajada, y no le pareció lo más apropiado, por lo que abrió exageradamente los ojos un instante y se subió diligente en el coche. Frunciendo la nariz por el pestilente olor, sujetó con seguridad al animal sobre las piernas y le acarició el cuerpo.

—Me gusta *Shu*, es original —comentó Claire cuando Gabriel

se sentó. La miró de reojo sin añadir nada, arrancó enfadado y puso rumbo a su casa. Por no aumentar la tensión, Claire lo ignoró y le habló al animal, percibiendo el ritmo acelerado de su corazón—. Hola, *Shu,* eres muy guapa.

—Si estás de cachondeo, déjalo. No estoy de humor.

—Va en serio. Me gusta. ¿Lo habías pensado o ha sido un grito espontaneo?

Otra mirada asesina, esa vez acompañada de unas mandíbulas rígidas.

—Soy así.

Claire le tocó la pierna con la mano mojada, un poco más daba igual.

—También me gusta.

A sus palabras añadió un beso en el cuello que terminó de alejar la frustración de Gabriel.

Cuando aparcó en la puerta de la casa, Claire llevó a *Shu* al jardín por el camino que rodeaba el imponente edificio rojo y Gabriel metió dentro el cuadro y el resto de artículos del maletero. Cargado como un mulo, entró en la cocina dejando las cosas repartidas en orden hasta el lavadero, donde cogió varios trapos, un spray para la tapicería y un cubo con agua. Rechazando la colaboración de Claire, volvió al coche con la loable intención de limpiarlo para ir en breve al aeropuerto y recoger a sus padres sin contratiempos.

Para Gabriel, John y Elizabeth la mañana del sábado brilló confortable, en cambio, Claire se desperezó sola y dolorida. No vio a *Shu*, la culpable de aquella situación, y se levantó con la sensación de no haber pegado ojo en toda la noche, recordando un llanto lastimero que cesó cuando Gabriel sacó a *Shu* de la caseta y colocó en un rincón del dormitorio el cojín-cama que compró para ella.

Al entrar en la cocina, Claire todavía no se había despejado y sus emociones con respecto a la educación de la perra seguían en el caos. Elizabeth estaba en la mesa, con una taza de café delante, mirando ausente por la ventana.

—Buenos días —saludó Claire, cortó dos rebanadas de pan, que metió en el tostador, y se sentó frente a ella—. ¿Dónde están?

Claire se sirvió un café solo.

—Han ido a dar un paseo con la perrita. Me ha contado Gabe que no has dormido mucho.

—No, más bien, nada. —Claire se levantó y volvió al instante con el pan caliente—. ¿Te pasa algo?

—Estaba pensando en que me gustaría tener otro perro. Nos quedaremos con uno o dos cuando esta tenga cachorros; así se harán compañía.

—Aún falta, pero lo tendremos en cuenta.

—Siempre hemos tenido perro. —Sonrió melancólica—. Recuerdo a *Drako*, el pastor alemán que me regaló John. Cuando nos divorciamos, me lo llevé a Nueva York y vivió conmigo hasta hace pocos años.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí —respondió sonriendo, achacando a la menopausia una ligera depresión. No podía explicarla ni era algo constante, incluso a veces creía que fuese miedo. ¿Pero a qué? Para no agobiarse, preguntó —. ¿Sabéis cuándo iréis a mirar los trajes?

—Pronto —respondió con un bufido—. Estoy un poco cansada de tanto viaje. No sé cómo tu hijo puede soportarlo.

—Cada vez le pesa más, por lo que tengo entendido está buscando a alguien en Londres para desvincularse de las cuentas europeas.

—No me lo ha dicho.

Claire fue consciente de lo poco que se había interesado por los problemas de Gabriel desde que se reincorporó al curso.

—Ya te lo dirá —afirmó, dándole una palmada en la mano—. ¿Cómo lleváis los preparativos?

—No hemos hecho nada. Tenemos que sentarnos para plantear la lista de invitados.

—¿Todavía no la tenéis?

—No, pero no vamos a ser muchos.

—Yo también decía eso, y ya somos cien.

—No me asustes. No creo que Gabriel quiera invitar a tanta gente.

—No querrá, pero empezarán los compromisos y al final se va de las manos.

—Después hablaré con él. —Claire apuró el café, se levantó y dejó la taza en el fregadero—. ¿Tenías pensado hacer algo?

—No, ¿por qué?

—Para que poses para mí.

—Deberías buscarte a alguien más joven.

—Eres perfecta para lo que quiero hacer.

Claire le detalló en qué consistía el trabajo del profesor Gallagher, quien además de atractivo era muy exigente. Pretendía impresionarlo con unos desnudos sin artificios, tal cual se veían sus modelos; aunque nunca mostraría más que oscuridad en sus partes

íntimas, por aquello de no ocasionarles un trauma social ni hundirles la reputación.

Durante la comida de ese día estuvieron animados por las travesuras de *Shu*, incansable investigando todos los rincones a los que tenía acceso, no pocos. Gabriel, que controló a Claire a la par que a *Shu*, sonrió divertido por el carácter terco de las dos. En cuanto se pusieran de acuerdo en la repartición de las zonas permitidas, o en las fronterizas, tan recurrentes en el baño para Claire con él, se intuía un equilibrio perfecto. Cuando sacó el tema de delegar el trabajo en Europa, vio alivio en unos ojos verdes que creían en su capacidad y conocían su límite; y había estado cerca de rebasarlo en varias ocasiones.

Tomando un postre de chocolate que Ethel bordaba, Elizabeth le pidió a Claire que se encargase de las fotos familiares de la boda y desveló el destino de su luna de miel: dos semanas bajo el sol en Bermudas. De inmediato, a una señal de Gabriel, entendió Claire que había llegado el momento de entregarles el regalo.

Hasta guiarlos engañados al estudio mantuvieron la sorpresa. Los dos se quedaron inmóviles en la puerta observando la reacción del matrimonio, avanzando despacio por la habitación viéndose con sus hijos en una actitud natural, cotidiana y hermosa. Esa imagen reflejaba muy bien el papel que jugaba cada uno en la familia. Destacaba Elizabeth, era la protagonista indiscutible, desprendía cariño concentrando la atención de sus hombres; excepto Jack sonriéndole a John, Sean y Gabriel la miraban embelesados en una brillante reunión plateada. Sin embargo, aquellos destellos de sus hijos no resplandecían tanto entre blancos y negros como los turquesas que Claire respetó en los ojos de John; los únicos con una pincelada de color porque fue incapaz de robarles con sombras los matices del amor.

—¿Os gusta? —preguntó Gabriel.

—Es un detalle precioso —dijo John. Tenía colocado el brazo en el hombro de Elizabeth y le besó la mejilla. Bloqueada, no acudieron palabras a sus labios; tampoco recordaba dónde se hicieron la última foto los cinco juntos, ni cuándo había sentido tanta felicidad. «¿Cuánto les duraría?». Casualmente, o no, dos veces en un mismo día volvió a atraparla la extraña melancolía que la perseguía y lograba paralizarla. Abrumado, ignorante de esos pensamientos, John sonrió y comentó—. Ocupará un lugar de honor en nuestra casa, gracias a los dos.

Tomaron café en el jardín, empezando a ponerse serios con *Shu* o concretando el viaje a Nueva York empujados por Elizabeth, que no entendía su tranquilidad. Y acordaron estar con ellos un par de días después de su boda, algo que a Claire le encantaba. Creía haber encontrado a los sustitutos ideales para sus padres. Con Elizabeth mantenía una relación cariñosa y —al igual que Gabriel— la motivaba para seguir adelante, le aconsejaba como haría su madre y admiraba un coraje que necesitaba rozar. John, aparentando un carácter más frívolo, era otro luchador que se la ganaba por la vía del humor; sabía animarla con una percepción certera sin que apenas lo notara cuando la veía con el ánimo bajo, cosa que solía ocurrir por el deseado embarazado que no llegaba o por los nervios ante los proyectos de la escuela que usurpaban gran parte de su vida.

En poco tiempo, aclarada la lista de invitados, Gabriel jugaba con la perra y John preguntó bromista:

—¿Cuándo es mi turno?

—Si hablas de tu posado —comentó Claire sonriendo—, mañana es un buen día.

—Ya que ellos han tenido su momento de gloria, no voy a ser menos.

—¿Has visto la foto de Gabriel?

—Sí, es muy sexi.

—Tú sí que eres sexi —añadió Elizabeth sonriendo.

—Vosotros reíros —dijo Claire—, pero me ha dicho mi amigo Jim que han ido varias clientas del banco buscando la foto. —Miró a Gabriel y, negando ligeramente con la cabeza, añadió—. Las pobres infelices creían que la encontrarían.

—Le faltaría tiempo para quitarla de circulación —dijo John.

—No lo sabes tú bien.

—¿Cómo lo lleváis? —preguntó interesada Elizabeth.

Claire entendió que se refería al tema evitado por todos delante de Gabriel.

—Bien… —Claire encogió los hombros—. Me he dado de margen hasta enero. Mi ginecóloga dice que hasta después de un año sin poner medios no se puede considerar que haya algún problema. No quiero pensarlo mucho, es peor para los dos.

—Está claro que cuanto más lo penséis es peor —dijo John sensato.

—Lo importante es que estéis bien juntos —agregó Elizabeth, cogiendo la mano de John—. Todo llegará. Mientras no haya ningún problema, cuando menos lo esperéis nos daréis una sorpresa. Aprovecha para centrarte en tu profesión. Hazme caso, todo llega.

En Nueva York, unos días después, el doctor Sawyer empezó a visitar pacientes en el Hospital Monte Sinaí. Si bien, quien propició el servicio había olvidado concertar la cita para la revisión mensual repasando concentrada unos documentos. Los nuevos porcentajes ínfimos que Cora leía lograron mantenerla recluida sin ni siquiera darle tiempo para salir a comer.

De improviso se abrió la puerta del despacho. Al ver la cara indignada de Michael, dedujo a qué era debida esa descortesía que ya una vez le costó una reprimenda de Jack. Reflejando desprecio en toda su expresión corporal, se acercó a la mesa y apoyó las manos encima.

—Te juzgué mal.

—¿Qué pasa? —preguntó Cora, quitándose despacio las gafas.

—Creí que eras mínimamente honesta, pero no eres más que otra zorra calientapollas —siseó—. ¿Qué Drake será el siguiente? ¿El abogado? ¿O vas a tirarte al padre? —preguntó amagando una sonrisa cínica—. Te recuerdo que se ha jubilado, ya no tiene poder.

—Sal de mi despacho ahora mismo.

—¿O qué? —gruñó fanfarroneando—. Me da igual que tu perrito faldero me eche; no voy a aguantarte como jefa. No tienes ni idea —dijo elevando la voz—. Te puedes acostar con él y tener un ascenso en tres meses, pero me das asco. ¡Eres una zorra! ¡A ver cuánto dura contigo!

—No te lo voy a repetir —murmuró, mirándolo a los ojos.

—¡¿Tan bien follas?!

Cora inclinó la cabeza, sonrió lentamente y habló calmada:

—Si no fueras tan soberbio, quizá entenderías por qué no te ascienden. Eres el más veterano, has visto ascender a muchos que llegaron después que tú; te entiendo, debe ser jodido matarse a trabajar y no conseguir alcanzar tus metas. —Cora se levantó despacio y se encaró con él—. ¡Sal de tu puñetero mundo! ¡Sal de mi despacho! ¡Y controla tu lengua porque es tu perdición!

—Por supuesto, me voy —dijo alejándose unos pasos, añadió serio—: Hasta que no se haga efectivo tu nuevo cargo, trabajamos juntos. Necesito que prepares los contratos de las tarjetas, estoy liado con otras cosas.

Esperando una jugada malintencionada, Cora apretó los labios esbozando una línea irónica antes de hablar en un tono suave:

—Te los di hace dos semanas.

—Sí, pero no están en el servidor —comentó con una mueca indiferente—, llevo buscándolos todo el día.

—¿No están en la copia de seguridad? No es posible.

—Ni idea. —Dando por concluida la charla, Michael se peinó un mechón de cabello oscuro que le caía por la frente—. Tráemelos mañana.

—¿De qué clientes? —preguntó, sonriendo.

—De todos, Cordelia. —Sonrió y abrió la puerta—: Siento haberte estropeado la noche.

—Mañana los tendrás a primera hora, no te preocupes por mí. Gracias por tu amabilidad.

A Cora relajar la tensión le supuso unos minutos reflexivos, consciente de que con ese ascenso, sin pretenderlo, Jack la había colocado en una posición algo delicada ante el resto de compañeros. Hasta recreó la idea de rechazarlo. Ayudaba su falta de ambición; sin embargo, no se acobardaría para consolidar una carrera profesional retardada y no iba a darle el gusto a Michael Lumis. La incitó el reto de demostrar que no estaba ahí solo por ser la exmujer de Gabriel. Ni por acostarse con el jefe. Un asunto que tanto Jack como ella diferenciaban. Y los demás también harían en cuanto obtuviera los resultados que se esperaban. Incluso así, Michael tenía razón al afirmar que Jack tomó la decisión, aunque se equivocaba al suponer que estaba influenciada por el sexo, ya que exigía demasiado en el trabajo para arriesgarse de esa manera.

Arrumbando esa sarta de pensamientos juiciosos, se centró en la petición de Michael. Desde el principio, por estar al nivel de sus compañeros, multiplicó su esfuerzo sin escatimar un buen puñado de horas extraordinarias en casa. Fueron muchas las dedicadas a esos documentos, siempre robándole tiempo a la noche y al abrazo de Jack. No tardó nada en localizar el *pen-drive* guardado en el cajón inferior de la mesa. Al instante, encontró una copia de todos los contratos, satisfecha consigo misma por su tenacidad, porque acababa de salvarla de una noche en vela sin la garantía de solucionar nada y, sobre todo, porque Michael Lumis no iba a pillarla con sucias jugarretas.

Poco antes de las cinco, dos toques prudentes en la puerta le indicaron que Jack había vuelto de una reunión importante. Prepararla le conllevó ausentarse los días previos del apartamento hasta bien entrada la madrugada, dejándoles solo la posibilidad de verse un rato en el desayuno. Cora sonrió, pensando en que el señor Drake estaba muy guapo y en que esa mañana no llegó a verlo vestido; la última imagen que recordaba rozó la comicidad: en calzoncillos y con la camisa blanca desabrochada, Jack corría desquiciado para afeitarse mal jurando tras quedarse dormido; en

cambio, ahí delante, mereció la pena esperar por contemplar la soberbia del esplendor masculino; con un impecable traje italiano gris oscuro, amoldado a su cuerpo recio y alto; una corbata en azules alegres como sus ojos; los zapatos negros de cordones o las gafas, como resumen de la seriedad que aparentaba en su faceta laboral.

Cora se levantó, le enseñó el vestido verde completo y se acercó despacio quitándose las pequeñas gafas rojas.

—Hola, cariño —dijo Cora antes de besarlo en los labios.

—¿Quieres salir a cenar?

—No —respondió rápido, sonrió con malicia y dijo—. Prefiero celebrar algo íntimo en casa. —Le besó la boca—. Algo romántico…

Jack la sostuvo por las caderas, inclinó la cabeza hacia abajo y prescindió de besitos cariñosos con una lengua intrépida rebuscando hambrienta en la boca de Cora y unas manos grandes ascendiendo por sus muslos para apretarle las nalgas pegándola a la erección que no podía esperar a la noche.

En pocos minutos, relamiéndose imaginando qué vendría a continuación, con la respiración agitada, una sonrisa letal y el pelo totalmente alborotado, Jack la apresó entre su cuerpo y la mesa.

—La puerta está abierta —susurró Cora intranquila.

—Nadie va a entrar, solo quedaba Martha y sabe que estoy contigo, no va a venir.

Esa confirmación inspiró a Cora para quitarle la chaqueta con brusquedad, medio ahogarlo al sacarle la corbata y vengarse arrancándole los botones de la camisa.

—Nena, estás como una moto.

Cora alzó la cabeza del cinturón de sus pantalones, sonrió y le tocó los testículos confiada.

—Llevo tres días sin ti, te necesito.

—Me tienes.

Jack desató con poderío la locura del deseo sin privarse de sentir cada poro de su cuerpo. Solo para ella, tomándose tiempo para desnudarla o repartiendo besos abrasadores por donde pasaban sus labios, marcándola con un rastro de excitante humedad.

Después de un fogoso polvo se medio vistieron. Jack se sentó en la silla de Cora, con ella encima, y compartieron el refresco orgánico que tenía abierto.

—¿No vas a contármelo? —preguntó Jack.

—¿Qué? —Cora trató de evadir su curiosidad por la discusión con Lumis, intuyendo que los gritos no pasaron inadvertidos para la mayoría de compañeros. Recordó la visita con el ginecólogo y

comentó—. Mañana llamaré al doctor Sawyer. Qué casualidad que de repente pase consulta en el hospital que tú preferías, ¿no crees?

—Es posible. Intenta no olvidarlo más, es la segunda vez.

—A lo mejor tenemos suerte y nos dice el sexo.

—Me da igual —dijo indiferente. El tema de su hijo era una buena disuasión, pero no le servía—. Sé que va a ser un niño —afirmó convencido. Sonrió, la besó en los labios y cambió la expresión relajada a otra más severa—. ¿Qué ha pasado con Michael?

—No mucho.

—Cuéntamelo —insistió—. Tiene el despido en su mesa. Martha me ha puesto al día en cuanto he llegado. ¿Qué te ha dicho?

Cora suspiró y le acarició la mejilla.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, vamos a aclararlo aquí.

—Ha venido cabreado por mi ascenso. —Cora lo besó en los labios—. Te dije que no quería ayuda.

—Necesitábamos un nuevo sénior para cubrir la baja de Scranton. Tú eres la más indicada para ese puesto, es más comercial y a ti se te da muy bien tratar con la gente. No lo he hecho para favorecerte.

—Lo tenía claro, pero para algunos es complicado entenderlo.

—No. Todos lo han aceptado sin problemas porque a ninguno le interesaba. Tú y Michael eráis los únicos disponibles y la elección ha sido bien fácil. Como verás no ha sido porque seas tú, realmente eras mi única opción.

—Vaya… —dijo fingiéndose decepcionada—, ahora no sé si agradecértelo o negociar una mejora en mi contrato; si estás tan necesitado, no objetarás nada a un buen aumento.

—Muy necesitado. —Jack le besó los labios—. Mucho —susurró, dejando que el sabor y el peso de Cora lo endurecieran otra vez—. Confío en ti, estoy convencido de que harás un buen trabajo.

—Lo intentaré.

—Tenemos una conversación pendiente.

Cora se movió encima de sus piernas, posponiendo temas agrios por otro momento dulce con el que resarcirse mucho mejor para sus cuerpos.

—Mañana, cariño.

—Luego —matizó Jack obstinado.

La brisa empezó a soplar suave con caricias sugerentes y posturas incómodas que necesitaron pericia, aunque todo valía porque lo importante eran ellos unidos en un acople perfecto e imparable. Esa vez no hubo brusquedad cuando llegó la fuerza del oleaje, apenas

tenían ropa y sabían dónde iban., acelerados hasta el clímax en un huracán de agresiva sutileza o calma violenta. Por más que refrenaron los movimientos intentando perdurar, otro orgasmo demoledor en forma de vorágine volvió a dejarlos desparramados e indefensos. El amor apasionado que descubrieron al conocerse no parecía sosegarse con el embarazo ni la convivencia, al contrario, seguía candente sin solidificarse en rutinaria monotonía.

Cuando llegó Jack al Scotia el día siguiente manejaba la misma información de la discusión que la tarde anterior. No consiguió sacarle nada a Cora, encerrada en un silencio que la dignificaba, pese a que la reacción insultante de Michael fue escuchada por algunos compañeros y era la comidilla de la planta entera. Mientras Jack cavilaba en el despacho tomándose un café, recibió una llamada de Martha, alertándolo de la inminente irrupción de Michael, que en cuanto vio el despido encima de la mesa no dudó en buscarlo con un objetivo incierto para su incondicional secretaria.

—Te arrepentirás de esto —exclamó Michael entrando sin ser invitado.

—Lo dudo.

Con una ligera sonrisa, Jack se recostó en la silla y lo observó acercarse. El semblante de pocos amigos y la rabia en los ojos de Michael no prometían una salida elegante, más bien lo pusieron a la defensiva esperando un ataque enfurecido.

—Voy a denunciarte por despido improcedente. No sabes con quién estás jugando.

—Haz lo que te dé la gana, y no vengo aquí a jugar. Te has despedido tú solito por faltar al respeto a una compañera.

—¿Respeto? —A Michael el rostro se le sonrojó de ira—. ¡Tú me faltas el respeto a mí dándole un puesto a esa zorra!

—Como no moderes el tono, no respondo de mis actos. Si has venido a que te parta la cara, estás a punto de conseguirlo.

—¿Crees qué me importa?

—No, es lo que buscas.

—¡No sabes una mierda de mí! —gritó entre resoplidos entrecortados.

—Te equivocas —dijo tranquilo. Se levantó, rodeó la mesa y se detuvo a pocos centímetros de Michael, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. Te he aguantado porque trabajas bien, pero eres un pésimo compañero. La única que te ha soportado ha sido Cordelia. Y si me ha dado la gana ascenderla, te jodes. ¿Qué coño vas

a hacer tú dirigiendo a un equipo? —Sonrió irónico—. No vales para trabajar con nadie.

—Es tu opinión —comentó de manera despectiva.

—Sí, y la de Trevor, James o cualquiera que haya trabajado contigo. Recoge tus cosas y desaparece de mi vista, ahora mismo.

—Espero que no te dé por enchufar a todos tus ligues.

Jack bajó la cabeza, negó sonriendo y se armó de paciencia.

—Largo.

Hizo ademán de cogerlo por el codo para incitarlo a salir, pero Michael se revolvió y le dio un codazo en el costado.

—¡No me toques!

—No es mi intención. Me has dado motivos varias veces para que no me pesara darte una buena hostia, pero ni siquiera me voy a tomar la molestia; no me gusta la violencia y detesto a los capullos como tú. Sal de mi despacho de una puta vez y procura mantenerte alejado de mí.

—Nos veremos, descuida.

—No lo creo, no vamos a trabajar en el mismo sector. En cuanto salgas voy a mandar un comunicado a los departamentos de Recursos Humanos de todos los bancos de la ciudad y, créeme, da por hecho que tengo mucha más credibilidad que tú. Tampoco sabes quién soy cuando me inflan las pelotas. Cierra la puerta al salir.

Jack dio la vuelta y escuchó como despedida un portazo sordo que retumbó en las paredes. Después, exclamaciones airadas alejándose en el pasillo. Por último, Michael Lumis abandonó la sede del Scotia en Nueva York con su carga negativa, una caja de cartón con objetos colocados de forma descuidada y una despedida agriada para sus compañeros, tan sentida como el alivio general en cuanto lo perdieron de vista.

SIETE

Quebec, 11-10-12
Canadá

El jueves, Gabriel y Claire aterrizaron en Quebec por la tarde. Tras coger un carro, donde colocaron el *transportín* gris y negro de la perra, se dirigieron a la cinta de equipajes y rescataron sus dos maletas para enfilar la salida decididos a terminar pronto el martirio de escuchar un llanto lastimero casi agonizante.

—Menuda resistencia tiene la amiga. —Gabriel resopló. La perra era tan propensa a viajar como Claire; otro punto en común entre ellas—. Vamos a sacarla. La gente nos mira como si le pasara algo.

—Pobrecilla, no lleva muy bien los desplazamientos.

Agobiado, Gabriel dejó de empujar el carro y se situó por delante contemplando el aspecto abatido de *Shu*. Embargado por la ternura y un ligero remordimiento, se agachó y abrió la portezuela metálica sin tener sujeta la correa. Ese despiste oportuno duró lo justo para incitar un salto olímpico hasta el suelo y una fuga tan rápida como la onda expansiva de un desastre nuclear. La vieron alejarse a una velocidad increíble para su tamaño, arrastrando la correa mientras sorteaba centenares de piernas con el radar atómico que debía dominar su carrera. Las asombradas personas que iba esquivando, o no se inmutaban, o se detenían creyendo que el dueño pasaría seguidamente. Sin embargo, ninguno supo que Gabriel había desistido de persecuciones en las que siempre acababa mal parado; al fin y al cabo, *Shu* volvía por su cuenta cuando desfogaba. Llegó a la conclusión de que era una manera algo extrema de mostrar la alegría por sentirse libre y, obviamente, él nunca coartaría su derecho inalienable a la libertad.

Asombrada por esa dejadez, Claire cruzó los brazos y preguntó:

—¿No vas a buscarla?

—No —contestó rotundo y volvió a empujar despacio el carro por aquella inmensa zona de tránsito. Oteando entre la multitud, ocultó su preocupación y habló indiferente—. Que vuelva cuando quiera.

—¿Y si se pierde?

—Ya verás cómo no —respondió seguro.

—Es un cachorro, deberías enseñarla mejor.

—He tenido un montón de perros, sé lo que hago.

—Lo veo claro —dijo irónica, intentó buscar a la perra con la mirada, pero topó con un rostro familiar—. ¿Aquel no es Sean?

Gabriel miró en la misma dirección y observó la sonrisa suficiente de su hermano al acercarse tirando de la correa de *Shu*. Se le veía alegre, con un destello pícaro en los ojos, la piel morena, y la indumentaria sport que no perdonaba. Vestía un jersey negro, pantalones vaqueros y las incombustibles deportivas oscuras de lona.

—Es la tuya, ¿verdad? —preguntó Sean.

—Sí —contestó Claire, le besó cariñosa las mejillas—. ¿Cómo lo has sabido?

—Se ajustaba a la descripción —respondió. Claire agarró la correa y Gabriel le palmeó el hombro—. Y esa forma de correr solo la he visto en los perros que estaban cerca de Gabe —dijo Sean bromeando—, huyen apestados.

Sin medir adrede la fuerza, Gabriel le dio otro toque en el hombro antes de hablar sonriendo cínico:

—No voy a decirte qué hacían cuando te veían a ti.

—Pídele consejo a Jack, era quien los educaba siempre.

—Como sigas así —añadió Claire—, Jack va a convertirse en tu gurú.

—Eso quisiera él —replicó Gabriel engreído, miró a Sean y preguntó para ahorrarse escuchar otro chiste—. ¿Dónde tienes el coche?

En casa de sus padres, Gabriel se preparó para una lección gratuita de adiestramiento canino cuando llegaron y apareció Jack con la mirada fija en la perrita. Imaginó la exageración de encuentro que Sean le habría contado aprovechando que sacaron juntos el equipaje del coche.

—Hola, ¿cómo estás? —saludó Jack, se puso en cuclillas y acarició la cabeza de *Shu*—. Me han dicho que eres muy traviesa.

—Toma —dijo Gabriel seco, le dio la correa—, toda tuya.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Encogió los hombros y se desentendió de él yendo hacia la cocina.

—Gabe, espera.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí, perdona. Estoy un poco harto de sentirme inútil. ¿Cómo estáis?

—Aún no sabemos el sexo, pero todo va normal —comentó Jack—. Si quieres, le enseño lo básico. ¿Cómo se llama?

—A mí no me hace ni caso, va por libre.

—¿Cómo se llama? —insistió Jack.

—*Shu*. —Gabriel lo vio disimulando una sonrisa—. Puedes cachondearte, suele ocurrirme a menudo.

—Pareces un poco atacado.

—¿Un poco? Llevo un mes horrible.

—Algo he oído. Intenta relajarte estos días, con los nervios de papá tenemos suficiente. Desde que hemos llegado me ha preguntado por el sexo del bebé cien veces. A ver si se casan ya y se tranquiliza.

—¿Sabes algo de su rehabilitación?

—La dejó cuando volvieron, no sé si porque el médico lo vio bien, o porque estaba loco por quitárselo de encima.

—Supongo que lo encontraría bien, si no, mamá nos lo habría dicho.

Jack asintió.

—Están en el jardín. La verdad es que les ha quedado muy bonito, romántico.

—Ya sabes… anímate y celebra aquí tu boda.

—Me pasa como a ti con la perra, Cora no me hace ni caso, va por libre.

—¿Se lo has vuelto a pedir?

—No, pero sé la respuesta, y paso.

—Espera a que haya nacido el bebé, seguro que lo ve de otra manera.

—No lo aseguraría —dijo torciendo el gesto—. Ella se lo pierde.

—Pues sí, Drako.

Gabriel le echó el brazo por el hombro y salieron al jardín, donde secundó su opinión: invitaba al romanticismo. Una carpa blanca ocupaba todo el espacio a un lado de la piscina, montones de sillas forradas con una tela beige estaban alineadas al otro, frente a un altar improvisado, e innumerables guirnaldas de flores secas colgaban de los árboles que rodeaban el muro de la propiedad. Nada más verlos, Ophie corrió hacia ellos entusiasmada por *Shu*. Se hicieron amigas al instante, con una conexión especial entre cachorros propia para que jugaran revolucionadas durante un buen rato, siempre ajenas a la vigilancia de los adultos que hablaban planificando un detalle significativo aún pendiente.

Aunque el día de la boda no amaneció soleado como esperaban, las amenazantes nubes de oscura humedad no disuadieron el ajetreo constante de las personas que terminaban de acondicionar el jardín. Elizabeth dio una vuelta —todavía vestida con un chándal— para comprobar escrupulosamente que todo estuviera perfecto. De regreso del paseo matutino a *Shu*, Gabriel coincidió con ella y, después de compartir impresiones sobre la decoración, sacó el *asuntillo* que no le convencía:

—He estado pensando que sería mejor que te acompañara Sean. Creo que se lo merece más que yo.

—No digas tonterías. —Elizabeth sonrió, entornando los ojos —. Los tres sois iguales para mí. —Le besó la mejilla y comentó—. Si a ti no te importa, a mí tampoco; pero habla tú con él porque yo no tengo tiempo.

Gabriel dejó a su madre, sabiendo que de manera inconsciente la afinidad entre Sean y ella no era comparable a la que tenía con él ni Jack, por mucho que el cariño hacia los tres fuese similar. Con prudencia, metió a la perra en el *transportín* y entró en la casa buscando a Claire. Faltaban dos horas para la ceremonia y creyó que estaría arreglándose, en cambio, la encontró relajada en la cocina desayunando con Cora y Jack.

—¿Qué hacéis?

—Claire va a hacernos unas fotos para un trabajo de su escuela —dijo Jack.

—¿Juntos?

—Algunas sí —comentó Claire—. Otras serán desnudos individuales.

—¿Desnudos? —preguntó Jack asustado—. No nos lo habías dicho.

—Serán artísticos, no hago porno.

—Entonces, no creo que quiera posar —bromeó Cora.

—Yo tampoco.

Jack le guiñó un ojo a Gabriel, aunque Cora lo vio.

—Tenéis que hacerme el favor —dijo Claire, se centró en Cora para continuar—. Además, a ti me gustaría hacerte otras cuando estés más gordita. Como no tengo que presentarlas hasta dentro de unos meses, tenemos tiempo.

—Cuando quieras, pero tendrás que venir a Nueva York.

—¿Por qué no os venís unos días a Terranova? —preguntó Gabriel.

—Ahora no es un buen momento —respondió Cora, sonrió

ligeramente—. En cuanto volvamos, quiero centrarme en el trabajo. Pero te prometo que iremos cuando haya nacido el bebé, me gustó mucho la casa, y Claire nos ha dicho que la primavera es muy bonita en aquella zona.

—Cierto, os gustará. Os tomo la palabra.

—Ya veremos —dijo Jack cauteloso—. No sé si será buena idea viajar con un recién nacido.

—Es una idea estupenda —comentó Claire—. No pongas más excusas.

—Está bien, y por cierto, ¿tengo que depilarme?

Jack trató de no reír mirando a Claire, pero las risas de Gabriel y Cora no le permitieron conseguirlo. Pasaron los minutos sin rastro de rencor entre ellos. Los cuatro tenían asumido que sus destinos seguirían juntos, aunque una vez se equivocara asignando las parejas.

Desde su dormitorio, Gabriel llamó por teléfono a Sean y lo puso al día del cambio de planes. En un principio se resistió a robarle «su derecho» como primogénito, aunque aceptó agradecido al escuchar el argumento que le dio.

—¿Cómo lleváis la investigación? —preguntó Gabriel cuando Claire salió del baño envuelta en una toalla—. ¿Habéis progresado?

—Mal —respondió de pasada. No le había comentado sus sospechas sobre la información que las Friars ocultaban, tampoco a Sean. En cambio, decidió hablarlo con él—. Entre unas cosas y otras no tengo tiempo y no puedo meterle prisa a Sean porque también tiene lo suyo, pero me fastidia que quienes podrían ayudarme estén engañándome.

—¿De quiénes hablas? —preguntó juntando el ceño.

Claire se quitó la toalla y se colocó unas braguitas rojas, responsables de una pulsación mecánica en el miembro de Gabriel, que se sentó en la cama sin perderla de vista.

—De Elo y Ethel. A Elo la incluyo porque si Ethel sabe algo ella también. Creo que conocieron a Barinov, o como mínimo saben algo. Conozco a Ethel desde que nací y sé que me ha mentido.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, cariño —respondió cínica, abrochándose un sujetador rojo—. Aunque se puso blanca como la nieve cuando le pregunté por él. Estoy segura de que por alguna razón no quiere decirme la verdad.

—No saques conclusiones precipitadas —comentó sensato, al menos todavía podía coordinar unas pocas neuronas. La vio ponerse un vestido escotado y comprendió ese predominio del color infernal—.

Tu abuelo murió hace casi veinte años, no tuvieron por qué conocerlo. Solo tenemos las cartas y son muy viejas. ¿Piensas que lo conocieron? ¿Que Alexei estuvo en Terranova?

—No lo sé —dijo seria—. Solo digo que Ethel está ocultando algo.

—Cuando volvamos a casa, hablaré con ella.

—No. —Claire se acercó y le ofreció la espalda para que le abrochara la cremallera—. Prefiero seguir sola con Sean, no tengo prisa.

—Como quieras —dijo Gabriel, le besó el hombro y añadió—: Pero si necesitas mi ayuda, solo tienes que pedírmela.

—Gracias. —Claire se giró y unió sus labios en un beso lento —. Anda, cariño, vístete. Tu padre debe estar listo.

Más tarde, Sean hizo acto de presencia con Elaine y Ophie apurando el tiempo hasta el límite. Corrió en busca de su madre para no hacer esperar al juez que iba a oficiar el enlace y había llegado unos minutos antes. Ellas se sentaron en primera fila junto a Claire y a Cora. Todas se pusieron vestidos cortos; Elaine y Ophie de rosa pálido; Claire de rojo; y Cora de azul cobalto.

En otra parte de la casa (la cocina, para más señas) Gabriel y Jack encontraron a John bebiendo un vaso de agua. La imagen nerviosa que percibieron no era la que esperaban de un hombre a punto de casarse por segunda vez con la misma mujer, con quien tenía tres hijos, una nieta y una larga convivencia a sus espaldas.

—Tenemos que salir —dijo Gabriel.

—¿Sean no ha llegado?

—Sí —afirmó Jack—. ¿Estás bien?

—Más o menos, acabo de tomarme una pastilla para la tensión.

—¿Quieres que esperemos un poco? —preguntó Gabriel.

—No. —John se colocó la chaqueta del traje azul marino que vestía. Sus hijos, también con impecables trajes oscuros, para tranquilizarlo, lo abrazaron antes de salir—. ¿Llevas las alianzas?

—Sí —contestó Jack—, me ha sonado un mensaje tuyo cada dos minutos, ¿cómo podría olvidarlas?

Por respuesta una sonrisa alegre y una palmada en el hombro para cada uno.

John pasó saludando a los invitados sin aparentar nerviosismo, como Jack y Gabriel, recibiendo felicitaciones mientras se aproximaban al juez.

Claire no se reprimió ni al sonreír ni al tirarle un beso al aire a su flamante prometido, que andaba despacio con una elegancia heredada sin ninguna duda del hombre que le precedía en igual tamaño y complexión. A su vez, alegre porque era feliz, Cora sonrió a su exmarido. Pero quien la desalmó con una mirada seductora fue el padre de su hijo, cuando sus ojos se encontraron congelaron el tiempo. Jack lo conocía todo de ella; las sombras de los momentos amargos y el brillo de los buenos; daba esperanza al futuro que deseaba con esa familia impaciente por llegar para completar su vida, cerrando el círculo íntimo que formaban. El mismo que pretendía hacer oficial con una sorpresa que jamás olvidaría. A punto de llorar, Cora le lanzó un mudo «te quiero».

En cuanto empezó a sonar *Ancora* de Einaudi, apareció Sean con un traje negro hecho a medida, una camisa blanca, corbata oscura y una rosa blanca prendida del ojal de la solapa, dándole el brazo a Elizabeth, que vestía un traje gris perla de falda y chaqueta, tan deslumbrante como sus ojos. Esos todavía con el poder de hacer temblar a John acariciando un sueño hasta hace poco descartado e incluso a ratos inmerecido. Empezaba otra vez con su amor intacto, vibrando sobreexcitado al verla acercándose escoltada por su escudero más protector. Sean lo miró sonriendo, le entregó la mano de Elizabeth y se colocó a un lado con sus hermanos.

El juez Kennet J. O´Doyle era amigo de John y Elizabeth, rondaba los cincuenta, tenía un sobrepeso considerable, una insinuante calvicie que intentaba camuflar confundiendo el sentido de su peinado, tanto al propio cabello como a quien lo mirase, y lucía un extenso bigote salpicado de canas. Vestía unos pantalones oscuros, una camisa blanca bien planchada y unos tirantes de colores se vislumbraban tras una chaqueta colorida de cuadros sin pinta de haber coincidido con los botones desde hacía años. Realizó una ceremonia emotiva que arrancó algunas lágrimas a más de uno e hizo reflexionar a muchos, sobre todo, cuando habló de la importancia del perdón ante el amor verdadero y del valor para reconocerlo aunque efímeras estrellas rutilantes hubiesen intentado eclipsarlo.

Un poco después, Jack les entregó los mismos anillos que se colocaron en 1976, solo que esa vez John mandó grabarles: «*In Principio et Semper meum Paradisum*». El nuevo matrimonio se dio un discreto beso en los labios y Gabriel, inspirado, habló con el juez en cuanto terminó con sus mejores deseos. Luego, firmó junto a sus hermanos como testigo del enlace.

Claire los fotografió desde su sitio. Creía tener algunas imágenes entrañables. Captó miradas cómplices en los tres hombres

riendo felices, los imaginó formando otra estrella en la nieve, viéndolos como niños sin disimular el buen momento que atravesaban.

El día siguiente llegó perezoso para todos. John y Elizabeth desayunaron a solas en la cocina, planeando las vacaciones en Bermudas y la corta estancia en Nueva York mientras sus hijos seguían desaparecidos después de disfrutar de una fiesta que duró hasta el amanecer.

Gabriel acababa de despertarse con Claire acurrucada medio desnuda abrazándolo por la cintura. El leve roce de sus pezones en el estómago alentó una brusca erección matutina que buscó la calidez de su entrepierna balaceando las caderas con suavidad, con besos en los pechos que también mordisqueó.

—Hola —ronroneó Claire.

No tenía aire para poder hablar, se despertó jadeando sin contar con el deseo insaciable de Gabriel que la lamía sonriendo, orgulloso de sí mismo.

—Hola —saludó. Recorrió con la lengua su vientre, capturó otra vez los pezones y con una mano se agarró el pene para enterrarse profundamente en el mejor sitio dónde recibir el día. Empujando despacio, volvió a hablar—. Tengo muchas ganas de que nos casemos.

—No va a cambiar nada.

Sujeta a su cuello, Claire lo besó con la misma calma que él tenía.

—Sí, serás Claire Drake.

—Creo que seguiré con mi apellido —comentó sonriendo.

No había ninguna razón para cambiárselo. Desde hacía un montón de años las mujeres en Canadá no adoptaban el de sus maridos.

—No.

Gabriel aumentó el ritmo de su cuerpo. Se aceleró advirtiéndole una ofensiva imprevista y el poder que podía ejercer en ella; la dominaba con placer y no estaba dispuesto a permitirle no usar su apellido. Se corrió y no quiso tener la consideración de esperarla. Se apartó, dejó la cama y se encerró en el baño de un portazo.

Asombrada por ese genio, Claire se levantó y fue tras él. Al verla, le sonrió con una mirada impertinente desde la ducha, se miró el pene y preguntó engreído:

—¿Buscas algo?

—¿Qué te pasa? ¿Para qué me has despertado?

—Desde luego, no para que me digas que no vas a llevar mi

apellido.

—¿Por eso te has enfadado?

Claire movió incrédula la cabeza y salió indignada. No entendió una reacción egoísta impensable cuando no habían hablado del tema. Para ella era importante mantener su apellido paterno por varios motivos; el principal: ser la única descendiente de los Merritt; como poco, en su faceta profesional tenía decidido usarlo; con el beneplácito de la Inquisición o sin él.

Bastante furiosa, se puso unos vaqueros, un jersey blanco de hilo y unas botas altas marrones. Coincidió en la cocina con John y Elizabeth, que acababan de desayunar en ese momento.

—Buenas tardes —saludó John—. ¿Pasa algo?

—Hola. —Claire sonrió, aparcando el enfado ante las miradas perceptivas de sus «casi suegros»—. ¿Qué tal la noche?

—Agotadora.

Elizabeth cogió la mano de John y lo besó en la mejilla.

—¿Vamos a comer aquí? —preguntó Claire.

—Como queráis, pero estamos solos y tendríamos que cocinar —respondió Elizabeth, que había dado vacaciones al servicio interno hasta que regresaran de la luna de miel—. Jack y Cora aún no se han levantado, y son más de las tres, será mejor que planteemos una cena temprano.

—Sí, no es mala idea.

—Vamos a jugar un rato al golf —dijo John—, ¿te vienes?

—No —contestó rápido. Sin vergüenza, reconoció—: Se me da de pena.

—Entonces, nos vemos a las seis —añadió Elizabeth—. Díselo a Jack y también a Sean si viene.

—Descuida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó intrigada.

—Sí. —Claire sonrió ligeramente—. Estoy un poco cansada de tanto baile.

—Pues ayer no se te notaba —comentó burlón John—. De Jack y Sean lo tenía asumido, pero tú fuiste la gran sorpresa. Faltó que Gabe se hubiese animado, aunque tú lo compensaste con creces.

—Lo pasé muy bien —afirmó, recordando sus bailes enardecidos con Jack, Sean y un par más relajados con Gabriel, que no contemplaba moverse sin pudor y se limitó a disfrutar observándolos —. Aunque hoy voy a tener que estar todo el día tumbada, estoy muerta.

—Aprovecha y métete un rato en el jacuzzi —ofreció John—. A mí me va genial para relajar los músculos.

—Lo tendré en cuenta. A lo mejor lo hago cuando desayune.

—Hazme caso —dijo John, iniciando el paso—. Mano de santo.

Claire se preparó un café con leche y dos tostadas, buscó la mantequilla en el frigorífico y lo llevó todo a la mesa de la terraza. Antes de sentarse, sacó a *Shu* del *transportín*. En su línea, en cuanto olió la libertad corrió igualando al viento hasta perderse entre los árboles. Claire desayunó observándola, aunque no pensaba en ella, sino en la manera de salvar el nuevo escollo con Gabriel.

Antes de terminar, Jack y Cora se reunieron con ella. Compartieron contentos sus planes de boda en la Biblioteca Pública de la Quinta Avenida para cuando naciera su hijo, después de la petición de matrimonio que el menor de los Drake aceptó sin vacilar. Pasado un rato, incitado por la actitud positiva al aprendizaje de *Shu*, Jack se despistó en el jardín con órdenes básicas.

—Como no sea un niño —comentó distraída Cora, mirándolo agachado hablando con la perrita—, no sé qué va a hacer.

—Lo que todos, caer embobado.

—Supongo, pero me daría pena. Está obsesionado con un niño, no sé qué le pasa.

—Me imagino que al haber tenido solo hermanos por eso quiere un varón —dijo Claire—. Por lo que me ha contado Gabriel, de pequeños los tres se llevaban muy bien. Habría sido diferente de haber tenido alguna hermana.

—Es posible, desde luego, no habrían sido tan brutos. Como soy hija única, nunca tuve compañeros de juegos, tampoco rivales —comentó Cora alegre, obviando la tensa relación que mantenía con sus padres desde el divorcio de Gabriel—. Quiere llamarlo Ethan, pero a mí me gustan más Oliver o Charlie.

—Todos son bonitos. —Claire sonrió triste—. Mi abuelo se llamaba Charles. Si alguna vez tuviera un niño, creo que se lo pondría.

—Me encanta, pero Ethan es su primera opción.

—Había imaginado que sería John.

—No —comentó rotunda—. Ese honor es de Gabe.

—¿Por qué?

—Ni idea, es algo entre ellos, ni nos lo hemos planteado. Gabe es muy conservador para ciertas cosas.

—Me he dado cuenta hoy —dijo con una mueca irónica—. No sabía que era tan importante para él que cambiase mi apellido cuando nos casemos.

—¿Lo es?

—¿No lo fue para ti?

—No —reconoció rápido, hizo una pausa—. Tampoco dije nada, me pareció lo normal.

—Para mí es importante mantener mi apellido. No tengo hermanos ni familia paterna, soy la última Merritt por parte de mi abuelo. Me gustaría firmar las fotos como Claire Merritt.

—No creo que a Gabe le moleste. ¿Se ha molestado?

—Sí, bastante.

—¿Por eso estás sola?

—Sí. A veces no entiendo por qué no me cuenta lo que piensa.

—Hombres, y Drake. —Cora sonrió y se solidarizó por una preocupación compartida. Ella también sobrellevaba el pronto irracional y pasajero que Jack no sabía reprimir cuando se frustraba —. Una combinación llena de descubrimientos.

—Y tanto… —Claire rió—. ¿Quedamos luego y te hago las fotos?

—Vale. ¿Qué quieres hacer?

—Unos posados en la cama. Algunos solo tuyos y otros con Jack.

—Díselo, antes de que haga otros planes.

—Hemos quedado con Elizabeth para cenar juntos a las seis. Podemos hacerlas a las cuatro.

Poco después, Claire entró en el dormitorio y se cambió la ropa por un biquini negro. No vio a Gabriel y se dirigió al jacuzzi del solárium, en la planta alta de la casa. Bajo el huidizo sol medio tapado por las nubes, se quedó lacia en el agua cálida y burbujeante. No solo la sacudió con cosquillas agradables, también anuló el sonido de los pasos de Gabriel acercándose en son de paz.

—¿Quieres compañía? —preguntó en cuclillas muy cerca del oído de Claire.

—Sí.

Gabriel se desnudó y entró despacio. Mantuvo una distancia prudencial para no caer en la tentación antes de aclarar algunas cosas que no debían posponer.

—¿Por qué no quieres cambiarte el apellido?

Claire exhaló una bocanada brusca de aire y se incorporó molesta.

—No es por ofenderte —dijo mirándolo a los ojos, rodeó su cuello con los brazos y sus caderas con las piernas—. Te quiero, lo sabes, es un honor ser tu mujer, pero no me obligues a renunciar a lo

único que me queda de mi familia. —Claire se emocionó—. Por favor, cariño, al menos, si consigo hacerme un hueco en el mundo de la fotografía, quiero firmar como Claire Merritt, que es quien hace las fotos. No me importa ser Claire Drake en el resto de mi vida, pero no en mi carrera profesional. Espero que lo entiendas.

—Ten claras dos cosas: vas a ser una gran fotógrafa y serás mi mujer llamándote como quieras. No me molesta que mantengas tu nombre, he pensado que lo decías por mantener tu independencia, y nunca ha sido mi intención limitártela, nunca, cariño. Llámate como creas que debes, a mí me basta con saber que te tengo conmigo.

—Gracias, no quiero que nos enfademos por tonterías.

—No son tonterías, son nuestras inquietudes, y tengo la intención de conocer todo lo que te preocupe o te haga feliz. Nada se interpondrá entre nosotros.

Unos labios deseosos incendiaron dos cuerpos que se necesitaban, dos almas que no comprendían vivir separadas. Así se declaraban su firme propósito de compartir sus sueños y de alcanzar juntos sus metas. Y ahí, en ese instante precioso, sellaron un amor con fuerza para superarlo todo sin necesidad de apellidos; solo, Claire y Gabriel.

Una vez en Nueva York, Claire recorrió algunas boutiques dejándose aconsejar por Elizabeth y Cora. Buscaba algo sencillo; aunque sus ojos quedaron prendados por un vestido de novia de corte sirena con escote de pico, el cuerpo entallado y una elegante chaqueta de mangas cortas de seda y chantillí.

—Pruébatelo —dijo Cora.

—Es una boda civil —comentó Claire. La cola era preciosa, le gustó mucho, pero le pareció excesivo—. No pega.

—Es una boda y eres la novia, puedes ponerte lo que quieras, pruébatelo.

Tanto Cora como Elizabeth advirtieron el deseo en los ojos de Claire y no dudaron en empujarla para que se lo comprara, era perfecto para ella y lo confirmaron cuando se lo vieron puesto y no tuvo necesidad de ningún arreglo; pudo llevárselo metido con mucho esmero en una gran bolsa blanca portatrajes.

La noche siguiente celebraron la próxima llegada de Ethan Drake a la familia, cenando en un restaurante cerca del apartamento de su futuro padre, que invitó encantado no reparando en gastos

eligiendo el vino ni mostrando una felicidad absoluta.

—Cada día te admiro más —dijo animado Gabriel, centrado en Jack.

—Gracias, Drako, qué vamos a hacerle, soy un triunfador.

—Ya te veo. Por cierto, te he visto enseñando el cuerpo sin cortarte.

—Seguía las instrucciones de tu novia.

—Tú hazle mucho caso y perderás la poca credibilidad que te queda.

—Me dijo que eran para un trabajo de clase.

—Has tenido suerte, a mí no me dijo nada y me encontré con el culo al aire delante de medio San Juan. Si ya te ha advertido, probablemente será una exposición en toda regla.

—Espero que no. —Jack no estaba muy seguro y se volvió hacia Claire—. El trabajo ese, es solo para tu clase ¿verdad?

—¿Vuestras fotos? —preguntó, disimulando una sonrisa.

—Sí.

—Claro, solo para mis profesores y compañeros.

Atento a ella, Gabriel leyó con claridad la palabra embustera grabada en el verde de sus ojos.

—Ah, vale.

El alivio fue patente en la cara de Jack, pero al momento su gesto se convirtió en hosco. Se levantó mirando fijamente la puerta del local. De inmediato, ese punto, también captó la atención del resto, tan sorprendidos como él. Antes de provocar un altercado bochornoso, Gabriel y John le siguieron.

—Tenía intención de vivir aquí algunos meses —dijo Elizabeth—, pero prescindiré por ahorrarme coincidir con ella.

—No seas tonta. —Claire le tocó cariñosa la mano—. Si te gusta estar aquí no dejes que nada te impida venir. Sé de qué hablo y te aseguro que Lilian no es una amenaza para ti. ¿No la ves? Da pena.

—Es verdad —admitió Cora—. Está feísima.

—¿Ha sido guapa alguna vez? —preguntó Claire curiosa.

Elizabeth y Cora se miraron olvidando a los tres hombres que se la habían llevado fuera del restaurante y rieron divertidas por una pregunta inocente que tenía una respuesta igual de sencilla que las dos pronunciaron a la vez.

—No.

Regresaron a Terranova, donde Gabriel se vio arrollado por la inminencia de la boda, los problemas en el banco y el adiestramiento

de *Shu*, que ya era otra cosa y lo acompañaba a diario en unas largas carreras por el centro de la ciudad, siempre obediente junto a su pierna y con un instinto protector muy marcado.

Pasaban cerca del banco, aún cerrado, cuando el insistente ladrido lo hizo sonreír con paciencia.

—Eres una petarda, ya te conocen en todas partes.

Evidentemente *Shu* no contestó, en cambio mostró una comprensión asombrosa al dejar de ladrar y menear la cola alegre observando a dos mujeres que apreciaba y Gabriel no llegó a ver, más atento a Cybill Parker acercándose con una imagen más discreta de lo acostumbrado y una sonrisa que cada vez le molestaba más.

—Hola, Gabriel, qué sorpresa.

—Hola —dijo, sacando la correa de *Shu*, que nunca le ponía aunque llevaba por si acaso—. Vamos, compórtate.

Gabriel le ató agachado la correa a un arnés rojo, con más esfuerzo del que pretendía, intentando manejar al inquieto animal que solo tiraba para cruzar la acera.

—Me han dicho que te casas la semana que viene —comentó Cybill.

—Sí, el sábado.

—Eres una caja de sorpresas.

—Lo dudo —dijo cínico—. Tengo prisa, hasta otra.

—Espera… —Cybill le sujetó un brazo—. ¿Volveremos a vernos?

—Nos vemos a menudo.

—Sabes a qué me refiero.

—Te dije que no solía tener ese tipo de relaciones, ahora ni me las planteo. No creo que te diera pie a pensar que entre nosotros podía haber algo más duradero.

—No, claro que no —reconoció sintiéndose idiota—. Lo preguntaba para saber a qué atenerme.

—Espero que te haya quedado claro —dijo sin medir la brusquedad de su tono.

—Perfectamente. Hasta otro día, y si no te veo antes del sábado, felicidades. Os deseo lo mejor.

Gabriel agradeció que Cybill eligiera el camino de la cortesía y la dignidad porque le agotaba creer que ella aspiraba a algo, incluso teniendo claro que no lo había fomentado.

Siguió a paso rápido hacia su casa, enfrascado en las visitas que tenía pendientes y el viaje de novios (sin reservar) que no le preocupaba al haber tanteado en el Sur de España varios hoteles sin problemas de ocupación.

Entró por la puerta del jardín, dejó a *Shu* y fue a la cocina para desayunar antes de ducharse e ir al trabajo. Adrede, Ethel lo ignoró, atareada entrando y saliendo de la despensa cargada con verduras.

—Buenos días —dijo Gabriel, sonrió—. Has llegado pronto. —Ethel no se molestó en saludarlo, tampoco le puso el desayuno como hacía siempre. Extrañado, preguntó—: ¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—¿Qué te pasa?

La ironía de Ethel la captó al vuelo.

—Nada. Si quieres hablar, busca a tu amiga.

—¿Dé quién hablas?

—No te hagas el tonto. Te hemos visto hace un rato.

—¿Perdona? —Gabriel no esperaba ese reproche y cambió de actitud—. ¿Se puede saber qué delito he cometido?

—Tú sabrás. Solo espero que Claire no sufra.

—Ocúpate de tus cosas y déjame tranquilo —espetó con dureza, enfadado por una intromisión que no le correspondía—. No sé qué crees haber visto, pero si estás hablándome de la mujer que he saludado en el centro, es una conocida y no te debo ninguna explicación. Me parece muy bien que te preocupes por Claire, para ella sois su familia, pero no me digas cómo tengo que comportarme porque no voy a permitirlo —dijo severo, la observó impasible y añadió—: Cuando puedas, quiero desayunar. Ese sí es tu cometido.

—No tengo tiempo. El café está recién hecho, sírvetelo tú solo, estoy preparando la comida de la boda y no es mi trabajo ponerte la comida por delante. Si lo hago es porque no me importa, pero habla con Claire y ella te aclarará qué tenemos acordado.

—No me provoques. Sabes que te aprecio, pero no eres mi madre, así que no te pases. Trabajas aquí y si te pido que me pongas de comer, lo haces y no me lo discutes.

—De eso nada —replicó sin amilanarse—, y no me provoques tú a mí.

Claire y Eloise estaban paradas en la puerta de la cocina escuchando la tensa conversación, intentando comprender esa hostilidad cuando los dos eran uña y carne.

—¿Qué os pasa? —preguntó Claire.

—Voy a ducharme —dijo Gabriel, le dio un beso a Claire en la mejilla y agregó en un tono arrogante—. Dile a Ethel que me tenga el desayuno listo en veinte minutos.

Pasó por su lado, sonrió a Eloise y salió con una mueca

satisfecha en el rostro.

—Házselo tú —dijo Ethel, siguiendo con los preparativos—, estoy liada con la comida.

—Vale. ¿Por qué estáis enfadados?

—No estamos enfadados —respondió Ethel y desvió la vista unos segundos hacia Eloise—: Me ha pedido el desayuno, pero no puedo ponérselo porque estoy ocupada. No ha querido entenderlo. Pónselo tú y ya está.

Eloise entró en el cuarto de la colada, sospechando el motivo del desencuentro por la retahíla que soportó de su hermana durante todo el trayecto andando hasta llegar a la casa. Ethel no paró de mascullar sobre la morena y la mala impresión que percibió.

—El tono de Gabriel era de enfado —dijo Claire recelosa.

—Ni idea.

Indiferente, Ethel empezó a pelar una zanahoria del montón que había en la encimera. Eloise salió cargada con la cesta vacía de la ropa sucia, para hacer una batida en los sitios donde Gabriel solía dejar las prendas y de paso evitar a Claire sin levantar sospechas.

—¿Tienes claro los platos? —preguntó Claire interesada.

—Sí. —Ethel habló concentrada en su tarea, que todavía era considerable. Después de las zanahorias debía pelar otras verduras para el menú variado que pretendía realizar—. Tu suegra vendrá con una chica colombiana para ayudarme.

—Amelia, trabaja con ellos en Nueva York, no habla mucho inglés, tendrás que decirle a Gabriel que te traduzca.

—No será problema, pero recuerda que no ha llegado el jamón ni el vino y no quiero que Gabriel se estrese más.

—¿No sabemos por qué están retrasándose?

—No, los llamé ayer y dicen que salió hace cuatro días.

—No te agobies, esperaremos hasta mañana. Si no llega, llamaré. —Claire no quiso preocuparse, pero lo hizo—. Voy a ver a Gabriel, ahora vuelvo.

En el dormitorio, Claire lo encontró recién duchado y vestido con un traje gris oscuro, anudándose la corbata.

—¿Te ayudo? —preguntó esbozando una sonrisa. Atento a sus ojos, Gabriel sacudió la cabeza—. Estás muy guapo.

Claire rodeó su cuello con las manos y le dio un beso en la boca enredando sus lenguas despacio. Se apretó con sutileza a su cuerpo, dejando que el sándalo, la mandarina y la madera de la colonia se mezclaran en su olfato con el apetecible sabor de unos labios que la fundían en dulce miel.

—No me he afeitado.

—No importa —dijo, rozó con la mejilla su áspera barba—. Me gusta…

Gabriel se meció con ella, sujeto a sus caderas.

—Te quiero.

—¿Qué te pasa? —preguntó Claire al notar que seguía enfadado.

—Nada.

Sonrió, le besó la punta de la nariz y se apartó. Cogió la chaqueta, un abrigo negro y agarró con firmeza la mano de Claire.

Entraron en la cocina y Gabriel observó una sonrisa en Ethel que no supo a ciencia cierta si era irónica o condescendiente. Al instante, cuando se sentó en la mesa y Claire le colocó una taza de café por delante, comprendió que tenía un poco de ambas.

—Siéntate, cariño —dijo Gabriel, sintiéndose como un gusano egoísta—, yo me encargo del pan.

En cuanto se levantó, Ethel sonrió con la lengua marcada bajo la mejilla. Gabriel pasó por su lado sin inmutarse, cogió varias rebanadas del pan francés que no había olvidado comprarle y las metió en el tostador.

—¿A qué hora quieres que te recoja? —preguntó Gabriel pendiente del pan.

—A las ocho. Tengo clase a última hora con el profesor Gallagher.

—¿Es el norteamericano?

—Sí. Es muy bueno. Ha llegado con ganas. Nos está bombardeando con un montón de proyectos.

—¿Te preocupa?

—No, pero algunos compañeros se sienten presionados.

—No me extraña —comentó, recordando el nivel mínimo de las fotografías que había visto de ellos—, aunque no debería afectarte, estás muy por encima de todos.

Así pasaron el tiempo del desayuno, enfrascados en una conversación alentadora hasta acordar verse en la puerta de la escuela aquella tarde. Ni Ethel medió una palabra mientras realizaba su tarea ni Gabriel trató de suavizar la tensión con ella, entre otras cosas, porque no creía tener que darle explicaciones de nada y, sobre todo, por la tranquilidad de su conciencia.

Las clases de Ryan Gallagher tenían la cualidad de convocar a un buen número de alumnos, incluso a los que protestaban o no frecuentaban más de dos o tres asistencias semanales. Era un tipo

corpulento con músculos rotundos. Tenía un rostro agradable, bien proporcionado; torcía unos labios gruesos de manera involuntaria al hablar; y sus ojos, de un azul verdoso parecido al del mar, estaban rodeados por patitas de gallo y recordaban insistentes una atractiva madurez; el cabello castaño corto, con facilidad para ondularse, salpicado de algunas canas en las sienes para reiterar el esplendor de sus más de cuarenta años muy bien llevados. Tenía éxito entre las mujeres, alumnas o compañeras; menos con la profesora Rodhein, que no lo soportaba. A Claire le intrigaba ese comportamiento esquivo de Virginia, ya que era una de las personas más sociables y abiertas que conocía, e intuyó que podía camuflar alguna atracción amorosa no correspondida.

En el exterior de la escuela, Gallagher hablaba con Claire y dos compañeros más. Una chica, Gina, de dieciocho años, tímida y de apariencia frágil. Y un chico de veintipocos, Bastien, que para Claire rozaba la genialidad. Tenía una imagen espigada, aún por ver su complexión varonil adulta. Apuntaba maneras de rompecorazones, era muy guapo, y demasiado promiscuo en todos los aspectos de su vida. Esa incesante actividad la plasmaba en sus fotografías, que convertían la luz en magia al servicio de modelos mimetizadas en la naturaleza y capturaban al espectador inventando una historia dependiendo de los ojos que las mirasen.

El profesor estaba impresionado por la fuerza de las imágenes de esos tres alumnos en particular y tenía pensado usar sus contactos con varias galerías de Nueva York, donde expuso años atrás (cuando todavía creía en su arte) para que tuvieran oportunidad de fascinarlos como le había sucedido a él.

—Lo normal serían cinco fotos cada uno, para empezar haciendo una combinada —explicó Ryan, entusiasmado—. No tenéis nada que ver y puede ser muy interesante porque abarcaríais a público más diverso.

—Creo que los tres tenemos ya material suficiente —dijo Claire.

—Sí, por mí no hay problema —afirmó Bastien—. ¿Gina?

—Perfecto —murmuró.

—En cuanto hable con mis amigos, os lo diré y seleccionamos las fotos que tengáis pensadas —explicó Ryan—. Intentad que os representen, que creen expectación.

—¿Será antes de Navidad? —preguntó Bastien.

—Es una época muy buena para vender. —Ryan apretó los labios—. Pero no sé si preferirán arriesgar un poco antes, supongo que para principios de diciembre.

—Cuando sea —comentó Claire convencida—. Tenemos las fotos.

—Por eso, vamos a centrarnos en elegir bien —zanjó Gina.

Gabriel aparcó de forma sosegada, descubrió el pequeño grupito de Claire entre las decenas de personas que transitaban los alrededores de la escuela y esperó paciente a que terminaran una amena conversación.

—Nos vemos la semana que viene —dijo Ryan—. Id pensando en vuestra selección.

—Como para olvidarlo —añadió Bastien. Tendió la mano a Ryan, besó en las mejillas a Claire y ni intentó acercarse a Gina al verle el gesto de desaprobación—. Hasta luego.

La chica se despidió con un leve asentimiento de la cabeza. De forma inesperada, Ryan giró la cabeza hacia Claire. Sonrió, abarcando todo su campo de visión, y le besó suavemente la mejilla. Fue un único beso. Un roce largo e inapropiado, acompañado por una caricia con la nariz que estremeció a Claire. Consiguió paralizarla y que Gabriel retirase la llave del contacto para correr hasta ellos.

—Hasta luego, Claire.

Ajeno al hombre que se aproximaba resoplando, Ryan dio la vuelta y se alejó satisfecho al percibir el desconcierto ocasionado. Claire, que se topó de frente con Gabriel, vio de inmediato el mal humor reflejado en la tensión de su rostro.

—Hola, cariño.

El pretendido beso en los labios de Claire, se quedó en el intento. Gabriel echó la cabeza hacia atrás.

—¿Quién era ese? —La cogió de la mano y, a paso rápido, la llevó al coche. Le abrió la puerta, se sentó en su sitio y, antes de arrancar, repitió—. ¿Quién era ese?

—¿Estás celoso? —preguntó, disimulando una sonrisa.

—No te haces una idea.

—No te doy motivos.

—Lo sé, ¿Quién era ese tío?

—Gallagher. Va a prepararnos una exposición en Nueva York. Dice que tenemos muchas posibilidades de sacar de ahí otras. Nos ha pedido cinco fotos a cada uno.

—¿A quiénes?

—A Gina, Bastien y a mí.

—¿Y los demás?

—Solo a los tres. Él antes exponía y va a hablar con algunos contactos. Puede ser una buena oportunidad.

—No lo dudo, será un éxito —afirmó, más relajado. La besó

en los labios, con la cara bien sujeta entre las manos para deleitarse en su sabor preferido; esa boca era su placer y no iba a compartirla—. ¿A qué ha venido el beso que te ha dado?

—No lo sé. —Claire le acarició la mejilla—. Normalmente es un hombre muy correcto.

—No quiero que se repita.

—Ni yo. Si vuelve a hacer algo parecido hablaré con él.

—Si se da el caso, seré yo quien hable con él.

Claire se inclinó hacia delante.

—Me pones un montón.

Una boca tierna se apretó a la suya. Luego, unos dedos juguetones toquetearon sus pechos hasta que el deseo público se hizo descarado. Necesitaron varios minutos para poner rumbo a su casa, obviando improvisados polvos cuando disponían de una cama cómoda y un hogar solitario, mudo y sordo testigo de un profundo amor donde no cabía nadie más. Quien se atreviera siquiera a intentar separarlos recibiría la furia de un hombre sereno pero osado para defender la inmensa grandeza que compartían. Sin titubeos. Gabriel Drake defendería a muerte el regalo que Terranova le había concedido; siempre; hasta el final de su vida.

OCHO

San Juan de Terranova, 3-11-12
Terranova y Labrador, Canadá

Si para cualquier novia el día de su boda amanece con tormenta sería motivo suficiente para desanimarla; sin embargo, a Claire le pasó todo lo contrario, no podía ser más propicia la lluvia desde el interior del salón. La atmosfera gris del día era perfecta para la decadencia de su casa. Parecía salida de la Belle Époque, decorada con elegantes flores blancas y envuelta en la melodía de *Limelight* que dos violinistas y una mujer con un chelo tocaban mientras entró sola con su maravilloso vestido blanco de novia, observada por ojos admirados, aunque ella solo veía dos brillantes perlas plateadas.

Embutido en un traje azul marino de corte británico, una camisa blanca y una corbata gris oscuro rayada con delgadas diagonales esmeraldas, con el pelo más corto y una sonrisa donde destacaba su nívea dentadura, Gabriel esperaba junto al juez O´Doyle.

—Estás preciosa.

La besó en la mejilla, entrelazó sus dedos y se sentaron en dos sillas antiguas para escuchar atentos al juez. El curioso personaje logró sorprenderlos ese día con la discreción de su atuendo y con la velocidad al leer los artículos del enlace. Ninguno sospechó que el interés del juez por abreviar estaba estimulado por su estómago, impaciente con los aromas apetecibles olfateados desde que pasó por delante de la cocina.

Sean entregó a su hermano las alianzas de oro blanco, con una sencilla filigrana uniendo las iniciales de los dos en un solo trazo. Dentro tenían grabadas la misma inscripción: «*Amor infinito, G&C 3-11-12*»

Después de recibir las felicitaciones de los cincuenta asistentes, halagos al vestido, y muestras de cariño sinceras, ocupó Claire junto a Gabriel el sitio de honor en la mesa más grande del salón. Degustaron el delicioso menú de Ethel rodeados por cuatro mesas engalanadas con esmero y las piezas de colección formadas por: cuberterías de plata, vajillas de porcelana y una cristalería húngara de principios del siglo XX con hermosas tallas y elegantes adornos dorados. Contrataron a seis camareros que sirvieron la comida y los buenos vinos elegidos por Gabriel. Luego, animado por una música agradable, no dudó en bailar con Claire. Iniciaron un baile envueltos

en las notas de *With or Without You*, que si era romántica, en ese instante, fue mágica para ellos por la sutileza de los tres instrumentos de cuerda. La tormenta arreciaba y no lo notaron, en el día de su matrimonio, Boreal Róis los protegía entre sus viejos muros.

—Tengo un regalo para ti —dijo Gabriel.

—Y yo.

Claire sonrió, acariciándole la nuca.

—Quiero dártelo —susurró en sus labios.

—Dámelo.

Se detuvo de inmediato, la agarró de la mano y se encerraron en el dormitorio. Gabriel cogió del secreter una caja de terciopelo rojo y la abrió sin perder de vista los ojos de Claire.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Claire admiró unos pendientes sobrios y una gargantilla de dos vueltas con esmeraldas y brillantes. Levantó con las dos manos el collar, se lo dio a Gabriel y le ofreció la espalda. Al momento se la abrochó, le besó el hombro y la abrazó por la cintura meciendo las caderas despacio.

—Te quiero.

Gabriel la giró, le atrapó entusiasta los labios y, antes de que se les fuera de las manos, se apartó.

—Te voy a dar mi regalo.

Claire buscó en su mesita de noche, sacó una caja negra alargada y se la entregó con cara expectante. Encontró un reloj de bolsillo, de oro, abrió la tapa y elevó las cejas sorprendido al ver una foto de Claire en blanco y negro. Toda una rareza; era casi imposible encontrar una foto de ella.

—Menudo honor —dijo irónico.

—No te acostumbres.

Gabriel la sujetó de las caderas, inclinó la cabeza hacia abajo y la besó. La recorrió tranquilo, ya era su mujer, podía tenerla toda su vida.

—Algún día posarás tú para mí —afirmó suficiente.

—No lo creo.

—Ya te pillaré.

—¿Me estás amenazando?

Otra vez unos labios inconformistas se apoderaron de los de Claire. Una lengua que no se cansaba de ofrecer y retirar, un miembro endurecido que apretaba ayudado por dos manos sujetas muy firmes en sus nalgas.

—El vestido es precioso, pero no voy a poder quitártelo.

—No me lo quites.

Con esa declaración Gabriel se dejó embaucar en el acto. Se bajó la bragueta, dejó libre una palpitante columna y, después de quitarle las bragas, la sentó en él. La movió hasta penetrarla bien hondo; toda su erección para ella; entera, llenándola. En unos minutos consiguieron un orgasmo moviendo sus cuerpos con frenesí, silenciado por sus bocas enrojecidas e hinchadas.

—No quiero salir.

Gabriel estaba a gusto, envuelto en suave tela blanca, con el sexo de Claire caliente rozando el de él.

—¿Crees que nos echarán de menos? —preguntó Claire con la cabeza apoyada en el hueco del hombro de Gabriel, besándolo en el cuello, provocándolo a conciencia.

—¿Nos quedamos? —rezongó, acariciando los muslos de Claire hasta que se escuchó la voz rotunda de Jack, con tintes alcohólicos, llamándolo—. Qué oportuno.

—No seas malo —dijo, lo besó en los labios y dejó su cuerpo sin evitar un ligero gemido, que los dos percibieron con amplias sonrisas—. Será mejor que no lo hagamos esperar.

Gabriel se levantó, fue al baño y se echó agua en la cara. Salió abrochándose la bragueta.

—El vestido te sienta de maravilla. —La abrazó, recorrió con una mano la tela transparente del escote—. Eres muy sexi.

—Como sigas, no salimos.

Una sonrisa maliciosa sugería que aceptaría de buen grado, inclinó el cuerpo y la estrechó posesivo, sin medir la intensidad de su fuerza.

—Me haces muy feliz.

—Te quiero, Gabe.

Al oírla, no supo interpretar si había esperado a estar casados para usar su diminutivo familiar o si fue el momento íntimo que sintió, las dos opciones le regalaron más amor hacia ella.

En cuanto salieron del dormitorio y asomaron en el salón, acelerado, Jack se acercó observando los labios de su cuñada, la sonrisa atontada de su hermano y la relajación de unos gestos que no admitían más que una pregunta:

—¿Habéis echado un polvo?

La mirada cómplice que compartieron Claire y Gabriel respondió por sí misma.

—¿Qué quieres? —preguntó Gabriel.

Un camarero les sirvió unas copas de champán.

—¿Un poco de interés? —Jack sonrió irónico, atento a su

padre.

—¿Para qué? —preguntó Gabriel, dio un sorbo al champán y lo saboreó. Claire entendió por su cara de satisfacción que aprobaba la elección hecha por ella en un último intento cuando falló el pedido del proveedor neoyorquino. Estas venían de una licorería de Quebec, recomendada por Elizabeth, con un reparto más fiable al no tener que pasar aduanas. Gabriel ignoró a Jack y susurró en el oído de su mujer —. Perfecto, mi amor.

—Atención, por favor —dijo John en un tono elevado, tocó con una cucharilla su copa—. Antes de que perdáis el conocimiento —bromeó risueño—, me gustaría agradeceros que hayáis venido a compartir un día muy especial para mi familia. —Alzó la copa mirando a los recién casados, sonrientes sin separarse más que unos escasos centímetros—. Enhorabuena, os deseo en mi nombre y en el de mamá toda la felicidad del mundo.

Los invitados levantaron sus copas y brindaron por ellos.

Jack sacó un proyector de un rincón y apagó las luces para el montaje que había preparado con el popular *So Young* de Suede como fondo. Pidió silencio, pero duró poco gracias al video de Gabriel. Tendría unos ocho años, en el jardín de la casa de Quebec, jugaba tirándose de culo en plan bestia con un cachorro de pastor alemán y conforme avanzó también era arrastrado por su padre en una tabla de surf con el perro entrometiéndose hasta que lo derribaba. Se sucedieron las carcajadas, y fueron a más cuando salieron a escena Sean y el propio Jack, de niños y adolescentes, corriendo, montando en bici o esquiando; siempre con el punto en común de una evidente complicidad. Luego, hubo un cambio de escenario y de protagonista. Claire apareció fotogénica, con dos coletas, dándole la mano a su abuelo, que la observaba sonriente, divertida con su padre mientras la empujaba en un columpio, estudiando aplicada y hablando de manera confidencial con su madre sin dejar de sonreír a quien la enfocase.

—Eras una niña muy mona —dijo Jack, al verla emocionada.

—Tú también eras muy mono, pero ahora eres un vil traidor.

—¿No te ha gustado? —preguntó risueño—. Me ha costado muchos disgustos montarlo.

—Gracias. —Claire le besó la mejilla—. Ha sido un detalle precioso.

Dieron por finalizada la incursión en el cine de Jack con fotos recientes de los dos juntos, que ninguno recordaba, todas en Nueva York, Quebec, y dos ahí, en el jardín, sugiriendo sin dudas a las responsables: las Friars. Les duró poco el descanso. Sean reclamó su turno, en lo que Claire interpretó como clara muestra de equidad

masculina Drake.

—No te agobies —dijo, mirando a Gabriel—. Seré breve. —Sean bebió un trago de whisky, sonrió a los presentes y centró sus ojos en Claire—. Mi más profunda enhorabuena y mi más sincera admiración. Te quiero porque quieres a mi hermano. Tengo la desgracia de conocerlo desde que nací. —Encogió los hombros, teatrero—. Pero le he ido cogiendo afecto y no puedo evitarlo, también le quiero. —Un poco ebrio, le tiró un beso a Gabriel, que lo recibió conteniendo una carcajada, no era fácil ver a Sean en su salsa y esa noche estaba a punto de conseguirlo—. Felicidades, Gabe. Es un honor verte con la mujer que has esperado demasiado tiempo. —Sean desvió la mirada hacia Jack y Cora, cogidos de la mano—. Felicidades, Jack, te digo lo mismo, mi enhorabuena por estar junto a la mujer que quieres. Esta noche me he dado cuenta de que algunas de las personas más importantes de mi vida han tenido una segunda oportunidad y, afortunadamente, están disfrutándola. —Levantó su vaso y añadió—: Brindo deseándoos felicidad, ¡por vosotros!

—¡Por vosotros!

El eco de las voces crujió la madera que sostenía la casa. Poco después, se animaron con bailes, que Gabriel no dudó en compartir con quien se le terció; de perdidos al río. Incansable, Claire bailó con William, Jim, Robert y, un rato más tarde, con todos los invitados en una divertida conga que los mantuvo riendo de forma permanente. Gabriel sacó a bailar a su madre; a Ethel, con quien había retomado su relación cómplice habitual; a Eloise; a Cora, como cualquier amiga; y, cuando pudo, a su mujer, que llegó a parecerle de goma acompañando a Sean en una de sus imitaciones míticas de John Travolta.

De madrugada concluyeron la celebración. Los Drake se retiraron a la primera planta y, ni media hora después, Gabriel, derrotado en la cama, dejó que su mujer lo desnudara, sin fuerzas para moverse. Claire le bajó el pantalón y acarició un miembro tan lacio como su dueño en ese instante; aunque dejó entrever una reacción automática que no iba a desaprovechar.

—¿No vas a quitarme el vestido? —preguntó Claire a los pies de la cama.

Gabriel murmuró, entreabrió los ojos y se incorporó perezoso.

—Haré el esfuerzo.

Recibió una miradita prepotente, que lo espabiló de golpe. Le sujetó la cintura, se arrodilló a su espalda y le desabrochó un montón de pequeños botones bien camuflados. Metió las manos bajo los hombros, tiró despacio de la tela deslizando una sensual cola con volantes y expuso a una mirada voraz las braguitas blancas de encaje

que lo empalmaron en cuestión de segundos. Desnudó por completo a su flamante mujer y solo le dejó el collar, tan brillante como sus ojos, tan enamorados como los de él.

Dedicaron parte de la mañana a amarse hasta acabar agotados, sudando y muertos de sed, pero escasos de voluntad para dar un paso fuera de la cama. Cuando por fin cayeron profundamente dormidos en un sueño apacible, solo se escuchaban los pájaros que anidaban en los árboles del jardín o bajo la cubierta del tejado. El arrullo de aquellos cánticos alegres fue un bálsamo para todos los que ese domingo no verían la luz natural después de un día perfecto e histórico, donde la felicidad mitigó indeseadas ausencias, siempre presentes en el corazón de Claire.

Para Alexei el tiempo se detuvo cuando contempló el pequeño busto que había tallado de su amor: la bella francesa que conoció en Nancy y fue su novia varios años. ¡Cuánto echó de menos hablar con ella!, pasear del brazo o los breves besos, incluso castos, que le robaba cuando nadie les veía. Esa mujer, si todavía vivía, era merecedora de toda la felicidad posible. Al contrario que Maggie, a quien deseaba un infierno donde arder. Con mucho cuidado, colocó la pequeña talla en su mesita de noche, junto a la de Chris, otro de sus ángeles.

Salió de su bungaló para comer y regresó en una hora. Nada más entrar, notó la inesperada visita del personal encargado de la limpieza por el olor a pino fresco del ambientador que echaban en cantidades exageradas. Asumía el falso aroma, pero no asimilaba que tocaran sus cosas ni que las movieran de sitio. Por ahí no pasaba.

Recorrió diligente el camino hacia el edificio principal, saludando a varios compañeros, con quienes solía jugar al ajedrez o a quienes directamente desplumaba con las cartas. Eran unos negados para la estrategia y unos torpes para disimular cuando tenían algunas jugadas medio interesantes.

Sin llamar a la puerta de la directora, la abrió y entró envalentonado por el carácter soberbio que no camuflaba. La mujer sonrió despacio. Tenía sesenta años, un cuerpo flaco, la tez pálida como el cabello canoso y unos ojos negros que parecían indiferentes a cualquier desconsideración.

—Señora Westwing, no voy a repetírselo más. ¡No quiero que toquen mis cosas! ¡Y no quiero que limpien mi casa los domingos! ¡¿Me ha oído?!

—Hola, Alec —saludó con una sonrisa condescendiente—.

¿Cómo estás?

—¡Indignado! ¿Por qué no respetan la intimidad de las personas? ¡Eh! ¡¿Por qué?!

—Si te relajas un poco, podré escuchar con atención qué ha pasado —dijo la mujer imperturbable—. Siéntate, por favor.

—¡No! —bramó—. No soy ninguno de los viejos que tienes aquí encerrados. No me subestimes y tendremos la fiesta en paz.

—Nunca te he subestimado, Alec. Pero te equivocas cuando dices que no eres uno de los viejos que están aquí —comentó serena pero mordaz—. Aunque te pese, lo eres.

—¡No! —Alexei se dio unos toques repetidos en la sien—. La edad está aquí. —Negó con la cabeza y sonrió despectivo—. Mi cuerpo puede ser octogenario, pero mi mente no ha pasado de los treinta. Dile a quien haya cambiado mis cosas de sitio que no habrá una próxima vez. Como alguien vuelva a tocar mis cosas, me voy.

—Alec, las viviendas hay que limpiarlas. Y, cuando se limpia, las cosas hay que moverlas. Otra cuestión es que te hubiese desaparecido algo, pero eso no ha ocurrido, ¿verdad?

—¡Faltaría más!

Tal y como entró, salió Alexei; hecho una fiera. La señora Westwing bufó cuando se cerró la puerta, reflexionando sobre una actitud belicosa que no se correspondía con el trato amable que el ruso dispensaba a sus compañeros. Percibía con claridad en él la arrogancia de quién se cree superior. Ese anciano de treinta años tenía una garra especial, algo indefinible que lo destacaba incluso sin abrir la boca, proyectaba una genialidad deslumbrante; era un imán tan capaz de atraer como de repeler; único e irrepetible.

Quince días después, Claire y Gabriel aterrizaron en Nueva York procedentes de Málaga. Jack los recibió en el aeropuerto y, comentando incansable cómo tenían pensado organizarse con el bebé, los llevó al ático de Elizabeth. Claire lo atendió más interesada que su marido, alejado de cualquier sonido cavilando en sus inquietudes. Tenía claro que estaban relacionadas con su empeño en ser padre y por la próxima visita al urólogo para empezar el tratamiento que activaría una escasa producción de esperma. Algo que le parecía precipitado, pese a que Gabriel no lo veía igual.

Esa misma noche, embriagados por el aromático jazmín que acompañaba la tibieza del otoño y lograba un escenario privilegiado en otra encantadora velada, cenaron en la terraza el menú japonés que Jack y Cora compraron cuando salieron del trabajo.

—Tienes un bronceado estupendo —dijo Cora.

—Ha hecho un tiempo maravilloso —explicó Claire—. En Granada, visitando la Alhambra, creí que estaba en verano.

—Te habrás hartado a hacer fotos —comentó Jack.

—No me lo recuerdes —dijo Gabriel—. Me faltarían años para poder verlas todas.

—Eres un exagerado.

—¿Cuándo tienes la exposición aquí? —preguntó Cora.

—Mañana.

—¿Estás nerviosa?

—No, qué va.

Gabriel elevó las cejas y la miró con burla, ignorando la ironía que Jack percibió, preguntó:

—¿Qué fotos has elegido?

—No te preocupes —dijo Claire sonriendo—, sales muy guapo. Creo que en todas salís favorecidos.

—¿Estamos desnudos? —preguntó Jack—. Es por pasarme por la galería o no.

—Pásate —añadió Gabriel—. Seguro que te sorprende.

—Irá Marion Sabo —comentó Claire—. Mi profesor dice que tiene muy buena reputación. ¿La conoces?

—Sí —respondió Jack—. Pero conocí más a su marido, Richard. Murió en enero. Era un hombre muy agradable, un apasionado del arte; inglés. Marion dedica ahora todo su tiempo a MaiSa. Algunos de los artistas actuales más representativos han expuesto en ella.

—Tengo muchas ganas de conocerla —dijo Claire.

La galería Obscura se encontraba en el East Village, enfrente de unos baños turcos, tenía un toldo verde acampanado resguardando la puerta y una fachada estrecha acristalada. Al llegar en un taxi, vieron bastante ambiente. Después de pagarle al conductor, Gabriel se reunió con Claire, que lo esperaba impaciente en la entrada. Llevaba dos días nerviosa, pero las últimas horas rozaban la locura. Compartía su ilusión y era el primero en comprender que esta exposición en Nueva York podía abrirle una ansiada puerta; no obstante, no estaba seguro de soportar una excitación de tal calibre durante mucho tiempo seguido.

Ryan Gallagher los descubrió en cuanto accedieron y se aproximó seguido de cerca por Gina, menos dada a sociabilizar que Bastien, inmerso en ese momento en una charla con varias personas.

—Hola, Claire, ¿cómo estás?

Sonriente, Ryan se inclinó hacia abajo y la besó en la mejilla. Ni se molestó adrede en mirar a Gabriel y ni tuvo ninguna deferencia con él mientras aguardaba atento.

—¿Qué están opinando? —preguntó Claire.

—Por ahora, con los que he podido hablar, la aceptación es muy buena. Aún no ha llegado Marion y creo que es a quien más le puedes interesar.

—¿Por qué? —preguntó curioso Gabriel.

—Porque la conozco —respondió Ryan cortante—. No nos han presentado, soy Ryan Gallagher.

Tendió la mano a Gabriel para estrecharla con la de él en un apretón dónde se midieron sin disimular.

—Gabriel Drake, el marido de Claire —dijo torciendo una sonrisa—. ¿Podrías explicarme por qué confías en el interés de la señora Sabo?

—En cuanto la conozcas, lo comprenderás.

El profesor no quiso añadir nada, si el señor Drake era mínimamente perceptivo, lo averiguaría al instante.

—Voy a dar una vuelta —dijo Claire—, ¿me acompañas, Gina?

—Sí. Te presentaré a los que hablan con Bastien, se están interesando mucho por su trabajo.

Claire conocía la timidez de la joven; sin embargo, descubrió que estaba equivocada. A Gina le coartaba su inseguridad. No terminaba de asumir la belleza de sus propias fotografías y el pudor a sentirse expuesta en público no le permitía ser más abierta para intentar venderse mejor. Parecía admirar a Bastien por su magnetismo innato y, por qué no, por un físico que atraería a cualquier mujer.

La sala, completamente blanca, deslumbraba. Unos focos proyectaban luz directa en las imágenes para ayudar sobre todo a las de Claire, que era de los tres quien jugaba descaradamente con las sombras. Del trabajo de la escuela, escogió las más representativas: una, de Gabriel, abstraído contemplaba con su elegante perfil varonil un barco apoyado en la barandilla del puente Millenium; otra de Elizabeth y John hecha en Boreal, estaban sentados en la mesa de la terraza, ella hablando confiada y él perdido en sus ojos; y tres más, donde los Drake posaban sin saberlo.

Tras una despedida rápida de Gallagher segundos después de quedarse solos, Gabriel cogió una copa de champán viendo cómo algunos asistentes secuestraban a Claire, bebió un sorbo y recorrió la exposición para sentir lo mismo que le sucedió en la escuela de arte; la

única capaz de atrapar su total atención fue ella. Con una mano en el bolsillo del pantalón, se acercó despacio a una de las fotografías. Contempló a su madre, a Elaine y a Cora bajo el sauce de la casa familiar. No había ni rastro de falsedad, eran tres mujeres charlando de forma amistosa, naturales, con la belleza capturada y tratada con elegancia. A su lado, la controversia, la desvergüenza y la originalidad. Al contrario que Claire, Bastien usaba colores para recrear un mundo onírico en desequilibrio con la naturaleza más salvaje. Así como Claire buscaba la armonía entre encuadres idealizados, su compañero arrasaba sin lógica pero con temperamento. A unos metros, Gabriel trató de admirar la obra de la chica que no abría la boca. Frente a una imagen caótica, bebió otro sorbo de champán, hilvanando alguna frase amable por si no le quedaba más remedio que halagar su trabajo. No le gustó, agobiaban tantos objetos rotos. También sugería irreverencia; si bien, transmitía desesperación y fracaso. Gabriel concluyó que esos serían los motivos del profesor al darle una oportunidad junto a Claire y a Bastien; no podía estar muy desencaminado.

De pronto, un revuelo sonoro captó la curiosidad de Gabriel. Se giró, escuchando los saludos efusivos de varias personas a una recién llegada, deduciendo que era Marion Sabo. La señora tendría unos sesenta años y se la veía tremendamente sofisticada. Poseía unos hermosos rasgos altivos, endurecidos con una mirada oscura, brillante y soberbia. No era alta; aunque su cuello largo y el cuerpo, con una cuidada línea, parecían elevarse. Para destacarla más, lucía un cabello rubio veteado de mechas, peinado hacia atrás con un estilo favorecedor. Vestía una camisa blanca reluciente, una falda tubo gris perla y unos zapatos rojos de tacón medio. Esa estudiada sencillez lograba proyectar seguridad, clase y elegancia, acorde a unas maneras discretas y suaves.

Cuando poco rato después Marion estaba frente a una de las fotografías de Claire, Gallagher pensó que sería su momento. Sujetó el brazo de su alumna para indicarle que lo acompañase. Desconocía que la marchante no solo contemplaba a Gabriel y sus hermanos el día de la segunda boda de sus padres. A simple vista, tres hombres sonrientes con la misma expresión de felicidad en las caras; en cambio, si se miraba con más detenimiento, se apreciaba cómo ninguno tenía los ojos clavados en los novios, besándose en los labios, cada uno buscaba complicidad fuera del encuadre. Tampoco sabía Gallagher que intuía en él una oscuridad negativa; ni de su amistad con dos de aquellos hombres; ni que aceptó la invitación porque le impactaron las pocas imágenes vistas de Claire Merritt. De no haber sido por eso, habría

seguido ignorando al profesor como venía haciendo desde muchos años atrás.

—Hola, Marion.

Ryan la saludó casual, correspondido por una sonrisa un poco cínica.

—Hola, Ryan, cuánto tiempo.

—Sí, demasiado —afirmó. Cuando se inclinó para besarle la cara, Marion le envió una mirada de advertencia que logró paralizarlo. Ryan tardó unos segundos en reaccionar, tragándose otra muestra despectiva, una más de las que siempre le dedicó. Intentó sonar sereno —. Marion, ella es Claire. La alumna de la que tanto te he hablado.

—Encantada, Claire Merritt.

Hipnotizada por aquellos ojos verdes, algo temblorosa, Marion estrechó su mano.

—Igualmente. Es un placer conocerla, señora Sabo.

—Le pedí a Ryan que me adelantara las fotos por mail. He visto las otras. Me gustaría hablar contigo tranquilamente.

—Por supuesto, estaré aquí un par de días más. —Claire sabía que no debía dejar pasar la oportunidad. Sabo era una de las más prestigiosas marchantes de la ciudad y ella quería rodearse de los mejores—. Si le viene bien, podemos quedar mañana.

—Cuando llegue a casa te enviaré un mensaje con la hora.

Marion captó la ilusión de Claire. Brillaba en unos ojos que le recordaron a los de su marido. Sintió una conexión instantánea. Le gustaron ella y su obra. Tenía el éxito garantizado; era artística y comercial. Y estaba segura de no haberse equivocado al rechazar una cena benéfica por conocerla en persona.

Gabriel, que vagaba disperso por la sala con la copa medio vacía, vio a la señora Sabo con Claire y se acercó vigilado por Ryan. El escrutinio sabueso del profesor lo puso en guardia.

—Hola —saludó Claire risueña—. Marion, le presento a mi marido, Gabriel Drake.

—Encantado, Marion.

Destilando cortesía, Gabriel le besó el dorso de la mano.

—Lo mismo digo. ¿Cómo están tu padre y Jack? No sé si sabes que somos amigos.

—Lo sabemos —comentó Gabriel, sonrió breve y agregó—. Mi más sentido pésame por la muerte de su marido.

—Gracias, eres muy amable. —Marion prefirió no entristecerse. Esbozando una sonrisa, sus siguientes palabras fueron complacientes—. Tienes una joya, Claire es un diamante en bruto.

—Siempre lo he sabido, gracias por apreciarlo.

—Es fácil apreciar la belleza —comentó Ryan, se lamió los labios después de beber un sorbo de su copa—. ¿Cierto?

—No estaría tan segura —añadió Marion. Notó los disparos a discreción cargados de testosterona de los dos varones y de inmediato eligió un bando—. A veces, Ryan, hay que escarbar para verla.

—Estoy de acuerdo con usted —afirmó Claire desviando la vista al cuadro junto al suyo, uno de Gina—. Me gusta descubrir una especie de poesía en el caos, un cierto orden que detiene el movimiento en un instante preciso, no sé, me atrae ¿A usted no?

—Sí, me pasa exactamente igual. Por favor, no me llames de usted, me haces parecer mayor.

Marion y Claire entablaron una conversación bajo las miradas atentas de Gabriel y el profesor, hasta que uno se hartó de indirectas y, disimuladamente, sujetó el codo del otro apartándolo unos metros. Sin intención de dejarle pasar nada más, preguntó:

—¿Te gusta mi mujer?

Gallagher sonrió con malicia, aunque se sorprendió por esa claridad directa.

—¿Celoso?

—No, pero no me gusta que ningún hombre babee por ella en mis narices.

—No babeo por nadie —replicó enfadado—. Tengo lo que me da la gana.

—Me alegro por ti. No te quiero cerca de mi mujer —enfatizando las palabras.

—No me intimides —habló lento—, porque no sabes quién soy.

—Lo tengo claro. Espero que tú también.

—Eres un capullo con suerte.

Gabriel no pudo reprimir reírse en su cara.

—No te encapriches de ella o te las verás conmigo.

—Vete a la mierda.

Gabriel inclinó el cuerpo hacia delante, dejó la cabeza a pocos centímetros de Ryan y siseó controlando la adrenalina que fluía acelerando su pulso:

—Nunca más voy a repetírtelo. No me gusta ver a ningún hombre cerca de mi mujer. Mantente alejado.

—Soy su profesor, gilipollas.

—Me da igual todos los insultos que puedas decir, exactamente igual. Haz bien tu trabajo y no te busques problemas, no creo que esté bien visto un escándalo en la escuela. ¿Qué crees?

—Eres un prepotente.

—Te lo he dicho, exactamente igual. —Gabriel elevó las cejas y sonrió cínico—. Por cierto, profesor Gallagher, tus otros dos alumnos también necesitan la misma dedicación que mi mujer.

—Gilipollas —susurró Ryan, dando un paso atrás para alejarse.

—Imbécil —murmuró Gabriel.

El sábado, cuando llegó Sean a su recién estrenada casa de jugar al golf con su padre, no esperaba encontrar una nota de Elaine diciéndole que había llevado a Ophie al pediatra. La niña no se encontraba bien desde que volvieron de Terranova y desde hacía varios días no iba a la guardería, ya que tenía un ligero empacho y no mejoraba.

Salió a toda velocidad, cogió otra vez el coche y en diez minutos llegó al Centro Hospitalario Laval. No encontró a Elaine hasta preguntar en el mostrador de información. Disparado, bajó por la escalera hacia la sala de espera del sótano, donde se sintió desfallecer al verla sentada con la mirada ausente.

—¿Qué ocurre, Ellie? ¿Cómo está Ophie?

Elaine reaccionó al escucharlo, se levantó y lloró abrazada a él.

—Te he llamado varias veces. Tiene una apendicitis aguda, cuando la he visto doblada por el dolor no me lo he pensado. Ha llegado vomitando. La están operando. No deben tardar mucho.

Se consolaron intentando animarse durante más de dos horas que fueron como doscientas. El desasosiego se apaciguó cuando salió del quirófano la pediatra de Ophie con una tranquilizadora sonrisa. La doctora Christina McQueen era una escocesa que había aterrizado en Quebec unos meses antes huyendo de un divorcio tóxico con el firme propósito de olvidar. Aparentaba confianza. Tenía la tez bastante morena, delicada y suave; un rostro bellísimo, con las facciones totalmente proporcionadas. Sus ojos, dos negros azabaches, rodeados de largas pestañas. Los labios, algo gruesos, brillaban sonrosados de forma natural, y si sonreía, como en aquel momento, abrían una boca sana con unos dientes blancos y parejos. Su cabello largo y ondulado era oscuro como la noche, bien peinado en una cola. Y su cuerpo, incluso con ese uniforme azul nada favorecedor, se intuía voluptuoso y espléndido. En conjunto, la escocesa llamaba la atención; aunque intentara pasar desapercibida sin una gota de maquillaje.

—Señores Drake, tengo buenas noticias.

Sean y Elaine se levantaron y estrecharon las manos con la

doctora.

—Le hemos realizado una apendicectomía bajo anestesia general mediante cirugía laparoscópica. En el postoperatorio continuaremos con el tratamiento antibiótico. Todo ha ido muy bien y en dos días podrá irse a casa. En cuanto recobre la movilidad intestinal reiniciaremos la alimentación oral.

—¿Puede haber complicaciones? —preguntó Elaine.

—Siempre puede haberlas, pero empezamos con el antibiótico antes de la intervención, precisamente para disminuir ese riesgo. No se preocupe, es una niña fuerte —dijo animosa la doctora McQueen. Sabía por experiencia que los niños solían sobrellevar mejor las enfermedades que sus padres. Ari, su hija de seis años, le había dado algún que otro susto, pero siempre los superaba a pesar de sus temores maternos—. Ya verán cómo en unos días vuelve a su vida normal.

Los dos días siguientes ni Elaine ni Sean se movieron de su lado. Hasta los abuelos pasaron horas muertas visitándola, inundando la habitación de regalos para distraerla. En aquellas horas, Sean se evadió indagando en la adopción de Christopher Merrit. Los únicos datos de partida fueron la fecha de su nacimiento y el nombre de la madre: Margaret Clainston; el padre biológico, con los medios que dispuso, no apareció. La mujer tenía dieciséis años cuando dio a luz el 18 de marzo de 1953. Y, según la pista más fiable, se casó en 1954 con Sigmund Sabo, con quien tuvo un hijo: Richard, nacido en octubre de 1955, y también, todos estaban muertos. La única familia que podía tener Claire era la viuda de Richard Sabo: Marion, que actualmente vivía en Nueva York. Le resultó curioso que el matrimonio entre Iris Samuel y Charles Merritt se celebrara en Liverpool un mes después del nacimiento de Chris. Esa precipitación corroboraba que de alguna manera todo estaba pactado desde antes para sacar al niño de Europa. Charles vivía en Terranova, solo llegar a Inglaterra debió suponerle un mes en barco, por no contar con el papeleo que alguien realizó para legalizar la adopción. Sin duda, para Sean, Charles tuvo ayuda en Europa. Y dudaba seriamente que hubiese sido Iris, quien también le sorprendió, ya que había trabajado durante nueve años para los Clainston. «¿Quién estaba oculto entre sombras?» «¿Por qué un hombre con una reputación intachable como Charles se arriesgó a casarse con una desconocida?» «¿Cómo adoptó un hijo sin levantar sospechas?» La maraña de datos que Sean barruntaba necesitaba luz. Y solo las cartas de Alexei Barinov, que él no tenía allí,

o la información que manejara Marion Sabo podría iluminarlo. Llamó a Claire y le informó de sus avances, esperando resignación; sin embargo, se quedó de piedra cuando Claire le contó que había conocido de manera casual a la señora Sabo e iba a encargarse de representarla, también que desde hacía años Jack y su padre eran conocidos de ella y su marido, el tío biológico de Claire. Aturdido por tantas vidas cruzadas, pensó en la existencia de una justicia divina, ¿qué podía ser, si no?

En Terranova, la rutina del trabajo y las clases centraron al nuevo matrimonio. De momento, aparte de buscar a Barinov, Claire tenía que preparar un *book* con las obras que quería exponer en la galería MaiSa, sin dejar de pensar en que esa mujer era el único vínculo que le quedaba de su padre. No lo había hablado con ella, y no estaba segura de si hacerlo o no.

Mientras Claire terminaba una quiche de espinacas, entró Gabriel con *Shu* después de su último paseo diario. Sacó de la nevera una botella de agua fría y se llenó un vaso a la vez que la perra bebía ansiosa en un cacharro cerca de la despensa.

—Huele muy bien, cariño.

—Gracias. Cuando quieras, me ayudas. Es fácil.

—Lo tendré en cuenta. Hoy prefiero que la hagas tú sola.

—Muy amable —dijo sonriendo. Metió el molde en el horno y se acercó a él—. Al menos sirve el vino. —Claire le besó los labios y se apartó. Servicial, sacó Gabriel una sola copa del armario y la sirvió por la mitad de un Ribera del Duero—. ¿Tú no bebes?

—No debo con las pastillas.

—No entiendo por qué no quieres esperar. Estamos dentro del plazo que nos dijo el médico, no creo que sea bueno para ti.

—No tiene contraindicaciones. Y aunque tú ginecóloga lo vea normal, para mí no lo es. Además, me dijiste que te habías dado de plazo hasta enero, ¿qué más te da?, solo estoy adelantándome poco más de un mes.

—Me importa que te obsesiones.

—Gracias. —Gabriel la cogió de la cintura y se sentó con ella —. Quiero que seamos una familia, no te enfades porque lo intente.

Claire le acarició la cara.

—No me enfado, me preocupo.

—Hablando de preocupaciones, ¿cómo llevas el tema de tu tío?

—Igual. No sé si decírselo. No me gustaría que pensara que

quiero aprovecharme de ella.

—No creo. Tampoco tiene más familia.

—Ya. Pero me parece tanta casualidad haberla conocido. ¿No te parece raro?

—No sé qué pensar. Es bastante coincidencia. ¿Has hablado con Sean de las cartas del ruso?

—Un poco, pero no quiero que se implique más hasta que la niña no esté bien.

—¿Sigue mejor?

—Sí. Creen que en dos semanas irá a la guardería otra vez.

—Deben tener contentos a mis padres —dijo Gabriel negando con la cabeza—. Mándale las cartas por e-mail, a lo mejor encontráis alguna sorpresa.

—No sé. Por lo que entiendo, Alexei Barinov era amigo de mi abuelo. Hasta que el abuelo va a Inglaterra, se casa con Iris y la adopción se formaliza tienen correspondencia casi mensual. A partir de ahí, la correspondencia con Barinov termina. O, al menos, en la carpeta no hay nada que sugiera lo contrario. Ni hay más cartas para el abuelo ni para mi abuela. Solo sé que la abuela hablaba ruso, y eso es algo que me desconcierta. Apenas sé nada de ella, ten en cuenta que murió al año de llegar. Mi abuelo no la nombraba. —Claire resopló—. No sé, cariño, pero es frustrante, cuánto más sé menos quiero saber.

—Sean conoce traductores que podrán ayudaros con las partes en ruso, también tienes Internet.

—Lo he intentado, pero es muy complicado para mí entender ese alfabeto para introducirlo en el traductor. Para una frase puede servir, pero esto es otra cosa. En unos días se las enviaré. —Claire bebió un trago largo—. Otra de las cosas que más me agobian es pensar que Barinov siga vivo.

Gabriel le sujetó la mano y habló despacio:

—Debes hacerte a la idea de que es probable que siga vivo.

—¿Tú crees?

—Sí. Tienes un cincuenta por ciento de posibilidades a favor. Pero si lo está, será un anciano.

—No sé…, estoy empezando a pensar que no me apetece buscarlo.

—¿Por qué? —preguntó extrañado—, es pan comido para vosotros.

—Es raro entender que no eres quien creías.

—Sigues siendo la misma persona. ¿Qué quieres decir?

—Sé qué soy la misma, pero ahora también sé que llevo

sangre inglesa, ¿qué será lo siguiente? no sé, cariño, pero casi prefiero quedarme como estoy.

—¿Te asusta conocer tu origen?

—Así de golpe, sí.

Gabriel le acarició las mejillas y le besó cariñoso los pómulos. No se conformó y descendió hasta sus labios introduciendo la lengua en una boca igual de entusiasmada que la de él. Con una velocidad endemoniada, el deseo y sus manos les condujeron a desnudarse allí mismo. Y si Claire no llega a mantener algo de cordura, todas las cosas de la mesa habrían acabado esparcidas por el suelo antes de que Gabriel la subiera encima y se inclinara hacia delante para lamerle los pezones.

—Tienes el mejor sabor de mundo.

Por respuesta obtuvo un ligero tirón de pelo, un ronroneo y una espalda arqueada dándole acceso para que hiciera lo que quisiera. La recorrió con una lengua voraz que dejó un rastro ardiente por donde pasaba, directa a su entrepierna. Cuando empezó a jugar excitando un clítoris que chorreaba por él, un placer estremecedor rindió a Claire bajo esos labios. Se lo daban todo y la dejaban convertida en física pura, como un viento cálido que ascendía vertiginoso mientras él removía su núcleo; siempre más alto, ardiente e intenso.

Gabriel levantó la cabeza y sonrió engreído con un punto vanidoso. Esa chulería lograba excitarla sin evocar malos recuerdos. Entregado a su boca, fundió sus sabores enredando la lengua con la suya en otro delicioso festín. No tardó en penetrarla con un empujón seco ni en separarse unos centímetros para observar su miembro deslizarse fluyendo con facilidad. Mordiéndose el labio, incrementó el ritmo guiado por una locura agresiva que llenó la cocina de gritos extasiados y unos impertinentes ladridos.

—Cariño, me voy a correr.

Ese anuncio a Claire ya no le servía. La única espectadora de excepción consiguió descender su libido hasta anularla por completo. Así era imposible alcanzar nada, ni gloria ni orgasmo; *Shu* se cargó de golpe cualquier expectativa. Envidiosa, dejó que Gabriel eyaculara, pero le faltó tiempo para salir corriendo de la cocina en cuanto se apartó. De regreso al mundo real, Gabriel tranquilizó a la perra mientras se ponía los calzoncillos. Al momento fue al dormitorio y abrió la puerta del baño. Vio a Claire enjabonándose y volvió a desnudarse.

—No estoy de humor —dijo molesta.

—No ha sido culpa mía.

Ignoró una mirada belicosa, con múltiples matices verdes de advertencia, y se metió en la ducha.

—¿No has tenido bastante? —preguntó Claire.

—Sí, pero tú no. —Se situó a su espalda, buscó la entrepierna femenina y amasó sus pechos calibrando con seguridad. Gracias a unos toques certeros y a esas manos con una habilidad natural, recuperó a su mujer donde quería tenerla—. ¿Te gusta?

Le mordió el cuello e inició un asedio rítmico y constante para excitarse y apremiar poseerla de nuevo. La pegó a la pared, la sostuvo en brazos y guió su pene al escurridizo interior que pretendía insaciable. Otra vez se aceleró sin preocupaciones ni límites. Enterrado en Claire, solo pensó en dejarla embarazada como guinda perfecta al amor que sentía por ella y a ese sueño y eslabón que los uniría para siempre.

Cuando más tarde se sentaron en la cocina a cenar, ninguno se sorprendió al verse conjuntado vistiendo el pijama negro de seda de dos piezas que les regalaron en la boda. En cambio, la actitud de *Shu*, dando vueltas de un lado para otro, captó la atención de Claire y propició una pregunta curiosa:

—¿Le has regañado?

—Ha sido culpa nuestra.

—No te lo niego, pero no debería ladrar cada dos por tres.

—Cariño, es un cachorro, está aprendiendo.

—Intenta que pille las cosas más rápido.

—Va bien —afirmó condescendiente—. Cuando corremos la llevo suelta y no se separa de mi lado.

—Me parece estupendo, pero que tengas claro que si tenemos un hijo estos escarceos se acaban, entre ella y un niño, serían impensables.

—Se acostumbrarán.

—No voy a probarlo —dijo comiendo tranquila.

—Ya veremos —afirmó suficiente—. También te negabas al sexo en público y ahora no hay quien te pare.

—¿Disculpa?

Claire sonrió irónica y dejó el tenedor en el plato.

—Me has oído perfectamente —dijo bebiendo un sorbo de vino.

—Creo que el alcohol te está afectando. No practico el sexo en público, no sé por qué dices eso. Cuando lo hemos hecho, estábamos solos.

—Sí, pero tenía el morbo de no saber si nos pillarían.

—A lo mejor es a ti a quien le va el exhibicionismo. Recuerdo

cómo te paseabas medio desnudo para provocarme.

—También recuerdo cómo te ponías nerviosa. —Gabriel volvió a beber—. No soy pudoroso en privado.

—Lo tengo claro. Por cierto, ¿no decías que con las pastillas no debías beber?

—Es mi primera copa de hoy. Por una copa no creo que pierdan mucha efectividad. No estoy seguro realmente del incremento de los espermatozoides, pero desde luego las ganas sí las incrementan.

—¿Estás seguro de que no son azules?

—Muy graciosa. Luego te demuestro que lo mío es natural.

—Estaré esperando —admitió, enviándole un beso.

NUEVE

San Juan de Terranova, 5-12-12
Terranova y Labrador, Canadá

Aunque la tarde en el estudio retocando una de las fotografías seleccionadas estaba siendo productiva, Sean se encargó de aumentar el nerviosismo de Claire al llamarla para compartir emocionado una nueva e intrigante información.

—¿Me estás diciendo que mi abuela y Barinov eran hermanos?

—Sí —respondió Sean contundente—. El apellido de soltera de tu abuela era Samuel, pero he visto los documentos del registro de Liverpool donde se celebró el enlace y había una incongruencia entre el nombre del pasaporte y el certificado del enlace. En una nota aclaratoria incluían una solicitud de asilo al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, junto con la petición del cambio de apellido; hasta ese momento era Irina Barinov. Con tu abuelo se casó como Iris Samuel.

—Si Alexei era amigo de mi abuelo —dijo Claire procesando a marchas forzadas el dato sobre su abuela—. Y si… —Frenó la conjetura que le asedió el cerebro. Tardó unos segundos en expresarla —. Sean, y si es mi abuelo…

—Es posible —dijo casual, acostumbrado a marañas familiares mucho más rocambolescas.

—Todo es muy extraño. ¿Alexei Barinov conoció a Margaret Clainston?

—No lo sé, Claire, pero si Iris trabajó para los Clainston es muy posible. Y si Barinov era el padre biológico de tu padre, entendiendo que tuvo un affaire con Margaret Clainston y que la dejó embarazada, si ella no quería ese hijo, quizá pensó que casando a su hermana con su amigo el niño estaría en buenas manos —explicó hablando tal y como pensaba—. Aunque es raro que desde antes de la muerte de tu abuela perdiera el contacto con ellos. Lo más lógico hubiese sido mantenerlo. Al fin y al cabo, eran su hermana y su hijo, y si Charles era su amigo, no entiendo qué pasó.

—No sé, el abuelo nunca hablaba de ella. Si alguna vez le preguntaba algo era evasivo, siempre decía que hacía tanto tiempo que la había olvidado.

—Si se casaron por conveniencia, me imagino que no debió

calarle muy hondo.

—Vete a saber… —dijo antes de resoplar—. Pero tienes razón, es muy raro que Alexei no siguiera en contacto con su hermana.

—Ya lo averiguaremos, es cuestión de tiempo. Por lo que llevo visto, si no está muerto, sigue en Canadá. No te preocupes, seguiré investigando.

—Gracias, Sean. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

—De nada, sabes que es un placer. ¿Vas a hablar con la señora Sabo?

—Creo que sí. Tenemos una reunión después de Navidad en Nueva York.

—Por contárselo no pierdes nada. Si tengo tiempo, intentaré tener algo más para cuando vengáis. ¿Qué día llegáis?

—El mismo veinticinco. Tu hermano está muy liado en el banco.

—Hablé hace unos días con él. Me ha dicho que la obra de la plataforma empieza dentro de poco. Estará de los nervios.

—Cómo lo conoces —admitió sonriendo—. ¿Ophie sigue bien?

—Sí, es fuerte. Hemos tenido suerte con su pediatra; es muy competente.

—Me alegro. Tengo muchas ganas de verla. Dos de las fotos que voy a exponer con Marion son de ella.

—Recuerda que soy su representante oficial, a ver si voy a tener que cobrarte derechos de imagen.

—No te preocupes, ya haremos cuentas —dijo alegre.

—Hablando de cuentas… —Sean bufó, harto de la actitud beligerante del abogado que representaba al hombre que Claire arrolló en agosto con el Bronco—. Como está pendiente todavía el tema del accidente, creo que deberíamos terminarlo, Claire. El conductor del Volvo no va a retirar la denuncia y es mejor no llegar a juicio ni dilatarlo más. Si te comprometes a realizar horas en labores sociales, podemos llegar a un acuerdo. Piénsatelo.

—¿Dónde quiera?

—Sí, mientras sea una tarea para la comunidad.

—Vale, hablaré con el cura que lleva el centro de día para niños sin recursos en la parroquia.

—Muy bien, cuando sepas algo, dímelo, y redacto una petición al Juzgado, pero no tardes mucho, por favor.

—Descuida, mañana te llamo —dijo, pensando en hablar con el cura, le gustó la idea. Su marido entró en la habitación quitándose

la corbata con aspecto cansado y se despidió de Sean—. Te dejo, acaba de llegar mi inquisidor particular. Dale un beso a Ophie y a Elaine de mi parte. —Se acercó a Gabriel y lo besó en los labios—. Hola, cariño. ¿Estás bien? —preguntó, acariciando la mejilla rasposa.

—Agotado. ¿Qué quería Sean?

—Mejor te lo cuento cenando. ¿Vas a salir con la perra?

—Qué remedio. ¿Me acompañas? Podemos ir hasta el parque dando un paseo.

Salieron de la mano con ropa deportiva y pasaron por delante de la catedral hablando de las horas que pensaba dedicar Claire a los niños en la parroquia y de Barinov. Gabriel coincidió con ellos al extrañarse por esa desaparición del ruso de la faz de la tierra. «¿Sería que estaba equivocado y había muerto?» Podía ser más que posible, realmente muy posible. De todas formas, compartió con Claire que pronto sabrían qué había sido de él.

Para Claire era vital llegar al fondo de su historia y, con Sean implicado y dedicándole tiempo, si Alexei estaba vivo, lo encontrarían. Ese hombre no merecía ser olvidado pese a las pistas que sugerían poco afán de protagonismo. Sentía que las piezas inconexas ocuparían su sitio, poco a poco, pero lo harían. Que Irina Barinov fuese su hermana aclaraba el porqué de las cartas dirigidas a ella en ruso, y podían suponer que conoció a Margaret Clainston, y muy bien. Faltaba indagar para entender la complejidad de sus vidas y qué provocó las decisiones que tomaron. En aquel momento solo contaban con que Charles Merritt, Irina y Alexei Barinov y Margaret Clainston en 1953 pactaron entre ellos. Alexei era la pieza clave y la única esperanza para esclarecer los puntos oscuros de su historia familiar. Y, hasta saber si todavía vivía, la esperanza animaba los pensamientos de Claire con una sola palabra: encontrarlo.

El veinticinco de diciembre la nieve cubría por completo el jardín, invitando a Gabriel a permanecer en la cama, pero rechazó su propia pereza y se levantó al amanecer. Se puso un batín negro y salió hacia la cocina. *Shu* lo recibió con una alegría desbordante que cesó en cuanto le llenó el cacharro con pienso. Colocó una buena cantidad de café en el filtro, calentó leche en el microondas y cortó el pan a rebanadas.

Cuando poco después sonó el despertador de Claire, remoloneó unos minutos antes de salir de la cama para entrar en el baño y ducharse rápido. Debían llegar al aeropuerto a las ocho si no querían perder el avión. Terminó, se recogió el cabello en un moño y

se vistió con unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto. Encontró a Gabriel en el salón mirando el jardín por uno de los ventanales.

—Buenos días, cariño —dijo Claire, Gabriel se giró y la observó con una sonrisa radiante—. Feliz Navidad.

Se acercó a ella despacio.

—Feliz Navidad. —Gabriel le sujetó la cara entre las manos, inclinó la cabeza y la besó saboreando a conciencia su boca—. Te quiero.

—Y yo, mi amor. —Claire pasó unos segundos apoyada en un pecho firme, abrazada al cuerpo fuerte que le daba seguridad y confianza. Levantó la vista y dijo—. ¿Nos damos ya los regalos o quieres esperar a desayunar?

—Estoy impaciente —dijo risueño. Con expectación y llenos de ilusión se acercaron al pequeño abeto natural colocado junto al rincón de lectura en el salón donde había varios paquetes de regalo para cada uno. Gabriel se agachó y cogió el más grande—. A ver si he acertado.

—Seguro —admitió Claire, que también seleccionó uno de los suyos, una caja mediana, y se lo entregó—. Lo mismo digo.

Claire rompió el envoltorio, vio dos únicas letras, sinónimas de calidad, y abrió la caja para toparse con un vestido rojo, sencillo y elegante, que le gustó nada más sacarlo. Gabriel tampoco puso reparos a unos *derby* con cordones en nubuck marrón y perforaciones en la punta; mezclaban clasicismo con un estilo contemporáneo, eran italianos y artesanos; sus favoritos. Luego, casi sincronizados, descubrieron dos frascos de perfume y, por último las estrellas: unos gemelos de oro blanco para Gabriel con sus iniciales y unos pendientes de diamantes con forma de racimo para Claire.

—Son preciosos —dijo Claire, levantando uno con cuidado. La luz entró por las piedras y brilló en un halo mágico que se reflejó como en un caleidoscopio para deslumbrarla—. Qué bonitos. —Se volvió hacia su marido, contemplándola, y se los colocó por encima—. ¿Cómo me quedan?

—Perfectos.

Gabriel admiró la piel pálida de un cuello esbelto, el contraste de los pendientes con el cabello oscuro, y no tuvo más remedio que volver a besarla para demostrarle cómo se sentía ante el acierto de su regalo.

Tras desayunar, Gabriel se duchó y Claire terminó de guardar en la maleta los marcos medianos de plata que llevaban para la familia. Todas las imágenes a color expresaban alegría. En una, Jack y Cora sonreían mirando fijamente el objetivo; en otra, Sean y Elaine

hacían carantoñas a Ophie, también parecían contentos; y en la que salían John y Elizabeth saltaba a la vista la felicidad por sus miradas emocionadas, sin mediar un sentimiento tan potente como el amor profundo que volvieron a reconocer el doce de octubre aquel brillo no existiría.

Luego, dejaron a *Shu* en casa de Eloise, voluntaria para quedarse con ella durante las minivacaciones en Quebec donde estarían hasta principios de año, y con tiempo de sobra llegaron al aeropuerto.

Al entrar en unas horas en la casa familiar, respiraron un entrañable aroma navideño. Tras muchos años volvían a reunirse con el aliciente de la próxima llegada de Ethan, el alta definitiva de John y la recuperación de Ophie.

Con la nueva pintura de las paredes en tonos neutros, el salón ganó espacio y resaltaba detrás de la mesa la fotografía en blanco y negro que hizo Claire. Si bien la estrella era un abeto enorme que entusiasmó a Ophie. Una locura transitoria se apoderó de la niña cuando vio los regalos para ella. Todos rieron sus gracias, el que más su abuelo. John no cabía en sí de gozo, no solo por su salud que para él era espléndida, sino por estar con su mujer en unas celebraciones que echó muchísimo de menos porque sin ella perdieron el encanto. Estuvo solícito ayudándola con los preparativos hasta que pudo desentenderse para centrarse en escribir la dedicatoria del regalo que le había comprado y esperaba poder entregarle a solas. Claire recibió halagos y besos cariñosos en cuanto les dio los marcos. Después abrieron otros paquetes con ropa, libros y perfumes acordes a los gustos de cada uno; aunque algunos lucían ya las nuevas alhajas que esa mañana les regalaron. El anillo de Jack, de titanio con una banda de ónix en el centro, causó sensación; igual que el reloj sport de Sean; o el colgante de Cora, un rubí con forma de corazón rodeado de brillantes; o el collar vintage muy largo que llevaba Elaine, hecho a base de perlas negras y oro blanco.

Acabada la parte espléndida, los varones se sentaron en el sofá compartiendo unas cervezas mientras las mujeres entraban y salían de la cocina. En esas fechas nunca tenían servicio, incrementando el valor familiar de las fiestas y también el trabajo de la facción femenina, que no obtenía mucha ayuda de sus parejas, más interesadas en el hockey o, simplemente, en no pegarle un palo al agua.

A modo confidencial, preparando los platos, Claire preguntó:

—¿Cuento con vosotros?

—Creo que sí —respondió Elaine—, pero tengo que hablar con Sean, está un poco desbordado con los despachos.

—Cuenta con Jack y conmigo. Tengo muchas ganas de ir, ya lo sabes. Además, Jack está preparándole otro video.

—Pobrecillo —dijo sonriendo Elizabeth—. Dile que no sea muy malo.

—Ahí no voy a poder hacer nada —replicó Cora encogiendo los hombros.

—No le supondrá ningún trauma —comentó Elaine, miró a Claire y agregó—: Más se pasó él en tu cumpleaños.

—Por mí no hace falta que se corte —dijo Claire—. Solo estaremos nosotros.

—Recuérdame que te dé el teléfono de la Asociación. —Elizabeth se centró en Claire—. Hablé con el director de aquí y me dijo que en San Juan tienen un programa de voluntariado.

—No hace falta —dijo rápido—. Iré a mi parroquia.

—¿Vas a hacerte voluntaria? —preguntó Cora.

—Más o menos. —Claire sonrió, aunque no tenía intención de decirles que la habían tenido que presionar un poco, la palabra voluntad no brotó de forma libre si no llega a ser por el cumplimiento de la deuda que tenía pendiente con la Justicia—. Estaré en un taller de plástica con niños unos días y si me gusta continuaré.

—Nosotras vamos a veces con Ophie —explicó Elaine—. A ella le encanta pasar la tarde jugando con los niños, son monísimos y agradecen un montón las visitas.

—Yo no tengo tiempo para nada —dijo Cora.

—Es normal —comentó Elaine—. Con lo tuyo tienes suficiente.

—Y lo que te espera —añadió Elizabeth—. Como sea igual que el padre, vas lista.

—¿Jack era malo? —preguntó sorprendida Cora.

—No, él inventó la palabra. —Elizabeth habló irónica y Elaine y Claire apretaron los labios—. Solo quería brazos; no durmió bien hasta cumplir el año; no lloraba, berreaba; y no comía casi nada, solo quería teta.

Claire seguía esforzándose por no reír para no molestar más a Cora.

—A algunos les pasa —comentó Elaine—. Se acostumbran al pecho y no quieren otra cosa.

—¿A los diez meses? —preguntó Elizabeth.

—Me temo que a tu hijo aún le dura —dijo Elaine.

Pasaron unos divertidos minutos riendo, incluida Cora empezando a asumir las dotes interpretativas de Jack; un niño modelo, según él mismo.

Se sentaron en la mesa llena de los suculentos platos que John les sirvió tras intercambiar una miradita con Elizabeth. Le bastó ver un gris cínico para instintivamente ponerse de pie. Pensó en explicar a sus hijos que viciar ciertos comportamientos no acarreaba nada bueno, ya que charlando entretenidos ninguno había alcanzado su nivel para comprender al sexo opuesto.

—De verdad que lo siento, Gabe —dijo Sean, chasqueó la lengua y disimuló—, pero tengo un juicio.

—Yo también lo siento —dijo Jack fastidiado—. Otra vez será.

Gabriel no insistió, organizaría una escapada romántica. Ante la decepción de no celebrar en Terranova su cumpleaños en plan familiar, logró ilusionarse por el destino que pensó: Barcelona. Podía coger una semana libre en el banco y sería una sorpresa inolvidable para Claire. Sin duda, fue una idea brillante.

Nada más terminar de cenar esa noche, John prescindió de la copa con sus hijos y voló al dormitorio. Mientras esperaba a Elizabeth, puso a Tony Bennett a un volumen bajo y reguló la intensidad de las lámparas para crear la atmósfera buscada.

—Vaya, cariño —exclamó Elizabeth al entrar, sonrió al coger la mano que John le tendió para bailar *Fly me to the moon*—. Fue la primera canción que bailamos juntos, jamás lo olvidaré.

—Ni yo, mi amor —susurró, le besó suavemente la cabeza—. Hoy he sido consciente de cuánto he echado de menos estas fiestas, y tengo claro que eras tú quien siempre las hacía especiales. He disfrutado mucho con la niña, con todos otra vez juntos.

—Tenemos una familia maravillosa —comentó antes de besarle los labios—. Tú estás recuperado, estamos bien, no puedo pedir más.

Durante el tiempo que duró la canción siguieron abrazados, sintiendo el suave vaivén de sus cuerpos y de esa vida agradable que compartían y tanta serenidad les daba. Con un beso corto en los labios, John se apartó. Sacó de su mesilla de noche un paquete envuelto en papel dorado de regalo y se lo ofreció. Traía una tarjeta colocada con primor bajo un lazo rojo. Elizabeth leyó la caligrafía rápida y precisa que descifraba como nadie: «*Te amo desde que era un aprendiz, contigo me convertí en un hombre y gracias a ti sigo con vida. Mi*

bella esposa, eres lo mejor que ha podido pasarme y no tendré días, horas ni minutos para agradecerte que estés a mi lado. Tuyo, John» Las lágrimas que recorrieron las mejillas de Elizabeth duraron muy poco, John se encargó de enjugarlas con la ternura que merecía tras demasiados años separados por su culpa. Algo recompuesta, descubrió un brazalete espectacular de diamantes, rubíes y zafiros rosas. Como todos los regalos que siempre le hizo desde que eran jóvenes y las cosas empezaron a irles bien, no escatimó para agasajarla. En el interior tenía grabado: «*75.77.79.82.12, E&J*». Comprendió al instante el mensaje; esos números recordaban sus dos matrimonios y a sus tres hijos, los años más importantes en sus vidas.

Encantado al verla contenta, se lo colocó en la muñeca.

—Es precioso, John —comentó, mirándose el brazo embobada. Al momento, cogió una caja del cajón del tocador y se la dio—. Toma, espero que te guste.

En cuanto abrió John su regalo, sonrió. Era un reloj de pulsera, apenas pesaba y tenía la esfera rodeada por un cordón de platino, le dio la vuelta y leyó: «*Para John, de Beth, por siempre*»

—Es muy bonito —afirmó, mirándola con ternura—. Me gusta mucho.

Inclinó la cabeza hacia abajo y rozó sus labios delicadamente, como una brisa sutil llegando a la costa para besarla y desaparecer dentro de su boca. Luego se amaron, intentando moderarse para no levantar sospechas, aunque se oían carcajadas en el salón, que no parecían pendientes a ellos.

En unos minutos rozaron la eternidad, sin tiempo acuciando; el amor sereno se convertía en oleadas de fuego y la calma quedaba reducida a unos cuerpos que se pertenecían y no querían estar en otro sitio. Con la respiración sofocada, John cayó desalmado sobre Elizabeth tratando de encontrar aliento para llenar de aire los pulmones.

—Soy muy feliz —dijo John, sintiendo unas caricias suaves en la espalda, besó a Elizabeth en la boca y se tumbó a su lado—. Te amo tanto que estaría así el resto de mi vida.

—No hables muy fuerte porque los niños nos tienen en su punto de mira.

—¿Por qué? —preguntó sonriendo.

—Creo que la envidia es muy mala —comentó riendo—. Piensan que estás tomando Viagra.

—¿En serio?

La sonrisa preciosa y divertida que Elizabeth mostró arrancó otra de él, nada preocupado por la opinión de sus hijos; eran libres y

adultos. Por su parte, podían conjeturar, divagar e inventar, no tenía intención de moderarse ni tampoco iba a explicarles qué hacer con sus mujeres; demasiado tiempo había perdido sin la suya para andar regalando consejos a nadie.

Tras una noche muy larga donde el Inquisidor no se dio por satisfecho hasta bien entrada la madrugada, Claire se despertó con su aliento pegado al cuello y su mano cálida en la cintura. Dejó sigilosa la cama y se encerró en el baño para ducharse, pensando en hacer una visita a Sean en su casa. Entre el agua que colapsaba sus sentidos y la intriga por Barinov, que no dejaba en paz su cabeza, no oyó entrar a Gabriel.

—Hola, cariño —saludó antes de quitarse la parte de abajo del pijama—. ¿Quieres compañía?

—No sé para qué preguntas si lo tienes decidido.

Gabriel obvió replicar mostrando una sonrisa lobuna y una mirada descarada a sus senos. Fue meticuloso enjabonándola sin dejar ninguna parte de su cuerpo descuidada. Claire le acarició el pecho resbaladizo bajando las manos por unos genitales ansiosos y un pene todavía más impaciente por sentirse atrapado. En vista de la confianza que Gabriel advirtió en su mujer, aun sabiendo que con ciertas posturas debía ser cauto, se animó para levantarla a pulso y arrinconarla contra los fríos azulejos de la pared.

—¿Estás bien?

—Sí —afirmó Claire sonriendo, lo besó en la boca enredando la lengua con la de él—. No te cortes.

—¿Segura?

Otra sonrisa más perversa, y el Inquisidor se disparó en picado hacia la lujuria. Cada día Claire progresaba. Tal y como le prometió en Londres enterró el pasado y no había vuelto a notarla insegura; al contrario, se desataba y lo hacía feliz siguiéndolo o tomando a veces la iniciativa. Esos encuentros eran un premio a la constancia, a la paciencia y al profundo amor que ambos se profesaban.

Dado por finalizado el sexo en la ducha, se vistieron con vaqueros y jerséis gruesos de lana y fueron a la solitaria cocina para preparar el desayuno. Tomando café sentados en la mesa, Claire comentó:

—Quiero ir a casa de Sean, tengo que hablar con él.

—¿De vuestro temilla?

—Sí. Ayer me dijo que la traductora ya le había dado las

cartas.

—Te llevo, hace mucho frío. Si quieres, te recojo luego y comemos en el centro.

—Buenos días —saludó Cora entrando en la cocina. Vestía unos leggins negros y una camiseta blanca de mangas largas que dejaba patente su barriga de casi cinco meses—. ¿Qué tal anoche?

—Se comportaron —respondió con sorna Gabriel al levantarse, sirvió una taza de café que colocó delante de ella y añadió —. Te sienta bien el embarazo.

—Gracias, Gabe. —Cora sonrió ligeramente, consciente de que buscaban un hijo que no llegaba, y desvió la vista hacia Claire—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Voy a casa de Sean. ¿Y tú?

—He quedado con mis padres.

—Dale recuerdos de mi parte —comentó Gabriel—. Estarán contentos, ¿no?

—Sí —respondió sin entrar en explicaciones—. Ya sabes cómo son.

Escucharon las voces de Jack y John y al momento irrumpieron en la cocina. Claire alternó los ojos entre ellos, eran dos gotas de agua y parecía que se pusieran de acuerdo porque era frecuente que vistieran de una forma similar. Esa mañana, los dos llevaban vaqueros y camisetas negras de mangas largas.

—Hola a todos —saludó Jack, cogió la cafetera y se llenó una taza, que John le quitó de las manos y bebió rápido. Sin inmutarse, Jack repitió la acción y se sentó al lado de Cora cuando John sacó una bandeja grande del aparador, la colocó en la encimera y cuidadosamente alineó dos servicios. Jack dejó de observar esos preparativos, intuyendo dónde pensaba desayunar, y le preguntó a Cora—. ¿A qué hora volverás?

—Antes de comer —contestó de pasada, dejó una tostada con paté en el plato de Jack. A sabiendas de la respuesta, para provocarlo, preguntó—: ¿Quieres venir conmigo?

Jack dejó de masticar. Gabriel apretó los labios para no reír, no era el momento adecuado, y Claire entrecerró los ojos observándolos.

—Nena, ¿de verdad quieres que vaya? —preguntó con un tono de fastidio—. Tus padres son un coñazo.

—Mejor no hablemos de progenitores —comentó Gabriel atento al suyo, exprimiendo concentrado unas naranjas—. Cada uno tiene sus defectos y virtudes.

—Si hablas de mí, dilo claro. —John le lanzó una mirada

soberbia. Pendiente a su cometido, llenó de zumo dos vasos y cogió dos tazas de café con sus platitos—. Y por cierto, para vuestra información, no necesito ningún tipo de ayuda.

—No te lo crees ni tú —replicó Jack.

—Pensad lo que queráis. —John puso en la bandeja una panera con varias tostadas, mantequilla, mermelada, la cafetera y una jarrita con leche tibia. Admiró durante unos segundos el resultado tan creativo, levantó la bandeja y, antes de salir, agregó—. Me voy a la cama.

Salió campante e ignoró unas carcajadas mientras recorría cargado el pasillo. No se inmutó. En ese momento sus planes con Elizabeth eran infinitamente más interesantes.

Cuando cesaron las risas, las dos parejas mantuvieron una charla agradable. En ese rato no hubo incomodidad. Los cuatro tenían claro qué querían y a quién. El pasado había quedado atrás hacía meses y la voluntad por llevarse bien puso a cada uno en su sitio. Ni Gabriel, Jack ni Cora pensaban en otra cosa que no fuese el presente o el futuro, y para Claire no suponía ningún problema mantener una relación amistosa con Cora. Aparte de considerarla una amiga, llegó a comprenderla. También estaba convencida de que no se entrometería entre ella y Gabriel. Veía cómo brillaban sus ojos cuando miraba a Jack o cómo Jack la miraba a ella; irradiaban ilusión por la nueva etapa que vivían, por la dulce espera de su hijo y la boda que tenían prevista para junio. Podía parecer una situación idílica porque chocara esa buena sintonía entre ellos; pero para Claire era motivo de orgullo ver a su marido bromear con Cora y mantener intacto el cariño por Jack. Los tres demostraban talante e inteligencia, y eso definía qué clase de personas eran.

Aunque Sean vivía a tres calles de allí, por la capa espesa de nieve que cubría las aceras, los jardines y todos los árboles, Claire agradeció la buena disposición de Gabriel en ahorrarle el azote de un frío polar donde salir quedaba solo para los valientes o quienes debían cumplir con obligaciones laborales.

En nada, Gabriel detuvo el BMW negro en la puerta de la casa. Sin ser tan grande como las que tenía cerca, llamaba la atención por la inclinación acusada de los tejados a diferentes niveles y la piedra oscura que rodeaba la parte baja de la fachada blanca, ayudando a distinguirla del paisaje. Tras un beso largo en la boca, se despidieron con pocas ganas.

Esperando bajo el porche a que abrieran la puerta, Claire no

paró de moverse para no perder el calor que la calefacción del coche y el Inquisidor le dejaron.

—Hola —saludó Elaine con Ophie en brazos—. ¿Gabe no se queda?

La niña no lo pensó y se lanzó contra Claire.

—No —respondió contenta con Ophie encima—, creo que prefiere ir con Jack al bar del club. Vendrá después.

Claire dejó a Ophie en el suelo y se quitó en el vestíbulo el abrigo, la bufanda y el gorro rojo de cosaco. Entró en el caldeado salón, con el suelo de madera clara, una zona con los techos a doble altura y una escalera en el fondo para subir a la planta alta, donde Sean la esperaba apoyado en la barandilla traslúcida. Con un gesto impaciente, el abogado la incitó a subir propiciando también una breve negociación entre sus chicas. Ophie, reacia a dejar sola a su tía cuando acababa de llegar, cedió lloriqueando, pendiente a Claire en la escalera y resistiéndose al agarre de su madre que la arrastraba hacia la cocina.

Arriba había una zona de estar llena de alfombras, dos sofás grandes tapizados con una tela de cuadros coloridos y una pantalla de cine, recogida en ese momento. La perspectiva de la planta baja desde ese ángulo era bonita, y muy luminosa gracias a los ventanales alargados que llegaban a la cubierta. A Claire le gustó ese estilo acogedor a semejanza del carácter de sus propietarios. Admiró sonriente el cuerpo robusto pero delgado de Sean. Descalzo y fiel a sí mismo, vestía unas bermudas camel y una camiseta blanca.

—Hola, Claire —saludó besándola en las mejillas. Recogió deprisa los papeles que había esparcidos en una mesita de madera delante de los sofás y se repantingó cómodo con las piernas abiertas—. ¿Quieres tomar algo?

—No, acabo de desayunar —respondió con una sonrisa al sentarse a su lado, preguntó impaciente—. ¿Confirman las cartas quién es Barinov?

—Tu abuelo —dijo Sean serio, inclinó el cuerpo hacia delante y buscó un folio con anotaciones y muchas líneas subrayadas con rotulador fosforescente amarillo.

Mientras leía, Claire no apartaba los ojos de él. No estaba sorprendida, más bien aliviada y triste. También expectante por conocer más, por saber y entender.

—¿Qué has descubierto?

Sean volvió a concentrarse en ella.

—No lo dice abiertamente, pero en las cartas que Alexei le envió a su hermana entre el 53 y el 54 le cuenta que Margaret quiere

ir a Terranova para buscar a su hijo porque está muy arrepentida por haberlo dado en adopción. Tu padre era un bebé. Alexei se preocupa, aunque Iris en ningún momento le da credibilidad y trata de calmarlo.

—Margaret nunca lo hizo ¿no?

—Parece que no. Pero solo hay cuatro cartas y sabes que Alexei corta la comunicación con Charles en cuanto muere Iris. Por lo que he podido averiguar, Alexei y su hermana dejaron Rusia en 1944, llegaron a Inglaterra y ella empezó a trabajar para los Clainston como criada. Alexei era carpintero, aunque no he podido confirmar si trabajó en Inglaterra como tal. Sí que se enroló como marinero —comentó. Claire escuchaba atentamente, recordando las palabras de Daniel Larson cuando les dijo que quien realizara las tallas de su casa debió ser un artista—. Llegó a Terranova por primera vez con diecinueve años. Iris era una adolescente, supongo que por eso ella se quedó en Europa con los Clainston, Margaret por entonces tenía nueve años.

—En el 45 se terminó de construir mi casa —dijo Claire pensativa—. Quizá Alexei le pidió trabajo a mi abuelo.

—Es difícil confirmarlo, y en los documentos que he visto de la factoría no aparece como empleado.

—No hablo de la factoría, Sean. Creo que pudo ser el carpintero que hizo los ventanales, las estanterías, los muebles de los dormitorios o los pasamanos de la escalera. Es demasiada coincidencia.

—Mira esto. —Sean le tendió un documento—. Es la lista de la tripulación del *Black Star*, un mercante que en aquellos años solía transportar víveres desde Liverpool hasta Terranova. Según esto, Alexei volvió a Inglaterra en 1946. Es probable que regresara a por su hermana si creyó que en Terranova tendrían un futuro más fácil. Ya no hay más constancia de otros viajes.

—Mi padre nació en marzo de 1953. ¿Qué edad tenía Margaret Clainston?

—Diecisiete, se quedó embarazada a los dieciséis. Alexei le llevaba diez años. Aunque antes se casaban muy jóvenes, no estaría bien visto que una chica de familia acomodada lo hiciera con un emigrante ruso. Parece que los padres la obligaron a deshacerse del niño. Alexei no lo dice abiertamente, pero, según la traductora, es la intención de sus palabras. Hay mucho rencor cuando le habla a Iris de la familia Clainston. Falta una carta por traducir, pero no creo que nos resuelva mucho.

—Alexei volvió a Inglaterra cuando ya había terminado la II Guerra Mundial, la conocería por su hermana, pero no sabemos que

hizo durante seis o siete años. Quizá prosperó, debía tener dinero.

—Ni idea, Claire, tendremos que seguir investigando. Margaret se casó con Sigmund Sabo a finales del 54, el año en que perdemos la pista de Alexei y muere tu abuela. No hago más que darle vueltas sin entender por qué Alexei a partir de ahí no sigue en contacto con tu abuelo, ni por qué Margaret no intentó nada si como le cuenta Alexei a Iris estaba arrepentida y quería recuperar a su hijo.

—Es un poco extraño, la verdad.

—A lo mejor se casó con Sabo obligada por su familia y no le dijo que había tenido un hijo.

—Tengo la reunión con Marion Sabo dentro de unos días, hablaré con ella. ¿No te parece demasiada coincidencia que la haya conocido?

—Sí y no. —Sean suspiró negando con la cabeza—. Ahora estás dentro de su círculo, es una casualidad o no. Me dijiste que te la presentó uno de tus profesores, pero no sabes mucho más y quizá ella sí sepa algo de ti.

—No me dio esa impresión cuando nos conocimos. Jack me ha hablado muy bien de ella y de su marido. Murió no hace mucho.

—Sí, al parecer fue él quien empezó con el arte. Sácale el tema cuando la veas.

—Lo haré.

La última noche del año, los Drake al completo cenaron en la casa de Sean. Estuvieron acompañados por los padres de Elaine, Douglas y Janet, tan sociables y divertidos como ella. Para Elizabeth, ver a John bromear con Douglas sosteniendo a Ophie en los brazos fue otro de esos instantes inolvidables tras muchas navidades pensando siempre dónde estaría y echándolo de menos. Por disfrutar del maravilloso presente que tenía con toda su familia unida, se obligó a dejar de lado la nostalgia. Incluso intentó olvidar la llamada de Lilian de esa misma mañana, que John se negó a atender cortando de raíz. Ninguno comentó nada, pero sobrevoló un inquietante malestar en su cabeza al advertir el nerviosismo de John, camuflado bajo un cabreo considerable hasta que aparecieron sus hijos y volvieron a relajarse.

Después de cenar, mientras los abuelos jugaban con Ophie sentados en el salón, Sean sirvió unas copas de champán y puso música para animar la fiesta, ya de por sí bastante alegre por las bromas y voces subidas de tono. Sean cogió de la mano a Claire y la sacó a bailar sabiendo que era la única capaz de seguirle el ritmo. Envalentonados y algo ebrios no se reprimieron con nuevos pasos que

arrancaban sonrisas y carcajadas, arriesgando sin medir el espacio ni tener en cuenta sus propias limitaciones físicas.

—Menuda pareja, Gabe —comentó Cora con los ojos desorbitados—. Qué bien disimula tu mujer.

—Es cuestión de saber incitarla —dijo Gabriel riendo.

—¿Quieres bailar? —preguntó Jack—. Podemos enseñarles algo antes de que se maten.

—Mejor no, cariño —dijo Cora, acariciándole la pierna. Se oyó una risotada de John, y preguntó—. ¿Os han dicho algo de la llamada de Lilian?

—He hablado con él —respondió Gabriel, negó ligeramente —. Quería felicitarle el nuevo año.

—No se lo cree ni ella —comentó Jack con un gesto despectivo en la boca—. Yo tengo dos llamadas perdidas suyas y así se van a quedar.

—No me lo habías dicho. —Cora apretó la frente—. ¿Suele llamarte?

—No —respondió veloz—. Supongo que al no haber podido hablar con él, por eso lo ha intentado conmigo.

—No le des cancha —comentó Gabriel serio—, como pueda te mete en un lío.

—Gabe, lleva intentando que me la tire desde que cumplí veinte años.

Al escucharlo, Cora y Elaine giraron las cabezas para mirarlo.

—Supongo que no lo harías.

—Por favor, nena… —Jack entornó los ojos—. Siempre he destacado por mi buen gusto, no alucines.

—Mejor vamos a olvidarnos del tema —dijo Gabriel sonriendo—. Los tres la hemos sufrido, pero realmente el daño se lo hizo a mamá. Espero por su bien que sepa mantenerse al margen de nosotros, porque no voy a consentir que vuelva a inmiscuirse entre ellos. —Gabriel apuró la copa y se levantó—. Voy a rescatar a mi mujer antes de que Travolta la lesione.

—Sí, será lo mejor —añadió Elaine—. Está imparable.

Gabriel cambió la música y sujetó a Claire por la cintura moviéndola despacio, igual que Elaine arrastró a Sean para acapararlo. El baile se convirtió en un alarde de romanticismo al que todos se unieron. Luego, celebraron la entrada del año con más champán, besos, abrazos y los mismos deseos compartidos, primando uno sobre los demás: seguir siendo felices.

DIEZ

Nueva York, 3-1-13
Estados Unidos

El viento gélido de esa mañana en Nueva York batía constante las ramas de los árboles alineados en la acera y ahuyentó de golpe los nervios de Claire, preocupada por el silbido que se le clavó en la cabeza mientras se encajaba el sombrero rojo camino del piso de Marion, situado a varias calles del ático. Tenía intención de andar, pero alzó la mano y paró un taxi. En cuanto le dio la dirección al conductor, pensó en la selección de fotografías que llevaba y, por no influenciarla, al menos de momento, decidió no hablarle de su padre a no ser que saliera el tema de forma natural.

En pocos minutos entró en el vestíbulo de un edificio elegante con dos porteros uniformados, se identificó y esperó con una expresión tímida que la señora Sabo autorizase la visita. Uno de ellos la acompañó a la tercera planta. Al salir del ascensor, le indicó la puerta y, de inmediato, otro hombre, vestido con un traje oscuro, la invitó a entrar ayudándola a desprenderse de la ropa de abrigo.

Marion apareció vestida con un pantalón oscuro y una camisa blanca, coincidiendo con Claire, incluso tenían una altura parecida. Con una sonrisa amable se acercó y le dio dos besos.

—Hola, Claire. Me alegro mucho de verte.

—Lo mismo digo ¿cómo estás?

—Impaciente por comentar contigo las fotos y hacerte algunas sugerencias.

—Estoy abierta a cualquier opinión. Si es la tuya, es una garantía para mí.

—Gracias, eres un encanto.

Marion observó la manera de entornar los ojos de Claire y durante un instante no la vio a ella. Parpadeó varias veces, era la segunda vez que le ocurría lo mismo y no encontraba explicación.

Les sirvieron café en una amplia terraza acristalada, casi un invernadero tropical. Marion abrió un portátil, se colocó unas gafas con una elegante montura roja y buscó las imágenes que Claire le envió. Se detuvo en una de Jack sentado en una cama grande con sábanas revueltas, desnudo pero tapándose la entrepierna con una almohada blanca. Tenía el pelo alborotado y una sonrisa que divertía y mostraba dos filas de dientes blanquísimos. Solo Claire sabía que la

destinataria de esa alegría fue Cora, quien no salió en el encuadre; en cambio, con sus bromas consiguió que Jack se relajara e hiciera natural algo absurdo para él.

—No sabía que Jack Drake posaba —dijo Marion—. Cuando fui a tu exposición me impactó. Sus fotos son las que más me gustan.

—Tiene éxito con las mujeres —admitió Claire sonriendo—. Posa por hacerme el favor.

—Mi marido lo apreciaba mucho.

—Me lo ha comentado. Guarda muy buen recuerdo de él.

—Gracias, Claire —dijo, dándole unas palmadas cariñosas en la mano—. Volviendo a Jack, tienes más fotos de él solo. Creo que tienen más posibilidades.

—No muchas. Pero puedo intentar que en estos días hagamos algunas más. ¿Solo te interesan los hombres?

—No. —Marion rió—. Me interesa todo en general y nada en particular. Depende del día, mi ánimo, y demasiados puntos subjetivos. Me gusta la selección que has hecho. Tengo varios compradores interesados, y si ampliamos la oferta podemos hacerlo aún más interesante. A fin de cuentas, esto es un negocio.

—Lo sé. Hasta ahora las fotos que te he enseñado pertenecen a un proyecto personal de la escuela. Estoy haciendo dos series con mi familia. Me gustaría, si lo ves bien, aportar otro estilo. No quiero centrarme en personas —admitió gesticulando suavemente con la cara y los hombros—. Estoy buscando sentirme cómoda y quisiera probar cosas diferentes.

—La exposición tengo que cerrarla a finales de mes, está prevista para el quince de febrero. ¿Te dará tiempo?

—Creo que sí.

Se tomaron el café hablando de proyectos futuros de la galería, de las tendencias actuales y de temas comunes, que a las dos sorprendió por la fluidez continua y la afinidad que sentían al reconocerse en palabras de admiración.

Claire fijó la vista en la mesa esquinera donde había una lámpara de porcelana y varios marcos con fotos. Uno en especial captó su atención, lanzándola a otra conversación más peliaguda.

—Marion, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —afirmó con una sonrisa amable.

—¿Crees en las coincidencias?

—No sabría decirte. —Marion dejó suavemente la taza de café en el plato—. ¿Qué tipo de coincidencias?

—Como sabes, vivo en Terranova y he empezado con la fotografía hace apenas cinco meses. —Claire dudó unos segundos—.

Mis padres han muerto.

—Lo siento, no lo sabía —interrumpió Marion apurada.

—Gracias, no te preocupes. Mi padre se llamaba Christopher Merritt, murió en el 2001 en un accidente de helicóptero. Supongo que no te dirá nada.

—¿Debería?

—No —dijo rápido—. Te contaré lo que sé. —Advirtiendo la confusión de Marion, añadió—: No estoy loca, en cuanto me escuches, lo entenderás.

—Adelante, estás consiguiendo intrigarme.

—Mi casa se llama Boreal Róis, la construyó mi abuelo, Charles Merritt, en el 45. Hace poco hemos hecho algunas reformas y en la biblioteca apareció escondida una carpeta con unos documentos de mi abuelo. Son cartas y unos certificados de adopción. A mi padre lo adoptaron en Inglaterra —comentó seria. Marion parecía interesada —. Su madre biológica se llamaba Margaret Clainston. ¿Te suena?

El rostro de Marion palideció.

—No puede ser… —dijo Marion sin apartar los ojos de los de Claire, pensando en Richard, que nunca supo nada de ningún hermano —. Debe ser un error.

—Parece raro, pero tengo algunos documentos que confirman la veracidad de todo y también las cartas del padre biológico de mi padre a mis abuelos. En ellas habla de Maggie, del embarazo y de la adopción que le impusieron sus padres —añadió con un suspiro más profundo—. Margaret tenía diecisiete años, no la dejaron casarse ni quedarse con el hijo de Alexei.

—Repite el nombre, por favor —musitó Marion.

—Alexei, Alexei Barinov. Mantuvo una aventura con Margaret; es mi abuelo.

—Liosha —susurró.

—¿Liosha?

—Mi suegra lo llamaba así. Siempre creí que se lo inventaba.

Marion se emocionó, bajó la cabeza y durante unos segundos lloró en silencio.

—No quería entristecerte. He creído necesario decírtelo porque, como te he dicho, no tengo familia natural y me propuse conocer a la rama inglesa de mi padre. No tenía ni idea de que iba a ser tan rápido.

—Discúlpame, soy una sentimental —afirmó, limpiándose las lágrimas—. Mi suegra murió en el 2010, tenía setenta y cuatro años. La vi marchitarse desde que la conocí. Siempre supe que no era feliz, pero cuando hablaba de Liosha, el ruso que le robó el corazón, tanto

Richard como yo creíamos que eran desvaríos de la edad. Sus últimos años los pasó en una residencia de Staten Island. Cuando Richard recogió sus objetos personales de la casa de Essex, encontró una foto de dos hombres con un niño pequeño. La foto tenía una breve dedicatoria firmada por Alexei Barinov. Margaret nos contó que eran Liosha y unos amigos de él. Ni Richard ni yo le dimos importancia.

—Yo me he enterado de todo de sopetón, y es bastante frustrante. Solo sé que mi abuelo Charles se casó por conveniencia con Irina Barinov, hermana de Alexei, y que adoptaron a mi padre el mismo día que nació; lo tenían acordado con Margaret y Alexei.

—Imagino que tu abuelo Charles y Alexei se conocerían de algo.

—Mi abuelo tenía una factoría de bacalao, fue la más importante de San Juan —explicó con un deje orgulloso—. Creemos que Alexei llegó a Terranova como marinero en 1945, pero, al ser carpintero, mi abuelo lo contrató para realizar las tallas de la casa que acababa de construirse y, de alguna manera, entablaron amistad. Mi abuelo quería tener una familia y allí no sobraban las mujeres. Si incluso ahora es un lugar apartado, en aquella época sería un sitio inhóspito. Supongo que Alexei pensó que casando a Irina con mi abuelo le aseguraba una vida cómoda a su hijo dejándolo en manos de su tía biológica.

—Escogió lo menos malo —comentó Marion, sonrió breve y bajó la vista—. No debió ser fácil.

—No puedo saber qué habría sido de mi padre si Alexei y Margaret hubiesen tomado otra decisión, pero te puedo garantizar que mi abuelo Charles le dedicó su vida y lo quiso mucho. Tuvo la mala suerte de que Irina murió al año de llegar a Terranova —comentó Claire con los ojos brillantes de húmeda tristeza—. No rehízo su vida con otra mujer, lo crió él solo.

Ahí Claire cogió el relevo de las lágrimas.

—No lo pongo en duda. Me entristece no haber conocido a tu padre. —Marion desvió la mirada hacia la fotografía—. A Richard le habría hecho muy feliz tener un hermano.

—Y a él también, estoy segura.

—Tienes los mismos ojos que Richard —dijo sonriendo, le cogió la mano y prosiguió—. El primer día que te vi tuve una sensación extraña, igual que hace un momento. Voy a responder ahora a tu pregunta: sí creo en las coincidencias.

—He dudado mucho si comentártelo o no —reconoció Claire.

—¿Por qué?

—No quería que afectara a nuestra relación profesional.

—Claire Barinov, si siendo Merritt, sin conocerte, ya me habías cautivado, como única sobrina de mi marido, me voy a autoerigir en tu más ferviente admiradora, consejera y, si me lo permites, me gustaría ser también tu tía.

—Será un placer. —Sonriente, añadió—: No vivimos cerca, pero me alegra saberlo. Suena bien Claire Barinov.

—Mucho. Cámbiatelo, estás a tiempo.

—No —dijo negando despacio con la cabeza—. Tendría que dar una explicación muy larga a mi marido.

—¿Por qué no firmas como Claire Drake?

—Por mantener el Merritt, no quiero perderlo.

Marion asintió, pensando en un hombre imaginario hasta hace unos minutos.

—¿Alexei está muerto?

—No lo sé. Su pista se pierde en diciembre del 54. Mi abuela murió y la comunicación entre mi abuelo y él termina.

—No recuerdo exactamente en qué año se casaron mis suegros, pero Richard nació en octubre de 1955. Tuvieron que casarse en enero o febrero… —Hizo un pausa—. A no ser que estuviera embarazada, claro.

—Vete a saber. Aunque es muy raro que Alexei no siguiera en contacto con mi abuelo. No logro entender qué pudo pasar.

—Por las molestias que se tomó para que su hijo estuviera bien, sí, es bastante raro.

—¿Margaret no tenía hermanos?

—Sí. Eran tres; dos varones y ella. Le llevaban varios años. Murieron en la guerra. Al quedarse sola, sus padres la sobreprotegieron. Apenas los traté porque cuando Richard y yo nos casamos dejamos Londres para instalarnos aquí. Eran unos ancianos encantadores, aunque me imagino que tendrían también sus defectos. El abuelo de Richard era un hombre con unas convicciones morales bastante rígidas, demasiado chapado a la antigua, para él sería un escándalo que un marinero ruso preñara a su niñita. Hay que tener en cuenta que en esa época los chismorreos habrían hecho una mella muy humillante en su familia. Hoy por hoy nadie se sorprendería, pero hace sesenta años… —Marion percibió el brillo del rencor en unos verdes conocidos y explicó—. No estoy justificándolo, Claire. Jamás habría sido capaz de dar en adopción un hijo por mucho que me hubiesen amenazado —habló con la determinación de una infertilidad que todavía lograba entristecerla—, pero no soy mi suegra y cada persona es un mundo complejo.

—Tengo claro que fue para salvar las apariencias.

—La mujer que conocí arrastraba una pena, Claire; aunque pensaba que era por la mala relación que tenía con mi suegro. Eran dos polos opuestos, no sé qué les llevó a casarse.

—¿No se divorciaron?

—No. Hacían vidas separadas, pero nunca acabaron con el matrimonio.

—¿Conociste la casa de sus padres? He pensando que quizá Alexei pudo hacerles algún trabajo.

—Tenían tres. Cuando murieron sus padres, Margaret vendió la de Liverpool, pero conservó la de Essex, es una casa de campo, y un piso en Londres donde vivió con mi suegro y Richard hasta que nos casamos. Luego, ella se fue sola a Essex, esa casa era su santuario, y mi suegro se quedó en Londres. Las dos llevan cerradas mucho tiempo. Hace siglos que no voy, desde que Richard las cerró no se ha tocado nada, a lo mejor hay cartas, más fotos o cualquier cosa interesante.

—Ojalá —dijo Claire pensativa—: Qué lástima que tus suegros vivieran amargados.

—Bueno… Tuvieron lo que quisieron. Afortunadamente, Richard y yo fuimos muy felices.

—Mis padres también.

Marion sonrió, percibiendo el cambio de humor en Claire al recordar a sus padres.

—¿Desde cuándo estás casada?

—Desde hace dos meses.

—Tu marido es otro a tener en cuenta —comentó bromista.

—Te voy a enseñar la primera foto que expuse. —Claire empezó a buscar en el móvil—. No sé si Ryan llegó a enviártela.

—¿Es el de la ducha?

—El mismo —respondió risueña—. Compró la foto y la tenemos colocada en casa.

—Así cualquiera vende…

—Es muy pudoroso en público.

—Abusa del filón de tus modelos. No serías la única en tener un fetiche, los Drake podrían ser el tuyo. Algo parecido a Dalí con Gala o a Picasso con sus mujeres.

—No sé yo… A Jack lo engatuso con cierta facilidad, pero a Gabriel lo tengo que pillar despistado; y no se fía mucho de mí. La foto la compró para que nadie le viera el culo, aunque no se le veía la cara.

Compartieron unas risas divertidas.

—Sería interesante una serie de él dormido. —Marion habló totalmente convencida. Con esa facilidad para captar el movimiento,

sin él, cualquier sutileza en el cuerpo podría convertirse en su sello artístico—. Piénsalo.

En cuanto salió Claire del piso, cogió un taxi y regresó al ático de su suegra, reflexionando sobre sus abuelos biológicos. A pesar de que la conversación despejó algunas incógnitas, atrajo más preguntas que enmarañaban una historia familiar donde personas con vidas opuestas se cruzaron, se unieron y se separaron. Deseó con fuerza que Alexei siguiera vivo, incluso siendo consciente de que era probable lo contrario. Necesitaba encontrarlo, ya era casi una desesperación. Ese hombre había movido el cielo y el infierno para asegurar el futuro de su hijo, por ende también el de ella; merecía su agradecimiento y, por qué no, la posibilidad de conocerlo como abuelo.

En menos de diez minutos entró en el ático. Se quitaba el abrigo cuando se abrió la puerta de la cocina y salió Gabriel relajado tomándose una copa de vino. Vestía unos vaqueros y una camiseta blanca, sin zapatos.

—Hola, cariño —dijo Claire, acercándose.

—Quieta. —Con una sonrisa de oreja a oreja, dejó la copa en un mueble decapado blanco antiguo y le colocó una mano en la cadera inclinando el cuerpo hacia delante—. El día que nos conocimos llevabas este gorro —murmuró Gabriel.

—Me lo pongo mucho, me gusta y es calentito.

—Te sienta muy bien.

Acarició sus mejillas y se lo quitó apreciando la suavidad del pelo rojo. Se besaron a gusto y sosegados hasta que Claire suspiró ligeramente y la ternura pasó al deseo entusiasta, en aumento cuanto más se conocían y cuanto más se amaban.

—Tenemos que parar, cariño —dijo Claire, separándose un poco—. No estamos solos.

—Sí estamos, Amelia ha salido. Llevamos muchas horas sin vernos. —Con otro beso, Gabriel intentó convencerla. Estaba feliz por la sorpresa que fraguaba, con la reserva ya hecha en un hotel de Barcelona, y quería la ración del bocado más exquisito para sus labios —. Te echo de menos.

—¿Vamos al dormitorio?

Gabriel sonrió, sucumbiendo en el acto. «¿Para qué preguntaba?», pensó. A veces la inocencia de Claire seguía sorprendiéndolo. La agarró con seguridad por las nalgas, se frotó contra ella y empujó las caderas varias veces mientras iniciaba otro

ataque despiadado con la lengua para dejarlos sin aliento.

—Vamos —jadeó Gabriel, tirándole de la mano.

En el dormitorio la luz amarilla del sol entraba a raudales como espadas cortando el aire. Aquel reluciente fulgor no calentaba ni podía obviarse. Cegó a Gabriel unos segundos, aunque no sopesó entretenerse. Con Claire acorralada entre la pared y su cuerpo, atento a su reacción, le desabrochó los botones de la camisa.

—Quiero hacerlo aquí —dijo Claire.

Las manos hábiles de él se detuvieron y sus ojos la traspasaron con una ráfaga de excitante incredulidad.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó, subiéndole la camiseta para recorrer su abdomen. Besó el pecho suave ensortijado de vello oscuro, con una delicadeza opuesta al movimiento rápido del corazón que latía en sus labios. Creyó percibir sus dudas, y susurró—. Vamos, cariño.

—Si noto lo más mínimo, paro.

Con los ojos clavados en él, Claire sonreía bajándole el pantalón. Acarició su pene cuando estuvo desnudo, sin recordar que tenía a un hombre imponiéndole su tamaño, con una predisposición más que evidente y una fuerza infinitamente superior a la de ella. No temió nada, con él nunca iba a sucederle nada malo, y podía intentar una postura impensable un año antes. Dejó que la arrollará con su ímpetu. Era él; solo y exclusivamente él. Necesitaba probarse a sí misma para seguir descubriendo maneras de amarse. Si había superado lo peor, tenía que ser capaz de entregarse totalmente al hombre que se convirtió en el sol; el paciente caballero capaz de morir antes que presionarla; el maravilloso centro de su universo y el artífice de revivirla. Pegada a aquella dura pared se movió alocada en otro viaje fascinante, sin nadie más que ellos en un acople mucho más intenso de lo imaginado a una velocidad endemoniada.

Una vez comprobaron que el sexo de pie era tan bueno como otro, Claire fue al baño y Gabriel recogió el amasijo de ropa.

—¿Quieres que comamos fuera? —preguntó Gabriel, asomado en la puerta.

Claire acababa de meterse en la ducha.

—¿Por qué no llamas a Jack? Me urge hablar con él.

—¿Quedamos con ellos?

—Pregúntale si pueden. Realmente solo lo necesito a él.

—¿Para qué?

Intrigado, Gabriel entró cerrando la puerta. Se apoyó en la encimera del lavabo con los brazos cruzados, recorriendo de arriba abajo el cuerpo esbelto de Claire, que se enjabonaba el cabello sin

darse cuenta de su presencia.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando abrió los ojos.

—¿Puedo saber qué te traes ahora entre manos con Jack? Con Sean lo entiendo, ¿pero con él?

—Voy a convertirlo en mi fetiche.

—¿Tu qué?

—Como tú no quieres, alguien tendrá que serlo.

—No me lo has pedido.

—¿Ah, no? —dijo, cogiendo una toalla. Claire se la enrolló en el cuerpo, se situó frente al espejo y se peinó observándolo. Estaba desnudo por completo, con su postura arrogante: ojos entornados, mentón elevado y una media sonrisa cargada de ironía. Apresurando ideas, caviló posibles maneras que le permitiesen fotografiarlo sin que posara. El desnudo nocturno lo tenía asegurado, pero el problema era la luz. Solo se le ocurrió intentarlo de madrugada, aprovechando su transformación en marmota—. Creía habértelo dicho…

—Pues no. Tú simplemente me has hecho fotos sin que lo supiera. A Jack en cambio siempre se lo pides.

—Si te lo pidiera ¿aceptarías?

—Depende. ¿Cuánto voy a ganar?

—¿Ves? Con Jack no tengo esos problemas, es un señor y nunca habla de dinero. Tú eres un inquisidor que solo quiere ganar a toda costa.

Detrás de ella, Gabriel le colocó las manos en las caderas, subió la toalla despacio y bajó la vista hacia sus nalgas. Sin encubrir el deseo que le concentraba la sangre en el pene para elevarlo, se pasó la lengua por los labios y volvió a mirar sus ojos en el espejo.

—¿Desde cuándo soy un inquisidor? —susurró, inclinando la cabeza hacia abajo.

—Desde siempre. —Claire ronroneó al sentir sus cálidos labios en el cuello—. Eres un inquisidor insaciable. —Con un movimiento casi imperceptible, Gabriel le coló entre las piernas su rígido miembro tan juguetón como dominante mientras sus grandes manos le amasaban posesivas los pechos después de que la toalla cayera a sus pies. Era un inquisidor perverso, lo reconociera o no, sabía excitarla hasta que dejaba de importarle todo, conocía sus secretos, los recovecos más íntimos de su cuerpo y el efecto que su tacto le causaba—. Sigue.

—¿Quién es ahora tu fetiche? —murmuró, dándole la vuelta.

—Tú.

A Gabriel solo le llegó una pequeña bocanada del aliento de ella. La aupó por la cintura, sentándola en la fría encimera de mármol

del lavabo y le separó los muslos. Se situó dentro, guiando su erección con la mano, ávido de más ardiente humedad y más presión de las uñas que sentía clavadas en los hombros. Con jadeos como ligeros gruñidos, la invadió sin otra cosa en la cabeza que morir en aquel placer, se detuvo un instante y apoyó la frente en la suya.

—Con rozarte ya tengo ganas de correrme.

La voz grave y la respiración caliente vagando por la piel femenina lograron un gemido largo, suficiente para espolear al salvaje que ocultaba y solo ella tenía el gusto de conocer. Empujó más rápido hasta que necesitó afianzarla y le colocó las manos bajo las nalgas para atraerla y arrastrarla a otro clímax delirante. Sus cuerpos, totalmente en tensión, se prepararon para recibir otra ola de violenta locura, de esa que mojaba la desesperación para ahuyentar miedos con serenidad o, quizá, con ese hijo tan buscado. Lo que fuera, esos gloriosos embates siempre eran beneficiosos.

Salieron del ático a las tres para comer en uno de los numerosos restaurantes de la Avenida Ámsterdam. Entraron en un griego medio vacío porque les llamó la atención la música alegre que escucharon desde la calle.

Una vez les sirvieron los platos y el vino recomendados por un camarero encantador, Gabriel quiso saciar su curiosidad:

—¿Cómo te ha ido con Marion?

—Muy bien. Me ha dicho que la exposición será el quince de febrero, de ahí la prisa por haceros las fotos.

—¿Habéis hablado de tu padre?

—Sí. En un principio se ha quedado bloqueada, no sabía nada, pero en cuanto he mencionado a Alexei me ha contado que su suegra lo llamaba Liosha y que jamás lo olvidó. Tanto ella como su marido creían que eran desvaríos por la edad. Margaret no fue feliz con Sigmund Sabo, aunque no se divorciaron.

—Menuda familia más rara.

—Sí, aunque más que raros, me parece que estaban obsesionados con las apariencias —comentó antes de llevarse una porción de apetitosa *mousaka* a la boca, cuando se la tragó, siguió hablando—. Marion conserva dos propiedades de los Clainston, una casa en Essex y un piso en Londres. Cree que en Essex puede haber cartas o información de la relación que mantuvieron Alexei y Margaret. Parece que para su suegra esa casa era especial.

Gabriel notó que Claire evitaba referirse a Margaret como «abuela», pero no quiso mencionárselo.

—Sería interesante saber qué le ocurrió para que cambiara de planes. Si Marion dice que nunca fue feliz con Sabo, es casi seguro que la obligaron a casarse con él.

—No lo sé —dijo sacudiendo la cabeza, bebió un sorbo de vino y agregó—. Cualquier cosa que Margaret decidiera después de dar en adopción a mi padre estuvo al margen de la opinión de sus padres. Dudo que ellos se arrepintieran. Marion conoció a unos viejos. —Claire sonó despectiva—. Según ella, encantadores, aunque pienso que tuvieron mucha mala leche. Es muy probable que le impusieran la boda con Sabo y que se opusieran si supieron que quería recuperar a su hijo, está claro cómo les sentaría.

—Piensa que ha sido una suerte encontrar a Marion, puede arrojar algo de luz.

—La verdad es que sí. He visto fotos de Richard y tenía los mismos ojos que mi padre. Marion dice que se quedó impactada desde que me conoció.

—Al final vamos a tener que agradecérselo al capullo de Gallagher.

—No hables así, cariño. Es un buen profesor y está ayudándome bastante.

—Mientras se mantenga en su sitio, no tengo ningún problema con él. Pero te advierto que como vuelva a verlo más cerca de la cuenta, no respondo.

—Casi no lo he visto desde la exposición en la galería Obscura. Incluso juraría que desde entonces me rehúye.

Gabriel inclinó la cabeza y mostró una sonrisa.

—Hace bien, sabe qué le conviene.

—¿Has tenido algo que ver?

—No —respondió con otra sonrisa, esta vez, soberbia—. No me interesan los capullos.

—¿No sabes mencionarlo con otra palabra? —preguntó irónica.

—¿Por qué? Es la que mejor lo define.

—No seas así, si no llega a ser por él, no habría conocido a Marion.

—Eso permíteme que lo dude —comentó convencido—. Eres muy buena, y tarde o temprano os hubieseis conocido.

—Gracias, cariño. Y ya que estamos, déjame explotarte un poco. Marion cree que tienes mucho potencial.

—¿Otra que me ha visto el culo?

—Tengo que enseñarlo —comentó indiferente—. Es mi mejor carta de presentación.

—Intenta enfocar hacia otra parte menos llamativa, por favor. No me apetece tener mi cuerpo colgado por partes en toda la casa.

—Pues, ya sabes, deja que otros las compren.

—Sigue soñando.

Gabriel no podía evitar sentir pudor al verse expuesto, pero por verla feliz hacía cualquier cosa. Como en ese instante, cuando rió divertida y contagiaba de alegría el tiempo que pasaban juntos. Notaba la profundidad de su amor y sobre todo, admiraba la entereza con la que estaba encarando el futuro y la profesión que tanto le apasionaba. Esa entrega era capaz de transmitirla en unas imágenes capaces de revolver sentimientos y cautivar con un inmenso placer, nadie quedaba indiferente a unas sombras donde la luz resplandecía.

Más tarde, Claire tuvo en la terraza del ático a su libre disposición otra vez el cuerpo de Gabriel. Se comportó como un modelo solícito, acató sus (a veces) imprecisas órdenes, hasta que se hartó de tanta posturita en un rincón, en cuclillas y con la piel de gallina.

—¿Falta mucho? —preguntó tiritando.

—Todavía no ha anochecido.

—¿Y qué? Habrás hecho por lo menos quinientas fotos.

—No he empezado —respondió tranquila, alzando la vista de la cámara.

Gabriel se levantó de golpe.

—¿Cómo? ¿Y qué estás haciendo?

Se acercó a ella indignado, cogió de un tirón el pantalón del chándal que tenía en una silla y se lo puso raudo, igual que una sudadera negra.

—Todo lleva su tiempo. Tengo que ajustar la luz.

—Pues mientras lo hacías haber puesto una maceta, me estaba helando.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—¿Por qué? —preguntó arrugando la cara entera, la miró, bien abrigada desde los pies hasta la cabeza, cubierta por un gorro de lana de él, y, bufando, movió despacio el cuello, en un gesto claramente negativo—. Estamos en enero, como bien has notado —comentó de mal humor, entró en el salón y, alzando el tono para que lo escuchara sin dar lugar a equívocos, apostilló—. Le cedo el puesto a Jack, renuncio; nunca he sido fetichista.

Durante la tarde del día siguiente, Claire preparó el salón y el dormitorio para la nueva sesión de Jack. Encendió las dos chimeneas, recogió los marcos de fotos, jarrones, mandos, y lo apiló en un rincón donde tenía ordenado con precisión su material: tres objetivos, varias gamuzas, una cámara y un kit de limpieza. Seguidamente, montó tres trípodes telescópicos y sacó de una bolsa azul marino deportiva un *softbox* rectangular mediano para distribuir la luz, un paraguas pequeño plata y un flash Nikon que había comprado en Quebec en Navidad. Unos minutos después de colocar cada uno sobre un trípode, sacó el cuaderno, repasó los esquemas y ajustó el disparador con el receptor inalámbrico.

—Conmigo no te preparas tanto —dijo Gabriel.

Se apoyó en la mesa, cruzó las piernas y bebió de una botella de cerveza, recorriendo con la mirada el improvisado estudio.

—Cada foto tiene sus necesidades —comentó de pasada.

Estaba distraída haciendo pruebas con el flash.

—Claramente, las mías son las que menos.

—No sé por qué te quejas, para cinco minutos que has aguantado. Es preferible pillarte por sorpresa.

—Para ti, para mí no estoy tan seguro.

—Tú verás —dijo Claire encogiendo los hombros—. ¿Vas a quedarte a ver cómo se las hago?

—Sí. ¿Te importa?

—No. Necesito un ayudante.

Gabriel entrecerró un ojo, sin saber que su mujer había girado la cara para no provocarlo más con una risa divertida.

—Siempre a tu servicio.

En cuanto Jack llegó, Claire le explicó las ideas para los posados. Captó con rapidez su intención. Tras desnudarse, se vistió únicamente con el pantalón de un pijama negro de Gabriel, de seda brillante, y se tumbó frente a la chimenea del salón.

Como un simple mirón, Gabriel se lo tomó con filosofía; su hermano volvía a superarlo en otra faceta más. Durante varias horas se reafirmó en sus pensamientos, no dudó de que su mujer le reservaba en exclusiva la parte ingrata de la vida de los modelos, enterita para él.

—Perfecto, Jack. Imagina que Gabe es Cora —dijo Claire para picar a Gabriel con la complicidad de su fetiche—. Míralo con deseo.

Jack no pudo reprimir una carcajada viendo un dedo corazón elevado con un disparo de advertencia.

—Me va a ser difícil. —Jack habló entrecortado—. Dile a tu marido que se comporte.

—Su marido está hasta las narices.

—Te noto un poco sensible —comentó Claire antes de apretar los labios.

—Eres muy perspicaz. ¿Queda mucho?

—No, hemos terminado.

Gabriel alzó las cejas, sonrió con ironía y se sentó en el sofá.

—Tienes suerte, hermanito —dijo Gabriel cuando Jack volvió a ponerse su ropa y lo acompañó. Le ofreció una cerveza y comentó—. A mí me ha tenido una hora a la intemperie y ni siquiera me ha hecho una.

—Te lo he dicho muchas veces, soy un triunfador —añadió Jack con un guiño.

—¿Cora está mejor? —preguntó Claire.

—Sí. Es una tontería con la alergia. Iba a venir, pero hasta dentro de un rato no podrá llegar. Está liada preparando una reunión.

—¿Cómo le va? —preguntó Gabriel.

—Muy bien, tiene don de gentes. Lleva algo más de tres meses y su departamento está cumpliendo de sobra con los objetivos. Tenía claro que era capaz de hacerlo.

—Me alegro mucho —dijo Gabriel sonriendo.

Echó el brazo sobre el hombro de Jack y tiró de él con cariño. Siguieron hablando unos minutos mientras Claire recogía y llegó Cora. Se acordó de traer una bandeja del jamón español tan apreciado por su exmarido, que recibió el regalo encantado con un abrazo efusivo y dos besos en cara. Esa confianza no molestó a Jack, más acostumbrado a verlos juntos que Claire; aunque tampoco a ella le importó porque solo vio el mismo entusiasmo que Gabriel solía desplegar con Ethel cuando algo le gustaba demasiado.

Esa noche se alargó hasta la madrugada. Después de cenar, Gabriel necesitó sentir el contacto de Claire y se sentó en el sofá con ella en el regazo, relajada y muerta de risa escuchando los chistes que Jack no dejó de contar, animado por el whisky y con su chófer abstemio al lado.

Luego, recuperada la soledad, Claire dejó una bolsa en el baño con las cosas necesarias para la incursión planteada: la Nikon y el flash de anillo con luz de leds. Se acostaron e hicieron el amor hasta que el Inquisidor cayó derrotado y se durmió. Sin cerrar los ojos, Claire contempló la hibernación de la marmota con un ligero ronquido. Miró el móvil; las cuatro; perfecto. Movió despacio el edredón y se levantó sigilosa de la cama para coger la bolsa tratando de no tropezar entre la penumbra que rodeaba el dormitorio. De vuelta, estudió el encuadre, debía acercarse mucho y era vital para el

éxito tenerlo muy claro. Le gustaba la reacción de la piel de Gabriel, aunque pensando en partes de su cuerpo la que más le motivaba sería declararle una guerra abierta y no tenía esa intención. Lo destapó con mucho cuidado, le cubrió una nalga y se concentró en disparar a destajo unos escasos diez minutos, el tiempo que tardó Gabriel en moverse. Parecía tener frío y la buscó dormido palpando su lado de la cama. Observándolo sin respirar, Claire se mantuvo alerta, ya que si la pescaba in fraganti el abrupto final de la escaramuza estaría cantado. Gabriel volvió a moverse y se quedó boca arriba, enseñándole la otra cara de una anatomía llena de erotismo y testosterona. Ciertamente estaba poniéndoselo muy difícil, pedía a gritos ser inmortalizado en toda su gloria aunque esas fotos nunca vieran la luz. Sonrió maliciosa y no perdió la ocasión.

Aprovechando que Gabriel estaba en una reunión en el Scotia con Jack, Claire llamó a Cora para verse en el apartamento de TriBeCa y realizarle su serie sin ojos curiosos alrededor. Cargada con una pesada bolsa de deporte negra, se bajó del taxi en la puerta de la floristería y entró en el edificio admirando una arquitectura funcional que encajaba con su idea para esas fotos.

—Hola —saludó Cora unos segundos después de que Claire llamara al timbre. Vestía una túnica colorida y llevaba el cabello recogido en un moño—. Acabo de ducharme. Como no sabía cómo querías hacerlas he preferido no arreglarme.

—Estás guapísima —dijo Claire besándola en las mejillas. No mintió ni exageró. Cora era una mujer hermosa y sin maquillaje se apreciaba mejor la suavidad de unas facciones delicadas, el azul limpio de sus ojos o el rojo pálido de unos labios con una marcada forma de corazón en el centro—. Quiero hacerlas desnuda, pero he tenido una idea mientras subía. ¿Podemos ir a la azotea?

—Sí, pero hace mucho frío.

—No te preocupes por eso, es lo de menos.

Escéptica, Cora entornó los ojos, sin embargo no añadió nada observándola sacar el material. En cuanto terminó Claire de preparar la cámara, echó un vistazo al salón y detuvo los ojos en el nuevo cuadro que detectaron.

—Madre mía —exclamó acercándose a la pared—. Es precioso, Cora. ¿De quién es?

—De Janssen, me lo regaló Jack para mi cumpleaños.

—Me encanta —comentó Claire con un gesto satisfecho en la boca—. Me gustaría causar con mis fotografías la misma sensación que

he tenido al verlo.

—Ya lo haces, tienes talento, Claire, nunca lo dudes.

Claire sonrió con timidez, ajena a los pensamientos de Cora, que fluían entre la admiración y la envidia por tener una faceta artística negada para ella. Cuando unos minutos después Claire le explicó dónde quería hacer las fotos casi colapsa y al pedirle uno de los abrigos de Jack consiguió intrigarla de verdad.

Antes de perder la luz del atardecer subieron a la azotea. Claire fue rápida preparando el escenario y más considerada que con Gabriel. Solo le pidió que dejara expuestas algunas partes del cuerpo cuando estuvo lista para disparar, a tiro fijo, sabiendo qué buscaba y encontrando el plano perfecto.

Claire no necesitó decirle nada, la dejó que se apoyara en el muro de ladrillo mientras se movía con soltura alrededor. Cora disfrutó arrebujada oliendo a Jack sin que le pesara el frío. Se acomodó todavía más pensando en su hijo. Y cuando Claire le pidió que se acariciara el vientre; con las ganas que tenía de conocerlo, se emocionó al cerrar los ojos y bajar la cabeza sonriendo. Esa imagen fue la mejor de ella capturada para siempre por Claire.

Jack y Gabriel llegaron al apartamento y se extrañaron al no encontrarlas, pero tampoco les sorprendió demasiado al saber de la sesión. Se sentaron en el sofá, después de que Jack sacara unas cervezas de la nevera y empezaron a ver un partido de béisbol, con aspavientos acompañados de algunas groserías inevitables viendo cómo los Giants iban quedándose atrás en el marcador. No había pasado ni media hora cuando entró Claire cargada con el material, seguida de Cora, que temblaba apretándose el abrigo contra el pecho.

—¿Qué haces vestida con mi ropa? —preguntó Jack.

—Solo llevo esto —respondió pasando de largo—. Voy a cambiarme.

—Hola, cariño. —Claire se dejó caer en las piernas de Gabriel, lo besó rápido en los labios y le quitó la cerveza. Tras darle un trago, dijo—. Hemos subido a la azotea para hacer las fotos. Creo que van a ser las más bonitas.

—Más te vale —comentó Jack, se puso de pie y añadió—: Pedid la cena, voy a ver a Cora.

Jack desapareció por el pasillo.

—¿Cómo ha ido la reunión? —preguntó Claire.

—Bien —murmuró Gabriel, le besó el cuello, ascendiendo peligrosamente con la mano por su costado—. ¿Y a vosotras?

—Perfecto, tengo a los mejores modelos del mundo.

—Me alegro —dijo sonriendo. Se besaron en los labios

despacio, con la cadencia suave de un tiempo sereno. Con otro beso en la punta de la nariz, Gabriel derrochó ternura—. ¿Pedimos italiano?

—Como quieras.

Para Claire no había prisa, tampoco Jack y Cora parecían ansiosos por comer. Escucharon con nitidez algunas carcajadas provenientes del dormitorio que sugerían tardanza asegurada. Con una sonrisilla pícara balanceó las nalgas encima de la entrepierna de Gabriel.

—Compórtate —dijo Gabriel, metiendo la mano por debajo de su jersey—. Van a volver y van a pillarnos liados.

—Aplícate tus consejos.

—No me has dejado otra.

Satisfecha por las caricias de sus manos suaves en la piel, Claire le rodeó el cuello con los brazos para besarlo apasionada dejándose llevar por el deseo hasta que el sonido de la puerta del dormitorio advertía una interrupción inminente y se apartó de golpe. Disimularon al ver a Jack, con unos vaqueros y una camiseta en vez del traje oscuro, y eligieron juntos la cena antes del regreso de Cora para pasar la última velada familiar de esa breve estancia en Nueva York. La próxima sería en febrero, cuando volverían a verse y Claire expondría en solitario por primera vez en MaiSa, donde asumiría un riesgo enorme y, también, cumpliría un caro sueño.

ONCE

San Juan de Terranova, 14-1-13
Terranova y Labrador, Canadá

Claire lo tenía todo organizado con los Drake el día antes del cumpleaños de Gabriel. Llegarían por la tarde para una cena sorpresa. Tanto Ethel como Eloise estaban compinchadas y cansadas de jugar a dos bandos. Además, manejar las últimas noticias que Gabriel les comentó desayunando aquella mañana antes de salir hacia el banco, las dispuso el resto del día a sopesar los riesgos. Decidieron dejarlos a su suerte con esas sorpresas impulsivas. Si bien, conociendo su buena intención, subieron al estudio para quitarse los remordimientos con Claire.

—Claire tenemos que contarte una cosa —dijo Ethel.

—¿Qué pasa?

Cerró el ordenador y las observó alternativamente.

—Nunca hemos tenido esta conversación —advirtió Eloise muy seria—, y vamos a negarla si Gabriel nos pregunta.

—¿Me podéis explicar qué pasa?

—Tiene previsto que esta noche os vayáis a España.

—¡¿Qué?!

Presa del pánico, Claire botó de la silla.

—Lo que oyes —reafirmó Ethel—. Está emocionado. El pobre quiere que celebréis el cumpleaños en Barcelona —explicó, se mordió el labio negando con la cabeza—. Nos ha dejado de piedra, y encima hemos tenido que pasar un rato disimulando.

—Joder. —Claire se desbordó—. Es increíble, para una vez que le organizo una sorpresa, se le ocurre otra cosa. —Paseó intranquila por la habitación, resoplando y mal jurando—. ¿Estaba muy emocionado?

—Como un niño pequeño —dijo Ethel—. Me ha dado mucha pena, pobrecillo.

—Te lo dirá en cuanto llegue —comentó Eloise—. Teóricamente salís a las doce de Quebec.

—¿Y mi equipaje? —preguntó extrañada—. ¿Lo has hecho tú?

—No, él —respondió Eloise—. Lo tiene escondido en la biblioteca de abajo.

—No puede ser verdad.

—Vamos, no te agobies —dijo Ethel—. Llama a su familia y cancélalo.

—¿Sabes lo que ha tenido que liar Sean para poder venir? —preguntó Claire.

—Lo entenderá —dijo Eloise—. Como no os vayáis, va a quedarse hundido.

—Está al llegar. —Ethel se acercó y le tocó el brazo—. Habla con él, a lo mejor prefiere pasar el día con los suyos.

—Pero si se lo digo reviento la sorpresa.

—Y si no, vais a tener una buena —afirmó Ethel—. Pobrecillo…

—Me armaré de paciencia, pero no vamos a irnos. Me lo debería haber consultado, sabe que estoy hasta arriba preparando la exposición, es el peor momento para viajar a Europa.

—Quiere llevarte porque siempre has dicho que querías ir.

—Ya, Elo, pero ahora me viene fatal.

—El pobre…

—¿Quieres dejar de llamarlo pobre? —espetó Claire cansada a Ethel—. Es un incauto.

—Pobrecillo…

Claire se sentó encima de la mesa, mirándolas abatida, escuchó ladrar a *Shu* y pegó un salto.

—Ha llegado. Venga, marchaos —apremió acompañándolas a la puerta—. No os preocupéis, serán solo unas horas malas. Mañana se le habrá olvidado.

Se despidió de ellas en la cocina. Coincidieron con Gabriel en la puerta de la casa, traía un ramo de rosas en la mano y se lo dejó a Eloise para quitarse el abrigo.

—Hola —saludó contento—. Os vais tarde.

—Sí, estábamos acabando unas cosillas —dijo Ethel—. Elo, vamos.

—Toma. —Eloise le devolvió las flores—. Suerte.

—Gracias. —Se inclinó hacia delante y la besó cariñoso en la mejilla, susurrando añadió—: Nos vemos la semana que viene. —Acercándose a Ethel, le dijo con complicidad—. A ti voy a traerte una sorpresita.

—Seguro —afirmó intentando sonreír, loca por quitarse de en medio—. Buen viaje. —Con ironía murmuró—. A ninguna parte.

Gabriel no la entendió, se quitó la chaqueta del traje gris y entró en la cocina remangándose la camisa. En cuanto Claire lo vio, apuró la copa de vino que se había servido, fijándose en el ramo de rosas rojas.

—¿Es para mí?

—Por supuesto.

Se lo ofreció seguido de un beso en los labios. Estaba pletórico, impaciente por desvelarle donde estarían mañana; tenía el impacto asegurado; sabía que iba a hacerla muy feliz. Ajeno al escudo mental que ella estaba preparando, le sujetó las caderas, mirándola a los ojos, y la balanceó suavemente.

—Son preciosas, muchas gracias —dijo Claire, intentó poner distancia, pero no lo consiguió. Gabriel no se separó ni un poco—. ¿Quieres una copa?

—Tengo que decirte una cosa. Sé que va a sorprenderte, pero también te va a encantar. Como mis hermanos no han podido venir, he pensado que una escapada romántica contigo es el mejor sustituto para esa gran decepción.

—Es un detalle, cariño —dijo Claire sonriendo forzada.

—Coge el pasaporte, nos vamos a Barcelona.

—¿Cómo? —«Mierda, qué mal se me da disimular», pensó Claire, añadió rápido—: No puedo.

Gabriel se puso serio y por fin la soltó.

—¿Por qué no? Tenías ganas de ir. Es mi cumpleaños y lo tengo todo reservado. Déjate de excusas.

—No es una excusa. Te estoy diciendo que no puedo. No puedes pedirme que de repente nos vayamos a España.

—¿De verdad estás rechazándome?

—No es un rechazo a ti. No empieces con tonterías. Es un rechazo al viaje, no puedo ir.

—Tengo comprados los billetes, pagada la reserva del hotel, no puedo cancelarlo.

—Puedes aplazarlo.

Gabriel hasta ese preciso instante creía que estaba tomándole el pelo, y asimiló su error empezando a irritarse de verdad.

—No, no puedo aplazarlo —dijo indignado—. Te estoy pidiendo que te vengas conmigo a celebrar mi cumpleaños, si no quieres venir, allá tú. Me voy solo.

—¡No puedes irte solo!

—No me grites.

—Pues deja de decir gilipolleces, ¿cómo vas a irte solo?

—No sería la primera vez.

—Es tu cumpleaños. No puedes irte.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —afirmó rotundo, mirándola duramente.

—Muy bien. Menos irte, lo que quieras.

—Como si te importara.

Salió de la cocina a paso rápido, entró en el dormitorio, cerró de un portazo y rezongó durante muchos minutos dando vueltas sin entender la actitud de Claire; achacando su decisión a la exposición. Todavía estaba a tiempo de llegar al aeropuerto, regresó a la cocina para un último intento.

—¿Tan retrasada vas con las fotos?

Claire bufó agobiada y consiguió terminar de rematarlo sin palabras. Gabriel no añadió nada más, se encerró en la biblioteca y pasó una hora hablando con las dos compañías aéreas y el hotel. Pudo aplazar los billetes de una compañía, los otros los perdió, en el hotel fueron más considerados y se comprometieron a guardarle la reserva tres meses. Luego, se cambió de ropa, cogió la correa de *Shu* y pasó por la cocina ignorando a Claire, que preparaba la cena con un desasosiego mayor que el de él.

En cuanto Claire terminó, decidió hacerse perdonar usando todas sus armas. Después de una ducha, se puso un camisón negro, muy corto, sin ropa interior; preparó la mesa pequeña del salón frente a la chimenea con dos velas y puso un nocturno de Chopin que envolvió la casa de romanticismo. Poco más tarde, regresó Gabriel todavía con un cabreo considerable. No quiso reparar ni en la cocina, donde Claire servía los platos, ni en el salón, por donde pasó de largo hasta el dormitorio. Bastante preocupada por esa indiferencia, Claire apiló fuerzas, dispuesta a ser muy condescendiente. Abrió la puerta y lo encontró sentado en el sillón, con *Shu* a sus pies, contemplando la nieve caer en el jardín.

—La cena está en la mesa.

—No tengo hambre, gracias.

No la miró al hablar. Claire se acercó despacio, pero antes de que pudiera sentarse en su regazo, Gabriel se levantó como un resorte y se dirigió a la escalera.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo Claire seria, yendo a su encuentro. Gabriel frunció los labios, le echó un vistazo rápido de arriba abajo y volvió a los ojos—. ¿Confías en mí?

Durante unos segundos la observó sin mover un músculo.

—Sabes que sí.

—Estupendo. —Claire se acercó más, recorrió con las manos su pecho y las colocó en su nuca, a pocos centímetros de sus labios, habló en un susurro—. Sigue haciéndolo, por favor. Iremos a Barcelona en otra ocasión, pero ahora no es el momento, y no tiene que ver con la exposición ni con nada relacionado con mi curso —explicó con ternura, lo besó en los labios—. Dame un poquito de

confianza.

Gabriel estaba realmente confuso, suspiró incómodo y bajó un instante los párpados asintiendo.

—Creía que iba a darte la sorpresa del siglo.

—Y me la has dado, cariño.

Claire sujetó su mano para regresar al salón. Cenaron uno de los platos preferidos de Gabriel y charlaron distraídos; aunque ella fue consciente de su esfuerzo por ser considerado. Con esa actitud logró clavarse un poco más en su corazón, ya rendido al hombre tranquilo y elegante que amaba por encima de cualquier cosa. Gabriel era su mayor tesoro, el que quería conservar para devolverle pequeños retazos de la alegría que incesante tenía para ella.

Esperó paciente a las doce de la noche con intención de terminar el día en el dormitorio dándole los regalos que compró en Nueva York: un estuche de madera, donde había un abrecartas de plata con su nombre grabado a juego con un pluma estilográfica, una corbata negra con dos franjas rojas de uno de sus diseñadores favoritos y un frasco de *Aventus*, para reponer existencias. Cuando recibió Gabriel los regalos, apreció el detalle y se olvidó del viaje. Nunca podía enfadarse con su mujer durante mucho tiempo. Quizá porque sabía cuánto había sufrido, o porque sentía una conexión con ella superior a lógicas o razones, se veía incapaz de no ceder para amarla sin miramientos. Claire se meció en la cama entre sus brazos, entregada a él con una fuerza tan apasionada como el fulgor de esas auroras que inundaban de misterio las noches invernales. Aquellos verdes extasiados de sus ojos iluminaban su vida y escarbaban en su alma para dejarle rozar la eternidad con magia y gloriosa lujuria llena de luz y oscuridad. Claire podía vagar en el infierno, afortunadamente cada vez más lejano, pero andaría con él, de su mano, tal como hacía desde que se conocieron y, por su parte, como harían hasta el final.

Al despertar, Claire estaba de pie cerca del ventanal. Gabriel la observó adormilado, se incorporó y sonriendo se tapó la entrepierna con el edredón para ocultar la erección matutina que todos los días tenía el placer de visitarlo, máxime si veía el cuerpo semidesnudo que lo hacía reaccionar sin contacto.

—Ven.

—Buenos días, mi amor —dijo Claire, se sentó en el borde de la cama—. Felicidades.

Acarició el rostro áspero de Gabriel y fundió sus alientos en un fuego que empezó a abrasarlos hasta verse con el cuerpo

imponente del Inquisidor encima del suyo, preparado para invadirla en una batalla donde los disparos eran besos y las emboscadas suaves incursiones de unas manos habilidosas. Sin mediar palabra, el pene intrépido de Gabriel fue directo hacia el mejor escondite que conocía. Entró como una flecha por derecho mientras jugaba con la lengua en los senos de Claire. Certero, siempre generoso y sin olvidar ni por un segundo ser tierno volvió a darle un orgasmo antes de tener el suyo.

Atento, Gabriel escuchó a las Friars hablando, tapó con una mano la boca de Claire, que abrió los ojos de par en par, y se apartó sonriendo divertido.

—Espero que Elo llame a la puerta —comentó, saliendo de la cama.

—¿Qué más te da? —preguntó Claire, recorrió su cuerpo recio con una mirada hambrienta y habló sonriente—. Sumarías otra ferviente admiradora.

—Muy simpática, veremos con qué me sorprendes en tu próxima exposición.

—Ya lo verás —dijo algo irónica—. ¿Tienes que salir?

—No tengo que ir al banco porque iba a cogerme diez días, pero ya que no vamos a irnos, había pensado ir un rato ¿por qué? ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—No, qué va —respondió, viendo el cielo abierto—. Haz lo que tengas que hacer, mientras llegues puntual para comer, no hay problema.

Gabriel se paró en la puerta del baño, mirándola con un ojo entrecerrado.

—¿Estás tramando algo?

Claire intentó ser convincente, pero su marido la tenía calada, así que optó por darle donde sabía que se molestaba.

—No, tengo que ir a la escuela un rato y después a la parroquia, no puedo dejarlo.

—Procura no volver a tener ningún accidente, llevas liada desde agosto con Sean y no ha servido de nada.

—No estaba de acuerdo con la versión del otro conductor, lo sabes, así que no empieces.

—Puedo entenderte porque sé que eres una cabezona, pero Sean está sorprendiéndome al seguirte el juego. Hiciste una maniobra ilegal, invadiste otro carril y te llevaste por delante al otro coche, no sé qué habéis intentado justificar, está más claro que el agua que eres la responsable.

—Gracias por el apoyo, menos mal que no eres mi abogado.

—De nada, y has tenido suerte con el blandengue de tu

abogado, otro no se habría tomado la molestia de representarte.

—Sí, es una suerte que haya algún Drake con corazón.

—No te quejes, los demás nos hemos centrado en otra parte que también late.

—¿No me digas? —preguntó observando la de él, hasta ese instante bastante lacia, aunque empezaba a recuperarse—. Será mejor que te duches y guardes fuerzas para esta tarde.

—Dalo por hecho.

Con una visión sugerente de la espalda ancha que se estrechaba en la cintura y acababa en unas nalgas tersas apetecibles, Claire salió de la cama, pensando en la llegada masiva desde el aeropuerto de su familia al completo, incluidos Cora y Jack tras pasar la noche anterior en Quebec.

A media mañana los Drake tomaron posesión de la primera planta. En cuanto Claire les dio a elegir los dormitorios, percibió a Jack haciéndose el despistado hablando con Cora; aunque no le dio mayor importancia, ya que no solía apartarse de su lado prodigándole constantes muestras de afecto. John y Elizabeth dejaron los equipajes en la Suroeste, Claire ofreció la Oeste a Sean, donde montó la cuna plegable de Ophie a la vez que Elaine sacaba las prendas de las maletas, y Jack ocupó con Cora la habitación Este al otro extremo de la escalera.

Luego, dieron una vuelta por la casa y se escondieron en la biblioteca, no sin antes admirar muertos de risa la fotografía que decoraba la única pared libre de estanterías. También, como detalle, Ethel preparó otro de sus menús infalibles: sopa de pollo con huevo duro, pata de cordero al horno y, por supuesto, varios platos de embutido español y el Ribera del Duero que el Inquisidor siempre tenía de sobra.

Puntual, llegó Gabriel al mediodía. Claire bajó a recibirlo mientras los demás trataban de pasar desapercibidos ocultos en la biblioteca-despacho de la primera planta.

—¿Cómo te ha ido la mañana?

—Bien —respondió torciendo una sonrisa—. Como siempre. —Gabriel le dio un beso corto en los labios y entraron en la cocina. Aunque no había rastro de Ethel, el inconfundible aroma detectado por su olfato bastó para abrirle el apetito y alegrar su ánimo, algo inestable pese al esfuerzo que hacía por olvidar la desilusión del viaje —. ¿Y por aquí?

—Sin novedades, he estado liada con las fotos —dijo alegre

—. ¿Quieres verlas?

—¿Vas a enseñármelas? —Sorprendido, se acercó y la sostuvo por la cintura—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, pletórica.

Claire pasó una mano cariñosa por su rostro bien afeitado y le besó los labios dejándose embaucar entre la solidez de sus brazos, que parecían cadenas de acero tan suaves como la seda, y su lengua juguetona, siempre insaciable y complaciente. Durante los segundos que duró ese beso, Gabriel volvió a ser feliz rodeando a su sueño, hasta que se apartó y le sujetó la mano.

Tirando de él, Claire cogió la cámara, preparada encima de la mesa, y subieron a la planta alta. Cuando llegaron a la puerta de la biblioteca, Claire habló de nuevo:

—Dame un minuto —dijo rápido.

Con intención de poder fotografiarlo de frente, abrió la puerta lo justo para entrar de lado.

Gabriel no entendió un portazo en sus narices ni un comportamiento infantil bastante raro, aunque esperó resignado hasta cansarse. Sin embargo, cuando Claire le invitó a entrar y vio a su familia abalanzarse contra él, no supo ocultar toda la alegría que sintió. Claire consiguió sorprenderlo de verdad, aparte de emocionarlo a la vez que se hartaba de capturarlo en una amplia variedad de gestos afectivos y simpáticos. En aquel momento, ella tuvo la certeza de haber compensando con creces el sabotaje de la escapada española, Gabriel estaba inmenso y, solo por eso, todo merecía la pena.

Tras bajar al salón, comieron entre bromas y conversaciones distendidas, que se tornaron en burlonas pullas cuando Jack puso el vídeo hecho a base de imágenes cómicas del homenajeado. Incluso salió varias veces en paños menores; si bien, no se avergonzó y compartió unas carcajadas que resonaban entre la madera para inundar de buenas vibraciones esa casa donde casi siempre solo se respiraba tranquilidad.

Claire sacó poco más tarde una tarta con treinta y seis velas, las encendió cuando apagaron las luces y, en sincronía, cantaron el *Cumpleaños Feliz*. Gabriel solo pidió un deseo, aunque para ella fue un secreto a voces. Eso sí, no superaron los gritos de Ophie siguiendo las instrucciones de su abuelo. Secundada por *Shu*, se acercó a su padrino con una bolsita pequeña. Bajo la mirada expectante de Elizabeth y las sonrisas del resto, Gabriel recibió en cuclillas la ofrenda y desenvolvió con cuidado el papel rojo de una caja estrecha y alargada. Dentro había un reloj de pulsera antiguo; de cuerda; con una correa de piel negra; la esfera de plata; y una rosa de los vientos dorada bajo las

agujas.

—Menudo detalle —comentó con un gesto de admiración en los labios. La restauración le había devuelto el brillo y cumplía sobradamente con sus gustos; era clásico, elegante y artesano. Le dio la vuelta y leyó: «*JD, 1928*»—. ¿Era del abuelo John?

—Sí —respondió Elizabeth—. Lo encontramos hace unas semanas y lo llevamos a un relojero para que lo arreglara. Nos hizo mucha gracia; debía ser tuyo.

Claire lo contempló tan sorprendida como Gabriel, sonrió y dijo jocosa:

—Si ahora me decís que estáis emparentados con *sir* Francis Drake, os juro que colapso aquí mismo.

—No creo. —John rió alegre—. Pero cosas más raras se han visto. Ese reloj era de mi padre, se lo regaló el suyo y ha estado arrumbado en un cajón desde que murió.

A Gabriel le faltó tiempo para quitarse el que llevaba y ponérselo antes de recibir por parte de sus hermanos más regalos conjuntos, sorprendentes y prácticos: un nuevo iPad de nueve pulgadas, con la inscripción «*De Drako, 15-1-13*», grabada detrás, una bufanda gris y beige de cachemir, unos guantes negros de piel y un tarro de *Portrait* que nada más olerlo le gustó por una frescura agradable y arrancó comentarios sobre su mal disimulada coquetería, además de un guiño cómplice de Cora como artífice de la idea.

Aquella noche, cuando casi todos andaban de arriba para abajo o sentados delante de la chimenea después de cenar, Sean aprovechó la soledad momentánea de Claire en la cocina y trataron el tema que a los dos estaba agobiando por diferentes motivos. Para el abogado suponía invertir un tiempo que sacaba de sus horas de descanso y para Claire porque empezaba a intrigarla sobremanera.

—No sé, Sean, sigue extrañándome que Alexei perdiera el contacto con el abuelo. Estamos basándonos en las cartas que le envió a Iris y en los listados de pasajeros de los barcos, o en las tripulaciones, pero… ¿Y si no fue necesario que viajara porque ya estaba aquí?

—Explícate, porque te juro que esto está quitándome el sueño.

—Pudo volver enrolado en algún pesquero, pudo cambiarse el nombre como hizo su hermana o trasladarse a cualquier país del mundo.

—Sí, y también pudo morir en algún naufragio, en estas

costas eran muy frecuentes.

—No quiero pensarlo, prefiero que nos centremos en buscarlo según la información contrastada que tenemos. La última entrada de Alexei a Inglaterra es de 1946. Por mucho que conociera a Margaret no pudo tener nada con ella, era una niña. Se queda embarazada en el 52, con dieciséis, por lo que podemos suponer que como mínimo durante ese año mantuvieron relaciones sexuales, y lo más lógico es que nadie supiera nada, al menos de la familia Clainston.

—No lo sabemos, y ten en cuenta que los padres la tendrían vigilada.

—Sean, pasan seis años desde que vuelve Alexei hasta que Margaret se queda embarazada. Con seguridad los Clainston tuvieron que conocerlo, iría de vez en cuando a su casa para recoger a Iris, incluso pudo trabajar también para ellos. No creo que al regresar viviera del dinero que ganó en Terranova, debió ejercer su profesión —habló convencida—. Cada artista tiene su impronta, todos. Es relativamente sencillo diferenciarlos. Deberíamos buscar trabajos importantes de ebanistería en Europa. Dudo que lo dejara. En mi casa se nota la dedicación, el esmero, es imposible que abandonara.

—¿Estás segura de que hizo la carpintería en tu casa?

—Creo que sí, pero déjame que busque trabajos importantes en iglesias o en casas insignes de la época para compararlos con los muebles que tenemos. Alexei era bueno, pudo codearse con lo mejorcito de la sociedad.

—Seguirle el rastro durante esos años será complicado, Claire. ¿Crees de verdad que trabajó en Europa? ¿No estarás pensando que trabajó para Gaudí?

—No, es imposible; todas las obras de Gaudí son anteriores a su nacimiento; pero pudo colaborar con otros arquitectos. Me decanto porque trabajara en Francia, sería lo más cómodo para él desde Inglaterra. Intentaré mirar obras en París de esos años. Creo que si me centro en el art-nouveau quizá encuentre algo.

—Vale, pues yo comprobaré los registros civiles por si se cambió el nombre y la nacionalidad.

—Búscalo por aquí. Dudo mucho que se desentendiera de mi padre. No sabemos si cesó la comunicación por escrito con mi abuelo porque no les hizo falta, es posible que se vieran con frecuencia.

—¿No recuerdas a ningún amigo de tu abuelo?

—Hablaré con Harry, vive en esta calle, a lo mejor tenemos suerte con él.

—Por intentarlo no perdemos nada y si ganamos tiempo a mí me viene de lujo.

—Sé que te gusta investigar y te estoy muy agradecida, pero no te agobies; tu trabajo está antes.

—No te preocupes por mí, suelo estresarme solo. Entre poner en marcha el nuevo despacho, supervisar el de Nueva York y la casa hasta dentro de unos meses no podré relajarme.

—Tómatelo con calma, la casa os ha quedado genial y poco a poco tendrás que ir delegando en los despachos.

—Eso espero. ¿Cómo lleva Gabe el tema de los niños?

—El mes que viene tiene cita con el urólogo, no solemos hablarlo, pero desde que sabe que empiezo en la parroquia me da la impresión de que está algo molesto.

—¿Por qué? Es parte de la pena que debes cumplir.

—Está enfadado porque no admitimos la responsabilidad del accidente, incluso me dijo que no entendía cómo estabas siguiéndome el juego.

—No íbamos a consentir que intentara achacarte a ti toda la reparación de su vehículo cuando teníamos el atestado de la policía, ni a pagarle una baja laboral por lesiones cuando presentó el parte dos semanas después del accidente. Gabe puede pensar lo que quiera, pero no me gustan los listillos que intentan sacar la máxima tajada de todo. Pagaste la multa, tu seguro se hizo cargo de su reparación, hemos admitido la imprudencia y vas a realizar las horas de servicio a la comunidad, con esto terminamos. No es nuestra responsabilidad que algunas cosas se dilaten.

—Ya sabes cómo es cuando quiere.

—Por eso te digo —dijo Sean despreocupado, colocó una mano en su hombro—. No le hagas caso.

Algo más relajados, se reunieron en el salón con los demás hasta que Ophie empezó a acusar el cansancio y se retiró con sus padres a la habitación Oeste. Los abuelos poco después también dieron por concluida la velada y en pocos minutos volvió al Boreal el silencio, solo roto de vez en cuando por el silbido constante del viento que traía más nieve para arremolinarla alrededor de los sólidos muros o en las copas de los árboles donde apenas duraban pocos segundos.

Tumbado en la cama, Jack contempló la redondez del cuerpo de Cora cuando salió del baño solo con el sujetador y las braguitas. Pese a la noche tan desagradable que se intuía en el exterior, Jack sintió arder la sangre cada día más enamorado e impaciente por tener a Ethan con ellos. Todavía faltaban unos meses, pero conociéndose sabía que iban a hacérsele eternos. Cora destapó el edredón, se tendió a su lado y movió el cuerpo para acomodarse.

—¿Estás cansada?

Jack recorrió con una mano lenta la curva de su vientre.

—Un poco, llevamos en danza desde el amanecer.

—Descansa —dijo razonable, dándole un beso suave en los labios—. Mañana nos lo tomaremos de relax.

—Tenías razón, la casa es preciosa. Me gusta mucho.

—Y a mí, pero la nuestra tampoco está mal.

—La nuestra es la mejor —susurró dándole un besito en el mentón, sonrió al elevar la vista y añadió—. Hoy hemos hecho feliz a Gabe, estaba como loco.

—Sí, nos ha costado lo nuestro.

Cora apoyó la cabeza en el pecho de Jack, escuchó latir un corazón sereno acompasado al de ella, viviendo la etapa que había soñado tantas veces pero nunca creyó posible, y se vio embargada por la emoción con lágrimas de felicidad.

—Te quiero, me haces muy feliz.

—¿Qué te pasa? —preguntó sosteniéndole la barbilla—. Tú también me haces muy feliz.

—A veces tengo miedo por la velocidad con la que han sucedido las cosas, hasta hace unos meses había descartado estar así contigo y ahora no sé por qué tengo un nudo en la garganta que me angustia. Estoy muy asustada, cariño. No sé si serán las hormonas, pero conforme siento crecer al niño me preocupo más.

—Todo está bien —susurró y esbozó una sonrisa—. A mí también me preocupa el parto, pero es normal. He hablado con mi padre, y dice que cuando nacimos estuvo a punto de un infarto varias veces. Supongo que es algo natural, intenta no pensarlo.

En la habitación Suroeste, John abrazó a Elizabeth con ternura y vagó con los dedos de una mano bien extendida desde la cintura hasta sus pechos, sintiendo la tibieza de su piel.

Mirándolo a los ojos, Elizabeth acarició con suavidad su espalda, contemplando el paso del tiempo en su rostro. Tenía arrugas alrededor de los ojos, varias cicatrices que se camuflaban en su piel curtida y el cabello plateado le cubría por completo la cabeza; aun así, sentía el mismo amor profundo que los unió siendo estudiantes, el enamoramiento de unos recién casados cuando estaban en el ocaso de sus vidas. Aunque, quizá, gracias a todos los años perdidos podían disfrutarse con la avidez de una constante luna de miel. Recorrió con las yemas de los dedos el contorno de los ojos turquesas que nunca se cansaban de regalarle miradas llenas de deseo y el perfil de una boca que solo sabía dedicarle halagos y, cuando besó, volvió a cautivarla

con la esencia del único hombre capaz de darle las estrellas, arrastrarla a un abismo de oscuridad y devolverla al cielo.

—No sé qué haces, pero cada día estás más guapa.

—Amarte —murmuró—. No sabes lo feliz que soy cuando estamos todos juntos.

—Lo sé, mi amor, porque lo siento igual que tú.

—Tengo ganas de que Gabe también tenga un hijo, me daría mucha pena si no pudiera tenerlo. Hoy lo he visto con Ophie y he estado a punto de echarme a llorar, se le notan las ganas. Ninguno le preguntamos por no molestarlo, pero no sé si deberíamos hacerlo, parece como si no nos importara.

—Dale algo más de tiempo, no llevan ni un año buscándolo, ya llegará.

—Me he dado cuenta cómo miraba a Cora —dijo Elizabeth un poco emocionada—, sé que se llevan bien y no hay ningún problema entre Jack y él, y te juro que estoy muy orgullosa de ellos porque no es fácil asumir todo lo que han pasado en poco tiempo, pero me gustaría que nuestros hijos sean felices y Gabe no lo será si no puede ser padre.

—Escúchame, Beth, Gabe tendrá sus hijos, igual que Sean o Jack, cada persona necesita su tiempo, lo más importante es que está sano y no tiene ningún problema para no tenerlos. Hazme caso y no te preocupes por él, tiene buena genética.

—¿Cómo la tuya o la mía? —preguntó alejando su inquietud para bromear con el seductor arrogante que John podía ser si pretendía hacerla reír—. Porque estás siempre preparado para un buen asalto.

Confirmó esas palabras tocando un miembro que empezaba a endurecerse.

—No voy a negarlo ni tampoco a desaprovecharlo. Nunca se sabe hasta cuándo me durará la batería.

—De momento está bien cargada.

—¿Lo comprobamos?

—Si es una petición, sí. Si es un desafío, también.

A unos metros de ese dormitorio, Elaine se acurrucó en los brazos de Sean, adormilado tras una exhibición del poderío Drake. Estaba a punto de caer como Ophie cuando unas risas anunciaron las andanzas de los abuelos en otro buen rato de pasión desmedida, conocida sobradamente por los dos. Compartió una mirada sorprendida con Sean, que pasó a atemorizada al entender que

tardarían en acabar.

—La madre que lo parió —dijo Sean incorporándose—. Te lo juro, Ellie, no lo aguanto, ¿es que no pueden reprimirse unos días?

—Me temo que no. Mañana le decimos a Claire que nos cambie el dormitorio. Jack y Cora han tenido más suerte.

—No ha sido suerte, Jack ha esperado a que ellos eligieran para optar por la Este, es muy listo. Se han ido al otro lado y nos han dejado con el marrón, como siempre.

—Aunque son un incordio —dijo Elaine, escuchando unos gemidos que se le metían en el cerebro y anulaban todo lo demás—, tengo que reconocerles el mérito. Me gustaría llegar a su edad con la misma pasión; es muy raro, cariño. Mira mis padres, creo que no echan un polvo desde hace varias décadas.

—No te lo discuto. —Sean resopló, giró el cuerpo y la apretó al suyo—. Y ten por seguro que vamos a llegar a su edad como ellos.

—Un poco más discretos no me viene mal.

Sean rió al escucharla, admitiendo esa verdad abrumadora, pensando en que algún su hija sintiera el bochorno que ellos pasaban. Con el sueño por llegar en cuanto dieran por finalizada otra sesión de sexo, optaron por seguir su buen y sano ejemplo para sucumbir y acallar con sus propios sonidos a unos vecinos tan admirados como condenados.

En el dormitorio de la planta baja, Gabriel atizó la chimenea mientras Claire daba una vuelta de reconocimiento por el salón. Al entrar, sonrió con un brillo malicioso en los ojos y empezó a desnudarse consciente de que estaba provocándolo. En ropa interior se metió en el baño para lavarse los dientes, pero no llegó a abrir la pasta cuando el Inquisidor la apresó entre el lavabo y su corpulencia.

—Gracias —ronroneó Gabriel besándole el cuello, recorrió con las manos su vientre—. Ha sido mi mejor cumpleaños.

—De nada. Si eres feliz yo lo soy.

—Perdóname por haber sido tan borde con el viaje.

—Te perdoné ayer —murmuró Claire, se giró y le acarició el pecho hasta dejar los brazos alrededor de su cuello—. Pero no me importa perdonarte hoy también.

—Voy a ser muy bueno.

Gabriel sujetó sus nalgas y no se cortó al refregarse insolente para que apreciara la magnitud de su miembro. Apremiados por las ganas de hacer el amor, cayeron en la cama con tanta violencia que rebotaron. El inesperado salto desató unas carcajadas escandalosas,

luego, unos gemidos involuntarios cuando —con pocos preámbulos— se mecieron en un baile de caderas, piernas y manos. Ajenos a sus invitados, se desataron en un frenesí insaciable, convirtiendo aquella noche desapacible en un vendaval de caricias ardientes como imanes de fuego al encajar y repeler sus fuerzas, rozaban el éxtasis para alejarse y volver a tocarlo. Así estuvieron un rato hasta rendirse a la paz absoluta de otro orgasmo y del sueño sereno que llegó arrullado por el viento, sin pesadillas ni turbios recuerdos.

DOCE

San Juan de Terranova, 21-1-13
Terranova y Labrador, Canadá

Recordando la despedida del día anterior de los Drake, donde primó la diversión, Claire no reprimió sonreír camino del edificio destinado a obras sociales que tenía la parroquia a pocas calles de la catedral. Pese al frío polar, nada propenso al humor, y la ligera capa de nieve que pronto sería densa y dificultaría andar, sin acelerar el paso, solo pensó en los momentos tan gratos de esa corta estancia en su casa. Ciertamente en pleno invierno era cuando más podía sentirse el aislamiento y la soledad de Terranova; sin embargo, acompañada por la familia de Gabriel, Claire vivió repleta de afecto y complicidad; incluyendo la deserción de dormitorio por parte de Sean y Elaine, sin remorder un mínimo las conciencias de Elizabeth ni John cuando se vieron a sus anchas; las locas persecuciones entre Ophie y *Shu*, sin bajas decorativas; o la cantidad de nuevo material fotográfico a su disposición gracias a ellos.

En ese corto trayecto apenas se cruzó con nadie aunque no había anochecido, solo con tres personas saliendo de algunos negocios para perderse rápido dentro de sus vehículos. Unos metros antes de llegar, vio a Gallagher bajar del coche y entrar corriendo al mismo edificio donde ella iba. Desde que Marion se interesó por su trabajo en noviembre, notó el distanciamiento del profesor y no supo si estaba molesto porque era la alumna que más faltaba a sus clases o porque contaba con el apoyo de Marion. No sabía a qué achacar esa actitud, pero lograba sentirse un poco excluida en la escuela.

Las voces infantiles que percibió Claire al entrar guiaron sus pasos hasta el final de un pasillo con varias puertas. Abrió sin llamar una de ellas y durante unos segundos no se movió del umbral. En cinco mesas bajas y redondas abarrotadas de lápices, acuarelas, ceras y hojas de colores, barras de pegamento, tijeras y cuadernos de diferentes tamaños había niños alrededor atareados mientras hacían manualidades, distraídos hablando y riendo.

Ryan, que recortaba una cartulina roja para ayudar a una niña, levantó la vista y la observó serio antes de que una mujer de mediana edad, con un rostro agraciado, bien conservado, y una sonrisa agradable, se acercara diligente.

—Hola, soy Jane —saludó tendiéndole la mano—, usted debe

ser Claire.

—Sí, encantada.

—El padre Michael me dijo que empezaba hoy. Acompáñeme y le explico qué estamos haciendo.

Atento, Ryan siguió con los ojos el recorrido de Claire por el salón, pero no hizo ningún ademán por saludarla. En pocos minutos se quedó sola con cinco niños de entre siete y ocho años, que preguntaron curiosos por qué estaba allí y hasta cuándo seguiría yendo. No tuvo más remedio que maquillar los motivos, aunque no mintió al decirles que era posible, si se portaban bien, alargar sus visitas de forma indefinida. Al cabo de un rato estaba totalmente integrada, ayudándoles también a recortar cartulinas de colores para hacer un collage con las fotos que Gallagher preparaba con los niños de su mesa.

Claire se centró en seguir las bromas y las ocurrencias de algunos. La mayoría de esos niños vivían en sus casas circunstancias adversas, pero allí podían olvidarlas durante un rato rodeados de confort y de la dedicación altruista de monitores, voluntarios o ciudadanos como ella con deudas pendientes con la Justicia.

Cuando pasaron dos horas y terminó el tiempo de Claire, se despidió con muchos besos y el abrazo cariñoso de Tim Murphy, uno de los niños más inquietos. Tenía la cara muy pálida llena de pecas, el pelo pelirrojo, y una sonrisa alegre que dejaba entrever varias mellas en las encías dándole un aspecto granuja que la conquistó desde el minuto cero.

—¿Vendrás el miércoles? —preguntó Tim.

—Ya te he dicho que sí. —Claire alborotó el cabello del niño, sonrió poniéndose el abrigo y, al no verle intención de irse, preguntó intrigada—. ¿Vienen a recogerte?

—Sí, mi abuelo, pero más tarde. Vivimos solos —explicó risueño—, trabaja en la refinería.

Mirándolo a los ojos, Claire asintió, pensando en que Tim era afortunado por tener a alguien; otros estaban totalmente desamparados.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Ryan en cuanto Tim volvió con los compañeros que tampoco se iban.

—No, gracias.

Claire se colocó la bufanda y el gorro, sin intención de añadir nada.

—Me viene de camino.

—No te preocupes —respondió amagando una sonrisa. No habían cruzado ninguna palabra y no se sintió cómoda bajo su

observación, parecía enfadado—. Prefiero andar.

—¿Podemos hablar un momento?

El profesor sujetó la puerta por encima de la cabeza de Claire.

—Tengo prisa, mañana nos veremos en la escuela.

Con una leve inclinación de la cabeza, pasó Claire por delante de él y enfiló el pasillo. Justo cuando llegó a la salida, abrió la puerta, pero el contacto de la mano de Ryan en el codo la frenó. Ninguno se percató de dos balas a punto de dispararse desde el todoterreno. Gabriel salió lanzado sin ni siquiera coger el anorak. No acusó la copiosa nieve en el cabello ni en el traje italiano que vestía. Tampoco notó cómo sus zapatos favoritos se le hundían en el suave manto blanco, helado; nada, no percibió más que la tensión de Claire delante del hombre grande y robusto que la sujetaba.

—¿Hablamos mientras te llevo? —insistió Gallagher.

—Te he dicho que no. —Claire miró de soslayo la mano que presionaba su codo con demasiada fuerza, parecía que Ryan Gallagher quisiera imponerle su presencia sin hacerlo abiertamente. No se sentía intimidada y afloró el genio conocido por pocos cuando no usó un tono amable—: Suéltame ahora mismo.

—¡Apártate de mi mujer!

Al escuchar la voz amenazante de Gabriel, los dos giraron la cabeza. Claire vio brillar la furia en sus ojos. Batiendo con fuerza las mandíbulas, Gallagher retiró el brazo de inmediato.

—Cariño, no pasa nada —dijo Claire conciliadora, cogió su mano y añadió—. ¿Nos vamos?

—Espérame en el coche, por favor.

—Estábamos hablando —comentó Gallagher con una sonrisa torcida—. No saques conclusiones erróneas.

—Sacaré lo que me dé la gana —siseó muy bajo demasiado cerca de la cabeza del profesor—. Te lo advertí en Nueva York, pero parece que no fui lo suficientemente claro. No vuelvas a acercarte a mi mujer porque esta es la última conversación que tengo contigo.

Claire nunca había visto a Gabriel tan rabioso, expandía el pecho y bufaba por la nariz. Gallagher le aguantaba la mirada, con los labios apretados, pendiente a cualquier variación en su gesto. Con más brusquedad de la que pretendía, Gabriel sujetó la mano de Claire y tiró de ella hasta el coche andando acelerado. Tuvo el detalle de abrirle la puerta del copiloto, pero sin relajar el gesto, en ese instante tan gélido como el viento que mecía los copos de nieve de un lado a otro para enturbiar de blanco la oscuridad de la noche.

Sin abrir la boca, Gabriel arrancó el coche y se incorporó a la solitaria carretera. Condujo por las pocas calles que los distanciaban

mucho más rápido de lo habitual, ajeno a la cascada de ideas que se precipitaban en la cabeza de Claire y estaban logrando enfadarla por segundos.

En la puerta de la casa, antes de bajar del coche, preguntó:

—¿Qué le advertiste en Nueva York?

—Vamos dentro.

—No, dímelo ahora.

Gabriel sopesó un instante la explicación.

—No quiero verlo cerca de ti. Se lo dije en la exposición, pero parece que no le ha quedado claro.

—No me he asustado —comentó. De inmediato, comprendió la actitud distante de Gallagher en la escuela y la inflexible defensa de su querido marido, cumpliendo la promesa que tantas veces le había hecho. Claire le tocó la pierna. Gabriel relajó ligeramente la tensión en el rostro, esbozó una sonrisa breve y le besó el dorso de la mano. Seducida por esa gentileza, agregó—: Gracias por protegerme.

—Siempre lo haré. Te juro que nadie volverá a hacerte daño nunca más. No me gusta cómo te mira, y no tiene por qué tocarte. Sabes que lo tengo atravesado desde que nos conocimos, puedo sentir sus intenciones, y no voy a darle ni un milímetro de cancha.

—No se ha dirigido a mí en toda la tarde, no sé por qué viene ni voy a preguntárselo, pero en la escuela tengo que tratarlo si quiero aprobar. Había notado que me evitaba desde la primera exposición, pero no imaginaba que mi inquisidor favorito estaba detrás —comentó henchida de satisfacción—. Te quiero, muchísimo.

Una mirada enamorada, una sonrisa preciosa en esos labios seductores que Gabriel deseaba y la calidez de unas manos suaves acariciándole el rostro pusieron fin al encuentro con el profesor, acompañados por un beso romántico muy lento, protegidos del invierno en el coche y con pocas ganas de despegarse para entrar en su hogar.

Por el aparcamiento del Hospital Monte Sinaí, Cora andaba rápido para coger el pequeño Volvo y regresar al apartamento antes que Jack, quien no pudo acompañarla debido a una reunión importante mucho más larga de lo esperado. Iba ensimismada en las buenas noticias del embarazo, recreando en la imaginación las imágenes que había visto de Ethan y ansiando compartirlas con él.

—¿Cordelia?

Después de no escuchar esa voz en varios meses, Cora se volvió inquieta para encontrarse a pocos metros de Michael Lumis tal

y como lo recordaba: altivo, con esa cara que parecía no salir de un enfado permanente y la mirada hostil que no reprimió al repasarle el cuerpo y detenerse en el vientre.

—Hola, Michael ¿cómo estás?

—Muy bien —respondió con una sonrisa cínica. Volvió a bajar la vista hacia la curva prominente de Cora y cuando se dignó a mirarla a los ojos dijo—. Parece que debo felicitarte.

—No hace falta.

—¿Qué Drake te ha hecho el bombo?

—Elije al que quieras de los cuatro. —Cora inclinó la cabeza, negando ligeramente sin ocultar una risa irónica—. No me ofendes porque con cualquiera de ellos tendría un hijo guapísimo.

—Y el futuro asegurado. Siempre he sabido que eras muy lista.

Con un suspiro leve, Cora se armó de paciencia.

—Muchas gracias. Tú tampoco eres tonto, pero ya te dije en su momento que te pierden tus palabras y veo que no has aprendido de los errores.

—¿Errores? —preguntó endureciendo la expresión—. Ni tú ni nadie me llega a la suela de los zapatos, pero está claro que no puedo competir cuando se mezclan las cosas, y tú has sabido montártelo muy bien. Felicidades, Cordelia, aunque me hayas ganado con las piernas abiertas.

—Eres repetitivo, monótono y aburres. Ya que no tenemos nada de qué hablar, agradecería que si otra vez coincidimos tengas el detalle de ignorarme, no me aportas nada positivo y desde hace mucho tiempo decidí prescindir de gente como tú. Que te vaya bien, adiós.

—Me gustaría poder desearte lo mismo, pero no lo siento y no voy a hacerlo.

—No hay problema, tus actos te definen y tus palabras lo confirman.

—Igual que ese hijo confirma lo zorra que eres.

—Cuánta hostilidad —comentó Cora impasible—. Imagino que debe ser duro para ti ver cómo otros somos felices, pero sinceramente tus apreciaciones no me afectan. Tengo lo que quiero mientras tú eres un amargado que no ve más allá de su ombligo. Jódete, Michael, olvídame y procura no volver a cruzarte en mi camino.

—Descuida, no me gusta relacionarme con gentuza como tú o tus amantes.

Sin darle importancia, ya que ni la maldad entiende de

límites ni puede esperarse de un tiburón hambriento que respete a otro ser vivo, Cora abrió el coche y salió hacia TriBeCa en busca del Drake que la había preñado y conseguía hacerla feliz con sus gestos a base de desplegar una incansable ternura o simplemente apaciguando su preocupación e impaciencia conforme se acercaba la hora de conocer al bebé.

En el apartamento, tras cambiarse el vestido por la túnica larga que solía usar, aprovechó la ausencia de Jack para preparar la cena. Buscó en la despensa una botella de vino blanco sin alcohol, llenó un vaso y empezó a cortar el salmón fresco que tenía congelado con intención de prepararlo marinado en una receta sencilla pero muy apreciada por los dos.

Al terminar en la cocina, mientras Cora tomaba una ducha, pensó en la convivencia con Jack. Resultaba toda una experiencia, casi siempre grata, sin estar exenta de momentos complicados ni alguna discusión pasajera; sobre todo, cuando ninguno comprendía ciertas posturas individuales. Jack era igual de obsesivo en casa como en el trabajo, un maniático del orden; en cambio, ella se relajaba. Ese tema ocasionaba unos airados desencuentros que terminaban cuando la señora encargada de la limpieza tres días a la semana llegaba, volvía a dejarlo todo como una patena y era Jack el que se relajaba.

Jack entró hablando por el móvil, dejó el abrigo largo que llevaba en un perchero del vestíbulo y se sorprendió al encontrar la mesa del salón puesta sin rastro de la creadora. En cuanto se acercó, vio una fuente con ensalada, una tabla con varios tipos de quesos cortados formando un abanico, un plato con rodajas de patatas hervidas, anchoas, y una botella de vino blanco español; su favorito; aunque Cora no tomara para conformarse con un sucedáneo que, en un intento loable por acompañarla, él probó y tal como le entró en la garganta asumió nunca repetiría; era preferible beber agua o directamente no hacerlo. Fue al dormitorio quitándose la corbata, luego llegó la chaqueta del traje negro que vestía, los zapatos y los pantalones. En bóxers abrió la puerta del baño.

Recién duchada y con el cuerpo cubierto por una toalla blanca, Cora estaba frente al espejo mirándose concentrada las manos. Jack sonrió cuando ella giró la cabeza y sus ojos coincidieron.

—Hola, nena —saludó dándole un beso en los labios, vio preocupación en su gesto serio y preguntó—. ¿Qué ocurre?

—Mira. —Cora extendió las manos delante de él—. Han empezado a salirme hace unos minutos.

—¿Te pica? —preguntó, levantándole un brazo para acercarlo a la luz que había sobre el lavabo. Observó cientos de puntitos rojos simétricos avanzando hacia los brazos—. Parece una reacción.

—Solo he bebido medio vaso de vino sin alcohol.

—Voy a buscar las pastillas. —Jack salió rápido. Abrió un poco aturrullado uno de los muebles de la cocina y cogió la caja de metilprednisolona que le recetó el doctor Sawyer por si ocurría algo así. Consciente de la contraindicación de esa medicina durante el embarazo, Jack sacó una pastilla y llenó un vaso con agua. De vuelta en el dormitorio, se lo ofreció—. Toma. Y vístete, vamos al hospital.

—No seas aprensivo —dijo Cora, se tomó la pastilla con un buen trago de agua—. Sabíamos que esto podía ocurrir. Vamos a esperar que la pastilla me haga efecto ¿no?

—No —respondió, poniéndose otra vez los pantalones—. Y no voy a discutir contigo. Vístete, por favor.

—Eres un paranoico.

Cora resopló, pero se quitó la toalla y empezó a vestirse con unos leggins beige y un jersey muy amplio y largo de lana blanca. A los pocos minutos llegaron al garaje, se montaron en el DB9 y salieron derrapando hacia el hospital. Para Cora no era necesario, ya que la reacción no estaba aumentando, en cambio, Jack era incapaz de ocultar unos nervios traicioneros que le hacían conducir alocado solo con el objetivo de que alguien entendido alejara sus miedos.

Tras la exploración realizada por uno de los médicos de urgencias, confirmó que otra vez el sistema inmune de Cora trataba de rechazar alguno de los componentes del pseudovino ingerido un rato antes. Como siempre, tampoco supo decirles con exactitud qué sustancia podía desencadenar esa reacción anafiláctica y solo les indicó que volvieran si los síntomas aumentaban.

Algo más relajado, Jack abrió la puerta del apartamento y le cedió el paso a Cora, muy callada durante la vuelta, pensando en cuánto lo amaba, consciente de que era de naturaleza impulsiva y tanto ella como su hijo estaban en lo más alto de sus preocupaciones. Casi se emocionó cuando Jack le ayudó a quitarse el abrigo, sintió la ráfaga de cosquillas de un aliento en el cuello y el calor del cuerpo alto y fuerte que pegó al suyo por detrás. Como si pudiera atravesarla con una batería de rayos turquesas y ver a través de músculos y huesos, Jack la giró y levantó con el pulgar la barbilla femenina, frunciendo el ceño mientras analizaba la humedad que Cora no pretendía dejar salir.

—Siempre te amaré, Jack Drake, con tus virtudes y defectos; no puedo imaginarme sin ti.

—Ni yo, nena —comentó sonriendo—. Estoy loco porque podamos tenerlo con nosotros, porque nos casemos, porque estemos tranquilos los tres juntos. No creas que lo hago por fastidiarte, es solo que a veces no sé controlarme porque me asusta pensar que pueda pasaros algo malo.

—Lo tengo clarísimo. —Cora acercó los labios a los suyos y se besaron con la suavidad de esa calma que estaba estabilizando sus vidas. Dando por concluido el romanticismo, alegre comentó—. Tu hijo tiene hambre.

—Y su papá también.

Otro beso en la frente, una caricia en la barriga y la risotada divertida que Jack soltó al notar la patada del bebé les llevaron derechos a sentarse en la mesa. Charlaron dentro de esa casa que poco a poco se convertía en un hogar e hicieron planes, felices viviendo la dulce espera de un hijo concebido sin rogar y que los dos ansiaban conocer cuando seis meses antes no se atrevieron ni siquiera a desearlo. Y, sin embargo, allí estaban, emocionados con Ethan Drake para formar su familia soñada.

Una mañana a finales de enero, Claire se dispuso con una lupa a buscar en la barandilla de la escalera algún detalle que demostrara la vinculación de Barinov con el movimiento artístico que despuntó en Europa a finales del siglo XIX y principios del XX. Había hecho una lista con algunos nombres de los arquitectos más relevantes y uno en particular trabajó en Londres durante los años que ni ella ni Sean sabían dónde estuvo el ruso. Todas las obras de Josef Hoffman casaban con ese estilo modernista que era el sello de Boreal. El arquitecto estuvo ligado al movimiento *La Secesión*, con Gustav Klimt como máximo representante, con el que se recuperaba la sensualidad, la abstracción hacia formas vegetales difíciles de interpretar o hacia esas contorsiones que convertían cada objeto en una figura llena de vida atrapada entre colores que captaban con rapidez la atención para ir descubriendo la subjetividad del arte en función de los ojos que lo admirasen. Vio columnas como huesos de animales sosteniendo las estructuras que desafiaban la física, diseños fantasiosos de lámparas y muebles donde predominaban insectos o animales mitológicos, y ese gusto por el romanticismo que solo sugería la extrema sensibilidad de los artistas; el mismo que apabullaba cuando algún desconocido entraba por primera vez en su casa.

Fue metódica desde el primer escalón hasta el último, fotografió todos los animales de las bases, las hojas y ramas que se perdían antes de llegar al pasamanos, e incluso, como pudo, trató de obtener imágenes de la lámpara desde todos los ángulos. La mariposa de cristal era la estrella indiscutible del hueco, tenía una gran similitud con algunos de los diseños que Louis Comfort Tiffany realizó años antes de que su abuelo empezara a construir la casa. Las vidrieras de colores que añadían originalidad a las ventanas sin duda estaban inspiradas en esos trabajos; aunque no encontró el nombre del artista que las hizo.

Habló una mañana con su vecino Harry, pero era un niño de siete años cuando su abuelo terminó la obra y no pudo aclararle mucho. De esa conversación solo hubo un dato que la intrigó, Harry recordaba a un joven extranjero, con un acento que podía ser ruso, amigo de Charles, y, al parecer, asiduo a Boreal durante años cuando Harry empezó como aprendiz en *Atlantis Cod Fish*. Esa información desmentía el supuesto desinterés de Alexei Barinov por Chris que tanto ella como Sean habían dado por hecho al morir Iris, también sugería que regresó a Terranova y, si como Harry aseguraba, las visitas a la casa fueron constantes, era probable que no hubiese vivido muy lejos.

Las incógnitas por resolver se le acumularon en la mente, pero no quería presionar a Sean pese a la curiosidad que la apremiaba por conocer la historia de su abuelo biológico, por comprender qué pasó con Margaret Clainston y por averiguar por qué Charles Merritt guardó con tanto celo la adopción de su padre.

Se encerró en el estudio tratando de ignorar el martilleo incesante sobre Alexei; aunque al pasar las fotografías al disco duro del ordenador fue incapaz de no pensar en la sangre que compartían o en el amor por la belleza que también los habría unido. Claire estaba convencida de que toda la carpintería y ebanistería de la casa había sido hecha por él, por eso necesitaba encontrar su impronta; esa pista irrefutable que situara a Alexei Barinov en Boreal Róis. En cambio, tuvo que conformarse con admirar las piezas de madera que sobresalían como un coloso de ébano en un desierto de nácar.

Desmoralizada, dejó de darle vueltas para centrarse en las imágenes de la exposición, hasta que oyó llegar a Gabriel y salió del estudio con ganas de evadirse.

Bajando por la escalera escuchaba la sarta de halagos que a diario Ethel recibía por la comida, entusiastas, desmedidos y, sobre todo, llenos de cariño. Si algo admiraba de Gabriel era la tremenda capacidad que desplegaba para motivar a Ethel, que se crecía y por

complacerlo estaba haciéndose una experta en comida española e incluso se atrevía con el idioma. Por desgracia, ni ella ni Eloise se enteraban de nada y como el Inquisidor solo la animaba ambas creían que avanzaba a pesar de no saberlo a ciencia cierta.

—Hola, cariño —saludó Claire entrando en la cocina. Gabriel dejó la cuchara de madera en la encimera, se giró sonriente y la besó en los labios delante de Ethel sin ninguna vergüenza, tampoco se sació como deseaba—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, en mi línea ascendente.

Ethel enfocó los ojos muy abiertos en un cuerpo atlético y, sonriendo irónica, le preguntó:

—¿La misma que se te empieza a marcar en el estómago?

—¿Tú crees? —Gabriel bajó la cabeza y se pasó la mano por la barriga, palpando concentrado. Alarmado, preguntó—. ¿Estoy engordando?

—Qué va —respondió Claire indiferente, desvió un instante la vista hacia Ethel, reprochándole el comentario. Su marido era un dios, perfecto y con un cuerpo para el vicio, y tenía que creérselo aunque tuviera algunos kilos de más ganados a base de la buena mesa que le privaba—. Estás guapísimo.

—No sé… —Gabriel no se convenció y empezó a tirar de la cinturilla del pantalón, comprobando que se ajustaba más de lo habitual. Bufó de manera infantil, con un gesto abatido en los labios, y añadió—. Tendré que alargar las carreras con *Shu*.

—Supongo —dijo Claire, sacando los cubiertos del cajón para poner la mesa—. Porque dentro de tus planes no está hacer dieta ¿verdad?

—Cariño, por favor, ¿cómo podría? —Gabriel encogió los hombros mientras negaba con la cabeza. Entornando los ojos miró un segundo a Ethel, otro a Claire y agregó—: El día que me ponga a régimen, las tres caéis conmigo; así que más os vale ir compensando los menús para que no lleguemos a ese extremo.

Ante la contundencia de la afirmación, Claire compuso un mohín irónico destinado a Ethel, pensando hasta qué punto tenía calado a Gabriel. No tardaron en sentarse a la mesa ni en olvidar el peso, aunque seguirían su petición y equilibrarían mejor los alimentos para evitarle obsesiones innecesarias. Sería difícil porque sus gustos iban acompañados de calorías, pero como opción sería preferible al martirio de soportarlo en otra caza de brujas; con la economía, Claire daba por satisfecha su experiencia con la Inquisición.

Esa tarde Claire volvió a dedicarse a preparar la exposición y Gabriel aprovechó para trabajar desde la biblioteca de la planta baja. Antes de salir a correr con *Shu*, subió al estudio. La encontró con la mirada perdida delante del ordenador, creyó que ni siquiera lo había oído entrar, se acercó despacio y hasta que no estuvo casi encima no movió los ojos.

—¿Qué miras? —preguntó Gabriel rodeando la mesa.

Tenía en la pantalla imágenes de varios edificios con las fachadas muy llamativas, del estilo de Gaudí; aunque no reconoció ninguno.

—Son algunas de las casas que hizo Hoffmann en Bélgica, Londres y París. Me había puesto con las fotos de la exposición, pero como esta mañana he estado buscando confirmar que Barinov hizo el trabajo de ebanistería me he despistado y he vuelto a las obras en las que podría haber participado durante el tiempo que suponemos estuvo en Europa antes de tener el romance con Margaret.

—¿Crees en serio que pudo relacionarse con Hoffmann? Barinov era un emigrante ruso y posiblemente no tenía contactos para relacionarse con él.

—Si lo dices porque era pobre —habló con un deje molesto—, dudo mucho que fuera una razón ni para Hoffmann ni para cualquier otro gran arquitecto de la época. Ninguno nadó en la abundancia, incluido Gaudí; primaban el arte, las ganas y la dedicación.

—No he querido ofenderlo.

—No lo has hecho —comentó con un matiz triste en la voz. Claire cambió la imagen por la de algunos muebles de madera: una pequeña mesa globo, otra de trabajo con las patas como ramas de un árbol, llegaban al suelo igual que las raíces, y un aparador con una abundante decoración, casi rococó, pero con unas líneas tan sobrias en las tallas que equilibraban ese exceso—. Por las fechas, Barinov no pudo estar en contacto con muchos arquitectos, ten en cuenta que realizar unos muebles así conllevaría meses de trabajo.

—Me recuerdan a los hay en el Park Lane. En el vestíbulo había un secreter muy parecido al de nuestro dormitorio.

Al oírlo, Claire buscó rápido imágenes del hotel, miró a Gabriel con un brillo alegre en los ojos y en pocos segundos dio con Henry Tanner y la construcción después de la guerra del hotel. Se levantó de la silla, cogió la lupa y arrastró al sorprendido inquisidor, destacado por una mente brillante y una memoria fotográfica.

Bajaron juntos al dormitorio a inspeccionar el mueble. Durante minutos no encontró nada hasta que Gabriel lo separó de la

pared y en la esquina inferior derecha aparecieron camufladas por el polvo las iniciales «AB».

Para Claire fue un instante revelador, por fin confirmaba que Barinov había sido el encargado de darle el esplendor que Charles Merrit buscó para ese hogar donde años más tarde crió como suyo al hijo de Alexei y Margaret Clainston. Gabriel miraba concentrado hacia abajo, a las patas. Se agachó y pasó las yemas de los dedos por la madera, por una rama perdida que moría en una voluta con forma de espiral. Se levantó y recorrió con la vista las mesitas de noche. Volvió a ponerse en cuclillas y descubrió exactamente la misma rama. Si bien, dejó de verla para distinguir con claridad una «M». Sin reparar en los ojos asombrados de Claire, salió del dormitorio y comprobó las librerías del salón y la biblioteca de la planta. En las dos remataba las patas con la misma inicial.

—¿Qué has visto?

—El amor de Alexei. —Gabriel sonrió—. Aquí. —Señaló a Claire dónde tenía que mirar, recorrió con el índice la letra y preguntó —. ¿Ves lo mismo que yo?

Claire frunció el ceño.

—No. Explícate.

—Barinov no solo firmaba los muebles, tenías razón, dejó en todos su impronta y estoy convencido de que era un homenaje a Margaret.

Con mucho interés, Claire observó el relieve de esas ramas confundidas con el resto de ornamentación. En poco tiempo repasaron los muebles, animados conforme la «M» aparecía en todos, incluidos los barrotes de la escalera. En cada uno se fue desvelando una impronta olvidada y oculta entre filigranas demasiados años, con demasiado afán por no ser descubierta.

—Voy a llamar a Sean —dijo Claire emocionada—. Gracias, cariño. Es increíble cómo ha pasado desapercibido, te acostumbras a ver las cosas y no eres capaz de ver más allá.

—De nada. —Gabriel la besó en los labios—. Es un placer haberte sido de ayuda. No te enrolles mucho con él, voy a sacar a *Shu* un rato.

Nada más salir Gabriel del estudio, marcó el número de Sean.

—Hola, Claire ¿cómo estáis?

—Muy bien. Tengo la firma de Alexei y un distintivo inconfundible en todos los muebles.

—Me alegro, aunque yo tengo algo mucho mejor —dijo con el matiz suficiente que usaba si estaba contento—. Iba a llamarte más tarde, pero te has adelantado. Con ese hallazgo confirmamos que en el

 estuvo allí y como mínimo mantuvo una relación contractual con tu abuelo. ¿Recuerdas cuándo me dijiste que lo buscara en Terranova a partir del nacimiento de tu padre?

—Claro. Además, sabes lo que me contó Harry. El extranjero que él veía con frecuencia por aquí debió ser él.

—Sí, pero ya no era Alexei Barinov, se nacionalizó canadiense como Alec Barn. El último domicilio que he podido comprobar está a cinco kilómetros de tu casa.

—¿Está vivo? —preguntó con el corazón a punto de salirle por la boca.

—Creo que sí. Al menos no hay constancia de que haya fallecido.

—Sean, puedo conocerlo —dijo Claire en un murmullo—. Quizá lo conozco.

—Apunta su dirección y ve a verlo.

Tras contarle a Gabriel las novedades, comprendió su impaciencia y se ofreció a acompañarla hasta la casa de Alec Barn.

Debido a la oscuridad que a esa hora ya se había apoderado del día, pese a ser poco más de las seis de la tarde, Claire no pudo parar ni un segundo de imaginar cómo sería su abuelo. Al salir de San Juan, Gabriel se preocupó por el silencio que no rompía, pero lo respetó, entendiendo la importancia que tenía para ella conocer al único familiar directo que le quedaba.

Llegando a la dirección, contemplaron una casa algo destartalada. Estaba al final de un estrecho camino, demasiado aislada para que un anciano viviera allí; aunque habían dejado atrás dos más donde vieron luces en el interior.

La inquietud también se apoderó de Gabriel cuando no vio en la casa ningún signo de vida.

—Cariño, es posible que no haya nadie.

—Eso parece —dijo Claire, abrigándose—. Pero necesito comprobarlo.

Gabriel asintió, se colocó un anorak y bajó deprisa del todoterreno. Sujetó la mano de Claire yendo hacia la puerta, andando con dificultad por la nieve acumulada. Compartieron una mirada antes de llamar al timbre. No sonó y Gabriel golpeó la madera con los nudillos. Mientras esperaban solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones al exhalar nubes blancas o el suelo del porche al crujir con el movimiento de sus pies por no quedarse quietos y congelarse. No les hizo falta hablar para concluir que Alexei Barinov no estaba en

casa y regresar al Bronco.

—Si sigue vivo, lo encontraremos —dijo Gabriel, arrancó el motor y volvieron a circular por la carretera—. No te preocupes.

Con una sonrisa breve, Claire asintió.

—¿Por qué no paras en una de esas casas? Quizá sepan dónde está.

En pocos minutos volvieron a bajarse del vehículo frente a una casa de madera no muy grande. Tenía dos focos exteriores iluminando la fachada e indicando que dentro estarían sus propietarios.

Claire llamó al timbre, oyeron ladrar a un perro y, al momento, abrió un hombre corpulento de mediana edad. Era un cliente del banco que Gabriel conocía de vista.

—Hola —saludó Gabriel, extendió la mano con una sonrisa amable. Para su bochorno, no recordaba cómo se llamaba el hombre —. Somos Gabriel y Claire Drake. Disculpe que nos presentemos en su casa, pero queríamos preguntarle por Alec Barn.

El hombre, que en un principio se asustó al ver al director del Scotia, relajó el ceño fruncido y sujetó al perro.

—Pasen, por favor.

Agradecidos por la hospitalidad, entraron y se desprendieron de la ropa de abrigo. El interior tenía un mobiliario anticuado y sencillo. Destacaba la chimenea con un fuego alegre y una pantalla de televisión grande y moderna. El hombre cogió un mando a distancia y anuló el volumen al partido de hockey que le habían interrumpido.

—¿Sabe dónde podríamos encontrar al señor Barn? —preguntó Claire.

—Se fue a una residencia de ancianos la primavera pasada, pero no sé a cuál.

—¿Estaba enfermo? —preguntó Claire.

—Nada grave, los achaques de un hombre con casi noventa años.

—¿Conoció a Charles Merritt? —preguntó curioso Gabriel.

—Claro —respondió de inmediato, fijó unos ojos azules pequeños en Claire y añadió—: ¿No es usted la hija de Chris y Grace?

—Sí. Lo siento, pero a usted no lo recuerdo.

—Soy Michael Farley, trabajé para su abuelo y su padre hasta que cerraron. No tiene por qué disculparse, era una cría y yo no voy mucho a San Juan desde que trabajo en *Hibernia*.

—Es duro estar allí —dijo Gabriel invadido por la imagen de la plataforma, por el accidente que le rompió el tobillo y cambió su vida al conocer a Claire—. ¿Está de descanso?

—Sí, aún me quedan dos semanas. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —respondió Claire—. Tenemos que irnos.

—Siento no haber podido ayudarles más, pero Alec no era dado a relacionarse ni yo tampoco. Pueden hablar con Craig Lyndon, fue el último ayudante que tuvo, suele venir los viernes por la tarde a echar un vistazo al taller.

—Nos ha ayudado —dijo Gabriel sonriendo levemente—. ¿El taller está cerca?

—Sí, detrás de la casa, hay que rodearla para verlo.

—¿Recuerda haber visto a Alec con Charles? —preguntó Gabriel.

—Por supuesto, eran íntimos amigos. Cuando el señor Merritt murió, Alec estuvo bastante tiempo fuera, creo que en Europa. Supongo que se iría para visitar a su familia.

—¿Aquí no tenía? —preguntó Gabriel.

El hombre encogió una nariz prominente y negó moviendo rápido la cabeza.

—Que yo sepa, no. Alec era un solitario, vivía para su trabajo. Era el mejor carpintero que he conocido, muy fino, un perfeccionista. Nunca lo vi con ninguna mujer, pero eso no quiere decir nada, ya les he comentado que era un hombre reservado y yo tampoco soy muy curioso. —Michael miró a Claire con pesar—. En aquella época, cuando murió su abuelo, las cosas ya no iban bien en la factoría y los pocos que quedamos teníamos que hacer muchas horas extras para sacar el trabajo adelante. No sirvió de nada, pero su padre hizo todo lo posible por mantenernos hasta que cerró. Fue una racha muy mala para todos, pero no nos falló ningún mes; era una buena persona y fue un patrón ejemplar.

Gabriel vio cómo se humedecían los ojos de Claire y colocó el brazo en su hombro.

—Gracias, Michael. —Gabriel, estrechó la mano con la suya —. Ha sido muy amable con nosotros.

—Si le digo la verdad, cuando lo he visto me he asustado.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel, poniéndose el anorak mientras Claire también se abrigaba—. ¿Ha creído que venía por algún tema del banco?

Michael inclinó la cabeza sonriendo.

—Lo he pensado un instante.

—Siento el susto —dijo Gabriel, esbozando una sonrisa, tocó el hombro de Michael—. Gracias por todo.

—Adiós, señor Farley.

Claire se despidió con dos sentidos besos en las mejillas,

agradeciendo el grato recuerdo que conservaba de su padre y abuelo. Gabriel presenció la escena algo asombrado, aunque supuso que la nobleza al reconocer el esfuerzo de los Merritt ocasionó un arranque espontaneo, impensable cuando la conoció y que daba fe de su recuperación.

Una vez en el coche, Gabriel esperó unos minutos tras arrancar para entrar en calor y hablar:

—¿Estás bien?

—Hace algunos meses, Sean me dijo que no entendió por qué mi padre aguantó con la factoría si estaba viendo que iba a la quiebra. —Hizo una pausa y tardó unos segundos en continuar—. Acabo de comprender que fue por no despedir a los trabajadores que quedaban. Me pasó lo mismo para seguir con el negocio abierto cuando murió mi madre; la única razón eran los puestos de Luc, Ethel y Eloise.

—Es posible, pero ya es mejor no pensarlo.

—Sé que fue un hombre muy querido por quienes lo conocieron.

—En las palabras de Michael se notaba el respeto y la admiración. Quédate con lo bueno, cariño. Tenemos confirmado que su padre natural y el adoptivo lo quisieron. Alexei casó a su hermana con tu abuelo para tener la garantía de que estaba bien, ha estado aquí durante toda su vida y estoy seguro de que no se habrá ido muy lejos. Vamos a encontrarlo.

—Sí. Intentaré volver el viernes para hablar con Craig Lyndon, lo conozco, y mañana llamaré a las residencias de ancianos de la zona, no creo que haya muchas.

—No lo creo tampoco —comentó echándole un vistazo rápido —. ¿Estás más tranquila?

—Sí, mucho. Una de las cosas que más me preocupaban era que viviera solo siendo tan mayor.

—Ya verás como dentro de unos días puedes conocerlo.

—¿Crees que él me ha conocido? —preguntó refiriéndose a Alexei. Esa incógnita sobrevolaba por su cabeza con un inquietante pesar.

—Sí, Claire, estoy convencido, que sabe de ti está garantizado. Otra cosa es por qué tú no sabes de él. Cuando murió tu padre pudo sincerarse con tu madre, a fin de cuentas, él era la única familia que teníais. Eso es lo que no me cuadra. Entiendo que Alexei tuviera un pacto con tu abuelo y no quisiera traicionarlo, pero al morir tu padre habría sido bueno para vosotras saber que no estabais solas.

—No fueron los mejores años para nosotras. Quizá lo intentó,

pero ten en cuenta que mi madre cerró el negocio y desaparecimos en Nueva York durante varios meses por… el juicio. Si quiso continuar con la relación, no lo tuvo fácil.

—Bueno, de momento, yo estoy satisfecho con él —dijo sonriendo—. Parece un hombre con principios.

—Como tú. —Claire le tocó cariñosa la rodilla—. El mejor hombre que he conocido, el creador de todos mis sueños.

—No exageres, cariño, si quieres que vuelva a posar no hace falta que me hagas la pelota.

—Te prefiero como modelo cuando no posas.

—¿Otra vez me has pillado duchándome?

—No. —Claire negó con vehemencia, pese a ser consciente de que mentía fatal—. No voy a estar haciendo siempre lo mismo. No seas mal pensado.

—Nos conocemos y, por tu cara, me temo lo peor.

Los labios apretados de Claire disimularon la risa que quería explotar y auguraron a Gabriel alguna sorpresa. No supo a qué se enfrentaría, pero decidió seguir confiando en una capacidad artística indiscutible para exhibir su cuerpo salvaguardándole la masculinidad pese a no privarse de insinuarla. Ese precio a pagar por ser un fetiche tenía muy claro que era ínfimo a cambio de la felicidad que sentía a su lado. Claire podía usarlo como quisiera, en honor a la verdad, nunca se lo reprocharía.

TRECE

Nueva York, 25-1-13
Estados Unidos

Tras una reunión que duró más de dos horas, Cora salió de la sala de juntas con el único objetivo de quitarse los zapatos de tacón, ya que tenían habilidad para hincharle los pies si no se movía, organizar la agenda para la próxima semana y salir pitando hacia el apartamento para relajarse con Jack, que debía haber regresado de otro compromiso y estaría esperándola.

Un rato después, aparcó el Volvo en el garaje, al lado del DB9, y subió en el montacargas sin coincidir con nadie, pensando en lo poco que faltaba para cumplir su objetivo. Antes de abrir la puerta escuchó algunas voces en el interior, pero no logró identificarlas; en cambio, en cuanto entró comprendió al instante que ese ansiado descanso no sería posible con sus padres de visita.

Victor Hosborn era un hombre de sesenta y cinco años, con el cabello no muy plagado de canas y una apariencia fría en un cuerpo algo descuidado, pese a vestir un elegante traje oscuro; el azul de unos ojos agrandados por el aumento de sus gafas y la línea tensa que formaron unos labios finos al mirarla advertían que seguía molesto por no haber contraído matrimonio antes del nacimiento de Ethan. Su madre, Angie, tampoco mostró más afinidad; aunque trató de disimular con una expresión amable. Seguía vistiendo con el clasicismo de siempre, ese día, un traje de chaqueta y pantalón beige. Tenía un cuerpo delgado, el pelo rubio corto y unas facciones suaves que quienes las conocían solían comparar.

—Hola —saludó Cora algo cohibida—. Menuda sorpresa.

Jack se acercó con una sonrisa tibia y una mirada piadosa, le besó los labios y acarició su vientre como hacía cada vez que pasaban varias horas sin verse.

—Hola, Cordelia —saludó Victor dándole dos besos en la cara —. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió, abrazó cariñosa a Angie, consciente de que jamás contradeciría cualquier opinión del cabeza de familia—. ¿Por qué no me habéis avisado de que veníais? Habría intentado llegar antes.

—No pasa nada —dijo Angie, desvió un segundo los ojos hacia Jack y añadió—: No llevamos aquí más que unos minutos. Estás

guapísima, cariño.

—¿Hasta cuándo os quedáis?

—Estamos de paso —dijo Victor—, nos vamos el lunes quince días a Aruba.

—Qué bien —exclamó con un gesto de satisfacción en los labios—. ¿Tenéis hotel para este fin de semana?

Al decirlo, notó la presión de los dedos de Jack en la espalda.

—Sí, no te preocupes por nosotros. —Victor habló serio—. No queremos molestar.

—Muy bien. Voy a cambiarme, tardo un minuto —dijo Cora, miró a Jack y comentó de pasada—. Cariño, ¿por qué no abres una botella de vino mientras vuelvo?

—Porque ya les he ofrecido algo de beber, y no quieren nada, y para mí solo prefiero una cerveza.

Aunque el tono de Jack no fue irónico, Cora advirtió su malestar. Salió del salón maldiciendo los dos días que tenía por delante, en medio de los tres sin querer molestar a ninguno. Se sentó en la cama del dormitorio para quitarse los tacones, cuando Jack entró mordiéndose el labio con los ojos entornados.

—No soporto a tu padre.

—Lo sé, cariño. —Cora suspiró, dándole un puntapié a los zapatos. Jack le cogió la mano y la ayudó a levantarse. Se abrazaron unos segundos, antes de darse el beso de bienvenida que deseaban, con sus lenguas danzando ávidas de las esencias de los dos para impregnarse a conciencia—. Espero que no empiecen con sus tonterías.

—Vamos a soportarlos como podamos —dijo Jack, sonrió animoso—. ¿Estás bien?

—Agotada. No veía el momento de llegar para descansar —comentó separándose de él—. Menos mal que no se quedan aquí.

—No me tragan, nena, y saben que es recíproco.

—Lo siento, cariño. —Cora le dio un beso rápido en los labios y sonrió al elegante caballero que era cuando quería—. Si inventas una excusa para irte un rato no voy a molestarme.

—No, están en nuestra casa y puedo manejarlos sin problemas; no te preocupes por mí.

Salieron de la mano hacia el salón. Los Hosborn contemplaban los cuadros con unas miradas que ni Jack ni Cora supieron interpretar, pero tampoco les supuso una gran inquietud porque tenían asumido la extravagancia de algunos, la fuerza de todos y el valor sentimental de uno; el que lograba atrapar a quien supiese admirarlo con los ojos del alma en vez de limitarse a un único sentido.

Aquel mar confuso del Janssen era también etéreo, como gases fluyendo o vapores girando alrededor de una hoguera de agua, tan irreal como mística; solo enredaba el lienzo para conseguir una meditación que ninguno se planteó si alcanzaría a los Hosborn, con saber que la visita finalizaría en breve tuvieron más que de sobra.

Las cosas no estaban yendo como Claire tenía previsto para encontrar a Alexei después de llamar a las cuatro residencias de San Juan y los alrededores. Se desanimó cuando tuvo la lista completa de todas las que había en Terranova: más de treinta. Recordando la conversación con el señor Farley, pensó que Craig Lyndon debía saber cómo localizar a Alexei si había tenido la confianza de dejarle las llaves del taller. Todavía no eran las cuatro de la tarde, tenían una tregua con la nieve y creyó que era la oportunidad perfecta para salir de dudas.

Cuando minutos después llegó, volvió a deprimirse al no encontrar a nadie. Rodeó la casa para descubrir una especie de granero de madera no muy grande. Tenía el portón principal atravesado por un tablón de madera, con varias cadenas y candados; y el tejado estaba lleno de numerosas ventanas, todas tapiadas por fuera. Nada indicaba que Craig Lyndon usase el taller de Alexei; más bien parecía que tratara de mantenerlo intacto o a salvo de actos vandálicos.

Volvió al Bronco pensando en el destino de Alexei y el suyo, ninguno clamaba por unirse con el del otro. Llevaba semanas detrás de su pista, pero cada vez que lo rozaba surgía algún nuevo impedimento para alejarlos. Con unos pensamientos derrotistas, se obligó a no dejarse vencer aunque supusiera pasar horas al teléfono hasta averiguar dónde había elegido pasar el final de su vida. Justo cuando llegaba al cruce para incorporarse a la carretera general, entró en el camino una camioneta azul conducida por Craig.

De inmediato, Claire dio la vuelta maniobrando varias veces.

Aparcó junto a la camioneta, vio el portón abierto y se bajó con una extraña palpitación en el pecho; otro síntoma más de esa ansiedad que toda la historia de su familia le provocaba. Oyendo unos golpes rítmicos, accedió cautelosa. Trató de enfocar la vista, pero era difícil con la poca iluminación que había. La penumbra reinaba entre los parcos rayos de claridad que las tablas de las ventanas permitían colarse. El interior no tenía mucha maquinaría, solo distinguió un torno manual, una sierra de cinta y otras que al estar cubiertas con fundas no supo qué eran. Siguiendo el sonido del martillo, avanzó

hasta un banco de trabajo donde Craig clavaba algo dándole la espalda.

—¿Craig? —preguntó Claire, elevó el tono y repitió—. Craig.

El hombre se sobresaltó y dejó caer el martillo al suelo con la poca fortuna de topar con una pila de pequeñas cajas de madera que se desmoronó y lo llenó todo de más ruido esparcido con desorden por el suelo. Claire aprisionó los labios para no reír. Siempre tuvo un radar especial para los inadaptados y Craig, pese a su cuerpo grande y corpulento, parecía aún el muchacho que recordaba perfectamente del colegio: un solitario poco agraciado y menos conversador.

—Claire Merritt ¿qué haces aquí?

—Hola, no quería asustarte, lo siento —comentó mirando la cantidad de cajitas de diferentes tamaños que Craig se afanaba por recoger, ninguna mayor de diez por diez centímetros—. Espera, te ayudo. —Con buena voluntad, Claire se agachó, cogió varias y las apiló tal y como él hacía, formando otra torre de dudosa estabilidad. Notó que algunas eran más oscuras que otras; aunque todas tenían escrito con lápiz blanco un número y un año. No pudo fijarse mucho más—. ¿Son para hacer moldes?

—No, las plantillas que Alec usaba para tallar las hacía de chapón. Nunca repetía, cada mueble tenía las suyas propias. No sé para qué usaba estas cajas, pero era un maniático con ellas, todos los años aparecía con alguna nueva.

—Qué curioso —dijo Claire intentando descubrir el uso, al ser incapaz, se centró en Craig y preguntó—. ¿Sabes en qué residencia está? Necesito hablar con él.

—Sí, claro, en Deer Lake Manor.

—Gracias —dijo sonriendo, por fin daba con su abuelo.

Observó todas las pequeñas herramientas ordenadas por tamaños en un tablero apoyado en el banco, con curiosidad se acercó mientras Craig seguía recogiendo las cajitas. Vio mazos, punzones, martillos de goma y una colección de gubias para tallar con los mangos de madera y las puntas metálicas, con formas planas, oblicuas y de cuchara. Extendió el brazo para coger la única que tenía el mango negro, con la hoja recta y el corte trilateral.

—¡No! —exclamó Craig, acercándose rápido—. A *Maggie* no puedes tocarla.

—¿Maggie? —preguntó atónita, fijándose en la «M» que también tenía grabada en el mango—. ¿Las herramientas tienen nombre?

—No, solo esa. —Craig sonrió ligeramente—. Cuando Alec terminaba un mueble siempre me la pedía antes de entregárselo al

cliente. Él llamaba así a esa gubia. Decía que sin el toque de *Maggie* ninguno de sus muebles podía salir de aquí. Supongo que todos los artistas tienen algo especial.

—Muy especial —murmuró Claire, concluyendo para qué usaba la herramienta. Pensó cuánto debió amar a Margaret Clainston para tenerla en el recuerdo durante toda una vida y convertirla en casi un fetiche o una superstición—. En mi casa todos los muebles los hizo él, se nota la calidad, la dedicación y el amor a su profesión.

—Vivía para tallar —dijo Craig, recorriendo con los ojos el taller—. Es una pena que todo esto se pierda, pero yo no puedo quedármelo porque no tengo su don. Aprendí todo lo que sé a su lado, menos a diseñar; y eso es lo que marca la diferencia entre un trabajador y un artista.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Desde que terminé el instituto hasta el 2001, cuando se jubiló. Aunque no lo dejó definitivamente hasta el año pasado. Pude convencerlo para que se fuera a la residencia.

—¿Por qué se ha ido a Deer Lake? ¿Está enfermo?

—No tiene nada, pero esto está muy aislado y ya no podía conducir para mantenerse por sí mismo. Él quería alguna por aquí, pero no había plaza y tenía que esperar alguna vacante. Fuimos a esa y le gustó que estuviera a orillas del lago. Vive en un bungaló independiente, aunque las comidas las hace con el resto de compañeros. Está muy bien porque los que tienen movilidad no se sienten encerrados, es más como un complejo vacacional, tienen un montón de servicios y para cualquier emergencia son atendidos de inmediato.

—¿Hace mucho que no le ves?

—Tres meses. Estoy trabajando en la refinería y voy cuando puedo. —Craig la miró con timidez—. Pero si lo preguntas por su salud, está muy bien para su edad. Siempre bromea diciendo que los rusos están hechos de hierro.

—Tengo ganas de conocerlo. Sé que fue amigo de mi abuelo, pero no lo recuerdo. ¿Venía mi padre por aquí?

—Alguna que otra vez, pero no solía tener muchas visitas. —Craig fijó los ojos en Claire, pensativo, tardó un instante en continuar —. Ahora que lo dices, recuerdo que se animaba mucho cuando venía tu padre, parecían tener confianza.

—Supongo —comentó ausente y suspiró hondo—. Muchas gracias por todo, me ha alegrado mucho saber de ti.

—Lo mismo digo. He oído que te has casado, enhorabuena.

—Sí, en noviembre.

—¿Y ya ha terminado la reforma de Boreal?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó curiosa.

—Porque la gente habla y por aquí se sabe todo —dijo Craig despreocupado—. Sé que el arquitecto buscó a Alec para la carpintería, pero él ya estaba en Deer Lake.

—Sí, en pocos meses la hemos reformado dos veces. Cuando murió mi madre tenía intención de seguir con la residencia, pero después cambié de opinión. Pásate algún día, ha quedado preciosa —contó amable. Por añadir algo sin desvelar su verdadera motivación, Claire siguió—. Entre las cosas de mi abuelo, hemos encontrado algunas fotos de él con Alec, y me gustaría dárselas.

—Recuerda llamar antes de ir a verlo, son un poco quisquillosos con las visitas.

—No te preocupes, no creo que pueda ir hasta finales de mes. Tengo una exposición en Nueva York y me voy dentro de pocos días.

—¿Eres pintora?

—No —respondió risueña, a gusto por charlar con él—. Estoy haciendo un curso de fotografía, acabo este mes, pero ya he expuesto con unos compañeros y ahora voy a hacerlo en solitario.

Durante un buen rato se pusieron al día tras quince años sin verse. Luego, Craig le enseñó varios cuadernos de Alexei con diseños de insectos y motivos vegetales antes de que los trazara en chapas de madera de cinco o seis milímetros de grosor. Indudablemente, tenía habilidad para el dibujo artístico. Los trazos eran precisos y plasmaban detalles minúsculos con un realismo apabullante. Contempló las alas transparentes de una libélula, la elasticidad y la fragilidad de las hojas de varias especies de árboles, la dura coraza de un escarabajo, pequeñas flores y grandes, o cientos de matices en los cuerpos de las mariposas más bellas imaginables.

El sonido del móvil de Claire, con una llamada de Gabriel, les interrumpió y aceleró una despedida amistosa con dos besos en las mejillas.

Mientras Gabriel esperó a Claire, cortó un poco de queso, preparó un plato con jamón y llenó una copa de vino tinto. Después de atizar el fuego de la chimenea, se sentó en el sofá del salón y degustó relajado la combinación de sabores. *Shu*, tumbada a sus pies sin reclamarle nada, mostraba la nobleza e inteligencia que caracterizaban su raza, aprendiendo nuevas órdenes a diario o siendo su mejor compañía cuando se sentía solo por la de horas que Claire dedicaba a la fotografía, máxime con la exposición en MaiSa a la

vuelta de la esquina. Para ella era una prueba de fuego que necesitaba superar con honores.

A una velocidad pasmosa, *Shu* se levantó. En unos minutos, reapareció con Claire.

—Hola, qué bien estás —saludó Claire, acercándose a él para besarle los labios—. Cómo te cuidas.

—Hago lo que puedo —dijo sonriendo, cogió una copa vacía que tenía preparada junto al aperitivo y la sirvió—. ¿Qué tal te ha ido con Craig?

—Bien —respondió al sentarse a su lado, bebió un sorbo de vino y dejó la copa encima de la mesita de madera—. Alexei está en Deer Lake, el lunes llamaré para concertar una visita. Craig ha sido encantador, me ha contado un montón de cosas. Y una, no vas a creértela —dijo con un brillo feliz en los ojos—. Tenía una gubia a la que llamaba Maggie y no permitía que ningún mueble saliese del taller sin que *Maggie* le hubiese dado el toque final.

—¿La eme?

—Sí, no puede ser otra cosa. Craig no sabe exactamente qué hacía porque de las tallas solo se encargaba él, pero sumando dos más dos tiene que ser eso. También he visto más de cien cajitas numeradas de madera, apiladas en varias torres. Craig no sabe tampoco para qué las usaba. Trabajó con él hasta que se jubiló en el 2001, pero dice que siguió haciendo cosas hasta que se fue a la residencia. Alexei quería que Craig se quedara con el taller, pero está trabajando en la refinería y no puede hacerse cargo. No sé, supongo que tendrá que venderlo.

—¿Tu padre no murió en el 2001?

—Sí. ¿Piensas que tuvo algo que ver en su jubilación?

—No lo sé, pero me ha sorprendido la coincidencia —dijo Gabriel, cogió la copa y bebió antes de añadir—: Me extraña mucho que no intentara seguir en contacto con vosotras, no tiene sentido, cariño, tú eres su nieta, la única familia que le queda.

—He intentado tantas veces hacer memoria para recordarlo, que ya no sé qué pensar. En aquella época yo había terminado el instituto, tenía dieciocho años, debería acordarme de él. Craig me ha dicho que de vez en cuando mi padre iba por el taller, pero él tendría que venir también por aquí ¿no?

—No lo sé. Y que no lo recuerdes no significa nada, podía venir cuando tú estabas en el instituto. Para mí es mucho más raro que Ethel y Eloise no lo conocieran.

—Te dije que Ethel me mintió —comentó pensativa—, las dos saben algo. —Esbozó una sonrisa lenta y cogió una loncha de jamón, que saboreó al estilo de Gabriel—. Aparte de darme unas ideas

excelentes, me abres el apetito. Está buenísimo, cariño.

—Tengo que justificar la calidad con el precio para que no te quejes. —Gabriel masticó un pedazo de queso, se relamió y acercó la cabeza a la suya—. ¿Tienes mucha hambre?

—Sí —afirmó Claire, colocando los brazos por su cuello—. Estoy famélica ¿vas a saciarme?

—Puedo intentarlo. —Gabriel recorrió con una mano el costado de Claire, unió sus labios en un beso que empezó con suavidad hasta casi morderle la boca drogado por el deseo. Movió la lengua con fuerza y capturó todos los matices de unos aromas que su cerebro relacionaba con el placer. Se apartó impresionado y tardó unos segundos en encontrar la voz—. Vas a matarme.

Pasaba la media mañana del lunes cuando consiguió Claire quedarse satisfecha con los retoques de la última fotografía, la única que Marion todavía no había visto de las quince que expondría y necesitaba urgentemente para que pudieran realizarle los bastidores. Todas tenían unas dimensiones excesivas y estaban compuestas por varias piezas. En cuanto la envió, salió del estudio para darle a *Shu* un paseo por el parque mientras Gabriel llegaba del banco. Coincidió con Eloise, que bajaba de la buhardilla, y recordó una pregunta pendiente:

—Elo, ¿te suena el nombre de Alec Barn?

Al escucharla, Eloise abrió los ojos como platos un segundo y empezó a bajar la escalera con demasiada rapidez.

—Por hoy he terminado. Dile a Gabriel que no deje ropa en la biblioteca si quiere que la lave, voy encontrándome prendas allá por donde va.

—Díselo tú, a mí no me hace caso —comentó Claire siguiéndola—. No me has contestado, ¿conoces a Alec Barn? —insistió. Eloise entró en la cocina, evadiendo la pregunta. Consiguió molestar mucho a Claire, que se plantó delante con los brazos cruzados—. ¿Qué te pasa?

—Nada, Claire —respondió incómoda—. Hace muchos años que no lo veo.

—¿A quién? —Ethel se acercó, secándose las manos con un paño, también había terminado de preparar la comida y tenía la misma intención de marcharse que su hermana—. ¿De quién habláis?

—Del ruso, Ethel —contestó Eloise, entornó los ojos y resopló por la nariz—. A tu madre no le gustaba, lo soportó porque sabía que tu padre le tenía aprecio, pero a ella siempre le pareció que ocultaba algo; estaba obsesionado contigo. La pobre ya no sabía qué hacer para

que os dejara en paz.

—¿Mamá creía que Alec pretendía hacerme daño?

—Era un viejo y siempre estaba preguntando por ti —comentó Ethel—. Tu padre no le daba importancia, decía que estaba muy solo, pero Grace no quería que se acercara a ti. Después del entierro de tu padre estuvo un tiempo sin aparecer, pero cuando volviste de Nueva York pretendió seguir con la amistad. Tu madre le dijo muy clarito que cómo lo viera otra vez por aquí lo denunciaría a la policía. Gracias a Dios debió olvidarse porque no volvió nunca más. Era un hombre extraño.

—Ya. —Claire tragó despacio, a punto de llorar. Disimuló yendo a la encimera, abrió la olla recién apartada del fuego y aspiró el olor penetrante del guiso de carne que haría las delicias del Inquisidor y *Shu* también olfateaba—. Hoy Gabriel va a ponerse las botas.

—Lo sé —replicó Ethel sonriendo, terminó de abrocharse el abrigo, y salió de la cocina con su hermana—. Tengo una lista para cuando vayáis a Nueva York.

—Mañana se la das, yo no creo que pueda acompañarlo esta vez. Además, para el caso que me hace, es mejor que compre él solo.

—¿Has podido terminar? —preguntó Eloise.

—Sí, espero que a Marion le guste.

En ese momento, *Shu* salió lanzada hacia el vestíbulo moviendo alegre la cola para recibir a Gabriel con honores cuando abrió la puerta y entró.

—Hola, bonita —saludó tocando el lomo del animal—. ¿Cómo estás?

La fiesta cariñosa que *Shu* le hacía al llegar del trabajo era tan entrañable que desató varias sonrisas. Las Friars abandonaron la casa tras un breve saludo y Gabriel besó a Claire en los labios sin ojos curiosos que coartasen su manera apasionada de mostrarle cuánto la había echado de menos. Antes de llegar a la cocina, el olor de la comida que penetraba con fuerza en el olfato del banquero ya había hecho efecto en su apetito y, previendo el placer, no tardó en poner la mesa para poder sentirlo con el gusto. A los pocos minutos de empezar, Claire no pudo quitarse de la cabeza las palabras de las mujeres.

—Sé por qué no conozco a Alexei.

Gabriel dejó la cuchara en el plato y se concentró en sus ojos:

—¿Por qué?

—Mi madre creía que me acosaba. No les he dicho que es mi abuelo. Me ha dado mucha pena, ha tenido una vida demasiado difícil.

—Debió decírselo él a tu madre.

—Aunque lo hubiese hecho, si creía que no tenía buenas intenciones, mi madre no se lo habría creído. ¿Cómo iba a demostrar nada si mi abuelo llevaba muerto un montón de años y mi padre no lo sabía?

—Tanto él como tu abuelo pecaron al omitirle a tu padre la verdad.

—Únele Nueva York y tenemos la situación perfecta para que mi madre tratara de alejarlo de mí.

—A veces las cosas surgen de manera casual, Claire, pero otras son un cúmulo de errores, y mantengo que tu padre tenía derecho a saber que era adoptado.

—Tal y como estoy analizándolo todo, empiezo a dudar que no lo supiera. Si yo te dijera que no me gusta cómo alguien mira o se comporta con nuestra hija, ¿seguirías en contacto con esa persona porque era amigo de tu padre?

—Si sabía que era su padre biológico lo más normal es que se lo hubiese dicho a tu madre.

—Eso habría sido lo razonable, pero en esta historia nada es lo que parece.

—No, aunque por cómo guardó tu abuelo los documentos de la adopción dudo mucho que lo supiera. Supongo que prefirió ser él quien visitara a Alexei en su casa para no molestar a tu madre.

—Es posible —comentó—. Cuando volvamos del paseo voy a llamar a la residencia. Con un poco de suerte, Alexei podrá aclararnos la historia.

—Esperemos que todavía le funcione bien la cabeza.

—Por lo poco que sé, es un hombre fuerte y no tiene ninguna enfermedad.

—Dime el día de la visita con tiempo, me gustaría acompañarte.

—No pensaba ir sin ti.

Gabriel sonrió agradecido, acercó la cabeza a la suya y le besó la mejilla en un contacto breve pero intenso. Continuaron comiendo sin volver a mencionar a Alexei, centrándose en el próximo viaje a Nueva York donde aparte de la exposición y las compras, Gabriel tenía una visita con el urólogo; desagradable porque, pese a estar sano, según todos los análisis y el empeño que ponía a diario, todo era infructuoso; también porque empezaba a asumir que no era su destino tener hijos y, ante eso, por mucho que le doliera no podía hacer nada.

Unos días antes de inaugurar la exposición en MaiSa, Cora esperaba en el despacho a Elizabeth y a Claire para ir a comer con ellas y de paso visitar la biblioteca donde pensaban celebrar la boda. Retocándose el maquillaje en el cuarto de baño, notó los pequeños puntos rojos que tenía en las manos. Se puso las gafas para ver bien el inicio de otra reacción. Buscó mal jurando las pastillas en el cajón de la mesa y se tomó una con un trago de agua. Ya no sabía a qué achacar la alergia. Ni tampoco los médicos supieron darle una respuesta; para ellos, podía deberse a los cambios hormonales, a la histamina, el polvo, el polen o a cualquier cosa, así, en plan indefinido, donde todo cabía. El embarazo se desarrollaba con normalidad, el bebé crecía a diario y por supuesto las ganas que tenían por conocerlo también iban en progresión. Durante algunas tardes recorrieron tiendas infantiles de mobiliario y su dormitorio estaba prácticamente acabado a falta de que Jack montara la cuna y colgara cuatro acuarelas con imágenes de cuentos infantiles, compradas en una pequeña tienda del barrio que a los dos les gustaron nada más verlas.

En cuanto llamaron a la puerta, dio paso y se levantó. Elizabeth apareció sonriente. Vestía un abrigo negro muy largo, un pantalón oscuro tipo sastre y unos zapatos planos, con un único toque de color en la bufanda beige. Se acercó a Cora y la besó en las mejillas mientras escuchaban a Claire y a Jack hablar en el pasillo. Seguidamente, entraron. Jack mantenía la elegancia que desplegaba en el banco con un traje gris marengo, bien ajustado a su cuerpo, y una camisa blanca. Y fiel a su línea informal pero estudiada, Claire eligió ese día una chaqueta entallada de ante marrón, una camisa blanca con solapas grandes, unos vaqueros y unas botas altas de piel, en un tono camel y con unos tacones altos y anchos. Abrazó afectuosa a Cora y, sujetándole los brazos, se apartó para observarle la barriga.

—Estás guapísima —dijo Claire, pasó la mano por el vientre inmenso, algo disimulado con un blusón blanco—. En un mes se te nota muchísimo el cambio, no sé yo si vas a aguantar hasta mayo.

—Ni yo —comentó Jack, le dio un besito a Cora en la mejilla y la ayudó a ponerse el abrigo. Como otras muchas veces, ella le arregló el nudo de la corbata burdeos. Sonriendo, agregó—: Se me está haciendo eterno.

—Todo a su tiempo —dijo Elizabeth, palmeando el brazo de su hijo—. ¿Dónde vais a ir?

—Ni idea, papá invita. —Jack miró la hora del reloj—. He quedado con ellos a las dos ¿Y vosotras?

—No tenemos ninguna reserva —respondió Elizabeth—.

Donde surja.

—Nos vemos luego, cariño.

Tras una breve despedida, salieron del Scotia y cogieron un taxi hasta la Quinta Avenida, donde entraron en varias tiendas de ropa infantil y cada una compro prendas para el bebé, que ya tenía una colección nada desdeñable. Entraron poco después en la Biblioteca Pública, un edificio colosal con unas columnas clásicas igual de enormes, y subieron a la primera planta admirando el interior, en un silencio solemne, aunque estaba lleno de turistas. Cora confirmó con una de las secretarias la fecha de la boda: el uno de junio, y volvieron a la calle charlando distraídas sobre posibles hoteles para la celebración.

Llegando al restaurante elegido por Elizabeth, de pronto se callaron. Observaron venir hacia ellas a Lilian. Agarraba el brazo de un hombre rondando los ochenta, con una apariencia sofisticada que sugería una abultada cuenta corriente. La rubia sonrió con cinismo mirando a Elizabeth, alzó las cejas en cuanto advirtió el embarazo de Cora y no disimuló un gesto despectivo repasando el atuendo de Claire. La pareja se acercó a la carretera donde un chófer uniformado sujetaba abierta la puerta trasera de un vehículo oscuro de alta gama detenido en doble fila.

—Parece que ya ha pillado a otro —comentó Cora, entornando los ojos a la vez que movía la cabeza—. No entiendo a algunas mujeres.

—No la he tratado —comentó Claire, reanudando el paso—, pero está claro que busca a alguien que la mantenga.

—Prefiero no tocar el tema.

Elizabeth no tenía ganas de perder ni un segundo pensando en esa mujer. Entró decidida en el restaurante y, nada más sentarse en la mesa, cambiando el rumbo de la conversación logró alejarla sin permitirle intromisiones en la felicidad que sentía estando en Nueva York. Era su ciudad adoptiva y, aunque llegó a ella gracias a Lilian, se había convertido en una parte esencial de su vida. Ahí se reencontró y vivió unos años amargos hasta hacerse fuerte a pesar del dolor, también tenía una casa preciosa, amigos leales y demasiados buenos recuerdos para consentir que enfrentamientos con alguien tan detestable empañasen la dulce espera de su próximo nieto.

Cuando llegaron al ático encontraron a John leyendo en el salón mientras Gabriel y Jack hablaban tomando café. Los dos se levantaron para saludarlas y cada uno besó a su mujer con discreción.

Al percibir el cansancio de Cora, Jack no aceptó la invitación para de cenar de Elizabeth y se marcharon al apartamento en pocos minutos.

John entró detrás de Elizabeth en el dormitorio, extrañado por la ausencia de su voz y una mirada que percibió molesta.

—¿Cómo lo habéis pasado? —preguntó, asomándose a la puerta.

—Muy bien —respondió, inclinada abriendo el grifo de la bañera—. ¿Y vosotros?

—Bien, hemos ido a Bruno´s. ¿Vas a bañarte ahora?

—Sí, necesito relajarme un rato —comentó seria.

Pasó por delante de él, se quitó los zapatos y los llevó al vestidor.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. —Elizabeth se desnudó y volvió al baño—. La cena estará lista en una hora, si tienes algo que hacer…

John tenía el cuerpo apoyado en la encimera del lavabo, los brazos cruzados y una mirada severa al entender que pretendía quedarse sola. En cuanto Elizabeth se metió en la bañera y cerró los ojos reclinando la cabeza hacia atrás, sin ganas de salir con la incertidumbre, John se quitó la ropa para acompañarla; ya no le valían esos silencios.

—Hazme sitio —dijo frente a unos ojos que lo recorrieron de arriba abajo. Elizabeth se incorporó y dejó que se sentara detrás. John acarició sus muslos, detuvo las manos con cautela antes de lanzarse, pero no se privó de besarle el cuello consciente de que la misma excitación que lo abrasaba también ella la sentía—. ¿Por qué estás enfadada?

—No lo estoy, no sé por qué piensas que sí.

Aceptó la respuesta rozando con suavidad sus pechos.

—Nos conocemos, Beth, cuéntamelo.

—No quiero.

—Tú verás, pero no vamos a salir de aquí hasta que lo sepa.

Elizabeth resopló incómoda.

—Hemos visto a tu exmujer.

En ese instante sonó el chasquido que hizo John con la boca.

—¿Te ha dicho algo?

—No, estaba demasiado ocupada con el anciano que iba con ella.

—Por mí puede hacer lo que quiera, siempre y cuando no se acuerde de mí y a ti te deje tranquila.

—Se ha limitado a pavonearse. Parece que ha pescado un pez gordo.

—Si vas a empezar a machacarme, dímelo ya.

—No tenía ganas de hablar por lo mismo, sabes que me da urticaria solo nombrarla —comentó, dándose cuenta de que acababa de hablar con el desprecio que esa mujer siempre le provocaba, agregó —: Discúlpame.

—Olvídala, por favor —susurró, le besó la mejilla y acarició cuidadoso sus senos, palpándolos con movimientos sutiles—. Te amo, estamos bien, no permitas que se cuele entre nosotros.

—No he podido dejar de pensar en la familia de ese hombre.

—Hazlo, preocúpate por la nuestra y por nosotros.

—Me has convencido —ronroneó, siguiendo su consejo recorrió las piernas sólidas que la tenían atrapada—. ¿Vas a dedicarme tú el tuyo?

—Siempre, mi amor, lo sabes.

Con un delicado aroma a jazmín flotando en el ambiente húmedo y cálido, se entregaron a la ternura para relajarse durante más de una hora. Al abandonar la bañera siguieron prodigándose unos gestos cariñosos que nunca eran suficientes para ninguno. Y, luego, después de cenar con Gabriel y Claire, se retiraron a su habitación e hicieron el amor poco preocupados por los sonidos que pudieran filtrarse; eran solo ellos y su paraíso; el principio y el final.

CATORCE

Nueva York, 15-2-13
Estados Unidos

La noche de la inauguración, MaiSa anunciaba a Claire Merrit con una banderola roja extendida en la fachada y un número considerable de medios de comunicación especializados en arte. Durante un instante de inseguridad, Claire necesitó sujetarse al brazo de Gabriel para no tropezar con los tacones. Había elegido un vestido negro corto, demasiado discreto pero favorecedor para su silueta. Gabriel vestía un traje negro con una camisa blanca y una corbata rayada en tonos grises a juego con el pañuelo que asomaba del bolsillo delantero de la chaqueta entallada a su torso. Tuvieron que pararse delante de algunos fotógrafos, sonreír con agrado y responder las preguntas curiosas de los periodistas.

Cuando entraron en la galería, Claire recibió un caluroso aplauso del público que aguardaba. Cohibida, sin soltar a Gabriel, más curtido en actos sociales, aceptó esa muestra afectuosa imitando su encanto. Nada más verlos, Marion dejó a algunos invitados y se acercó sonriendo. Rezumaba magnetismo y confianza por ese estilo impecable que atraía miradas. Esa noche, su porte distinguido estaba realzado con un vestido negro sin mangas, con dos bolsillos delanteros y el cuello redondo, sobrio y perfecto para su cuerpo y edad.

—Enhorabuena, Claire —dijo Marion al abrazarla cariñosa. Echó un vistazo a la deslumbrante sala blanca donde destacaban las imágenes que impedían no sucumbir al arte que tan bien había sabido descubrir. Para ella, Claire era su diamante en bruto. Y ni siquiera tenía claro que puliéndola fuese mejor. La grandeza de sus fotografías tenía imán, se contemplaba sin esfuerzo, atrapaba al espectador entre sombras y luces en un alarde de magia para conmover o revolver sentimientos—. Puedo decir sin equivocarme que a partir de hoy ha nacido una estrella. Estoy muy feliz, he esperado mucho tiempo para tenerte, y es un honor que me hayas elegido como marchante. Mi marido siempre decía que cuando menos lo esperásemos encontraríamos a nuestro artista, y estoy absolutamente convencida de que eres tú.

—Gracias, Marion, espero estar a la altura.

—Siempre lo estás, cariño —comentó Gabriel condescendiente, se fijó en una de las fotos y añadió—. Y me temo

que yo no me libro.

—Estás fantástico, Gabriel. —Marion sonrió centrándose en la misma imagen. Se le veía parte del cuerpo, tan cerca que podían identificarse hasta los poros de su piel. Era un festival de curvas sinuosas desde la espalda hasta los muslos, llenas de sensualidad masculina, con más oscuros en las nalgas, dejándolas casi ocultas; pese a intuirse con claridad—. Tengo varios compradores para las tuyas, pero debo informarte que Jack y tu padre están causando sensación.

—No me importa, en serio —dijo amable—. He asumido que Jack sea su fetiche, qué vamos a hacerle, todo queda en familia.

Mirándolo divertida, Marion negó con la cabeza antes de desaparecer con Claire entre la multitud. Gabriel se reunió con el resto de los modelos, juntos, bromeando en un corrillo. Al aproximarse le llovieron halagos, que recibió con amabilidad al distinguir en todos admiración hacia su mujer.

Solo Ophie faltó. Ningún Drake quiso perderse la entrada de Claire por la puerta grande en un mundo que llevaba soñando desde la adolescencia.

A John en un principio lo llenó de inquietud exponer de frente su madurez al verse analizado por tantos ojos, pero ese instante pudoroso pasó volando en cuanto Elizabeth le sujetó la mano y recorrió con él los desnudos. Eran tres, de dimensiones a tamaño real, y en todos se ocultaba su masculinidad y en todos podía imaginarse como Claire pretendió. En uno estaba de pie y apenas se distinguía un fondo brumoso, confundido por el humo que emanaba de las velas repartidas en el jardín. Otro, era un plano de su torso, con los brazos cruzados y el rostro serio, en una pose donde se palpaba altivez. Y en el último, todo el centro de atención lo constituían sus ojos con una mirada embelesada, fija e intensa; se apreciaba amor tangible y sereno al observar, a pocos metros, el cuerpo de Elizabeth tumbado de lado en el césped. Cuando terminaron, aprobándolos con satisfacción, los dos recordaron las horas tan divertidas posando en Terranova. Para ellos fue una experiencia memorable, pese al concepto desvirtuado que pudiera tener Claire.

Jack habló por los codos con muchos conocidos, incluidos varios pintores, mientras Cora bebía un zumo escuchando atenta hasta que necesitó ir al baño y se apartó disimuladamente. Pocos minutos después, Jack la buscó recorriendo la sala con ojos sagaces y los detuvo en las fotografías hechas en la azotea del apartamento; otras que causaron sensación por la belleza de un cuerpo femenino donde se intuía el frío en la piel erizada, en los pezones apretados o en el vaho que exhalaba su boca; si bien, todo eso quedaba en un segundo plano

dándole el protagonismo al vientre de Cora y a la caricia de sus manos, entremetidas bajo el abrigo de él medio abierto; ese gesto concentraba el amor de una madre por su hijo.

Cuando Cora regresó, Jack rió con los ojos y colocó un brazo alrededor de su cintura. Inclinándose sobre ella, susurró en su oído:

—¿Dónde estabas?

—He ido al baño.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No —respondió negando con la cabeza—. No te preocupes, estoy bien.

—Vale, pero en cuanto quieras, dímelo y nos vamos.

Poco más tarde empezó Cora a acusar el cansancio. Jack no tardó en despedirse y regresaron paseando de la mano. A esas horas apenas se cruzaron con nadie, solo varios restaurantes seguían abiertos. Vieron a través de los cristales a grupos de personas, animados disfrutando de la noche en el comienzo de otro fin de semana que ellos tenían previsto pasar tranquilos sin moverse del apartamento.

Casi a medianoche Sean y Elaine seguían distraídos entre conversaciones triviales y copas de champán. Sus tres fotos tampoco quedaron exentas de piropos, aunque Ophie fue quien más halagos recibió. Ajena a la cámara, jugaba divertida con sus padres en la cama. Eran unas escenas cotidianas y tiernas para mostrar la esencia de la felicidad. Los fuertes brazos de Sean eclipsaban la desnudez, las manos de Elaine en sus anchos hombros estabilizaban el movimiento, mientras Ophie expresaba confianza sostenida en el aire por su padre.

—Menudo éxito —comentó animado Sean cuando se quedaron a solas con Gabriel, John y Elizabeth—. Es muy buena.

—Creo que lo ha vendido todo —dijo Gabriel, buscó a Claire con la mirada hasta encontrarla hablando con Marion y dos hombres más—. El mes que viene expondrá en Londres. Marion tiene muchos contactos en Europa y quiere que la conozcan.

—Ahora que tú has dejado de viajar —dijo Sean—, va a empezar ella.

—No es lo mismo —comentó Elaine, bebió un sorbo de la copa, observando a Claire—. Está inmensa, para ella no es un trabajo, lo siente, y eso se percibe.

—Sí —murmuró Elizabeth—. Parece feliz.

El matiz triste en esas palabras John lo captó al vuelo y presionó su cintura para que no siguiera. Gabriel debía acudir el lunes a la revisión con el urólogo y hasta ese día cualquier conjetura solo volvería a traerles una pena que él trataba de evitar.

Cuando Claire se acercó, no podía disimular el buen momento que atravesaba; por fin, el más esquivo de sus sueños se cumplía, y tenía el inmenso placer de compartirlo con el hombre que la empujó para conseguirlo. Emocionada, no paró de contarles la cantidad de personas que Marion le había presentado y las halagüeñas expectativas que todos tenían con ella. Entre esos planes y saber que muy pronto conocería a su abuelo, probablemente, de quien había heredado su pasión por el arte, vivía en una nube de algodón.

Esa noche llegaron al ático entrada la madrugada. Como Sean y Elaine vendieron la casa que tenían ahí, habían ocupado el otro dormitorio de invitados. En el suyo, Claire quiso estrenar el sugerente camisón que el Inquisidor le regaló por San Valentín. Tenía el cuerpo de seda en color crudo, era muy corto y en el escote lucía unas transparencias de encaje que actuaron con eficacia en Gabriel.

Tumbado en la cama se impacientó al verla, la saludó con una erección apuntada bajo las sábanas y se mordió los labios tratando de sosegarse. No podía.

—¿Te gusta? —preguntó Claire, subiéndose a la cama, abrió las piernas y se sentó encima de él, que gimió en cuanto se rozaron—. Es tuyo.

—Es precioso, pero te prefiero sin nada. —Gabriel no dudó al meter las manos bajo la tela para exponer sus pechos a la apremiante sed por lamerlos mientras se movía excitada sobre él—. Sabes dulce —susurró cuando pasó la punta de la lengua por sus pezones—, a caramelo.

Arrebatada por el deseo, Claire le revolvió el sedoso cabello. Los mechones castaños, algo largos, brillaron con destellos rubios. Además de aportarle rebeldía a su imagen clásica, en esos instantes íntimos lograban convertirlo en un sinvergüenza. Gabriel sabía equilibrar el romanticismo con el descaro para amarla por encima de razones, prejuicios o errores pasados. Siempre generoso y atento, siempre él sin malos recuerdos. Había sido la salvación emocional de Claire, con una paciencia infinita consiguió conquistar su corazón y con su amor marcaba el rumbo de un futuro lleno de esperanza, dejándole vislumbrar el renacer de una vida marcada por los peores instintos que un ser humano puede tener con otro. Unidos por la fuerza de un violento orgasmo, Gabriel derramó su semen, acallando con besos tan furiosos como suaves el éxtasis sonoro que escapaba de sus gargantas, igual fueron ardientes y frescos. Esos labios podían dominarla con sutileza y voracidad.

—Soy muy feliz, mi amor.

Claire escuchó sus palabras, pero no podía verlo totalmente exhausta con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro. Respirando de manera entrecortada, tardó unos minutos en sosegarse para mirar unos ojos fascinantes donde brillaban metales preciosos; en aquel gris acuoso vio reflejados los de ella, fundiendo sus colores como la noche recibía a las auroras para danzar en el cielo y transformar la oscuridad en alegría.

—Te lo debo todo, y no te haces una idea de lo importante que eres para mí.

Con un besito en los labios y otra sonrisa cariñosa, Gabriel la miró atentamente.

—Desde que hace un año entré en el banco y te vi garabateando mientras disimulabas, llamaste mi atención; eres la mujer más guapa que he tenido el placer de conocer. El día que te enfadaste con William y nos conocimos, me costó horas que salieras de mi cabeza, me dejaste impresionado —comentó muy bajito—. Ya sabes que cuando me trasladé a nuestra casa estaba enamorado de ti; pero conforme ha ido pasando el tiempo he ido descubriendo más motivos para amarte, uno tras otro. Si crees que no entiendo cómo te sientes, estás equivocada. Tú, Claire Drake, eres lo más importante de mi vida; no lo olvides nunca.

Sin reprimir la emoción, Claire quiso enmendar una postura que meses antes no admitió y les ocasionó un enfrentamiento que Gabriel finalizó cediendo por no disgustarla.

—Sé que te hace ilusión que firme con tu apellido, ya lo habíamos hablado, pero acabas de convencerme. Quiero ser Claire Drake para todo, incluida la fotografía.

—Por mí no lo hagas.

—Por los dos, cariño. Siempre llevaré el Merritt conmigo, igual que desde hace meses empiezo a sentir el Barinov, pero ser fotógrafa te lo debo a ti, nunca lo habría conseguido sin la fuerza Drake, y es justo reconocerlo y que quienes vean mis trabajos lo sepan.

—Gracias, señora Drake, acabas de añadir otro motivo a mi lista.

—De nada —susurró, inclinó la cabeza y le besó los labios—. Es un placer para mí tener contenta a la Inquisición española.

—¿Sí? —preguntó empezando a hacerle cosquillas, hasta que Claire se dejó caer de lado retorciéndose de risa. Ese sonido alegraba la vida de Gabriel; era su momento y pensaba celebrarlo amándola otra vez. Le sujetó los brazos por encima de la cabeza, apresándola

entre el colchón y su cuerpo—. Sé que te gusto como inquisidor, pero vas a tener que ser una bruja muy buena para que te salve de la hoguera.

—No me importa arder —susurró, tratando de moverse—, contigo.

Si tenerla sujeta bajo él ya era un logro, esa disposición terminó de animarlo para dominarla. Bajó los labios y la besó con fuerza, totalmente entregado al placer de ser el único hombre que podía tenerla sin causarle ningún miedo, sin que recordara un pasado nefasto, para darle todo el amor que durante años se prohibió a sí misma. Envueltos en sudor recorrieron el tiempo hasta rendirse y caer agotados en un sueño profundo. Ni se molestaron en deshacer el revoltijo que tenían entre piernas y brazos; amarse sin descanso conllevaba nudos, también tranquilidad y quizá alguna sorpresa.

El lunes por la mañana cada uno se ocupó de sus asuntos. Mientras Claire se reunía con Marion, Elaine aprovechaba para ir de compras con Elizabeth y Gabriel fue al bufete donde recogió a Sean, que era su acompañante en la visita del urólogo. A la hora acordada llegaron al Hospital Monte Sinaí y después de otra exploración, otra analítica de sangre y la correspondiente extracción de semen, Gabriel volvió a escuchar la misma cantinela.

—Estás muy bien —dijo Sean cuando terminaron, colocó la mano en su hombro y añadió—: No lo pienses mucho, ¿vale?

—Si quieres que te diga la verdad, estoy empezando a asimilar que no tendremos hijos.

—No seas pesimista —comentó sonriendo—, el día menos pensado llegará.

De pronto Sean se detuvo observando a la mujer que salía de una consulta y se despedía de un médico con un apretón de manos.

La doctora Christina McQueen, aparte de ser una belleza morena con un cuerpo alto y voluptuoso, era la pediatra de Ophie en Quebec y quien dirigió su operación de apendicitis. Tanto Elaine como él apreciaban su trato amable y buen hacer profesional. Mantenían con ella una relación cordial muy satisfactoria ya que desde noviembre la habían tratado asiduamente en el Centro Hospitalario Laval, donde pasaba consulta.

En cuanto Christina lo vio, se acercó sonriendo sin disimular una expresión sorprendida pero grata.

—Hola, Sean, ¿cómo estás? —preguntó Christina, tendiéndole la mano—. ¿Y Ophie y Elaine?

—Todos muy bien. ¿Y tú?

—He venido a un congreso, y antes de regresar no podía dejar de venir a saludar a mis antiguos compañeros.

—No sabía que habías trabajado aquí.

—Sí, llevo en Canadá solo desde septiembre del año pasado —comentó casual. No tenía confianza con él para contarle que a raíz de un divorcio hostil decidió poner tierra de por medio e iniciar una nueva vida sola con su hija—. Esta ha sido mi casa desde que llegué de Europa.

—Nosotros siempre habíamos vivido en Quebec hasta que nos casamos y nos mudamos aquí, y ahora también hemos vuelto a nuestra casa. —Sean advirtió la mirada de la doctora a Gabriel y dijo —. Te presento a mi hermano, Gabriel. Ella es Christina McQueen, la pediatra de Ophie.

—Encantado, un placer conocerla. —Gabriel estrechó su mano, pensando en que era la primera vez que veía a una médico tan atractiva—. ¿Usted la operó?

—Participé con mi equipo —respondió con sincera humildad, reconociendo la importancia dentro de un quirófano del buen grupo profesional que tenía en el Laval. Pensando en que sus edad serían parecidas, con una sonrisa, añadió—: Llámame Christina y de tú, por favor. ¿Vives también en Quebec?

—No, en Terranova.

—No lo conozco, todavía no he tenido tiempo de hacer turismo por el país, pero he oído que es bonito.

—Sí, merece la pena visitarlo —comentó Gabriel, recordando la de veces que hacía el mismo comentario cuando le preguntaban por su nueva ciudad perdida en un confín poco propenso al turismo—. Está por descubrir, es un poco salvaje, pero si te gusta la naturaleza es ideal.

—Lo tendré en cuenta. Una de las cosas que más echa de menos mi hija de Escocia son las salidas con mis padres por el campo —contó Christina sonriendo—. Es americana, pero le tira la sangre escocesa.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Sean.

—Seis.

—¿Solo tienes una?

—Sí, como tú, y voy sobrada, te lo aseguro. Entre el hospital, la consulta y ella, no tengo tiempo ni de respirar.

—Hay que buscarlo —dijo Sean amable—, no todo es trabajar.

—Cuando estás solo tienes que multiplicarte.

—¿Estás divorciada? —Sean iniciando un sondeo picado por la curiosidad.

—Sí, pero no voy a aburriros con mi vida. ¿Habéis venido a visitar a alguien?

—No —respondió Gabriel—. Tengo aquí a mi especialista, me tocaba revisión.

—Espero que todo te haya ido bien.

—Sí, perfecto.

—Bueno, me alegro de haberte visto, supongo que nos veremos por Quebec. —Christina se despidió de Sean con otro apretón de manos, correspondió de igual forma con Gabriel y dijo—. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente. —Gabriel espero a que se alejara, abrió teatrero los ojos de par en par y comentó—. Así da gusto llevar a la niña al pediatra, qué callado te lo tenías.

—Es un encanto con Ophie, además de tener otras cualidades.

—Sí, saltan a la vista.

—No me interesa en ese aspecto, pero sí, está buena.

—Muy buena —repitió, riendo.

—Que no te escuche tu mujer.

—A mí tampoco me interesa, con ella tengo más que suficiente y no tiene nada que envidiarle.

—¿Ellie sí?

—No he dicho eso, pero me imagino a los padres de sus pacientes —dijo con burla—, seguro que tiene el porcentaje más alto de asistencias.

—No creas, normalmente con los pediatras los padres preferimos tener buenas referencias profesionales. Nosotros la conocimos porque nos la recomendaron.

—Como no tengo ese problema, no es mi guerra.

Despreocupados, salieron charlando y cruzaron hacia el parque donde había cientos de personas andando, corriendo o sentados en los bancos disfrutando de una temperatura algo más templada que los días anteriores gracias al sol y a la ausencia de viento. Al llegar a la salida de la 97 Oeste separaron sus caminos; Sean se dirigió al ático y Gabriel, con tiempo de sobra, cogió un taxi para ir a Queens, a su proveedor de productos españoles para realizar el pedido que Ethel le encargó.

No muy lejos de allí, Claire ya tenía los datos de los compradores de las fotografías. Superó con creces la cifra que tenía en

mente; ni su «entendido particular» en finanzas sabía lo rentable que había resultado. Esos clientes hasta después de la exposición de Londres no las recibirían ya que debían cederlas como parte del acuerdo que Marion firmó con ellos. Escuchó con atención todos sus consejos, incluida la petición de nuevas obras que, no siendo un problema porque tenía material, le supuso un inesperado imprevisto.

Terminada la conversación laboral, pasaron al plano familiar. Claire le contó todo lo que había ido descubriendo de Alexei, incrementado la avidez de Marion por saber más sobre el hombre que su suegra amó hasta que murió.

—Me gustaría poder acompañarte a la residencia.

—Ven a Terranova cuando quieras, tenemos espacio suficiente.

—Más adelante —comentó sonriendo—, ahora estoy demasiado ocupada.

—Si no te importa, cuando vayamos a Inglaterra me gustaría ir contigo a la casa de Essex, pudo ser donde vivieron su historia de amor. Margaret era muy joven cuando conoció a Alexei, necesitaron intimidad y si los padres la tenían muy vigilada pienso que ahí pudieron tenerla.

—Es muy triste que los dos durante tantos años se recordaran. Me ha conmovido que Alexei tuviera una herramienta con su nombre, es muy propio de los grandes genios camuflar algún secreto entre sus obras.

—Los muebles que hay en mi casa llevaba viéndolos desde que nací y te juro que ese detalle no lo había descubierto nadie. Tampoco me explico cómo su ayudante desconoce el uso de las cajitas que vi en el taller, estoy muy intrigada porque eran muchas y, según me contó, era un maniático con ellas.

—No sé, debían ser importantes para él.

—Supongo que muy importantes porque me extraña que en diez años nunca le dijera para qué las usaba y, teniendo en cuenta el secretismo con el que llevó la relación con Margaret, estoy casi convencida de que tiene que ver con ella.

—Revisaremos sus cosas en Essex, si guardó recuerdos los encontraremos.

—Me gustaría averiguar por qué Margaret no llegó a irse de Inglaterra para estar con él y mi padre. En una de las cartas a mi abuela Iris, Alexei le cuenta que era la intención de Margaret; en cambio, aquel año ella se casa con Sigmund y Alexei se instala definitivamente en Canadá con otro nombre y otra nacionalidad.

—Piensa que tu padre era ya hijo legítimo de Charles, dices

que vivió para él, no creo que le gustara la idea de devolvérselo.

—No, pero fueron amigos el resto de su vida y permitió que lo conociera y lo tratara.

—Sí, sabiendo que no había ningún peligro de perderlo. Encontraste esta historia de manera accidental porque ocultó a todos que su hijo era adoptado. Como sea, tu abuelo debió sentirse aliviado al saber que Margaret no iría a quitarle al niño.

—¿Estás diciéndome que mi abuelo pudo tener algo que ver en la boda de tus suegros? —preguntó asombrada. Nunca se le había pasado por la cabeza que Charles pudiera hacer algo semejante—. Me resulta difícil imaginarlo, Marion. Mi abuelo era un buen hombre, no creo que llegara a ese extremo.

—¿Por qué no, Claire? Si ocultó una cosa, también pudo ocultarle eso a Alexei. Espero que te lo aclare cuando hables con él, podrá despejar algunas incógnitas —comentó en un tono resignado—, pero nunca sabremos toda la verdad con el resto de implicados muertos.

—Creo que si encontrásemos algo que confirmara una traición de ese calibre por parte de mi abuelo, Alexei no merece saberlo a su edad. Bastante habrá aguantado viendo crecer a su hijo sin poder decirle quien era. El otro día, al enterarme que mi madre lo amenazó, me sentí fatal —comentó Claire apenada—, pobre hombre. Sin conocerlo le tengo mucho cariño, sacrificó una carrera brillante para estar junto a mi padre, muy lejos de todo, lo vio morir siendo aún un hombre joven, y encima mi madre le niega cualquier contacto conmigo; es terrible.

—Cuántas injusticias se cometen por desconocimiento. Si tu madre hubiese sabido la verdad, ten por seguro que las cosas habrían sido de otra manera, pero ante eso ya no podemos hacer nada —dijo Marion colocando la mano encima de la suya—. Y si te sirve de consuelo, pienso que aunque tú no lo conozcas, él seguro que no te ha perdido la pista. Con cada cosa que descubrimos de él muestra control, fortaleza mental y una voluntad de acero. Da por hecho que Alexei Barinov ha estado velando por ti en la sombra.

Claire levantó la vista y la volvió a bajar, pensando en una protección que le habría gustado tener diez años antes, cuando se trastocó su vida y se vio sola con su madre. No tenía intención de contarle ese episodio a Marion, pero sí necesitaba que Alexei lo supiera porque fue determinante en la decisión de Grace para alejarlo de ella.

En esa sala acristalada, donde se filtraba la claridad del día despejado para iluminar las hojas verdes de una variedad notable de

plantas frondosas ordenadas recorriendo el borde, el silencio quedó interrumpido por la entrada de la chica del servicio. Marion se levantó y la siguió atravesando el salón hasta salir del radar de Claire, que la observó inclinarse sobre ella para hablarle en el oído.

Viendo que no faltaba mucho para reunirse con Gabriel, Claire guardó los documentos y cerró el portátil. Con el abrigo en la mano y la bolsa negra de tela cruzada en bandolera, entró en el salón para despedirse.

—Claire, disculpa, había olvidado una cita —comentó Marion cuando la chica se retiró con una sonrisa tibia—. Quería que hubiésemos comido juntas.

—No te preocupes, no podía quedarme.

—¿Por qué no venís mañana Gabriel y tú?

—Volvemos a casa, tendremos que dejarlo para Londres.

—Sí, no creo que podamos vernos antes. Intentaré confirmar esta semana las fechas, pero cuenta con finales de marzo.

—Me preocupa, no es mucho tiempo para cinco fotos nuevas de cada uno.

—Mándame lo que tengas, si repites con Jack o John tampoco estaría mal.

—De Jack puede que tenga algo, pero de John no tengo nada más y no puedo hacerle nuevas.

—Revísalas —dijo, la besó en la cara y sonrió contenta—. Y ten en cuenta que tienes a Gabriel en la cama todos los días.

—De él tengo suficientes para montarle varias exposiciones en solitario.

—¿Y a qué esperas para enseñármelas?

—Tendría que comentárselo. —Claire torció los labios hacia abajo—. No solo enseña el culo.

—Convéncelo con cifras —dijo, guiñándole un ojo—. ¿No dices que es un obseso de los números?

—No sé. —Claire apretó los labios con fuerza para no reír—. Eres perversa, tía Marion.

—Soy marchante —comentó exagerando la arrogancia, colocó una mano en el brazo de Claire, guiándola hacia la puerta—. Tus intereses ahora son los míos. Si tienes un filón, ¿por qué no explotarlo? Esto es un negocio.

Parada delante del edificio de Marion, alegre al deshacerse de la tristeza por la charla sobre Alexei, Claire miraba los coches detenidos en un semáforo, imaginando nuevas fotografías del cuerpo

de su marido. Absorta se acercó al cruce, cuando de repente se le cortó la respiración al sentir un tirón en la cabeza y unas manos tapándole los ojos. Gracias a un aroma conocido, el corazón volvió a latirle.

—Gabriel —murmuró.

—Lo siento, ha sido un impulso —dijo situándose delante, le sujetó los hombros y contempló un gesto de alivio, aunque el desasosiego de su pecho, subiendo y bajando rítmico, también era visible. La abrazó unos segundos en mitad del tránsito de las personas que andaban hacia el cruce—. ¿Estás bien, cariño?

—Me has pillado totalmente desprevenida, pero te he reconocido al instante por tu olor.

—Espero que agradable.

—Sí, hoy te has puesto *Aventus*, me encanta —dijo aspirando el frescor de una manzana recién cortada en equilibrio con montones de jazmines descarados, un toque de vainilla dulce o la energía viril de un bosque de robles—. Es una de mis preferidas.

—Me tira lo inglés, será por mis abuelos.

—Seguro. —Claire sonrió y le besó rápido los labios—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que soy el tío más fértil del mundo y el que peor puntería tiene.

—Dudo que te lo haya dicho así, pero, bueno, lo importante es que estés bien, seguiremos practicando. ¿Dónde has dejado a Sean?

—Ha vuelto al ático para comer con Elaine y mis padres. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Con respecto a la exposición genial, cuando te diga cuánto voy a ganar vas a quedarte muerto. —Claire cogió la mano de Gabriel y empezaron a andar sin rumbo—. En unos días me llamará para concretar la de Londres. Quiere que cuando estemos allí vayamos a la casa de campo que la familia de Margaret tenía en Essex para intentar aclarar por qué nunca llegó a Terranova. Creemos que Alexei pudo trabajar para ellos, haberles hecho algún mueble.

—Es posible, cariño, pero no te hagas ilusiones.

—No lo hago, aunque me gustaría encontrar la razón. Hay lagunas que espero él me aclare, como qué hizo desde su regreso a Inglaterra hasta que la dejó embarazada, aunque habrá otras que tampoco sabrá —dijo Claire, llegando a la Sexta Avenida, atestada de tráfico, sobre todo taxis, y un ruido ensordecedor—. Marion me ha dicho algo que tiene bastante lógica, aunque me duele mucho pensarlo porque me decepcionaría tanto…

—¿Me lo cuentas mientras comemos en ese mexicano?

Gabriel señaló un restaurante con la fachada celeste a pocos metros de donde estaban. Tras entrar y sentarse junto a la barra en un reservado con los respaldos pintados en color rosa, se aproximó una camarera. Pidieron unos huevos rancheros y una enchilada suiza, que Gabriel vio comiendo a otro cliente y se le antojó. Ni se acordaba de los kilos ni podía evitarlo, para él era un placer variar y Nueva York tenía una oferta incomparable a la limitada en el fin del mundo.

—Es una hipótesis —dijo Claire—. Marion piensa que mi abuelo pudo estar implicado en el matrimonio de Margaret con Sigmund. Según ella, era el principal interesado en que no reclamara al niño ni, por supuesto, fuera a buscarlo.

—No sé, Claire… —Gabriel apretó la frente—. Si él estaba en Terranova ya casado con Iris y con tu padre ¿qué se supone hizo?

—¿Pagar a Sigmund?

—Creía que los Sabo eran ricos.

—Lo eran, pero pudo ofrecerle serlo más.

—Tú lo conociste, ¿llegaría a eso?

—El hombre que conocí era amable y cariñoso, pero yo tenía nueve años cuando murió, era su única nieta y vivíamos juntos. No olvides que levantó un gran negocio él solo, dirigió a más de quinientos empleados y crió a mi padre; eso no se consigue con un carácter débil.

—Está claro, pero me parecería demasiado hipócrita mantener la amistad con Alexei si le había jodido la vida. —Al ver aproximarse a la camarera con el pedido, se calló hasta que se marchó. Fijó la vista en la enchilada, con una cantidad generosa de queso gratinado por encima, cortó un trozo y se lo ofreció a Claire para que lo probara—. Huele que alimenta.

Asintió masticando, tragó y necesitó beber un trago de cerveza.

—Pica un poco, pero está buenísima.

—Como te iba diciendo… —comentó antes de meterse en la boca una porción. Al catar el sabor, masticó soltando un ligero gemido y sonrió satisfecho. También bebió para aliviar el pique. Al momento, habló—. Me parecería un comportamiento bastante retorcido.

—No olvides cómo descubrimos la adopción. Si no hacemos la reforma, podían haber pasado otro montón de años sin que nadie supiese nada y con todos los implicados muertos.

—¿Cuándo tienes la cita con él?

—El cinco de marzo. No sé si se lo habrán dicho. ¿Vendrás, no?

—Tengo la misma curiosidad que tú por conocerlo, no pienso

perdérmela.

—Espero que también tengas esa buena disposición para lo que voy a proponerte, te necesito, cariño.

—Si puedo, sabes que no rechazo ninguna oportunidad.

Claire sonrió, viéndolo confiado.

—No hablo de sexo, aunque es sensual y lucrativo.

—De momento no tengo pensado cobrarte, pero admito trueques.

—Está bien saberlo —admitió bromeando, dudó unos segundos—. ¿Qué te parecería ser el único protagonista de la exposición?

—¿Y tu amado fetiche? ¿Ya te ha dado calabazas?

—No, pero necesito tener confianza para lo que pretendo hacer, y tú eres el único que cumple los requisitos.

—Hablando claro, me quieres en bolas y bien visible.

—Podía haberlo adornado, pero sí, en esencia es eso.

—Pues ya sabes la respuesta —dijo esbozando una sonrisa—. No.

—Por favor, cariño, estoy agobiada. Solo serían cuatro o cinco fotos nuevas.

—¿Cómo que solo cuatro o cinco nuevas? ¿Tienes otras?

—Tengo algunas de las sesiones que hemos hecho. —Claire trató de sonar convincente—. Pero no tenía pensado usarlas porque habrías eclipsado a Jack y a tu padre.

—No está gustándome el rumbo de tu carrera. Si tan bien te ha ido, búscate un modelo. Soy un hombre serio, tengo una reputación que te has empeñado en arruinar.

—Voy a llevarte a la cima de la gloria, confía en mí.

—No puedo, en otro tema soy tu incondicional, pero cuando coges la cámara me das miedo.

—Anda… —Claire le acarició la mano, parpadeando mientras hacía un puchero con los labios—. Serán mis primeras fotos como Claire Drake.

—No vas a convencerme —dijo limpiándose la boca con una servilleta de papel, bebió lo que quedaba en el vaso de cerveza y levantó la mano para pedir otra—. Aunque pensándolo bien podemos llegar a un acuerdo. Cuéntame qué quieres de mí y te diré mi precio.

—Tu cuerpo, y gratis.

La sonrisa satisfecha de Claire terminó de ponerlo en guardia.

—Si sales tú también en ellas, me lo pensaré. Y te advierto que va a costarte pillarme por sorpresa.

—Lo dudo, tengo algunos recursos infalibles, pero me ha

gustado la idea de hacernos juntos alguna, lo pensaré también.

—No olvides que *Shu* puede protegerme de ti mientras duermo.

—No lo digas muy alto —comentó, pensando en cómo usar al animal en su beneficio. Sabía que adoraba dormir a los pies del pudoroso Inquisidor y podían darle unas imágenes donde la ternura eclipsara al morbo. Era algo que siempre conseguía difuminar entre sombras, pero Gabriel la inspiró sin pretenderlo a intentarlo con claridad, sin trampas. Vio dos texturas de piel y músculos relajados por el sueño bajo los árboles del jardín con el sol de la tarde cayendo; esa luz anaranjada sería la clave para las fotografías que causarían sensación en Londres—. Dame unos días para estudiarlo y hablamos.

Gabriel optó por asentir, bastante despistado con la sinfonía alegre de sabores dulces y picantes que tenía en la boca, tratando de descifrarlos uno a uno. Luego, regresaron a la avenida Ámsterdam, recogieron toda la ropa y cada uno preparó su equipaje. Aquella noche salieron a cenar para terminar en familia unos días fantásticos que todos esperaban repetir cuando Ethan llegara a principios de mayo, pese a la opinión general de las mujeres, empeñadas en que Cora daría a luz antes.

QUINCE

San Juan de Terranova, 20-2-13
Terranova y Labrador, Canadá

Sentada frente al ordenador en el estudio, Claire analizaba las fotografías de Gabriel sin poder decidir cuales seleccionaba y se cansó de darle vueltas. Unas, por atrevidas; otras, por no tener la calidad que buscaba; y algunas porque tampoco cuadraban con el tema previsto: luz contra fantasía. Entre esa dispersión se colaban en sus pensamientos las palabras de Marion: «Da por hecho que Alexei ha estado velando por ti en la sombra».

Subió a la buhardilla, que fue su dormitorio siendo niña, abrió el armario y de puntillas palpó con la mano la balda superior. En varias cajas estaban guardados los juguetes aparecidos en la última reforma. Sacó la más grande, la dejó encima de la cama y cogió la más pequeña, que colocó al lado. Ver de nuevo esas muñecas olvidadas atrajo nostalgia a su memoria y humedad a sus ojos. Poco a poco recordó los nombres que les puso; todas tenían uno, y todos acudieron a sus labios, inolvidables.

Al coger la última, se topó con algo más en el fondo. Era un paquete envuelto en papel blanco de seda. Controlando el súbito temblor de sus manos, lo abrió con cuidado. Descubrió una marioneta de Pinocho hecha en madera; de unos cinco milímetros de grosor; con todas las piezas articuladas; la ropa pintada con esmero; y en la parte posterior, rodeada por unas elegantes filigranas parecidas a las de muchos muebles, una inscripción en cirílico: «*Для моей маленькая внучка Claire, дед Лиоша, 1990*». Intuyó el significado mientras una lágrima solitaria recorría su mejilla, comprendiendo otra injusta tragedia. Encontró también un sonajero con la forma de un capullo de rosa y un pequeño patito amarillo con dos ruedas rojas para andar.

Una vez que guardó Claire las cajas en el armario, bajó con los juguetes al estudio y los dejó encima de la mesa. Escribió en un traductor online, no sin dificultad, la dedicatoria, y pudo leer lo siguiente: «Para mi pequeña nieta Claire, tu abuelo Liosha, 1990». Pasó la yema de los dedos por los surcos de las letras, parecía un tipo de grabado con fuego. Incluso olió con los ojos cerrados, rememorando los matices que debió distinguir Alexei cuando la escribió. Repitió una decena de veces esa frase en su cabeza, sorprendida por que firmara con total claridad como su abuelo;

aunque nunca recibió ese regalo y no sabía quién se había encargado de ocultárselo. De manera automática pensó en Charles, pero sería muy difícil corroborarlo a no ser que Alexei se lo hubiese entregado a él sin la presencia de ningún testigo.

Llevó los juguetes al dormitorio de matrimonio y los dejó encima del secreter. Al poco tiempo, Eloise entró con ropa planchada de Gabriel y, al verlos, preguntó:

—¿De dónde has sacado esos juguetes?

—Estaban guardados en la buhardilla. Son míos, de cuando era pequeña.

Eloise colocó las prendas en el armario, se acercó al secreter y los cogió observándolos con admiración.

—Son preciosos, parecen de anticuario.

—Lo son, están hechos por un gran artista. —Claire no reprimió un matiz orgulloso. Había averiguado que la técnica usada por Alexei para la dedicatoria se llamaba pirografía, y confirmaba que no solo era ebanista, sino que también dominaba con habilidad otros recursos para embellecer la madera. Sonrió, mirando a Eloise y dijo—: Alexei Barinov, mi abuelo, o para ti: Alec Barn.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con el ceño arrugado—. ¿Te has vuelto loca?

—No, era el padre de mi padre, pero mejor te lo cuento otro día.

—¿Pretendes que salga de aquí sin saber de qué estás hablando?

—Por favor, Elo, es una historia muy larga y ahora no tengo ánimo.

—Me da igual —dijo en un tono severo, se sentó en la cama y cruzó los brazos—. Tengo todo el tiempo del mundo.

Conforme Eloise fue escuchando la historia, Claire percibió el cambio en el rostro de la mujer, pasando del enfado al asombro, de la incredulidad al arrepentimiento o del desdén a la comprensión.

—Estoy segura de que las cosas habrían sido diferentes para él si mamá lo hubiese sabido, pero ya no puedo cambiarlo, solo puedo ir a verlo e intentar estar a su lado durante los años que viva.

—Ten clarísimo que no sabía nada, Claire. Cuando murió tu abuelo me contó que Alec intentó ayudar económicamente a tu padre para salvar la factoría, y estuvo a punto de aceptar, pero ella se lo impidió porque siempre había creído que ocultaba algo. Qué equivocada estaba —comentó Eloise, suspiró y negó entornando los ojos—. No sé por qué a veces las personas nos obcecamos, ni por qué nos formamos ideas erróneas de otras, pero ni en sueños tu madre

pensó que era el padre biológico de Chris.

—Eso puedo suponerlo, Elo, pero la actitud del abuelo con él y que mantuviera en secreto la adopción es lo que no entiendo; papá tenía derecho a saberlo.

—Sí, habría sido lo justo, pero quédate con que él le tenía mucho cariño a Alec y no se dejó influenciar por tu madre; aunque sea una lástima que desde entonces no viniera más por aquí. Me da pena porque durante años lo he visto por el pueblo y nunca quise entablar ninguna conversación con él, pese a que siempre me saludaba. Sabía que tenía buena fama por sus trabajos, dónde vivía y que nunca dio un escándalo; pero creí a tu madre y no vi más allá.

—Lo hecho, hecho está.

—Cuando lo veas, pídele disculpas en mi nombre, por favor.

—Intentaré que venga algún día, quizá puedas hacerlo tú misma.

—Lo haré, Claire.

Para Eloise era importante rectificar, y salió más tranquila al comprender que Claire tenía el propósito de hacerlo.

Cuando esa tarde Gabriel llegó del banco, hablaron durante la comida de los juguetes, de la visita a Alexei y de las fotografías que Claire todavía tenía pendientes. Gabriel no se sorprendió de nada, excepto por su posado con Shu en el jardín; eso consiguió inquietarlo.

—¿Eres consciente de que estamos en febrero?

—Claro que sí. Haré todas las pruebas sin ti, no te preocupes.

—Mira la previsión del tiempo para el sábado, no me gustaría morir congelado.

—Descuida, tienes que darme muchos más instantes preciosos.

—Estoy impaciente —replicó con ironía, cogió la marioneta de Pinocho y pasó observándola unos segundos—. ¿Estás nerviosa por conocerlo?

—Te mentiría si dijera que no. Pero no sé distinguir si son nervios o preocupación. Es un anciano, cariño, y no me gustaría inquietarlo si es cierto que mi abuelo interfirió para que Margaret no viniera. Para él fue el amigo que cuidó a su hijo y le procuró la buena vida que creyó no podría darle.

—Él y Margaret accedieron a darlo en adopción, por mucho que quisieran reclamarlo, Charles era ante la ley su padre legítimo. Estás dando por hecho una conjetura de Marion, y quizá las cosas no ocurrieron así.

—Pero Alexei en una de las cartas cuenta que Margaret estaba arrepentida.

—Por supuesto, y seguramente lo estuvo toda su vida, pero eso no quiere decir que fuese a abandonar Inglaterra para venir a buscarlo. No lo pienses más y deja que él te lo cuente.

—Si quiere, no voy a forzar ninguna situación violenta.

—Claire, ese hombre buscó lo mejor para su hijo y de forma indirecta ha estado siempre con vosotros. Tú misma me has dicho infinidad de veces que es un gran artista, y que debió codearse con lo mejorcito de la época. Para poder hacer eso tenía que viajar, ten en cuenta que Craig Lyndon trabajó para él solo los últimos años de su carrera. No me parece descabellada su decisión. Tenía libertad para moverse, sabía que su hijo estaba atendido y encima podía verlo cuando quería. Que Margaret pensara venir no es algo que tu abuelo Charles tuviera que saber. ¿Quién te ha dicho que Iris se lo dijo? —preguntó seco—. Las cartas están en ruso, pudo ocultárselo. Marion conoció a un matrimonio amargado, pero no significa que se casaran por ningún interés y mucho menos que tu abuelo sobornara a Sigmund Sabo para hacerlo.

—Con certeza, solo sabemos que Alexei le pidió ayuda al abuelo cuando supo que Margaret tenía intención de dar en adopción a mi padre y que mi abuelo se casó con Iris, los trajo y ocultó a todos que su hijo era adoptado. Pero podemos suponer que Alexei nunca olvidó a Margaret, y Marion dice que ella tampoco lo olvidó a él.

—De acuerdo, pero no olvidar a una persona no quiere decir que siguiera amándola. Puedes recordar y seguir adelante con tu vida, volver a enamorarte o no, como le pasó a tu abuelo, pero que Alexei le dijera a su hermana que Margaret estaba arrepentida no inculpa a nadie, solo a ellos mismos. Si era cierto que Margaret pensaba recuperar a su hijo y Alexei estaba de acuerdo ¿por qué no lo hicieron?

—No lo sé. Ella era adolescente cuando dio a luz. Si vemos las cosas con otra perspectiva, quizá tengas razón.

—Ponte en la situación de Margaret. Tus padres te tienen muy controlada, conoces a un extranjero mayor que tú, te seduce y te deja embarazada. Como tu familia no aprueba una boda, te manipulan para que des al niño en adopción. Y tu querido amante, en vez de dar la cara y luchar por esa relación, desaparece y te deja sola; eso sí, se preocupa porque la criatura esté con alguien de confianza y echa mano de un amigo que sabe está desesperado por tener una familia. Después, cuando estás deprimida, os carteáis durante unos meses, pero como no tienes esperanza vas conformándote. Conoces o ya conocías a un joven de una familia con buena reputación y dinero, te deslumbra y no le cuentas que has tenido un hijo con un carpintero ruso; os

enamoráis y os casáis sin estar coaccionados; en poco tiempo vuelves a quedarte embarazada y tienes a tu segundo hijo, pero tu matrimonio no es lo que esperas ¿qué haces? —preguntó con una pizca de sarcasmo—, te refugias en el recuerdo de ese amor arrollador que nunca supiste si habría continuado en otras circunstancias, vives en una fantasía y, claramente, no olvidas al hijo que diste en adopción.

—No sabemos si mantuvieron correspondencia durante toda su vida. Alexei tampoco la olvidó.

Cansado, Gabriel bufó.

—Qué pesada —dijo entornando los ojos—. Él vivía aquí, estaba en contacto con tu padre, es normal que hablaran entre ellos. Eso podrá aclarártelo.

—Sé que tienes razón. —Claire le tocó la mano—. No te enfades.

—No estoy enfadado, pero necesito que no te centres solo en una maravillosa historia de desamor porque puedes llevarte un chasco. Mira a Elo o Ethel, o a tu madre, pensaban que Alexei tenía malas intenciones contigo, en cambio se equivocaron y no quisieron darle una oportunidad. Sabes mejor que nadie que las apariencias a veces engañan y pueden hacer mucho daño, deja que él te explique su versión y deja de pensar que tu abuelo los traicionó —dijo severo—. Me fastidia que la memoria de un hombre honorable, que no puede defenderse, se ensucie con suposiciones cuando no hay ninguna prueba. Pecó por querer salvaguardar la paternidad de su hijo, no te lo discuto, pero de ahí a pensar que pagó a un hombre para fastidiar la vida de otro, del que fue amigo hasta su muerte, me parece muy injusto.

—Lo sé, pero dándole tantas vueltas ya lo veo hasta razonable.

—Pues para mí no lo es. —Gabriel sacudió la cabeza con una mueca despectiva—. Tu abuelo Charles fue un luchador, debió ser también sensible por cómo hizo esta casa, y desde luego fue un buen hombre al permitir que Alexei no perdiera el contacto con tu padre. Déjalo descansar en paz, cariño, se merece todo nuestro respeto.

—Lo tiene —admitió emocionada—, solo tengo buenos recuerdos suyos, y pensar que actuó con esa bajeza me está suponiendo muchas horas de pensamientos contradictorios.

—Hazme caso y olvídalos. Intentaremos aclarar con Alexei lo que podamos.

—Gracias, cariño, eres el sensato de los dos. Me has ayudado mucho.

—De nada, ya sabes que estoy a tus órdenes.

Nada más terminar la frase, Gabriel se arrepintió de verdad observando la malicia divertida en los ojos de su mujer; brillaban con un destello deslumbrante que interpretó como mal augurio por cualquier idea inspiradora con esa sesión de fotos tan estimulante para ella como desalentadora para él.

Unos días después, Claire estaba a punto de entrar en la cocina cuando el olor de los puerros que Ethel preparaba le provocó una arcada. Salió corriendo hacia el cuarto de baño y vomitó el desayuno completo. Terminó resollando, se refrescó la cara viéndose pálida en el espejo y se lavó los dientes para quitarse el amargor en la boca; aunque la ansiedad seguía en la garganta. Creyó estar incubando algún virus y se tumbó en la cama esperando aliviarse con algo de descanso.

—Claire, nos vamos —dijo Ethel, abrió la puerta de la habitación y entró, pero no esperaba que estuviera acostada a esas horas—. No entiendo cómo puedes dormirte después de haber desayunado, es muy tarde para estar en la cama.

—No estoy dormida y acabo de echarme, he estado toda la mañana trabajando.

—¿Estás enferma?

—Creo que sí, me encuentro mal.

Ethel le tocó la frente.

—No tienes fiebre. Será agotamiento por tanto viaje y la exposición. ¿Quieres que te traiga aquí la comida? Gabriel aún tardará un rato en llegar.

—No, acabo de vomitar. —Claire hizo un gesto de asco con la boca—. Déjame descansar. Luego comeré algo con él.

—Vale, y relájate un poco; tanto estrés no es bueno.

Claire suspiró asintiendo. En cuanto salió Ethel, cerró los ojos y trató de no pensar, pero no conseguía quitarse la ansiedad ni un dolor abdominal similar al que solía tener los días previos a la regla. Cayó en que estaba retrasándose y no era normal en ella.

Un poco antes de que Gabriel llegara, Claire se levantó y fue a la cocina para poner la mesa, donde la recibió el mismo olor de una comida que le gustaba mucho pero volvió a asquearla. Se entretuvo jugueteando con Shu, que pareció advertir ese malestar y mimosa apoyó la cabeza en sus piernas. Duró hasta que salió disparada hacia el vestíbulo. Claire creía que conocía el sonido del motor del coche, ya que siempre se adelantaba unos minutos hasta que Gabriel abría la puerta y entraba. Shu hizo los honores mientras Claire servía un único

plato con la crema de puerros y otro con un trozo pequeño de carne.

—Hola, cariño —saludó Gabriel, la besó en los labios y se quitó la chaqueta del traje, colocándola detrás de la silla. Al sentarse en la mesa, vio que Claire no tenía crema y, bastante extrañado, preguntó—. ¿Por qué no comes puerros?

—No puedo, me encuentro regular.

—¿Estás enferma?

—Creo que no —respondió atenta a sus ojos—. Me temo que es otra cosa —dijo insinuando una sonrisa. Gabriel juntó las cejas, concentrado. Para apaciguar la preocupación que advirtió, añadió—: Es posible que nuestro esfuerzo esté de camino, el lunes pediré cita con Julia.

Con un ojo medio cerrado, Gabriel procesó la información.

—¿Estás diciéndome lo que creo haber entendido?

Claire movió la cabeza afirmando. La plata de Gabriel nadó aturdida en un mar de felicidad. Se levantó y la abrazó con fuerza, parecía querer fundirla en su cuerpo.

—Cariño —dijo Claire, sujetándole la cara—, no lo he confirmado y hasta que no me vea Julia no quiero que nos hagamos ilusiones, pero tenía que decírtelo.

—No voy a aguantar hasta el lunes con la incertidumbre. Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas?

Gabriel cogió la correa de Shu y salió de la casa como un rayo. Sin saber qué pensar, Claire se quedó pasmada en mitad de la cocina. Se sentó en la mesa y empezó a marear el trocito de carne que cortó, pensando en que no debería haberle dicho nada por ahorrarse un fin de semana de locos.

Ni diez minutos después, regresó Gabriel con una bolsa de la farmacia.

—Vamos —dijo, sujetándola de la mano—, salgamos de dudas.

Casi la arrastró directo hacia el dormitorio. Sonriente e incrédula, Claire entró en el baño con un test de embarazo ignorando que Gabriel se paseaba por delante de los ventanales rayando el histerismo. Poco después, cuando vio una sonrisa de oreja a oreja, confirmó la mejor noticia de su vida y se vio desbordado. Claire lo guió hasta el sillón y se sentó en sus piernas para calmarlo con un abrazo lleno de ternura que consiguió un efecto contrario y arrancó de sus ojos todas las lágrimas reprimidas durante meses al creer que jamás llegaría ese día.

Con la cabeza medio perdida entre el cabello de Claire, tardó

varios segundos en poder expresarse con palabras:

—De tener la esperanza bajo mínimos, he pasado a rozar la felicidad absoluta. Te amo y con este hijo cumplo todos mis sueños, gracias.

—Esperemos que todo vaya bien, quedan un montón de meses.

—Ya verás cómo sí, yo te cuidaré.

Cuando el lunes por la mañana Claire acudió al Scotia para recoger a Gabriel, no esperaba toparse con Cybill hablando con William. Aun así, saludó con una sonrisa leve pasando de largo hacia la escalera. En la primera planta la actividad de los empleados impidió que ninguno le prestara atención. Llamó con dos toques suaves en la puerta del despacho y, en cuanto escuchó la voz firme de su marido, abrió para ver una sonrisa alegre que evaporó de golpe una molesta aparición nada agradable.

Gabriel se levantó y la abrazó después de darle un beso corto en los labios.

—Estás muy guapa —comentó, echando un vistazo al gorro rojo, un vestido negro de punto y las botas altas que tenían la facultad de avivar algunos recuerdos demasiado lascivos—. Dame un minuto y nos vamos.

Mientras el Inquisidor feliz ordenaba los documentos repartidos encima de la mesa, Claire recorría con una mirada lenta su imagen con un traje azul marino. También él merecía algún piropo; aunque la impaciencia e ilusión eclipsaban el repaso. Recordó el fin de semana cuando no paró de mimarla, fue condescendiente hasta decir basta y, de manera sorpresiva, ni rechistó por el frío durante varias horas. Corrió constantemente por el jardín nevado detrás de su pareja artística y posó relajado siguiendo sus exigencias, algunas solo para hacerlo rabiar ya que esas fotos nunca verían la luz. Pero estuvo inmenso y la dejó a sus anchas hasta que se apiadó y concluyeron la sesión. Gracias a él y a Shu contaba con suficientes imágenes para varias exposiciones más o para empapelar la casa entera; el nuevo material tenía tantas posibilidades como anécdotas divertidas, un dinamismo alocado, ternura desbordante y, lo principal para Claire, un cariño incondicional recíproco.

Bajaron de la mano y salieron a la calle sin que Gabriel advirtiera la presencia de Cybill, concentrado en la visita a la doctora Julia Mills. No necesitó ninguna indicación para llegar al barrio cercano al Avalon Mall donde estaba la consulta. Creyó poder

encontrarla con los ojos cerrados tras preguntarle insistente la ubicación exacta a Claire durante el domingo, muchas veces, además de buscarla en Internet por si acaso fallaba su sentido de la orientación; nada podía retrasar que confirmaran el embarazo.

Después de saludar a Julia, que esa vez sorprendió a Claire con el cabello aún más corto teñido de color casi naranja, entraron en la sala de exploración y comenzó el examen ante la presencia silenciosa de Gabriel. Estaba totalmente inmóvil, alternando los ojos entre el abdomen de Claire y la pantalla del ecógrafo. Aquella imagen difusa era complicada de analizar para un novato como él, pero logró dominar los nervios gracias a la seguridad que percibió en los movimientos de la doctora.

Pletóricos llegaron a su casa. En el vestíbulo coincidieron con Eloise y Ethel, que se ponían los abrigos para irse hasta el día siguiente. Mientras Claire las saludaba, agachado, Gabriel correspondía a Shu. Ethel, al verlo tan contento, dijo:

—Hoy te has dado mucha prisa, pero no he hecho ninguno de tus preferidos por aquello de compensar.

—No me importa, sabes que me gusta todo lo que haces —comentó, poniéndose de pie, se quitó el abrigo y colocó la mano en el hombro de Claire. Inclinó la cabeza y la besó en la mejilla—. Nada puede cambiar que hoy sea un hombre feliz.

—¿Has hecho otro pedido de jamón?

—No. Tengo encargado algo mejor —respondió mostrando la perfección blanca de toda su dentadura—, muchísimo mejor, ya lo verás.

Claire apretó los labios disimulando una sonrisa, estaba intrigando a Ethel y había conseguido captar la atención de Eloise.

—¿Mejor que tu jamón español? —preguntó Ethel, desviando un segundo los ojos hacia Claire—. Pues como no sea algún vino de esos raros que te gustan…

—¿Dónde lo has encargado? —Eloise trató de buscar pistas—. Porque el pedido de Nueva York ha llegado esta mañana.

—No tengo muy claro dónde hice el encargo —dijo casual—, pero sí cómo. Es posible que venga de Nueva York, aunque Quebec también podría ser, ni idea.

—Cariño, por favor —dijo Claire en un fingido reproche—, no des detalles.

—Anda, Elo, vámonos. —Ethel, resignada, negó despacio—. Ya lo averiguaremos, a fin de cuentas, siempre probamos lo que

compra. No creo que tarde mucho en llegar.

—¿Aguantarás hasta octubre?

—¿Qué has comprado?

Al preguntar, Eloise frunció los ojos y la boca, turnando la vista entre ellos.

—No he dicho que haya comprado nada. —Gabriel encogió los hombros—. Está encargado aquí.

Tocó el vientre plano de Claire, que ya no se reprimió más y rompió a reír con una carcajada, seguida por la suya mientras las Friars asimilaban la noticia. Después hubo algunas lágrimas mezcladas con exclamaciones alegres y muchos abrazos que mostraron un gran cariño compartido por los cuatro.

En cuanto volvió la calma, charlaban sentados en la mesa de la cocina.

—He pensado seguir yendo a la parroquia hasta el verano.

—¿De manera voluntaria?

—Sí, me lo paso bien y no andan sobrados de personal.

—Como quieras, pero vas a tener que multiplicarte. Llevas demasiadas cosas para adelante, entenderán si dejas de ir.

—Lo sé, pero no quiero decepcionar a Tim —dijo Claire, metió la cuchara en el plato de sopa y se la llevó a la boca. Afortunadamente, la doctora le recetó un jarabe para las náuseas matinales y la tranquilizó al explicarle que durarían solo el primer trimestre y, excepto la comida que su olfato rechazaba, tenía intención de comer variado durante todo el embarazo. Sonrió recordando al travieso pelirrojo—. Me gustaría que lo conocieras, es muy gracioso.

—Seguro, cariño. —Gabriel la observó unos segundos, comprendiendo esa faceta solidaria—. ¿Por qué no hablas con su abuelo para traértelo aquí algunas tardes en vez de ir tú?

—¿En serio? —Claire elevó las cejas—. Creía que no te gustaba.

—¿Tim? —preguntó muy sorprendido—. No sé por qué piensas eso. Una cosa es que me molestara que tuvieras que ir para cumplir una condena y otra que invites a un niño a nuestra casa. Por mi parte puede venir cuando quiera, seguro que le gusta estar con Shu y para ti es menos follón.

—Hablaré con su abuelo, a ver qué dice.

Animada ante esa nueva perspectiva, Claire no paró de hacer planes. Poco a poco iba encauzando su vida por el camino que Gabriel señalaba. Sin equivocarse la guiaba mostrándole su apoyo, incitándola a no pararse.

En la consulta del doctor Sawyer, Elizabeth escuchó atenta las recomendaciones en una de las últimas visitas antes del parto. Por una reunión fuera de la ciudad, Jack no pudo acompañar a Cora y delegó en ella. El médico tenía previsto coger vacaciones la última quincena de abril, pero les aseguró que el embarazo seguía su curso con normalidad y que estaría presente cuando Ethan llegara durante los primeros días de mayo. Cuando Cora explicó que había tenido varias reacciones, Elizabeth se preocupó; en cambio, el hombre no le dio importancia después de comprobar los análisis de sangre y ver al niño perfectamente con un peso adecuado.

Abandonaron el edificio para reunirse con John, que las esperaba en Bruno´s. Cogieron un taxi en la puerta y, después de que Elizabeth le diera al conductor la dirección del restaurante, comentó:

—¿Jack sabe que has tenido varias reacciones más?

—No, preferí no decírselo para no tener que salir corriendo a urgencias. Se ataca y me pone histérica.

Elizabeth sonrió, sabiendo a quién responsabilizar por ese carácter impulsivo.

—Está como loco con el niño, nunca pensé que lo vería así.

—Todo ha ido un poco rápido entre nosotros —dijo Cora—, pero estoy viviendo con él la etapa más feliz de mi vida.

—No te lo he dicho porque para mí verlo bien, al igual que a sus hermanos, es lo principal, pero cuando se vino sin darme explicaciones pasé muchas horas pensando qué le había ocurrido para dejarlo todo de repente. En el fondo me alegre porque volvía a tenerlo conmigo, pero ni de lejos imaginé la verdad. —Elizabeth acarició el brazo de Cora—. Es una lástima el tiempo que habéis malgastado, aunque a veces es necesario perder para valorar mejor cuando se gana.

—Esos años fueron horribles para mí —murmuró Cora—, creí que me había dejado porque estaba arrepentido y me encerré en mí misma fastidiándome o haciéndole a Gabe la vida imposible. No sabes cuánto agradezco tu comprensión. Entiendo que son tus hijos y te duelan, pero jamás, jamás, quise hacerle daño a ninguno; las cosas surgieron sin que pudiéramos evitarlo.

—No tienes que darme explicaciones, tengo ojos y los veo felices. Y estoy muy orgullosa de los tres, pero sobre todo admiro como Jack y Gabe han sabido entenderse y eso es gracias a ti y a Claire.

—Para mí también es importante que Gabe esté bien, lo quiero mucho. Es un buen hombre y no se merecía estar conmigo, necesitaba a alguien que realmente lo amara y me alegro muchísimo

de que Claire apareciera en su vida, están muy enamorados y solo puedo desearles lo mejor.

Antes de bajar del taxi, Elizabeth descubrió a John en la puerta del restaurante hablando por el móvil. Sonreía contento. En cuanto las vio, se guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo. Se acercó risueño, ajeno a que Cora se imaginó a un Jack maduro o Elizabeth admiró su porte distinguido.

—Hola, mi amor —saludó John dándole un beso en los labios, giró la cabeza hacia Cora y la besó en la mejilla—. Estás preciosa, ¿qué te ha dicho el médico?

—Todo perfecto —respondió Cora alegre. John abrió la puerta del restaurante y les cedió el paso—. Se te ve contento, estás fantástico.

—No es para menos, acabo de hablar con Gabe. Claire está embarazada.

Elizabeth abrió los ojos como platos y se llevó una mano a la boca para contener la emoción delante de un montón de extraños que comían sin levantar la voz ni reprimir observarlos. John trató de relajarla con un abrazo mientras Cora también compartía la buena noticia acariciándose el vientre al sentir uno de los muchos movimientos del bebé; igual de revoltoso que Jack cuando se impacientaba por cualquier cosa, y el hambre era una de ellas.

Cuando ya estaban sentados en la mesa y la conmoción había dado paso a una charla distendida, Elizabeth tocó un tema que Cora evitaba con Jack porque no admitía negociaciones.

—Si a ti no te gusta, tendréis que buscar un nombre que os guste a los dos.

—No es que Ethan no me guste, pero prefiero Oliver o John —comentó Cora, sonriendo ante el gesto arrogante del abuelo—. Oliver no quiere ni oírlo y John es para el hijo de Gabe. Tendré que asumir que se llamará Ethan.

—Es absurdo, Cora —dijo Elizabeth—. ¿Y si Claire nunca tiene varones? No le hagas caso y llegad a un acuerdo intermedio.

—Beth, parece mentira que no conozcas a tu hijo, a cabezón no le gana nadie.

—Eso es dudoso. —Elizabeth lo miró con las cejas elevadas—. Es el que más se parece a ti.

—¿Estás diciéndome que en eso ha salido a mí?

Con una sonrisa que le ocupó todo el rostro, Elizabeth movió la cabeza afirmando. Esa alegría quedó fulminada en el acto viendo entrar a Lilian con el anciano que la acompañaba la última vez que tuvieron el placer de encontrársela. Sabía que en Nueva York las

posibilidades de repetir eran altas, pero nunca creyó que en poco más de una semana volverían a coincidir.

Elizabeth siguió sin pestañear el recorrido de la rubia por el local hasta que se paró con su pareja al lado de John, que dejó la servilleta encima de la mesa y se levantó encubriendo su sorpresa con cortesía.

—Hola, John, qué coincidencia.

—Hola —dijo seco, desvió la vista hacia el anciano y le tendió la mano—. Soy John Drake.

—Un placer, Rupert Tish. He escuchado hablar de usted.

—Siento no poder decir lo mismo —comentó John sin acritud. Por el apellido concluyó que estaba vinculado a la Tish Corporation, una de las mayores compañías del país con intereses diversificados en seguros, extracciones petrolíferas, hoteles de lujo y medios de comunicación—. Supongo que querrán comer, no quiero entretenerles.

—No se preocupe, Lilian no suele comer mucho —dijo con una sonrisa tierna al mirarla, quiso coger la mano de la rubia, pero ella se zafó disimuladamente; aunque John, Elizabeth y Cora lo advirtieron—. Tengo entendido que es usted el presidente del Scotia Bank.

—Era —dijo amable, correspondiendo a los modales correctos de Tish—. Me jubilé hace unos meses, antes de casarme de nuevo con mi esposa.

—Enhorabuena, nosotros nos casaremos en dos semanas, Lilian está impaciente y yo no debo perder el tiempo.

—Querido —interrumpió Lilian con un tono falso que John conocía a la perfección y le revolvió el estómago—, será mejor que dejes la conversación para otro momento, tenemos la mesa preparada.

—Sí, será lo más adecuado. Hasta otra, señor Drake.

Rupert Tish extendió el brazo, estrechó la mano con la de John e inclinando la cabeza se despidió de Elizabeth y Cora. Lilian fue a besarlo en la mejilla, pero se detuvo cuando percibió la advertencia silenciosa en unos ojos que no sabían mentir. En cuanto se alejaron, John se sentó y observó a Elizabeth unos segundos, tratando de adivinar sus pensamientos. Al notar la tensión, Cora quiso recuperar el buen humor y preguntó:

—¿Qué nombre os gusta a vosotros?

—El que elijáis estará bien —respondió Elizabeth, acarició la mano de John para hacerle saber que tenía intención de cumplir su palabra, pese a tardar un momento en reaccionar—. ¿Cuál te gusta, cariño?

—Los de nuestros hijos —afirmó serio. Al ver a Lilian con alguien que le doblaba la edad, fue consciente de la impresión que durante diez años le habría acompañado a él. Agradeciendo el esfuerzo de Elizabeth y Cora, esbozó una ligera sonrisa—. Ponedle Jack.

—Hablaré con él, pero está complicado —comentó Cora resignada— . Por cierto, ¿Claire os ha pedido nuevos posados para Londres?

—No —respondió John, aliviado ante una faceta que no llegaba a seducirlo—. ¿A Jack sí?

—Tampoco. —Cora negó despacio—. Supongo que estará martirizando a Gabe.

—Para eso es su marido, que pague algún peaje —comentó Elizabeth bromista—. Nosotros estamos mayores para tanta exhibición.

—No sé qué decirte… —Cora sonrió—. Triunfasteis.

—Habla por John, tiene un cuerpo para la lujuria.

Ahí fue cuando John borró a Lilian de su cabeza y se tiró en plancha a la piscina que la graciosa de su mujer había llenado de confianza para él solito.

—Gracias, cariño, pero mis partes nobles quedaban ocultas; sin embargo, las tuyas las vio todo el mundo, y hay que reconocer cuando a uno lo derrotan y tú fuiste la luz de esas fotografías.

—Menudo piropo, Elizabeth —dijo Cora con un gesto de satisfacción en la boca—. Ya me gustaría a mí que Jack me dijera algo así cuando tengamos vuestra edad.

—También lo hará, mis chicos son especiales, en eso los tres han salido a su padre.

Ajeno a la ironía que no quiso captar en esas palabras, John entrecerró los ojos, levantó la mano de Elizabeth y le besó el dorso con gentileza. No reparó en que Lilian estaba pendiente de ellos y vio la escena apretando los labios e ignorando la conversación de Tish.

Durante un buen rato, entretenidos, siguieron comiendo hasta que terminaron y John pidió la cuenta. Tras ayudar a Cora con el abrigo, John le colocó a Elizabeth el suyo con un beso de propina en el cuello. Y, de la mano, salieron del restaurante como una espléndida pareja madura para mortificar a Lilian sin pretenderlo.

A pesar de que John había sentido vergüenza al verla, esa sensación la mitigó el orgullo de tener a Elizabeth junto a él y la satisfacción de reconocer que mantendría intacto el resto de su vida el *in Principio et Semper meum Paradisum* grabado en sus alianzas; era un lema tan sagrado como la certeza de que nadie volvería a separarlos.

DIECISÉIS

Deer Lake, 5-3-13
Terranova y Labrador, Canadá

Al poner Claire los pies en el suelo del aparcamiento de Deer Lake Manor, Gabriel notó cómo tragaba despacio. Vio claramente el movimiento en su cuello.

—Todo va a ir bien, cariño, no te preocupes.

Claire inspiró hondo y sujetó con fuerza la mano de Gabriel. Miraron alrededor observando un edificio blanco con ventanales, bastante grande y de una sola planta, delante del lago y dos caminos con una hilera de casitas blancas adosadas. Todo reflejaba pulcritud y un esmerado cuidado. Anduvieron por adoquines formando mosaicos de colores, limpios, sin rastro de nieve, y dejaron atrás bancos de hierro forjado, farolas, papeleras parecidas a las del Londres más clásico, un mini campo de golf y un embarcadero privado donde vieron varios yates pequeños.

Las nubes grises que amenazaron lluvia durante las seis horas de trayecto desde San Juan empezaron a descargar cuando Gabriel abrió la puerta del edificio y empujó con suavidad la espalda de Claire incitándola a entrar. El interior era como el de cualquier hotel de lujo, brillante y amplio. En un mostrador alargado había dos mujeres uniformadas con chaquetas y pantalones blancos, dejaron de hablar entre ellas y los miraron al acercarse.

—Hola, buenos días —saludó Claire—, venimos a ver al señor Alec Barn.

—Buenos días —dijo una de las mujeres sonriendo con tibieza —, dígame su nombre, por favor —pidió formal. Nada más oírla, Claire se identificó, la mujer sacó un registro de entrada y le marcó dónde debía firmar—. El señor Barn está en el jardín.

—Ha empezado a llover —comentó Gabriel observando el aguacero.

—Eso no es impedimento para él —dijo la otra mujer en un tono jocoso—. Búsquenlo cerca del campo de golf, hay un cenador. A Alec le gusta pasar allí el tiempo.

Con amabilidad les prestaron un paraguas y salieron del edificio. Gabriel entrelazó los dedos a los de Claire y la condujo hasta que vieron la estructura circular de madera, con el tejado cubierto de vegetación y dos escalones rodeándola para elevarla del suelo. Los dos

se centraron en el hombre sentado de espaldas a ellos. A unos metros, Claire se detuvo e intentó sosegar el ritmo loco de su corazón; Gabriel apretó su mano y se inclinó para hablarle al oído:

—Cariño, has llegado hasta aquí, estoy contigo.

Claire asintió y siguieron andando.

—Liosha. —El susurro de Claire sobresalió al ruido de la lluvia. Alexei se levantó y giró el cuerpo. Pese a tener cerca de noventa años no los aparentaba. Era alto, muy delgado y tenía la espalda algo encorvada; el cabello espeso totalmente blanco; el rostro con pocas arrugas, los pómulos muy marcados y los ojos hundidos aunque eran expresivos de un azul intenso, y estaban inmóviles observándola. Cuando vieron caer una lágrima lenta por su mejilla, Claire se acercó y también liberó las que contenía—. *Дед* —pronunció en ruso el mismo «*died*», o abuelo, que él le escribió en la marioneta.

La sonrisa de Alexei apremió a Claire para abrazarlo. Gabriel observó a un anciano que cerró los ojos apretando a Claire bajo su cuerpo, vio en ese gesto el alivio profundo de quien recorre un largo camino y por fin alcanza la meta. Durante unos minutos consolaron sus conciencias con contacto hasta que se separaron y Alexei acarició la cara de Claire.

—Eres una mujer hermosa —dijo sin poder apartar los ojos de los suyos, iguales a los de Chris, también heredados de Margaret. Entendió que ambos habían descubierto el secreto de Charles y que si estaban ahí sería para oír la historia que ellos pretendieron mantener injustamente oculta—. No esperaba este día.

—Yo sí, abuelo, llevo soñando con él muchos meses. —Claire sonrió, miró un instante a Gabriel—. Te presento a mi marido, Gabriel Drake.

—Sé quién eres —dijo, estrechándole la mano—. Llegaste a San Juan poco antes de que yo me marchara.

—Es un honor conocerlo, aparte de que sea el abuelo de Claire soy un gran admirador de su trabajo.

—Muchas gracias, también te admiro por cuidarla, me preocupé mucho cuando murió Grace —comentó sereno, fijó los ojos en Claire y esbozando una sonrisa apenada añadió—. Estuve en su entierro y te vi muy mal, siento mucho su muerte.

—Tenemos tantas cosas de que hablar que no sé por dónde empezar, pero una de las más importantes es pedirte disculpas en nombre de mi madre, tenía una idea equivocada de ti y por una terrible circunstancia pagaste nuestros miedos.

—Conozco toda tu vida, Claire. Sé lo ocurrido el 23 de abril del 2003. Perdoné a tu madre porque la comprendí, no te preocupes

por eso. Me conformé con verte de vez en cuando aunque sabía que no estabas pasándolo bien, por eso cuando apareciste tú —dijo mirando a Gabriel— decidí dejar el pueblo y venirme aquí, en cuanto te instalaste en el Boreal Róis supe que nunca te irías. Esa casa tiene magia, respira a través de las paredes y atrapa el alma de quien siente la belleza.

—Tiene razón —admitió Gabriel—, es un espectáculo para los sentidos y es gracias a su trabajo.

—Tuve la suerte de conocer a Charlie en un momento crucial para mí, y me dejó libertad total para hacer toda la carpintería mientras predominara el art-nouveau.

—Tengo entendido que fue un gran amigo para usted.

—Llámame Liosha, solo los más íntimos lo hicieron y me gustaría que fueras uno de ellos.

—Será un placer para mí.

—¿Te importa que hablemos del abuelo? —preguntó Claire con un gesto compungido—. No es mi intención remover el pasado, pero necesito comprender algunas cosas que ocurrieron y nunca he sabido.

—No es ningún problema para mí hablarte de tu abuelo —afirmó con una sonrisa tibia, fijó la vista en Gabriel y añadió—. Y no, no fue un amigo para mí; fue mucho más, me salvó la vida, me ayudó cuando más lo necesitaba y se hizo cargo de mi hijo y de mi hermana sin pedirme nada a cambio, y te aseguro que Chris fue muy feliz con él pese a la muerte de Irina. —Alexei se sentó en el banco que rodeaba el interior del cenador, sin soltar la mano de Claire en ningún momento, con Gabriel acompañándolo al otro lado—. Solo tengo palabras de respeto y agradecimiento para él. Decidimos que nadie conociera mi verdadera identidad para proteger su reputación en el pueblo. Charlie era un empresario conocido por todos y no quiso quedar por embustero cuando empezó a sopesar contarle a Chris la verdad. Fui yo quien ocultó los papeles de la adopción, fabriqué el compartimento en la estantería con la intención de que nadie los descubriera nunca, y lo hice por voluntad propia —explicó sin ánimo de recordar la discusión más amarga entre ellos y, por supuesto, sin intención de responsabilizarlo; aquel lejano día marcó el destino de Chris, pero en ese instante mancillar la memoria de su amigo no ayudaría en nada a Claire y él hacía años que asumió y perdonó la grave negligencia que cometieron—. No penséis que me obligó, al contrario, tuve que convencerlo. Él creía que Chris debía saberlo, pero no consentí que nadie manchará su honorabilidad, se lo debía y jamás me arrepentí. Tuve la suerte de caerle bien a Chris, nos entendíamos y fuimos

amigos hasta aquel maldito día que se empeñó en ir a la plataforma para pedir trabajo.

—¿Intentó trabajar en *Hibernia*? —preguntó Claire.

—Sí, estaba desesperado. Llevaba desde el 96 arruinado después de pagar todas las deudas que generó la fábrica. Le rogué que aceptara mi ayuda sin poder decirle que todo lo que tenía era suyo, pero ocurrió el accidente y… terminó su agonía.

—Me gustaría que hablásemos de todo —dijo Claire, asimilando esa información para espesar con más bruma densa sucesos tergiversados en su recuerdo—. Pero no pretendo entristecerte, si no quieres lo comprenderé.

Alexei rodeó los hombros de Claire con el brazo.

—La tristeza desde hace un rato ya no forma parte de mi vida, dime qué quieres saber y si puedo responderte lo haré con gusto.

—Gracias. —Claire sonrió, miró a Gabriel, que cerró los ojos un segundo a modo de asentimiento, y preguntó—. ¿Cómo conociste a Margaret?

—Maggie, mi dulce Maggie —dijo antes de suspirar—. Cuando la conocí era una niña traviesa y consentida, un regalito; pero a Irina le gustaba y sus padres se portaban bien con ella. Empezó a trabajar para los Clainston a las pocas semanas de que llegáramos de Moscú. Tuvo suerte y para mí fue un alivio porque no quería quedarme en Europa, había oído que aquí podía ganar dinero rápido y no me daba miedo el clima ni la soledad. Que ella se quedara en Inglaterra con una buena familia, a salvo durante una guerra que solo trajo escasez y miseria fue una bendición para los dos.

—Llegaste y conociste al abuelo —comentó Claire al confirmar algo que Sean y ella habían dado por hecho—. ¿Trabajaste en la factoría?

—No, nunca. Fui a pedirle trabajo y salió el tema de la casa que estaba construyéndose, me comentó que el carpintero que había contratado no captaba el estilo que quería y estaba cansado de buscar. Vi el cielo abierto. —Alexei rió—. Reconozco que fui muy osado porque tenía poca experiencia, pero lo convencí, me esforcé como un jabato para no defraudarlo con los ventanales de su dormitorio, el de la planta baja, le gustaron y a partir de ahí me dio carta blanca para hacer el resto. Luego empecé a diseñar, me dijo cómo quería la escalera y la construimos. En un año terminé toda la carpintería interior. Los muebles los fui haciendo cuando me vine a vivir aquí. Ya tenía más soltura tallando y según sus peticiones iba planteándole ideas hasta que los dos veíamos lo mismo.

—¿Dónde aprendiste a tallar? —preguntó Gabriel muy

interesado—. Es lo más llamativo de todos tus muebles.

—En Nancy. Estuve seis años, justo en plena postguerra. Fue cuna de una de las escuelas más prestigiosas del art-nouveau.

Claire acababa de poner otra pieza en el rompecabezas; ahí estaba la laguna desde 1946 hasta 1952 que ni ella ni Sean habían sabido completar.

—En Estados Unidos también hubo gente muy importante —comentó Gabriel—. Algunos edificios de Nueva York están llenos de decoración modernista.

—No quiero entrar en una discusión que Charlie y yo teníamos muy a menudo —dijo con un brillo de soberbia en la mirada —, pero te diré lo mismo que le decía a él: Gaudí era modernista porque los españoles llamaron así al art-nouveau, y no hay que confundirlo con el art-déco, que es un sucedáneo posterior que se podía producir en masa y era menos elitista. La pena es que por esos mismos motivos pasó rápido de moda, aunque sirvió de inspiración para muchísimos artistas que durante el siglo pasado no quisieron olvidarlo. Para mí significó liberarme de imitaciones, salir de clichés anticuados o de moldes de escayola, podía dejar fluir la imaginación, sentir en mis manos todas y cada una de las fases de la madera. —Alexei las extendió y les mostró varias cicatrices parecidas a tajos de una navaja—. Viví para tallar. Amaba el olor al cepillarla, pude aprender a distinguir los diferentes tipos con los ojos cerrados —comentó bajando los párpados y aspirando profundamente—. El sutil a coco del roble americano, la vainilla del castaño o el peculiar a almendras tostadas del abeto canadiense. La tierra donde se hayan criado los árboles los marca aromáticamente, y al aserrar la madera se rompen los vasos leñosos que liberan resinas dejando una impronta inconfundible, me encantan esos olores.

—Una de las cosas que transmiten tus muebles es amor a tu profesión.

—Acabo de decírtelo, Gabriel, ha sido la gran pasión de mi vida.

—¿Y Maggie? —preguntó Claire—. Estuve en el taller y vi la gubia.

—Lo sé, me llamó Craig al día siguiente. ¿Qué quieres saber de ella?

—Era mi abuela —admitió Claire moviendo los hombros despreocupada—. Todo.

Alexei sacudió la cabeza y sonrió divertido.

—Con diez años era un tostón, pero la cosa cambió cuando la vi al volver de Francia. Tenía la intención de afincarme aquí con Irina,

pero el barco que íbamos a coger tuvo problemas y nos aplazaron la salida para septiembre. Casi todo el dinero que gané en la obra de Charlie me lo gasté en Francia, así que acepté el ofrecimiento del señor Clainston para realizarle un aparador en una casa que tenían en el campo, cerca de Londres. Era principios del verano de 1952. Maggie estaba allí con mi hermana y otra criada más hasta que sus padres llegaran de Liverpool. Supongo que le atrajo mi acento o vete a saber qué, pero la tenía todo el santo día alrededor, soy humano, era joven y ella se había convertido en una mujer preciosa, suponed el resto.

—Sería un golpe para vosotros el embarazo —comentó Gabriel serio.

—Para ella fue horrible. Intenté hablar con su padre, pero se puso hecho una fiera y me denunció por violación. —Alexei trató de sonreír, pero era uno de los recuerdos más agrios de aquellos días—. Estuve en la cárcel hasta que Maggie convenció a sus padres y retiraron los cargos. Le escribí a Charlie contándole mis problemas porque habíamos entablado una buena amistad y sabía que quería formar una familia, pero no tenía tiempo ni ganas de noviazgos largos.

—Creíamos que fueron los padres de Margaret quienes la obligaron a la adopción —dijo Claire, con otra incógnita más resuelta. Ahí comprendió que Alexei nunca la dejó sola, se vio privado de libertad por algo que le tocaba de forma demasiado hiriente; aunque con cada palabra de Alexei la figura de su abuelo se engrandecía, y la llenó de orgullo y admiración—. No debió ser fácil para ella.

—Ni para mí —comentó moviendo las mandíbulas—. Mi consuelo fue contar con el apoyo de Irina, se indignó por la actitud de los Clainston. También tuvimos mucha suerte con tu abuelo. Creo que se enamoró de ella nada más verla. Era una mujer muy noble y una belleza, quiso mucho a Chris y también amó a Charlie; aunque fue una desgracia que muriera tan joven sin poder darle otro hijo. —Alexei se emocionó hablando de su hermana y tardó unos segundos en poder continuar—. Yo no tenía intención de venir tan pronto, pero debía acompañar a mi amigo, él estuvo cuando lo necesité y en aquel momento no podía quedarse solo con Chris; se hundió y le costó bastante asumir la pérdida de Irina.

Claire acarició con ternura la mano de Alexei y preguntó:

—¿No volvió a enamorarse?

—No, se centró en la factoría y en Chris.

—¿Tú nunca te casaste?

—No, no podía ofrecer ninguna estabilidad y eso es lo que quieren las mujeres. Pero no fui ningún ermitaño, tenía mis escarceos.

—No lo dudó —comentó Gabriel sonriendo al escuchar la

aclaración—. Espero no molestarte con lo siguiente, pero a Claire y a mí nos ha supuesto muchas horas de intriga. Todo empezó para nosotros cuando reformamos la casa, el arquitecto encontró la carpeta que escondiste en la biblioteca. Aparte de los papeles de la adopción de Chris, encontramos varias cartas en ruso. Sé que no deberíamos haberlo hecho, pero las tradujimos. En ellas daba la impresión de que le contabas a Irina que Margaret tenía intención de reclamar a Chris.

Alexei sonrió con pocas ganas.

—Maggie me quería, pero prefirió seguir bajo la protección de sus padres a aventurarse en un país desconocido conmigo y nuestro hijo. Yo no estaba enamorado de ella, pero intenté asumir mis actos y le pedí que nos casáramos. Sé que de haber tenido posición o dinero todo habría sido diferente. Tenía momentos donde parecía estar convencida, pero siempre encontraba alguna razón para rechazarme —comentó con un gesto de indiferencia en los ojos y los labios—. Dejé de creer en ella porque me di cuenta de que era demasiado inmadura. Es posible que se viera desbordada un tiempo, sin embargo, en menos de un año, se casó con otro y no volví a tener noticias suyas hasta 1955.

—He tenido la suerte de conocer a su nuera —dijo Claire—, se llama Marion y es marchante de arte en Nueva York. Ha estado casada muchos años con Richard Sabo, el hijo que tuvo Margaret con su marido, también está muerto. Me ha asegurado que ninguno supo nada de ti ni de mi padre, y creo que puede no ser exacta la percepción que tienes de Margaret.

—Querida, Claire, la conocí, me dejé llevar sin pensar en las consecuencias y la odié. —Alexei recordó a la mujer que abandonó por Margaret y sintió el peso de la culpabilidad. Eran remordimientos por una conducta que debió controlar, que se le escapó de las manos y cuando quiso frenar fue imposible—. Con el paso del tiempo Maggie se convirtió en un acicate para mí, por eso puse su inicial en todos mis muebles, porque todos eran en su honor, todos me servían para mejorar y ganar prestigio, y eso no se consigue con amor, era el orgullo el que guiaba mis manos, siempre me empujaba a hacer diseños más atrevidos —dijo reflexivo, pareció perderse en sus pensamientos hasta que miró la hora y añadió—. ¿Os apetece comer?

—Sí —respondió Claire levantándose—, hemos venido a pasar el día contigo.

—¿Puedes salir de aquí cuando quieras?

—Por supuesto. —Alexei apretó la frente observando a Gabriel. Salieron del cenador y apreciaron que el intenso aguacero se había convertido en una fina llovizna, aunque parecía llegada del Polo

Norte—. Estoy aquí porque me gusta, está bien y tengo varios *amiguetes* muy competentes; son unos negados jugando al ajedrez, pero no pienso enseñarles, no me pesa desplumarlos.

—En eso Claire ha debido salir a ti, tampoco tiene reparos en aprovecharse de mí.

—Si no es muy indiscreto, ¿cómo se aprovecha?

—No le hagas caso, abuelo —replicó Claire, contenta andando en medio de los dos, dándole una mano a cada uno. Alexei sonrió escuchándola llamarlo abuelo con naturalidad—. Soy fotógrafa, por eso he conocido a Marion Sabo, y a veces le pido que pose para mí, aunque no lo lleva muy bien.

—Cariño, sé sincera, no omitas que me haces posar desnudo a la intemperie.

—Menuda suerte la tuya, Claire, me habría gustado tener a una modelo a mi disposición.

—¿Has dejado de tallar?

—No del todo porque es imposible, pero ahora solo hago regalitos para mis compañeros.

—¿Recuerdas la marioneta de Pinocho que me hiciste?

—Claro que sí, ¿te gustó?

—No sabía que la tenía hasta hace poco ¿A quién se la diste?

—A tu madre. Tuve mis serias dudas de que te la diera, pero en aquella época era medio correcta conmigo. No sé por qué nunca me aceptó, creí que era porque podía parecer que estaba aprovechándome de Charlie, me enviaba muchos clientes y solíamos pasar bastante tiempo juntos con Chris, incluso llegué a pensar que eran celos. Luego entendí que iba por otro camino y cuando murió mi hijo no quise repetir denuncias ni falsas acusaciones, pero me dolió mucho no poder estar a tu lado cuando volviste de Nueva York.

—¿Cómo sabías qué había ocurrido?

—Porque me sorprendió que dejara el negocio y contraté a un detective privado. Siento profundamente el dolor que tuviste que sentir.

—Ahora empiezo a poder hablar del tema, pero han sido años de tortura.

—Me lo imagino, pero el pasado no puede hacerte daño, céntrate en que tenéis por vivir un futuro lleno de felicidad.

—Estamos en ello —dijo Claire con una sonrisa de oreja a oreja. De pronto le vino a la cabeza un detalle que le contó Marion y no encajaba en la historia que acababa de contarles—. «Died», ¿por qué le mandaste a Margaret una foto tuya con mi padre y el abuelo?

—No lo sé, supongo que quise enseñarle lo bien que

estábamos. Aquella foto nos la hicieron en la factoría el día que Chris cumplió dos años. Nunca más coincidimos los tres en otra. Tengo algunas con Charlie y algunas con Chris, pero juntos no volvimos a hacernos ninguna más.

Aceptando ese capricho del destino, en pocos segundos retomaron la charla y llegaron al edificio principal. Alexei los guió hasta el comedor, donde recibió saludos amistosos por parte de algunos ancianos que se levantaron para conocer a Claire y a Gabriel. Los dos respondieron con agrado cuando los presentó como sus nietos. Comieron hablando de la residencia y del día a día que ocupaba el tiempo de Alexei.

—Liosha —dijo Gabriel—, ¿qué piensas hacer con la casa y el taller?

—¿Los quieres? —preguntó jocoso. Gabriel sonrió por ese sentido del humor; se notaba que conocerlos le había alegrado el corazón. Durante unos segundos, Alexei pensó la respuesta y, fijando los ojos en Claire, comentó—. Tú eres mi única heredera, aunque entiendo que no te sirva para nada todo lo que tengo allí. Cuando muera puedes hacer lo que quieras.

—Es una lástima que Craig no quiera intentarlo. —Claire habló seria—, me dijo que no tenía tu don para diseñar.

—Es lo más importante; tú debes saberlo. Craig es un operario, carece de imaginación y sin ella es imposible ser un artista.

—Te entiendo porque antes de hacer una fotografía ya la he visto en mi cabeza, siempre me pasa igual y hasta que no la veo con claridad no puedo realizarla.

Abuelo y nieta sintonizaron observados con atención por Gabriel.

—Claire me ha contado que la maquinaría que tienes en el taller es antigua.

—Tengo algunas de serie y otras modificadas por mí o por un mecánico muy competente que trabajó para Charlie en la fábrica.

—Cuando estuve allí —dijo Claire—, vi unas cajitas de madera con un número y un año escritos a lápiz, le pregunté a Craig, pero no supo decirme para qué las usabas.

—Mis queridos insectos… —Alexei soltó una carcajada que asombró a Claire y a Gabriel—. Me gusta la entomología. Cuando llegaba la primavera siempre salía al campo buscando mariposas, libélulas o cualquier otro insecto que me sirviera para hacer plantillas nuevas. Cada mueble lleva uno exclusivo, jamás repetí. Luego los embalsamaba con resina en esas cajas y me deshacía de ellos.

—¿Por qué no los conservaste? —preguntó Claire intrigada—.

Debían ser bonitos.

—Eran preciosos, pero tenían un destino. Estoy seguro de que Maggie todavía los tiene.

—Murió hace tres años, pero es posible que todavía estén en su casa. Marion me comentó que cerraron el piso y no volvieron a ir —dijo Claire, acarició la mano de Alexei al percibirlo aturdido—. Lo siento, creí que lo sabías.

—No. —Alexei negó despacio con la cabeza—. Solo tenía la dirección de la casa de Essex, se los enviaba allí porque sabía que le gustaban y era una forma de hacerle ver que seguía recordándola. Solo estuvimos juntos tres meses, no fueron los mejores de mi vida, pero esa mujer me marcó para siempre y ha sido una constante en mi carrera.

Barruntando no perder en el olvido unas obras maravillosas, Claire preguntó:

—¿Tienes algún registro de todos los trabajos que hiciste?

—Hasta que me jubilé, sí. Están guardados en mi casa.

—Sería interesante poder hacer un catálogo.

—Hice trabajos en los cinco continentes. A veces les hacía fotos antes de enviarlos, pero iba en función de lo satisfecho que quedara con el resultado o del tiempo que tuviera, creo que todavía debo tener carretes sin revelar.

—Me gustaría poder verlas —comentó Gabriel interesado, tuvo una idea y la soltó sin filtrar—. Marion podría organizar una exposición, incluyendo la maquinaría.

—Quiere venir a verte —comentó Claire risueña. Vio una mirada indiferente en los ojos de Alexei—. Está ayudándome mucho, es una señora muy interesante.

—Todos los marchantes son unos indeseables, ninguno aprecia el arte; encontrar a uno que lo haga es como buscar una aguja en un pajar. Solo quieren cifras, ventas y un gran negocio. Estará volcada contigo porque debes generarle grandes beneficios.

A Claire esas palabras hostiles le recordaron otras de Marion donde la palabra «negocio» siempre había estado presente; en cambio, estaba agradecida a ella por brindarle la oportunidad de llegar a más público y entendía que nadie trabaja por amor al arte, ¿o sí?

—A finales de mes tengo mi segunda exposición, en Londres. En la de Nueva York vendí todas las fotos y, aunque tienes razón, es comprensible que sea un negocio, también me genera buenos ingresos.

—Seguro —dijo Alexei, sonrió débilmente—, pero en cuanto el arte se mezcla con el dinero entran en lid otros intereses que pueden desvirtuar la inspiración para no dejarte nada más que un

molde de donde siempre sale lo mismo, los he detestado siempre; es la razón por la que me gustaba tanto el art-nouveau.

—Pero todos los artistas tienen su personalidad, un estilo propio y diferenciador. —Gabriel sirvió más vino en la copa de Alexei, en la suya y dejó la botella para coger la jarra de agua y rellenarle el vaso a Claire—. Tú mismo tienes unas características muy claras.

—Por supuesto, y Gaudí, Lalique, Majorelle, Klimt, Picasso, Gaugin…, todos los artistas de cualquier movimiento, la lista sería interminable; aunque una cosa es la impronta, ese sello peculiar de interpretar la realidad de cada uno, y otra es hacer chorradas e intentar que pasen por arte cuando solo se cambian colores o materiales y se repiten las obras.

—Bueno, esa opinión es discutible, abuelo. El arte es subjetivo, siempre que haya alguien dispuesto a admirar una obra puede ya considerarse arte.

—Te equivocas. Debe considerarse una creación, y hay unos parámetros que definen la belleza.

—No lo veo así —dijo Claire, apretó los labios y negó—. Para mí es arte toda creación capaz de conmover sentimientos, da igual que rocé las proporciones perfectas o sean manchas difusas, si capta mi atención y consigue que me detenga durante unos minutos a contemplarlo es tan válido como cualquier otro.

—Creo que no me entiendes, Claire. La misión del arte es como bien dices conmover, aunque hoy día no solo eso cuenta y puede manipularse muy bien la opinión general para vender. Eso cuando yo era joven no ocurría, si eras bueno triunfabas o no, dependía de varios factores, pero te aseguro que siendo un petardo no llegabas ni a la vuelta de la esquina.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Gabriel—, pero también opino que los verdaderos artistas prevalecen a modas y al paso del tiempo.

De pronto Alexei elevó las cejas y sonrió irónico.

—Pues con la reforma de Boreal Róis desmientes tus palabras.

—De eso nada —dijo Gabriel sonriendo—, cuando la veas comprobarás que hemos ampliado un poco más su grandeza.

—Me gustaría que vinieras a pasar unos días en cuanto volvamos de Londres —añadió Claire.

—No creo que haya ningún inconveniente, pero esto os pilla un poco lejos.

—Lo solucionaremos —comentó Gabriel.

—Cambiando de tema —dijo Claire, que necesitaba comprender algo que Sean nunca entendió y ella al ser pequeña

cuando ocurrió quedó al margen—. ¿Por qué el abuelo aguantó tanto con la factoría si estaba viendo que no tenía salvación?

—Acabo de explicártelo con el arte —dijo Alexei antes de terminar de masticar el filete a la plancha que había pedido de segundo—. Inundaron las costas de buques factoría, él creyó que había mercado para todos, pero se equivocó porque esquilmaron los bancos y ahogaron a los pequeños pescadores que faenaban con artes tradicionales. En el fondo las personas queremos disfrutar de placeres a bajo precio, pagar el doble aunque sepas que con eso estás ayudando a la conservación del medio ambiente solo lo aceptan unos pocos muy concienciados o quienes tienen dinero de sobra. Charlie era un trabajador infatigable, pero también fue un romántico que creyó en las promesas del Gobierno. Para que la fábrica hubiese salido adelante necesitaba modernizarla con maquinaría y prescindir de la mayor parte de la mano de obra. Chris trató de hacerlo cuando murió, pero invirtió demasiado y no pudo hacer frente a las deudas.

—Menos mal que no vendió los pisos, gracias a ellos mamá y yo pudimos salir adelante.

Alexei levantó un instante la vista y la bajó, ajeno a que Gabriel percibió en sus ojos la confirmación de un hecho insólito.

—Es raro que en tanto tiempo jamás hayas tenido ningún problema con los inquilinos —comentó Gabriel atento a Claire, aunque no era la destinataria de sus palabras—. ¿Siempre han sido los mismos?

—La verdad es que no lo sé. Los contratos de arrendamiento los lleva una inmobiliaria de San Juan. No los conozco personalmente, pero pagan puntuales todos los meses.

—Es toda una suerte —dijo Gabriel. Entendió el porqué de ese comportamiento modélico en doce años, apostaría el cuello por Alexei como único responsable de esos ingresos que ayudaron a Grace en un momento delicado, pese a prohibirle cualquier acercamiento. También creyó conveniente que cesaran, no los necesitaban y no iba a consentirlos—. Hablaré con la inmobiliaria para saber quiénes son.

Otra vez unos ojos azules lo miraron fijamente. Alexei sonrió breve apretando los labios en una muda conversación paralela donde Claire no se enteró de nada, pendiente a algunas simpáticas ancianas que no paraban de saludarla al ser la novedad que había roto su rutina.

Tomaron café sentados en el salón del bungaló de Alexei. Con una agilidad y disposición propia de alguien con menos edad, se manejó muy bien en la pequeña cocina rechazando cualquier ayuda. Luego, quiso ver las fotografías de Claire. Entre entusiasmada y

temerosa, gracias a la web de Marion, pudo hacerle un tour bastante descriptivo por la exposición. Alexei no reparó en halagos ni tampoco en exclamaciones divertidas. Los tres estaban disfrutando ese día; cada uno por motivos diferentes, pero todos vinculados al cariño, la gratitud y el perdón.

Claire sacó el móvil y lo fotografió junto a Gabriel para después salir ella sonriente a su lado.

—Creo que deberías saber que el próximo mes de octubre tendrás un bisnieto.

Al oírla, los ojos del anciano brillaron con luz propia. Abrazó a Claire y a Gabriel, algo tímidos al recibir la enhorabuena ante la falta de costumbre pero felices viendo su acogida. Hasta ese momento solo las Friars y los Drake conocían la noticia.

Pasados unos minutos, volvió la calma y también la nostalgia.

—Acepté como pude la muerte de Charlie —dijo sonriendo sin ganas—. Pero la de Chris fue un golpe inesperado muy duro. Durante estos años lo he echado mucho de menos y, ahora mismo, daría lo que fuera porque estuviera con nosotros; si yo estoy contento, él estaría desbordado.

—Lo sé —comentó Claire emocionada—, para mí es una pena que ninguno conozca a nuestros hijos. —Sujetó la mano de su marido —. He tenido mucha suerte con la familia de Gabriel, están muy unidos y he encontrado a otros padres en mis suegros, pero a veces es inevitable pensarlo. A papá le encantaban los niños.

—¿Su hermano no tuvo hijos? —preguntó Alexei.

—No, Marion está sola.

—Eso te convierte en la única descendiente de los Clainston —dijo Alexei con una sonrisa, recordando una promesa al viejo Clainston. Aquel día aciago, él hablaba de Chris; en cambio, sería su nieta quien la cumpliría—. De los Barinov y de los Merritt.

—No es un gusto —dijo Claire con un mohín—, prefiero las familias más numerosas, son más divertidas.

—A veces, cariño —dijo Gabriel—, otras son un infierno.

—Irina y yo éramos los últimos Barinov que salimos de Moscú. Es una alegría saber que parte de nuestra herencia seguirá en vuestros hijos.

—Nos ha costado mucho este embarazo y hasta que no pase el primer trimestre no quiero cantar victoria. —Claire desvió la vista hacia Gabriel, que sonrió gracias a un optimismo innato donde no cabía ningún contratiempo—. Aunque me gustaría tener dos más, creo que tres es un buen número.

—A tus órdenes, cariño.

El buen humor era contagioso, pero Gabriel creyó oportuno despedirse un poco antes de las siete por las horas de camino para regresar a San Juan.

—Es muy tarde para que os vayáis. Quedaos aquí conmigo y salís mañana después de desayunar.

—Eres muy amable —dijo Gabriel, levantándose—. Pero mañana tengo una reunión importante a primera hora y ya no puedo cancelarla ni aplazarla.

—Como queráis. —Alexei comprendió sus obligaciones, abrazó a Claire y le tocó la cara, palpó con suavidad los pómulos y sonrió—. Eres muy bella, serías una modelo perfecta.

—Es un honor, *дедушка* —dijo Claire pronunciando un cariñoso «*diedushka*» (abuelito) lo besó en las mejillas y volvió a abrazar con fuerza su enjuto y sólido torso—. Cuídate mucho. Te llamaré dentro de unos días.

Sin alargar la despedida, Gabriel también lo abrazó.

En un grato silencio soportaron el frío hasta el aparcamiento, caminando apresurados con las manos entrelazadas. Pero no recorrieron esa vez la escasa distancia como al llegar, sino dando vueltas en sus cabezas a las respuestas halladas. Gabriel arrancó el coche, puso la calefacción y, después de recorrer unos metros por la carretera, sintonizó una emisora de radio donde sonaba *Losing my religion* de R.E.M.

Cómodo por el calor que en unos minutos invadió el interior, Gabriel conducía pendiente de no equivocarse cuando la voz suave de Claire lo distrajo con la pregunta que él pensaba hacerle.

—¿Qué te ha parecido?

—Es el hombre que esperaba —respondió Gabriel sin apartar la vista de la oscura carretera, con un único carril en cada sentido—. Me ha gustado ¿Y a ti?

—También. Está genial para su edad, me ha impresionado. Me gustaría verlo a menudo, tenerlo cerca.

—¿Hablas de que viva con nosotros?

—Sí, pero entenderé que no quieras. Sé que no siempre estará bien y puede suponernos un esfuerzo con el que no contábamos.

—No me importará si acepta. Tenemos habitaciones y la ayuda de Ethel y Eloise. Háblalo con él, se merece que le devuelvas el apoyo que os dio cuando más lo necesitasteis. No te has dado cuenta, pero cuando has comentado el tema de los pisos he sabido que es él quien está pagándote los alquileres.

—¿Cómo? —Claire giró la cabeza apretando la frente—. Llevan alquilados desde que murió mi padre, es imposible.

—Cariño, tu abuelo es el que paga, seguro. Y no quiero que siga haciéndolo.

—¿Por qué lo sabes si no ha dicho nada?

—Hazme caso, Claire, es él.

—Mañana llamaré a la inmobiliaria. No puede estar regalándome el dinero así porque sí, es una exageración.

—Por eso mismo debe terminar. Y si quieres que viva con nosotros, no me opongo, me parece lo más justo que podemos hacer.

—Y a mí, me apetece que nuestro hijo lo conozca y se críe con él. Los recuerdos más entrañables que tengo de mi infancia son con mi abuelo y mis padres jugando conmigo.

—Propónselo y a ver qué responde.

Tumbada en la cama, Cora sintió una contracción mientras Jack estaba duchándose. La intensidad del dolor fue llevadera y no le dio importancia, pensando en que cada día estaban más cerca de tener por fin a su hijo con ellos. Jack salió con un pantalón oscuro de pijama, se tendió junto a ella y apagó la luz del pequeño foco que había sobre la mesita de noche de su lado. Sin girar el cuerpo, algo medio imposible por el volumen de la barriga, Cora aspiró un fresco olor a gel de baño.

—Hueles muy bien.

—Y tú, nena. —Jack le besó el cuello, acariciándole el vientre—. ¿Cómo se está portando?

—Hoy parece que tiene ganas de fiesta, acabo de tener una contracción —comentó. Jack detuvo la mano. Para que no cundiera el pánico, añadió tranquila—: Es normal, no te agobies ni me agobies a mí.

—Discúlpame por ser precavido, pero es mi primer hijo y estoy intentando hacer las cosas bien.

—También es mi primer hijo, pero hay que saber distinguir cuando una situación requiere urgencia y cuando no.

—Muy bien, pero avísame si tienes otra.

—¿Escuchas cuándo hablo? —preguntó bromeando—. A veces pienso que desconectas.

—Nada más lejos de la realidad. ¿Seguimos con los nombres o admites de una vez Ethan?

Resopló harta de argumentar razones para las que Jack siempre tenía pegas.

—Desisto, ya me da igual. Eres un cabezón, no serviría de nada que perdiésemos más tiempo discutiendo. Ya sabes cuáles son mis opciones.

—No te enfades —murmuró. Empezó a dejar un rastro de besos suaves por su cara, tocándole los pechos, hinchados y enormes —. ¿De verdad quieres llamarlo como yo?

—Sí —afirmó, entremetiendo la mano por un cabello espeso y húmedo—. Me gusta mucho.

—Lo pensaré, pero no te prometo nada.

Jack sonrió, con el torso desnudo rozándole medio cuerpo, inclino la cabeza sobre la suya y besó unos labios con un poder electrizante para excitarlo en una décima de segundo. La oscuridad atrajo la minúscula luz que entraba por la ventana, igual que la sensual danza de sus lenguas incitó el viaje de unas manos incansables aunque hicieran el mismo recorrido a diario.

Conteniendo la lascivia con ternura, Jack amó perdido en ese sabor tan suyo todos los rincones de Cora. Cuando llegó el momento adecuado, la colocó encima de su erección, ansiosa por unirse en un acople completo. Licuaron el apasionamiento que suspiraba cadente hasta una fusión de suspiros y gemidos. Sintieron el placer de un profundo éxtasis, casi primitivo, en otro alarde de gloria, magia o felicidad; valía cualquier palabra para expresar la magnitud de cómo se sentían. Ese mismo goce los llevó a relajarse, a sucumbir al cansancio durmiéndose con la imagen de su hijo en unos sueños que se deslizaron placenteros.

DIECISIETE

San Juan de Terranova, 8-3-13
Terranova y Labrador, Canadá

La llamada suave en la puerta del estudio volvió a desconcentrar a Claire, que estaba a punto de dar por finalizados los retoques a la última de las nuevas cinco fotografías para Londres. Con los diseños de las dimensiones bien estudiados y la satisfacción de estar cumpliendo un plazo ínfimo, respiró aliviada al ver a Eloise tan activa y risueña como siempre. Una cara con la expresión bonachona por la redondez, los ojos curiosos y unos andares decididos fueron suficientes para que sonriera contenta.

—Claire, Ethel y yo nos vamos, procura descansar y no olvides tomarte el hierro y el ácido fólico, por favor.

—Me lo he tomado en el desayuno, deja de repetírmelo cada diez minutos, eres una pesada, si llego a saberlo te enteras cuando el bebé haya nacido.

—Me da exactamente igual lo que digas, te encierras aquí y te olvidas de todo. Cuando Gabriel no está, es mi obligación velar por vosotros.

—No sé quién es peor, pero estáis consiguiendo agobiarme. —dijo contenta cuando *Shu* se coló en la habitación y se acercó a ella, mientras la saludaba el móvil que tenía en la mesa empezó a vibrar, y Eloise salió murmurando. Claire aceptó la llamada de Marion—. Hola, acabo de enviarte las fotos, solo me queda una.

—Hola, Claire, gracias, las he visto. Acabo de hablar con el dueño de la galería y debido a la expectación que hay por ver tus trabajos me ha pedido diez más.

—Marion, es imposible. No puedo tener esa cantidad en veinte días.

—Sé que no es lo que teníamos acordado, pero debes tener en cuenta que solo habrá cinco nuevas y es una oferta muy pobre para este galerista. Mándame todo lo que tengas y hago yo la selección.

—No —dijo Claire enfadada, recordando las palabras de Alexei—. Son mis fotografías y debo presentarlas cuando considere que están listas para ser expuestas. Todo el material que tengo no es válido y la selección solo puedo hacerla yo.

—Trabajamos en equipo —comentó Marion severa—, estoy intentando por todos los medios hacerte un hueco entre los mejores.

Esta oportunidad solo se presenta una vez en la vida, tú decides si quieres continuar.

—Claro que quiero seguir, pero no podéis exigirme que os entregue trabajos como si salieran de una cadena de montaje porque no funciono así. Cada una de mis fotografías es única, es artesana y me conlleva muchas horas de trabajo. Si pretendes incitarme, te advierto que estás consiguiendo que me replantee esta profesión. Prefiero ir a mi ritmo y exponer para diez personas dos veces al año antes que vender mediocridad a mil clientes que no van a apreciar nada más que un nombre.

Marion durante unos segundos escuchó una postura radical, muy propia de los artistas que no trabajaban por dinero y amaban por encima de todo su obra. No era la primera vez que se topaba con uno.

—Hagamos una cosa, Claire, selecciona veinte, las que quieras, las que menos trabajo vayan a darte, las veo y entre las dos elegimos diez. Sabes que tienes todo mi apoyo y mi admiración, y sería una pena presentarnos en Londres para ponerles los dientes largos sin que haya posibilidad de satisfacer la demanda. El galerista está haciendo una inversión muy elevada en publicidad, en acondicionar la sala para ti, también hay que ponerse en su situación.

—Por supuesto, esto es un negocio ¿no?

—Por supuesto —Marion habló despacio, bastante asombrada—, siento haberte molestado, pero es parte de mi trabajo. Te comprendo perfectamente y quizá he metido la pata al acordar tan pronto esta exposición, sin embargo, no podemos echarnos para atrás.

—No quería ser tan borde, pero llevo unos días de los nervios, discúlpame.

—Vamos a salir de esta como podamos —dijo Marion animosa—. Te prometo que antes de la siguiente hablaremos de los plazos y serás tú quien los ponga.

—Gracias, ahora miraré las que podría enviarte, no te preocupes.

—De nada. Con las prisas no te he preguntado ¿Cómo te fue con tu abuelo?

—Muy bien —dijo más relajada, acarició la cabeza de *Shu* y siguió—. Es un hombre estupendo, pasamos un día memorable.

—¿Encontraste las respuestas que buscabas?

—Todas. Y de algunas solo puedo contarte que estábamos equivocadas.

—Qué intriga —admitió sonriente—. Espero que cuando nos veamos quieras compartirlas conmigo, tengo mucha curiosidad.

—Claro que sí, pero te advierto que vas a llevarte más de una

sorpresa.

—No sigas hablando porque, si no, no voy a ser capaz de aguantar.

—De acuerdo —dijo Claire, rió y añadió en un tono formal—. Echo un vistazo y esta tarde te las envío.

—Gracias, Claire, ya verás cómo va a merecer la pena el esfuerzo.

Cuando colgó, Claire pensó si se refería a una recompensa económica o a prestigio, no lo supo con certeza, aunque en su cabeza seguían resonando las palabras de Alexei y, consciente de que habló con el corazón, optó por inclinarse hacia el lado del dinero, precisamente en el que menos motivación encontraba.

Tras estar encerrado durante una hora con Robert en el despacho, Gabriel salió y sacó un café de la máquina. De vuelta, marcó el número de Alexei para corresponder a su llamada, que no había atendido por no cortar la reunión.

—¿Gabriel?

—Hola, Liosha, ¿cómo estás?

—Contento —respondió rápido—, quería preguntarte una cosilla. ¿Qué día es la inauguración de la exposición en Londres?

—El veintiocho ¿por qué? ¿Vas a ir?

—Me gustaría. Quiero darle una sorpresa a mi nieta.

—Le gustará, pero sería mejor que vinieras con nosotros, es un viaje muy largo para que lo hagas solo.

—No —replicó contundente—. Hace sesenta años que no piso suelo inglés, es hora de volver.

—No seré quien te lo impida —dijo asombrado por el tono beligerante—. Si te ves con fuerzas para hacer solo el viaje, eres tú el que decide.

—¿Con fuerzas? —preguntó irónico—. No sé con quién crees que hablas, pero soy ruso, de pura cepa, podré tener mis años, pero te aseguro que me manejo mejor que tú.

—No lo dudo —dijo comedido, sonrió imaginando hasta dónde abarcaría ese concepto de «manejo»—. ¿Cuándo quieres salir?

—Tengo intención de irme varios días antes. Dime el nombre de la galería y el hotel dónde vais a alojaros.

—El hotel es el Park Lane y la galería Voltiac, en King´s Road.

—Gracias. Y otra cosa, ¿a qué ha venido cancelar los contratos de arrendamiento?

—Ni idea, pregúntaselo a tu nieta.

—¿Me tomas por tonto? Claire no sabía nada, tú sí.

—No sé de qué hablas —dijo Gabriel, tratando de mantenerse firme pese al carácter de Alexei, con un genio familiar heredado sin duda por su mujer—. Es posible que los inquilinos se hayan ido.

—Sí, y es posible que retire mi dinero de tu banco —comentó suficiente. Ante una amenaza que Gabriel había escuchado en los labios de Claire cuando se conocieron y nunca llevó a cabo, soltó una carcajada reprimida durante minutos. Sin saberlo, molestó a Alexei. Lleno de ironía agresiva, preguntó despacio—. ¿Te parece divertido?

—Mucho —afirmó riendo—. Dices las mismas tonterías que tu nieta. Esa fue una de las primeras perlas que tuve el honor de escucharle. Espero que seas más efectivo que ella, porque suele perder la fuerza por la boca.

—Es una mujer, yo soy un hombre y puedo perderla con un buen golpe. Procura que vuelvan los inquilinos o verás mi puño muy cerca de tu cara.

Apretando los labios, Gabriel sacudió la cabeza por el ímpetu del anciano.

—Aparte de que no me das ningún miedo, no podemos admitir ese dinero. A Claire ya no le hace falta.

—Ni a mí tampoco. Si quiero dárselo voy a hacerlo, os guste o no.

—Muy bien, haz lo que quieras —comentó al entender que no pensaba rendirse—. Y mantenme informado sobre tu viaje.

—Y tú la boca cerrada.

—Por supuesto —dijo bromeando—, no quiero acabar con ningún hueso roto.

En el momento de colgar, Gabriel dio por concluido el día en el banco. Se puso la chaqueta que tenía en el respaldo de la silla, cogió el abrigo y salió cerrando la puerta con llave. Robert, que volvía de la zona administrativa con varias carpetas en la mano, se detuvo al verlo.

—Acabo de recibir un correo de Quebec, nos citan para una reunión urgente el veintiocho, hay problemas con uno de los europeos —comentó refiriéndose al socio francés de ExxonMobil, que no hacía más que dilatar los acuerdos y empezaba a abrir escisiones en los demás—. Los noruegos están hartos y la Junta quiere terminar de una vez. Nos esperan unos días bastante tensos.

—Tendrás que ir solo. Tengo un compromiso ineludible en Londres.

—Tú eres el director, esperan que vayas. No puedes hacerme esto.

Gabriel sonrió elevando las cejas y colocó el brazo en el hombro de Robert.

—Delego en ti. Mañana hablaré con Patterns, no te preocupes. Tienes mucha más capacidad de lo que tú mismo crees.

—Es un halago, y en otras circunstancias me habría sentido muy feliz, pero no puedo ir solo, Gabriel, no me hagas esto.

—Puedes y lo harás. Claire tiene su primera exposición en Europa y a ella sí que no tengo intención de fallarle, espero que lo entiendas.

—Perfectamente, pero me sentiría más seguro si lograras que aplacen la reunión hasta que podamos ir juntos.

—Escúchame, estoy dándote una grandísima oportunidad, si creyera que no eres capaz de salir airoso ni se me ocurriría planteártelo, pero eres mi mano derecha aquí, has sabido resolver desde que te conozco todos los problemas que han ido surgiéndonos, hazme el favor de tener más confianza en ti mismo.

Robert amagó una sonrisa y, con un suspiro, dio la vuelta para entrar en su despacho. Gabriel salió de la planta alta a paso ligero, cavilando en esa reunión inesperada y en la falta de confianza de su compañero, que tenía el mismo problema que Claire siendo el más competente de los trabajadores; necesitaba empujones constantes para creerse su valía.

Gabriel olfateó las delicias de Ethel a unos metros de la puerta de su casa. Siempre sonreía ahuyentando cualquier problema gracias a esos aromas que también conseguían aumentarle unos kilos de peso; aunque trataba de controlarlos y eran un bajo precio en comparación con los buenos momentos que pasaba en la mesa.

Su más leal amiga gimoteó y movió alegre la cola recibiendo un saludo cariñoso cuando supo sin lugar a dudas que el menú consistía en lentejas y tortilla de patatas; unos imprescindibles para él que Ethel cocinaba ya como una gran experta. En cambio, quien estaba en la cocina dándole la vuelta a la tortilla no garantizaba el éxito.

—¿Dónde está Ethel?

—Supongo que en su casa —respondió Claire.

Alucinado, Gabriel la besó en la mejilla y, para confirmar un mal presagio, preguntó:

—¿La estás haciendo sola?

—No hay que ser ningún lince, es cuestión de saber cuándo están hechas las patatas. He visto a Ethel muchas veces, ¿quieres

aprender?

—Cuando la pruebe te lo digo —comentó, quitándose la chaqueta, se remangó la camisa y fue a la nevera. Después de coger el jamón y el queso, sacó la tabla, colocó el jamón en medio plato y cortó queso para completar el resto—. Se me ha complicado el mes con una reunión en Quebec justo el día de la inauguración. —Gabriel se sirvió una copa de vino tinto. Al girarse, vio la expresión preocupada del rostro de Claire—. Le he dicho a Robert que debe ir solo. Está medio solucionado, pero hasta que hable mañana con Bill no puedo afirmarlo.

—No me gustaría ir sola, cariño.

—No estarás sola, no te inquietes. —Gabriel se sentó, bebió un trago de vino y luego saboreó un trozo de jamón—. Me fastidia que las cosas se compliquen a última hora.

—Cuéntamelo a mí. —Claire retiró la tortilla de la sartén, con un color amarillo pálido, y la colocó en un plato llano—. Marion me ha pedido más fotografías —dijo, empezando a servir las lentejas—. Me ha molestado porque no he hecho más que recordar la opinión de mi abuelo sobre los marchantes. Por mucho que he insistido en que me lleva bastante tiempo hacerlas, no le ha importado. Hasta se conforma con las que deseché porque no merecían la pena.

—¿Cuáles? —preguntó intrigado.

—La mayoría —respondió con resignación, siendo consciente de que pese a ser preciosas y entrañables no tenían valor artístico. Colocó un plato hondo a rebosar delante de él y sirvió otro casi igual para ella. Entre el apetito desmesurado por el embarazo y la buena mano de Ethel, con ciertos menús no se privaba—. Me gustaría que las elijas conmigo. Tengo que mandarle veinte para quedarnos con diez, pero como todas son tuyas necesito que las apruebes, no quiero hacerlo sola.

—Te juro que estoy hartándome —dijo con dureza—. En Londres me despido, cariño. Puedes hacerme las que quieras para nosotros, pero para las exposiciones búscate un modelo profesional, le pagas y te apañas con él.

—No te preocupes, tenía intención de hacerlo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien —respondió, se subió la camiseta blanca y le enseñó el vientre, donde todavía no se notaba ninguna diferencia. Gabriel la sujetó por las caderas e inclinando la cabeza se lo besó cariñoso, la miró a los ojos rendido y recibió varias caricias en el pelo —. Tu hijo es tan bueno como tú.

—No cantes victoria, nos quedan un montón de meses por

delante.

—Será perfecto, mi amor, estoy convencida.

—Si se parece a ti, seguro —afirmó complaciente.

Claire se sentó frente a él, agobiada por haberlo enredado en algo que le incomodaba y se le había escapado de las manos al transigir con Marion cuando no lo pretendía. Afortunadamente, una de las cualidades de Gabriel era olvidar pronto sus enfados con la incitación adecuada; y las lentejas cumplieron sin problemas, sin embargo, la tortilla no tenía el huevo cuajado como las de Ethel. A pesar de sus ojos atemorizados abiertos de par en par sugiriendo poca confianza, el Inquisidor se mantuvo silencioso viendo cómo Claire la cortaba y la yema se desparramaba en el plato. En cuanto la probó, emitió un sonido placentero.

—Buenísima, cariño —dijo contento por el sabor—, mejor que las de Ethel. Me gusta el huevo así.

—¿En serio? —preguntó intuyendo ironía, se metió un trozo en la boca y aceptó el halago con agrado—. Tienes razón, acabo de superar a mi maestra.

—Bueno, tampoco te crezcas ante un error porque te haya salido bien.

—Te sorprendería saber cuántas cosas tenemos o comemos gracias a accidentes. Sin ir más lejos, la cerveza negra que tanto os gusta a ti y a tus hermanos, si no llega a quemarse la fábrica no podríais disfrutarla.

—Será mejor que no me des ideas con el fuego, a no ser que quieras volver a reformar la casa.

Con humor dieron buena cuenta de la comida al dejar los platos vacíos; uno, al no perdonar un buen sabor y otra estimulada por el apetito canino del embarazo. Terminaron y Gabriel recogió la mesa y metió los platos en el lavavajillas, en un acto generoso que solía realizar si estaban solos.

Subieron al estudio seguidos por *Shu,* que desde hacía meses no tenía restricciones para campear a sus anchas por la casa; era su territorio y como tal lo vigilaba y defendía.

Tras un buen rato viendo imágenes de sí mismo, Gabriel perdió el interés y admitió la selección sin querer darle más vueltas a mostrarse totalmente desnudo; solo puso como condición que en ninguna se le viera el rostro.

—He hablado por teléfono con tu abuelo, quiere seguir pagándote los alquileres.

—Me da igual lo que diga —comentó atenta a la pantalla mientras enviaba los ficheros a Marion—. ¿Para qué lo has llamado?

—Para ver cómo estaba —mintió Gabriel impasible—. *Shu*, vámonos a dar una vuelta.

—Si me esperas, voy con vosotros. Tengo que recoger algunas cosas en la parroquia.

Gabriel llevaba a *Shu* cogida por la correa, dándole la otra mano a Claire, andando calle arriba. Charlaban distraídos pasando delante de casas con los tejados de colores y los árboles en las aceras repletos de hojas verdes, también se cruzaron con bastante gente yendo de un lado a otro mirando los escaparates con las ofertas que nadie quería perderse de las dos tiendas nuevas de ropa abiertas unas semanas atrás.

Al llegar al edificio, Claire entró sola. Gabriel la esperó en la puerta con *Shu* sentada, dando muestras de unos buenos modales adquiridos sin prácticamente esfuerzo. El profesor Gallagher aparcó a unos metros de ellos, pero Gabriel no tenía intención de saludarlo por cortesía y disimuló mirando la fachada. La jugada no resultó. La perra se levantó cuando Gallagher estuvo cerca, ladrando y enseñando los dientes hasta que dio un tirón de la correa sin que Gabriel pudiera controlarla, y se lanzó contra él.

—¡Maldito perro! —exclamó Ryan quitándosela de encima a empujones y puñetazos—. ¡Joder!, ¡me ha mordido!

—*Shu*, quieta —ordenó Gabriel con una voz firme que la perra atendió de inmediato; se separó aún nerviosa, pero se mantuvo cerca de su amo—. No vuelvas a ponerle una mano encima a mi perra —siseó. Gallagher se miraba el roto que le había hecho en la manga de la chaqueta de cuero—. Estoy hasta las narices de ti.

—¡Voy a denunciarte! —gritó Ryan furioso—. Me ha mordido y me ha roto la chaqueta. Esto no va a quedar así.

—Haz lo que te dé la gana. —Gabriel sacó la cartera, contó trescientos dólares y los dejó caer al suelo—. Con esto es más que suficiente para que te compres otra horterada.

—Vete a la mierda, con eso no pago ni la mitad de otra.

—Tú mismo, es lo máximo que voy a darte.

Gabriel cogió la correa de *Shu*, dio la vuelta y se alejaron. No les dio tiempo de llegar a la esquina cuando Claire salió y tropezó con Gallagher, que se incorporaba de recoger el dinero.

—Quítate de en medio —espetó Ryan, dándole un empujón.

Claire se tambaleó y dejó caer en el suelo las carpetas que sostenía en la mano. Gabriel volvió sobre sus pasos totalmente indignado, liberó a la perra y en cuestión de segundos enganchó otra

vez al profesor, en ese instante, por una de las perneras del pantalón. Gabriel lo cogió por las solapas y le apretó la espalda contra la fachada de piedra del edificio.

—¡Dos veces! —Gabriel tenía la cara pegada a la de Ryan—. ¡Ya no te lo repito más!

—¡Quítamela de encima!

—Suéltalo —dijo atónita, tratando de averiguar a qué venía esa hostilidad. *Shu* obedeció a la primera; no así Gabriel. Claire le tocó el brazo y habló lento—. Cariño, déjalo, por favor.

La sonrisa insinuada de Gallagher fue directa al estómago de Gabriel; aunque se retiró para no incumplir la promesa que le hizo a Claire. Cuando el profesor entró, Gabriel se agachó, cogió las carpetas y se las devolvió.

Regresaron a su casa en silencio, andando ligeros. Después de llenar el comedero de *Shu* con agua, Gabriel fue a la biblioteca y cerró dando un portazo. A los pocos minutos, interrumpió Claire esa necesaria soledad para aplacar la mala leche que todavía sentía. Levantó la cabeza y siguió sus pasos hasta tenerla frente a la mesa.

—¿Puedo saber a qué ha venido ese comportamiento?

—Te ha empujado porque antes de que salieras *Shu* se me ha escapado y le ha mordido. Estaba cabreado conmigo, pero has pagado tú. Como entenderás no voy a quedarme quieto viéndolo maltratarte.

—Para empezar no me he sentido maltratada, no exageres —dijo Claire, comprendiendo algo mejor la reacción de los dos. Rodeó la mesa y se apoyó en ella con los brazos cruzados—. Cuéntame qué ha pasado.

Gabriel giró la silla, extendió la mano como invitación y la sentó en su regazo. Tardó poco en explicarle cómo había sucedido el desencuentro con Gallagher. Ninguno supo el porqué de la actitud agresiva de la perra cuando destacaba por todo lo contrario. Terminaron bromeando con el olor de Gallagher, quizá demasiado pestilente para molestar de esa manera a *Shu*. Esa tontería les sirvió para anular el incidente, olvidar malas influencias y retomar la rutina hogareña. No volvieron a mencionarlo; si bien, Gabriel dudó que no cumpliera la amenaza de la denuncia y se avecinaran problemas, que ya resolvería de una manera u otra.

El último lunes de marzo el doctor Sawyer vio a Cora antes de que finalizara el embarazo. El sol que deslumbró a Jack cuando

salieron por la puerta principal del Monte Sinaí anunciaba que la primavera pretendía instalarse con ímpetu igual que el niño ya se había encajado en el útero, rebosante de vida e impaciente por nacer. Se puso las gafas de sol y sujetó a Cora de la mano mientras la guiaba hasta el aparcamiento.

—¿Comemos en casa o prefieres algún restaurante? —preguntó Jack, abriendo el coche con el mando a distancia—. Tengo la tarde libre.

—Mejor en casa, no me apetece volver a encontrarme a Lilian. Las dos últimas veces que he salido con tu madre no me he librado de verla y en Bruno´s tuvimos que soportarla cuando se acercó con su flamante nuevo novio para saludar a tu padre o, mejor, para restregarnos en la cara el buen partido que ha cazado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Jack le abrió la puerta y la ayudó a sentarse.

—Es imbécil, cariño —dijo Cora con un mohín de asqueo, poniéndose con dificultad el cinturón. Jack se sentó tras el volante y arrancó el coche—. Tu madre tiene razón, es preferible ignorarla.

—No sabía que tenía novio. Habrá pillado a un pobre infeliz.

—Infeliz no sé si será, pero pobre seguro que no. Eso sí, con más años que Matusalén —comentó de pasada. Jack apretó la frente, mirándola divertido—. Ríete, pero a tus padres no les hizo ninguna gracia. Menos mal que tienen claro de qué pie cojea y reaccionaron bien.

—¿Con quién se ha liado?

—Rupert Tisch, ¿te suena?

Al oírla, Jack giró la cabeza, se bajó las gafas, dejando visibles sus expresivos ojos desorbitados por la noticia.

—Si es quien creo que es, está forrado, aunque tiene una buena lista de exmujeres y una legión de hijos y nietos que son los que controlan sus empresas, dudo mucho que le dejen sacarle nada.

—Ni idea, pero ya están casados. Él nos dijo que tenía que aprovechar el tiempo.

—No me extraña, debe tener más de ochenta años. Tiene hijos que podrían ser los padres de Lilian. Te aseguro que la habrán obligado a firmar un acuerdo prematrimonial.

—Que se joda. A tu padre le sacó un millón, debería tener más que suficiente.

—Hablando de eso, ¿cuándo vas a darle a Gabe el dinero?

—En cuanto firme —respondió sin dudar. Iba a devolverle el medio millón que le pagó cuando se divorciaron con la venta del apartamento. Gracias a que había revalorizado la inversión, podía

hacerlo íntegramente—. Tienen que avisarme de la inmobiliaria, pero no creo que se retrasen mucho porque los compradores estaban impacientes.

—¿Se lo has dicho a él?

—No, hasta que no disponga del dinero no quiero hacerlo. ¿Tú le has comentado algo?

—Tampoco, es cosa tuya, aunque me alegro mucho de que hayas tomado esa decisión.

—Es lo justo —admitió pensativa—. Pero para que veas cómo es, no ha vuelto a nombrarlo ni creo que jamás lo haga.

—Es un caballero, nena, como yo —dijo sonriendo—. Hemos salido a mi padre.

—De los tres eres el que más virtudes ha heredado de él. —Cora le dio un besito en la mejilla—. También te has llevado la palma con los defectos.

—¿Defectos? —Jack se quitó las gafas, sonreía con la boca y los ojos—. No tengo ni uno, soy el mejor con diferencia; me remito a mis resultados. Además, ahora Gabe debe estar rozando la locura, cualquiera lo aguanta. No compares, por favor.

—Claire sabe llevarlo, igual que yo sé llevarte a ti. Pero tienes razón, eres el mejor.

—Gracias, cariño —dijo suficiente. Circulaban por la Quinta Avenida acercándose a la Biblioteca Pública—. ¿Tus padres no te han pedido que incluyamos a ninguno de sus amigos?

—No, y es preferible así.

Por el gesto torcido de Cora, supo Jack que ocultaba algo.

—¿Han vuelto a molestarte?

—Como siempre —admitió resignada—. Cuando llaman, mi madre es más comedida, pero mi padre es un coñazo. No hay una sola vez que no termine repitiéndome que he hecho una locura al divorciarme para ser feliz contigo. Me da mucha rabia que no quiera entenderlo, solo espero que se le pase cuando nazca el niño y nos casemos. No va a invitar a nadie, primero porque no tiene ningún derecho y segundo porque se muere de vergüenza.

—Siento decírtelo, nena, pero es gilipollas. No sé cómo tu madre lo soporta, yo con cinco minutos cada tres meses tengo suficiente para varios años.

—A él le pasa lo mismo contigo, estáis igual. Me da pena que en vez de sentirse feliz porque va a tener un nieto solo piense en que engañamos a Gabe. Lo único que me consuela es saber que están lejos y no van a venir con mucha frecuencia, si no, me cortaría las venas.

—Pues yo solo espero que cuando nazca Ethan no quieran

venir a verlo cada dos por tres. —Al escucharlo llamar así al bebé, Cora elevó las cejas, pero Jack, atento al tráfico para incorporarse a la circunvalación paralela al East River, no lo advirtió y siguió hablando —. Solo nos faltaría eso y te juro que no pienso aguantarles lo más mínimo con mi hijo; como suelten cualquier cosa que no me guste dejo la sutileza con ellos.

—No creo que vengan mucho, pero tienes mi bendición para mandarlos a donde te plazca si dicen algo que te moleste, cuánto más lejos mejor —comentó Cora justo al pasar por debajo del puente de Manhattan, con la panorámica en frente del puente de Brooklyn y la silueta de los rascacielos recortada en el horizonte—. Si son incapaces de admitir que tú y yo somos felices, tampoco quiero que tengan mucha relación con Charlie.

Jack la miró un segundo y sonrió irónico.

—De eso nada, habíamos quedado en que se llamaría Jack.

—Pues deja de llamarlo Ethan.

—¿Lo he llamado Ethan? No me he dado cuenta.

—Eso es lo malo, que lo tienes tan asumido que te sale de forma natural.

—Llevo llamándolo así desde que sé que es un varón, dame algo de tiempo.

—Siento decirte que la partida está a punto de acabar —comentó un instante antes de sentir el latigazo intenso de una contracción. Cora se llevó la mano bajo el vientre con un lamento, resollando mientras duraba—. Dios… cómo duele.

—Nena, estás asustándome y ahora mismo no puedo parar —dijo Jack nervioso, sin apenas poder mirarla, ya que estaban en la confluencia del puente de Brooklyn, con varias arterias abarrotadas de coches, y debía girar cediendo el paso—. Dime que estás bien, por favor.

—No te preocupes. —Cora trató de relajarse controlando la respiración—. Está pasando.

Medio aturrullado, en cuanto Jack salió del follón y enfiló la calle Pearl, detuvo el coche.

—¿Cómo vas? ¿Volvemos al hospital?

—No —respondió recobrándose—. Ya me encuentro mejor. Creo que esto ya va a ser así hasta el día del parto; el niño está encajado y no veas cómo presiona.

—Joder, menudo susto. —Jack resopló, fijó la vista en las manos de Cora y de manera automática volvió a preocuparse. Le levantó la mano izquierda, donde los puntos rojos invadían toda la piel, y la miró a los ojos—. Volvemos al hospital.

—No, por favor, cariño —rogó cansada—. Tengo aquí las pastillas, no es nada.

—¿Nada? No lo será para ti, pero esto no es normal. No sé por qué no se lo has comentado al médico.

—Lo hice la última vez y no le dio importancia. Tú mismo has escuchado las explicaciones de varios médicos, por favor, hazme caso. —Cora buscó la medicina en el bolso. En cuanto localizó la caja, sacó una pastilla y se la tragó. Durante unos segundos permaneció con los ojos cerrados, al abrirlos percibió el enfado monumental de Jack y, para calmarlo, dijo—. No te preocupes, de verdad, estoy acostumbrada.

—¿Cuántas has tenido que no sepa?

—No hables así, no necesito una reprimenda.

—¿Cuántas? —preguntó sin controlarse—. Responde ya, Cordelia.

—Ninguna. Y hazme el favor de relajarte.

—¿Relajarme? ¿Y si le pasa algo al niño? Sabemos que las pastillas no son buenas para él. No me gustó el doctor Sawyer desde la primera vez que fuimos a su consulta, removí cielo y tierra para que te viera en el hospital, pero te juro por Dios que como no esté en lo cierto no va a volver a ejercer en su puñetera vida. Te lo juro, Cora.

—No digas chorradas. No ha sido el único médico en opinar lo mismo, es un buen ginecólogo.

—Más le vale.

—Todo va a salir bien, cariño, no te preocupes más.

Batiendo las mandíbulas, la observó con una mirada helada sin entender la pasividad del médico ni por qué ella lo había dejado al margen cuando esas reacciones solo le atosigaban con incertidumbre y un nerviosismo desalentador. Para Cora no eran peligrosas, pero la metilprednisolona estaba desaconsejada para el bebé y no podía quitárselo de la cabeza. Por más que en todas las revisiones el médico les aseguraba el desarrollo correcto del embarazo, hasta que no tuvieran con ellos al niño él no descansaría.

Por supuesto, cuando reincorporó el coche en el tráfico, empezó el rallye hasta entrar en el garaje del apartamento y aparcar con dos maniobras. Tuvo el detalle de abrirle la puerta, aunque no la esperó. Entraron en el montacargas y Cora no soportó verlo con la mirada perdida, ignorándola.

—No te lo he dicho porque te pones histérico y no me ayudas.

—Sabes cómo soy, ¿no se supone que sabes llevarme?

—Por eso mismo —dijo, cogiendo su mano—, sé que intentas

protegernos y cuidarnos, pero hay que saber distinguir cuándo una situación es grave y requiere una actuación inmediata. Tú te dejas guiar por tus temores y me arrastras. Ten claro que soy la primera que si viera peligro para nuestro hijo no dudaría en decírtelo y acudir dónde fuera, pero hasta ahora las reacciones las he controlado con unas dosis muy bajas. Ni siquiera tengo que repetir. —Extendió las manos para avalar sus palabras—. ¿Ves? Ya no tengo nada.

—Está bien —dijo serio, repasando con atención la piel de unas manos pálidas, con los dedos largos, finos, y una cuidada manicura francesa—. Pero te pido por favor que me lo digas si durante el mes y medio que queda se repite, intentaré tomármelo con tranquilidad para no ponerte más nerviosa, prométemelo, Cordelia.

Esbozando una sonrisa, Cora acercó los labios a los suyos y se besaron con un roce tibio que ahuyentó de un plumazo el mal humor de Jack para sustituirlo por deseo.

—Me gusta cuando me llamas Cordelia, a veces hasta yo lo olvido.

—Es un nombre precioso —murmuró—. Tiene carácter y estilo, como tú.

El ruido y el movimiento brusco del montacargas al parar en la planta consiguió separarlos, pero no mucho. Jack sujetó la mano de Cora y, antes de abrir la puerta del apartamento, comentó:

—Podríamos ponerle Cordelius en tu honor.

—No sé… —Cora encogió la nariz—. Es demasiado serio para un bebé.

—Los niños crecen, por si no lo sabes.

—No, no tenía ni idea —dijo risueña, entrando en el salón—. Gracias por compartir tus conocimientos.

—De nada, si quieres te enseño otras cosillas que he ido aprendiendo con los años.

—Será un placer, pero vamos a comer primero. Tu hijo está revuelto y no me gustaría que empezara a impacientarse, parece que va a tener tu mismo aguante.

—Mientras no sea un llorica y se comporte, que tenga lo que quiera.

—Me conformo con que saque tus ojos.

—Pues a mí me da igual cómo sea físicamente, voy a quererlo de todas maneras.

—Eso lo tengo clarísimo.

Sonriente, Jack se quitó la chaqueta del traje negro, se colocó las gafas de vista y se remangó la camisa blanca. En el dormitorio, Cora se sentó en la cama sin soportar más los zapatos; aunque eran

unas bailarinas negras de tela, tenía los pies hinchados y llevaban un buen rato siendo un martirio. Dándose un reconfortante masaje, escuchó la voz potente de Jack:

—Nena, no tardes —dijo al sacar del frigorífico una bolsa con ensalada y unos filetes—, esto estará listo en diez minutos.

Cora volvió descalza, vestida con una túnica blanca, y durante unos segundos lo contempló atareado cocinando, pero no vio solo al hombre atractivo que había dejado atrás una vida sin reglas para formar una familia; tampoco al jefe exigente que ahí se transformaba en un compañero solícito; tuvo el enorme placer de observar el futuro estable que le esperaba a su lado, distinguiendo al buen padre que sería; y, si ya lo amaba con locura, en ese preciso instante, comprendió que todo para ella se reducía a verlo feliz; siempre amándolo por encima de todo; siempre Jack, su hacedor de sueños.

DIECIOCHO

Londres, 28-3-13
Inglaterra, Reino Unido

En pleno apogeo de la exposición con la galería Voltiac llena de invitados alabando el trabajo de Claire, controlando la hora, impaciente, Gabriel dio una vuelta. Fue un gusto para él no ser reconocido; aunque escuchó algunos comentarios subidos de tono referentes a cierta parte de su anatomía que casi le llevan a levantar la mano para identificarse. Prefirió disfrutar viendo pletórica a la estrella de esa noche. Por primera vez, Claire Drake triunfaba y era suficiente motivación actuar solo como marido obviando la faceta donde sus encantos estaban causando sensación.

Algo preocupado por el retraso de Alexei, se dirigió a la puerta y lo llamó al móvil. Llevaba varios días sin noticias suyas y no le ofrecía más que inquietud su llegada a Londres una semana antes que ellos. Esperó unos minutos bajo el toldo de la entrada, pero Alexei no respondió. Durante un momento observó los coches que circulaban hasta que un taxi se detuvo y lo vio descender, muy elegante con un traje oscuro. Respiró aliviado, se acercó presuroso y le tendió la mano.

—Menos mal, ya no sabía qué pensar. ¿Cómo estás?

—Muy bien. No entiendo por qué los jóvenes creéis que los ancianos somos unos incompetentes —comentó sonriendo, observó de arriba abajo el traje oscuro de Gabriel, la corbata de varios colores donde predominaban los tonos rojos y grises y unos zapatos negros con cordones—. Estás hecho todo un *gentleman* inglés.

—Hay que estar a la altura de las circunstancias. ¿Qué has hecho estos días?

—Turismo y visitar algunos museos, nada más. ¿Cómo está yendo?

—De fábula, tu nieta tiene un don para atraer a la gente.

Alexei levantó cabeza, negando y señalando hacia arriba. En la fachada había una foto enorme de unas nalgas masculinas, captadas tan cerca que podían interpretarse de varias maneras, y varias banderolas rojas de tela con el nombre de Claire. A Gabriel no le hizo falta adjudicárselas, supo viendo la mirada burlona del anciano que ya estaba fichado.

Entraron en silencio. Alexei quedó deslumbrado por el arte de Claire, sobrecogedor, bello y muy atrayente. En cuanto la vio, sonrió

emocionado. Estaba preciosa de rojo, el vestido tenía movimiento y parecía delicado, tenía el cabello recogido en un moño bajo y lucía unos pendientes a juego con un collar que, desde esa distancia, distinguió como esmeraldas auténticas. Hablaba con varias personas. Entre ellas, una señora sofisticada que desprendía elegancia y poder. Sus miradas se encontraron y Alexei la identificó como Marion Sabo; aquella actitud era digna de una reina, de alguien que se cree por encima del resto.

Claire descubrió a su abuelo y sin ni siquiera disculparse, tratando de mantener la calma, se acercó a él sonriendo de oreja a oreja observada por Gabriel que le guiñó un ojo antes de que abrazara a Alexei.

—Qué sorpresa tan maravillosa acabas de darme —dijo Claire, sujetándose a su brazo—. ¿Por qué no me habías dicho que ibas a venir?

—Lo he decidido a última hora. —Alexei la besó en la mejilla —. Me gusta lo que haces, tienes talento.

—Gracias, viniendo de ti es todo un elogio.

—Voy a por unas copas —comentó Gabriel.

Claire lo guió por la sala, realmente interesada por conocer su opinión. Alexei observó las fotografías como si atravesara las imágenes para quedarse con la esencia primaria o la idea que Claire pretendía transmitir, comentó detalles ínfimos ignorados por muchos, y se recreó acariciando con los ojos las texturas de las pieles de Gabriel y *Shu* que resaltaban fascinando el sentido del tacto.

—¿Liosha?

Tanto Claire como Alexei se giraron al oír la voz de una mujer con un acento francés inconfundible. Era una señora de avanzada edad, bajita, con el cuerpo delgado; tenía los ojos claros, brillantes por la alegría; el cabello en una melena muy corta veteado entre mechas rubias y plateadas, bien peinado; una dentadura que, probablemente, no era la original pero relució blanca y sincera; y algunas arrugas profundas en un rostro armonioso que se difuminaron cuando sonrió. Toda su apariencia denotaba comodidad sin problemas económicos.

—Léonore Bouchaud —dijo Alexei impactado, rió al inclinar el cuerpo y abrazar a la mujer—. Estás radiante, tan bella como siempre.

—Veo que no has cambiado, y también estás estupendo.

—El tiempo pasa, pero lo importante es asumirlo y aprovecharlo. ¿Cómo está Pierre? No lo veo desde que terminamos en Nancy.

—Murió hace algunos años —comentó Léonore con un brillo apagado en los ojos, tocó el brazo de Alexei—, pero disfrutó cada minuto de su vida, era un loco encantador. ¿Cómo te fue en Canadá? ¿Sigues allí?

—Sí, y me fue tal y como esperaba —afirmó despreocupado, advirtió la atenta observación de Claire y añadió—. Léonore, te presento a Claire Drake, mi nieta.

—Encantada, señora Bouchaud. —Claire la saludó con dos besos en las mejillas—. Soy una gran admiradora de la obra de su marido.

—Pierre era mi hermano, querida, pero muchas gracias, fue un escultor magnífico. Desde que murió me ocupo de gestionar su legado. Tenemos una fundación en París con su nombre, donde también pueden formarse y hacer cursos nuevos talentos.

—¿Estás casada? —preguntó Alexei.

—No, ¿y tú?

—Tampoco, no me he casado nunca.

—Ah, creía que sí. —Léonore se bloqueó durante unos segundos, miró a Claire, la nieta, y comentó con una sonrisa amable —. Me gusta tu estilo, le tengo echado el ojo a una de las del hombre con el perro, me ha encantado.

—Gracias —admitió Claire sonriendo, miró a Alexei y preguntó con curiosidad—. ¿Cómo os conocisteis?

—Si no me falla la memoria, fue en el 50, en Francia, Pierre y yo íbamos a los mismos talleres. Tuve el placer de conocer a esta bella dama y gozar de su amistad…

Alexei no terminó la frase al ver acercarse a Marion con Gabriel, que traía dos copas de champán en las manos.

—Hola, Léonore —dijo Marion con simpatía—. Me alegra que hayas podido asistir. —Desvió la mirada hacia Alexei y le tendió la mano—. Soy Marion Sabo, es un gran placer tenerlo esta noche con nosotros.

—Encantando, señora Sabo —saludó con una sonrisa leve—. Alec Barn.

Gabriel le dio una copa a Alexei, mientras Léonore lo observó admirada sin ningún gesto de extrañeza ante un nombre que le sorprendió, pero no demasiado; todavía recordaba aquel sueño americano que tantas veces le contó y no dudó en realizar, pese a dejarla para cumplirlo.

—Liosha, voy a dar una vuelta —comentó Léonore—. No te vayas sin decírmelo.

—No te preocupes. —Alexei sonrió con naturalidad, levantó

su mano y le besó galante el dorso—. Ahora te veo.

—Tenía muchas ganas de conocerlo. —Marion habló cordial—. Creo que tenemos a alguien en común.

—Sabe perfectamente que es así, su suegra fue la abuela de Claire, alguien importante para mí, no hace falta que nos andemos por las ramas.

Los Drake intercambiaron una mirada que osciló entre el asombro y la preocupación. Marion percibió una hostilidad que no esperaba y la confundió.

—No ha sido mi intención molestarle —dijo correcta—, aunque me gustaría poder charlar con usted sobre ella. Pero entenderé una negativa.

—Me alegro porque ya la tiene. Estoy aquí por Claire, quería tener la oportunidad de ver su obra, y tenga por seguro que no he venido para remover el pasado ni a saciar la curiosidad de nadie.

—Muy bien, por mi parte está todo dicho. —Marion se sintió violenta, aunque sonrió y dijo—. Claire es una gran fotógrafa, tiene un futuro muy brillante, es un orgullo para mí trabajar con ella.

—Puedo hacerme una idea —comentó irónico, miró un instante a Claire con una calidez llena de satisfacción—. Lleva el arte en las venas.

—Desde luego —afirmó Marion, tocando el brazo de Claire—. Ha salido a usted. Debo seguir atendiendo a nuestros clientes. Ha sido un placer conocerlo y no dude en hablar conmigo si desea que organicemos una exposición retrospectiva de sus obras, sería muy interesante para el público poder admirarlas.

—Gracias, pero no. El público del que habla vive muy tranquilo sin mí y yo vivo más tranquilo sin ustedes. Nunca me ha interesado y, como comprenderá, ahora mucho menos. De todas maneras agradezco su interés, señora Sabo.

—Era mi obligación intentarlo —dijo Marion inclinando ligeramente la cabeza—. Hasta otra, señor Barn.

En cuanto se perdió Marion entre los numerosos asistentes, Gabriel respiró aliviado y bebió un sorbo de champán para humedecerse la boca, tan seca como el recibimiento de Alexei hacia ella.

—No hace falta que jures la animadversión que sientes por los marchantes —comentó Gabriel—. A Marion le ha quedado bien clara.

—Siento si os he incomodado, pero no me gusta la hipocresía de este mundillo.

—Te entiendo, abuelo, aunque también me encantaría que se

conocieran tus trabajos, es una lástima que siendo el gran artista que eres nadie lo sepa.

—Depende de lo que uno persiga, Claire. La fama o el dinero nunca me motivaron, para mí el mayor placer era sentir la madera en las manos, moldearla a mi antojo hasta convertirla en una pieza única. Tengo grabados en la memoria los olores de cada uno de mis muebles, las horas que pasé diseñándolos o encolando chapas de raíz buscando siempre que el conjunto fuera perfecto. Esa dedicación mis clientes la valoraban y me pagaban muy bien, pero jamás acepté un encargo con un plazo de entrega porque perdía la libertad creativa y nunca sabía de antemano cuánto tiempo me llevaría realizarlos. A veces las cosas se me torcían, otras iban como la seda, pero he tenido la enorme satisfacción de hacer siempre lo que he querido. Es cierto que la mayoría no sabe que existo. —Alexei torció los labios y encogió rápido los hombros—. ¿Crees que me importa? Ni antes ni ahora ni nunca; mis obras jamás estarán expuestas en ningún sitio, al menos mientras viva.

—¿Te parece mal que exponga mis fotografías?

—No, si es tu verdadero deseo —respondió, echó un vistazo alrededor y se fijó en uno de los desnudos, uno de los añadidos—. Entre esa imagen y aquella —dijo, señalando con la copa uno de los cuadros donde se veía el cuerpo de Gabriel tumbado en el césped y a la perra con la cabeza apoyada en su espalda, estaba hecha a ras del suelo y predominaba la ternura por los ojos abiertos del animal—. En una solo veo contundencia masculina con músculos y unos buenos genitales, fin. En cambio, la otra conmueve; ya no veo, sino aprecio, me detengo a observar la serenidad y consigue transmitírmela. Una tiene calidad, la otra es marrullera.

Gabriel no se perdió ni una sola palabra, totalmente de acuerdo en todas.

—Tuve que traer algunas más por exigencias del galerista. —Claire admitió la crítica y dudó si al igual que él otras personas habrían notado lo mismo—. No quería hacerlo, pero no me quedó más remedio.

—Sí tenías remedio —dijo Gabriel con seriedad—. Podías haberle dicho que no a Marion. Tu abuelo tiene razón. A ellos solo les importa la cantidad, les ha parecido estupendo todo, pero ninguno ha sido capaz de ser honesto y decirte claramente que algunas no tienen el nivel de las otras, y no van a hacerlo ni lo harán porque su objetivo es venderlas todas, les da igual el arte, solo buscan ganar dinero.

—Marion sabe que esta vez he aceptado porque no quería quedar mal en esta exposición.

—Ahí está tu error, Claire —dijo Alexei afirmando con la cabeza—. Si te decepcionas a ti misma por satisfacerlos a ellos estás aceptando su juego. Si entras una vez, se convertirá en una dinámica que te atrapará y cuando quieras darte cuenta será tarde porque habrás perdido la creatividad.

—No pienso hacer eso, prefiero tenerlo como hobby a verme haciendo fotos a destajo.

—Es tu decisión y mi consejo es que hables sin rodeos con la señora Sabo; aunque estoy seguro de que intentará persuadirte diciéndote que esto ha sido algo puntual y no volverá a repetirse. —Alexei soltó una risa cínica—. Ninguno tiene escrúpulos. Ya habéis visto que sin darle la más mínima opción no ha dudado en ofrecerme exponer, todos son iguales —comentó con desprecio, bebió y sonrió mirando a Léonore—. Si me disculpáis, me gustaría pasar un rato con mi amiga.

—Claro, disfruta. —Risueño, Gabriel le palmeó el hombro—. La noche es joven. No vuelvas muy tarde, por favor.

—Por desgracia ciertas cosas los años te las roban, pero ha sido una sorpresa muy grata volver a verla. Pierre era una bellísima persona, fuimos muy amigos. Léonore es cinco años menor que yo, la conocí por él. Tuvimos un romance que duró hasta que volví a Inglaterra. Para mí era imprescindible salir de Europa y no podía quedarme en Francia por ella. Nunca pasamos de caricias o besos, pero sé que le hice mucho daño. Aquellos tiempos no eran como los de hoy, y es posible que por mi culpa nunca formara una familia.

—Todavía estáis a tiempo —dijo Claire jocosa—. Mírale el aspecto positivo, ya no tienes riesgos de embarazos.

—Cuida el tuyo, y dejaos de tonterías.

Gabriel rió con ganas viendo el gesto resignado de Alexei cuando se alejó y el buen humor contagioso de su mujer; si ella tenía la capacidad de arrastrarlo, el anciano sin pelos en la lengua (de vuelta de todo) además de admiración conseguía divertirlo sin proponérselo.

—¿Crees que me he equivocado al exponer esas fotos?

—Sí —respondió Gabriel—. Pero no te agobies porque seguramente la mayoría no ha apreciado lo mismo que tu abuelo. Tendrás que ser más firme con Marion, si no, estarás perdida.

—Léonore también lo ha notado.

—Los dos entienden de arte —comentó Gabriel, movió la cabeza negando y sonrió condescendiente—. No te preocupes, el resto no mira con los mismos ojos.

—Vaya…, gracias, cariño, estás arreglándolo.

—Es la verdad, Claire. Toda esta gente está aquí sin conocerte de nada, solo porque les han vendido que eres buena. Para mí lo eres, para tu abuelo también, pero no te guíes por las ventas ni por los elogios de quienes están ganando dinero a tu costa, sigue tu instinto y mantén la calidad que quieres, haznos caso a los dos porque los te queremos y deseamos lo mejor para ti.

Reflexionando en esas palabras, Claire colocó la mano en el brazo que le ofreció y juntos departieron durante varias horas más con extasiados admiradores. Y para convencimiento de Claire, algunas opiniones escuchadas en aquellas horas vinieron a confirmarle la apreciación de Gabriel y de Alexei; los únicos que realmente velaban por ella sin otro aliciente que se sintiera feliz.

El lunes desayunaban en el Salón de Té cuando se unió a ellos Alexei. Desde la noche de la inauguración apenas volvieron a verlo más que unos pocos minutos en el hotel. Parecía sorprendentemente rejuvenecido, incluso andaba más derecho.

—Buenos días ¿cómo estáis? —preguntó, sentándose junto a Claire, la besó en la mejilla y se colocó la servilleta en el regazo—. Léonore me ha dicho que han ampliado la duración de la exposición; estarás contenta.

—Sí —afirmó indiferente—, supongo que los dueños de las fotos cedidas no dirán lo mismo.

—Deben tener su consentimiento —dijo Gabriel. Sirvió café en la taza de Alexei, pensando en el día solitario que tenía por delante, y preguntó—. ¿Te apetece venir conmigo a Savile Row? Tengo encargados un par de trajes. Si quieres, luego comemos en un restaurante español que a Claire y a mí nos gusta mucho.

—Lo siento, Gabriel, pero he quedado con Léonore, en otra ocasión.

—Os estáis viendo todos los días —dijo Claire girando la cabeza para mirarlo—. ¿Vais a retomar el noviazgo?

La sonrisa disimulada de Gabriel al escucharla, molesto a Alexei.

—No es de vuestra incumbencia, y me parece estupendo que os divirtáis a nuestra costa, pero os sorprendería saber lo bien que nos lo pasamos juntos.

—Ahórranos los detalles —dijo Gabriel, observando la altivez en los ojos del anciano—. Aunque me alegro que estés aún en forma.

—No todo se reduce al sexo. Hay placeres muy agradables para sentirse feliz con alguien, no lo olvides.

—Tienes razón. —Gabriel admitió otra gran verdad que comprobó durante los dos primeros meses alojado en el Boreal, conociendo a Claire sin compartir otra cosa que pensamientos y sueños—. ¿Qué vas a hacer cuando nos vayamos?

—No voy a volver con vosotros. Tengo intención de regresar a mediados de abril. Quiero ir a París y ver la fundación de Pierre.

—Haces bien, abuelo, disfruta cuanto puedas.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a Essex con Marion.

—Respeta la memoria de tu abuela, Claire, es lo único que voy a decirte.

—No te preocupes —comentó antes de besarle cariñosa la mejilla—. Tengo intención de hacerlo.

El resto del desayuno transcurrió entre una conversación agradable y algunos silencios necesarios para entenderse. Claire se despidió con besos de ellos, cogió la chaqueta y el bolso que tenía encima de la silla contigua a la de Gabriel y salió a la puerta del hotel. Marion la esperaba dentro de un típico taxi negro londinense.

El trayecto estaba siendo ameno gracias al conductor, que mostrándose muy sociable, fue explicándoles parte de la historia de Danbury, el pequeño pueblo donde los Clainston tenían la que había sido su residencia de verano. Escucharon hablar de brujería, magia y oráculos en el condado de Essex, allá por el siglo XV, de mujeres ejecutadas y algunas lindezas más que el hombre no tuvo inconveniente en compartir.

Cuando se desviaron a una carretera serpenteada de curvas, robles y una valla no muy alta de madera, Claire presintió que faltaba poco para llegar. Vio en la distancia una casa grande con hiedra ocultando toda la fachada hasta el tejado y pasaron por un pequeño cementerio con unas escasas cuatro lápidas en el suelo cubierto de hierba y varias cruces desperdigadas atestiguando un eterno reposo.

Antes de bajarse del vehículo, Marion le pidió al hombre una tarjeta para poder llamarlo cuando terminaran. Entraron en la casa y, aun con la penumbra, Claire distinguió opulencia en unos muebles de estilos variados y en los adornos recargados que todos tenían encima: jarrones extraños, ceniceros y figuras de porcelana a cual más fea. Marion abrió los pesados ventanales de madera del salón y traspasaron pocos tenues rayos de claridad que confirmaban la sensación ambigua de Claire; todo indicaba un criterio dudoso respecto al arte.

—¿Desde cuándo no venías por aquí?

—Desde que Richard convenció a Margaret y se fue a vivir a la residencia. Cuando nos casamos dejó a Sigmund en Londres y se instaló aquí, no quiso volver cuando él murió, decía que en esta casa vivía más tranquila.

—La decoración es un despropósito.

Marion asintió sonriendo.

—Compraba las cosas que le gustaban, era impulsiva.

—Lo veo —afirmó Claire, pensando no solo en muebles, también en ese carácter alocado que la guió no siempre de forma acertada—. ¿Dónde está su dormitorio?

Subieron por una escalera de tres tramos con una moqueta roja en el centro de los peldaños. En la planta alta había dos corredores, tan oscuros que Claire no se separó de Marion más de unos centímetros. Sintió un escalofrío por la humedad. El olor a cerrado le resultó desagradable.

La habitación de Margaret era cuadrada y grande, con una cama de madera y un dosel blanco impecable, un armario, dos mesillas de noche donde había varios marcos pequeños de plata y un escritorio que sin duda era obra de Alexei. Sin embargo, los ojos atentos de Claire no se fijaron en las tallas, interesados en las dos baldas que tenía encima con decenas de insectos embalsamados.

—A mi suegra le gustaba coleccionarnos —comentó Marion al verla abstraída mirándolos, cogió una mariposa con las alas de un azul intenso llenas de puntos rojos y negros y se la dio a Claire—. No sé de dónde los sacaba, pero todos los años tenía alguno nuevo.

—Ni idea. —Claire no quiso darle más información, reticente al conocer la opinión de Alexei sobre ella—. Son preciosos. El escritorio es obra de mi abuelo, es de momento el único mueble suyo que he visto.

—Ojalá haya más, me gustaría poder exponerlos.

—Ya oíste que no va a permitirlo —comentó seria—. Deberías aceptar su decisión.

—No son suyos, ahora son míos y puedo hacer con ellos lo que quiera.

—No me parece bien, pero estás en tu derecho de actuar como dicte tu conciencia.

—Claire, admiro el arte y me gustaría tener tu consentimiento porque todo esto algún día será tuyo, no olvides que eres mi heredera.

—No lo soy, Marion. Aunque Margaret fuese mi abuela, soy nieta legítima solo de Charles Merritt y ya he heredado todo su patrimonio. Las herencias de los Clainston y los Sabo son tuyas,

puedes hacer con ellas lo que quieras.

—Dártelas a ti, ese es mi deseo.

—Piénsalo bien, quizá harías mejor en donarlas a alguna organización benéfica.

—Me sorprendes, Claire, nadie las rechazaría. Estamos hablando de muchos millones de libras, te asegurarían la vida y la de tus hijos.

—No necesito más dinero y ten claro que Gabriel puede mantener el solo a los hijos que tengamos. —Claire no pensaba ceder y conociendo al Inquisidor sabía que hablaba en su nombre sin equivocarse—. Puedes hacer una gran obra social si te lo propones, no lo descartes.

—Es una buena idea, pero necesitaría mucha ayuda ¿me la prestarías?

—Por supuesto —dijo sonriendo sincera—. ¿Recuerdas dónde está la foto que mi abuelo le envió a Margaret?

—Sí. —Marion abrió un cajón del escritorio y sacó un marco de plata de diez por quince centímetros—. Es esta —dijo ofreciéndosela—. ¿Por qué a Margaret nunca la llamas abuela?

Claire miraba la cara de su abuelo Charles, con su padre en los brazos y a Alexei junto a ellos. Sonreían, pero el mismo gris que descoloría la foto parecían tenerlo grabado en los rostros. Levantó la vista y comentó:

—No me sale de forma natural y sinceramente tampoco la siento como mi abuela. No quiso a mi padre y por tanto no me habría querido a mí.

—Sabes que eso no es cierto, sufrió mucho por esa decisión.

—Entiendo que cuando lo tuvo fuese complicado para ella, pero mi padre murió en el 2001, tenía cuarenta y ocho años, los mismos que tuvo ella para hacer algo más que lamentarse.

—No la juzgues, Claire, fue una buena mujer y una madre entregada para Richard.

—Lo siento, pero esa dedicación que tuvo con Richard, mi abuelo trató de tenerla con mi padre, estando solo y dirigiendo un negocio. Sé que Alexei le ayudó, pero viajaba mucho y realmente fue él quien lo crió. Alexei me ha contado que llevó mal la pérdida de mi abuela porque pese a ser un matrimonio de conveniencia se enamoraron —dijo Claire emocionada. Para despejar cualquier duda sobre su comportamiento, añadió en un tono severo—. Y respecto a la boda de tus suegros, nunca sabremos qué los llevó a casarse, pero mi abuelo Charles no interfirió ni, por supuesto, sobornó a nadie para evitar que Margaret reclamara a su hijo. Las razones se las llevó ella a

la tumba —comentó con dureza—. Según Alexei, se encaprichó de él cuando estuvo trabajando aquí y no paró hasta seducirlo. Quizá tampoco tú conociste a la verdadera Margaret Clainston y Sigmund sí lo hizo. Es posible que no fuera tan abnegada como crees.

—Puede ser, a veces las personas muestran una imagen que luego resulta alejada de la realidad —comentó Marion pensativa, cogió otro insecto y durante unos minutos lo estudió girándolo entre los dedos—. Fíjate, tienen grabado un número y un año.

—Es verdad… —Claire intentó sonar casual, pero sabía que mentir no era su fuerte—. Si estaba suscrita a algún coleccionable es lo más lógico.

Marion bajó de la estantería todas las cajitas, las colocó encima de la mesa y fue repasándolas una a una.

—Es curioso, la primera es de 1955 y la última de 2001 —dijo Marion concentrada mirando una libélula con la cabeza roja, el cuerpo púrpura y las alas con unos destellos rosados tan brillantes y pálidos que se confundían con la transparencia de la resina—. En 2001 murió tu padre ¿no?

Sabiendo que Marion pretendía llegar a Alexei, Claire frunció el ceño y preguntó:

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, es una idea absurda que he tenido. Voy a guardarlas para llevármelas a Nueva York, en la galería pueden quedar bien para decorar.

—No a todo el mundo le gusta ver insectos embalsamados —comentó, encogiendo la nariz—, pero es tu negocio. ¿Te importa que me lleve la foto para hacerle una copia?

—No, cógela —admitió rápido—. ¿En serio crees que a algunas personas puede molestarles ver los insectos?

—Sí, no dejan de estar disecados. A mí me gustan, son bonitos, pero no tolero las cabezas de animales ni las alfombras con osos, tigres o cualquier otro animal. Pero, ya te digo, es tu galería, tu negocio —comentó recalcando la palabra—, tú verás.

—Voy a llevármelas y ya decidiré si las pongo, las guardo o directamente las tiro.

Aunque Marion estaba en su derecho de exponerlas en MaiSa, incluso de venderlas si le surgía la ocasión, Claire prefirió no añadir nada, pensando en no comentárselo a Alexei para evitar otro desencuentro que podría perturbar su armonía familiar y profesional.

Esa tarde llegó Claire a la suite del Park Lane agotada entre el

ajetreo y los nervios de los últimos días. Se sorprendió por la ausencia de Gabriel, pero decidió aprovecharla pasando un rato relajada, recobrando algo de energía para salir a cenar fuera del hotel. Mientras el agua muy caliente llenaba la bañera, Claire se desnudó y fue al armario para colgar la chaqueta. Al ver dos fundas nuevas de trajes, supuso que Gabriel en algún momento regresó del sastre. No le dio importancia y volvió al cuarto de baño para cumplir con su ansiado plan.

En cuanto entró Gabriel un rato después, aspiró un olor penetrante a lavanda, encontró a Claire en la bañera, con los ojos cerrados y la cabeza reclinada hacia atrás.

—Cariño, he llegado —dijo bajito. Adormilada, sonrió al mirarlo—. Hola, estaba en el bar con tu abuelo y Léonore.

Gabriel se quitó la chaqueta y los zapatos.

—No hace mucho que he vuelto, estoy muerta.

—¿Quieres compañía o prefieres descansar?

—Las dos cosas —murmuró.

En cuestión de segundos, Gabriel terminó de desnudarse y se metió con ella. Aturdida por el sueño, reclinó la cabeza en su pecho, muy cómoda recibiendo mimos.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Gabriel, recorriendo su cuello con los labios.

—Bien…, no hemos parado desde esta mañana, no puedo más. —Claire emitió un gemido largo, placentero—. Pero no hablemos de eso ahora. ¿Qué has hecho durante todo el día?

—Recoger los trajes; hablar con toda mi familia, parecía que se hubiesen puesto de acuerdo para llamar, uno detrás de otro; he dado un paseo por el centro… —Gabriel acarició su vientre, apreciando una ligera curva—. Al volver he coincidido en el vestíbulo con tu abuelo y Léonore, llegaban del restaurante donde habían comido y me he quedado con ellos. —Le mordisqueó la oreja suavemente—. Poco más, aburrirme sin ti.

—¿Dónde has comido tú?

—En un restaurante cerca de la sastrería ¿y vosotras?

—En uno del pueblo, hemos ido dando un paseo. —Mientras Claire hablaba, Gabriel recorría su vientre prestándole más atención que a sus palabras—. Es bastante bonito, demasiado bucólico para mí, aunque no está mal.

—Falta muy poco para los tres meses, creo que ya empieza a notarse.

—Es posible. Desde luego, estoy comiendo más y tengo un sueño que me caigo. ¿Cómo está Cora? Ya le queda nada.

—Según Jack, ella y el niño están bien, no tengo tan claro cómo está él.

—Es normal que ande un poco nervioso, tú estarás igual cuando llegue el día.

—¿Un poco? —preguntó alegre—. Está atacado. Y encima los padres de Cora amenazan con pasar unos días con ellos cuando nazca el niño, lo compadezco; hay que tener mucha mano izquierda para llevarlos. Angie es medio razonable y encantadora si no está Victor, pero él es lo más retrógrada que he conocido; no me extraña que Jack no pueda soportarlo.

—Contigo no tenía problema.

—Cariño, porque nunca quise, pero te aseguro que más de una vez estuve a punto de decirle cuatro cosas bien claritas. —Gabriel suspiró, sin notar que ese soplo acababa de convertir en diamantes los pezones de Claire—. Espero que se relaje cuando nazca, aunque no sé qué decirte porque todavía están decidiendo el nombre. Ahora quieren ponerle John, y Jack pretendía que le diera permiso; está fatal.

—Cora me comentó que cuando erais más jóvenes decidisteis que solo tú podrías ponerle John a tu hijo, será por eso.

—Fue una chorrada. No entiendo por qué ha pensado que iba a molestarme.

—No querrá que le partas la cara otra vez —dijo burlona.

—Se lo está buscando —comentó sonriendo—. A nosotros nos dirán el sexo el mes que viene ¿no?

—Creo que sí, depende de la posición que tenga ¿Qué prefieres?

—Me da igual, ya lo sabes. Tengo intención de probar suerte varias veces más.

Claire inclinó el cuello y Gabriel comenzó a repartirle besos hasta la barbilla.

—¿Y Sean y tus padres? ¿Están bien?

—Sí, han llamado para preguntar por la exposición. Todos te mandan sus felicitaciones. Mis padres querían que pasáramos unos días en Nueva York con ellos antes de volver a San Juan, pero no puedo y lo hemos dejado para cuando nazca el niño.

—Es lo mejor, tengo ganas de estar tranquila en casa al menos un mes seguido.

—Pues el que parece haber recuperado el espíritu viajero es tu abuelo. Tiene intención de estar con Léonore unos días en París y otros en Roma. Como nos descuidemos se nos casan.

—No seas malo, son octogenarios. —Claire rió—. Déjalos que disfruten.

—Si dejarlos los dejo, pero no veas el ritmo que llevan. Querían que fuésemos con ellos al teatro y luego a cenar. Les he dicho que hasta hablar contigo no podía confirmarles nada.

—Preferiría no salir. ¿Tienes muchas ganas?

—No —respondió, subiendo las manos hacia los pechos—, si te apetece usamos el servicio de habitaciones y nos quedamos aquí.

—Me apetece… —Claire dejó escapar otro gemido placentero y agregó ronroneando—: Acabas de hacerme un gran favor.

—No he empezado, cariño.

—Sabes a qué me refiero; aunque ya que estás tan servicial podías darme un masaje con tus maravillosas manos mágicas.

—Puedo darte varios, y no solo usando las manos.

—Tentador, mi amor —susurró, pensando en devolverle parte de la felicidad que sentía con él—. Aunque tengo otra idea, que creo te gustará más. —Claire sonrió con la certeza de que iba a sorprenderlo—. ¿Te apetece una aventura conmigo?

—Y dos o tres, ¿en qué estás metida?

—Aún en nada, pero si hacemos ya las maletas y nos vamos al aeropuerto, voy a estar con mi estupendo marido tres días en Barcelona. ¿Quieres?

La respuesta llegó en forma de ola. Gabriel salió del agua a la velocidad de la luz, se enrolló una toalla en las caderas y le tendió a Claire otra más grande, impaciente por cumplir un deseo que en su momento les acarreó una discusión y ahí prometía un resarcimiento tan olvidado como estimulante.

Cuando pisaron suelo español, agradecido y romántico, Gabriel no se privó de besar a su mujer delante de las personas que andaban diligentes o despistadas de un lado a otro por el aeropuerto. Cogieron un taxi para llegar al Hotel Arts, donde aprovecharían la reserva hecha por Gabriel en enero gracias a la deferencia de no cancelársela. El edificio estaba frente al Puerto Olímpico y les impresionó por una dudosa belleza contemporánea. Era una torre robusta altísima con cientos de ordenadas ventanas verdes y una estructura de acero blanco rodeando la fachada como un exoesqueleto. La decepción por el diseño quedó compensada por la excelencia del interior y las panorámicas espectaculares del mar y la ciudad.

Durante aquellos días no dejaron ningún sitio emblemático por visitar. Gaudí fue el gran admirado por los dos; y sin defraudarles cumplió con nota sus expectativas tanto en la Sagrada Familia como

en los edificios que contemplaron en el Paseo de Gracia. Si para Claire la experiencia al entrar en la Casa Batlló superó otro sueño por sus formas ondulantes y evocadoras llenas de detalles artísticos en materiales variados, todos usados con maestría, y unos colores que recordaban al mar o el atrevimiento del diseño en las ventanas, los balcones o los arcos y parábolas típicas del arquitecto; Gabriel creyó morir de gusto en la azotea, y no solo por las vistas preciosas, tampoco por los conjuntos de chimeneas, que eran especiales con unas siluetas sinuosas y un diseño funcional perfectamente acorde al universo imaginativo del arquitecto; él no dejó de imaginar el espinazo de un dragón colosal reptando sobre los tejados, revestidos con un sinfín de tejas cerámicas en unos tonos rojizos y verdosos que conseguían parecer escamas y añadían realismo a la leyenda de San Jorge que el guía les explicó. De nuevo, Gabriel sintió la conexión de su apellido con Gaudí tal y como le sucedió en Spaniard´s Bay. Aquella vez fueron las hazañas de dos navegantes, Bernard y *sir* Francis Drake y, en ese momento, otro hombre insigne admirado por Claire y máximo exponente de la arquitectura que había inspirado a Charles Merritt para construir su casa, lo enorgulleció por otra asombrosa coincidencia. Gracias a eso, pasaron muchos minutos divagando, enfrascados en teorías que oscilaron entre curiosas y absurdas, pero todas divertidas y gratas para los dos.

Otros rincones de la ciudad menos conocidos lograron maravillarlos, sobre todo el barrio judío de los alrededores de la catedral o, cuando siguiendo la recomendación de un taxista, pasearon la última tarde por el Borne, donde comieron a base de tapas exquisitas, para deleite de Gabriel. Allí descubrieron la Basílica de Santa María del Mar, y Claire se rindió ante la belleza majestuosa del gótico. La nave era una visión sobrecogedora para los ojos: unas sólidas columnas que parecían etéreas, unos elegantes arcos cruzados dando esbeltez, y la oscuridad de las piedras con las que estaban realizados, que solo añadían más misterio a una austeridad palpable, convirtiendo en maravilla la sencillez. Fue el colofón inesperado que determinó la promesa de volver con más tiempo; merecía la pena intercalar ese tipo de turismo en los próximos viajes a Europa. Pese a que sería algo complicado decantarse por un país, ya que todos tenían suficiente arte para seducirlos, los dos estuvieron de acuerdo en que España sería difícil de superar. Si en su luna de miel Andalucía les impactó con unas reminiscencias árabes preciosas, un clima tan cálido como sus gentes y una comida de lujo, Barcelona se ganó a pulso un pedacito de sus corazones con la mezcla perfectamente equilibrada entre un pasado espléndido y una vanguardia que solo denotaba

carácter acogedor y un encomiable afán de progreso.

DIECINUEVE

San Juan de Terranova, 15-4-13
Terranova y Labrador, Canadá

Durante parte del recorrido desde el aeropuerto hacia la ciudad, Alexei contempló absorto un camino hecho miles de veces, con nieve, lluvia o como ese día con un sol espléndido que invitaba a sus vecinos a relacionarse dejando atrás el encierro del invierno. Gabriel respetó aquel silencio nada incómodo porque Alexei no tuvo reparos en contarle en cuanto se vieron lo bien que Léonore y él pasaron los días en París y Roma, parecía saludable y le permitió centrarse en sus inquietudes; la más importante era la próxima visita de Claire a la ginecóloga, cuando esperaban conocer el sexo del bebé.

En el centro de San Juan, detenidos en un semáforo, Gabriel respondió la llamada de Cora con el manos libres activado.

—Hola —saludó sorprendido—, ¿cómo estás?

—Hola, Gabe, muy bien. Felicidades, me alegro muchísimo por los dos.

—Gracias, estamos emocionados. ¿Y mi sobrino? ¿Cómo va portándose?

—Igual que el padre, tiene sus momentos, pero no puedo quejarme, ya sabes que estamos ansiosos por tenerlo con nosotros.

—Lo sé, hablé con él hace poco. ¿Tenéis ya claro el nombre?

—Creo que sí, aunque hasta que lo bauticemos no me arriesgo a confirmarlo —dijo Cora alegre—. Quería comentarte que he vendido el apartamento, firmé la semana pasada, y necesito que me des el número de tu cuenta para hacerte un ingreso.

—¿Para qué? —preguntó, volviendo a circular.

—Porque quiero devolverte lo que no es mío.

—No tienes que hacerlo, llegamos a un acuerdo, es tuyo.

—No, Gabe, no fue justo. Me vino muy bien para empezar otra vez, pero necesito enmendar mis errores. Quiero que lo aceptes para saldar todas nuestras cuentas.

—Estamos en paz —comentó sincero.

—Por favor, Jack y yo estamos juntos gracias a ti, eso no podré pagártelo nunca, pero el dinero del divorcio es tuyo, acéptalo. No hagas que te lo ruegue.

—No lo esperaba, Cora, pero si es lo quieres no voy a rechazarlo. Me has pillado conduciendo, cuando llegue a casa te

mando un correo con el número.

—Perfecto —afirmó satisfecha—. Acabo de quitarme un peso de encima.

—Bueno, es relativo —dijo bromista—, tienes que esperar todavía algunas semanas.

—No lo tengo muy claro. —Cora rió, pensando en el buen humor de Gabriel y en una falta de rencor dignificante—. Por la intensidad de las contracciones que estoy teniendo, me temo que será antes de lo previsto. No voy a la oficina ni puedo conducir, así que imagínate el nivelito de Jack.

—Me hago a la idea, esperemos que se relaje cuando haya nacido el niño para evitar que asesine a tu padre.

—Sí, y aun así lo dudo —dijo Cora resignada—. No se soportan, qué cruz.

—Hay que esforzarse bastante para sobrellevarlo; no desesperes.

—Lo intentaré. Tengo que dejarte. No olvides mandarme el correo. Dale un beso de mi parte a Claire y otro para ti.

—No te preocupes, cuídate mucho. Y dile a Jack que nos mantenga informados cuando te pongas de parto.

—Vale. Te quiero, Gabe, nos vemos pronto, y muchas gracias por todo.

—No seas tonta. Gracias a ti, y yo también te quiero.

Gabriel cortó la comunicación con una sonrisa en los labios.

—Supongo que era tu exmujer —dijo Alexei, sin rastro de resquemor al conocer por Claire la vida entera de su familia política—. Es admirable que os llevéis tan bien, teniendo en cuenta vuestras circunstancias.

—No siempre ha sido así. Cuando le pedí el divorcio tuvimos una racha nefasta. Por suerte, conseguimos entendernos.

—Desde luego, no solo es civilizado, sino también una muestra más de inteligencia.

—No sé, Liosha, a veces las cosas se complican y uno pierde el norte. Cuando me enteré que estaba con mi hermano me jodió bastante y no me comporté demasiado bien con él.

—Bueno, eso es agua pasada. Lo importante es el presente; ni el pasado puede dañarte ni el futuro debe preocuparte.

Gabriel sonrió ante la filosofía simple y contundente del anciano.

—¿Cómo te va con Léonore?

—Todo lo bien que puede irnos a nuestra edad y viviendo en diferentes continentes. Ha sido una gran suerte volver a tropezar con

ella, es una mujer maravillosa. Mi pena es no haberla buscado cuando era joven, pero creí que era tarde y seguiría dolida conmigo. Si llego a saber que estaba tan sola como yo, te juro que habría hecho las cosas de otra manera.

—Si aceptas un consejo, aunque no me guste darlos, te diría que vivas con ella y como mínimo estéis juntos, siempre será mejor que seguir solos.

—Tendría que irme a París y ahora mismo prefiero disfrutar de mi nieta y del niño que está en camino. Léonore lo comprende e intentará venir cuando pueda —explicó conformista, se detuvo unos segundos mirando distraído por la ventanilla hasta que volvió a hablar—. He avisado en la residencia que voy a dejarla. Contrataré a una mujer para que atienda la casa y estaré más cerca de vosotros.

—¿Claire lo sabe?

—No, ahora se lo comentaré.

Gabriel asintió, pero no le dijo nada de los planes que Claire tenía para él. Cuando aparcó en la puerta de la casa, mientras sacaba el equipaje del maletero, Alexei levantó la cabeza observando inmóvil la fachada. Al entrar, *Shu* saludó a Gabriel con su entusiasmo habitual e incluyó a Alexei, que le correspondió con unas tiernas caricias. Claire salió de la cocina y lo abrazó cariñosa, ajena a los ojos azules de Alexei clavados en las dos mujeres que los observaban a unos metros.

—Estás estupendo, «*died*» —dijo sonriendo—. ¿El vuelo bien?

—Sí, muy bien —respondió enérgico, se separó y la sujetó por los brazos—. Tú estás guapísima.

Percibiendo a Eloise y Ethel retraídas, Gabriel se acercó y colocó los brazos en sus hombros, incitándolas a dar el primer paso hacia el perdón que buscaban.

—Bienvenido, Alec —saludó Ethel tendiéndole la mano—. Es un placer tenerte aquí.

—Llámame Liosha, Ethel, por favor.

Ethel afirmó en silencio, recordando cuántas veces escuchó ese diminutivo en boca de Charles y Chris, y cuántas lo despreciaron sin darle la menor oportunidad. Para Eloise todavía fue un trago más amargo, al ver tras muchos años la misma sonrisa amable que siempre le dedicaba cuando coincidían y ella le negaba el saludo.

—Hola, Liosha —dijo con lágrimas en los ojos—. Me alegro mucho de que hayas venido y espero de corazón que me perdones por todo.

—No hay nada que perdonar. —Alexei inclinó el cuerpo y la besó en las mejillas—. Todos hemos tardado demasiado en rectificar

nuestros errores. Por mi parte puedes estar tranquila, nunca tuve en cuenta desaires o malos entendidos, sé por qué Grace actuó como lo hizo y te aseguro que la comprendí.

—Gracias, he pensado mucho en ti durante las últimas semanas y me carcomía haber sido una necia aparte de muy grosera contigo.

—¿Amigos? —preguntó jocoso, Eloise movió la cabeza afirmando. Claire volvió a acercarse y se agarró a su brazo guiándolo hacia el salón. Al pasar por delante de la escalera, Alexei se detuvo; parecía contener la emoción admirando su obra, escarbando con los ojos dentro de los detalles de la madera—. Teníais razón, habéis conseguido realzar la belleza.

—¿Quieres ver los dormitorios? —preguntó Claire.

—Por supuesto —respondió feliz—. La casa entera, quiero verlo todo.

La visita duró un buen rato. Claire y Gabriel le contaron algunos problemas que surgieron en la reforma y cómo los solucionaron intentando que no se perdiera la esencia modernista que caracterizaba el interior. Cuando entraron en el salón tenían preparada encima de la mesa frente a la chimenea una selección de embutidos españoles, una botella de vino tinto y una jarrita con zumo de naranja para Claire. En cuanto las Friars se despidieron, sentados en el sofá, charlaron de los muebles hasta que Alexei fijó la vista en la fotografía que encontró Claire en la casa de Margaret y había colocado encima del aparador. Notó la ausencia de su abuelo, se levantó y la cogió para enseñársela más cerca. Ninguno quiso interrumpir con palabras los pensamientos nostálgicos que intuyeron en la mirada de Alexei.

—Qué injusta fue la vida con ellos —dijo tras varios minutos, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—No digas eso. —Claire apretó su mano—. No quiero que estés triste. Estoy segura de que los dos están juntos y son felices. Igual que Gabriel y yo estaríamos muy contentos si vivieras con nosotros —dijo con una sonrisa. Alexei, que no esperaba esa petición, miró desconcertado a Gabriel. Vio unos ojos grises demasiado abiertos y una línea apretada en sus labios, sugiriendo que era un simple peón en la jugada de la reina. Claire añadió—: Tenemos espacio de sobra, Elo y Ethel siempre están aquí por las mañanas y nos gustaría que nuestro hijo te tenga a su lado como yo tuve al abuelo.

—Sois muy generosos los dos, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué no? —preguntó Claire molesta—. Vives en una residencia porque no quieres estar solo, es lo mínimo que podemos

hacer por ti.

—Cariño, no te enfades —comentó Gabriel, inclinó la cabeza en un gesto rápido dirigido a Alexei, buscando que se explicara—. Es posible que tenga otros planes.

Claire notó la muda comunicación y frunció los labios alternando los ojos entre ellos.

—Voy a dejar la residencia para volver a mi casa, y si Léonore quiere viviremos juntos.

—¿Cómo? —Claire no supo controlar el impacto de esa noticia en el gesto entero de su rostro—. Tenéis más de ochenta años los dos, tu casa está en mitad de la nada, ¿en qué estás pensando?

—Aquí la nada es muy amplia.

Al escuchar a Gabriel, los ojos de Claire se convirtieron en mechas incendiarias a punto de matarlo.

—Claire, no estaremos solos y podremos vernos con frecuencia. Deja que lo intentemos, los dos llevamos solos toda nuestra vida y vosotros estáis empezando la vuestra para cargar con un viejo impertinente. Bastante tendrás con cuidar a un bebé.

—Si es lo que quieres, no voy a oponerme, eres mayorcito y tienes intactas tus facultades mentales, pero piénsatelo, por favor.

Abuelo y nieta llegaron a un entendimiento para satisfacción de Gabriel, sin ánimo para una confrontación entre titanes. Si su mujer pecaba de obstinada, Alexei era un maestro del ajedrez; el rey de los enroques, como pillara la posición no había manera de que la soltase.

La cita con la doctora Mills llegó unos días después para alivio de Gabriel, aunque no tuvo paciencia para esperar a Claire en el despacho y aguardó dando paseos delante de los escaparates del edificio contiguo al banco. El sonido del claxon lo pilló despistado saludando a un cliente, pero se despidió con rapidez y se montó en el Bronco, muy sonriente.

Casi una hora después, confirmaron el sexo de su hijo: una niña. La felicidad del Inquisidor alejó la ligera decepción de Claire, convencida de que sería un varón. Antes de llegar al Boreal y compartir la noticia con Alexei y las Friars, Gabriel llamó a Sean, siempre con el honor de ser el primero de los Drake en enterarse de sus cosas, en ese momento, solo en Nueva York por una reunión laboral alojado en el ático. Luego, habló con Elizabeth, emocionada tras haberles dedicado cientos de oraciones, y con John, que fue más comedido al transmitirle la enhorabuena. Dejó en último lugar a Jack

para ponerse nervioso el tiempo justo; en cambio, llegó a sorprenderlo con una serenidad rara pero oportuna.

Consiguieron pasar el resto del día medio tranquilos acompañados por Alexei, que estaría con ellos hasta el domingo. Tenía previsto viajar a Europa para volver lo antes posible con Léonore e instalarse juntos en su casa. La mujer aceptó vivir en Terranova, pero debía organizar la fundación de su hermano, algunos asuntos legales que le permitirían seguir dirigiéndola sin estar en París y el traslado de sus efectos personales. Gracias a Eloise, una señora de confianza les ayudaría en las tareas domésticas y ambos creían que su salud les permitiría pasar unos pocos años tranquilos. Ninguno padecía más que los achaques típicos de la edad: algunos dolores en la espalda y piernas y debilidad muscular, por lo demás se desenvolvían perfectamente. También, el optimismo innato de los dos, incrementado por la próxima llegada de la niña, contribuía en sus ganas de afrontar la última oportunidad de ser felices que la vida les concedía. Al bebé pensaban mimarlo todo lo que pudieran y sus padres consintieran, iban a resarcirse por el tiempo malgastado sin condicionantes.

Después de cenar esa noche, en cuanto Alexei ocupó la habitación Suroeste, Claire se metió en la cama y dejó a Gabriel recogiendo la cocina. Cuando entró en el dormitorio, no tardó ni un minuto en quedarse solo con los calzoncillos y tumbarse a su lado, todos sus gestos indicaban alegría.

—No sabía que una niña iba a emocionarte tanto.

Claire giró el cuerpo y apoyó la cabeza en su pecho.

—Cariño, me venía bien cualquier sexo. —Gabriel sonrió, le besó el cabello y siguió acariciando despacio su espalda por encima del camisón—. El siguiente será un niño, para compensar.

—De momento me conformo con que todo vaya bien durante este embarazo.

—No te preocupes, ya verás cómo en octubre Elizabeth estará aquí.

—¿Ya tienes el nombre? —preguntó riendo—. ¿Y mi opinión no cuenta?

—Creía que te gustaba, pero podemos cambiarlo por otro. Aunque me hace ilusión que se llame como mi madre.

—Sabes que me gusta mucho y, desde luego, no quiero andar como Jack y Cora, no sé cómo todavía están sin ponerse de acuerdo. Pobre criatura. —Claire sonrió entornando los ojos—. Si supiera la que están liando sus padres, creo se daría la vuelta para no conocerlos.

—Sí, vaya dos. Hoy me ha llegado el ingreso de Cora, somos

medio millón más ricos. Estoy mirando casas en Londres, es un buen momento para invertir.

—No te lo he dicho porque no pienso aceptarlo, pero Marion pretende dejarme todas sus propiedades.

—No me extraña porque no tiene herederos. Piénsalo, cariño, es una pasta.

—Ya veremos cuando llegue el momento, Marion todavía es joven. Y tampoco sé si lograremos la relación profesional que pretende y creo que será decisiva para la personal.

—¿Sigues molesta con ella por los regalos de Liosha a tu abuela?

—No sé qué pensar —dijo Claire, levantó la cabeza y besó la mandíbula de Gabriel—, y no quiero hacerlo ahora.

Tener medio cuerpo de Claire encima del suyo ya estaba resultando efectivo para calentarlo, y ese tono seductor avivó un instinto básico irrefrenable para mecerse bien clavado en su interior, moviéndose con la sutil elegancia de una brisa cálida hasta dejarse guiar por la fuerza, igual que un cadencioso oleaje llegaba a la costa empujado por unos vientos indómitos que un día los unieron gracias al azar. Perdidos y en blanco se evaporaron como la espuma sin poder mover ni un solo músculo. En esa paz, totalmente inmóviles en la quietud que dejaba amarse tras una sesión de sexo del bueno, antes de dormirse unieron sus labios en un beso pausado pero profundo, con sus lenguas enredadas en otro culto honrando al amor, a la fortuna por tenerse y a sus sueños.

El día siguiente, al ser sábado, Jack preparaba el desayuno en el apartamento cuando Cora empezó a sentir contracciones. Parecía sufrir un dolor tremendo cada vez que se encorvaba, en cambio sonreía a los pocos minutos quitándole importancia para no acudir al hospital como él rogaba constantemente. Jack desistió sin quitarle los ojos de encima durante toda la mañana y no soltó su mano en ningún momento cuando salieron a dar un paseo por TriBeCa después de comer. Regresando, Jack soportó estoico otra contracción justo en la puerta de la floristería. La fuerza que sintió en la mano sugería que el niño empezaba a impacientarse y no tenía intención de esperar. El dueño de la tienda se acercó preocupado, pero Cora también lo tranquilizó. Recibió una rosa roja con sus mejores deseos, que ella agradeció con un beso en la mejilla. Pese a saber que todavía le quedaba el trago más duro, se sentía animada y no quería inquietarse, convencida de que sería otra falsa alarma.

Al entrar en el apartamento, Jack no aguantó más.

—Nos vamos al hospital, ya —habló en un tono severo—. No pienso pasar la noche aquí. Cada vez son más frecuentes, y puede estar adelantándose.

—Creo que tienes razón —dijo Cora tratando de sonreír—. Hoy es demasiado.

A las seis de la tarde, Jack ayudó a Cora a salir del coche en el aparcamiento del Monte Sinaí, se cargó en el hombro un bolso azul marino con el ajuar de ella y el bebé y, disimulando los nervios, la guió sujeta por la cintura hasta el acceso de urgencias. En unos minutos se quedó solo y preocupado junto a un mostrador con poco personal. Se sentó en un banco, con un único hombre como compañía en el extremo, sacó el móvil y mandó unos mensajes. Al poco tiempo empezó a recibir llamadas, pero las silenció ante la mirada reprobatoria de la enfermera más corpulenta que había visto en su vida. Cansado, una hora después, se acercó al mostrador.

—Disculpe —dijo, esbozando una sonrisa encantadora. La mujer levantó la vista despacio, parecía perdonarle la vida, aunque Jack no se inmutó y preguntó suave—. ¿Sabe algo de Cordelia Hosborn?

Con unos ojos azules fríos e inexpresivos, la enfermera leyó unos documentos.

—Está en el quirófano con el doctor Campbell. —Movió los labios rápido, en un amago de cordialidad—. No debe tardar. Le avisaré en cuanto termine.

—Gracias —dijo Jack, sin querer inquietarse por la ausencia del doctor Sawyer, volvió a sonreír y añadió—: Estoy sentado ahí. —Señaló con la mano el banco y la enfermera asintió. Un poco más tranquilo, buscó unas monedas en el bolsillo para sacar un café solo de la máquina que había cerca del mostrador. No había terminado de tomárselo cuando pasaron dos médicos corriendo por el pasillo. Notó la vibración del móvil y vio la llamada de su madre—. Hola, mamá.

—Hola, cariño ¿cómo está Cora?

—Dando a luz. En cuanto nazca, os llamo.

—¿Ya? —exclamó Elizabeth—. ¿Desde cuándo está de parto?

—Hemos llegado hace un rato, no te preocupes.

—Estoy con Sean, pero papá ha salido. Voy a avisarlo, no creo que tardemos en llegar.

—Esto va para largo.

—¿Cómo estás tú?

—Nervioso pero bien —respondió, tiró el vaso de plástico en una papelera y volvió a sentarse. De repente, un murmullo en el ascensor captó su atención. Varios médicos hablaban enfadados, uno se frotaba la cara y fijó un segundo los ojos en Jack, que frunció el ceño, aunque siguió hablando con su madre—. ¿Sean ha venido por el despacho? —preguntó sorprendido.

—Sí, estará aquí un par de días más. Elaine y la niña se han quedado en Quebec.

—¿Dónde está papá?

—Jugando con James, supongo que estarán terminando.

—No le agobies —comentó, pensando en las escapadas de su padre al campo de golf, donde estuviera no cesarían hasta el otoño—, deja que lo machaque tranquilo.

—Esto es más importante, va todos los días.

Jack guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y se distrajo observando al personal sanitario y las visitas que entraban y salían de las habitaciones. Más de una hora después, aparecieron por el pasillo dos médicos, uno de ellos bastante joven, y un hombre vestido con un traje gris. No hablaban y sus miradas rehuían los ojos de Jack conforme se aproximaron a él. Sin interpretar la incomodidad que percibió, Jack se levantó cauteloso al tenerlos delante; tampoco supo contener el ritmo disparado de su corazón.

—Hola. —El médico joven saludó estrechando la mano de Jack—. Soy el doctor Campbell, le presento a mi colega, el doctor Shilton, y al director del servicio de Obstetricia y Ginecología, el doctor Kors. —Los dos hombres, más mayores, también apretaron la mano de Jack. Intercambiaron una mirada entre ellos antes de que Campbell tragara despacio y hablara—. Tengo el pesar de informarle que hemos tenido complicaciones en el parto, lo siento mucho.

La enfermera, viendo a Jack aturdido mientras escuchaba la explicación del médico, cambió su expresión antipática por una compasiva. Estuvo pendiente a un hombre que se rompía respirando de forma atropellada, que buscó aislarse cerrando los ojos, apoyado en la pared, y que se dejó caer al suelo tapándose la cara con las manos. Abrumado por una tragedia poco frecuente en esa planta, el doctor Kors tocó el hombro de Jack para reconfortarlo. Durante un breve instante Jack desafió a los médicos con una mirada turbia enfurecida, se puso de pie y echó a correr despavorido para abandonar el hospital. Solo tenía un propósito: desaparecer para no sentir el dolor de su corazón, convertido en miles de fragmentos punzantes como cuchillos.

Sean llegó un poco más tarde con John y Elizabeth, sonrió con amabilidad al preguntar en el mostrador por Cora; aunque

supieron de inmediato que algo no iba bien cuando la enfermera se negó a darles ninguna información y les pidió que esperaran con el rostro desencajado. El doctor Campbell salió de su despacho, donde vieron en la puerta un pictograma azul oscuro con la breve leyenda: «*Consulta/ Obstetricia/ 1*», llevaba encerrado ahí con el resto del equipo médico desde que habló con Jack, analizando minuto a minuto lo ocurrido en el quirófano. Sin entrar en detalles, repitió la dolorosa e inesperada noticia.

—Dentro de unas horas les daremos un informe detallado.

—¿Un informe? —siseó Sean—. ¿Qué ha pasado?

—Ha llegado perfectamente —afirmó John, indignado—. ¡¿Dónde está Shawyer?!

—Está de vacaciones —respondió el médico de forma sosegada, comprendía esa reacción—. A la señora Hosborn se le ha adelantado el parto.

—Eso ya lo sabemos —dijo Sean, perdiendo una paciencia ya casi nula—. Es inaudito que haya ocurrido esto ¡Me oye! ¡Inaudito!

Elizabeth no podía apartar la mano de la boca, bloqueada, pensando en la tragedia de Jack. Cuando se marchó el médico, Elizabeth se abrazó a John y lloró desbordada por la situación; jamás pensó que algo tan dramático podía suceder. Al igual que Sean, solo con ganas de darse cabezazos contra una pared, sin poder asimilar que allí, con una tecnología puntera, se hubiera cometido un fallo de ese calibre. Preocupado por su hijo, John lo llamó al móvil varias veces; aunque no sirvió de nada. Luego, fue Sean quien lo intentó, con el mismo éxito que su padre.

Durante aquel intervalo, Jack llegó al apartamento, guardó en una bolsa de deporte las prendas de ropa que encontró a mano y, en cuanto regresó al coche, la lanzó en el maletero. Minutos después atravesaba el Puente George Washington por uno de los cuatro carriles en dirección a la Interestatal 95, sin rumbo. No pensó en que estaba huyendo ni en lo que dejaba atrás. No quería aceptar que en un abrir y cerrar de ojos su vida había dado un giro de ciento ochenta grados; era demasiado brusco, y hasta asumirlo no podía hacerle frente.

A través del cristal de la Sala de Puericultura, Sean fijó la vista en una decena de cunas con recién nacidos. Perdido entre la rabia y la impotencia, volvió a insistir llamando a Jack.

—No consigo que coja el móvil —dijo Sean, mirando a su madre. Elizabeth tenía los ojos clavados en los bebés y la cabeza apoyada en el hombro de John—. Deberíamos llamar a los Hosborn, dudo que Jack lo haya hecho.

—Llama a Gabe —dijo John. Vio al doctor Campbell

hablando con otro médico y su mala leche medio apaciguada se rearmó—. Tenemos que averiguar qué ha pasado y por qué no han sabido solucionarlo. Si se ha cometido alguna negligencia no van a justificarla echándose el muerto unos a otros.

—Ahora mismo no puedo pensar con claridad, papá. Esperaremos a que nos den los informes. —Desvió la vista hacia las cunas—. Jack no está y vamos a tener que decidir por él, no tenemos más de cuarenta y ocho horas, y antes de que aparezcan los Hosborn deberíamos haber tomado una decisión. Somos su familia más directa y necesita todo nuestro apoyo.

—Haz las gestiones oportunas —dijo John, trató de sonreír, fijando los ojos en la única cuna donde no podía leerse un nombre—. Hasta que Jack aparezca, tu madre y yo nos haremos cargo de él, no le des a Victor la más mínima oportunidad.

—¿Cómo le llamamos? —preguntó Elizabeth—. Ya no sé qué nombre querían ponerle.

—Joder, joder. —Sean se vino abajo, recordando la de veces que se había reído de su hermano y Cora por una indecisión que en ese preciso momento no tenía la más remota gracia—. ¿Dónde coño se ha metido? ¿Por qué no es capaz de estar aquí? —Con un brillo de impotencia en los ojos, miró a Elizabeth—. Por mucho que esté destrozado, es su hijo, su hijo…

La voz de Sean se convirtió en un ligero hilo que no pasó inadvertido para una pareja de mediana edad que contemplaba embelesada la misma sala que ellos. John resopló, atento fijamente a los ojos enrojecidos de Elizabeth.

—Beth, ¿cómo le llamamos?

—Dame unos minutos.

Elizabeth anduvo de forma mecánica los metros de distancia hasta las sillas azules y se dejó caer en una.

—Tenemos que sobreponernos, nos quedan algunos días complicados por delante —comentó John, tocó con fuerza el hombro de su hijo—. Llama a Gabe, por favor.

Sean parpadeó una sola vez, exhaló con fuerza y se encaminó hacia los ascensores. John se sentó junto a Elizabeth y la abrazó, pensando en su querido nieto y en la vida que empezaba con su familia rota.

Al sentir el aire fresco que corría en la calle, andando hasta el parque, Sean se despejó un poco. Sentado en un banco contempló a la gente sin ver a nadie, ajeno a risas y a carreras. La noche oscurecía ese funesto veinte de abril, un mes trágico para las dos mujeres que sus hermanos amaban. Cuando sacó el móvil, respiró hondo y se armó de

valor al pulsar en el número de Gabriel.

—Hola, Sean —saludó contenta Claire—. ¿Cómo estás?

Como no esperaba que Claire respondiera, tardó unos segundos en decir:

—Hola, estoy bien. ¿Gabe no puede ponerse?

—Ha salido con *Shu*, pero debe estar a punto de llegar ¿no quieres hablar conmigo?

El tono divertido de Claire no ayudó a que se decidiera.

—Hace un rato ha nacido el niño.

—¿Ya? Madre mía, qué alegría. ¿Cómo está?

—Muy bien, es bastante grande —respondió con lágrimas inundándole los ojos—. Ha pesado tres kilos y medio y mide cincuenta y dos centímetros.

—Qué bien, sabía que iba a adelantarse.

—Claire, tengo que colgar, dile a mi hermano que me llame en cuanto llegue.

—¿Cómo está Cora?

Sean escuchó la pregunta, pero no contestó, colgó la comunicación, incapaz de explicarle una realidad que ni él comprendía y no quería repetir muchas veces, aún le quedaba Elaine, y sería otro trago muy difícil de digerir para ella.

En cuanto Gabriel entró en su casa, Claire dejó a Alexei en el salón y salió al vestíbulo para darle la noticia. Con una amplia sonrisa, se acercó y rodeó su cuello con los brazos, le dio un beso en los labios y se apartó.

—Felicidades, ya eres tío otra vez.

—¿En serio? —preguntó, elevando las cejas, sonriente—. Al final habéis tenido razón. ¿Cómo están?

—Por lo que me ha contado Sean, el niño es enorme, dice que está muy bien.

—Voy a llamar a Jack. —Gabriel marcó el número, pero una voz mecánica avisó de que en ese momento no estaba disponible—. Debe haber apagado el teléfono, estará harto de recibir felicitaciones.

—Sean me ha dicho que lo llames, estaba un poco raro.

Gabriel hizo un mohín con la boca, marcó el número y de inmediato escuchó la voz de Sean. Nada más saludarlo, notó una seriedad inesperada. Pocos segundos después, cerró los párpados y se limitó a concentrarse en las palabras de su hermano. Claire vio las lágrimas que corrían por el rostro de Gabriel y se asustó tanto que esperó inmóvil delante de él a que colgara.

—¿Qué ocurre?

Con la mirada fija en los ojos de Claire, Gabriel negó con la cabeza.

—Durante el parto ha habido una complicación. No saben exactamente qué, pero después de ponerle la epidural, Cora ha tenido un shock anafiláctico severo —dijo Gabriel, cogió una bocanada de aire sin perder de vista la expresión aterrorizada de Claire y terminó —. Ha muerto.

En la última parte de Boreal Róis, *Una fría noche y tú*, podrás descubrir cómo afecta a la vida de la familia Drake la dramática desaparición de Cora. Llegará un momento de tomar decisiones, esas que a veces pueden ser erróneas. Mientras, el destino tratará de compensar algunos sueños llenando de esperanza corazones atormentados por el dolor y la decepción, otros morirán definitivamente; y uno, renacido de las sombras, impresionará al mundo con la virulencia de un huracán.

Boreal Róis III

UNA FRÍA NOCHE y tú

Rosa Alcántara Menéndez

Una fría noche y tú

Boreal Róis III

Rosa Alcántara Menéndez

copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2016

Portada © R.A.M.

www.rosamenendez.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

SINOPSIS

La tragedia que marca la vida de Jack Drake se ve incrementada por su negativa para aceptar la realidad. Intentará salir a flote con la ayuda de toda su familia, aunque el caprichoso destino volverá a jugar con él sin consideración y con una atractiva escocesa que no se amilana ante los hombres guapos e inestables. Mientras unos sueños se cumplirán; otros, morirán definitivamente. Solo un fantasma saldrá de las sombras e impresionará al mundo, uno renacido con la virulencia de un gélido y solitario huracán.

UNO

Quebec, 26-4-13

Canadá

En el interior de la capilla, la cabecera circular tenía encima una cúpula profusamente decorada con un fresco como los clásicos de Roma, una reja separaba la cripta de la nave, y un retablo en el altar mayor, con una impresionante escultura de Cristo crucificado, dotaban con algo de historia el cementerio Mount Hermon cuando recibió a su última moradora; la contención fue general entre los allegados de Cordelia Hosborn.

Tanto los Drake como sus padres pasaron el trance de la autopsia que había dilatado el funeral una semana. Aquel día primaveral Jack fue el gran ausente, no acudió a despedirla. Seguía desaparecido, sin dar una señal por conocer a su hijo ni asumir el papel que el destino tenía reservado para él. Ningún miembro de su familia entendía esa actitud. Incluso John se atrevió a bloquearle la cuenta corriente del Scotia usando su influencia con Bill Patterns; si no cumplía, no cobraba. Sin embargo, no había surtido efecto, y los padres de Cora presionaban para hacerse cargo del niño.

Reunidos en el despacho de John mientras sus mujeres despedían a los íntimos que les acompañaron en el funeral, la tensión de Victor Hosborn, de pie; la tristeza de Gabriel, sentado en un sillón; y la preocupación de Sean por los días inciertos que les quedaban por delante aumentaron la inquietud silenciosa que flotaba en la habitación por la huida de Jack. Los ánimos no prometían una conversación sosegada.

—Es un irresponsable. —Victor gruñó—. ¡Es su hijo! ¡Por el amor de Dios!

—Vamos a darle unos días más —dijo John controlando la rabia que le producía escuchar por enésima vez lo mismo—. A Elizabeth y a mí no nos importa cuidarlo hasta que Jack se encuentre en condiciones de hacerlo. Ponte en su situación.

—¡¿Qué me ponga en su situación?! Es indignante que precisamente tú digas eso, John. Eres padre, ¿te habrías largado desentendiéndote de tu propio hijo? ¡Por Dios! —Victor se acercó amenazante a Sean—. Ahora bien, os diré una cosa, en cuanto lo tenga

enfrente se le van a quitar las ganas de abandonar más a su hijo. ¡Lo juro por Dios!

Hosborn parecía consolarse si pronunciaba «Dios», aunque era cansino como una grabación intermitente. Sean no se inmutó. Esperó que se calmara y se distanció unos pasos.

—Es un momento duro para todos, Victor —dijo Gabriel casi murmurando. Al oírlo, el hombre desvió la mirada hacia él—. Jack amaba a Cora, tanto que renunció a ella por mí. No lo juzgues por no saber gestionar su dolor. Si para ti es difícil, imagina cómo tiene que estar él. Ha sido un palo muy gordo.

—Puedo entenderlo, Gabe, pero el niño merece su atención.

—Nadie lo niega, simplemente te pedimos que no te precipites sacando conclusiones de Jack.

Gabriel gozaba del respeto de Victor, atendía cuando hablaba.

—¿Son frecuentes las reacciones alérgicas a la anestesia? —preguntó Victor, disimuló la tensión de su gesto con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—No —respondió Sean rotundo. Había hablado con varios especialistas y poco a poco comprendía qué pudo ocurrir en el quirófano pese al montón de incógnitas que debía aclarar antes de formular una acusación contra el equipo médico—. Todos los fármacos directa o indirectamente relacionados con la anestesia que se administran en el acto quirúrgico como antibióticos, analgésicos, antisépticos, *etc.* además del material quirúrgico, pueden provocar cuadros de alergia, pero no son frecuentes.

Gabriel suspiró, cansado tras días interminables, y con seriedad preguntó a Sean:

—¿Deberían haberle hecho pruebas con los anestésicos antes de la intervención?

—En circunstancias normales solo se hacen cuando los pacientes ya han tenido una reacción alérgica durante una anestesia anterior. En ella habría sido lo deseable, pero no fue un parto normal, así que mejor no vamos a machacarnos con eso. Prefiero centrarme en la negligencia al no aclarar el tema con ella. Es, muy, muy dudoso que Cora no dijera nada.

—¿Quizá no pudo? —preguntó Victor, cínico, harto de las insinuaciones que oyó sobre su hija. Era inconcebible para él admitir que omitiera esa información—. No me trago que ante la ausencia de Sawyer no lo advirtiera.

—Es complicado saberlo porque el equipo al completo coincide en que Cora estaba consciente y no abrió la boca ni siquiera cuando empezó a desestabilizarse.

—Porque no podría hablar —añadió Gabriel, que tampoco creía en esa omisión. Cora deseaba ser madre, estaba ilusionada con su hijo y la nueva vida que empezaba con Jack, jamás haría algo así; jamás—. Tendría la lengua o la garganta hinchada. ¿La autopsia no dice nada?

—No concluyente. Es el resultado del shock, y debían estar ya tratando de reanimarla.

—Da igual —cortó Victor enfadado—, Sawyer debería haberlo indicado en su ficha. No solo falló el anestesiólogo, están encubriéndose entre ellos. Podían haber estado preparados para tratarla, pero no supieron reaccionar hasta que fue tarde.

—Es muy complicado saberlo, Victor —dijo Sean serio—. De momento vamos a hablar con el Hospital.

—Pide la mayor indemnización que puedas, ese dinero es el futuro de mi nieto.

—Mi nieto no necesita el dinero. —John habló con frialdad—. Con sus padres junto a él tendría suficiente.

—No me he expresado bien, John, daría mi vida porque Cora estuviera con él, pero necesito aclarar que murió por un fallo médico.

—Vamos a aclararlo —dijo Sean, dándole a Victor una palmada suave en el hombro—. No creo que lleguemos a juicio, saben que perjudicaría la imagen del Hospital.

—¿Si no? —preguntó Gabriel—. ¿Yendo a juicio ganaríamos?

—La sanción consistiría en prisión, multa o inhabilitación. Incluso la absolución o sobreseimiento. En el fuero penal, no es impedimento para examinar la responsabilidad civil del médico y la reparación de los daños si fuera absuelto. La indemnización se demandaría en un segundo juicio civil.

—No has contestado. —John miró severo a Sean—. ¿Sí? o ¿no?

—Si el médico es culpable de un delito, sí.

Una de las máximas aprendidas por Sean Drake a lo largo de su carrera profesional había sido no dar falsas esperanzas, más si cabe, en este caso, cuando la implicación emocional era lógica. Concertaría una reunión con el director médico del hospital, solicitaría una segunda opinión sobre la autopsia de Cora y en función de los resultados decidiría.

El ruido constante y ensordecedor taponaba el cerebro de Jack y aliviaba algo el tormento de su pena. Beber fue el complemento perfecto hasta que agotaba las botellas de whisky y debía salir del motel para reponerlas. Estaba en la provincia de Ontario, a escasos doscientos metros de las cataratas, en Niagara Falls, un enclave

turístico ideal si se busca no destacar.

Buscando abastecerse cruzó el Puente Rainbow. La brisa fresca del río le concedió evadirse medio sobrio, contemplando la panorámica de una naturaleza salvaje rodeada de modernidad. No quería volver de su mundo irreal, de la mentira que deseaba vivir con Cora. ¿Podía imaginarse sin ella? ¿Cómo? Pensó en su hijo, pero desechó rápido la idea; no podía verlo; desde el principio solo aumentó la alergia de Cora. Su parte racional intentaba frenar ese pensamiento, si bien, siempre terminaba culpándolo a él por su muerte.

En la caja de un pequeño supermercado pidió tres botellas de Jameson, aunque salió con dos gracias a la limitación que no quiso pasar por alto el dependiente. Jack no supo si estaba haciéndole un favor, no rechistó y volvió a la calle, a sentirse vivo. Siempre le gustó Canadá, disfrutó viviendo en Quebec. Con nostalgia, regresó por el puente. Por primera vez desde hacía una semana se detuvo en mitad del recorrido, inmóvil, observando abstraído y calmado la fuerza violenta y majestuosa de las cataratas. ¿Sería la hora de regresar a casa?

Después de cenar, Claire cogió al bebé en brazos y se sentó en el sofá junto a Elizabeth. El pequeño tenía una pelusa rubia recubriéndole la cabeza y el cuerpo alargado, con un ímpetu nada despreciable aunque pasara la mayor parte del día dormido.

—Es muy bueno —comentó Claire, acariciando las piernas del niño —. ¿Cómo vamos a llamarle? Deberíais decidiros. Tenéis una semana más para inscribirlo en el Registro.

—A Cora no le gustaba Ethan —dijo Elizabeth—. ¿Recuerdas cuándo comimos con ella en Bruno´s?

—Sí —respondió John, pensando que hacía solo dos meses de eso —. Nos dijo que le gustaban Oliver y John.

—John Cordelius Drake.

La voz profunda de Gabriel atrajo un silencio breve.

—Es bonito. —Claire sonrió—. Pero un poco drástico para un bebé —. Mejor, lo llamamos Cordey.

Elizabeth observó a John, que parecía ausente.

—¿Abuelo?

John asintió mirándola, no objetaría nada. Más tarde, Elizabeth llevó a Cordey al dormitorio de ellos, donde tenía la cuna que Sean trajo de Ophie cuando llegaron de Nueva York y se vieron sin nada preparado para cuidarlo. A ninguno le pesaba ocuparse de él, derrochaban ternura tal y como hicieron cuando sus hijos nacieron.

Esa noche, sentada en la cama, Elizabeth estiró las piernas mientras le daba el biberón al niño cuando John se despertó. Los observó con el codo apoyado en el colchón.

—No tiene nada que ver con Jack —comentó distraído, paseando un dedo por la pierna de Cordey—. De buena nos hemos librado.

—Es muy guapo, se parece a los dos. —Elizabeth acarició la carita del niño, entregado a la leche—. No da un ruido, como si no quisiera molestar.

—No digas tonterías. —John percibió la aflicción—. Es un bebé. Es así y ya está. Su padre era un martirio, él habrá salido en eso a su madre.

—Lo sé, pero no dejo de pensar en que nunca la conocerá, me da mucha pena, cariño, muchísima. Estoy muy preocupada por Jack, ¿y si le ha pasado algo?

—Jack estará borracho en cualquier hotel de mala muerte. Ya aparecerá.

—No seas tan duro con él. Estamos suponiendo y quizá estemos equivocados.

—Beth, conozco a nuestros hijos, y te digo que Jack está ahogando las penas en whisky. Tanto Gabe como Sean opinan lo mismo, vamos a darle un par de semanas más, si no aparece iremos a buscarlo.

En el dormitorio de Gabriel, donde acostumbraban a alojarse, Claire salió en camisón del baño y observó al Inquisidor tumbado en la cama. Andaba apático y no sabía disimular, pero siguió con atención sus pasos, abrió el cobertor y la arropó cuando se tendió a su lado.

—¿Estás cansada?

—No —respondió Claire, abrazó su cintura—. ¿Tú estás más tranquilo?

—Algo, al menos Victor no se ha empeñado en llevarse al niño.

—Era absurdo solo plantearlo, cariño. Jack está vivo, es su padre y es quien va a hacerse cargo de él.

—Ese es el problema, Claire. No sé a qué coño está esperando. He tenido que darle la razón a Victor. No es normal que se largue y haya dejado a su hijo. Joder, no ha sido capaz ni de venir al funeral.

—Es un poco inmaduro por su parte desaparecer, está claro, pero es así. Imagino que con esto no le va a quedar otra que madurar de golpe. Me da mucha pena, cariño, tiene por delante una época complicada.

—Sean dice lo mismo. Espero que entre en razón, pero si no

podemos hablar con él es difícil convencerlo, y a cabezón no le gana casi nadie —dijo resignado—. Mi padre quiere que pida el traslado para que viva aquí con ellos.

—Es un adulto, no deberían sobreprotegerlo. Creo que es mejor que viva con su hijo por su cuenta, que los visite o esté cerca no te digo que no, pero debería mantener su independencia. Habláis de él como si fuera un adolescente, y me parece que estáis equivocados. Jack es fuerte, solo necesita asimilar el golpe. Esta huida no tiene nada que ver con lo que pasó cuando dejó Quebec, aquello lo hizo para no enfrentarse contigo, esto es para no enfrentar la verdad.

—Es posible —murmuró, acarició el muslo de Claire y metió la mano por debajo de la tela de sus braguitas, el calor envió un ramalazo a su cerebro y una pulsación impaciente a su pene—. Ahora prefiero nuestra verdad, cariño.

Esa voz grave a ras de la piel del cuello fue un disparo a la libido de Claire, que ocultaba sus ganas de sexo respetando el estado desanimado de Gabriel. Otra vez llegó la suavidad de los besos, la firmeza del cuerpo masculino cubriendo el suyo, y otra vez volvía la inspiración para amarse sin trabas.

Unos días más tarde, Claire y Gabriel dejaron Quebec. Para todos, más que una despedida fue un breve hasta luego, concretamente hasta mediados de mayo cuando bautizarían a Cordey.

A diario, Claire habló con su abuelo durante esos días, no se fiaba de un espíritu intrépido que acobardaría a alguien más joven. Ya lo había pillado varias veces en el taller, y no sugería nada bueno que Craig hubiera abastecido la nave con nuevas tablas de madera; hasta vio un tronco con la corteza, algo extrañísimo porque no solían venderlos sin limpiar para prevenir los insectos. Entendió que debía encontrarse en buena forma, pero tenía pensado limitarse a no perderlo de vista; aunque para ella era un gran alivio que Léonore velara con sensatez por él.

Christina McQueen salió rápido del coche en cuanto aparcó frente a la Fromagerie de Yannick, la favorita de Ari, donde tenían los mejores quesos de todo Quebec. La tienda era un rectángulo decorado sobriamente, con dos neveras expositoras alargadas y abarrotadas de quesos bien presentados en bandejas individuales. Eligió una selección para cenar con Ari después de no verla por los turnos que hacía de otros compañeros. Salía guardando la cartera en el bolso cuando

tropezó con un cuerpo masculino macizo.

—Hola —saludó Sean, asombrado—. ¿También compras aquí?

—Sí —contestó tras unos segundos para reaccionar—, a Ari y a mí nos encantan los quesos. ¿Cómo estás?

—Tirando —respondió Sean, no tuvo intención de mostrar un gesto apenado que Christina captó—. ¿Y vosotras?

—Muy bien, gracias. —Christina le tocó el brazo—. Siento mucho la muerte de tu cuñada. Y, gracias por recomendarme.

—De nada. ¿Qué te parece mi sobrino?

—Un afortunado. Por lo que me contaron tus padres, es un milagro que esté vivo.

Sean asintió.

—¿Tienes tiempo para un café?

—No mucho —dijo Christina, de inmediato, rectificó—. Pero puedo perder quince minutos. Te espero en la calle.

—No, mejor hago la compra cuando te vayas. —Sean dio la vuelta. Anduvieron hasta una pequeña cafetería, en otro edificio de dos plantas de ladrillo en color claro, y preguntó después de pedir dos cafés con leche—. ¿Qué precauciones deben tomar los pacientes alérgicos antes de someterse a una intervención quirúrgica?

—¿Qué quieres saber realmente?

—Eso, explícame cuál es el procedimiento habitual.

—Es muy importante que informe al anestesiólogo en la entrevista previa a la operación sobre la existencia, duración y gravedad de su alergia, así como del tratamiento que realiza habitualmente.

—Fue una intervención de urgencia. Le pusieron la epidural para dar a luz.

—Soy pediatra, Sean, pero la epidural es efectiva, con complicaciones mínimas —explicó Christina, que conocía por encima la trágica muerte de Cordelia Hosborn. También, al pequeño Cordey Drake; uno de sus nuevos pacientes gracias a la recomendación de Sean y Elaine, con quienes mantenía un trato excelente, muy cordial. Al niño lo había reconocido dos veces, estaba saludable y tenía un carácter calmado. De momento los abuelos eran los encargados de traerlo, supuso por el estado anímico que tendría el padre. No sabía nada de Jack Drake, aunque lo compadecía ante su desgracia—. Cada anestesiólogo selecciona el medicamento y la vía de administración. Entiendo que era un experto en el tratamiento del dolor.

—Sí, aunque no lleva mucho tiempo trabajando en el hospital. Es complicado demostrar una mala praxis cuando la autopsia solo ha revelado un aumento de la histamina, que pudo ser natural.

—Perfectamente. Una reacción anafilactoide se produce al

liberarse histamina de los mastocitos en respuesta a la administración de ciertas drogas opioides, relajantes musculares, protamina... Esa liberación de histamina es una respuesta que puede ocurrir en la primera exposición y clínicamente es muy diferente en cada individuo. Debieron explicarle bien todos los riesgos.

—Cora había tomado metilprednisolona en dosis bajas para la alergia.

—Es un antiinflamatorio e inmunosupresor, está indicado para tratar las reacciones alérgicas. Me parece adecuado, aunque estando embarazada es peligroso; solo se administra si el beneficio para la madre justifica el riesgo potencial para el feto; es una suerte que Cordey esté sano.

—Fue una negligencia del anestesiólogo —dijo Sean, parecía no escucharla—. Jack no firmó nada.

—El verdadero consentimiento lo firma el enfermo y el médico responsable. No puede delegarse esa obligación a otra persona.

—La intervención del equipo médico es vital.

—Sí, una reacción anafiláctica durante una anestesia epidural requiere una intervención urgente, pero es difícil reconocer que un paciente está presentando una reacción alérgica bajo anestesia. El riesgo para el anestesiólogo es la ausencia de diagnóstico.

—Christina, por favor… no lo encubras tú también.

—No es eso, Sean, está claro que requiere experiencia por parte del anestesiólogo, pero ten en cuenta que las reacciones que se manifiestan durante la cirugía presentan algunas peculiaridades que las diferencian de otras reacciones adversas medicamentosas. Primero, pudo no notar ni explicar los síntomas del comienzo de una reacción. Segundo, estaría cubierta por sábanas y no resulta tan evidente la aparición de erupciones en la piel. Y, por último, debes tener en cuenta que para conseguir una anestesia el paciente recibe muchos fármacos por vía venosa en un corto espacio de tiempo, y eso facilita una reacción. Algunos medicamentos utilizados en la anestesia, como los relajantes musculares, producen afectación del sistema cardiovascular y los bronquios, lo que confiere mayor gravedad a una reacción alérgica.

—La autopsia habla de colapso vascular.

—Las reacciones severas se caracterizan por una combinación de síntomas cutáneos, cardiovasculares y respiratorios. La mayoría de los medicamentos no son inmunogénicos y precisan formar complejos con una proteína portadora para provocar una respuesta inmunológica. El complejo proteína-droga puede tener múltiples sitios antigénicos para estimular la sensibilización inicial y la subsecuente reacción alérgica.

—Luego dicen que los abogados usamos un lenguaje difícil…

—Cada profesión tiene el suyo —comentó sonriendo—. Además, esta conversación es solo a título informativo, tendrás que hablar con un perito. Estoy informándote porque me caes bien, que conste.

—Gracias, doctora McQueen. —Sean rió, no añadió que era impresionante ni que empezaba a considerarla una amiga, cómodo en su compañía—. Eres muy amable.

—Lo sé, soy encantadora.

—Es cierto —admitió pensativo, recordando la vez que comentó que estaba divorciada—. ¿Cómo está tu hija? ¿Ve a su padre con frecuencia?

—Vaya…, menudo giro en la conversación. —Christina se levantó de la silla, sonreía cuando buscó la cartera en el bolso para pagar la cuenta. Sacó un billete de veinte y se lo entregó al camarero, que cobró los dos cafés—. Tengo que irme, me ha gustado hablar contigo.

—¿Sales con alguien? —preguntó Sean, abriendo la puerta del establecimiento, se apartó y le cedió el paso a Christina. Vio una mirada suspicaz y cayó al instante—. No estoy pensando en tener un lío contigo.

—Qué alivio —exclamó divertida—. No me gustaría tener que mantener una conversación de esa índole con Elaine.

—No se dará el caso. Soy un poco curioso, y cuando te vi en Nueva York me dio la impresión de que estabas resentida.

—¿De verdad? Creo recordar que solo os dije que estoy divorciada, pero es posible que se me notara el enfado, aquel día acababa de hablar con mi ex. No conseguimos llevarnos medio en condiciones ni por Ari, y me molesta bastante. No llego a comprender a qué viene tanto odio acumulado. Es imposible que hablemos sin acabar discutiendo, es agotador, te lo juro.

—Viví el divorcio de mis padres, y para tu hija no es nada beneficioso veros así.

—Por eso me molesta tanto. Por suerte ahora está más razonable, veremos si cumple con las visitas o las vacaciones.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York, pero es escocés como yo. Tiene que llevarse a Ari un fin de semana al mes, y un mes y medio durante las vacaciones de Navidad y verano, pero desde que nos vinimos aquí solo ha venido dos veces. Me da pena por mi hija, pero él se ha buscado que nos mudásemos.

—¿Es mucha indiscreción si te preguntó por qué?

—Otro día, ¿vale? Tengo que llegar a mi casa antes de las cinco, he tenido guardia y no la veo desde antes de ayer.

—Claro —dijo Sean comprensivo, le besó la mejilla—. Gracias por el café.

DOS

San Juan de Terranova, 6-5-13

Terranova y Labrador, Canadá

Esa mañana, Gabriel se levantó temprano, como siempre. Vestido de forma impecable con un traje oscuro, entró en la cocina antes de que llegasen Eloise y Ethel, puso la cafetera y metió dos rebanadas de pan en el tostador. No había terminado de desayunar cuando *Shu* salió disparada hacia la puerta principal. Sonó el timbre, algo extraño porque las Friars tenían llave.

—Marion… —Gabriel no supo ocultar la sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, siento presentarme sin avisar, pero he intentado hablar varias veces con Claire y me ha sido imposible.

Una vez en el vestíbulo, Marion dejó el coqueto bolso de viaje en un rincón y acompañó a Gabriel a la cocina, donde le sirvió una taza de café. Notó la palidez en una piel que recordaba saludable y preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Necesito hablar con mi sobrina. —Pensativa, Marion echó una cucharita de azúcar en el café y lo removió—. Me he enterado de la muerte de Cora, lo siento mucho. He llamado a Jack, pero tampoco he conseguido hablar con él.

—Ni tú ni nadie, no quiere dar señales de vida.

—Es un trance muy duro, lo sé por experiencia. —Marion bebió un sorbito, sujetando la taza con delicadeza—. ¿A qué hora suele levantarse Claire?

—No tiene horario, es una trasnochadora. Depende si tiene que hacer algo o no.

Dándole conversación, Gabriel esperó a que las Friars llegaran para ir al dormitorio. Admiró la asombrosa capacidad de su mujer para dormir a pierna suelta cuando el mundo llevaba horas funcionando, no parecía incómoda por los demás.

—Cariño, despierta —dijo Gabriel, se sentó en la cama y palmeó cariñoso su brazo—, tenemos visita.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Las nueve. Elo y Ethel están en la cocina con Marion.

—¿Marion está aquí? —preguntó Claire, incorporándose—. No me había dicho nada. Qué raro.

—Sí, está un poco misteriosa. Quiere hablar contigo —dijo Gabriel, la besó en los labios y se puso de pie—. Tengo que irme, si no vas a comer aquí, llámame luego.

—No te preocupes, cariño. —Claire se levantó, rodeó el cuello de Gabriel con los brazos y unió sus labios en un contacto algo menos comedido que el beso casto de unos segundos antes—. Voy a ducharme para desayunar con ella.

—Le he ofrecido un café —dijo sonriendo, se apartó y mordaz, agregó—: No creo que esté esperándote. Contigo y tres más como tú, viviríamos al revés.

—Bueno, ya que estás tan servicial, vete a caldear el ambiente a tu banco.

—¿Caldear? —Gabriel, que estaba en la puerta, volvió sobre sus pasos, cogió la mano de Claire y pegó sus cuerpos—. ¿Cómo te gusta? ¿Leves ascuas o un fuego intenso?

Claire rió contenta.

—Contigo me vale cualquiera —comentó satisfecha—, pero como no te vayas ya, ni voy a ver a Marion ni tus súbditos a ti.

—Tengo una relación excelente con todos, no sé por qué piensas que los exploto.

—Por nada…

Gabriel le dio un cachete cariñoso en las nalgas y salió del dormitorio. Sin detenerse, se despidió de Marion. La mujer admiraba abstraída la escalera con *Shu* a su lado. Durante un rato recorrió la planta baja. Nada de lo escuchado sobre la casa se correspondía con el cúmulo de sensaciones que experimentaba. «¿Cuánta belleza conjugada con maestría tenía la cualidad de emocionarla?» No lo recordó. El mobiliario del salón era digno de un anticuario, se notaba a metros de distancia la calidad, no solo de la madera, sino del arte hecho filigranas en los detalles de las decoraciones.

—Hola —saludó Claire en cuanto encontró a Marion en el salón. Llevaba recogido el pelo mojado en un moño, vestida con unos vaqueros y una camiseta roja. Al acercarse, de inmediato la percibió alicaída pese a la pulcritud y elegancia que rezumaba con un traje sastre oscuro y una camisa blanca—. Qué sorpresa ¿Por qué no me has avisado?

—Te he llamado varias veces, pero imagino que con vuestra tragedia no habrás visto las llamadas. Anoche ya no quise retrasarlo más —respondió Marion tras besarla en las mejillas—. Si os viene mal, puedo alojarme en el Sheraton. Discúlpame por ser tan impulsiva.

—No, ¿cómo va a parecernos mal? Tenemos sitio de sobra. ¿Has instalado tus cosas?

—Sí, Eloise me ha acompañado a una de las habitaciones de la primera planta. Tengo que decirte que la casa es una preciosidad. Estoy sin palabras. Jamás había visto algo parecido. El trabajo de tu abuelo es una maravilla.

—Sí, lo es —admitió Claire sonriente—. Vamos a la cocina y me cuentas por qué de repente has tenido el impulso de venir al fin del mundo.

Marion asintió, mostrando una leve sonrisa. En unos minutos, repitió café mientras Claire desayunaba y Ethel trajinaba entrando y saliendo de la despensa. La conversación estaba monopolizada por la muerte de Cora y el abandono de Jack hasta que Marion se armó de valor y dijo:

—Te he nombrado mi heredera.

Claire tardó en reaccionar unos segundos, terminó de engullir el bocado que tenía en la boca y bebió un sorbo de café para despejársela y ganar algo de tiempo. Ethel abrió los ojos como platos de espaldas a ellas, trataba de mantenerse al margen, pero viendo que iba a serle complicado, conociendo la obstinación de Claire, se dio la vuelta y habló:

—Tengo que salir a comprar algunas cosas, ¿quieres algo?

—No. Llévate a *Shu*, por favor. Gabriel no la ha sacado y está loca por salir —dijo Claire. Cuando Ethel enfiló el vestíbulo seguida por la perra, comentó—. Es un honor, Marion, de verdad, pero no sé si eres consciente de lo que has hecho. En Essex te dije que no era necesario. Vivo aquí, si voy a Londres será como máximo una o dos veces al año… ¿A qué viene la prisa? Eres muy joven para pensar en eso.

—No me queda mucho, Claire.

El rostro de Claire perdió el color.

—¿Qué quieres decir?

—Hace dos semanas me detectaron un carcinoma en el hígado. Es grande, y el pronóstico no es bueno.

—¿No pueden tratarlo?

—Sí, con quimio-embolización para obstruir los vasos que llegan al tumor, pero me han advertido que puede desestabilizarse y acelerar…

Marion no pudo terminar la frase. Claire se levantó emocionada, y durante unos minutos lloraron juntas dándose un abrazo. No oyeron llegar a Alexei con Léonore, que observaron la escena desde la puerta de la cocina.

—Hola, buenos días —saludó Alexei. Marion se limpió rápido el rastro de lágrimas y se acercó para besarlo en la cara igual que a

Léonore—. ¿Cómo está?

—He tenido días mejores —respondió Marion. Contempló contenta a la pareja anciana, parecían más vitales que la última vez que se vieron en Londres y sintió un poco de envidia, ya que habría dado algo por compartir la vejez junto a su marido. Uno de los motivos que la llevaban a rechazar cualquier tratamiento era dilatar una estancia con la fecha límite fijada. No quería vivir sus últimos momentos saliendo y entrando de hospitales. No. Se negaba a morir como una decrépita sombra cuando sabía que Richard la esperaba en el paraíso, donde quería llegar tal y como él la recordara—. Sé que no soy santo de su devoción, Alec, pero me gustaría que me llamara de tú, por favor.

—No sé por qué dices eso —comentó Alexei, también percibió qué algo malo sucedía—. Es sano que cada individuo mantenga su postura. Cuando hablamos me limité a expresar con libertad mi opinión sobre el negocio que hay alrededor del arte.

—¿Estás bien, Marion? —preguntó Léonore.

—No —respondió con una sonrisa, sin intención de ampliarles la información de su enfermedad, precisamente a ellos, con la muerte rondándoles—. Pero no quiero hablar de mí. He echado un vistazo a tus muebles —comentó mirando al anciano—. Sería un honor si me hicieras un tour, es muy difícil tener el placer de admirar lo sublime de manos del creador. He visto miles de obras bellas a lo largo de mi vida y te aseguro que tener el don de conmoverme es ya muy complicado, en cambio desde que he entrado siento la belleza y puedo palparla. Me tienes rendida a tus pies.

—Es un gran halago, Marion —dijo Alexei, tocándole afectuoso el brazo. Supo que estaba muriendo por la emoción en sus ojos oscuros. No vio a la altiva marchante. Frente a él estaba una mujer que aceptaba su destino con dignidad. Sonrió a esas amables palabras. Como artista siempre prevaleció en él conmover a vender, rebelarse a arrodillarse o, simplemente, compartir la parte más libre de su vida soñando sin despertar—. Con mucho gusto te contaré todo lo que quieras saber, y si te apetece también puedes visitar mi taller.

—Por cierto, abuelo, ¿en qué andas metido? Espero que no se te ocurra volver a trabajar.

—No digas tonterías.

Alexei desvió la vista hacia Léonore, con complicidad. Claire no supo interpretar esa mirada, pero estaba segura de que tramaba algo. En cuanto terminó de desayunar, les acompañó a la planta alta. El recorrido de arriba abajo le supuso atender las explicaciones de su abuelo, reconociendo el mérito del esfuerzo y el orgullo Barinov.

Boreal Róis no solo fue un sueño para Charles Merritt, la casa abrió las puertas a los sueños de un joven ebanista, creativo, obstinado y agradecido. Esa era la cualidad más sobresaliente de Alexei, en cada palabra recordó a su buen amigo, imperando el buen humor.

Saliendo del despacho de Nueva York, Sean repasó mentalmente la conversación que preveía mantener con el doctor Sawyer y el gabinete jurídico del hospital para llegar a un acuerdo o seguir la vía de la Justicia con una demanda por responsabilidad civil. Con poca o ninguna esperanza, llamó a Jack. Él y Elaine serían los padrinos de Cordey el próximo domingo y era bastante triste afrontarlo para también volver a asumir su ausencia. Empezó a perder la esperanza tras algunos tonos.

—Hola, Sean.

—¡Jack! —exclamó nervioso—. ¿Dónde estás?

—En mi casa —respondió con voz plana—. Volví anoche.

—Nos has tenido muy preocupados ¿Cómo estás? —Sean se detuvo antes de bajar a la estación de metro. Jack no respondió—. Escúchame, ahora tengo una reunión, pero en cuanto termine iré a verte; procura no esfumarte.

Jack tiró el móvil encima de la cama, entró en el cuarto de baño y se desnudó, sin mirarse ni una sola vez en el espejo, estaba demacrado y olía mal, no era él. Metido en la ducha notó un sabor rancio en la boca. Con el agua martilleando cálida en la espalda, dejó caer la cabeza hacia delante y cerró los ojos. Ahí estaba su puñetera realidad tras quince días en el limbo. El tiempo, otro traidor para activar en ese rato una conciencia enredada. Al terminar observó en el espejo la aflicción de su imagen: en los kilos perdidos de peso, una mirada apagada, unas ojeras violetas y la espesa barba oscura para disimular los pómulos marcados que afilaban sus facciones.

Cuando se vistió en el dormitorio con un pantalón negro de chándal y una sudadera gris, recibió otro puñetazo de realidad al ver en el armario la ropa de Cora. Buscó bolsas de basura, metió las prendas todo lo rápido que sus manos le permitieron sin que sus ojos se fijaran en ellas, y las sacó al corredor con intención de donarlas, de alejarlas para siempre de su vida.

Luego, tumbado en el sofá, el silencio del apartamento lo engulló; era triste, nada consolador. No pudo apartar los ojos del cuadro enorme que presidía el salón, parecía un océano vertical enfurecido. Se abstrajo en los brochazos anchos de las rectas azules y en las curvas de naranjas fulgurantes. Así era Cora, así la amaba. No salía de un mar

de lágrimas cuando entraba en otro, siempre arremolinadas en aguas turquesas bravas y perdidas. Era imposible tener ese cuadro sin recordarla.

Se levantó decidido y buscó un mechero o una caja de cerillas en los cajones de la cocina. Satisfecho, con un mechero negro con el logo del banco guardado en el bolsillo, volvió al sofá. Necesitó subirse en él para descolgar el cuadro. Lo sacó de la guía tratando de sostenerlo equilibrado cuando de pronto sonó el timbre y se desestabilizó. Con cierta pericia, evitó que cayera, lo colocó en el suelo, apoyado en la pared, y fue a abrir la puerta.

Sean no dejó que vacilara, le agarró el cuello y se abrazaron con fuerza. Otra vez sintió Jack que era el pequeño, el mimado de la familia. Pasado un momento, se miraron a los ojos. Sean inclinó la cabeza hacia delante, besó las mejillas de Jack y preguntó:

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

—Es duro, Jack, pero hay que sobreponerse. —Sean entró, derecho a la nevera. Sacó varios paquetes abiertos de embutido, con un rastro verde algo sospechoso, y cogió una lata de cerveza. No se planteó ofrecerle una a su hermano. Camino del sofá, miró fijamente el cuadro. Se sentó y preguntó—. ¿Pensabas quemarlo?

Jack inclinó la cabeza y soltó una sonrisa amarga.

—No puedo tenerlo.

—Véndelo, no seas idiota. —Sean bebió y contempló el cuadro, dándole tiempo. Unos minutos después, se cansó—. ¿Por qué no quieres a tu hijo?

—¿Está bien?

—Sí —respondió advirtiendo los remordimientos de Jack—. El domingo tenemos pensando bautizarlo. Elaine y yo vamos a ser los padrinos, pero si no quieres, no pasa nada. Es una decisión que tomamos porque no sabíamos cuándo ibas a volver. Los padres de Cora, bueno, Victor, se empeñó en llevárselo. Mamá no lo ha pasado tampoco bien. Ninguno, Jack. Ha sido un golpe para todos, no lo olvides.

—Necesito estar solo, Sean. No me veo criando a un bebé. No puedo.

—Tendrás que aprender, pero debes hacerlo. Llevas quince días fuera, es hora de que encuentres tu nuevo rumbo y escondiéndote te garantizo que no vas a encontrarlo.

—De momento, prefiero que se quede con ellos. Van a darle lo que necesita mejor que yo.

—Cordey te necesita a ti —dijo con suavidad—, solo a ti.

—No —dijo rotundo, sin ni siquiera escuchar el nombre del niño. Se levantó, cogió un vaso de la cocina y una botella de whisky. Se sirvió una generosa cantidad y se la tomó de un trago—. No puedo, Sean. No me des la paliza.

—Tranquilo, ese honor va a tenerlo Victor; te tiene ganas —comentó Sean con ironía. Jack no pareció inmutarse, se centró en llenarse el vaso de nuevo—. ¿Piensas volver al trabajo?

—Sí. Empezaré el lunes que viene.

—¿Y piensas dejar de beber?

—No estoy emborrachándome —murmuró—. Dame un respiro. —Jack bebió un sorbo con los ojos cerrados, al abrirlos, miró a Sean y preguntó—: ¿Qué nombre le habéis puesto?

—John Cordelius —respondió, atento a las lentas olas que inundaron los ojos de Jack. Echó el brazo encima de su hombro y lo sostuvo mientras volvía a naufragar. Esas lágrimas brotaron con tanta amargura que Sean solo vio pasar unos crueles minutos hasta que Jack se desahogó y recompuso. Todos sufrían la injusta pérdida de Cora; pero ahí Sean comprendió que el ánimo de Jack necesitaba el tiempo que pedía—. Habla con papá y mamá. No les importa tenerlo, pero deben saber que cuentan contigo hasta que puedas hacerte cargo de él.

—Mañana les llamaré. Me gustan los nombres que habéis elegido.

—Se los puso Gabe —dijo con una sonrisa breve—, pero todos le llamamos Cordey. Es muy bueno, Jack. Mamá está loca con él, parece que les ha dado algo de alegría entre tanta desgracia. No dejes que tus miedos te priven de tu hijo, ni lo culpes de nada, porque sabes que es totalmente injusto.

—¿Habéis hablado con el hospital? —preguntó muy bajo—. Me dijeron que no pudieron reanimarla y que no sabían nada de la alergia.

—De ahí vengo —comentó Sean, aguardó un instante ordenando la información a compartir con él—. Creo que admitirán un acuerdo. Tienen tres meses para estudiarlo. En la reunión han visto claro que la negligencia por omisión del doctor Sawyer al no advertir de la alergia a la histamina de Cora ocasionó la sucesión de errores que podrían haberse evitado si hubiesen previsto el riesgo antes de la intervención.

—¿Sawyer ha admitido su fallo?

—Sí; aunque ha tratado de echar balones fuera alegando que era un dato que debíais haber dado vosotros. En vista de que ese argumento no se sostenía porque Cora visitó su consulta del hospital varias veces y en ninguno de sus informes lo mencionó, ha solicitado la jubilación para no terminar su carrera profesional inhabilitado.

—De todas maneras, Sean, en el quirófano no supieron reaccionar.

—Contraté a otro médico, un experto en la materia, y tras estudiar toda la documentación ha emitido un informe pericial concretando cuales han sido los errores médicos, fundamentándolos y vinculándolos con la muerte de Cora. Intentaron reanimarla algo tarde, pero el gran error fue desconocer exactamente qué provocó la reacción.

—Cuéntamelo, todo.

—Durante la anestesia epidural Cora recibió un montón de fármacos que liberaron histamina para actuar y provocaron el shock anafiláctico agudo. —Sean debía hablar con objetividad, sin mentir ni incidir en la verdad. Entendía el afán de su hermano, pero había partes que podía ahorrarle por no borrar la imagen que tendría de ella en el recuerdo—. Ten en cuenta que estaba empezando el parto cuando tuvieron que practicarle una cesárea de urgencia. Gracias a esa decisión el niño está vivo, Jack, pudo haber muerto.

—No recuerdo si me dijeron que le hicieron una cesárea —comentó, tapándose la cara con las manos—. Solo quise correr.

—Escúchame, Jack. El shock se presentó a los tres minutos de inyectarle la anestesia, aunque no se dieron cuenta hasta pasados diez. Para que el niño pudiera vivir realizaron de golpe la cesárea. Y empezaron a cometer errores cuando estaba perdiendo mucha sangre con una cicatriz importante en el abdomen —explicó serio—. Sawyer tiene su responsabilidad, incluso Cora o tú por omitir una información tan importante, pero no vamos por ahí. Nosotros queremos demostrar que, pese a esa gravísima omisión, el equipo médico no supo actuar cómo debía.

—No nos preguntaron nada cuando llegamos. Di por hecho que el historial de Cora era correcto. —Jack resopló—. Joder, Sean, Sawyer la había visto un montón de veces. ¡Joder! —exclamó, levantándose—. ¡Maldito cabrón! Tuve que amenazar a la compañía de seguros del banco para que pasara consulta allí. Supuestamente es un reputado ginecólogo.

—¿Amenazaste a la aseguradora?

—Sí. —Jack contestó más calmado—. Llamé a Lloyd´s y les dije que o Sawyer empezaba en el Monte Sinaí o dejábamos de trabajar con ellos. Fui gilipollas, la habría convencido para ir hubiese estado él o no. Me dio mala espina desde el primer momento…

—No deberías torturarte, no podemos solucionar nada.

—¿Crees que sufrió?

—No —respondió seco. No iba a decirle que en un periodo muy breve de tiempo tuvo un edema laríngeo que le impidió hablar,

broncoespasmos, disrritmias cardiacas, taquicardias y el colapso cardiovascular que la mató pese al tratamiento repetido con epinefrina —. Sobreponte, responsabilízate de tu hijo y encara el futuro con valor, Jack; lamentándote no vas a superarlo.

Cuando amaneció el día siguiente, Elizabeth le daba un biberón a su nieto sentada en el sofá viendo la televisión. En las dos semanas que llevaban en Quebec, el niño había ganado casi un kilo de peso, crecía por días y continuaba siendo un bendito. Absorta en sus pensamientos, bajó de repente de su nube cuando vio a Lilian en el funeral de Rupert Tisch, celebrado el día antes en Nueva York.

—¿Cómo va, cariño? —preguntó John sonriente desde la puerta del salón.

—Muy bien, se lo ha tomado sin rechistar. ¿Has terminado?

—Sí, ve a ducharte. Yo me encargo de él. —John cogió a Cordey en brazos y lo sostuvo derecho cuando escuchó la noticia de la muerte de Tisch. Abrió los ojos de par en par, con un gesto torcido en los labios y dijo—. Vaya..., que poco les ha durado la felicidad.

Elizabeth inclinó la cabeza.

—Era previsible —comentó suficiente—. No parece muy afectada.

—Supongo, pero cuando lo conocimos me dio la impresión de que tenía más cuerda. Tampoco es que me preocupe mucho.

—Pues imagina cuánto me preocupa a mí. Que se preparen los hijos de Tisch para la que se les viene encima con la rubia avariciosa, me dan pena.

—Es su problema. Nosotros tenemos bastantes con los nuestros —dijo, dando suaves palmaditas en la espalda del bebé. El timbre del teléfono fijo asustó a Cordey, dio un ligero repullo que apenas duró unos segundos. Cariñoso, John habló a su nieto mientras Elizabeth atendía la llamada—. ¿Vamos un ratito al jardín?

—Jack, ¿cómo estás, cariño?

Al escucharla, John se detuvo. Por fin. Se sentó en el sofá acunando a Cordey, avizor a los gestos de su esposa, a las lágrimas que surcaron sus mejillas y a la congoja que percibió en su voz. Claramente, su familia necesitaba mucha atención, sin intromisiones de quien no merecía la más mínima. En aquel preciso instante rogó para que Jack viniera a por el niño; fue su único deseo aunque les supusiera otra clase de angustia no tenerlo cerca; Cordey debía estar con su padre; y Jack debía estar con su hijo; era ley de vida; y así debía cumplirse. En cuanto colgó Elizabeth, comprendió que Jack no estaba por la labor.

—Dice que nos llamará cuando esté bien.

—¿Cuándo esté bien? —repitió enfadado—. ¿Ha vuelto?

—Sí. Sean estuvo ayer con él. Quiere empezar el lunes en el banco. Está destrozado, John.

—¿Va a venir el domingo?

—No lo sé, pero lo dudo. Me da la impresión de que no quiere conocerlo para no verse en la obligación de llevárselo.

—No tiene que verse en nada, Beth, es su padre, es su obligación. ¿Qué habría sido de él si no llegamos a estar nosotros o sus otros abuelos? —preguntó indignado—. Esto tiene que terminar. No quería ir a Nueva York, pero como no se presente al bautizo, te juro que va a escucharme se esconda donde se esconda, me tiene harto.

—Me dan mucha pena los dos —comentó llorando, se sentó a su lado y acarició la cabeza pelona del bebé—. No te enfades con él. Es un buen hombre, pero se ha visto superado. Vamos a darle de margen hasta el verano. Que vaya viniendo poco a poco, que se hagan el uno al otro. Intentemos que vuelva aquí. No me gustaría que se criase con algún extraño. Jack tendrá que dejarlo para ir a trabajar, aquí podría quedarse con nosotros.

—Ya lo hemos hablado, por mi parte no hay ningún problema, aunque tu hijo no va a querer dejar Nueva York.

—Es cuestión de planteárselo de manera atrayente. —Se limpió la cara con un pañuelo—. Ahora nos necesita, no es como antes —dijo convencida—. Hazme caso, cariño, nuestro plazo tope es el verano.

—Contando con que Jack aparezca por aquí.

—Vendrá. —Sonrió triste—. Tu hijo es igual que tú.

Mientras, en el Boreal, Gabriel regresaba con *Shu* del paseo matutino cuando se sorprendió al encontrar a Claire preparando el desayuno. Parecía haber saltado de la cama hacía unos segundos, pero consiguió alegrarlo ante la perspectiva de pasar juntos un rato a solas antes de irse al banco.

La perra entró en estampida y empezó a beber desesperada.

—Buenos días —saludó Gabriel, besó discreto los labios de Claire —. Qué sorpresa. ¿A qué debemos este honor?

—Marion se va después de comer y quiero ir con ella al taller.

—¿Tan pronto?

—Tiene que ir a Londres para organizar los temas legales con un abogado.

—¿Cómo la ves? —preguntó, poniendo dos rebanadas de pan en el tostador.

—Regular. Debe ser duro aceptarlo.

—Me lo imagino. —Gabriel le dio un beso en la mejilla al pasar por su lado, se sentó y sirvió el café que acababa de dejar Claire recién hecho encima de la mesa—. Recuerda también que aceptar su herencia va a costarnos un pico. No he visto las casas, pero la de Essex nada más que en impuestos debe salir por varios miles de libras, sin contar con el mantenimiento.

—Lo tengo presente y le he dicho que por mí no tendría que haberlo hecho, pero no quiere oírme.

—Déjame que estudie nuestras opciones —comentó Gabriel mientras Claire se sentaba—. Quizá creando un bien cultural haríamos algo beneficioso y se generarían puestos de trabajo. —Al oírlo, Claire torció los labios—. ¿Cuándo sería la exposición en Nueva York?

—Se inaugurará el 6 de junio. El abuelo va a ayudarme con las fotos nuevas, me apetece mucho contar con él, tiene un montón de ideas buenísimas.

—No lo dudo. Intenta no pegarte las palizas de siempre, por favor.

—Tranquilo, papi, tu hija y yo estamos perfectas.

Gabriel sonrió contento.

—¿Te ha dicho Marion qué piensa hacer con MaiSa?

—Forma parte de la herencia.

—¿Y deberás continuar con ella? —preguntó molesto—. No sé cómo vamos a hacerlo.

—Hablas en plural cuando no estoy contando contigo —comentó a sabiendas de que sin él no haría nada—. Sé perfectamente que tienes suficiente con el banco. Deja de preocuparte, por favor.

—Cariño, vivimos aquí. Si será complicado mantener las casas de Inglaterra, no quiero decirte qué supondría seguir con la galería, en Nueva York.

—No me agobies. Soy la primera que no esperaba esto. Cuando llegue el momento ya veré qué hago.

—Perfecto, pero antes de firmar nada, hazme el favor de leer las cosas bien. No quiero sorpresas ni estar para arriba y para abajo ahora que estoy empezando a desligarme de los viajes. Me gusta nuestra vida, aquí, tranquilos con nuestra hija.

—Y a mí. Pero vuelvo a repetírtelo: deja de agobiarte y no me agobies.

—Muy bien —admitió a regañadientes. Durante unos minutos continuaron desayunando en silencio hasta que sonó el móvil de Gabriel con un nuevo mensaje. Leyó: «*J n NY. Hms hbldo. T llmo luego. S*»—. Menos mal.

—¿Qué ocurre?

—Jack ha vuelto, Sean ha hablado con él, no sé más.

—Era cuestión de tiempo, cariño —dijo Claire, tocando su mano. Pensó en la cita que tenían el domingo en Quebec para el bautizo de Cordey—. ¿A qué hora saldremos el sábado?

—El avión sale a las cinco —respondió y apuró el café. Marion entró en la cocina con ese halo elegante que conseguía con poco arreglo. Gabriel se puso de pie y cogió la chaqueta del traje, colocada en el respaldo de su silla—. Buenos días, ¿cómo has dormido?

—Hola. Muy bien, gracias.

Gabriel se despidió de ella con dos besos en la mejilla y otro menos casto en los labios de su mujer. Salió de la cocina cuando Ethel y Eloise llegaron con su habitual energía y buen humor.

Durante el trayecto hacia el banco no se quitó de la cabeza el mensaje de Sean y, en cuanto llegó al despacho, tras servirse un café de la máquina, se sentó en la mesa y marcó su número.

—Hola, Gabe —saludó Jack tratando de parecer animado, pese a seguir sin dormir agotado por las pesadillas y sus propios remordimientos—. ¿Cómo estáis?

—Bien, ¿y tú? —Gabriel esperó unos segundos y, al no escuchar respuesta alguna, añadió—: Jack, no es necesario que te diga nada porque para mí Cora también era importante, pero deberías pensar un poco en tu hijo. Él está indefenso y no se merece que lo ignores. Haz bien las cosas, por favor.

—No estoy preparado. Os comprendo, pero todavía no puedo. Solo espero que no me deis la paliza por turnos, ayer fue Sean, hace un rato mamá, y ahora tú. Dadme espacio.

—¿Más? —preguntó sarcástico—. El domingo a las doce lo bautizaremos en Saint Michael, espero verte allí. Es todo cuanto voy a decirte, eres mayorcito para saber qué debes hacer, pero piensa en Cora, ¿crees que le gustaría ver cómo estás actuando?

Oír a Gabriel fue peor que un golpe violento en la cara, lo abofeteó con la verdad sin rodeos. Jack dio por finalizada la conversación tirando el móvil al suelo, recordándose en ese mismo sitio diciéndole a Cora que querría al niño sin importarle cómo fuera. Volvió tan vívido ese día, que escuchó su voz deseando que tuviera los ojos como los de él. Aquel instante efímero fue feliz, pero, como todo con Cordelia Hosborn, pasó a una velocidad vertiginosa. Desde que se conocieron, desde que empezaron a amarse traicionando al hombre que acababa de hablarle sin tapujos; quien había elegido el nombre de su hijo y acertó de pleno porque la conoció y la amó, desde entonces siempre corrió por ella y, en cambio, ni siquiera había tenido el detalle de comprobar si su último deseo se había cumplido.

TRES

Quebec, 12-5-13

Canadá

La Iglesia de Saint Michael estaba rodeada de un extenso césped bien cuidado, con árboles, con bancos, con flores que alegraban la vista y pequeños parterres aromáticos que perfumaban el aire con sutiles fragancias primaverales. En cuanto Elizabeth aparcó el coche, John salió con Cordey en brazos y se dirigió hacia sus dos hijos mayores, elegantemente vestidos con trajes oscuros acompañados de sus mujeres y Ophie.

Ajena a la tristeza de su abuela por la ausencia de Jack, Ophie se arrojó encima de ella mientras parloteaba dicharachera tras besar entusiasmada a su primito. John, rozando la indignación, dejó al niño en brazos de Elaine y apartó a sus hijos para tener algo de intimidad antes de la inminente llegada de los Hosborn, que se aproximaban desde el aparcamiento y junto a ellos serían los únicos en celebrar el bautismo.

—Esto se acaba —siseó John—. El martes iré a Nueva York para buscarlo. No tengo moral para soportar a Victor y defender lo indefendible.

—Está asustado, papá —dijo Gabriel—. No es otra cosa. Creía que era dolor, pero es miedo.

—Si quieres voy contigo, tengo que ir al despacho y estaré allí hasta el jueves.

Sean no compartió que Jack culpaba al bebé de su desgracia, básicamente porque estaba de acuerdo con Gabriel; era una excusa para camuflar su miedo.

—Me está decepcionando tanto, que solo quiero tenerlo enfrente para cruzarle la cara —comentó John, viendo a Victor concentrado en ellos a pocos metros. Bajó el tono y añadió—. Hoy no es un buen día para mí, por favor, no me dejéis a solas con este energúmeno; no respondo de mis actos. Si Jack me tiene hasta las narices, Victor ha sobrepasado todos los límites, no lo soporto.

—Ya somos tres —sentenció Sean.

—Mamá quiere esperar al verano —dijo Gabriel mirando a John—, pero estoy contigo, Jack se está pasando y está consiguiendo

cabrearme mucho. Iré con vosotros a Nueva York. —Falseando una sonrisa, giró la cabeza y tendió la mano a Victor, mientras, las mujeres dedicaban arrumacos a Cordey—. Hola, ¿cómo estás?

—Hola —saludó seco, estrechó la mano con ellos—. El padre sigue desaparecido por lo que veo ¿no?

—No —respondió Gabriel, mostró una sonrisa muy breve, negando con la cabeza—. No ha podido venir, está enfermo. Pero llama a diario para preguntar por él.

La mueca despectiva de Victor, espoleó a John. Sus hijos percibieron cómo se contenía y trataron de suavizar la tensión.

—Vendrá pronto, Victor —dijo Sean.

—Aceptamos que el niño se quedara con vosotros porque comprendimos que había sido un duro golpe para él, pero esto es inadmisible. Si vais a criarlo vosotros, queremos compartirlo a partes iguales.

—Hablas de él como si fuese un objeto —dijo John mitigando la rabia—, pero es un niño, mi nieto. —Levantó con arrogancia el mentón, observándolo con el azul helado de aquel Caribe que parecía sacado de los Polos—.Y ni mi hijo, su padre, ni sus tíos ni yo vamos a consentir que comparta contigo más que lo necesario, por una sencilla razón: tú no lo quieres; solo ves el agravio del qué dirán; siempre te han preocupado solo las apariencias; detestas a Jack y es tu manera de hacerle daño. —John se inclinó sobre él, levemente, lo justo para intimidarlo—. Ahora bien, te advierto que nada de lo que hagas servirá, el tiempo es el aliado de John Cordelius Drake. —pronunció muy despacio el nombre completo de su nieto—, aunque te pese, es Drake y se criará con nosotros.

—No es ni el sitio ni el momento de mantener esta conversación —comentó Victor también camuflando su enfado—, pero no olvides que tenemos derechos y, si su padre no da la cara, vamos a ejercerlos.

—Descuida. —Gabriel tocó el brazo de Victor—. Jack vendrá el próximo fin de semana.

Sin esa certeza, sobrevoló la lealtad entre los Drake. Luego de asistir al bautizo del pequeño, siempre bien arropado por sus abuelas, que no reprimieron unas lágrimas amargas cuando el sacerdote invitó a los padrinos a inculcarle la fe cristiana o cuando recibió el agua bendita y no inmutó un placentero sueñecito, comieron en el jardín de la casa familiar. Tanto los Hosborn como ellos obviaron más sinsabores y pasaron la tarde en una frágil armonía.

Al día siguiente por la mañana, Elizabeth llevó a Cordey a la

consulta de la doctora McQueen junto a Claire y Gabriel, que ya habían decidido volar a Nueva York por la noche antes de regresar a Terranova. Cuando Christina les dio paso, Claire llegó a bloquearse durante unos segundos al no esperar que fuese tan atractiva. Aparte de una belleza morena, le pareció simpática y amable en el saludo, hasta que fijó unos ojos oscuros en su marido y dijo:

—Qué sorpresa, Gabriel, verte por aquí.

—No creas —comentó ajeno a las cejas elevadas de su mujer—, muy pronto será habitual para nosotros visitar pediatras.

—¿Estás embarazada?

—Sí —afirmó Claire sonriendo. Gabriel acarició su vientre—, de cuatro meses y medio, aún no se nota mucho.

—No, sí se aprecia —exclamó Christina sonriendo, atenta a la incipiente barriga—, ¿sabéis el sexo? —preguntó cogiendo a Cordey en brazos.

—Sí —afirmó Gabriel—, es una niña.

—Me alegro. —En la camilla, Christina empezó a desnudar al bebé para examinarlo, como hacía desde que nació y haría mensualmente hasta que cumpliera un año—. A ver si es tan buena como su primo.

—Cordey ha salido a su madre —dijo Elizabeth, atenta a todos los movimientos confiados de la doctora auscultándole el pecho y la espalda—. Mi hijo era un llorón.

—La mía tampoco se quedó atrás —añadió Christina, tumbó al niño y observó sus reflejos en las piernas—, pero crecen tan rápido que ni te enteras. ¿Cómo está el padre?

—Bien —respondió Gabriel—, pronto se lo llevará a Nueva York.

—Vaya…, perderé a uno de mis mejores pacientes.

Aunque Christina supuso que el padre del niño aún no estaba tan bien, no volvió a preguntar por él. Cuando comprobó que Cordey crecía según debía, mantuvieron una charla distendida, nada personal. Se despidieron con una cortesía campechana, cariñosa.

Andando hacia el BMW negro de Gabriel, que solían usar en Quebec, mientras Elizabeth tiraba del carrito del bebé, Claire no pudo reprimir su curiosidad:

—¿De qué la conoces?

—Sean y yo coincidimos con ella en el Monte Sinaí. Me la presentó y hablamos unos minutos. ¿Por qué?

—Por nada.

Gabriel apretó los labios y disimuló una sonrisa.

—Es muy agradable.

—Sí, mucho. Sobre todo, para la vista masculina.

Aceptando unos celos velados de sarcasmo, Gabriel no agregó nada

con su madre presente. No era dado a tonteos con mujeres, escarmentó con Cybill; aunque ese carácter posesivo o territorial de su mujer logró llenarlo de una viril arrogancia más que gratificante.

Aquella tarde, después de que Sean, Elaine y Ophie regresaran a su casa, Gabriel y Claire preparaban el equipaje en el dormitorio. Escucharon la voz grave de John canturreando una nana. Sonrieron mirándose, pensando casi lo mismo: ¿sería Jack capaz de cuidar a Cordey como sus abuelos?

—No seáis muy duros con él —dijo Claire.

—No te preocupes, tenemos pensando ir al banco, no habrá víctimas.

—Ya hay una —comentó con tristeza.

—Todo va a solucionarse, cariño. —Gabriel se acercó y la sujetó por la cintura, inclinó la cabeza y besó su frente—. Jack entrará en razón.

—Esperemos —dijo sonriendo sin ganas, acarició la nuca de Gabriel y besó sus labios muy despacio. Más animada, comentó—. Me ha gustado la doctora McQueen, aparte de guapa es cariñosa con los niños, parece buena profesional.

—Sean y Elaine están muy contentos con ella, fueron quienes se la recomendaron a mis padres. Es escocesa.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Sonriendo, preguntó—: ¿Estás celosa?

—No. ¿Debería?

—Por supuesto que no, prefiero a las canadienses medio rusas.

—Y yo a los canadienses inquisidores. ¿Qué más sabes de ella?

—Poco, que tiene una niña y está divorciada —dijo indiferente—. Es amiga de Sean. Creo que antes trabajaba en Nueva York. No lleva aquí mucho tiempo.

—Estaría bien encontrar en San Juan un pediatra de confianza para la niña.

—Ya verás cómo lo encontramos. —Gabriel se apartó y cerró la maleta—. ¿Marion ha vuelto de Londres?

—Sí. He quedado mañana con ella. Iré a verla mientras estáis con Jack.

—¿Ha cambiado de opinión con el tratamiento?

—No, por eso quiero hablar con ella. Me apena que ni siquiera lo intente.

—Es mayorcita, Claire, si ha tomado esa decisión, deberías respetarla.

—Me cuesta —admitió seria—. Es mi último eslabón con Margaret, me da mucha lástima perderla tan pronto.

—Es lógico, no solo porque sea familia, sino porque te ha ayudado mucho. ¿Has pensando que harás cuando muera?

—No. Y no sé si voy a seguir sin ella. Es quien tiene los contactos, quien se encarga de toda la parte comercial. Sola será muy difícil que pueda llevarlo todo para adelante. Dentro de poco no podré dedicarle el mismo tiempo. Quiero estar con la niña.

—Nunca estarás sola —dijo volviendo a sujetarla, esta vez de la cara—. Yo estaré siempre a tu lado, tienes también a Liosha para echarte una mano con las fotos. Serás la propietaria de una galería con mucha solera, no desistas tan rápido de tu sueño.

—Mi sueño eres tú, nuestra hija y la vida que tenemos —comentó emocionada—. Si puedo hacer una exposición anual, me conformaré. Estoy de acuerdo con mi abuelo, prefiero hacer lo que me gusta bien y a mi ritmo antes que sacar churros y hacer caja. No lo necesito, también eso cuenta.

—Claro que cuenta, pero no olvides que has llegado pisando fuerte, tienes el reconocimiento de críticos y público, has vendido todo lo que has expuesto. Dudo que no haya ningún marchante para ti. Háblalo con Marion, ata bien todos los cabos con ella.

—No me gustaría sacarle el tema, me violenta hacer planes cuando sé que no estará.

—Déjame decirte algo: Marion está preparada para irse. Incluso creo que lo desea. Ella no ha perdido el tiempo, está dejándote todos sus bienes a conciencia, sabiendo qué se hace, libremente. Y seguro que también ha pensado en tu carrera.

Claire rozó con las manos el rostro suave de Gabriel, percibiendo el calor de su piel. Ahí estaba el Inquisidor, como siempre, azuzándola para continuar avanzando. El hombre tranquilo que colmaba su vida, el maravilloso padre de la hija tan deseada que esperaba, el gran compañero que nunca se atrevió a imaginar y apareció como caído del cielo conseguía calmar una inquietud basada en la mala suerte. Para Claire, la fotografía, tenía un antes y un después de Gabriel; una maldición que él extinguió; aunque en cualquier momento podía resucitar.

Tras un día durísimo en el banco, Jack dejó caer la cabeza encima de la mesa del despacho. Agotado de recibir condolencias y harto de mentir sobre su hijo. Llegó a darse asco. Nadie supo que no lo conocía porque no había querido hacerlo. Nadie sospechó que faltó al funeral

de Cora porque no tuvo valor y, por supuesto, nadie sabía que el día antes habían bautizado al niño y tampoco estuvo a su lado. Tenía que atreverse, coger el toro por los cuernos; en cambio, cada vez que decidía buscar un billete de avión para ir a verlo, encontraba cualquier excusa para convencerse de que era mejor para él seguir con los abuelos. Esa desconfianza en sí mismo era suficiente para descentrarlo y volver siempre a Cora. En uno de sus momentos malos, de esos que abundaban, pensó en renunciar a él para que sus padres lo adoptaran. Fue un arrebato absurdo porque jamás aceptarían y porque ni él mismo podía planteárselo en serio. Por la cantidad de ideas absurdas que le cruzaban la mente creyó necesitar ayuda profesional. Pasó gran parte del domingo llorando, fue incapaz de abrir las fotografías que toda su familia le envió en repetidos mensajes, se sentía inestable y perdido entre dolor y remordimientos.

El ruido de unos nudillos golpeando la puerta, aceleró una recomposición tan engañosa como efectiva. Andy Bassler entró con las manos en los bolsillos del pantalón. Las mujeres decían de él que era atractivo. Tenía el pelo castaño, buena planta y mucha labia. Era su subordinado, también un buen compañero, amigo y un canalla fiestero.

—¿Todo bien? —preguntó, sentándose frente a Jack.

—Sí —comentó sonriendo brevemente—, estoy un poco cansado. —Se puso las gafas—. Gracias por el trabajo que habéis hecho.

—Han sido tres semanas que han volado —admitió con un gesto indolente.

—Mañana me pondré al día. Recuerda que tenemos la reunión a las nueve.

—No te preocupes, asistimos todos. ¿Vas a buscar a alguien para su puesto?

—No lo sé, Andy —dijo Jack levantándose, cogió la chaqueta y se la puso—. Mañana lo vemos, por hoy estoy servido.

—Sabes que la apreciaba —dijo Andy, saliendo del despacho—. Era una compañera estupenda.

—Consiguió mucho en poco tiempo —comentó Jack, recordando la enorme sorpresa que le supuso el trabajo de Cora. Por primera vez podía hablar de ella sin venirse abajo—. Nunca había trabajado. Me vi obligado a contratarla por mi hermano.

—Tenía carácter y lo hizo muy bien, incluso trabajando con el capullo de Lumis. —Andy sonrió—. ¿Vas a demandar al hospital?

—Sean cree que llegarán a un acuerdo —suspiró—. Todos nos equivocamos con ella, Andy, yo el primero. ¿Recuerdas la noche que me llamaste para que la recogiera del Heasley? —preguntó serio.

Andy asintió—. Siempre fue la maldita alergia.

—No te machaques, Jack. Intenta quedarte con todo lo bueno que vivisteis, te ha dado un hijo que es una parte de ella, es más que suficiente para mantener vivo su recuerdo con alegría —comentó Andy sensato. Llegaron al vestíbulo, echó el brazo por encima del hombro de Jack y preguntó—. ¿Una copa?

—No, últimamente he bebido demasiado.

—Estás solo, Jack, vamos a tomar algo y te relajas un poco —comentó preocupado. Notó que estaba más delgado, por no contar la pena que veía en sus ojos; le pareció lo más correcto antes de que se encerrase en recuerdos que no le traerían nada positivo—. Es lunes, no vamos a estar hasta las tantas.

Tras varias cervezas en un bar cercano al banco, Jack decidió ir con Andy a un club de TriBeCa, estaba a dos manzanas de su casa. Dejó el coche en su plaza del edificio y fueron andando hasta la puerta. Al entrar, Jack se sintió extraño. Parecía mentira que ese ambiente cargado, la iluminación ausente o la música de fondo ni un año antes formaran una parte esencial en su vida. Creyó sobrar, estar traicionando la memoria de Cora. Sin embargo, aceptó un vaso de whisky y el chupito de tequila que Andy le ofreció.

Acoplados en la barra se limitaban a beber mientras repasaban a las pocas mujeres que había en el interior. Excepto dos que bailaban, las demás parecían recién salidas de la oficina. Ninguna llamó su atención. No así la de Andy. Diligente se acercó a dos morenas que hablaban en un reservado. Cuando se sentó con ellas, hizo un gesto con la mano para que Jack lo acompañase, aunque recibió una negativa.

Jack fue consciente de que había bebido otra vez de más y se dispuso a sacar la cartera del bolsillo interior de la chaqueta para abonar la cuenta. Recibió un empujón de un tipo corpulento y la cartera acabó en el suelo, abierta y desparramada. El hombre se disculpó y siguió bromeando con el amigo que estaba con él. Jack se agachó para recoger las tarjetas, que se habían esparcido en abanico. Cuando se incorporó, vio acceder a Lilian con otra rubia, a su imagen y semejanza. Mal juró. Pagó al camarero, dándoles adrede la espalda.

La suerte no estuvo de su lado. Al reparar en él, Lilian abrió los ojos como platos, sonrió exagerada y sujetó la mano de su amiga, como inocentes colegialas.

—Jack, qué sorpresa más agradable.

—Hola, Lilian —saludó parco, ni siquiera se molestó en sonreír—.

Me iba ya.

—¿Por qué? —preguntó melosa, tocándole el pecho—. Es pronto, la noche es joven.

—Pues disfrútala.

—Vamos… —Lilian no pensaba darse por vencida—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. —Volvió la cabeza y habló a su amiga—. ¿No te acuerdas de él? Es el hijo pequeño de John.

—No, lo siento —comentó la amiga forzando una sonrisa, tendió la mano a Jack—. Hola, soy Abby.

—Jack Drake —habló serio—. Encantado.

—¿Qué bebías? —preguntó Lilian—. ¿Whisky?

—En serio, Lilian, no insistas. Quiero irme.

—Anda…, una copa con nosotras…

Por no ser borde delante de Abby, pese a advertir que parecía desear estar allí tanto como él, aceptó a regañadientes. Un rato más tarde, la conversación absurda de Lilian y el mutismo de su amiga embotaron su cerebro. Observó la proximidad que Andy había ganado con una de sus acompañantes en el reservado y creyó que no volvería solo a su casa.

Con una maldición rondándole, Abby se levantó para atender una llamada del móvil, dejando vía libre a las aspiraciones de Lilian. Esas que nunca perturbó aun estando casada con su padre e intuyó en cuanto se quedaron solos.

—¿Entonces? Ahora los dos somos viudos.

—Cora y yo no llegamos a casarnos, pero sí, puedes verlo así.

—Bueno, Jack —dijo con voz sensual, tocándole el brazo. Lilian pensó que estaba borracho y por fin cumpliría uno de sus deseos—. Eres muy joven, guapo, agradable, no debes cerrarte al amor.

—¿Quién te ha dicho que me he cerrado?

—Nadie. —Lilian sonrió—. Es una impresión.

—Pues ahórrate analizarme —comentó harto, viendo la oportunidad de decirle cuatro cosas que por deferencia a Abby se había callado—. Deja de flirtear conmigo porque me asqueas, lo hacías siendo la mujer de mi padre y lo harás siempre.

Impasible, camuflando la rabia que sentía, Lilian comentó:

—Veo que la influencia de mami ha hecho estragos en ti.

—Sí, siempre —afirmó con soberbia—. Es una señora. La mejor madre que podía haber soñado y la gran referencia de mi vida. Tú fuiste la fulana que intentó acabar con ella. Engañaste a mi padre para que se casara contigo, le robaste cuando no podía defenderse e intentaste volver a engañarlo cuando viste que habías perdido. Si crees que ahora tienes alguna oportunidad conmigo, estás más loca de lo

que pensaba.

—No me hace falta tener nada contigo, puedo conseguir lo que quiera.

—Me alegro por ti. —Jack se rió de ella—. ¿Crees que los Tisch van a permitir que te salgas con la tuya? Realmente estás como una puta cabra. ¿Te has visto? —preguntó carcajeándose sin recato ni pudor, sacudió la cabeza—. Eres patética. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta y cinco, cincuenta? —Al oírlo, Lilian descompuso el gesto. Jack, que sabía dónde darle, no pensaba moderarse—. Terminarás tal cual te mereces, hecha un esperpento, sola y en la miseria.

—Eso habrá que verlo —habló sin apenas mover los labios.

—Sería preferible que no. —Jack se levantó—. ¿Qué necesidad tenemos de ver la fealdad?

—Eres un hijo de puta.

—¿Pretendes ofenderme? —preguntó inclinando el cuerpo hacia abajo, con intención de acercarse para que no perdiera ninguna palabra—. Porque tendrás que hacerlo mejor. Te lo he dicho, mi madre no solo parece una señora, sino lo es. Tú pareces lo que eres, una mala puta de altos vuelos.

Lilian levantó la mano para abofetearle la cara, pero a pesar de unos mermados reflejos, Jack sujetó con fuerza su muñeca.

—Suéltame —siseó furiosa—. Eres igual de cabrón que tu padre.

—Sí, y me parezco a él demasiado. ¿Querías un polvo para compararnos? —preguntó con ironía—. Jódete o búscate a otro vejestorio, quién sabe, hasta puedes tener suerte.

De malas formas abrió la mano y la soltó. Dio la vuelta, no vio a Andy y se apresuró a salir del club. Tropezó con Abby en la entrada, se despidió con amabilidad y puso rumbo al apartamento.

Otra vez la maldita soledad se apoderó de su cabeza en cuanto cerró Jack la puerta de su casa. Era temible. Entró en el dormitorio y se desnudó a trompicones, pensando en la conversación con Lilian, en sus padres y en su bebé. Cuando el niño se instaló en sus pensamientos sensibilizados por el alcohol, los ojos se le nublaron con lágrimas. Debía conocerlo ya, no podía seguir sin esa parte de él y de Cora. Agarró el marco de plata que había en la mesita de noche, con una de las fotografías que les hizo Claire, donde él y Cora reían contentos en la cama, y lo arrojó al suelo. El estruendo no fue nada comparado con los cristales rotos que salieron volando en todas direcciones.

Salió endemoniado del dormitorio, sin intención de recogerlos. En el salón agarró de un manotazo la botella de whisky, se sentó en el

sofá y bebió directamente a morro; ya todo valía; perdida la razón ¿qué más daba?; estaba solo.

Amargado recordó la sensación de bienestar que sentía estando allí mismo con ella, cuando soñó con una familia o con rutina o con no sentirse como un delincuente delante de su hermano. Todo se agolpaba para macharlo; todo en su contra cuando fue siempre un afortunado. Consiguió relajarse bebiendo.

Medio adormilado, con fuerzas vagas para mantener los párpados abiertos, recordó la foto que Claire realizó a Cora en la azotea. Esa imagen era tierna. Fue un éxito en la exposición. Vio nítidamente su sonrisa, sus manos protegiendo a su hijo o el abrigo oscuro que vestía, de él; el único consuelo que tuvieron contra el intenso frío. Aquella fotografía debía conservarla, podía hablar con Claire para que hiciera una copia, pero pensó que nadie excepto su hijo o él mismo tenían derecho a contemplarla pese al precio que alguien hubiera pagado por ella. En aquel estado semionírico, Jack se durmió en el sofá; primero llegaron tinieblas, luego una legión de sombras y, por último, una carrera en picado hacia la oscuridad.

Menos Elizabeth, que prefirió no viajar con su nieto, el resto había aterrizado esa tarde en Nueva York, a las ocho. John quería tener una conversación en privado con Jack y, en vez de ir directamente al ático, fue al apartamento. Cuando ni una hora después apareció contrariado y se encerró en el dormitorio, tanto Sean como Gabriel supieron que su hermano había vuelto a las andadas; y ninguno estaba dispuesto a consentírselo.

En la cama, solo con un pantalón de pijama negro y la vista centrada en la puerta, Gabriel se dio cuenta de que Claire se tumbó a su lado porque el colchón se movió. En un impulso reflejo giró la cabeza. Preocupada al ver otra vez un gesto duro, le acarició el pecho en círculos alrededor de sus diminutos pezones enredados en un vello rizado y oscuro que le cosquilleaba en la yema de los dedos.

—¿Qué ocurre, Gabriel? Cuéntamelo, cariño.

—Me vence la situación, está decepcionándome demasiado. Si cree que volviendo a la vida que llevaba está haciéndose un favor, es mucho más irresponsable de lo que imaginaba. No puedo saber qué le pasa por la cabeza, solo sé que no es bueno. Y me conozco, no voy a ser capaz de hacerlo razonar.

—Intenta controlarte. Deja que Sean y tu padre hablen con él. A los tres os escuchará. Estoy segura de que va a cambiar, Jack tiene buen corazón, pero se deja aconsejar por el miedo —explicó con

suavidad—. No le habléis del niño, dejad que pregunte. Ya verás cómo es incapaz de disimular que está loco por conocerlo.

—Como yo —afirmó, metiendo la mano bajo el camisón de Claire. Tocó la onda caprichosa de su vientre, aumentaba por días e incitaba codiciadas fantasías que casi consiguen su rendición—. Me hace feliz pensar que pronto estará con nosotros.

—Lo sé, cariño; te costó un montón de intentos fallidos —dijo bromista, colocó una pierna entre los sólidos y largos muslos masculinos, con una intención: hacer el amor para olvidar la tristeza. Gabriel entornó un ojo, sonrió y, abriendo bien las palmas de las manos, apresó unas nalgas redondas. Rozaron sus sexos con ligeros toques, abundaron sutiles gemidos. La humedad, el calor y el deseo se encargaron de guiar otra unión envidiable; siempre a más. Claire jadeó, recibiendo cadenciosos embates que siempre acababan arqueándolos hasta la fragilidad absoluta; aquella sensación era una delicia—. Te amo.

Gabriel levantó la cabeza oculta entre el hombro de Claire y su cabello. Sonrió, acarició con los labios su cuello y ascendió en un trayecto lento hasta la boca, que atrapó con gusto, deteniéndose en aromas con el poder de sosegarle la saturación mental casi igual que amarla y permanecer exhausto sobre su cuerpo.

—Y yo llego a adorarte —susurró al apartarse lo justo. Sostuvo el peso del torso apoyando las manos a los lados de la cabeza de Claire —. No te haces una idea de cuánto significas para mí. Soy un hombre diferente desde que entraste en mi vida; ahora la disfruto, antes solo vivía. Nosotros y nuestra hija —dijo con los ojos radiantes de acuosa y fluida plata. Gabriel besó como una mariposa sus labios—. Os amo.

La penumbra que rodeaba la cama convirtió el dormitorio en un cuadro de grises pinceladas donde había un altar con dos amantes entregados al pecado, a la libertad. Ni la escasez de muebles ni la brisa nocturna que enfriaba la habitación logró evitar que ardieran mecidos entre un placer inmenso y sus esperanzas.

De madrugada, Christina llegó a su casa. Lanzó las llaves en el viejo aparador que tenía en el vestíbulo y se quitó los zapatos, que colocó detrás de la puerta. Trató de no hacer ruido al entrar en la habitación de Ari. Observó a la chica que la cuidaba dormida en el sofá cama y contempló a la niña durante unos segundos, se la veía sorprendentemente inocente: un cabello oscuro esparcido en la almohada, el rostro lleno de pecas divertidas y los brazos aferrados a un peluche. Dominó las ganas de llorar a duras penas, frustrada e

impotente por la desfachatez de su exmarido. De nuevo la había llamado aquella noche para cancelar los planes del fin de semana con Ari sin tener en cuenta que ella pretendía pasarlo con una compañera en un hotel de la costa de Maine.

Después de desnudarse y tomar una ducha que aturdió con desgana todos sus músculos, se tendió en la cama para repasar otra excusa y otra justificación para la niña. La indolencia de Graham estaba sobrepasando su límite. Asumir un divorcio imprevisto, esa relación tóxica y, para colmo, el desentendimiento por Ari, que empezaba a minar el cariño de la pequeña hacia él, conseguían alejar cualquier intento por rehacer su vida.

Tenía treinta y nueve recién cumplidos, se sentía joven y ya había pasado la racha penosa de la aceptación de esa nueva soltería provocada por la infidelidad de su marido con cualquier chica que se cruzase en su camino o en el hospital, donde tenía un enjambre de lindas abejitas siempre dispuestas para complacerlo. Aparte de que estaba cómoda en Quebec y le gustaba su trabajo, necesitaba salir con amigos para despejarse o sencillamente para disfrutar visitando otras ciudades y aprovechar los sitios preciosos que Canadá ofrecía. Pero no, gracias al doctor Graham McCoy esos deseos constantemente se frustraban.

CUATRO

Nueva York, 14-5-13

Estados Unidos

El ruido de la botella de whisky rodando por el suelo de madera despertó a Jack. Movió la cabeza, entornó molesto los ojos por la claridad brillante y trató de incorporarse; aunque necesitó varios intentos hasta conseguirlo. Sentado en el sofá se inclinó hacia delante y se rascó el cabello. Bostezando reparó en que no era normal tanta luz a las siete de la mañana. Cayó en la cuenta y miró la hora en el panel del frigorífico. «Mierda», pensó.

Cuando salió del apartamento, vestía un traje oscuro y no se había afeitado, pero la ducha fría terminó de activarlo para correr y montarse en el coche. Cualquier otro día un retraso no habría sido importante; en cambio, precisamente ese, era importante para él, ya que el equipo entero del Departamento Comercial esperaba su comparecencia.

Por mucho que intentara acelerar era imposible saltar por encima de un tráfico denso, lento y estridente. Con dos horas de retraso entró Jack en el edificio, a paso rápido llegó a los ascensores para subir pocos minutos después.

El mostrador de Martha estaba rodeado por un enjambre de personas. Ni la eficiente secretaria lo vio ni Jack se detuvo al pasar lanzado hacia la Sala de Juntas. De camino, topó con Andy; fresco como una rosa.

—¿Has terminado? —preguntó Andy.

Saludó a Jack dándole una palmada en el brazo.

—Acabo de llegar —respondió sorprendido—, me he dormido. Ahora os mandaré un mail.

—¿No estabas en tu despacho?

—No, Andy —respondió serio—. ¿Qué pasa?

—Tienes visita. Hemos creído que por eso no has aparecido.

—¿Quién?

—Quienes, compañero —dijo, apretó los labios, mirándolo con atención—. Tu padre y tus hermanos. Llevan aquí desde las nueve.

—Gracias.

Disimuló el escalofrío que le recorrió la espalda. Aminoró el paso

hacia el despacho, pensando en alguna excusa creíble. Pero cuando abrió la puerta, nada ocupó su lento cerebro. Al instante, aceptó Jack el destino: soportar con estoicismo cualquier cosa que le dijeran, probablemente tendrían razón. John se levantó como un resorte, con gesto amenazante se plantó delante y preguntó:

—¿Qué horas son estas de llegar?

Jack comprendió que no peligraba su integridad física.

—He tenido un problema con el coche —mintió seco—. De haber sabido que estabais aquí no habría esperado a la grúa.

—Por supuesto, ya habrías desaparecido —comentó John enfadado.

Gabriel se levantó y se acercó a ellos. Sonrió ligeramente, apreciando el dolor en el rostro de Jack. Se fundieron en un abrazo cariñoso que atrajo lágrimas y recuerdos.

—¿Cómo estás? —preguntó Gabriel.

—Algo mejor. —Jack abrazó también a Sean, que lanzó una mirada reprobatoria a su padre; aunque no se dio por aludido—. ¿Por qué habéis venido los tres?

—¿Nos podéis dejar solos un rato? —preguntó John. Esperó impertérrito mientras Gabriel y Sean salían. Dominó la necesidad de consolarlo, ordenando la sarta de palabras que acudían a su boca—. Voy a decirte una cosa —habló, mirándolo a los ojos—. Te tenía por un hombre, pero estás comportándote como un niño. No me gustaría estar en tu pellejo, debe ser un martirio y comprendo que tengas el ánimo por los suelos, pero no estás solo; no lo has estado nunca. —John hizo una breve pausa y suspiró. Jack permanecía inmóvil—. Entendí que no asistieras al funeral, acepté que no quisieras hablar, pero el domingo me decepcionaste como nunca pensé lo harías. Te dolerá, quizá tendrás una herida durante toda tu vida, pero es tu obligación como padre criar a tu hijo. No puedo permitir que lo ignores, él no se lo merece, ni Cora, ni tu madre ni nadie. Voy a preguntártelo solo una vez, solo una, Jack. ¿Cuándo vas a ver a tu hijo?

Era la puntillita que necesitaba Jack para dejarse de excusas.

—Iré este fin de semana. No sé cuándo podré traérmelo, hasta entonces si mamá y tú estáis de acuerdo me gustaría que se quedara con vosotros.

—¿Vendrías todas las semanas?

—Sí. Tendré que buscarle una guardería, dadme unos meses.

—Hasta el verano. ¿Por qué no piensas seriamente volver a Quebec? Para todos sería beneficioso.

—¿Otro cambio? —preguntó bajando la cabeza.

—Empieza de cero, sin nada que te la recuerde. A veces es lo mejor.

—Lo había pensado —admitió sin saber que hablaba en voz alta, recordando la sensación que tuvo en el puente Rainbow. John por fin se sintió aliviado, abrazó a Jack y lo sostuvo unos minutos—. Intentaré no decepcionarte más, perdóname.

—Te compadezco, aunque creo que sigues teniendo suerte. Has perdido a tu novia, de repente todo se ha trastocado, pero tienes la mejor de las razones para mirar al futuro con fuerza.

—¿Cómo es?

—Un santo —respondió sonriendo—. Ha debido sacar el carácter de Cora porque solo lloriquea cuando tiene hambre o está incómodo. Hasta en eso has tenido suerte.

—¿Se parece a ella?

—No sabría decirte. Lo único seguro es que tiene nuestros ojos.

La sonrisa suave de Jack, al escuchar que el deseo de Cora se había cumplido, en pocos segundos se convirtió en una sonora carcajada que acabó con otro abrazo cariñoso. Durante unos minutos hablaron del niño. Jack abrió las compuertas de su instinto, de manera natural sin sorprender a John; aunque lo hizo al mencionar a Lilian y el encuentro del club.

—Esa mujer solo trae desgracia —comentó John despectivo—. Si se lo ahorras a mamá, mejor.

—No tenía intención de decirle nada, quería que lo supieras tú.

—Te lo agradezco, pero cuanto menos sepa de ella mejor. Es de lo único que me arrepiento en esta vida.

—Yo no quiero arrepentirme de no ser un buen padre para Cordey.

—Estás a tiempo. —John apretó su hombro—. Todo se aprende y nunca se sabe qué sorpresas os aguardarán, lo único cierto es que debéis estar juntos.

—Vamos a estarlo, papá. Tienes mi palabra.

—Ni te la he pedido ni la quiero —afirmó con seriedad—. Sé que en cuanto lo conozcas no podrás separarte de él.

John tenía esa certeza. Conocía a sus tres hijos, con defectos y virtudes, y Jack no escaparía a su responsabilidad porque no lo sería. Si no volvía a dejarse llevar por el miedo, el pequeño socavaría cualquier barrera entre ellos; nada evitaría una unión imprescindible.

En el Paseo de los Poetas de Central Park, Claire hizo tiempo para volver al ático. El color verde de los olmos que unían sus copas y apenas permitían unos hilos de luz entre las ramas ensombrecían el

amplio camino que atravesaban cientos de personas. Contempló a Christian Andersen sentado en un banco pendiente a un pato de bronce, apreciando la contundencia del tamaño gigantesco de las estatuas. Abstraída en la conversación con Marion, anduvo sin ningún temor, pensando en que debía aceptar su voluntad aunque no compartiera la decisión que había tomado. Si nadie nos pedía explicaciones para vivir, debíamos tener el derecho de elegir cómo morir.

Durante metros y metros repasó sus palabras, dándole la razón a Gabriel: Marion había pensando en todo. No solo reunió al personal de MaiSa para presentarla como la nueva propietaria, también le encomió varias carpetas con documentación de las casas, y hasta le mostró el contrato que negociaba para ella con un galerista londinense. No tuvo intención de discutir ni tampoco de aceptar, aunque quería que Gabriel leyera el contrato como deferencia al papel asumido de guardián de sus intereses y a la insistencia de Marion. El respeto debía ser recíproco y ella había decidido seguir los pasos de Alexei; trabajaría por amor al arte, literalmente.

En cuanto entró en el ático, siguió el sonido jocoso de las voces que provenían de la terraza. Jack estaba sentado entre John y Sean, frente a ellos, en uno de los sillones de lona blanca con los respaldos de mimbre, Gabriel. Los cuatro parecían contentos, bebían cerveza en botellines y se intercambiaban los móviles. Tuvo clarísimo que compartían con Jack fotos de su hijo por la cálida alegría que brillaba en sus ojos, tan agradable como el sol o la sonrisa de Gabriel cuando se levantó para saludarla.

—Hola, cariño. —Gabriel la besó en los labios—. ¿Cómo estaba?

—Peor —respondió desanimada. Soltó la mano de Gabriel y se acercó al sofá. Jack sonrió, se puso de pie y se abrazaron con ternura —. Me alegro mucho de verte.

—Y yo. —Bajó la vista hacia su barriga y comentó—. Te sienta bien el embarazo.

—Es una niña.

—Gabe me lo ha repetido unas doscientas veces.

Claire sonrió y acarició la mejilla rasposa de Jack, feliz al notarlo de vuelta. Empezaron a comer allí mismo, ya que Amelia tenía dispuesta la mesa. Sobre un mantel oscuro de hilo había seis botellines de Heineken y dos botellas de vino tinto. En el centro aguardaba una fuente de cristal con una ensalada de diferentes tipos de lechuga y dos platos de jamón serrano, por la pinta, del proveedor favorito de Gabriel. No faltaron ni el queso ni las aceitunas partidas. Luego, Amelia dejó un carrito con una bandeja de carne en salsa. Estaba

cerca, soltaba un olor apetitoso que despertó su hambre lobuna.

Pletórico, en John no quedaba rastro de enfado. Reía con sus hijos sirviendo los platos. Charlaban sobre niños cuando tras unas cuantas frases el pensamiento de Claire optó por aislarla para que se perdiera divagando. Siempre recurría al destino. Disimuló atención mientras Gabriel bromeaba con Jack; recordando que amaron a la misma mujer, que pelearon por ella; que la fortuna de uno fue la desgracia del otro. Pensó en esa misma rueda que girando puso en su camino a Gallagher; un hombre por quien sentía cierto desprecio, pero le brindó la oportunidad de conocer al último pariente vivo de su familia directa: Marion Sabo, la mujer que creyó en ella antes de saber quién era, viuda de su tío Richard, el hermanastro biológico de su padre. La rueda giraba y unía de nuevo a los Clainston, Sabo, Merrit y los Barinov, pero rondaba esquiva la fortuna para recordarle su maldición. Si a unos no llegó a conocerlos y otros le fueron arrebatados antes de tiempo, a los dos únicos que podía agarrarse para afianzar sus raíces, la muerte, con prisas apremiando por presentarse, tocaba a sus puertas. Si bien, rogaba a sus queridos ángeles por Alexei, porque le durara un tiempo precioso y largo, ganado a pulso contra la adversidad.

Muchas situaciones injustas se agolparon en su mente; en cambio, una patada de su hija y la sonrisa alegre de Gabriel consiguieron hacerla regresar al excelente presente que tenía por vivir con él después de haberlo visto esconderse en la biblioteca para llorar por Cora, con la sola idea de no molestarla, cuando comprendía que de haber sido indemne a ese dolor no lo habría admirado más porque amó al hombre que lloró por la mujer que ocupó algunos años su vida; porque Gabriel fue amigo de Cora y porque supo separar y quedarse con los buenos recuerdos.

Se acarició el vientre tratando de apaciguar a Isabella —como pensaban llamarla— que se activaba cuando comía, y sonrió feliz a Gabriel. Al probar una cucharada de mousse de chocolate, se relamió y vació el cuenco en cuestión de segundos. De repente, vio deslizarse otro cuenco sujeto a la mano del Inquisidor atento. Cuando lo colocó delante de ella, le guiñó un ojo.

—Claire —dijo Jack—, ¿puedes conseguirme el nombre del comprador de la foto de Cora?, la de la azotea.

—Sí, claro —admitió. Tardó unos segundos en decir—. Sé que aprecias a Marion, ella a ti también. —Miró a John—. Y a ti. —Se limpió los labios con una servilleta a juego con el mantel—. Me ha nombrado su heredera universal, hasta MaiSa será mía. —Jack, al ver las caras serias de su padre y hermanos y la voz queda de su cuñada,

presintió el final de la marchante; no parecía remiso. Claire se centró en Jack y, tratando de sonreír, comentó—. No sé qué haré con ella, pero hablaré con el director para que me facilite el nombre.

—¿Sigue siendo Zanelli? —preguntó Jack.

—Sí. De momento tiene contrato hasta el año que viene —dijo Claire sin prestar atención a Gabriel, detractor del italiano desde la exposición que realizó en la galería Obscura con sus compañeros. El hombre de vez en cuando halagó sus fotografías sin haber ni siquiera aceptado trabajar con Marion. Quiso suponer que Biagio Zanelli no era de su agrado por ser bien parecido, con los rasgos masculinos, tez y cabellos oscuros, cuerpo atlético, y un derroche de palabras totalmente inadecuadas para un acérrimo defensor como él de la discreción canadiense—. Ejerce bien y es un buen relaciones públicas. Entre Marion, la secretaria y él han convertido la galería en un referente, si decido seguir, contaré con ellos.

—Ya veremos.

Gabriel no quiso sonar tajante, pero es lo que consiguió. Había decenas de posibilidades para no tener que mantener ese negocio ni las implicaciones que acarreaba. Tampoco veía la necesidad de exponer su posesión más valiosa ante un depredador. Nunca había cruzado más de dos frases con él, siempre corteses, y, sin embargo, intuía el deseo cuando devoraba a Claire con miradas mal encubiertas de simpatía. Podía ver su interior, tal y como hizo con Gallagher, eran de la misma especie, los diferenciaban la chulería del neoyorquino y la suavidad del italiano; mientras uno era una tormenta, el otro se escondía tras amables arenas movedizas; un paso en falso de Claire y caería en ellas, por supuesto, sin pretenderlo. Y ni de lejos pensó Gabriel permitir que otro tigre disfrazado de cebra la hiriera. Él era su hombre, el protector de su vida, y velaría para que ningún malnacido osara tocarla.

El sonido ligero de unas voces arrancó un ronroneo de Claire. Estaba abrazada al Inquisidor, cansada pero feliz por amanecer en su casa y en su cama. Besó el perfil de su cara, recorriéndole el costado con suavidad. Empezó a despertarse, igual que su erección. Fue una tentación. La frotó en las manos y bajó la cabeza besando un pecho alterado por una respiración rápida y un vientre terso. Gabriel se incorporó ya en éxtasis; aunque todavía aguantó un galope violento que no acabó hasta derramarse con un gruñido de todo menos discreto.

—Eres un escandaloso —dijo Claire, cayendo sobre su pecho—.

Nos han oído, seguro.

—Estoy en mi casa, me da igual —comentó sonriendo, seguía muy cómodo dentro de su refugio—. Y lo dudo, estamos demasiado lejos.

—No pongas en duda la capacidad de las Friars, cariño. —Claire se movió y lo dejó sin calor—. Voy a ducharme, ¿vienes? El agua sí amortigua los sonidos.

«Nunca». El significado de esa palabra Claire parecía no entenderla. Gabriel no la rechazaba nunca desde que se conocieron y si alguien valoraba el nivel de su autoestima era él. Por eso no comprendía por qué se empeñaba en preguntarle cuando solía saltar y acelerarse para amarla sin el más leve esfuerzo.

Frescos y con los cabellos húmedos, mientras Gabriel se vestía con un traje camel, una camisa celeste y una corbata oscura, Claire se peinaba recogiéndose el cabello en una coleta tras ponerse un vestido claro suelto de mangas cortas. Para sorpresa de ambos, las voces que procedían de la cocina no podían ser más familiares.

Sentados en la mesa con el desayuno por delante, Alexei y Léonore hablaban con Ethel y Eloise, que tomaban café apoyadas en la encimera. Al verlos entrar de la mano, ninguno reprimió unas miradas cómplices ni unas sonrisas demasiado alargadas.

—Qué temprano. —Claire besó a los ancianos en las mejillas, a las Friars y se sentó a la mesa, viendo a *Shu* revolotear nerviosa alrededor de Gabriel—. ¿A qué debemos este honor?

—Cariño, son las nueve —dijo Gabriel—. No me da tiempo sacarla. Hoy te toca a ti.

—Como siempre —comentó, sirviendo sus tazas de café, no reparó en la cara asombrada de Ethel, una de las encargadas con Eloise de pasear a la perra cuando su informal amo delegaba en ella—. No pasa nada, ahora la sacaré.

Sin suspicacia, Claire desayunó distraída mientras hablaba o escuchaba. Estar a poca distancia de Liosha era fascinante, puro magnetismo. No aparentaba sus años si mirabas más allá de la carcasa de su cuerpo. Estaba lúcido, cada una de sus palabras medían con exactitud una inteligencia brillante, un humor divertido y el genio endemoniado del artista por encima del hombre. La imaginación de Alexei Barinov no conocía límites, se alimentaba de fracasos y del amor imperecedero de Léonore, su tesoro más preciado, el complemento ideal para su vitalidad.

—¿Qué día dijiste empezaba la exposición? —preguntó Alexei.

—El seis —respondió Claire, desvió un instante la vista hacia Léonore—, pero si no podéis venir lo comprenderé. —Sonrió—. Ya tenéis muy vistas las fotos.

—Iremos el sábado —repuso Alexei—, no vamos a perdérnosla. —Se levantó con agilidad y salió de la cocina. Al momento entró con una caja cuadrada de un tamaño mediano, envuelta en un papel marrón—. Es un regalo para ti —comentó mirando a Claire—. Solo puedo decirte que es un orgullo ser tu abuelo.

Gabriel dejó en el plato la tostada que había mordido, tan sorprendido como la expresión de su mujer desenvolviendo el papel. Claire se emocionó al levantar el busto de su imagen, hecho en una madera oscura veteada por infinitos dorados como espigas de trigo surcando la noche.

—Gracias, *«died»*.

—Es preciosa, Liosha —dijo Gabriel cuando pasó los dedos por unos rasgos captados con maestría. En una talla casi blanca, leyó: *«Душа Claire, дед Лиоша, 2013»* (*«Dusha Claire, died Liosha, 2013»*). Esa escultura tenía la serenidad altiva que Claire a veces ocultaba y era uno de sus mejores rasgos—. Tiene su esencia.

—Estaba dentro. —Alexei sonrió—, solo la he sacado a la luz.

Léonore lloró silenciosa, recordando las horas que había pasado acompañando al escultor mientras creaba *El alma de Claire*. Era modesto al decir que todo siempre está en el interior de la madera, que él se limitaba a quitar aquellas partes que lo tapaban. Lo había visto modelar en arcilla el rostro, de memoria; diseñar el bosquejo en el tronco viejo y seco que Craig y él seleccionaron en el aserradero; desbastarlo con el volumen que necesitaba; forjarlo para obtener las líneas y curvas definitivas; pulirlo hasta uniformarlo, cuchillar para disimular grietas, lijarlo con esmero dejando una textura cual frágil porcelana o impregnarlo de betún antes de secarlo cuando ya no era solo nogal y se había convertido en una obra de arte.

La doctora McQueen se quitó la bata. Tras colgarla en el perchero que había detrás de la puerta de la consulta del hospital, cogió el bolso y se colocó una chaqueta blanca de hilo, pensando en el fin de semana que tenía por delante, sola en Nueva York para que Ari estuviera dos días mal contados con Graham.

O bien porque fue casual o quizá porque al recordarlo y mal jurar teniéndolo muy presente incitó una conexión telepática, Graham en ese justo instante estaba llamándola por teléfono.

—No puedo entretenerme —dijo Christina borde—, ¿qué quieres?

—Hola, Chris —saludó Graham meloso—. Me alegro mucho de que vengas mañana con Ari. Quería agradecértelo.

—Muy bien —replicó dura—. ¿Algo más?

—Quédate con nosotros. No te vayas a ningún hotel.

—¿Estás tomándome el pelo? —preguntó sin contener la rabia—. ¿Qué ocurre, Graham? ¿Ya no sales con tu amiguita? ¡¿Es eso?! —exclamó—. Porque te diré algo, me tienes harta y no te soporto. Voy a llevar a Ari porque me da pena, pero ni se te ocurra ver nada más. He tenido bastante de ti, ahora solo quiero olvidarte y tener claro a qué atenerme por la niña. Jamás volveré a esa casa y jamás volveré contigo.

—Daría algo por verte —comentó impasible—. ¿Estás vestida?

—Eres el mayor gilipollas que me he echado a la cara. Procura hacer que Ari este fin de semana se lo pase bien, procúralo, Graham, porque es la última vez que voy a hacer nada más por ti.

—Chris, no seas así, estaba bromeando.

—Te admiro por esa capacidad —dijo con cinismo—, de verdad, me alegro mucho de que puedas tomarte ciertas cosas con humor; pero hablamos de nuestra hija. Incumples las visitas sin avisarme con tiempo, no tienes ninguna constancia para interesarte por ella, y sabes qué es lo peor… —Christina se detuvo, quiso hacerle daño, aunque se retractó—, que dentro de unos años te arrepentirás y será tarde. A mí ya no me queda moral para más excusas, Graham. Eres su padre, actúa cómo dicte tu conciencia, cada uno somos responsables de nuestros actos. Por mi parte se acabó justificarte o facilitarte la vida; tú no tuviste ninguna consideración conmigo; no creo que merezcas ni más esfuerzo ni mi amistad.

—Entiendo que no terminamos bien y que hemos pasado unos meses muy tensos, pero Ari siempre nos unirá. Déjame demostrarte que puedo hacer bien las cosas con ella.

—No lo hagas por mí, quien te necesita es la niña.

—Sí, y podría verla con más frecuencia si no te hubieses ido a Canadá.

—Era una oportunidad muy buena —afirmó severa, cansada de terminar siempre en lo mismo—. No quiero empezar a discutir.

Durante unos segundos Graham rechinó los dientes, controló la malaleche.

—¿A qué hora llegáis?

—A las nueve ¿No has leído el correo que te envié con los datos del vuelo?

—No, lo siento, tengo roto el ordenador.

—¿Y no te sirve el móvil? —preguntó negando con la cabeza.

—No había caído —dijo Graham, sonrió y añadió—: Te prometo que estaré en el aeropuerto. *Oidhche mhath*, Chris.

No fue fácil para Jack terminar aquel viernes el trabajo. Las horas escasas para conocer a su hijo eran las culpables del estado ansioso que lo perseguía. En cuanto llegó al apartamento preparó el equipaje, se duchó y cenó viendo la televisión sentado en el sofá. Desde que volvió fue la única vez que no sintió la soledad, podían en él un entusiasmo desmedido, parecía como si John Cordelius acabara de nacer. Jack necesitó su tiempo para aceptar una muerte a cambio de una vida, pero ya estaba dispuesto y como Cora habría esperado iba a pelear por su hijo, lo querría y compartiría su vida con él. Esos planes que diluían la tristeza de Jack pasaban por vender el apartamento, los cuadros y todos los muebles, por solicitar el traslado a Quebec y encontrar una vivienda para instalarse con el niño. Aunque concentraran un esfuerzo enorme, compensaban con distracción y esperanza. Abrió el portátil y entró en Internet a varias páginas de inmobiliarias. Un rato después, algo saturado de ver imágenes, fijó los ojos en una casa de madera. Tenía la planta rectangular, una cubierta a dos alturas con tejas negras, y un terreno grande con árboles mal cuidados, una piscina vacía y el jardín más desmenuzado nunca visto; pero, aun así, aquella casa captó su interés. Cumplía con los requisitos que buscaba: dos o tres dormitorios cómodos, dos baños completos, salón con cocina abierta, y un espacio diáfano en la planta alta para una zona de juegos y un despacho. Además, sus padres darían botes de alegría cuando supieran dónde estaba.

Durante el rato que Gabriel llevaba sentado en el salón no pudo dejar de admirar la pieza de arte que Claire colocó encima de la balda intermedia de la estantería, custodiada por insignes escritores y poetas. Bebió un sorbo de brandy y cerró los ojos saboreando un paladar ardiente y dulzón, rodeado de huellas a madera, sutil vainilla y avellanas amargas.

—Qué bien vives —dijo Claire al sentarse junto a él, *Shu* se removió a sus pies—. ¿En qué piensas?

—Ahora mismo en nada. —Gabriel la cogió por la cintura y la sentó en su regazo—. Pero hace un rato —murmuró después de besarle el cuello—, tú eras la estrella de mis pensamientos… —Deslizó los labios por su barbilla y acabó atrapando su boca con sosiego—. Siempre me ha gustado esta habitación, pero desde hoy voy a venerarla: tiene a una diosa.

—Qué sugerente —dijo Claire sonriendo—, una diosa y un Inquisidor…

—¿Ascuas o fuego?

Claire acercó la cabeza a su oído y susurró:

—Ascuas y fuego.

El suave resplandor de la luna entraba por los ventanales del dormitorio cuando entraron. Claire se desnudó y ayudó a Gabriel con los pantalones, alargando un instante en agónicos segundos. Más tarde, amoldaron sus mustios cuerpos en un firme abrazo y compartieron en voz baja los vaivenes de sus vidas. Entre perenne nostalgia apareció el rostro de Jack y la emoción que le transmitió a Gabriel esa misma mañana durante una breve llamada.

—Estoy muy contento por Jack. No creía que iría tan pronto.

—Debe estar como loco.

—Es capaz de hacer que su hijo berree, pero mientras esté con él, que se las apañe.

—Está haciendo lo correcto. Será bueno para todos. Tus padres están encantados cuidándolo, quiénes mejor que ellos para que Jack pueda estar tranquilo. Ya verás como dentro de nada encuentra a alguien y rehace su vida.

—No lo veo pensándolo.

—Ni tendrá que hacerlo, cariño —dijo Claire, besó sus labios—, las mejores cosas aparecen, sin más. Jack no elegirá, simplemente ocurrirá. Como nos pasó a nosotros.

—Espero que tenga suerte. Ahora va con equipaje.

—¿Y qué? ¿Te habría importado estar conmigo de tener hijos con otro?

—No. —Gabriel colocó un muslo entre los suyos, acarició su espalda y habló moviendo la mano de arriba abajo—, pero me hace muy feliz que solo tengas los míos.

—¿Ves cómo eres un Inquisidor?

—Es ser posesivo —susurró, subiéndose encima—, nunca te quemaría en una hoguera. —Besó las curvas tiernas de sus pechos—. Prefiero arder por ti.

—Me encanta que seas así, y me encanta que seas el único hombre que tendré.

—Como amante tenlo por seguro, pero no descartes que algún día tengamos un hijo.

—Los que quieras, mi amor —susurró—, convénceme.

La cadencia sensual de esa voz prendió el fuego. Luego, movidos por un delirio donde bailaron como llamas, con fuerza, con una potencia que estalló en sus gargantas, se evaporaron igual que ascuas incandescentes elevadas por salvajes torbellinos. En la paz de aquella noche, donde volvieron a ser las estelas de un cometa, Gabriel soñó con sus hijos, con los tres que quería tener, tras Isabella vendrían los

varones y todas las habitaciones de la casa estarían ocupadas por su familia. Después, creyó que estaba en el salón, vio con claridad la cara de Claire tallada en madera mientras alzaba una copa para brindar por ella. De pronto, se concentró en una extraña, no pudo verle el rostro porque una espesa melena negra se lo tapaba cuando acarició la mano de Jack. Su hermano giró la cabeza, sonrió y tocó el abultado vientre de esa mujer. Buscó a Claire con la mirada, pero su silla desamparada motivó que saliera precipitadamente del salón. Se despertó de golpe y echó un vistazo alrededor. Respiró aliviado al abrazarla. Todavía inquieto se amoldó a su espalda para dormirse muchos minutos después. Nunca tenía pesadillas, ni Claire desde hacía meses; sin embargo, desde la muerte de Cora era la segunda vez que se veía acosado por ellas; no quiso imaginar el calvario de Claire durante los años posteriores a su tragedia. Era terrible no poder descansar. Acunando pensamientos, a veces alegres, otras, afligidos, acabó aspirando el olor de su piel para dejar la mente en blanco y que el negro cerrase filas a la oscuridad y a la calma.

CINCO

Nueva York, 18-5-13

Estados Unidos

En cuanto salió Christina con Ari por la puerta de llegadas hizo varias batidas con los ojos sobre las pocas personas que se agolpaban en un extremo del amplio y pulido corredor, hasta comprender que su exmarido no aparecería. Por suerte, la niña estaba acostumbrada a madrugar y no se había quejado por las casi dos horas del trayecto ni del tiempo entre embarcar ni desplazamientos, todo su afán era ver a Graham.

—¿Por qué no esperamos? —preguntó Ari—. Allí hay asientos libres.

Christina pensó que le vendría bien una tregua y, desde luego, no tenía ninguna prisa por llevar a Ari al piso que compartieron. Se giró para coger el asa de la maleta y tropezó con un tipo alto que corría alocado. También tiraba de su propia maleta y con la fuerza de la frenada, derribó la de ella. El hombre la observó con unos ojos azules impactantes, ajustándose unas gafas oscuras de pasta. Era muy atractivo, con rasgos masculino pronunciados, acrecentados con una desaliñada barba, aunque vestía una americana oscura y ropa sport con apariencia cara.

—¡Cuidado! —exclamó Christina, agachándose para recoger la maleta.

—Lo siento.

Christina bufó detrás de las sombras largas de unas piernas alejándose. Aquel hombre se perdió en la zona de embarque mientras ella misma se daba la bienvenida a Nueva York. «Qué gratos recuerdos», pensó con ironía. Se sentó al lado de Ari con la mirada fija en un reloj digital. Graham no vendría, tenía que hablar con su hija.

Dos horas después, Jack aterrizó en Quebec. Sean estaba esperándolo con Ophie. Inquieta, se lanzó a los brazos de su tío, envuelta en cientos de rizos negros danzarines. No dejaron de moverse de un lado a otro en su cara pilla hasta que se montaron en el coche y Sean la sentó en su silla especial en los asientos traseros. Jack pensó

en lo efímero del tiempo; hace nada era un bebé y ya estaba a punto de cumplir dos años.

—¿Has visto al primo?

—*Ci* —respondió mientras Sean abrochaba su cinturón de seguridad—. Yo *yudo* a la abuela, le doy *bibi*.

—¿Y es bueno? —preguntó Jack interesado, disimulando una sonrisa tierna.

—*Ci. L´abuelo* dice *qu´un* ángel.

—Si lo dice, será cierto.

—¿Tú *ere* un demonio?

—Ophie, cariño —dijo resignado Sean, la miró por el espejo retrovisor y se llevó el índice a los labios. De pasada, comentó—. ¿Estás nervioso?

—No —respondió Jack sonriendo. Asumía que sus padres no guardaran un buen recuerdo de su etapa infante, él ninguno, pero, al parecer, estaban marcando las creencias de su sobrina—. He tenido suerte con Cordey, si no, tendrías que pagarle un psicólogo a Ophie.

—No cantes victoria, puede cambiar.

—Hablando de cambios, he visto una casa muy cerca de la tuya; me gusta. Mañana quiero verla.

—¿Tienes cita con alguna inmobiliaria?

—No. De entrada quiero echarle un vistazo, he visto fotos y me parece que está regular. —Jack hizo una pausa, contento dijo—. Voy a vender el apartamento para comprar algo aquí. Creo que es hora de volver.

Sean desvió la vista un instante, sonrió y se centró en conducir, calmado porque el más testarudo de sus hermanos hubiese tomado una decisión transcendental, inimaginable ni viviendo Cora.

Perdido en el ritmo ordenado del tráfico, Jack apenas notó cuando dejaron atrás la ciudad para entrar en la pacífica urbanización de sus padres. Contempló abstraído las filas de árboles, los jardines verdes extensos y perfectos, y, por fin, apareció la casa; blanca y sobria, limpia como la mente de su hijo. De golpe se le encogió el estómago.

Nada más se detuvo el coche, salió John por la puerta de la casa. Abrazó con firmeza a Jack, pero la figura de Elizabeth con Cordey en brazos le arrebató el momento. Despacio, avanzó Jack hacia ellos, observando el cariño en los ojos de su madre.

—Aquí lo tienes —dijo después de besarle la mejilla, le entregó el bebé, que dormía plácidamente y solo movió reflejo las piernas al notar los brazos de Jack—. Es un ángel.

Jack sonrió, feliz, sintiendo esos cinco kilos de inocencia.

—Algo he oído —comentó, pasando la mano por una carita sonrosada y tersa. Se vio embargado por demasiadas emociones contradictorias, aunque primara la ternura por cobijarlo. Levantó la mirada y dijo—. Gracias, mamá.

—No las merecen, cariño —dijo triste. John que sostenía a Ophie, colocó la mano en su hombro—. Vamos a echarlo mucho de menos.

—No hables muy alto —comentó Sean. Arrancó a la niña del abuelo—. Dale un besito a la abuela y al tío Jack, mami nos está esperando para ir al centro comercial.

En pocos minutos reinó la calma en la casa. Algo perplejo por la cuna que había al lado de su cama, Jack entró en el salón, todavía no había soltado a Cordey; realmente parecía un bendito que movía sin esfuerzo.

—No sé si es buena idea que duerma conmigo.

—¿Qué te asusta? —Elizabeth dejó la tetera encima de la mesita de madera. Tenía un cristal impoluto y el juego de tres tazas que había sacado para servir un té y unos sándwiches—. Se toma un biberón a las doce y duerme toda la noche seguida hasta las seis. No es complicado.

—Pero… ¿y si le pasa algo y no sé qué hacer?

—Sabrás qué hacer, no te preocupes. Siempre se sabe qué hacer.

—Míranos —dijo John—, sobrevivimos a tu primer año. Tu hijo es pan comido.

—Gracias por no decirme nada. —Jack sonrió irónico, acarició las piernas desnudas del niño. Vestía una camiseta blanca y un pantalón corto, abombado por el pañal—. Ya que estamos solos, quería daros una noticia. Voy a volver.

Elizabeth durante unos segundos no reaccionó.

—Es una gran noticia, Jack. —John lo observó con un brillo orgulloso en los ojos—. La esperaba.

—Me alegro mucho, cariño —dijo emocionada. No se sentía capaz de separarse de su nieto—. Espero que cuentes con nosotros.

—¿Con quiénes, si no? Tengo un montón de cosas pendientes, pero me gustaría estar instalado en agosto. Así tendríamos tiempo de adaptarnos.

—¿Hasta agosto se quedará con nosotros?

—Vendré los fines de semana, pero sí —dijo Jack, pensando en los meses duros que tenía por delante—. He visto una casa por aquí cerca. Tendré que reformarla, hacer una mudanza. No voy a traerme los muebles, pero entre la ropa y organizarme necesitaré ayuda.

—Sabes que estamos aquí para cuando quieras —comentó John.

—Nunca pensé desentenderme de él, solo necesitaba…

Jack no pudo terminar de expresarse al ver por primera vez a John Cordelius Drake abriendo los ojos. Una turbia cortina de agua salada fluyó por sus mejillas. Tocó el perfil de los pequeños labios, inclinó el cuerpo hacia abajo y le besó la frente.

—Hola, Cordey —susurró mientras John y Elizabeth observaban emocionados. El bebé atrapó el dedo meñique de Jack y succionó mirándolo atentamente—. Soy el cretino de tu padre. Hoy tu madre estaría muy contenta.

Esa noche, después de que Jack se aplicara cuando Elizabeth bañó al niño; aunque no se atrevió a sostenerlo en el agua ni a darle los biberones a lo largo del día, se metió en la cama y programó la alarma para las doce menos cuarto.

No le costó cerrar los párpados ni dejarse guiar hacia un merecido descanso. Todo parecía encajar. Cuidar a Cordey no era complicado, ni siquiera constante; más bien se trataba de cubrir sus necesidades básicas siguiendo una rutina. Creyó posible adaptarse en poco tiempo, ya que los dos apenas notaron cambios.

Cuando sonó el pitido que avisaba de la próxima toma, Jack abrió los ojos sorprendido. Nada. Ni un leve quejido. Se levantó y salió de la habitación hacia la cocina. Encontró el biberón preparado, gentileza de Elizabeth. Jack pensó que fue por costumbre, no porque desconfiara de su capacidad nocturna para mezclar polvos con agua.

De regreso en el dormitorio, dejó el biberón en la mesita de noche y destapó la sábana blanca que cubría a Cordey. De pronto, ascendió un penetrante olor hasta su nariz, tan hediondo como un arsenal de huevos podridos, le arrugó la cara entera mientras se le filtraba en el cerebro.

—No das un ruido, pero no veas cómo te las gastas.

Bastante habilidoso, Jack le cambió el pañal. Cordey, muy tranquilo durante la sesión de aseo, solo emitió ligeros balbuceos como máximas expresiones de incomodidad. En cuanto terminó, se le planteó una duda: ¿debía dejarlo solo encima de la cama para tirar a la basura el pañal sucio o colocarlo en el centro? Correría peligro si se giraba. Ahorrándose innecesarios riesgos, se dirigió a la cocina con él en brazos.

Una vez sin el suculento regalito, se tendió en la cama y empezó a darle el biberón. Buscó en el rostro regordete de Cordey a Cora; en la boca, en las cejas doradas casi imaginarias o en el fino cabello rubio como paja seca esparcida en el campo; sin embargo, el niño era una

gota de agua de él y de su padre; las gemas turquesas de John eclipsarían otra herencia el resto de su vida. Debía verlo crecer para que Cora resurgiera físicamente en él, de momento, solo se advertía el espíritu sereno de ella; el mismo que la llevó a morir confiada y calmaba sus nervios con engañosas palabras.

A los diez minutos, Cordey acabó y Jack lo sostuvo de pie contra el pecho meciéndolo con suavidad. Escuchó un eructo, al instante una traca de ventosidades y otra vez la habitación quedó envuelta por el pestilente aroma.

—Tienes una costumbre muy fea —dijo resignado. Repitió el cambio de pañal y el paseo con él hasta la cocina—. ¿Con la abuela también eres así?

Jack no vio una puerta entreabierta con una espía pendiente a sus andanzas, se encerró en el suyo y colocó con esmero a Cordey en la cuna.

Sonriendo, Elizabeth volvió a la cama y se abrazó al torso de John.

—Será un buen padre.

—Por supuesto —afirmó John contento, acariciando su espalda—, tiene voluntad y es un obseso del control, ya verás cómo en poco tiempo está hecho un padrazo. Sean lo es y de Gabe no te quepa ninguna duda.

—Los tres tienen un buen referente, cariño.

—No lo digas por mí, solo me dejé arrastrar. Por eso compadezco a Jack, yo te tuve a ti y sus hermanos tienen a sus mujeres, pero él está solo y se sentirá aún más solo cuando no pueda compartir las alegrías de su hijo con nadie.

—Eso no lo sabemos —comentó alzando la cabeza, le besó los labios y, cuando se apartó, murmuró—. Cumple treinta y uno el mes que viene, es muy joven. Estará un tiempo mal, pero es necesario para que olvide y pueda rehacer su vida. El tiempo hará su trabajo, cariño, y que haya decidido vivir aquí nos dará la oportunidad de comprobarlo.

—Te ha hecho muy feliz ¿verdad?

—Sí. —Elizabeth sonrió y pasó la mano por el vello del pecho rotundo de John. Percibió una punzada en su sexo, la calidez segura de unas manos posesivas sujetándole las nalgas y un tirón rápido que la colocó encima de ese cuerpo varonil sin hartura de una buena amazona. En un tono de voz susurrante, preguntó—. ¿Vas a hacerme feliz tú también?

—Siempre, mi amor.

La pasión desmedida de John no se vio acallada con los gemidos de su mujer. Involuntariamente olvidaron a la compañía del

dormitorio contiguo, separada por una inservible pared de madera que no amortiguó la acústica rítmica cuando despertaron a Cordey.

Jack entornó los ojos, bostezó y se fijó en la hora; «¡Joder!, la una»«¿No se suponía que la siguiente toma era a las seis?» En cuanto se incorporó, sus oídos captaron una amorosa melodía. Sacó a Cordey de la cuna, lo llevó a la cama e intentó concentrarse en una nana, esperando impaciente a que su padre concluyera la exhibición. Recordó las bromas de Cora cuando los visitaban, la condescendencia llena de más burla durante los días que pasaron en Terranova en la boda o la última vez que compartieron alojamiento cerca de ellos, en el cumpleaños de Gabriel; ahí estuvo hábil eligiendo dormitorio, Sean no se reprimió al machacárselo hasta que logró un cambio para él y Elaine, tan ansiosos como los demás por descansar en silencio. Con ese pensamiento, Jack dejó la grave sutileza de un arrullo mal acompasado pero bien recibido por su hijo, para sostenerlo cuidadoso en el regazo y cerrar agotado los ojos, sin saber que se quedaría dormido con la misma facilidad que había tenido al solventar airoso su primera noche ejerciendo en el mundo real de la paternidad.

Tras despertarse, Jack dio un brinco creyendo que Cordey todavía estaba en sus brazos. Aliviado, comprobó la eficiencia matutina de su madre y se levantó deprisa para ducharse. En pocos minutos salió del baño fresco como una rosa, vestido con unos vaqueros y una vieja camiseta negra.

En la puerta de la terraza estuvo cegado por el brillo turbador del sol reflejado en el agua de la piscina hasta que descubrió a Elizabeth debajo de la sombrilla, desayunando en la mesa, con el niño a su lado echando un sueñecito en el balancín.

—¿Por qué no me has despertado?

—Porque estabas muy dormido con tu hijo en las piernas.

—Gracias a vosotros. No hay que hacer tanto ruido.

—Lo siento —dijo sonrojada—. ¿Se oyó mucho?

—Mamá, por favor…, sois famosos.

—No digas tonterías. ¿Cómo te fue anoche?

—Muy bien, excepto por un par de cosillas —comentó irónico, sirviéndose una taza de café—, pero no tienen importancia, apestan.

Elizabeth rió.

—Suele ser algo automático, ya le cogerás el truco.

—Supongo… —Jack terminó de remover el azúcar con la cucharilla que dejó en el platito—. ¿Dónde está papá?

—Ha ido al campo de golf con Sean.

—¿Puedes quedarte un rato con Cordey?

En menos de un cuarto de hora, Jack aparcó el Volvo negro de Elizabeth frente a la casa de madera que tenía vista por Internet. La facultad de hablar desapareció de su garganta reseca. Las fotos no le hacían justicia, todo era peor, y las características definidas por el vendedor merecían un respeto; llamaba jardín a tres o cuatro calvas de césped distribuidas por un terreno pedregoso lleno de arbustos destartalados; tejado, a dos vertientes lamentables con una sucesión imprecisa de piezas planas donde crecía alguna especie de hierbajo hidropónico; o porche al despropósito de corredor que rodeaba por completo la planta baja. No pretendió desanimarse y se acercó a la fachada recubierta con troncos de roble, observando las piedras oscuras del muro de la planta sótano, debajo justo de los tres escalones que había para acceder al porche. Para desengañarse o darle una oportunidad, los subió jugándose incrustar los pies en la mohosa tarima. Las ventanas eran numerosas, cuadradas y grandes, darían claridad a las habitaciones en las dos plantas. Con la nariz pegada a uno de los cristales de la puerta francesa del salón, contempló la lúgubre ausencia de muebles, la chimenea de hierro que había en una de las paredes, el espacio que debió ser la cocina, aunque no quedara más que un fregadero y la sombra grisácea en el sitio de una campana, y, por último, una escalera al fondo, con un ancho cómodo y un estado aceptable.

Volvió al coche y dejó un mensaje en el contestador del agente inmobiliario que en una valla se publicitaba. Para descartarla quería verla por dentro. Sería costoso reformarla y se dilataría más el traslado, en cambio, esa casa le gustaba, tenía potencial para convertirse en el hogar acogedor donde criaría a su hijo.

Circulando de regreso recordó una visita pendiente y giró en la esquina para seguir la indicación hacia el cementerio Mount Hermon. Conforme subía una pequeña colina, el tráfico fue diluyéndose hasta el inmenso campo santo tapizado con un suave manto verde donde despuntaban árboles, esculturas de ángeles y tropeles de cruces, lápidas y sarcófagos.

En el plano de un actualizado directorio, Jack encontró el paradero que buscaba. Por un sinuoso camino de tierra, sin más compañía que la paz tangible de aquel lugar inundado de silencio, dando un paseo, llegó a la tumba de Cora. Con exquisita suavidad, como si pretendiera no turbar su descanso eterno o por pasar inadvertido, se arrodilló ante la piedra gris con forma de cruz y leyó: «*Cordelia Hosborn/ 26/8/80* -

20/4/13/ Nunca te olvidaremos/ Tus padres e hijo». Mantuvo la mirada en las letras hasta escuchar unos pasos acercándose, giró la cabeza y vio la furia galopante de Victor cernirse sobre él.

—¡No tienes ningún derecho a estar aquí!

Con un manotazo, Jack esquivó los brazos de Victor y se levantó impulsado por un enfado de proporciones parecidas al suyo. No se fijó en los ojos azules de Angie Hosborn, apagados pero atentos en ellos. La mujer estaba paralizada a una distancia prudente.

—No te atrevas a tocarme —espetó Jack. Se colocó bien las gafas de vista y añadió rabioso—: Estaré donde me dé la gana.

—Eso ya lo has dejado claro. —Victor gruñó y se tiró de la chaqueta hacia abajo—. ¿Has venido a por el niño?

—Déjame en paz.

Jack dio la vuelta, pero Victor le sujetó el brazo.

—No pienso dejar en paz a mi nieto. Dime qué vas a hacer. ¡Tenemos derechos!

—Tendrás lo que a mí me dé la gana —siseó furioso—, cuándo a mí me dé la gana y cómo me dé la gana. ¿Te ha quedado claro, Victor? No vuelvas a exigirme nada en tu puñetera vida.

—Nunca me has gustado, pero esto confirma que no me había equivocado contigo. No sé qué vio Cordelia en ti para arruinar un matrimonio perfecto con tu hermano, jamás lo entenderé, has sido su desgracia.

—Qué poco conociste a tu hija —dijo con una sonrisa amarga—. Te soportaba tanto como tú a mí y, como no te he decepcionado, seguiré su consejo respecto a ti. Verás a mi hijo con cuentagotas. Si quieres más, tendrás que ganártelo. —Jack suavizó el tono, pero no la dureza—. Con mi hijo no voy a admitir ninguna estupidez. Te juro por la memoria de Cora que no volverás a verlo si alguna vez se te ocurre malmeterle en mi contra.

—No estás en una situación tan privilegiada —dijo Victor poco intimidado—. ¿Te recuerdo dónde está tu hijo? No me sería difícil conseguir la custodia compartida.

Jack sonrió, los ojos como platos y las cejas alzadas.

—Estás loco si crees que te la darían —comentó, sacudiendo ligeramente la cabeza—, pero puedes perder tu tiempo y tu dinero como gustes. Mis padres están echándome una mano mientras ordeno mi vida. No voy a darte explicaciones porque no te debo nada, y si pretendías amenazarme estás cometiendo otro error. —Miró un instante el rostro lloroso de Angie y, murmurando, siguió—. Piensa en tu mujer y, si no es pedirte demasiado, en tu nieto. Por lo demás, tú y yo hemos aclarado nuestras posturas.

—No puedes aparecer después de haberte quitado un mes de en medio dando órdenes; las cosas no funcionan así. Hemos estado yendo todos los domingos a casa de tus padres para estar con el niño, no puedes venir ahora diciéndome que se ha terminado; no es justo.

—En ningún momento he dicho eso. Deberás ganártelo porque mi hijo se relacionará con personas que lo quieran; sean familia o no. Por mi parte podéis verlo cuando queráis mientras esté con mis padres. Y en cuanto me haya mudado, bastará con una llamada de aviso con un poco de antelación.

—Gracias, Jack —musitó Angie. La mujer de apariencia triste se abrazó a Jack y sollozó durante unos minutos arropada con ternura, sin el rencor que Victor se afanaba en trasmitirle. La ilusión, la esperanza y la alegría que su hija había dejado pendientes o el cariño que Cordey no recibiría quebraron de nuevo un corazón tan roto como atormentado en un calvario demasiado dominante para mantenerla estable y cuerda. Cuando se sobrepuso, besó a Jack en la mejilla y se la acarició delicadamente—. Fuiste el amor de su vida.

—Y ella el mío.

Las lágrimas tampoco se alejaron de Jack. El veinte de abril Cora murió, aunque él se despidiera aquella soleada mañana de mayo. En cuanto los Hosborn abandonaron el cementerio, pasó un buen rato perdido en sus recuerdos con ella. Curiosamente, no sintió el dolor que imaginaba; fue más bien nostalgia, parecida a una ligera pena. La imagen de Cora bailó como la bruma enredando sonrisas para dispersarse y confundirse con el trinar de los pájaros, para ir elevándose y desaparecer en el aire.

Con una expresión satisfecha, Sean esperó a que Jack colocara la trolley en la cinta transportadora para salir del aeropuerto. Un hervidero de personas llenas de energía circulaba apresurado para empezar la semana, algunas no disimulaban el carácter laboral de sus viajes por sus vestimentas formales ni por gestos contrariados hablando con los móviles; en cambio, tirando de la maleta con una mano y con la otra sujetando a una niña morena, parecida a ella, excepto por los ojos celestes, la imagen atractiva de la doctora McQueen indicaba cansancio.

—Menuda coincidencia —dijo sorprendido Sean—. ¿Vais o venís?

—Hola, Sean. —Christina sonrió. Por fin una cara amable. Reparó en el cabello descuidado del abogado, en sus vaqueros viejos, en una camiseta negra que insinuaba una musculatura rotunda y en las deportivas Converse de color negro. En conjunto resultaba una

combinación agradable, totalmente certera al proyectar una personalidad sociable y simpática; dos cualidades que tras el encuentro con Graham valoró interesada—. Acabamos de llegar de Nueva York. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—He traído a Jack, su avión sale dentro de poco. ¿Tienes vehículo?

—No, pensaba coger un taxi. ¿Nos llevas?

—Por supuesto —respondió risueño. Aunque no conocía a Ari, sin cortarse, le dijo—: ¿Cómo te lo has pasado?

Ari se encogió de hombros.

—Bien… —respondió cohibida.

—La próxima vez será mejor. —Christina acarició el cabello negro de su hija, recogido en dos trenzas—. No ha podido ser de otra manera, cariño. —Se agachó y la besó en la mejilla. Sacó el móvil del bolso y se lo dio—. Anda, mándale un mensaje a papá para decirle que hemos llegado.

Ari, que dominaba cualquier aparato electrónico como una experta, se adelantó a ellos y empezó a escribir.

—Me temo que la visita a tu ex no ha ido como esperabas.

—Temes bien —comentó Christina, torció una sonrisa—. Empezó mal cuando ni siquiera fue al aeropuerto para recogernos, algo que prometió haría; fue a peor cuando llegamos a su casa y tuvo que marcharse a los cinco minutos porque tenía guardia y lo ha rematado esta mañana al no presentarse para despedir a su hija. Es un capullo miserable y rastrero, si me lo cruzo ahora mismo lo mato, pero me tengo que tragar toda su mierda por la niña —habló enfadada—. Y estoy hasta las mismísimas narices, Sean. Le dije que no volvería a interceder y voy a hacerlo. Ya no hay nada que pueda desengañarme, mi exmarido no quiere ataduras con Ari, pero tiene la desfachatez de llamarme arrastrándose, y ¿sabes para qué? —Christina detuvo a Sean por el brazo—. Para tenerme a su merced, pero, ¿sabes otra cosa?, se acabó; no volveré a creer en él jamás; Graham para mí ha muerto.

—Comprendo que ahora mismo estés molesta. Por lo que he sacado en claro, habéis ido a pasar el fin de semana con él y no ha sido así.

—Eres muy perspicaz, Sean —dijo cínica. No pretendió ser brusca, pero se había calentado recordando la tremenda decepción de Ari y se la llevaron los demonios—. Discúlpame, no quería ser borde.

—No digas tonterías. —Sean sonrió y le echó la mano por el hombro—. Los amigos están para poder hablar con libertad.

—Gracias. Es un consuelo tener alguien con quien explayarte. Una de las cosas que más me agotan es tener que disimular constantemente con Ari; me repatea el estómago.

—Si aceptas un consejo como abogado, te lo daré —dijo Sean. En cuanto Christina asintió, explicó—. Como sabes lo mío es el Derecho Penal, pero soy un tío listo —sonrió y guiñó un ojo—. Entiendo que tu ex tiene un régimen de visitas, que evidentemente incumple, y no sé si te pasa alguna pensión, eso sería más leña, pero como es él quien no viene para ver a su hija no hagas nada más; hasta aquí, Christina. Cuando Ari te pregunte por él no salgas de que está muy ocupado con su trabajo. Tu exmarido se arrepentirá, va a perderse toda su infancia y no será consciente hasta que Ari crezca, pero es una decisión que está tomando libremente.

—Pero me da mucha pena, Sean. Dejé Escocia por él para que consiguiera su sueño. Es un gran cardiólogo y se está haciendo de una reputación excelente dentro y fuera del hospital —comentó refiriéndose al Monte Sinaí—. A mí me gustaba ir con frecuencia al pueblo de mis padres, mi consulta en Edimburgo…, pero no me pesó y me fui con él a Nueva York. Empecé de cero, me costó adaptarme a la ciudad, a los horarios, a la casa que compramos en Brooklyn, a todo, pero lo hice y nos fue muy bien… hasta que nació Ari.

—¿Por qué?

—No lo sé, empezamos a distanciarnos. Estuve dos años sin trabajar, me fui varias veces a Escocia con la niña. —Christina tragó despacio y lo observó apenada—. Es probable que le abriera la puerta de la infidelidad.

—No entiendo por qué parece que te culpes. Yo suelo viajar solo con frecuencia y no le soy infiel a Elaine. Vuelvo a repetírtelo, él toma libremente sus decisiones.

—Así empezó —admitió murmurando—. Después ya no era solo cuando no estaba.

—Estás dándome la razón. Aguanta lo que quieras, pero mereces a un hombre que se vuelva loco por ti, que no tenga ningunas ganas de mirar a otra mujer. Perdona que te lo diga, pero tu exmarido es un gilipollas.

Christina rió contenta.

—Tengo que darte la razón. ¿Cómo está tu hermano?

—¿Quién?

—Solo conozco a Gabriel, pero te preguntaba por el padre de Cordey.

—Mucho mejor —dijo sonriente—. Ha pasado el fin de semana con mis padres. —Sean dudó un instante si ampliar la información sobre Jack—. Es la primera vez que ha visto al niño desde que nació; ha sido un bonito encuentro —soltó casual ante la mirada oscura de Christina fija en sus ojos—. No creo que tardes en conocerlo, tiene pensado

volver a vivir aquí y dudo que mis padres le permitan cambiar de pediatra.

—No, por Dios —exclamó divertida—. Que nunca lo permitan, me privarían de mi mejor paciente.

—Exacto. Aunque para confirmar la excepción de la regla, ha tenido bastante entretenido a su padre por las noches. Mi hermano no sabe qué le espera.

—Otro más en el selecto club de padres solteros —dijo Christina con un deje sarcástico. Sean pulsó el mando de apertura a distancia y parpadearon las luces de un todoterreno negro aparcado con precisión entre dos líneas blancas, abrió la puerta trasera y ayudó a Ari cuando ocupó el asiento central. Una vez que le aseguró el cinturón, metió los equipajes en el maletero y se sentó tras el volante. Cuando arrancó, la doctora dejó caer una reflexión pesimista en voz alta—. Qué asco de vida.

—Prefiero pensar que no hay mal que por bien no venga.

—Ya, o que no hay mal que cien años dure.

—Es mejor ser optimista, duele menos la cabeza.

—No sé…, te daré otra vez la razón.

—Gracias, eres muy amable. —Sean sonrió—. Ari, ¿te gustaría venir un día a mi casa? Tengo una hija, aunque es algo pequeña para ti, se llama Ophie.

—¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir dos. Si te apetece, hablo con tu madre. —Sean echó una mirada rápida a Christina—. No creo que se niegue.

—No —dijo la doctora—, pero háblalo con Elaine.

—El cumpleaños de Ophie es el treinta de junio, haremos una barbacoa, estáis invitadas.

—Muy bien, aceptamos. —Christina esbozó una sonrisa breve y, al momento, preguntó más seria—. ¿Cómo vas con el acuerdo?

—Estamos esperando una respuesta del hospital. No creo que tarden porque la conclusión del informe del médico perito es inequívoca, pero necesitaban estudiarlo.

—Si se cometió una negligencia habéis hecho lo correcto.

—Se cometió —dijo con aspereza—. Fallaron y han privado a mi sobrino de conocer a su madre.

—Somos humanos, Sean. No es ni la primera ni será la última persona muerta en un quirófano; siempre existen los riesgos.

—Lo sé, la denuncia es para no silenciar un accidente. El médico habitual de Cora fue tan responsable como ella, cometieron una omisión, pero quienes tuvieron su vida en las manos no supieron reaccionar —explicó convencido—. Es una manera de resarcir un

daño, por mucho que nadie vaya a devolverle la vida.

—Te entiendo, pero también me pongo en la piel de mis compañeros. No es solo luchar para que ese paciente no muera, es tener que enfrentarte a su familia o, en este caso, a una denuncia que manchará tu expediente profesional para siempre.

—Lo siento por ellos —comentó seco—. He visto a muchos criminales quedar en libertad, a inocentes pudrirse en la cárcel, nada es justo en función del ángulo con que se mire. Para limpiar esa mancha tendrán que mejorar.

—Otros dejan la profesión.

—Entonces es que no la amaban lo suficiente. ¿Cuántos médicos en la Antigüedad perdieron cientos de pacientes y siguieron adelante?. Esos hombres tenían la esperanza de curar y de aprender. Quien abandona hace un favor a indefensos pacientes.

—Tendré que darte otra vez la razón.

La química mareó los pensamientos de Sean con los de Christina. Entraron en el centro de Quebec hablando relajados, tanto como Ari, que aprovechó el trayecto para dormirse. Con la ternura que solía tener con Ophie, Sean cogió a Ari en brazos y la sacó del coche. Antes de dejarla en el suelo, la despertó cariñoso. Medio aturdida, la niña le dio un beso en la mejilla y sujetó la mano de Christina.

—Gracias por traernos.

—De nada. —Sean besó a Christina en la cara—. Recuerda el cumpleaños de Ophie. Te vendrá bien conocer gente.

—Iremos…

SEIS

Nueva York, 8-6-13

Estados Unidos

Si Alexei Barinov hubiese sabido que al entrar en MaiSa en vez de admirar únicamente la obra de Claire vería en dos estanterías blancas, suspendidas de la pared, la colección íntegra de insectos que año tras año envió a Margaret cuando finalizaba el mueble de turno, podría haber reaccionado de otra manera. Pero no sopesó ni el público jocoso ni a críticos complacientes. Miró las cajitas durante una milésima de segundo y, como un demonio salido de la tundra, explotó arrasándolas con un manotazo violento. El ruido captó la atención de la sala entera y los fragmentos de resina se dispersaron igual que un enjambre de agujas; cayeron desordenados entre coloridas alas de mariposas, libélulas en un último vuelo y escarabajos negros llovidos desde el infierno.

Estupefacta, Léonore se llevó las manos a la boca.

—¡Nadie tiene derecho a verlos! —Atronó la rabia de Alexei.

Decenas de ojos contemplaron la ira del anciano. Zanelli salió corriendo de la sala principal, pero frenó en seco al reconocerlo; por fin aparecía el fantasma. Fijándose por donde pisaba, antes de que pudiera hablarle, una voz grave se le adelantó:

—Liosha —dijo Gabriel—, ¿qué ocurre?

—Esa comadreja ha conseguido engañarme —masculló atento a la expresión tensa de Marion—. Ya es un alma en pena.

Como una sutil advertencia, Claire tocó el codo de Marion para alejarla sin que se inmiscuyera mientras Zanelli dispersaba cortésmente al corrillo congregado alrededor de la catástrofe; aunque ya era tarde; Alexei acababa de suscitar no solo la curiosidad ávida de morbo del público, sino también la de algunos profesionales del mundo artístico que llevaban años escuchando hablar de él.

—«*Died*», por favor —susurró Claire. Se apartó con Alexei, guiándolo hasta Léonore—. Lo siento, mucho. Intenté que no los expusiera, pero son suyos y puede usarlos donde y como quiera. Es duro para ti, créeme si te digo que te entiendo, pero eran de Margaret, se los regalaste.

—Es parte de la intimidad de dos personas.

—Ya no —dijo enfadada—. Si los hubiese vendido porque necesitara el dinero para comer ¿te habría importado? —preguntó obstinada—. Hazte a la idea de que Marion tiene hambre de arte. Los heredó de su suegra, ni siquiera están en venta, los exhibe de forma permanente y gratuita, no creo que esté violando nada tan sagrado.

Alexei le sostuvo la mirada durante unos segundos, resopló aplacándose y dio la vuelta con intención de no seguir amargándole la noche.

—*Arrête, s´il vous plait* —espetó Léonore con firmeza. Alexei acató la orden, se detuvo y aguardó a tenerla enfrente. Sin amilanarse por la rigidez del ruso, la mujer inclinó la cabeza hacia arriba para mirarlo a los ojos—. Modera tu pudor y mejorarás tus modales. ¿Pensabas abandonarme otra vez por ella?

—No, solo iba a tomar el aire.

—Te acompaño. —Gabriel colocó la mano en su hombro.

En pocos minutos, dos eficientes chicas recogieron los restos de las cajitas. Solo se salvaron algunos insectos.

—*Je suis desolé*, Claire.

—No te disculpes —dijo, tocándole cariñosa el brazo—. Tenía claro que no iba a sentarle bien, pero ha conseguido sorprenderme.

—Siempre ha sido un *intransigeant*, me atrevería a decir *un radical*; no tiene un término medio.

—Ya —comentó cansada. Era el tercer día de la exposición y tanto ajetreo empezó a ser patente en su ánimo—. Voy a seguir dando una vuelta. Cuando vuelva Gabriel dile que me busque.

Un buen rato más tarde, Zanelli y Marion secundaron a Claire cuando charlaba derrochando amabilidad con varios críticos y dos clientes que habían invertido en ella.

—No sabía que Alec Barn y Alexei Barinov eran la misma persona ni que es tu abuelo —comentó mordaz, con un marcado acento latino, uno de los críticos, un hombre bajito de aspecto cuidado—. Sabía que había seguido trabajando después de los años sesenta porque he podido ver dos de sus muebles en la casa de un cliente importante.

—No le gusta exhibir su obra —dijo Claire seria.

—Ni considero esos *suvenires* su obra ni tampoco lo he buscado nunca a él, sabes que lo mío es la pintura —comentó irónico, desvió la vista un instante hacia otro de los hombres, un inglés que trabajaba para una prestigiosa casa de subastas y agregó—, pero sé de algunos que estarán a partir de hoy locos por comprar su obra.

—Los que tengan piezas de Barinov ya pueden frotarse las manos.

Claire apretó los labios al oír al inglés, pensando en la aversión de su abuelo.

—Dudo que los encuentren —dijo fría.

—Nada es imposible. —Zanelli habló, mirando embelesado a Claire, y sonrió dejando visible la blancura brillante de sus dientes—. Todos tenemos un precio.

—Él no —replicó Marion—. No debería haber expuesto los insectos, pero me parecían demasiado bellos para ocultarlos. —Hizo una pausa y, sobrevolando con su altivez todavía poderosa, miró alternativamente a los buitres antes de hablar rotunda—. Mientras Alexei Barinov viva en MaiSa no se verá ninguna obra suya.

Al girarse Marion para dejar ese grupo, se topó de frente con Gabriel y Alexei que volvían de la calle. Los dos escucharon con nitidez sus palabras. El anciano capaz de asolar enrabietado como Barinov el Temerario también podía ser un gentil caballero como Liosha el Galán, inclinó la cabeza de manera respetuosa, olvidando el enfado, le ofreció el brazo y se alejó con ella.

Pendiente a las palabras del italiano, Gabriel se situó con naturalidad entre Claire y él. No andaba interesado en la charla, pero por fastidiarlo y no darle un margen mínimo, lo soportaría durante unos minutos.

—Como siempre estás siendo un éxito —comentó Zanelli centrado en Claire. Sonriendo ante una maniobra territorial que cazó al vuelo, con toda su intención, añadió—; no te hace falta su apellido.

—Nunca he pensado usarlo, Biagio —dijo, entrelazó los dedos en la mano de Gabriel—, pero gracias. Además, me he acostumbrado al Drake, me gusta.

—Recuerdo que empezaste con Merritt ¿por qué te lo cambiaste? Suena mejor.

—Porque se lo pedí yo.

De momento, Claire percibió la tensión en la voz de Gabriel.

—Es complaciente advertir otro falso mito —comentó Zanelli—. Dicen que los latinos somos posesivos, pero no es más que un bulo extendido por los anglosajones para engañar a las mujeres.

—¿Disculpe? —inquirió Gabriel, frunciendo la frente—. ¿Insinúa que he engañado a mi mujer?

—No —exclamó Zanelli riendo—, claro que no.

La sonrisa de Gabriel no disimuló un malestar crónico cuando el italiano rondaba. Poco después vio sola a Léonore, se excusó sin soltar la mano de Claire y falseando un sinfín de beneplácitos se distanciaron entre la multitud que a esas horas abarrotaba la galería.

El domingo amaneció para Jack algo temprano, a las seis clavadas.

Adormilado, sacó del agua tibia el biberón de leche que previsor había dejado dentro del práctico calentador al baño maría que su madre le colocó en la mesilla de noche y levantó a Cordey de la cuna para aspirar un perfume nauseabundo convertido en todo un clásico.

—Buenos días, pequeñín, es un gustazo despertarse a tu lado.

Jack le cambió el pañal antes de darle la toma aun sabiendo que repetiría el aseo cuando su hijo acabara el biberón, pero era eso o morir por asfixia. Tranquilo y risueño, el niño se dejó hacer. Luego, confortable en unos brazos seguros, Cordey abrió la boca y succionó hambriento la tetina para satisfacción de su padre. En esos fines de semana estrechaban sus vínculos y se distraían mutuamente, tanto que a Jack cada vez le costaba más separarse de él. Para las pocas horas que compartían se habían adaptado con soltura, sin ningún esfuerzo. De hecho, sostenerlo después de ese biberón, volver a dormirse juntos y que Elizabeth entrara en el dormitorio para llevárselo eran otros de los momentos que Jack más echaba de menos durante sus solitarios días en Nueva York.

En cuanto asomó Jack recién duchado por la terraza, el aroma a café penetró en su olfato. John desayunaba con Cordey en las rodillas, los dos parecían cómodos. El niño tenía la espalda reclinada en el pecho del abuelo y lo observaba todo con sus mismos ojos grandes y expresivos. Con Jack sentado a la mesa, a Elizabeth la rodeó el turquesa luminoso de unas gemas preciosas, en aquel instante, todas enfocadas en ella.

—¿Hace mucho que se ha despertado? —preguntó Jack.

—Una hora —respondió Elizabeth, colocó una taza delante de su sitio—. ¿Te han dicho cuándo podrás empezar la mudanza?

—Van con retraso, pero supongo que a finales de mes. Intentaré tenerlo todo listo en julio.

—¿Has firmado la venta del apartamento? —preguntó John.

—Todavía no, pero esta semana me han llamado varias veces. Quedaremos el miércoles o el jueves. ¿Cuándo tenéis que ir otra vez a la pediatra?

—El jueves —contestó Elizabeth—. Deberías venir la próxima vez para conocerla, es un encanto, adora a Cordey.

—Sí, me gustaría, entre Sean y vosotros solo oigo maravillas.

—Pues espera a verla —dijo John.

—¿Por qué?

—Por nada… —John le dedicó un guiño simpático a Elizabeth—. Te sorprenderá.

—Siendo médico, lo dudo.

—Cuando la veas me cuentas tu impresión; esperaré ansioso.

—Como quieras —dijo resignado—. He quedado con Sean y Elaine en el Laurier, ¿os venís?

—No —dijo Elizabeth—. Vamos a ir al club. Vete solo con Cordey.

—¿En serio? —preguntó con guasa al percatarse de un intercambio sospechoso de miradas. Jack supuso que sus padres buscaban intimidad, al menos eso creyó tras dos apacibles noches sin sonidos amatorios—. Son dos días, por Dios.

—¿Te parece poco? —comentó John con ironía. Pensando en algo menos agradable, dijo—. Hoy toca visita.

—Está siendo muy correcto —añadió Elizabeth, recordando la ternura de Victor con el niño—. Y para Angie es un consuelo.

—Para todos, mamá.

La suavidad en el tono de Jack no alejó la tristeza que sintieron los tres por Cora ni por Angie Hosborn. La mujer no superaría nunca la muerte de su hija; sin embargo, la capa grisácea de su apariencia se evaporaba en cuanto tenía a Cordey en los brazos, se llenaba de felicidad y revivía durante aquellos breves periodos de tiempo; tanto Victor como ellos podían verlo y ninguno haría nada por evitarlos; Cordey se criaría sin madre, pero esa carencia la cubriría toda su familia volcada con él.

En la inmensa galería del Centro Comercial Laurier entraba la claridad por una bóveda central a más de veinte metros del suelo, dos filas de robustas columnas rodeaban una zona diáfana con tiendas de ropa y decoración, había cuatro escaleras mecánicas, también dos ascensores en jaulas de acero y cristal, y tenía un ambiente relajado acorde al lánguido y repetitivo hilo musical. Saliendo de una zapatería con Ophie de la mano, Elaine vio a Christina con Ari.

—Hola —saludó Christina con una sonrisa alegre—, ¿cómo estás?

—Bien, de compras —respondió, se fijó en Ari, que se medio ocultó detrás de las piernas de su madre, y comentó—. Un pajarito me ha dicho que vas a venir al cumple de Ophie.

—Claro que iremos —dijo Christina, acarició la cabeza de Ari, pero no insistió para que se mostrara más sociable. Se agachó y le habló cariñosa a Ophie—. ¿Te gustan las muñecas?

—¡*Cí*!

Sean, que acababa de comprarse unas botas de montaña, salió de la zapatería con una bolsa en la mano y se acercó a ellas al verlas hablando.

—Hola —dijo sonriente, besó en las mejillas a Christina y repitió a continuación con Ari—. Hola, guapísima. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Ari poco vergonzosa con él.

—¿Qué le pasa a Ophie? —preguntó Sean ante el alboroto de su hija.

—Christina le ha preguntado si le gustan las muñecas —dijo Elaine.

—Error, doctora. —Sean puso la mano en su hombro—. Las odia.

—¡No! —gritó Ophie—. ¡*Cí guztan!*

—Es de mentira —dijo Ari para apaciguar la irritación de Ophie con su padre—, te compraremos una muñeca.

Unos minutos después, sentados en la terraza de uno de los bares mientras las niñas jugaban correteando a la vista, se tomaban unas cervezas.

—¿Cómo va todo? —preguntó Sean.

—Igual —respondió Christina, entendiendo que Elaine estaba al corriente de su vida—. Pocas llamadas y ausencia permanente.

—Es una lástima —dijo Elaine.

—Sí, pero como no soy la responsable, no quiero pensarlo.

—Haces bien —dijo Sean, estiró las piernas—. Recuerda, piensa en positivo y las cosas mejorarán.

—Es más fácil decirlo que vivirlo día a día, pero sé que tienes razón.

—La tiene —dijo Elaine, pensando en Jack, añadió—: De todo se recupera uno. Aunque imagino que para ti, estando aquí sin tu familia, será más complicado. ¿Los ves mucho?

—Suelo llevar a Ari en Navidad y en verano —contestó y bebió un trago atenta a las niñas—. Estoy pocos días porque tengo que volver para trabajar, ella es quien realmente disfruta de esas vacaciones. Las de verano las espera con verdadera locura, allí tiene varios amiguitos de su edad. —Christina sonrió—. Está dos meses seguidos con mis padres, le encanta el pueblo porque hace cosas que ni aquí ni en Nueva York son posibles.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sean.

—Lerwick —respondió contenta—. Es precioso, alejado de todo pero cómodo en aspectos menos mundanos, está en las islas Shetland, no pasa de los ocho mil habitantes; aunque tenemos aeropuerto y ferri, que conste. Me fui a los diecisiete años para estudiar la carrera en Saint Andrews y nunca he vuelto a vivir allí de forma permanente —admitió con nostalgia—, pero siento que es donde tengo mis raíces, me gusta mucho.

—El sitio más aislado que conozco es San Juan de Terranova —comentó Sean—, y debe rondar los doscientos mil habitantes.

—Nunca he ido, pero os aseguro que Lerwick está más aislado. —

Christina apuró el vaso de cerveza—. Terranova tendrá pocas combinaciones de transporte, pero si algún día conocierais mi pueblo entenderíais por qué lo digo. —Se levantó e hizo un gesto con la cabeza a Ari—. Tenemos que irnos. Nos veremos en el cumple de Ophie.

—Os esperamos —dijo Elaine—. Cuídate, Christina.

En cuanto se alejaron, Ophie saltó a las piernas de Sean.

—¿Por qué se habrá quedado? —preguntó Elaine pensativa—. Si el exmarido está en Nueva York y echa de menos su país, ¿por qué no ha vuelto?

—Tendrá sus motivos. Si lleva fuera veinte años, por mucho que aquello le guste, sabe que no tiene el mismo futuro que en una ciudad más grande.

Elaine entrecerró un ojo, cavilando en un dato que la sorprendió.

—¿Cómo sabes su edad?

—No sé su edad —respondió veloz—. ¿Por qué dices eso?

—Porque acabas de hacer una conjetura sobre el tiempo que lleva fuera. Solo nos ha dicho que se fue de su pueblo a los diecisiete.

—He supuesto veinte años porque no creo que tenga más de treinta y siete o treinta y ocho.

—¿Eres experto en mujeres? —preguntó mordaz—. Christina tiene buen cutis, podría tener cuarenta y cinco sin inmutarse.

—Ni idea, tenga la edad que tenga es muy guapa.

—No voy a preocuparme porque te conozco.

—Gracias por el voto de confianza, sabrás también que ni todas las diosas del Olimpo podrían hacerte sombra.

—Por supuesto —replicó riendo—, igual que conozco tu maravillosa labia de abogado.

Sin controlar adónde debía ir, Jack entró en el centro comercial con Cordey metido en la práctica mochila koala que llevaba colocada en el pecho. Parado delante de una plataforma rotatoria donde se exhibía un coche rojo tipo utilitario, sacó el móvil y llamó a Sean. Tras confirmar que les esperaban en un bar de la planta alta, se dirigió a la escalera mecánica más cercana. No estuvo atento cuando los escalones empezaron a menguar y terminó el trayecto escupido en un brinco, frenado por unas manos femeninas sobre la espalda de Cordey.

—Lo siento —dijo Jack sobresaltado. Contempló a una mujer morena muy llamativa, tanto que enmudeció unos segundos—. No me he dado cuenta, disculpa.

—Tranquilo —dijo atenta a una mirada azul como el mar. De haber visto de frente al bebé, Christina habría podido averiguar la identidad de ese despistado con un rostro que le resultó familiar, pero

como no fue así se limitó a restarle importancia al encontronazo—. No pasa nada.

Jack supo por el acento que era extranjera y que no la olvidaría por el impacto de unos ojos negros cautivadores. Tenía un don especial para atrapar momentos y no soltarlos aunque quisiera; y los ojos de esa desconocida le provocaron una sensación tan inesperada como añorada. Siguió los pasos de la mujer por la planta baja mientras andaba hacia el bar, pendiente a la niña pequeña que le dio la mano cuando pasaron delante de la plataforma del coche, pensando en que no se fijó antes en ella obnubilado sin duda por su madre.

Nada más verlo llegar, sonriente, Elaine se levantó para sacar a Cordey de la mochila. En ese preciso instante, sonó el móvil de Jack con una llamada de Claire.

—Hola —saludó Jack, sentándose al lado de Sean después de palmearle el hombro—, dame una buena noticia.

—Lo he vendido todo —dijo Claire contenta.

—Eso es lo habitual, no es una novedad. ¿Cómo estáis?

—Bien. Nos quedaremos aquí hasta la cena del banco. ¿Vendrás?

—Mis padres llegarán con Cordey el viernes, pero creo que no, dejaré que disfruten ellos, me quedaré con él en mi casa.

—No les des mucho aliento —dijo Claire bromista.

—Será mejor que no entre en detalles.

—Sí, hazme el favor —dijo soltando una risita—. Tenemos comprador para el Janssen. Vas a ganar más del doble en menos de un año.

—Estupendo —comentó pensativo—. ¿Y el nombre del dueño de la foto?

—También. Debes saber que ahora es suya y puede pedirte lo que quiera.

—Lo sé, pero puedo hacerle una oferta irrechazable. Detén la operación del cuadro.

—¿El Janssen por mi foto? —preguntó alucinada—. No sabes lo que haces, Jack. —El valor del cuadro superaba los cuarenta mil dólares e iban a pagar más de sesenta mil; ni de lejos la fotografía que hizo a Cora valía esa cifra—. Te haré una copia, pero no le regales ese cuadro.

—Tranquila, no tengo intención de regalárselo —dijo suficiente. Claire había tenido el mismo entusiasmo que Cora mostró cuando lo vio por primera vez; acababa de encontrar nueva dueña—. Hablaré con él y llegaremos a un acuerdo, seguro.

—¿Cancelamos entonces la venta del Janssen? A Biagio no va a hacerle mucha gracia.

—Lo siento por él, por ti y por la galería, sé que os habéis tomado muchas molestias, pero creo que es la decisión más acertada.

—Si rechazas el dinero por el arte no voy a negártelo, pero si estás haciéndolo para negociar por la foto estoy totalmente en contra.

—Muy bien, sigue así —dijo sin intención de aclararle sus planes—. ¿Cómo llevas el embarazo?

—Engordo por momentos. ¿Y cómo llevas tú la paternidad?

—Perfecta —admitió sonriente, observando a Elaine con Cordey—. Tengo ganas de sentir que por fin estoy en mi casa con él.

—Falta poco, Jack, muy poco.

—Eso espero. Dale recuerdos a Gabe de mi parte, y de Sean —añadió cuando vio el gesto de su hermano—. Nos vemos en Nueva York. —Jack guardó el móvil y pidió una cerveza al camarero—. ¿Por qué no os venís y pasamos mi cumpleaños en familia?

—Estás desconocido, Drako.

—Es posible. —Jack cogió a Ophie en brazos y empezó a hacerle el caballito con las piernas—. Me encuentro tranquilo, me gusta estar en casa con Cordey, estaré haciéndome mayor.

—Será eso, acabas de entrar en la crisis de los treinta.

—Puedes cachondearte, pero no echo nada de menos salir por la noche.

—Es un paso hacia la rehabilitación, hermanito.

—Eres un capullo.

—*Capulo* —repitió Ophie—. ¿Papi *é* un *capulo*?

—No le hagas caso al tío Jack, está malito de la cabeza.

—Hazle siempre caso al tío Jack, Ophie.

—No mareéis a la niña, por favor —comentó Elaine, volviendo a la mesa. Por saciar la curiosidad sobre las compras que Jack pretendía hacer con su ayuda para la nueva casa, preguntó—. ¿Tienes idea de qué estilo quieres?

—No —respondió Jack, bebió esquivando un manotazo de Ophie—. Lo que vaya gustándome.

—¿Así? —Sean extendió las manos en el aire—, ¿En abstracto?

—Veo que me has captado.

Sean sonrió cínico, sin pensamiento de acompañarlo en un peregrinaje donde no tendría en cuenta su opinión. En cambio, no se privó de sentirse contento al verlo actuar cómo esperaba, se enorgulleció comprobando el efecto de la responsabilidad en un hombre mal acostumbrado a una vida engañosa sin pautas. También lo admiró por camuflar su dolor con alegría aunque no estuviera recuperado, pese a tener presente el recuerdo de Cora esos pasos indicaban que iba a esforzarse por su hijo. Para él, que todo lo basaba

en la familia, fue muy grato ir observando una mejoría deseada y rogada con ahínco.

Por suerte, Gabriel se distanció del sonido de las sirenas que de forma rítmica rompían el silencio de una tarde soleada tumbado en una hamaca de la terraza del ático sin olvidar embadurnarse de bronceador para evitar quemaduras. Claire dejó el teléfono encima de la mesa, abrió la puerta corredera y observó a la marmota derritiéndose a pleno sol con chorreones blancos como ríos resecos en su cara.

—Cariño, te van a quedar marcas —dijo paciente. Se sentó en el filo de la hamaca y le extendió delicadamente la crema mientras él sonreía manteniendo los ojos cerrados. En cuanto terminó, una mano fuerte atrapó su muñeca—. ¿No estabas dormido?

—Es imposible —afirmó abriendo los ojos, tocó el vientre de Claire —. ¿Has hablado con él?

—Sí. Ahora no quiere vender el cuadro. Biagio va a matarme.

Al oírla, hizo una mueca despectiva.

—Trabaja para ti. Si un cliente cancela una operación no es tu responsabilidad, no será la primera vez que le haya pasado.

—Lo sé, pero no es un cliente cualquiera; es mi cuñado, y oficialmente aún no trabaja para mí.

—Da igual. Sabe con quién trata. No te fíes de él.

—No comprendo esa antipatía, te lo juro, cariño. ¿Qué os pasa?

—Lo de siempre —respondió con voz grave. Se incorporó y recorrió el perfil de sus labios con un dedo—, quiere… —Besó su boca y se apartó unos escasos milímetros—, algo… —Volvió a besarla, con más entusiasmo, durante más tiempo—, mío… —Sonrió vanidoso—, y no voy a tolerarlo.

—Espero que estés bromeando.

—¿Estoy riéndome?

—No digas tonterías, sabes que no podría estar con otro hombre.

—Lo sé, mi amor, no pasará. —Gabriel tocó la silueta de su barriga, tratando de alejar del pensamiento la imagen arrogante del italiano—. He pensando una cosa, a ver qué te parece: ni Elizabeth ni Isabella, Elizabella.

—Suena original, pero me quedo con Isabella.

Gabriel volvió a tumbarse con Claire cobijada entre sus brazos; era agradable estar pegados bajo el templado sol.

—Liosha me comentó anoche que odiaba las exposiciones porque medían el arte.

—En parte tiene razón —dijo Claire—, pero ayer no se exponía nada suyo. Perdió los nervios porque esos insectos eran demasiado importantes para él. Cuando algo te molesta con tanta vehemencia es porque está arraigado con fuerza en tu interior. Él dice que se los enviaba para demostrarle cómo prosperaba, pero creo que tenía más motivos; el básico es que amó a Margaret cincuenta años, sin un amor inmenso es imposible esa constancia.

—O un odio enorme. Creo que estás equivocada, cariño. Siempre amó a Léonore. Tu abuela fue una piedra en el camino que lo desvió de su rumbo, pero nunca le hizo sombra a Léonore. Liosha tiene confianza conmigo, y te aseguro que una de sus frustraciones es no haber disfrutado del sexo con ella cuando fueron jóvenes, en eso es en lo único que Margaret la aventajó.

—¿Te parece poco? —preguntó bromeando—. Se lo llevó de calle, tuvieron un hijo y no se olvidaron, ¿no debió ser inmenso?

—No, Claire, no lo fue. Con Liosha solo puedes suponer que antepuso el arte a todo, excepto a su hijo —comentó serio—. Tu abuela debía ser una buena pieza.

—¿Por qué estás hoy tan pesado con ella?

—Porque anoche comprendí que por un capricho dos personas separaron sus vidas. Por eso no pienso consentir que seas el capricho de nadie, porque a veces un acontecimiento ajeno a nosotros puede modificar el curso de nuestras vidas.

—Estás rarísimo, cariño —dijo Claire, le besó el mentón—. Para relajarte podemos ir de compras. Necesito un vestido para la cena.

—A tu disposición. Pero no deberías dejarlo todo para el último momento.

—¿Qué más da? —preguntó risueña—. Para eso te tengo, eres mi conciencia.

Esa tarde se bajaron de un taxi en la torre Trump, otra mole de acero y cristal oscuro con un vértice temerario que se elevaba como una afilada cuchilla para superar en altura a los edificios de alrededor. Dando un paseo recorrieron cientos de metros, que Claire previó con unas cómodas sandalias planas, hasta que Gabriel eligió entrar en una boutique de señoras donde conocían a Elizabeth y a Cora. En su papel de inquisidor, Gabriel dio la talla como un experto en moda ante una dependienta complaciente y la resignación de Claire que no puso ni una pega cuando se le antojó un vestido largo en color blanco estampado con flores de lis negras. El diseño era perfecto aunque imposible para una embarazada de cinco meses por los cruces de tela

en el cuerpo y en la cintura. Gabriel imaginó cómo lo luciría Claire después de unos insignificantes arreglos y salió encantado por los miles de dólares que acababa de derrochar.

—Estás loco —dijo, sujetándose a su brazo—. Solo voy a ponérmelo una vez.

—¿Y qué? Una vez es suficiente para vértelo —comentó satisfecho —. Es un capricho.

—Pareces tú el embarazado.

—He tenido que pasar por duras pruebas, cariño.

—Y las que te quedan —dijo riendo—. ¿Vamos a tu paraíso?

—¿Dónde creías que íbamos? —preguntó altanero, se detuvo en una parada de taxis y abrió la puerta trasera para que Claire entrara. Segundos después de darle la dirección al taxista, se inclinó sobre ella y comentó—. Una vez la señora está contenta, vamos a complacer al señor.

—Si hablas del señor que conozco, lleva un buen rato complaciéndose a sí mismo; aunque te confesaré que me estás sorprendiendo.

—¿Por qué? —preguntó en un murmullo cariñoso, echado suavemente en su hombro y tocando el vientre prominente—. ¿En serio no te ha gustado el vestido?

—Es precioso, pero me ha extrañado que no hayas querido unos zapatos nuevos, algún cinturón o alguna de tus exclusivas corbatas.

—Esta tarde es para ti —comentó, se puso derecho—. Tengo tiempo de mirar.

—¿Va todo bien en el banco? —preguntó alerta por un inesperado deje resignado. Gabriel no tenía por costumbre compartir su faceta profesional, pero esa estancia iba a durar más de tres semanas y, si bien a diario pasaba por la sede del Scotia, como la sucursal de San Juan quedó a cargo de Robert, creyó que podía estar preocupado—. ¿Estáis cumpliendo vuestros objetivos?

—Sí, todo va perfecto. Es posible que ampliemos la plantilla.

—Me alegro de que al menos un sector prospere en estos tiempos revueltos para la economía mundial.

Disimulando una sonrisa, Gabriel giró despacio la cabeza y la observó atentamente.

—¿Estás tomándome el pelo?

—No, es una alegría sincera.

Claire estalló con una risa divertida, ignorando las miradas de reojo por el retrovisor interior que el taxista no pudo reprimir. El hombre nunca sabría que en algunas cualidades eran dos polos opuestos y solo vio la felicidad de una pareja enamorada esperando un

hijo. Esa fue la imagen que guardó de ellos cuando los dejó en Queens para seguir su camino.

SIETE

Quebec, 13-6-13

Canadá

Antes de descolgar el teléfono, Christina suspiró amargada. Para una vez que hacía planes creyendo que Graham cumpliría tras el desastre de Nueva York, para una miserable vez que pagaba por adelantado el hotel con su amiga Jane, debía cancelarlo. Pasó un rato escuchándola con una retahíla tan cierta como molesta y no se inmutó; ya no tenía esperanza para ella, ni vida ni ilusión hasta que Graham decidiera mantener un orden con Ari. Ese mismo que parecía nada prioritario en su escala de valores.

Medio ausente, contempló abrirse la puerta de su consulta en el hospital.

—Hola —saludó Elizabeth Drake, entrando con el carro de Cordey mientras John sujetaba la puerta—. ¿Cómo estás?

Christina se levantó y rodeó la mesa. Tras unos afectuosos apretones de manos, cogió en brazos a Cordey y lo colocó en la camilla. Como solía, auscultó su pecho y espalda bajo la atenta supervisión de los abuelos.

—Está muy bien —dijo, palpándole el vientre. El bebé la miraba y gimoteaba—. Vaya…, si sabes protestar.

—Sí. —Elizabeth sonrió—, a su padre le reserva lo mejor.

—Algo he oído —comentó Christina, vistiendo con soltura al niño —. ¿Cómo está?

—Bien —respondió John, observándola muy atento, pensando en que sin duda era una de las mujeres más hermosas que había tenido el gusto de conocer, aunque tenía un aire triste en la mirada que apagaba la perfección—. Pronto estará aquí otra vez. Viene los fines de semana.

—Es demasiado ajetreo.

—No por mucho tiempo —dijo Elizabeth—. Ha comprado una casa y está reformándola, en un mes quiere estar instalado en ella. Es un consuelo para nosotros saber que los tendremos cerca. Creo que para un niño esto es más razonable que Nueva York.

—Estoy de acuerdo contigo —reconoció Christina rápido—. Mi principal motivo para dejar Nueva York fueron las distancias, aquí

todo está más a mano. Desde luego no es Edimburgo, pero para quienes estamos acostumbrados a la tranquilidad es preferible.

—Bueno, Jack no está acostumbrado a la vida sosegada —dijo John—, aunque por el niño es la mejor decisión que ha podido tomar. —Sonrió y añadió—: Tiene ganas de conocerte.

Christina dejó a Cordey en brazos de Elizabeth y se sentó en su silla.

—Yo también tengo ganas de conocerlo —comentó amable—, supongo que él me lo traerá cuando esté aquí.

—Sí, aunque estoy un poco preocupada —dijo Elizabeth, tendió a Cordey en el cochecito y continuó—. Entre el cambio de casa, de trabajo y de ciudad no sé si son demasiadas cosas para como es él.

—Por la cuenta que le trae se adaptará —dijo John irónico.

—No destaca por la disciplina ni la relajación —comentó Elizabeth, observó a la doctora y, para suavizar la imagen de Jack, agregó con orgullo—, pero está haciendo lo que puede y parece contento, por algo se empieza.

—Sí —afirmó Christina—, poco a poco irá saliendo.

Elizabeth advirtió cansancio en esa voz con un acento áspero.

—¿Cómo está Ari?

—Muy bien —respondió cambiando un gesto amable por otro forzado, recordando a su exmarido para restar en su efímera alegría. Trató de anular la rabia hacia él para ampliarles una información que emocionaba a Ari—, a primeros de julio se va a Escocia con mis padres y no vuelve hasta septiembre, está contando los días.

—Para los niños las vacaciones son una fiesta —dijo John—. Recuerdo cuando íbamos a Stoneham, no paraban quietos…

Durante unos minutos charlaron sobre sus hijos y compartieron anécdotas divertidas que animaron a la doctora. Les tenía simpatía a los Drake, de los pocos amigos que había hecho desde su llegada, y apreciaba el interés y la amabilidad que tanto ellos como Sean y Elaine solían concederle. Gracias a ese tiempo no pensó en Graham ni en otro fin de semana donde tendría que volver a justificarlo. Se consoló con el matrimonio avenido ignorando que no siempre las cosas funcionaron así entre ellos; en aquel preciso momento, Christina solo admiró la complicidad que trasmitían.

Al cruzar la carretera por el frente del Monte Sinaí para coger un taxi e ir a MaiSa, Gabriel sujetó con firmeza la mano de Claire apremiando el paso. Nunca se sentía cómodo en un hospital, pero si encima la enferma era la tía de su mujer con un pronóstico

irreversible a corto plazo sin ni siquiera intentar ningún tratamiento; algo que Claire no aprobaba; el Inquisidor no llevaba bien haber prolongado la estancia en Nueva York por el cumpleaños de Jack y la fiesta del banco. Para lo primero solo faltaba un día, pero a la segunda todavía le quedaban dos semanas que iban a hacérsele eternas.

—No creo que sea necesario ser tan dura con ella —dijo Gabriel después de escucharla por enésima vez. Trató de convencerla cuando él tenía clarísimo que Marion no cambiaría de postura—. Debes admitirlo.

—Me gustaría tener tu frialdad —replicó arisca.

—No es frialdad —comentó, mirándola molesto—, no te equivoques, es respeto.

—No digas tonterías —espetó—. Está obsesionada con que Richard la espera en el Paraíso. ¿En qué paraíso? No hay nada. ¿Entiendes? —dijo enfadada—. Nada, negro, fin; se acabó tu película. Cualquier otra creencia es un acto de fe y, perdóname, cariño, ya tenemos una edad para rollos.

—Da igual. ¿Cuántas veces me has dicho que tu familia vela por ti?

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? —dijo irónico—. Paraíso, reencarnación o Infierno, cada uno es libre de creer en lo que quiera. ¿Por qué tus ángeles son válidos y su paraíso con Richard no? Es una decisión suya; hay que respetarla.

—Muy bien —admitió de malas ganas, reconociendo su argumento —. Pero me molesta.

—Tienes una manera un tanto incierta de admitirlo.

—Lo siento, pero tengo que hacer frente a un montón de cosas que podrían esperar de no ser por esa decisión. Creo que también podrías verlo desde mi punto de vista.

—Te comprendo. Y sabes qué opino sobre MaiSa, deberías venderla.

—No puedo, no me lo repitas más —dijo tensa—. Por ahora tendré que quedármela; así que agradecería comprensión y colaboración, no reproches.

—Siento que te moleste oír la verdad —dijo seco, aunque en ningún momento dejó de sujetar su mano ni de caminar tranquilo—, pero quiero que vivamos sin agobios, cariño, y ese negocio es un quebradero de cabeza a demasiados kilómetros. Mejor vamos a dejarlo porque tienes razón, es precipitar las cosas, pero tu herencia va a complicarnos mucho la vida.

—Espero que no —replicó, parándose—. Escúchame, en MaiSa tenemos personal y si planteamos hacer el museo en la casa de Essex

también contaríamos con gente cualificada, irán rodados —comentó en un tono que sugería entusiasmo—. Dudo mucho que tu padre estuviera implicado en todos los proyectos del banco, supongo que con estar informada será suficiente. Vamos a ver cómo van las cosas, siempre podemos ponerlo todo en venta.

—Sí, pero en pocos meses no podrás dedicarle tiempo, eso es lo que me preocupa. Mientras las casas estén cerradas no me importan, el problema lo veo en la galería porque cómo gerente tendrás que firmar y asistir a las inauguraciones, y si no me equivoco son mínimo dos al mes, aparte de eventos o cualquier otra actividad, tendrás que autorizar a Zanelli y sabes cuál es mi opinión al respecto.

—No empieces con la murga de Biagio, por favor —dijo Claire, negó y resopló—. Sin darte cuenta me agobias, y ya deberías tener claro que no tiene ninguna posibilidad.

—No es solo por eso —dijo Gabriel, empezando a andar—, no me fío de su lealtad con la galería ni con Marion. Cuando Liosha perdió los papeles, lo vi hablando con varias personas, y algunas no eran precisamente recomendables.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que está haciendo negocios por su cuenta?

—Es posible, no me gustó nada la mirada que le echó a tu abuelo. Vi con claridad una sorpresa nada halagüeña. Estaba fascinado.

—El delegado de Sotheby´s comentó que quien tuviese alguna obra de él tenía un tesoro —dijo Claire, llegando a una parada de taxis. Tras indicarle la dirección al conductor, siguió hablando en un tono bajo—. Es posible que tengas razón, pero no creo que reúnan una cantidad interesante para organizar una subasta.

—No tengo conocimiento de que sea necesario un mínimo, cariño.

Claire lo miró atentamente durante unos segundos, sopesando tener una charla con Alexei para que asumiera las consecuencias de sus actos y se preparase para aceptar esa exposición pública que tanto odiaba.

Pasados varios minutos llegaron al Soho, el taxista detuvo el vehículo en la puerta de la galería, pero Gabriel tardó en reaccionar, igual que Claire. Los dos se concentraron en las figuras de unos hombres conocidos: Biagio Zanelli y Ryan Gallagher. Para Claire no fue una gran sorpresa ya que el profesor tenía muchos contactos en Nueva York; sin embargo, Gabriel vio con suspicacia esa reunión callejera. Estaba desorientado con Gallagher después del encontronazo de *Shu*, creyó que lo denunciaría, en cambio no había ocurrido. Esperó algún tipo de represalia contra Claire en la escuela; pero tampoco. De forma inesperada, el profesor dejó Terranova a los pocos días de

aquello. No fue su intención pensar mal, aunque inevitable ante dos personas que no sugerían confianza y ambas, para más inri, tenían los ojos puestos en Claire.

Mientras desviaban la vista hacia él, sonrieron irónicos.

—Hola, Claire —saludó Zanelli dándole un beso en la mejilla—, no te esperaba hoy por aquí.

—Teníamos tiempo y quería hablar contigo. —Claire miró a Gallagher y habló con amabilidad—. Hola, Ryan, ¿cómo estás?

—Hola, Claire, me alegro de verte —comentó sin hacer amago de ningún contacto físico, contempló el vientre y añadió—, te sienta bien el embarazo, enhorabuena.

—Gracias —dijo Gabriel, colocó la mano en la espalda de Claire—, Biagio, le esperamos en su despacho —sonó cortante, autoritario—. No tarde, por favor.

Guió a Claire por la galería sin muestras de enfado.

—No deberías haberle hablado así —dijo incómoda.

—Trabaja para nosotros —comentó impasible—, venimos expresamente para hablar con él, si tiene que ver a sus amigos, me parece normal, pero no cuando esté en horario laboral —habló suficiente y miró la hora en el reloj de su muñeca—, y está dentro. Así que, cariño, le hablaré cómo considere, y tú deberías hacer lo mismo. Si va a ser el encargado de llevar esto, o me demuestra que es capaz o se va a la puñetera calle.

—Deja las amenazas, por favor —dijo Claire, entró en el despacho y se sentó en una de las sillas confidentes que había frente a la mesa negra de diseño, que era un rectángulo brillante hecho con materiales lisos—. Hemos venido para el balance de la exposición, no vuelvas a la carga, creía que teníamos claras las cosas.

—Perfectamente —dijo soberbio—. Voy a examinar las cuentas de esta exposición, pero pídele también la contabilidad desde el 2008. Ya que me pongo, voy a hacerlo bien.

—¿Qué pretendes? —preguntó siseando.

—Controlar tu patrimonio —respondió sin titubear—. No voy a recordarte cómo llevabas las cuentas de la casa —dijo cínico—. En este negocio se manejan cantidades altas muy golosas. No vamos a dar la cara ante nada sin saber cómo están en realidad las cuentas, y sin saber hasta qué punto Marion maneja su negocio. Prefiero hacerlo ahora que puedo contar con ella, que no cuando sea tarde. Si te molesta, lo siento. Y si al señor Zanelli le molesta, peor para él.

—¿Qué puede molestarme? —preguntó Zanelli entrando en ese preciso instante. Se sentó tras la mesa, sonrió amable y comentó—. ¿Puede explicármelo, señor Drake?

—Por supuesto —dijo Gabriel, esbozó una sonrisa leve que camuflaba el brillo arrogante de su mirada, dobló la pierna sobre la rodilla y prosiguió—. Necesito las cuentas desde el año 2008 hasta hoy. Claire será la propietaria y queremos saber con exactitud el estado del negocio.

Zanelli no mutó la sonrisa ni la concentración en Gabriel.

—Entiendo bien su inquietud —dijo sosegado, disimuló la aceleración de su pulso—, deme unos días para avisar al gabinete que se encarga de la contabilidad.

—Estaremos hasta el treinta, tiene tiempo. ¿Puedo hacerle una pregunta? —preguntó Gabriel; quería saciar su curiosidad. Zanelli movió la palma de la mano hacia arriba—. ¿De qué conoce a Ryan Gallagher?

—Somos amigos desde hace algunos años. Nos presentó Marion en una exposición de él. Tenía bastante talento, pero prefirió la docencia. —Zanelli torció breve los labios—. Ha venido a negociar una exposición con material nuevo.

—¿Para cuándo? —preguntó Gabriel.

—Hasta septiembre sería imposible por fechas, y la decisión final la toma Marion —comentó serio, observó un instante a los dos y, mirando a Claire, dijo—. Tendrás que decidirlo tú.

—No he visto nada suyo, pero si crees que es interesante pásame las fotos.

—*Va bene* —admitió complacido—. ¿Cómo has visto a Marion?

—Regular —respondió Claire aliviada por la actitud correcta del italiano contra la tensión palpable de Gabriel—, sigue obstinada y me temo que ya es incluso tarde.

—Es su voluntad, Claire, *dobbiamo rispettare.*

—Eso mismo le he dicho yo.

Gabriel percibió un matiz cariñoso en las palabras en italiano, pero dejó a un lado la antipatía que le despertaba Zanelli y se dedicó los siguientes minutos a hacerle un tercer grado sobre el funcionamiento de la galería.

Delante de las dotes de mando de su marido, Claire fue una espectadora de excepción. El loco de los números dictó todos y cada uno de los documentos que esperaba, tal y como hizo cuando se mudó con ella al Boreal para tomar las riendas de su vida; realmente la ordenaba a su medida.

Ansioso; ese era el estado que mejor definía a Jack el viernes por la mañana en el aeropuerto ante la magnífica expectativa de las

próximas dos semanas con el niño. Sería su primera vez más de dos míseros días seguidos. Aunque tenía cosas del apartamento por recoger, entre la venta que ya había firmado y la ilusión por ejercer con Cordey sin el apoyo constante de sus padres, exultaba impaciencia atento al tránsito de mucha gente; debían llegar pronto.

—Jack —dijo Elizabeth a su espalda, en cuanto se giró, lo abrazó cariñosa—, hola. Mira qué regalo te traemos.

Cordey, dormido en el carrito, no se inmutó por la caricia en la cara de su padre.

—¿Cómo estás? —preguntó John cuando salían hacia el aparcamiento—. ¿Todo bien en el trabajo?

—Sí, como siempre —respondió con una sonrisa, alejando la añoranza de Cora y pensando en su puesto vacante que de momento no pensaba cubrir—. Por cierto, ya he avisado a James, no asistiré a la fiesta.

—No le molestará a nadie, Jack —dijo Elizabeth—. ¿Estás seguro de que quieres quedarte solo con él estos días?

—Mamá, sí, por favor, deja de preocuparte.

—Es para ahorrarte tener que traérnoslo antes de irte al trabajo. Espera a estar en la nueva casa.

—No digas tonterías, es porque no te fías de mí —comentó bromeando, le echó el brazo por el hombro—, y voy a demostrarte que estás muy equivocada. Ya verás la cena que he organizado para mañana yo solito.

—¿Vas a cocinar? —preguntó John con los ojos de par en par.

—Sí —afirmó vanidoso. Al abrir el maletero fue consciente de que el coche era muy práctico siendo dos, pero insuficiente para tres adultos y un bebé—. En Quebec me compraré otro coche. —Metió el carro en el maletero mientras Elizabeth se sentaba delante con el niño. John dudó receloso delante del asiento trasero, por llamarlo según su definición, y miró molesto a Jack, que compuso una mueca afligida—. Solo será un rato… —dijo contento. John resopló y se subió como pudo. Cuando arrancó, Jack lo miró por el retrovisor—. Antes de que se me olvide, Sean me ha llamado. Ayer el hospital llegó a un acuerdo. Van a indemnizarnos con medio millón de dólares.

—Me alegro mucho —dijo John, dándole una palmada en el hombro—. Cierra páginas para escribir nuevas, mañana cumples treinta y uno, tienes una vida por delante, con esto Nueva York no será una sombra para ti. Invierte ese dinero en algo útil.

—He pensado guardarlo íntegro para Cordey. Le da para una vuelta al mundo.

—Varias, diría yo —comentó John.

En ese tono optimista salieron del JFK con destino al ático. A partir de ese momento empezaba para él la verdadera aventura de la paternidad sin ningún respaldo. El día siguiente, tanto ellos como Gabriel y Claire irían al apartamento posiblemente por última vez. Con la celebración familiar de su cumpleaños cerraba el capítulo que empezó cuando huyó de Quebec enamorado de Cora para dejarse engullir por el ritmo frenético y divertido de Nueva York. Pronto estaría en Canadá, ¿y dónde mejor que en casa para encontrar el sosiego que necesitaba?

A finales de junio llegó el evento anual del Scotia, los focos iluminaban la suntuosa fachada de piedra del Hotel Plaza entre una llovizna pertinaz que reflejaba el ataque de infinitas gotas brillantes sesgando el anochecer como un borboteo de diamantes sobre el pórtico donde los taxis se detenían.

Conforme llegaban los invitados no tardaban en acceder al gran salón de la planta baja. Decorado con la exquisitez que el establecimiento tenía reconocida, a Claire le impresionó tanto como el año anterior y afianzó la mano en el brazo de Gabriel buscando esa confianza traicionera que solía fallarle en público.

—No deberíamos irnos muy tarde —dijo Claire, preocupada por el cansancio que notaba con más frecuencia y el vuelo del día siguiente a Quebec para asistir al segundo cumpleaños de Ophie, que Gabriel como padrino no quería perderse y donde ella esperaba dar por concluida esa larga ausencia de su casa—. Los tacones son preciosos pero molestos.

—Pero estás radiante, mi amor —dijo poco afectado por un insignificante escollo. Seguían a John y a Elizabeth, saludando con cortesía—, cuando quieras que nos vayamos, me lo dices.

—Gracias, Torquemada.

—¿Otro apodo?

—No, debió ser algún antepasado lejano.

—Con los Drake tengo bastante, pero si fue alguien importante, aceptado.

—Fue lo más en su época —dijo riendo—. El tío era una fiera. Fíjate hasta qué punto, que el nombre de la orden dominicana, *dominus canis*, procede del latín, o sea, los perros de Dios, supuestamente por el empeño que ponían en la búsqueda de herejes. Tomás de Torquemada era el Inquisidor General del Reino. Hazte una idea de cómo se las gastaba. —Claire vio el ceño fruncido de Gabriel, y aclaró—. Torquemada fue de esa orden y también el confesor de

Isabel la Católica. Por si no te suena, la reina que tenía España cuando Colón descubrió América en 1492. —Con guasa le dio una palmada en la mano—. Deberías leer algo de historia intercalada con las matemáticas, por tu bien.

—¿Estás comparándome con él cuando me llamas Inquisidor? —preguntó asombrado, llegaron a la mesa y retiró la silla de Claire—. Creía que hablabas por el control de los gastos.

—Bueno, eso también se sobreentiende con la palabra. Interprétala en toda su variedad de acepciones.

—¿Son muchas?

Claire sonrió, disimuló al colocarse la servilleta en el regazo e inclinando el cuerpo hacia su curioso marido, le habló susurrando:

—No, pero todas son negativas. Tendrás que esforzarte por desmentirme.

—Siempre doy el cien por cien —murmuró en su oído—, compórtate un ratito y después te enseño hasta dónde puedo esforzarme.

—¿Ves? —Claire entornó los ojos—. Acabas de mejorar bastante mi expectativa. Cenamos y nos vamos antes de que tus padres vuelvan.

—Hecho —afirmó contento, observándolos hablar con amigos—, aprovechemos que hoy están entretenidos.

A medida que pasaban las horas, el cansancio fue haciendo mella en Claire. Hizo una ligera señal con los ojos a Gabriel y sin más se pusieron de acuerdo para salir de la mano del hotel, coger un taxi e intentar cumplir sus planes en el ático sin competencia desleal o, mejor dicho, ruidosamente apasionada.

Justo a medianoche sonó la alarma de Jack para la toma nocturna del niño. Cuando volvió al dormitorio con el biberón preparado y lo sacó de la cuna de viaje, sintió el impulso de dárselo en la habitación que decoraron para él; no tendría más ocasiones ya que el plazo para la entrega a los nuevos propietarios estaba acordado y pronto la dejaría tan desnuda como la encontró al llegar. En el banco todo lo referente al traslado iba según lo previsto, Andy sería su sustituto; en cambio, la reforma en Quebec no terminaba de satisfacerlo por el retraso de la empresa constructora. Presentía que a pesar del pago sin rechistar de todos los adelantos exigidos no acabarían de acondicionar las habitaciones y la cocina, y le urgía, por eso quería inspeccionar al día siguiente la casa.

—¿Qué te parecen? —preguntó, levantando a Cordey para que

eructara—. Creo que nos llevaremos las acuarelas; a mami y a mí nos gustaron nada más verlas. Tu nuevo dormitorio va a quedar perfecto, ¿lo pintamos cómo este? El azul y el blanco están chulos, podemos decirle a la abuela que elija ella las cortinas—. ¿Qué opinas, Cord?

Esa era la manera favorita de Jack para matar el tiempo y la tristeza. Una de cal y otra de arena, un pensamiento nostálgico a cambio de otro esperanzador. Tendido en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, esperó murmurando una nana a que el niño se durmiera. Luego, apagó la luz de la mesita de noche echando de menos la foto que rompió y se tumbó mirando el techo con sombras imperturbables para retardar su sueño.

Mientras, Elizabeth y John se despedían de Bill Patterns y de James Atkins, nuevo presidente del Scotia desde la última junta de inversores convocada tras la dimisión de John. Salieron del salón animados, un camarero trajo el chal de Elizabeth y su amable caballero se lo colocó en los hombros.

Lilian, que después de una noche nefasta con el maduro de turno no esperaba verlos al salir del ascensor, se enfureció en uno de sus ataques sin miramientos y, envenenada como la mala leche que le corría por las venas, exclamó:

—¡Vaya! —Se dirigió ligera hacia ellos—. ¡Qué alegría más grande! ¡Es lo único que me faltaba hoy! ¡Vosotros!

—Haz como si no nos hubieses visto —dijo John, sujetó la mano de Elizabeth, atento a un rostro demacrado y consumido como el cuerpo, similar a unos alambres que podían desestabilizarse en cualquier momento. Apreció esa negativa a envejecer con elegancia, se veía que prefería pasar hambre o por el quirófano antes que asumir su edad—. Déjanos tranquilos.

—¡Es imposible! ¡Me asqueáis!

—Qué pena —dijo John, encogió los hombros—. Mi más sentido pésame.

—Vete a la mierda, John —habló indignada.

—Contrólate, Lilian —dijo John. Con desprecio, añadió—: Estás borracha.

Crecida por la ginebra que necesitó para acostarse con aquel decrépito viejo, se fijó en Elizabeth y espetó:

—¡¿Y tú de qué te ríes?!

—No te dirijas a mí, por favor. Me gusta el diálogo y detesto la ordinariez. Cuando sepas hablar y mantenerte en pie, búscame, si no, ignórame como te ha dicho mi marido. Si eres tan amable y dejas de

molestarnos, me gustaría volver a mi casa.

—¿Te crees mejor que yo? —preguntó resoplando.

—¿Merece tu pregunta una respuesta? —John recorrió su cuerpo con unos ojos poco halagadores—. Haz el favor de apartarte, rozas lo patético.

Se escuchó una voz distorsionada por un micrófono, procedente del salón.

—¡¿Hoy es la maldita fiesta?! —Lilian miró por encima de los hombros de John—. ¡Vais a saber quién soy!

Elizabeth permaneció inalterable, preparada para otra exhibición de bajeza. En cambio, John se negó a presenciar nada relacionado con ella. Inclinó la cabeza en un gesto que el hombre encargado de la seguridad pilló rápido y tiró de la mano de Elizabeth hacia la puerta al tiempo que escuchaban protestar a Lilian porque le habían impedido el acceso a su propio espectáculo.

—Parece que tu exmujer no sabe tampoco quien eres tú, cariño.

—No —dijo John, abrió la puerta del taxi y le besó la mejilla antes de sentarse a su lado—, y me temo que nunca lo sabrá y me alegro muchísimo de que sea así.

—Y yo —comentó, entrelazando sus dedos. Cuando estuvieron de camino al ático, Elizabeth susurró—, me alegro de que esté pagando por todo el daño que me hizo.

—A los dos, mi amor. —John levantó su mano y la besó—. Pero me gustaría que no se entrometiera entre nosotros.

—Si hablas por mí —murmuró Elizabeth, se inclinó sobre él—, en cuanto estemos a solas voy a decirte cuánto pienso en ella.

—Gabe y Claire van a estar muy contentos con nosotros.

—Han tenido tiempo de sobra. —Sonriendo, Elizabeth le besó el cuello—. Ahora es nuestro momento.

—¿Sabes por qué me alegro? —preguntó, miró el ceño fruncido de su mujer—. No te has acordado de Jack.

—¿Eso crees? —Elizabeth movió la cabeza—. No he dejado de pensar en ellos, pero tienes razón; voy a darle un voto de confianza.

—Gracias —dijo, le besó la mejilla—, no te equivocaste con él.

—No, ¿y sabes por qué? —preguntó feliz, más enamorada que nunca del hombre que había significado y significaría su vida—. Porque yo sí te conozco, John Drake, y Jack es igual que tú; en lo bueno y en lo malo.

El aludido, Jack, en aquel preciso momento mantenía los ojos bien abiertos tratando de memorizar los últimos meses que vivió en el

apartamento con Cora. Fue feliz y juraría que ella también. Trató de recordar a las mujeres que pasaron por aquella casa, pero sus nombres o caras no venían acompañados de sentimientos, la única con ese honor le dejó un regalo capaz de trastocar su vida con ternura. Se preguntó qué le depararía el destino en Canadá, si sería capaz de amar a otra persona con la intensidad que amó a Cora, si sabría educar a su hijo como sus padres lo educaron o si se adaptaría al nuevo puesto de director comercial en la sede del banco con varios compañeros que todavía formaban parte de la plantilla desde que él se instaló en Nueva York. Tenía tantas dudas como ilusiones, y tanto miedo como sueño. Necesitaba dormir antes de que el bebé reclamara la siguiente toma; sin embargo, llevaba horas muertas divagando entre una espesa penumbra que solo atraía problemas.

Se levantó de la cama, comprobó que eran las cuatro de la madrugada y fue al salón. Tras servirse un vaso de whisky, se sentó en el sofá a contemplar la casa. Supuso que mudarse en breve era la causa de su inevitable desasosiego. Gracias a la evasión del alcohol, reclinó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, pensando en ese golpe de suerte que creyó tener cuando Cora y Gabriel se divorciaron y en la buena estrella que nunca desasistió sus pasos. Medio obnubilado por el agotamiento, sus fatigadas neuronas fueron enredándolo en un profundo sueño reconfortante. Jack se durmió confiado en que ese golpe de suerte tenía nombre propio: John Cordelius, ya que desde la precipitada huida la noche de su nacimiento hasta que regresó, no solo asumió su responsabilidad como padre, sino también una nueva jugada en su destino.

Cuando el sonido del teléfono despertó a Jack, confuso, abrió los ojos por el sitio, preocupado por el silencio y por la claridad radiante que entraba a raudales por las ventanas. Se levantó de un bote y corrió hasta el dormitorio donde Cordey gimoteaba chupándose el pulgar.

—Lo siento, cariño —dijo Jack, se inclinó y lo cogió en brazos, sin inmutarse por el olor. El pequeño se acopló a él con naturalidad—. Debes estar hambriento, ¿qué puedo decirte? Podría inventarme un rollo, pero… ¿sabes, qué? —Sonrió, tocándole la barriguita—. Me he quedado sopa en el sofá, ya me irás conociendo, no soy de sitios fijos. —Tras cambiarle el pañal en un tiempo más que razonable, preguntó cariñoso—. ¿Preparamos el *bibe*? —Sin soltarlo, Jack se las ingenió para hacerle la leche. Se sentó en uno de los taburetes de la cocina, miró la llamada perdida de su madre y le dio tranquilo el biberón—. Hemos quedado a las diez con los abuelos y los tíos, hoy es el cumple de Ophie. Nos vamos con ellos unos días a Quebec. Dentro de poco, tú

y yo estaremos en nuestra nueva casa, ¿y sabes otra cosa? Creo que nos va a ir bien. Los dos solos. ¿Cómo lo ves? ¿Lo intentamos?

Cuando satisfizo Cordey su apetito, se durmió y Jack aprovechó para poner la cafetera mientras se preparaba el desayuno. Luego, no tardó demasiado en ducharse ni en vestirse con unos vaqueros, una camiseta negra y unas deportivas. Recogió toda la ropa de su hijo en la bolsa grande de viaje que trajo Elizabeth, sacó las acuarelas de los marcos y también las metió en esa bolsa, e hizo su propio equipaje. En las tres maletas más grandes que tenía fue guardando trajes, pantalones, jerséis, zapatos… Dejó cuatro trajes y poca ropa sport para los días entre semana que todavía pasaría ahí, pero en un buen rato consiguió dejar el dormitorio en el escaso mobiliario que negoció con los nuevos propietarios. Se deshizo de casi todo, menos del Janssen, almacenado en MaiSa, y del Aston Martin, que un concesionario se encargaría de vender. El Volvo de Cora lo vendió él mismo a través de un portal de Internet, en pocos días, ya que apenas tenía kilómetros y no regateó los diez mil dólares que le ofrecieron en mano. Deseaba empezar la nueva etapa en Quebec sin recuerdos que incitaran su memoria.

En ese regreso, excepto la reforma, todo parecía deslizarse como la seda, como si realmente hubiese escogido el rumbo correcto.

Mirando modelos de coches adaptados a sus nuevas necesidades, de repente, una mirada oscura, rodeada por largas pestañas, invadió su pensamiento con una sensación impactante que lo persiguió durante minutos. No se recreó en la mujer porque no la recordaba, pero sonrió ante una reacción involuntaria casi olvidada. Solo le había ocurrido una vez y fue por unos ojos azules. En cambio, el brillo de aquellos azabaches destelló igual que un copo de nieve bajo una fría noche de invierno.

Disperso con la bella desconocida logró dejar la mente en blanco hasta que la conversación pendiente con el contratista volvió impetuosa a su cabeza. Aparte de la obra, debía no olvidar el tema de la caldera, la valla perimetral en la piscina e insistir en las medidas de seguridad que pretendía poner en cualquier rincón con un mínimo peligro para el niño. Entre unos asuntos más importantes y otros fútiles, Jack se vio obligado a despertar a Cordey para cambiarlo y recoger la cuna antes de que los abuelos apareciesen con prisa por llegar al aeropuerto.

Leyéndole la mente, en cuanto terminó de vestirlo, llamó Elizabeth a la puerta con su inconfundible toque; el mismo desde que tenía uso de razón; dos golpes decididos, una breve pausa y otros dos toques exactamente iguales a los anteriores.

En unos minutos, con la ayuda de John y el taxista metieron el equipaje en el maletero sin que la abuela dejara a Cordey y sin que ninguno intentase impedírselo. Tanto Jack como John eran consecuentes y sabían del apego que le tenía. Por mucho que con Ophie el contacto asiduo hubiese creado un fuerte vínculo, tener a esa criatura desde que nació bajo su cuidado no era comparable. Para Elizabeth su pequeño ángel tenía algo especial, no sabía definirlo, era un presentimiento o una percepción, y por suerte iba a poder disfrutarlo a diario. Sería el aliciente idóneo para las horas solitarias mientras John jugaba al golf en el club. Con ese regreso también Elizabeth esperó como Jack empezar de nuevo definitivamente en Quebec, donde arraigaron aquellas raíces inalterables al paso del tiempo; su verdadero hogar.

OCHO

Quebec, 30-6-13

Canadá

La casa de Sean y Elaine Drake estaba en Limoilou, un barrio residencial pegado al centro de la ciudad. Después de recorrer con el coche la carretera desierta que circulaba paralela al río San Lorenzo, Christina condujo bordeando el parque *Le Domaine de Maizerets.* A esa hora también poco transitado pese a los caminos que lo atravesaban y muchas personas usaban dando largas caminatas en verano, practicando esquí y snowboard en invierno o durante todo el año por los niños para jugar en plena naturaleza. Enfiló una calle resguardada del sol por dos hileras de árboles y descubrió al instante la casa blanca con la fachada llena de globos de colores.

—¡Vaya! ¡Qué guay! —exclamó Christina cuando aparcó el Mazda sedán gris oscuro, automático, que compró de segunda mano nada más aterrizar en Quebec. Inclinó la cabeza hacia arriba para contemplar los tejados negros a diferentes alturas—. ¿Qué te parece?

—Es bonita —comentó Ari andando hacia la puerta. Se escuchaba música y risas, sonidos alegres—. No conozco a nadie, mami.

—Ni yo, pero seguro que en un rato tienes un montón de amigos —dijo Christina, acarició la cara pecosa de Ari, donde brillaban luminosos unos ojos azules tan celestes como el inmenso cielo—. En el pueblo te pasó igual. Cuando uno llega a un sitio nuevo siempre pasa.

—Como ahora en este cole.

—Sí. Igual que yo en el trabajo —dijo sonriendo—. No lo pienses, cielo. Sé cómo eres, ya verás… Toma, dale tú el regalo a Ophie.

Algo reacia, Ari agarró la bolsa. Una desconocida las invitó a atravesar el salón de techos altísimos, con una claraboya que a Christina le pareció asombrosa, y salieron al jardín rectangular rodeado por setos y por un grupito de niños pequeños correteando como un ejército de abejas zumbonas alrededor de los adultos; parecían listos para atacarles mientras charlaban en corrillos sin inmutarse por el estruendo.

La primera reacción de Ari fue quedarse quieta observando, apretó los labios y le dio la mano a Christina, que iba preparada para afrontar una timidez más marcada a raíz del traslado. Entre la

ecléctica mezcla que abarrotaba el jardín, Christina vio a Elaine y se dirigió hacia ella, observando el aspecto juvenil que tenía realzado por una vestimenta informal y la oscura melena bien peinada pero suelta. Sintió una mezcla de envidia y admiración porque jamás explotaba el potencial de su cabello por comodidad, de hecho ese día otra vez prefirió su práctica coleta por no perder el tiempo, tal y como hacía a diario para ir al hospital. Sean salió de la casa, se acercó diligente a Elaine y le habló en el oído.

—Hola —saludó Christina—, llegamos en pleno apogeo.

—Sí —dijo Sean, las besó en la cara como Elaine—. La barbacoa estará lista en una hora, sírvete lo que quieras de beber. ¿Te vienes conmigo, Ari? —preguntó, tendiéndole la mano—. Podemos buscar Ophie.

Christina sonrió cuando Ari cogió la mano de Sean y se fue con él.

—Se nota que le gustan los niños —comentó pensativa.

—Sí —afirmó Elaine contenta—, porque es igual que ellos.

—Me parece un hombre noble —dijo seria—, me cae bien. —Christina advirtió una mirada extraña en Elaine—. No estoy pensando en nada más.

—Por mí no te preocupes. —Elaine rió—. Hace algún tiempo comprobé que las cosas no son eternas y que si algo es para ti, lo será. Puedo equivocarme, pero siento que Sean y yo estaremos juntos siempre, pero, ya te digo, he vivido muy de cerca relaciones frustradas y reencuentros inesperados… —Sujetó el brazo de Christina y la guió hacia la mesa donde había un montón de botellas con refrescos, vinos y licores—. Mi suerte es que Sean no destaca por guapo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, echándose un vaso de limonada —. Yo lo encuentro muy atractivo.

—Y lo es, pero no llama la atención como Gabe o Jack, de él siempre prevalece su conducta.

—Entiendo lo que quieres decir. A Jack no lo conozco, y sí, Gabriel tiene más peligro.

—No creas, de los tres es el más tranquilo y es por el único que apostaría el cuello. Jamás le será infiel a Claire.

—¿No te fías de tu marido? —preguntó sonriendo.

—Sí, claro, pero al pasar más desapercibido tengo menos riesgos, otra cantar es Jack. Ahora porque no está bien, pero miedo me da cuando se recupere.

—No sé… —Christina encogió los hombros—, ahora tiene al niño.

—Sí, y quiere estar tranquilo con él, pero no me lo imagino.

—Bueno, quien sabe. Es pronto para que rehaga nada, ¿cuánto hace que murió su mujer? ¿Un par de meses?

—Sí. Está muy reciente. ¿Cuánto llevas divorciada?

—Un año, pero viene de tiempo atrás.

—¿No has conocido a nadie?

—Con mi vida es imposible —admitió apática pero sonriendo al ver a Ari integrada con los niños. Vibró el móvil que llevaba en el pantalón vaquero, leyó un escueto mensaje y se le borró de golpe esa leve felicidad—. Mierda. Lo siento, Elaine, tengo que irme. Voy a buscar a Ari.

—¿Por qué?

—El hijo de la compañera que iba a hacerme hoy el turno se ha puesto enfermo y como es domingo no tiene con quien dejarlo. Lo siento mucho, Elaine, de verdad.

—Acabáis de llegar, no te lleves a Ari.

—No creo que quiera quedarse sola —comentó apurada, debía irse y la niña parecía pasarlo bien—, pero se lo preguntaré.

Tras otra sorpresa, Christina se despidió de Elaine y llamó a la chica que solía cuidar a Ari por las noches para que la recogiera ella del cumpleaños.

Salió escopetada por la puerta y coincidió con el resto de los Drake, recién llegados de Nueva York. Elizabeth tenía en brazos a Cordey mientras hablaba con Claire y los hombres estaban rezagados a unos metros, al lado de un BMW y un Volvo oscuros. Saludó de pasada a las mujeres y levantó la mano para corresponder al saludo de John y Gabriel, el otro Drake le daba la espalda, supuso que sería el famoso Jack, pero con tanta prisa ni se planteó detenerse para confirmarlo.

En un momento circuló delante de ellos, volvió a saludarlos y en ese instante fue cuando apreció a un tipo alto, con gafas de sol, vestido con unos vaqueros azules, una camiseta negra y, pese a estar muy delgado, buenos músculos en los brazos. Tenía el cabello castaño alborotado; y una sombra de barba descuidada ocultaba su rostro. Tampoco le pareció despampanante como decía Elaine, aunque también era cierto que tenía pocos datos para valorarlo; quizá tuviera un carisma deslumbrante o, a lo mejor, era una máquina sexual. Christina sonrió sin tener claro el porqué, pero pensar en Jack Drake la puso de buen humor para otro domingo echado por alto con Ari. Y ya no tendrían más oportunidades hasta septiembre, cuando iría al remoto Lerwick quince días. Allí, con su familia, la serenidad recargaba sus pilas y contribuiría a que olvidase ese año horrible y al causante de la mayor parte de sus problemas. El hombre que esperaba tuviera el detalle de llamar a la niña una vez como mínimo durante las vacaciones. La misma persona que no puso ni un solo impedimento

para que estuviera todo el verano en Escocia. Creyó que estaba ocupado con algún nuevo ligue, ya que se había relajado con ella y por descontado con su hija. Sacó positivo algo de sosiego al descansar de los pensamientos rabiosos que invadían su cerebro; porque tenía más que comprobado que cuando Graham la ignoraba vivía en paz.

—¿Dónde va Christina? —preguntó John al entrar, Elaine le besó la mejilla.

—Tenía guardia y le ha fallado la compañera. Ha dejado a su hija.

—¿La morena era la doctora McQueen? —preguntó Jack, mirando a su padre—. Solo he visto una coleta y un culo perfecto.

—Pues cuando le veas la cara, vas a morir —comentó Gabriel sin percatarse de que Claire tenía el radar sintonizado en su frecuencia—. Una de las mujeres más bellas que he visto.

—Y la última que vas a ver —replicó Claire, agarró su mano y sonrió pícara—, lo siento, cariño, pero solo sigo tu ejemplo.

—No es lo mismo —comentó casual, se centró en Jack y continuó —. Yo que tú llevaría personalmente al niño a su consulta. Además, está divorciada, es nueva en la ciudad. Tenéis un montón de cosas en común, hasta la parejita…

—Dentro de mis planes —dijo Jack sonriendo irónico—, justo ahora, mi prioridad es Cordey, no voy a liarme con ninguna divorciada resentida por muy buena que esté; así que déjame en paz y métete en tus cosas.

—Tiene ganas de conocerte —dijo John, echó la mano en su hombro—, le hemos hablado de ti varias veces.

—Joder —masculló—, todavía no me he mudado y ya estáis dándome la paliza. Os lo voy a decir muy claro a los tres —advirtió enfadado, alternó la mirada entre Elaine, John y Gabriel, salvó a Claire y Elizabeth, más comedidas y respetuosas con sus buenos propósitos—, quiero estar solo con mi hijo, no quiero mujeres alrededor, ¿entendido? Espero no tener que repetirlo, porque cuando os ponéis plastas sois insoportables. ¿Por qué le tenéis que hablar a una extraña de mí? Cuando quiera ligarme a una tía me las apañaré solo, como he hecho siempre, ¿a qué viene el coñazo con la doctora?

—Tenemos claro que sabes arreglártelas solo para ligar —dijo John con burla—, no le hemos hablado a Christina de ti para que liguéis, ha sido en relación con el niño. —Elaine apretó los labios y siguió atenta —. No te ofendas, hombre.

Jack entendió el cachondeo, pero no cedió.

—No estoy ofendido, sino molesto. No sé si creeréis que estoy bien, pero la echo mucho de menos y no soy capaz de imaginarme con otra mujer, por eso me jode que queráis emparejarme con nadie. Me da la

impresión de que pensáis que me ayudará a sustituirla y, perdonad que os diga, eso no ocurrirá nunca.

—Siento si te he dado esa impresión —dijo Gabriel muy serio—, no era mi intención. Y nadie sustituirá nunca a Cora, ni lo intentes. Si alguna vez se cruza en tu camino otra mujer, será alguien distinto. Cora forma parte de tu vida, de la de todos, del pasado, y deberás alejarla para ser capaz de vivir el futuro con otra persona. Pero el pasado tienes que dejarlo atrás.

—Vamos a darte tiempo —dijo Elaine, sonriendo, cogió su brazo —. Será mejor que localicemos a la cumpleañera, va a volverse loca.

El jolgorio de los niños despejó el enfado de Jack mientras se tomaba una cerveza acompañando a Sean en la barbacoa. Se preguntó qué opinaría la doctora McQueen sobre él. Quizá pensara que era un mal padre, con motivos sobrados. Y si era así, en cuanto se mudara cambiaría de opinión porque todo lo relacionado con su hijo —siempre que pudiera— tenía en mente hacerlo en persona, y las visitas al pediatra entraban incuestionables en esas ocupaciones. Con seguridad y algo de tiempo, la doctora olvidaría un comportamiento que él no quería recordar para no remorderse la conciencia. También sería posible que descubriera al hombre seguro camuflado bajo una apariencia alegre, a veces dudosa pero siempre convincente.

Con el bebé en la mochila, Jack salió el día siguiente por el paseo sombreado del río andando hacia su nueva casa. No tardó más que diez minutos. Se sorprendió al encontrar a dos obreros echando escombros en la cuba que había junto al garaje. Ese celo laboral indicaba que la amenaza de incumplir el acuerdo de pago había surtido efecto en el contratista. Entró por el camino de piedra, apreciando que el césped ya tupía por completo la amplia extensión de tierra que rodeaba la casa, un nuevo vallado de madera protegía la piscina, los abetos ayudaban a salvaguardar la intimidad junto al seto de dos metros de altura; una fachada limpia, un tejado tan negro como el antiguo, y el porche cubierto con plásticos, abarrotado por materiales de construcción.

Cuando subió los tres escalones, oyó voces roncas bromeando como acompañamiento al sonido del martillo y la música que sonaba en la radio que vio en el suelo del salón, donde tres hombres trabajaban a buen ritmo. Uno, colocaba los muebles altos de la cocina; todos alargados, blancos, con cristales al ácido y la apertura vertical. Otro, sostenía una puerta para dársela y el del martillo apuntalaba de rodillas el rodapié oscuro que circundaba toda la planta. Al advertir su

presencia, se detuvieron.

—Buenos días, señor Drake —saludó el hombretón del martillo con un inglés básico dificultado por su acento polaco, se levantó y se acercó con una sonrisa afable. A pesar de que no habían empezado con buen pie, por una baja imprevista justo al comienzo de la obra, confiaba en cumplir el plazo acordado. No pensaba desaprovechar una oportunidad de oro para sacar adelante el negocio; en él tenía invertidos los ahorros de toda una vida y la esperanza de un futuro mejor que en su país. Cuando más necesitaba un golpe de suerte, llegó ese cliente con contactos, algo fundamental para un extranjero desconocido—. ¿Qué le parece?

—Estáis haciendo un buen trabajo —respondió echando un vistazo. El espacio abierto era sorprendentemente acogedor aun con todo por medio. El color plateado del cemento pulido de la barra había sido un acierto, igual que los tonos neutros de las paredes realzaban la madera vieja pero renovada del suelo—. Me gusta cómo está quedando. Tengo previsto hacer el traslado en dos semanas como mucho, ¿estará lista?

—Sí, nosotros terminamos el viernes —afirmó convencido—. Vendrán del ayuntamiento para la inspección municipal. Si no hay ningún contratiempo y aprueban la reforma, podrá instalarse de inmediato.

—Esperemos que no los haya —comentó severo, aunque sería algo improbable porque tenían en regla los permisos para ejecutar la obra. Jack atravesó el salón, abrió la puerta del aseo con ducha que había debajo del primer tramo de la escalera y comprobó el acabado. En el sótano inspeccionó satisfecho el cuarto de la nueva caldera, la zona de lavado, con una encimera ancha y una estantería llena de cubos para almacenaje, y una sala multiusos que podía servir tanto para ver la televisión, trabajar o jugar. Unos minutos más tarde, prestó especial atención a que el dormitorio de Cordey estuviese acondicionado por completo, ya que empezaría a dormir solo cuando se mudaran. Los enchufes tenían protectores y en la escalera, Jaworski, antes de finalizar, debía colocar otro obstáculo disuasorio. Creyó salvaguardar la integridad física del niño con esas medidas pasivas, si bien sabía por su propia experiencia que el peligro podía surgir de forma imprevista y del sitio más inesperado. Regresó al salón, pensando en que necesitaría meses para conseguir el hogar que pretendía; pero ese era el comienzo apropiado. Contento, sin asombrarse por la actitud sosegada del niño en su pecho, iba despierto mirándolo todo con curiosidad, habló a los hombres:

—Señores, está todo perfecto. No sé si volveremos a vernos antes del viernes, si no es así, ha sido un placer trabajar con vosotros, os

recomendaré.

—Gracias, señor Drake —dijo el hombre del martillo, ese detalle podía repercutir para bien en su negocio—, el placer ha sido nuestro, no se imagina cuánto.

Jack sonrió, creyendo percibir algo más que no entendió, e inclinó la cabeza dando por finalizada la visita. Salió al jardín por la nueva puerta doble del salón, otro de los cambios acertados. Con este, la planta entera había ganado claridad.

Contento, se detuvo en la esquina izquierda del jardín frente a la piscina cuadrada de tamaño mediano, entre el pasillo de teca que tenía alrededor y la valla baja de madera para evitarle a Cordey accidentes hasta que supiese nadar, y se distrajo durante unos minutos imaginando los baños que se darían juntos ese mismo verano.

Con el ánimo alegre por las buenas sensaciones, Jack paseó de regreso a la casa de sus padres. No escuchó ni un solo pitido estridente ni la cacofonía habitual que soportaba desde TriBeCa al despacho; nada. El río San Lorenzo, la quietud del sosiego dominical, el brillo cálido del sol veraniego y el niño dormido fueron sus referencias para convencerse de que esa sería su rutina en breve; y le gustó, ciertamente, volvió a enamorarse de su ciudad.

Por un motivo de peso: Claire cumplía veintinueve años aquel viernes doce de julio, la gran mesa del Boreal lucía engalanada con esmero para cuatro comensales. Nadie se ocupó de sus obligaciones o quehaceres, Gabriel no apareció por el banco y ni Alexei ni Léonore parecían eludir nada más importante que acompañarla; tampoco dejaron de asombrarla con unos regalos espléndidos. La mecedora que ya tenía colocada en el cuarto de la niña era otra obra Barinov sin precio, y la escultura de bronce, de Pierre Bouchaud, que Léonore quiso entregarle, fueron dos grandes privilegios para una enamorada del arte como Claire. La escultura no tenía más de quince centímetros de altura; en cambio, la sensualidad y el erotismo de los cuerpos entrelazados de un hombre y una mujer no necesitaban más espacio para arrastrar todas las miradas hasta donde se fundían en la pieza que formaba la base. Ese *Sueño de Amor* también ocupaba ya su lugar en el secretaire de su dormitorio; ¿dónde, si no, podría estar?

En el centro de la mesa había una bandeja con langosta, dos botellas de vino blanco y una de agua con gas, la favorita de Claire, un plato de jamón serrano, otro de queso y algunas delicias de Ethel, una tradición básica en cualquier celebración de esa casa.

—Enséñamela otra vez —dijo Léonore a Claire, que no tardó en

extender el brazo para que admirase el regalo del Inquisidor romántico: una pulsera de platino, con dos colgantes, una «C» y una «D» hechas con un sinfín de diminutos brillantes—. *Est belle*.

—Sí —afirmó risueña—. Igual que vuestros regalos —comentó sincera—. Me gustaría visitar la fundación de Pierre. Podríamos ir en nuestro aniversario. —Claire se animó ante la expectativa de volver a Europa, a uno de esos viajes culturales que tanto disfrutaba con Gabriel—. Supongo que hará buen tiempo en noviembre, *vraie*?

—*Oui* —respondió Léonore—. En el Sur los inviernos son templados, no tiene nada que ver con este clima.

—Ya veremos —dijo Gabriel, sin intención de aventurarse hasta que naciera su hija—, pero es una gran idea, cariño.

—Al final, nos vamos la semana que viene —dijo Alexei, rellenó la copa de Gabriel, intentó servir la de Léonore, pero sacudió la cabeza, y terminó con la suya—, estaremos unos días en París y otros en Puget, organizaos para venir en agosto.

—Imposible —dijo Claire—, entre la galería y lo que surja, hasta pasado el verano no podremos ir a Europa.

—¿Cómo sigue Marion? —preguntó seria Léonore.

—Igual. Ahora está en su casa, pero apenas tiene fuerzas para moverse. Está a base de morfina —comentó apagada—, espero que no sea una larga agonía, debe ser una tortura.

—Estando drogada no creo que esté sufriendo —dijo Gabriel para calmar el dolor de Claire, tocó cariñoso su mano—, no te preocupes, está haciendo lo que quería.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. No me gusta ver sufrir a nadie. —Claire se ahorró añadir que ella ya había sufrido bastante por todos—, pero como verás estoy respetándolo. Incluso no he dicho nada de Londres, que haga lo que quiera.

—Sí, cariño —afirmó Gabriel ante la decisión de Marion de volver a Londres—. Y estoy muy orgulloso de ti.

—Hablando de otra cosa, abuelo, sabes que a raíz de tu desliz en MaiSa hay varias personas interesadas en tu obra, es posible que te lleves alguna sorpresa.

—Si alguno de mis clientes vende un mueble y se subasta —dijo sin que Claire hubiera nombrado al hombre de Sotheby´s—, está en su derecho, otra cosa es pagar en una galería para verlo o que esté rodeado por obras de otros artistas para ser medido. Te he dicho muchas veces que eso es lo que no soporto de las exposiciones.

—¿Y si tus muebles estuvieran en un sitio gratuito? Solos.

Alexei observó impertérrito a su nieta.

—No. No sé por qué lo preguntas.

—Por nada, Liosha —dijo Gabriel, sin ánimo para desperdiciar unas horas agradables en una discusión—, ya sabes que Claire sueña con ver tus muebles en un museo, pero eso no ocurrirá. —Gabriel miró serio a su mujer—, ¿Verdad, cariño?

—Sí —dijo asintiendo. Entendió la intención y como no tenían prisa por acondicionar la casa de Essex, ni ganas de escuchar unos argumentos donde estaba en total desacuerdo, esbozó una sonrisa y agregó—: *Dobbiamo rispettare.*

En cuanto terminó Claire la frase en italiano, el Inquisidor se molestó. Enarcó una ceja, cogió la copa de vino y bebió sin apartar la vista de ella.

—¿Has visto algo de Gallagher?

—No —respondió ajena al mal humor que ensombrecía los pensamientos de Gabriel. Se concentró en su abuelo, y preguntó—. ¿Me ayudarías a escoger a los artistas para MaiSa?

—Puedo darte mi opinión —contestó Alexei, que sí percibió raro a Gabriel—, pero no esperes que elija a uno sobre otro.

—Con tu opinión me vale.

—Entonces, sí —admitió contento. Levantó su copa y dijo—. Por ti, Claire. ¡Que tengas una larga vida plagada de amor y felicidad!

Más tarde, Gabriel salió del dormitorio con unos documentos para leerlos tranquilamente en el despacho y se topó con Claire en la escalera.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hacer unas cosas.

—Es mi cumple, cariño —rezongó mimosa, no intuyó ser la causante del gesto frío que helaba el gris de unos ojos expresivos poco acostumbrados a mentir—, déjalo. Mañana es sábado, tienes tiempo.

—Hoy no he ido al trabajo. Dame media hora.

Gabriel pretendió huir, pero Claire ya había notado el enfado.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Vuelvo en un rato.

—¿He hecho algo que te ha molestado?

Claire sujetó su mano, un escalón por debajo de él.

—No —respondió, a sabiendas de que no se lo creería—, en serio, cariño, déjame un rato.

Gabriel se puso a su nivel, inclinó la cabeza y le besó los labios con ternura. Esa que le inspiraba su inocencia para protegerla de cualquiera con intenciones desconocidas, como las que Zanelli removía en su interior y no quiso que supiera para no discutir por otro

motivo.

La tarde pasó calmada gracias a la distancia y al carácter hogareño de los dos, aunque, más motivado que nunca, en cuanto Gabriel olvidó «el agravio italiano» no esperó ni a cenar para una celebración carnal.

Cuando dejó claro hasta qué punto la amaba, se puso los calzoncillos y sentado en el borde de la cama acarició la redondez voluminosa de su vientre, contemplando ensimismado un pelo alborotado, una sonrisa espléndida en sus labios enrojecidos por muchos besos apasionados y los pezones oscuros erguidos, llamándolo a gritos. En cambio, acopió voluntad y se levantó.

No era dado a tareas domésticas, de nunca. Incluso durante su etapa universitaria pagó a medias con el compañero que compartía piso para que una mujer lo limpiara cada dos semanas. Le gustaba tener las cosas ordenadas, la ropa limpia y planchada, pero sin esfuerzo. La mujer duró un mes. Fue bochornoso escucharla no bajarlos de cerdos. Estuvieron dos días con cargo de conciencia, al tercero se les pasó para volver a los mismos hábitos insalubres. Nada que ver con el orden de sus apuntes y libros, para eso era un maniático. Pudo permitirse una asistenta cuando empezó a trabajar y, con ella, llegó la renuncia a cualquier tarea doméstica. Solo ahí había fregado a veces su servicio y no lo hizo por afición, más bien por dar el pego a Claire.

—¿Qué quieres cenar?

—¿Te encargas tú?

—Sí, ahora vuelvo.

Buscó en la cocina varios embutidos, quesos, el pan francés y una ensalada, controló a la perfección la bandeja de Claire, al igual que las copas y el vino, y fue a la alacena para encontrar un indispensable. Recorrió con la mirada varias baldas llenas de botes con legumbres, paquetes de pasta, latas de conserva, leche y, por fin, lo que buscaba: el aceite de oliva español, su favorito. Cortó el pan a rebanadas y, tras rellenar la aceitera, roció cada una con el líquido espeso que solo le traía recuerdos felices de la infancia y de su querida Blanca; siempre la recordaba cuando echaba el aceite en el pan; siempre tendría el honor de haberle abierto la mente a toda clase de sabores para disfrutar con la comida. Colocó todo en la bandeja, cogió un trapo y limpió las migas de la encimera, con tanto ímpetu que tiró la aceitera al suelo. Aunque el ruido fue brusco; no se rompió, solo salieron disparadas unas cuantas gotas. Se agachó y la recogió, pensando en Claire. No solía tener mucha paciencia con él, y eso que

limitaba su ayuda a cortar verdura o embutido, no comprendía que no tenía ninguna experiencia en ciertas tareas rutinarias para la mayoría.

Cuando miró el reloj, creyendo que estaría desesperada, confió en que el rastro de su paso por allí —con suerte— se secaría sin dejar huella. Se apresuró en fregar la tabla y los cuchillos del pan, el embutido, el de los quesos y otro para los tomates de la ensalada, y en guardarlos en su sitio. Terminada la hazaña, cogió la bandeja, consciente de que acarreaba copas de delicado y frágil cristal.

Al salir, levantó el codo para apagar la luz y el resbalón fue automático, notó perfectamente cómo pisó con el pie izquierdo algún resto de aceite. Intentó mantener el equilibrio, pero volcó la bandeja y de pronto todo se redujo a un ruido atronador.

Aquel violento estruendo de cristales estallando sobresaltó a Claire, que botó de la cama, se puso un cómodo camisón blanco y salió corriendo para encontrarse a Gabriel sentado de culo rodeado por el proyecto de cena, observándola con los labios aprisionados. Sobrecogida, no supo si echarse a reír o llorar.

—Ten cuidado —exclamó al verla descalza—, no te acerques.

—¿Te has hecho daño?

—No físico, pero la moral la tengo por los suelos.

—Ya te veo.

Dos sonrisas insinuadas se convirtieron en sonoras carcajadas hasta que Gabriel se levantó y abandonó de puntillas el campo de batalla.

—Pide una pizza mientras recojo.

Claire giró la cabeza y alzó las cejas, dejándole muy visible una mirada tan verde como incrédula.

—Cariño, la intención es lo que cuenta y ya me has dejado claro que lo tuyo son los números.

—Ha sido un accidente, supongo que a ti también te habrá pasado alguna vez.

—Déjame que piense… —dijo Claire, cruzó los brazos, con la barbilla elevada y los labios fruncidos—. No, jamás.

—Habrás tenido suerte.

—O habilidad.

Esa voz suave con tanta suficiencia empezó a molestarle.

—Pide la pizza si quieres cenar, porque yo abandono en cuanto recoja.

—Muy bien, pero te advierto que llegará en media hora, date prisa, si no quieres comértela para desayunar.

Estaba demostrado que uno no podía tener de todo en la vida, y Gabriel carecía de coordinación cuando salía de su medio, que

claramente no eran las tareas domésticas ni la cocina. Claire llegó riéndose al dormitorio, recordando el día que Ethel les dejó un pastel de carne en una bandeja de cristal tapado con papel de aluminio. Solo le encomendó calentarlo mientras se duchaba, pero a los cinco minutos apareció en el baño diciéndole nervioso que el microondas iba a explotar de un momento a otro; algo que no ocurrió en cuanto ella retiró el papel de aluminio y le explicó los requisitos mínimos de funcionamiento.

Más tarde, veían una película y comían pizza en el salón.

—No entiendo cómo siendo tan inteligente para unas cosas, para otras eres nulo.

—No te pases.

—No te enfades, pero es cierto.

—Igual que tú con las cuentas —replicó torciendo una sonrisa.

Jack cayó en el sillón, reclinó la espalda y se subió las gafas a la cabeza cerrando los ojos, agotado por la de cosas que había hecho ese sábado; el primero que inauguraba su nueva etapa en Quebec. Podía sentirse orgulloso de la casa, se veía reluciente: el suelo de madera oscura brillante, una cocina parecida a la del apartamento, electrodomésticos de acero y sobriedad, la chimenea de hierro restaurada, que aparte de calidez aportaba un toque rústico, y unos pocos muebles cómodos; el sofá de cuatro plazas; dos sillones orejeros; y una pantalla de televisión enorme para ver otra vez la liga de hockey sobre hielo durante las largas tardes de unos gélidos inviernos.

Escuchó toser a Cordey y se levantó raudo. Una de sus mayores preocupaciones era que el niño se pusiera enfermo y no supiera reaccionar. Entró en el dormitorio contiguo al suyo, el único terminado. Incluso tenía ya las cortinas azules elegidas por su madre que resaltaban entre el pálido beige de las paredes y el blanco de los muebles. La temperatura le pareció agradable cuando se acercó a la cuna, colocada en un rincón al lado del radiador, también había un móvil con varios peluches colgado del techo.

Jack se inclinó en la cuna a la vez que Cordey tosía de nuevo, le tocó la carita y notó el calor anormal de la fiebre. Se agobió buscando un termómetro en el baño hasta que lo encontró y lo introdujo en el oído del niño. Marcó 39 ºC. Al sacarlo de la cuna, comprendió por la laxitud de su cuerpo la inapetencia que desde hacía varios días observaron tanto él como Elizabeth.

No lo pensó, debía verlo un médico. Llamó a un taxi, se puso unas deportivas y vistió a Cordey con un pelele fino de manga y pantalones cortos, siguiendo los consejos leídos en los artículos de las revistas para padres que últimamente compraba de manera compulsiva.

En menos de quince minutos entró rápido en el Centro Hospitalario de la Universidad Laval donde tenía la consulta Christina. La corpulenta mujer de admisiones no levantó la cabeza de unos documentos mientras Jack abría la cartera encima del mostrador para sacar su tarjeta sanitaria.

—Disculpe, señora. Necesito que la doctora Christina McQueen vea a mi hijo.

—Un momento, por favor.

La mujer, que mordisqueaba un bolígrafo, ni siquiera lo miró, descolgó el teléfono y siguió sin atenderlo.

—Señora, disculpe. —Jack subió el tono de voz y se ganó una mirada displicente—. ¿Puede avisar a la doctora?

—Señor, cuando haya hecho el parte de su hijo, avisaré al pediatra de guardia.

—¿Y en qué momento ocurrirá eso?

—En cuanto termine con lo que estoy haciendo.

Dicho esto, la señora giró la cabeza y lo ignoró. Cordey gimoteó y aceleró el enfado de su progenitor, ya en un punto difícil de comedir.

—Escúcheme atentamente —dijo Jack, dando una palmada seca en el mostrador. La mujer movió la cabeza con brusquedad—. Mi hijo tiene fiebre y tos. Necesita que lo vea su pediatra, la doctora McQueen. Voy a repetírselo otra vez: ¿puede avisarla? Pero ¡ya! —gritó enfurecido—. ¡No cuando a usted le dé la gana! ¡No cuando piadosamente considere! ¡Ahora mismo!

—Como no modere el tono, voy a llamar a seguridad.

—Como no avise a la doctora, despídase de su puesto.

—¿Me está amenazando, señor…?

—Drake. Soy Jack Drake. Dígame su nombre, por favor.

—No será necesario, señor Drake —dijo la mujer conmocionada; sabía quién era, y la beneficiosa relación que mantenían el hospital con el Scotia. Con una eficiencia que desmentía el tiempo previo malgastado, confirmó en el ordenador que Christina había acabado el turno hacía unos minutos—. Siento decirle que la doctora ha terminado su guardia. Reconocer al niño sería cosa suya, pero puede intentarlo, su consulta es la 23. Si no estuviera, dígamelo para avisar al doctor Memfli, que es quien ha empezado el turno de pediatría.

Tras una breve indicación, encontró Jack el pasillo de la consulta. Tocó en la puerta con los nudillos, aguardó un instante, e insistió. Con mala leche y una resignación involuntaria, dio la vuelta.

—¿Me buscaba?

Al escuchar esa voz áspera, Jack se paró y giró rápido el cuerpo. Ahí se quedó atrapado entre un carbón líquido, escarbando en sus ojos, tan impactados como los de él. Todos tenían razón, la doctora era hermosa, y un ángel salvador en ese momento.

—Hola, soy Jack Drake —saludó serio—. ¿Eres Christina?

—Sí —afirmó sin sostenerle la mirada más que unos pocos segundos, no estaba preparada para aquel turquesa estremecedor—. Al fin nos conocemos.

—Sí —dijo con un deseo nulo por mantener una charla cortés—. Cordey tiene fiebre y tos, necesito que lo examines.

—Lo siento, me pillas saliendo. Tendrá que verlo Memfli, es un buen médico, no te preocupes.

—Tú —espetó—, eres su pediatra.

—Sí, y he terminado mi turno de trabajo —comentó a la defensiva, correspondiendo a la tensión que Jack no se molestó en ocultar—. No puedo perder media hora cuando hay disponible otra persona para atenderlo. Buenas noches, Jack Drake.

—¡¿Te vas tan tranquila dejando tirado a un paciente?!

—Sí —respondió rotunda. Tras todo el día encerrada en el hospital sin parar de atender urgencias reales había perdido otra vez la ocasión de hablar por teléfono con Ari gracias a la diferencia horaria, solo soñaba con llegar a su casa y tomar una ducha caliente; tan solo esas dos cosas y en ese orden; nada de prepotentes viudos atractivos, por mucho que el niño fuese uno de sus pacientes habituales. Ni su aspecto ni la ligera tos que emitió eran síntomas de gravedad—. La consulta del doctor Memfli es la 12.

Christina no vaciló, dio la vuelta y se quitó de en medio, lo más sensato que podía hacer ante semejante histérico.

—¡No sé de dónde coño se ha sacado mi familia que eres buena médico! —gritó impertinente, ignorando la mirada aterrorizada de una señora mayor que deambulaba por aquel pasillo. Christina movió la cabeza en una sutil negación, sin girarse, prendiendo más la dinamita de Jack—. ¡Esto no va a quedar así, doctora! ¡Tienes los días contados en este hospital!

«Uno, dos, tres, cuatro…». Ese era el bucle mental de Christina cuando abrió la puerta y salió del trabajo aquel sábado armonioso que concluía con un energúmeno inestable lleno de mala leche y mala educación. Si encima, por la conversación de Elaine, podía suponer

que tampoco era de fiar, tomaba como opción ni intentar conocerlo. No estaba para tonterías de nadie y menos de alguien tan desconsiderado.

Razonando sus motivos en una especie de remordimiento subconsciente, cruzó la carretera hasta la *Rue* Noury, que atravesó para meterse de lleno en la *Rue* Power, la calle donde vivía, a poco más de cinco minutos a pie del hospital. Su barrio, Sillery, a esas horas estaba en silencio pese a ser céntrico, tener algunos restaurantes y dos hileras de casas, ordenadas sin ningún criterio unificador, solo que todas eran independientes y tenían un pequeño césped delantero. La suya tenía la fachada oscura y el tejado a dos vertientes, con un espacio amplio plano en el centro; por esa forma, parecía chafada, aunque por altura era como las demás. En esa casa de alquiler estaba consiguiendo un hogar acogedor para las dos, Ari tenía el colegio a pocas manzanas, su trabajo a un paso; para los meses que llevaba en Quebec podía sentirse satisfecha. Entremezclando las buenas vibraciones ante un futuro esperanzador, olvidó al guaperas de ojos penetrantes y se centró en que llegaba a tiempo para realizar su escasa pero ineludible actividad, en su beneficio, buscando un descanso merecido.

NUEVE

Quebec, 4-8-13

Canadá

Un apetecible aroma a hamburguesa a la plancha penetró con fuerza en el olfato de Christina al traspasar con Elaine la puerta del jardín. Se vio incapaz de rechazar esa barbacoa por varios motivos. Uno, porque tenía el domingo libre y no le apeteció quedarse sola. Dos, le caían bien Sean y Elaine. Y tres, quería tener enfrente a Jack Drake para aclararle algo que pareció distorsionar y le había acarreado una desagradable conversación con el jefe de personal. El señor Drake no amenazaba en balde.

Por suerte, ese día solo se escuchaba una canción suave de fondo, y, por desgracia, su entrada captó la atención de Jack y Sean, los únicos asistentes a la comida. Mientras el abogado se acercó a ellas, Jack no se movió del sitio; ni amagó el intento por subirse las gafas de sol ni de dar un paso en su dirección.

—Hola —saludó dando dos besos a Sean—. ¿Cómo estás?

—Bien, Christina, ¿y tú?

—Sola. Ari está en Lerwick con mis padres.

—Tendremos que animarte —comentó sonriente, miró un instante a Jack y añadió—. ¿Conoces a mi hermano?

—Sí —afirmó, apretó los labios en una sonrisa forzada—. Hola, Jack. —A unos metros, Jack inclinó la cabeza y les dio la espalda. Christina intuyó que tanto Sean como Elaine desconocían el gran momento que compartieron. Vio al niño dormido en el cochecito, al lado de la mesa, se aproximó a él y preguntó elevando la voz—. ¿Cómo está Cordey?

—Muy bien, gracias.

Jack no se molestó en girarse mientras volteaba con la pala las hamburguesas. Christina aceptó esa actitud pueril y lo ignoró durante el tiempo que duró la carne al fuego. Luego, sentados en la mesa, fue difícil alejar los ojos de una ternura tangible al verlo darle el biberón a Cordey, o de una sonrisa blanca donde admiró una dentadura perfecta, o de unas manos elegantes que con amabilidad le sirvieron la comida pese a no arrancarle ni una palabra dirigida a ella. Cansados del comportamiento hosco de Jack con Christina, Elaine y Sean no

necesitaron palabras para ponerse de acuerdo. En cuanto ella se levantó con la excusa de sacar el postre, Sean la siguió a la casa.

A Christina no le molestó el silencio de Jack, que comía con la vista clavada en el jardín, pero se le presentó la oportunidad esperada y comentó:

—Siento que no entendieras mi postura, pero las guardias son así. Creo que te has pasado al poner una queja.

Jack giró la cabeza, masticando con la boca cerrada. Tragó y la dejó esperando unos segundos hasta que sació la sed con un buen trago de agua.

—Me da exactamente igual lo que creas. No te costaba perder un momento y no quisiste. Ejercí un derecho como paciente.

—Como tú llegan al día decenas de personas a urgencias, si funcionásemos como quieres, los médicos ni siquiera tendríamos la poca vida que tenemos.

—Haberte hecho peluquera.

—¿Cómo? —preguntó cansándose—. No sé a qué te dedicas ni si te gusta tu profesión, pero cuando te haces médico te garantizo que el ochenta por ciento somos vocacionales. No me parece correcto que por tu intransigencia se ponga en duda mi profesionalidad, no creo que sea justo. Además, amenazar con los trabajos es mezquino. ¿Usas siempre tus influencias para intimidar?

—Lo que me dé la gana, doctora McQueen —dijo cortante—. Voy a seguir llevando a mi hijo a tu consulta porque no quiero dar a mis padres ninguna explicación, seguiré viniendo a casa de mi hermano cuando me invite, aunque tú también vengas, porque tampoco quiero darle explicaciones. Pero, cuando estemos solos, no me hables y no me mires; no me gustas. Voy a transigirte por ellos, ¿entendido?

—Que te quede clara una cosa, niñato —escupió en un murmullo —, no voy a mirarte ni a hablarte porque tampoco me gustas, es más, diría que representas lo peor de tu género, pero no porque me lo ordenes, ¿entendido?

—Estúpida —masculló Jack, cortó un trozo de carne, se lo metió en la boca y volvió a ignorarla. Pocos minutos después, se levantó, sacó al niño del cochecito y lo sentó en sus piernas—. ¿Has dormido bien, cariño?

—¿Sigue tan bueno?

—¿Quieres que vayamos a buscar a Ophie? —preguntó, ignorando adrede a Christina—. Parece que estamos rodeados de sordos.

—O de imbéciles.

—¿Has oído algo, cariño? —preguntó Jack, acariciando la carita de Cordey—. Creo que ha sido un cuervo, solo he oído un graznido en

una lengua incomprensible.

—Gilipollas.

—Otra vez, Cord. ¿Qué idioma hablará? —preguntó, levantándose —. No sé…, será mejor que nos vayamos dentro, no quiero que nos ataque.

Sean se cruzó con Jack al salir de la casa.

—¿Te vas?

—Voy a cambiarle el pañal, y sí, nos vamos ya. Mañana me espera un día complicado en el banco.

—Como quieras —dijo, dándole una palmada en el hombro—. ¿Te cae mal Christina?

—No —contestó evasivo y reinició el paso—. ¿Te ha dado esa impresión?

—No me engañas, Drako, te pasa algo con ella.

—Sí —gruñó, enfrentándose a él con el niño en medio—. Estoy harto de que intentéis metérmela por los ojos. Está muy buena, tiene un pedazo de polvo, pero no me gusta. Eso es lo que me pasa con la doctora.

—Tranquilo… —dijo, percibiendo el acelerón de Jack—, a ella tampoco pareces gustarle.

—Mejor, un problema menos.

Cuando llegó Jack por la tarde a su casa, acostó a Cordey en la cuna y se dio una larga ducha. El calor, unos ojos negros que parecían matarlo en cada mirada y un cuerpo femenino para el vicio animaron una inesperada erección. Desde la muerte de Cora no se había acordado del sexo y, por desgracia, esa infame necesidad aparecía de nuevo con la escocesa más exuberante, arisca y chula que podía haber conocido. Se repitió a sí mismo que aquella excitación se la podía provocar el recuerdo de cualquier otra mujer, sin embargo intentó concentrarse en otros rostros, en otros cuerpos, y nada, su pene selectivo solo quería a una persona; la menos propensa y de quien prefería mantenerse alejado, aunque no tuvo reparos en disfrutar con ella de unos fervientes minutos; realmente placenteros mientras fuera una relación platónica limitada a sus manos e imaginación. Luego, inclinó la cabeza entre los brazos, arrepentido, tratando de recordar la última vez que hizo el amor con Cora. Lloró lágrimas aún enrabietadas por su ausencia; más lejana por días; menos dolorosa por momentos. A pesar de la sensación de abandono que martirizaba su cabeza, la imagen de Cora se dispersaba como niebla. Aunque tratara de mantenerla fresca con las fotografías; el sonido de su voz suave, el

olor fresco de su piel o la suavidad de su tacto serían recuerdos imperecederos para él que Cordey jamás reconocería por muchas explicaciones que escuchase. Esa memoria que su hijo guardaría de ella sería su esencia, no la apariencia que reflejaban las fotografías. Con ese pensamiento, sin necesidad de poner la alarma para la siguiente toma, ya no le hacía falta porque solía despertarse y si alguna vez se retrasaba el crío esperaba paciente, Jack se metió desnudo en la cama para dormirse como un bendito en cuestión de minutos.

En el pulcro y vasto césped solo se encontraban los miembros del equipo que lanzaba. El resto de jugadores asistentes al X Premio por Parejas de Quebec Golf observaban alejados a varios metros, protegidos del sol que caía a plomo bajo la sombra de algunos árboles o por los enormes paraguas con el logotipo del club. La doctora McQueen participaba con su amiga Jane Dixon, ginecóloga, compañera del hospital y tan perdida con los hombres como ella tras un divorcio donde había dejado quince años de su vida y mucha ilusión. Jane no aparentaba sus cuarenta y dos primaveras por un cutis sano y una complexión delgada; por un peinado juvenil en una melena rubia despuntada, y por un rostro aniñado que resultaba atractivo pese a no ser una belleza. No eran especialmente buenas jugando, pero se divertían y formaban un equipo avenido compitiendo en la categoría de *Damas +36-50* (sí, el treinta y seis indicaba la edad mínima). Había otras dos más: *Sénior*, donde participaba John Drake con otro señor de una edad parecida a la de él, y *+19-36*, por supuesto, la de Sean Drake, que aquella mañana de domingo tenía a Jack como pareja.

En cuanto se aproximó Christina para seguir con el turno, Jane permaneció algo retrasada de la línea de tiro mientras nadie se movía ni hablaba respetando la preparación del golpe; aunque Jack olvidó una norma de etiqueta y se apoyó en su *putter* con el gesto rígido, mirándola a punto de desintegrarla. Christina, que no esperaba volver a coincidir con él una semana después de la aclaración de sus posturas, cogió el hierro del 5 y, sin dejar que la interferencia del Viudo mafioso afectara en su habilidad y práctica en el juego, calibró el viento antes de concentrarse en el hoyo y lanzar.

—No sabía que Christina jugaba —comentó John desde la arboleda, atento a los movimientos de la doctora—, tiene estilo.

—Normal —dijo Sean—, es escocesa.

Jack no movió los labios, se conformó con ver a Christina levantar

los brazos, golpear la bola y mandarla volando a más de ciento sesenta metros, cerca de los árboles y de ellos. El sistema de juego era Match Play, por lo que ganaba el hoyo quien lo hiciera en menos golpes que su rival y no era imprescindible acabar de meter la bola en el hoyo, ya que se acumulaban los puntos ganados en hoyos anteriores.

En las horas siguientes, los mejores destacaron por la puntuación. Los Drake lideraban la categoría de caballeros y las doctoras la de damas.

Para no prestar atención a la jugada que Jack iba a realizar, Christina ignoró el siseo de otro jugador, el silencio respetuoso se exigía en otra norma, y se distrajo cuchicheando con Jane. De repente, una bola con una fuerza rabiosa sobrevoló las cabezas del público y cayó a los pies de la escocesa. Jack, que acababa de infringir la norma de cortesía más importante: no golpear la bola sin avisar si esta puede alcanzar a los integrantes del encuentro, además de no estar permitido era una temeridad, con bastante mala leche, se abrió paso entre sus adversarios hasta que encontró al cuervo parlanchín. No apartó los ojos de una camiseta negra de tirantes, donde dos pechos generosos parecían apretados, de unas caderas marcadas en una faldita blanca ni tampoco de unos muslos y pantorrillas torneados con sinuosidad. Pudo apreciar claramente todas las curvas del cuerpo de esa mujer. Al tenerla enfrente no quiso privarse de dejarla en evidencia y, centrado en unos labios sonrosados como fresas maduras, espetó:

—Para ser del país que inventó este juego, no tienes ni idea de las normas de etiqueta.

—¿Tú, sí? —preguntó indiferente al atractivo Drake. Vestía un pantalón azul marino, un jersey de pico en otro tono azul más vivo, un polo blanco, guante rojo de piel en la mano izquierda, y zapatos blancos con solapas de flecos marrones. Tenía el cabello tapado por una gorra oscura con el logo del club en la visera y los ojos ocultos tras unas gafas de sol de pasta negra; un alivio para mantener a raya el trastorno de verlos—. Sigue con el encuentro y no olvides tus propias reglas.

—Mantén la boca cerrada —dijo Jack a poca distancia, cerniéndose sobre ella, mientras la compañera apretaba los labios con los ojos abiertos de par en par, mascando la tensión que circulaba—. Si participas, acatas las normas, si no sabes, vuelve a tu casa.

—Te digo lo mismo —replicó. Durante unos segundos endemoniados, lo observó perpleja. Él, que ni siquiera tuvo la deferencia de despedirse en la barbacoa, el mismo individuo que no había dudado en dejarla sin empleo, ¿él tenía la desfachatez de exigirle un comportamiento correcto? Increíble—. Te harían falta

algunas clases de modales, pero no tengo tiempo ni ganas de enseñarte. Aunque no pierdas la esperanza, eres muy joven y puedes aprender con cierta facilidad.

Jack entrecerró los ojos, mirándola con un desprecio que hirió su dignidad, dio la vuelta y se alejó refunfuñando.

—Menudo carácter —dijo Jane, atenta a la figura masculina—, aunque podría perdonarlo.

—Es el padre de un paciente. —Christina suspiró hondo—. Está molesto porque no quise atenderlo fuera del turno de guardia.

—Me he dado cuenta —dijo Jane sonriendo.

—Tengo su teléfono. —Christina se echó al hombro el saco con los palos—. Cuando quieras ver a un cavernícola, dímelo y te lo doy.

—No creo que ese «cavernícola» —dijo haciendo hincapié en la palabra—, como tú le llamas, esté interesado en mí.

—¿Y en mí sí? —preguntó, elevando las cejas—. Jane, por Dios, si se contiene a duras penas.

—Del amor al odio hay un paso, y al contrario también.

—Te aseguro que en este caso no habrá nunca amor. —Christina siguió al grupito que salía de la agradable sombra hacia el *green* sin percatarse de los ojos turquesas que no se separaban de ella. Era una mala jugada del destino que el primer hombre desde el divorcio que conseguía perturbarla no hubiese acertado con la emoción adecuada, pero la vida era así y aceptaba su suerte—. Pero eso no quita para que ganemos y le demos con el premio en las narices.

—Habrá lo que quieras, Chris —dijo Jane después de mirar de soslayo a Jack—. A ese tío le gustas. No te quita los ojos de encima. Yo que tú aprovecharía la oportunidad, está más que bueno para un rato, tampoco vais a casaros.

—No soy de ratos, Jane. No sé diferenciar el sexo del amor. No lo he hecho nunca y no tengo intención de lanzarme a la vida loca a mi edad.

—No te lances —dijo Jane, con una sonrisa pícara, agregó—, tírate solo a este. Estás sola, es verano… Deja de pensar como una madre abnegada o como una médico eficiente. Tienes treinta y nueve, eres guapa y estás libre; no seas tonta porque el tiempo va pasando, Chris. Te lo digo por experiencia.

—Parece que tengas ochenta… —Christina sacudió la cabeza, alegre, y susurró—. Tendré que seguir esperando porque a ese no pienso tirármelo.

—Eres muy guapa y muy tonta.

—Gracias, tu representado me ha dedicado adjetivos peores.

Tras escuchar la protesta de un jugador, Christina y Jane cerraron

la boca. La mañana avanzó al ritmo que las puntuaciones sumaban, las miradas mataban y el calor abrasaba la garganta de Jack. A solo un golpe de ganar el torneo de caballeros, bebió de una botella de agua y se preparó delante de la bola. Justo en el momento que trazó la trayectoria con el brazo para golpear con un hierro del 9, Christina tosió de forma involuntaria; suficiente para que la bola volara alejada del objetivo pretendido por Jack. Con un murmullo decepcionado como sonido de fondo, Jack dejó a Sean para que acabara la ronda. Saltándose otra de las normas de etiqueta que tanto valoraba en los demás, pasó a la velocidad del rayo por delante del resto de jugadores, sin saludar ni agradecerles la compañía.

Minutos después, concluyeron con unos aplausos y unos saludos tal y como se preveía; las doctoras ganaron en Damas; John y James Atkins en Sénior; y en menores de treinta y seis, Sean y el Viudo educado.

Divertidas por el éxito, Christina y Jane recibieron el trofeo y respondieron amables a las felicitaciones de casi todos los participantes. En el jardín que había a unos metros del salón social colocaron una carpa blanca con una veintena de mesas redondas, elegantemente dispuestas para la comida posterior a la entrega de premios. Con ganas de pasarlo bien, se sentaron rodeadas por varios socios.

—Es todo un honor que hayas elegido nuestro club —dijo el señor que tenía Christina a la derecha.

—Gracias, llevaba mucho tiempo sin jugar —comentó Christina al anciano que no dejaba de intentar ser agradable. En la mesa sin *Drakes*, empezó a saturarse de conversaciones absurdas, pero fue diplomática—. Pueden sentirse orgullosos, tienen unas instalaciones estupendas, es uno de los mejores donde he jugado.

—Cuando quieras puedo acompañarte.

Christina sonrió sin despegar los labios, pensando en que si con hombres más jóvenes y atractivos no se planteaba nada, con él hasta tuvo su gracia dedicarle unos minutos. Ese hombre simpático arrancó risas en los comensales de la mesa, dispersó problemas y alejó el tiempo hasta que cayó la tarde y observó a Jack levantarse, hablar con John y salir al momento de la carpa.

Sin obligaciones, Christina y Jane se tomaron unas copas de champán y charlaron animadas; aunque la emoción de la escocesa, algo alcoholizada, descendió de manera estrepitosa desde que Jack no estaba allí. No se entendía. Solo sentía animadversión por él; sin embargo, echaba de menos su presencia. «¿Por qué?», se preguntó insistente. Era recíproco, él se lo había dicho con las palabras exactas:

«No me gustas». ¿Estaba entrando en esa fase inestable de la vida donde mezclaba fantasía con realidad? ¿Sería porque se acercaba a los cuarenta y necesitaba sentirse deseada por alguien joven como él? Si todo ese embrollo mental era porque se repelían, no vislumbró a imaginar qué sería de ella en el otro extremo. Ese del que se alejaría a toda costa para sobrevivir a un carisma masculino potente que podía arrastrarla a un lugar desconocido y, hasta entonces, jamás explorado más allá de un sexo aburrido nada recurrente para motivarla.

Un par de días después, en una de las tiendas del Centro Comercial Laurier, Jack buscaba toallas en una estantería vertical con varias filas alineadas por gamas de colores mientras Elaine daba una vuelta echando un vistazo entre juegos de sábanas, mantelerías y ropa de hogar.

—Hola, qué sorpresa —dijo Christina alegre, sin ver a Jack a unos metros de ellas en el pasillo de atrás. Besó a Elaine en la cara y preguntó—, ¿comprando para la casa?

—No, estoy ayudando a Jack.

—Ah… —Christina mutó el gesto de forma automática—. Bueno, te dejo. —habló rápido, desvió los ojos hacia las toallas beige que llevaba en la mano y comentó—. Tengo un poco de prisa. ¿Todo bien?

—Sí. A ver si quedamos otro día.

—Ellie —dijo Jack. Al salir de su pasillo, se bloqueó ante la bella escocesa. Esa tarde vestía unos shorts cortos rojos, una camiseta rayada en franjas blancas y azules y unas cómodas deportivas de lona —, hola, doctora.

—Hasta luego, Elaine.

Christina ignoró a Jack siguiendo sus precisas instrucciones y pospuso la compra innecesaria que pensaba realizar. Abandonó las toallas encima de un expositor con muestras de tela para cortinas y salió a paso ligero de la tienda.

—¿Por qué os caéis mal? —preguntó Elaine molesta, no le gustaba ni entendía ese trato beligerante cuando por separado los dos eran sociables—. Es un coñazo estar cerca de vosotros.

—No me gusta —dijo frío, vio las toallas repudiadas y las cogió; eran lo que estaba buscando, con ese rizo grueso mullido y suave que no había conseguido encontrar por sí solo. Con indiferencia, añadió—: Es mutuo, ya lo estás viendo, así que no sufras.

—Me parece muy bien, pero es una lata; podrías esforzarte un poco, cuando quieres eres un encanto.

—Tú lo has dicho, cuando quiero —habló yendo hacia la caja para

pagar—, y con ella no quiero.

—Si es por lo que pasó la noche que fuiste con Cordey a urgencias, no tienes razón y deberías saberlo. Imagina que pasara en el banco, ¿no podríais cerrar? —preguntó irónica—. Eres mayorcito para comportarte como un adolescente.

—¿Me comporto como un adolescente porque paso de una tía que a vosotros os cae de puta madre? —Jack negaba con la cabeza mientras sacaba la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros. Tras darle la Visa a la cajera, volvió a la conversación—. Lo siento, cuñadita, pero es lo que hay.

—No estaría tan segura —masculló.

—Te he oído —dijo Jack, agarró la bolsa con la compra y salió del establecimiento delante de Elaine—. No voy a repetírtelo, no me gusta la doctora, piensa lo que te dé la gana.

—Desde luego… —Risueña, se sujetó a su brazo y tiró de él hacia la cafetería—. Invítame a una cerveza, me la merezco. —Cuando se sentaron y saciaron algo la sed, Elaine no se cortó y preguntó—. ¿Has estado con alguien estos meses?

—No —respondió rotundo—. Sabes quién es mi prioridad —sonó seco—, ¿a qué viene esa preocupación, Ellie?

—A nada. No quiero inmiscuirme en tu vida, Jack, pero me parece que tus remordimientos con Cordey no te permiten sobreponerte. Hay una vida aparte de cuidarlo.

—Lo sé, pero ahora quiero disfrutar de él, de mi soledad y de mi nueva casa, no me apetece entrar en la dinámica de amoldarme a nadie. Al menos, no de momento.

—Mientras sea así, me parece bien —admitió con una breve sonrisa, pensando en algo que intuía se le escapaba. En voz alta, dejó salir un pensamiento—. Christina se va en septiembre a Escocia.

—Joder, Elaine —espetó Jack—, gracias por no darme ni una puñetera tregua. ¿Cómo coño tengo que decírtelo? —preguntó enfadado. En ese instante de euforia no se percató de que Christina estaba en la entrada de la cafetería—. ¡No me gusta la maldita doctora!, ¡la detesto! ¡¿Te ha quedado claro?

Elaine no apartó los ojos de Christina, parecía a punto de llorar, inmóvil. Jack giró rápido la cabeza y frunció los labios también cohibido por la tristeza que le inspiró un carbón apagado. La doctora reaccionó y, moderando el desprecio, elevó la barbilla para enfilar la escalera mecánica. Cuanto más se alejaba, mayor era su indignación. Intentaría llegar al hospital y, como poco, con el turno de doce horas que tenía por delante mantendría la cabeza ocupada para olvidar a Jack Drake. Se sentía vulnerable con él, era la segunda vez que se

venía abajo incapaz de enfrentarlo y no podía consentir que alguien a quien apenas conocía, por un absurdo capricho, se colará constantemente en la vida vacía pero ordenada que tantos sacrificios estaba costándole conseguir.

Abochornada por unas palabras hirientes que encima temía no habían sido sinceras, Elaine esperó que Jack abonara en la barra las cervezas.

—Deberías pedirle disculpas —dijo Elaine cuando salían—. Qué vergüenza, Jack.

—Lo siento —comentó consciente de la metedura de pata—, dentro de unos días tiene que ver a Cordey, hablaré con ella.

—Hazlo, por favor. Entiendo que no te guste, en serio, pero eso no quita para ser correcto y elegante, y no lo has sido.

—Lo sé —afirmó, batió las mandíbulas, tenso—, no he sido muy correcto desde que la conocí.

—¿Muy? —preguntó, alzando una ceja irónica, se agarró a su brazo y sonrió—. Eres un borde con ella. No sé si es una nueva modalidad para ligar.

—No empieces… —Jack negó resignado y anduvo en silencio hasta la plaza del aparcamiento subterráneo donde había aparcado el BMW de Gabriel, suyo hasta que comprara uno nuevo—. Intentaré ser más amable.

—Qué detalle, Jack Drake —exclamó burlona.

El móvil de Jack sonó mientras maniobraba, pisó el freno y respondió:

—Hola, mamá, estamos saliendo.

—Te llamo para que no lleves a Elaine a su casa. Sean y Ophie están aquí y van a cenar con nosotros, quédate tú también.

—De acuerdo. Nos vemos en un rato.

Así era la nueva rutina de Jack en Quebec. Estaba bien arropado por su familia, no echaba de menos el ajetreo de Nueva York y en el banco desarrollaba el mismo trabajo con un equipo bien cualificado. Su vida giraba en torno a Cordey y al hogar estable que quería edificar para él. Aunque Elaine y otros pudieran pensar que actuaba con celo por las semanas que no supo afrontar cuando Cora murió, no era solo por eso. Habían pasado cuatro meses y pese a la irreprimible tristeza que siempre buscaba la noche para desvelarlo, creía estar superándolo. Esta etapa significaba para él cambiar, madurar como hombre, ofrecerle a Cordey la versión cariñosa de su carácter, asentarse, asumiendo el destino sin interferencias femeninas y, por descontado, sin caer en viejos errores que podían repercutir de manera negativa en los dos.

Después de acostar aquella noche al niño, entró Jack en su habitación, que era muy grande y cuadrada, con dos puertas de balcón, una cama de dos metros por dos, vestida con una colcha fina de color mostaza, y dos mesitas a los lados.

Pretendió dormirse temprano; sin embargo, por primera vez desde que se mudó no descansaba. A duras penas conseguía cerrar los ojos cuando de improviso llegaban palabras espetadas en un instante de ofuscación. Observaba tumbado boca arriba las sombras fijas que la luz tenue de la luna filtraba y desplegaba en el techo a través de las cortinas. Enfadado consigo mismo, sin saber si sería capaz de mirarla a la cara para excusarse, trató de descubrir por qué no era capaz de dispersar la imagen perpleja de Christina de su mente ni la humillación que percibió en sus preciosos ojos. No era su estilo agraviar a nadie cuando los dos ya habían mostrado sus cartas; aunque se preguntara la razón de esas desmesuradas reacciones si ella no le afectaba. «¿Estaba loco?» «¿O esa animadversión realmente ocultaba algo?» Ni de lejos quiso aceptar una respuesta afirmativa. No podía admitir que la doctora era la única mujer que conseguía irritarlo, tal y como le sucedió cuando conoció a Cora. Recordó los desplantes o la mala leche con la que se hablaban y se asustó muchísimo. Aquel odio pasó en cuestión de segundos a la mayor pasión que jamás había sentido, la que se metió en su corazón y no fue capaz de alejar ni con la distancia, el tiempo ni las decenas de mujeres que buscó para olvidarla. Con la escocesa volvía a sentir el mismo cosquilleo en el estómago, si bien, presintiendo que podía hundirse de forma definitiva, debía sacar provecho de la experiencia manteniéndose al margen porque emocionalmente no estaba preparado para iniciar ninguna relación de ese calibre; al menos, eso creía.

A poca distancia de una de sus propiedades recién heredadas, en Kensington, el ruido del tráfico aisló a Claire dentro del taxi camino del Cementerio Kensal Green. Marion Sabo había muerto el día anterior, un 15 de agosto de 2013, y con ella desaparecía otra persona que conoció por un tiempo demasiado breve también perseguida por la maldición del exiguo o nulo linaje de los Clainston, los Sabo, Merritt —y por qué no, Barinov— dejándola como única descendiente.

Despidiendo a Marion cerraba un capítulo y abría la puerta a un vasto patrimonio indeseado proclive a ocasionarle acaloradas discusiones con Gabriel. Aunque compartían la idea de no precipitarse y desde que salieron de Terranova eran asuntos secundarios.

En la elegante y pálida capilla del cementerio, con austeras columnas dóricas y ocho filas de bancos, escucharon misa por su descanso eterno antes de acompañar los restos a la cripta de los Sabo. Claire tuvo una sensación similar cuando enterró a su madre y se repitió la misma pregunta: «¿Conocer con antelación la muerte suavizaba el dolor?». Igualmente, tampoco supo responderla.

Luego, el silencio entre los caminos de grava confinados en verdes prados con pétreas lápidas, grandes y pequeñas, ajadas por la intemperie, guió la comitiva fúnebre hasta la calle de los tristes panteones salpicados de flores marchitas. Al acceder a una pretenciosa antesala hacia un más allá discutible pero anhelado por muchos (como Marion) Gabriel sujetó la mano de Claire, miró a Zanelli y giró la cabeza para ignorar una sonrisa que buscó amabilidad y encontró desdén. La cripta tenía una pequeña cúpula y un frontal con los relieves de varios pasajes bíblicos esculpidos en piedra gris; era lúgubre, tanto como las lágrimas de Claire delante por primera y última vez de los restos de su abuela biológica. Se le erizó el vello ante la frialdad del mármol negro de los nichos de Margaret, Sigmund o las cenizas de Richard Sabo.

—Mi amor —susurró Gabriel en su oído—, vámonos, no seas más cabezona, por favor.

—Sí, estoy cansada.

Gabriel sonrió y tocó cariñoso su brazo. Comprendía perfectamente ese agotamiento tras las horas posteriores a la noticia del fallecimiento, el vuelo de madrugada o el tiempo que llevaban de velatorio en la casa de Kensington. Claire era voluntariosa como el Inquisidor protector con ella, y estaba más que justificada la despedida cuando le quedaban dos meses de embarazo.

—Claire, pasado mañana me voy a Florencia y deberíamos hablar —dijo Zanelli en cuanto salieron de la cripta—. No volveré a Nueva York hasta septiembre.

—Pásate después por la casa de Marion.

—Mejor —interrumpió Gabriel severo—, venga mañana sobre las diez.

—Es verdad —dijo Claire dándose cuenta de que debía descansar —, te espero a las diez. Tenemos varios temas pendientes.

Biagio Zanelli forzó una sonrisa sin desviar los ojos hacia Gabriel, inclinó breve la cabeza y se giró apresurando el paso tras un molesto murmullo de guijarros. En cambio, ellos anduvieron sosegadamente por el camino de los panteones hasta salir al paseo de tierra clara con hileras de estirados cipreses y espesos árboles que resguardaban del intenso sol, esculturas de ángeles, mausoleos que mostraban la

plasticidad del mármol blanco, cruces en pedestales y bancos de granito con algunas personas mayores sentadas. Todo en aquella mañana era decadente y nostálgico, incluido el canto de los pájaros que empezó a confundirse con el ruidoso tráfico de Kensal *Road*, donde se subieron a un taxi para cruzar el canal y regresar a una casa que volvía a atraer polémica.

—¿Estás segura de que quieres venderla? —preguntó Gabriel.

—Sí. —Claire dejó de observar por la ventanilla esa zona residencial clásica de Londres. Ningún edificio sobrepasaba los quince metros de altura y las elegantes fachadas de los nuevos respetaban los elementos y materiales de las antiguas. Antes de besarle la mejilla, respondió—. Muy segura, cariño. —Sin ganas de comentarle nada del ruin hallazgo hecho por Alexei cuando la ayudó a decidirse en las fotografías que el italiano le envió de Ryan Gallagher, continuó hablando—. Para dos veces al año que vendremos no merece la pena mantenerla —explicó sensata. Sobre la venta del piso que también había heredado ninguno objetó nada, pero esa casa fue un hogar para Marion y Richard Sabo. En ella, las implicaciones sentimentales podían confundirse. Si bien, Claire no quería ataduras innecesarias cuando sentía que esas propiedades no formaban parte de su legado; Boreal Róis ocupaba ese privilegio siendo la única casa que realmente consideraba de ella. Ni siquiera la mansión de Essex, que Marion brindó en su testamento para que no pudiese venderla, entraba en tan alta estima aunque soñara con convertirla en el marco perfecto para resarcir la terrible injusticia que su bisabuelo cometió con un joven ebanista lleno de ilusiones y genialidad. Claire estaba rendida ante el poderío de Alexei. No podía evitar sentirse orgullosa de llevar su sangre, incluso a veces creía que mucho antes de conocer la historia de su familia, inconscientemente, sabía que una parte de ella era rusa. Sujetó la mano de Gabriel entre la suya y entrelazó sus dedos—. No necesitamos lastres, cariño. Además, si reformáramos la de Essex para la colección de Liosha —comentó atenta a unas balas plateadas que mostraban escepticismo—, podríamos hacer una parte privada, no accesible al público.

—Nos meteríamos en un lío de los gordos…

—Tu especialidad —replicó risueña—, Torquemada.

Gabriel meneó la cabeza entornando los ojos, ignoraba que su mujer conocía esa expresión. Estaba a punto de claudicar.

—Vamos a ir tranquilos, cariño —dijo serio. Claire amplió una sonrisa, el Inquisidor no fallaba. Por ahorrarle quebraderos, añadió—: Déjamelo a mí, hablaré con Larson, supongo que le interesará el proyecto.

—¿Aquí?

—Trabaja en cualquier parte del mundo. Si se encargó de nuestra casa, no creo que rechace esta. A Daniel le gustan los retos, y me da que podría hacer algo interesante.

—Si no termino muy tarde con Biagio, podríamos ir mañana a verla.

—¿Quieres que vea con él la contabilidad? —preguntó sonriendo. No pretendía inmiscuirse; sin embargo ninguno se engañaba y tenían claro en qué parcelas brillaban, y que su mujer y los números tenían una relación nula era incuestionable, tan cierto como que el día tenía veinticuatro horas o que estaba ansioso por ver la cara del italiano cuando supiera las interesantes cifras que por arte de magia se habían esfumado de MaiSa. Disimuló y agregó complaciente—. Tú mandas. —Le besó el cuello y siguieron callados hasta que el taxista detuvo el coche en la esquina de Argyll *Road*, delante del número 18. La casa tenía un sótano con un ventanuco al nivel del suelo, donde había una terraza, un viejo olivo dando la bienvenida y unos rosales flanqueando un pequeño zaguán con arcos; por encima, tres plantas y una buhardilla; la fachada, de color arena, con varias ventanas alargadas bien alineadas y la carpintería de madera blanca; y como protección una verja negra alrededor de la esquina, con un ejército de combativas espadas y una puerta con manilla sin cerradura para evitar la contienda. En cuanto Gabriel cedió el paso a Claire, cariñoso, dijo—. Ahora a descansar.

Frente al espejo del vestíbulo, Christina se echó un último vistazo esperando a Jane. Esa noche de viernes le apeteció explotar su feminidad con un entallado vestido rojo, unas sandalias negras de tacón alto, y la melena suelta, que flotaba ondulada por su espalda y ocultaba los aros grandes de las orejas. Se acercó bastante para observar bien sus ojos, más profundos y misteriosos con la sombra oscura y la máscara en las pestañas, y los labios rojo fresa. Ante la falta de costumbre, se sintió rara, como si estuviera viendo a otra persona. A punto de eliminarse el carmín, resistió la tentación y agarró el bolso de mano; por mucho que lo deseara era absurdo pretender pasar siempre desapercibida.

Salió a la calle sin pensarlo más, aunque rogaba impaciente por la puntualidad de Jane para no dar pie a malos entendidos entre el vecindario. Observando los contados coches que circulaban, escuchando sus plegarias, apareció el Porsche blanco con la capota bajada.

—Chris, estás divina —dijo Jane cuando se sentó a su lado—. Voy a tener que pasarme toda la noche quitándote de encima a los tíos.

—No digas tonterías —comentó, abrochándose el cinturón—. Tú también estás muy guapa. —Christina solo le vio un vestido blanco que destacaba el bronceado de su piel, el cabello rubio peinado con la informalidad de siempre y un maquillaje impecable para amplificar su belleza—. ¿Adónde vas a llevarme?

—Había pensando en Chez Maurice, hoy hacen la Fiebre Disco. Será divertido.

—Perfecto, la noche es joven —admitió de buen grado—. Me encanta bailar.

—Pues vas a hartarte. Solo he ido otro viernes, pero no veas el ambientazo.

Tal y como Jane predijo, el club debía estar hasta la bandera por la cantidad de gente que esperaba en la puerta cuando pasaron por delante para buscar aparcamiento. Ninguna reparó en cuatro hombres enchaquetados que en ese momento accedían al interior. Uno de ellos, Jack.

Cuando estaba en la barra con sus compañeros decidió no prolongar mucho la velada pese a arriesgarse a escuchar el reproche de sus padres durante horas. No querían entender que ya no se sentía cómodo en ese tipo de sitios, que era feliz en su casa con Cordey y que no tenía intención de retomar sus correrías ni sus escarceos con las féminas. Esa noche había transigido porque era el cumpleaños de uno de sus nuevos compañeros y porque John estaba presente en el banco cuando le invitaron, si no, estaría tumbado en el sofá tomándose un whisky viendo una película después de haber acostado a su hijo; ahí era donde quería estar, en uno de sus momentos gloriosos de los fines de semana.

Por esa falta de ganas para integrarse, a los pocos minutos se quedó solo en un rincón de la barra, tratando de distraerse con las decenas de personas que bailaban música de los años 80 como Sean solía hacer en las celebraciones familiares. Recordando a su hermano y la famosa película de Travolta, sonrió. A él, aunque había visto de niño un montón de veces *Fiebre del sábado noche* para que Sean perfeccionara su imitación hasta clavarla, le quedaba bastante lejana, tanto que ni siquiera había nacido cuando la estrenaron.

Gracias a la oscuridad y al sitio estratégico que tenía, se rió a gusto viendo a la gente. De pronto cambió el gesto risueño por el de sorpresa al ver entrar a Christina con Jane. No había pasado todavía una semana desde el torneo de golf y menos desde su salida de tono en el centro comercial. Quería disculparse, pero ahí no se vio con

moral para lidiar con la doctora, bastante tenía con pensar en ella a diario sintiendo que traicionaba a Cora. Incluso así, debía admitir que Christina conseguía aturdirlo para que no despegara los ojos de su cuerpo. Rezumaba sensualidad, distinción, mucho carácter y era una tentación complicada de ignorar. Exactamente igual debieron pensar el resto de hombres que empezaron a revolotear alrededor de ella. Si ya estaba interesado en la pista de baile, en cuanto Christina se lanzó sin rastro de timidez no fue capaz de mirar hacia otra parte. Apuró de un trago el whisky, pidió otro y retomó la contemplación. Christina sonreía ladeando la cabeza, moviendo su melena larga al ritmo de *Stayin' Alive* de los Bee Gees mientras atraía moscardones que molestaban a Jack por momentos. La vio hablando con un tipo alto, no pasaría de los treinta, darle la mano y gesticular divertida a su amiga cuando la dejaron acompañada por otro hombre, algo más maduro.

Medio oculto por la cantidad de gente que clamaban la atención de los camareros, Jack la vio brindar y aceptar un chupito, luego otro. Pensando en que como siguiera así ella misma iba a servirse en bandeja al tipo, Jack dejó su guarida y anduvo despacio hasta ellos manteniendo una fachada casual.

—Doctora McQueen, qué sorpresa.

Christina giró la cabeza tan rápido que se hizo daño en el cuello. Pero sí; era él y estaba hablándole. «¿A qué venía esa sonrisa cínica? ¿Debía saludarlo o seguir sus órdenes?» Al no estar solos, derrochó modales cuando habló:

—Hola, Jack. —Muy seria, disimuló la turbación que sentía a escasos centímetros de él. «¿Qué le sucedía con ese hombre? Si tanto la detestaba ¿por qué no la había ignorado?» Como prefirió dejar de martirizarse, trató de abreviar el encuentro de manera civilizada—. Si me disculpas, tengo que ir al servicio.

—Por supuesto. —Jack inclinó ligeramente la cabeza y mostró una línea rígida en los labios.

Al pasar por su lado, cuando el tipo que la acompañaba no pudo verla, Christina frunció la boca en un mohín contrariado. Jack sacó la punta de la lengua de manera inconsciente, imaginando una escena erótica, y se centró en el movimiento de sus caderas andando diligente para alejarse. La esperó durante un rato, pero en vista de que no volvió a aparecer, optó por regresar a su casa.

No supo que Christina rodeó el interior del club, habló con Jane y se inventó una excusa; un malestar repentino en el estómago, casi real; aunque no motivado por nada físico, más bien por el guaperas innombrable que la sacaba de sus casillas; cogió un taxi que la llevó

de vuelta a la *Rue* Power en menos de diez minutos y se dejó caer en el sofá abatida.

Entre ideas confusas, otras lujuriosas y mucha contradicción consiguió dormirse allí mismo; ayudó la buena cantidad de whisky que bebió. En aquel momento solo pensó en que estaba sin Ari, que el día siguiente libraba y que necesitaba quitarse de la cabeza a Jack. Objetivo que cumplió para descanso de un cerebro poco acostumbrado a un evidente rechazo.

Jack se tumbó en la cama y no contuvo la dureza de su miembro, que se elevó con alegría recordando la boca de Christina. Ante su ausencia para realizar las fantasías libidinosas que lo bombardearon durante el trayecto en coche, se conformaría con agilizar su mano; toda una experta en satisfacerlo. Y aquella noche veraniega todavía más y mejor al recordar un rojo electrizante, tanto que se excitó en cuestión de segundos. La doctora estaba consiguiendo que se traicionara a sí mismo y olvidara una sarta de buenos propósitos planeados sensatamente. Con la visión de su sueño todo quedaba anulado por la fuerza y una violenta descarga apasionada, similar a la que deseaba dispararle a ella en el cuerpo, con furia, como una catarata despeñada a gran altura. Tanta agresividad estalló en un grito feroz. Luego, se durmió y volvió a tenerla a su disposición en un tórrido sueño.

DIEZ

Londres, 17-8-13

Reino Unido

A Claire le encantaba Londres desde que un año atrás Gabriel se la descubrió. La ciudad tenía muchos alicientes para extravagantes como ella aunque esa mañana no pudiera disfrutarlos por el encierro voluntario con Zanelli en el despacho que Marion tenía en la casa de Kensington para tratar algunos temas delicados y para darle una noticia que no esperaba tuviera una acogida benévola. Mientras hablaban con admiración de Marion, Claire pensaba en Gabriel, que, aun protestando, había tenido la consideración de dejarlos a solas supuestamente para agilizar con alguna inmobiliaria las ventas de esa casa y el piso, pero se temía que tuviese la oreja pegada a la pared controlando al italiano. Cuando la conversación llegó a un punto muerto, se decidió Claire a hablar sin tapujos:

—He estado viendo con mi abuelo el material que me mandaste de Ryan —dijo, captando la atención oscura de Biagio—, y estoy de acuerdo contigo en varios puntos: es nuevo, fresco y tiene fuerza, trasmite muy bien el caos y la rabia. —Claire sonrió con cinismo, a diferencia de la satisfacción que sugería la cara relajada de Zanelli—. Pero toda su nueva obra tiene un pequeño inconveniente… —dijo sin apartar la vista de una mirada sorprendida, casi idéntica a la de ella cuando Alexei dudó de que Gallagher la hubiese creado. El instinto de un gran artista no falló. Ni una sola de las fotografías de Gallagher eran suyas; todas habían sido copiadas, y todas salieron de sus compañeros de la escuela de arte; sin dudas. Para convencerlo con imágenes donde podía observarse la teoría de Alexei, buscó en el portátil la web de la escuela, pulsó en la pestaña de los proyectos de su clase del curso 2012-2013 y lo giró en la mesa—. No sé en qué estaba pensando Ryan, pero esto es un fraude, además de una bajeza sin nombre. Supongo que pensaría engañaros a ti y a Marion.

Biagio Zanelli guardó silencio durante unos segundos, enfadado; aunque poco sorprendido. Después de muchos años entre artistas sabía que el robo de ideas o el plagio descarado eran más habituales de lo que la inmensa mayoría podía imaginar.

—Hablaré con él —dijo rígido—, está claro que no vamos a

exponerle nada.

—Por supuesto, y también que tengo que ponerlo en conocimiento de los afectados.

—No te precipites, *cara* —comentó Zanelli en un tono grave—, es complicado demostrar ciertas similitudes.

—Me extraña que tú digas eso —dijo Claire incómoda—, los dos sabemos cómo analizar una obra artística y los dos cómo distinguir la impronta de quien la haya hecho. Mi abuelo se dio cuenta de que no eran de Ryan porque no la encontró. No me parece responsable por nuestra parte hacer la vista gorda solo porque seáis amigos. Fue mi profesor y está intentando aprovecharse del arte de sus alumnos. Entenderé que no quieras pronunciarte, pero MaiSa tiene la obligación de denunciarlo. ¿Te haces una idea de lo que podría haber sucedido si organizamos su exposición y esto se hace público? ¿Dónde quedaría nuestro prestigio?

—Dirás el de Marion —comentó cínico.

—Ahora es el mío —dijo lento y rotundo—. Y estando yo al frente, no toleraré nada que atente contra ningún artista. La inspiración, la creatividad, los sueños y la capacidad de plasmarlos en cualquier soporte son para mí, y puedo poner la mano en el fuego también por mi familia, demasiado valiosos. —Claire hizo una breve pausa mientras Zanelli asentía, continuó con la conversación para ir zanjando asuntos con antelación suficiente—. Tengo intención de cerrar a final de año para venderla.

—¿Qué? —preguntó Zanelli, apretó la frente, creyendo haberla entendido mal—. ¿MaiSa?

—Sí. Ni quiero ni voy a tratar de seguir con ella. Mi vida está en Terranova, no esperaba la herencia de Marion y solo me he comprometido a no vender la casa de Essex. Del resto, me ha dejado libre albedrio.

—Mi contrato termina en diciembre.

—Lo sé —afirmó seria—. Y tenemos que aclarar algunas cosas. —Claire abrió una carpeta de su disco duro: «*MiS black*». Ahí leyó el informe detallado del Inquisidor, con partes en rojo y otras en negrita. Cuando levantó la vista, se centró en Biagio, que esperó sin variar un milímetro su gesto a la defensiva—. Hemos encontrado varias ventas cuyos importes nunca entraron en la cuenta de la galería.

—Querrás decir que tu marido ha encontrado —comentó distante—. No me traga, *cara*. Hará cualquier cosa para quitarme de en medio.

—No me llames *cara*, por favor. Y sí, tienes razón, a Gabriel no le gustas, pero eso no tiene nada que ver con las cuentas de MaiSa. Eras tú el responsable y es a ti a quien estoy pidiendo explicaciones ya que

Marion no puede hacerlo, aunque me parece que también lo desconocía.

—¿Piensas que he estafado a Marion?

—No —respondió contundente—. Quiero que me digas por qué el dinero de esas ventas no está en la cuenta de la galería y quiero que me digas dónde está.

—Así a bote pronto no sabría decirte, déjame que haga memoria.

—Biagio, quizá creas que soy idiota, pero no soporto a los embusteros —dijo Claire harta de una actitud que rozaba la chulería, se levantó y apoyó las manos en la mesa—. Intenta recordar muy bien qué pasó con ese dinero —siseó mirándolo a los ojos. Zanelli incorporó el cuerpo y sus cabezas quedaron a poca distancia. Pese a la tensión, Claire no se amilanó—. Tienes de plazo hasta diciembre, hasta entonces te quedas sin sueldo. Y si para entonces sigues sin saber dónde está te demandaré ante la Justicia. Si has estado engañando a mi tía, por suerte para ti, ha muerto sin saberlo, apreciándote, pero nosotros no vamos a tolerarlo.

—Es una lástima, *cara* —murmuró, acarició con el dedo índice el rostro de Claire, que se convirtió en frío mármol, acercó los labios a los suyos—, por ti toleraría muchas cosas.

Claire bajó un segundo los párpados cuando se oyeron unos pasos rápidos.

—¡Apártese de mi mujer! —exclamó Gabriel entrando como una pandemia. No dudó en agarrar a Zanelli con brusquedad por el hombro para guiarlo hasta la puerta—. ¡No vuelva a acercarse a ella!

—No saque conclusiones equivocadas —dijo el italiano poco afectado por ese arranque de celos—, estábamos hablando de la galería.

—Para hablar no hace falta estar tan cerca. —Gabriel no dejó de sujetarlo hasta que abrió la puerta de la calle y lo condujo a pasar por delante—. Le quedan cuatro meses de contrato, intente terminar con elegancia o sabrá quién soy.

—Ya sé quién es —comentó, pegándose un tirón de las solapas de la chaqueta de lino que vestía—, un afortunado.

—Qué casualidad, su amigo me dijo lo mismo.

Zanelli torció una sonrisa prieta, tanto como sus puños; pero debía contenerse para no arrancarle de cuajo la superioridad a Gabriel. Básicamente por una premisa fundamental: en ese momento, era superior. Con la noticia del cese de la galería tendría que buscarse otro empleo y, desde luego, cuánto mejores fuesen sus referencias más posibilidades tendría de encontrar algo en breve. No era tonto y sin ingresos hasta diciembre se veía obligado a tragar por dónde Drake

quisiera mientras urdía alguna idea para devolver un dinero que ya daba por olvidado.

—¿Estabas escuchando? —preguntó Claire cuando entró Gabriel de nuevo en el despacho.

—Algo parecido —respondió yendo a su encuentro, le tendió la mano—. ¿Por qué estaba tan cerca de ti?

—Porque pretendía asustarme —comentó sin rastro de temor, elevó la cabeza y besó la mandíbula tensa de Gabriel—, pero no lo ha conseguido. —Claire sonrió contenta por haberse superado y unió sus labios en un roce tan apasionado que la abultada barriga se clavó en el torso masculino, encajada a la perfección para permitirles un contacto ardiente. Acelerada, Claire despegó la cara del Inquisidor—. Tenía intención de ir a Essex ahora, pero vamos a tener que retrasarlo.

Gabriel movió las manos por sus caderas, meciendo sus cuerpos.

—Siempre a tu disposición, cariño —ronroneó sin otra idea en la mente que enterrarse en ella, se inclinó y atrapó su boca con voracidad, aunque se frenó para no arder allí mismo—. Vamos arriba, te has buscado una buena demostración.

La doctora McQueen recostó la espalda en el sillón de la consulta en cuanto salió con sus padres el niño que acababa de examinar. Suspiró con la mirada clavada en la ventana, pensando en el verano que se iba sigiloso sin nada más reseñable que una soledad voluntaria más cómoda por momentos. Ordenó los bolígrafos y papeles que tenía en la mesa, se tocó el pecho y respiró hondo, preparándose para recibir al último paciente de esa tarde de viernes, una semana después del encuentro en Chez Maurice, diez días tras las palabras del Laurier, doce del pelotazo frustrado en el torneo y veinte desde la barbacoa en casa de Sean; con exactitud todos los encuentros con él estaban registrados en su cabeza, casi con la misma precisión que el cincel de un escultor dejaba su huella en la piedra de forma indeleble. Era una gran ventaja en su profesión tener esa retentiva, en cambio, suponía un lastre para perdonar cualquier afrenta; incluso las motivadas por un enfado puntual. Para ella ahí quedaban; bien hundidas en su recuerdo.

La puerta se abrió despacio, tanto como los párpados de Christina viendo a Jack Drake andando hacia su mesa. No pestañeó al tenerlo a escasos centímetros. Tragó inmóvil y se fijó en Cordey, colocado en una mochila en su pecho. De repente, la imagen de aquel desconocido que chocó con ella en las escaleras mecánicas se reveló para iluminar su cabeza; al parecer ese hombre tenía habilidad para los

enfrentamientos; algo que ella evitaba y evitaría a toda costa.

—Hola, doctora ¿cómo estás?

—Tumba a Cordey en la camilla, por favor.

Jack traía el loable propósito de disculparse, pero la actitud de Christina no invitaba a exhibiciones de cortesía. Obediente, se quitó la mochila y sujetó al niño en brazos.

—¿Así está bien? —preguntó Jack, echándole una mirada burlona a la pediatra. Optó por seguir hablando—. Se ha dormido por el camino, es muy tranquilo.

Christina se colgó el estetoscopio en el cuello.

—Sí —respondió pendiente al bebé tendido y adormilado—. Apártate —ordenó seria. Lo desnudó con mucha delicadeza, sabiendo que Jack estaba detrás, podía sentir su calor en la espalda. Se inclinó sobre el niño y le habló bajito—. Estás muy guapo. —Christina templó el metal del aparato entre las manos antes de ponerlo en su pecho. Ese detalle dibujó una sonrisa sincera en Jack que ella no vio, más preocupada por el bebé; su verdadera motivación para ignorar al padre y ejercer con profesionalidad—. Vamos a ver cómo estás, gordito.

—Espero que no se note la diferencia entre los cuidados de mis padres y los míos.

Jack creía que el bebé con él estaba perfecto; sin embargo, ante ella, una ligera duda se le coló en el pensamiento. No obtuvo una respuesta que mitigara su inquietud. Sin embargo, contempló abstraído las manos cuidadas de Christina mientras reconocía a Cordey, con unos dedos finos sin esmalte de uñas ni anillos que captaran la atención; parecían suaves; elegantes con naturalidad. Otro detalle más a tener en cuenta. Aparte de una silueta femenina, que podía acaparar con inclinarse un poco; o una coleta larga, con un olor fresco tan penetrante como sus ganas por abrazarla para acariciar las sensaciones imaginarias que lo persiguieron durante la semana. No podía quitársela de la cabeza con unos sueños eróticos, liosos, húmedos y satisfactorios, realmente placenteros.

Unos minutos después, Christina vistió a Cordey con práctica, le besó la cabeza cuando lo sostuvo en brazos y, sonriendo, lo achuchó cariñosa. El pequeño rió babeando y se acurrucó mimoso en ella.

—Eres un granujilla encantador —dijo jugando con Cordey sin ser consciente de los ojos observadores de Jack, sentado en una silla—. Anda, vete con tu padre para que pueda anotar lo grande que estás. —Christina cambió el gesto al dárselo a Jack, que en ese instante apretó los labios disimulando una sonrisa, y se sentó en la mesa frente a él, molesta por su relajación cuando ella rozaba el histerismo. Tecleó los

nuevos valores en las tablas de seguimiento y para concluir de manera formal comentó—. Está muy bien, un pelín por encima de la media en cuanto al peso, aunque por la altura y la dentición está en su edad.

—Estupendo. —Jack sonrió y acarició la carita del niño, al levantar la vista, añadió—. Quería pedirte disculpas —habló bajito. Christina no lo miró a los ojos, parecía más interesada en contemplar el blanco de su camiseta—. ¿No vas a decirme nada? —preguntó al percatarse de que seguía una de las normas que le exigió: «No me mires». Le hicieron gracia unos morritos enfurruñados—. ¿Quieres cenar con nosotros?

La boca de Christina desapareció en su cara, parecía un titán conteniendo la fuerza suficiente para mantenerla cerrada. Ese hombre era un grano en el culo, la reseña negativa de un verano tranquilo; su primer verano en Canadá. ¿No debería guardar un grato recuerdo? Esperó paciente a que Jack se cansara; algo que ocurrió a los pocos minutos, cuando se levantó y volvió a hablar para despedirse. Por educación y porque era como se comportaba con todos sus pacientes, Christina se puso de pie y lo acompañó a la puerta.

—Muchas gracias, Christina —dijo Jack inclinándose levemente, a una distancia tan escasa que percibió con claridad el movimiento reflejo de la mujer. «¿Creería que iba a besarla?», pensó fijándose en el rubor de un bello rostro femenino, que hubiese besado de estar más seguro de la aceptación. Mantuvo las formas y comentó—. Nos vemos, doctora.

Salió cerrando de forma calmada, podía hasta decirse que elegante. «¡Stop!» se gritó a sí misma volviendo a la mesa. «¿El Viudo borde era elegante?» «¿Desde cuándo?» Christina se dejó caer en la silla, echó la cabeza en los brazos y se alejó de la realidad, pensando en las palabras de Jane: «¿Sería posible que la desesperación consiguiera hacerle ver virtudes en un hombre que hasta ayer solo tenía defectos?» Se temió que sí. «¿O quizá nunca fueron sus defectos los que incitaron esa animadversión, sino la frustración?» En claro, solo sacó que Jack la perturbaba y que deseaba empezar con la rutina de septiembre tras las vacaciones en Lerwick para no martirizarse más.

Pasado un rato llegó su hora de salida y volvieron más preguntas, más dudas. «¿Por qué quería cenar con ella?» Se daba por *satisfecha* con la disculpa. ¿Sería que para él ese límite entre el odio y el amor era también casi invisible?

Aún calentaba el sol en la calle, iluminando de tibieza anaranjada la languidez de un mes donde se palpaba el bajón de ciudadanos en el

tráfico o en los comercios. Christina se dirigió al semáforo para cruzar a su barrio. Un BMW oscuro se detuvo delante de ella, descendió la ventanilla del conductor y vio la cara burlona de Jack.

—Sube —dijo sonriendo—, te llevo a tu casa.

Christina no se inmutó, esperó un minuto infernal, rezando para que aquel maldito demonio de ojos como turquesas saliese de su vista. Era guapo y era muy consciente de su atractivo, parecía divertido abusando de él.

Tan diligente como el muñeco verde, atravesó la carretera. Jack se concentró en su cuerpo sin ganas de irse; no estorbaba a nadie y sentía curiosidad por saber dónde vivía la obediente escocesa. Con tranquilidad siguió unos metros hasta que la vio doblar la esquina de la *Rue* Noury para entrar en Power. Sonrió porque en esa calle no había acera para peatones, el espacio estaba ocupado por los jardines cuidados de las casas unifamiliares y por los accesos a los garajes que todas tenían adosados en los laterales.

A menos de 10 kilómetros por hora, Jack siguió de cerca a Christina. Sabía de su presencia, ya que varias veces se había girado. Enfiló un caminito de longitud breve y se metió dentro de una casa de madera oscura, con una forma aplanada en el tejado un tanto extraña. Jack permaneció unos segundos parado enfrente, esperando a que la doctora le echase un vistazo a través de alguna ventana. Cuando obtuvo su premio también se llevó de regalo un dedo corazón elevado con obscenidad. Soltó una carcajada y pisó con suavidad el acelerador. La doctora McQueen era rencorosa y sabía ponerlo en órbita. Justo con ese pensamiento cachondo, Jack tuvo un súbito recuerdo de Cora; le recorrió la espalda un impulso eléctrico, parecía una sutil advertencia. ¿Podía Cora reprocharle que se sintiera atraído por otra mujer? ¿O era su subconsciente que temía sufrir otra pérdida? Con sus propias inquietudes, Jack condujo distraído pasando por el centro de la ciudad hasta cruzar el puente del río San Carlos, no muy caudaloso en esa época del año donde los días se sosegaban anaranjados como las hojas de los árboles, que podían interpretarse plagadas de romanticismo y nostalgia, como los recuerdos al recorrer su urbanización, entrañables y amargos; o como todo en su vida, algo positivo contra el pesimismo y el dolor.

En menos de veinte minutos metió el coche en el garaje, cogió a Cordey en brazos, despierto mirándolo con un brillo alegre en los ojos, y preguntó sonriéndole:

—Gordito, ¿nos damos un baño en la piscina?

Le había gustado el tono cariñoso que Christina dejó entrever en ese adjetivo, notó con claridad que los niños eran su motivación y

asumió avergonzado los repetidos errores que no paró de cometer con ella desde la noche que la conoció. Siendo honesto consigo mismo, su propia inseguridad propició aquel despropósito que no revistió gravedad para el niño, porque en dos días volvió a la normalidad, ni tampoco debió poner en caliente la reclamación para que la despidieran quedando como un canalla.

Se metió en el agua con Cordey en brazos, templada tras muchas horas de sol. Lo paseó por la superficie mientras veía el gracioso alborozo infantil en una boca abierta donde empezaban a asomar dos dientes, gorgojos irreprimibles, una confianza absoluta en él y una mirada de incomprensión cuando terminó la improvisada clase de natación y lo secó con una toalla antes de tumbarse y sostenerlo en su pecho.

Durante el rato que estuvieron en el jardín, Jack sopesó hacer méritos para reparar la mala impresión de sus modales con la doctora. No quiso engañarse, echaba de menos sentir a una mujer entre sus brazos y la escocesa era perfecta, al menos no perdía nada por intentarlo. En cuanto otra vez se advirtió divagando con ella, no se lo permitió por ese extraño sentimiento de traición a Cora que no lograba borrar de su pensamiento. Con el niño dormido encima, llegó la melancolía de los últimos minutos que pasó con Cora; la entrada en el hospital, los nervios, y la despedida veloz antes de que desapareciera para siempre de su vista. Jamás, jamás ninguno pensó que sería el final; ni en mil años habría imaginado que ese día su amor iba a abandonarlo sin pretenderlo. Rodeado de intimidad y ternura, de nuevo lloró por ella y por su hijo. Era duro asimilar que tendría que ser un padre y una madre para él, que no podría fallarle porque entonces lo dejaría totalmente solo e indefenso. Acarició el cuerpo regordete de Cordey, y empezó a canturrearle una nana, suave como la serenidad que sentía a su lado. Al menos, esos ratos con él conseguían ir cicatrizando la herida abierta en su corazón, despacio y sin prisas.

En Inglaterra, dejaron atrás el cementerio que había antes del desvío de la carretera comarcal asolados por la cruda realidad. La casa campestre era muy bonita, perfecta para las ideas de Claire con el museo de Alexei, y un despropósito. A pesar de todas las advertencias, Gabriel nunca imaginó un deterioro tan acusado en la vivienda. Acondicionarla iba a suponerles otro esfuerzo, que no dudó en delegar en Daniel Larson. Si su confianza en el arquitecto ganó enteros con la reforma del Boreal, ahí solo lo vio a él como posibilidad de éxito.

—¿Sigues conmocionado?

—Peor, cariño. Tu abuela era un poco hortera ¿no?

—No sé, ecléctica, quizá.

—Suena mejor, pero para mí es lo mismo.

—No es ni parecido, pero entiendo cómo te sientes, porque me pasó lo mismo cuando vine con Marion. Supongo que mi abuela en vez de valorar el arte en el conjunto de la casa solo se fijaba en el individual de cada obra. Es otra forma de ver las cosas.

—Me gusta más nuestra casa, esto es una feria.

—Pues en esta feria hay varias obras maestras. El Matisse y el Monet nos los llevamos —comentó sin vacilar, pensando en los trámites para sacarlos de Inglaterra. Habían sido un hallazgo inesperado y, aunque no eran representativos de ninguno, no deseaba exponerlos a algún robo mientras la casa estuviera medio abandonada —. No sé cómo no los vi cuando vine por primera vez…

—¿Porque son minúsculos? —dijo irónico, sonrió y preguntó—. ¿Estás contenta?

—Sí —respondió decidida, pensó en algo menos agradable y dijo —. Virginia se ha quedado de piedra —comentó al recordar la reacción de la profesora Rodhein cuando le contó el plagio de Gallagher. Claire siempre había creído que se sentía atraída por él, en cambio en aquella conversación telefónica descubrió que se había equivocado por completo. Virginia Rodhein controlaba a su compañero, no se fiaba de la cantidad de trabajos que pedía a los alumnos. Algo que Claire colocó en ese rompecabezas recordando cómo Gallagher nunca tenía bastante de ellos. Miró a Gabriel cuando ya salían del pueblo para volver a Londres, sin vislumbrar hablar del norteamericano; ese tema no entraba en sus planes—. ¿Dónde vas a llevarme a cenar?

—Estoy a tus órdenes, pero si quieres podemos ir al español, es el mejor.

—Quiero —dijo inclinando la cabeza en su hombro—. Y quiero volver a casa.

—En tres días, mi amor —dijo cariñoso, levantó su mano y la besó —. Ya no nos moveremos hasta que nazca la niña.

En la propiedad de Quebec de John y Elizabeth, tras la comida dominical celebrada en el vasto jardín que la rodeaba, Jack se tumbó en una hamaca junto a Sean bajo la gran sombrilla de lona blanca, tratando de mitigar el calor en bañador y con sendos *gin-tonics* en las manos. Contemplaban a John jugar en la piscina con Ophie mientras,

a unos metros, Elaine tomaba el sol como un lagarto inmutable, Cordey dormía en la antigua habitación de su padre y Elizabeth había desaparecido en la casa, seguramente por no perderlo de vista.

—¿Tienes intención de organizar otra barbacoa? —preguntó Jack interesado pero reservándose información para no escucharlo.

—De momento, no. Haz algo tú.

—No tengo amigos aquí.

—Llama a tus compañeros del instituto, alguno se habrá quedado.

—Paso —dijo indiferente, no iba por ahí la compañía que quería ver tras dos días donde solo pensaba en una persona—. ¿Sabes algo de la doctora?

—No —respondió pendiente a un doble mortal hacia atrás de Ophie—. ¡Papá! ¡A ver si podemos tener el domingo en paz! —Miró a Jack y comentó—. Entre la niña, que está como un cencerro, y el abuelo, no ganamos para accidentes.

A Jack esa información le sobró, era un hecho.

—El viernes llevé a Cordey a su consulta y no me habló.

—Te lo has buscado.

—La invité a cenar —comentó atento a la cara de sorpresa de Sean —. No me contestó, no quiere hablarme. Tampoco puedo molestarme, a fin de cuentas, es lo que le pedí.

—¿Y ahora quieres salir con ella? —preguntó con sarcasmo, bebió la refrescante bebida y continuó—. ¿O solo estás frito por mojar?

—No voy a salir con ella. Quería que cenásemos para disculparme. —Jack también dio un buen trago a su vaso largo, húmedo por el hielo, y comentó—. Y sí, es posible que me la tire. Está muy buena.

—Me cae bien. No está teniendo una vida fácil.

—¿Por el exmarido?

—Sí, debe ser un gilipollas de mucho cuidado. Pero también porque se siente sola —dijo pensativo—. Un día nos habló de su pueblo en Escocia y me dio mucha pena. Si no se va, será porque le gusta demasiado su profesión. Intenta no dejarla muy jodida.

—Haré lo que pueda… —comentó, sintiéndose como un criminal indigno ante esas palabras. No solo había sido desconsiderado, sino también un machista borde con quien pensaba masturbándose a diario. Y no era su intención dejar ese recuerdo en nadie—. Supongo que un polvo nos vendrá bien a los dos, no busco más. La semana pasada me la encontré en Chez Maurice y parecía tener bastante superado al ex.

—No te fíes de las apariencias —dijo irónico—, y si sale y se divierte está en su derecho, tiene tipo y cara para que no le falten hombres.

—Por supuesto, Drako —comentó torciendo una sonrisa—. No estoy criticándola.

—Ni eres quién ni el más adecuado para hablar del tema.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó ofendido—. ¿Te jode que piense en tirármela?

—¿Eres imbécil o qué? —siseó Sean—. Me da igual lo que haga y lo que pienses hacer tú, pero, desde mi punto de vista, eres un capullo. ¿Por qué en vez de plantearte tirártela como si fuera un objeto no piensas en conocerla?

—Porque paso de salir con nadie y porque no quiero tías a mi alrededor de manera permanente.

Sean sacudió la cabeza y soltó un bufido corto.

—¿Ah, no? —preguntó despectivo— ¿Vas a estar el resto de tu vida solo?

—Puede, ahora mismo no me planteo otra cosa.

—¿Ves cómo eres un capullo?

—Como vuelvas a insultarme, me largo.

—Sabes dónde está la puerta —comentó impasible—. Haz lo que te dé la gana, pero yo que tú, si tuviera la posibilidad de estar con una mujer como Christina, desde luego no pensaría de antemano que es para un rato, me centraría en rehacer mi vida.

—No puedo —dijo Jack serio.

—Si andas obsesionado con ella a lo mejor estás más preparado de lo que tú mismo imaginas.

—¿De dónde coño te sacas que estoy obsesionado?

Sean elevó las cejas y torció una sonrisa.

—Nos conocemos. ¿Te crees que me chupo el dedo con tanta preguntita? Estás colado por ella. Otra cosa es que no quieras reconocerlo porque pienses que estás traicionando a Cora, pero a mí no me engañas.

Escuchándolo, Jack entornó los ojos. No iba a darle la razón para que no se engriera más. Haciéndose el dormido, durante un buen rato trató de olvidar las palabras de Sean. Por mucho que lo intentó, no hubo forma; resonaban para que actuase. El primer paso era suyo, el del acercamiento para el cese de la hostilidad.

—Tengo que irme —dijo Jack al incorporarse. Vio claro que debía provocar que ocurriera algo, así saldría de dudas—, nos vemos.

Ajeno a la sonrisa satisfecha de Sean, que era un maestro incitándolo, se levantó Jack de la hamaca y entró acelerado en la casa buscando a su madre para pedirle un favor. No tardó en convencerla más que unos pocos minutos.

A su vez, en la *Fromagerie* de Yannick encontró Christina sus quesos. Eligió pequeñas porciones de varios, curioseando indecisa a lo largo del expositor. Una vez en la calle, se montó en el coche con la firme intención de darse un baño burbujeante y prepararse una cena a base de delicatesen y un buen vino tinto. En cambio, al llegar a casa y ver en su pedacito de carretera el BMW negro aparcado con el demonio apoyado en el capó, se le vino el mundo a los pies. «¿Por qué?» «¿Por qué tenía que torturarla?»

Antes de que se bajara del coche, Jack corrió para abrirle galante la puerta, sin apartar unos ojos burlones de los suyos.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó casual. Jack sonrió, pero no logró arrancarle ni una palabra. Christina le dio la espalda y se encaminó a la entrada de la casa. Cansándose de ese silencio, viendo que lo dejaba en la calle, perdió la paciencia—. ¡Joder! Estoy intentando comportarme contigo. ¡Mírame al menos!

Al escucharlo irritado, Christina disfrutó de la venganza. Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró, cerciorándose bien de no pillarle ningún miembro al cerrarla de malos modos tras de sí. Cuando llevaba la compra a la cocina después de colgar el bolso en el perchero, Jack aporreó la madera con ganas de hacerse notar. Sin paciencia, Christina soltó la bolsa en la encimera de granito, rezando para que la olvidase. No fue así. El ruido de los golpes llamaría la atención de los vecinos si seguía.

Fuera de control, atravesó el corto pasillo que separaba la cocina del vestíbulo y abrió otra vez, de golpe. A lo bestia se topó con el engreimiento de una sonrisa pletórica y con la desfachatez de unos ojos turquesas mirándole sin disimulo los pechos.

—Largo —siseó con el corazón acelerado. Jack apretó las mandíbulas sin atreverse a levantar la vista, espoleando la indignación que brilló belicosa en cuanto Christina gritó—. ¡¿No me oyes?! ¡No quiero verte! ¡No quiero hablarte! ¡¿Entendido?!

«Menudo cabreo». El pensamiento golpeó a Jack; no tanto como su boca furiosa escupiendo con desprecio. Ese genio consiguió empalmarlo. Sin que Christina notase un movimiento, acortó la distancia que los separaba y le sujetó la cabeza con fuerza.

—Cállate de una puñetera vez —ordenó brusco. Sostuvo la cara de Christina con seguridad, buscó su boca y la besó en un tanteo indeciso que pasó a agresivo, veloz y demasiado húmedo en un abrir y cerrar de ojos. El calor se fundió en su cuerpo y envió toda la sangre a un pene sólido que quería colarse en ella como fuera. Cuando Jack se separó, le sujetó los antebrazos. Resollando, habló—. Invítame a entrar.

—No —dijo con una sonrisa seductora, relamiendo el sabor a ginebra que le había dejado el beso fogoso, directo a hacerle ansiar un sexo ocasional que en ese instante la tenía medio obnubilada—. ¿Crees que puedes aparecer, besarme y meterte en mi cama después de cómo me has tratado?

—Sí —afirmó con chulería en la voz y lujuria brillando enturbiada en aguas turquesas. Agarró firmemente el rostro de Christina y le acarició los labios en una fusión que estalló en sus bocas como un baile giratorio de derviches otomanos entre dos lenguas extasiadas y la potencia que deseaban. Jack la empujó hacia el interior de la casa y cerró la puerta de una patada—. Siento todo lo que te dije —murmuró —, perdí los estribos.

—Pareces tener facilidad para desbocarte —comentó mordaz. Sonriendo, Jack invadió su espacio y mientras paseaba una mano por su cuello le frotaba un pezón con la otra. Christina le acarició la nuca, sedosa como el aliento que respiró al unir de nuevo sus labios. Deseaba acostarse con él. No era ajeno a ese tipo de encuentros por la naturalidad con que estaba actuando, y para ella era una ocasión perfecta por muchas razones; las más importantes, los años de sequía, dos en concreto, y porque sería el segundo hombre con el que tendría sexo—. Puedes decepcionarte.

Jack le subió la camiseta, ansioso por verle los pechos. Sonrió cuando desabrochó el sujetador y los tuvo delante.

—¿Eso piensas? —Inclinó la cabeza y le lamió los pezones con la punta de la lengua—. No tienes ni idea, doctora.

Poco después, las dos fieras con hambre acumulada se compenetraron y el choque de fuerzas fue inevitable. Christina se columpió en el cuerpo de Jack, que embestía sin descanso ni demasiada brusquedad. Incluso tuvo el detalle de amortiguar con una mano su cabeza para evitarle algún golpe contra la puerta de la calle. El aire se condensaba con suspiros y la ingravidez sostenía las piernas de Christina rodeando la cintura de Jack cuando afianzó los pies en el suelo para arremeter golpeando rítmico con las caderas. El sudor resbalaba entre ellos a la misma velocidad que llegó el delirio y la tensión absoluta. Si fue poco comedido al soltar un jadeo prolongado ensordecedor, Christina tampoco se quedó atrás hasta saciarse; los mordiscos en sus hombros mostraban una entrega apasionada.

—¿Estás bien? —preguntó Jack, sujetando su culo en las manos.

—Sí —afirmó mareada. Agarró los brazos de Jack y bajó la cabeza, apoyándola en su torso—. Estoy un poco aturdida.

—¿Me dejas que te prepare la cena? —preguntó con una sonrisa, inspirado por un abrazo que le pareció buscaba un consuelo diferente,

como si quisiera sentirse querida. No le importó mantenerla pegada a él unos minutos, le impactó esa vulnerabilidad—. Tengo la noche libre.

—¿Vas a quedarte? —preguntó en un murmullo, levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y quedar cegada por un brillo cautivador—. Creía que esto había sido un polvo casual.

—Llámalo como quieras —dijo tratando de sonar indiferente—. Tengo hambre y mi hijo está con mis padres. Tú estás sola y necesito reponerme para repetir hasta que nos hartemos.

—Me has convencido. —Christina sonrió pícara—. He traído quesos y en la cocina debe haber vino. Estás en tu casa, voy a vestirme.

Recogió del suelo su ropa, disimuladamente observó a Jack quitarse hábil el preservativo —que sintió pero no vio cómo se colocó más preocupada desnudándose— y subió al dormitorio. Después de refrescarse con una ducha rápida, no se molestó en buscar ningún modelito sugerente ni en secarse el cabello. Cuando se puso un vestido blanco largo de tirantes, se peinó un moño y regresó a la planta baja, donde sonaba a un volumen agradable uno de sus CD de Julie Fowlis que Jack había debido encontrar sin buscar mucho.

—¿Te gusta la música folk escocesa?

—Estoy descubriéndola —respondió Jack sonriendo. Se había vestido y tenía la mesa puesta con los quesos, tostadas y, en vez del vino, dos cervezas—. Vamos a comer algo.

La apremió con una ligera reverencia al pasar por delante, para retener unos segundos el olor fresco a jabón que aspiró en su pelo mojado, y se sentó en un maltrecho sillón. Christina usó el sofá, protegido de indeseadas manchas por una tela azul oscuro.

Aunque el silencio se impuso mientras Jack masticaba un pedazo de tostada con queso azul, no apartaba los ojos de la boca de Christina.

—Si no dejas de mirarme —dijo risueña—, no voy a poder comer.

—Eres un bombón —comentó moviendo la cabeza despacio.

—Mira —exclamó divertida—, me han llamado muchas cosas, pero nunca bombón.

—No me lo creo —dijo riendo—, te habrán dicho de todo; es imposible no mirarte.

—No exageres. Tú debes estar acostumbrado.

—Es diferente, soy un tío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigada. Sentía curiosidad por saber dónde veía él esa diferencia—. Da igual de qué sexo sea uno.

—De eso nada —dijo convencido—. A ti los tíos te dirán guarradas

subidas de tono cada dos por tres, yo solo soporto miradas descaradas. Las mujeres, a no ser que vayáis en grupo, que entonces tenéis peligro porque perdéis la vergüenza, soléis ser menos agresivas con las palabras.

—No sé… —comentó dudosa, masticó atenta al hombre simpático que alejaba la distorsión hecha por su mente resentida desde la noche que se presentó en urgencias—, a mí, ser atractiva no me ha beneficiado con el sexo opuesto, al contrario. Creo que os intimido, y a las mujeres no suelo caerles bien hasta que me conocen. Es un poco contradictorio, pero es como lo siento.

—Vamos, Christina —comentó sonriendo—, no irás a decirme que no ligas. Te vi el otro día…

—No iba a decírtelo. —Christina habló con un deje cínico, para dispersar confusión añadió—: Aunque no me haya comido una rosca desde mucho antes de divorciarme, pienses lo que pienses. El otro día, en cuanto salí del servicio, me vine a casa. —Al oírla, Jack abrió los ojos de par en par—. Solo te contaba mi experiencia. También depende del nivel de autoestima de cada uno y de la coquetería. En mi caso, sé cuáles son mis cualidades y mis defectos; y la imagen, si no me preocupaba a los veinte, rondando los cuarenta imagínate qué nivel ocupa en mis inquietudes.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y nueve, ¿y…, tú?

—Treinta y uno —respondió sin darle importancia a ocho años que no le preocupaban—. ¿Piensas quedarte?

—No lo sé… —Christina encogió los hombros, no tenía la certeza de que no le afectara la edad. Ella dejó bien patente la diferencia en uno de los insultos que le dedicó. Como no quiso volver a esos días nefastos ni disimular indiferencia, siguió con la respuesta pese a tampoco tenerla clara—. A mi hija le gusta esto más que Nueva York y para mí es una gran oportunidad, pero nunca se sabe. Me gustan las ciudades pequeñas, aunque para serte sincera esta no me mata. Si pudiera establecerme en mi pueblo, no me importaría, pero es medio imposible.

—¿Por qué? Sean me ha comentado que le gustaría conocerlo.

—Y te lo recomiendo, es precioso. Pero una cosa es estar unos días y otra completamente diferente vivir allí. —Christina mordió con apetito un trozo de queso Cheddar y esperó a tragar para seguir hablando—. En mi pueblo solo hay un pequeño centro de salud, puedes suponer que no tendría fácil ganarme la vida.

—Podrías intentar volver yendo primero a Edimburgo.

—Sí, pero estuve casi dos años de baja cuando nació la niña y me

hacen falta unos años en el extranjero para volver con la posibilidad de elegir. ¿Y tú? ¿Tienes intención de quedarte definitivamente aquí?

—Creo que sí, acabo de llegar. Para Cordey es mejor y yo me adapto con facilidad. Nueva York me gustaba mucho, pero ahora siento que necesito calma, supongo que tenerlo me hace ver las cosas de otra manera.

Christina no quiso obviar su tragedia y le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Tengo mis momentos. —Jack la miró de frente, no quería mentir ni dar o darse esperanza—. Fue un golpe —habló y tragó despacio—, me dejó perdido. —Se detuvo y bajó la vista, concentrado en sus manos—. No me enorgullezco de haber dejado a Cordey con mis padres, fui un capullo insensible, pero es cómo lo hice y lo asumo.

—Imaginé que estarías pasándolo mal —dijo esbozando una sonrisa ligera—, es comprensible. No es mi intención hablar de ese tema si no quieres.

—No me has molestado. —Jack terminó de comer y se limpió la boca con una servilleta—. Pero por hoy está bien. ¿Cuándo vuelve tu hija? La conocí en el cumpleaños de Ophie, es muy guapa, se parece a ti.

—Gracias, aunque no ha sacado mis ojos —dijo contenta, con un mohín en los labios. Dejó en un lado del plato un trocito de tostada que no pensaba comerse y se levantó para despejar la pequeña mesa de madera. Jack le sujetó las caderas y, tirando con precisión, la sentó en sus piernas. Christina rió al caer, también rodeó su cuello con los brazos—. ¿Qué haces?

—Seguir donde lo habíamos dejado —dijo inclinando la cabeza en su cuello—. Me gusta el jabón que usas. —Jack besó su piel, esa vez con calma—. ¿Vamos a tu dormitorio?

Una sonrisa blanca y una llama brillando deseosa en el carbón más refulgente jamás contemplado por Jack admitían la sugerencia. Subieron por la escalera de la mano, directos a una cama donde Christina por primera vez metía a un hombre. En ella, cayeron embrujados en un sexo tan frenético como pausado o tan rítmico como tierno.

Durante aquel tiempo, con la habitación iluminada por una sinuosa penumbra y el sonido envolvente de la música celta, no se privaron en descubrir su atractivo mientras la brisa deslizaba las ligeras cortinas blancas por el suelo. Jack se adueñó con naturalidad de un cuerpo femenino voluptuoso y cálido igual que un viejo conocido; no tuvo la sensación de estar con una extraña. Y para Christina, que no se apartó del impetuoso a ratos y considerado otros, nunca fue el frío amante

esperado de un polvo casual, o varios.

Abrazados les venció un plácido sueño, sereno como el latido de sus corazones y suave como la cadencia de sus manos perdiendo presión al desenlazarse para romper el encantamiento de una noche perfecta; la primera noche juntos, solos, y posiblemente la última.

ONCE

Quebec, 28-8-13

Canadá

El restaurante Wellington estaba frente a una pequeña iglesia en el viejo Quebec, en la *Rue* Des Jardins, donde una rotonda ordenaba el tráfico en la calzada y dos estrechas aceras corrían paralelas a las fachadas de los antiguos edificios. Ese miércoles tenía una buena clientela y había sido el elegido por los compañeros de Jack para comer con varios ejecutivos de Nueva York y Toronto después de la reunión que concluía tres días pesados, llenos de charlas eternas y poco descanso.

En una hora, con el estómago atiborrado de carne, Jack pudo entonarse con el whisky para alejar el recuerdo de un domingo glorioso, que terminó al amanecer con una parada rápida en su casa antes de ir al trabajo. No desentonaba en su grupo. Las risotadas y las bromas empezaron a sucederse. Se aflojó el nudo de la corbata, llevaba un buen rato sin chaqueta, y se remangó la camisa celeste. Animado, contaba un chiste a dos compañeros cuando de pronto perdió el hilo, bloqueado ante la guapa doctora.

Christina acababa de entrar, tenía la cabeza girada hacia Jane, y al verlo frenó en seco sin saber cómo actuar tras una noche inolvidable, una despedida inexistente y tres días sin señales de continuidad.

Jack estuvo rápido. Se levantó sonriendo ligeramente y se acercó mirándola con descaro. Estaba muy buena, se repetía recorriendo un tipazo seductor con unas sandalias negras de tacón, unos vaqueros ajustados a sus piernas largas y un jersey blanco insinuando unos pechos que atrajeron un sabor demasiado agradable para no intentar probarlos de nuevo.

—Hola, qué sorpresa —saludó Jack, inclinó la cabeza y besó a Christina en las mejillas—, me alegro de verte.

—Hola, lo mismo digo. —Christina sonrió más relajada. Había pensando mucho en él, pero no quería hacerse ilusiones para demostrarse que podía mantener relaciones casuales sin compromisos. Así y todo, tenerlo a su lado, con la cara libre de barba, tan guapo, con una presencia varonil estilosa, merecía arriesgar un poquito para meterse en la boca del lobo. Intentando descifrar sus ojos dilatados,

Christina advirtió de refilón a su amiga y comentó—. Creo que no os conocéis. Jack, ella es Jane Dixon, una compañera del hospital y una buena amiga.

—Encantado —dijo Jack, le tendió la mano—, te vi en el torneo, juegas bien.

—Gracias, tú también. —Jane sonrió breve, cortada porque sabía que Christina estaba en una nube por él y llevaba deprimida desde el lunes—. ¿Estás en aquella mesa? —preguntó mirando el rincón que ocupaban los ruidosos compañeros de Jack. Como asintió risueño, intentó ayudar a la tímida escocesa y se centró en ella—. Chris, no voy a poder quedarme, empiezo el turno en un rato —dijo componiendo una mueca de disgusto, miró alrededor—, van a tardar en atendernos.

—Por Christina no te preocupes —dijo Jack complaciente—. He terminado, si tienes que irte, no dejaré que se quede sola.

—Gracias, Jack —dijo la doctora McQueen, incómoda—, pero es mejor que busquemos otro sitio menos abarrotado. —Christina había esperado una llamada o un ligero interés y no quiso sentirse fácil. Presentía que ese hombre podía controlarla y, pese a desearlo, su carácter independiente luchaba para mantenerla a salvo; intuía un peligro de magnitud inmensa con implicaciones demasiado valiosas para los dos, a una edad donde no buscaba más que a un buen compañero para vivir tranquila, y donde él jamás encajaría por tantos motivos razonables como dudosos. Podía ser la desconfianza ante su juventud o los recuerdos de otra mujer que con el niño siempre tendría presente o por el temor de su imagen apuesta; todos eran válidos. Sin ganas de dejarlo, se obligó a sonreír para disimular una serenidad nula y comentar—. Ya nos veremos. Cuídate.

Christina miró a Jane y dio la vuelta con intención de salir rápido.

—Espera. —Jack le sujetó la mano, Christina se giró y lo observó seria—. Cena conmigo esta noche, en mi casa —dijo susurrando, inclinó la cabeza y le besó los labios en una caricia breve—. Di que sí, Chris.

Sonrió, oyéndolo meloso; era un embaucador.

—¿Estás sin Cordey?

—Sí, pero tengo que ir a buscarlo, aunque no sé si mi madre se fiará hoy de mí.

—¿Y yo debería?

Jack la agarró por las caderas, sonriendo alegre, y se acercó para hablarle en el oído:

—Eres la única que necesito que se fie de mí.

—Dame la dirección —dijo decidida, sacó el móvil y anotó la calle en cuanto se la dictó—. Deja de beber para que puedas prepararme

algo delicioso. —Christina esbozó una sonrisa pícara y le besó la mejilla—. Llegaré a las ocho.

Antes de que saliesen por la puerta, Jack había regresado a la mesa. Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y se despidió de sus compañeros, pensando en que para sorprenderla por el paladar tendría que hacer trampas ya que cocinar no era su fuerte ni a base de espabilar experimentado con resultados dispares; con predominio de los negativos.

Camino de su casa, aparte de despejarse, Jack paró en un restaurante marroquí que aún no había probado, pese a sentirse tentado cada vez que pasaba por la puerta, y compró la cena. No creyó oportuno arriesgarse si pretendía quedar como un señor, y claramente ese era su objetivo.

En unos minutos recogió a Cordey sin que Elizabeth sospechara nada. Gracias a la habilidad adquirida en incontables interrogatorios maternos, esquivó preguntas sobre un buen humor evidente y se marchó en el coche de Gabriel, pensando en las cosas que quería hacer antes de la imprevista cita; hecha en un impulso excitado por el alcohol y, en ese instante, pasándole factura con unos nervios aterradores.

Cubierto solo con unos calzoncillos negros, Jack vestía en el dormitorio infantil a Cordey con un pijama de algodón después del baño que se dieron juntos; algo que solía hacer por las noches para ahorrarse terminar baldado al sostenerlo en su bañerita. Con esa solución podía controlar el alboroto desplegado por el niño en cuanto se metía en el agua sin que peligrara su integridad física. Básicamente a Jack se le escurría de las manos, mantenía intacta la espalda y, sobre todo, porque le gustaba ese rato relajado con él.

—Escúchame, Cord, estamos esperando a Christina, así que pórtate bien y haz ahora todas tus cositas. Querrás dar una buena impresión, ¿no?

Jack lo dejó tumbado boca arriba en la cama, se puso unos vaqueros y una camiseta blanca y entró en el cuarto de baño para peinarse el cabello mojado hacia atrás. No se planteó apurarse el afeitado ni otras contemplaciones o se le echaría el tiempo encima.

Ni media hora más tarde, tras darle la papilla de cereales con frutas a Cordey, ya tenía la cena y el pan en el horno cuando sonó el timbre.

Christina sonrió ligeramente al verlo, oliendo un aroma penetrante a cordero, hierbas aromáticas y otro más dulzón, creyó que era pan de pasas o ciruelas.

—Hola —saludó dándole un beso casto en la mejilla—. He traído una botella de vino.

—No hacía falta —comentó sonriente, invitándola a entrar haciendo un gesto cortés con la mano. Cogió la botella y repasó fugazmente un sencillo vestido negro y unas bailarinas rojas—, ponte cómoda.

—Parece que te has esmerado —comentó Christina cuando colgó el bolso en el perchero del vestíbulo. Tampoco se privó al recorrer con una mirada lenta su cuerpo, deteniéndose unos segundos en sus pies descalzos. Satisfecha por las vistas y por ese olor apetecible, habló risueña—. Eres una caja de sorpresas.

—Podría marcarme un farol, pero no me serviría, me pillarías rápido.

—Me alegro de que seas sincero —dijo contenta—, hay cosas que no pueden ocultarse mucho tiempo. —Entraron en el salón, donde Cordey estaba en su balancín frente a la televisión, con dibujos animados sin el volumen, y Christina se dirigió a él. No reparó mucho en el amplio espacio rústico por la madera oscura del suelo formando espigas y la chimenea de hierro forjado, en el techo alto y las paredes claras, con pocos cuadros abstractos, ni siquiera en el cemento pulido de la barra que separaba la cocina del salón—. Hola, gordito. —Se agachó, le desabrochó el arnés de seguridad y lo levantó en brazos dedicándole carantoñas sin ver a Jack con los ojos clavados en ella—, qué bien hueles, ¿papi te ha bañado?

—Sí —respondió Jack acercándose, acarició la cabeza rubiales del niño, que sugería la genética materna, y sonrió al hablar—. Cuando estamos solos aprovecho y me baño con él, no me gusta perderlo de vista.

—¿No decías que tu madre no iba a dejarte traértelo?

—Sí, pero no estaba tan mal y no se ha enterado de que he bebido. Prefiero que duerma aquí. ¿Te importa?

—¿Que el niño esté en su casa? —preguntó incrédula—, por favor, Jack, no digas tonterías. No sé lo que opinarán las demás, desde luego a mí no me molesta, al contrario, me gusta.

—¿Por qué dices las demás? —Jack volvió a la cocina—. Eres la única.

—Bueno, de momento —comentó sin mirarlo, pendiente del bebé. Se sentó en un sillón orejero nuevo y confortable, con el tapizado en tonos tierra—, supongo que cuando estés recuperado… —Christina

dejó la frase en el aire, por él y por ella misma, porque tampoco se planteaba otra cosa que disfrutar del presente, al menos hasta que volviera Ari—. No sé, Jack, para mí no es lo mismo porque nunca le fui infiel a Graham y tú has sido el segundo hombre con el que me he acostado, pero entiendo que para ti será cuestión de tiempo.

—¿Qué será cuestión de tiempo, doctora sabionda? —preguntó al ponerse unos guantes de cocina para sacar la bandeja del horno—. Tengo intención de estar tranquilo con mi hijo. No voy a vivir como si fuese un soltero sin responsabilidades. —Colocó la bandeja en la encimera y se quitó los guantes—. Me molesta que pienses así de mí.

—Lo siento, no quería ofenderte. Es la impresión que tengo.

—Pues es una mierda de impresión, Chris —comentó camuflando su enfado. Al escucharlo, ella esbozó una ligera sonrisa; parecía contenta si usaba su diminutivo—, me gustas, estamos conociéndonos, vamos a dejar que las cosas fluyan.

—Si lo hacemos como dices, ya no sería un polvo casual —comentó centrada en Cordey—. Tú y yo no estamos solos, Jack. Mi hija vuelve en unos días y no voy a permitir que haya más cambios en su vida si esto no va a ninguna parte; no puedo.

—Ni yo, Chris —dijo Jack serio, llenó dos copas de vino tinto y le dio una. Se sentó en el sofá y acarició la cara del niño—. No ha conocido a su madre y te juro que no tenía intención de empezar nada con ninguna mujer —dijo sosegado, mirándola a los ojos, perdiendo la voz al tiempo que las turquesas brillaban húmedas. Quiso sincerarse sin molestarla—. No voy a prometerte amor porque te mentiría y no quiero, pero ni tu hija ni el mío van a sufrir por nosotros. Puede que nos enamoremos y puede que no, pero me gustaría intentarlo.

—¿Quieres que salgamos? —preguntó, levantando la vista hacia él.

—Sí —afirmó sonriendo, contento siguiendo los consejos del sensato de su hermano—. Más bien iremos cambiando de casa, pero sí, doctora, quiero que salgamos, conocerte, ver de qué somos capaces juntos.

—Vuelves a sorprenderme —comentó, tratando de parecer casual, aunque realmente estaba pletórica por esa inesperada declaración de intenciones—, pero también me gustaría salir contigo cuando podamos.

—¿Qué te parece, Cord? —preguntó con una sutil caricia en la pierna de Christina, que tragó nerviosa y se mojó los labios—. Pensaba esperar a cenar —murmuró Jack cerca de su boca, con el niño entre los dos—, pero voy a tener que besarte. —Jack tardó en cumplir esa amenaza lo que Christina en sonreír. Más sosegado de lo que hubiera querido, saboreó los recovecos de una boca que incitaba a no parar,

sin embargo, se apartó—, estoy impaciente por volver a hacer el amor contigo.

—¿Creía que follamos como locos? —dijo riendo.

—Doctora, por favor, cuida tu lenguaje con niños delante —reprendió, dándole a su hijo un beso en la cabeza—, y no hicimos eso. —Jack se levantó, la miró sonriendo y, con un ojo entornado, dijo—, bueno, sí lo hicimos. —Cogió dos platos y empezó a servir la cena—. También hicimos el amor, al menos yo hice el amor contigo.

Christina lo siguió y se sentó con Cordey en uno de los taburetes de la barra. Acariciando distraída la superficie lisa plateada, contempló cómo colocaba con precisión la misma distribución en los platos, el cordero en los extremos y las porciones de ensalada con los bollos de pan humeante en cada lado, sugería una obsesión por el perfeccionismo que se apreciaba también en el orden y la limpieza general.

—¿Tienes ayuda? —preguntó curiosa.

—¿En la casa? —Se detuvo para mirarla. Christina afirmó en silencio—. Sí, viene una mujer tres veces a la semana. ¿Por?

—Porque está todo perfecto. Me preguntaba cómo lo hacías. A mí me cuesta mucho mantener las cosas ordenadas con Ari. Imagino que cuando Cordey sea más mayor te pasará igual.

—Supongo —dijo, quitándoselo medio adormilado de los brazos—, voy a llevarlo a su dormitorio, tardo nada.

Para Christina, harta de reprocharle a Graham su falta de interés por Ari, observarlo voluntarioso con un bebé muy pequeño, colmándolo de atenciones y ternura, fue un impacto para el que no estaba preparada. Así no podía protegerse de él. Con esa actitud, anteponiendo el bienestar de su hijo a todo, entró por la vía directa en su corazón. Todo el instinto paternal que escaseaba en el maduro doctor Graham McCoy al joven viudo le exudaba por los poros sin complejos ni machismo.

Durante la cena, que se alargó varias horas, tuvieron claro que algo estaba cambiando o como poco tenía otro cariz más profundo; aquel tiempo fue tan rápido como precioso. Aparte de belleza, Jack admiró a una luchadora con alma de aventurera; y Christina llegó a embelesarse escuchándolo hablar de su familia, el trabajo y Nueva York, siempre con el detalle de no mencionar a su mujer.

Luego, rezumaron energía en la habitación de Jack, con una fuerza arrolladora que no cesó de unirlos, separarlos y volver a pegarlos hasta un mundo distante e imaginario solo apto para unos amantes empezando a descubrir la adicción provocada por el enamoramiento. Antes de que el sueño la venciera, Christina pensó que debía regresar

a casa, en cambio, recorría con una mano perezosa el ensortijado vello oscuro de un pecho fornido, suficiente para tentarla a no levantarse; aunque pesó más la responsabilidad que el impulso de seguir seducida por la pasión y la calma.

—Tengo que irme —susurró Christina. Jack la miró medio abstraído, sin mover sus piernas de entre las de ella—. Empiezo a las ocho, estaré muerta si no me voy ya.

—Quédate —murmuró, recorriendo su cuello con la nariz. Acabó levantando la vista, sonriendo—, no me apetece dormir solo.

—No seas malo… —Christina le acarició la cara, le besó los labios y despegó sus cuerpos sin ganas de estar quince días en Lerwick a pesar de llevar meses esperando regresar—. En serio, debo irme.

—Está bien —admitió por no presionarla más. Él mismo se asombró al necesitarla como no imaginaba, impensable unas semanas atrás—. Te acompaño abajo.

En cuanto Christina se vistió, Jack dejó la cama y se puso los bóxers negros que tenía tirados en el suelo.

Alumbrados por la luna llena para extender la magia de una calurosa noche romántica, se despidieron en la puerta con un largo beso muy sosegado.

De nuevo solo, Jack se acostó disperso en el olor de Christina impregnado en las sábanas y en la almohada y aspiró llenándose de él, hasta creyó ser feliz por primera vez en meses. Christina había llegado en tromba, lo tenía cautivado, y estaba encontrando el hueco para entrar en su vida con sencillez, para ayudar a que cicatrizara su herida y por qué no para formar otra familia. La perenne querencia por estar solo y sus dudas por el niño se diluían con ella como alegres burbujas de agua contra el viento. Christina prodigó dulzura con Cordey, se le notaba un instinto maternal conmovedor que animó esos pensamientos esperanzadores. «Qué diferente podría ser el futuro del niño si contara con el amor de una buena madre a su lado». «¿Estaría dispuesta a criarlo con él sintiéndolo propio?» Con las mismas, pensó en la hija de Christina. «¿Podría corresponderle?» «¿Qué diría su exmarido?» Entre barruntos tardó horas en conciliar el sueño hasta agotarse y conseguirlo casi al amanecer.

Tras pasar en el despacho la mañana siguiente a base de café y esquivando a su equipo, sin la cabeza centrada en los proyectos pendientes, Jack salió al mediodía para recoger a Cordey de casa de los abuelos con unas ganas locas de echarse una siesta que compensara la falta de descanso.

Tuvo suerte. Engañó a Elizabeth al rechazar una complaciente invitación para comer con ellos, alegó que le dolía la cabeza, y voló hacia su casa. También, gracias al carácter de Cordey pudo cumplir su plan nada más llegar. Los dos, una vez que Jack se cambió el traje que vestía por un bañador, se tumbaron en el sofá grande del salón. Cordey en la parte interior, protegido por el cuerpo de su padre para impedir cualquier aterrizaje en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, arrullados por el agradable y alegre trinar de los pajarillos que visitaban el jardín, se durmieron sincronizados; Jack arrastrado por el agotamiento y Cordey siguiendo su pauta habitual tras la comida.

Desde la oscuridad a la luz de la conciencia pasaron seis horas. Jack se despertó a base de tirones en el pelo, sin llantos impacientes; Cordey prefería la acción al ruido. Espabilándose, Jack se incorporó.

—Lo siento, cariño, estaba derrotado. ¿Tienes hambre? —preguntó levantándose en la penumbra del anochecer, lo cogió en brazos para apestarse y subió al dormitorio infantil. Un poco más lento que de costumbre, lo aseó y otra vez bajaron al salón, donde comprobó en el móvil que eran las nueve y que tenía varias llamadas perdidas de Christina y una sucesión de mensajes cada media hora. Empezaban a las cinco: «*Hola, ¿nos vemos luego?*». «*Salgo a las ocho*». «*¿Llevo la cena?*». «*¿Te gusta la comida italiana?*». «*Si no puedes, no pasa nada*». «*¿Estás ocupado? No quiero molestarte*». «*Me gustaría veros antes de irme*». «*Adiós, Jack. Besos*». Mal jurando, marcó el número de la doctora, pero no obtuvo respuesta—. Me parece que Christina se ha enfadado, Cord. ¿Vamos a buscarla?

Antes de que terminara Jack de vestirse, sonó el timbre. Se asomó por la ventana y vio a Christina esperando en el porche, parecía intranquila mirando alrededor. Bajó corriendo con Cordey en brazos y abrió la puerta.

—Hola, Christina, acabamos de despertarnos.

—Hola —saludó aliviada al comprender que no la rehuía. Sonrió echándole un vistazo de abajo arriba: pies descalzos, vaqueros gastados, un torso desnudo que invitaba a recorrerlo con manos entusiastas, desaliño en la cara con la barba un poco crecida y el cabello alborotado, y esos ojos donde se percibía que ciertamente no estaba mintiendo—. Me he preocupado bastante —comentó entrando, le dio un beso en los labios y dejó una bolsa con comida en el suelo—. No sabía qué pensar. —Christina acarició la cabeza del niño y le faltó tiempo para quitárselo a Jack de los brazos—. ¿Cómo está mi gordito?

—Tu gordito tenía más sueño que yo, se ha saltado la merienda sin rechistar, no me ha dado tiempo ni de bañarlo.

—Si quieres, organiza tú la cena y lo hago yo.

—¿No te importa? Te advierto que es una culebra en el agua.

Un rato después, cuando tuvo Jack preparada la papilla, la mesa puesta y la lasaña de uno de los mejores italianos de la ciudad se calentaba en el horno, subió al cuarto de baño de su dormitorio, oyendo el chapoteo del agua y la voz de Christina mimando a su hijo. Sin hacer ruido, a través de la puerta entornada, la observó sentada en la bañera. Tenía bien sujeto el cuerpo de Cordey y le echaba agua con delicadeza en la espalda mientras le hablaba en escocés. No entendió nada, pero tampoco hacía falta; se percibía el cariño.

—Se te da mucho mejor que a mí —dijo Jack entrando, se apoyó en la encimera del lavabo—. Se nota que te gustan los niños.

—No creo que se te dé mal —comentó sonriendo, desvió un segundo la vista hacia él y de inmediato siguió atenta al niño, pasándole una esponja con jabón por las piernas—, por lo poco que he visto te las apañas muy bien.

—Intento esforzarme, lo bueno es que no se queja.

—Los niños solo quieren amor, se acostumbran a casi todo.

Jack asintió, pensativo.

—Cuando murió su madre fui un cabrón con él.

—No te machaques, Jack, no va a tenértelo en cuenta. Lo importante es que supiste rectificar. No sé cómo habría reaccionado yo en tu situación. —Christina enjuagó con el grifo de la ducha a Cordey, agarró la toalla con capucha que Jack estaba tendiéndole, y lo sacó de la bañerita—. ¿Llevabais mucho casados?

—No —contestó, sonrió breve viendo al niño a sus anchas en el regazo de Christina, que lo secaba con golpecitos suaves. Jack añadió —. No pasamos juntos ni un año.

Christina disimuló su desconcierto y enhebró varias ideas tan rápido como recordó la fecha del nacimiento y la posible concepción, concluyendo que quizá el embarazo les pilló desprevenidos.

—¿Os casasteis por él?

—No.

Jack salió del baño para traerle un pañal y un pijama limpio, también para eludir más preguntas que, en ese momento, no tenía ganas de responder.

Más tarde, cuando Cordey ya dormía y cenaban tranquilos en el salón, Christina dijo:

—No sé por qué había pensado que llevabais juntos más tiempo.

—Nos conocíamos desde hacía unos años, pero hasta que ella no se trasladó a Nueva York no empezamos a salir. Se quedó embarazada muy pronto.

—Lo he supuesto. —Sonrió con tibieza, centrada en la expresión

ausente de Jack—. No pretendo molestarte, no es mi intención.

—Trato de pensar poco —dijo en un tono resignado—. La quise mucho, fue mi primer amor y también una ruina por muchos motivos… —Jack se levantó con su plato y lo dejó en el fregadero—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Como quieras —respondió casual, cavilando en que todavía la amaba y en el gran escollo para que algún día sintiera lo mismo por ella, aunque por otro lado comprendía que cuatro meses no eran suficientes para un duelo. Por no torturarse con algo que escapaba de su control, optó por advertirle el viaje al pueblo y comentó—. Mañana me voy a Lerwick para recoger a Ari, os voy a echar de menos.

—Nosotros más —dijo sonriendo—. ¿Cuántos días vas a estar?

—Quince. Salgo a las once.

Christina lo imitó, dejando el plato en el fregadero, y se sentó en el sofá mientras Jack servía dos vasos con whisky.

—Estaré en el aeropuerto a las diez —dijo Jack, dándole un vaso.

—No es necesario que vengas, puedo apañármelas sola.

Al sentarse a su lado, la besó en la mejilla.

—Quiero despedir a mi chica como Dios manda.

En esas palabras, Christina notó interés, obstinación y una frescura cariñosa que no esperaba y la descolocó.

—No tengo edad para ser la chica de nadie, pero me gusta que consideres que lo soy.

—Tienes la edad que tienes, muchas mujeres más jóvenes que tú matarían por tu físico —comentó firme, creyendo que los ocho años de diferencia entre ellos le pesaban y le hacían sentir inseguridad. Bebió un trago y aclaró—. No me importa tu edad, Christina, y espero que a ti tampoco te importe la mía porque entonces tendríamos un problema y no me gustaría. —Jack recordó los enfados con Cora por otro tipo de prejuicios que no iba a mencionar—. Estamos empezando una relación, te he dicho que no era la intención que tenía porque es la pura verdad, pero aquí estamos; me gustas y sé que te gusto; los dos tenemos responsabilidades y los dos somos adultos, independientemente de los años que tengamos. A mí me da igual, pero quiero aclarar el tema. ¿A ti te afecta mi edad?

Christina lo miró a los ojos y negó despacio con una sonrisa abriéndose paso en su cara.

—Nada —comentó acercando los labios a los de él para unirlos en un beso donde admitía no solo ser «su chica», sino también que era un hombre con todas las palabras, mucho más maduro que otros con bastantes más años en las espaldas. Tras separarse con el sabor del whisky en la boca, bebió y sonrió complacida—. Tenemos los mismos

gustos.

—Sí —admitió con un brillo perverso en los ojos, se las ingenió para subirla en sus piernas sin apenas esfuerzo, rodeó su cintura con los brazos y repartió varios besos cortos en sus labios, calentándose a una velocidad de vértigo; la prueba contundente se removía inquieta bajo las nalgas de Christina—. ¿Sabes qué otra cosa tenemos en común? —preguntó en un tono lleno de matices sexuales. Viendo una leve negación y un nerviosismo marcado al tragar saliva despacio, despilfarró vanidad y respondió—. Que encajamos a la perfección.

Con la maleta facturada, contemplando la pantalla digital que anunciaba las llegadas y salidas de los vuelos, Christina esperaba a Jack sentada en un banco. Pese a su insistencia para que no fuera, se mostró inflexible.

Agobiada por la hora, estaba a punto de claudicar cuando apareció Jack corriendo y tropezó con un señor, atrayendo a su memoria otra imagen similar en Nueva York. Se preguntó si aquel desconocido fue él. ¿Sería posible? ¿Podría ser que el destino los hubiese estado cruzando antes de hacerlos colapsar?

Christina sonrió y se levantó yendo a su encuentro. Jack le sujetó la cara entre las manos y la besó en la boca.

—Siento el retraso, no he podido salir antes.

—No tenías por qué haber venido, no era necesario.

—Quería venir. —Jack le agarró la mano para guiarla hacia una cristalera donde podía verse el tránsito de los aviones en la pista. Se apoyó en una columna con un cartel de publicidad que invitaba al romanticismo. Era de una colonia italiana, anunciada por una pareja en una pequeña barca, los dos con bañadores blancos y unos cuerpos bronceados, recién salidos de un chapuzón en alguna cala solitaria del Mediterráneo. Cuando Jack creyó estar aislado de miradas curiosas, atrapó los labios de Christina con la pasión desmedida que lo tenía trastornado—. Vamos a echarte de menos.

—Y yo a vosotros —comentó, tocándole la nuca—. No me gustan las despedidas, Jack. —Christina dejó caer la cabeza en su pecho y se abrazó a su cintura; plena al abarcarlo sintiéndolo cálido y cariñoso. Siempre era protector, percibía cómo trataba de cobijarla, y le encantaba esa sensación—. Alguna vez podríais veniros con nosotras. Te gustará Escocia.

—Ya lo organizaremos —dijo complaciente—, tenemos tiempo cuando vuelvas.

—Sí, además… —Christina sonrió seductora—, me has prometido

llevarme a esquiar, no lo he olvidado.

—Ni yo, doctora —dijo riendo, recordando una conversación de la noche anterior. Se animaron para ir con los niños cuando pudieran—. Si das el visto bueno, reservo en Le Manoir, te gustará.

—Perfecto —afirmó contenta, le besó rápido los labios—, luego te confirmo que fines de semana tengo libre. —Christina unió otra vez sus bocas prolongando la caricia—. Me voy, cuida a mi gordito y cuídate mucho.

—Y tú —dijo Jack tristón—, vuelve pronto, Chris.

—Quince días pasan volando.

Por no quedarse con el sabor agridulce de la despedida, Christina no lo pensó más y se alejó acelerada hacia la zona de embarque. Jack se quitó las gafas de vista y se frotó los ojos, sin distinguir más que bultos borrosos de un lado para otro.

—¿Jack? ¿Eres tú? —preguntó Sofía, se plantó delante mientras él se colocaba las gafas. Al momento lo abrazó con entusiasmo—. ¡Qué alegría!

—Hola —saludó sorprendido, gratamente. La azafata estaba preciosa. Terminaron muy bien su relación casual pese al enfado de Cora. Aquel que le costó varios días castigado en soledad—. ¿Ahora haces escala aquí?

—Sí —respondió, sujetándose a su brazo. Volvieron a caminar con un rumbo indeterminado—. Ahora trabajo en *Air Canada*. Tengo un piso con dos compañeras en Montreal, aunque ya sabes que paro poco. ¿Cómo estás? No nos veíamos desde hace un año.

—Bien, ahora vivo aquí.

—¿Sigues con aquella chica?

Jack se detuvo y, sonriendo levemente, sacudió la cabeza.

Tras unos minutos, Sofía, que había preguntado por interesarse, escuchó los acontecimientos más importantes de los últimos meses en su vida. Tardó un poco en asimilar el dolor de ese hombre divertido que creía feliz y en cambio estaba viviendo un drama. Amparada por la intimidad compartida, Sofía acarició el rostro de Jack y le besó los labios en un contacto animoso que no pretendió otra cosa; aunque Christina presenció de lejos la escena y lo interpretó tal cual fue.

Del mismo modo que la escocesa se había sentido pletórica haciendo planes con él, de pronto se vio rodeada por el recelo de la desconfianza. Compadeciéndose, traspasó el arco de seguridad con la imagen de la azafata abrazando y besando a «su chico», con el recuerdo de su exmarido y aquellas infidelidades que empezaron con los viajes a Escocia y acabaron con su matrimonio. A Jack no podía exigirle más que su palabra. Esa que salió libremente de sus labios y

parecía sin intención de cumplir. «¡Joder! ¡Podía haber esperado a que estuviera volando!»

Christina dejó el Jean-Lesage de Quebec con un humor que rayó el subsuelo. ¿Se podía ser más desgraciada? Después de años amargada en su matrimonio con Graham, dedicada a su profesión e hija en cuerpo y alma, había ido a enamorarse de un hombre que desde el principio apuntó maneras y no precisamente buenas. Tenía tan claro como el agua que se enamoró de él cuando la besó por primera vez. En cambio, no sabía qué sentía Jack por ella. De igual forma era atento, considerado o bromista como inexpresivo para hablar de sentimientos. Si bien, ¿qué podía esperar si no llevaban juntos ni una semana? Eso sí, para ella había sido maravillosa; un sueño; un castillo de naipes derrumbado en una fría tormenta invernal.

Esconder la cabeza en el pueblo durante varios días fue la terapia de Christina para admitir que Jack le vendió humo con la única intención de acostarse con ella. Molesta por un cinismo que siempre venía con Graham como comparsa, reunió el valor necesario para enviarle un mensaje que esperaba conseguiría relajarlo. Eso deseó; que dejara de llamarla o de saturarla con mensajes y correos electrónicos.

Aquella soleada mañana, mientras Ari estaba con sus amiguitos, Christina paseó hasta el viejo puerto donde la actividad era todavía entretenida por la temporada alta.

Después de cuatro siglos el aire ajado por el salitre y la humedad daban carácter al gris pétreo que cubría la zona y las casas con los cimientos en el mar. Vio un ferri mediano, los pequeños botes de los pescadores y los veleros que salían a navegar desde el nuevo Club Náutico, pensando en que su pueblo trataba de alentar el atractivo turístico a pesar de la lejanía y la limitada oferta hotelera.

Distraída por ese ambiente estival, atravesó calles adoquinadas de regreso a la casa de sus padres. En la puerta del antiguo y céntrico pub que había en la plaza, el punto de encuentro favorito de muchos vecinos, se topó con un amigo de la infancia que la invitó a una pinta de cerveza. Angus Lamark, así se llamaba el hombre, estudió Farmacia en Londres y desde hacía unos años había sustituido a su padre en el negocio familiar. Era un tipo agradable, no guapo ni deslumbrante pero con el cuerpo recio y alto; el cabello plateado, las facciones marcadas por ángulos bien definidos para endurecerle el rostro; unos ojos verdes que hablaban por sí solos; y tenía un carácter alegre con facilidad para divertirla.

—Cuando vi a la niña con tu madre di por perdida la esperanza de

que vinieras este año —comentó Angus antes de recibir una palmada afectuosamente ruda en la espalda de un hombre corpulento que acababa de entrar. Era la desventaja de ser el único y popular farmacéutico. Pero no se inmutó más que un segundo para saludarlo también y volvió a centrarse en Christina—. ¿Cómo van las cosas con Graham?

—Regular —respondió con confianza—. Le cuesta mantener el régimen de visitas.

—No sé qué viste en él —dijo negando ligeramente—, siempre fue un gilipollas.

—Vaya, gracias —comentó sonriendo—, podías habérmelo dicho cuando te lo presenté… allá por 1998.

—No habría servido de nada. —Angus rió y habló sin filtrar sus palabras ya que no necesitaba medirse—. Estabas muy colada por él.

—Parece que no sé estar con nadie sin caer como una pardilla.

—¿Tienes novio a la vista? —preguntó sonriente, apuró de un solo trago más de la mitad de su jarra y pidió otra—. Qué de estupideces hablo. Has tenido a quien se te ha antojado desde que eras una adolescente.

—No te pases. Tú sí que has hecho lo que te ha dado la gana. ¿A quién estás viendo ahora? ¿Alguna nueva divorciada o viuda para tu harén?

—Me distraigo —dijo irónico—. No me has contestado, ¿tienes novio o no?

—Qué más te da —respondió riéndose de él—, sabes que nosotros estamos condenados a no estar juntos.

—Vaya mierda, Chris. —Angus habló con una mueca disgustada. Para quien no lo conociera podría parecer realmente afectado; en cambio, exageraba. Su amiga tenía razón, nunca se habían sentido atraídos—. Tendremos que seguir como amigos un tiempo.

—Sí, no tenemos más remedio que ser amigos, Angus, qué asco.

El teléfono de Christina sonó con una escala de notas ascendentes. Leyó un mensaje: «*Me alegro. Gracias por el detalle. JD*». Durante unos segundos examinó esas escuetas palabras. Si Jack aparte de cortesía e ironía pretendió mostrarle su enfado, en vez de eso esclareció una idea constante desde que salió de Canadá: no involucrarse en nada serio con él. Debía intentar una relación basada en el sexo; aunque fuese tarde podía protegerse si separaba a Ari y mantenía con él los encuentros en secreto. Nada de confraternizar en plan familias felices como Jack pretendía.

Cuando salieron a la plazoleta, donde había un monolito circular de piedra de poco más de un metro de altura que servía de base para

una farola de forja, vio a Ari jugando con los hijos de otro vecino. No necesitó insistirle mucho y acompañadas por Angus anduvieron de vuelta hacia las afueras, charlando de todo un poco hasta que él llegó primero a su destino y se despidieron con unos besos cariñosos más un choque de manos con la niña. Ese calor de la amistad sincera —que retomaban en el punto exacto donde la dejaban año tras año— logró mitigar ligeramente la amarga decepción del aeropuerto revivida por Christina en su pensamiento de forma inconsciente cada dos por tres.

En el jardín de la casa familiar de los Drake, después de jugar un buen rato con Ophie en la piscina, Jack acababa de tumbarse al sol mientras su madre estaba en la cocina dándole la merienda a Cordey.

John se acercó hablando con Elaine, dejó una botella de vino blanco en una cubitera bajo la sombrilla y, obviando el plácido sueño de Sean o la momentánea paz de Jack, preguntó en un tono alto:

—¿Queréis vino?

—Ponme una copa —respondió Jack, incorporándose.

Sean murmuró algo, pero giró la cabeza y ninguno le prestó atención.

—¿Estás bien? —preguntó Elaine, se sentó en la mesa y cruzó las piernas—. Pareces apático.

—Estoy cansado —comentó Jack con un gesto torcido en los labios, aunque conocía a su cuñada y tenía pinta de sondeo inminente abusivo. Para evadir el tema «doctora impasible», preguntó—. ¿Cuándo vamos a ir otra vez de compras?

—Eres un tostón, me ha caído el gordo contigo. Deberías buscar otra compañía o empezar a elegir tú solito.

—Haberte ido de vacaciones…

—No tengo la suerte de otros —comentó distraída—. Como Christina, que ahora tiene a un sustituto. Ha debido irse a Escocia, nos comentó que quería recoger a su hija. No me había acordado hasta que llamé hace unos días para pedirle cita.

—¿Ophie está enferma? —preguntó Jack asombrado. En ese momento la niña hablaba con Sophie, la osita de peluche que le regaló su padrino cuando cumplió un año y atrajo a su memoria a otra Sofía. En vista del interés de Christina, que había tardado cinco largos días en comunicarse, sopesó llamar a la azafata para recordar viejos tiempos, aunque lo desechó de inmediato—. No lo parece.

—Está bien, es porque le toca la vacuna —dijo Elaine observando a la niña—, pero puede esperar. —Tomó un sorbo de vino antes de preguntar—. ¿Has mejorado algo con ella?

—Un poco. —Jack sonrió y entornó los ojos, pensando en si desvelarle o no hasta dónde habían progresado, optó por una verdad a medias—. Ya puedo soportarla.

—Creía que eras más listo —dijo John cínico—, a una mujer como esa se le aguantan muchas cosas.

—Depende —comentó serio, intentó no sonar resentido al añadir —, si juegas para divertirte o buscas algo más.

—Perdona que te lo diga… —John soltó una risa—, Christina es también inteligente, no sé qué más puedes buscar.

—En ella, nada —replicó seco, terminó de un trago el vino y se levantó—. Voy dentro a ver qué le queda a mamá con el niño.

—Por cierto, ¿con quién cenaste el otro día? —preguntó John casual.

—Con una amiga.

Jack quiso irse deprisa, pero la voz de Elaine lo detuvo.

—Venga ya, ¿has invitado a cenar a una mujer y no me lo has dicho? —Elaine desvió la mirada hacia John y se guaseó—. ¿Qué hacemos con él?

—Dejadme en paz —dijo Jack mostrando una sonrisa cínica—. Entreteneos con otra cosa.

—¿Por qué? —preguntó Elaine poco afectada viéndolo nervioso—. ¿Qué nos ocultas?

—Me largo a mi casa. Sois unos cotillas.

Cuando Jack desapareció en el interior de la casa, Sean se incorporó y dijo sonriendo:

—Está liado con Christina.

Las caras de Elaine y John encajaron la noticia de maneras opuestas. Mientras una abrió los ojos de par en par casi igual que la boca, el otro apretó los labios insinuando un evidente orgullo.

—Sabía que estaba loco por ella —dijo John convencido, satisfecho, agregó—: Ese es mi hijo.

—¿Estás seguro, cariño?

—Ellie, ¿crees que Jack invitaría a una mujer a algo sin sexo de por medio?

Jack, que salía con Cordey en brazos, se detuvo a unos metros. Tenía intención de despedirse, pero se enfadó al escuchar a Sean y dio la vuelta, recordando aquellas «demás mujeres» que Christina mencionó.

Condujo los escasos cinco minutos que duraba el trayecto en coche tratando de analizar ese cambio brusco de actitud sin encontrarle explicación. Podía entender a su familia por el bagaje acumulado en Nueva York, pero fue incapaz de saber a qué se debía la indiferencia

de la doctora cuando habían hablado hasta la saciedad de la relación estable que los dos querían mantener. Por supuesto, no se le ocurrió pensar que la azafata lo besó en un lugar público y ni en sueños imaginaba que «su chica» lo presenció.

Una vez en su casa, la llamada de Claire suavizó su malestar a cambio de una información esperada. En cuanto colgó, compró por Internet un billete de avión para Nueva York con ida y vuelta el jueves siguiente. Por fin había encontrado al comprador de la fotografía de Cora y si como Claire le había dicho estaba dispuesto a vendérsela solo sería cuestión de llegar a un acuerdo económico. La imagen romántica de Cora embarazada en la azotea del apartamento tenía un espacio reservado en la habitación de su hijo. Quizá no fuese la mejor manera para él de encarar el futuro al verla constantemente; sin embargo, John Cordelius se criaría con ella por testigo.

No pensó en Christina, o mejor expresado, no le importó su opinión. En ese momento, cualquier atisbo de esperanza en su incipiente relación quedó anulado. Tampoco entraba en sus planes convivir con otra mujer y en su casa tenía potestad para decidir cómo la decoraba. Ni de lejos se planteó otra cosa. Cora deseó ser madre a toda costa, por encima de su propia vida, y ni el dinero ni nadie podrían evitar que el niño creciera viéndola todos los días.

DOCE

Quebec, 20-9-13

Canadá

Jack se conocía, sabía cuando estaba a punto de estallar, y ver a Christina en el pasillo del hospital a los cinco días de su regreso, después de eludir cualquier comunicación con él, saludándolo con su mejor sonrisa y dos besos efusivos en la cara, no solo volvió a alterarlo por su belleza, sino que también prendió su mala leche al no encontrar ni el desprecio ni la pasividad esperada.

—¿Cómo estás? —preguntó Christina, andando por el pasillo. Trató de ignorar una imagen cautivadora con un traje oscuro, una camisa blanca y una corbata en tonos azules—. ¿Todo bien?

—Déjate de tonterías —dijo Jack. Cogió a Christina del brazo, la llevó hasta la consulta y cerró de un portazo. Desde el centro de la aséptica habitación espetó indignado—: ¡¿A qué estás jugando?!

—¿Se puede saber a qué vienen estos modales? —preguntó molesta por ese enfado desmedido—. Estamos en mi trabajo. O bajas el tono o te vas.

—Creía que teníamos claro los dos qué queríamos —dijo Jack, se llevó una mano al cabello—, pero he debido equivocarme.

—Sí, debe ser eso, Jack —comentó yendo hacia la mesa—. Íbamos a dejar que las cosas fluyeran ¿no? —habló con una sonrisa cínica—, pero nada de ataduras ni compromisos.

—¿Qué me he perdido? —espetó harto—. No pareces la misma mujer que despedí en el aeropuerto. ¿Qué ha pasado?

—Nada. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—¿Así? —Jack apoyó las manos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia delante—. ¿Quieres que follemos pidiendo cita?

—Da igual lo que quiera —dijo sonriendo—, de todas maneras tendría que conformarme.

—¡Joder, Chris! ¿Puedes hablarme claro?, por favor. No tengo la cabeza para pensar más. —Jack intentó tranquilizarse—. Por favor, cuéntame qué ha pasado para que estés así.

Christina sonrió con amargura, meneando despacio la cabeza.

—Siéntate —dijo seria. Jack la observó un instante y se dejó caer en una de las dos sillas que había frente a la mesa. Christina buscó las

palabras adecuadas para no iniciar una discusión y acabar con elegancia—. Verás, Jack… —Al oírla, ladeó levemente la cabeza y cruzó las piernas por las rodillas—, no estoy jugando y si tenemos una conversación, donde entiendo que los dos queremos seguir viéndonos, a la menor oportunidad no me lanzo en brazos de otra persona; no me van las relaciones abiertas, lo siento.

—¿Y a mí sí? —preguntó apretando la frente—. ¿De dónde te has sacado eso? Te dije que quiero estar tranquilo, ¿a qué viene esta desconfianza? Joder, que nos hemos visto dos veces…

La mirada letal de Christina dejó a Jack todavía más confuso.

—Por eso, será mejor que lo dejemos aquí.

—Te juro que vas a volverme loco —dijo medio abatido. Se levantó con intención de salir; sin embargo, su carácter se lo impidió. Se giró y bramó iracundo—. ¡¿Qué coño te pasa?! ¡¿Estás como un puto cencerro?! ¡¿Es eso?! ¡¿He ido a tirarme a la loca del hospital?!

—¡Largo! —Christina se puso de pie casi botando—. ¡Ahora me has cabreado de verdad! —Rodeó la mesa para encararse con él—. ¿Te atreves a venir exigiendo nada? ¡Tú! ¡Otro capullo embustero que he tenido el placer de conocer! ¡Lárgate ahora mismo de aquí! —exclamó roja de rabia—. ¡No quiero volver a verte más!

Jack no se movió ni pestañeó. «O estaba como una chota o en una dimensión diferente». Eso sí, tenía el poder de hacer que su sangre circulara a toda pastilla para terminar en su miembro. La doctora se crecía enfadada, sus pechos se movían acelerados y su boca gruñía el inglés de una manera tan erótica que necesitó sentirla dentro de él. No vaciló al sujetarle firmemente la cara. La besó fuerte, apretándola contra su cuerpo pese a que ella no quería devolverle el beso.

—Estás como una cabra —dijo Jack sonriendo pegado a sus labios. Movió las caderas para frotarse impetuoso—, pero me gustas.

—Suéltame —siseó tratando de zafarse. No consiguió más que un milímetro de distancia—. Tú estás más loco que yo. Al menos mantengo mi palabra.

—Chris, por favor… —rogó sin variar la sujeción de sus manos—. Te he echado de menos, no entiendo por qué estás cabreada —dijo frustrado—. Háblame claro, joder. No supongas que te entiendo, porque te juro que estoy totalmente perdido.

—Pregúntale a la azafata de *Air Canada*. Seguro que encuentras pronto dónde ir.

Jack entrecerró un ojo.

—¿Todo esto es por…? —Alucinado, soltó una carcajada—. Me viste con Sofía… y has sacado tus propias conclusiones.

—No tengo ni idea de cómo se llama, pero sí, te vi besándola en el

aeropuerto.

—Pero no fue un beso romántico —dijo contento, comprendiendo sus celos—, siempre me besa así, a mí y a todos los tíos que conoce.

—Pues no me gusta y no tengo intención de admitirlo.

—Por fin eres clara —comentó, le besó los labios muy despacio, enredando sus lenguas en otro de esos tangos sensuales que los dos sabían bailar entregados. Jack se apartó y, sonriente, murmuró—. Esto ha sido un beso, Chris —ronroneó—, y solo te los doy a ti. Y solo quiero que me los des a mí. —Jack le dio un piquito—. Ya que estamos siendo sinceros, me gustaría que entendieras una cosa: si he sido el segundo hombre con quien has hecho el amor, para mí, eres la segunda mujer con quien lo he hecho. Ni Sofía ni ninguna de las mujeres que han pasado por mi vida fueron nada comparadas con Cora y te garantizo que fue a la única que he amado.

—Perdóname, he sido un poco estúpida —dijo susurrante, bajó la vista y añadió—: Se me cayó el alma a los pies cuando os vi. —Lo miró con lágrimas en los ojos—. He pasado unas vacaciones insoportables por tu culpa.

—Lo siento mucho. —Jack le besó la frente con esa ternura que brotaba natural, ignorando el efecto demoledor que tenía en ella. Para despejar cualquier duda, explicó—. Mantuvimos una relación, por llamarla de alguna manera, sin más implicaciones que acostarnos cuando ella iba a Nueva York por su trabajo. Nos encontramos por casualidad —comentó tranquilo, se sentó en la silla con Christina en el regazo—. Yo tampoco he estado bien. Sabes que me gustas mucho y creía que estabas pasando de mí.

—No estás acostumbrado, ¿no?

—No —respondió risueño, siendo sincero. Volvió a besarla en los labios. El tanteo suave y prolongado prendió un fuego vertiginoso que incendiaba su cuerpo; aunque no tenía intención de quemarse allí y apartó la cabeza—. Vente esta noche a cenar con Ari. Me gustaría mucho.

—Tengo que ir a recogerla al colegio. Salgo en quince minutos. Si quieres, ven conmigo y después vamos a por Cordey.

—Acepto, doctora, me has convencido. ¿Dices que tenemos quince minutos?

—No. —Christina anduvo lista y se levantó como un fuelle—. Será mejor que mantengamos las distancias. No puedo arriesgarme a otra amonestación del jefe de personal —comentó con ironía—. Nunca se sabe cuándo puede llegar el padre borde de algún paciente.

—¿Llegan muchos? —preguntó disimulando una sonrisa.

—No, contigo tengo la lista completa.

—Me alegro. —Jack se acomodó en la silla, se quitó las gafas sonriendo y empezó a limpiarlas distraído—. Quiero ser el único en esa lista.

—Sí, con honores…

Sentado tras el volante del BMW, esperó Jack a que Christina entrara en el colegio para buscar a Ari. Había empezado a llover con fuerza y la puerta estaba concurrida de personas sujetando paraguas. Se intuía el otoño en los días más cortos, con una luz gris anunciando poco sol, humedad o, como esa tarde, tormenta; aunque a nadie parecía importarle en exceso; tenían por delante muchas nevadas. Sería entonces la época del enclaustramiento hogareño, cuando solo se vería en las calles a la gente que no tenía otro remedio que salir.

Corriendo con la niña de la mano, Christina llegó hasta el coche. Cuando Ari se sentó en el asiento trasero, Jack se giró y habló simpático.

—Hola, Ari —saludó contemplando a la pequeña morena, con unas pecas graciosas en la nariz y mejillas—, ¿cómo estás?

—Hola —dijo tímida, recordó a ese nuevo amigo de su madre y sonrió dejando apreciar dos filas perfectas de pequeños dientes blancos—, tú eres el tío de Ophie, el papá de su primito.

—Sí —afirmó contento, le guiñó un ojo a Christina y siguió atento a Ari—. ¿Te gustaría verlo?

—¡Sí! —gritó alocada—. ¡Mami, *porfi*!

—Tranquila, cariño —dijo sorprendida—, vamos a casa de sus abuelos para recogerlo y cenar juntos.

—¿En serio? —preguntó con los ojos celestes desorbitados, parecía emocionada por hacer algo diferente.

—Sí —afirmó Christina. No había querido interferir observándola más abierta, pero tampoco podía darle demasiada cancha porque Jack tuviera mano con los niños. En un tono amable pero severo, agregó—. Tienes que portarte muy bien, ¿de acuerdo?

—¡Sí!, ¡Sí!

Jack apretó los labios por no reír y Christina no supo cómo interpretar ese entusiasmo. De todos modos, también estaba feliz. De hecho, tan eufórica como su hija. Gracias a la conversación del hospital volvía la esperanza para ella y con el buen recibimiento por parte de Ari salvaba un obstáculo importantísimo.

Las dos aguardaron en el coche cuando llegaron a casa de los Drake y Jack corrió unos pocos metros bajo la lluvia hasta entrar. Distraída observando la solidez blanca y contemporánea de la

fachada, Christina pensó en el trajín diario de Jack y en el apoyo incondicional de sus padres sin pretender sentir nostalgia por los suyos aunque fue inevitable; echaba de menos a su reducida familia a pesar de la relación a veces difícil con su madre. La mujer no terminaba de asimilar su divorcio de Graham y no perdía ocasión para insistirle en que diera marcha atrás. Esa obcecación solía acarrear agrias discusiones entre ellas hasta que mediaba su padre y calmaba los ánimos con manga ancha pero siempre de parte de la doctora.

Elizabeth salió al porche para despedirlos, sonrió a Christina y la saludó levantando la mano. Con el paso apresurado, Jack resguardó a Cordey en su pecho. Tras abrir la puerta trasera del vehículo contraria a la de Ari y colocarlo bien seguro en su sillita. Cuando estuvieron listos, arrancó mientras Christina saludaba con mimos al bebé y la niña lo contemplaba extasiada.

—Hola, gordito —dijo en un tono cantarín. Su expresión se enterneció como cada vez que lo veía. Acariciándole la tersa carita sonrosada, admiró unos rasgos dulces, los llamativos ojos azules y el cabello muy rubio con unos mechones largos ensortijados en las puntas—, estás cada día más guapo.

—Hola, Cordey —saludó Ari dándole tironcitos de las manos.

Durante unos minutos escucharon Jack y Christina a Ari hablarle como si fuese un muñeco, compartiendo sonrisas y cómplices miradas.

—Ari, ¿te gustan los bebés? —preguntó Jack.

—Sí —afirmó sacudiendo la cabeza varias veces, mirándolo a los ojos por el espejo interior del vehículo—. ¿Me dejarás cogerlo en brazos?

—Sí, pero ten mucho cuidado porque es muy pequeño.

—¿Dónde está su mamá?

—En el cielo. —Jack sonrió, esperaba la pregunta—. Ahora es un ángel.

—¿En serio? Yo también quiero ser un ángel.

—Ari, cariño —cortó Christina—. Vigila a Cordey mientras llegamos.

—Déjala —dijo Jack en voz baja—, es normal que pregunte.

—Sí, pero no todo de golpe —susurró—. Ya irás conociéndola, no tiene fin, como le dé por algo no se cansa. Intenta no consentirla mucho, por favor.

—Es la primera vez que viene a mi casa, no pretendas que te la eduque en un rato.

—No quiero que hagas tal cosa —replicó cortante.

Jack frunció las cejas, extrañado por el tono.

—No he querido molestarte, estaba bromeando.

—Discúlpame tú. Me pone más nerviosa cuando se vuelve loca que cuando no quiere relacionarse. Es un poco impulsiva.

—¿A quién habrá salido, doctora? —Jack le acarició la mano, animándola a relajarse—. No te preocupes. —Le dio un beso en la mejilla y susurró en su oído—. Es una niña preciosa, como tú.

Una vez cómodos en su casa, Jack vertía la papilla en el cuenco con la leche templada y la mezclaba para convertirla en un perfecto puré fino sin grumos y observaba con satisfacción cada pocos segundos a Christina sentada en el sofá con Cordey en brazos y a Ari, que iba y venía de la cocina jugando con los muñecos del niño o canturreando inquieta, aunque ni mucho menos con el nivel de Ophie.

—¿Te ayudo? —preguntó Christina cuando Jack dejó el cuenco en la mesita de madera que había frente al sofá. Cordey gritó contento y Ari, diligente, se arrodilló delante y le ofreció una cuchara—. Cariño, espera un poco. —Christina evitó ese arranque solidario—. Ahora quema.

—Le soplo —afirmó decidida.

—Claro que sí, Ari —dijo Jack sonriendo—, dale de comer y yo preparo nuestra cena, pero hazle caso a tu madre.

—¿Qué vas a preparar? —preguntó Ari arrugando la cara.

—¿Te gusta el puré de patatas y el pollo empanado?

Christina sonrió, pensando en que había elegido un menú sin riesgos y agradeció el detalle y su amabilidad cada vez que Ari se acercaba. Siempre tenía un gesto cariñoso para ella. Podía engañarse, creer que ese hombre estaba fingiendo para conquistarla; pero no lo percibió así. Consciente de que no estaba acostumbrado a más de unas ligeras tareas domésticas, apreció el esfuerzo que hacía por su hija y volvió a ver al padre solícito, a un compañero divertido y a un buen cocinero en potencia.

Luego, cenaban hablando del colegio y las vacaciones sentados en la barra de la cocina, después de que Christina acostara a Cordey bajo la supervisión de Ari. La niña no vaciló al acompañarla ni al buscar los artículos de aseo, bien ordenados en cestos de mimbre dentro de una estantería baja, aunque se distrajo con la cantidad de peluches que había repartidos en un rincón del dormitorio y con una alfombra piano, fascinante para una loca de la música como ella.

—Está todo muy bueno, Jack —comentó Christina, miró a Ari—. ¿A que sí?

—Sí —afirmó moviendo la cabeza—. Nunca había visto a un papá cocinar.

—¿No? —preguntó Jack despreocupado, aun notando el cambio sutil de la doctora—. A mí no me gusta mucho, pero estoy aprendiendo. Si te apetece, mañana nos podemos atrever a hacer galletas o un bizcocho.

Christina apretó las cejas.

—No inventes —murmuró atenta a Jack.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó Ari conteniendo la respiración, miró alternativamente a su madre, que negó con la cabeza, y a Jack, que afirmaba sonriendo—. Mami, *porfi*, di que sí, *porfi*.

En ese preciso instante, compartió Jack con Christina la opinión sobre Ari.

—Al lado de la habitación de Cordey hay otra —dijo Jack retando a Christina. Para camelarse a la niña con descaro, añadió—: serías la primera persona en estrenarla.

—¿Y mami?

Christina entrecerró un ojo, dejándole el privilegio de salir solo de aquel jardín.

—Como mi cama es muy grande, si recoge la cocina, la dejaré que duerma conmigo.

—¿Y si no? —preguntó Ari preocupada—. Mami nunca friega los platos por la noche.

Escuchando la espontaneidad de la niña, Jack giró la cabeza para enfocar los ojos en la escocesa perezosa.

—Pues tendrá que dormir en el sofá.

—No —exclamó Ari—. ¿No tienes lavavajillas?

—Ari, déjalo —dijo Christina, en parte contenta por la buena sintonía entre ellos y también con reservas por una naturalidad tan agradable como inquietante. Apenas se conocían, pero sus vidas encajaban al milímetro, y necesitaba ir despacio para creer que esa sensación de felicidad podía ser una constante con él y con Cordey—. Ya veremos si nos quedamos o volvemos a casa.

—Pero, mami, quiero quedarme —dijo lastimera—, Jack nos ha invitado.

—Hazle caso a tu madre, Ari —comentó Jack suave, aunque pensaba hablar con ella cuando estuvieran solos—, termina de cenar.

Christina agradeció ese apoyo. Cogió la botella de vino, rellenó las copas y levantó la suya.

—Por nosotros —dijo brindando con la copa de Jack, que volvió a sonreír sin el rastro molesto que había percibido en sus ojos unos segundos antes.

Mientras bebían, Ari los observó intrigada, si bien guardó un

cauteloso silencio. Quería dormir en aquella casa, nueva y moderna, con más diversión que en la de ellas y donde su madre parecía sonreír con más facilidad, había un montón de juguetes y no estarían solas.

Cuando un rato más tarde Christina cumplía con la tarea en la cocina, Ari se adormiló en el sofá y se reclinó en el regazo de Jack, que relajado veía la televisión.

—Chris, voy a llevarla al dormitorio —dijo Jack, cogiendo en brazos a la niña—. ¿La dejo solo con la camiseta?

—Sí —respondió esbozando una sonrisa, salió de la cocina y acarició la cabeza de Ari, apoyada en el hombro de Jack—. He terminado, te acompaño.

Juntos acostaron a Ari. Bien coordinados, Christina la desnudó y Jack hizo la cama con un cálido edredón. Salieron sigilosos al pasillo, Jack sujetó la mano de Christina y abrió la puerta de la habitación de su hijo para cerciorarse de que estaba bien. Durante un corto tiempo contemplaron al bebé, pero bastó para que Jack se dispersara en los recuerdos y una lágrima lenta e incontenible recorriera su mejilla.

—Es tan pequeño… —susurró.

Ni siquiera pudo Jack terminar de hablar, salió rápido y se encerró en el cuarto de baño de su dormitorio. Lloró apoyado en el lavabo, frente al reflejo de su rostro en el espejo. Se vio descompuesto por el bajón de una melancolía traicionera. La misma que contrarrestaba su incipiente estabilidad mental gracias al traslado y a las emociones que sentía con Christina, resurgidas de un letargo tan necesario como indeseado.

La doctora regresó al salón y se sentó en uno de los sillones. Intentó abstraerse con la vista clavada en la chimenea de hierro; sin embargo, incluso entendiendo y respetando ese dolor, también se hundió en reflexiones pesimistas al verlo afectado, convencida de que nunca sería correspondida con el mismo amor que compartió con su mujer.

Pasado un buen rato consideró que Jack había tenido suficiente intimidad, apagó todas las luces y subió al dormitorio, donde escuchó correr el agua en la ducha. Sentada en la cama, el único sitio disponible dentro de un espacio considerable todavía sin más muebles que dos mesillas de noche a cada lado, se mantuvo atenta a los sonidos o, en aquel momento, al silencio que convirtió el latido de su corazón en un potente retumbar.

No tardó en abrirse la puerta del baño. Jack salió con una toalla alrededor de las caderas. Una de las beige con el rizo grueso que ella eligió en el centro comercial y no llegó a comprar. Sonrió breve, sin hacer ningún ademán por levantarse.

—¿Estás mejor?

—Sí —respondió Jack avergonzado, no solía expresar sus sentimientos delante de nadie con facilidad—. Discúlpame, he fastidiado la noche.

—¿Por qué? —preguntó al levantarse—. Es normal que la eches de menos. —Delante de él, sonrió despacio, pero no de alegría, sino por compasión. Le acarició la cara, algo áspera a esas horas, y habló con ternura—. No te preocupes por mí, y a Ari la tienes en el bolsillo. Gracias por hacerla un poquito más feliz, me ha gustado mucho verla con Cordey y contigo, no esperaba que reaccionara así de bien.

—Es muy simpática —dijo Jack, sosteniéndola por las caderas—, me gusta. —Inclinó la cabeza y besó sosegado su cuello—. Igual que tú. —Le rozó pausado la barbilla con los labios hasta unir sus bocas en una suave caricia. Poco a poco relajaron sus mentes para seguir adelante sin el fantasma de Cora. Ese que se presentaba sin avisar pero no debía condicionarlo, y con mayor motivo si Christina estaba con él —. No he querido recordarla, estoy muy a gusto con las dos aquí.

—Tranquilo, no espero nada.

—¿No? —preguntó volviendo a sonreír alegre, pensando en que la había invitado para pasar un buen rato. Recordó las palabras de Sean y se sintió miserable, no solo porque había acertado, también porque era una mujer espléndida que trataba de animarlo sin recurrir al sexo —. ¿Te apetece tomar una copa abajo?

—Como quieras —admitió con un beso casto en la mejilla.

Mirándola suspicaz, movió la cabeza en una sutil negación.

—No te hagas ninguna composición extraña. Tengo asumido que Cora forma parte de mi pasado y quiero que tengamos una oportunidad; una, Chris, por mí, por ti y por nuestros hijos. He sido un egoísta toda mi vida, hasta Cora. Con ella me vi formando una familia y no pudo ser. Es pronto para nosotros, pero he aprendido muchas cosas a raíz de su muerte y dos son básicas: mi hijo está por encima de todo y nunca volveré a las relaciones puntuales con mujeres. No quiero esa vida, Chris.

—Estoy aquí a pesar de mis dudas o mis miedos —dijo sin atreverse a añadir todos los sentimientos que le inspiraba—, y también quiero intentarlo. Será complicado, pero no voy a quedarme con las ganas. He visto claras muchas cosas, para otras no tengo explicaciones —comentó, refiriéndose a los encuentros casuales e inexplicables antes de conocerse que seguramente Jack desconocía y para ella eran señales de algo inmenso por encima de la razón—, y ya no voy a luchar para resistirme. Si tú y yo funcionamos como pareja lo aceptaré y si no puede ser por alguna razón también lo aceptaré. Pero siempre

hablando solo de nosotros y nuestros hijos, con formalidad, sin jugar con ellos.

—Jamás, Christina —dijo serio—, por mi parte no me planteo estar picando de flor en flor, eso ya lo he vivido durante demasiado tiempo. Solo espero que no decidas regresar a tu país.

—No lo sé, Jack —comentó tragando despacio—, es el primer día que estamos los cuatro juntos, vamos a ir tranquilos. No me pidas ahora mismo una promesa que no puedo hacer.

—De acuerdo —dijo mirándola cariñoso—, haré que olvides Escocia.

—Eso es imposible. —Christina sonrió con picardía y besó sus labios—, pero inténtalo, quién sabe…

A Jack se le olvidó el whisky con el cuerpo de Christina pegado al de él y dejó de pensar para amarla. Los besos y caricias, junto a otros sabores más adictivos, los envolvieron para llenar la penumbra de sensuales sombras. Aquellas que se movieron con libertad sobre la cama como salidas de un encierro indeseado, locas por entrelazarse y gritar que todo tenía color cuando no se miraba con los ojos, que la luz blanca no existía más allá de una percepción irreal y que ese deseo impredecible podía iluminar sus vidas de nuevo.

Tanto Jack como Christina se enredaron en una ilusión fantástica donde sucumbieron al embrujo de un sexo pausado. Se amaron con embates profundos llenos de ternura y sintieron el acople ideal de sus cuerpos, igual que la esperanza de un futuro juntos.

Con una sonrisa y tumbado boca arriba, Jack respiraba agitado mirando el techo mientras pensaba en que nunca había hecho el amor con tanta dulzura. Podía engañarse y achacarlo a que la doctora sosegaba sus arrebatos más agresivos, en cambio no sería ni justo ni convincente. Tenía temperamento para aplacarlo, sensualidad para convertirlo en un esclavo de su cuerpo, una inteligencia curiosa fuera de dudas y encima era la mujer más hermosa que había contemplado. ¿Estaba enamorándose de ella o no hacía falta porque ya se había enamorado? Así como Cora fue un ciclón en su vida, Christina soplaba una brisa constante, a veces arisca y ardiente otras, pero siempre siguiendo un patrón para dirigirlo hacia la estabilidad que quería.

—¿Qué te pasa? —preguntó Christina, pasándole los dedos por la barba—. Ha estado muy bien.

Jack giró el cuerpo para quedar encarado con ella y sonrió.

—¿Te ha gustado? —preguntó acariciando sus pezones, levantó la vista—. Dame unos minutos para repetir.

—No hace falta —dijo algo confusa—, es mejor que nos durmamos. —Pensó que se veía obligado a satisfacerla cuando iba

sobrada con muy poco después de tantísimos años sin catar el buen sexo con un hombre—. Ari se levanta muy temprano incluso los sábados y los domingos.

—Como Cord —afirmó antes de sacar la punta de la lengua y empezar a jugar con ella por sus pechos. De repente se abrió la puerta del dormitorio. Ari ladeó la cabeza y encogió la nariz. Jack se separó bruscamente, la miró y sonrió. Christina quiso fundirse con el edredón y desaparecer—. Hola, Ari —saludó Jack simpático—. ¿No puedes dormir?

—Sí, pero me estoy haciendo pipí y no sé dónde está la luz del baño.

Christina se incorporó y esbozó una sonrisa incómoda.

—Ahora voy, cariño. Espérame fuera. —Christina salió de la cama dos segundos después de que la niña cerrase la puerta. Buscó en el suelo las bragas y la camiseta y se las puso rápido—. Menudo marrón, lo siento.

—No te disculpes —comentó poco afectado por la interrupción, seguía cómodo y desnudo cobijado en la cama. Con un guiño, añadió antes de que dejara el dormitorio—. Te espero.

El sonido estridente de la alarma de Jack concluyó una noche especial. Bostezó girando la cabeza para contemplar un instante a Christina, recordando que se quedó dormido sin cumplir su palabra. Le besó el hombro y abandonó la cama para empezar otro día donde todavía no se vislumbraba claridad suficiente.

Tras una revitalizante ducha, se vistió con unos vaqueros y un jersey negro y recogió la ropa del suelo. Colocó las prendas de Christina a los pies de la cama y las suyas las hizo una pelota para llevarlas a la lavadora.

Entró en la habitación de Cordey, que estaba despierto, y lo alzó en brazos.

—Hola, cariño, buenos días —saludó sonriente. Ya no percibía putrefactos olores acostumbrado al mismo recibimiento diario—, voy a ponerte limpito para desayunar, ¿qué dices?

Enfrascado cambiándole el pañal, no advirtió a Ari en la puerta.

—Buenos días —dijo la niña, mirándolo interesada—, ¿puedo verte?

—Por supuesto, Ari —respondió contento—, pásame las toallitas —dijo casual. Ari las localizó en un periquete, se las dio y se quedó inmóvil observando. Al notar sus ganas por ayudarle, preguntó sonriendo—. ¿Te atreves tú?

—¿En serio?

Jack asintió y Ari se emocionó. No fue un gran trabajo hecho a la perfección, pero pasaron un rato hablando, bromeando y mimando a Cordey; se divirtieron juntos.

Luego, desde la cocina, tras darle el biberón al niño y sentarlo en el balancín que tenía en el salón, Jack, con el desayuno casi listo, apoyó las manos en la barra sin quitarle los ojos de encima a Ari. Estaba de rodillas al lado de Cordey, hablándole como si pudiese entenderla, cariñosa y siempre pendiente a todos sus movimientos. Los dos se gustaban, no había más que ver cómo su hijo trataba de llamar la atención de Ari y cómo ella correspondía.

—Tendrás que pedirle a Papá Noel algún muñeco para que puedas cuidarlo.

—Ya tengo —dijo con su graciosa vocecilla de pito—, pero no es igual.

—Bueno, pero para practicar están bien.

—Me gusta más Cordey. Le pediré un hermanito.

—Perfecto —admitió rápido—, pero no sé si mami querrá.

—¿Por qué? —preguntó inocente—.Yo quiero tener un hermanito.

—No sé, Ari, háblalo con ella —comentó evasivo—, de todas maneras quedan tres meses para la Navidad, tienes tiempo de pensar bien tu regalo.

—¿Qué estabas haciéndole anoche?

—¿A quién? —preguntó disimulando una sonrisa, sacó las tazas del café y las colocó en la barra—. ¿A tu madre?

—Sí, cuando fui a buscarla para ir al baño.

—No sé qué estaba haciendo —comentó con un leve encogimiento de hombros—, pero seguro que era algo bueno.

—*Madainn mhath* —dijo Christina recién duchada entrando en el salón. Vestía la misma ropa del día anterior: un pantalón y una camiseta negros. Ari se levantó y la abrazó risueña—. Buenos días, cielo. ¿Has dormido bien?

—Sí. Y he ayudado a Jack, hemos cambiado juntos a Cordey.

—Me alegro. —Christina miró a Jack y preguntó—. ¿Se ha portado bien?

—Sí —respondió inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Eso era escocés?

—Sí. —Fue hasta el balancín, cogió al niño en brazos y le besó las mejillas—. *Madainn mhath* a ti también, gordito.

Cordey abrió la boca emitiendo una risa alegre al sentir las manos que le hacían carantoñas en la barriga.

—Tiene más suerte que yo —comentó Jack, sirviendo el café.

Había sentado a Ari en uno de los taburetes y ya tenía por delante un tazón de leche con cereales—. Qué vamos a hacerle…

Christina dejó al niño en su sitio y volvió a besarlo, aunque esa vez no apartó los ojos del padre. Al instante, a sabiendas de la ávida espectadora que tenían, se acercó a Jack sonriendo y le besó los labios sin lengua ni duración, en otro roce tierno.

—¿Así mejor?

—Mucho mejor —susurró, se inclinó en su oído y siguió—, gracias por estar aquí con Ari.

—De nada —dijo sonriendo agradecida, se sentó entre Ari y él y agregó—. Tengo que pasar por casa para cambiarme y traerle algo de ropa. De haber sabido que nos quedaríamos a dormir habría venido preparada.

—Te prefiero impulsiva, pero si quieres cuando desayunemos vamos. Quedaos hasta mañana, todo el fin de semana.

—No sé, Jack, tengo cosas que hacer. Entro mañana por la noche de guardia, tengo que avisar a la chica que se queda con Ari...

—No voy a insistir —dijo murmurando, consciente de los ojos y oídos curiosos de Ari—, aunque creo que son excusas.

—Quiero estar contigo —susurró—, y voy a decirte lo mismo que me dijiste anoche, no te hagas ninguna composición extraña porque los dos tenemos obligaciones.

—No me lo recuerdes —comentó resignado. Con todo lo que tenía en la cabeza olvidó que los Hosborn no habían visto a Cordey en casa de sus padres y era posible que quisieran «ejercer sus derechos» esa misma tarde o la siguiente—. Seguramente los abuelos de Cordey vendrán hoy o mañana.

—¿Los padres de tu mujer?

—Sí —respondió, pensando en contarle algunos detalles cuando Ari no estuviera presente—, suelen ir a casa de mis padres, pero no sé por qué razón esta semana no han ido.

—No creo que les guste verme aquí.

—Me da exactamente igual —replicó despectivo—. Decidimos nosotros.

Pasado un rato, Ari se sentó en el sofá a ver dibujos animados mientras ellos terminaban de desayunar. Christina había notado la tensión que Jack intentó enmascarar bromeando con Ari y preguntó:

—¿No te llevas bien con tus suegros?

—No son mis suegros porque nunca lo han sido —habló sin enfado —, Cora era la mujer de mi hermano Gabriel cuando la conocí. —Jack continuó sin inmutarse por la expresión sorprendida de Christina—. Se divorciaron el año pasado y… ella y yo…

Jack necesitó bastantes minutos para contarle su historia, deteniéndose a veces en unos recuerdos buenos, en otros regulares y en los peores: la pelea con Gabriel y la inesperada muerte de Cora.

Sin conocerla, sumida en el sentimentalismo de esa trágica desgracia, Christina lloró acompañando al hombre que la amó y ella amaba.

—Esto es muy complicado para mí, Jack —dijo, limpiándose las lágrimas, quería ser franca pero temía su reacción—. Creo que me he enamorado de ti. —Sonrió triste—. Lo siento mucho.

No pudo seguir hablando al sentirse tonta, se levantó y subió la escalera deprisa para no explicarle abochornada unos sentimientos con los que no contaba en tan poco tiempo. En un estado confuso llegó al dormitorio para desahogarse, aunque Jack entró detrás y no le permitió ni sentarse en la cama. Firmemente la abrazó. Trató de darle consuelo, aunque provocó más caudal atormentado en la inmensa oscuridad de sus ojos.

—No sientas quererme —murmuró Jack—. Creo en los flechazos. Sé que te vi por primera vez en el Laurier, tropecé contigo en la escalera mecánica. No pude quitarme tus ojos de la cabeza hasta que discutimos en el hospital. ¿Sabes por qué? —preguntó, le besó la frente—, porque ese día dejé de buscarlos.

—Esa no fue la primera vez que nos vimos… —Christina levantó la cabeza, mirando unas turquesas donde se mezclaban los verdes con azules para iluminar de alegría un mar tropical. Le contó el encontronazo del mes de mayo en el aeropuerto de Nueva York y Jack reconoció contento que la suerte otra vez le sonreía de cara. Se besaron calmados, abrumados por la conexión fascinadora de las coincidencias. Ya sin rastro de aflicción, Christina sonrió y dijo—. Teníamos que conocernos, estaba escrito.

—¿Crees en esas cosas?

—Hasta hace muy poco no me lo había planteado, pero tú dirás qué opciones tenemos.

—Si es nuestro destino, no vamos a contradecirlo —dijo Jack, le dio un suave beso en la boca—. ¿Verdad, doctora?

La risa de Ari los guió de vuelta al salón con las manos unidas. Fue un gesto para proclamar cómo se sentían y cómo pensaban iniciar un recorrido diferente donde la experiencia y la madurez asumían relevancia. Los dos sabían que necesitaban paciencia; aunque esa virtud era una desconocida para Jack y escaseara en Christina. Sobre todo, cuando más tarde Graham llamó para hablar con Ari, que le narró con pelos y señales dónde y con quién estaban, y tuvo la desfachatez de reprochárselo a Christina.

Durante la conversación, Jack permaneció sin pronunciarse al verla irritada, empezando a acusar bastante hostilidad por el médico. El mismo que anunció una visita en octubre de varios días y pretendía alojarse con ellas. Ante ese nuevo escollo, no quiso mantener la boca cerrada.

—Me da igual que en Nueva York te quedaras en su casa, también fue tuya —dijo fregando las tazas del desayuno mientras Christina estaba apoyada en la encimera—. Como viene para estar con su hija, que se quede con ella, pero tú te vienes conmigo.

Christina sonrió al percibir sus celos.

—Tiene novia —comentó despreocupada.

—¿Y qué? —preguntó beligerante, irónico dijo—. Por lo que me has contado es un buen elemento.

—Sí —afirmó con un suspiro—, pero dejemos de hablar de él. ¿Reservaste en Stoneham?

—Sí, pero no esperes nieve.

—No lo haré —comentó, abrazándolo por detrás—, con estar juntos me conformo.

A Jack el calor femenino consiguió reconfortarlo, si bien no llegó a disipar del todo la duda que le rondaba sobre los sentimientos de ella hacia su exmarido; creyendo que veinte años juntos no podían borrarse en uno aunque quisiera olvidarlo con él. Dudaba que el eminente cardiólogo hubiese salido por completo de su corazón; al fin y al cabo, era el padre de Ari; y esa unión no tenía caducidad; Graham McCoy siempre estaría en sus vidas. Y, si seguían fluyendo como deseaban también sería una constante para ellos. Quedaba comprobar si beneficiosa o nefasta. Y él optaba por la segunda opción porque la actitud del médico no animaba a esperar una relación cordial.

TRECE

San Juan de Terranova, 23-9-13

Terranova y Labrador, Canadá

Con la vitalidad que solía desplegar la doctora Julia Mills saludó esa mañana de manera afectuosa a Claire y a Gabriel cuando entraron en la consulta para la última revisión antes del parto. Pese a la apariencia informal que mantenía Julia, con el cabello muy corto esa vez teñido en un rubio platino que Gabriel detestaba y en ella parecía natural, una ristra de pendientes en la oreja y la ropa más estrafalaria que nadie pudiera vestir en plenitud de sus facultades, ambos confiaban en su profesionalidad. Terminada la exploración les confirmó que la niña estaba preparada para nacer en cualquier momento.

A Gabriel se le agolparon todos los temores en la garganta con un nudo opresor para impedirle vocalizar ninguna palabra cuando conducía el Bronco a paso de tortuga regresando al Boreal, sin advertir que Claire también andaba con su preocupación rozando el pánico.

—Si tú estás así, imagínate cómo estoy yo.

—Perdóname, cariño, pero creía que tendrías contracciones —dijo Gabriel, suspiró agobiado—, no sé… Tal y como lo ha pintado Julia no voy a ser capaz de irme al banco y dejarte sola. Si al menos estuvieran aquí Liosha y Léonore estaría más tranquilo.

Claire lo observó incrédula.

—Tienen previsto volver el diez —comentó sin entender qué garantías le daban su abuelo y su novia octogenarios—. Pero tú no puedes faltar al trabajo por mí. Tendremos que confiar en que no estaré sola. Ethel y Elo no creo que tampoco me dejen.

—Prefiero ser yo quien esté contigo —comentó serio.

—¿Piensas en Cora?

Gabriel volvió a suspirar y asintió despacio.

—Mucho. Incluso he pensado que des a luz en Quebec. Me da más confianza.

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. El Saint Clare’s Mercy está equipado perfectamente y lo tenemos aquí al lado, Julia me atenderá. No podemos dejar que eso nos condicione.

—Lo sé, cariño, pero en este momento me condiciona.

—Vamos a ser positivos —comentó cuando circulaban por la calle del Sheraton. Parados en un semáforo, Claire vio a Cybill hablando con un hombre. Andaban hacia el hotel, los dos llevaban maletines y vestían ropas muy formales que sugerían una relación laboral. No había vuelto a verla desde febrero, alejándola por completo de su recuerdo—. ¿Otra vez está esa por aquí?

—¿Quién? —preguntó confuso, miró en la dirección que Claire indicó con un gesto torcido y dijo despreocupado—. Ni idea, hace meses que no la veía. Espero que no te dé por ella.

—¿Disculpa? —preguntó cínica—. Yo no tengo ningún problema con ella, es más bien ella quien tiene una fijación contigo.

—No tiene nada conmigo, la última vez que hablamos le dejé las cosas claras.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó mordaz.

—No sé… antes de casarnos. Coincidimos un día por la mañana, iba con *Shu* y hablamos un rato.

—¿Ya no va por el banco a buscarte?

—No —respondió paciente, sin ganas de una discusión—. Te agradecería que dejaras el tema porque sabes que entre nosotros no hay nada y porque me satura que no te fíes de mí cuando no te doy motivos para que estés celosa.

—No quieres enterarte, o bien porque no te da la gana o porque quieres quitarle importancia para que no me enfade, pero nunca he dudado de ti, sino de ella.

—Para que ocurriera algo yo tendría que querer —dijo irónico—. ¿O estás suponiendo que soy tan imbécil que ni siquiera puedo decidir por mí mismo?

—No, pero vuestro cerebro funciona diferente al nuestro.

—Claire, déjalo. —Gabriel habló seco—. Ahora mismo tengo algo mucho más preocupante de lo que ocuparme que de una persona con quien me acosté una noche, antes de conocerte, no lo olvides —comentó severo—. Sabes perfectamente que aborrezco las generalidades; ni todos los hombres somos iguales ni todas las mujeres tampoco.

—No te enfades —comentó conciliadora—, es que la he visto y me ha tocado la moral; no la soporto.

—Muy bien, puedo comprenderte, me pasa igual con el italiano o con el capullo americano, pero no me gusta que me compares con nadie.

—No lo hago —dijo cariñosa, le besó la mejilla—, perdóname.

—Hecho —replicó rápido sonriendo, vio un hueco para aparcar en el lateral de la catedral y empezó a maniobrar—. Hablando de

Gallagher, ¿has leído el artículo que han publicado hoy en *The Telegram*?

—Sí, qué pena. —Claire abrió la puerta del todoterreno, se quedó con las piernas colgando y una mano bajo el vientre, incapaz de bajar sola. El Inquisidor era muy atento, siempre, y no tardó nada en sujetarle la mano para darle seguridad—. Gracias, cariño, estoy torpona.

—Mejor, a punto de parir —comentó con un besito en los labios, entrelazó una mano con la suya y anduvieron hasta la puerta de la casa, donde *Shu* los esperaba ladrando y correteando al otro lado del seto—. Está histérica.

—Ya somos tres.

Al momento, entraron para recibir el aroma inconfundible de la comida de Ethel, la maestra en cocina española, y el afecto del animal, que con poco más de un año se había convertido en una belleza. Tenía el pelo suave en todos los tonos canela posibles, una vitalidad desbordante, un carácter afable y protector con todos los miembros de su entorno y desde hacía meses obedecía de inmediato. *Shu* los tenía enamorados, e incluso parecía entender que pronto la familia aumentaría, ya que a veces cuando Gabriel estaba en el sofá abandonaba sus pies para apoyar la cabeza con mucho tiento en la barriga de Claire. Después de saludarla, siguieron el rastro de un cocido madrileño hasta la cocina.

Encontraron a Ethel trajinando en el fregadero y a Eloise planchando allí mismo siguiendo una costumbre bien arraigada e inamovible.

—¿Qué os ha dicho? —preguntó Ethel.

—De eso quería hablaros —dijo Gabriel, se sentó en la mesa y acarició la cabeza de *Shu*—. Puede nacer en cualquier momento, así que a partir de ahora mismo estamos en alerta, todos.

Cautivada por el olor, Claire se acercó a los fogones, levantó la tapa de la olla y aspiró con ganas, pensando: «¡Qué delicia!». El gesto no pasó desapercibido para Ethel, que sonrió contenta y también supervisó el guiso.

—Pero no os paséis, por favor —dijo Claire en un tono seco—. Cuando llegue, que estemos listos pero sin agobiar.

—Descuida —dijo Eloise, desenchufó la plancha y la guardó en el cuarto de lavado. Desde el interior, habló alzando la voz—. En su habitación te he dejado los juegos de sábanas para la cuna, ya están planchados. Con eso, creo que terminamos.

—Empezamos —rectificó su hermana—. Estoy loca por tener un bebé en esta casa —dijo risueña, dando por finalizada la preparación

de la comida. Se puso un abrigo oscuro de paño fino, quitó alguna pelusa imaginaria y se lo abrochó. Eloise, dado que tenía más reservas de grasa en su cuerpo orondo, se anudó al cuello un pañuelo como toda protección contra el frío que todavía era un frescor tolerable y recogió la tabla de planchar. Mirando a Claire, comentó—. Hace un rato ha telefoneado Liosha, quería hablar contigo.

—Ahora lo llamaré —dijo Claire. Cuando las Friars salieron, se sentó en la mesa y cogió un trozo del queso recién cortado por Gabriel —. No entiendo por qué no me llama al móvil. Espero que estén bien, no me fío nada de él.

—Es mayor, cariño. No te preocupes demasiado, Léonore lo tiene atado en corto —habló sosegado, más interesado en el maridaje del tinto con el queso—. ¿Qué te ha parecido el artículo?

—La información, perfecta; el hecho, una vergüenza. No me extraña que haya desaparecido —negó levemente, recordando la extraña huida de Gallagher a un paradero desconocido—. Pero lo importante es que se ha hecho público y todo el mundo lo sabe, aunque solo haya incurrido en una sanción.

—Veremos si paga o no. Desde luego no va a poder seguir como fotógrafo, y dudo que siga en la enseñanza, al menos aquí, y cuando se corra la voz… no sabría decirte.

—Aparte de lo triste que es pretender ser un artista a costa de otros, a veces no llego a comprender a las personas, te lo juro.

—Que se joda. Tenemos un montón de temas pendientes para compadecernos de él —dijo despectivo, bebió impasible y añadió—: A ver si cuando vuelva Léonore podemos organizar una reunión con Daniel para ir diseñando la reforma de Essex. ¿Has hablado con Zanelli?

—Sí, por correo electrónico. De entrada todo va bien. Quería que asistiera a la inauguración de Janssen, pero le he dicho que no —comentó antes de que Gabriel saltara como un resorte—. Volveré a MaiSa en diciembre para mi última exposición allí. No ha objetado nada, aunque me imagino que no le habrá hecho ninguna gracia.

—Que se joda —repitió en un tono plano—. Es un sinvergüenza, lleva dándonos largas desde agosto. Qué casualidad que solo los documentos de esas obras sean los que ha traspapelado. Yo sí que no entiendo cómo Marion confiaba en él. Pero te prometo que no va a enterarse de la venta hasta que la firmemos y te aseguro que será antes de Navidad —dijo convencido. Desde que decidieron no seguir con la galería, por medio de Léonore y los contactos que tenía en el mundillo artístico, no tardaron más que unos días en recibir varias ofertas, que estaba estudiando—. Tenemos que sentarnos

tranquilamente a ver cual prefieres, aunque son bastante parecidas.

—Luego, mi amor —dijo cansada. Sintió una contracción, la primera, y encorvó el cuerpo hacia delante—. Dios…

De repente, el Inquisidor flaqueó. Se agachó a su lado.

—¿Ya? —preguntó sin disimular sus nervios.

Claire no pudo responder hasta pasados unos largos segundos.

—No lo sé, pero lo dudo, deben repetirse cada pocos minutos —habló concentrada en los ojos inmóviles de Gabriel en ella, no parecía con intención ni de moverlos ni de mover el cuerpo. Con ironía, comentó—. ¿Vas a esperar ahí la siguiente?

—Sí —afirmó sin otra cosa en el pensamiento—. El tiempo que haga falta.

Claire se rió de él.

—No seas tonto, cariño, esto es un aviso. Tu hija es tan impaciente como tú.

—Eso no me ayuda —dijo Gabriel, se arrodilló cómodo y dejó caer suavemente la cabeza en el regazo de Claire. Acariciando su vientre habló con ternura—. Os quiero mucho a las dos.

—Y nosotras —dijo, peinándole el cabello, otra vez algo largo—. Todo va a ir bien, mi amor. Nuestra hija está velada por un montón de ángeles, no pueden fallarnos.

Gabriel no preguntó quiénes eran porque conocía la identidad de todos y cada uno de ellos. Rogó para que escucharan a su nieta, su hija y su sobrina. Necesitaban todo el apoyo que pudieran recibir, viniera de donde viniera por evitar otra tragedia. Aquella fe los animó a continuar con una rutina sosegada, como mínimo hasta el día en que Isabella Drake decidiera aparecer.

La inesperada primera tormenta de nieve arreciaba en Stoneham tras horas descargando en las montañas aquel sábado por la noche. Las ráfagas de viento salpicaban los cristales de la suite de Le Manoir du Lac donde Jack y Christina llevaban encerrados con sus hijos desde que llegaron el día anterior. Gracias al espacio acogedor, con suelos y paredes de madera, pese al aislamiento, ni los niños ni ellos se aburrieron. Pasaban el tiempo jugando o charlando como una familia consolidada.

De nuevo el tiempo traicionaba a Jack con prisas. Ya la primera vez que hizo el amor con Christina reconoció en ella a la mujer de sus sueños y con la buena sintonía entre sus hijos no se planteaba otra cosa más que avanzar en su relación, que se desarrollaba a una velocidad apabullante. Para él solo podía significar que debía

encauzarla hacia una convivencia permanente; aunque tal y como lo pensaba desechara la idea creyendo que sería demasiado pronto planteárselo a Christina e incluso porque no entraba en sus planes a corto plazo y así se mantenía fiel a sí mismo.

Después de cenar en el restaurante, Jack se encargó de acostar a los niños. En la amplia suite había un salón con chimenea; dos habitaciones, una era la que compartían los niños; y un baño muy grande, con una bañera que Christina admiró embobada pero aún no había probado por no encontrar el momento.

Se detuvo unos segundos al salir contemplando el rostro de Christina iluminado por la ardiente luz de la chimenea. Estaba sentada delante, en el suelo, sobre una alfombra grande de lana, con las piernas estiradas y la mirada ausente obnubilada en las llamas. Sonrió pensando en la paz que sentía con ella. Esa sensación no tenía nada en común con la pasión irracional que vivió con Cora. Ahí, en la penumbra, admiró a la doctora por darle el equilibrio que buscaba, por amarlo desde que se conocieron y, sobre todo, porque había tenido la valentía de decírselo cuando él no había pasado de un tibio «me gustas». En aquella noche fría, Jack decidió afrontar que la mujer que había entrado en su vida de manera imprevista con la sutileza de la brisa también lo enamoraba con golpes intangibles y certeros.

Se sirvió en un vaso dos dedos de whisky de una licorera bien surtida por el hotel y se sentó a su lado sin que Christina dejara de sonreír, parecía contenta.

—¿Se han dormido? —preguntó Christina.

—Sí —afirmó, la besó en la mejilla y echó el cuerpo hacia atrás, buscando una postura más cómoda. Se tumbó apoyado en los codos, bebió un sorbo del vaso y se quedó abstraído durante unos minutos en el baile vivo de las llamas—. ¿Qué te parece esto? ¿Era cómo lo habías imaginado?

—Sí. Es precioso, Jack —respondió echando una mirada rápida al hombre más atractivo que conocía. Vestía una camiseta blanca y un pantalón negro, y tenía la cara cubierta por una barba ligera. A pesar de su hermetismo para expresarse, sentía que podía aspirar a su amor; algún día, despacito, aunque le partiera el corazón. Era incapaz de exigirle nada porque había asumido un conformismo a base de desengaños con su exmarido. Cualquier detalle cariñoso por parte de Jack se colaba en lo más profundo de un alma que nadie intuía atormentada cuando era como se sentía. Ese presente se había convertido en menos tiempo del que jamás imaginó en un motor tan potente para ella que mitigaba la carencia de declaraciones románticas. Con Jack prevalecían los hechos, una actitud protectora y

un sexo maravilloso también recién descubierto. Christina se calentó con un pensamiento lascivo, quería gritar que con él era libre y que gracias a él no se avergonzaba de ser explícita; algo impensable con Graham, que fue un conservador con ella respecto a su sexualidad. Recorrió con la mano el pecho de Jack y lo miró con un brillo perverso en los ojos—. ¿No tienes calor?

—Un poco —respondió con voz grave, le mordió suavemente el lóbulo de la oreja—. Veamos que oculta este jersey tan grueso —dijo sucumbiendo de inmediato. Jack metió una mano por debajo del jersey y lo levantó hasta el ombligo. Sonrió y dejó el vaso en el suelo para seducirla—. Ummm —ronroneó tras inclinar la cabeza sobre el estómago de Christina y empezar a besarlo. De forma automática, el cuerpo femenino se fue arqueando para facilitarle el acceso. Jack le subió los brazos, tiró de la tela hacia arriba y, atento al deseo que percibía en los leves suspiros de la doctora, se lo sacó por la cabeza—. Estás muy buena —susurró besándole un pecho mientras sus manos le desabrochaban el sujetador. Ver aquellos senos a escasos centímetros de sus labios, empalmó a Jack de una manera violenta, llegó a dolerle. Pausadamente terminó de desnudarla. Se levantó sin apartar la vista de ella, que tragó despacio, expectante, y cogió una de las mantas de la cama—. Mejor prevenir, cariño.

Al escucharlo, Christina no controló la humedad que inundó sus bonitos ojos oscuros, que Jack acarició con los de él cuando le tendió la manta.

—Gracias —dijo aguantando el llanto sensiblero que no pretendía tener en aquel momento—, estás en todo.

Jack sonrió breve, se quitó la camiseta y los pantalones, dejándole ver el esplendor varonil de un cuerpo bien formado, con una musculatura firme sin exagerar. Volvió a sentarse, se cobijó bajo la cálida manta con Christina y le acarició la cara.

Pendiente a la tristeza que interpretó en su mirada, preguntó en un murmullo:

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Christina acercó los labios a los suyos sin ganas de hablar para no incomodarlo con unos sentimientos que la desbordaban y lo besó en un tanteo indeciso—. Hazme el amor.

—Voy a hacerlo, cariño.

—Por favor, Jack —rogó otra vez enturbiada por la ternura, aunque no pudo reprimir una lágrima—, no hables.

—Dime por qué estás así.

Christina negó con la cabeza.

—No, solo quiero sentirte.

—Chris, si lloras, no puedo hacerlo.

—Lo siento, no estoy triste —dijo esbozando una sonrisa—, de verdad. No sabes lo feliz que soy cuando creo que me amas.

Jack entendió esa resignación de aceptar lo que él quisiera darle y volvió a sentirse un miserable por no reconocerle que con ella era el hombre que quería ser. La observó atentamente, sopesando la implicación de hablarle con franqueza, pero prefirió reservarse unas palabras definitivas para cumplir sus deseos, ya que no quería aventurarse cuando no estaba seguro de que esa extraña felicidad fuese solo por él y Graham no estuviese implicado.

Sin embargo, mientras amaba su cuerpo fue incapaz de aislarse. Jack cumplió con ternura siendo generoso, pero Christina se dio cuenta, creyéndose responsable por limitarse a recibir sin ofrecer mucho a cambio.

—Voy al baño —dijo Christina cuando Jack se separó de ella, se colocó la camiseta y añadió—: quiero acostarme, estoy cansada.

—Te espero en la cama —dijo serio.

Jack se sentó y durante unos minutos agachó la cabeza masajeándose las sienes. Oyó abrirse la puerta del baño y se levantó. Dejó la chimenea encendida, todavía con un fuego alegre para caldear el salón y llenarlo de romanticismo pese a la tensión que flotaba en el ambiente. Christina se puso un pijama de dos piezas sin ver a Jack con el ceño apretado abriendo el cobertor para acostarse.

Se tumbó de lado junto a él, mirándolo.

—Buenas noches —dijo Christina, trató de sonar normal. Le besó los labios y sonrió—, que descanses.

—Y una mierda voy a descansar.

Jack sonó muy borde.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó, entrecerrando los ojos. Pensó que estaba enfadado por el sexo y dijo—. Siento no ser más lanzada.

—¿De qué estás hablando?

—No sé… —respondió ruborizada—, me ha dado la impresión de que esta vez no te ha gustado.

—¿A ti sí? —preguntó irónico.

—Sí.

Jack le sujetó la barbilla, manteniendo los ojos fijos en los de ella.

—Te conformas con nada y me jode. Ha sido una mierda de polvo —dijo intentando suavizar las palabras con el tono—, pero he sido yo el culpable porque no he podido quitarme de la cabeza tus lágrimas. —Jack acarició su cara, cerró los párpados unos segundos y siguió—. Dices que eres feliz, en cambio hace un rato estabas triste.

—No era por ti —mintió para terminar la charla y no hablarle de

nada relacionado con emociones ni el pasado, abrazó su cintura y se amoldó a su silueta—, duérmete, tenemos que levantarnos pronto.

—No me engañas, Chris, pero si no quieres contármelo no voy a insistir más —habló maldiciendo mentalmente a Graham. No se conocían pero llegaba a aborrecerlo—. Buenas noches, cariño.

Con un beso suave en los labios, Jack respetó un silencio que lo confundía y malinterpretaba. Durante horas no concilió el sueño, pensando en que algo se le escapaba con su exmarido. Las veces que Christina había hablado con él por teléfono cuando estaban juntos acabaron en discusiones llenas de reproches. Esa inquina podía ocultar razones que no se atrevía a imaginar y coartaban el impulso de gritar la importancia de su amor para él.

El día siguiente amaneció soleado pero gélido. En cuanto Ari tocó diana, Christina se levantó y fue al otro dormitorio, donde Cordey balbuceaba en la cuna entretenido con el peluche de una vaquita.

Cogió en brazos al niño y sonrió con la misma alegría que reflejaba él con su babosa risa.

—*Madainn mhath*, gordito. ¿Has dormido bien con Ari?

—Sí, mami —respondió Ari, se acercó medio desnuda—, huele muy mal.

—Porque es pequeño y todavía no sabe controlarse —dijo colocando encima de la cama la ropa de su hija—. Ve vistiéndote y yo lo cambio.

Mientras aseaba al bebé, Ari se ponía la ropa de abrigo. Cuando terminó, se sentó en la cama con él, jugueteando distraída.

—Mami, ¿Jack y tú sois novios?

—Sí, cariño —respondió confiada—. Vigílalo un momento.

No dio pie a más charla al salir para vestirse. Eligió unos prácticos vaqueros, un jersey blanco de lana y unas botas planas de color negro. Aprovechó también y preparó el biberón con cereales de Cordey, gracias a que Jack había traído un calentador, y volvió en unos minutos. Ari cumplió la orden al pie de la letra, seguía a su lado sentada como un indio hablándole.

Christina le hizo dos trenzas a Ari y se recogió el cabello en su clásica coleta por no perder tiempo, esperando que se templara el biberón. Tras probar la temperatura en su muñeca, embargada por un instinto maternal marcado, en el que no quería reparar mucho para no deprimirse, admiró la voracidad del niño cuando se lo tomó entero sin pestañear.

—No me extraña que crezcas tan rápido… —dijo contenta, sonrió

a su hija y preguntó—. ¿A que es muy bueno?

—Sí —afirmó convencida, no pasaron ni dos segundos cuando habló de nuevo—. Mami, ¿Jack será mi nuevo papi?

—No —exclamó rotunda—, ¿por qué dices eso? Tú tienes un papá que te quiere mucho —dijo con ánimo de alejar de esa mente inquieta cualquier duda sobre Graham por mucho que no se mereciera el amor incondicional de su hija. Christina no consideraba correcto quitarle su papel, prefería dejarle el honor al tiempo, la distancia y su ausencia. Ignorando que Jack estaba observándolos desde la puerta, Christina se levantó de la cama y siguió hablando—. Papi va a venir dentro de unos días para estar contigo, ya verás qué bien os lo pasáis.

—Tengo muchas ganas de verlo.

—Él también, cariño —dijo con dulzura, se inclinó y la besó en la cara—. Vamos a desayunar y luego damos una vuelta hasta el lago.

—¿Y Jack?

—Está durmiendo —respondió casual, ajena al cinismo que atravesaba la mente del aludido, duchándose en ese preciso instante para despejarse. Cuando Christina vio la cama vacía, elevando la voz, dijo—. Jack, te esperamos en el restaurante.

A Christina no le pesaron los ocho kilos de ternura colgados en el pecho cuando escogió con Ari el desayuno en las numerosas islas del comedor. La diversidad de alimentos fríos y calientes era enorme, animaba a servirse un poco de todos, entraban por los ojos y el olfato. Ninguna se privó de llegar a la mesa que les indicó un camarero con los platos llenos de miniraciones. El hombre tuvo la amabilidad de proporcionarles una trona y de acompañar a una diligente Ari a que buscase un zumo también para Cordey. Sin duda, la niña estaba encantada ejerciendo de hermana mayor.

Desayunaban hablando de la próxima visita de Graham cuando una señora pasó a pocos metros de la mesa. Parecía rondar los setenta y tenía una imagen frágil que no se correspondió con la decisión de sus pasos al acercarse a ellos.

—¡*Ma mère*! —exclamó la señora sonriendo enfocada en Cordey—. *Quel bébé si mignon, et plus beaux yeux.* —Empezó a mimarlo efusiva, pero notó la atención de la niña y le habló para equilibrar—. *Vous avez un très beau frère, il semble que vous.*

Ari observó el despliegue de exageración apretando una sonrillisa tímida, comprendiendo bien el idioma gracias al curso pasado.

—*Merci* —dijo Christina antes de que Ari añadiera información innecesaria para la señora. Pese al escaso conocimiento que tenía del

francés, entendió el halago al rostro y los ojos del bebé, que habló del parecido físico de los niños y hasta supuso que serían hermanos. Algo inconcebible para ella, ya que eran opuestos aunque sus ojos fuesen azules; los tonos eran completamente diferentes, como sus cabellos y facciones. Si Ari era llamativa por el contraste tan marcado entre su tez y los ojos heredados de Graham; Cordey atraía miradas por su dulzura dorada y el brillo cegador de las turquesas de su padre. Como no estaba segura de haber comprendido bien el francés, fue prudente y comentó en inglés—. Es muy amable, muchísimas gracias.

—Me encantan los bebés —admitió dicharachera en un inglés perfecto que corroboraba la percepción de Christina sobre la procedencia de Quebec de la señora, donde mayoritariamente había francófonos mientras en el resto de Canadá el inglés también era lengua oficial. Al instante, dijo—, bueno, me voy, encantada de conocerla.

No se había alejado la mujer ni dos metros, cuando Ari preguntó:

—Mami, ¿si Jack y tú os casáis, Cordey será mi hermano?

—Cariño —dijo sin advertir otra vez a Jack, que se aproximaba a la mesa con una bandeja servida con su desayuno—, si nos casáramos claro que sería tu hermano, pero eso no va a ocurrir. Es mejor que pienses que es un amiguito, aunque ya sabes que a los amigos hay que quererlos como si fueran tus hermanos.

—Hola —saludó Jack amable, disimulando delante de la niña las ganas que tenía de aclarar esa incertidumbre que Christina mencionó. El matrimonio no entraba en sus planes inmediatos, pero tampoco lo descartaba. Creía que reconociéndole sus sentimientos al menos despejaría dudas. Tras besar a Cordey en la cabeza, se sentó a la mesa y habló a Ari—. ¿Cómo se ha portado tu amiguito?

Christina dejó despacio la taza de café en el plato, observándolo seria, consciente de las palabras que parecía haber escuchado.

—Muy bien —habló risueña, inocente—. Una señora acaba de decir que es mi hermano y que nos parecemos.

—¿En serio? —preguntó abriendo los ojos en plan cómico—. Pues mira qué bien. ¿Tú crees que os parecéis?

Ari encogió los hombros.

—Pensaba que ibas a tardar más —comentó Christina—, me gustaría ir a dar un paseo por el lago.

—Estará congelado, pero es una buena idea. —Jack sonrió con un ojo entornado—, me parece perfecta, cariño.

Christina lo miró unos segundos concentrada en un color potente y magnético para atraparla. «¿Qué pretendía?» Se preguntó preocupada por un comportamiento errático desde que se acostaron la noche

anterior. Para continuar desayunando, ignoró cómo pudo esos ojos, esa imagen segura donde se distinguía mucha arrogancia. Cada uno estuvo pendiente de su hijo, hablaron del porqué ellos no tenían el francés como lengua materna, aludiendo a las raíces inglesas de John, y evitaron cualquier tema incómodo delante de Ari. Fueron amigables y muy condescendientes con los niños hasta que salieron del hotel.

La intensa fragancia de los pinos impregnaba el sendero que atravesaba el campo de golf, cubierto con un manto blanco donde se veían los banderines de los hoyos ondeando por el viento helado. Jack cargaba con Cordey en la mochila, embutido en un mono rojo térmico, y rodeó con el brazo el hombro de Christina. Aprovechó la ausencia temporal de Ari, que correteaba delante de ellos, para preguntar:

—¿Estás preocupada por tu exmarido?

—¿Por la visita? —preguntó. Jack asintió, y respondió—. No. Ya le he dicho que se quedará en mi casa solo con Ari y no ha puesto pegas. ¿Estás tú preocupado por él? ¿Por eso estás tan raro?

—¿Estoy raro? ¿Por qué?

—Por nada.

Jack se detuvo y la sujetó por los antebrazos.

—Siempre es por nada, Chris, pero sé que me ocultas algo.

—¿De qué hablas? —preguntó molesta. «¡Encima!» Christina estaba empezando a enfadarse. De los dos había sido la única en admitir que se había enamorado de él desde el primer beso, en cambio, ¿era ella quién ocultaba algo?. «Increíble pero cierto». Trató de ser comedida cuando dijo—. No sé qué historia tienes en tu cabeza, pero no intentes echarme las culpas de algo que provocas tú.

—¿Cómo? —preguntó frunciendo la frente—. ¿Qué hago para que llores cuando vamos a hacer el amor? Te juro que no te entiendo.

Christina bajo la cabeza, negando y sonriendo con amargura.

—¿De verdad no te das cuenta? —preguntó a punto de llorar—. Contigo me siento amada, aunque no seas capaz de decírmelo. No creo equivocarme, Jack. Es por tu ternura. Anoche no esperaba que me llamaras *cariño*, no sé si a tu mujer también la llamabas así, no me importa, me haces sentir bien. —Christina se limpió las lágrimas—. Fue por eso.

—A Cora no solía llamarla cariño —dijo al comprender que debía ser claro—. Tú a mí también me haces sentir bien. Contigo soy feliz, y por si no te lo he dicho, te amo.

El cuerpo paralizado de Christina fue incapaz de articular una palabra. Jack sonrió inclinando la cabeza sobre la suya para besarla en los labios. Envolvieron sus lenguas acompasadas en danzas suaves, sosegadas como la relajación que sentían al dar un paso adelante

demasiado trascendental para los dos, y absolutamente necesario para calmar los temores de Christina ante la visita de Graham. Esa que deseaba por su hija pero temía por Jack. Esperaba con afán que no se conocieran. Eran dos fuerzas de la naturaleza antagónicas aunque equilibradas en poder. Si el volcán escocés rugía expulsando lava, el huracán canadiense podía soplar y llover para extinguirla; en definitiva, cuánto más lejos se mantuvieran el uno del otro mucho mejor.

CATORCE

Quebec, 6-10-13

Canadá

El aroma a sándalo que desprendían los troncos al quemarse en la chimenea provenía de las barritas que Jack de vez en cuando echaba dentro para cautivar el olfato de Christina. Reclinó la cabeza en el sofá y cerró los ojos, tratando de no pensar en Ari ni en Graham. En pocos minutos, entró Jack en el salón después de acostar a Cordey, apagó la luz y terminó de embelesar la calidez de otra noche romántica.

—¿Te apetece una copa? Voy a ponerme un vaso de whisky.

—Sí, por favor —ronroneó entreabriendo los ojos—. Qué paz.

—¿La echas de menos?

—Sabes que sí —respondió observándolo, llevaba puesto un pantalón negro de pijama y una camiseta negra—, pero ayer estaba contenta, y si hoy no han llamado es que todo ha debido ir bien.

—No creo que tu exmarido sea un inútil.

—No lo es —dijo Christina con una sonrisa irónica. Había visto a Graham poco más de un cuarto de hora cuando llegó el jueves por la tarde y hablaron lo justo. Desde entonces estaba con Jack, ejerciendo como pareja de forma natural durante el tiempo que habían convivido; no demasiado por las dos guardias seguidas—, tampoco es nada del otro mundo, se defiende.

—Ten. —Jack le dio el vaso y se sentó estirando las piernas en el sofá. Al estar medio tumbado, colocó a Christina junto a él. Bebieron y pasaron unos minutos abstraídos en el penetrante sabor de la bebida escocesa, hasta que preguntó—. ¿Cuál es tu sitio especial?

Christina se relamió los labios y habló con un brillo soñador en la mirada.

—La playa de Quendale Bay en invierno. —Sonrió y volvió a beber —. Está al sur de la isla. Me encantaba ir cuando era adolescente —soltó una risa ingenua—, tardaba casi tres horas en llegar con la bici, pero el esfuerzo merecía la pena. Imagínate una bahía rodeada por una colina no muy alta, la playa es estrecha pero alargada y curva, no tendrá más de cuarenta metros. En verano es muy bonita por la arena blanca y fina, además no es muy profunda y el agua suele tener una temperatura bastante agradable, aunque para mí realmente ese sitio es

especial cuando en invierno la nieve lo cubre todo. Incluso el color del agua es más transparente. Solo ves los blancos ondulantes en las olas y las colinas entre los azules fríos del cielo y el mar. Podía sentarme en una roca y pasar las horas muertas contemplando aquel paisaje; rozaba lo místico —contó con nostalgia, sonrió alegre—, hasta que llegaba mi padre preocupado para recogerme. Es un santo. Subía la bici a la baca y durante el trayecto de regreso se dedicaba a darme consejos para sobrellevar mejor a mi madre —explicó, compuso una mueca divertida—, o para que no me liara con hombres hasta terminar mis estudios. Si alguna vez lo conoces, estoy segura de que os llevaréis bien.

—Seguro. ¿Y con tu madre? —preguntó curioso—. ¿Crees que le gustaré?

—Eso garantizado, otra cosa es que le gustes para mí. —Christina le dio un beso en el mentón—, pero nunca sigo sus consejos.

—¿Graham es de allí también?

—No, es de Edimburgo. Nos conocimos en Saint Andrews. Cuando empecé la carrera él era el ayudante de mi profesor de Biología. Es unos años mayor que yo —comentó seria y agregó irónica—. Tampoco es que hiciera caso de los consejos de mi padre.

—No creo que siempre todo fuera malo.

—No, claro que no. Pero el agobio de los últimos años está consiguiendo que olvide los buenos recuerdos, Jack. Es muy triste haber pasado tanto tiempo con alguien para acabar odiándolo.

—No creo que lo odies —murmuró, acarició su cabello largo y suave—, supongo que necesitáis la distancia y un poco de comprensión por parte de los dos.

—Puede ser —admitió cómoda, con la cabeza apoyada en el pecho de Jack. Escuchaba a la perfección el ritmo calmado de su corazón—, aunque ahora me gustaría saciar otra necesidad…

Metió la mano por debajo de la camiseta de Jack y acarició unos abdominales calientes y sólidos.

—¿Cuál, doctora? —preguntó introduciendo una mano dentro de la entrepierna femenina. Buscó colarse entre las braguitas y tocó despacio, paseando los dedos arriba y abajo—. Me pones malo cuando estás así —dijo Jack, impregnándose del deseo líquido de su chica; una ansiosa descarada tocándole el pene—. Bájame el pantalón, cariño. —Si no se liberaba no podría continuar soportando esa presión sólida. Christina se levantó, se quitó la parte de abajo del pijama y tiró del de Jack, que ya tenía las caderas algo levantadas para agilizar el momento—. Acércate.

La chaqueta que cubría en parte a Christina, ocultaba su sexo; en

cambio, su penetrante olor llegó a Jack antes que ella.

—¿Qué quieres?

Jack levantó despacio la vista, con una mirada cargada de sensualidad, y le sujetó las caderas.

—Esto —susurró.

Christina al oírlo se estremeció y apretó las piernas, sintiendo una punzada en el clítoris tan intensa que se contoneó nerviosa. Jack no le quitó los ojos de encima, loco por hundirse en ella. Cuando la doctora vio cómo se mojaba los labios, sonrosados, un poquito voluptuosos y apetecibles; cómo abrió la boca, donde relucía una dentadura blanca ordenada y limpia; y cómo sacó la lengua para dejarle clara su intención, perdió cualquier atisbo de timidez; en ese preciso instante supo que dentro de poco volvería a ser el águila que sobrevolaba las costas abruptas de su amada isla. Las mismas que soñaba plagadas de verdes pastos y curvas suaves que solo el enfurecido Mar del Norte se atrevía a visitar, o donde el hielo todo lo convertía en desierto blanco durante aquellos largos y fríos inviernos. Con Jack como el viento que azotaba sus alas sin calcular riesgos, con embates violentos sin medida ni tregua, ardía, se elevaba y era capaz de liberarse gritando su nombre, entrecortado, envuelto en jadeos, suspiros, gemidos y muchos besos.

Saciados y desmoronados en el sofá, se recorrían las nalgas tumbados de lado, ninguno conseguía estarse quieto. Esa pausada calma agitaba de nuevo la brisa del deseo.

—Cariño —murmuró Christina apoderándose suavemente de unos testículos calientes por detrás—, no sé qué me pasa…

—Yo sí. —Jack le lamió el lóbulo de la oreja mientras le metía mano—, quieres más.

A eso de las ocho y media, bajo la tenue gris iluminación de otra mañana plomiza, terminó Jack de darle el biberón a Cordey. Tras asearlo y ponerle un pijama enterizo de algodón, lo dejó en el balancín, delante de la televisión apagada, adormilado con el estómago lleno. Entre semana nunca lo llevaba vestido con otra ropa a casa de los abuelos; de eso se encargaba su madre con el amplio repertorio que tenía en el armario de su antigua habitación; esa que ya le pertenecía con honores y todos denominaban como «el dormitorio de Cordey».

Se encontraba preparando el desayuno mientras Christina se duchaba cuando fijó la vista en la puerta francesa que comunicaba el salón con el porche, concentrado en el tipo alto que aparcó frente a la

casa un vehículo de gama alta oscuro con una pegatina de rent-a-car. Entró diligente en su camino. Era un hombre corpulento, moreno, con la madurez reflejada en miles de canas diluidas en un cabello espeso y corto. Llevaba un traje oscuro y un abrigo largo negro. El desconocido no lo era tanto para Jack. Sin duda, el doctor Graham McCoy estaba llamando a su puerta.

En silencio, en cuanto abrió Jack, se miraron de arriba abajo. Ninguno era como habían imaginado. Durante unos segundos, Graham desafió a Jack con un brillo burlón en la fría palidez de sus ojos. Se sorprendió por la juventud de su sustituto. Frente a frente, los quince años que le sacaba fueron un revulsivo para la intención conciliadora que traía. Y verlo en ropa interior, vestido con unos bóxers y una camiseta negra, dando por sentado que era el hombre que se acostaba con su exmujer, todavía pulsó con más agresividad en un instinto territorial reacio a abandonarlo.

—Hola —saludó seco el escocés—, estoy buscando a Christina McQueen.

—Hola, supongo que eres Graham —dijo Jack, tendiéndole la mano, aunque percibía hostilidad pretendió ser correcto—. Soy Jack Drake, encantado.

—¿Está aquí? —preguntó, respondiendo con un apretón fuerte.

—Sí, no creo que tarde en bajar —comentó Jack. De pronto, el llanto feroz de Cordey, lo alarmó—. Disculpa, pasa dentro, tengo que ir a ver a mi hijo. —Jack no esperó y salió rápido hacia el salón. El niño había tirado un juguete al suelo y por cogerlo volcó el balancín. En cuanto le dio la vuelta, le quitó el arnés y lo examinó preocupado. Con el sosiego que mostraba habitualmente Cordey, ese llanto indicaba un dolor intenso—. No te veo nada, cariño —comentó en un tono dulce, lo alzó en brazos y lo acunó en su pecho—. Ya está… shhh…

—¿Puedo echarle un vistazo?

Graham, que lo siguió al interior de la vivienda, no ignoró su vocación.

—Sí, claro.

Jack sostuvo a Cordey delante del médico. Vio precisión al palparle la cabeza y moverle los bracitos y piernas. El pequeño apaciguó el volumen de la voz y el flujo de unas lágrimas desconsoladas.

—Está bien —dijo Graham, convencido de no era otra cosa que miedo—, es un cagueta.

—Lo dudo. —Jack disimuló la patada invisible que acababa de recibir y sonrió porque agradecía que lo hubiese examinado; sin

embargo, no podía estar más en desacuerdo con el adjetivo usado para describirlo. Su marcada protección paternal salió a flote al hablar—. No creo que ningún bebé sin tener cumplido los seis meses sea valiente.

—¿No? —preguntó cínico, miró otra vez al niño y añadió—: Parece más mayor, le había echado ocho.

Durante unos segundos los dos se midieron en otro denso silencio.

—Cariño, he terminado —dijo Christina, bajando la escalera. No contaba con la presencia de Graham, de haberlo hecho no habría aparecido solo con una toalla alrededor del cuerpo. Se quedó inmóvil entre la cocina y el salón, observando el desprecio en su mirada. Armada con el aplomo que le sugería tener a Jack en la misma habitación, comentó esbozando una ligera sonrisa—. ¿Cómo sabías dónde estaba?

—*Madainn mhath*, Chris —saludó Graham—. *Ciamar a tha thu?*

—Bien, gracias —respondió seria, sin intención de preguntarle a él cómo estaba ni de hablar en escocés para excluir a Jack—. ¿Para qué has venido? Te dije que me dejaras las llaves en la ventana.

—Quería verte antes de irme —comentó enfadado por el ánimo que intuía en ella. No quiso aclararle que Ari le había dado sobrada información de Jack—. Tenemos que hablar.

—¿Ari ha estado bien estos días?

—Sí, muy bien, acabo de dejarla en el colegio —respondió con una sonrisa forzada y breve. Miró a Jack y preguntó—. ¿Te importaría dejarnos solos cinco minutos?

—Graham —dijo Christina cortante—, es su casa.

—No pasa nada, cariño —comentó Jack impasible. La actitud del médico olía a discusión y no quiso entrometerse en algo que no creyó le incumbiera—. Voy a subir a ducharme. ¿Te importa quedarte con él?

—No —respondió extendiendo los brazos a Cordey, al sujetarlo le besó la carita y le habló cariñosa—. Hola, gordito, buenos días.

En cuanto Jack se marchó con elegancia, pese a su indumentaria, Graham echó un vistazo al cuerpo de Christina y torció la boca.

—Es un poco joven para ti ¿no?

—No más que tu novia para ti —replicó—. ¿De qué quieres hablar?

—Voy a casarme —dijo serio.

—Enhorabuena.

—Mi novia está embarazada.

—Pues mi doble enhorabuena —sonrió irónica—. ¿Algo más?

—No creo que pueda quedarme con Ari en unos meses.

Apretando los dientes, Christina entrecerró un ojo y meneó la

cabeza.

—Es una lástima, Graham. Te arrepentirás cuando la pierdas.

—No me presiones más ¿de acuerdo?

—¿Yo te presiono? Eres un padre horroroso, pero la pobre te adora.

Como siempre, entraron en un bucle repetitivo y monótono. Los minutos pasaban para incrementar reproches y nervios. Ni Christina comprendía el propósito de Graham, cuando parecía estar rehaciendo su vida con otra, ni él una indiferencia que lograba sacarlo de sus casillas.

—Somos adultos, Graham, eres inteligente —dijo cansada—. No sé en qué piensas. Cada vez que tienes a alguien te olvidas de tu hija.

—Eso no es verdad. Estoy aquí ¿no?

—¿Después de cuánto tiempo?

—¡No haberte venido! —explotó. Estaba hasta las narices de la distancia que Christina había interpuesto entre ellos cuando sabía que por su trabajo le complicaba ver a su hija—. Si te hubieses quedado en Nueva York las cosas serían diferentes para mí.

Jack, que se duchó acelerado, escuchó el grito de Graham y todavía corrió más para vestirse.

—¿Estás seguro de eso? —Christina habló cínica—. ¿Te recuerdo cuánto tiempo pasabas fuera de casa mientras estuvimos casados? ¿A quién quieres engañar? ¡Me estás hablando a mí! ¿Entiendes? ¡A mí! ¡A la gilipollas que te ha soportado un montón de años! —gritó indignada—. Si no quieres ver a tu hija, allá tú, pero no me cuentes rollos. No soporto tus mentiras. Las he odiado siempre, y ahora ya no tengo por qué aguantarlas.

—¡¿Mis mentiras?! —ladró el médico a muy pocos centímetros de Christina, con el cuerpo ligeramente inclinado sobre el suyo—. ¿Cómo te atreves? ¡Te largabas durante meses! ¡Soy un hombre! ¿Qué esperabas?

—¿Respeto? —preguntó Jack entrando. Llevaba un traje oscuro, con la chaqueta ceñida al torso y el pantalón impecable. Se acercó conteniendo una mala leche peligrosa y habló con tal serenidad que él mismo se sorprendió—. Ahora vas a hacerme el favor de apartarte de mi novia y de mi hijo. Fuera de mi casa.

Jack tiró suavemente del codo de Christina.

—Mi, mi, mi —dijo Graham con chulería. Le dio una breve distancia a Christina, que sujetaba nerviosa al niño, pero no se amilanó cuando quedó enfrentado a Jack. Era más grande y tenía la ventaja de la experiencia, en cambio no se sintió superior. La mirada y la actitud serena de Jack trasmitían una carga tan elevada de

testosterona como la suya—. Eres demasiado posesivo para tu edad. ¿Tu novia? —preguntó riéndose—. Yo la vi primero —siseó despectivo—. Era virgen cuando nos conocimos, ¿lo sabías?

—¡Graham! —gritó Christina—. Déjanos tranquilos, ¿qué quieres? ¡Vas a casarte con otra! ¡Olvídame! ¡Y lárgate de una vez! ¡Ya!

Christina perdió los nervios. Sujetó el brazo de su exmarido para incitarlo a salir del salón, pero no calibró que llevaba al niño ni que Graham no quería ponérselo fácil a Jack. De repente, el escocés se giró bruscamente y ella sintió un empujón violento que la desequilibró para que tambaleara. En un abrir y cerrar de ojos, solo se escuchó el llanto de Cordey, otra vez muy asustado, y los insultos de Jack. Como una mala bestia le asestó un puñetazo en la mandíbula a Graham. Impresionada por la agresividad de Jack, que tenía apoyado a Graham contra la pared, agarrado por la pechera del abrigo, con el puño derecho a solo unos milímetros de su cara, Christina volvió a gritar:

—¡Basta! ¡Jack, cariño! ¡Déjalo!

—¡Fuera! —espetó Jack dándole empujones. Graham levantó la barbilla y se zafó de sus manos cuando abrió la puerta y lo lanzó fuera como una ligera carga—. Si vuelves a levantarle la voz a Christina te juro que no me limitaré a un puñetazo. Preocúpate un poco más de tu hija, en vez de dar por culo con tonterías.

—Procura mantenerte al margen entre Ari y yo.

—Jódete —espetó Jack, pensando en que ese rencor podía venir por los comentarios que la niña le habría hecho sobre las actividades que solían hacer, nada especiales pero divertidas para encelarlo—. Eres su padre, pero quien está a diario con ella soy yo.

—No cantes victoria, chaval —comentó sarcástico—, te queda mucho recorrido y nunca se sabe cuánta duración tendrá el viaje. ¿Desde cuándo salís? ¿Hace uno o dos meses? —preguntó riendo—. Adiós, Drake, ya nos veremos. —Graham observó a Christina, serio y dijo—. *Tha gaol agam ort. Tioraidh*, Chris.

—*Thalla´s cagainn bruis.* —Christina espetó un «piérdete» como réplica a la declaración de amor de Graham con despedida incluida. Cuando se distanció, murmuró algo mucho más grosero, «cabrón» para ser exactos—. *Toll-toine.*

—¿Qué le has dicho? —preguntó Jack, cogió a Cordey en brazos y volvió a la cocina. El bebé seguía lloriqueando, pero al sentirse protegido por su padre, se resguardó mimoso en su pecho—. Ya está, cariño —dijo acariciándole la espalda, sirvió el café e insistió con Christina—. ¿Vas a decírmelo o no?

—Da igual, Jack. Era una palabrota —dijo empezando a sentir el bajón de la adrenalina—. Desayuna, voy a vestirme.

—Como quieras.

La admisión de Jack no llegó alta y clara, más bien baja y murmurada. El pasado de Christina interfería desde que se conocieron, en cambio, en ese momento parecía haber cimentado una barrera infranqueable con palabras. En el sigilo de una tranquilidad engañosa, Jack comió disperso en las partes que no entendió de la conversación. Sintió la rabia del médico cuando aludió a la virginidad de Christina, como advirtiéndole que ciertas cosas jamás se olvidaban. ¿Fue su percepción o realmente le inquietaba pensar que Christina nunca lo amaría como a Graham? ¿Sería porque, a pesar de todo, el rencor de Christina albergaba aún amor por él? Si la respuesta era afirmativa, lo reconocería porque había aprendido durante el tiempo que estaban juntos a captarla sin equivocarse, hasta entonces siempre sabía si era condescendiente o sincera, sobre todo, en la intimidad del dormitorio, cuando hacían el amor y recibía la misma pasión que le entregaba. Mientras se amaban ni Graham ni Cora estaban con ellos. Jack tenía clarísimo que Christina no pensaba en nadie que no fuese él; así y todo, necesitó verla bajar la escalera para fijarse en sus ojos, en ellos descubría siempre la verdad.

Dentro del comedor de los Drake, el sábado siguiente, se respiraba alegría conmemorando el primer aniversario de la segunda boda del matrimonio. Excepto Gabriel y Claire, por un motivo obvio, todos se reunieron para acompañarlos. Sean y Elaine con Ophie, que comía bajo la supervisión materna, y Jack con Cordey, Christina y Ari, que también comía pero sin necesitar ayuda. John tenía sobre las piernas al niño, y Elizabeth todavía no se había sentado en la mesa dando instrucciones al servicio con constantes viajes a la cocina. El móvil de Jack empezó a oscilar nervioso entre los platos con un nuevo mensaje. Christina solo necesitó mirar de reojo para leer: «*Estoy aquí 2 días. Bishop 28. Ven. S*» Jack no dudó y respondió: «*No iré. Hablamos. J*»

—¿Te parece bien? —preguntó cariñoso en el oído de la doctora.

—Sí.

Christina sonrió alegre. Jack se colaba con elegancia un poco más profundo en su corazón conforme se conocían. No podía negar que se sentía pletórica. No solo era un hombre educado, inteligente y divertido, sino también un caballero. Hasta la fecha no lo había visto mirar a otra mujer en su presencia, cuando era muy consciente de que estaba en plenitud de sus facultades físicas y despertaba una admiración difícil de eludir.

Luego, tras la comida, el parto inminente de Claire acaparó la

charla sin que Jack —ajeno a la curiosa observación de sus padres— descuidara las preguntas de Ari, que estaba sentada en uno de los sillones con él, aburrida porque Ophie descabezaba un sueño.

—¿Vas a corregirme las sumas?

—¿Las has terminado todas?

—Sí —respondió Ari—, esta mañana.

—Cuando lleguemos a casa las miro.

—Vale. ¿Y me podré bañar con Cord?

—Tendrás que portarte bien, pero creo que sí.

—¿Pasáis siempre los fines de semana juntos? —preguntó Elizabeth.

Christina dejó de hablar con Sean y Elaine, y respondió:

—Sí, si no tengo que trabajar. Últimamente intento doblar algún turno entre semana para librar hoy y los domingos.

—¿Por qué lo preguntas, mamá?

—Por nada, cariño. —Elizabeth sonrió a Jack, sopesando una idea, aunque decidió reservársela—, porque te veo muy compenetrado con Ari.

—Somos amigos, ¿verdad?

Jack hizo cosquillas a la niña.

—Sí —respondió Ari cimbreante en sus brazos—, y Cord es como mi hermano. Una señora nos dijo que nos parecíamos. ¿A que sí, mami?

—Sí, loca —dijo Christina sonriendo.

—Estuvimos hace poco en Stoneham —comentó Jack—. Ahora tiene que estar bestial ¿Por qué no vamos todos? —preguntó animado, miró a su padre, que asintió con un gesto alegre—. ¿Os acordáis cuándo nos llevabais a esquiar?

—Cómo olvidarlo —dijo Elizabeth, rió negando con la cabeza. Se levantó y dejó a Cordey en los brazos de John. Al momento volvió con un marco de plata en la mano; una de sus más preciadas pertenencias. Esa foto llevaba con ella desde que John la hizo, estuvo diez años en Nueva York y recobró allí el lugar honorífico que para ellos merecía. Se la tendió a Christina y comentó—. Ahí, Jack tenía cinco años, Sean ocho y Gabe diez. Se pasaron el día tirados en la nieve… —Elizabeth observó a John—. Qué divertidos eran siempre aquellos fines de semana.

—Sí, claro. Pues menuda bronca nos echaste —reprochó Sean, viéndose en el suelo formando una estrella con sus hermanos, con aquellos monos amarillo canario tan discretos que les compraron para evitar que se perdieran—. Joder, Jack ¿te acuerdas de esos trajes?

—Bastante mejor que tú, seguro. Me tocó aprovechar el tuyo y el

de Gabe.

—Te compensaban con equipación nueva todos los años —dijo Sean irónico—, no te quejes…

—Era una reflexión, Drako.

—Yo que tú pensaría en otras cosas —comentó John, sonrió a Christina—. ¿Esa casa dónde vives es alquilada?

—Sí. No sé aún cuánto tiempo estaré en este hospital.

—Mucho, cariño —dijo Jack risueño—, dalo por hecho.

Sean entornó un ojo, pensando en que la idea de volver a amenazar a otro hospital podía estar rondando la mente egoísta de su hermano. Por otro lado, deseaba seguir viéndolo feliz, poco inquieto ante el próximo nacimiento de su sobrina cuando creían que estaría histérico. Esa relajación motivó que se arrancara a secundar la opinión de su madre; ninguno sabía interpretar sus miradas como él.

—¿Habéis pensado vivir juntos? —preguntó en plan vía directa, atento a Jack—. En tu casa, está claro.

—No creo que sea un tema para debatir en asamblea, Sean —dijo Jack arisco—. ¿Cómo van los despachos?

—Bien —respondió sin molestarse, aunque la mirada fija de Christina en Jack indicaba que ese tono brusco podía haberla herido. Por relajar una tensión incómoda, Sean habló sonriendo—. Terranova te encantará. Y ya verás Boreal Róis, es una maravilla.

—Eso he oído —dijo Christina, pensando en el nombre de la casa. Podía ser gaélico irlandés o escocés, con diferentes significados. Mientras en una lengua «Boreal se construyó», en la otra sería «Rosas boreales». O también, podía ser solo la unión de dos palabras aisladas. Trataría de saciar su curiosidad preguntándole a Claire cuando la viese en Terranova a principios de noviembre. Estaba invitada a la celebración de su aniversario de boda y, si todo iba como esperaban, al bautizo de Isabella—. Tengo muchas ganas de ir.

—Te gustará, cariño.

En cuanto habló Jack sin rastro de ironía, con la naturalidad que tanto admiraba, olvidó el resquemor que atraía dudas a una nueva situación deseada pese a tratar de eludirla para no decepcionarse.

Antes de que Jack dejara la casa familiar, en complot con Sean, John lo apremió a una reunión rápida aludiendo a un tema profesional para no levantar sospechas en Christina.

Sorprendido, atravesó Jack el pasillo hasta la puerta del fondo. Al entrar en el despacho donde tenían lugar las conversaciones relevantes, las que revestían la misma sobriedad que la decoración de aquel espacio lleno de madera oscura, al verlo delante del ventanal hablando en un murmullo con Sean, preguntó:

—¿Desde cuándo formas parte de la plantilla?

—Desde que eres un capullo con suerte —respondió Sean.

El abogado intercambió una mirada socarrona con su padre.

—Siéntate y escucha —dijo John severo. Jack no se inmutó, cruzó los brazos e inclinó la cabeza—. Esa mujer te quiere y adora a Cordey ¿Te haces una idea de la suerte que has tenido?

—¿De qué coño va esto? —preguntó asombrado—. ¿Por qué no os metéis en vuestras vidas? —se centró en Sean—. ¿A qué ha venido preguntarme si pensamos vivir juntos delante de todos?

—Para empezar estás con tu familia —respondió John—, y para continuar, Sean te lo ha preguntado porque es absurdo que compartáis casa solo los fines de semana. Tienes una edad y ella también, dos niños pequeños… Por suerte, el nuestro no se entera de nada, pero la niña sí. ¿No es más razonable que viváis juntos? ¿Te lo has planteado?

—¿Para esto es la reunión? ¿Para darme la paliza?

—Como no te calles, al final, vas a llevártela —dijo John mientras Sean apretaba los labios disimulando una sonrisa y Jack perdía la paciencia—. ¿Puedes explicarnos cuáles son tus planes con ellas?

—De momento seguir así, llevamos solo dos meses ¿No creéis que es un poco pronto para plantearle una convivencia?

—No —respondieron coordinados los dos.

—Joder… —dijo Jack, quitándose las gafas, se despeinó frustrado —. ¿En serio?

—Jack —habló John—, tu vida ha ido demasiado rápida desde que Cora y Gabe se divorciaron. No tuviste ningún reparo en convivir con ella prácticamente desde que os reencontrasteis, sin embargo, ahora, cuando sería más que recomendable no solo para ti, también para Cordey y Ari, parece que no quieras. Me molesta bastante porque me da la impresión de que no estás viendo lo mismo que nosotros.

—¿Y qué es? —preguntó incómodo.

—Que la necesitas —contestó John, sonrió apenado—, no es lo mismo estar solo que tener el apoyo de una mujer a tu lado. Ya no solo por Cordey, por ti. No puedo imaginarme haberos criado sin mamá —dijo, echando el brazo por el hombro de Jack—. Cuando Cordey vaya creciendo te irán llegando un montón de cosas, muchas, Jack. Haznos caso y no te lo pienses.

—No depende solo de mí, papá. Christina nunca me ha dicho nada y parece feliz tal y como estamos, no sé si querrá, y si se lo planteo y lo rechaza hará mella en nosotros.

Sean resopló harto de esa obcecación.

—Si estoy llamándote imbécil hasta que me jubile, es probable que no llegue a decirte lo imbécil que eres.

Al escucharlo, John inclinó la cabeza apelando a la moderación, pese a que Sean sonreía desafiando la mirada asesina de Jack.

—Gilipollas… —murmuró dando por terminada la charla.

En cuanto salió, Sean soltó una carcajada.

—No te enfades —dijo, palmeando la espalda de John—. Tu hijo pequeño es como tú, hay que daros patadas en el culo para que reaccionéis.

Aquella noche, mientras Jack llevaba un buen rato dormido, tumbada boca arriba en la cama, Christina no conciliaba el sueño. No podía quitarse de la mente la pregunta de Sean. Ahogada en un confuso mar de penumbras, oyó el débil gimoteo de Cordey. Se levantó y se anudó una bata a la cintura yendo hacia su dormitorio.

—Hola, gordito ¿qué te pasa? —preguntó con ternura, lo cogió en brazos y se perfumó de gloria—, vaya… estás incómodo ¿verdad? —No tardó en cambiarlo, en doblar perfectamente el pañal sucio y en acunarlo meciéndolo con suavidad delante de la ventana—. Está lloviendo, cariño —dijo sonriendo ante el aguacero que emborronaba la visibilidad del jardín como una pintura puntillista hecha a trazos veloces sobre un fondo negro. Respiró paz y empezó a tararear una nana escocesa, muy popular—: *Dreams to sell, fine dreams to sell, Angus is comin» wi» dreams to sell. Hush now my bairn, sleep without fear. Angus will bring you a dream, my dear…*

El sonido sensual de esa voz guió a Jack hasta la habitación del niño. Se detuvo en el pasillo, disfrutando de una bella vista que deseaba fuera permanente en su vida. *«Can ye» no» hush your weepin» oh. All the wee lambs are sleepin» oh. Birdies are nestlin», nestlin» together».*

Jack rodeó la cintura de Christina por detrás, aunque no dejó de cantar para Cordey. *«Dream Angus is hirplin» through the heather. Dreams to sell, fine dreams to sell, Angus is here wi» dreams to sell».*

—Eres una madre estupenda.

—Es un dulce —dijo atenta a la carita sonrosada de Cordey, dormido—, acuéstalo tú.

Jack metió a su hijo en la cuna, donde cada día se veía más grande, y cogió la mano de Christina.

—¿Por qué te has levantado? —preguntó Jack al meterse de nuevo en la cama.

—Nuestro gordito no quería dormir con el culito sucio.

—Me gusta cuando dices nuestro —admitió, metiendo los pulgares en el pijama de Christina para bajárselo. Tocó con manos abiertas

posesivas las nalgas femeninas y, apretándolas, la subió de espaldas a él. No dudó en bajarse los bóxers para restregarse con ella—. Y aún me gusta más tu culito. Estás muy buena, cariño.

—Tú despiertas más pasiones que yo, me temo.

—¿Te temes? —preguntó antes de arrasar con la boca su cuello, rozó sus pezones con los pulgares y habló en su oído—. Espero que no estés celosa, y de temer algo… —Jack buscó y encontró certero el eje de su placer, sabiéndose el motor y marcando el *tempo*—. Mañana no tenemos que madrugar así que voy a esforzarme para que veas cuánto me gustas. Si tu envoltorio es perfecto, tu sabor es alucinante, me tienes drogado.

—Y tú a mí, cariño. Te amo.

—Vente a vivir aquí con Ari —susurró.

—No hablemos ahora de eso —dijo resollando, sin querer reaccionar dando un brinco de alegría—, tenemos que pensarlo.

—Eres dura, Chris —dijo Jack, contento, notándola relajada en su cuerpo—, pero te convenceré.

—No lo dudo, cariño. Consigues siempre lo que te propones.

—No tanto —susurró, penetrándola con un dedo—. Obtengo recompensas.

—Sí —dijo con un largo suspiro—. Mereces un esfuerzo.

Jack sonrió vanidoso, la tenía en la palma de la mano. Dejó el masaje para sentirla con el impulsivo miembro que no veía su turno. El mismo que llegó rápido para extasiarlos en el placer de una lujuria fogosa que botaba tan cachonda como las llamas de un fuego vivo. Explotaron como cohetes. La mirada turquesa de Jack iluminó la sonrisa más bonita de Christina mientras balanceaba su alta y majestuosa silueta sobre ella. Se movía con cuidado entrando y saliendo sin apartar los ojos de una expresión feliz que lo tenía cautivo, alegremente atrapado.

En aquel dormitorio, el más gélido de la casa todavía medio vacío, sus respiraciones caldearon el ambiente hasta rendirlos al sosiego de las tibias caricias que se prodigaron abrazados, sutiles como la calma que sentían totalmente saciados.

—Cariño —susurró Christina—, ¿de verdad quieres que Ari y yo vivamos aquí?

—Sí. Hoy se me han abierto los ojos a algunas cosas que no veía. Creo que estamos muy bien los cuatro juntos. —Jack sonrió, recorriéndole la espalda con la mano—. Ari tiene su dormitorio —comentó para argumentar. Evadió sacar el tema de la fotografía de Cora, que aguardaba en el sótano todavía con el embalaje, ya encontraría el momento oportuno—. Si quieres, podemos comprarle

otros muebles o decorarle la habitación a tu gusto.

Christina se emocionó al oírlo pensando en su hija.

—No creo que sea necesario, es muy bonita.

—¿Aceptas? —preguntó confundido por un tono de voz apagado.

—Dame unos días —respondió, abrazándose fuerte a él, buscando calor para su corazón maltratado durante demasiado tiempo por la indiferencia—. No tenía previsto esto.

—Ni yo, Chris, pero siento que no deberíamos esperar mucho más. Sé que serás una madre maravillosa para Cordey. —Jack percibió unas lágrimas que le mojaron el pecho y le acarició la espesa melena oscura —. Por mi parte no voy a decirte que sustituiré a Graham porque no me parece justo, pero intentaré ser un buen referente para Ari y, por supuesto, un buen compañero para ti. —explicó cariñoso. Al notar la congoja de Christina, que fue a peor, preocupado la apartó de su cuerpo y encendió la luz de la lamparita. No esperaba verla perdida en un mar de lágrimas—. Vamos, cariño… ¿qué te pasa? No quiero verte así.

Esperó paciente que se recompusiera durante unos minutos. Christina se levantó y se encerró en el baño. Jack no oyó ningún ruido por mucho que lo intentó.

Sentada en la taza del inodoro, se obligó a relajarse. La desalmaba esa ternura, sus ganas de compartirlo todo y los detalles románticos que tenía olvidados. Nada estaba siendo cómo imaginaba con Jack. Ese polvo casual había roto todos sus esquemas, todos y cada uno. Empezando por el miedo a enamorarse de un hombre más joven, ya superado, hasta estar planteándose formar otra familia, sin papeles, contando solo con una intención encomiable. Tenía pistas de sobra para presuponer que nada conocido sería igual con él, y aun así estaba acobardada por una felicidad que creyó imposible a esas alturas de la vida.

Con el sonido de dos golpes suaves en la puerta, le llegó la voz baja de Jack:

—Chris, ¿estás bien?

Tras una buena bocanada de aire en los pulmones, se levantó y abrió.

—Perdóname.

Jack la abrazó cuidadoso, pensando en que los fantasmas de ella tenían más peligro que los suyos. Se podía lidiar con un recuerdo, magnificarlo, en cambio, el sufrimiento que arrastraba Christina estaba vivo y parecía sin ánimo de alejarse. No sabía con seguridad hasta qué punto tenía clavado ese dolor, ya que apenas hablaba de su matrimonio ni del doctor McCoy, pero no hacía falta mucha

inteligencia para concluir que había minado su espíritu con desconfianza.

La llevó sujeta por la cintura a la cama y volvió a refugiarla con su cuerpo. Si necesitaba consuelo se lo daría, pero esa mujer ya formaba parte de su vida, con sus problemas y dudas. Su padre y Sean habían sido para él un azote como él sería el de Christina hasta convencerla de que podían tener la familia que los dos anhelaban y ninguno había logrado con sus anteriores parejas. Un fracaso no era motivo para no intentarlo. Al contrario, ambos podían recurrir a su experiencia para no caer en viejos errores.

En la tibia tranquilidad de una noche otoñal muy fría, se amoldaron para encajar como las gotas de lluvia se deslizaban por la ventana convertidas en hilos de agua. Así estaban siendo sus vidas; un fluir líquido cuando se acunaban. Y cerraron los ojos sosegados, perdidos entre ilusiones, miedos y la inmensa dicha de juntarse antes de que llegase el crudo invierno.

QUINCE

San Juan de Terranova, 15-10-13

Terranova y Labrador, Canadá

Inmerso en los gráficos aportados por ExxonMobil, Gabriel no vio la batería agotada de su móvil. Estaba reunido con Robert en el despacho del Scotia, frente a los dos portátiles que tenían encima de la mesa, con una pila de papeles y varios rotuladores fluorescentes para ir marcando los diferentes valores que comprobaban del proyecto *Deep Ocean*. Por descontado, no pensó en que Claire pudiera estar poniéndose de parto.

De pronto, irrumpió Luc con la cara desencajada y un teléfono en sus manos temblorosas.

—Gabriel, es Elo, tienes que irte. Van de camino al hospital.

Tardó pocos segundos en comprender.

—¿Ya? —preguntó asustado, arrepintiéndose por haberle hecho caso a la indulgente Claire, una maestra apaciguándolo con el único propósito de que la dejase tranquila. Luc afirmó rápido con la cabeza y Gabriel dio un bote de la silla giratoria, con tanto ímpetu que la dejó dando vueltas—. Hazte cargo, Bob.

—Descuida —afirmó sonriendo. Robert apreciaba mucho la amistad de Gabriel, lo aprendido a su lado en aquellos casi dos años trabajando juntos y valoraba la confianza que le había depositado cuando ni él mismo la vislumbraba. Sonriendo, dijo—. Tómatelo con calma.

Gabriel no lo escuchó. Olvidó coger el abrigo y el maletín. Corrió escaleras abajo y pasó como un rayo por la zona de atención al público. Jim frunció el ceño, miró a William, que movió la mano describiendo una curva sobre el estómago, y los dos sonrieron al comprender que su amiga iba a hacerlo padre en breve.

Medio alocado, buscó Gabriel el mando a distancia del Bronco; sin encontrarlo en los bolsillos del pantalón ni la chaqueta. Volvió sobre sus pasos, creyéndose el hijo del viento para distracción y cachondeo de sus empleados, y a punto estuvo de llevarse el perchero por delante cuando le pegó un tirón al abrigo. Nadie osó abrir la boca; era preferible aguantar la risa para explotar en sonoras carcajadas en cuanto salió batiendo su propia marca.

Esa mañana donde el sol lucía sin la asidua compañía de las nubes cargadas de lluvia, Gabriel no pensó en que su tendencia natural por los accidentes absurdos trataría de obstaculizarle la llegada al hospital en los escasos diez minutos que previsor comprobó unos días atrás.

Sin tráfico, pudo conducir por la cuesta de Barters Hill al doble de la velocidad permitida. Atravesó la intersección que había antes de enfilar la avenida del hospital con el semáforo en ámbar por no frenar con brusquedad. De pronto, un ruido estridente e inconfundible lo llevó a mirar por el espejo retrovisor. Descubrió a un agente de la autoridad en moto haciéndole señales con el brazo para que detuviera el vehículo a un lado de la carretera. Gabriel tuvo el impulso de pisar el acelerador, de declararse en rebeldía, sin embargo, optó por detenerse. El frenazo fue brusco. Tanto que el policía casi se estampa contra el maletero del todoterreno.

En cuanto descendió el hombre de la moto para acercarse, lo reconoció Gabriel. Era cliente del Scotia, un pelmazo tan pesado como los kilos excesivos de un cuerpo grandullón que se desplazaba igualando a los caracoles, y un obtuso para comprender los movimientos de su cuenta. Esa inteligencia mediocre auguraba una pérdida de tiempo considerable que no estaba dispuesto a admitir.

—Señor Drake —dijo sin ocultar la sorpresa en sus ojos pardos cuando llegó junto a la ventanilla del vehículo—. ¿No ha visto el semáforo?

—Sí, pero tengo prisa y no estaba en rojo.

—El ámbar significa precaución, no que acelere para saltárselo.

—Lo sé —dijo rápido—, pero es una emergencia, tengo que llegar ya al hospital, Claire está de parto.

—Enhorabuena —comentó amable—. Aunque eso no quita para respetar las señales de tráfico, es preferible pararse unos minutos que provocar un accidente ¿No cree?

—Por supuesto. Si me disculpa…

—Tengo que multarle, no puedo hacer excepciones. ¿Me permite la documentación del vehículo y su permiso de circulación?

—¿Ahora? —preguntó, apretando la frente—. No puedo entretenerme.

—Yo sí.

La sonrisa del policía molestó a Gabriel hasta un límite insospechado, en cambio, sacó de la guantera una pequeña carpeta verde de plástico y buscó los papeles, que le entregó con un gesto brusco, pensando en guardarle el detalle para el día que diera la murga en el banco.

Tardó media hora en redactar la multa mientras Gabriel se

desesperaba mirando constantemente el reloj del salpicadero. Cuando le devolvió los papeles con la multa incluida, obvió que todavía estaba detrás del Bronco y le faltó tiempo para salir derrapando.

Llegó al hospital con la cacofonía de la sirena como banda sonora, desoyéndola; en aquel momento dejó de importarle llevarlo pegado; podía estar multándolo hasta el infinito.

Aparcó en el recinto privado de un gimnasio frente al hospital y se bajó antes de que el policía empezara a perseguirlo. Ignoró un «alto» repetitivo, entró corriendo y se detuvo en el mostrador de admisiones. Estaba atendiendo a la eficiente enfermera que le daba información sobre Claire cuando el obtuso policía gritó:

—¡Señor Drake! ¡No me obligue a detenerlo!

De inmediato, captó la atención de todas las personas en la sala. Hasta las narices de él, Gabriel se giró para enfrentarlo.

—Escúcheme bien —habló sin elevar la voz, pero destilaba una mala leche que dejó boquiabierto al grandullón—, no he cometido ningún delito, he tenido la desgracia de que usted hoy está aburrido. Olvídese de mí o le juro que esto voy a cobrármelo con creces. ¿No tiene nada más interesante que hacer? Déjeme en paz.

—¿Acaba de amenazar a un agente de la autoridad?

—¡Sí! ¡Al más incompetente de toda la ciudad! ¡Váyase a la mierda!

Dicho esto, murmurando una retahíla de tacos, lo dejó clavado en admisiones y corrió hacia el paritorio. Nunca sería consciente de que los espectadores del rifirrafe se divirtieron de lo lindo al ver la cara roja por el bochorno del policía, tampoco oyó un aplauso solidario cuando desistió y salió ofendido del hospital.

Para sorpresa de Gabriel, no encontró a las Friars ni a Alexei ni a Léonore, allí no había nadie de su entorno. Volvió a preguntar, esa vez, a una enfermera. Alucinado, escuchó que su hija había nacido unos minutos antes. En aquel preciso instante, quiso morirse. Después de esperar ilusionado tantos meses le había fallado a Claire en el momento más importante de sus vidas.

No tardó en recorrer el largo pasillo de la planta hasta la habitación.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Ethel al verlo llegar corriendo. Estaba en la puerta con Mike, que sonrió contento y le dio la enhorabuena con un golpe en la espalda que lo tambaleó, fiel a sus maneras rudas—. Ha sido rapidísimo. No nos ha dado tiempo de sentarnos cuando ya había nacido.

—¿Cómo están?

—Compruébalo tú mismo —dijo riendo, le dio un abrazo—. Felicidades.

Con los ojos vidriosos, Gabriel abrió la puerta de la habitación. Alexei y Léonore se giraron, sonrieron y al apartarse de la cama le permitieron ver a Claire con la niña en brazos.

—Vaya… —dijo Claire—. El padre ha tenido el detalle de venir.

Los ancianos también le besaron cariñosos, se despidieron de Claire y salieron para darles intimidad. Gabriel se acercó a la cama sin apartar los ojos de sus esmeraldas preciosas, que no brillaban enfadadas, sino por la dicha de que todo hubiese salido bien.

—Si te cuento lo que me ha pasado no me creerías. —Gabriel la besó en los labios, parecía saludable, con un color que no se correspondía con el de una mujer que acababa de dar a luz. Se sentó en el borde de la cama y contempló a la niña. No pudo reprimir unas lágrimas. Tenía mucho cabello oscuro en una cabecita diminuta, la piel arrugada y sonrosada, y dormía tranquila arropada con una toquilla beige de suave algodón—. Es preciosa, cariño.

—Sí —afirmó igual de emocionada—. Ha pesado cuatro kilos, está muy bien. Dentro de un rato vendrá otra vez el pediatra para verla, pero ya le han hecho varios test y todo es normal.

—Siento mucho no haber llegado antes. No tendría que haber ido hoy al trabajo. No me lo perdonaré nunca.

—No empieces con tus agobios. Ninguno esperábamos que todo fuese tan rápido. Ni siquiera Julia ha llegado a tiempo. Me ha atendido un ginecólogo del hospital. Si Mike no hubiese estado cerca de casa cuando Ethel lo llamó habría nacido allí. No me han puesto ni la epidural —dijo sonriendo—. No sé por qué la gente cuenta tantos dramones.

—¿Ha sido todo natural?

Claire rió asintiendo; ni ella misma creía en esa buena suerte pero así fue. Todos esos ángeles invocados con fe aunaron fuerzas aquel 15 de octubre para que Isabella Drake llegara al mundo sin dolor ni sufrimiento, con prisas por formar parte de una familia que no necesitaba más tragedias y con la paz que su madre merecía para resarcir todo el dolor que con ella quedó eliminado de golpe. La quietud de la calma tras la tempestuosa odisea consiguió recompensar las horas de angustia que los dos pasaron durante la dulce espera; ahí había concluido con una felicidad absoluta.

Cuando unos días después les dieron el alta del hospital, al doblar

la esquina de la oscura catedral, el caserón rojizo captó la atención de Gabriel, nada extraño porque solía hacerlo, pero ese día lluvioso, gris y desapacible, que todo lo emborronaba de un cristalino peligroso, solo tuvo ojos para la rosa de los vientos del tejado. Imponía respeto la fuerza del molinillo que habían formado los puntos cardinales metálicos.

—Cariño, será mejor que deje el coche un momento en la puerta —dijo prudente. No era recomendable exponer a Isabella a esa agresividad en su primera salida—. ¿Estáis bien?

—Sí —respondió risueña. Llevaba tres días con un subidón hormonal, tan pronto reía como lloraba, pero nadie ponía en duda que era feliz. Su hija comía y dormía con el mismo afán, y los tenía totalmente rendidos. La contempló dormida en sus brazos, tranquila e indefensa—. Creo que vamos a tener suerte con ella.

—Esperemos que el comité de bienvenida no la eche a perder.

—Tendremos que dejarlos hasta que se acostumbren.

Gabriel detuvo el coche, se bajó rápido y abrió el maletero para sacar un paraguas. En cuanto una ráfaga de viento se lo dobló del revés, lo cerró. Sujetó a la niña en brazos bien tapada por una suave manta e intentó protegerla con su cuerpo. Antes de subir los escalones de la entrada, salió Ethel de la casa para ayudar a Claire, que todavía andaba algo resentida, aunque en cuestión de días volvería a la normalidad.

Una vez en el salón, valorar quien se mostró más efusivo, quien se emocionó menos o quien tuvo a la niña en brazos durante más tiempo no fue una tarea fácil para sus padres. Ambos dejaron que la mimaran observándolos embargados por una felicidad contagiosa.

Esa pequeña Barinov para Alexei era un sueño; la nieta de su hijo; el acicate que necesitaba para volver al taller. A ella le había amueblado el dormitorio con una cuna, una mecedora, la lámpara del techo, que era una gaviota con las alas articuladas, y un aparador con cajones convertible en escritorio.

Todo en aquella casa inspiraba ternura. Exactamente la misma que las Friars y Léonore sintieron buscándole parecidos o halagando sus cualidades. Y sería incluso más difícil saber a quien había salido. De momento tenía el cabello oscuro, los ojos poco nítidos por la leche materna, y unas carnes suaves y sonrosadas con facilidad para irritarse. Una de las primeras cosas que Isabella aprendió al nacer fue a distinguir a su madre. Si apremiaba el hambre sin que estuviera con ella, sonaba un llanto intermitente que subía de volumen conforme no se atendiera su petición.

La desbordante alegría y las voces altas dieron paso al sosiego

cuando todos se despidieron de Gabriel en la puerta. Junto a *Shu*, estuvo pendiente de Léonore por si necesitaba ayuda; aunque Liosha el Galán la sujetó con firmeza de la mano para evitarle cualquier percance hasta el coche donde esperaba la señora que pasaba las noches con ellos en la casa de las afueras. Las Friars se subieron a la furgoneta de Mike, que iba a recogerlas cuando el tiempo era inclemente, y Gabriel cerró la puerta para regresar al interior precediendo a la perra.

Observó al pasar por delante de la escalera los motivos vegetales de la barandilla, se retorcían en nudos para fundirse o multiplicarse, y la majestuosidad colgada en el centro del hueco circular: la mariposa hecha con cristales de colores, recordando el impacto que le causó cuando entró cojeando una lejana tarde de febrero para alojarse ahí como alternativa al Sheraton. Aquella primera sensación fue magnífica, la recordaría toda su vida. Boreal Róis trasmitía misterio, se oía por las noches el crujir de la madera, y también concedía paz si se apreciaba la belleza que surgía de las paredes en formas de sinuosas librerías o en el mobiliario antiguo donde el arte se recreaba. En definitiva, en casi dos años, Gabriel mezclaba admiración, cariño y orgullo para sentirse muy a gusto disfrutando de su casa.

Cuando entró en el dormitorio contempló más belleza mientras Claire estaba tumbada en la cama dando el pecho a Isabella. Sonrió, sacó el móvil y las fotografió.

—Cariño, por favor —dijo Claire—, no empieces…

—Son para mí. —Gabriel amaba por encima de todo a sus chicas y su intimidad. Se tendió junto a Claire y acarició con suavidad la pequeña cabeza de la niña, parecía diminuta bajo su mano—. Tengo un regalo para ti.

Del bolsillo del pantalón sacó una cajita plateada, la abrió y sostuvo entre los dedos una sortija de oro blanco con una esmeralda rodeada de diminutos brillantes.

—Es precioso… —comentó Claire sonriendo, extendió la mano para que se lo colocara—. Con este cierro el ciclo esmeralda —dijo divertida, pensando en los pendientes y el collar que el Inquisidor generoso le regaló cuando se casaron. Se distrajo con *Shu,* que entró sigilosa en la habitación, y compartió una mirada cómplice con él. Sonriente, le preguntó a la perra—. ¿Quieres ver a Isabella?

La niña había terminado y su padre se encargó de sostenerla derecha contra el pecho, seguida por la atención fija de *Shu*. Pasó lo que esperaban de ella: la aceptación a base de lametazos del nuevo miembro de su familia. Entre la tranquilidad del bebé y la mansedumbre del animal, durante un buen rato descansaron juntos.

Luego, Gabriel aprovechó para programar el disparador automático del móvil, que colocó en el aparador con la puerta de acordeón, y se tendió en la cama. Aquella foto mal enfocada, hecha sin ninguna preparación ni criterio, contaba con una ventaja que ninguna otra podría igualar; tanto para Gabriel como para Claire fue la primera foto en su hogar con Isabella y *Shu*, la primera donde estaban los cuatro y la que ocuparía otro lugar destacado en el salón, junto a bellas obras, otra fotografía de su boda, y más, con Alexei, en la boda de John y Elizabeth o en las reuniones veraniegas de Quebec.

En la casa se respiraba el amor que Charles Merritt buscó desesperadamente en una tierra inhóspita, en ese «fin del mundo» para Claire y Gabriel. Aunque no tuvo suerte con la mujer que eligió, viviera una existencia marcada por la oscuridad de un secreto y sintiera la frustración del fracaso, a pesar de todo, otra vez, Boreal Róis era el hogar que fue un refugio maldito y un oasis en el edén. Otra vez, la visión de un hombre soñador se hacía realidad aunque él solo obtuviera soledad y tragedia como recompensa a su arduo esfuerzo.

El ajetreo del trabajo tenía a Jack en permanente alerta, incluso así, cuando el martes por la mañana recibió el aviso en el despacho de la visita de Victor Hosborn, miró el reloj viendo que eran las once sin dejar de cavilar en el motivo de esa inoportuna sorpresa.

—Hola, Victor, buenos días.

Jack se levantó y le tendió la mano.

—Hola —saludó seco, se quitó el abrigo y se sentó en una silla frente a la mesa—. Hace tiempo que no coincidimos, y quería saber cómo estabas.

—Gracias, es un detalle por tu parte —comentó entre serio y cínico. No podía confiar en una cordialidad nula hasta ese momento —. ¿Y Angie?

—Ahí va… —respondió desganado. Durante unos segundos Victor pensó cómo iniciar el sondeo que había ido a hacerle tras confirmar que salía con una mujer, que podría ser la sustituta de su hija—. ¿Y tú? Tengo entendido que te has echado una novia.

Percibiendo desprecio en su forma de hablar, Jack volvió a sentarse en su silla giratoria y sonrió.

—Sí, y tiene una hija de seis años —comentó tranquilo—, y quiero que vivamos juntos.

—¿Y mi nieto? —preguntó enfadado—. ¿Cada vez que conozcas a una vas a meterla en tu casa con el niño? ¿Piensas que será bueno

para él?

—¿De qué coño hablas? —preguntó indignado—. Si buscas una explicación estás muy equivocado conmigo. Ni te las di cuando estaba con Cora ni pienso dártelas ahora. Ya sabes cómo funciono —habló soberbio—, si te gustan mis reglas, mejor para ti, y si no te gustan, te jodes, Victor.

—¿Cómo te atreves? —preguntó dando un golpe con la mano en la mesa—. ¡Es mi nieto!

Jack rayó el límite, se levantó y, tendiéndole el abrigo, dijo:

—No vuelvas a venir aquí, acabas de cerrarte esta puerta y la de mi casa. Te queda abierta la de mis padres. —Jack entornó los ojos—. Pero como se te ocurra hacer cualquier comentario sobre mi vida, te juro por mi honor que un juez tendrá que obligarme para que veas a tu nieto.

—No me amenaces, Jack —espetó con la furia de un carácter agresivo—. Puedo hacerte mucho daño.

—Inténtalo. Aunque yo que tú antes pensaría las cosas.

—Muy bien —rezongó Victor—, voy a estar vigilándote.

—En vez de perder el tiempo conmigo, préstale más atención a Angie, sería mejor para todos —comentó Jack con sensatez, ignorando la profunda animadversión que sentía por él—. Es justo reconocer la verdad, Victor, y al igual que sabes cómo está Cordey, deberías ver que tu mujer te necesita, mucho más que estos enfrentamientos. Ahora, si me disculpas, tengo que seguir trabajando.

Victor salió del despacho tras reflexionar unos segundos en esas palabras. Eran ciertas porque Angie no conseguía aliviar su pena más que el breve tiempo que compartía con el niño, luego, simplemente vagaba, con docilidad. Si no cambiaba de actitud con Jack solo incrementaría el dolor y la distancia que los separaba desde hacía muchísimos años. Pero admitir la verdad delante del hombre que menos respeto le había mostrado no ayudó a suavizar el portazo que dio cerrando la puerta ni a una nula despedida.

Jack murmuró un taco y se sentó otra vez con intención de olvidarlo, algo que fue sencillo en cuanto se sumergió en la lectura de los informes que repasaba antes de la interrupción. Se abstrajo por completo en un trabajo muy gratificante para él con el optimismo de estar alcanzando los objetivos que se comprometió a obtener al cerrar el año; sin duda, la aventura de regresar a Quebec podía considerarse un éxito rotundo y se completaría cuando Christina aceptase convivir con él.

En San Juan, Claire besó a Gabriel en la puerta de su casa después de regresar del notario donde le firmó un poder para vender MaiSa sin su intervención. Salía hacia Nueva York con Léonore, ya que los clientes eran conocidos de ella y también porque habían quedado con Daniel Larson para empezar la remodelación de Essex.

—Son solo dos días, cariño —dijo Claire.

—Lo sé, pero no esperaba que fuesen ahora. Tu abuelo llegará dentro de un rato. Hazme el favor y pórtate bien.

Claire sonrió, no podía remediar ser autoritario.

—Lo mismo te digo con Zanelli, contrólate.

Gabriel esbozó una sonrisa torcida, la volvió a besar cariñoso en los labios y se apartó sin ganas de irse.

Con el ánimo decaído, Claire subió al dormitorio de Isabella, que dormía en la cuna hasta la siguiente toma. Solo durante la noche estaba con ellos en la planta baja, y como la perra se había autoproclamado su escolta tenía la seguridad de que les advertiría cualquier rareza.

Balanceándose con suavidad en la mecedora, Claire se dispersó en la tranquilidad que sentía en ese espacio tan claro como la nieve. Destacaban la decoración infantil de las patas y el tinte blanquecino que tendía al amarillo de los muebles hechos a medida, también la calidez de una temperatura confortable que forzó sus párpados al descanso de los pensamientos negativos desde que se precipitó la venta de MaiSa.

Cuando llegó Alexei, abrió con su llave y dejó en la cocina la bolsa de deporte que cargó sin esfuerzo. Entre la fortaleza de su salud y el espíritu combativo de su carácter, pocos clavarían el año en que nació: 1926. Si bien la piel arrugada de su rostro mostraba el paso del tiempo, todavía dejaba entrever el atractivo que tuvo, y lo más expresivo de él: sus ojos, embrujaban con un azul celeste frío hipnótico capaz de hervir bajo el influjo del arte; su vida.

Shu bajó rauda la escalera, contenta de verlo, y le indicó donde encontrar a Claire.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Claire abriendo los ojos—. No te he oído.

—Esta no ha ladrado —dijo Alexei, sonriendo al juguetear con la perra. Contempló unos segundos a Isabella—. Es preciosa —comentó inclinado sobre la cuna, dejó la contemplación sumido en una nostalgia grisácea para asomarse a la ventana. Los robles rojos del jardín tenían a sus pies tantas hojas secas como tupidos charcos crujientes. Las mismas hojas que el viento movía al compás de sus recuerdos—. Fue una tragedia que Irina muriera al año de llegar. Le

habría dado más hijos a Charlie…

—¿Por qué nunca me hablas de ella?

—No lo sé —respondió girándose, con agilidad, se sentó en el suelo, bien mullido con una alfombra de colorida lana. *Shu* se tumbó a su lado—. Siempre he creído que mi sueño arruinó el de ella —comentó triste—. Para mí era esencial salir de Rusia, la guerra estaba acabando y sabía que si llegábamos a París, cruzar el Canal sería pan comido, y de Inglaterra al Nuevo Mundo…

—¿Por qué dices que arruinaste su sueño? ¿Qué quería Iris?

—Irina, Claire —habló emocionado—, solo fue Iris para Charlie —comentó, recordando a su viejo amigo, con la intención de no quitarle lo único que solo él tuvo—. Mi hermana había perdido la esperanza de casarse. Cuando le propuse criar a Chris casándose con tu abuelo al principio no quiso aceptar porque era una romántica, decía que nunca se casaría sin amor; pero aceptó por mí, para no abandonar al único descendiente que teníamos. Recuerdo cuando se conocieron. —Alexei sonrió—. Era muy guapa… Charlie quedó impresionado y ella se enamoró en cuanto vio la ternura que tuvo con Chris. Cuando llegamos en el barco, los dos estaban convencidos de que serían felices.

—*Дед* —pronunció en ruso «*died*», o abuelo; sabía que le gustaba oírla llamarlo así—, si se enamoraron, aunque estuvieran juntos solo un año, eso vivieron.

—Sí, pero un poco más de tiempo no les habría venido mal.

Claire intuyó miedo a la muerte en esas palabras sosegadas. Cambió de tema, a otro menos melancólico cuando Isabella se despertó. El amor inmenso que los unía alejó las nubes cargadas de arrepentimiento para abrazar con dicha el futuro; corto o largo, y siempre incierto para todos sin distinción de edades ni sexos.

—¿Te ha explicado Leo cómo vamos a enfocar el museo?

—Sí —respondió Alexei, risueño—, pero me ha dicho que será una fundación.

—Sí, parecida a la de Pierre en París.

—Eso me gusta más —admitió. De hecho, transigió porque le ilusionó ayudar a jóvenes artistas y no podía remediar el pudor de sentirse examinado, si bien, Claire entrevió una humildad dignificante. Distraído acariciando el lomo de *Shu*, comentó—. Estamos haciendo una especie de catalogación de todos los muebles y esculturas que he hecho. Vamos a elegir los más representativos. Será un recorrido por el siglo XX, aunque todavía no sabemos si conseguiremos los que queremos. Léonore piensa negociar con los actuales propietarios, ya veremos si los convence. Tampoco nos preocupa mucho porque entre

lo que tengo en mi casa, dos de aquí y los que hay en Essex, más o menos no dependeríamos de ellos. También quiere dejar los cuadros para intercalarlos con algunas de tus fotografías.

—Es un honor —dijo emocionada—. Y me alegra de que por fin lo veas; aunque me hayas fastidiado el plan de traerme el Monet y el Matisse —comentó bromeando, cogió a la niña en brazos y volvió a sentarse en la mecedora—. ¿Tienes hambre?

Con el mismo sigilo que trajo al llegar, abandonó Alexei la habitación. Se sentó en el último escalón para contemplar la panorámica de la escalera desde allí, como hacía cuando descansaba mientras la tallaba. Sin duda fue un trabajo duro, probablemente el más difícil de todos los que había hecho y también, con pocas posibilidades de equivocarse, ya que era consciente de su propio rendimiento al trabajar, la obra más bella que había creado. En esa madera oscura asomaban rasgos de genialidad por la precisión en el uso de las herramientas y por el diseño arriesgado que nadie podía incluir en un movimiento artístico u otro.

A su edad, cuando el brillo había abandonado una pálida piel ligera pero sólida como el atajo de huesos de un cuerpo desintonizado con una mente en aprendizaje continuo, Alexei Barinov admitía que lo etiquetasen, admirasen o detestaran. Tendría el privilegio de servirse bien fría una ración de venganza esperada más de sesenta años. Liosha, el ruso, el muerto de hambre que llegó a Inglaterra con ilusión por vivir del esfuerzo y el trabajo digno, a quien los Clainston intentaron hundir sin conmiseración, ese anciano, expondría en su amada casa algunas de las obras más representativas de una vida dedicada al arte, acompañado de algunos colosos que atestiguaban el esplendor cegado por los prejuicios.

Para él se cerraba el círculo.

El destino quiso cruzar a Marion en su camino y, con ella, a la familia que tantos disgustos le ocasionó. Los Sabo financiarían la fundación Barinov y los Clainston darían techo al arte del chico confiado que sucumbió a una pasión efímera aunque indeleble al paso del tiempo. Esa que marcó a Margaret con remordimientos, a Irina y a Charles al darles una oportunidad para arrebatársela con prisas y a él por privarlo del amor verdadero cuando fue joven y el ímpetu guiaba sus pasos.

Allí sentado lloró por el desperdicio de tanta ausencia cuando hubiese sido fácil intentar buscar a Léonore años atrás.

Echó de menos a Chris, sus bromas para alegrarlo si lo veía negativo y el sonido grave de su voz al contarle anécdotas de Claire, siempre ajeno a la guerra entre él y Grace. Sintió su vacío, deseoso por

el estrépito de una carcajada o por verlo sostener en brazos a su nieta. Daría la vida por cumplir esos deseos.

Cerró los ojos, pensando en el volumen de la silueta de Chris, creando una imagen nítida de su próxima obra; el colofón perfecto para dar la bienvenida en su fundación; la última que tallaría.

Después de despedir amable a la chica que cuidaba a Ari al llegar a casa, Christina entró agotada en su dormitorio por las horas en el hospital y la caminata más cansina conforme avanzaba el otoño con nieve y un viento helado que le atenazó todos los músculos.

Cavilando en que debería ir en coche al hospital si no quería solidificarse intentando hacer algo de ejercicio, se sentó en la cama para quitarse las botas mientras escuchaba a la niña hablar con Graham por teléfono. Aprovechó y llamó a Jack.

—Hola —saludó Christina tras esperar unos segundos—, ¿cómo te ha ido el día?

—Hola, muy bien —contestó, sorprendido—. Acabo de cenar. ¿Y tú? ¿Ahora llegas?

—Sí, para coger los días de noviembre no me queda otra.

—Falta nada, cariño —comentó animoso ante la desilusión que notó en su voz—. Este *finde* voy a mimarte para que llegues a Terranova como nueva.

—No me dan muchas garantías tus cuidados —dijo irónica, menos cansada al pensar en qué consistirían—, pero acepto. Recuerda que el viernes salgo más tarde.

—No lo he olvidado —dijo tranquilo. Tenía presente la visita de un grupo de especialistas internacionales al hospital—. Te echo de menos.

—Entre semana de todas maneras no nos veríamos mucho.

—Pero dormiríamos juntos —dijo Jack, oyó el sonido de un mensaje entrante y acortó la despedida—. Nos vemos el viernes, pero si te apetece antes… sabes dónde vivo.

—Lo tendré en cuenta —comentó bromeando. Risueña, Ari irrumpió en el dormitorio. Vestía un pijama de franela con un dibujo de *La Sirenita*, unas pantuflas enormes con la cara de un oso panda, y traía el pelo recogido en una trenza—, buenas noches, Jack. —Christina dejó el móvil en la cama y dio unas palmaditas en el colchón para que Ari se sentara a su lado. Tras unos cariñosos besos, le preguntó—. ¿Estás contenta?

—Sí, papi viene otra vez el viernes.

—¡¿Qué?! —exclamó—. No me ha dicho nada.

—Es un secreto, no le digas que te lo he dicho. Quería darte una

sorpresa.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Algo del hospital. ¿Me quedaré con él aquí sola?

—No lo sé, Ari. —Durante unos minutos, Christina no se quitó a Graham de la cabeza. No tenía intención de inmiscuirse en la visita prevista para valorar las instalaciones del hospital, pero sabiendo que él formaba parte del grupo sería invisible; haría cualquier cosa por no ver de nuevo enfrentados a dos machos instintivos, ni un fantasma se camuflaría con su habilidad—. A lo mejor no puede quedarse.

—¿Nos iremos a casa de Jack? Me gusta más que esta.

—No lo sé —repitió algo brusca, impaciente por no abordar con ella un tema que todavía no tenía decidido pese a comprender que sus inquietudes y las de Ari iban por senderos opuestos. Añadió poco convincente—: Supongo que sí, ya lo veremos el viernes.

—Me gusta Jack, mami —dijo Ari sonriendo—. Papi quiere presentarme a su novia.

—Es normal, cielo, van a casarse. Igual que conoces a Jack, tienes que conocerla a ella.

—Ya. —Bajó la vista un instante hasta que se reactivó su curiosidad—. Mami, si papi y su novia van a tener un bebé, ¿Jack y tú también vais a tener uno?

—No, cariño —contestó y le acarició el cabello—, no todas las parejas tienen hijos. Jack está bien con Cordey y yo estoy encantada contigo, no es el momento de tener más hijos, pero quizá algún día…

Christina dejó la frase en el aire porque tenía síntomas claros de una menopausia precoz, heredada de su madre y abuela. Seguía tomando anticonceptivos para engañar al tiempo, sin embargo, como médico, sabía que tenía una ínfima probabilidad de quedarse embarazada. ¿Para qué alimentar un sueño con falsas esperanzas? Era más sensato fomentar el compañerismo entre su hija y el muñequito Drake; un juguete para la niña y la oportunidad ideal para sentir la maternidad junto al hombre que se retraía en aceptar.

Los lúgubres senderos de su amada costa estaban llenos de obstáculos dudosos, tenía innumerables recovecos donde pararse para tomar aliento con optimismo o compadecerse con ideas amargas. Esos recónditos filamentos que urdían en su cabeza apenas le permitieron acabar el día cenando en la cocina con Ari sin prestar atención a un sinfín de palabras. La doctora solo tenía una que aliviaba aquel desasosiego: sí. Podía esperar varios meses, buscar centenares de excusas, pero era innegable que los fines de semana con Jack eran mejores, divertidos con la familiaridad de las tardes en el salón viendo una película o cocinando a medias con él. Disfrutaba amándolo, con

discreción y también libremente. Sería de estúpidos pensar que no estaban destinados a vivir juntos.

Para darle una sorpresa a Christina, el viernes por la tarde fue Jack al hospital. Tras aparcar, entrando por la puerta principal, pensaba en hablar con Gabriel para comprarle el coche ya que había vendido el DB9 a través de un concesionario neoyorquino y ese le resultaba cómodo por su amplitud y, como lo tenía a su entera disposición, era preferible a entretenerse buscando otro.

Al doblar la esquina del pasillo donde se encontraba la consulta, Jack ralentizó el paso. Su novia estaba de espaldas y hablaba con un hombre, que no distinguió medio oculto detrás de ella. El extraño sujetó la cara de Christina y la besó en los labios. Jack frenó en seco para ver la mirada prepotente de Graham fija en él y para tragarse su regocijo cuando levantó el dedo índice y le guiñó un ojo.

Sin esperar a que Christina se percatara, Jack dio la vuelta y no corrió por no llamar la atención, porque las ganas le sobraban. Circuló con el BMW hacia la casa de sus padres de rally, como en los tiempos gloriosos de Nueva York. Ni siquiera pensó qué hacía el médico allí otra vez, por qué Christina no se lo había dicho ni en el fin de semana que ese beso mandaba a pique; la parte racional de su cerebro dejó de funcionar.

En un rato breve, Jack se distrajo bañándose con Cordey, refugiado en el cariño incondicional del bebé y en la ternura inspiradora que le concedió una tregua a la rabia que aguijoneaba sus pensamientos con el final abrupto de una relación más que importante para él. Amaba a Christina y quería a Ari, y ni en sueños había previsto esa traición con patada en los testículos incluida.

Trataba a toda costa de olvidar la mirada del escocés.

Con intención de evadirse viendo una película y de disfrutar bebiendo un buen whisky, acostó temprano a Cordey y se preparó un sándwich para cenar, ignorando las repetidas llamadas al móvil de Christina.

A punto de quedarse dormido en el sofá, sonó el timbre y dio un respingo, sorprendido miró el reloj; las ocho y media. Jack disimuló al abrir la puerta.

—Hola —saludó Christina sonriendo—. ¿No ibas a venir a recogerme?

—Me he dormido.

Christina frunció el ceño, dejó la trolley que traía y no quiso quedarse con la duda. Jack estaba raro. Ni beso, gentileza ni cariño. Le sujetó el brazo en el vestíbulo y preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Puedes llamarlo así —respondió fresco—. No me gusta la hipocresía. ¿Con quién está Ari?

—En mi casa, con su padre —dijo enfadada—. Ha venido con el grupo de médicos.

—Ya.

Percibiendo la discusión, Christina prefirió refugiarse en el piso de Jane.

—Me voy.

—No he dicho que te vayas. Está claro que debemos hablar.

—¿De qué?

—Chris, te he visto con él en el hospital —murmuró.

A la doctora el gesto se le desfiguró y exhaló una bocanada brusca de aire.

—Entiendo que no es agradable, pero me gustaría explicártelo —habló calmada, consciente de qué se jugaba en esa conversación. Agarró la mano de Jack, que parecía más abatido que belicoso, y lo guió al salón. Tras incitarlo para que se sentara en el sofá, permaneció frente a él de pie—. No sabía que Graham iba a venir con el grupo de médicos, me enteré hace tres días. He hecho lo imposible por no verlo, llevo todo el día dando vueltas por el hospital, pero a última hora me ha encontrado —explicó atenta a la seriedad de Jack—. Me ha besado y no debería, pero no he podido hacer nada porque era eso o una escena, y a ninguno nos interesa. Te prometo que nunca lo había hecho.

—Chris, me ha mirado, me ha guiñado el ojo y me ha levantado el dedo índice; un uno, el primero —comentó cínico—, sabía que os estaba viendo.

—Por eso te digo, cariño —dijo Christina, se sentó en sus piernas y le acarició la cara—, quiere darte celos. Es un cabrón retorcido, no se lo permitas —rogó emocionada, atenta a los ojos inmóviles de Jack—. Confía en mí, y más, ahora que tengo decidido vivir contigo.

Al oírla, Jack se bloqueó un instante asimilando la noticia. De inmediato, una sonrisa ancha, donde resplandecía el interior de un hombre alegre, iluminó a Christina, que no se resistió cuando esos labios dulces cubrieron los suyos con delicadeza.

—Gracias, cariño —dijo Jack, admitiendo enamorado uno de sus deseos—. Has conseguido que olvide la humillación que he sentido.

—Te juro que nunca permitiré que nadie más me bese —susurró—,

solo quiero tus besos y solo quiero que tengas los míos.

De nuevo Jack sonrió escuchándola. Era una copiona, una demasiado bella, lista, y altamente seductora.

—Tengo muchas ganas de empezar a repartir besos —dijo Jack, acariciándole el cuello.

Cuando se ponía así, Christina necesitaba mucha voluntad para separarse.

—Y yo, cariño, pero me gustaría quitarme el olor a hospital.

Minutos después, se dio una ducha mientras Jack preparaba otra cena, esa vez algo más consistente. Cuando se ponía un cómodo pijama de dos piezas, vio su móvil olvidado sobre la cama y, en un acto de curiosidad solapado con un gesto casual, levantó el aparato para leer una sucesión de mensajes que sugerían la impaciencia de quien fuese por hablar con él. Siempre el mismo remitente, un único nombre: Sofía.

Cavilando en la azafata, entró en la cocina y se sentó en la barra, donde aparte de dos platos con filetes a la plancha había también una ensalada. Hablaron de los sitios que visitarían en Terranova sin plantearse más que esa charla trivial por no dar rienda suelta a sus celos.

En cambio, cuando terminaron y se sentaron en el sofá, tras dedicarse un momento a olfatear el whisky que por inercia Jack sirvió en unos vasos, Christina bebió y trató de sonar indiferente al preguntarle:

—¿Ha habido muchas «Sofías» en tu vida?

—¿A qué viene ahora esto? —Jack la observó confundido—. Tengo un pasado, nunca te lo he negado, pero solo ha habido una mujer antes que tú, creía que lo tenías claro.

—Lo sé, no quiero discutir —comentó seria—, entiendo que son anteriores a Cora, pero me molesta que cuenten contigo como si volvieses a estar disponible.

—Ninguna se ha puesto en contacto conmigo, excepto Sofía; somos amigos —explicó incómodo—. Tampoco veo normal tener que cortar por lo sano cuando nunca hemos tenido problemas. ¿Quieres que lo haga? —preguntó sin ánimo de traicionar un principio básico para él: terminar como un caballero—. No me parece muy maduro por tu parte, menos mal que el joven soy yo.

—Oye… —dijo sonriendo, se tumbó con medio cuerpo encima del suyo—, no he querido hacerlo, pero he husmeado en tu móvil, te ha mandado varios mensajes.

—¿Seguro que no querías hacerlo? —preguntó apretándole las nalgas, cómodo y feliz por el carácter posesivo que compartían—. Soy

un santo, doctora. No me fijo en nadie más, no sé por qué te planteas sentir celos —comentó, sonriendo, le besó los labios—, pero me gusta que estés celosa, me pones muy cachondo.

—Sé que eres bastante correcto —dijo por no aumentar más su ego —, pero eres demasiado guapo. Llevas escrito en la frente la palabra sexo.

Jack soltó una carcajada.

—Cariño, no tienes ni idea de lo que es la belleza —dijo suficiente. Desabrochó los botones de la chaqueta de su pijama y se la quitó. Amasó con delirio sus pechos, altos, generosos y tiernos. Inclinó la cabeza hacia delante y lamió uno de sus pezones hasta que se contrajo petrificado, en ese momento, Jack sonrió vanidoso, levantó la vista y dijo—. Para mí esto es la perfección absoluta, Chris.

La doctora bajó los párpados. Se imaginó en un prado donde soplaba una suave brisa cálida, como si las manos de Jack no se movieran frenéticas trazando círculos al amoldarlas a sus pechos, y desplegó las alas para emprender el vuelo.

Christina abrió los ojos y peinó con los dedos el cabello rebelde de Jack, aunque no demoró quitarle la camiseta ni bajarle el pantalón. Necesitaba tenerlo llenándola. Toda la rígida virilidad de su joven y aplicado amante para ella, para colmarla elevándola del suelo en otro de aquellos viajes donde atravesaba un cielo despejado tan bello como las turquesas que posaba anhelantes en ella, empujando sin darle un segundo de aliento o acallando con feroces besos los sonidos inconexos precipitados a su boca al ver la distancia del mar desde las rachas ardientes que la hacían ganar altura.

—¡Jack!

El grito volvió más impetuoso a Jack hasta que tensionó todos los músculos y Christina sintió un chorro de esperma y su propio orgasmo atrapándolo.

Remolonearon en el sofá bajo la luz anaranjada de las llamas, satisfechos, pletóricos y agradecidos por tenerse, y mantuvieron una conversación susurrada, de esas en que prevalecen los sueños para compartir proyectos e ilusiones.

Pasado otro rato, Christina se levantó tambaleándose un poco. Se estabilizó y tiró de la mano de Jack. Recogieron sus ropas, cruzaron la habitación y subieron por la escalera, desnudos pero cómodos por la calefacción y el ejercicio.

Entraron en el dormitorio del niño sin hacer ruido para no despertarlo, parecía dormir plácidamente.

Antes de meterse en la cama, Jack dijo:

—Te amo, Chris. No tardes en hacer la mudanza.

Christina sonrió, mirándolo cambió a una postura más invasiva, con sus piernas entre las de él, y acarició su pecho.

—¿Te parece bien a mediados de noviembre? —preguntó, le besó el cuello y dejó un rastro demasiado seductor cerca de sus labios—. Tengo que hablar con mi casera.

—Me parece perfecto, cariño.

Jack trató de sonar normal aunque se le escapó un leve gemido, como una especie de ronroneo placentero al sentir la mano elegante de Christina buscando su miembro en un lento descenso, lánguido y excitante. Tanto, que se imaginó durante los próximos minutos y no contuvo la impaciencia por sumergirse otra vez en la belleza. Esa que lo provocaba sin ser consciente de que para él ya no existían más mujeres en el mundo. Podía haber sido un donjuán, pudo haberlas usado a su antojo, pero ni se planteó ser infiel a Cora y ni se lo planteaba con ella. Del mismo modo, exigía. Y, del mismo modo que Christina confió en él, confiaría en ella pese a las malas intenciones que intuyó en Graham. A quien deseaba un matrimonio feliz y, sobre todo, rápido, contando con que distraído se olvidaría de su bella escocesa. Mientras el ansiado día llegaba, volvió a amarla. Derrochó ternura y palabras cariñosas que cambió por otras malsonantes solo porque sabía que la modosita oculta bajo ese cuerpo de infarto se perdía. Al contrario que él, hallado de nuevo a su lado.

DIECISÉIS

San Juan de Terranova, 3-11-13

Terranova y Labrador, Canadá

El gótico de la catedral no pasaba del siglo XIX, pero era bonito y etéreo como debía. El coro iluminado por las estrechas y elevadas cristaleras de colores, la planta formando una cruz latina rodeada por esbeltos arcos, y la música del órgano con una melodía alegre para contrarrestar el llanto sorpresivo de Isabella cuando sintió el chorro de agua templada en la cabeza justo un año después de celebrar a unos metros de allí la boda de sus padres. Todo fueron pequeños retazos para conformar los recuerdos que tanto Gabriel como Claire atesorarían para siempre de aquel primer domingo de noviembre.

En el amplio y alto salón de Boreal Róis, repartidas estratégicamente encima de mesitas y aparadores de madera maciza encerada, había decenas de bandejas con las delicias de Ethel para la celebración del bautizo y aniversario. Quisieron una reunión familiar donde incluyeron a un selecto grupo de buenos amigos. No faltaron compañeros del banco, como William, Jim y Robert, con su mujer e hijos; tampoco dos alumnos de la escuela de arte muy queridos por Claire, Gina y Bastien, en el dulce albor de una relación sentimental, y Virginia Rodhein; la doctora Mills, que conversaba animada con Christina; ni, por supuesto, Ethel con Mike y sus hijos y Eloise con su marido.

Alexei, que no estaba acostumbrado a compartir la atención de su bisnieta ni a ver la casa abarrotada de personas, salió al jardín donde el sol tibio del mediodía suavizaba el aire fresco; aunque para un ruso como él eso no podía considerarse frío, y encontró a John, de espaldas observando la ciudad gracias a la vista que ofrecía la elevación del terreno.

—¿Cómo estás? —preguntó Alexei. Se habían conocido un par de días atrás y, de momento, podía decirse que congeniaban—. ¿Te agobia la gente?

—No, qué va —respondió John, le dio un sorbo al vino que tenía en una copa de cristal tallado y añadió—: Descanso un poco del ruido. Me gusta la tranquilidad que se respira aquí.

—Tengo entendido que viviste un tiempo en Nueva York, yo no lo

soportaría.

—No, he viajado mucho allí, pero siempre en Quebec. Supongo que te refieres a Elizabeth. Cuando nos divorciamos se fue allí a vivir. Ha estado muchos años, hasta que tuve el accidente.

—Es posible. —Alexei asintió despacio, sin tener claro qué les había sucedido. Para él, un acérrimo defensor de la intimidad, era fundamental respetar la de los demás y ni era curioso ni había escuchado a nadie mencionar nada que pudiera ayudarle a completar el puzle de otras personas que se cruzaban en su vida, con las que compartía el honor de una herencia, ese día, más presente que nunca —. Son muchos datos nuevos para un viejo como yo —dijo bromeando —, entonces… el padrino es el pequeño ¿no?

—Sí, Jack, el padre de mi nieto.

—A ese rubiales sí lo tengo bien ubicado —comentó Alexei sonriendo, recordando tanto el padre como al niño, también, en plan rayo, llegó a su mente otra persona, de esas que en una época lejana sirvieron a su inspiración para crear algunas de las esculturas que se verían en Essex—. Y a la morena soy incapaz de quitarle los ojos de encima. Madre mía, ¡qué pena no tener cuarenta años menos!

John soltó una carcajada.

—Sí, es muy guapa —comentó feliz, orgulloso de Jack y de que un artista acostumbrado a trajinar con la belleza admirase a Christina, por quien sentía un cariño enorme—, y es buena persona. Me gusta cómo trata a mi nieto, y Jack no podía haber tenido más suerte. Pero te diré algo… —John bebió y habló confiado—, no la cambiaría por Elizabeth.

—No creo que tu hijo te deje —dijo con ironía—. También es una mujer hermosa. Realmente estamos rodeados de bellas mujeres, es un placer para un adicto a la contemplación como yo.

—Y para cualquier hombre, Liosha —dijo John. Otro impulsivo con ojos rapaces para detectar féminas, aunque se guardaba de hacerlo cuando Elizabeth estaba con él. Con una sonrisa cómplice, comentó—. Hoy estarás contento. Menuda sorpresa con el nombre completo de la niña.

—Mucho, no lo esperaba —dijo ante la mención de Irina Isabella Drake Merritt-Barinov. Así se apellidarían sus bisnietos tras la unión legal que Claire realizó antes de que la niña naciera—. Es un detalle muy bonito.

Mientras hablaban, una de las puertas del salón se abrió y salió *Shu*, al instante, Christina, para seguir con la llamada de Graham. Por el tono prometía discusión y quiso evitar la suspicacia de Jack. Les saludó levantando la mano y se dirigió al otro extremo del jardín.

—Deja de decir estupideces —siseó Christina—, nos han invitado a un bautizo, estamos en Canadá. ¡No me he llevado a la niña sin tu consentimiento a ningún sitio!

—¡¿Cómo que no?! ¡No puedes sacarla de Quebec! ¿Estás en Quebec? —preguntó con ironía—. ¡No! ¡¿Quién miente, *gràdh*?!

—¡Haz lo que te dé la gana! —Escucharlo, consciente de que era un egoísta por naturaleza, y sabiendo que esa enorme «preocupación por Ari» tenía que ver con Jack, cuando iba a casarse con otra, a la que le había faltado tiempo por embarazar, para Christina fue indecente. Por más que intentó no seguirle el juego, terminó cayendo para reventar sin tener en cuenta dónde y con quiénes estaba—. Es curioso que ahora estés tan preocupado por su felicidad ¡¿No crees, Graham?!

—Aunque no me creas, siempre me he preocupado por las dos, Chris —dijo sonriendo, imaginando su boca inflamada con furia y disfrutando de esos minutos de insignificante atención, aun siendo negativa. Se alimentaba con esas llamadas, adrede calentaba los ánimos para fastidiarle el idilio con un novio que estaba resultando más molesto de lo esperado. Jamás reconocería que iba a ser padre de nuevo contra su voluntad ni que ninguna mujer, por muchas que buscara, ocuparía su sitio. Era mezquino y por días sus ideas se retorcían, en cambio, saber que todavía podía causarle alguna emoción lo animaba para declararle un amor eterno—. *Tha gaol agam ort, mo gràdh.*

—No vuelvas a llamarme así, nunca más. Olvídame, vive tu vida y borra que alguna vez tuvimos algo en común —dijo alto y claro—. No te atrevas a insinuar con palabras que me quieres. ¡Tú no quieres a nadie! ¡A nadie, Graham! —Christina ya no podía soportar más estupideces, no debía consentirlo. Aunque, por aquello de estar en casa ajena, debió mirar hacia la puerta antes de continuar, algo que no hizo; detalle que, de haber tenido en cuenta, le habría permitido ver a Elizabeth con Ari de la mano—. ¡¿Le has dicho a tu hija por qué no puedes verla?! —Christina sacudió la cabeza—. ¿Sabes acaso qué es querer a alguien?

—¡*Tha*! —gritó ofendido. Por supuesto que sabía amar, a ella—. ¡*Tha mi gur ionndrainn*!

—Yo no —dijo más calmada. No echaba de menos estar casada con él. En cuanto vio a la niña con Elizabeth, bajó la voz para tratar de hacerse entender sin nervios—. Amo a Jack, es diferente a la relación que tú y yo mantuvimos, y es lo quiero porque soy feliz, Graham. Déjame tranquila, intenta ser feliz y no busques enfrentamientos que nos fortalecen y te hacen quedar como un cabrón cuando antes no

eras así. —Christina suspiró—. Lo siento, Graham, pero es hora de que reconozcas que lo nuestro terminó hace algunos años.

—No puedo, Chris —habló serio—, nadie podrá sustituirte.

—No me sustituyas, no me busques en otras —dijo con tristeza, hizo una pausa—, creo que es mejor que lo dejemos aquí. Intenta no fallarle más a Ari, por favor.

—Nunca le he fallado a mi hija —comentó con soberbia—. *Tioraidh*, Chris.

—Lo que tú digas —admitió resignada—, *tioraidh*, Graham.

Mientras, Jack había subido al dormitorio para cambiar a Cordey, desoyendo el ofrecimiento de Eloise. Antes de salir se asomó con el niño en brazos al ventanal y vio a Christina, sola, jugueteando con la perra. El imprevisto sonido del móvil rompió un silencio agradable y evaporó la espesa incertidumbre que no se iría hasta que llegara el ansiado quince de noviembre.

—Hola, Sofía, tenía pendiente llamarte. Estoy muy liado.

—Me lo había imaginado —dijo despreocupada—. ¿Vamos a vernos o no? Estaré en Quebec hasta mañana.

—No —comentó, mirando el jardín. En ese momento, Christina ya no estaba con sus padres y Alexei. Dado que no tenía intención de verla y que iban a estar en Terranova varios días más, no creyó necesario darle explicaciones—. Estoy de vacaciones con mi familia.

—Vaya… qué putada —dijo decepcionada por la noche que se perdía—. A ver si la próxima vez tengo más suerte. También podrías venir algún viernes a Montreal, suelo hacer escalas de doce horas.

—Tenemos que vernos —dijo Jack con el propósito de charlar un rato con ella y de paso contarle cara a cara su nuevo proyecto personal, sin la remota intención de alentar la desconfianza de Christina, que entró en el dormitorio y se quedó inmóvil al escucharlo —. Si puedo te llamo el jueves y quedamos.

—Estaré esperándote —replicó alegre—. *Ciao*, Jack.

Jack sacudió la cabeza sonriendo y se giró para salir, no para ver carbón ardiendo al rojo vivo. Frunció el ceño, andando hacia ella, comentó:

—No sé qué habrás oído —habló cauteloso—, pero no saques conclusiones, Chris.

—¿Para qué quieres verla? —preguntó con los brazos cruzados.

—Para aclararle que estoy contigo. No lo sabe, por eso me manda mensajes y me llama.

—¿Y a qué esperas para decírselo? —preguntó enfadada—. ¿A qué vivamos juntos?

—¿Qué coño te pasa? —preguntó harto de un tono beligerante—.

No quiero decírselo por teléfono.

—Por supuesto, siempre es mejor verla y si surge algo, pues mira, eso os lleváis los dos.

—No sé qué pretendes con esta discusión, pero estás tocándome mucho las narices cuando no eres tú quien tiene que aguantar al capullo de tu exmarido. Si prefiero hablar con ella en persona tomándonos unas cervezas y te jode porque vosotros sois incapaces de estar juntos, lo siento, Chris, pero es lo que hay.

—¿Me estás dando un ultimátum? ¿Estás diciéndome que piensas mantener una relación amistosa con todas las *Sofías* que has conocido? ¡¿Me estás diciendo eso, Jack?! —Christina, que todavía acusaba el cabreo con Graham, explotó otra vez—. ¡No voy a consentirlo! —Muy alterada, se plantó delante de él—. Que sepas una cosa, niñato, me hacía ilusión vivir contigo, pero acabas de fastidiarlo con tu chulería. Olvida la mudanza y, a partir del miércoles, olvídame también a mí. Con un cabrón en mi vida he tenido bastante.

—Escúchame bien —dijo Jack controlándose porque tenía al niño en brazos—. Te vas a venir a vivir conmigo y no pienso olvidarte ni a partir del miércoles ni nunca. Te quiero y me quieres. —Jack hiló las frases que quería decirle para terminar de una vez con esas intromisiones que a los dos herían—. Ni Sofía ni Graham van a conseguir separarnos. De ella estoy seguro porque no sabe nada de ti, y de tu exmarido porque no voy a permitírselo. —Jack negó con una sonrisa amarga, dolido por la alusión a su edad cuando no le daba motivos de inmadurez o irresponsabilidad—. Ah, y llámame como quieras, no me ofendes.

—Déjame un rato tranquila —dijo cansada, molesta por haber perdido los nervios con él. Abrió la puerta del baño y, antes de entrar, se dio la vuelta. Jack seguía parado en el centro de la habitación—. No quería insultarte.

Jack sonrió entornando los ojos, suspiró hondo y salió de vuelta al salón. Se integró con Claire cerca de la chimenea, tomando un ponche casero. Elizabeth desapareció con Cordey nada más verlo; Alexei y Léonore se distraían sentados en otro sofá con Isabella; las niñas jugaban con la perra; y los pocos invitados que quedaban charlaban con Gabriel, Sean y John entre el distribuidor de la escalera y el largo vestíbulo.

—¿Estás contento? —preguntó Claire, hablando de la fotografía de Cora—. Has tenido mucha suerte. Das con otro y habría intentado sacar una buena tajada.

—A lo mejor es que tu obra no está tan revalorizada como creías.

—Qué simpático —dijo Claire, dándole un guantazo cariñoso en el

brazo—. ¿Dónde piensas colgarla?

—En la habitación de Cordey —respondió Jack, pese a que ya no tenía tan clara esa ubicación, no sabía qué opinaría Christina al ver a diario la imagen de Cora—, pero todavía no lo he decidido. Por cierto, menudo escándalo con MaiSa ¿no?

—Sí, de los gordos —comentó Claire, pensando en la denuncia que la aseguradora de Janssen había interpuesto unos días después de la firma con los nuevos propietarios—. Pero sabían al adquirirla que asumían cualquier imprevisto. Les interesaba hacer la compra con la exposición de Janssen en marcha, para lo bueno y para lo malo. Tu hermano no incluyó al personal y ellos aceptaron seguir con Zanelli. Mírale el aspecto positivo, en menos de un mes se han dado cuenta de qué pie cojea.

—¿No ibas a exponer en diciembre?

—De entrada, sí; pero, como ahora mismo la relación está un poco tensa, esperaré al informe pericial, si Zanelli es el responsable del daño a los lienzos para rebajar los precios, dudo que me quieran para clausurar la temporada; aunque, si te digo la verdad, me da igual, Jack —comentó moviendo los hombros, bebió un buen sorbo y, haciendo un gesto de fastidio, añadió—: Es una lástima porque desprestigia a la galería, pero no voy a preocuparme. Seguramente Gabriel lo dejará en manos de Sean y ahora que hemos iniciado el proyecto de Essex es mejor no llevar demasiadas cosas para adelante.

—No paras, cuñada —dijo Jack, fijándose en Christina. Acababa de llegar al salón, se entretuvo hablando con Elizabeth y cogió risueña a Cordey en brazos—. Me alegro de que estés haciendo lo que quieres, es lo suyo.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes en el horizonte próximo?

—Vivir con Christina y los niños, no pido más.

—¿No te gustaría casarte con ella?

—No —dijo indiferente—, no es algo imprescindible para mí y no creo que Christina esté por la labor. Se lleva con su ex como el perro y el gato.

Christina tenía el radar puesto es esa conversación y se molestó al escucharlo hablar de ella, no solo por airear su relación inestable con Graham, sino también por la rapidez en negar un posible matrimonio cuando sería la situación a la que aspiraba para la nueva familia que se acercaba a su mente con la misma rapidez que se alejaba.

Por la noche, Christina acostó a Ari en el dormitorio que compartía con Ophie y se encargó de Cordey, que dormía con ellos en una cuna

de viaje. Luego, no regresó al salón. No tenía ganas de diversión ni de bromas tras una tarde extraña donde creyó haber cerrado un capítulo para comenzar otro y donde vio a Jack sin prestarle ninguna atención, sin pensar en que se sentía un poco desplazada al tener solo confianza con Sean, Elaine y sus padres. No era tímida, sin embargo, habría deseado más apoyo de su novio, en vez de confirmarle que no pensaba casarse y que pretendía ver a sus amigas cuando se le antojara. Se preguntó si no sería un error mudarse con él, ¿estaba precipitándose? No tenía veinte años, no podía permitirse enamorarse para darse de cabeza contra otro muro.

Cuando se sirvió un vaso de whisky, se sentó en el sillón que había frente al precioso ventanal, de un color marfil elegante con una intrincada palillería, ajena al frío que allí dentro no se sentía pero podía intuirse en los cristales llenos de vaho y por la nieve copiosa que empezó a caer.

La frialdad, siempre presente en su vida, había sido un constante acompañamiento que buscó desde bien joven quizá para compensar el efecto que su físico causaba en los demás, para protegerse en su profesión o porque era lo único que había conocido en su casa y hasta estar con los Drake no tuvo la oportunidad de comparar. Por la razón que fuera, pese a la declaración de Jack, pese a todo, Christina no controlaba una depresión que empeoró con el alcohol.

No dudó en rellenarse el vaso dos veces más. Bebió sin respirar, de un trago, como buena escocesa. Luego, compadeciéndose, se rió de sí misma hasta sentirse patética. Cuando se levantó y perdió el equilibrio, tropezó con el escritorio y se clavó la esquina en el muslo.

Inclinada hacia delante se lo masajeó dolorida.

En ese instante, abrió Jack despacio la puerta, creyendo que estaría dormida, pero al verla con las mejillas de un sonrosado sospechoso, sonrió y se acercó sin rastro de tensión.

—¿Qué haces? —preguntó murmurando.

—Nada, me he dado un golpe —respondió molesta. No lo miró, entró en el baño y buscó en su neceser una crema anticoagulante para evitar tener un hematoma en un rato. Se desnudó, extendió suavemente la crema por el muslo y se puso el pijama. Salió y se tumbó en la cama ignorando a Jack, que todavía no había empezado a desnudarse—. Quiero apagar la luz —habló en un tono plano—. ¿Vas a tardar mucho?

—¿Por qué has estado bebiendo sola? —preguntó sorprendido en cuanto controló el nivel de la botella de whisky, recordando la intranquilidad que vivió con Cora por el alcohol, aunque la escocesa parecía tener más resistencia. Levantó la botella y negó con la cabeza

—. Joder, cariño, eres una esponja.

—¿Y qué? —Christina sonrió cínica—. ¿Tú has estado bebiendo té?

—No, pero no bebo a solas —comentó, sacándose por la cabeza el jersey negro de cuello alto. Se desabrochó los vaqueros, se quitó los calcetines y se metió en la cama solo con unos bóxers. Cuando apagó la luz, giró el cuerpo para quedar enfrentado a Christina—. Sé que estás enfadada y que pasas de mí, pero no me gusta que bebas sola. —Jack sonrió, le acarició la cara y dijo sosegado—, cuando uno bebe solo es porque tiene problemas, cariño, sé bien de qué hablo. Cuéntame por qué estás así. No creo que sea solo por la conversación de esta tarde.

—Se me han juntado muchas cosas —comentó esforzándose por no llorar, agachó la cabeza en su pecho y susurró—. Tengo sueño. *Oidhche mhath*, Jack.

A Jack no le convenció esa docilidad de su fiera, encendió la lamparita de su lado y le sujetó la barbilla, observando con seriedad las lágrimas tristes que recorrían salvajes su cara.

—Por favor, Christina —rogó preocupado—, me superas y ni siquiera sé el porqué. Te prometo que no quiero verte así. —Jack la apretó contra su cuerpo, tocando suavemente su espalda—, ¿de qué tienes miedo, mi amor?

—Cállate —dijo compungida, solo le faltaba escucharlo con palabras cariñosas. No quería oírlas para no desengañarse más. Si no creía en ellas, sufriría un poco menos, solo un poco, pero algo es menos que nada—. Abrázame, consuélame, pero no hables.

Durante unos minutos, respetó Jack ese deseo. Intuyendo quién podría ser su pareja disgustándola, preguntó:

—¿Has hablado con Graham?

—Sí —murmuró, respiró hondo y siguió—, había discutido con él antes de hablar contigo. Lo siento.

—¿Qué le pasa ahora?

Más relajada, Christina le contó una selección de la conversación, volviendo a la complicidad amigable que solían tener cuando lograba olvidar sus temores para disfrutar un presente inesperado; tan incierto algunas veces como esperanzador otras, sobre todo, si estaban solos y nadie interrumpía un amor claro con facilidad para enturbiarse.

—Perdóname por haberte llamado niñato, no puedo evitar los celos —dijo arrepentida—. Estaba enfadada, y si encima me das a entender que tendré que aguantar que hagas con tus amigas lo que quieras, no he podido evitarlo.

—No te he dicho eso, cariño —comentó paseando la mano por su costado—, te he dicho que quiero quedar con ella para hablar, porque

no me gusta contar ciertas cosas por teléfono. No va a pasar nada, y no vas a tener que aguantarme nada, al menos, nada relacionado con otras mujeres. —Jack le besó un hombro—. Estoy enamorado de ti, Chris, no se me ocurre buscar a nadie porque eres todo lo que necesito. Podré ser un cabrón muchas veces, no te lo discuto, pero no me ataques por ahí porque sé lo que quiero y es a ti.

Christina no pudo mirarlo a los ojos, si lo hacía volvería a llorar y prefería dejarse mimar a seguir triste. Aquel sosiego que Jack le trasmitió no podía venir de un *niñato*. Con él se sintió segura, bien arropada con una sólida protección. La misma que solo un hombre maduro sería capaz de ofrecerle para propiciar un sueño sereno donde el sol del Caribe bañó su piel, unas olas suaves mecieron su cabello mientras estaba tumbada en la arena y una brisa cálida enredó las ramas de las palmeras.

En otra noche agitada por una fría tormenta, Christina se recreó en el verano, en la sonrisa blanca de Jack cuando se acercó a ella andando por la orilla, y en lo feliz que fue al darle la mano para volver juntos sintiendo el agua en los pies, sin nada más en la cabeza que la gratificante paz de estar con la compañía deseada. Ese sueño solo sugería que debían encontrar la forma de compaginar sus vidas como fuera, pero se merecían la oportunidad de intentarlo.

En el dormitorio de la planta baja, Claire acostó a Isabella en la cuna bajo la atención incesante de Gabriel, que tumbado en la cama no se cansaba de mirarlas, de sonreír atontado ni de prestarle toda la ayuda que estaba en su mano, parecía ansioso por tener a la niña en brazos para arrullarla con dulzura.

Para corresponder con un anhelo similar aunque iría por otro camino, Claire pasó por delante de él y sacó de la cómoda un conjunto negro de lencería, cuidando de que no lo viera.

—Cariño, ahora vuelvo.

—¿Adónde vas? —preguntó, apretando el ceño—. Creía que estabas cansada.

Sin poder disimular bien la sonrisa pícara que asomaba en su rostro, no respondió y se encerró en el baño. Cuando logró meter sus pechos más voluminosos en la copa del sujetador, salió contoneando el cuerpo no privándose al provocarlo.

—¿Estoy bien? —preguntó seductora gateando por la cama, de forma que sus pezones asomaron sin que se diera cuenta—. Me aprieta un poco. —Claire inclinó la cabeza siguiendo la rápida elevación que disparó hacia arriba el edredón en el centro de Gabriel, abstraído en

sus pechos, y se llevó las manos a la espalda para liberarse de una tortura innecesaria, como haría en breve el Inquisidor enmudecido. Para incitarlo, se subió a horcajadas encima y le puso la miel en los labios; pero no dudó en retirarse cuando vio una mirada dilatada y su lengua a punto de rozarla—. ¿No vas a decirme nada?

—¿No te aprietan las braguitas? —Gabriel trató de sonar convincente, pero siempre moría con la risa contagiosa de su mujer. «¡Cuánto había cambiado desde que se conocieron!» pensó, agradeciendo aquel día desapacible en la cubierta de *Hibernia.* Gracias a un accidente tenía en sus brazos a una aurora boreal que iluminaba su camino a base de confianza y de un amor profundo como la fuerza del viento—. Te quiero, Claire Drake, tienes la habilidad de hacerme feliz.

—Tú a mí también. Hemos pasado un día maravilloso —comentó en un susurro, le besó los párpados y la nariz—. Me hace muchísima ilusión que venga tu familia a pasar la Navidad con nosotros, este año es muy especial para todos. Me gusta que estén aquí, la casa tiene vida, parece otra.

—Sí —dijo compartiendo inquietudes que solo querían salir en esos momentos íntimos—, a veces tengo la sensación de que cada mueble o cada objeto tiene su propia historia, oigo cómo cruje la madera, como si estuviera viva, es algo raro, pero solo me ocurre aquí.

—Los sonidos de Boreal Róis son famosos, cariño —dijo simpática, recorrió despacio su estómago y le besó el mentón—, como tus polvos…

Gabriel echó la cabeza hacia atrás y la observó apretando la frente, sonriendo:

—¿Ah, sí? —preguntó con burla, tiró del cuerpo de Claire y se tumbó encima de ella—. ¿Quieres uno ahora? —ronroneó con la cabeza entre sus pechos—. Para seguir incrementando mi fama…

Claire, que ya lo tenía sujeto por el cuello, le obligó a estirarse para pegar sus bocas con una prisa violenta que los llevó a rodar por la cama, inmersos en un deseo arrollador que los acabó tirando al suelo, otra vez muertos de risa, otra vez en esa habitación femenina que les descubrió el sexo.

Volvieron a tumbarse delante de la chimenea e hicieron el amor frente al fuego que Gabriel siempre atizaba. Y, otra vez, mientras la nieve movía el frío en el jardín, ellos se amaron bajo una manta, sin más luz que sombras blanquecinas ni otros sonidos que no fuesen suspiros o jadeos; no necesitaron más.

Al entrar en el taller, Gabriel se sacudió la nieve del abrigo y se quitó la bufanda buscando a Alexei con la mirada. Todo estaba ordenado. Si bien, se notaba la actividad por las herramientas sobre dos tableros en una mesa muy grande, un andamio con ruedas y un olor dulzón, aromático como la vainilla, incluso almendrado, con los matices leñosos de la madera recién cortada. Desafiando a su desarrollado sentido olfativo, no distinguió el tipo exacto; aunque solo dudaba entre roble, abedul o haya. De repente, Gabriel oyó un sonido fuerte y seco.

—Hola —saludó Alexei, abriendo el portón desde fuera—, échame una mano.

Ayudándole a cargar cuatro troncos de un diámetro estrecho, con una longitud no mayor de dos metros, y algunas raíces oscuras con un llamativo veteado, no pudo reprimir la curiosidad:

—¿De dónde has sacado esto?

—De Panamá, es caoba —respondió contento, feliz al tener otra vez una madera perfecta para tallar o para sacarle planchas, emparejarlas y crear *catedrales* con los picos elevados de las llamas doradas, cambiantes de dirección para dar movimiento a la parte oscura—. Esta es *Baywood*, solo se da en América Central. En Cuba tienen la mejor, pero no negocio con dictadores —comentó suficiente—. Es muy bonita, un poco dura para trabajarla, aunque compensa con calidad. Todavía tiene que llegar el alma. Cuando lo veas… —Alexei sonrió, imaginando la pieza clave de su proyecto—. Casi dos metros de diámetro y cinco de altura, es una creación sublime de la naturaleza; una lástima que no quede mucha —dijo con un gesto de disgusto—, pero como a los ricachones británicos del XVIII les gustó, la comercializaron sin pensar en que nada dura para siempre.

—Bueno, tú has conseguido la tuya —dijo Gabriel, dándole una palmada en el hombro, pensando en que la mole que aún debía recibir necesitaría de una grúa para transportarla—, no creo que hayas contribuido demasiado a la extinción de la especie.

—No creo, estos deben llevar talados por lo menos veinte años —dijo tranquilo, sonrió y comentó irónico—, tampoco soy Chippendale ni voy a hacer las estanterías de la Bodleian.

Gabriel cerró un ojo, procesando esa información.

—¿Para qué tienes ese andamio?¿Qué estás maquinando?

—Una cosilla —contestó evasivo, sin intención de decirle que Craig le ayudaría a desbastar las partes más grandes e inservibles de la nueva escultura y que luego él también usaría el andamio para sacar la obra que había diseñado. Preocupado por colocar la madera justo en el lugar que quería, exclamó—, ¡cómo pesan!

—¿Por eso me has llamado?

—Sí, necesito que poses durante un rato.

—¿No tengo bastante con tu nieta? —preguntó irónico—. Liosha, ¿por qué no te buscas a otro? Estoy hasta arriba de trabajo.

—Porque tienes una complexión parecida a la de mi hijo. Solo serán unas fotos y unas medidas.

—¿Es algo nuevo?

—Sí —respondió, empujando con fuerza un tronco, y añadió—: y será lo último, un homenaje a mi familia.

—Me has convencido —dijo sonriendo, pensando en que a Claire con seguridad le gustaría—. Qué todo sea por el arte.

—*Спасúбо.* —Con ese «spasíba» agradeció la admisión. Cogió un cuaderno, un metro de sastre bastante usado y se acercó a Gabriel—. ¿Te importaría desnudarte?

—Joder —exclamó resoplando—. ¿Tampoco voy a librarme contigo?

—Lo siento, pero no veo mi obra vestida con un traje italiano —comentó burlón. Pasados unos minutos, tomaba medidas de los contornos de Gabriel cuando volvió a hablar—. ¿Vas a denunciar a Zanelli?

—¿Te gustaría?

Alexei levantó la cabeza con un ojo entornado.

—Si es lo justo, sí. Es vergonzoso que se estropee una obra para cobrar del seguro y luego venderla rápido más barata. No creo que Marion hiciera ese tipo de chanchullos.

—Tampoco lo creo. Pero es frustrante que lo máximo que harán sea castigarlo a que reponga el valor del daño causado. Si Janssen fuese Picasso o Da Vinci la cosa sería diferente —comentó lleno de sarcasmo—. Tendremos que conformarnos con lo que dictamine un juez para Zanelli y con la conclusión temprana de su incursión en el arte, una pérdida irreparable.

—Un buitre menos —dijo con un gesto despectivo, anotó en la libreta y volvió a centrarse en Gabriel—. Pero el chaval… —soltó una risa—, tiene algo, es único.

—¿Janssen?

—Sí —asintió y cerró unos segundos los párpados, recordando al detalle sus cuadros—. Te roba la mirada, la seduce y la cautiva en confusión llena de colores rabiosos. Es la magia del arte, y para mí, él la tiene. Es una buena inversión para quienes buscan hacer negocio.

—Se lo diré a Jack —comentó, pensando en el *Untitled*, la única obra que salió de MaiSa con ellos para volver con su propietario—. Tiene uno arrumbado en su sótano.

—Por eso detesto que se vendan mis obras —dijo contrariado. Con el genio que le brotaba de manera impulsiva, espetó—. ¡¿Por qué priva a alguien de verlo?! ¡Cuando lo pille se va a enterar! —Alexei rezongó sobre Jack y Gabriel sonreía vistiéndose—. Me dio la impresión de que era un buen admirador del arte, ¡no suelo equivocarme! ¡*дерьмо*! —exclamó realmente enfadado. Contó con la nula comprensión de Gabriel, que no captó un «*der'mo*”o «mierda» grosero—. ¡Estoy envejeciendo!

Gabriel terminó de ponerse la bufanda de lana inglesa con cuadros escoceses y se despidió del ruso inconsciente de su edad. En cambio, no creyó dejar a un anciano como Claire veía, sino al intransigente, al radical que descubría y Léonore sabía manejar con sutileza. Esa que después se distinguía con claridad en sus trabajos.

Pensando en la última, la que homenajearía a los Barinov, llegó al Boreal y se perdió entre sus muros, calidez y aromas; todos y cada uno relajaban su espíritu, nunca alejado del fin del mundo; al contrario, el fin del mundo era su casa.

DIECISIETE

Nueva York, 28-11-13

Estados Unidos

La tienda donde compraba Jack unas láminas para las paredes del dormitorio estaba a poca distancia de su antiguo apartamento en TriBeCa y le gustaba por las rarezas que a veces había encontrado rebuscando. También, como disponía de tiempo tras acudir a una reunión en la sede del Scotia hasta que Christina terminase la jornada en el XIX Congreso de Pediatría que se celebraba allí, entró en una óptica para comprarse unas gafas de sol, gasto que podría haberse ahorrado si Ari no hubiese roto las que tenía mientras jugaba con Cordey.

Eligiendo entre varios modelos parecidos, todos con la montura de pasta oscura, cambiaba ligeramente la forma, recordó Jack las dos últimas semanas con la nueva compañía femenina que invadía su casa sin contemplaciones, las charlas absurdas y las carcajadas de unos momentos que a ninguno les había supuesto más adaptación que habituarse a sus presencias. Incluso pensó en el ofrecimiento de Sean y Elaine que al enterarse de ese viaje acogieron a Ari los tres días que duraba. Cordey se quedó con los abuelos. Todo bien sincronizado, tanto, que Ari se despidió de ellos emocionada. Hecho que alivió algo la ansiedad de Christina, ya que era una de las ponentes y le intimidaba hablar en público.

A buena hora para llegar a cenar, Jack se bajó de un taxi en la Avenida Ámsterdam sujetando bajo el brazo un paquete de gran volumen pero sin grosor, con intención de esperar a Christina en el ático, que se había convertido en hotel puntual de todos cuando visitaban Nueva York.

—¿Jack Drake? —preguntó una rubia que rondaría los cuarenta, elegante vistiendo un traje sastre oscuro, sonrió al acercarse—. ¿Eres tú?

—Soy yo —contestó Jack amable—, pero no sé quién eres tú.

—Nos conocimos una noche en un club, soy amiga de Lilian, Abby.

—Disculpa, no te he reconocido. Recuerdo aquella noche.

—¿Cómo te va? No hemos vuelto a coincidir.

—Bien, gracias —dijo sonriendo. Le parecía agradable. Cuando

Lilian se la presentó le causó buena impresión y en ese momento también—. Ahora vivo en Quebec. ¿Cómo estás?

Iniciaron una conversación ligera, donde Abby solo mencionó a Lilian para comentar de pasada su lamentable deterioro físico gracias a una obsesión enfermiza por ser joven eternamente. Amigables, en unos minutos se despidieron sin percatarse de la mirada negra que no se apartaba de ellos.

Al darse la vuelta, Jack se topó de frente con la soberbia escocesa y detectó veloz sus celos. Acortó la distancia que los separaba consciente de los ojos avizores del portero del edificio, más interesado en perseguirlos desde la recepción que en el periódico que tenía entre las manos.

—Hola, cariño —saludó Jack sin hacer el amago de más afecto que ese tono suave—. Te esperaba más tarde.

—Ya veo —dijo marcando una sonrisa breve e irónica.

Christina inclinó la cabeza al pasar por delante del portero, que disimulaba leyendo en el inmaculado vestíbulo, e ignoró a Jack esperando el ascensor. Una vez dentro de la cabina, Jack dejó el paquete en el suelo y se pegó a ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó meloso, sujeto a sus caderas.

—Estoy enfadada —respondió y alzó despacio la vista—, te lo advierto.

—Me da igual —dijo murmurando, le besó los labios y sonrió—. Si es por la rubia, no deberías, y si es porque te ha ido mal en el congreso, estoy seguro de que no habrá sido para tanto.

—Tienes mucha fe en mí —replicó seca, entornando los ojos.

—Parece que más que tú en mí —dijo despreocupado, volvió a agarrar el paquete y le cedió el paso cuando llegaron a la última planta. Por tener las cosas claras para la clausura del evento al que asistirían esa noche, preguntó—. ¿A qué hora es la cena?

—A las ocho —respondió sin ganas de seguir enfadada.

Era absurdo ir sintiendo celos de cualquier mujer que estuviera cerca de él, como persona racional, Christina lo admitía; en cambio, no podía evitarlos. No tenía claro qué podía influir en esos arrebatos. Tal vez el deseo mal camuflado que percibía en las mujeres, o la inseguridad que le causaba dar un paso en falso de ese calibre a su edad. O, tal vez, incluso no haber tenido nunca amigos del sexo opuesto, ya que, exceptuando a Angus y tampoco apostaba el cuello por él, en sus relaciones con los varones siempre primaron fútiles intentonas por seducirla y su experiencia era tan limitada que nadie la creería. Reflexionando en que Jack tenía razón al pensar que de los dos era el más maduro, se metió en el cuarto de baño necesitando la

soledad para despejarse.

La meditación y la ducha repararon su ánimo. Tanto, que se atrevió a ponerse uno de los tres vestidos largos que había traído; precisamente el que menos posibilidades tenía cuando lo eligió. Se puso unos rulos en la melena mientras se maquillaba despacio, por aquello de la falta de costumbre, y fue ganando confianza conforme veía su imagen sofisticada.

Más tarde, Jack olvidó la facultad del habla. Entendió de inmediato que debía tomarse la noche con filosofía o el vestido beige pálido de su novia, que insinuaba con brillo y dejadez todo su cuerpo, se convertiría en una maldición.

Entraron en el lujoso hotel captando todo tipo de miradas atrapadas sin disimulo. Jack sonrió a la hermosa criatura que se aferraba temblando a su brazo sin comprender su pudor. En cambio, el pensamiento de ella andaba por otro derrotero más trascendental al ver a Graham con la jefa de enfermería, una morena de treinta años, con un embarazo alrededor de los seis meses, más adelantado de lo que imaginaba. En ese instante esclarecedor, Christina se dio cuenta de que el sufrimiento por lo mal que lo había pasado con él ya no estaba. Andando junto a Jack, imponente vistiendo un traje oscuro con una camisa blanca y la corbata rayada en tonos grises, con el rostro bien afeitado y las gafas de pasta negra que le añadían carisma, creyó resurgir volando unas cumbres altas y arrogantes. Se armó de seguridad y no le importó ser el centro de atención; se sintió a gusto consigo misma.

Admitió de buen grado que Jack retirase su silla con galantería para acomodarla en la mesa y disfrutaron intensamente el tiempo que estuvieron hablando con los comensales que les acompañaban al cenar. La conversación fue amena y estuvo plagada de ideas reveladoras que azuzaron imaginaciones a veces utópicas y otras de una brillantez temeraria o un realismo increíble.

Luego, deambularon con unas copas de champán en la mano. En un corrillo con varios excompañeros del Monte Sinaí rememoraban algunas anécdotas cuando Jack se disculpó para ir al servicio. La doctora siguió distraída hasta que la novia de Graham se incluyó entre ellos. Intentó no hacerle caso, convenciéndose de que tenía suerte de no verla a menudo. No se tragaron desde que empezó en el hospital con él, claramente, por los motivos que la enfermera no tardó en perseguir. Estaba mal que lo pensara, pero disfrutó al saber que gracias a ese empeño por atrapar al que había sido su marido tenía a

Jack cuando ella debería conformarse con la sombra de un gran médico, un hombre mediocre y un padre pésimo. Ese que la sujetó disimuladamente del codo y la apartó ignorando por completo a su novia.

—¿Con quién has dejado a Ari?

—¿Cómo? —preguntó con rabia—. ¿Ahora vas a pedirme explicaciones cada vez que me mueva? Estoy en un acto laboral, por si no lo has notado. Déjate de estupideces, Graham, te lo dije cuando estuvimos en Terranova y no me apetece tener que repetírtelo cada vez que hablemos o nos veamos. Los dos tenemos nuestras profesiones, obligaciones laborales y a Ari. No voy a recordarte las horas que pasas con ella todos los meses. Será preferible obviar ese tema, ¿no crees?

—Sabes que no puedo verla porque estáis muy lejos —dijo con docilidad—. Si estuvieseis aquí las cosas serían diferentes.

—Graham, basta —espetó harta—, esto es de locos. Me fui porque era la única manera de olvidarte. No te has acordado de nosotras nada más que cuando has dejado tirada a tu hija. ¿Qué pretendes? —preguntó, viendo a Jack entrar de nuevo en el salón—. Estás con tu prometida, yo estoy con mi pareja, ¿crees que esto tiene lógica?

—El amor no la tiene, *gràdh*.

—Te dije bien claro que no me llamaras así —dijo calmando sus nervios—. Céntrate en Ari, tiene la función de Navidad el veinte, cae en viernes, sé tan buen padre como dices ser y no te la pierdas. En cuanto a mí, ya no tienes nada que hacer.

Esbozó una sonrisa cuando las turquesas descaradas de su chico la miraron, molestando a Graham, que no se dignó en saludarlo. Ignorándolo, Jack se dirigió decidido hasta ellos, entrelazó los dedos con los suyos y la apartó del escocés.

Para Christina, Jack era un estupendo acompañante, no solo por su físico, que, esa noche, al llevar el rostro despejado daba cuenta de los años que los separaban, sino porque se percibía curtido en actos sociales; parecía cómodo y sabía mantener conversaciones intrascendentes solo siendo educado.

El corrillo donde se pararon atrajo otra vez a la enfermera. Y con ella llegó el ostracismo para Christina hasta que se animó con sus compañeros y Jack.

La doctora se divirtió sin mirarla ni una sola vez. Con ayuda de la sensualidad que podía destilar con un esfuerzo leve, brilló para deleite de los hombres que le reían las gracias. Graham, que conversaba a unos metros de ellos con la mente trabajando a destajo entre tecnicismos y palabras obscenas, se excusó y también se acercó a ese

grupo. Sigiloso se colocó detrás de la enfermera y atendió mientras Christina hablaba risueña, no perdió detalle de su mano sujeta a la de Jack.

—Es una lástima que te hayas ido —comentó uno de los médicos que sufrió con ella la etapa del hospital que acababa de mencionar, tan agobiante como enriquecedora para jóvenes como él—, hemos pasado unos ratos muy buenos.

—Sí. —Graham sonó grave, miró a Christina y añadió—: excelentes, los mejores, sin duda.

—Todo tiene su momento —dijo la doctora—, a veces no te das cuenta de valorar las cosas hasta que las pierdes, otras, las valoras antes de tenerlas, pero opino que lo mejor está por llegar.

—Eso siempre, Christina —dijo la enfermera esbozando una sonrisa falsa, miró de reojo a Jack—. ¿También eres médico?

—No —respondió ignorando adrede la pose chulesca del escocés—. Trabajo en la banca, en el Scotia.

—Ya decía yo —comentó socarrona—, los médicos suelen estar bien… —Rió ajena a la rigidez de las manos que Graham tenía apoyadas en sus caderas—, pero no tanto. ¿De dónde eres? Pareces italiano o español.

—De Canadá, y no eres la primera en decírmelo —comentó amable, bebió sonriendo—, será por ser moreno.

—Sí, debe ser por el contraste de tus ojos con el cabello.

Graham, cansado de esa atención, dijo:

—La belleza es efímera, aunque es comprensible que a las mujeres os gusten los chicos jóvenes. Es una forma de distracción como otra.

—Me sorprendes, doctor McCoy —dijo Jack rápido, sonrió—, he conocido a mujeres muy guapas y el tiempo ha mejorado en todas su belleza. Tengo el placer de ver a diario a Christina, que, sin menospreciar a nadie… —Jack miró un segundo a la enfermera, luego a Graham, el resto se limitaba a guardar un silencio incómodo—, es la mujer más hermosa que he visto nunca y tú, más que nadie, deberías reconocer que con los años ha mejorado, no sé… —comentó con un brillo burlón en los ojos—, la conociste el primero…

—Por supuesto —dijo frío—, ha sido y es una mujer preciosa.

Jack inclinó levemente la cabeza. Pasaron varios minutos hasta dispersarse, y dos horas más hasta despedirse. Cuando Jack llevaba de la mano a Christina hacia la salida, pilló a Graham mirándolos. Tocó posesivo el culo de su novia, le guiñó un ojo al espía malhumorado y levantó los dedos índice y corazón de la mano derecha. ¿Victoria? ¿Paz? ¿O la plata de un segundo puesto? Las tres opciones que pudo interpretar le valían. Era él quien la tenía, quien no quería

enfrentamientos y quien valoraba el brillo estiloso de un metal menos clásico que el oro. Iba a disfrutar de su novia por mucho veneno que nadie escupiera, y para el que usaba el escocés ya tenía antídoto: recordarle hasta el desaliento el error que había cometido al dejarla. La enfermera era una mujer atractiva pese a estar algo hinchada por el embarazo, pero no podía compararse una obra maestra con una imitación salida de fábrica. Así definía a Christina y, al parecer, así debía verla todavía su exmarido; aunque se equivocaba si creía que él sería un espectador en su show.

En San Juan de Terranova, mientras Gabriel estaba en el banco y Alexei seguía perdido en el taller, Léonore acudió puntual a la reunión en Boreal Róis con Claire y Daniel Larson. No podía decirse que el ruso no se interesara por la fundación, más bien fue una cuestión de prioridades para él. Engullido en el proceso creativo de la nueva escultura, claramente, relegó la remodelación de Essex a un segundo plano sin tener en cuenta el detalle del arquitecto al desplazarse hasta allí solo por ese motivo.

Extendidos los planos en la gran mesa de roble del despacho-biblioteca, el arquitecto les presentó la adaptación, pensada para satisfacer los servicios requeridos en cuanto a espacios, iluminación o la seguridad que tanto Claire como Léonore exigían. También observaron los cambios en las fachadas del edificio, que abogaban por recuperar el esplendor antiguo de la mansión y en dotar el acceso de la grandiosidad que Alexei pidió para albergar su última obra. Larson escuchó atento las dimensiones excesivas que Léonore enumeró.

—Señora Bouchaud —dijo Larson incrédulo—, ¿está segura?

Claire alternó la mirada entre ellos.

—*Oui*, Daniel, totalmente —afirmó. Era la única persona a quien Alexei permitía la entrada en el taller; la única que había contemplado la envergadura de la escultura; estaba convencida, y las medidas del vestíbulo que examinaban serían insuficientes—. No sé cómo, pero tienes que hacerlo.

El arquitecto se mordió el interior del labio inferior.

—No tenemos más altura —dijo meneando la cabeza—, ¿no puede hacerla más pequeña?

Claire abrió los ojos de par en par y negó vehemente con la cabeza, en silencio, igual que Léonore.

—Daniel —dijo Léonore con una sonrisa piadosa—, es más fácil demoler la casa que Alexei modifique nada de su obra, y menos de esa. ¿Por qué no intentas cambiar el techo solo ahí?

—Vamos a reforzar la estructura, no a quitarla —explicó asombrado—. No sé si recuerda, señora Bouchaud, que hay otra planta por encima, luego está la cubierta…

Viendo el agobio del arquitecto, Claire intervino.

—¿No se podría formar un hueco en esa zona y cubrirlo por ejemplo con algo traslúcido? —preguntó—. La luz sería espectacular, y si además pudiera abrirse…

—Me gusta —afirmó Léonore ajena a la cara espantada de Larson —. También facilitaría el trabajo de la grúa.

—¿Grúa? —preguntó Larson arrugando la frente, creyendo no haberla entendido por su marcado acento francés.

—¿Cómo si no podrían moverse nueve toneladas de peso?

Claire bajó la vista para evitar que Daniel observara la compasión en sus ojos.

—Está bien. —El arquitecto habló tras unos segundos donde asumió el reto. Si Alexei Barinov no estaba dispuesto a ceder ni un milímetro, él tampoco cejaría hasta darle su preciado espacio diáfano. Competirían entre ellos. Arquitectura contra Escultura—. Ya se me ocurrirá algo.

—Estupendo —dijo Léonore—. Es cuanto quería oír. ¿Continuamos?

Pasaron otro rato con el resto de las estancias, que mantendrían la sencillez respetando los muros y suelos. Vieron el ala de la parte privada de la mansión, donde Larson tenía carta blanca. En esa zona íntima podía explayarse con el diseño, sin límites, tal y como Claire y Gabriel le pidieron. Ambos admiraban el trabajo hecho allí mismo y confiaban plenamente en su criterio.

Eloise interrumpió la reunión con Isabella en brazos y Claire se despidió del arquitecto para satisfacer su apetito, parecido al del Inquisidor a escala lactante.

Dándole el pecho sentada en la mecedora de la habitación infantil, le acarició la sonrosada piel de la cara. La niña no dejó de succionar su pezón, pero abrió los ojos y la miró. Claire sonrió pendiente al magnetismo de la plata líquida rodeada por unas espesas pestañas oscuras. Era su madre y no podía ser objetiva, aunque reconocía la belleza y, hasta ese momento, Isabella rozaba la perfección; no solo por una cara bonita, en todos los aspectos. Crecía sana, una bendición; tenía un carácter sosegado, una suerte; y los tenía rendidos, un placer inmenso.

—Me voy también —dijo Léonore entrando poco después. Se acercó y le faltó tiempo para sostenerla en brazos al comprobar que había terminado—. ¿*Comment est ma petite poupée*?

—Tu pequeña muñeca está estupenda —dijo Gabriel desde la puerta. Entró sonriente y besó a Claire en los labios—. Acabo de ver a Daniel, ¿cómo ha ido?

—Bueno… —Claire rió mirando a Léonore, que tampoco ocultó una expresión divertida—. Ha tenido un momento de pánico con el vestíbulo.

—Eso es bueno —comentó Gabriel—, será un desafío para él.

—Para todos —agregó Léonore, entregó su dulce carga a Gabriel—. Hasta que se termine la obra y esté todo en su sitio no nos quedaremos tranquilos —comentó yendo hacia la puerta. De pronto recordó la noticia que leyó esa mañana en Internet, una herramienta sin secretos para ella, básica para gestionar la fundación de Pierre en Francia, y preguntó enfocada en Gabriel—. ¿Qué te parece la sentencia de Zanelli?

—Bien —respondió. Un juez neoyorquino había condenado al italiano a pagar una multa que ascendía a más de un millón de dólares. El tribunal recogió la petición del fiscal y lo encontró culpable del delito de estafa ya que hubo intencionalidad al dañar los cuadros para engañar y lucrarse—. Aunque no sé de dónde va a sacar el dinero para indemnizar a Janssen y a la aseguradora. Nosotros compensamos el robo a Marion con su sueldo, pero esta gente no sé qué podría hacer para cobrar.

—Me dan pena los cuadros —comentó Claire—. Janssen debe estar cabreadísimo.

—Como tu abuelo —dijo Gabriel, palmeó con ternura la espalda de la niña hasta que eructó—. A Jack se la tiene jurada.

Léonore sonrió, pensando en que la lista negra de Alexei aumentaba con ritmo. No podía evitarlo, nació con genio y moriría con él. Y a esas alturas era reconfortante comprobar que lo tenía intacto. Eso indicaba que todavía su salud y su espíritu le acompañaban. Y, por supuesto, mientras tuviera aliento también ella seguiría a su lado.

El mes de diciembre avanzó hasta convertir las calles en blancas alfombras por donde se veía un rastro nulo de transeúntes en la perfección de una superficie lisa que los vecinos de los barrios residenciales, como el de Jack, apilaban en montones a los lados de los caminos desde la carretera a sus casas. Era una tarea diaria. Igual que recoger la cocina quien no cocinaba, esa noche, Christina volvía a tener el honor.

Jack bajó de los dormitorios después de acostar a los niños y se

sentó en el sofá con el mando de la televisión en la mano. Se ensimismó en un partido de hockey sin notar que Christina le tendía un chupito de whisky.

—Vaya… —dijo sentándose con él, subió las piernas y las estiró—. Voy a tener que esforzarme más con las comidas, tienes más tiempo libre que yo.

—No, lo tengo después —comentó, echándole el brazo por el hombro—, pero puedes cocinar cuando quieras, no se te da mal.

—Tú lo haces mejor —dijo condescendiente. Bebió mirando la televisión aunque pensaba en un tema más estimulante para ella—. He estado buscando billetes y he visto unos para el veintidós que nos vendrían estupendos.

—¿Cuándo volveríamos? —preguntó interesado.

—El dos de enero —respondió seria, atenta al gesto de fastidio que hizo Jack—. Para ir menos de quince días no merece la pena. Además, siempre pasamos la Navidad con mis padres. ¿A qué viene esa cara?

—A que son muchos días. Creía que sería una semana como mucho. Joder, Chris, son todas las fiestas fuera. También me gustaría estar con mi familia.

—Es lo que tiene tener pareja —dijo con mala leche—, un año se va a casa de uno y el otro a la del otro, ¿no lo sabías?

—No me trates como si fuese gilipollas —dijo Jack incorporándose—, y si tanto te apetece ir a Escocia por mí no hay ningún problema. Eres tú la que se va.

—¡Claro! —exclamó, se levantó y habló delante de él, que la miraba con la cabeza inclinada hacia arriba, los ojos entornados y los labios fruncidos—. ¿Cómo me voy? —preguntó despegando las palabras lo justo—. Soy de allí, tengo allí a mi familia, es normal que vaya a verlos.

—Si somos pareja, también somos familia ¿no?

—Exacto…

Christina habló con una sonrisa irónica. Jack intuyó qué la provocaba.

—¿Vas a llamarme niñato, doctora?

—No —respondió rápido—. Ahora mismo creo que estúpido te define mejor.

—Me gusta —admitió con un brillo libidinoso en la mirada, desabrochó el pantalón de Christina y lo bajó con seguridad—, ya sabes cómo me pongo cuando te enfadas.

—¿Intentarás venir? —preguntó, acariciándole el cabello; ansiaba que conociera su pueblo, en invierno, cuando más le gustaba, y en unas fechas en las que no se veía sin él—. ¿Por mí…?

—Haría muchas cosas por ti, cariño —dijo Jack, se levantó y se quitó la parte de abajo del pijama—, voy a enseñarte una.

—La veo —susurró tendiéndose, abrió las piernas y lo dejó colarse en medio, sin oponer resistencia alguna, ni le servía ni desaprovechaba el deseo de su amante insaciable; aunque estuviera decepcionada por las próximas vacaciones. El presente, eso es lo que tenía y se fustigaría por apreciar. Tampoco era un sacrificio ceder a una pasión desmedida. De todos modos, no abandonó en su empeño. Cuando se relajaron, mientras recorría la tersura varonil de unos músculos en los brazos más definidos que semanas atrás, comentó—, prométeme al menos que lo intentarás, son nuestras primeras Navidades.

—No quiero discutir, Chris —dijo serio—, pero no contaba con estar tantos días fuera, ya no es solo por la familia, sino también por el trabajo, no suelo coger quince días en Navidad.

—Pues tendremos que estar separados —dijo volviendo a obstinarse—, supongo que nos lo pasaremos bien estando a nuestro aire.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cínico—. Porque estarás hablando por ti. No quiero empezar a darle vueltas a lo de siempre, cariño.

—Me parece que tú simplemente no quieres empezar nada —dijo con una sonrisa tristona, se levantó—, me voy a la cama.

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir? —preguntó explotando—. ¿Estás segura de lo que estás diciendo? —Jack no podía entender cómo pensaba así habiendo sido él quien más insistió en que vivieran juntos. Por supuesto, desconocía que la aspiración de Christina fuese formalizar su relación con un matrimonio que él no sopesaba creyendo que lo rechazaría. Esa falta de comunicación iba a generar más bruma durante aquel gélido último mes del año—. A veces no sé qué pensar.

Jack pasó por delante y, negando con la cabeza, subió la escalera a paso rápido. Cuando salió del dormitorio de Cordey, iba a echarle un vistazo a Ari, pero Christina estaba cerrando su puerta, adelantándose en una rutina que habitualmente si hacía uno no repetía el otro.

En unos minutos que transcurrieron lentos y oscuros, Christina trató de dormirse. No consiguió más que leves aturdimientos, poco reconfortantes cuando su cabeza estaba a punto de reventar. Encendió la lámpara de su mesita de noche y al momento volvió del cuarto de baño con un vaso de agua y una pastilla.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jack.

—Nada —respondió, se tomó la pastilla y un sorbo de agua—.

Tengo jaqueca.

—No me gusta que estemos enfadados, Chris, pero te juro que no sé qué esperas de mí. Tengo un trabajo, no puedo doblar turnos con nadie para acumular horas de descanso, y con los próximos tres días de San Juan completo todas mis vacaciones. No sé por qué te enfadas cuando ni siquiera me lo habías dicho. Siento haberte decepcionado, pero es lo que hay.

—No digas más «es lo que hay» ¿vale? —dijo cínica—. Ya sé qué hay. No me lo recuerdes, por favor.

—Lo siento —dijo desganado—, estoy contándote unos motivos razonables. No creo estar siendo egoísta; sin embargo, para mí, tú sí estás siéndolo.

—Ya —admitió, suspiró y apagó la luz—, será mejor que lo dejemos, pero me duele que puedas ir a Terranova para comer en Navidad con tu familia y no hayas hecho ni el intento por venir a Escocia.

—Quiero pasar la Navidad contigo, no te montes alguna de tus películas raras. A un sitio tardo en llegar dos horas y al otro es una odisea conseguirlo. Espero que lo comprendas, Chris, pero ahora mismo no puedo estar fuera esos días.

—No te preocupes —dijo tratando de sonar casual—, asumo que no puedo tenerlo todo.

—Si hablas solo de las vacaciones, sí —comentó Jack con la cabeza muy cerca de la suya—, será complicado que podamos coincidir, y si hablas de mí estás equivocada porque me tienes. No sé qué más quieres que haga. Te juro que no tenía intención de enamorarme, pero ha ocurrido, y tengo la suerte de que a ti te ha pasado lo mismo, vivimos juntos…

—Tienes razón —murmuró sensata pero abatida—, el próximo año nos organizaremos mejor.

—Claro —afirmó, le dio un beso en los labios—, duérmete, cariño.

Las treguas entre la lluvia y la nieve ocasionaban algunos embotellamientos en el tráfico que todo el mundo conocía, odiaba y no evitaba con tal de no andar congelados. Eso pensó Jack cuando dejó aquel sábado por la tarde a Cordey con Christina y salió de la casa con Ari para comprarle una corona en el Centro Comercial Laurier, indispensable para el disfraz que le había tocado vestir en un sorteo del colegio, en la fiesta navideña que se celebraría el viernes siguiente. No solo la traía de cabeza a ella, sino que también había conseguido involucrarlo con una invitación formal escrita en una

tarjeta que ella misma hizo. Tampoco se privaba en darle la paliza con unas charlas interminables, donde repasaba a todos sus compañeros, profesores y a cualquiera que se cruzara en su vida; no tenía fin. Aunque Christina intentaba frenar ese carácter sociable y parlanchín, Jack se divertía con ella y, en cuanto la ocasión era propicia, no escatimaba atenciones ni una tierna complicidad. La misma que la doctora sentía con «su gordito», más arraigada conforme más lo rozaba.

Sentada en el sofá del salón con él, veía una película mientras esperaba que Jack y Ari regresaran, creyendo que el retraso se debía a la parada que solían hacer en una pastelería francesa del casco viejo. De repente sonó el timbre. Christina se levantó con el niño en brazos, vio a una pareja mayor en la puerta y la abrió consciente de que estaba a punto de conocer a sus abuelos maternos.

—Hola, Cordey —saludó Angie Hosborn nada más ver al niño, que le echó los brazos alegre—, somos sus abuelos, los padres de Cora —explicó ante el mutismo de Victor, parecía petrificado—, supongo que eres la novia de Jack ¿no?

—Sí —afirmó con una sonrisa breve, le tendió la mano a Victor y añadió—, encantada de conocerlos, soy Christina.

—Igualmente —dijo Victor entre molesto y bloqueado—. ¿Podemos pasar un rato?

Christina asintió y, apelando a la cortesía, les indicó dónde sentarse en el salón sin dar muestras del nerviosismo violento que trataba de disimular sonriendo a Angie e ignorando la mirada concentrada de Victor en ella o en la casa, en ese momento no tan ordenada como los días laborables. Se notaba la presencia de los niños en los juguetes abandonados en el suelo, los lápices de colores o un cuaderno en la mesita pequeña.

—Voy a preparar café —dijo Christina—. ¿Les apetece uno?

—Sí, por favor —contestó Angie—. Los dos.

Christina advirtió la voluntad de la mujer por aliviar una situación que tampoco debía ser agradable para ellos. Apenas sabía más que la relación con Jack nunca había sido buena, pero comprendía que si estaban allí, cuando lo normal era que viesen a Cordey en la casa de los otros abuelos, sería porque realmente querían al niño y por él todos debían esforzarse. Poco después, llevó un servicio de café bien presentado en una bandeja, que dejó en la mesita de madera, sonriendo amable.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Angie, dejó a Cordey en el regazo de Victor, que sonrió contento por primera vez desde que llegaron, y se levantó para servir su café y el de él.

—Soy la pediatra de Cordey, trabajo en el Laval.

—Qué suerte —dijo gratamente sorprendida, colocó una taza delante de su marido y se sentó de nuevo—. ¿De dónde eres? Por tu acento diría que irlandesa.

—Casi —admitió sonriendo, atenta a apariencia refinada de Angie que sugería fragilidad. Las arrugas empequeñecían sus ojos azules, donde asomaban el profundo dolor y la sombra de los recuerdos, aunque la dulzura de sus facciones delataba la herencia del niño y calmó a base de amabilidad los nervios involuntarios que Christina sentía—. Soy de Escocia, de un pueblecito.

A partir de ahí, tomando el café, Christina y Angie empezaron a hablar. Victor las seguía, pero no dejó de pensar en la advertencia que su mujer le espetó de malas maneras antes de llegar y, siendo honesto consigo mismo, la doctora no era cómo la había imaginado, ni físicamente ni por el comportamiento que estaba presenciando con su nieto, podría decirse que su actitud reservada tenía sólidas bases para mantenerse.

Luego, cuando el ambiente se perfumó de Cordey y él se lo recriminó bromeando, diligente, Christina se levantó y lo cogió para cambiarle en pañal en su dormitorio.

—¿Puedo acompañarte? —pidió Angie.

—Claro, no tiene que preguntarlo.

—Háblame de tú, por favor.

—Muy bien —dijo amable—, no tienes que pedirme permiso, Angie.

Una vez en el dormitorio, la doctora tumbó al niño en el cambiador y con habilidad no tardó nada en asearlo. Cuando le echó un poco de colonia infantil, la abuela lo alzó sonriendo, olía a fresco, y lo llevó hasta la ventana.

—Tienes una habitación muy bonita.

—¿Te gusta? —preguntó Christina, creyendo que era demasiado elegante para un bebé, aunque como la decoraron Jack y Elizabeth nunca había hecho en público esa reflexión—. Dentro de poco lo pasaremos a una cama —comentó dándole un beso en la mejilla al niño—, pero no creo que tengamos problemas, es muy bueno.

—¿Tu hija se lleva bien con él?

—Sí —respondiendo riendo—, lo adora. Cumple siete años en unos días, es muy simpática. Si os quedáis un poco más seguro que la conocéis.

—Van a criarse como hermanos —comentó pensativa—, para mi niño vas a ser su madre…

Christina suspiró y bajó la cabeza, comprendiendo más allá de

unas palabras que se camuflaron con un temor tan sutil como la brisa de un día despejado.

—Entiendo perfectamente tu inquietud. Es el hijo de Cora, tu hija —dijo con los ojos húmedos—. Siento muchísimo su muerte, como madre no puedo hacer otra cosa que compadecerme de ti. Pero si te preocupa que no lo trate bien, quiero que sepas que para mí es también mi hijo, el pequeño. —Al hablar a Christina se le agolparon en la cabeza varios pensamientos tan tristes como las lágrimas que recorrieron sus mejillas, incitando a las de Angie, con facilidad para escurrirse cuando Cora estaba presente en cualquier conversación—. Lo siento, no quería ponerme así.

—No te disculpes —dijo, sacó de la chaqueta de punto negra un paquetito de pañuelos de papel y le ofreció uno—. Trato de sobrellevarlo, pero sé que no va a volver. Es un consuelo saber que ha dado con una persona como tú. Te estoy viendo con él y sé que no me equivoco. Me ha gustado conocerte, Christina. Solo espero que Jack y tú seáis felices, os deseo todo lo mejor, de corazón.

Christina sonrió apenada, pensando en su caballo de batalla diario; conformarse con ser feliz sin aspirar a formalizar legalmente su situación. También, descartar tener hijos en común yendo sobrada con Ari y el pequeño rubiales que su abuela llevó de vuelta al salón.

Acusando más frialdad con Victor delante, siguieron charlando hasta que la niña entró corriendo precediendo a Jack. Si una se quedó inmóvil sacudida por la timidez ante extraños, el otro saludó formal disimulando su sorpresa. Ni diez minutos después, la visita finalizó abruptamente. Angie aludió al cansancio para ahorrarle a Jack una tensión innecesaria y se despidieron con cortesía.

Pese a que Jack sintió distante a Christina desde que llegó con la corona y los pasteles, esperó a que los niños se acostaran para saciar su curiosidad durante el rato a solas que siempre tenían por las noches en el salón.

—¿Victor te ha dicho alguna de sus borderías?

—No —respondió con una sonrisa al sentarse a su lado—, es un poco seco, pero ha estado más pendiente de Cordey que de la conversación que teníamos Angie y yo.

Jack le besó los labios y se reclinó abrazándola.

—Angie parece más contenta —comentó distraído—, supongo que ya está asimilándolo.

—Qué remedio —habló lento—. Me ha parecido una buena mujer. —Christina sonrió—, y ya sé por qué Cordey es tan guapo.

—¿Estás insinuando que no se parece a mí? —preguntó bromista.

—Sí —afirmó segura, se medio tumbó encima de él y añadió—: no puede negar que eres su padre, pero tiene mucho de los Hosborn, de Angie. Me imagino que Cora se parecería a ella ¿no?

—Sí, era más alta, pero mucho más parecida a Angie que a Victor, por suerte.

Christina rió, inclinó la cabeza y le besó los labios con ternura, preparando su ánimo para una explicación que hubiese preferido no tener que dar, y menos, cuando habría sido muy feliz soñando con ser madre de nuevo.

—Una vez me dijiste que con Cordey estabas bien ¿no te gustaría tener más hijos? Dime la verdad, cariño.

—La verdad es que nunca me planteé ser padre, Chris. Fue Cora quien quiso tenerlo —comentó sosegado—. Pero si tenemos alguno más no me importaría, me he acostumbrado a estar rodeado de niños.

—No vamos a tener ninguno.

—Si te apetece, deja los anticonceptivos —dijo despreocupado—, aunque puedo ser infalible incluso con ellos.

Christina frunció el ceño, sonriendo.

—Es bueno saber que uno de los dos todavía tiene posibilidades.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó confuso—, intenta ir al grano, doctora, he estado toda la tarde con Ari y no tengo la cabeza para descifrar mensajes entre líneas.

—No te lo he dicho antes porque nunca lo habíamos hablado en serio, pero sería un milagro que me dejases embarazada. No puedo tener hijos, cariño. Llevo un tiempo con síntomas premenopáusicos, se lo comenté a mi madre y me dijo que a ella y a mi abuela les pasó lo mismo, es hereditario.

—¿Y por qué tomas pastillas? —preguntó con interés.

—Para mantener las hormonas en un nivel normal. La menopausia acarrea problemas severos de descalcificación ósea, y no es lo mismo empezar a los cincuenta que a los treinta y nueve; puedo llegar a vieja llena de artrosis.

—¿Qué te preocupa realmente, Christina? —preguntó serio—. ¿No tener hijos o envejecer?

—Ambas —admitió triste. Se tomó unos segundos para expresarse con sinceridad—. Me preocupa sufrir. Siempre me han gustado los niños, soy pediatra. —Christina soltó una risita tonta—. Cuando me quedé embarazada de Ari sentí que por fin me realizaba como mujer —contó nostálgica, recordando la ilusión y la felicidad que vivió con Graham, que deseaba ser padre con un afán similar al suyo—, luego, cuando las cosas empezaron a ir mal en nuestro matrimonio, me

alegré por tenerla solo a ella; sin embargo, ahora, me encantaría que tuviéramos un hijo de los dos.

—Tenemos dos hijos de los dos —dijo Jack, acarició con suavidad el perfil sinuoso de su boca—, es suficiente —habló susurrante, fue consciente de su aliento erizando la piel del cuello femenino—, pero nunca se sabe… —Jack metió la mano por la cintura del pantalón elástico de Christina y la movió lentamente por sus nalgas—. ¿Te he dicho que eres la mujer más guapa que conozco?

—Sí —afirmó suspirando—, ¿y yo que eres el hombre más guapo que he conocido?

—Alguna vez, doctora —dijo dándole besos cariños en la cara—, pero se te ha olvidado añadir que también soy el único que vas a conocer.

Con esa afirmación, Christina entreabrió la puerta de la esperanza para amarlo un poco más, para rozar con la punta de los dedos un futuro soñado. Quería la familia que en solo un mes de convivencia habían creado, de manera permanente; lo ideal: el matrimonio; aunque, si Jack no estaba por la labor, no sería más que un documento entre ellos y el compromiso que veía continuamente en él merecía relegar una imposición social atávica de la que podía prescindir.

Cuando llegó el último día de colegio antes de las vacaciones navideñas, los nervios de Ari habían dividido a Christina y a Jack en dos bandos: el ultraconservador escocés contra el neoliberal canadiense. Y todo porque tenía que ir disfrazada de Virgen María y se había empeñado en calzarse unas prácticas zapatillas rosas de lona. A pesar de que las tapaba la túnica, Christina quería que —más acorde al estilo del papel— se pusiera unas bailarinas blancas, pero la alianza de la niña con Jack no presagiaba una salida pacífica hacia la función. Y para colmo, la ausencia de Graham, sin el coraje de hablarlo personalmente con su hija, aumentó una irascibilidad que Jack tildó de extrema entre otros adjetivos murmurados.

—Chris, es una niña. A nadie va a sorprenderle —comentó cogiendo a Cordey en brazos. Ari seguía en su habitación decidiendo qué consejo seguir—, relájate ¿vale? Vamos a pasar un rato divertido con sus compañeros, olvida lo demás.

—Es fácil decirlo, cariño. —Christina besó la mejilla de Cordey, viendo cómo balbuceaba para llamar su atención. Estaba tan enamorada de él como de su padre. El gordito simpático era cariñoso y alegre, y no solo tenía enrocado a Jack, toda su familia estaba

volcada con él. Compartía gustosa con Jack sus cuidados, resarciendo la espinita de la maternidad sintiéndolo como su hijo, igual que él manejaba a Ari y actuaba como un buen padre aun sin pretenderlo; los dos tenían bien marcado ese instinto. Terminó de abrigar a Cordey con un gorro de lana, volvió a besarlo y se puso un anorak parecido al que llevaba Jack. Ambos vestían vaqueros y jerséis gruesos. Compadeciendo a su pequeña inocente, con un deje agobiado, comentó—. No sé cómo va a tomárselo. Me sobrepasa tener que inventar excusas, no puedo más.

—No las inventes, llámalo y que se las apañe él.

—No contesta a las llamadas —dijo con una mueca cínica—, sabe cuándo desaparecer.

—Que haga lo que él crea —habló indiferente—. Por ahora, Ari no ha preguntado. Vamos a ver cómo lo lleva. A lo mejor hasta nos sorprende, cariño. —Jack sonrió dándole ánimos, abrió la puerta y gritó—. ¡Ari, nos vamos! —Cuando salieron, una ráfaga fría azotó de golpe las inquietudes de Christina instándola a una carrera hasta el coche con Cordey, mientras Jack esperaba en el porche a que la niña bajase. En cuanto vio que le había hecho caso, dijo—. Para ir y venir están bien, Ari, pero para la actuación te quedarán mejor los zapatos que te ha comprado mami. ¿Por qué no los coges?

Tras pasar varias horas sentados en unas cómodas butacas como las de cualquier sala de cine, donde Cordey no resistió descabezar un sueño en los brazos de su padre, aplaudieron a todos los niños participantes, que saludaron agarrados de las manos en una cadena larguísima, y se levantaron para recoger a Ari.

Christina entró en los camerinos improvisados y Jack esperó con otros padres en la puerta, alabando la buena organización del colegio y la actuación inclasificable de los niños. En función de la edad unos se lucieron más que otros y, en concreto, la Virgen María sería recordada durante algunos años por la representación más punk jamás hecha en aquel escenario.

Luego, cuando Jack sugirió cenar en el McDonald´s, la solista les dedicó varios gritos de guerra que ni sus antepasados de las Tierras Altas habrían sido capaces de emitir. Sin lugar a dudas, Ari McCoy era escocesa, de pura cepa; aunque esa noche no se acordara de su padre. No lo mencionó ni una sola vez. En cambio, quiso expresamente que Jack la arropara, algo inusual, ya que nunca daban opción de elección.

Christina pegó la cabeza en la puerta de su habitación, tratando de descubrir a qué venía aquel secretismo que logró intrigarla.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Ari.

—Y yo. —Jack sonrió sentado en el borde de la cama—. Has sido la mejor actuando. A Cord y a mí nos dolían las manos de aplaudirte.

—¿De verdad? —preguntó sonriendo, vio a Jack asentir, y comentó bajando la voz—, he echado de menos a papá.

—Lo siento, Ari —dijo Jack, pensando en que le tocaba a él quitar hierro a un comportamiento injustificable—, tu padre tiene un trabajo muy complicado, seguro que alguien lo necesitaba más que tú, piensa en que le habrá salvado la vida, eso no puede hacerlo cualquier persona.

—¿Tú no puedes?

—No, ni la mayoría. Por eso tienes que ser un poco más comprensiva con él. Ya verás cómo pronto vendrá a verte.

—Vale —dijo con un bostezo—, *oidhche mhath*, Jack.

Jack le besó la frente y se levantó.

—Dulces sueños, Ari —dijo antes de salir para darse de bruces con Christina, sonrió y preguntó—. ¿Nos espiabas?

—Más o menos —respondió mirándolo a los ojos, rodeó su cuello con los brazos y dijo casi en su boca—. No sabes cuánto llego a desear que fueses el padre de Ari. —Besó sus labios y acarició una barba rasposa, descuidada como su aspecto relajado—. Me da mucha pena mi hija… —A Christina le brillaron los ojos con amargura y Jack la acunó en silencio—. Es muy triste para mí verte con ella sabiendo lo que su padre se está perdiendo. No soy capaz de entenderlo, cariño.

—Yo tampoco, pero es lo que hay.

Christina sonrió ante ese «es lo que hay», la sentencia favorita de Jack cuando algo no tenía solución. Abrazada a él, aparte de darle la razón, vislumbró al hombre responsable y al compañero leal en el viaje que había emprendido, sin punto de comparación con su exmarido. A pesar de no estar casados como desearía o de un carácter que prometía vaivenes constantes, con las cualidades y defectos de cualquiera, creía que era el hombre de su vida; el que había llegado en el momento preciso. Jack conseguía esclarecer sus días con optimismo y una pasión incontrolada para convertirla en una mujer feliz y romántica, entregada a un proyecto que rompía esquemas. Podían ser por separado unas piezas rotas, en cambio, unidas formaban un mecano perfecto, auspiciados por la experiencia de la sabiduría adquirida gracias a los fracasos y las trágicas consecuencias del destino.

Alzó la cabeza y volvió a quedar prendada por los azules preciosos de una mirada cariñosa llena de comprensión y ternura, convencida de que su relación sería estable, muy sólida e infinitamente duradera.

—Gracias por existir.

Jack la observó serio y le acarició la boca con sus labios.

—No quiero verte triste —susurró con voz grave—, por nada ni por nadie.

Recorrieron de la mano el pasillo hasta su dormitorio. Y cuando se metieron en la cama olvidaron desagradable sombras, incluida la separación por Navidad. Al tenerla latente, tal vez, se amaron de manera frenética. Ardieron pegados en un infierno tan caliente como apasionado. En aquel espacio donde apenas había muebles y la frialdad acaparaba el ambiente, el invierno fue verano y, como siempre, Christina voló aupada por las rachas que como un torbellino Jack sopló para ella. La entrega de los dos por igual hacia el abismo, hacia el Paraíso donde solo encontraban paz.

DIECIOCHO

Quebec, 22-12-13

Canadá

Unos minutos antes de embarcar en el Pierre Elliott Trudeau de Montreal con destino Londres, desde donde saldrían hacia Aberdeen para coger el ferri hasta Lerwick, Christina no podía creer que, además de despedirse de Jack, con un trayecto por delante de veinticuatro horas, tenía que irse con la intranquilidad de otro encuentro casual con Sofía. En esa ocasión, acompañada por otra azafata de la misma compañía aérea.

Cuando saludó a Jack con uno de sus inapropiados besos en los labios, la doctora giró la cabeza, enojada al comprender que seguía ajena a la relación que mantenían; algo que le molestó muchísimo porque la incitaba a pensar en la importancia real para Jack de su compromiso.

Durante los pocos minutos que compartieron solo apreció a una chica joven con ganas de diversión, sin reparos por ser explícita o demasiado zalamera. Incluso Ari se interesó en cuanto volvieron a quedarse solos. Por no enfadarse más al escuchar a Jack responderle que era una amiga especial, claramente la niña preguntó por los besos en los labios, Christina apremió un abrazo rápido antes de que advirtiera cómo los había interpretado ella.

—Llámame cuando lleguéis —dijo Jack—, pero no la semana que viene, por favor.

—No te preocupes —dijo disimulando—, cuídate.

—Chris, ¿qué pasa? —preguntó resignado, intuyendo celos por el cambio brusco en la forma de mirarlo, se pegó a su oído para que Ari no pudiera escuchar—. No he podido hablar con ella, tampoco exageres por dos besitos tontos.

—Solo piensa una cosa, Jack, imagina que fuese al contrario, ¿cómo te sentirías?

—Lo he sentido —dijo con reproche—, perdóname por no habérselo dicho, no he tenido tiempo de quedar con ella y ahora no me ha parecido oportuno con la niña delante.

—¿Crees que ha sido mejor el saludo y la despedida que ha visto? —Christina torció una sonrisa breve—. Tenemos que irnos. Felicita las

fiestas a tu familia de mi parte.

Jack la abrazó por la cintura.

—No nos despidamos enfadados, cariño. Sabes que me gustaría que hubiésemos estado juntos, ahora vosotras sois también nuestra familia.

—Se te da muy bien hablar, Jack —comentó cínica, le besó ligeramente la boca y se apartó—. Nos vemos cuando volvamos, hasta luego.

Casi inmóvil, Jack esperó hasta perderlas de vista. Salió del aeropuerto con la sensación de que Christina le ocultaba algo. No era nada nuevo, aunque ya no pensaba que fuese porque albergara sentimientos por Graham. Sabía que esos cambios bruscos de humor eran por los celos, por una inseguridad que no lograba entender; todo un enigma para él.

Esa misma mañana, una furgoneta de reparto estacionaba en la puerta del Boreal. Cuando Ethel abrió, se sorprendió al ver un cajón de madera enorme y a dos chavales mirándola con caras de pocos amigos. Empeoraron al escucharla pedir que lo dejasen en el vestíbulo. Luego, fue Claire quien no pudo mantener la boca cerrada por el asombro. Sin darles muchas pistas a las Friars, llamó a su abuelo para que fuese a verla lo antes posible. Sería de inestimable ayuda para ubicarlo en el lugar correcto.

Fue al dormitorio de Isabella, donde la amamantó sentada en la mecedora, sonriendo aturdida ante uno de los regalos más inesperados que había recibido, y llevaba una cuenta amplia. Ese cuadro llamado *Untitled* era de una belleza nítida, sobresaliente, y había sido un detalle que Jack pensara en ella en vez de venderlo.

Cuando terminó Claire con la niña, la dejó adormilada en la cuna y bajó a la cocina. De haber intuido la reacción de Alexei, no se habría entretenido con Ethel, habría preparado la cámara de fotos para inmortalizarlo. Todo quedó relegado a un segundo plano en cuanto entró el ruso y vio el Janssen apoyado contra la pared del vestíbulo. Se concentró en él, andando de un lado a otro como un halcón repasando una pradera; todo fue admirado en aquel lienzo.

—¿Cuándo lo has comprado? —preguntó curioso, atento al caos abstracto de un mar de fuego azul vaporoso o un oleaje infernal con paletazos de expresivos verdes lamiendo intrincadas texturas—. Gabriel me comentó que Jack también tenía uno.

—Es este, me lo ha regalado —dijo sin añadir que era la segunda propietaria y que su cuñado no podía verlo—. ¿Qué te parece?

—Es magnífico —respondió sonriendo—. Este chaval es un virtuoso, Claire. Fíjate cómo, con la distancia adecuada —dijo separándose un par de metros del cuadro—, es posible ver paisajes hasta en los efectos de las diferentes técnicas que usa en las perspectivas. Imita la seducción del parpadeo del fuego y enreda el lienzo de color con una sensación de velocidad y discordia ejecutada con una sensibilidad poética.

—Sí, transmite tanto intimidad como agitación. Visualmente el impacto es espectacular.

—Es muy bueno, Claire. Tiene unos detalles de genialidad que hacía muchos años no veía. Soy ebanista, nunca me he considerado escultor —dijo admirando una capacidad que tenía desentrenada. Desde que había empezado el proyecto Barinov daba fe de que hacer parecer simple lo complicado era la diferencia que marcaba a los grandes artistas, también conllevaba una enorme responsabilidad—. Sabe dar forma física a sentimientos intangibles, crea volúmenes con profundidad igual que ilumina con blancos refulgentes para alternar el diálogo visual. Se le nota intuitivo y, dentro de la abstracción que interpreta, te conduce a racionalizar los significados de sus percepciones. —Alexei volvió a acercarse, examinándolo todo al milímetro—. Me gustan las pinceladas alargadas, el rastro que deja con el cepillo creando marcas y el vértigo que producen los cambios en los grosores de los trazos —comentó satisfecho y alegre. Rejuvenecía cuando su mente captaba ese tipo de sorpresas; eran su motor. En ellas no existía el tiempo, solo el espíritu de otros inconformistas con la realidad; lo que él había sido durante toda su vida y sería hasta el final—. Me identifico con él, leo verdad en sus obras.

—Y yo, abuelo —dijo Claire sonriendo—. ¿Dónde crees que debería colgarlo?

—Para admirarlo bien necesita claridad, aunque donde lo coloques eclipsará lo que tenga alrededor, es la grandeza de una buena obra —habló pensativo, aunque recordó una mala noticia y preguntó—. ¿Vas a intentarlo en otra galería?

—«*Net, died*». —Con ese «no, abuelo» *(Hem, ðeð)* zanjó Claire la polémica con los nuevos propietarios de MaiSa. Desde que se hizo pública la sentencia de Zanelli no pararon de molestarla para que se hiciera cargo de manera solidaria con ellos de parte de la indemnización a Janssen, ya que el pintor también los había denunciado. Pretendían llegar a un acuerdo antes que a los tribunales. Pero, dado que no tenía ninguna responsabilidad a efectos legales, por descontado ni Sean ni Gabriel aceptaron y como represalia le

cancelaron la exposición—. De momento, mis prioridades son mi familia y la reforma de Essex, cuando esté más tranquila ya veré si sigo adelante con la fotografía o la dejo como un hobby.

—Si esa es tu decisión, la respeto —dijo cariñoso—, pero ten clara una cosa, nunca estarás tranquila y nunca te abandonará la inquietud por expresarte; eres Barinov, y somos puro nervio; aunque quieras dejarlo, te perseguirá. Tienes una fuerza parecida a la de Janssen, él usa colores y tú sombras, pero transmites con intención. No serás capaz de ignorarlo.

—Es posible, pero he perdido la ilusión que tenía cuando estaba en la escuela.

—No voy a volver a darte mi opinión, Claire, y si ahora mismo no disfrutas creando es mejor que hagas un parón —dijo severo—. Estoy seguro de que artísticamente no te ha beneficiado estar con Marion o sus secuaces.

—No lo sé, solo tengo claro que no quiero vivir desquiciada. Me apetece criar a la niña tranquila, aquí. No quiero ese estrés. —Entró en la cocina, donde estaba Ethel, que saludó con una amplia sonrisa a Alexei, y agregó rotunda—. No lo necesito.

—¿Qué no necesitas? —preguntó Ethel intrigada.

—Cosas nuestras —contestó evasiva, oyó el llanto de Isabella, aunque no llegó a salir cuando cesó con la voz cantarina de Eloise—. ¿Dónde está Leo?

—Ocupada con el papeleo de los ingleses —respondió Alexei, sentándose en la mesa—. No sé qué haría sin ella. Es increíble la logística que se debe controlar para cumplir con todos.

—La verdad es que tiene muchísima experiencia —comentó Claire afirmando con la cabeza—, lleva tantos años con la fundación de su hermano que sabe manejarse muy bien, es una garantía tenerla con nosotros, «*died*», hemos tenido mucha suerte.

—Sí —afirmó Ethel casual, puso un plato de jamón en el centro de la mesa y tres copas de cristal—. Liosha, ¿comes con ellos?

—No, Léonore está esperándome, pero es imposible negarse al placer de tus aromas —comentó, aspirando bromista. Cogió un trozo de jamón y, tras saborearlo, añadió—. Qué bueno. Voy a tener que hablar con Gabriel para que nos incluya algo en estos pedidos.

—Sí, seguid así —dijo Claire sonriendo irónica—, no os extrañe que dentro de nada quiera abrir aquí una sucursal de «su paraíso español». Dejad de darle ideítas…

Alexei no anduvo descaminado. Al menos, con Gabriel no se equivocó cuando llegó por la tarde del banco. Fue incapaz de entrar en la cocina sin pararse unos minutos delante del cuadro. «De buena

se ha librado Jack» pensó.

Comió solo con Claire envueltos en complicidad y en una charla agradable hasta que Isabella reclamó su leche y, una vez más, fue el espectador de lujo. En aquel instinto primitivo de la pequeña podía vislumbrarse un apetito tan voraz como el de él, si Ethel tenía la consideración de preparar alguno de sus platos favoritos; otro rasgo inconfundible de su herencia para atontarlo contemplándola.

El ferri atracó en el puerto de Lerwick a las siete y media de la mañana, concluyendo el trayecto de Christina y Ari después del día y la noche completos que invirtieron en llegar. La gelidez de la nieve se notaba menos que la humedad o el fuerte viento que azotaba la costa y no se iría hasta la primavera. Abrigadas con anoraks, gorros y bufandas, salieron a la cubierta.

Christina sujetó con firmeza la mano de la niña y, cómo pudo, tiró de ella y de la maleta cruzando una pasarela apenas transitada por los pasajeros escasos que regresaban a casa. No conocía a nadie, si bien todos supieron quienes eran en cuanto dijo su apellido. La sencillez de ser todavía la hija de Stewart y Sharon, la curiosidad de los vecinos y la unión que tenían cuando alguno necesitaba ayuda eran las cosas que más le gustaban de su pueblo. Nada de eso existía en las ciudades donde había vivido o vivía.

Pensando en avisar a su padre para que las recogiera en el muelle, creyó ver una visión que la dejó petrificada, hasta que Ari se soltó de su mano y gritó:

—¡Papi! ¡Papi! ¡Has venido!

Graham sonrió al llegar corriendo, la sostuvo en volandas y giró con ella mientras se saludaban cariñosos. En ese instante, Christina se sintió feliz por Ari, sin embargo, estaba bloqueada ante el hombre que no quería dejarla vivir sin él. Lo observó seria. Se le veía más delgado que en noviembre, vestía con la informalidad que solía tener cuando no trabajaba y parecía relajado.

—*Madainn mhath*, Chris —dijo Graham con una sonrisa tibia, le besó la mejilla y agarró la maleta—. ¿Todo bien? —preguntó amable, caminando hacia la casa de los McQueen—. Había olvidado el frío que hace por aquí.

—Otra cosa más —replicó cínica.

—No empieces.

—Tú tampoco —murmuró para no alertar a Ari—. Vas a tener que explicarme muchas cosas.

—He venido para hablar contigo, es importante.

Christina torció el gesto y no volvió a abrir la boca. Más tarde, tras uno de los desayunos copiosos de su madre, aparte de deleitar el paladar, comprendió que seguía obsesionada con Graham como yerno perfecto. El mismo que llevaba esperándola un día alojado con ellos; algo comprensible porque la oferta hotelera era escasa, pero nada halagüeño para el descanso que pretendía en esas vacaciones.

Con el ánimo rozando el suelo, Christina le mandó un escueto mensaje a Jack y dejó a Ari con los abuelos para ir con Graham al pub. Como iba justa de ganas y la nieve no favorecía la charla, metió la cabeza entre los hombros sin molestarse por camuflar su enfado.

En cuanto llegaron, Graham sujetó la puerta cediéndole el paso y la siguió a la barra. En pocos minutos, tras una rápida puesta al día con la dueña, se sentaron en un reservado con dos cafés por delante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó directa.

—Hablar contigo —respondió, echando un sobre de azúcar en la taza—. Siento no haber ido a la actuación, Chris, pero estaba en Edimburgo y me fue imposible llamarte.

—¿No viste mis llamadas perdidas? Si sabías que no ibas a ir ¿por qué no se lo dijiste? No me cuentes más excusas, por favor.

—No es ninguna excusa, Chris, es la verdad. Me han ofrecido ser el Jefe de Cardiología en el Royal Infirmary, llevo un par de semanas negociando mi contrato.

—¿Vas a aceptar? —preguntó asustada.

—He aceptado —admitió con una sonrisa breve—. Empiezo a principios de año. No creo que vuelva a Nueva York hasta dentro de unos meses.

—¿Y tu novia? —preguntó procesando a marchas forzadas—. ¿Se viene contigo?

—No —respondió meneando despacio la cabeza—. Hemos terminado.

—¡¿Qué?! —exclamó nerviosa—. Está embarazada, ¿cómo que habéis roto? No será definitivo.

—Chris, no la quiero —comentó impasible—, no voy a complicarme la vida por un error, es mejor cortar ahora. —Graham no quiso decirle en ese momento que tenía serias dudas sobre esa paternidad y, por no sonar indolente, añadió—: Cuando dé a luz, me haré cargo cómo acordemos; pero sin ella.

Christina terminó de hundirse en la miseria.

—No te entiendo, Graham, dejamos Edimburgo por ti —comentó abatida—, todo… Ahora que empezaba a sacar la cabeza… —Christina no pudo más y lloró enrabietada. Ese hombre estaba destrozando su vida, una y otra vez, y ahora ponía tanta distancia

entre ellos que sería imposible para Ari tener una relación constante con él—. No hay derecho a esto, Graham. ¿Por qué le haces esto a tu hija? —Christina se limpió las lágrimas, recomponiéndose, atenta a la tristeza de un celeste tan apagado en aquel instante que llegó a preocuparla. Pese a los malos recuerdos que prevalecían en su conciencia para alentar rencor y desidia, lo había amado con locura, fueron felices muchos años y era el padre de su hija, ¿cómo no interesarse por él?—. ¿Estás bien?

—Sí —afirmó, le sujetó una mano y se la llevó a los labios—, ¿podrás perdonarme algún día? —preguntó bajito—. Nunca he querido a nadie más que a ti y sé que no volveré a hacerlo. Ya no soy el hombre que conociste, Chris. No sé qué me ha pasado, pero ni yo me reconozco —comentó con un gesto despectivo—. He cometido muchos errores a lo largo de mi vida, pero el más grave fue no respetarte. Me arrepentiré hasta que me muera por haber destrozado nuestro matrimonio. Pero si hay una posibilidad de que volvamos a ser una familia, en Edimburgo, en casa, donde empezamos —dijo perdiendo la voz, al tiempo que Christina volvía a llorar con los ojos cerrados—, quiero intentarlo porque te juro que no volveré a cometer los mismos errores. Nunca he dejado de amarte, nunca, Chris.

—Pero yo sí, Graham. Estoy enamorada de otra persona. Es tarde para volver contigo, esta declaración hace unos meses me habría supuesto planteármelo de verdad, pero ahora no.

—No digas tonterías. ¿Cuánto tiempo lleváis? —preguntó borde, perdiendo la paciencia, trató de serenarse, pero reprochó—. ¿Vas a compararlo con los quince años que hemos estado casados?, ¿o los veinte que nos conocemos? ¡Joder, Chris! Tenías dieciocho…

—No lo he comparado, he dicho que es tarde. ¿Qué más da el tiempo que lleven dos personas para saber que deben permanecer unidas? Durante años creí que nosotros estaríamos juntos siempre y me equivoqué. Ahora tampoco sé cómo nos irá, llevamos muy poco conviviendo, pero soy feliz —dijo sin muestras de alegría— y necesito su compañía. No sé si has aceptado el trabajo para intentar convencerme o lo has hecho porque realmente es un paso importante en tu carrera, como sea, no cuentes conmigo otra vez.

—Dame al menos la oportunidad de que lo pienses. Siempre te gustó Edimburgo, estarías más cerca de tus padres, no me niegues ese beneficio.

—Puedo hacer lo que quiera, llevamos un año divorciados, y no quiero volver a estar casada contigo —dijo con dureza, eludiendo que solo volvería al matrimonio con una persona y no era él, aunque pensó con ironía que estaba gafada. Quien menos esperaba le hacía

una declaración contundente y quien deseaba la hiciera no tenía la más remota intención—. Lo siento, Graham, dudo que cambie de opinión.

—Tómate unos días —dijo con una sonrisa ligera—. Si sigues con lo mismo, tendré que conformarme.

—Como quieras. —Christina resopló, levantó la taza de café y bebió un sorbo—. Tendremos que hablar de Ari, si ya te ve poco, ahora te verá menos.

—No tiene por qué —comentó, pensando en que sus padres estaban felices por su vuelta y emocionados por tener a la niña algunas semanas durante las vacaciones—. Será cuestión de que nos pongamos de acuerdo, y todavía no ha pasado ni un minuto.

Christina alzó la vista, observándolo atentamente.

—No vas a darte por vencido ¿verdad?

—No —contestó, esbozó una línea fina con los labios—. Puedo ser muy persuasivo cuando quiero.

—No entraré en discusiones, Graham, creo que he hablado claro. Apelo a tu inteligencia para que no insistas y espero no tener esta conversación a menudo. Pero también te digo que todos tenemos un límite que es mejor no tocar. Vivo con otra persona y no me gustaría que se repitiera lo que ocurrió en su casa. Si te arrepientes porque no me respetaste cuando estábamos casados, intenta respetarme ahora.

—Lo haré —dijo rápido, ocultando el desprecio que sentía por Jack Drake, aunque ese mismo desprecio propiciara su siguiente comentario—, pero mantén alejado a tu *noviete* de mí, tiene mucha fuerza.

—Es joven —dijo Christina. Le ahorró la palabra, tarde o temprano acababa diciéndosela—, pero sabe defender lo suyo.

—¿Yo no?

—¿Tengo que responder?

Graham empezó a comprender que no tenían salvación, sin duda había reaccionado demasiado tarde para reconquistarla; esperó a verla con otro hombre cuando el daño era profundo y mortal. Quizá nunca creyó que otro calaría hondo en su corazón ni que la vería cómo solo él había hecho, sin embargo, se agarró con fuerza a la esperanza cuando ya estaba fuera de su alcance porque contaba con dos grandes ventajas sobre Jack Drake: su hija y Sharon.

Reunidos alrededor de la mesa en la comida de Navidad, fluían las conversaciones interesantes y las bromas, todos parecían contentos por estar en Terranova juntos, excepto Jack, que no conseguía quitarse

del pensamiento el único mensaje que Christina le había enviado en tres días: «*Hemos llegado. Diviértete*». Intentó hablar con ella creyendo que seguía disgustada por el encuentro con Sofía, aunque si no era por la cobertura del móvil, fue porque estaba apagado; el caso es que llevaban incomunicados desde que se marcharon y tenía un mal presentimiento que no solo lo estresaba, sino también barrió un espíritu divertido que alentó la suspicacia de sus hermanos.

Tranquilos en uno de los sofás frente a la chimenea, que ardía con un fuego vivo, Sean y Gabriel intercambiaban impresiones paternales mientras todos ignoraban la voz de Alexei. Se escuchaba de fondo un airado alegato defendiendo la libre exposición del arte. No necesitaron más que observarse para ponerse de pie y dejar a las niñas con sus respectivas madres.

Gabriel sirvió tres vasos de whisky, le entregó uno a Sean y salieron hacia el distribuidor de la escalera. Si de por sí era el sitio más especial de la casa, en aquel espacio, desde que el Janssen había llegado, sobresalía la noble lucha entre un abrupto caos y una serena armonía, o la sobriedad de la elegancia alrededor de rebeldes ramalazos. Alexei eligió el lugar. No le pesó la rivalidad visual, al contrario, ahí se quedaría para siempre junto a la obra que más le representaba y enorgullecía.

Con pinta abatida, Jack, sentado en un escalón, no captaba ninguna palabra, solo perseguía con la mirada las vueltas de Alexei frente a él. Suspiró aliviado cuando vio a sus hermanos. Gabriel le tendió un vaso y echó el brazo por encima del hombro a *le Radical*.

—No le des más la paliza —dijo Gabriel sonriente—. Ni defiendas más a tu protegido.

—¿Desde cuándo expresarse libremente es dar la paliza?

—Desde que no cambias de tema —comentó burlón—. Liosha, admítelo, estás emocionado con el cuadro.

—Me alegro mucho de que esté donde se aprecie —dijo Jack serio.

—Teniendo en cuenta cuál iba a ser su destino —comentó Sean de pasada—, has hecho muy bien, Drako.

—¿Qué pensabas hacer con él? —preguntó Alexei intrigado después de saber la historia que había detrás del *Untitled*. En cuanto vio el cruce de miradas entre Sean y Jack, una idea extrema brilló en su mente—. ¿Quemarlo? —preguntó belicoso. Jack rehuyó su mirada y el Radical se prendió fuego—. ¡¿Habrías sido capaz?! ¡Nadie puede hacer eso! ¡Solo quien crea tiene derecho a repudiar su obra! ¡Maldito idiota!

Como conocían el carácter del ruso, ninguno se molestó; aunque el tono elevado alertó a Léonore que salió del salón y diligente le sujetó

el brazo.

—*Quel est le problème*?

—*Rien* —bramó Alexei. Al ver su mirada de advertencia, de inmediato se comidió. Esos pequeños ojos celestes eran los únicos con autoridad para amansarlo. Torciendo el gesto, siguió en francés—. *Mon amour* —habló suave, con el ligero acento ruso que no perdía—, *la jeunesse et de l'argent, une mauvaise combinaison.*

Los Drake, francófonos desde niños, entendieron a la perfección esas palabras recubiertas de verdad: «Juventud y dinero, una mala combinación». Pendiente a los ancianos, apretaron los labios cuando Léonore le dio a Alexei una palmadita compasiva en la mano y lo arrastró de vuelta con ella.

Al quedarse solos, los tres soltaron unas carcajadas.

—Leo es una santa —dijo Sean, se sentó junto a Jack y le preguntó —. ¿Cómo os va la vida en pareja?

—Bien —afirmó moviendo los hombros con indiferencia.

—Es una lástima que no hayan podido venir —comentó Gabriel, se sentó un escalón por debajo de ellos, girado de lado. Después de un buen trago de whisky, que paladeó satisfecho, tardó unos segundos en decir—. Habríamos estado al completo.

—Sí —dijo Sean, sonó resignado—, al menos Ophie estaría más distraída con Ari.

—Otra vez será —comentó Jack, apuró la exigua cantidad líquida de su vaso, tras beber sin miramientos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sean, intuyendo borrasca entre Jack y la escocesa—. Estás muy raro.

—Nada —dijo Jack, bufó y, tras observarlos un instante, añadió—: Nos encontramos en el aeropuerto a una amiga, nos saludamos y no le sentó muy bien. Se fue enfadada.

—¿Se enfada porque saludes a una amiga? —preguntó Gabriel, hizo una mueca con la boca que arrancó una sonrisa en Sean—. Pues no vas a ganar para cabreos, Drako. Y tienes suerte de no estar en Nueva York, si no, ya habría salido huyendo.

—Gracias por la apreciación —comentó irónico, pensando en desahogarse con ellos; los dos eran sus mejores amigos y con quienes tenía la confianza suficiente para no medir sus palabras—. Me ha mandado un mensaje en tres días, es bastante celosa.

Sean entrecerró un ojo y preguntó:

—¿Cómo te saludó tu amiga?

En cuanto explicó Jack el encuentro con pelos y señales, añadiendo el otro saludo que Christina vio y los mensajes, sus hermanos se aliaron para no bajarlo de estúpido.

—No es ninguna niña, Jack —dijo Gabriel inflexible—, es normal que quiera estabilidad. Corta de raíz con esas amigas si de verdad estás pensando en tener un futuro con ella.

—Claro que quiero tener un futuro con ella y, por supuesto, que he cortado de raíz con todas, corté cuando Cora volvió a Nueva York. ¡Joder que llevo un año y medio sin ver a ninguna! ¡¿Quién coño creéis que soy?!

—Relájate —dijo Sean severo—, baja el tono si no quieres que papá en dos minutos esté aquí.

—Intenta hablar con ella —dijo animoso Gabriel—, vivís juntos, estáis enamorados, no te habrá llamado por cualquier razón, no te obsesiones.

—No puedo quitármela de la cabeza, Gabe —dijo Jack agobiado—, y me da mala espina el mensaje, es como si pensara que voy a aprovechar su ausencia para estar con otra.

—Será porque no siente que lo vuestro sea estable —comentó Sean.

—Por favor, Sean, vivimos juntos, ¿qué más quiere?

—No lo sé, pero acláralo. Es una mujer, Jack, una tía espectacular, con una niña pequeña y un matrimonio fallido, precisamente por las infidelidades, puede que si ve a esas amigas tuyas sin que ellas sepan que es tu pareja sienta que no vas en serio.

—Pero no le doy motivos para que desconfíe —dijo Jack, sonrió con amargura—, y encima tengo que aguantar al capullo del exmarido y la poca consideración que tiene con la niña —comentó resignado—. No sé qué más puedo hacer.

—Cásate con ella —dijo Gabriel, pensando en que quizá Christina necesitaba una muestra de madurez que Jack no había contemplado —. Hay personas que se sienten más seguras con un lazo legal que las ate a otras. Aunque conviváis igual, no será lo mismo para ella. ¿Habéis hablado de matrimonio?

—No —respondió, cavilando en sus palabras—. Y no sé si me aceptaría, está bastante resabiada.

—¿Pero te casarías con ella? —preguntó Sean, conocedor de la urticaria que ese estado siempre produjo en él—. No es algo para decidirlo a la ligera.

Nervioso, Jack se revolvió el cabello, recordando las indirectas de Christina «¿esperaba una declaración de amor eterno?», pensó asombrado.

—Gabe, ¿conoces alguna joyería por aquí?

DIECINUEVE

Lerwick, Islas Shetland 30-12-13

Reino Unido

Para regresar a la casa de sus padres después de un rato ameno en el pub con Angus, Christina cogió el camino más largo sin importarle la nieve que caía a mansalva. Rodeó el pueblo por la costa, pensando en la despedida de aquella mañana en el muelle para martirizarse. Creía estar haciendo lo correcto, pero el dolor que percibió en la voz temblorosa de Graham, aceptando a regañadientes una decisión que cambiaba sus planes, aumentó su inseguridad al cerrarle definitivamente esa puerta.

Respiró exhalando vaho cálido y contempló los antiguos muros de piedras ajadas por la brava intemperie que recorrían la carretera. Uno, el que delimitaba el campo de una fila de casas viejas, no superaría el metro de altura y estaba coronado por hiladas puntiagudas para impedir que la nieve se acumulara. El otro, el que separaba la vítrea carretera de la rocosa playa, no tenía más de dos palmos; en cambio, aguantaba estoico las sacudidas de unas enfurecidas olas que ayudaban a despejar el hielo. A Christina le había llamado la atención un destello rojo en el alto, en un pequeño hueco poco alejado del suelo. Le pareció ver una amapola, y no podía ser cierto.

Se acercó e inclinó el cuerpo para cerciorarse. Sin duda era una amapola, con el tallo algo doblegado y la flor a punto de sucumbir a la humedad. Esa flor silvestre plagaba aquellos verdes y extensos prados en primavera y verano. ¿Pero en invierno? ¿A bajo cero? Trató de resguardarla en su oscuro cobijo, pero no lo consiguió; parecía con ganas de empaparse.

—Si es lo que quieres… —Hizo un último intento porque la flor se mantuviera en el interior del muro, al no conseguirlo, claudicó—. Lo siento, preciosa, pero esta noche morirás.

Christina llegó a la casa familiar intrigada por esa rareza. Cuando entró, olió un penetrante aroma a guiso de cordero y se quitó la ropa de abrigo, recordando el sabor de la comida. Su madre salió de la cocina y sonrió al verla.

—¿Dónde estabas?

—Paseando —respondió sin ganas de hablar—. ¿Y Ari?

—Jugando con los hijos de los Grant. Tu padre la recogerá cuando salga del trabajo.

Christina asintió y esbozó una línea que no mostró la sonrisa pretendida.

—¿Os habéis arreglado?

—No, mamá. No se puede arreglar lo que no existe.

Sharon frunció la boca.

—Estás cometiendo un error —soltó seca—. Ese hombre te quiere, está cambiando su vida por ti y no lo ves. —Durante la última semana rezó para que aceptara la propuesta de Graham, ignorando adrede a Jack, de quien Ari contaba maravillas. No podía alejar de su mente la intranquilidad que le suponía el regreso de su exyerno a Escocia y que ellas continuaran en Canadá con un desconocido—. Entiendo que lo hayas pasado mal, pero habéis estado casados muchos años, tenéis una hija. ¿No puedes olvidar el daño que te ha hecho? Estaríais más cerca, no tendrías ni que trabajar.

—Nunca estaremos de acuerdo, mamá. —Frustrada, Christina entornó los ojos, moviendo despacio la cabeza—. No esperaba encontrarlo aquí por muchas razones, una de ellas es que va a ser padre con otra en poco tiempo. ¿Y sabes por qué?, ¿sabes por qué va a tener otro hijo? —repitió enfadada—, porque es un cabrón infiel, porque me puso cuernos con medio hospital. Es fácil aconsejar desde fuera, pero es distinto vivir en una mentira y tener claro que tarde o temprano volverá a las andadas porque la gente no cambia. No quiero eso para mí ni para Ari, siento discrepar contigo.

—Me ha jurado que nunca más volverá a hacerlo. Podrías haberle dado una oportunidad en vez de estar pensando en el otro. ¿Qué te ha ofrecido? —preguntó irónica—. ¿Vivir en su casa? ¿Qué cargues con un hijo que no es tuyo? No te entiendo, de verdad. Has dejado marchar a un hombre para quedarte con un muchacho. ¿En qué piensas?

—Para empezar, Jack no es ningún muchacho, tiene treinta y uno, y lo que me haya ofrecido no es de tu incumbencia —dijo tratando de no alterarse—, y desde luego no pienso cargar con su hijo, pero no porque no quiera, porque estoy segura de que si lo conocieras no serías capaz de hablar así, sino porque él no me lo permitiría —comentó con una sonrisa cínica—. ¿Y sabes por qué? Porque es un padre modélico y un hombre responsable. Cuidar y querer a su hijo no sería nada especial porque ya lo quiero y lo considero también mío.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que se harte y te sustituya por otra más joven? Cumples cuarenta en abril, y el tiempo no es igual de indulgente para nosotras como para ellos.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó con amargura—. ¿De verdad piensas que no tengo muy presente que es más joven? —Christina, que ya estaba caliente, estalló emocionada—. ¿Que nunca podré tener un hijo suyo? ¿Sabes cuánto deseo ser madre con él? ¡No tienes ni idea!

Dio la vuelta furiosa, volvió a armarse hasta los dientes con la ropa de abrigo y salió de la casa dando un portazo. Echó un vistazo a la hora y, apresurando el paso, enfiló la calle para ir al centro del pueblo. Esa vez ni se planteó otro paseo bucólico.

El ruido ensordecedor de un helicóptero distrajo algo su cabreo. Al llegar a la plaza del pub, entró en el viejo edificio de dos plantas, donde su padre tenía una pequeña asesoría fiscal, con medio pueblo de clientela, y subió corriendo la estrecha escalera. No necesitó explicarse para que le prestara el coche. No había nadie mejor para comprenderla que él. Y tan rápido como llegó, salió. Su playa de invierno la esperaba.

Tras aterrizar en el pequeño aeropuerto de Tingwall sin morir en el intento, después de perder el día anterior el ferri en Aberdeen por las interminables horas en aviones y las pacientes esperas aeroportuarias, Jack le agradeció la pericia al piloto del helicóptero que se vio obligado a contratar. También que tuviera el detalle de avisar a un taxi para que lo llevara a The Lerwick Hotel.

En menos de media hora el conductor lo dejó en la puerta y le ofreció su tarjeta por si volvía a requerir algún servicio. Esa amabilidad atrajo a su cabeza una de las tantas conversaciones mantenidas con Christina. De aquella en concreto se quedó con algo esencial para ella: el espíritu solidario que seguían manteniendo los vecinos de Lerwick.

Al hacerse una composición del lugar, creyó estar en una dimensión paralela por las balizas de iluminación como estacas de acero marcando el camino hacia el acceso del hotel y el blanco cegador en contraste con la austeridad del edificio negro, de una sola planta, con una forma espacial de octaedro que le recordó a los barracones de los campos de concentración; era muy feo; aunque no tanto como la horrenda sensación de estar aislado en el planeta.

Se registró en un tiempo breve para las expectativas que tenía. Incluso bromeó con la recepcionista que lo atendió de manera eficiente pese a no comprender gran parte de la conversación. Aparte del acento cerrado, un cabello parecido a una gran masa de algodón de azúcar con sabor a zanahoria, una constitución corpulenta poco femenina y la gesticulación con las manos ayudaron a distraerlo;

aunque siendo justos, fue muy agradable y pasó unos minutos divertidos.

Tirando de la maleta camino del dormitorio, se arrepintió de los pensamientos negativos sobre el hotel porque la vista del puerto a través de los ventanales que corrían paralelos al pasillo compensó el resto de carencias, hasta que entró en la habitación más cutre donde se había alojado jamás. Entre los muebles anticuados y el espacio mínimo para moverse se desanimó de inmediato, solo salvaba la bañera y sin Cordey no la usaría. Pero no podía exigir; o lo tomaba o lo dejaba; la oferta no era para tirar cohetes ni en víspera de Nochevieja sobraban las plazas libres.

Gracias a la encantadora recepcionista, no le costó dar con los McQueen. De hecho, no se privó en garabatearle un plano por si se perdía. Jack se lo guardó en el anorak con una sonrisa amable y serias dudas en la capacidad de orientación de la buena y dulce criatura en Nueva York, Londres o en cualquier otra ciudad con más de diez mil habitantes.

Muerto de frío, anduvo apresurado por las viejas, adoquinadas y solitarias calles hasta encontrar la plaza. Se paró echando un ojo alrededor para ubicarse sin recurrir al plano y observó Commercial *Street*, claramente donde estaban «todas» las tiendas en la planta baja de unos edificios ensombrecidos por las inclemencias de un tiempo desapacible, toscos pero conservados con primor; podría decirse, con orgullo. Creyó que habían sido antiguas viviendas de pescadores por los colores chillones que destacaban en algunos dinteles de las ventanas y puertas, no muchos, con predominio de los tonos azules, y por la cercanía del mar, bien visible desde cualquiera de las numerosas callejuelas perpendiculares. El pueblo todavía conservaba el estilo añejo de las pequeñas poblaciones costeras, sin olvidar las cabinas rojas salpicadas cada cientos de metros, recordando de manera constante su país de pertenencia.

Pocos minutos y metros después, ya no había negocios, solo viviendas de una o dos plantas, y hasta esas las pasó de largo. Llegó a un cruce y volvió a detenerse. Al final iba a resultar que la recepcionista aparte de encantadora estaba siéndole de una ayuda inestimable. Sonriendo, Jack localizó la casa y llamó al timbre.

Mientras esperaba, repasó la fachada de piedra parda, los cuatro ventanales alargados con la carpintería roja de la planta baja y los otros dos de la alta, más cortos y anchos. De pronto, la puerta se abrió y Jack tuvo enfrente al señor McQueen. Se ajustaba perfectamente a la descripción de Christina: alto y robusto como un ciprés; canas en el cabello y en la espesa barba; unos ojos celestes expresivos, rodeados

por las arrugas de los setenta años que había cumplido, sin aparentarlos; y la vestimenta sencilla de unos cómodos vaqueros, unas zapatillas gruesas y una chaqueta oscura de lana.

—Hola —saludó Stewart McQueen con una sonrisa tibia—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, estoy buscando a Christina, ¿está aquí?

De repente, al escuchar esa voz inconfundible, Ari apareció corriendo.

—¡Jack! —gritó, se lanzó a sus brazos, feliz, riendo muy contenta —. ¿Y Cord?

—Está con los abuelos —dijo Jack cuando la dejó en el suelo—, parece que quieras verlo a él más que a mí.

—No —dijo Ari con cara de pilla—, bueno, sí —afirmó cariñosa, abrazándolo por la cintura—. ¿Por qué has venido? Mami me ha dicho que no podías.

—Os echaba de menos —respondió risueño, se centró en Stewart, que hasta ese momento observaba en silencio, y le tendió la mano—. Soy Jack Drake, señor McQueen, es un placer conocerlo. Christina me ha hablado mucho de usted.

—Pasa, hijo —dijo tras aceptar el saludo con vigor—. Christina no está.

Stewart esperó que Jack se quitara el gorro, los guantes, la bufanda y el anorak, se los cogió y los colocó en el perchero con ganchos de hierro situado junto a la puerta, sobre un paragüero también de hierro.

Guió a Jack hasta la cocina, donde, además de unos muebles de madera clara antiguos e impolutos, vio la mesa puesta para tres personas.

—No quiero interrumpirles —comentó Jack apurado—. ¿Puede decirme dónde está? Iré a buscarla.

—Con exactitud no lo sé porque se llevó mi coche esta mañana y no me dijo dónde iba, pero puedo imaginármelo.

Se escucharon pasos crujiendo sobre la madera de la escalera. Al momento, Sharon, que siendo consciente de no ser una mujer elegante ni estilosa había subido corriendo al dormitorio a recomponer algo su apariencia doméstica para dar una impresión aceptable, entró decidida. En cambio, se retrajo al sentirse examinada de arriba abajo por unos ojos sorprendentes. Se conservaba bien para sus sesenta y cinco años cumplidos, aunque el pelo corto lleno de hebras plateadas envejecía un rostro en otra época tan bello como el de su hija, con quien compartía el color oscuro en los ojos, estatura e incluso el tono áspero y seductor de voz. Se vistió con una falda recta negra, una

camisa blanca y unos zapatos de tacón bajo, que compró meses antes y estrenó para esa ocasión. Esperaba con curiosidad saber qué clase de hombre había conquistado a Christina para que echara por la borda un futuro cómodo.

No le dejó entrever a Jack la misma amabilidad que Stewart, y menos cuando Ari la puso en evidencia al preguntarle el porqué de su cambio de ropa.

—No eres cómo pensaba —dijo Sharon, fijándose en el aspecto varonil de un cuerpo grande, en la informalidad de una barba descuidada, y en sus ojos, dos gemas azules brillantes y turbadoras que buscaban escudriñar en ella a pesar de notar cómo se retraían de manera educada—. ¿Has venido solo?

—Sí. Ha sido un viaje que he decidido a última hora y era mejor hacerlo solo. Mi hijo es muy pequeño para un trayecto tan largo.

—Claro, es comprensible —dijo Stewart, algo violento por estar de pie, viendo a Ari sin soltar la mano de Jack—. ¿No traes equipaje?

—Sí, lo tengo en el hotel.

—No es necesario que te quedes en un hotel —dijo Sharon con la boca pequeña. No quería verse alojando a un desconocido que olía a dinero y exigencias, sin embargo le pareció adecuado hacer la invitación—. Tenemos habitaciones de sobra.

—Eres muy amable, Sharon, pero prefiero el hotel.

—¿Por qué? —preguntó Ari con un mohín de disgusto—. Puedes dormir con mami como en casa, dile a la abuela que fregarás los platos.

En ese preciso momento, Jack optó por hacerse el loco, ignorando el intercambio de miradas que los McQueen no evitaron.

—Los invitados no friegan, Ari —dijo Stewart sonriendo prudente.

—Sí lo hacen —replicó la niña—. ¿A que sí, Jack?

—Depende, Ari —comentó, dándole palmaditas en el hombro—, si tienes confianza o no, pero lo habitual es que no.

—¿Y por qué mami tiene que hacerlo para dormir contigo?

—Ari, por favor —rogó abochornado, sin moral para soportar la clase de pensamientos que esas personas estarían teniendo de él. Para justificarse, explicó—. No tiene nada que ver; yo preparo la cena y ella recoge.

—Es bueno que las parejas compartan las responsabilidades, Ari —comentó Stewart—, siempre debería ser así.

—Aplícate el parche —dijo Sharon irónica, de pronto sonrió breve y miró a Jack—. Está muy bien que os compenetréis, se nota que eres joven.

—No sé si será por la juventud, en mi caso ha sido por necesidad.

—Entiendo —dijo Sharon sonriendo breve. Conocía la trágica muerte de Cora y, pese al recelo que sentía por él, le pareció admirable. Ahí ganó Jack un poco de respeto, ya que como hombre había aprobado desde el minuto uno. Para sus adentros, Sharon no dejó de halagar el buen gusto de Christina—. Siento mucho todo lo que has pasado.

—Gracias, eres muy amable —habló serio e inclinó ligeramente la cabeza.

Pasaron unos minutos charlando sobre la familia Drake sin que Jack se incomodara por la curiosidad de Sharon. Aunque no pretendió interrumpirlos más y se excusó para volver al centro del pueblo, pensando en cómo llegar a Quendale Bay antes de que Stewart se lo sugiriera.

Jack se despidió con un abrazo escandaloso de Ari, lleno de carantoñas, y dos formales apretones de manos tanto de Stewart como de Sharon. Quedaron en verse al día siguiente, cuando esperaba tener nuevas noticias para ellos.

Sentada en la nieve que cubría la arena de la playa, Christina contempló el horizonte, respirando sosegada, igual de tranquila que ese paisaje minimalista donde brillaban las colinas bajo un tenue sol dando una breve tregua al intenso frío. El rumor constante de las olas como único sonido casi logró aliviar el remolino de pensamientos que aturdían su cerebro con más agresividad que el fuerte viento. No sabía si su madre tenía razón y estaba cometiendo el error más grave de su vida, solo tenía claro que no amaba a Graham y que tampoco podía odiarlo. Durante los días pasados otra vez vio al padre divertido, al amigo generoso o al hombre culto que arrasó con todas sus emociones cuando se conocieron. Graham fue atento sin presionarla ni una sola vez, como buscando que ella diera el primer paso, y, con el temple imprescindible en su profesión, logró hacer de esos días una reunión familiar con antiguas remembranzas. Salieron juntos de compras con su hija por el pueblo adornado con la iluminación navideña, jugaron partidas con los abuelos al *Monopoly* mientras tomaban chocolate caliente y bizcocho casero, e incluso Graham retomó su afición a la cocina ayudando a Sharon como había hecho siempre. Así y todo, Christina no cedió, consciente de que no debía anclarse a la seguridad que Graham podía ofrecerle ni a unos destellos cariñosos que apreció pero llegaban demasiado tarde. Sin embargo, ¿porque estaba afectada por él? ¿A qué venía esa tristeza? Creyó posible achacarla a la despedida, al último abrazo que se habían dado en el muelle y al

último beso que le dio en los labios, en él se iban las alegrías y afrentas, el amor y el dolor o las ilusiones y desengaños. En aquel roce suave, Graham se emocionó como nunca lo había visto, jamás lloró delante de ella, ni siquiera cuando perdió algún paciente en el quirófano fue tan expresivo. Se preguntó si serían ciertas sus promesas y con las mismas se obligó a no seguir por ese camino. Debía ser fuerte y asumir las consecuencias de sus decisiones para bien o para mal. Nadie podía garantizarle un cielo libre de bruma con Jack, pero necesitaba ser positiva e intentarlo. Por mucho que le molestase su pasado díscolo también era honesto reconocerle que no se cansaba de provocarle felicidad, sin compromisos, pero al fin y al cabo ¿qué más daba? ¿No era bastante haberlo encontrado cuando menos lo esperaba? Este último pensamiento atrajo otros y con ellos llegaron las sonrisas espontaneas que brillaron en su memoria como el sol intentando atravesar una espesa borrasca. Allí resonó en su cabeza *How to disappear completely*, la melodía que la acompañó mientras conducía el coche de su padre, que tan bien describía la sensación que su playa nevada tenía para ella y de manera sorpresiva volvió a escuchar tras muchísimo tiempo. Ese lugar era propio para desaparecer; el mejor sitio imaginable para olvidar el mundo permitiendo que los sueños se hicieran realidad.

Al salir de la casa, Jack agradeció el solecito cuando recurrió a la tarjeta del taxista para contratar un nuevo servicio. Esperando en el cruce expuesto al viento, se frotó las manos enguatadas con los hombros encogidos, solo tenía parte del rostro visible, el resto, medio resguardado por una insignificante barba de pocos días que por suerte no se afeitó ni tenía pensado hacer hasta volver a su casa.

Durante el trayecto hacia el sur de la isla se distrajo hablando con el taxista. Se rió por una filosofía que no dejó de transmitirle una simplicidad tan apabullante como verdadera. Era un tipo de unos cincuenta años entrado en carnes, moreno, simpático, que trabajaba bajo demanda, teniéndolo a él como cliente vip.

Conforme avanzaban por la carretera de un solo carril a través de caprichosas ondulaciones cegadoras de blanca pureza, con algunas granjas y pocas casas de piedra a lo largo de los kilómetros recorridos, la ansiedad que sentía Jack se multiplicó viendo aquella magnitud desértica rodeada de mar. Los promontorios arropaban una bahía salvaje, no muy escarpada pero hostil por el embate de las olas.

Cuando se acabó la calzada de forma brusca a poca distancia de la playa, Jack pagó la carrera y rehusó el viaje de vuelta al ver un Land

Rover Defender de color verde oliva aparcado en mitad de la nada; confirmando que Christina todavía seguía en esa playa de invierno que le describió como un refugio para su alma.

Cauteloso ante un desnivel mitigado por grandes burbujas camuflando los hirientes bordes de las rocas, Jack bajó esos metros y no necesitó más que echar un vistazo para distinguir la silueta que buscaba.

Christina se levantó despacio, atenta al hombre abrigado hasta los dientes que andaba hacia ella. De pronto, el corazón empezó a latirle descontrolado, incapaz de respirar. Conocía ese cuerpo, esos andares y las preciosas turquesas que hablaban en silencio.

Sonrió a punto de llorar corriendo a su encuentro para quedar aturdida ante otra inesperada visita; aunque esta había logrado inundarla de felicidad y esperanza.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó abrazándolo.

—Te echaba de menos, cariño —respondió Jack contento pero preocupado por unas lágrimas demasiado caudalosas. Le sujetó la cara entre las manos y le besó los labios con una delicadeza que pretendía relajarla. Se apartó sin soltarla y comentó sonriendo—. Creía que te alegrarías de verme no que ibas a montar un drama.

—Estoy muy contenta —habló entrecortada, sin separarse del sostén de sus brazos ni su pecho, donde latía un corazón más sosegado que el de ella—. Me has sorprendido para bien, ya sabes que soy un poco llorica.

—¿Un poco? —preguntó bromista.

Christina levantó la cabeza y asintió riendo.

—¿Cuándo has llegado? ¿Y Cordey? —preguntó interesada. En unos minutos, Jack despejó la curiosidad de Christina, que comprobó la discreción de sus padres y Ari respecto a Graham; aunque se vio en la obligación de no posponer contárselo antes de que alguno se fuese de la lengua. Cogió su mano y preguntó—. ¿Quieres que nos vayamos o prefieres quedarte un rato?

—Me gustaría estar un rato en tu playa —dijo Jack, le dio otro beso en la boca y colocó un brazo en su hombro, iniciando el paso por la orilla nevada—. No me extraña que esto te guste tanto, Chris, es desolador y majestuoso a la vez, impresiona.

—Lo sé, cariño —admitió, pensando cómo empezar la conversación. Tardó unos segundos en elegir las palabras adecuadas —. Te he echado mucho de menos también, no te haces una idea…

—Estaba preocupado, te he llamado un montón de veces. ¿Qué le pasa a tu móvil?

—Nada —respondió, se detuvo y lo miró a los ojos—. Cuando

llegamos Graham estaba esperándonos —comentó tan seria como el rostro de Jack en ese preciso instante—. Hemos estado con él hasta esta misma mañana.

—¿Cómo? —preguntó, retirando el brazo de manera brusca, a punto de explotar en mil pedazos—. ¿Estás diciéndome que mientras he estado como un gilipollas preocupado por ti estabas con tu exmarido de vacaciones familiares?

—No, ni mucho menos —contestó con la paciencia despidiéndose a marchas forzadas—. Ha venido para ver a Ari —explicó sin saber el alcance que la cruda verdad tendría en su relación, pero se lanzó en picado, no podía engañarlo ni quería una dinámica que había experimentado y como poco debía servirle para no cometer los mismos errores—. Necesito que me escuches sin enfadarte, con mucha atención, cariño, muchísima.

—Espero que no me digas lo que estoy imaginando —habló de forma mecánica y tragó lento, golpeado con violencia por una situación que trastocaba un definitivo y romántico propósito, varias vidas y sería una debacle emocional para la que no estaba preparado —. Te escucho.

El mar, el viento y aquella tierra indómita fueron testigos excepcionales de una declaración hecha de frente. Christina mantuvo el tipo cuando Jack empezó a desesperarse con gestos cínicos, no le ahorró nada, ni el beso de esa mañana en el muelle; nada y todo hasta terminar; hasta aliviar al hombre que cerró un instante los párpados al comprender que lo anteponía al médico.

—He tardado muchos años en darme cuenta de que las cosas no mejoran si uno no hace nada por cambiarlas, tantos que había olvidado que se siente no estando sola. No sé si he aprendido y no sé si nos irá bien —comentó Christina, expulsó con brusquedad el aire de los pulmones y bajó la vista, harta de sus propias lágrimas, más intensas cuando Jack las arrastró con sus manos—, pero sé que te quiero. Soy muy feliz contigo y, mientras dure, quiero vivirlo sin pensar en otra cosa que no sea estar junto a ti y nuestros hijos.

Jack sonrió y ya no contuvo el anhelo de enredar sus lenguas con ímpetu, luchando furioso para que confiara en él, solo necesitaba un poco más de tiempo, el justo para regresar al hotel, donde con las prisas olvidó el anillo.

—Te amo, Chris —dijo al apartarse.

Cuando regresaron a Lerwick habían decidido cenar en el restaurante del hotel y pasar por casa de los McQueen para que

Christina recogiera algo de ropa con intención de no separarse ni una sola noche más. Si a Sharon le molestó, tuvo el detalle de no expresarlo abiertamente; algo que su hija aceptó con un abrazo cariñoso como hacía años no le daba, tantos que se emocionó.

Sin parar de hablar, anduvieron hacia el centro de la mano. La noche acaparaba el día y, otra vez, de manera suave empezó a nevar. Las farolas iluminaron las calles de un tenue fulgor dorado por donde los copos blancos alcanzaban el haz irreal que se proyectaba en el suelo. Apremiaron el paso por no mojarse y por el hambre que Jack manejaba tras el desayuno que había tomado en Aberdeen y la comida que se saltó impaciente por encontrarla.

—En Quebec hace frío, Chris, pero esto parece el Polo Norte.

—No sé, nunca he estado —dijo sonriendo—, y, para ser sincera, no me importa lo más mínimo porque esta noche fría estás tú. —Christina se detuvo sonriendo con picardía y le dio un piquito en los labios—, y te aseguro que pienso mantenerte bien calentito.

—¿Mucho? —preguntó, acelerándose al imaginar cómo.

—Sí. Voy a tener en cuenta el esfuerzo que has hecho viniendo.

—Vale, doctora. —Jack agarró su mano y tiró de ella, siguiendo con la caminata—. Cuanto antes lleguemos, antes empiezas. ¿Tendrán servicio de habitaciones?

Christina rió al escucharlo, encantada con las expectativas.

Por desgracia para Jack, el hotel carecía de ese servicio, en cambio, disponía de un restaurante con una carta innovadora nada desdeñable para aliviar su estómago vacío. Sin dilatar la cena más de lo necesario, salieron del comedor para encerrarse en la minihabitación. Christina tardó unos segundos en reaccionar.

—No tengo claro si podremos dormir ahí los dos —comentó, observando la cama individual con una horrible colcha de flores.

Buscó dónde dejar el anorak, y solo encontró un perchero detrás de la puerta del baño. Colgó el suyo y el de Jack, algo conmocionada pero cavilando en un ligero cambio de escenario; les vendría bien.

—¿Dormir? —preguntó, sujetándola por la cintura, inclinó la cabeza y la besó en los labios. Acarició sus pechos y metió las manos bajo el jersey de lana, pero encontró otro obstáculo—. Vas forrada, cariño.

—Si me hubieses avisado, me habría esmerado algo más.

—Pero no te habría sorprendido —comentó, quitándole el jersey—, y el factor sorpresa es definitivo.

—Por supuesto —admitió, terminando de desnudarse sola—. ¿Te

apetece un baño caliente?

—¿Ahora? —Jack tenía sus propios planes, aunque vio la sonrisa de Christina y no quiso quitarle el deseo—. Está bien, llena tú la bañera mientras voy a buscar unas bebidas.

En el restaurante, Jack consiguió una botella de champán francés y dos copas altas. Cuando regresó a la habitación reconvertida en sauna nórdica, Christina había colocado encima del lavabo la única lamparilla que tenían y ya estaba en el agua a remojo.

Jack aprovechó el despiste y sacó la cajita del anillo antes de desnudarse. Cogió las copas y la botella, ingeniándoselas para ocultarla en la mano. Con disimulo, gracias a la escasa iluminación del cuarto de baño, la soltó en la repisa que había a espaldas de la bañera. Christina no se enteró de nada, absorta en la contemplación de su cuerpo.

—Guau, cariño, Dom Perignon —exclamó riendo. Se incorporó para hacerle hueco—. ¿Qué celebramos?

—Muchas cosas —respondió impreciso, le guiñó un ojo y descorchó la botella. Sirvió las copas y se las dio a Christina, que las sostuvo mientras se acopló detrás de ella—. ¿Te parece bien la Navidad?

—Perfecto —dijo girándose, le besó los labios y le dio su copa—. Por nosotros, Jack, por estar conmigo.

Brindaron y bebieron mirándose a los ojos. El champán estaba delicioso, pero no tanto como la sensación de felicidad que los dos tenían. Christina porque estaba bien apoyada en su torso, rodeada por unas piernas fuertes y unas manos juguetonas que la calentaron más que el agua. Y Jack porque intentaba hilar sus pensamientos con romanticismo para la última proposición de matrimonio que pensaba realizar en su vida.

Durante unos minutos bebieron y se relajaron entre suaves caricias y los ligeros besos que Jack prodigaba en el cuello y hombros de la doctora, que ronroneaba satisfecha con los ojos cerrados.

—Cásate conmigo —susurró Jack en su oído.

Si Christina hubiese advertido algún indicio, probablemente, la voz de su garganta no habría tardado en salir; sin embargo no reaccionó más que abriendo los ojos, inmóvil.

—¿Puedes repetirlo? —preguntó murmurando.

—Sí —contestó moviéndose, alargó el brazo hasta coger a tientas la cajita de terciopelo rojo—. Date la vuelta —dijo Jack. Christina se levantó, muy seria, y se sentó frente a él con las piernas por encima de las suyas. Al verle una sonrisa, frunció el ceño esbozando otra, aunque todavía no había reparado en que ocultaba algo en la mano, parecía

recelosa o intrigada—. No soy bueno haciendo declaraciones, pero voy a intentarlo. —Al decir esto, las tornas cambiaron, fue ella quien apretó la boca aguantando la felicidad que solo quería gritar y reír para liberarse mientras los nervios carcomían a Jack, que sin apartar los ojos de ella, volvió a hablar—. Te quiero, te necesito y no pienso dejarte escapar. Eres mía porque tenías que serlo, porque llegaste a mí en el momento adecuado y por tantas cosas que me son complicadas de explicar que tardaría esta vida en contártelas. —Jack sacó un solitario de oro blanco con un diamante redondo con talla brillante y lo sujetó con dos dedos delante de ella—. Con esta sortija me comprometo a ser un buen marido para ti y un buen padre para nuestros hijos. No voy a prometerte que las cosas serán fáciles ni que no tendremos problemas, pero si me aceptas, si quieres ser mi mujer, aquí y ahora, solos tú y yo, dejamos atrás todo el pasado, todo, Chris, absolutamente todo. Te juro que no te arrepentirás ni tendrás motivos para desconfiar de mí. ¿Quieres casarte conmigo?

La voz traicionó a Christina, solo movió la cabeza afirmando, con el corazón encogido por la emoción. Jack se quitó un peso de encima cuando le tendió la mano para que se lo colocara en el dedo y pegó sus frentes, rodeándole el cuerpo con los brazos.

Más tarde, en esa noche helada donde reinaba la oscuridad sin estrellas ni luna, navegaron entre un armonioso sexo lleno de pausada delicadeza y susurrantes palabras de amor. Sus cuerpos se ensamblaron en una sincronizada combinación y dos destinos se mecieron para florecer como una sola figura recompuesta.

El tiempo, el maldito tiempo que necesitaron para curar heridas ya había hecho efecto, cicatrizó el dolor y les dio alas para volver a sobrevolar altas cumbres, acantilados inaccesibles y blancas praderas. Si desde que se conocieron ni Jack pensó jamás en Cora mientras la amaba ni Christina en Graham, en esa cama incómoda se convencieron de que podían soñar con un futuro donde nadie se inmiscuyera entre ellos; vinculados a ese proyecto rozado con besos, caricias y una pasión inmensa que detonó en un éxtasis fulminante y perfecto. Así pasaron esa noche fría, haciendo el amor y hablando somnolientos hasta que se durmieron enroscados cumpliendo otro de sus objetivos; ardieron.

La mañana siguiente pasaron por alto el desayuno en el restaurante del hotel, ocupados en desearse los buenos días otra vez, con menos preliminares y más perversión. Jack era insaciable y Christina, en una nueva pubertad no se limitaba a recibir. Con él siempre fue libre, pero

desde hacía muchas horas el compromiso parecía haberla desatado.

Salieron del pub después de tomar un consistente plato de huevos revueltos, salchichas y varias rodajas de un embutido artesano que admiró a Jack, apretó a Christina a su cuerpo en un abrazo cariñoso y anduvieron bajo una lluvia tan tímida como gélida.

—Debo reconocer que tu pueblo es muy bonito —comentó Jack, mirando el puerto donde un ferri ponía rumbo al Sur.

—Lo sé, cariño. Me gustaría que viniéramos al menos una vez al año.

—Claro que vendremos, y hasta podemos casarnos aquí si quieres.

—Depende de cuándo lo hagamos. ¿Has pensado alguna fecha?

—Chris, por favor, con pensar en que no me rechazaras he tenido más que de sobra. No te haces una idea de la semanita que llevo.

—¿De verdad pensabas que iba a decirte que no? —preguntó sorprendida—. Jack, si es lo que más deseaba...

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—¿Por qué? —preguntó, encogió los hombros—. Porque soy muy tradicional para ciertas cosas y las mujeres no piden en matrimonio a los hombres. Respeto a quien quiera hacerlo, pero yo prefiero una declaración como la de anoche, me parece más romántico.

—Para ti, porque me hiciste pasar un mal rato.

—Pero luego te lo compense ¿no?

—Con creces, cariño.

Camino de la casa familiar rodearon el centro por la carretera de la costa. El agua disolvía el hielo y convertía la calzada en una peligrosa pista de patinaje artístico. A Jack se le ocurrió una idea y preguntó:

—Cariño, ¿si dejaras de tomar las pastillas durante unos meses, sería muy perjudicial para ti?

—¿Para qué?

—Por no quedarme con la intriga de si realmente soy infalible o no.

—No es por quitarte la ilusión, pero la biología es como es, y esto es lo que hay.

Escuchándola con sus palabras, Jack giró la cabeza entrecerrando un ojo, sonriendo engreído.

—¿Pero estarías dispuesta a intentarlo?

De repente, Christina se paró en seco. Con la boca medio abierta se acercó al muro alto, se agachó sin dar crédito a la preciosidad roja que contemplaba, pensando en que si ella había conseguido sobrevivir con todo en contra, ¿por qué no darle el gusto al hombre que había puesto patas arriba su vida?

—Sería capaz de hacer muchas cosas por ti. —Christina lo observó

pintando su rostro con la felicidad de creer en los milagros, rodeó su cuello con los brazos y lo besó apasionadamente—. Sí, Jack Drake, contigo estoy dispuesta a todo.

VEINTE

Quebec, cuatro meses después

Canadá

—¡Por Dios, Jane! No me asustes.

La doctora Dixon parpadeó varias veces con la vista clavada en el monitor del ecógrafo.

—Veo lo que es, Chris —dijo en un tono seco, sonrió al mirarla. Christina estaba tumbada en la camilla de su consulta en el Centro Hospitalario Laval, pálida, con gotitas de sudor en la frente y el cuerpo tan rígido como una tabla de acero—, pero por ser tú, voy a repetir el examen.

Jane no se ofendió por la desconfianza de su amiga, aunque empezaba a cansarse. Siempre sucedía lo mismo cuando alguna de sus compañeras recurría a ella. Parecía que cuánto más entendiesen de medicina fuesen más reacias a admitir un diagnostico; y con ese concretamente no tenía ninguna duda: Christina estaba embarazada de unas seis semanas.

Cuando logró convencerla con las imágenes y la enumeración de cambios físicos en su anatomía, se sentó tras su mesa, aguardando paciente a que Christina se vistiera.

—Estoy en shock —dijo Christina.

Tras abrocharse la camisa y ponerse otra vez los vaqueros, la doctora McQueen se dejó caer en una silla, inclinó la cabeza hacia delante y se la tapó con las manos.

—Sinceramente, Chris, no te entiendo —comentó Jane sin salir de su asombro. Christina la miró con la cara hecha un cuadro surrealista. Las lágrimas recorrían sus mejillas como ríos. Viendo esa desesperación, llegó a preocuparse—. ¿Si no querías quedarte embarazada por qué dejaste las pastillas?

—Es imposible… —dijo susurrando.

—No —replicó Jane sonriendo con cinismo—, de eso nada. Tengo varias pacientes en tu misma situación. Llegáis a la menopausia y viva la libertad. Sabes que el riesgo de embarazo no desaparece hasta transcurridos doce meses sin la regla. Es difícil pero posible. ¿Quieres tenerlo?

Christina mezcló una risa histérica con el llanto desconsolado, incapaz de articular palabras para expresar su felicidad. ¿Si quería tener ese hijo? Por supuesto. No había nada que hubiese deseado más, como tampoco nada la había sorprendido más en su vida.

Regresó a su consulta después de escuchar las recomendaciones de Jane, que incluyó el embarazo en el seguimiento de «alto riesgo» por su edad y antecedentes, y, sentada en la mesa, pasó muchos minutos pensando en cómo anunciárselo a Jack.

Llevaban casados algo más de dos meses, pero dejó los anticonceptivos un poco antes para darle el gusto de intentar preñarla. Y no creyó que lo conseguiría a pesar del empeño diario. En cierta ocasión, bastante sobrado, le habló de su capacidad procreadora, infalible, si bien ella no lo tomó en serio. Hasta esa precisa mañana de domingo, donde acudió a Jane porque andaba preocupada por el retraso en su periodo, sin saber que su vida volvería a dar otro giro imponente gracias a la constancia lujuriosa de su flamante marido, que solo necesitó tres meses para cumplir con su desafío.

Recogió los papeles de la mesa y abandonó el hospital finalizando la guardia de doce horas que hizo para tener todo el día libre. Habían preparado una comida familiar para celebrar el primer cumpleaños de Cordey y por nada quiso perdérsela.

Caminó por el aparcamiento hacia el coche, oliendo a primavera y sintiendo en la cara el tibio calor del sol. Las fragancias a flores esparcidas por el viento serenaron el ritmo vertiginoso de sus pensamientos, hasta lograron que riera contenta; inmensamente feliz. Jack estaba obrando milagros con ella.

Mientras conducía por las desiertas carreteras de la ciudad, recordaba aquel reciente cinco de febrero con una distancia de años. No tenía la sensación de llevar casada con Jack tan poco tiempo; le parecía sencillo y natural, lógico y necesario como respirar. Revivió en la memoria la imagen bonachona del juez Kennet J. O´Doyle cuando declaró el matrimonio en una sala del juzgado dónde él trabajaba. No les quedó otro remedio que aguardar los veinte días de espera legal entre la concesión de la licencia y el enlace; aunque a Jack le supusieron un martirio que por fortuna no acabó con él. Durante aquellos días Christina admitió todas las apreciaciones de Sean sobre la animadversión al matrimonio que Jack camuflaba. Convivió con un desquiciado. En cambio, en ese momento, otra vez las tornas cambiaban. O no. Contaba con la posibilidad de que ambos rozaran el histerismo durante los próximos meses.

La cabeza empezó a bombardearla con información. Debía enfocarlo con él sin dar demasiada importancia a los riesgos del

embarazo, entendiendo la sarta de malos recuerdos que instigarían su mente con pesimismo.

A su madre también tendría que mantenerla a raya, ya que tras la inesperada visita en su boda, donde la sintonía entre ella y Jack fue un éxito, además se alojaron por expreso e insistente deseo de él en el sótano, no descartaba cualquier otra aparición sorpresa antes del nacimiento, previsto a primeros de noviembre. Si la impresión de Sharon cambió al tratar a Jack, el flechazo al conocer a Cordey fue inmediato. Christina no sabía qué tenía el niño para despertar ternura, pero indiscutiblemente algo especial debía tener. Por supuesto, el razonamiento de Elizabeth no entraba a valorarlo; pese a escucharle decir infinidad de veces que el niño era un ángel. Incluso parecía esperar verle alas. Aunque entre los Drake la exclusiva celestial no era solo de Elizabeth, algunos en Terranova también aludían al ejército divino con cierta frecuencia, justo cuando ella se mordía la lengua para no cachondearse. Qué buenos momentos pasaba con su familia política, impagables.

Con Ari el anuncio sería pan comido. La niña continuaba adorando a Cordey, un verdadero hermano de sangre para ella, sin comparación con el hijo que había tenido dos meses antes la exnovia de Graham. De momento no había visto a la criatura, que vivía en Nueva York, y si Graham tenía razón y la prueba de paternidad que había solicitado se la reconocía, la niña nunca lo conocería.

Christina ni preguntó ni estaba interesada en saber; sin embargo comprendió las dudas de Graham porque sufrió a la enfermera en sus carnes, porque conocía cómo se movía en el hospital y, sobre todo, porque la tenía calada hasta la médula. Graham debió desengañarse. Al menos es la impresión que sacó cuando en una de las llamadas semanales a Ari, en un arrebato de sinceridad, le comentó que unas semanas después de dejar a la enfermera, embarazada de siete meses en aquel momento, algunos compañeros le advirtieron de su dudosa reputación y de la inestable relación que la mujer mantenía desde hacía años con otro médico del hospital. Ese médico estaba casado y, según Graham, no tenía intención de reconocer al niño, por lo que él se convertía en el candidato perfecto para mantenerlo. Christina no se alegró por la situación delicada que Graham atravesaba; solo un pelín; más bien, sintió alivio. Creyó justo que hubiese experimentado la sensación irritante de la infidelidad; aunque, en su caso, no coincidiera con el otro médico y la enfermera al vivir de nuevo en Edimburgo ni tampoco le afectara si, como le confesó en Navidad, seguía enamorado de ella. Siempre estaba bien fracasar. Sería un acicate perfecto para él. Al menos, a Ari le había beneficiado. En los

últimos cuatro meses, Graham la visitó tres veces, no olvidaba llamarla ninguna semana y parecía tan deseoso como la niña porque llegasen las vacaciones para compartirlas juntos en Escocia con los abuelos. Por todo eso Christina creía que fracasar a Graham le abrió los ojos para mejorar con Ari y para centrarse en su carrera profesional. Por lo que tenía entendido, estaba ilusionado con su equipo escocés y la valoración de su regreso era muy positiva. Graham era un hombre atractivo, inteligente, con un empleo absorbente pero remunerado a conciencia, sería una cuestión de tiempo que rehiciera su vida. Christina dudaba seriamente de sus declaraciones amorosas, que no se repitieron desde la despedida en el muelle de Lerwick, prefería pensar que fueron intentonas desesperadas para no verse solo. Y si esa percepción era errónea, él mismo debía poner remedio.

Después de la boda, Graham tuvo el detalle de felicitar a Jack. No mantendrían una relación amistosa porque ninguno lo deseaba, pero por la niña hablaban con cortesía. El cambio ayudó a suavizar asperezas y, sobre todo, convenció a Ari de que su padre siempre estaría a su lado; y solo por verla feliz para Christina todo merecía la pena.

Dejó el bolso en el perchero del vestíbulo, escuchando la televisión, y se asomó al salón. Ari estaba sentada en un sillón y Cordey en el suelo, gateando detrás de una pelota.

—*Ma-mi*.

—Buenos días —saludó risueña. El niño cogió velocidad y se acercó a ella antes de que Ari reaccionara. En cuclillas, Christina le dedicó mimitos al cumpleañero y un abrazo sentido a la niña cuando la prefirió a los dibujos animados—. ¿Habéis desayunado?

—Sí, hace un rato.

—¿Dónde está Jack?

—En el sótano —respondió Ari de regreso al sillón—. Está inflando globos.

Christina alzó a Cordey, con un peso considerable, y se dirigió al sótano para ver el montaje que Jack preparaba. Desde la escalera lo observó, vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta negra, repasando su escenario: la mesa dispuesta para diez comensales, los racimos de coloridos globos colgando del techo, otros con formas de animales sujetos en palitos articulados, el cochecito eléctrico que iban a regalarle en un extremo de la habitación junto a una minipiscina de bolas, arcoíris de papel en las paredes, y una piñata que supuso sería para Ari y Ophie, porque ni Isabella ni Cordey comían chucherías.

Definitivamente, aparte de voluntarioso, Jack era un exagerado.

—Hola —dijo Christina—. Te ha quedado muy bien.

—Gracias, cariño. —Jack sonrió, le besó los labios y le quitó a Cordey para dejarlo a sus anchas gateando—. Llegas pronto —comentó, pasándole los brazos alrededor de la cintura—. ¿Qué tal la guardia?

—Tranquila —respondió. Le acarició la nuca antes de volver a relamerse en el sabor de su boca, sopesando el riesgo de anunciarle ya el embarazo o esperar hasta la noche; más que nada para evitar eclipsar el cumpleaños—. ¿A qué hora llegará el catering? —preguntó interesada.

—A las once. —Jack se apartó, cogió una tiza blanca y en la pizarra donde Ari jugaba a las clases con los muñecos escribió: «*Esto es la fiesta de Cord/ Feliz cumpleaños/ 1*»—. ¿Está bien?

Riendo, Christina sacudió la cabeza.

—Perfecto, cariño. Para mi cumple fuiste mucho más sencillo.

—Cada edad requiere un despliegue —comentó burlón—. No irás a decirme ahora que no acerté de pleno con tu regalo.

—De pleno —admitió, pensando en la velada que le organizó cuando los niños se acostaron. No le faltó ni un detalle romántico en el dormitorio, igual que cumplió sus expectativas con un brazalete de plata vieja, de estilo vintage, con una inscripción abrumadora en el interior, que en ese preciso instante le arrancó una sonrisa: «*Ámame como te amo/ de Jack para Chris, mi milagro/ 15-4-14*». Las constantes muestras cariñosas con él no dejaban de sorprenderla, siempre prevalecían los hechos. Por no acrecentarle más el ego, le dio un piquito rápido y optó por reservarse—. ¿Te importa si me echo un rato?

—¿Sola o con compañía?

—Sola, cariño —respondió con un puchero mimoso—. No he dormido nada.

—Vale, pero esta noche es nuestra.

«Sobre todo tuya», pensó Christina asintiendo en silencio.

En pleno auge de la comida, con Isabella en el regazo, que acababa de cumplir seis meses y tenía un parecido físico con Elizabeth extraordinario, Christina no halló nada de su madre en ella, quizá el cabello oscuro y no estaba segura al cien por cien, mantenía una conversación sobre arte con Elaine y Claire, recién llegada con Gabriel y la niña exclusivamente para esa celebración, sin dejar de controlar cada pocos minutos a Victor Hosborn.

Jack no mostraba su incomodidad por la presencia de Victor, aunque fue evidente para Christina. Esquivaba mirarlo a los ojos, no le dirigía la palabra y lo vigilaba como un depredador cuando le hablaba a ella. En cambio, su actitud con Angie no podía resultar más opuesta, siempre pendiente con amabilidad. Ni uno ni otro comentó nada al escuchar a Cordey llamarla «mami». Algo que a Christina no sorprendió. Conocía la aceptación de Angie, e incluso los había visitado sola alguna que otra vez aprovechando las ausencias laborales de Victor, y del hombre sería injusto opinar mal pese al marcaje de Jack. No destacaba por afectuoso, solo su nieto y Ari conseguían rasgarle la coraza arisca a base de inocencia, tal y como habían hecho con Sharon, que llegó a disculparse con Christina por la discusión en Lerwick.

Aunque Sharon y Victor estuvieran en diferentes circunstancias, si una comprendió que para la doctora no suponía un esfuerzo ejercer como madre de un niño que no era suyo, el tiempo lograría que Victor la admitiera. Hasta ese momento, los pequeños ya le reblandecían el carácter y, siendo así, tarde o temprano olvidaría su rencor hacia Jack.

Cuando Gabriel se levantó para ayudar a Ophie en su incursión dentro del automovilismo, Christina subió a la cocina para traer la tarta antes de que el sótano se convirtiera en una cruenta guerra de globos o en una pista de velocidad.

Coincidió con Elizabeth, que ponía algo de orden en la encimera abarrotada de platos.

—Déjalo, Elizabeth, después lo recogeremos.

Christina abrió la nevera y, resignada, contempló las bandejas de cristal a rebosar de comida. Jack fue tan excesivo con el encargo al catering como decorando el sótano. Medio sonriendo fue a sacar la tarta. No pudo. Antes de cogerla, el intenso aroma a salmón de unos canapés que no sirvieron penetró en su olfato para provocarle unas súbitas náuseas. Se tambaleó sujeta al tirador de acero inoxidable.

—¿Estás bien, Chris? —preguntó al sostenerle el codo—. ¿Has tenido guardia?

—Sí —afirmó esbozando una sonrisa rápida—. He dormido un rato, pero no habrá sido suficiente.

Trató de enfocar la vista en la tarta, pero sintió un amargor en la garganta y le sobrevino una arcada. Soltó de golpe la puerta y entró deprisa en el aseo de esa planta. No vomitó.

—Chris —dijo Elizabeth, en el umbral con los brazos cruzados, observando cómo se refrescaba la cara. En un tono susurrado, preguntó—, ¿estás embarazada?

Christina la miró a través del espejo, apretando una sonrisa y

afirmando con la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Qué alegría más grande!

Elizabeth no solo gritó, también la abrazó con fuerza. Tras la euforia, ambas se giraron para toparse de frente con Jack, que preocupado por la tardanza había subido por si Christina tenía algún problema imprevisto.

Con el ceño arrugado, se centró en su mujer.

—¿Qué me estoy perdiendo?

En ese instante, Elizabeth comprendió que tenía la primicia. Sin ahorrarse una sonrisa pletórica o un ligero apretón en el brazo de Jack, desapareció sigilosa.

—Quería esperar a esta noche —comentó Christina, atenta a sus ojos—. Has ganado.

—Chris, nos están esperando. ¿Qué coño he ganado?

—Un premio.

Jack resopló y se repeinó el cabello. Ignoraba que la facción cotilla de su familia hacía cola en la escalera. A la cabeza, Elaine, seguida de cerca por sus hermanos y padres. Claire y los Hosborn no se enteraron de nada ocupados con los niños.

—¿Juegas a la lotería? —preguntó Jack burlón—. Porque, si es así, podías habérmelo dicho.

—No exactamente. —Christina sonrió acercándose a él—, Pero casi. Le has ganado la partida a la biología.

—¡¿Estás embarazada?! —preguntó gritando al fin.

—Sí —respondió risueña, igual de feliz como asombrado estaba Jack.

—¡¿Vamos a tener un hijo?!

En cuanto el cerebro de Jack se desenmarañó, pudo relacionar que la palabra «embarazo» conllevaba ser padres y el impacto lo noqueó. Besó cariñoso los labios de Christina y a partir de ahí se convirtió en un zombi recibiendo las entusiastas felicitaciones de los suyos. A Christina llegaron a inquietarla su mirada perdida y las parcas frases que soltaba de manera ausente.

Jack admitió el apretón de manos que Victor le dio con un gesto rígido, a diferencia del tierno beso de Angie, y se mantuvo correcto pero abstraído hasta concluir la celebración.

Entre todas las reacciones posibles, la doctora no pensó en la que vio durante horas. Esa sugería terror. Cuando los niños cenaron y finalizó la llamada a sus padres, buscó a Jack en el salón, sin dar con él. Salió al porche y lo encontró sentado en un escalón contemplando el jardín bajo la pobre luz del anochecer.

—¿Qué ocurre, Jack? —preguntó al sentarse a su lado—. No

pareces muy feliz.

—Lo estoy, cariño.

La miró un segundo, dejándole apreciar la humedad de sus ojos, suspiró pesaroso y le colocó un brazo alrededor del hombro.

—Todo va a ir bien.

—Eso no es nuevo, Chris, lo he escuchado antes.

Christina no supo si se refería a aquella misma tarde o a otra época, con otra mujer.

—Puedo comprender tu miedo, pero no compartirlo. No voy a permitir que nada enturbie este embarazo. Es un milagro y haré todo lo posible por tener este hijo.

Jack tocó fondo escuchándola. También Cora antepuso al niño sobre su vida, no podría resistir pasar por lo mismo de nuevo.

Durante unos minutos, Christina respetó en silencio su llanto.

—¿Cuándo darías a luz?

—La primera semana de noviembre —respondió—. Por mi edad, Jane ha clasificado el embarazo de alto riesgo. —Christina volvió a ver angustia en las turquesas—. Es algo protocolario, no quiere decir nada. —Prefirió no pensar en esa mentira piadosa. Era muy consciente del riesgo. Sabía que las anomalías cromosómicas crecían a medida que avanzaba la edad materna, que podía tener agotada la reserva de ovocitos capaces de dar lugar a un niño sano, que una gran cantidad de embriones con un número incorrecto de cromosomas finalizaban en abortos espontáneos dentro del primer trimestre o que sus posibilidades de un embarazo evolutivo correcto no superarían el treinta por ciento, como médico estaba al corriente de todos los riesgos, sin embargo, como mujer ninguno superaba sus ganas de volver a ser madre—. Nos preocuparemos cuando haya motivos —comentó severa—. Si estamos de acuerdo, me haré todas las pruebas habidas y por haber, pero como me llamo Christina McQueen te juro por Dios que voy a tener tu hijo.

Jack sonrió al escuchar la ferocidad escocesa y le besó la sien.

—Gracias, cariño —dijo con sosiego. Su única garantía eran los conocimientos médicos de ella, y si estaba tan segura, no sería él quien la contradijera—. Me has convencido.

Christina se levantó, le tendió la mano y juntos entraron en el silencioso salón donde los niños dormían en el sofá acusando el ajetreo del día. Jack levantó a Cordey y se lo dio a Christina, cogió a Ari y subió la escalera detrás de ella hacia los dormitorios.

Después de arropar a Cordey en la cama, Christina fue incapaz de salir sin contemplar la fotografía de Cora. No dudó en aprobar su colocación cuando Jack se lo propuso, igual que nunca pasaba de

largo sin aquel breve tiempo parada frente a la bella imagen en blanco y negro. El amor que mostraba el gesto de Cora acariciándose con una mano el abultado vientre, la ligera sonrisa de sus labios, los ojos cerrados y la serenidad de su cuerpo apoyado contra una pared de ladrillo conseguían abstraerla.

No escuchó las pisadas de Jack, solía ir descalzo y la madera amortiguaba los sonidos, pero olió su aroma antes de sentir la seguridad de unas manos grandes abrazándole la cintura por la espalda. Durante unos segundos también observó la fotografía.

Christina cubrió con suavidad las manos de Jack con las suyas y entrelazó sus dedos.

—Te amo. —Se giró y le besó el mentón—. Confía en nosotros.

—Lo intento —murmuró—. Igual que tú me diste la oportunidad de contradecir a la naturaleza, es justo que ahora yo haga lo mismo.

Jack no tenía reparos al ver a Cora, diariamente lo hacía y podía decirse que estaba acostumbrado, aunque en sus planes inmediatos no entraba calentarse en la habitación de su hijo. Sujetó el hombro de Christina, incitándola a moverse, y los guió hasta su dormitorio.

El amplio espacio desangelado que la doctora conoció ya no existía. Seguía escasamente amueblado con las mesitas de noche, la cama y un viejo baúl heredado de su abuela, que había recorrido con ella todo su periplo desde Edimburgo a Quebec pasando por Nueva York; sin embargo, en las paredes claras había láminas colocadas en orden, dos esculturas abstractas en un rincón y una alfombra de fibra con colores suaves. En aquel dormitorio el frío se rindió ante la calidez femenina, como Jack sucumbió al placer cuando se metieron en la cama.

Salvo los sonidos que escaparon de sus gargantas, no se escuchó nada más. Repartieron caricias intensas mitigadas con dulces besos. Los profundos embates de Jack eran acogidos con la suavidad de unas elegantes manos posadas presionándole las nalgas. Sin tiempo ni espacio; así sentían su unión.

Luego, abandonados en la inmensa paz que los rodeaba, la noche propició el retorno de una inquietud complicada para Jack. No conseguía alejarla ni descansar. Christina tampoco dormía y encendió su lamparita para contemplar la luz, la que refulgía en unos expresivos ojos azules.

—¿Sigues preocupado?

Jack soltó una risita y le acarició la cara.

—Voy a estar preocupado hasta que nazca.

—Como cualquier padre, cariño. ¿Estás dispuesto a dejar tus miedos por mí?

Escuchándola, Jack recordó una declaración de intenciones, hecha en un lugar remoto donde una intrépida amapola encontró cobijo durante el invierno. Su bella esposa le contó la historia y por ella estaba dispuesto a enfrentarse a todo, incluida la naturaleza.

—Sería capaz de hacer muchas cosas por ti —susurró en un tono grave. Christina dibujó en su rostro una sonrisa feliz—. Sí, Christina McQueen, contigo estoy dispuesto a todo, hasta creer en los milagros.

EPÍLOGO

Noviembre 2014

El acceso rodado de Urgencias en el Centro Hospitalario de la Universidad Laval impedía por su estrechez que los vehículos se detuviesen sin obstaculizarlo. Jack miró con ansiedad por el espejo retrovisor y se bajó acelerado. Christina no puso los pies en el suelo cuando un celador se acercó torciendo el gesto.

—Eh, amigo —dijo el celador—. No puede dejar el coche aquí.

—Lo sé, solo será un minuto. —Jack pasó el brazo por la cintura de Christina y la ayudó a bajar—. Mi mujer está de parto.

—Ya veo —dijo el hombre, impasible.

Christina se dobló por otra contracción, apretó tan fuerte la mano de Jack que le clavó las uñas.

—¡¿Puede ayudarme?! —Jack había pasado la tarde aguantando estoico, preparado para salir pitando sin perder los nervios, hasta llevó a los niños a casa de sus padres siguiendo la orden severa de Christina, pero no soportó estar en la puerta del hospital con un mirón que no hacía su trabajo—. ¡Avise a la doctora Jane Dixon!

—¿Yo?

El celador se tocó el pecho con el pulgar.

—¡Sí, usted! ¡Mi mujer trabaja aquí!

—Me alegro —replicó ignorándolo—. Pero soy celador, no un mensajero.

—Cariño, relájate.

—¿Que me relaje? —repitió—. ¡No me pidas nada ahora, Chris! —Jack volvió a enfocar su mala leche en el celador—. ¡¿A qué espera para traer una silla de ruedas?!

La sirena de una ambulancia surtió más efecto en el espíritu colaborador del celador que las voces de Jack. Cuando sentó a Christina en la silla, el pánico ya le azuzaba los movimientos. Debía retirar el coche y no confiaba en dejarla en manos de ese hombre. La ambulancia se detuvo detrás del BMW.

—Jack, aparca bien, por favor —dijo Christina sosegada. Por unos pocos minutos no se perdería el parto. Estaba empezando a dilatar, Jane no dejaría que le pusieran la epidural hasta llevar mínimo cuatro

centímetros. Tenía tiempo suficiente—. Te espero dentro.

El derrape en cuanto Jack apretó el acelerador atrajo la atención de los sanitarios de la ambulancia después de que bajaran a un anciano en camilla. Observaron las luces rojas traseras del coche antes de desaparecer rodeando la fachada del alargado edificio.

—Menos mal que ha frenado —dijo uno de los sanitarios.

—Menudo loco —agregó su compañero—, ¿parto o infarto?

—Parto, fijo —respondió—. ¿Cinco dólares?

Mientras los hombres accedían al interior apostando, Jack aparcó con pericia. Salió corriendo del coche y una vez dentro buscó con la mirada a Christina. Al verla atendiendo a Jane, soltó un suspiro de alivio. Era una suerte ver una cara conocida.

Pasaron tres larguísimas horas en la Sala de Dilatación, hasta que Jane dispuso que había llegado el momento, confirmó el quirófano y todo se aceleró.

Jack trataba de darse ánimos, aunque al vestirse con el traje aséptico no controló el temblor de las manos.

Obedeciendo las instrucciones del anestesista, Christina adoptó una postura fetal para que le administrara la epidural. Sonrió a Jack, apartado a unos metros. Tenía los brazos cruzados y se daba repetidos golpecitos con las manos, como aleteando los nervios. En veinte minutos empezó el alumbramiento.

Con firmeza, Jack sujetaba los hombros de Christina. Parecía atenazado siguiendo las breves indicaciones de Jane. Ni la alegre charla del equipo médico ni el sonido artificial del montón de máquinas que controlaban las constantes vitales de Christina y el bebé conseguían inmutarlo. Solo tenía ojos para el esfuerzo de su mujer en cada empujón.

—Chris, ya está aquí —dijo Jane, levantó la vista y sonrió—. Le veo la cabeza. —Al acabar de decirlo, advirtió un problema. Y tenía acordado con su amiga que ante cualquier imprevisto Jack saliese del quirófano—. Circular, dos.

—Jack, vete. —Christina habló nerviosa. Entendió rápido que el bebé tenía dos vueltas del cordón umbilical alrededor del cuello. Con unas maniobras, Jane solventaría la situación, pero nunca se sabía a ciencia cierta qué podía ocurrir. Los ojos de Jack se abrieron como platos, meneó la cabeza—. ¡Jane! ¡Échalo de aquí!

—¡No! —Jack no estaba por la labor—. Por favor, Jane —rogó a punto de llorar—, por favor…

—Espera fuera —dijo Jane, pendiente a la cabeza del bebé.

—Jack, por favor. —Christina no quería tenerlo cerca en ese momento. Si Jane no conseguía desliar el cordón sería imprescindible hacerle una cesárea—. Solo serán unos minutos. Confía en mí.

—Chris… —Jack sollozó abatido y le besó la cabeza.

Nada más cerró Jack la puerta, la doctora Dixon metió con seguridad el dedo índice entre el cordón y la cabeza del bebé para deslizarlo por encima. La destreza se alió con la suerte y, seguidamente, continuaron con el alumbramiento.

En cambio, para Jack el tiempo se detuvo. Entró en una insulsa sala vacía y tiró de malas maneras el traje verde completo en una papelera. Durante horas y horas en los últimos meses rezó como un beato pidiendo no verse como estaba haciéndolo. Creyó a pies juntillas los razonamientos médicos de Christina y, sin embargo, otra vez sentía el mismo nudo en el estómago, la ansiedad que le robaba el aire y el corazón desbocado.

—Cariño —dijo Elizabeth—, estábamos buscándote.

La voz amable de su madre aumentó el reguero de lágrimas que descendía por sus mejillas. Ni siquiera advirtió a John y a su hermano. Los tres, viendo ese abatimiento, compartieron unas desconcertadas miradas.

—¿Qué pasa, Drako? —preguntó Sean agachado delante de él.

—Algo va mal.

John salió disparado hacia el mostrador.

—¿Por qué? —Elizabeth se sentó y le sujetó la mano—. No pienses así.

—Estaba en el quirófano… Todo iba bien… Y de repente, ha ocurrido algo… —Jack no terminó, desbordado. No vio los ojos de Elizabeth ni Sean, fijos entre ellos, comunicándose a pesar del silencio —. No lo soportaré…

—Escúchame —dijo Sean en un tono rotundo, le apretó el hombro con firmeza—. Durante el embarazo todo ha ido bien. Si ha surgido cualquier contratiempo, está en buenas manos. No te pongas en lo peor.

Jack oyó sin captar.

Un rato después reapareció John, negó con la cabeza. Aceptaron como una buena señal esa falta de noticias. Jack logró reconfortarse con el apoyo de su familia, se interesó por los niños, que se quedaron a cargo de Elaine, y se esforzó por mantener la entereza hasta que la silueta de Jane acercándose por el pasillo recortó la luz.

Fue el último en ponerse de pie, totalmente acobardado. No se desmayó, aunque anduvo a un paso. Escudriñó en sus ojos tratando de averiguar. Al instante, una sonrisa le devolvió la esperanza.

—Jack, enhorabuena. Tienes un hijo sano y fuerte —dijo Jane—. Siento que no hayas podido quedarte hasta el final, pero se lo prometí a Christina.

—¿Está bien?

—¿Por quién me tomas? —preguntó alegre—. Está estupenda —dijo sonriente. Le dio unas palmadas afectuosas en el brazo. Pero Jack no se conformó y la apretó con fuerza a su cuerpo. Acostumbrada a las muestras efusivas de los familiares, encantada, Jane admitió el abrazo —. Tardarán un poco en subirlos a la habitación, pero todo ha salido a pedir de boca. Luego iré a verlos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada del otro mundo —respondió casual—. El niño tenía un par de vueltas del cordón en el cuello. Es una incidencia bastante habitual, pero podía haber terminado en una cesárea. Por eso Christina no quería que estuvieras en el quirófano.

Sació su curiosidad esforzándose de nuevo por calmar los nervios, por parecer un padre equilibrado y no un hombre trastornado por la felicidad. Jane tuvo que dejarles en unos minutos para continuar con su guardia y entonces recibió por fin las felicitaciones de Sean y sus padres. Todos cambiaron las expresiones contenidas por risas, abrazos, lágrimas y fervorosas exclamaciones.

Jack abrió despacio la puerta de la habitación que le indicaron. Sus padres y Sean prefirieron esperar para darles uno de los pocos momentos íntimos que tendrían antes de la llegada de los McQueen, prevista en los próximos días.

Nada en aquel espacio impersonal llamó su atención, tenía los ojos fijos en Christina. Llevaba el pelo suelto, cayendo en ondas sobre sus hombros, y sostenía al bebé envuelto en una toquilla blanca. Estaba tan absorta acariciándole tiernamente la cara que no notó la presencia de Jack hasta tenerlo al lado. Giró la cabeza y sonrió emocionada.

—Hola —susurró Jack, se sentó en el borde de la cama y la besó en los labios—. ¿Cómo estás?

—En éxtasis —respondió. Una lágrima bajó por su mejilla. Jack se la enjugó con la mano. Christina descubrió la toquilla, dejándole apreciar al bebé—. Te presento a tu hijo.

Jack tampoco contuvo la sensiblería, tan feliz que creyó venirse abajo. Sujetó con firmeza el pequeño cuerpo cuando Christina se lo entregó. El niño tenía una ligera capa de pelusa oscura en la cabeza, la piel de los diminutos dedos arrugada como una pasa y sonrosada, como la carita redonda. La mano de su padre podía cubrirla, pero la

acarició amoroso.

—Hola, Scott. —Jack le besó la frente para volver a emocionarse con unos ojos negros, los de su madre. Aquellos que lo cautivaron antes de conocerla—. Es un placer tenerte con nosotros.

Gabriel llamó a Jack desde Essex a pesar de que para él estaba amaneciendo un nuevo día. Igual que ellos, se mantuvo alerta desde que Sean le avisó al llegar al hospital. No pretendió entretenerlo más de la cuenta, con saber que Scott y Christina estaban bien fue suficiente.

Al colgar, muerto de cansancio, con un millón de tareas pendientes antes de inaugurar La Fundación Barinov, quiso aprovechar unas míseras horas de sueño.

De regreso al dormitorio atravesó un corredor blanco, alargado y alto. En esa zona de la mansión, la privada de ellos, destacaba el diseño; aunque recuperaron los suelos de cerámica en la cocina y los baños. En una sola planta había cuatro habitaciones grandes y confortables con muebles modernos, una era un despacho. Y gracias al acceso directo desde el exterior no se verían obligados a entrar en la zona pública cuando estuvieran de vacaciones como era su intención. También, para Isabella el entorno no podía ser más adecuado. La vasta extensión de la parcela invitaba a largos paseos. No solo reformaron el edificio, sino la propiedad completa, incluido el pequeño cementerio donde estaban enterrados algunos Clainston y vio el día anterior a Alexei con Claire, quizá en una visita poco emotiva pero necesaria para ambos. Al fin y al cabo, habían sido los dueños de aquello y quienes propiciaron el nuevo uso que iban a darle en menos de cuarenta y ocho horas.

Al entrar en el dormitorio y ver a Claire sentada en la cama, Gabriel comprendió que su intención de dormir sería un rotundo fracaso.

—Están los dos bien —dijo Gabriel, tumbándose de lado. Recibió una caricia en la mejilla y un besito en los labios—. Jack casi no podía hablar, está eufórico.

—Qué pena que no podamos conocerlo hasta dentro de unas semanas —comentó Claire resignada, atenta al enrojecimiento de sus ojos. Ese nuevo Drake era vital para todos por demasiadas razones—. ¿Sabes quiénes serán sus padrinos?

—Ni idea, cariño —respondió y bostezó—. Con saber que tiene nombre me he dado por satisfecho.

Claire sonrió.

—Christina no ha debido dejarle alternativa.

—Pues me alegro, eso que nos hemos ahorrado. —Gabriel soltó otro bostezo largo—. Estoy medio muerto… —dijo con una mueca dolorida—, y no voy a poder morir en paz…

—Si cambias la palabra morir por dormir —dijo, acariciando suavemente su pecho desnudo—, tienes el día libre. Con que llames a Elo a lo largo de la mañana me conformo.

—La niña está bien… —dijo con los ojos entrecerrados. El tacto de unos dedos sedosos en el cabello estaba a punto de lograr embelesarlo —. Si le pasara algo, nos avisaría… No te preocupes por ella.

—Vale… —Claire paseó la mano con parsimonia, recordando los días que habían pasado en Roma. Los dos quisieron celebrar allí su aniversario de boda. Aunque echaran de menos a Isabella, tenían la garantía de Eloise. Y de paso, con esa escapada, tal y como se prometieron, hicieron turismo por Europa como les gustaba; impensable con una niña que había cumplido un año ni un mes antes. Sosegada por la tranquilidad que se respiraba en plena naturaleza, contempló el elegante rostro de Gabriel perdido en algún lugar lejano. Admiraba la capacidad del Inquisidor para convertirse en marmota. No dejó de acariciarle el cabello, no podía. Sentir la sedosidad de esas hebras lograba relajarla al tiempo que la claridad se abría paso levantando sinuosa la niebla de los campos. Inclinó la cabeza y dejó un beso en unos labios que parecían sonreír—. Dulces sueños, cariño.

«*Alexei Barinov, del miedo a la libertad*» Así rezaban las banderolas blancas que se extendían a ambos lados de la escalera principal en la fachada de su fundación en Essex. Esa noche otoñal donde brillaban millones de estrellas en el firmamento, a los ochenta y ocho años, sin edad ni noción del tiempo, el ruso por fin cedía para deslumbrar al mundo con la creatividad y la sensibilidad que solo la madera consiguió arrancarle durante toda su vida.

Cuando Claire pudo al fin contemplar la única pieza de la colección que no había visto, ya que durante su traslado y colocación siempre estuvo tapada a conciencia, la que daba la bienvenida en el inmenso hall rodeado de níveas paredes donde también se exhibían una mínima selección de sus fotografías, se quedó inmóvil ante el coloso de caoba centenaria que logró enmudecerla. La cubierta trasparente que se elevaba por encima, en aquel momento, con la oscuridad del cielo, dejaba visible un manto de estrellas tan brillantes como el arte de Alexei. Ahí, delante de sus ojos, Claire se vio reflejada con su padre, sus dos abuelos, Irina e Isabella. Los tres varones se

retorcían saliendo de una base tallada como una hoguera, incluso tenía pequeñas piezas de ámbar incrustadas que jugaban con la luz para recrear un efecto de realismo absoluto entre abstracción y velocidad. Ellos eran ramas que se retorcían formando espirales, soplaban furiosas como el viento para terminar en sus inconfundibles rostros mientras las mujeres estaban representadas como livianas hojas doradas. Ellas se elevaban desde el interior arrastradas con fuerza. La escultura tenía tanto movimiento que parecía oscilar. Era oscura pero brillante por los destellos de las vetas policromadas. Las llamas del inmenso tronco de dos metros de diámetro estaban talladas con el mismo detalle que podía verse en las ornamentaciones de todos sus muebles y su impronta había quedado orgullosamente visible en una leyenda donde por primera vez Alexei firmaba dando la cara.

Gabriel, que vestía un impecable esmoquin negro, al igual que el resto de invitados y Alexei, se encargó de dar un breve discurso para inaugurar la exposición permanente y para dar paso a Léonore, la encargada de explicar el cometido de la fundación, que ofrecería apoyo y espacio a jóvenes talentos en cualquier campo de las artes plásticas, y de hacer la retrospectiva por la obra de su *Intransigeant*, como lo llamó emocionada. Jamás pensó que llegaría ese día ni que estaría con él como su esposa. Sí, era Léonore Barinov desde hacía más de cinco meses, desde que se casaron en la catedral de San Juan con Claire y Gabriel como testigos del amor que se llevarían juntos al otro mundo.

Tras un éxito merecido, ninguno escatimó cortesía con la prensa y los numerosos invitados. Recorrieron todos los rincones de las salas donde Léonore consiguió que hubiese una representación desde sus inicios hasta aquel momento. No faltaron esculturas femeninas que conmovieron a Alexei después de años sin verlas, aparadores, mesas y sillas que recompraron a sus propietarios e incluso varias donaciones en pos de la cultura como la de Claire con el secretaire que había formado parte de su dormitorio y allí encontró otro lugar perfecto para lucirse.

Antes de dejar la casa para dar por concluida la estancia en Inglaterra, Gabriel reunió a los Barinov alrededor de una de las mesas que se exponían y sirvió un champán muy especial para él, un Krug Clos du Mesnil de 1998, el mismo que tomaron en su boda o en el bautizo de Isabella.

—Por ti, Liosha —dijo Gabriel con la copa en alto—. Por tu obra. Este es el comienzo de una andadura nueva para todos y también muy grata porque tanto tu nieta como yo te admiramos profundamente. Gracias por habernos permitido contribuir a enseñarla al mundo.

Bebieron sonrientes.

Alexei, que pasó horas derrochando amabilidad, rodeado de su círculo íntimo no quiso obviar a quien un día lo repudió; jamás olvidaría.

—Hace mucho tiempo le prometí al padre de Margaret que algún día todas sus posesiones serían Barinov —dijo en un tono grave. Agarró la mano de Léonore y le besó el dorso—. He tardado, pero tengo la satisfacción de haber cumplido. Nadie recordará sus nombres, en cambio, quien lo desee podrá disfrutar de mi pequeña aportación al arte gracias a ti. —Miró a Claire, desvió sus inquisitivos ojos celestes hacia Gabriel y sonrió—. Y a Isabella Drake Merritt-Barinov. —Levantó su copa y alzó la voz—. Esta es mi venganza.

Ninguno osó contradecirlo y volvieron a beber sin remordimientos.

Antes de salir, Claire volvió a maravillarse contemplando *El Viento de los Barinov*. Gabriel dejó la mano en la parte baja de su espalda desnuda. Sintió la calidez de su piel, deseando quitarle el sofisticado vestido negro que lucía y deshacerle el moño para verla solo con las esmeraldas del collar y los pendientes. Las piedras serían el sutil acompañamiento al brillo de sus ojos y a la magia de una noche especial.

—Tenemos que irnos, cariño. —Gabriel le besó el hombro.

—Es increíble que a su edad haya podido hacerlo.

—Sí. —Soltó una risa irónica. No entró a detallarle las veces que lo había pillado en el andamio cuando Craig no estaba en el taller, algo que les prometió no haría—. Me gusta mucho, ¿y a ti?

—¿No me ves? —preguntó, apoyando la cabeza en su hombro—. Es un orgullo ser su nieta —comentó sonriendo—, ha logrado sorprenderme.

—A todos, cariño. —Gabriel la besó en la sien—. ¿Nos vamos?

—Contigo iría al fin del mundo.

Durante un breve instante, la observó. Se inclinó sobre ella y susurró:

—Entonces, volvamos a casa.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Dar por finalizada una historia siempre se lleva una parte de mi corazón, y no sería posible sin el apoyo y la comprensión de mis seres más queridos, mis hijas, María y Elena. A ellas les robo demasiado tiempo para dedicarlo a sueños y vidas inventadas. Gracias a las dos por no tenérmelo en cuenta.

Mi más profundo agradecimiento a Antonio Vasco, una inspiración para crear a Liosha, porque él es un gran ebanista, el mejor para mí; un adicto a la perfección y, sobre todo, una gran persona. Sin su ayuda me habría sido complicado perfilar el proceso creativo de un artista como *le Intransigeant*. Además, me aportó detalles sobre la madera, sus usos y unas ideas tan creativas como valiosas para completar el personaje de manera veraz.

Gracias a las cinco mujeres que leyeron la novela cuando todavía era un proyecto: Cristina, Lore, María, Marisa y Rosalba, porque junto a mi hermana son las primeras en criticarme buscando solo que mejore. Gracias por vuestro tiempo impagable.

También, mi más sincero agradecimiento a la correctora de excepción que ha tenido Boreal Róis, Eva Plazas. Por brindarse de manera desinteresada, por ser concienzuda con ilusión y por su voluntad encomiable.

Gracias a mis amigas de OeM, en especial a: Afy, Beatriz, Carmen Q., Carmen G., Chelo, Danon, Daphne, Indara, Irene y Paquita, porque entre dioses, guerreros, reyes y filósofos pasamos unos ratos tan divertidos como necesarios para evadirnos sin pensar en problemas.

Y, por supuesto, gracias a ti y a todos los lectores que me permiten colarme en sus vidas.

R.A.M.

Rincón de la Victoria, junio de 2016